



NORBERTO
GALASSO

Historia de la Argentina

Desde los pueblos originarios
hasta el tiempo de los Kirchner

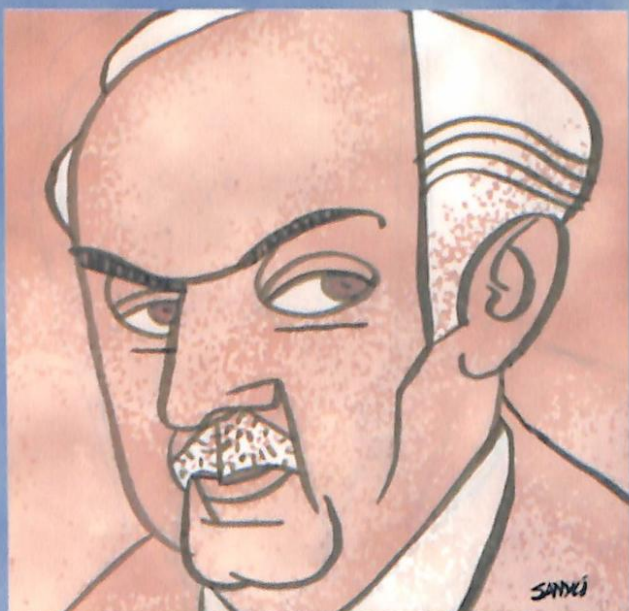
TOMO I

COLIHUE

Historia de la Argentina
Tomo II



11583



Norberto Galasso nació en Buenos Aires en 1936. Cursó estudios en el Colegio Comercial San Martín y en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires de donde egresó con el título de Contador Público Nacional.

Investigador, periodista, político, militante, en 1963, publicó su primer libro, *Mariano Moreno y la revolución nacional*. A partir de 1966 inició su labor de investigación con una biografía titulada *Discépolo y su época*, editada por Jorge Álvarez, y dio comienzo a su militancia, vinculándose al Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) orientado por Jorge Abelardo Ramos. En esa época estableció estrechas relaciones políticas con Arturo Jauretche y Juan José Hernández Arregui. Al constituirse el Frente de Izquierda Popular (FIP), en 1971, renunció al PSIN. Colaboró desde entonces con la izquierda peronista, sin integrarse a ella, permaneciendo en posiciones de Izquierda Nacional.

En 1973 se desempeñó, durante pocos meses, como síndico en la Editorial Universitaria de Buenos Aires, dirigida entonces por Arturo Jauretche. Continuando una ya desarrollada carrera periodística en diversos medios impresos, colaboró con la revista *Crisis*.

(Continúa en la solapa de contratapa)



HISTORIA DE LA ARGENTINA

**DESDE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS
HASTA EL TIEMPO DE LOS KIRCHNER**

TOMO I

445.83



Norberto Galasso

HISTORIA DE LA ARGENTINA

DESDE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS
HASTA EL TIEMPO DE LOS KIRCHNER

Tomo I

COLIHUE

Galasso, Norberto

Historia de la Argentina : desde los pueblos originarios hasta el tiempo de los Kirchner.
- 1ª ed. - Buenos Aires : Colihue, 2011.

T. 1, 640 p. : 24x17 cm.

ISBN 978-950-563-476-7

I. Historia Argentina. I. Título
CDD 982

Diseño de tapa: Sanyú

Diseño de interior: Leandro Ávalos Blacha

Búsqueda de imágenes: Nicolás Kogan, Patricia Zilber

Agradecimiento: Instituto Juan Domingo Perón

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, total o parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Solo se autoriza la reproducción de la tapa, contratapa, página de legales e índice, completos, de la presente obra exclusivamente para fines promocionales o de registro bibliográfico.



ISBN Obra completa: 978-950-563-478-1

ISBN Tomo I: 978-950-563-476-7

© Ediciones Colihue S.R.L.

Av. Díaz Velez 5125

(C1405DCG) Buenos Aires - Argentina

www.colihue.com.ar

ecolihue@colihue.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

INTRODUCCIÓN

¿Qué es la historia?

La historia es el relato de los sucesos, así como de su encadenamiento, ocurridos en el pasado. Crónica histórica es la simple información de los hechos sucedidos. La Historia, en cambio, relata los hechos ocurridos pero explica su articulación, es decir, interpreta las causas y efectos de los mismos.

Bases de la historia

Esa reconstrucción del pasado se sustenta en dos columnas: a) la heurística: conjunto, acumulación y ordenamiento de testimonios que prueban la veracidad de los hechos que se relatan y b) la hermenéutica: interpretación de ese cúmulo informativo, articulando causas y efectos.

Tanto en el terreno heurístico como en el hermenéutico pueden producirse deformaciones que atentan contra la verdad del pasado que se relata.

En el caso de la heurística pueden señalarse dos tipos de desviaciones: 1) Omisión de determinados sucesos como si no hubiesen ocurrido. Por ejemplo, la historia oficial oculta las sangrientas represiones ejecutadas por el gobierno de Bartolomé Mitre, entre 1862 y 1866, en las provincias del Noroeste argentino. 2) Inserción de documentación apócrifa, otorgándole una indebida legitimidad. Por ejemplo, correspondencia falsa entre San Martín y Bolívar. Un tratamiento riguroso de las fuentes puede eliminar estas deformaciones heurísticas.

En el campo de la hermenéutica, la cuestión se torna mucho más compleja, pues aquí la interpretación que desarrolla naturalmente cada historiador se encuentra coloreada por su ideología, es decir, por la óptica desde la cual se observan los acontecimientos. Aun el historiador más honesto y riguroso reconstruye el pasado priorizando algunos aspectos sobre otros, sobre la base de su propia escala de valores. Por ejemplo, quien juzga que el progreso argentino proviene de la implantación de un modelo económico liberal exalta la política rivadaviana-mitrista, y esta, a su vez, resulta descalificada por quienes sostienen el crecimiento "hacia adentro" a través del proteccionismo y la aplicación planificada del ahorro interno.

El historiador no puede contar el pasado sin someter los hechos a su propio lente ideológico. "La historia -se ha dicho- es la política pasada, así como la política es la historia presente". Ayer y hoy, las luchas sociales y políticas cubren el escenario y se dirimen proyectos antagónicos. El historiador, al referirse a ellos, podrá moderar al máximo la adjetivación, pero al concluir su relato dejará inevitablemente un sabor dulce o amargo en relación a los temas considerados. Podrá apelar a un lenguaje aséptico, desapasionado, neutro -supuestamente científico o académico- pero en las entrelineas, en los tonos, en la mayor o menor extensión dedicada a ciertos acontecimientos, en el modo particular de abordar las diversas cuestiones, aparecerá su ideología.

Las corrientes historiográficas

Por lo expuesto, debido al enfrentamiento de diversas ideologías, surgen distintas corrientes historiográficas, cada una de las cuales sostiene diferentes interpretaciones del ayer, que repercuten en el hoy y pretenden mantenerse hacia el futuro.

No se debe condenar a los historiadores por parciales o tendenciosos. Pero sí se les debe reclamar que se reconozcan como tales. El gran engaño no consiste en que Bartolomé Mitre o Alfredo Grosso interpreten la historia desde su concepción conservadora-liberal, sino que lo hagan pretendiendo que sus visiones son neutras, no obedecen a ideología alguna y, por lo tanto, deben enseñarse en las escuelas como la única y verdadera historia.

El estudiante y el ciudadano deben tener bien claro que no hay una historia objetiva y que detrás de cada versión histórica y de cada ideología se encuentran grupos sociales con intereses enfrentados.

Ayer y hoy, las luchas sociales y políticas cubren el escenario y evidencian proyectos antagónicos que promueven disgusto o ganan simpatías. Una auténtica democracia debe asegurar la posibilidad de confrontación entre las diversas corrientes, tanto en las escuelas y universidades, así como a través de los medios masivos de comunicación.

Por ende, no hay una historia neutra, así como tampoco existe un periodismo objetivo. Solo que se debe reconocer la existencia de diversas interpretaciones, las que a su vez responden a distintas ideologías. De esta sana polémica, todo aquel que se interesase por estos problemas podría decidir cuál de esas recreaciones del pasado resulta más verídica, cuál es más creíble y cuál apunta a rescatar, en las luchas de ayer, aquellos valores que merecen ser preservados y desarrollados en el futuro con el propósito de lograr un país más justo y equitativo.

Mientras se esperan con ansiedad y esperanza estos debates, es necesario conocer, en sus perfiles más netos, las diversas corrientes historiográficas que responden a las distintas ideologías en pugna. Ellas son: A) La Historia Oficial, Liberal-conservadora o Mitrista; B) La Nueva Escuela Histórica; C) El Revisionismo Rosista o Nacionalista de Derecha; D) El Revisionismo Histórico Forjista; E) El Revisionismo Rosista-Peronista; F) La Corriente de Historia Social y G) El Revisionismo Socialista, Latinoamericano o Federal-Provinciano.

CAPÍTULO I

CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS: DE LA HISTORIA OFICIAL, LIBERAL-CONSERVADORA O MITRISTA, A LA NUEVA ESCUELA HISTÓRICA

A) La Historia Oficial, Liberal-Conservadora o Mitrista

Es "oficial" porque: 1) se enseña desde hace décadas en los diversos niveles de la enseñanza; 2) predomina en los medios masivos de comunicación; 3) está presente, indiscutida e indiscutible, en los discursos y la iconografía oficial; 4) se yergue en las estatuas de las plazas y denominaciones de calles y localidades.

Es "liberal-conservadora" porque interpreta y valora los acontecimientos históricos desde un enfoque ideológico que hace eje en el libre juego del mercado y la apertura al exterior, vaciado del contenido democrático que el liberalismo tuvo en la Revolución Francesa de 1789 y e impregnado de una concepción elitista y antipopular.

En lo cultural, es europeísta y antilatinoamericana.

Es "mitrista" porque Bartolomé Mitre fue su principal propulsor. A él se debe su bibliografía básica y su ideología, reproducidas por sus epígonos.

La Historia Argentina vista desde la clase dominante

Esta historia ofrece una visión de nuestro pasado desde la óptica del bloque social dominante, integrado por los grandes estancieros de la pampa húmeda y los grandes comerciantes importadores y exportadores de Buenos Aires. Su principal gestor es el general Mitre, político e historiador, perteneciente a una de las familias más poderosas de la República Argentina. Mitre reaseguró el predominio de sus ideas con la fundación del diario matutino *La Nación*. Esta corriente historiográfica -dominante durante un siglo, en la medida en que, como dijo alguien: "las ideas dominantes en una sociedad son las ideas de la clase dominante"- analiza nuestro pasado desde la óptica de la elite oligárquica.

Alberto Pla señala que, según esta concepción, "son las minorías ilustradas las que realizan la Historia". Con este relato a su favor, la clase dominante no solo legitima su pasado, presentándose como una suma de virtudes y adjudicándoles horrores a sus enemigos, sino que se consolida políticamente y apuesta a perpetuarse en el futuro al someter a su concepción al resto del país, especialmente a los sectores más ligados a la cultura (la clase media).

Héroes ideales

Así exalta a un puñado de grandes hombres como "los constructores de la Argentina", entre los cuales se destacan: Bernardino Rivadavia, Domingo Faustino Sarmiento y el propio Bartolomé Mitre.

¹ Pla, Alberto J.: *Ideología y método en la historiografía argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972, p. 33.

llado el consorcio entre el comercio inglés y la industria rural del país. Los derechos que los negociantes ingleses abonaron en aquella época a la Aduana de Buenos Aires, fueron tan cuantiosos, que fue necesario apuntalar las paredes de la Tesorería por temor de que el peso que soportaban las echase al suelo. Esta fue la primera hazaña del capital inglés en estos países, que presagiaba la caída de las antiguas murallas y el advenimiento de una nueva época. Verdaderamente, señores, el capital inglés es un gran personaje anónimo cuya historia no ha sido escrita aún [...] Pido solamente al terminar mi tarea, dejar al país con 12 millones de rentas, con 30 mil inmigrantes, con 500 millas de ferrocarril gozando de paz y prosperidad y quedará satisfecho, como ahora lo estoy al brindar por el fecundo consorcio del capital inglés y el progreso argentino. ("Aplausos prolongados")¹⁴.

4. Crítica a Rosas, en discurso del 03/07/1857¹⁵.

5. Exaltación de Lavalle, en "discurso [del 20/01/1861] al cerrar la urna funeraria"¹⁶.

6. Panegírico del comercio libre. Discurso del 21/02/1869: "En la guerra del Paraguay [...] ha triunfado no solo la República Argentina [...] sino también los grandes principios del libre cambio [...] Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y gloriosa campaña a recibir la ovación merecida que el pueblo les consagre, podrá el comercio ver inscripto en sus banderas victoriosas los grandes principios que los apóstoles del libre cambio han proclamado para mayor gloria y mayor felicidad de los hombres porque también esos principios han triunfado"¹⁷.

MITRE "INVENTÓ" UNA HISTORIA

De esta manera, Mitre resultó al mismo tiempo jefe del Partido Liberal, dueño y director del matutino *La Nación* y "Padre de la Historia". Su reconstrucción del pasado estuvo dirigida a legitimar su política: la libre importación de los sesenta encontró su raíz en el libre comercio que aparecía como programa de la Revolución de Mayo, el predominio oligárquico encontraba su antecedente en la acción predominante de una "aristocracia ilustrada" en 1810, el probritanismo de la política ferroviaria y financiera de su gobierno hundía sus raíces en el antiespañolismo y la "máscara de Fernando VII" adjudicada a los hombres de Mayo.

El investigador Nicolás Shumway, en su libro *La invención de la Argentina*, analiza detenidamente esta cuestión: "¿Cuál visión del pasado se volvería oficial? [...] En una palabra, ¿quién construiría el panteón nacional? [...] El creador de la historia oficial fue el archirrival de Alberdi y Urquiza: Bartolomé Mitre. General, intelectual y político, Mitre fue un incansable defensor del privilegio porteño, que encaró la escritura de la historia como un campo de batalla más donde Buenos Aires podía triunfar"¹⁸. Allí sostiene: "Su trabajo como historiador refleja los mismos intereses que lo llevaron a la actividad política y militar: eran medios por los que trataba de legitimar sus aspiraciones como líder nacional y el dominio de Buenos Aires sobre el interior [...] Así como el elogio que hace Mitre de grandes hombres justifica a Mitre mismo, la exaltación que hace de una 'minoría ilustrada' como la fuerza detrás de Mayo justifica a otra minoría ilustrada, cual es la de Mitre y sus partidarios porteños. De modo similar, su ataque a los caudillos del pasado es un ataque velado a Urquiza, cuyos honestos intentos de lograr un orden constitucional

¹⁴ Mitre, Bartolomé: *Arengas*, ob. cit., pp. 222-228.

¹⁵ Ídem, p. 183.

¹⁶ Ídem, p. 219.

¹⁷ Ídem, p. 298.

¹⁸ Shumway, Nicolás: *La invención de la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1991, p. 208.

(con el apoyo de todas las provincias salvo Buenos Aires) Mitre tenía que desacreditar para mantener en los porteños un sentimiento de legitimidad"¹⁹.

Shumway concluye su argumentación a favor de que Mitre "inventó" una historia para beneficio de él y de la aristocracia, con estas reflexiones: "Y si sus palabras flaquean, sus descendientes se apresuran a salir en su ayuda. La familia Mitre es dueña y editora de *La Nación*, el diario más poderoso del país, que a su vez ejerce una influencia táctica sobre la vida intelectual argentina mediante el simple expediente de controlar quién y qué se publica o reseña en sus páginas. En realidad, con la colaboración de sus descendientes, Mitre se mantiene casi tan intocable en la muerte como lo fue en vida. Dada la complejidad del hombre y los giros laberínticos de la vida intelectual argentina contemporánea, los escritos de Mitre siguen siendo la mejor ventana para ver que, pese a sus grandes palabras sobre democracia y su notable contribución a la historia, nunca deja de ser el defensor de los grandes hombres y las minorías ilustradas, vale decir, él mismo y los que están de acuerdo con él"²⁰.

En declaraciones al autor de estas líneas, Shumway confesaba su sorpresa ante la reacción hostil de algunos historiadores argentinos por lo que suponían una "irreverencia" al Padre de nuestra historia. Sin embargo, una década más tarde, uno de los principales exponentes de la corriente historiográfica "Historia Social" -Luis Alberto Romero- sostuvo que los historiadores profesionales se encontraban en desacuerdo con esa historia mitrista que los historiadores profesionales se encontraban en desacuerdo con esa historia mitrista que se enseñaba en los colegios: "Según las ideas románticas de la época, esa nación que se proyectaba, donde todo estaba por hacerse, debía ser liberal y progresista, y además, debía tener un origen firme, lejano y mítico, que estuviera más allá de las controversias del presente. Bartolomé Mitre, que contribuyó de manera principal a la consolidación del Estado argentino, escribió la historia de la nación que lo sustentaba, esa nación que -afirmaba- era preexistente. En suma: 'inventó' la nación. Esto pensamos hoy los historiadores. Estamos lejos de lo que se enseña en la escuela y también, del sentido común. Sin duda, hay una brecha que debe ser cerrada, pues en Historia, tanto como en Física o Matemática, no puede admitirse tal distancia entre el saber científico y el escolar"²¹. Sin embargo, carente de la audacia de Shumway, Romero agrega: "Pero hay que hacerlo con cuidado. Este relato mítico es hoy uno de los escasos soportes de la comunidad nacional"²². Ante este reconocimiento, cabe preguntarse: ¿una historia que exalta a las "minorías ilustradas" y desprecia a "las masas populares" constituye un "soporte de la comunidad nacional" o por el contrario, constituye un soporte de "la mentalidad colonial" que prevalece en la clase alta e incluso en buena parte de los sectores medios de la sociedad argentina?

VICENTE FIDEL LÓPEZ (1815-1903)

Es el otro gran historiador de esta corriente. Construye su obra histórica basándose en la tradición oral, especialmente de su padre Don Vicente López y Planes, ganando en calidez y tonos vivos aunque perdiendo rigor. En líneas generales, su relato es más atractivo que el de Mitre, aunque la interpretación -salvo algunos matices- es la misma. Sus obras más importantes son las siguientes: *Introducción a la historia de la revolución argentina* (1861); *La revolución argentina* (1861); *Historia de la República Argentina*, 10 tomos (entre 1883 y 1893); y *Manual de historia argentina* (entre 1889 y 1890).

¹⁹ Ídem, pp. 214 y 215.

²⁰ Ídem, p. 234.

²¹ Romero, Luis Alberto: "Una brecha que debe ser cerrada" en *Clarín*, 24/5/2002.

²² Ídem.



Vicente Fidel López (1815-1903). Historiador, abogado y político argentino. En 1882 mantuvo un célebre debate con Bartolomé Mitre sobre las formas de escribir la historia.

POLÉMICA ENTRE MITRE Y LÓPEZ

Mitre inauguró la escuela erudita¹ y se convirtió, a partir de su polémica con Vicente Fidel López, en el más riguroso custodio de la heurística, lo que no impidió, sin embargo, que cuando le acercaron una copia del *Plan de Operaciones* de Mariano Moreno -que contradecía su imagen amable del Secretario de Mayo- la perdiese distraídamente.

Mitre criticó a López en carta a Barros Arana, por poca seriedad en las fuentes. López se enteró y en 1881, al publicar su *Introducción a la Historia de la República Argentina*, cargó contra Mitre.

Mitre le contestó con *Comprobaciones históricas* y López publicó *Refutaciones a las comprobaciones históricas*.

Mitre ganó la polémica y luego se reconciliaron. Pero más allá de la discusión metodológica, Mitre y López coincidían, en general, en la interpretación de nuestro pasado (aunque López tomara, a veces, mejor ubicación política: profederal en 1853, industrialista en 1874). La circunstancia de que la obra de López avanzara más en el tiempo, provocó que los textos escolares se basaran más en ella, que en la de Mitre. De López, tomaron el antirrosismo virulento y la diatriba contra los caudillos, al tiempo que tomaban de Mitre el panegírico a Rivadavia.

La coincidencia entre estos padres de la Historia Oficial se revela especialmente en su antiartiguismo. Mitre en correspondencia a López, sostiene: "Los dos, V. y yo, hemos tenido la misma predilección por las grandes figuras y las mismas repulsiones contra los bárbaros desorganizadores, como Artigas, a quienes hemos enterrado históricamente"².

López, por su parte, agrega estos juicios: "Los caudillos provinciales que surgieron como la espuma que fermentaba de la inmundicia artiguista, eran jefes de bandoleros que segregaban los territorios donde imperaban a la manera de tribus para mandar y dominar a su antojo, sin formas, sin articulaciones intermedias, sin dar cuenta a nadie de sus actos, y constituirse en dueños de vidas y haciendas [...]. Artigas fue un malvado, un caudillo nómada y sanguinario, señor de horca y cuchillo, de vidas y haciendas, aborrecido por los orientales que un día llegaron hasta resignarse con la dominación portuguesa antes que vivir bajo la ley del aduar de aquel bárbaro"³.

En otra parte, pinta así a la base artiguista: "masa informe y grosera, brutales por hábito y por instinto"⁴. Luego, agrega: "El alma perversa de Artigas se conaturalizó con el desaliño grosero y los hábitos de violencia"⁵. "Toda la burguesía decente y culta

¹ Scenna, M. A.: *Los que escribieron nuestra historia*, Buenos Aires, La Bastilla, 1976, p. 59.

² B. Mitre, carta a V. F. López, en: *Manual de Historia Argentina*, Buenos Aires, Talleres Rosso, 1889, p. 243.

³ López, Vicente Fidel: *Historia de la República Argentina*, Buenos Aires, Kraft, 1913, tomo IV, p. 451.

⁴ Idem, tomo V, p. 116.

⁵ Idem, p. 117.

reclamaba protección contra las amenazas de la barbarie atroz e inclemente que Artigas promovía contra el orden social"⁶.

LUIS L. DOMÍNGUEZ (1819-1898)

En la segunda línea de los historiadores liberales encontramos a Domínguez (poeta, diplomático, ministro de Sarmiento). Ha militado en el unitarismo en la época de Rosas, vinculándose a Florencio Varela quien le facilitó el archivo personal de Bernardino Rivadavia, con el cual trabajó tomando su óptica elitista.

En 1861 publica su *Historia argentina*, por muchos años texto obligado para los escolares. Tanto este libro, como el *Manual...* de Vicente F. López forman maestros y estudiantes, mientras las obras de Mitre, así como sus artículos de *La Nación*, hacían cátedra entre la intelectualidad.

Esta Historia Liberal, ya convirtiéndose en Historia Oficial, es enriquecida, luego por varios publicistas, entre los cuales analizamos, seguidamente, a los de mayor importancia.

Los publicistas de la Historial liberal

1) JOSÉ MANUEL DE ESTRADA (1842-1894)

Católico, pero liberal, fuertemente antirrosista. Historiador tipo López. Sus obras principales son: *Lecciones sobre la historia de la República Argentina*, 5 tomos (1868) y *La política liberal bajo la tiranía de Rosas* (1874).

2) MARIANO PELLIZA (1837-1902)

Publica numerosas obras, entre ellas, biografías de Dorrego, Pueyrredón, y Mármol. De tendencia liberal, escribe *La dictadura de Rosas*, *Historia argentina* (1888, 5 tomos), *Historia argentina al alcance de los niños* (1892) e *Historia de la Organización Nacional* (1897).

3) PAUL GROUSSAC (1848-1929)

Groussac ejerce el control de la historia académica, a partir del fallecimiento de Mitre. Ramón Doll dirá que "aquel viejo inhóspito presidió, con su sonrisa nevada, medio siglo de inquietudes artísticas y espirituales"⁷.

Es liberal, conservador y desdeñoso del país. Director de la Biblioteca Nacional, funda y dirige por muchos años la revista *La Biblioteca* (8 volúmenes) y desde 1896, los *Anales de la Biblioteca* (11 volúmenes).

Publica entre otras obras: *Del Plata al Niágara* (1897), *Liniers* (1907), *El Congreso de Tucumán* (1916), *Los que pasaban* (1919) y *Estudios de Historia Argentina* (1918).

⁶ Idem, p. 119.

⁷ Doll, Ramón: *Política intelectual*, Buenos Aires, Tor, 1933, p. 90.



Paul Groussac (1848-1929), escritor, historiador, crítico literario. Dirigió la Biblioteca Nacional.

4) JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA (1849-1914)

Médico psiquiatra, de tendencia liberal-conservadora. Publica diversos trabajos que ejercen fuerte influencia, acentuando enfoques psicológicos y aun de psicopatología, para explicar a los caudillos y otras grandes figuras.

En *Neurosis de los hombres célebres* (1878), analiza psicológicamente al paraguayo Francia, al fraile Aldao, a Montecagudo y al Almirante Brown. Después, publica *La locura en la historia* (1895), *Las multitudes argentinas* (1899) y *Rosas y su tiempo* (1907).

5) OTROS HISTORIADORES DE ESTA CORRIENTE

También merecen citarse Antonio Zinny (1821-1890), en cuya obra sobresale la *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas desde 1810 hasta 1879*, Juan Agustín García (1862-1923), autor, entre otras, de *La ciudad Indiana* (aparecida en 1900) y Ángel Justiniano Carranza (1834-1899), con *Las campañas navales de la República Argentina, 1810-1870* y especialmente, *El general Lavalle ante la justicia póstuma* (1880).

Más allá de algunos matices, todos estos "padres" de nuestra historia -como habrá podido apreciarse- pueden ser alineados en el liberalismo conservador predominante y desde esa óptica se produjo su interpretación de los hechos históricos.

El propio Mitre intenta consolidarse académicamente esta preponderancia suya y de sus seguidores constituyendo el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata en 1856. Ese intento se frustró pero, en 1901, presidida por el mismo Mitre, comenzó a funcionar la Junta de Historia y Numismática Americana que, en 1938, pasaría a constituir la Academia Nacional de la Historia. En 1906, a la muerte de Mitre, Paul Groussac pasa a constituirse en el custodio severo de esa Historia Oficial. El control de la clase dominante sobre diarios y revistas robustece esa dominación, favorecida, asimismo, por el carácter inmigratorio de las clases medias, que les imbuye el conocimiento histórico por tradición oral. El *Facundo* de Sarmiento -no obstante carecer de naturaleza histórica- derrama, asimismo, su teoría de "civilización y barbarie" sobre periodistas y conferencistas, vigorizando de manera decisiva a la Historia Oficial como "La Historia", única, indiscutible y "neutra", capaz de explicar nuestro pasado.

Esta exclusividad se traslada al aula cuando la maestra le dice a los alumnos: "Hoy vamos a estudiar la Historia Argentina". Se trata obviamente de la historia mitrista y ella debió decir: "Hoy vamos a estudiar una interpretación de la Historia Argentina, aunque existen otras".

Alfredo Grosso y la divulgación de la Historia Oficial

El gran divulgador de la Historia Oficial es Alfredo Bartolomé Grosso (1867-1960). Se dan en él varios rasgos singulares que no constituyen las mejores cualidades para enseñar historia argentina: si bien ha nacido en Corrientes, transcurre sus primeros años en Italia adonde lo llevan sus padres, ambos italianos, lo cual le impide enriquecerse con la tradición oral (el mismo Grosso cuenta que incluso en su casa hablaba genovés con su mujer e hijos y que tenía dos bustos: el de Colón y el del Dante).

Grosso vive ocupado como docente de matemáticas y contador en Tribunales, hasta que un día se le ocurre adentrarse en los libros de los "padres de la historia Argentina":

"Mis primeros apuntes los basé en lecturas de Mitre, López y Domínguez"¹⁰. Así, en 1893, publica *Nociones de Historia Argentina*, una obra de 200 páginas, que en el lenguaje popular, se conocería como "el Grosso chico". Después, en 1898, lanza *Curso de Historia Nacional*, 400 páginas, que se conocerá como "el Grosso grande". Años más tarde, publica *Historia Argentina y americana - Época colonial* (1940). Los libros de Grosso constituyen el vehículo fundamental a través del cual la Historia Oficial pasa al conocimiento de docentes y alumnos. Algunos periodistas sostienen que a lo largo de la vida de Grosso, se editaron más de 1.300.000 ejemplares de sus obras, mientras otros estiman que pueden haber alcanzado los 2.000.000.

Fábula histórica y mentalidad colonial

La historia oficial estaba asentada en colegios, revistas, discursos oficiales. Ya era asumida por la intelectualidad. Esta imposición lograba, además, tornar natural e incuestionable la exaltación de sus héroes a través de homenajes, artículos recordatorios en los periódicos, retratos en las escuelas y figuritas de la revista infantil *Billiken*.

Asimismo, se verificaba aquello que Ricardo Rojas llamó "la pedagogía de las estatuas", es decir el monopolio del mármol y el bronce por parte de los próceres liberales, así como en la nomenclatura catasral: Rivadavia (tiene 260 cuadras, a 4 carteles por cuadra: 1040 carteles), Bartolomé Mitre, Sarmiento, Lavalle, Viamonte, Monroe, Riestra, Liniers, etc., frente al escaso o nulo recordatorio de los luchadores populares.

Esta superestructura cultural, imponiendo la historia de clase de la oligarquía dominante, genera una mentalidad colonial, ajena al país, a su pueblo y a sus intereses de este. Ricardo Rojas lo denuncia en 1909: "Siendo la emoción del propio territorio, la tradición de la propia raza, la persistencia del idioma propio y las normas civiles del propio ambiente, elementos vitales de nacionalidad, abandonamos esas cuatro disciplinas a la bandera del manual extranjero y a la ciencia de la lección rutinaria, dejando que la Gramática, la Historia, la Gramática, la Moral, que respectivamente corresponden a aquellas en la enseñanza, se redujeran a ejercicio mecánico, sin las sugerencias estéticas, políticas y religiosas que deben vitalizar esos estudios"¹¹. Luego, agrega: "El desarraigo intelectual y religioso que deben vitalizar esos estudios en nuestro país, el desdén ambiente para con las cosas nativas, revélasenos ahora como consecuencia de un sistema pedagógico ajeno que caracteriza a las clases universitarias en nuestro país, el exceso de exotismo no nos alarma, si no le hubiese acompañado un debilitamiento de la conciencia nacional a la tradición y a los intereses de la sociedad que lo practica. Y tal exceso de exotismo, y de las disciplinas morales, que el cosmopolitismo ambiente contribuye a mantener y fomentar. De esta suerte, la escuela del Estado ha sido desnacionalizada por el ambiente, en lugar de que la escuela influyese sobre la sociedad, argentinizándola"¹².

Pero para sostener la Historia Oficial no solo se divulgaron libros encomiásticos sobre los próceres liberales, sino que hubo que ocultar importantes obras, artículos, testimonios, etc., que la cuestionaban, entre otros:

1. *Vida del Chacho*, por José Hernández: "Los salvajes unitarios están de fiesta. Celebrios, etc., que la cuestionaban, entre otros: 1. *Vida del Chacho*, por José Hernández: "Los salvajes unitarios están de fiesta. Celebran en estos momentos la muerte de uno de los caudillos más prestigiosos, más generoso y valiente que ha tenido la República Argentina. El partido federal tiene un nuevo mártir. El partido unitario tiene un crimen más que escribir en la página de sus horren-

¹⁰ Grosso, Alfredo B., reproducido en "Este es el Grosso, el de la historia", Revista *Gente*, 6/5/1971.

¹¹ Rojas, Ricardo: *La restauración nacionalista. Informe sobre educación*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1909, p. 353.

¹² Idem, p. 404.

dos crímenes. El general Peñaloza ha sido degollado [...] acaba de ser cosido a puñaladas en su propio lecho y su cabeza ha sido conducida como prueba del buen desempeño del asesino, al bárbaro Sarmiento [...] ¡Maldito sea! Maldito, mil veces maldito, sea el partido envenenado con crímenes, que hace de la República Argentina el teatro de sus sangrientos errores”⁴⁴.

2. Artículos de crítica implacable sobre Mitre, escritos por José Hernández.
3. *Grandes y pequeños hombres del Plata* y *El imperio del Brasil ante la democracia de América*, por Juan Bautista Alberdi, condenatorios de la Guerra de la Triple Alianza.
4. Los artículos histórico-políticos de Olegario Andrade, así como su libro *Las dos políticas*.
5. *El Gobierno y la Alianza*, por Carlos Guido Spano.

De este modo, con interpretaciones tendenciosas y ocultando información, se inventó una historia. Miguel Ángel Scenna lo resume de este modo: "En base a las premisas anteriores se estructuró la enseñanza de la historia. Que de entrada fue la historia del puerto y la ciudad de Buenos Aires, con eventuales referencias al resto del país, apenas un lejano telón de fondo. Esa historia escolar quedó definitivamente fijada en 1903, a través de la reforma de la enseñanza dispuesta por el tercer ministro de Instrucción Pública del general Roca, Juan N. Fernández. A partir de entonces se consagró la versión liberal de nuestro pasado: la leyenda negra de la Colonia, largo período perdido en el oscurantismo, la irrupción de un Mayo celestial inspirado en Francia, en los Estados Unidos y para nada en lo que estaba ocurriendo aquí, cuyo norte era el librecambio, activado por representaciones de hacendados; luego una guerra de independencia con granaderos de oro y azul, limpios como soldaditos de plomo, sin trasfondos políticos, sociales o económicos a la vista. Sigue la irrupción de siniestros y barbudos montoneros cuyas bajas pasiones los mueven a pelear, de puro malos, contra el talentoso Rivadavia. Y por fin la roja negrura de la tiranía de Rosas, con sus tablas de sangre, cabezas de unitarios en carros de du-rarnos, veinte años consecutivos de espantoso terror, donde los ingleses y los franceses tuvieron razón en atacar a la Argentina, pues solo querían nuestro bien, al punto de gastar dinero y hombres de puro preocupados que estaban por librarnos filantrópicamente del monstruoso dictador. Y el todo concluía con los destellos wagnerianos del triunfo de los buenos en Caseros, tan magnífico, que excluía la necesidad de mencionar un ejército brasileño mechado con las tropas de Urquiza. Tras una breve mención a toda velocidad de la segregación de Buenos Aires por un decenio, la cúspide se alcanzaba en Pavón. Después venía una aburrida y aséptica lista de presidentes. De la Guerra del Paraguay, poco y nada. De la Revolución del 80, nada en absoluto. El estereotipo tuvo fortuna singular, profundamente clavado por decenios anteriores, sin la menor modificación ni crítica alguna. Había dejado de ser una historia para convertirse en dogma. Y en libro de texto escolar, *Grosso grande* y *Grosso chico*. Así se inició el dominio del "admirable instrumento de esclerosis", como Marc Bloch ha llamado a los manuales.¹⁴

Una variante de la Historia oficial: la corriente liberal de izquierda o mitromarxismo

La Historia Oficial logró generar, luego, una variante conformada por historiadores vinculados a los partidos Socialista y Comunista. Sometidos ideológicamente al liberalismo conservador -en la misma medida en que dichos partidos se sometían "por izquier-

⁴³ Hernández, José: *Vida del Chacho*, Buenos Aires, A. Dos Santos, 1947, pp. 113 y 114.

³⁴ Scenna, M. A.: ob. cit., pp. 127 y 128.

da" a las concepciones de la clase dominante- estos historiadores se limitaron a celebrar a los mismos próceres y maldecir a los mismos réprobos que eran celebrados y maldecidos, respectivamente, por la historia oficial. El tono distintivo de su izquierdismo solo estuvo dado, en algunos casos, en el empleo de la fraseología marxista, aunque vaciada, por supuesto, de todo contenido. En general, esta corriente historiográfica perdió vigencia, en la misma medida en que las agrupaciones políticas a las que pertenecen estos historiadores -sin inserción en la clase trabajadora- entraron en sucesivas crisis. Arturo Jauretche calificó a los historiadores de esta corriente como "mitromarxistas".

Principales representantes del mitromarxismo

1) JUAN BAUTISTA JUSTO (1865-1928)

1) JUAN BAUTISTA JUSTO (1805-1920)
Médico, traductor de *El Capital* de C. Marx, director del periódico *La Vanguardia*, Justo es el principal impulsor del Partido Socialista. Es defensor de la moneda sana, el librecambio y la cooperación libre. Influido conjuntamente por la concepción del socialismo reformista alemán y el liberalismo conservador de la clase dominante, comparte las tesis oficiales en materia histórica. Así, en una conferencia dictada el 18/07/1898, sostiene: "Las montoneras eran el pueblo de la campaña levantado contra los señores de las ciudades [...] eran simplemente la población de los campos acorralada y desalojada por la producción capitalista [...] Los gauchos eran el número y la fuerza y triunfaron. Pero su incapacidad económica y política era completa [...] Pretendían paralizar el desarrollo económico del país, y mantenerlo en un estancamiento imposible [...] El matiz del fanatismo religioso de que se tiñó en ciertos momentos el movimiento campesino, señala también su sentido retrógrado"³⁵. De este modo, con otra fraseología, coincide con la "civilización o barbarie" de Sarmiento.

De idéntica manera, Justo coincide, por la existencia de la cuestión nacional: "¿Puede reprocharse a los europeos su penetración en África porque se acompaña de crueldades? Los africanos no han vivido ni viven entre sí en una paz idílica; todavía en nuestros días, el jefe zulú Tschalka ha aniquilado 60 tribus vecinas y hecho perecer 50.000 individuos de su propia nación. Crimen hubiera sido una guerra entre Chile y la Argentina por el dominio político de algunos valles de los Andes, cuya población y cultivo se harán lo mismo bajo uno u otro gobierno. ¿Pero vamos a reprocharlos el haber quitado a los caciques indios el dominio de la Pampa?"³⁶. "Ya había salido de los Estados Unidos el primer buque a vapor que surcara los mares, ya cruzaban aquel país vías férreas y líneas de telégrafo, ya sus instituciones políticas llamaban la atención del mundo, y todavía el dictador Santa Ana se oponía en Méjico a la construcción del primer ferrocarril, porque, según él, iba a quitar el trabajo a los arrieros. Nada de extraño, pues, que a mediados del siglo pasado la exuberante civilización norteamericana, en dos pequeñas expediciones militares, quitara extensos territorios, no al pueblo de Méjico, formado por miserables y esclavizados peones, sino a la oligarquía de facciosos que lo gobernaba. Allí se han constituido siete florecientes repúblicas agrícolas y mineras, allí ha surgido California"³⁷. Asimismo, sostiene respecto a Cuba: "Prescindamos de las ganancias que pueden haber valido al sindicato norteamericano del azúcar sus negras maniobras para precipitar esa guerra y determinar la anexión de la isla. Cuba está ahora más cerca de España,

³⁵ Justo, Juan B.: *La realización del socialismo*, 1947, p. 166.

³⁶ Justo, Juan B.:
dia, 1947. p. 136.

³⁷ Ídem, p. 137.

4) Diego Luis Molinari (1889-1966)

Profesor de historia, diplomático, senador en 1946, Molinari también militó inicialmente en el radicalismo e integra la Nueva Escuela Histórica. Años después, se apartó del radicalismo y asimismo, se desplazó, en sus posiciones históricas, al nacionalismo, desde las cuales polemizó con su antiguo compañero de militancia radical, Emilio Ravignani.

Es autor, entre otros, de los siguientes trabajos: *La trata de negros* (1914), *La representación de los hacendados y su ninguna influencia en la vida económica del país y en los sucesos de Mayo* (1914), *El gobierno de los pueblos* (1916), *La empresa colombiana y el descubrimiento de América* (1936), *Viva Ramírez* (1937), *El nacimiento del Nuevo Mundo* (1941) y *Prolegómenos de Caseros* (1962).

Como ha podido observarse, mientras algunos historiadores de la Nueva Escuela permanecen bajo la presión de sus contradicciones como Ravignani, otros se alinean con el revisionismo católico, como Carbia, o con el revisionismo rosista, como Molinari y Corvalán Mendilaharsu. En cambio, otra importante figura de esa escuela opta por el camino del regreso hacia la Historia Oficial: se trata de Ricardo Levene.

Los nuevos custodios de la Historia Oficial

El poder económico de la clase dominante resulta factor decisivo para que, al calor de editoriales, revistas, suplementos de los grandes diarios e incluso el ocio necesario para la investigación, la Historia Oficial se mantenga indemne. Como se ha visto, la defección namiento que debió haber provenido de sus filas. De idéntica manera, la Nueva Escuela Histórica -si bien dejó importantes aportes en la investigación- declina, sin debilitar las bases de la versión mitrista. Subsisten, entonces, los viejos mitos y las antiguas fábulas, apareciendo asimismo los "nuevos custodios" que desde los suplementos de *La Nación*, la cátedra o la Academia aseguran la supervivencia, en la enseñanza, en el salón de conferencias y en la nomenclatura pública, de los próceres liberales.

1) RICARDO LEVENE (1885-1959)

Discípulo de Paul Groussac, Levene se convierte en el gran cancerbero del panteón mitrista.

De posición ideológica liberal-conservadora, dicta cátedra en los más diversos colegios, así como preside instituciones y organismos vinculados a la Historia. En 1912, publica *Lecciones de Historia Argentina*, en dos tomos, texto de enseñanza para colegios secundarios, que alcanza la relevancia de los libros de Grosso. Hacia 1950, *Lecciones...* lleva 21 ediciones.

En 1914, se incorpora a la Junta de Historia y Numismática Americana, alcanzando su presidencia en 1927. Tiempo más tarde, esta Junta se convierte en Academia Nacional de la Historia en la cual Levene se mantiene como presidente durante 25 años.

En 1920, completa la obra de B. Mitre, quien había escrito sobre Belgrano y San Martín, publicando su *Moreno y la Revolución de Mayo*, en tres tomos, donde retrata a un Moreno escolar, por supuesto sin el *Plan de Operaciones*.

Scenna señala que "Levene dogmatizó la posición clásica [...] y se constituyó en el máximo campeón de la Historia Oficial"⁴⁰, recibiendo los más duros embates de los revi-



Ricardo Levene (1885-1959), historiador argentino, fundador y máximo exponente de la Nueva Escuela Histórica.

sionistas, a quienes calificó de "ignorantes e improvisadores"⁴¹.

También, impulsa la Comisión Nacional de Museos y dirige la *Historia de la Nación Argentina*, preparada por la Academia de la Historia.

Manuel Gálvez sostiene que Levene "ha sido, sin saber demasiada historia, el Padre de nuestra historia"⁴² y agrega: "Era un hombre adaptable"⁴³ y de ahí, las contradicciones de su obra. Si bien asume la Historia Oficial, publica que "las Indias no eran colonias" o elogia la relación de San Martín con los caudillos federales (significativamente, durante el gobierno peronista).

Entre otras obras, cabe destacar: *Introducción a la historia del Derecho Indiano* (1924), *La anarquía de 1820 y la iniciación de la vida pública de Rosas* (1933), *El proceso histórico de Lavalle a Rosas* (1933), *Mitre y los estudios históricos de la Argentina* (1944), *Historia de las ideas sociales argentinas* (1950), *Las Indias no eran colonias* (1952) e *Investigaciones acerca de la historia económica del virreinato* (1953).

2) OTROS HISTORIADORES DE ESTA TENDENCIA

En la huella de R. Levene, encontramos historiadores que se distribuyen a los próceres oficiales, para exaltarlos. Así, Ricardo Piccirilli (1900-1986), coautor con Francisco Ramón y Leoncio Gianello de un *Diccionario histórico argentino*, en seis tomos (1954/55), vuelca sus mayores esfuerzos en la reivindicación de Rivadavia en su obra *Rivadavia y su tiempo*, en dos tomos, aparecida en 1943.

Del mismo modo, Leoncio Gianello (nacido en 1908) publica *Historia del Congreso de Tucumán*, pero su principal libro, aparecido en 1948, editado por Kraft, lleva por título *Florencio Varela*. Allí, trata de reivindicar al político unitario y en especial demostrar que su misión a Europa no llevaba el propósito de desmembrar la Mesopotamia argentina. En cambio, acepta que buscó la alianza con el extranjero para derrocar a un gobernante argentino, aunque -afirma- "tal actitud era de patriotismo y no de traición, como bien lo afirmara don Florencio. [Pues] la lucha no era contra el país sino contra Rosas"⁴⁴.

Por su parte, Alberto Pulcos (1894-1965) se ocupa, de exaltar a Sarmiento, Echeverría y Rivadavia. Dirige la biblioteca "Grandes escritores argentinos" y publica, entre otras obras, *Sarmiento* (1929), *El Facundo* (1934), *La visión de Rivadavia* (1936), *El ideal panamericano de Sarmiento* (1938) y *Echeverría y la democracia argentina* (1943), integrando, por supuesto, la Academia de Historia.

El profesor Ricardo Callet Bois también integra la Academia. No resulta casual, según señala M. A. Scenna, que "para Callet-Bois solo hubo un momento en que la Cancillería

⁴⁰ Idem.

⁴¹ Gálvez, Manuel: *En el mundo de los seres reales*, Buenos Aires, Hachette, 1965, p. 258.

⁴² Idem, p. 259.

⁴³ Gianello, Leoncio: *Florencio Varela*, Buenos Aires, Kraft, 1948, p. 341.

⁴⁴ Idem, p. 272.

costumbres, las ideas. Se trazan caminos. Se proyecta, se sueña. El optimismo y la fe en el futuro de la patria crece [...] Se combate la ignorancia como al enemigo de donde puede salir la fuerza que sostenga al tirano posible [En la ignorancia de los pobres se apoyó Rosas con sus intereses ganaderos para hacerse fuerte]. No todo es paz y progreso. En las provincias aún se levantan montoneras. Aún la pobreza gaucha es mucha y encuentra caudillos como 'El Chacho' que intentan resolver la injusticia con las armas [...] La organización nacional se ve amenazada [...] Verdadero demócrata, Mitre no cree en 'hombres providenciales', en Mesías que, al fin, todos, sea el caso de Rosas, resultan déspotas sangrientos"⁶².

Llevado de este exultante mitrismo, aborda la guerra de la Triple Alianza: "Es una guerra entre clases sociales. Es la guerra del capitalismo industrial contra los restos del feudalismo"⁶³. Seguidamente, nos sorprende por sus afirmaciones aunque obtenga de ellas conclusiones disparatadas: "El capitalismo industrial de Europa necesita nuevos mercados. Se arroja sobre Asia y África. En seguida sobre América [...] Brasil, pronto la Argentina, caen bajo el poder económico de Inglaterra. Y ese poder empuja a estos países para reducir el feudo de López: Ellos darán sus ejércitos, Inglaterra el oro [...] La sociedad capitalista industrial se ve forzada a la conquista siempre [...] La Inglaterra liberal -aunque no por eso menos imperialista- triunfa contra el feudalismo paraguayo... el progreso contra la rutina [...] el ayer es vencido por el presente. Por eso fue vencido Rosas, rutinario paralizador del país, por los liberales progresistas. Por eso será vencido López II. A pesar de que, desde un punto nacionalista, a él le pertenece la razón, a pesar de que se le agrede injustamente; la razón histórica no es nacional sino humana. A López lo derriba el progreso, el capitalismo [...] Lo saca de su feudalismo, lo obliga a entrar en la senda del capitalismo, entonces progresista"⁶⁴.

Es preciso destacar que estas reflexiones no pertenecen al siglo XIX, cuando los marxistas aun no entendían la cuestión nacional en los países atrasados, sino a 1957, cuarenta años después de que Lenin publicó su obra sobre el imperialismo. Por eso llama tanto la atención de que Yunque justifique la masacre y después se conduela porque "El Paraguay quedaba despoblado y devastado" y aconseje leer *El dolor paraguayo*, de Rafael Barrett o el poema *Nenia* de Guido y Spano.

Mayor importancia adquiere el error cometido por Leonardo Paso, en tanto fue, durante varios años, historiador oficial del Partido Comunista. También aquí, se difunde la Historia mitrista con fraseología marxista. Paso afirma, por ejemplo que "el rosismo se propuso sostener el orden feudal: la obra de Rivadavia fue su antítesis en su afán de aflojar ese orden y dar cabida al desarrollo capitalista"⁶⁵. En otra parte, señala "La burguesía comercial porteña, como una fuerza de disociación del orden feudal en lo económico social, competía con la producción artesanal del interior, disgregándola al colocar la manufactura inglesa [...] La hegemonía política correspondió (en ese período) a la burguesía comercial porteña y podemos decir que los elementos ideológicos de la Revolución, que formaron así la intelectualidad porteña, salieron en gran medida de esa capa social"⁶⁶. Llevado por este razonamiento, Paso confunde el rol de las burguesías en la época feudal de Europa, con el rol de las burguesías compradoras en los países atrasados y de allí su opinión acerca de que los caudillos se oponían "a lo extranjerizante" porque era "sinóni-

mo de desarrollo burgués"⁶⁷ por lo cual Dorrego es calificado, con ironía, como representante de "este patriótico federalismo feudal"⁶⁸.

Años después, criticando este tipo de análisis, se argumenta, en círculos de izquierda nacional, que: "Facundo, sin Marx resulta inexplicable, pero que Marx, sin Facundo, no sirve para nada".

Algunos heterodoxos

Así como la Historia liberal encuentra algunos francotiradores que la cuestionan cuando recién inicia su divulgación, así también aparecen, después, algunos historiadores aislados, con perfiles propios, capaces de elaborar interpretaciones con mayor equilibrio e incluso, a veces, distanciándose de las posiciones consagradas.

Entre ellos, puede citarse a Carlos Heras, proveniente de la Nueva Escuela Histórica. Su análisis de los sucesos del 11/09/1852 revela una independencia de criterio nada común entre los académicos, habiendo aportado también acerca del Congreso de Tucumán y siendo, asimismo, fundador y director de la revista *Trabajos y Comunicaciones*. Semejante es el caso de Joaquín Pérez, autor, entre otros, de *Artigas, San Martín y los proyectos monárquicos en el Río de la Plata y Chile* (Montevideo, 1960), *Historia de los primeros gobernadores de la provincia de Buenos Aires* (La Plata, 1950) y *San Martín y José Miguel Carrera* (Buenos Aires, 1954).

También puede encuadrarse entre estos historiadores a Antonio Jorge Pérez Amuchástegui. Nacido en Buenos Aires, en 1921, es profesor en Córdoba, La Plata, Buenos Aires y en la Universidad del Sur. Entre sus libros más importantes pueden mencionarse: *La carta de Lafond y la perspectiva historiográfica* (1962), en el cual Pérez Amuchástegui tiene la valentía de coincidir con los historiadores venezolanos que son apócrifos. Otro trabajo importante es *Mentalidades argentinas (1860-1930)*. También publica *Conocimiento sistemático de la historia*, en colaboración con Jorge Luis Casani. Amuchástegui acomete, además un importante trabajo histórico al dirigir la publicación de *Crónica Histórica Argentina* en cinco tomos (Editorial Codex, 1968/9). Más allá de disidencias que puedan manifestarse con respecto a alguna interpretación, este trabajo se caracteriza por el equilibrio y especialmente, la independencia de criterio manifestada ante los mitos oficiales.

Algunos párrafos aparte merece José Luis Busaniche, nacido en Santa Fe, en 1892, quien se define "demócrata liberal en materia política"⁶⁹ aunque sus interpretaciones históricas se encuentran más cerca del revisionismo histórico que de la Historia Oficial. Especialmente interesado en la vida del caudillo santafesino Estanislao López, Busaniche publica *Estanislao López y el federalismo del Litoral* en 1927, signando así su ingreso al campo de la historia y en gran medida, su carácter de "historiador lopista". Luego vienen otras obras, entre ellas, *Rosas en la historia de Santa Fe* (1929), *El bloqueo francés y la misión Cullen* (1934/36), *Lecturas de la Historia Argentina, San Martín visto por sus contemporáneos* (1950) y *Bolívar visto por sus contemporáneos* (1960).

Pero su principal aporte es *Historia Argentina* publicada por Solar-Hachette, en 1965, después de su muerte. En ella Busaniche exalta a Artigas como "el caudillo de mayor prestigio en el litoral argentino", criticando la política rivadaviana y defendiendo a Esta-

⁶² Yunque, Álvaro: *Breve historia de los argentinos*, Buenos Aires, Futuro, 1957, pp. 312-314.
⁶³ Ídem, p. 315.
⁶⁴ Ídem, pp. 318 y 319.
⁶⁵ Paso, Leonardo: *Rivadavia y la línea de Mayo*, Buenos Aires, Fundamentos, 1960, p. 203.
⁶⁶ Ídem, p. 21.

⁶⁷ Ídem, p. 88.

⁶⁸ Ídem, p. 85.

⁶⁹ Scenna, M. A.: ob. cit., p. 229.

nislao López. Respecto de Rosas, intenta un análisis equilibrado que reconoce su defensa de la soberanía nacional, al tiempo que condena los vínculos de los unitarios con los franceses. Sin embargo, desde su perspectiva santafesina y su ideología liberal, el Restaurador no es figura del todo su agrado y de allí su no pertenencia a la corriente revisionista rosista. Asimismo, critica acremente a Sarmiento, poniendo de relieve la represión de la montonera y el genocidio de la guerra del Paraguay, aunque manifiesta cierta consideración hacia Mitre. Su obra, que aspiraba a cubrir el período histórico que va hasta 1912, queda trunca en 1868, debido a su fallecimiento ocurrido el 18 de mayo de 1959.

El predominio de la Historia Oficial

Mientras los revisionistas, desde los suburbios de colegios, academias y periódicos, atacan al panteón mitrista e incluso algunos historiadores liberales cometen, de vez en cuando, alguna audacia propia de un cierto criterio independiente, la Historia Oficial permanece vigente, más allá de ciertos aceites y ciertas concesiones. El Moreno del librecomercio, el San Martín "Santo de la espada", el Rivadavia "progresista", el Sarmiento "civilizador" y el Mitre "unificador del país" y "Padre de la organización nacional" mantienen sus estatuas.

Llegado a su fin el reinado de los Grosso y los Levene, aparecieron los Astolli y los Ibáñez custodiando los broncees. A ellos les siguieron otros, tenaces en la misma tarea, renovando la fraseología (de "civilización" o "barbarie", a "democracia" o "autoritarismo" y a "modernización" o "atraso"), pero resguardando a los mismos próceres e idénticos intereses de clase. En las escuelas perduró la vieja iconografía. La nomenclatura de localidades, calles y plazas continuó rindiendo culto a aquellos próceres ensalzados por los triunfadores de Pavón.



11583

CAPÍTULO II

EL REVISIONISMO HISTÓRICO

Los precursores

A través de la enseñanza, los medios de comunicación, las Academias e inclusive, la nomenclatura catastral, la clase dominante implantó la Historia Oficial, es decir, impuso al resto de la sociedad su particular interpretación de la historia argentina, como si fuera la verdadera, única e indiscutida, "científica" y "neutra". Sin embargo -y a pesar del férreo control- comenzaron a aparecer voces disonantes: algunos investigadores liberales pero honestos y con espíritu crítico, otros, con inquietudes nacionales. Entre ellos, puede recordarse a Adolfo Saldías, David Peña, Ernesto Quesada, Ricardo Rojas, Juan Álvarez y Francisco V. Silva.

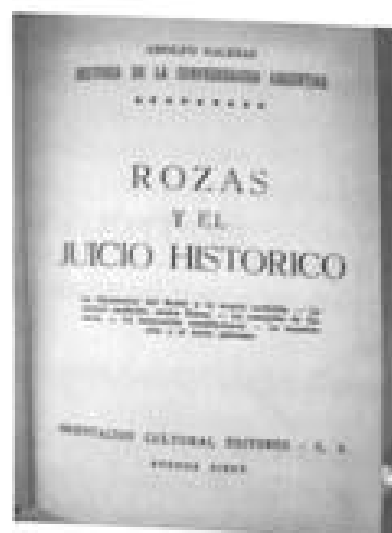


Adolfo Saldías (1849-1914). Historiador, político y diplomático, considerado uno de los precursores de la historiografía revisionista por sus investigaciones sobre la figura de Rosas. Imagen: Instituto Nacional de Investigaciones Históricas J. M. de Rosas.

1) Adolfo Saldías (1850-1914)

Liberal, admirador de Rivadavia, luego alemista. Investiga la época de Rosas, buceando en el archivo del Restaurador, que le ha facilitado Manuelita Rosas, en Londres. No obstante su formación antirrosista, analiza honestamente la documentación y en 1881 publica el primer tomo de su obra bajo el título *Historia de Rosas*.

Este libro se lo envía a Mitre señalando que la "prédica de los odios constituye un verdadero peligro para el porvenir de las ideas, cuyo desenvolvimiento retarda". Mitre le responde: "He pasado parte del día y casi toda la noche leyéndolo, lo cual, teniendo en cuenta las 920 páginas del grueso volumen, es casi un aplauso cerrado [...] [Pero] es un libro que debo recibir y recibirlo, como una espada que se ofrece galantemente por la empuñadura; pero es un arma del adversario en el campo de la lucha pasada, y aun presente, si bien más noble que el quebrado puñal de la mazorca que simbolizaría, por cuanto es un producto de la inteligencia". Y en respuesta al prólogo de la obra, le descarga: "Si por tradiciones partidistas entiende usted mi fidelidad a los nobles principios porque he combatido toda mi vida, y que creo haber contribuido a hacer triunfar en la medida de mis facultades, debo declararle que cons-

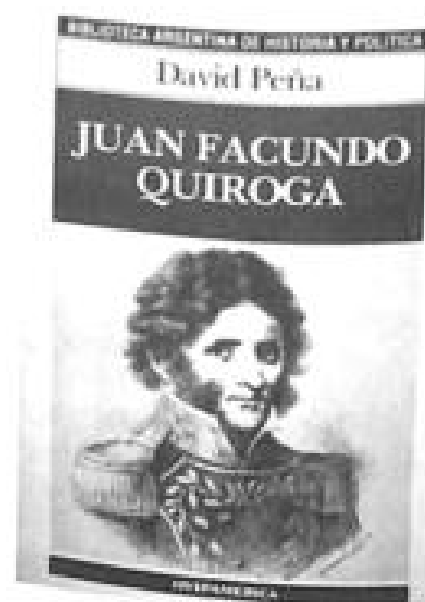


Portada del libro de Adolfo Saldías: *Historia de la Confederación Argentina. O.C.E.S.A. (Orientación Cultural Editores Sociedad Anónima), Buenos Aires, 1958.*

Peña anuda una estrecha amistad con Juan Bautista Alberdi y en varias oportunidades sale a la defensa del tucumano, especialmente frente a los ataques del mitrismo: *Basta de Alberdi* (1894), *Defensa de Alberdi* (1911) y *La traición de Alberdi: viejo leit motiv* (1914). Su alineamiento a favor de la reivindicación histórica de Facundo, Dorrego y Alberdi es moti-



Arriba izquierda: David Peña, historiador rosarino, integrante de la corriente revisionista rosista. Se destacó por su biografía de Juan Facundo Quiroga.



Arriba derecha: Juan Facundo Quiroga de David Peña, Ediciones Hyspamérica, Biblioteca Argentina de Historia y Política.

cientemente los guarda, como guardo los nobles odios contra el crimen que me animaron en la lucha". Recién años después, en 1892, Saldías se anima a publicar la obra entera titulándola *Historia de la Confederación Argentina*, en varios tomos. Luego, entre 1904 y 1907, publica *Papeles de Rosas*, pero desde entonces prefiere ocuparse en tareas judiciales, catedráticas y diplomáticas.

2) David Peña (1862-1930)

Doctor en leyes y diputado nacional, el santafecino Peña provoca perplejidad -y malestar- cuando, en 1903, dicta varias conferencias en la Facultad de Derecho reivindicando a Facundo Quiroga. Luego, en 1906, las recopila en un libro titulado *Juan Facundo Quiroga*. Incursiona, asimismo, en el teatro con dos obras: *Facundo* (1906) y *Dorrego* (1911). También produce *Contribución al estudio de los caudillos argentinos* donde disiente con la interpretación sarmientina y luego, *Historia de las leyes de la Nación Argentina* (1916).



Ernesto Quesada

Ernesto Quesada (1858-1934). Abogado, profesor universitario que impulsó los estudios sociológicos en el país. Desplegó una prolífica obra académica en la que abundan cuestiones ligadas a la identidad nacional.

Universidad la enorme biblioteca de su padre, sobre cuya base se constituye el Instituto Iberoamericano de Berlín. Luego, se traslada a Suiza y se asienta en Berna, en una finca que él denomina "Villa Olvido", donde fallece el 7 de febrero de 1934, en el más absoluto aislamiento.

4) Ricardo Rojas (1882-1957)

Este ensayista se preocupa especialmente de nuestra identidad nacional, en sus primeros libros: *Cosmópolis* (1908), *El país de la selva* (1907), *Blasón de Plata* (1910) y *Argentinidad* (1916). En este último reivindica a los federales y critica a Bernardino Rivadavia. Pero su principal obra, en esa época, es *La Restauración Nacionalista*. Enviado a Europa para indagar acerca de la enseñanza de la historia, Rojas publica este informe a su regreso, que alerta acerca del peligro que corre la conciencia nacional, dada la enseñanza histórica que prevalece en la Argentina. Sostiene Rojas: "El momento aconseja con urgencia imprimir a nuestra educación un carácter nacionalista por medio de la Historia y de las humanidades"¹. Al respecto señala: "Nuestro sistema (de enseñanza) falló también, según lo he demostrado, a causa del vacío enciclopedismo y la simiesca manía de imitación, que nos llevara a estériles estudios universales, en detrimento de una fecunda educación nacional. Así se explica que estén saliendo de nuestras escuelas, argentinos sin conciencia de su territorio, sin ideales de solidaridad histórica, sin devoción por los

vo suficiente para que Peña sea silenciado por los medios de difusión controlados por la clase dominante.

3) Ernesto Quesada (1858-1934)

Realiza una obra histórica rigurosa, con implacable documentación. Investiga directamente de los archivos, trabajando con la documentación original de su padre Vicente G. Quesada (de origen urquicista, quien ocupó importantes funciones en el mundo diplomático) y con la documentación del General Pacheco (militar de la Confederación rosista), a la cual accedió en razón de su casamiento con Eleonora Pacheco, hija del General.

Escribe *La época de Rosas* (1898), cinco tomos que tratan el período 1838-1841, uno de los primeros y más serios trabajos que confrontan con la Historia Oficial.

Colabora con su padre en la *Nueva Revista de Buenos Aires*, ejerce la cátedra y reivindica, asimismo, la figura de su suegro, Ángel Pacheco en *Pacheco y la campaña de Cuyo*, dando a luz otros trabajos sobre Historia, Derecho, y cuestiones sociales. Pero, después de su libro sobre Rosas, el ámbito local dejó de serle favorable. En 1915 se aleja del país y pasa a residir en Berlín. Allí es catedrático y cede a la

¹ Carta de Bartolomé Mitre a Adolfo Saldías, 05/10/1887, en M. A. Scenna: *Los que escribieron nuestra historia*, Buenos Aires, La Bastilla, 1976, p. 100.

² Rojas, Ricardo: ob. cit., p. 87.

intereses colectivos, sin interés por la obra de sus escritores". Esta osadía de Rojas, que lo convirtió en uno de los primeros en impugnar la enseñanza por su concepción antinacional, le vale el silenciamiento.

Tanto *La Argentinidad*, como *La Restauración Nacionalista*, reciben la frialdad e incluso la crítica de la prensa. Medio siglo después, Alfredo de la Guardia todavía insiste en que "los ataques a Bernardino Rivadavia [por parte de Rojas] "no son justos". Asimismo, De la Guardia, en su ensayo sobre Rojas, no solo se desinteresa por analizar en profundidad *La Restauración...* sino que incluso hace referencia "al recelo que despertó en algunos lectores"³ y que "hubo quienes habían creído por error o conveniencia que *La Restauración Nacionalista*, en su esencia, era una prédica reaccionaria".

Rojas se recluye a partir de 1917 en su *Historia de la Literatura Argentina* en la cual trabaja varios años y al concluir, publica conjuntamente un ensayo donde persiste en la búsqueda de la identidad nacional, ahora por lo indoamericano: *Eurindia* (1922). Pero ya está quebrado. A pesar de su viraje político -del conservadorismo al radicalismo antialvearista- así como la publicación de *El Radicalismo de mañana*, en 1933, concluye sumergiéndose en el mundo de la cultura consagrada (*El Santo de la Espada*, *El profeta de la Pampa*).

5) Juan Álvarez (1878-1954)

Hombre de Derecho, afiliado al conservadorismo, Juan Álvarez publica en 1912 *Las guerras civiles argentinas*. Allí explica nuestra historia no como lucha entre "civilización y barbarie" sino centrando el antagonismo Buenos Aires-Interior en sus causas económicas, tanto la puja por controlar los recursos aduaneros del puerto único, como la oposición entre libreimportadores y proteccionistas. Esta obra constituye un avance importantísimo en nuestra investigación histórica. Como señala Miguel Ángel Scenna, "al igual que Ricardo Rojas, [Álvarez] se negó a seguir por esa senda inédita, pero incierta. El grueso de su obra fue, en adelante, de carácter jurídico".

Efectivamente, los sectores dominantes de la política y de la cultura silencian su visión de nuestras guerras civiles que rechaza la interpretación sarmientina de "civilización o barbarie", para buscar la causa en el terreno de la economía.

6) Francisco V. Silva (c. 1890-1965)

Historiador cordobés, de orientación católica, es autor de *El reparto de la América Española*, *Vida del Deán Funes* y especialmente, *El Libertador Bolívar y el Deán Funes en la política argentina*. En su *Revisión de la Historia Argentina*, publicado en 1916, Silva reivindica a los caudillos federales y sostiene que es "indiscutible que desde 1810 se venía redactando la historia argentina viciosamente con un solo criterio: el del puerto de Buenos Aires"⁴. Reivindica, asimismo, a Bolívar, rechazando las injurias vertidas por el mitrismo y señala que no cabe pasar en silencio, "entre las adulteraciones históricas de Buenos Aires, la de aquel ilustre caudillo de la Banda Oriental que se llamó Artigas,

³ Ídem, p. 353.

⁴ Guardia, Alfredo de la: *Ricardo Rojas*, Buenos Aires, Schapire, 1967, p. 93.

⁵ Ídem, p. 24.

⁶ Ídem, p. 26.

⁷ Scenna, M. A.: ob. cit., p. 145.

⁸ Quatrocchi, Diana: *Los males de la memoria*, Buenos Aires, Emecé, 1995, p. 84.

y que fue digno de que Córdoba del Tucumán le ofreciera una espada con esta dedicatoria: 'Al Protector de los Pueblos Libres'". Esta obra de Silvá -cuyo sugestivo subtítulo resulta notablemente anticipatorio- va patrocinada por la Editorial América que levanta con su exclusivo esfuerzo ese mosquetero antiimperialista que se llama Rufino Blanco Fombona. Tenazmente dedicado a la reivindicación de Bolívar, Fombona publica en esa editorial algunos textos importantes que hacen a la revisión de nuestra historia como, por ejemplo *Ayacucho y el prevaricato de Rivadavia*, del boliviano Gabriel René Moreno y *Rosas y Thiers. La diplomacia europea en el Río de la Plata*¹⁰, del mexicano Carlos Pereira, donde se desnuda la páfida intervención extranjera en el Río de la Plata en la época de la Confederación.

Sin embargo, estos francotiradores no logran conmover los cimientos de la historia mitrista sostenida por la clase dominante. Peña, silenciado, Saldías y Álvarez dedicados a otros menesteres menos peligrosos, Silva, aislado, Quesada, exiliado, Rojas, amansado ante *La Nación*, la Historia Oficial continúa imperando lozanamente en escuelas, academias, periódicos, estatuas, plazas y calles, en las tres primeras décadas del siglo veinte.

C) El Revisionismo Rosista o Nacionalista de Derecha

Pero, hacia 1930, la crisis económica mundial, el auge del corporativismo en Europa y el triunfo yrigoyenista en las elecciones de 1928 se conjugan para provocar el debilitamiento del pensamiento liberal-conservador en los sectores dominantes. Ello facilita el avance al primer plano del nacionalismo oligárquico. El 6 de septiembre, el Gral. Uriburu asume el poder, en nombre del orden y la tradición. Una fuerte personalidad, autoritaria, expresión de la clase alta provinciana, salvará a la Argentina, afirman los hombres de Derecho y de derecha.

Paralelamente, en el campo historiográfico se opera, por entonces, la aparición y desarrollo de una nueva corriente: antiliberal, conservadora, corporativista. El predominio del uriburismo septembrino en política se corresponde con el surgimiento del rosismo reaccionario. Un déspota cubre el escenario político e histórico, asegurando el orden. La dictadura actual se legitima reivindicando el autoritarismo de Rosas.

No es casualidad, entonces, que el mayor teórico del corporativismo entre los asesores de Uriburu, el Dr. Carlos Ibarguren, también de una familia patricia del interior, se constituya en el iniciador de esta corriente historiográfica. Lo siguen, en esta tarea, Ignacio B. Anzoátegui y Julio Irazusta.

1) Carlos Ibarguren (1877-1956)

Abogado salteño, de familia tradicional, funcionario de varios gobiernos conservadores, ha sido liberal en su juventud hasta que la Revolución Rusa y el triunfo de Yrigoyen en 1916 lo convencer de que la democracia es la antesala del "triunfo maximalista" que destruirá el orden vigente. Convertido en fervoroso partidario de las jerarquías sociales, la tradición y el catolicismo, Ibarguren resulta un corporativista convencido en la década del veinte. Por entonces, además de varios libros sobre temas jurídicos, dicta un ciclo de conferencias sobre Rosas "y las dictaduras trascendentes". Poco después, en 1924, publica *Manuelita Rosas*.

En 1930, Ibarguren participa del golpe militar y es designado interventor en la pro-

⁹ Ídem.

¹⁰ Galasso, Norberto: *Rufino Blanco Fombona*, Buenos Aires-Caracas, El Cid Editor, 1977.



Julio Irazusta (1900-1982). Referente del revisionismo que se ocupó especialmente del período rosista.

"Cuando me preguntan si soy nazi, contesto: Sí, soy nazi por gracia de Dios".

3) Julio Irazusta (1900-1982)

La corriente revisionista recibe un importante aporte, en esos años, por parte de los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta: el ensayo *La Argentina y el imperialismo británico* (1934).

Los Irazusta provienen de una familia ganadera de Gualeguaychú, de origen radical. Pero en los años veinte se van desplazando hacia el nacionalismo hasta sustentar definitivamente esa posición con el diario *La Nueva República*, hacia 1928. Después de apoyar el golpe uriburista, sus esperanzas se frustran con la preeminencia del Gral. Justo. Poco después, el pacto Roca-Runciman, que viene a legitimar la política oligárquica de carnes, en favor de los invernadores bonaerenses y en perjuicio de los

criadores (como son los hermanos Irazusta), los impulsa a publicar el libro mencionado. Rosas e impugnan la desarrollada por sus vencedores, aunque, significativamente, valoran con demasiada consideración a Mitre, mientras cargan las tintas sobre Sarmiento. Pero, más allá de matices, este libro -junto con los artículos de Raúl Scalabrini Ortiz publicados en Europa y reproducidos por *La Gaceta de Buenos Aires* hacia la misma época- pone de relieve la fuerte influencia de Gran Bretaña en nuestra Historia, aunque Scalabrini -libre de la óptica del pequeño productor agrario como los Irazusta- desarrolla una concepción más totalizadora de la dominación imperialista británica sobre la Argentina.

Mientras Rodolfo continúa con sus inquietudes políticas y periodísticas, Julio, a partir de esta obra, se encamina por el revisionismo. En 1935 publica *Ensayo sobre Rosas*, en 1938: *Actores y espectadores* y hacia 1941, uno de sus libros más importantes: *Vida política de Juan Manuel de Rosas, a través de su correspondencia*. Con posterioridad, aporta nuevas investigaciones como *Tomás de Anchorena* (1950), *Urquiza y el pronunciamiento* (1953), *Ensayos históricos* (1954) y *Las dificultades de la historia científica*, en 1955, en polémica con Ernesto Celesia. Otros trabajos importantes son *Balace de siglo y medio* (1960), *Memorias* (1957) y *Breve historia de la Argentina* (1981). Varias circunstancias se conjugan, sin embargo, para que Julio Irazusta no sufra la marginación que experimentaron otros revisionistas por parte de los círculos oficiales: desde su familia ganadera y su formación intelectual cosmopolita (afrancesado, estudia varios idiomas, concurre a la Universidad de Oxford) hasta su amistad con Victoria Ocampo, su buena relación con *La Nación* y su antiperonismo militante, expresado en *Perón y la crisis argentina* (1956), como asimismo su actitud reverencial ante Mitre, (lo elogia en *La Nación*²⁴ y en *Breve Historia Argentina*²⁵).

Así, resulta que Julio Irazusta, en mayo de 1971, es incorporado a la Academia Nacional de la Historia. La lectura atenta de sus memorias ratifica de qué modo, más allá de sus di-

sidencias con los historiadores oficiales respecto a Rosas, compartía valores con la clase dominante, lo cual explica no solo sus colaboraciones en *SUR* y *La Nación*, sino especialmente su contumacia anti-yrigoyenista en 1928, así como su antiperonismo en los años cincuenta.

Tanto Anzoátegui, como Ibarguren e Irazusta impulsaron el revisionismo en esos primeros años del treinta, impugnando a la Historia Oficial desde una óptica de derecha. Su cuestionamiento tiene estos rasgos:

1) Sobre la Revolución de Mayo: exaltan a Saavedra, pues el movimiento resultaría, por sobre todo, militar, sin pueblo, al mismo tiempo que descalifican a Moreno, atribuyéndole iluminismo y ligazón con intereses británicos.

2) Sobre Rivadavia: critican su gestión, pero especialmente por sus ataques a la Iglesia Católica.

3) Sobre Rosas: lo reivindican como expresión del orden, la soberanía y la resurrección del espíritu colonial.

4) Respecto de Sarmiento: lo condenan, más que a Mitre, en tanto expresión de la enseñanza laica.

El ocaso del uriburismo, producto de la preeminencia de la política liberal pro-inglesa del Gral. Justo, reduce la repercusión de sus trabajos. Son francotiradores y en esa medida, los grandes diarios los silencian mientras Levene mantiene el predominio de la Historia Liberal en colegios y demás organismos de difusión y comunicación.

Recién en los últimos años de la década del treinta, el revisionismo logra convertirse en corriente, con la aparición de nuevos investigadores y sus primeros nucleamientos. El 15 de junio de 1938, en Santa Fe, se constituye el Instituto de Estudios Federalistas, conducido por Alfredo Bello y José María "Pepe" Rosa, con un homenaje al caudillo Estanislao López.

Poco más tarde, el 5 de agosto del mismo año, se inaugura en Buenos Aires, el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, con la participación de los hermanos Irazusta, Alberto Ezcurra Medrano, Manuel Gálvez, Corvalán Posse, Díaz de Vivar, Carlos Steffens Soler, Ramón Doll, Ernesto Palacio, Carlos Ibarguren, Vicente Sierra, Corvalán Mendilaharsu y otros.

Estos nuevos historiadores revisionistas se encuentran -la mayoría o casi la totalidad de ellos- alineados en el nacionalismo reaccionario, aunque algunos, sin embargo, formulan planteos más amplios para caracterizar sucesos y personajes. Así, por ejemplo, Manuel Gálvez en su biografía sobre Hipólito Yrigoyen, concluye siendo ganado por el personaje, o Ernesto Palacio se singulariza por exaltar a Mariano Moreno y condenar la guerra del Paraguay.

4) Manuel Gálvez (1882-1962)

Desde muy joven interesado por la cuestión social, Gálvez publica inicialmente varias novelas con esa temática, que alcanzan gran éxito: *Nacha Regules*, *Historia de Arrabal*, *La maestra normal* y *El mal metafísico*, entre otras. Después,



Manuel Gálvez (1882-1962), narrador, poeta, ensayista. Como historiador se vincula con el revisionismo. Se destacó por las biografías de Hipólito Yrigoyen, Juan Manuel de Rosas y Domingo Faustino Sarmiento.

²⁴ Anzoátegui, Ignacio B.: *Allá lejos y aquí mismo*, Buenos Aires, Sudestada, 1968, p. 29.

²⁵ Julio Irazusta en "Nuestra historia y el presente", *La Nación*, Buenos Aires, 2/11/1975.

²⁶ Irazusta, Julio: *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Independencia, 1981, p. 164.

deriva al nacionalismo católico y hacia 1930 inicia sus incursiones en el campo de la historia argentina: *El gaucho de los Cerrillos* (1931) y *El General Quiroga* (1932). Pero su obra más importante, en el terreno histórico, comienza hacia 1939 con *Vida de Yrigoyen*. Luego publica *Vida de Juan Manuel de Rosas* (1941), *Vida de Aparicio Saravia* (1942), *Vida de Sarmiento* (1945) y *José Hernández* (1945). En la construcción de estas biografías, Gálvez trabaja con un cúmulo importante de datos y si bien esos libros carecen del aparato erudito que fundamenta las citas, un control minucioso permite verificar su rigor histórico.

Años después, Gálvez incursiona en la novela histórica reconstruyendo épocas importantes de nuestro pasado: *Bajo la garra anglofrancesa* (1953), *Así cayó don Juan Manuel de Rosas* (1954), *Uno y la multitud* (1955), donde a través de la historia de un nacionalista, aparece el 17 de octubre del 45, *Tránsito Guzmán* (1957), donde retrata el enfrentamiento de la Iglesia con el peronismo. Ya años antes, en 1938 en *Hombres en soledad*, Gálvez había dibujado el aislamiento del intelectual nacional durante la Década Infame. En 1973 publica *La gran familia de los Laris*.



5) Ernesto Palacio (1900-1979)

Nace en San Martín, Provincia de Buenos Aires, el 4 de enero de 1900. De tendencias anarquistas en su juventud, Palacio se convierte luego al catolicismo y de poeta y crítico literario, en su primera época ("Revista Martín Fierro", 1926) pasa luego al nacionalismo ("La Nueva República", con los hermanos Irazusta, en 1928). Participa del golpe uriburista aunque luego, al igual que los Irazusta, lo critica por entender que no se han cumplido los objetivos prometidos. Este replanteo se expresa en su libro *Catilina*, donde apela a la lucha de Catilina contra la oligarquía romana, para lanzar sus dardos contra el uriburismo.

Hacia 1938, Palacio publica una de las obras de mayor resonancia del revisionismo: *La Historia falsificada*. Allí sostiene: "Domina en nuestro país la falsa idea de una historia dogmática y absoluta, cuyas conclusiones deben acatarse como cosa juzgada, so pena de incurrir en el delito de lesa patriotismo [...] Aquí se ejercita un verdadero terrorismo de la ciencia oficial, por medio de la prensa, la universidad y la enseñanza media [...] Historia convencional, escrita para servir propósitos políticos ya perimidos, huele a cosa muerta para la inteligencia de las nuevas generaciones [...] Ante el empeño de enseñar una historia dogmática, fundada en dogmas que ya nadie acepta, las nuevas generaciones han resuelto no estudiar historia, ni la verdadera, ni la oficial. Con lo que ya llevamos algo ganado. Nadie sabe historia, ni la verdadera, ni la oficial".

Señala, asimismo: "Fraguada para servir los intereses de un partido dentro del país, le negó la misión a que se le destinaba: fue el antecedente y la justificación de la acción política

²⁸ Palacio, Ernesto: *La historia falsificada*, Buenos Aires, Difusión, 1939, pp. 46 y 68-69.

de nuestras oligarquías gobernantes, o sea el partido de la "civilización". No se trataba de ser independientes, fuertes y dignos; se trataba de ser civilizados. No se trataba de hacernos, en cualquier forma, dueños de nuestros destinos, sino de seguir dócilmente las huellas de Europa. No de imponernos, sino de someternos. No de ser heroicos, sino de ser ricos. No de ser una gran nación, sino una colonia próspera. No de crear una cultura propia, sino de copiar la ajena. No de poseer nuestras industrias, nuestro comercio, nuestros navíos, sino de entregarlo todo al extranjero y fundar, en cambio, muchas escuelas primarias donde se enseñara, precisamente, que había que recurrir a ese expediente para suplir nuestra propia incapacidad. Y muchas Universidades, donde se profesara como dogma que el capital es intangible y que el Estado (sobre todo, el argentino) es "mal administrador"²⁹.

En años posteriores, Palacio se dedica con mayor concentración a la tarea política dirigiendo los semanarios *Nuevo Orden* (1940) y *Política* (1945). Desde este último apoya la candidatura de Perón. En el período 1946-52 se desempeña como diputado nacional del bloque peronista. En todos estos años, se observa en Palacio su posición nacionalista como así también sus esfuerzos para pasar a posiciones más populares -quizás debido a la influencia del peronismo- tomando distancia de Maurras y del corporativismo, que lo habían cautivado años atrás y si bien durante la guerra reconoce simpatías por el fascismo, insiste en que la reivindicación nacional argentina es el eje de su lucha, al tiempo que revaloriza el radicalismo, pero al de Yrigoyen y no al de Alvear.

En 1953, publica, en dos tomos, *Historia de la Argentina*. En este libro, adopta posiciones singulares que lo separan de la mayoría de los revisionistas nacionalistas: juzga reaccionario a Saavedra y reivindica a Moreno, fustiga a Rivadavia por su europeísmo, reivindica a Rosas, pero también descarga su artillería contra Mitre, condenando severamente la Guerra del Paraguay. Asimismo, critica el orden agropecuario de "la granja de su Majestad británica", reivindicando la necesidad de industrias y de explotar los recursos minerales. Esta *Historia Argentina* se constituye en uno de los libros más leídos por todos aquellos que manifiestan interés por conocer la verdadera historia.

6) Ramón Doll (1896-1970)

Doll proviene también de una juventud izquierdista, habiéndose destacado a partir de 1927 como agudo crítico literario. Ante sus análisis implacables caen importantes escritores como Ricardo Güiraldes, Ricardo Rojas, Roberto Giusti e incluso el joven y promisorio Jorge Luis Borges. En esas críticas literarias, ya Doll incursiona en la historia argentina, guiado por su desconfianza hacia los intelectuales del sistema: "Intelectuales fueron luego los intelectuales del sistema: asesores a las oligarquías porteñas para defraudar el sentido democrático o federalista de la Revolución"³⁰. Y agrega: "Recuerde todo que una nueva visión de la historia argentina está des- cubriendo en los unitarios; fueron los niños malcriados de la época y porque el pueblo los aborrecía, resolvieron en sus versos y en sus obras literarias que ellos eran la civilización y el país era la barbarie [...] Ellos hicieron, es cierto, la historia y durante mucho tiempo no ha habido



Ramón Doll (1896-1970). Historiador revisionista que militó políticamente en el Partido Socialista.

²⁹ Ídem, pp. 69 y 70.

³⁰ Doll, Ramón: *Crítica*, Buenos Aires, Talleres Rosso, 1930, p. 9.



Óleo sobre papel. Ilustración de Omar Iván para *Caras y Caretas*, abril de 2009 sobre Scalabrini Ortiz.

Ortiz Pereyra, Félix Ramírez García y Juan B. Fleitas. Se integra con yrigoyenistas consecuentes que provienen de "la resistencia radical" y que, hacia fines de 1934, se expresaron en la agrupación "Radicales Fuertes".

FORJA se propone profundizar la vocación revolucionaria del yrigoyenismo, otorgándole un programa de claro contenido antiimperialista y oponiéndose a la claudicación del "alvearismo" que controla la cúpula partidaria. Bajo el lema "Somos una Argentina colonial; queremos ser una Argentina libre", los forjistas denuncian el Estatuto Legal del Colonaje y levantan, como bandera agitadora, "las cuatro P": "Patria, Pan y Poder al Pueblo".

El principal ideólogo de la agrupación es Raúl Scalabrini Ortiz (1898-1959), aun cuando no se halla orgánicamente integrado a la misma, en razón de su negativa a afiliarse a la Unión Cívica Radical, requisito incluíble para incorporarse a FORJA (hasta 1940), en tanto corriente interna del partido. Así, desde los suburbios de FORJA, Scalabrini Ortiz aporta las ideas fundamentales provenientes de sus investigaciones acerca de la opresión del imperialismo inglés sobre la Argentina. Jauretche sostiene, años después, que "Scalabrini fue el descubridor de la realidad argentina" y que "él nos sacó del antiimperialismo abstracto que difundía la vieja izquierda, para conducirnos a un antiimperialismo concreto", es decir, a comprender cuáles son los resortes fundamentales de la dominación inglesa y cómo funciona ese mecanismo.

Scalabrini, en artículos diversos del semanario *Señales*, como así también en los *Cuadernos de FORJA* y en sus conferencias, inicia el revisionismo histórico forjista. Esta revisión se distingue netamente de la formulada por "los resistas": es antiimperialista y tagónica- al origen uriburista del revisionismo de Harguren y compañía. (Los forjistas se deslindan de los nacionalistas con este simbolismo: "El nacionalismo de ellos es el llanto del hijo ante la tumba del padre, "lo nacional" forjista es el canto del padre ante la cuna del hijo. Para ellos, la Patria ya fue y está en el pasado. Para nosotros, es un sueño de futuro").

En 1937, Scalabrini inicia el revisionismo forjista con su conferencia "Las dos rutas de Mayo"¹⁴, pronunciada en Lavalle 1725, sede de la agrupación. Allí reivindica la línea revolucionaria de Moreno y critica la línea oligárquica de Rivadavia: las dos rutas están ahí, en el principio de la Patria y conducen, por caminos diversos, hacia la transformación y el auténtico progreso la primera, hacia la sumisión y la política antipopular, la segunda. Asimismo, en diversos artículos que luego agrupa en *Política británica en el Río de la Plata*, Scalabrini critica la libre importación, el empréstito Baring Brothers y la segregación de la Banda Oriental, así como el trazado ferroviario impuesto por las compañías británicas, base de la "granja" productora de carnes y cereales para su Graciosa Majestad.

¹⁴ Scalabrini Ortiz, Raúl: "Las dos rutas de Mayo", conferencia inédita, Archivo R.S.O.



Dibujo que expresa el pensamiento nacional de Scalabrini Ortiz. Autor: Damián Soriano.

Las obras principales de Scalabrini Ortiz son: *Política británica en el Río de la Plata* (Reconquista, Buenos Aires, 1940) e *Historia de los ferrocarriles argentinos* (Reconquista, Buenos Aires, 1940). Póstumamente, aparecerán *Cuatro verdades para la crisis* y *Bases para la reconstrucción nacional* (1965) donde se compendian artículos publicados en diarios y revistas.

Hacia 1938, los forjistas se definen, en materia de revisión histórica, de este modo: "La historia es un arma para manejar a los pueblos, para someterlos a los designios de los vencedores, para impedir toda acción libertadora, para dividir y confundir las corrientes de opinión. Por eso, la diplomacia inglesa ha impuesto una historia oficial argentina según la cual le somos deudores de la libertad, del progreso y de los capitales que nos prestaron para consolidar el orden y el bienestar. La revisión histórica tales que nos prestaron para consolidar el orden y el bienestar. La revisión histórica emprendida por FORJA demuestra que tales asertos son falsos y que los capitales extranjeros, predominantemente ingleses, que enfeudan y esclavizan la Patria, no son más que el producto del trabajo y de la riqueza argentina, capitalizados a su favor por la astucia europea"¹⁵.

En esta misma línea, Homero Manzi levanta la figura de los caudillos populares, exaltando a Rosas en tanto defensor ante la agresión anglofrancesa pero criticando su política interna y formula esta síntesis: "consecuentes con el pensamiento total de la conciencia argentina [...] [el radical] es radical hoy, como pudo haber sido reconquistador en 1807, libertador en 1810, viajero... en 1816, montonero en 1830, confederacionista en 1855, revolucionario en 1890, yrigoyenista en 1916"¹⁶.

Jauretche, asimismo, recuerda que en aquellos años los forjistas rescataban la memoria del Tigre de los Llanos: "Aún recuerdo risueñamente el horror de "los galeritas" [alvearistas] cuando nos encontrábamos con ellos en la Recoleta para rendir homenaje a Yrigoyen y de vuelta, dejábamos unas flores sobre la tumba de Facundo, tan cerca -ay- a la del Gral. Alvear"¹⁷. Si bien durante la existencia de FORJA no aparecen otros historiadores en el grupo, varios militantes forjistas publican trabajos históricos varios años des-

¹⁵ Volante de FORJA, en poder del autor.

¹⁶ Ford, Aníbal: *Homero Manzi*, Buenos Aires, CEAL, 1971, p. 41.

¹⁷ Jauretche, Arturo: *Los profetas del odio*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1967.

pués: Gabriel Del Mazo (*Historia del Radicalismo*, 1955), Atilio García Mellid (*Montoneros y caudillos en la historia argentina*, 1946 y la *Historia del Paraguay*, 1961), así como René Orsi: *Historia de la disgregación rioplatense* (1969), *Dorrego y la unidad rioplatense* (1991) y *San Martín y Artigas* (1991), entre otras.

También años después, Arturo Jauretche se ocupa especialmente de esta cuestión en *Política Nacional y Revisionismo Histórico* (1959, Peña Lillo).

Allí, aporta reflexiones importantes: "La falsificación (de la historia) ha perseguido precisamente esta finalidad: impedir, a través de la desfiguración del pasado, que los argentinos poseamos la técnica, la aptitud para concebir y realizar una política nacional [...] Ha habido una sistematización sin contradicciones, perfectamente dirigida [...] que no puede explicarse por la simple coincidencia de historiadores y difusores [...] No es pues un problema de historiografía, sino de política: lo que se nos ha presentado como historia es una política de la historia [...] (Y esa) política de la historia falsificada es y fue la política de la antinación, de la negación del ser y de las posibilidades propias". El pensamiento de FORJA -más allá de la disolución del grupo, producida en diciembre de 1945- se continúa y profundiza a través de Jauretche quien, después de señalar cómo la clase dominante impone su pensamiento al resto de la sociedad para asegurar el orden semicolonial ("La Yapa" de *Los profetas del odio*), se dedica, en el *Manual de zancos argentinos*, a destruir los mitos clave de la historiografía liberal: "civilización y barbarie", "el mal que aqueja a la Argentina es la extensión", "el misterio de Guayaquil", "Rivadavia, el hombre que se adelantó a su tiempo", "La patria no es la tierra donde se ha nacido", "Mármol y como hombre te perdono mi cárcel y cadenas", "Sarmiento no faltaba a clase en los días de lluvia", "la inferioridad del nativo", y otros".

E) El Revisionismo Histórico Rosista-Peronista

Durante el período 1945-1955, se manifestaron algunas inquietudes revisionistas aisladas (como el intento de retornar los restos de Rosas o los discursos parlamentarios donde John W. Cooke aborda la necesidad de la revisión histórica), pero, en general, predomina una política dirigida a no ahondar en la polémica. Incluso se produce un tratamiento contradictorio de esta cuestión: por un lado, se entrega (hasta 1954) el control de la universidad al nacionalismo católico quien difunde allí sus posiciones, pero, por otro, persiste la enseñanza de la Historia Liberal en escuelas primarias y secundarias (aunque en 1950, se exalta a San Martín por encima de todos los otros próceres, decretando el año sanmartiniano). Asimismo, se designa con nombres de próceres liberales a los ferrocarriles nacionalizados (Mitre, Sarmiento, etc.).

En esos años, comienza a adquirir importancia la obra revisionista de José María Rosa.

1) José María Rosa (1906-1991)

Además de impulsar el Instituto Federalista del Litoral, Rosa ha publicado su primer libro en la década del treinta: *Interpretación religiosa de la historia*, donde se evidencia, todavía, su anclaje en el viejo nacionalismo. Hacia 1941/42, publica *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica* denunciando el comercio libre como factor de sometimiento al capital inglés.

En 1944, aparece *El otro Alberdi*, y seguidamente, bajo el peronismo, acentúa el cues-

¹⁰ Jauretche, Arturo: *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1959, pp. 6 y 7.
¹¹ Jauretche, Arturo: *Manual de zancos argentinos*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1968.

tionamiento de la Historia Oficial. *La Misión García ante Lord Strangford* aparece en 1951, denunciando el proyecto de entregar el país en protectorado a los ingleses. En 1952, publica *El cóndor ciego*, destruyendo la incompreensión política de Lavalle que lo lleva al aislamiento y podría ser causa de un posible suicidio. En 1955 aparece *Nos, los representantes del pueblo*, donde llevado por su exultante rosismo, "Pepe" Rosa denigra a los convencionales de Santa Fe de 1853.

Ya derrocado el peronismo, Rosa se afirma definitivamente como historiador y produce sus obras más importantes: *La caída de Rosas* (1958), *Rivadavia y el imperialismo* (1964), *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas* (1967), *Estudios revisionistas* (1967), *Historia del revisionismo y otros ensayos* (1968), *El revisionismo responde y otros ensayos* (1968), *Del municipio indiano a la provincia argentina* y *Conversaciones con José María Rosa* (1978). Hacia 1964, Rosa acomete una *Historia Argentina*, de varios tomos que deja inconclusa a su muerte. La obra de Rosa es muy leída, especialmente a fines de la década del sesenta, por una juventud que descrece de los viejos textos liberales y busca una posición política nacional. Cabe señalar que la influencia del peronismo opera, sobre J. M. Rosa y otros revisionistas, alivianando los rasgos derechistas y acentuando una óptica popular.

En esta época, Rosas ya no es exaltado como un gran señor de horca y cuchillo, terrateniente patriarcal que garantiza el orden social, sino como defensor de la soberanía. Del mismo modo, Rivadavia es criticado por su conflicto con la Iglesia pero más aún por sus negocios con los ingleses. Con el correr de los años, "Pepe" Rosa reivindica a Artigas¹², así como políticamente, al regresar de Cuba, opina favorablemente sobre la Revolución liderada por Fidel Castro.

Por supuesto, en su *Historia Argentina* perduran resabios de su uriburismo, como cuando sostiene que "a Yrigoyen lo derrocó el pueblo", cuando no acierta a destacar el papel nefasto de Mitre en el 80 o cuando se ve obligado a dar una forzada imagen de Felipe Varela para explicar su urquicismo y su repudio al Restaurador.

De cualquier modo, el esfuerzo de Rosa, como el de Palacio, por ofrecer una visión general de la Historia Argentina distinta a la Oficial, resulta meritorio y favorece el proceso de formación de una conciencia nacional.

En relación con este revisionismo rosista-peronista es preciso notar una experiencia paradójica: no alcanza a llegar a las amplias masas durante el gobierno peronista y en cambio, a la caída del peronismo, a partir de 1955, recién logra repercusión masiva. La explicación reside en que mientras el peronismo gobernante no se ha preocupado por difundir ese revisionismo, la barahúnda denigratoria de toda posición nacional, producida después del 55, lleva a las mayorías populares a identificar a Rosas con Perón, ambos víctimas de las injurias del liberalismo oligárquico. Si el gobierno de Aramburo-Rojas se definía en la línea "Mayo-Caseros" y erigía un monumento a Urquiza, con el aplauso de los intelectuales y el periodismo liberal, podía suponerse, con razón, que los federales habían sido, en el siglo pasado, algo muy semejante al peronismo injuriado hoy. Por eso, Jauretche sostiene irónicamente que quien más hizo por difundir el revisionismo histórico fue el Alte. Rojas con su implacable odio a las masas peronistas, ligado a su fervorosa admiración por Rivadavia y Mitre. Así, el efecto es la quiebra, a nivel popular, de la confianza en la Historia Liberal, como no lo habían logrado los revisionistas con su vasta obra desde los años treinta.

¹² Rosa, José María: Arriagás, *La Revolución de Mayo y la unidad hispanoamericana*, Cuaderno N° 2, Buenos Aires, Fundación Raúl Scalabrini Ortiz, noviembre de 1960.

por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre, depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre⁹².

Esta nueva manera de "hacer historia" alcanza gran importancia en Europa y gana espacios académicos en la posguerra. Sin embargo, desde 1968, sus adeptos tienden a caer en la microhistoria, desdeñando los grandes relatos y volcándose hacia una óptica fragmentada de los problemas (posmodernismo). Desde otro punto de vista, si bien la escuela tomó elementos del marxismo (por ejemplo, reduce la importancia del rol de los individuos), en buena parte de sus integrantes prevalece la influencia del biologismo social y la sociología norteamericana, de donde resulta que el conflicto y la contradicción dejan paso a la búsqueda de la adaptación y el equilibrio como constante del proceso histórico.

Bajo esta influencia, se desarrolla en la Argentina la Historia Social. Por esta razón, implica una renovación metodológica (al incorporar la sociología, la economía, los cuadros estadísticos, etc., enriqueciendo la información y facilitando la interpretación). Asimismo, en el campo hermenéutico, lima las aristas más irritantes de la vieja Historia Oficial, reconociendo defectos a algunos próceres liberales, así como admitiendo algún mérito a figuras anteriormente denigradas.

La Historia Social -si nos atenemos a ese enriquecimiento metodológico- constituye la gran oportunidad para una profunda revisión de la Historia Oficial o mitrista y su continuadora, la Nueva Escuela. Pero varios factores se conjugan para que los nuevos instrumentos, tan afinados, en vez de ser abocados a esa tarea, se utilicen al servicio de la ideología de la clase dominante. Entre otros, dos factores inciden para que ello ocurra: el clima antipopular reinante en el momento en que surge esta corriente (1955) y por otro lado, la pertenencia de sus principales propulsores a la pequeña burguesía liberal atada ideológicamente a la elite dominante. Así incorpora análisis, enriquece la información, atempera algunos desmesurados juicios de valor, pero concluye respetando lo esencial del viejo relato, en tanto legitimación de la oligarquía y descalificación de los hombres y procesos que expresan a las masas populares. Es decir, da una versión más elaborada, más "científica", menos ingenua de la vieja historia fabricada después de Pavón, una versión remozada, con nuevos cosméticos, bajo los cuales se resguardan los viejos íconos.

Una prueba de esta subordinación reside en que no solo perpetúa la apología de Mitre, exaltándolo como historiador y político, sino que cultiva el mismo odio o el mismo desdén hacia figuras como Felipe Varela o el Chacho. Por ejemplo, el empecinamiento de Halperín Donghi por desvalorizar la imagen de José Hernández (*José Hernández y sus mundos*), rescatar a Sarmiento o encontrar aspectos positivos en el gobierno del Gral. Agustín P. Justo, empalma aceitadamente con el "furibundo antiperonismo" que sustenta este historiador, según juicio textual de Jorge Castañeda⁹³. Por esto, las profesoras Hilda Sábato y María T. Gramuglio, de esa misma corriente, sostienen que Halperín no vacilaría en coincidir con Borges en preferir la "civilización" propuesta por Sarmiento en *Facundo*, a la "barbarie" del *Martín Fierro*⁹⁴.

El mismo Halperín, en un comentario sobre la obra de José Luis Romero, admite que la nueva corriente trata de "ilustrar y enriquecer, pero no poner en crisis con sus aportes" a la línea tradicional, pues "el país debe enriquecer pero también reivindicar

⁹² Febvre, Lucien: *Combates por la Historia*, Barcelona, Ariel, 1970, p. 232.

⁹³ Castañeda, Jorge: *La vida en rojo*, Buenos Aires, Espasa, 1997, p. 57.

⁹⁴ Sábato, Hilda y Gramuglio, María T.: "De la biografía como forma de la historia", en *Revista Punto de Vista*, N° 26, Buenos Aires, abril de 1986, p. 22.

la tradición política-ideológica legada por su siglo XIX⁹⁵, en buen romance, la historia mitrista.

No resulta, pues, una mera casualidad que la Historia Social se haya difundido en la Universidad de la Argentina, al mismo tiempo que permanecían intactos en los colegios los retratos de los viejos próceres que a su vez prevalecían en los nombres de plazas y calles, en las academias y en los homenajes oficiales.

Seguidamente se analizan los aspectos más importantes relativos a los tres principales exponentes de la Historia Social: José Luis Romero, Tulio Halperín Donghi y Luis Alberto Romero.

1) José Luis Romero (1909-1977)

Como se comprobará a lo largo de este trabajo, Romero (padre) presenta caracteres singulares que lo distinguen de los actuales popes de la Historia Social, especialmente en su vocación por los "grandes relatos", el compromiso político parejo con la investigación histórica, así como una mayor amplitud de criterio y suficiente capacidad para replantear posiciones, con modesta perseverancia y rechazo de pontificaciones desdeñosas.

Romero es, por sobre todo, un especialista en cuestiones históricas europeas (la Edad Media y la aparición de los burgos), con preferente interés por los aspectos culturales.

El recuerda: "Empecé a escribir en 1932. Pero en 1926 o en 1927 empecé a leer historia griega, y eso fue lo que me apasionó y lo que me cautivó. Y seguí trabajando en historia griega bastante... Bastante joven realicé un trabajo que se llama *El Estado y las facciones en la antigüedad* [...] Luego, hice mi tesis sobre historia romana (*Los Gracos y la formación de la idea imperial*)... Finalmente, recalé en la Historia Medieval, que es en lo que vengo trabajando desde 1938 o 1939 y ese es mi oficio".

Hacia 1942, ejerce la docencia en la Universidad de La Plata, luego de dictar algunos cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Alberto Ciria señala que "en 1946 el régimen peronista lo privó de sus cargos en la enseñanza" y que esos años "definieron en Romero su temprana madurez de investigador [...] trabajando en fuentes medievales en Harvard (1951-52), durante su primera beca Guggenheim" y también dictando clases en Uruguay. Por entonces, publica: *Maquiavello historiador* (1943), *Sobre la biografía y la historia* (1945), *El ciclo de la Revolución Contemporánea* (1948), *La Edad Media* (1949), *De Heródoto a Polibio* (1952) y *La cultura occidental* (1953). Dirige asimismo, entre 1953 y 1956,



José Luis Romero (1909-1977). Principal impulsor de la corriente de Historia Social en nuestro país.

⁹⁵ Halperín Donghi, Tulio: *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, p. 93.

⁹⁶ Luna, Félix: *Conversaciones con José L. Romero*, Editorial de Belgrano, 1978, pp. 28 y 29.

⁹⁷ Ciria, Alberto: "José Luis Romero, un argentino universal", *Revista Redacción*, Buenos Aires, marzo de 1978, p. 19.

indeleble y justificó que Bartolomé Mitre lo llamara el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos¹⁶. Del mismo modo, elogia el período mitrista iniciado en 1862 y sostiene que "contribuyó eficazmente a asentar el principio de la unidad nacional la guerra del Paraguay desencadenada en 1865 [...] [Pues] al cabo de cinco años de lucha había surgido [...] una idea más viva de la comunidad argentina". Señala también que "en el período comprendido entre 1862 y 1880 [...] Mitre, Sarmiento y Avellaneda [...] llevaron al triunfo dos ideales fielmente arraigados en su ánimo: el de la afirmación de la unidad nacional y el de la afirmación de la política de principios"¹⁷, legitimando así la subordinación del país al imperialismo inglés. Con relación al peronismo, Romero cae en la calificación de "fascismo"¹⁸, denomina "lumpenproletariat" a la clase trabajadora argentina¹⁹, cita a Américo Ghioldi para demostrar que "el Partido Socialista [...] es la izquierda del país"²⁰, sin olvidarse de brindar elogios al Partido Comunista²¹ y concluir señalando que "el socialismo argentino ha procurado compenetrarse con la tradición liberal que anima las etapas mejores de nuestro desarrollo político"²² (a pesar de estos juicios, característicos de la izquierda liberal, en diversas partes del libro, Romero marca matices importantes con ella).

LOS REPLANTOS DE JOSÉ LUIS ROMERO

Veinte años después, en *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX* (1965), Romero evidencia cierto distanciamiento de las posiciones asumidas en *Las ideas...* Por ejemplo, reconoce la importancia del yriguayenismo como fenómeno de masas, define al grupo "Sur" como elitista, reproduce un texto de Lisandro De La Torre de fuerte tono antibritánico, critica el Pacto Roca-Runciman, distingue entre el intervencionismo de F. Pinedo y el posterior intervencionismo del peronismo (diferencia que muchos años después, Halperín persiste en negar) y reproduce un texto importante de Perón de 1944, aunque mantiene su posición antiperonista. Además de predominar en el libro una mayor madurez para juzgar los procesos políticos y las posiciones ideológicas, Romero, con gran honestidad intelectual, menciona allí al revisionismo histórico, destaca la labor del grupo FORJA e incluso se detiene a analizar a figuras "malditas" para la clase dominante como Manuel Ugarte, Raúl Scalabrini Ortiz y Carlos Astrada. Tan importante resulta el cambio que Halperín Donghi -para quien Ugarte, Scalabrini, FORJA y el revisionismo son despreciables- sostiene que "los últimos capítulos (de ese libro) se resienten [...] en parte porque Romero aparece por una vez trabado por el deber de solidaridad con los amigos y de honrada cortesía hacia los adversarios. El resultado es que su dibujo de figuras y posiciones es poco incisivo, y el que debía ser cuadro rico en claroscuros arriesga a reducirse a desvalda fotografía de un grupo endomingado"²³.

También en 1976, en sus conversaciones con Félix Luna, Romero toma distancia de la concepción sarmientina, manifestando que la oposición "ciudad-mundo rural" constitu-

¹⁶ Romero, José Luis: *Las ideas políticas en la Argentina*, Buenos Aires, FCE, 1956, 2ª ed., p. 93.
¹⁷ Ídem, p. 156.
¹⁸ Ídem.

¹⁹ Ídem p. 242.

²⁰ Ídem.

²¹ Ídem, p. 255.

²² Ídem.

²³ Ídem, p. 259.

²⁴ Halperín Donghi, Tulio: ob. cit., p. 188.

ye una agudeza de Sarmiento pero que él (Romero) no comparte la calificación y juicio de valor sostenidos por el sanjuanino²⁵.

Ya en 1965 modera la admiración por Bartolomé Mitre sostenida en su juventud, en su folleto *Mitre, un historiador frente al destino nacional*, abrumadora apología de Don Bartolo: "Espíritu poderoso y creador [...] [de] inalterable convicción de demócrata [...] patriarca de la nación [...] (Mitre) murió un día -un día memorable por la profundidad del duelo público- como muere un padre amado, cuya voz no se quería dejar de oír y cuya leyenda comienza a enturbiar su historia humana. Tiempo es ya de que volvamos a ver en él -para lección de nuestro tiempo- al luchador de las buenas causas y al arquitecto de una nación que queda todavía sin construir, a pesar de la sabiduría con que estaban trazados los planos por su mano"²⁶.

Para aquel Romero, en Mitre "se ajustan", "coexisten", "se unifican" el historiador y el político con "un sistema de ideas compacto y coherente" para explicar el pasado "y que en el futuro habrá de guiar su pensamiento y su conducta"²⁷. El reconocimiento de esta unidad (la ideología que preside la acción política de Mitre colorece, asimismo, su relato histórico) es correcta solo que Romero no la entiende como la consolidación política de la oligarquía porteña asociada al capital inglés sino como "exaltación de las virtudes republicanas (de Mitre), que él mismo ejercitara en grado sumo, y que destaca como notas predominantes en el comportamiento de Belgrano o de San Martín, de Rivadavia o de Lavalle"²⁸ así como su "condenación a los caudillos"²⁹. En *Las ideas políticas en la Argentina*, reivindica tanto la Historia Oficial como la guerra llevada "contra el dictador López". Sin embargo, en las conversaciones con Félix Luna, en 1976, si bien Romero ratifica su respeto por Mitre, amengua su identificación: "Tengo gran respeto por su obra [...] Yo veo una pasión que es vital, es intelectual, es política y es racional. Yo creo que lo que él quiso fue crear la estructura intelectual de la Nación, darle a la Nación una estructura en la que entren todos sus elementos y en la que se viera que esta comunidad argentina es algo que tiene fisonomía, personalidad y estilo. Y lo hizo con verdadera pasión y además con mucho rigor"³⁰. Pero agrega: "Si esa vocación que él descubrió es la justa, si para definir esa vocación desdén ciertas cosas (es posible, no tiene por qué ser perfecto) el esfuerzo fue, sin embargo, inmenso... Hay una enorme cantidad de objeciones posibles. Yo resumiría lo que usted está pensando de la colonización española. Lo resumiría diciendo pánico y de su perpetuación en el movimiento de la montonera. Desde ese punto de vista, tiene que haber otro Mitre un día [...] Es urgente escribir una historia del país en la que Buenos Aires y el interior jueguen de una manera armónica y en la que el destino del país sea la suma de las dos cosas"³¹.

En *Breve historia de la Argentina* ya no califica a Solano López como "dictador", ni juzga que "la guerra del Paraguay contribuyó eficazmente a asentar el principio de la unidad nacional", como lo había sostenido en 1946. Sin embargo, permanece irreductible en su antiperonismo: así, en dicho libro, resulta sorprendente que en el capítulo XIII, titulado "La República de masas (1943-1955)" relata los sucesos de mayo a octubre de

²⁵ Luna, Félix: ob. cit., pp. 50 y 51.

²⁶ Romero, José L.: *Mitre, un historiador frente al destino nacional* en *Argentina, indígenas y perspectivas*, ob. cit., pp. 117 y 129.

²⁷ Ídem, p. 118.

²⁸ Ídem, p. 148.

²⁹ Ídem, p. 136.

³⁰ Luna, Félix: ob. cit., p. 25.

³¹ Ídem, pp. 26 y 27.

1945 sin mencionar, ni una sola vez, al embajador de Estados Unidos Spruille Braden, de destacada intervención en los mismos" (según su hijo Luis Alberto Romero, este libro tuvo notable difusión -14 ediciones entre 1965 y 1994- y se lo utiliza normalmente en la enseñanza)¹¹.

Cabe observar, además, que Halperín Donghi fiscaliza estos replanteos de Romero para filiarlo íterramente a la Historia Social, en tanto ratificación y remozamiento del mitrismo. Así, en 1996, recurre al ensayo sobre Mitre de 1943 y al libro *Las ideas políticas...* para colocar el prestigio internacional de Romero al servicio de la Historia Social y del mitrismo: "*Las ideas políticas en la Argentina* razona y continúa la interpretación del pasado nacional propuesta por los clásicos de la historiografía argentina y sobre todo por Mitre, incorporando armoniosamente a esa versión del pasado nacional los aportes de la Nueva Escuela; lo que esta había proclamado era su propósito, nunca por otra parte realizado (integrar sus contribuciones en una nueva versión sintética de la historia nacional) es ahora cumplido en una límpida reconstrucción histórica, de aérea elegancia de líneas. Ello explica la fortuna alcanzada bien pronto por el libro que irritaba un poco a su autor (que hubiera querido ser conocido por obras en que estaba poniendo más de sí mismo)"¹². Luego, continúa el mismo Halperín: "Al inscribirse deliberadamente en una línea tradicional que se propone ilustrar y enriquecer, pero no poner en crisis con sus aportes, Romero continúa en su trabajo de historiador actitudes que eran las suyas en el campo político: su visión de la Argentina es en suma la de quien cree que también para afrontar los problemas prácticos cuya hondura ha sido revelada por la irrupción del peronismo, el país debe enriquecer pero también reivindicar la tradición política-ideológica, legada por su siglo XIX"¹³. Después de usar a Romero para alcanzar su objetivo internacional- Halperín completa el círculo recurriendo al viejo trabajo juvenil de Romero sobre Mitre: "Esa legítima continuidad entre esfuerzo de reconstrucción histórica y definición de objetivos políticos es explorada en el escrito quizás más feliz entre los dedicados a tema argentino, *Mitre, un historiador frente al destino nacional*, en donde Romero subraya la unidad de inspiración entre la obra historiográfica y la actividad política de perspectivas"¹⁴.

Otro de los aspectos interesantes para evaluar los cambios de Romero, así como sus limitaciones, reside en su vida política, especialmente por su convicción de que la pasión por la historia debe constituirse en guía para la acción política. Después de adherir al Partido Socialista, en los años 30, y desde allí sostener, luego, una dura posición anti-peronista, Romero se convierte hacia 1956/7 en el intérprete de las posiciones de la juventud dentro de dicha organización, en abierta oposición a la derecha encabezada por Américo Ghioldi, Juan Antonio Solari y Nicolás Repetto. Su hijo Luis Alberto lo recuerda así: "Mi padre participó en la dirección del Partido Socialista con el grupo de personas que se abrían de alguna manera a los peronistas y acompañó a la corriente interna de izquierda en la penúltima división. Me refiero a la de 1956, cuando en el partido estaban Alfredo Palacios y Alicia Moreau de Justo. No querían dialogar ni con Perón ni con el peronismo doctrinario, pero sí con los trabajadores peronistas. Luego, mi padre acompañó

¹¹ Romero, José Luis: *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Barami Huemul S. A., 1994, p. 127 y ss.
¹² Romero, Luis Alberto, en Romero, José Luis: *Breve historia de la Argentina*, ob. cit., p. 7.
¹³ Halperín Donghi, Tulio: ob. cit., p. 93.
¹⁴ Idem.
¹⁵ Idem.

al Socialismo de Vanguardia y llegó hasta 1961 en la fracción interna más a la izquierda. Se alejó, porque esta decidió apoyar la candidatura del peronista Framini" (en marzo de 1962). Luego agrega: "Fue siempre un opositor, un antiperonista"¹⁵.

En la conversación con Félix Luna, Romero (p) ratifica su juicio crítico respecto al peronismo -sustentado también en su *Breve historia de la Argentina*- pero, sin embargo, se observa que esa posición se morigera, acentuando la óptica social. Así, señala que hay que indagar "el problema del mestizaje" y agrega: "Aquí se produjeron migraciones internas en la década del 30. Los porteños, siempre tan vivos, enseguida les llamamos 'cabecitas negras', a nuestros 'hermanos del interior'. Los miramos con sorna, pero son la historia viva del país, y nadie sabe quiénes son, ni ellos mismos. El proceso de cruce, no se conoce. Y esto no solamente en lo puramente étnico, sino [...] en todo el problema de la aculturación"¹⁶. Se refiere, asimismo, al avance social alcanzado, "en los últimos treinta años" (1946/76), en la dignificación de los sectores populares: "Mi adolescencia y juventud han transcurrido en una época en que se tuteaba al mozo. Yo lo he hecho [...] Algo negativo. Horrible [...] Me parece horrible. Pero era normal. Se lo he visto hacer [...] a mi padre, a mis amigos y me parecía absolutamente normal. Después descubrimos que no se podía hacer. Y creo que hemos ganado mucho, pero mucho [...] ¿Quién llama ahora al mozo golpeando las palmas?... Ese sentimiento de la dignidad ha crecido de una manera notable"¹⁷.

En otra parte, sostiene: "[Se] ha realizado un proceso muy agudo de toma de conciencia social por parte de las clases populares. Creo que este es el hecho básico. Esto ha ocurrido al compás de la obra política de Perón, por debajo, por encima y al costado de la obra política de Perón"¹⁸.

Alberto Ciria, en la revista *Redacción*, reproduce un texto de Romero (p) donde se comprueba que su posición respecto al peronismo resultaba cada vez de mayor comprensión y que también, en este aspecto, se distingue del "furibundo antiperonismo" de Halperín Donghi: "El problema no consistió fundamentalmente en lo que Perón pudo sugerir a unos y a otros, sino en el caudal de los anhelos insatisfechos que la sociedad argentina puso al descubierto después de tantas frustraciones. En eso consistió el carisma de Perón: en lo que todos le otorgaron con la esperanza de que él lo encarnara (en 1973). Solo en pequeña parte fue responsabilidad suya el defraudarlos, volviendo a lo que había sido el peronismo histórico, aquel esquema político en que creía el núcleo primigenio del movimiento, y cuyo despliegue había otorgado, sin duda, beneficios concretos a vastos sectores de las clases populares"¹⁹.

Reviste particular interés, en lo que respecta a replanteos y enriquecimientos de posiciones anteriores, la publicación de *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, artículos compilados por su hijo Luis Alberto, donde Romero (p) se desprende de viejas influencias liberales para analizar los movimientos nacionales, así como el tema de "democracia y dictadura" en América Latina.

En estos trabajos, aún cuando Romero (p) no alcanza a cuestionar a la historia Oficial, se coloca a estimable distancia política e historiográfica de Halperín Donghi y de la casi totalidad de los integrantes de la Historia Social.

¹⁵ Entrevista a Luis Alberto Romero: "El jardinero y yo", ob. cit.
¹⁶ Luna, Félix: ob. cit., pp. 105 y 106.
¹⁷ Idem, p. 177.
¹⁸ Idem, p. 125.
¹⁹ Ciria, Alberto: ob. cit., p. 20.

2) Tulio Halperín Donghi



Tulio Halperín Donghi.

Nacido en 1925, egresa de la Universidad con los títulos de abogado y doctor en filosofía y letras. A los 26 años, publica su primera obra, *El pensamiento de Echeverría*. En 1955, participa de la ola antiperonista y es designado profesor de "Introducción a la historia" en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Litoral. Poco después, se desempeña como Decano de la Facultad, y luego como Rector de la Universidad.

Significativamente, a pesar de sus escasos antecedentes, colabora -más como ensayista político que como historiador- en el número de fines de 1955 de la revista *SUR*, dirigida por Victoria Ocampo, dedicado a exaltar las virtudes de la llamada "revolución libertadora". Su artículo se titula *La historiografía argentina en la hora de la libertad*. Allí se refiere desdenosamente a "la dictadura" que "tampoco trajo (en la investi-

gación historiográfica), ni para bien ni para mal, nada de sustancialmente nuevo, salvo ciertas trabas absurdas y humillantes"⁴⁰ y canta los a "la libertadora", la cual ofrece a los historiadores la posibilidad de superar la estancada Nueva Escuela Histórica⁴¹. Al pasar, no olvida echar un elogio al "padre de la historia argentina": "La grandeza de las grandes obras históricas (en nuestro país, la de Mitre)"⁴². Poco tiempo después renueva su presencia, también preponderando el análisis político sobre el historiador, en *Contorno* con el artículo "Del fascismo al peronismo". Sienta allí la tesis del peronismo contrarrevolucionario, cuyo jefe pretende desplegarlo como tentativa fascista pero sin lograrlo⁴³. Sostiene que Perón impuso "la máxima dosis de fascismo posible que la Argentina de la segunda posguerra era capaz de soportar"⁴⁴. Luego, agrega, con ironía aristocrática: "[Los trabajadores] creían candorosamente que las jubilaciones y las licencias por enfermedad eran ya revolución social"⁴⁵. Después, inaugura su costumbre de estallar en arrebatos antipopulares como estos, relatando falsedades: "Tenían los festejos [peronistas] una clara voluntad sacrilega: desde las danzas orgiásticas en la sala de espera de la estación Once hasta los gritos indeciblemente obscenos con que sus partidarios recibieron en su primera aparición pública a la esposa del jefe del movimiento"⁴⁶. En este artículo también elogia a Mitre, para lo cual no encuentra nada mejor que contraponerlo a Perón: "Mitre, el fundador de la Argentina que el peronismo quiso abolir [...] a pesar de [los obstáculos] pudo realizar obra eficaz y [...] dirigir a la Nación en el sentido que se había propuesto"⁴⁷, mientras, en cambio, Perón, no siendo estadista, resultó "incapaz de abarcar en su conjunto" a la realidad y fracasó al apelar a "un ideario político [el fascismo] [...] ajeno a esa realidad"⁴⁸.

⁴⁰ Halperín Donghi, Tulio: *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel, 1994, p. 18.
⁴¹ Ídem.
⁴² Ídem, p. 26.
⁴³ Ídem, pp. 29 y 30.
⁴⁴ Ídem, p. 54.
⁴⁵ Ídem, p. 47.
⁴⁶ Ídem, p. 46.
⁴⁷ Ídem, p. 50.
⁴⁸ Ídem, p. 51.

En 1958, publica otro artículo en *Contorno* (*El frondismo en el espejo de la historia*) y da a conocer su tesis, ya bajo la influencia de la escuela de "Los Annales": "Mi tesis doctoral sobre los moriscos valencianos la preparé en París en l'École Pratique donde trabajé con Braudel"⁴⁹. Agrega: "Me impresionó mucho la prioridad de preguntas del grupo de Annales. (Es decir) estudiar la sociedad a partir de sus parámetros básicos: dimensiones físicas, geográficas, económicas"⁵⁰.

Tres años más tarde, regresa al campo político y lo hace otra vez del brazo de Victoria Ocampo, al cumplirse el 30° aniversario de la revista *SUR*. Su artículo se titula *Crónica del período* y aparece en el volumen *Argentina 1930-1960* (Edit. *SUR*). Tiempo después, este artículo ocupa la mayor parte de su libro *Argentina en el callejón*.

Como ha podido apreciarse, si la Historia Social como corriente historiográfica aparece en pleno furor antiperonista del 55, esta identificación se acentúa en Halperín Donghi, no solo alto funcionario universitario del gobierno de Aramburu, sino impulsado como gran intelectual por la señora Ocampo, estanciera y dueña de *SUR*, la misma que ha lanzado a Borges a la fama europea, empecinada ahora en crear un Borges en el campo de la Historia. ¿Por qué habría de producirse semejante empeño? Cualquiera diría que la clase dominante consagra historiadores para que ellos le laven las culpas cuando arman el relato o para que le oculten los crímenes. ¿Será posible semejante cosa?

HALPERÍN DONGHI Y EL RIGOR HISTÓRICO

En dicho ensayo, Halperín comete algunos errores que llamativamente no han sido detectados por los críticos más rigurosos. Uno consiste en sostener que el 17 de Octubre estaba previamente organizado. Otro, adjudicarle a Evita un rol principal en esos sucesos. Pero lo más importante radica en que libera a la oligarquía de su acción criminal, engañando a los lectores incautos, quienes después de leer la página 64 juzgan que el 16 de junio de 1955, frente a "la heroicidad" desplegada por quienes ansiaban derrocar al gobierno peronista, solo se produjo alguna violencia en las horas de la noche, cuando grupos exaltados incendiaron iglesias. Véase el texto:

"El 16 de junio, a la protesta desarmada, siguió la tentativa de golpe militar: una parate de la marina y la aviación se alzó contra el gobierno, bombardeando y ametrallando lugares céntricos de Buenos Aires. Esa noche, sofocado el movimiento, ardieron las iglesias del centro de la ciudad, saqueadas por la muchedumbre e incendiadas por equipos especializados que actuaron con rapidez y eficacia en San Francisco, en Santo Domingo. El fuego se llevó todo, hasta dejar tan solo el ladrillo calcinado de los muros; las cúpulas levantadas y rotas por la presión de los gases de combustión, dejaron paso a llamaradas gigantescas"⁵¹.

Ardieron varias iglesias en esa noche, efectivamente y es lamentable tanta reliquia devorada por el fuego. Halperín lo explica minuciosamente: el modo eficaz y rápido con que actuaron los equipos, lo que ocurrió con las cúpulas, como él las debe imaginar, se dieron hasta supone, por su cuenta, que las ignaras turbas, como los muertos? ¿Los argentinos masacrados por "los aviadores de la Libertad", por esos "mierdas", como los calificó el Che?"⁵²

⁴⁹ Entrevista a Tulio Halperín Donghi, "El historiador y su oficio", *Clarín*, Buenos Aires, 10/4/1980.
⁵⁰ Ídem.
⁵¹ Halperín Donghi, Tulio: *Argentina 1930-1960*, *SUR*, Buenos Aires, 1961, p. 64.
⁵² Carta de Ernesto "Che" Guevara a su madre del 20/07/1955, en Guevara Lynch, Ernesto: *Aquí va un soldado de América*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1988, p. 103.

¿Y la Plaza de Mayo cubierta de cadáveres? ¿Y los otros muertos, allá en "el Bajo", en la tarde, cuando huían los últimos aviones y ametrallaron cerca de la CGT? ¿Dónde están, en el relato?

Convengamos que se trata de uno de los hechos más violentos y trágicos de nuestra historia. El Alte. Isaac F. Rojas, en sus memorias, admite que la primera estimación alcanzaba a un millar de víctimas: 156 muertos y 900 heridos⁵⁵. El historiador Joseph A. Page señala que *La Nación*, del 17 de junio, reconoce 355 muertos y más de 600 heridos⁵⁶. Y el periodista Jorge Lozano, en una investigación para la revista *Extra*, sostiene que, en las inmediaciones de Plaza de Mayo, yacían más de dos mil muertos⁵⁷. Hoy existe cierto consenso en que los muertos fueron alrededor de 380.

¿Por qué Halperín oculta la tragedia? El bombardeo de una ciudad abierta, con ómnibus estallando en masas humanas despedazadas, en sangre y horror. Están las imágenes. Luis Gregorich, que no es peronista, las reprodujo en *La República Perdida*, pero lo que se le ha perdido a Halperín no es la república sino la masacre. Supongo que Victoria habría agradecido esta trapisonda histórica llevada a cabo por el máximo historiador de la Argentina, según afirma buena parte de la docencia universitaria. Ahora, uno humildemente pregunta: ¿este es el criterio científico que la Historia Social pretende insuflar en los estudiantes? Admitamos, sin embargo, que podría no tratarse de una omisión interesada sino que, dado su antiperonismo, Halperín inconscientemente borró el hecho, más preocupado por el escenario dantesco de esa misma noche. Podría también aducirse que el fervor antiperonista se encontraba muy exaltado en 1960 y esto habría obnubilado la visión del historiador, impidiéndole observar el espectáculo de horror que mostraba la plaza histórica. Pero, ocurre, que varios años después, Halperín publica *La democracia de masas* y allí, en la página 83, señala: "El 16 de junio -cinco días después de la desafiante procesión de Corpus- estallaba un alzamiento apoyado sobre todo por la marina de guerra. Luego de horas de combate en torno del edificio del Ministerio de Marina y de un bombardeo y ametrallamiento aéreo del centro de la capital por los revolucionarios, el gobierno pudo sofocar al reducido núcleo insurgente; esa noche, tras una concentración convocada por la Confederación General del Trabajo cuando aún duraban las acciones aéreas, las iglesias del centro de Buenos Aires fueron incendiadas; no resulta difícil comprender que, luego de ver caer a su lado a las víctimas del fuego rebelde (aquí aparecen las víctimas, aunque parece referirse a soldados muertos en combate), algunos de los manifestantes hayan visto en esos incendios una justa venganza; aun así, la espontánea cólera de una muchedumbre por otra parte raleada por la prudencia, no basta para explicar la uniforme eficacia que la operación mostró en todas partes"⁵⁸.

A partir de aquí, dedica más de diez líneas al tema de los incendios de iglesias, de manera tal que los muertos -aparecidos tangencialmente- tampoco adquieren relevancia, ni la espantosa masacre alcanza a ser percibida por el lector.

Cualquier análisis objetivo de este texto inevitablemente concluiría imputando al profesor Halperín una manipulación dirigida a escamotear la gravísima responsabilidad de quienes masacraron por odio de clase, única explicación posible del asesinato en masa.

Pero todavía hay algo más grave en este libro que llevaría a suponer una acción premeditada y sistemática por parte del historiador: también excluye de la historia argen-

⁵⁵ *Memorias del Almirante Isaac F. Rojas Conversaciones con Jorge González Crespo*, Buenos Aires, Planeta, 1993, p. 196.

⁵⁶ Page, Joseph: *Perón*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1984, Tomo II, p. 62.

⁵⁷ Lozano, Jorge: "Bombardeo a Plaza de Mayo. Crónica secreta del 16 de junio de 1955", Revista *Extra*, Buenos Aires, julio de 1965, p. 18.

⁵⁸ Halperín Donghi, Tulio: *La democracia de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1991, pp. 82 y 83.

na a los 7 muertos y 93 heridos⁵⁹, de filiación peronista, resultantes del atentado terrorista del 15 de abril de 1953 y también, como en el caso anterior, se dedica a analizar los incendios nocturnos y las detenciones producidas a causa de esa tragedia: "Perón lanza una violenta campaña de moralización de la administración pública y de las prácticas comerciales, apoyada en abundantes prisiones de tenderos y en un nutrido plan de actos públicos. En uno de ellos, el discurso del presidente es interrumpido por el estallido de varias bombas, la respuesta inmediata es el incendio oficioso de las sedes de los partidos opositores y del Jockey Club; a él siguen detenciones masivas de opositores seleccionados de modo algo errático: la de la señora Victoria Ocampo"⁶⁰. Otra vez, el profesor Halperín Donghi nos oculta los muertos. Otra vez, el lector -el estudiante, el investigador- quedan desinformados de que las bombas, colocadas por un grupo de radicales, provocaron muertos y heridos en la militancia peronista que participaba del acto.

De nuevo, nos informa acerca de los muros calcinados e incluso que doña Victoria Ocampo fue detenida (permaneció treinta días en la cárcel), suceso desgraciado y verdadero padecimiento para una exquisita intelectual como ella pero que -suponemos- ni Halperín ni nadie puede juzgar más importante que la muerte de siete concurrentes al acto.

De esto se concluye que la clase dominante puede reprimir sin vacilaciones mientras haya historiadores cuyo rigor histórico no se aplica cuando sean asesinados los hombres y mujeres del pueblo.

"Los muertos que vos matasteis", se le podría señalar a la clase dominante, gozan de buena salud en los libros de Halperín. En el 2008, Halperín Donghi, en un reportaje al Suplemento Cultural de *La Nación* explica lo que ha sucedido, pues confiesa, abandonando su pretendida y su tan mentada objetividad, que "cuando hago una reconstrucción histórica de alguna manera, lo que es un poco desleal, es que eso lo tengo adentro, pero no lo muestro [...] Para hacer historia hay una etapa en que se junta todo y otra en la que, desde una perspectiva militante, se explica la versión que a uno le gusta"⁶¹.

ILUSTRAR Y ENRIQUECER PERO NO PONER EN CRISIS A LA LÍNEA TRADICIONAL

Esta confesión del profesor Halperín Donghi obliga a reflexionar sobre algunas de sus obras y especialmente sobre la ideología que las nutre.

En este sentido, cabe abordar *Historia contemporánea de América Latina*, editado en varias oportunidades, en razón de ser texto recomendado por las cátedras, un libro nacido de "un estímulo crudamente editorial. Me lo pidió Einaudi"⁶², según comenta Halperín. Esta obra, sugestivamente, no aborda la cuestión fundamental de la unidad latinoamericana, es decir, la identidad histórica, lingüística, territorial y cultural que le otorga a América Latina la naturaleza de Nación. No se ocupa con atención de las causas de la fragmentación, ni de la necesidad de la reconstrucción. Tampoco plantea la dificultad de las historias de "las patrias chicas" para categorizar a caudillos y políticos que han cubierto roles importantes en diversos países (*San Martín* en Argentina, Chile y Perú, *Artigas* en la Banda Oriental y el Litoral Argentino, *Bolívar* en Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú, el *Che* en Guatemala, Cuba y Bolivia y tantos otros). Estas luchas solo son com-

⁵⁹ Luna, Félix: *Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1986, tomo 3, p. 368.

⁶⁰ Halperín Donghi, Tulio: ob. cit., pp. 76-77.

⁶¹ Entrevista a Tulio Halperín Donghi: "Ya me acostumbré a la idea de que la Argentina es peronista", ADN Suplemento Cultural de *La Nación*, Buenos Aires, 13/9/2008.

⁶² Tulio Halperín Donghi en Hora, Roy y Trimboli, Javier: *Pensar la Argentina*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1994, p. 50.



Tapa del libro *Historia Contemporánea de América Latina* de Tulio Halperín Donghi, Alianza Editorial. Obra clásica del principal referente de la denominada Historia Social en nuestro país.

prensibles desde la óptica de la Patria Grande pues, de otro modo, en "las historias chicas", aparecerían como intrusos. Pero él coincide una vez más con Mitre, para quien "nosotros estamos más cerca de Europa que de cualquier otro país de América Latina", posición que ratifica al sostener la tesis de que Inglaterra no favoreció la segmentación sino que incluso promovió la unificación, sin lograrla.

En lo que respecta a esta cuestión nacional latinoamericana, hubiera sido de enorme interés comparar el crecimiento hacia adentro de Estados Unidos, con altos aranceles aduaneros, impulsado por la burguesía nacionalista e industrial yanqui, desde el noreste, que vigorizó tanto su unificación como su crecimiento económico, después de la guerra de Secesión y contraponerlo al diferente proceso de las guerras civiles en América Latina, donde el triunfo de las burguesías comerciales, liberales y proeuropeas impidió tanto la unificación como el crecimiento hacia adentro, generando los estados desunidos que se observan de América Latina, cada uno girando alrededor de economías monoproductoras, dependientes, "los veinte hermanos viviendo de espaldas", como señala Methol Ferré. Esto serviría para conocer los perjuicios del libre comercio y de la desintegración y concurrir a evitarlos, entilando hacia un nuevo destino.

Otra obra de Halperín que alcanza repercusión es *Revolución y Guerra: formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, libro que "surgió de una invitación de Orfila que en aquel tiempo, estaba (como ejecutivo) en Fondo de Cultura Económica". Quizás este sea el mejor trabajo de Halperín, desde el punto de vista de la utilización de diversas disciplinas -al uso de los Annales- para enriquecer el cuadro histórico. Así, aparecen interesantes análisis de ciertas zonas del país, con sus singularidades geográficas, económicas, demográficas, culturales, etc. Sin embargo, en la interpretación de los sucesos prevalece el viejo mitrismo. Así, ignora el plan de operaciones de Mariano Moreno y no relaciona la revolución americana con la revolución española del 2 de mayo de 1808, es decir, acepta la tesis mitrista de que la naturaleza de la Revolución de Mayo es separatista (antihispánica) y pro-británica.

Esta tesis, tan grata a la oligarquía pro-inglesa, ha sido refutada ya con suficiente documentación y necesariamente Halperín debió advertirlo al analizar 1810/11 en su *Historia contemporánea de América Latina*, como también en su trabajo *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* (Eudeba, 1961). Del mismo modo, se niega a aceptar que la quiebra de la estructura económica del interior obedece a la libre importación, adjudicándosela, en cambio, a la guerra (se supone que a la guerra de emancipación, porque si se refiere a la guerra civil dejaría sin explicar el motivo de la misma, que es precisamente la política del puerto único y el comercio libre practicado por la oligarquía porteña con lo cual tomaría, como causa, aquello que es, precisamente, efecto). Otro aspecto discutible reside en su análisis del ejército, colocándolo al margen de las clases sociales, como si fuera una clase o casta, posición que puede resultar simpática a algún lector de clase media que profesa el antimilitarismo abstracto, pero que carece de apoyatura sólida en un plano científico. Finalmente, más allá de algunos aportes originales o alguna que otra disidencia

⁴⁰ Ídem, p. 51.

con el panteón oficial (exalta la visión de Rivadavia entre 1821 y 1824, como "genialmente profética", pero la crítica entre 1825 y 1827 por "catastróficamente obtusa"), brotan del libro un Moreno sin el *Plan de Operaciones*, un San Martín sin hispanoamericanismo y un elogio a la "feliz experiencia" (1821-1824) en todo coincidentes con el mitrismo.

En la misma línea, publica *De la Revolución de Independencia a la Confederación rosista*, aliviando allí el ya insostenible antirrosismo de la Historia Oficial.

En cuanto a la metodología reconoce que en *Ingresos y gastos públicos en Buenos Aires, 1791-1850* "traté de llevar rigurosamente la concepción de Annales"⁴¹.

Respecto a sus trabajos sobre el peronismo (*La democracia de masas* y *La larga agonía del peronismo*) ya se ha destacado la perspectiva conservadora que prevalece en su análisis. Sin embargo, esta se quiebra insólitamente en el segundo de estos libros donde sostiene, al pasar, que "el peronismo fue una revolución social... [Pues] bajo la égida del régimen peronista, todas las relaciones entre los grupos sociales se vieron súbitamente redefinidas y para advertirlo bastaba caminar las calles o subirse a un tranvía". Esta afirmación demuestra -por izquierda- el desconocimiento de Halperín respecto a los procesos de liberación nacional ocurridos en América Latina que quiebran la dependencia respecto al imperialismo, pero que -salvo en el caso cubano- no constituyen "revoluciones sociales" sino revoluciones nacionales o antiimperialistas producidas en el marco del capitalismo. Por otra parte, inmediatamente desvaloriza su propia calificación al sostener que "esa sociedad [...] no tenía modo de perdurar [...] Si ya durante la breve prosperidad de 1946-48 Perón solo se había sumado con muy escaso entusiasmo [...] a la oleada reformadora y nacionalizadora"⁴². Luego, en varios reportajes, insistirá en descalificar la experiencia peronista -es decir, descalificar a esa "Revolución Social"- pues "se realizó sobre bases muy endebladas"⁴³ queriendo, "construir una sociedad que tenía que durar medio siglo sobre una situación económica favorable que duró tres años"⁴⁴. Sin embargo, tiempo después, no obstante que mantiene sus críticas hacia el peronismo, reconoce que "el peronismo redistribuyó cerca del 10% del producto bruto del capital al trabajo. Eso es una de las cosas más radicales que se pueden hacer en el marco del capitalismo. Estoy convencido de que en la Argentina hubo una sola revolución de veras, la revolución peronista"⁴⁵.

Este reconocimiento se opone a otras manifestaciones que el mismo Halperín ha formulado o formula, siempre con sapiencia y desdén: "El menemismo es el peronismo que hubiera querido Perón"⁴⁶ o también, el peronismo apenas "modificó en algo lo que el General Justo había armado" pues "fue Justo quien armó el sistema económico y financiero en que vivimos hasta hace poco"⁴⁷ (contraponiéndose así a la acertada reflexión de Romero (p.) a que hemos hecho referencia). Y no vacila, en otra oportunidad, en hacer una calificación del peronismo tan científica como esta: "es un mamarracho"⁴⁸.

⁴¹ Halperín Donghi, Tulio: *Revolución y Guerra: formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Siglo XXI, 1972, 3ª ed. 1994, p. 353.

⁴² Entrevista a Tulio Halperín Donghi, "El historiador y su oficio", ob. cit.

⁴³ Halperín Donghi, Tulio: *La larga agonía del peronismo*, Buenos Aires, Editorial Ariel, 1994, p. 26.

⁴⁴ Ídem, p. 29.

⁴⁵ Entrevista a Tulio Halperín Donghi, "Termina la liquidación de la sociedad peronista", *Clarín*, Buenos Aires, 4/7/1993.

⁴⁶ Ídem.

⁴⁷ Entrevista a Tulio Halperín Donghi, "Radiografía de un país plebeyo", Suplemento Radar, Página/12, Buenos Aires, 9/11/2003.

⁴⁸ Entrevista a Tulio Halperín Donghi, "Peor que la Década Infame", Página/12, Buenos Aires, 16/4/1995.

⁴⁹ Ídem.

⁵⁰ Entrevista a Tulio Halperín Donghi: "Una biografía es la historia sin sus problemas", *Revista N*, *Clarín*, Buenos Aires, 23/2/2008.

De prolífica labor historiográfica, el profesor Halperín Donghi ha abordado diversas épocas y cuestiones de nuestro pasado remoto -y no tan remoto- entre las cuales, además de las mencionadas, pueden citarse: *Proyecto y construcción de una nación. Una nación para el desierto argentino*, *Ensayos de historiografía*, *El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional* y *La Argentina y la tormenta del mundo*, extrañamente dedicado a la memoria de un socialista concordancista como Roberto Giusti. Últimamente, ha publicado *Son memorias* (2008).

Otra obra de Halperín, con menor fortuna editorial, ha debido regocijarse asimismo a los Mitre y en general a la clase dominante: *José Hernández y sus mundos*. El libro se propone destruir la personalidad literaria y política de Hernández, ambas muy molestas para los sectores reaccionarios en tanto el *Martín Fierro* denuncia la persecución y el despojo que sufre el gaucho, mientras *Vida del Chacho* y los artículos periodísticos constituyen formidables críticas a Mitre. Estas definiciones de Hernández fueron cuidadosamente escamoteados durante mucho tiempo, como así también su poema fue menospreciado durante años como una milonga sin importancia hasta que Miguel de Unamuno, Pablo Subieta y Leopoldo Lugones lo rescataron. Puestas las cartas sobre la mesa -su poema y su lucha política- era preciso destruir a ambas y Halperín enjuicia a Hernández por... oportunista. Entendámonos: José Hernández, que estuvo a punto de ser degollado en Cadenada de Gómez, cuya cabeza proponía poner a precio el presidente Sarmiento (proyecto de ley del 25/05/1873)⁷⁴ por haberse insurreccionado con López Jordán, que debió exiliarse y vivir escondido, que tuvo la valentía de escribir contra Mitre lo que nadie escribió en aquel tiempo, y también la audacia de denunciar la persecución del gaucho por la clase dominante, es acusado de no mantener una conducta política consecuente, por un intelectual que hace más de cuarenta años vive -por elección propia- en Estados Unidos.

¿DESDE DÓNDE "PENSAR LA ARGENTINA"?

Conviene, sin embargo, desechar toda duda, aun a riesgo de redundancia y explicar, nuevamente, las razones del prestigio del Halperín, convertido en "monstruo sagrado". Para ello, nada mejor que leer el reportaje que le efectúan Roy Hora y Javier Trimboli en *Pensar la Argentina...* Leído y releído atentamente, puede concluirse que Halperín piensa la Argentina desde la óptica de la clase dominante, es decir, que, por boca de Halperín se expresa la clase dominante, con todos sus afectos y sus odios, con su soberbia que lanza aquí y allá su olímpico desdén sobre los sectores sociales enemigos y sus representantes intelectuales, también su prepotencia, que juzga inamovible el orden económico-social del cual es usufructuaria. En dicho reportaje, lanza los peores calificativos respecto al peronismo de los 50: "demagogia", "contexto corruptor"⁷⁵, "algunas máscaras sueltas de la izquierda que hacían acrobacias extrañas para explicar por qué estaban con el peronismo"⁷⁶, etc. Luego, salta a la universidad del 68 y del 73 para opinar despreciativamente acerca de "producciones que hoy parece totalmente absurdo que alguien las haya tomado en serio. Para dar nombres: Gonzalo Cárdenas era considerado un autor serio"⁷⁷. Al mismo tiempo, rescata "el trabajo más importante de Murmis y Portantiero" porque, en posición muy semejante a la de Milcíades Peña, otorgan a la

⁷⁴ Proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo, el 25/05/1873, al Congreso, citado por Zorraquín Becú, Horacio: *Tiempo y vida de José Hernández. 1834-1886*, Emecé, Buenos Aires, 1972, p. 210.

⁷⁵ Hora, Roy y Trimboli, Javier: *Pensar la Argentina*, ob. cit., p. 36.

⁷⁶ Ídem, p. 38.

⁷⁷ Ídem, p. 41.

oligarquía agropecuaria una política industrializadora a partir de 1935, restándole importancia al peronismo. Después, reitera su apología de Don Bartolo: "Mitre tenía una gran conciencia histórica, y era un hombre que impulsaba un proceso de transformación política bastante radical"⁷⁸. Luego añade: "Lo que había ahí (en Mitre), era una visión de destino manifiesto, parecido al norteamericano: un país que había nacido para crecer sobre una línea que lo haría un país moderno, occidental, de economía avanzada y de desarrollo político que maduraría en la forma más alta inventada por la humanidad para organizarse políticamente, que era la república democrática"⁷⁹ (Esta preocupación por elogiar permanentemente a Mitre, va unida a su afán polémico, en el terreno historiográfico, utilizado para repudiar toda clase de revisionismo y muy especialmente para atacar a Raúl Scalabrini Ortiz por su "obsesión" antibritánica⁸⁰).

Pero, en ese mismo reportaje, Halperín va aún más allá en su rol de portavoz de la clase dominante. Así, celebra el triunfo del neoliberalismo económico y brinda por su perennidad: "En la medida en que eso [la economía peronista con gran participación del Estado] está siendo demolido, [la calle] Canning se llamará eternamente Scalabrini Ortiz, pero merecería llamarse Canning. Creo que eso está terminando, esa vieja oposición, y está quitando toda eficacia actual al revisionismo"⁸¹. Es decir, el fin de la historia, con la oligarquía transnacionalizada en el poder. ¿Exageramos, acaso? De ningún modo. Cuatro páginas después, señala: "Va a llegar un momento en que la mayoría se va a dar cuenta de que no solo está pobre sino que es pobre y que va a ser pobre por un futuro indefinido"⁸². Así habla la clase dominante, ensoberbecida por el triunfo alcanzado merced a la traición de la dirección peronista operada en los noventa.

Este rol como portavoz de la clase dominante -legitimándola con el prestigio que ella misma se ha encargado de construirle- se ratifica en diversos reportajes. En ellos, una y otra vez reaparece el desdén por las masas populares y sus representantes, la glorificación del mitrismo, el escepticismo y el mensaje de resignación ante el neoliberalismo económico y la dependencia, la perennidad del "modelo" y tantos otros mitos con los cuales la clase dominante intenta someter al resto de la sociedad reasegurando el orden, es decir, sus privilegios. Si Romero (p) entendía a la historia como una guía para la acción, en Halperín el mensaje se transforma en guía para la resignación: "Lo más alarmante es que las soluciones de Reagan o Thatcher no fueron exitosas pero, al parecer, su único mérito es que son las únicas posibles"⁸³. Un periodista le pregunta: "¿O sea que el liberalismo no es ni siquiera una elección ideológica?", a lo cual contesta: "Simplemente, no hay alternativa"⁸⁴. Asimismo, cuando se trata de la dependencia, no la niega -como procedía antes la clase dominante- sino que la reconoce pero rechaza toda posibilidad o conveniencia de quebrantarla: "No es necesario explicar por qué no hablamos más de dependencia. No porque no crea que haya dependencia sino porque las recetas para escapar de la dependencia resultaron todas malas y quejarse de la dependencia es más o menos como quejarse del régimen de lluvias"⁸⁵.

⁷⁸ Ídem, p. 44.

⁷⁹ Ídem, p. 51.

⁸⁰ Halperín Donghi, Tulio: "El revisionismo histórico argentino, como visión decadentista de la Historia Nacional", *Revista Punto de Vista*, N° 23, Buenos Aires, abril de 1985.

⁸¹ Tulio Halperín Donghi en Hora, Roy y Trimboli, Javier, ob. cit., p. 48.

⁸² Ídem, p. 52.

⁸³ Entrevista a Tulio Halperín Donghi, "Termina la liquidación de la sociedad peronista", ob. cit..

⁸⁴ Ídem.

⁸⁵ Halperín Donghi, Tulio: "A treinta años de Argentina en el callejón", *Revista Punto de Vista*, N° 46, Buenos Aires, agosto de 1993, p. 11.

De tal manera, los pobres deben convencerse de que siempre serán pobres y los argentinos de que siempre viviremos dominados. Porque, además, aunque "cierta conciencia nacional es necesaria, considerando los usos que la idea de lo nacional tuvo en la Argentina, cuántos crímenes sirvió para justificar, no me parece una desgracia que en este momento se haya mandado a guardar"¹⁰⁰. "En la Argentina ha sido más cierto que en cualquier otro lado aquello que decía Samuel Johnson de que el patriotismo es la última excusa de una canalla"¹⁰¹.

De este modo, Halperín es, a la nueva clase dominante, lo que Mitre y sus discípulos fueron a la vieja oligarquía: portavoz ideológico y constructor de un pasado histórico que legitima los privilegios presentes y propende a resguardarlos para el futuro.

3) Luis Alberto Romero

Si José Luis Romero aportó honestamente una nueva metodología y Halperín Donghi concurre, no tan honestamente, con los contenidos, podría señalarse que Luis Alberto Romero se constituye en el administrador de la herencia. O sea, en "el gerente" de la Historia Social, más preocupado por convertirla en instrumento de una carrera productiva, capaz de catapultar al éxito, de establecer vínculos con asociaciones o fundaciones que prodigan becas o en ubicarse en asesorías de editoriales, es decir, la carrera de historiador como profesión lucrativa colocando, en plano secundario, la inquietud investigativa dirigida a bucear en lo más profundo de lo ocurrido en el país. Quizás, por esta razón, su labor estrictamente historiográfica no alcanza a parangonarse con la de su padre, quien se hallaba movido, como hemos señalado, tanto por la vocación científica, como por el compromiso ciudadano.

Recibido en 1968, Romero (h) se mantiene en la cátedra de A. J. Pérez Amuchástegui hasta 1971, año en que cesa "por defender los criterios de la excelencia académica [...] conflicto que terminó con colegas detenidos y sumariados"¹⁰². Se halla fuera de la universidad desde 1971 hasta 1984: "En 1973 -señala- no tuve la suerte de ser incorporado en parte -según supe- por mi excesivo gorilismo; fue algo que nunca dejé de agradecer a los compañeros míos que pensaron esto"¹⁰³.

Después de trabajar en el Instituto Di Tella, prepara -con Alejandro Rofman- el libro *Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina*, "sobre las relaciones entre la historia argentina, la dependencia y la formación regional"¹⁰⁴.

En 1975, después de publicar dos artículos sobre Chaco y Formosa, prepara, por encargo de Félix Luna, *La feliz experiencia*, donde analiza el período 1821-1824, desde una óptica que no se aleja demasiado de la cultivada por la Historia Oficial¹⁰⁵.

Asimismo, en colaboración con Leandro Gutiérrez, trabaja un ensayo sobre los sectores populares en Chile, que se publica bajo el título *¿Qué hacer con los pobres? Elites y de Buenos Aires: la experiencia del mercado*.

Por encargo de Alejandro Katz, para Fondo de Cultura Económica, escribe *Breve historia contemporánea de la Argentina* (1994). Este último libro, conjuntamente con *La feliz experiencia*, resultan las obras más importantes de Romero (h).

¹⁰⁰ Entrevista a Halperín Donghi, "Termina la liquidación de la sociedad peronista", ob. cit.

¹⁰¹ Ídem.

¹⁰² Entrevista a Luis Alberto Romero, en *Revista Todo es Historia*, N° 336, ob. cit., p. 52.

¹⁰³ Ídem.

¹⁰⁴ Ídem.

¹⁰⁵ Romero, Luis Alberto: *La feliz experiencia*, Buenos Aires, La Bastilla, 1983.



Arriba izquierda: Tapa de *Liberalismo, Estado y orden burgués* (1852-1880), uno de los tomos de la Nueva Historia Argentina de editorial Sudamericana.



Arriba derecha: Tapa de *Revolución, república, confederación* (1806-1852), uno de los tomos de la Nueva Historia Argentina de editorial Sudamericana.

Preferentemente, Romero (h) se dedica a la enseñanza, titular de Historia Social General de la carrera de Historia en Filosofía y Letras de Buenos Aires, así como desempeña funciones en el CONICET. Al mismo tiempo, desde 1987, es asesor de la colección de Historia Argentina en editorial Sudamericana y en Fondo de Cultura Económica. También colabora en *Clarín* y en la revista *Todo es Historia*, dirigida por Félix Luna.

Al igual que Halperín, Romero (h) no evidencia preocupación por revisar críticamente a la Historia Oficial, pero sí, en cambio, por descalificar a las diversas expresiones del revisionismo histórico. Así, asocia maliciosamente a estas últimas con el Onganiato: "La segunda mitad de la década del 60, signada por el autoritarismo, está dominada por el revisionismo histórico"¹⁰⁶. Por el contrario, el fenómeno revisionista se vincula precisamente al alza de masas (Cordobazos y guerrillas) levantada contra ese autoritarismo. Luego, lo descalifica desde una pretendida posición académica: "Para ellos, los revisionistas, esa historia debía hacerse a la medida de la militancia"¹⁰⁷. Explica entonces, que "paradójicamente los años del Proceso aclararon las cosas. Los militares arrasaron con vidas, con lugares institucionales y hasta con las ocupaciones sociales por la dimensión histórica del presente. Los libros revisionistas desaparecieron de las librerías, y su lugar fue ocupado por versiones triviales o pintorescas de la historia. Pero los efectos fueron mucho más complejos. Muchos historiadores marcharon al exilio y muchos de ellos completaron su formación profesional, escribieron sus tesis, que serían los buenos libros publicados en la década siguiente, se profesionalizaron y se familiarizaron con las prácticas del mundo académico internacional. Otros, que se quedaron en el país, ensayaron construir espacios para la Historia Social"¹⁰⁸.

¹⁰⁶ Romero, Luis Alberto: "La historiografía de la historia social al revisionismo", ob. cit., p. 51.

¹⁰⁷ Romero, Luis Alberto: *La historia argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional*, V Jornada Inter Escuelas Departamentos de Historia y I Jornadas Rioplatenses de Historia, Montevideo, septiembre de 1995, p. 4.

¹⁰⁸ Ídem, p. 5.

Esta reflexión de Romero (h) provoca perplejidad pues identifica claramente a la dictadura genocida como la causante de la pérdida de influencia del revisionismo y al mismo tiempo, la promotora de lo que él llama "la buena historia", sin que de aquí obtenga las obvias conclusiones. De estos planteos deviene la concepción "profesional" del historiador que el propio Romero (h) desarrolla en un trabajo presentado en las V^a Jornadas Inter Escuelas de Departamentos de Historia y la 1^a Jornada Rioplatense de Historia, realizada en Montevideo, en septiembre de 1995. Allí señala que conoce bien estas experiencias (la profesionalización, la vinculación al mundo académico internacional) y especialmente el acercamiento a "los centros de Ciencias Sociales, particularmente prósperos en esos años. Esta situación nos llevó a los historiadores a interiorizarnos a fondo de los debates de estas ciencias (así fuera para gestionar con más eficacia los subsidios de las fundaciones), y aguzar el ingenio para buscar, en cada uno de ellos, la dimensión histórica".⁹⁵ Agrega que "estos años aportaron una novedad fundamental en el campo del saber histórico: una fuerte profesionalización. Para muchos historiadores, existía la posibilidad de vivir de su profesión, y su actividad misma podía ser encarada, no ya como una combinación de afición amateur y sentido misional, sino como una actividad profesional, de tiempo completo, sujeta a reglas, que incluían tanto la graduación doctoral o la publicación como la obtención de las sagradas 'firmas' o recomendaciones que permitían lograr la beca o el ingreso a la Carrera. Toda una nueva generación de historiadores, más allá de sus orientaciones académicas o políticas, se educó en la idea de que había una carrera por hacer, y que ella incluía habilidades y prácticas desconocidas para quienes se habían formado en el clima más politizado de los sesenta".⁹⁶ Así, reconoce Romero que aquellos del 70 -"militantes de la historia"- carecían de las "habilidades" -y por qué no, picardías- de los que les siguieron. Cabe recordar, en este sentido, esta opinión suya, que suponíamos un elogio pero que parece ser crítica: "Hay cosas del oficio que (mi padre) no enseñó, quizás porque para él tampoco fueron importantes: cómo conseguir una beca, por ejemplo".⁹⁷ Así, de esta profesionalización y estas "habilidades" resulta, según señala, que "los debates aparecían organizados por quienes, desde las mejor organizadas ciencias sociales, conocían las claves de los temas que aportaban recursos y financiamiento".⁹⁸

Como puede notarse, Romero (h) otorga suma importancia a esta cuestión del financiamiento y en verdad, una evaluación seria de la Historia Social destaca sus fuertes vínculos con el exterior y el consiguiente apoyo (Becas de las fundaciones Rockefeller y Ford, apoyo de la Asociación Francesa Marc Bloch, Beca Guggenheim, Cursos en Cambridge, etc., así como larga permanencia docente en universidades norteamericanas, caso Halperín). Cabe, asimismo, establecer una correlación entre estas bases de financiación y la "profesionalización" del historiador obsesionado por el "micro-relato" ("comprometido a no comprometerse" en el lenguaje de A. Jauretche).

Este historiador "profesional" -que Romero parece colocar en un mundo aséptico, como si las becas bajaran del cielo- representa a "la buena historia (que) domina en la mayoría de las universidades. Una gran cantidad de jóvenes historiadores, con fuerte

⁹⁵ Ídem.

⁹⁶ Ídem, pp. 6 y 7.

⁹⁷ Entrevista a Luis Alberto Romero, en "Mi padre y yo", Suplemento Radar de Página/12, Buenos Aires, del 23/02/1997.

⁹⁸ Romero, Luis Alberto: *La historia argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional*, ob. cit., p. 7.

sentido profesional, tienen becas, realizan doctorados en el exterior o en el país, escriben monografías y hacen buenas carreras".⁹⁹

Esa "buena historia" por supuesto, es la Historia Social. Romero (h) reflexiona acerca de la manera como se produjo esa preeminencia: "Se fueron decantando un conjunto de criterios específicamente historiográficos, aceptados por un mundo que empezaba a ser único, en tanto adoptaba un conjunto de reglas comunes [...], un consenso acerca de cuál era la buena historia y quiénes eran los buenos historiadores. Ese consenso se conformó en torno de los criterios de quienes, a lo largo de dos décadas, se habían identificado en torno de esa bandera tan amplia pero, en cierto modo, tan precisa, que era la 'Historia Social'".¹⁰⁰ "Esa historia que se identifica, a la vez, por su adhesión a las viejas banderas de la 'Historia Social' y por su inclusión en el nuevo campo profesional que se estaba definiendo, ha llegado a imponerse en el campo del saber histórico".¹⁰¹ Lo cual se advierte, agrega Romero, en los grandes historiadores tomados como referentes, Romero (p) y Halperín, y en la segunda línea que son hoy nuestros historiadores mayores.¹⁰²

Sin embargo, el mismo Romero reconoce que "no todo funciona de acuerdo con reglas de excelencia y arbitraje, que en zonas más o menos vastas de nuestra comunidad existen sólidas redes informales (denominadas 'trenzadas' por quienes pertenecen a otras menos exitosas, pero no menos espurias), compañonajes, complacencias y complicidades".¹⁰³ Admite que "se percibe un cierto malestar, especialmente entre quienes señalan que una comunidad académica sometida a la doble regla de la jerarquía y el formalismo parece hacerse excesivamente conformista. Hay, por una parte, un cierto fariseísmo, un excesivo acatamiento a las formas [...] y una tendencia a aceptar la autoridad de las voces prestigiosas".¹⁰⁴ Y agrega: "De alguna manera, esto tiene que ver con la pobreza de nuestros debates. Pocas cuestiones han sido discutidas entre los historiadores, en los últimos diez años y ninguna con el apasionamiento con que algunos lo hicimos en otros tiempos [...] La vuelta a la democracia parece habernos convencido de que pluralismo significa [...] amable condescendencia y que cualquier controversia se asocia inevitablemente con un conflicto personal o una disputa de poder". Y concluye: "Probablemente, se sumen aquí, tanto la reacción de la época frente al 'gran relato', como los pocos estímulos que un presente angustioso aporta para pensar con profundidad el futuro, y por ende, el pasado, pero lo cierto es que hoy los historiadores profesionales, legítimamente orgullosos de nuestra práctica profesional, estamos en deuda con la sociedad. Nuestra trabajosa de construcción del campo del saber histórico se hizo merced a un consciente y firme apartamiento de las incitaciones y demandas de la conciencia histórica que -sabíamos- se nutría de otras fuentes: algunas de las vertientes del revisionismo o la visión más conformista y definidamente integracionista de Félix Luna".¹⁰⁵

De este modo, al tiempo que exalta la profesionalización de los historiadores, Romero (h) reconoce la conformación de un grupo de historiadores que impone la Historia Social a través de sus redes informales, becas, etc. y acepta que esa imposición se ha desarrollado "en un apartamiento consciente de la conciencia histórica" de la sociedad argentina, por lo cual "no ofrece debates importantes", y se refugió en la micro historia.

⁹⁹ Romero, Luis Alberto: "Para qué sirve la historia mundial", *Clarín*, Buenos Aires, 12/9/1994.

¹⁰⁰ Romero, Luis Alberto: *La historia argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional*, ob. cit., p. 11.

¹⁰¹ Ídem, p. 15.

¹⁰² Ídem.

¹⁰³ Ídem, p. 18.

¹⁰⁴ Ídem, p. 21.

¹⁰⁵ Ídem, 23.

Así, afirma: "Los historiadores profesionales escriben sobre temas interesantes y variados [...] los paradigmas son en extremo variados: La dispersión temática y el eclecticismo -tendencia de la historiografía contemporánea- testimonian la actualización de nuestra práctica. Pero también reflejan un problema general, aunque no por eso menos sensible: el escaso interés que los historiadores manifestamos por integrar estos avances dentro de una nueva visión general de la historia, un 'gran relato' [...] El escaso interés también por discutir los problemas y nudos conflictivos de ese relato"¹⁰⁰.

Esta propensión a acentuar el aspecto profesional, universitario y académico del historiador lo emparenta a Romero (h) con Halperín y no con su padre quien, como se ha señalado, entendía a "la historia como incitación a la acción política".

HISTORIA SOCIAL Y CUESTIÓN NACIONAL

De manera similar, Romero (h) y Halperín coinciden -en cuanto a la interpretación histórica- en la tendencia hacia el eclecticismo y aún más, hacia el pesimismo, distanciándose de los replanteos, mayor compromiso político y vocación por los grandes relatos que sustentaba José Luis Romero.

"Lo que reina en la historiografía argentina es un generalizado eclecticismo"¹⁰¹, señala Romero (h). Asimismo, en un reportaje donde le aducen que en su breviario de Historia Argentina "el conflicto aparece poco", Romero (h) acepta la crítica: "He oído ese comentario de que es poco conflictivo"¹⁰².

El eclecticismo de la Historia Social resulta, en definitiva, sumisión a la Historia Oficial, pues tanto Romero (h) como Halperín dejan intactas las bases del mitrismo.

Asimismo, Romero (h) comparte la opinión de Halperín ya transcrita donde confiesa que la Historia Social se propone "enriquecer" pero no cuestionar a la Historia Oficial. La estatua de Mitre permanece incólume e inmaculada: "Mitre inventó la Nación Argentina, la Identidad Nacional que era lo que necesitaba para desarrollar su proyecto de Estado nacional. Él decía que la patria nació en 1810 y hoy un historiador no sostendría eso, pero está bien que él lo haya hecho porque tenía una función política, cívica"¹⁰³. Ocurre, sin embargo, que el mismo Romero (h) ha declarado que "los revisionistas no querían hacer historia sino política, por eso no les preocupaba el rigor"¹⁰⁴, de lo cual resulta que la intencionalidad política y la ausencia de rigor se tolera cuando se trata de Mitre y no cuando proviene de los revisionistas. No sorprende entonces su predilección por "la feliz experiencia" rivadaviana, ni tampoco la reivindicación de la Argentina semicolonial, proveedora de alimentos al Imperio Británico: "La Argentina próspera de principios de siglo, que dura hasta los años 50, tenía la capacidad de integrar a un ritmo rápido a nuevas corrientes de población [...] A la Argentina, el modelo exportador de alimentos le dio muchísimo resultado hasta la Segunda Guerra Mundial"¹⁰⁵. A lo cual agrega, incurriendo en absoluta falta de rigor, que "esa Argentina" -que pícaramente extiende hasta los 50 cuando ya había quedado atrás definitivamente- "pudo incorporar a la mayor parte de su población a los derechos sociales"¹⁰⁶.

¹⁰⁰ Ídem.

¹⁰¹ Ídem, p. 16.

¹⁰² Entrevista a Luis Alberto Romero, en Revista *Todo es Historia*, N° 336, ob. cit., p. 61.

¹⁰³ Ídem.

¹⁰⁴ Entrevista a Luis Alberto Romero en *Clarín*, Buenos Aires, 08/06/1997.

¹⁰⁵ Ídem.

Con diversos rótulos subyace en Romero (h) -al igual que en Halperín- el viejo relato difundido por Grusso varias décadas atrás, con sus mismos protagonistas: una elite vinculada al extranjero, progresista y unas masas analfabetas reacias a aceptar su propuesta, en resumen, la alternativa sarmientina de "civilización o barbarie".

Pero como esta resulta demasiado ingenua y gastada, se la reemplaza por antinomias nuevas como "modernización" versus "atraso", o "democracia" contra "autoritarismo" que enmascaran el mismo enfrentamiento social. Así, sostiene Romero (h) que "el único objeto que hoy puede imaginar nuestro compromiso (el de los historiadores de la Historia Social) es el de la construcción de una sociedad democrática"¹⁰⁷.

En lo que respecta a la polémica historiográfica, al igual que Halperín, Romero (h) se caracteriza no solo por su aversión hacia los revisionistas sino por su complacencia hacia los historiadores que se manifiestan contrarios al peronismo y a la izquierda nacional, aún cuando lo hagan desde posiciones aparentemente de izquierda. Así, por ejemplo, coincide con Halperín en elogiar el trabajo de Murnis y Portantiero, un "estudio sobre el carácter de la burguesía argentina que habría de tener larga influencia"¹⁰⁸. Incluso, agrega Romero que dichos autores "reformulaban y ampliaban las originales tesis de Milcíades Peña, un panfleto de notables intuiciones historiográficas"¹⁰⁹.

Este entusiasmo de Romero (h) por Milcíades Peña -en tanto crítico del peronismo y especialmente, de la izquierda nacional- se ensambla con su voto por el Partido Socialista de los Trabajadores, orientado por Nahuel Moreno, en las elecciones del 11 de Marzo de 1973¹¹⁰, evidenciando así, tanto en lo histórico como en lo político, su incompreensión de la cuestión nacional, déficit ideológico que proviene tanto del sometimiento a los planteos fundamentales del mitrismo, como a la adopción de una posición incapaz de comprender los fenómenos de masas y la necesidad del frente único antiimperialista, en los países dominados.

Interesa constatar, asimismo, cómo Romero (h) coincide también con Halperín en desinteresarse de toda reivindicación antiimperialista, lo cual, en un país ahogado por una abultada deuda externa, implica colocarse al servicio de la clase dominante asociada al interés extranjero. Ya hemos señalado que Halperín acepta la dependencia pero a condición de negar toda posibilidad de quebrarla, pues se trata de un fenómeno tan natural como las lluvias. Romero, en cambio, utiliza otra táctica: descalifica una y otra vez los intentos de plantear la cuestión nacional, abominando de toda óptica política antiimperialista.

En *Clarín* del 12/09/1994, publica "¿Para qué sirve la historia mundial?". Allí critica "la ola de localismo" porque "atar toda la construcción del conocimiento a lo cercano es amputarla y hacerla inútil (pues) una realidad local no contiene, en sí misma, las claves de su propia explicación"¹¹¹. De aquí, pasa a sostener: "¿Es posible construir una identidad circunscripta a un pueblo o aún a una provincia? ¿Lo nuestro se construye a partir de la ignorancia de lo del otro?". Y concluye: "En nuestros programas de estudio, la historia general debe ser defendida, no solo porque es necesaria para una comprensión cabal de la realidad, sino finalmente para apuntalar una identidad nacional sólida, ni chauvinista, ni encerrada, sino universalista, comprensiva y crítica"¹¹². Desde Comahue, el profesor

¹⁰⁷ Romero, Luis Alberto: Informe a V Jornada..., ob. cit., p. 24.

¹⁰⁸ Romero, Luis Alberto: "La historiografía: de la historia social al revisionismo", ob. cit., p. 55.

¹⁰⁹ Ídem.

¹¹⁰ Entrevista a Luis Alberto Romero, "Mi padre y yo", ob. cit.

¹¹¹ Romero, Luis Alberto: "¿Para qué sirve la historia mundial?", ob. cit.

¹¹² Ídem.

Eriberto De Pablo le refutó sosteniendo que Romero (h) "lucra la argumentación hasta dar con la falacia -en realidad es el pretexto ideológico- que en todo momento tiene presente el autor, que habla de una ola de localismo, como oposición a lo que indistinta e indebidamente denomina 'general', 'mundial', 'universal' [...] La cuestión no está en una falsa dicotomía: local o mundial, porque tal escisión mutila la conciencia histórica del hombre [...] Estudiar -como nos lo han hecho, y por lo visto pretenden seguir haciéndolo- desde una periodización que excluye a la Argentina que recién aparece cuando finaliza la "general", es como poner el carro delante del caballo"¹⁰¹. De Pablo recuerda a Jauretche: "La nacional es lo universal visto por nosotros" y este es el punto.

En Mayo de 1997, Romero (h) vuelve a la carga: "Con el paso del siglo, la versión oficial fue endureciéndose, producto del nacionalismo a ultranza, la tradición hispánica y el militarismo"¹⁰². Luego, el 20/06/1998 explicita mejor su posición: "Antes, había sido una nación abierta a los hombres de buena voluntad [...], una nación liberal y democrática. 1930 fue el punto de inflexión"¹⁰³. Luego de esta reivindicación de la patria formal, Romero evidencia su fastidio porque apareció "en esa patria, una e íntegra, donde no había lugar para disidentes. Así lo sentí siempre y nunca pude estar cómodo con la simbología nacional y el discurso patriótico [se supone que a partir de 1945]"¹⁰⁴. Recién después de 1984, reaparece la imagen de nación que Romero (h) prefiere: "la patria como espacio de convivencia, pluralismo, tolerancia y discusión. Desde entonces, observo que la imagen de la nación es menos marcial, menos bronceada y el discurso patriótico menos enervado. Las fiestas cívicas son a veces móviles, por el feriado largo. Y la bandera se ve sobre todo en la camiseta del seleccionado. Trivialización, sí. Pero también una nacionalidad convivial, distendida, plural, de todos. Mucho más adecuada -me parece- para constituir en ella una comunidad política democrática"¹⁰⁵.

La cuestión nacional aparece vaciada en esta elaboración ideológica porque se le quita todo contenido de soberanía, de política exterior independiente, de control económico de nuestras riquezas, para reducirla a los símbolos, a la mera formalidad, como en la Argentina semicolonial con sus presidentes abogados de compañías inglesas como Quintana y Ortiz, o sus ministros de economía empleados de las empresas extranjeras como Pinedo, Krieger Vasena, Martínez de Hoz, Cavallo y Alsogaray.

Pero llama la atención que el 8 de octubre de 1998, Romero (h) insista sobre el tema bajo el título: *El nacionalismo patológico*. Un artículo de este tipo podría admitirse como interesante en Francia o en Estados Unidos donde el nacionalismo adquiere rasgos ofensivos que lo llevan a dominar a otros pueblos, pero en la Argentina menemista de "las relaciones carnales" con los Estados Unidos preocuparse por descalificar toda cuestión nacional resulta harto peligroso. Se dirá, por supuesto, que Romero apunta contra "el nacionalismo" y lo vincula al militarismo y al clericalismo, incluso al "procesismo", pero sin embargo no quedan dudas de hacia dónde va el misil: "Aquella (la creada por Mitre) era una nación amplia y tolerante que conjugaba con la libertad, las leyes y la república"; en cambio "la otra, es la del primer peronismo que transformó su programa partidario en 'doctrina nacional', lo incorporó a la Constitución y su jefe pretendió identificarse con el libertador"¹⁰⁶. Luego, aclara aún más: "Tales apelaciones a la unidad siempre implican

un otro, alguien que está afuera, quizás acechando, responsable de que no alcancemos nuestro destino de grandeza. Entre la soberbia y la paranoia hemos ubicado en ese lugar, según las épocas, a chilenos, brasileños o ingleses, a la antipatria, al imperialismo, a los subversivos. Hoy, la Argentina ha optado sin duda por la ley, las instituciones, el pluralismo y la tolerancia. Por eso se nos hace tan evidente que aquella concepción de nación -dura, agresiva, intolerante- no nos sirve"¹⁰⁷.

Pero como Romero (h) ha colocado a los subversivos junto al imperialismo en el alineamiento anterior, parece conveniente conocer su opinión sobre "el proceso". En este sentido, su artículo del 13/01/1998 resulta contundente: "La ESMA debería ser conservada, como los campos de exterminio nazis, como un lugar de recuerdo, reflexión y conmemoración [...] Hay una memoria del Proceso que se está construyendo. Fueron sus artífices iniciales los heroicos luchadores por los derechos humanos. Luego vino el 'Nunca más' [...] Todos construyeron una memoria del Proceso y la impusieron de tal modo que nadie honorablemente podría hoy recusarla"¹⁰⁸. En el mismo artículo señala: "es cierto que los apologistas del proceso fueron pocos, pero la mayoría aceptó en silencio, se negó a ver, supuso que por algo habría sido o admitió, de manera más o menos explícita, que era necesario establecer el orden"¹⁰⁹.

También estamos de acuerdo y valoramos la posición actual de Romero (h) aunque -si de memoria se trata- resulta bastante difícil olvidar que él colaboraba en el diario *Convicción*, de la marina masserista en abril de 1980¹¹⁰.

Volviendo al tema de la cuestión nacional, en 2004, la editorial Siglo Veintiuno lanza el libro *La Argentina en la escuela. La idea de nación en los textos escolares*, elaborado por Luis Alberto Romero, Luciano de Privitellio, Silvina Quintero e Hilda Sabato; coordinado por el mismo Romero. Allí se insiste acerca del "excesivo nacionalismo" que imperaría en nuestra educación generando agresividad, xenofobia, arrogancia, belicismo, etc. Algunas de las reflexiones de este ensayo resultan interesantes aunque sirven para obtener conclusiones antagónicas a las que sostienen sus autores. Así ocurre con la tesis central del libro: "Este libro se ocupa de la idea de la Argentina que se trasmite en los manuales escolares. Aquellas imágenes básicas han arraigado en el sentido común, principalmente por obra de la escuela. Se trata de un caso del 'saber olvidado' de Max Scheler: lo que queda en el fondo de nuestra conciencia una vez que olvidamos los contenidos específicos que aquellas nociones portaban. Las imágenes parecen naturales, pero no lo son: no son neutras, no remiten de manera directa a realidades unívocas e incontrovertibles. Hay detrás de ellas ideas, o más exactamente una ideología, de la que no somos cabalmente conscientes. Esas imágenes tienen tanta mayor capacidad para operar cuanto más ocultas están a cualquier examen crítico. Sin que lo sepamos, guían nuestros juicios y nuestras acciones. Constituyen nuestro sentido común [...] La escuela ha tenido un papel estratégico y decisivo en la construcción de ese sentido común... En el siglo XX, la escuela lo ha hecho eficazmente: logró establecer en el imaginario de los argentinos un conjunto de ideas, nociones, valores y actitudes hondamente arraigados y naturalizados. Hay un sentido común acerca de lo que significa ser argentino, que está instalado en la propia institución escolar, sus agentes, sus prácticas y sus normas [...] Las ideas corrientes acerca de la Argentina y del ser argentino no se limitan a las nociones escolares. Esas forman

¹⁰¹ De Pablo, Eriberto, "Cartas de lectores", *Clarín*, Buenos Aires, 27/09/1994.

¹⁰² Romero, Luis Alberto, *Clarín*, Buenos Aires, 4/5/1992.

¹⁰³ Romero, Luis Alberto, "La imagen de la Nación", *Clarín*, Buenos Aires, 20/6/1998.

¹⁰⁴ Ídem.

¹⁰⁵ Ídem.

¹⁰⁶ Romero, Luis Alberto, "El nacionalismo patológico", *Clarín*, Buenos Aires, 8/10/1998.

¹⁰⁷ Ídem.

¹⁰⁸ Romero, Luis Alberto, "ESMA: se está buscando construir otro pasado", *Clarín*, Buenos Aires, 13/1/1998.

¹⁰⁹ Ídem.

¹¹⁰ Romero, Luis Alberto, "Importante edición venezolana que reúne los escritos de Manuel Ugarte", *Periódico Convicción*, Buenos Aires, 8/4/1980.

supone que la posición revisionista en que estamos es una posición de jueces. El que se coloca en juez, puede ser ecuaníme; nosotros no somos jueces, somos fiscales. Estamos construyendo el proceso a la falsificación de la historia y develando cómo se la falsificó y qué objeto actual y futuro tiene esa falsificación. Nosotros no somos jueces porque la historia falsificada no está sentada en el banquillo de los acusados para que nosotros la juzguemos. Lo que queremos es sentarla en el banquillo para acusarla ante los jueces que son las generaciones que vendrán [...]. No [se] puede ser ecuaníme hasta que no esté demolido el edificio de la mentira. Le pregunto al doctor Luna: ¿Qué estatuas están sobre los pedestales? ¿Qué retratos presiden todos los salones de las escuelas y de los edificios públicos de la república? ¿Qué hechos se rememoran oficialmente y cuáles se silencian? ¿Qué dicen los programas escolares secundarios y hasta universitarios? ¿Qué enseñan los maestros? ¿Qué enseñan los libros de textos desde 1° grado? ¿Quiénes están en las academias? ¿Qué dicen los grandes diarios? [...]. No, Luna, no. 'Igualá y largamos' como dice el jinete que se apresta a correr una carrera con otro. No es todavía el tiempo de la ecuanimidad porque para ello hace falta que todos hayan sido -hombres y hechos- medidos con la misma vara y que las oportunidades sean para todos iguales. ¿No se ha dado cuenta, usted Luna, que la Plaza 11 de Septiembre recuerda un episodio indignante y es riojano, De La Vega, escribió un libro que le hace muchos años, cuyo tema era Mitre y El Chacho. Creo que es la primera reivindicación impresa de Peñalosa que se hizo en este siglo. Al terminar, el riojano de La Vega quiso ser ecuaníme y no halló mejor recurso que mandarlos a Mitre y a Peñalosa a los campos Elíseos para que allí, en ese Paraíso, se reconciliaran. No sé si lo hicieron, pero imagino que Mitre lo abrazaría al Chacho con los dos brazos; el otro estaría ocupado sosteniendo su propia cabeza. ¿No? Para ser ecuaníme hay primero que ponerle la cabeza al Chacho¹⁰⁰. Finalmente, sostiene: "No confunda doctor Luna, ecuanimidad con encubrimiento. Y no crea que el revisionismo consiste en desnudar a un santo para vestir a otro. No. Los santos que nosotros defendemos hacen rato que están desnudos y lo que queremos es que los otros se saquen los ropones con que los han disfrazado -hombres y hechos- para empezar desde allí, entonces sí, una historia con ecuanimidad. La falsificación de la historia es una política de la historia. La revisión también es una política de la historia y debe ser una política combatiente [...]. Es un error frecuente confundir ecuanimidad con eclecticismo. Es lo que le pasa a ese desarrollismo hecho sobre la base de las palabras, puestas por el país y los hechos, puestos por el extranjero, que solo es una variante de la visión crematística liberal que impera en el país después de Caseros: hacer un país en cifras. Nosotros creemos que hacer un país es hacer hombres para que, a su vez, los hombres hagan el país"¹⁰¹.

Una vez más queda al descubierto que el planteo de Luna -y de la Historia Social de la cual es su Grosso divulgador- conduce a vaciar a la historia argentina de toda pasión militante, de todo el interés vivo -de polémica ideológica y material- que le otorga la lucha de clases y que coloca al historiador como continuador de aquellas luchas, sumergido en una empresa colectiva que viene desde el pasado y aún está por concretarse. Si la Argentina la hicieron tanto unos como otros, según los Halperín y los Luna, quedan en el mismo plano las víctimas y los represores, los incorruptibles y los entregadores, los idealistas que lucharon por un mundo mejor y quienes empujaron hacia atrás por un mundo peor.

¹⁰⁰ Arturo Jauretche en revista *Dinamita*, reproducido en *Las Polémicas de Jauretche*, ob. cit., pp. 35 y 36.
¹⁰¹ *Idem*, p. 36.
¹⁰² *Idem*, p. 37 y 38.

En esta glorificación del eclecticismo y este reconocimiento de víctimas y victimarios como iguales hacedores de la Argentina, Luna y Romero (h) se abrazan, intentando legitimar su conducta con el argumento de que "las corrientes historiográficas eclécticas imperan en el mundo" o que "es preferible la tendencia al equilibrio y la conciliación, por parte de la sociedad argentina". Olvidan -dada su sumisión ideológica a los países centrales- que la riqueza de los mismos (intercambio desigual, exacción imperialista, intereses de la deuda externa) morigeró en ellos los enfrentamientos sociales y por ende la controversia ideológica y política; asimismo, olvidan que la clase dominante de la Argentina, agotado su período de esplendor, impulsa "esa tendencia general de la sociedad argentina hacia 'la armonía', por sobre los 'conflictos', pues ese aparente empate -el eclecticismo- le sirve tanto para resguardar su pasado como para consolidar su presente.

En un país dependiente, un auténtico historiador debe privilegiar los "conflictos", "los antagonismos" y asumir como propio el campo de lo nacional que es el de los trabajadores, aunque esa posición lo excluya de las cátedras, de las academias y de las queridas becas, pero así seguramente "hará" historia, no como Historia Social que según el propio Romecas y así seguramente "hará" historia, no como Historia Social que según el propio Romecas (h) se desarrolla "en consciente y firme apartamiento de las incitaciones y demandas de la conciencia histórica del pueblo que -sabíamos- se nutría de otras fuentes", sino en plena consubstanciación con esa experiencia y esa conciencia histórica. El camino que ellos adoptan, en cambio, es someterse a la orientación general de las clases dominantes: externas e internas que prefieren, por supuesto, un relato pleno de minuciosidades, armonías y conciliaciones o desviar la verdadera historia hacia las anécdotas de la novela histórica donde, en general, prevalece también esa concepción vaciadora y esterilizante de las grandes luchas sociales.

Es necesario, pues, no congelar la controversia y la pasión por descubrir la verdad, evitando que la historia sea promotora de la resignación y reemplace los proyectos colectivos por las empresas individuales donde las batallas no se dan por grandes banderas sociales sino por becas, prestigio y cátedras.

CAPÍTULO IV

LA CORRIENTE HISTORIOGRÁFICA SOCIALISTA, FEDERAL-PROVINCIANA O LATINOAMERICANA

G) La corriente historiográfica socialista, federal-provinciana o latinoamericana

"Una historia soterrada"

La presencia de los trabajadores industriales en nuestro escenario político -tanto en la hora triunfal del '45 como en "la resistencia" posterior a septiembre del '55- tuvo su correlato en el orden de las ideas históricas. No solo popularizó al revisionismo histórico tradicional, generando la corriente "rosista-peronista", como se ha señalado, sino que provocó la aparición de una nueva corriente historiográfica. Esta tiene su origen en el grupo "Frente Obrero", única expresión marxista que acompañó a los trabajadores en su irrupción del '45 y se denomina socialista, federal-provinciana o latinoamericana. Tulio Halperín Dongai la ha calificado como una historia soterrada.

El grupo "Frente Obrero"

Esta agrupación nace durante la segunda Guerra Mundial. Sus integrantes, marxistas que han enriquecido su formación ideológica especialmente con los aportes de Lenin y Trotsky, han desarrollado una dura polémica con otras corrientes de igual procedencia en torno a la cuestión nacional. Sostienen que desde la aparición del imperialismo existen en el mundo países opresores y países oprimidos y que en estos últimos -con una cuestión nacional pendiente- la lucha de clases se manifiesta con caracteres específicos. Por eso, decían, importancia a las tesis elaboradas por Lenin y Trotsky para el proletario (alianza socialista-comunista) para los países capitalistas desarrollados, pero, en cambio, propugnan el frente único antiimperialista (movimientos democráticos de Liberación Nacional) para los países dominados. Asimismo, juzgan fundamental el modo de participación de los socialistas revolucionarios en estos frentes antiimperialistas (caso de la Argentina, semicolonias del Imperio Británico): preservando la independencia ideológica, política y organizativa -"golpear juntos, marchar separados"- y luchando por liderar el frente para desarrollar la revolución antiimperialista y democrática hacia el socialismo (revolución permanente).

Provisto de esta concepción teórica, el grupo "Frente Obrero" logra insertarse en las luchas sociales de esa época. La política gremial errónea (por no decir traidora) del Partido Comunista -sometido desde mediados de la guerra a la aliadofilia resultante del acuerdo de la URSS con las potencias aliadas- provoca malestar en los trabajadores del gremio metalúrgico, pues privilegia la buena relación con los "imperialismos democrá-

natural que las provincias busquen, por su parte, la alianza del Paraguay"¹⁰. "El verdadero enemigo, para Buenos Aires, no es el Brasil" sino "los países interiores, a quienes les tiene arrebatado el tesoro, su tráfico y todo su ser [...] Un interés profundo divide [a los dos partidos] y hace aliado nato del Paraguay, al país argentino situado al norte de Martín García, y hace aliado natural del Brasil, a la otra porción del país, situada a las puertas del Plata y en las costas del mar"¹¹. "La cuestión del Paraguay, no es más que una faz de la cuestión interior Argentina"¹².

De este modo -si bien no completa una teoría al respecto- el viejo Alberdi se constituye en el precursor de una visión histórica latinoamericana, por encima de las fronteras de las patrias chicas.

d) Carácter de clase de la libertad

La libertad y la democracia, supuestamente para todos, han sido las grandes banderas de la oligarquía porteña en su lucha contra las masas populares. Alberdi desnuda el mito expresando: "Ser libre, para ellos (los liberales), no consiste en gobernarse a sí mismos, sino en gobernar a los otros. La posesión del gobierno he aquí toda su libertad. El monopolio del gobierno: he ahí todo su liberalismo [...] La libertad de los otros, dicen ellos, es el despotismo; el gobierno en nuestro poder, es la verdadera libertad. Así, estos liberales toman con un candor angelical por libertad lo que no es, en realidad, sino despotismo, es decir, la libertad del otro sustituida por la nuestra"¹³.

Otros antecedentes

Otros dos militantes antimitristas -José Hernández y Olegario Andrade- aportaron importantes reflexiones a esta corriente historiográfica. Hernández, no solo por su *Martín Fierro*, donde denuncia el despojo sufrido por el gaucho, si no por su obra *Vida de El Chacho* y sus artículos periodísticos en el diario *El Río de la Plata* y en *La Patria* de Montevideo. Andrade, por sus artículos de *El Porvenir*, *La América* y otros periódicos entrerrianos y muy especialmente por su opúsculo *Las dos políticas*, donde establece una continuidad entre Rivadavia, Rosas y Mitre, como expresiones de intereses porteños defensores del monopolio de la Aduana y el Puerto únicos.

Asimismo, David Peña realiza una de las primeras reivindicaciones de Facundo Quiroga, en conferencias pronunciadas en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en 1903, convertidas, luego, en libro y exalta a Dorrego en una obra teatral.

La Historia Oficial ocultó cuidadosamente estos aportes historiográficos, los autores fueron



José Hernández. Fotografía de P. Bernardet en *Corrientes*.

¹⁰ Alberdi, Juan Bautista: *El Brasil ante la democracia de América*, Buenos Aires, Etc, 1946.

¹¹ Ídem.

¹² Alberdi, Juan Bautista: *Escritos póstumos*, tomo XI, p. 395 reproducido por Fermín Chávez en *Alberdi y el mitrismo*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1961, p. 25.

¹³ Ídem: ob. cit., tomo X, p. 155, reproducido por Fermín Chávez; ob. cit., p. 74.

tergiversados o sentenciados al silencio. A Alberdi se lo recuerda por sus *Bases* y su época unitaria, silenciándose, en cambio, su pensamiento del exilio. A Hernández se lo reconoce como poeta -después de muchos años en que se lo juzgó un payador sin valor literario- olvidando intencionalmente su militancia política, al igual que a Olegario Andrade, reducido a ser el vate del "cóndor en la cúspide bravia" o "todo está como era entonces, la casa, la calle, el río", quedando soterrados tanto su poema a El Chacho, como su ensayo *Las dos políticas*.

Un silenciamiento aún más contundente cae sobre Francisco V. Silva quien, en 1916, publica *El libertador Bolívar y el deán Funes en la política Argentina. Revisión de la Historia Argentina*, en la Biblioteca Ayacucho de la editorial América, impulsada por Rufino Blanco Fombona. Silva sostiene, en este ensayo, tanto la reivindicación de Juan B. Bustos y Facundo Quiroga como asimismo la de Francisco Solano López y especialmente levanta su voz contra las calumnias de que son objeto Bolívar y Artigas: "No queremos suscitar odiosas rivalidades entre Córdoba del Tucumán y el puerto de Buenos Aires, ni entre este y el interior [...] [Pero] es para nosotros indiscutible que desde 1810 se viene redactando la historia argentina viciosamente con un solo criterio: el del puerto de Buenos Aires"¹⁴.

Otro aporte historiográfico asumido por esta corriente es el de Juan Álvarez, con su trabajo *Las guerras civiles argentinas*, publicado en 1912. No obstante su filiación política conservadora, Álvarez investiga honestamente nuestra historia económica y encuentra en la disputa por la Aduana, el puerto único y la libre importación practicada por la oligarquía porteña, las causas fundamentales de la permanente guerra social. Su libro solo es conocido entre especialistas y bibliófilos y su importancia como historiador es ignorada.

También merece particular atención Manuel Ugarte, "un maldito", para la literatura y la Historia oficiales. Definido por el socialismo, (en París, en la versión socialdemócrata expresada por Jean Jaurès), Ugarte se manifiesta, desde 1901, como decidido adversario del imperialismo norteamericano y abanderado de la reunificación latinoamericana. La Nación latinoamericana, despedazada por los intereses económicos externos que pivotaron sobre las burguesías comerciales de los puertos, aparece clara en sus primeros escritos políticos. Partiendo de esta concepción, sin realizar una obra histórica sistemática, retoma la posición de Alberdi enriquecida por José León Suárez acerca de la Revolución de Mayo como movimiento democrático, antiabsolutista, insurreccionado en Juntas populares, al igual que el resto de Hispanoamérica y de España "contra el grupo retardatario que en uno y en otro hemisferio nos impedía vivir"¹⁵. Esta posición -que rechaza nuestro origen supuestamente pro británico, según el mitrismo- se liga a la campaña antiimperialista y en favor de la unidad la-



Manuel Ugarte. Fuente: George Grantham Bain Collection.

¹⁴ Quattrocchi-Woisson, Diana: *Los males de la memoria*, Buenos Aires, Emecé, 1995, p. 84.

¹⁵ Ugarte, Manuel: *Mi campaña hispanoamericana*, Cervantes, Barcelona, 1912, p. 30.



Manuel Ugarte.

inoamericana, desarrollada por Ugarte entre 1910 y 1913. En discursos pronunciados ante miles de concurrentes, en todas las ciudades capitales de América Latina, brega por la reconstrucción de la Patria Grande y por su liberación, retomando las banderas de San Martín y Bolívar.

Desde este planteo, rechaza la tesis sarmientina de "civilización o barbarie", que propugna, precisamente, borrar lo americano, por inferior, para importar la civilización de Europa. Junto con Alberdi, Ugarte es uno de los primeros en demostrar la falacia de ese lema antinacional: "En cuestiones internacionales, ya sabemos que, desgraciadamente, el derecho no es, en resolución, más que una palabra que sirve para designar el poder económico militar de un conjunto expansionista. Es el 'derecho del comercio', es el 'derecho del orden', es el 'derecho de la sanidad', es el 'derecho de la civilización', según se invoquen para la conquista o el protectorado pretextos económicos, pacificadores, profilácticos o cul-

turales. Tratándose de pueblos débiles, el derecho a defender la propia tierra solo es 'barbarie' [...] La magia de las palabras nos ha deslumbrado hasta ahora. Invocando 'la libertad', el 'progreso', la 'civilización', nos han hecho hacer o aceptar cuanto favorecía intereses extraños: el separatismo, el libre cambio, el panamericanismo, el monroísmo, y hemos sido los eternos creyentes que ansiando igualar a los grandes pueblos, nos hemos supeditado a sus conveniencias. El interés extranjero se ha disfrazado de principio general o de noble sentimiento, y no hemos sabido ver a través de él las verdaderas intenciones [...] Cuando nos han 'ayudado a conseguir la libertad', cuando nos han prestado fuerza para 'derrocar tiranos', cuando nos han brindado apoyo para 'obtener la victoria' sobre otra nación linfítrofe del mismo origen o cuando en nombre del 'humanitarismo' o de la 'paz', han intervenido en la solución de nuestros conflictos, las bellas declamaciones solo sirvieron para que evolucionaran con mayor comodidad las influencias predominantes". Asimismo, sostiene: "Los imperialismos siempre han invocado el fin superior de preparar a los pueblos para la civilización, sin abrigar jamás la intención de cumplir ese propósito, sino en la parte que les puede ser útil, convirtiendo al grupo mediatizado en servidor o auxiliar de su riqueza o poderío [...] Toda injusticia necesita, por lo menos, un pretexto que la dore [...] en algunos lugares, las abdicaciones se envolvieron en el manto raído del 'progreso' y de la 'civilización'".

Esta comprensión acerca de cómo opera el fenómeno imperialista, le permite iluminar nuestras guerras civiles desde la concepción de la lucha de clases, como enfrentamiento entre las minorías de los puertos aliadas al capital extranjero y las masas populares del interior resistiendo el modelo semicolonial. De allí, entonces, su reivindicación de los caudillos federales (aún cuando, en su entusiasmo, coloque al mismo nivel a Rosas y a Artigas): "Las ciudades de las costas establecieron su dominación sobre los pueblos del interior, como la gente acomodada había impuesto la suya sobre los pobres. Los países se organizaron de manera antidemocrática. Y las insurrecciones, las montoneras y los disturbios que estallaron constantemente en las provincias, no fueron a veces más que pro-

cesos ineficaces y borrosos contra el centralismo y la absorción que debía dar lugar más tarde al desarrollo desproporcionado y anormal de algunas capitales sudamericanas"¹⁷. Esta concepción —que en el caso argentino condena a la burguesía mitrista— coloca a Ugarte en el papel de uno de los primeros revisionistas de nuestra historia, continuador de Alberdi y desarrollando su misma concepción federal-provinciana. Así, dice en otra parte: "Los mestizos fueron, después de todo, los que engrosaron, especialmente en el Río de la Plata, los primeros escuadrones de la independencia y los que después de vender a la metrópoli dieron su sangre a Artigas, Ramírez y Quiroga para tener en jaque la tiranía de los puertos y el espíritu absorbente de sus representantes [...] y deduciendo pasión, leyendo la vida a través de los comentarios que la adulteran o la violan, caemos fácilmente en la cuenta de que Rosas y Artigas, hombres apasionados y violentos, no hubieran levantado tantas resistencias en una época que precisamente pertenecía a los hombres violentos y apasionados, si no hubieran vivido en lucha con las pequeñas oligarquías locales. Dueñas estas de los medios de publicidad, e inspiradoras de los pocos que por aquel tiempo podían servirse eficazmente de una pluma, se defendieron con entusiasmo, y los dictadores rojos tuvieron que sucumbir ante el ataque de los que, apostados en las cuatro esquinas de la opinión, les hacían una guerra insostenible. Pero esos gauchos bravos habían nacido en momentos en que Europa ardía en la llama de la Revolución, y a medio siglo de distancia, con las modificaciones fundamentales que imponía la atmósfera, sintetizaban de una manera confusa en el Mundo Nuevo el esfuerzo de los de abajo contra los de arriba. No eran instrumentos de la barbarie. Eran productos de una democracia tumultuosa en pugna con los grupos directores"¹⁸.

Desde estas posiciones antiimperialistas, desarrolla Ugarte su defensa de los recursos naturales (la explotación de la minería en la Argentina, por ejemplo) y su crítica a la política libre-importadora que impide nuestro crecimiento industrial (artículos de *La Patria*, 1916). De allí, también, su reivindicación de la neutralidad en las dos guerras mundiales y la denuncia de los mitos colonizadores ("El artículo importado es el mejor", "El arte no comprometido", etc.). Silenciadas sus ideas por la oligarquía, tampoco alcanzaron predicamento en la izquierda argentina. Ni los socialistas, devotos de Rivadavia y Mitre, ni el Partido Comunista, subordinando su acción a las necesidades de la burocracia soviética, entendieron la necesidad de ahondar en nuestro pasado desde la perspectiva de la lucha de las masas populares y de la Patria Grande.

El grupo "Frente Obrero" asume a Manuel Ugarte como a uno de sus grandes precursores, pero para consolidar su posición antiimperialista no trepida en abreviar en fuentes no socialistas, especialmente porque la historia argentina de este siglo muestra, precisamente, una enorme falencia en la izquierda de entender los mecanismos de opresión del orden del vasallaje. Así, la necesidad de entender los mecanismos de opresión del imperialismo inglés sobre la Argentina (los ferrocarriles trazados en abanico, el Banco Central mixto, el pool de consorcios exportadores, etcétera) se ve satisfecha en la obra de un militante nacional-democrático: Raúl Scalabrini Ortiz (*Historia de los ferrocarriles, Política británica en el Río de la Plata*, ambos en 1940). Del mismo modo, la implacable vivisección de la intelectualidad antinacional, sometida a la clase dominante —al igual que la develación de sus mitos— se encuentra en los libros y polémicas de Arturo Jauretche quien, junto con Scalabrini, desde la época de FORJA (1935), impulsa esa crítica a la superestructura cultural del país dependiente (*Los profetas del odio, Manual de zoncetas argentinas y Política nacional y revisionismo histórico*).

¹⁷ Ugarte, Manuel: *El destino de un continente*, Buenos Aires, Ediciones de la Patria Grande, 1962, pp. 53 y 80-82.

¹⁸ Ídem, pp. 164-168.

¹⁹ Ugarte, Manuel: *El porvenir de la América Latina*, Valencia, Sempere, 1910, p. 30.

²⁰ Ídem, pp. 15 y 125-126.

En esa búsqueda, recogen el valioso aporte de un socialista reformista pasado luego al nacionalismo reaccionario: Ramón Doll. En su libro *Liberalismo en la literatura y la política*, Doll acomete contra Mitre -cuidadosamente indemne de las críticas de los revisionistas rosistas- y en pocos párrafos pone al desnudo la verdadera historia de varios próceres: "Nuestra historia oficial de la Década de la Organización (1852-1862), escrita para asegurar la inmortalidad de mediocres como Mitre, coloca en el panteón argentino cuatro nombres juntos y a los cuatro les adjudica el título de "organizadores" de la Nación. Ellos son: Mitre, Sarmiento, Urquiza y Alberdi. Pero luego, al narrar la década, resulta que los cuatro aparecen divididos y que pelean con la pluma en Quillota y con el sable en Cepeda y en Pavón de un lado Urquiza y Alberdi, del otro Mitre y Sarmiento. Y no hay que hacer ninguna investigación historiográfica de esas que hacen bostezar hoy a todo el país, pues hasta el sentido común para preguntarse, entonces, como pueden estar los cuatro juntos bajo el mismo signo de unificadores y organizadores de la Nación. O Urquiza y Alberdi tenían razón cuando trataron de unificar al país respetando y acatando ciertas situaciones y grupos locales respetables y entonces, a Mitre, por separatista, por desorganizador y por desordenado, hay que considerarlo un perturbador y arrojarlo de esa década de la historia patria. O, al revés, Mitre y Sarmiento acertaban cuando pensaron que no había organización posible sin liquidar a sangre y fuego a los grupos y caudillos locales y en ese caso, Alberdi y Urquiza no hicieron más que retardar la organización con fines inconfesables y entonces no caben en el panteón con los otros dos". A partir de esta reflexión, Doll concluye afirmando que el gobierno de Mitre fue una "dictadura militar", que Urquiza había comprendido donde estaba la verdad pero "se dejó vencer en Pavón", mientras Alberdi, tozudo, siguió discutiendo, "condenado por la ciudad gerenciadora que vive desvinculada de la Nación"¹.

Además de los mencionados, otros historiadores y ensayistas nutren el bagaje de esta corriente haciendo posible la reivindicación del Moreno revolucionario, del Bolívar unificador y de tantos otros descalificados por la Historia Oficial, como asimismo también desmontando las estatuas de los ídolos oligárquicos, al estilo de Rivadavia, Florencio Varela y otros, cuya fama fabricó el mitrismo.

En esos años posteriores al 45 -mientras el peronismo cubre la escena y los condena a una militancia hacia adentro centrada en lo ideológico- los hombres de "Frente Obrero" dan forma a una nueva interpretación de nuestro pasado en largas discusiones colectivas. A ellas se agrega Jorge Abelardo Ramos hacia fines de 1946 y de esa vinculación nace, poco después, el libro *América Latina, un país*.

Jorge Abelardo Ramos y América Latina, un país

De militancia anarquista en su adolescencia estudiantil, Ramos pasa al marxismo bajo la influencia de Adolfo Perelman, uno de los integrantes de "Frente Obrero". Pero hacia 1945, toma su propio camino lanzando la revista *Octubre* N° 1, producto de una alianza con sectores del trotskismo caracterizados por su incomprensión de la cuestión nacional. Allí, Ramos no alcanza a comprender la importancia de los sucesos ocurridos el 17 de octubre de 1945: "El coronel Perón explota en su provecho esa política traidora del stalinismo y consigue arrastrar a algunos sectores obreros políticamente atrasados detrás de su aventura demagógica. Cuando finalmente es expulsado del poder por Campo de Mayo, cuya oficialidad comprende que la situación del Ejército se ha vuelto difícil, Perón moviliza a esos sectores obreros, incluidos los trabajadores de la carne (que dan la es-

¹ Doll, Ramón: *Liberalismo en la literatura y la política*, Buenos Aires, Claridad, 1934.



Jorge Abelardo Ramos (1921-1994). Político e historiador, figura destacada de la izquierda nacional.

palda al stalinismo por sus reiteradas traiciones), y con la ayuda de la burocracia estatal y la policía los lanza a la calle en una demostración de fuerza. El Ejército, impresionado por el gabinete oligárquico proyectado por el Dr. A. Álvarez y por las demostraciones peronistas, teme represalias y un regreso directo al 3 de junio. Entonces, se plantea una transacción entre las distintas tendencias militares y se forma un gobierno "neutral": manos libres a Perón para presentar su candidatura con la benevolencia del aparato oficial y garantía de comicios libres que presuntivamente devolverán al ejército el prestigio perdido. Mientras las fracciones militares se tiran el poder entre ellas como una pelota, el proletariado permanece quieto y callado y como quería el coronel, "va del trabajo a casa"².

Hacia fines de 1946, Ramos sella un acuerdo con "Frente Obrero" y revisa su posición. Al publicar el N° 2 de *Octubre*, señala que, tanto "Frente Obrero" como *Octubre*, reconocieron la importancia del emergente peronismo en aquellos días decisivos del 45.

Esa vinculación de Ramos con "Frente Obrero" lo conduce a participar de las ricas polémicas internas del grupo, en esa "militancia hacia adentro" que estiman la única posible, dado el decisivo y abrumador vuelco de los trabajadores hacia el peronismo. Como resultado de esos debates, Ramos juzga -en 1949- que se encuentra en condiciones como para abordar, desde el marxismo, una interpretación de la historia argentina. Así nace *América Latina, un país. Su historia, su economía, su revolución*.

Este libro se singulariza porque, hasta ese momento, la interpretación de nuestra historia abordada, desde las diversas variantes de la izquierda, ha respetado sucesos y próceres de la Historia Oficial, aunque a través de una fraseología materialista dialéctica (lo que se ha denominado "mitromarxismo"). En cambio, se trata, ahora, de un ensayo que disiente con la Historia Oficial, en nombre del marxismo. Sin embargo este cuestionamiento se realiza desde una posición extremadamente influida por el revisionismo nacionalista.

Al igual que los nacionalistas -pero en nombre del marxismo- Ramos se limita a cambiar el signo de valor de próceres y antipróceres, de lo cual resultan un Moreno y un Belgrano que "se habían nutrido del librecambismo británico [...] y (cuya) política fue una política antinacional por excelencia"³ y un Rosas "permitiendo de hecho un desarrollo autónomo de la economía argentina"⁴. El nacionalismo de *América Latina, un país* se comprueba, especialmente, por su abominación de todo liberalismo, descartando una posición democrática nacional: "La tradición ideológica de la revolución, un país se comprueba, especialmente, por su abominación de todo liberalismo, descartando una posición democrática nacional: 'La tradición ideológica de la revolución de junio',

² Ramos, Jorge Abelardo: "La burguesía argentina y el imperialismo frente a la revolución de junio", *Revista Octubre* N° 1, Buenos Aires, noviembre de 1945.

³ Ramos, Jorge Abelardo: "América Latina, un país. Su historia, su economía, su revolución", Editorial Octubre, Buenos Aires, 1949, p. 73.

⁴ Ídem, p. 92.



Jorge Abelardo Ramos.

ción francesa, fundamental y fecunda para la lucha contra el feudalismo europeo anti-histórico, resultó funesta para la evolución latinoamericana⁶⁵.

Estas posiciones provocan el entusiasmo de Manuel Gálvez, quien felicita a Ramos en una carta donde le anuncia que ha colocado un ejemplar del libro en la biblioteca del Jockey Club para que sus socios puedan tener el gusto de leerlo. Del mismo modo, José M. Rosa señala que "saludamos alborozados la conversión al rosismo de los trostkistas", aunque no disimula que le produce temor esta izquierda "que tiene los ojos bien abiertos y sabe adónde asienta el pie"⁶⁶.

El libro, en la medida en que su autor se declara "marxista", preocupa al diputado peronista (de extracción conservadora) Emilio Visca, titular de una Comisión censora, quien procede, poco después, a su secuestro. Este suceso lo convierte a Ramos en un personaje con la dimensión política suficiente como para asumir la representación de "Frente

Obrero", aún cuando al grupo le disgusta profundamente la deformación nacionalista del ensayo. Aurelio Narvaja recuerda: "Cada vez que pudimos, fijamos nuestras posiciones con la mayor nitidez y claridad, pero podíamos hacerlo muy pocas veces y apenas éramos oídos. Frente a la realidad hostil, debimos realizar acuerdos temporarios con Ramos, a pesar de la desconfianza que nos inspiraba. Él, que tenía la predisposición y habilidad suficiente para curvar las ideas ante las enormes presiones del ambiente político, se convirtió en el gran difusor de nuestras posiciones. Las divulgaba, al tiempo que las deformaba. Esa es, repito, la gran tragedia de la Izquierda Nacional"⁶⁷.

Inmediatamente después de la aparición de ese libro, los integrantes de "Frente Obrero" lo toman como eje de la polémica en sus reuniones internas. De allí, nacen los Cuadernos de Indoamérica, con implacable crítica, redactados por Enrique Rivera en 1952 y recién publicados a mimeógrafo en julio de 1955 (reproducidos luego en la revista "Política Obrera", en marzo de 1957). En ese documento, se fijan las posiciones de la corriente historiográfica socialista, latinoamericana o federal provinciana, por lo cual puede considerarse como el punto de partida de la misma.

Los Cuadernos de Indoamérica

Allí aparecen las posiciones claves de esta corriente:
a) Rechazo de la caracterización de la Revolución de Mayo como movimiento separ-

⁶⁵ Idem, p. 64.

⁶⁶ Rosa, José M.: "América Latina: un país", por Jorge Abelardo Ramos", *Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas*, N° 15-16, Buenos Aires, septiembre de 1951, p. 187.

⁶⁷ Aurelio Narvaja, declaraciones al autor.



Periódico Frente Obrero, N°1, septiembre de 1945.

ratista y partidario del libre comercio, del cual provendría su carácter reaccionario y pro británico: "Ramos, aunque critica la historia oficial, revela que aún no se ha comprendido suficientemente de sus mitos. Acoge como moneda de buena ley la versión que esta nos proporciona de la revolución de 1810 al asignarle como objetivos el libre cambio y la independencia; aprecia que los efectos posteriores de esa revolución han sido desastrosos para América Latina y recurre precipitadamente al procedimiento de negarla de plano [...]. Si la Revolución de Mayo de 1810 tuvo por objeto la independencia y el librecambio con los ingleses [...] debemos concluir forzosamente que nuestra revolución es, exclusivamente, inglesa... (Por el contrario) la Revolución española [...] es el centro inicial revolucionario, cuya fuerza gravitatoria arrastra a toda América hispana. Esta España, la de la Revolución y la que está unida con América, es justamente lo que omite la leyenda oficial, el revisionismo histórico y el autor del libro que comentamos [...]. No existían en nuestro país ni en América Latina fuerzas materiales suficientes para desencadenar una revolución democrático-burguesa, aunque sí para apoyarla. El triunfo definitivo de la revolución, dependía forzosamente, de su victoria en el centro revolucionario [...] La derrota del liberalismo español [...] hizo estallar prematuramente la Revolución, llevó a la separación de América y España, y al predominio de la reacción sobre el ideario democrático [...] Al producirse la separación, nuestro liberalismo quedó constreñido a la base material que le proporcionaba la oligarquía porteña y se hizo antinacional, librecambista, portuario [...] Nuestra revolución fue, pues, una revolución burguesa sin burguesía [...] No fue una revolución nacional contra España, porque no existía una opresión de tipo colonial-nacional, sino de tipo feudal-absolutista [...] La Revolución en España y en América era una sola y la misma [...] nuestra revolución es una parte de la revolución española, como esta lo era de la europea [tal como lo expresó Alberdi] [...] Al adoptar los mitos de la historiografía oficial sobre la colonia y la revolución, Ramos llega a conclusiones insostenibles, como el carácter reaccionario del liberalismo"⁶⁸.

⁶⁸ Rivera, Enrique: *Cuadernos de Indoamérica*, 2ª parte, Buenos Aires, 1955, folleto.

b) Denuncia de Buenos Aires como Provincia-Metrópolis con su puerto como llave del comercio, enorme alcancía de los derechos aduaneros y lugar estratégico para definir una política librecambista o proteccionista, tesis que la mayor parte de los investigadores y catedráticos de "la Historia Social" asumen, años después, distraídamente, sin indicar dónde y cuándo la aprendieron, para después legitimar esa opresión de la oligarquía porteña como históricamente inevitable, dada "la imposibilidad de desarrollar el capitalismo partiendo del atraso del interior" (por supuesto, omiten toda referencia al *Plan de Operaciones* de Moreno y al singular desarrollo del Paraguay de los López). En este aspecto, Rivera señala: "Es extraño que Ramos eluda en su libro la consideración del problema preciso y concreto [...] del puerto único y la posesión de la Aduana, que implica, además, fijar la política aduanera, proteccionismo o librecambio [...] es decir, la cuestión de la Capital [...] siendo que, en la federación, nacionalización o capitalización de Buenos Aires, se concentraban todos estos dilemas de hierro: [...] proteccionismo o librecambio, democracia o dictadura, política nacional o antinacional"²⁹.

c) Caracterización correcta de los caudillos del interior: "La insuficiencia del desarrollo industrial del interior -afirma Rivera- determinaba que no pudiesen expresar su nacionalismo en la forma de una moderna ideología, sino que debiesen acudir a símbolos y elementos heredados del pasado y aún vigentes en la economía natural predominante. Estos símbolos y elementos ideológicos, eran inadecuados en relación con la meta histórica a procurar. Así, por ejemplo, Facundo Quiroga, en una etapa, se opone al unitarismo con la divisa 'Religión o muerte'. Expresa, en esta forma, el contenido nacional de su lucha, en el estadio económico-social del Interior. Pero, notémoslo bien, esto no significa que el liberalismo fuese reaccionario sino que frente a la política unitaria de la burguesía comercial porteña, revestida de fórmulas liberales, pero despóticas en el fondo, Facundo, como otros caudillos, recurrían a símbolos y elementos ideológicos de carácter 'reaccionario' para expresar su antagonismo nacional [...] Ramos, en lugar de examinar concretamente estas contradicciones, a lo marxista, condena al liberalismo (presenta la política unitaria como una consecuencia necesaria de la ideología liberal) y exalta, por este procedimiento, no la lucha nacional auténtica del Interior, sino sus símbolos y elementos ideológicos reaccionarios a que se veía obligado a acudir. Él habla continuamente de 'montoneras y lanzas' frente a los doctores y así parece muy popular, muy democrático, muy gauchesco, cuando, en realidad, lo hace, sobre todo, para atacar la ideología liberal de acuerdo con el 'nacionalismo' clerical que en este terreno, como en otros, expresa el profundo reaccionarismo de la burguesía imperialista que renuncia a la propia ideología liberal de su pasado revolucionario, ascendente, para retornar al medioevo en el terreno ideológico"³⁰.

d) Crítica al exultante rosismo de Ramos, tan fervorosamente aclamado por Manuel Gálvez y José María Rosa. En *América Latina, un país*, Ramos sostiene: "Rosas permite de hecho un desarrollo autónomo de la economía argentina [...] Rosas impuso la unidad nacional y las viejas tentativas separatistas desaparecieron [...] unificó de hecho las provincias del Río de la Plata, ahogando las antiguas tentativas aislacionistas de los caudillos [...] y su derrota abre el período de aniquilamiento de la evolución argentina hacia un ciclo capitalista independiente"³¹. A esto, Rivera le opone la siguiente argumentación: "El régimen de Rosas es nacional y en este aspecto progresivo, respecto del unitarismo que llevaba a la colonización por el extranjero y lo es, en la medida en que la economía

ganaderil y saladerista de la provincia de Buenos Aires, montada sobre bases capitalistas, es nacional y parte del país. Pero es antinacional en cuanto, en lugar de orientarse hacia la transformación industrial de todo el país, se pone contra ella. Por eso, mantiene en su poder la aduana bonaerense, por eso se niega a la organización del país en base al sistema federativo [...] Rosas expresa la resistencia nacional de todo el país a convertirse en colonia... pero no va más allá, es decir, no asume la bandera de la transformación del país en un país capitalista independiente. No la asume porque la clase ganadera no puede adoptar una política proteccionista y de desarrollo nacional, pues su mercado está en el exterior [...] El régimen de Rosas tenía ciertos caracteres nacionales -que no iban más allá de la semicolonía- pero que eran nacionales. Ramos, si deseaba rebatir la leyenda unitaria, podía y debía haberlo precisado a lo marxista. Pero, no, hace una apología de Rosas y el rosismo desvinculándolo 'hasta cierto punto' de la burguesía ganadera y saladeril y exalta, en cambio, sus aspectos ideológicos reaccionarios, que denuncian la limitación histórica de ese régimen, a la vez que hipostasía su 'nacionalismo' presentándolo como tendiente a construir un país capitalista independiente, lo que es falso. En pocas palabras, hace lo mismo que los nacionalistas clericales, que sueñan con un régimen burgués nacional pero, al propio tiempo antiobrero, es decir, reaccionario, corporativista, clerical. Por eso es que Ramos identifica, falsa y capciosamente, liberalismo con unitarismo y a eso tiende su demostración"³².

e) De estas elaboraciones colectivas de los integrantes de "Frente Obrero" nace también la crítica a la posición de Ramos que marca la derrota nacional en Caseros y no en Pavón. Reformulan, entonces, el papel de Urquiza, ya no el héroe liberal de los textos escolares, ni tampoco el brazo ejecutor de la política extranjera, sino el caudillo conciliador del litoral.

Del mismo modo, la profundización de este período les permite definir la tajante hostilidad entre mitrismo y roquismo (entre 1874 y 1880). "Soy nieto de un capitán roquista e hijo de un radical provinciano -recuerda Narvaja-. Mi familia es de Córdoba y estudié en Santa Fe, adonde concurrían muchos estudiantes del interior. Eso me facilitó la comprensión del problema nacional. Esas circunstancias peculiares de mi vida me permitieron entender la importancia del roquismo en el 80"³³.

La posición de esta corriente respecto al roquismo -como contracara del mitrismo en 1880- ha generado fuertes críticas y posiciones encontradas aun dentro del campo antiimperialista (Para Jauretche es un "acierto de fondo la inclusión de Roca en la línea nacional"³⁴, para Hernández Arregui, "La tesis en sí misma no es falsa. Es exagerada"³⁵). Desde el marxismo, ese frente de clases del interior -Liga de Gobernadores o Partido Autonomista Nacional- es el gran enemigo de la oligarquía porteña, rechazando así la interpretación seudo marxista (desde Juan B. Justo³⁶ hasta Milcíades Peña³⁷), que pretende explicar enfrentamientos donde se producen ¡3000 muertos! como meros choques de "ambiciones de poder" entre sectores políticos que "eran lo mismo". Años después, Alfredo Terzaga demuestra que la mayoría de las apoyaturas de Roca en el interior eran de extracción federal e incluso montonera (Carlos Juan Rodríguez, el Dr. Francisco Álvarez,

³² Rivera, Enrique: *Cuadernos de Indoamérica*, 3ª parte, Buenos Aires, 1955, folleto, pp. 22-25.

³³ Aurelio Narvaja, declaraciones al autor.

³⁴ Arturo Jauretche, revista *Qué*, Buenos Aires, 24/9/57.

³⁵ Hernández Arregui, Juan José: *La formación de la conciencia nacional. 1930-1960*, Buenos Aires, Hachea, 1961, p. 490.

³⁶ Cúneo, Dardo: *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Alpe, 1956.

³⁷ Peña, Milcíades: *De Mitre a Roca. Consolidación de la oligarquía anglociolla*, Buenos Aires, Fichas, 1968, p. 38.

²⁹ Ídem, 3ª parte, pp. 7 y 9.

³⁰ Ídem, 3ª parte, pp. 18 y 19.

³¹ Ramos, Jorge A.: ob. cit., pp. 95, 102 y 105.

Absalón Rojas, los Saa, Manuel Olascoaga, Francisco Fernández, Mantero, O. Andrade, J. Hernández, Alvear, Iriondo, etc.). Lamentablemente, Terzaga fallece sin concluir su obra, donde hubiese demostrado que Roca claudicaba finalmente -como lo señala Jauréche- sin que ello implicase, para un pensamiento dialéctico, desconocer el rol jugado en 1880 al frente de "los chinos" que constituían la "mazorca", según los diarios porteños de entonces.

Asimismo, la propensión imperante a aplicar un criterio individualista de la historia en tanto responsabiliza exclusivamente a Roca de la campaña al desierto, correctamente enjuiciada desde "los derechos humanos", contribuye a la descalificación de ese movimiento del interior, por supuesto con la algazara del mitrismo. De ese modo, los nexos históricos comprobables -entre el federalismo y el roquismo, y entre el roquismo y el irigoyenismo- son negados por la mayor parte de la intelectualidad, sin que, por otra parte, se formule alguna otra explicación científica, desde el punto de vista de las clases sociales, para hacer luz sobre el nudo histórico 1880-1890, donde desaparece el viejo país y nacen los partidos políticos modernos.

José Hernández y la guerra del Paraguay

Hacia 1953, la necesidad de fijar públicamente sus posiciones lleva al grupo "Frente Obrero" a la fundación de la editorial "Indoamérica". Entre 1953 y 1955, "Indoamérica" publica varios ensayos importantes. El tema histórico se trata en *José Hernández y la Guerra del Paraguay*, firmado por Enrique Rivera. El ensayo aborda la militancia de Hernández en la causa nacional y especialmente, denuncia la guerra del Paraguay, cuestión que el revisionismo rosista ha esquivado hasta entonces, dados los vínculos de algunos de sus miembros con la clase alta y el matutino *La Nación*. Pero, lo fundamental del ensayo radica en los primeros capítulos donde ratifica y amplía las tesis fundamentales del grupo, ya expresadas, en su mayor parte, en los *Cuadernos de Indoamérica*. Las cuestiones definidas son las siguientes:

a) *La naturaleza histórica de la sociedad anterior a Mayo*
"Frente Obrero" se niega a la simplificación habitual que caracteriza a esa sociedad en función de los estadios de desarrollo producidos en Europa, es decir, se resiste, por anticipado, a la polémica que fatigaría, años después, entre quienes suponen feudalismo en América, en razón de algunas instituciones españolas y del carácter precapitalista industrial de los conquistadores y colonizadores, y quienes, por el contrario, sostienen que ya había capitalismo, pues se producía para el mercado mundial.

Prefiere un camino más "marxista" que consiste en analizar las formas de producción y señala, entonces, respecto al actual territorio argentino: a) No se había generalizado siquiera el estadio manufacturero del capitalismo; b) La escasa industria existente tenía un carácter predominantemente doméstico y semiprimitivo (norte) o campesino artesanal (gremios de Buenos Aires); c) Tampoco "existía esa población cho y la labranza, insignificante). Ni feudalismo, ni capitalismo, entonces, sino formas combinadas que "existían en función de una unidad superior predominante, la del Imperio Hispano en su conjunto, cuya parte más adelantada era España" (lo cual no significa negar que hubiese, al principio de la colonización, algunas formas de rasgos feudales, como la encomienda y la mita, ni tampoco que existiesen sectores de la producción dirigidos al mercado mundial).

b) *La relación España-América*

La sociedad del 1800, en el Río de la Plata, resulta distinta de aquella de la primera época de la conquista y colonización, donde el invasor extraía enormes riquezas que, como lo explicara Marx, constituyeron la base del desarrollo capitalista, especialmente de los ingleses, pues España operó como lugar de paso. "Una parte de la sociedad española se trasladó a América e intentó reproducir en ella el régimen de la madre patria"³⁹. Pretendieron esos conquistadores constituirse en feudales, pero "por falta de indios domesticables (por ejemplo, en la mayor parte del Virreinato del Río de la Plata) hubieron de desechar las tradiciones feudales que despreciaban el trabajo y el comercio y convertirse en productores y comerciantes. Esa sociedad de españoles americanos es simplemente una prolongación de España allende el océano Atlántico. Quienes padecen, si, de opresión colonial son los indios, pero ellos están fuera del marco de la revolución de 1809-1810, la cual opera dentro de la sociedad española dominante. La opresión que padecía el español americano era sustancialmente la misma que sufría el español de la metrópoli, es decir, la de un régimen feudal que se sobrevivía, hallándose un tanto acentuada solamente por su distancia del centro del poder y por el hecho de que los funcionarios, nombrados por el monarca, venían de la metrópoli. Mas en modo alguno puede hablarse de una opresión nacional de los españoles nacidos aquí por los españoles nacidos allá"⁴⁰.

c) *Naturaleza hispanoamericana de la revolución*

De aquí resulta que la revolución de Mayo no es separatista, antihispánica (es decir, probritánica y por el comercio libre) sino que forma parte del movimiento democrático, antiabsolutista, iniciado en España el 2 de mayo de 1808 y extendido en toda América entre 1809 y 1811. La no declaración de la independencia, la jura por Fernando VII, la participación de españoles en las Juntas (como Larrea y Matheu) o de militares del ejército español (San Martín, Alvear, los Carrera en Chile, Arenales, etc.) demuestra que no hubo separatismo (oculto por la máscara de Fernando VII): "¿Por qué, si se trataba de una revolución nacional, no se declaró inmediatamente la independencia? ¿Cuestión de táctica? ¿Qué movimiento va a subordinar a una conveniencia táctica la proclamación de su objetivo central, su razón de ser? ¿A quién va a engañar con ello? ¿Cómo comprender que en toda América Hispana, sin previo acuerdo, se hiciese lo mismo, casi simultáneamente, si no era que se imitaba a España?"⁴¹.

d) *Las fuerzas centrífugas de la revolución*

Al producirse la derrota de la revolución española, las revoluciones desatadas en América, liberadas a su suerte, se vieron tironcadas por las fuerzas centrífugas de las diversas regiones, careciendo de la clase unificadora capaz de crear el Estado Nacional, y articular el mercado interno. Las burguesías de los puertos obraron, entonces, como el gran elemento disgregador, especialmente por su alianza con los intereses británicos. "Si Inglaterra absorbía los productos del litoral, arruinaba con los suyos, similares, a las provincias mediterráneas que no podían competir con ellos. Este es el antagonismo básico que preside nuestra historia"⁴².

e) *El control de la Aduana, el puerto único y las tarifas aduaneras*

Esta otra cuestión fundamental, reaparece también en el libro de Rivera: "En un país pobre y económicamente retrasado, como el nuestro, la fuente principal del tesoro pú-

³⁹ Rivera, Enrique: *José Hernández y la guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Indoamérica, 1954, p. 11.

⁴⁰ *Idem*, pp. 11 y 12.

⁴¹ *Idem*, p. 19.

⁴² *Idem*, p. 25.

era, además, como hemos dicho repetidas veces, sino una legítima restitución al pueblo argentino de su capital nacional indebidamente retenida por una sola provincia. Justamente cuando todo el país puede disponer de los ingresos de la Aduana que todo el país paga y caduca la omnipotencia de la Provincia Metropolitana y su explotación feudal comienza el dominio de la oligarquía porteña".¹¹ (O señala en realidad la toma del primer y decisivo baluarte de la oligarquía bonaerense, al colocarse el país en condiciones de darle eficazmente batalla). Que la influencia del imperialismo, la destrucción y la deformación unilateral de la economía consoliden a esa oligarquía luego, nada tiene que ver con la federalización de Buenos Aires, y el hecho de que durante todo un considerable período histórico la detentase la oligarquía, derivando de ello su incontrastable poder sobre el pueblo argentino, si tiene que ver con aquella influencia y aquella deformación al destruir las bases y elementos en que sustentaba una política nacional. Tal fue el papel de Rivadavia, Rosas y Mitre, tal fue su política.

Quedan así trazadas las líneas fundamentales del revisionismo histórico socialista. Las grandes cuestiones de nuestro desarrollo histórico (libre importación, Aduana y puerto únicos, naturaleza hispanoamericana de la revolución, guerra del Paraguay y federalización de Buenos Aires, entre otras) cuya trascendencia, hasta este momento, solo había sido advertida por algunos precursores, pero más bien de modo fragmentario y no articuladas, aparecen, ahora, en un relato único, coherente y a la vez, apasionante.

Estas posiciones resultan ratificadas, para esa misma época, en *Lisandro de la Torre y la pampa gringa*, preparado por Hugo Sylvester bajo el seudónimo H. García Ledesma (Años después, la caracterización de "pampa gringa", para designar la zona agropecuaria donde predomina la chacra explotada por los inmigrantes, se usa en la cátedra universitaria y en la investigación, aunque se ignora a este libro, así como se omite explicar cuándo y dónde nació esa denominación). En este ensayo se analiza no solo la base social del Partido Demócrata Progresista, sino también sus limitaciones políticas y por ende, la de su líder, Lisandro de la Torre.

En la misma línea, bajo el seudónimo Lucía Tristán, Jorge Enca Spilimbergo y Nelly Muño publican *Yrigoyen y la intransigencia radical*, en septiembre de 1955, retonando la correcta línea que había ya marcado Aurelio Garro (y que Ramos desvirtuara en su biografía de Alem bajo el seudónimo "Victor Guerrero", al caracterizar a Alem, como expresión de la intransigencia, ignorando su proclividad hacia el mitrismo¹²).

Revolución y contrarrevolución en la Argentina

Con posterioridad a la caída de Perón, en 1955, así como los trabajadores se lanzaron a la resistencia, con "caños" y sabotajes, así también un reducido número de intelectuales dieron batalla al pensamiento dominante.

Uno de ellos, fue precisamente Ramos quien, en julio de 1957, lanza su reelaboración de *América Latina, un país*, depurándolo de la carga nacionalista y ampliándolo. Bajo el título *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*. Una lectura atenta del prólogo explica el motivo del libro, así como las influencias que obraron sobre él: "El lector que conoce mis libros y escritos anteriores advertirá que he reelaborado en parte o totalmente la interpretación de hechos y personajes de nuestro pasado. Bajo la firma de Víctor Almagro, en el diario *Democracia*, adelanté, en horas críticas, algunas ideas histó-

ricas que en este libro se remodelan y amplían. También me expresé en tal sentido en un reportaje publicado en la revista *Esto Es*, en 1954 y en mi ensayo *Crisis y resurrección de la literatura Argentina*. A los buscadores de papeles viejos les recordaré, con una sonrisa, las palabras de Menéndez y Pelayo: 'Nada envejece tanto como un libro de historia'¹³. Después, agrega: "Desde que en *América Latina: un país* planteaba, por primera vez, un nuevo enjuiciamiento de la historia argentina, han pasado ocho años. Amigos y enemigos contribuyeron generosamente con sus críticas a estas páginas que hoy ven la luz, y que constituyen algo así como una síntesis de los puntos de vista de toda una generación. 'Eran muchas voces y se oía una sola voz', cantó un día el poeta antillano Manuel del Cabral'¹⁴.

Este prólogo provoca un comentario de Aurelio Narvaja, en estos términos: "... Deberíamos pensar, que desde que el diputado peronista de procedencia conservadora, Emilio Visca secuestrara *América Latina, un país*, se produjo, hasta 1957, año en que ve la luz *Revolución y contrarrevolución*, una masiva irrupción de documentos capaces de dar razón de juicios tan dispares o antagónicos como estimar al liberalismo, reaccionario en América Latina (1949) y revolucionario (1957), a la Revolución de Mayo como un motín impopular de 250 personas (1949) y como una gigantesca conmoción revolucionaria nacional y popular latinoamericana (1957), a Rosas como precursor de una política nacional en el sentido moderno de la palabra (1949) y como representante solo de un limitado nacionalismo bonaerense, opuesto en tal carácter al verdadero nacionalismo (1957), a la capitalización de Buenos Aires como un hecho reaccionario (1949) y como una revolución progresiva (1957), a Roca como prototipo de la oligarquía (1949) y a Roca como líder nacional (1957) [...]. Ramos, al advertirnos que ha "reelaborado" una parte o totalmente la interpretación del pasado, utiliza un eufemismo. Reelaborar una interpretación no es lo mismo que sustituirla por otra interpretación. Obligado a confesarse, lo hace púdicamente... Dice que amigos y enemigos 'contribuyeron generosamente con su crítica' [...] Es lústima que no nos diga cuáles fueron esos aportes. 'Eran muchas voces, pero se oía una sola voz', por supuesto, la de Jorge Abelardo Ramos. Es mucha generosidad la que confiere a estos amigos y enemigos [...] En *Revolución y contrarrevolución*, Ramos asume todas, absolutamente todas, las críticas hechas por nosotros a *América Latina un país* y publica el libro como si fuera producto de una reelaboración suya. En posteriores ediciones, incluso omite esa referencia de que "había muchas voces", eliminando el último vestigio que pudiera provocar dudas sobre su exclusiva paternidad sobre esas ideas. Esto tiene importancia -no por una cuestión de prestigio personal, pues lo importante es que las ideas se difundan- tiene importancia porque si son creación exclusiva de Ramos, sus bandazos oportunistas no solo afectan la imagen de Ramos como político, sino que también deterioran la validez de esas posiciones históricas... Por eso, resulta importante deslindar estas ideas, respecto al oportunismo"¹⁵.

Revolución y contrarrevolución en la Argentina constituye -según Jauretche- "el ensayo más agudo que ha producido el revisionismo histórico, sin desmerecer el libro de Ernesto Palacio. No es el libro de un investigador, ni de un historiador, pero es un libro síntesis que ordena materiales y extrae conclusiones"¹⁶. A su vez, Juan José Hernández Arregui lo juzga de este modo: "El libro de Ramos, es la consecuencia del desarrollo de

¹¹ Ramos, Jorge A.: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, prólogo.

¹² Ídem.

¹³ Aurelio Narvaja, texto dactilografiado, archivo N. G.

¹⁴ Arturo Jauretche, revista *Qué*, Buenos Aires, 24/9/57.

las ideas políticas en la Argentina, su pujante florecimiento marxista, ni definitivo ni irrefutable en los detalles, pero decisivo en la orientación futura del pensamiento histórico argentino⁴⁹.

En cambio, provoca fuertes críticas desde los sectores académicos — que le imputan ausencia de fuentes historiográficas — hasta sectores de la izquierda que lo repudian con virulencia: Milciades Peña, en el artículo "Desvergüenza y contravergüenza en la cortesana roja de Apold", lo califica de "monumento al mal amor".

El libro se reedita varias veces, pero la edición de 1963, dos tomos, resulta más importante por desarrollarse los temas con mayor amplitud, por la inserción de un capítulo dedicado a reivindicar a Artigas y por el agregado del aparato crítico referido a las fuentes. Asimismo, Ramos retoma aquí la tesis de la renta agraria diferencial que apareció ya en el libro *José Hernández y la guerra del Paraguay*, tesis que desarrolla, más tarde, Jorge Methol Ferré en *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico*. Y enriquece, más tarde, Jorge Enea Spilimbergo en el documento "Clase Obrera y Poder" presentado al III Congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, en 1964. "La renta agraria diferencial será el secreto estructural de la crisis argentina. Oligarquía capitalista más no burguesa, esta clase no transferirá la masa de capital adquirido por las ventajas de la renta diferencial y la reducida mano de obra empleada, para invertirla en las ramas básicas de industria⁵⁰."

La resonancia alcanzada por esta corriente en esos años — a través de varios libros y autores, pero especialmente debido a *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* — provoca no solo el silenciamiento y desdén del mundo intelectual ligado a la clase dominante, sino la réplica ardorosa desde un sector del trotskismo, tradicionalmente enfrentado a "Frente Obrero" en razón de la cuestión nacional: la fracción liderada por Nahuel Moreno, inicialmente GOM (Grupo Obrero Marxista) y luego POR (Partido Obrero Revolucionario).

Milciades Peña

Desde allí proviene la crítica elaborada por Milciades Viriato Peña, primero a través de un artículo publicado en la revista "Es- trategia de la emancipación nacional", luego desde la revista "Fichas" y después desde el libro, prodigando — por momentos, obsesivamente — sus mayores esfuerzos contra las tesis históricas de la Izquierda Nacional.

Nacido en La Plata, el 12 de mayo de 1933, Peña se vincula, a los quince años, a



Artículo publicado por Milciades Peña en colaboración con Gustavo Polo y Víctor Testa en la revista Fichas.

⁴⁹ Hernández Arregui, J. J.: *ob. cit.*, p. 494.

⁵⁰ Peña, Milciades: "Desvergüenza y contravergüenza en la cortesana roja de Apold", revista *Estrategia de la emancipación nacional*, N° 1, Buenos Aires, septiembre 1957, p. 143.

⁵¹ Spilimbergo, Jorge Enea: *Clase obrera y poder*. Tesis políticas del III Congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, Buenos Aires, Ed. de la Izquierda Nacional, 1964.



Revista Fichas en la que expresó su peronismo y parió de su obra el autor Milciades Peña. Año 2, N° 8, Diciembre de 1965.

momento, Peña se vincula a Luis Franco, excelente poeta, pero cuyo marxismo-libertario (que no le impedirá colaborar en *La Prensa*) se carga de fuerte antiperonismo.

En pocos años, Peña concreta una importante labor historiográfica: *Antes de Mayo*; *El paraíso terrateniente*; *La era de Mitre*; *De Mitre a Roca*; *Alberdi*; *Sarmiento*, el 90; *Masas caudillos y élites* (de Yrigoyen a Perón); *El peronismo*; *La clase dirigente argentina frente al imperialismo e Industria*, *burguesía industrial y liberación nacional*. La mayor parte de estos trabajos se publican, como libros, después de su suicidio — ocurrido el 29 de diciembre de 1965, a los 33 años — armados por sus amigos sobre la base de artículos y esbozos diversos.

La obra de Peña alcanza importante difusión, especialmente entre la militancia, aunque paradójicamente se halla recorrida por un profundo escepticismo. En ella se advierten lúcidos análisis como aquellos que valoran la retractación de Alberdi y Sarmiento, en sus años altos, así como las que denuncian la represión mitrista sobre las provincias interiores o condenan la Guerra de la Triple Alianza. Asimismo, resulta destacable la importancia que otorga a la cuestión de la Aduana y el puerto únicos en nuestras luchas sociales, aunque su biógrafo Tarcus incurre en un error al otorgarle paternidad sobre las mismas⁵¹, pues tanto en *Cuadernos de Indoamérica* como en *José Hernández y la Guerra del Paraguay* (de Enrique Rivera) estas cuestiones — tomadas asimismo, de Alberdi — han sido planteadas, varios años antes.

Tarcus reconoce que Peña, al proponerse "desmistificar la historia argentina"⁵², arreme-

⁵¹ Tarcus, Horacio: *El marxismo olvidado en la Argentina*. Silvio Frondizi y Milciades Peña, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, p. 112.

⁵² *Idem*, p. 201.

⁵³ *Idem*, p. 162.

la agrupación orientada por Nahuel Moreno. Es un joven talentoso que ha recibido una fuerte formación liberal en su familia y que, en su aproximación a Moreno, asume la tradición de la línea troskista de Antonio Gallo, según señala su biógrafo Horacio Tarcus. En 1951, bajo el pseudónimo Hermes Radio, Peña publica el artículo "La Argentina y el imperialismo" donde sostiene que "la demagogia peronista sobre el antiimperialismo y la industrialización del país mostrará con mayor claridad hasta el presente su verdadera esencia: cortinas de humo para engañar y confundir a las masas"⁵³.

Tarcus señala que Peña se entrega decididamente a la investigación y al análisis histórico en los dos años que van desde septiembre de 1955 a septiembre de 1957, época en la que el morenismo inicia su política entrista hacia el peronismo (por lo cual modifica su interpretación abiertamente antiperonista de años atrás), viraje que explica el repliegue de Peña a lo estrictamente intelectual, distanciándose de Moreno. Señala, asimismo, que en ese

te especialmente contra "las falsedades históricas pseudo marxistas, pseudo nacionales"⁶⁰, es decir, elabora una contrahistoria no tanto dirigida a destruir la concepción liberal tradicional, sino apuntando contra la corriente socialista o federal provinciana. Así, agrega Tarcus que Peña se proponía destruir "el mito de la indianización de América Latina" sosteniendo que nunca hubo vínculos, ni razones para constituir una nación, el mito "del espíritu democrático de Mayo" pues Mariano Moreno sería monárquico y el Plan de Operaciones carecería de importancia, "el mito del nacionalismo revolucionario de los caudillos" (debió decir nacionalismo defensivo), "el mito de la indestructible solidaridad de intereses entre estancieros y ferrocarriles ingleses," testimoniando así la clave de la naturaleza semicolonial de la Argentina) y "el mito de la naturaleza probritánica del Banco Central mixto creado por Federico Pinedo".

Influido por el sectarismo típico de las agrupaciones orientadas por Nahuel Moreno, Peña confunde al enemigo principal, porque sería razonable atacar los supuestos mitos de la Izquierda Nacional, después de preocuparse, con mayor pasión aún, por destruir los mitos de la Historia Oficial y de la Historia Social. Pero, al no hacerlo, su barricada queda alineada junto con la de la clase dominante y toda su arribo y valor intelectual y político se gasta -diciéndolo- contra quienes debían ser aliados naturales, más allá de disidencias secundarias.

De ese modo, su mayores esfuerzos intelectuales se dirigen a descalificar a los caudillos populares, ya sea a los Federales por su "imprescindible histórica", como a Yrigoyen y Perón a quienes imputa hallarse al servicio del imperialismo. En ese camino, provocan perplejidad algunas de sus conclusiones: por ejemplo, en página 18, *Masos caudillos y elites* sostiene que Yrigoyen defendía a los ferrocarriles estatales porque era pro imperialista inglés, en página 21, que Yrigoyen promovía una marina nacional también para favorecer a los ingleses, y en página 28, que la creación de YPF fue una maniobra del imperialismo inglés para frenar el avance del imperialismo norteamericano. De este modo, varias medidas objetivamente antiimperialistas -que contrariaban los intereses de las empresas ferroviarias británicas de la "Blue Star Line" que monopolizaba el tráfico marítimo y de las petroleras extranjeras- se presentan como pruebas del carácter pro imperialista de un gobierno.

Qué decir, a su vez, cuando sostiene que el 17 de octubre de 1945 "las masas fueron sacadas a la calle por las fuerzas del orden" o cuando se expresa de esta manera respecto a una de las figuras más queridas por la inmensa mayoría de los trabajadores argentinos y más odiada por la oligarquía: "Eva, con su escaso arte, su azarosa vida personal y su desbordante audacia [...] Perfeccionando su astucia innata, su mucha belleza y su le había enseñado a manejar a los hombres [...] Su oratoria histérica [...] esta plebeja advenediza [...] murió creyendo que su comedia personal era la historia argentina. Re-sentida social, explotada primero, despreciada luego [...] que no sabía construir correctamente una frase en castellano, escribió un libro que sirvió de texto obligatorio para la enseñanza del lenguaje [...] Evita era la encarnación monstruosa de la debilidad de las masas trabajadoras, y diestros para explotar en su beneficio los mecanismos del poder de la sociedad capitalista".

Tarcus señala en su libro "el curioso hecho de que la historia académica posterior a su muerte se haya apropiado y haya desarrollado muchos de sus sugestivos replanteos".

⁶⁰ Idem, p. 162.

⁶¹ Idem, pp. 162 y 163.

⁶² Peña, Milcíades *Masos caudillos y elites*, Buenos Aires, Fichas, 1973, p. 81.

⁶³ Idem, ob. cit., pp. 108-110.

⁶⁴ Tarcus, Horacio, ob. cit., pp. 163 y 164.

Efectivamente, Luis Alberto Romero se refiere a "las originales tesis de Milcíades Peña, un pamphletista de notables intuiciones historiográficas que libró, desde posiciones de izquierda, una ardua batalla con los nuevos revisionistas (y particularmente con uno a quien bautizó la "cortesana roja de Apold")". Lo que ocurre es que no hay "hecho curioso", como señala Tarcus, sino todo lo contrario. La clase dominante aprovecha a aquellos marxistas que confunden disidencias frontales con laterales y enemigo principal con secundario, y los aprovecha para su propia causa, más allá de las buenas intenciones a favor del proletariado que ellos pueden sustentar y más allá de su honestidad intelectual y de que, como en el caso de Peña, su propia vida fuese triturada por los burgueses que le encargaban estudios de mercado, llevándolo a crisis depresivas que terminan por conducirle al suicidio.

Ni el pueblo es protagonista de la historia, ni sus intereses concretos coinciden con el progreso histórico general de Argentina y de América latina: este es el hilo de oro de la argumentación de la clase dominante, desde Mitre a Halperín Donghi, ya sea otorgando esa tarea a las élites, ya sea cultivando la visión trágica que, planteando la ausencia de opciones, fomenta el escepticismo y la inmovilidad. Para esta estrategia, la clase dominante no vacila en poner a su servicio a intelectuales pretendidamente marxistas. No importa que ellos usen una perspectiva socialista para descalificar a los movimientos de Liberación Nacional, pues esa perspectiva es abstracta y lejana, mientras la crítica al Yrigoyenismo y al Peronismo ayudan a debilitar a los movimientos de masas. Así, la clase dominante exalta a Juan José Sebreli porque sostiene que Pinedo es el teórico de la industrialización (lo cual está refutado por el propio Pinedo a lo largo de toda su obra de economista agrarista y pro imperialista). De la misma manera, exalta la tesis de Peña acerca de la oligarquía industrializadora, perfeccionada luego por Murmis y Portantiero⁶⁵ y barnizada por Jorge Sábato⁶⁶, tesis que Ramos -en su polémica con Peña- debió haber destruido no solo con estadísticas, sino poniendo sobre el tapete los apellidos de los industriales que crecieron a partir de 1935, desde Di Tella y Miranda hasta Gelbard y Bronner. (Cualquier estudiante avanzado capaz de pensar con su propia cabeza y sin temor a los monstruos sagrados de la cátedra, puede probar, con solo una monografía, que esos industriales, nacidos de la crisis del 30, alimentados por la Guerra y consolidados por la política económica peronista, no portan apellidos oligárquicos en la abrumadora mayoría de los casos, sino que son hijos de la inmigración).

Ciertamente, la tragedia parece signar la vida de Peña desde el principio al fin, por razones fa-

la crítica de Milcíades Peña a Ramos



Crítica de Milcíades Peña a Jorge Abelardo Ramos, en la Revista América India.

⁶⁵ Romero, Luis A.: "La historiografía: de la Historia Social al Revisionismo", Revista *Todo es Historia*, N° 280, Buenos Aires, octubre 1990, p. 55.

⁶⁶ Portantiero, Juan Carlos y Murmis, Miguel: *Crecimiento industrial y alianza de clases en la Argentina (1930-1940)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1987.

⁶⁷ Sábato, Jorge: *La clase dominante en la Argentina moderna*, Buenos Aires, CISEA/ Imago Mundi, 1991.

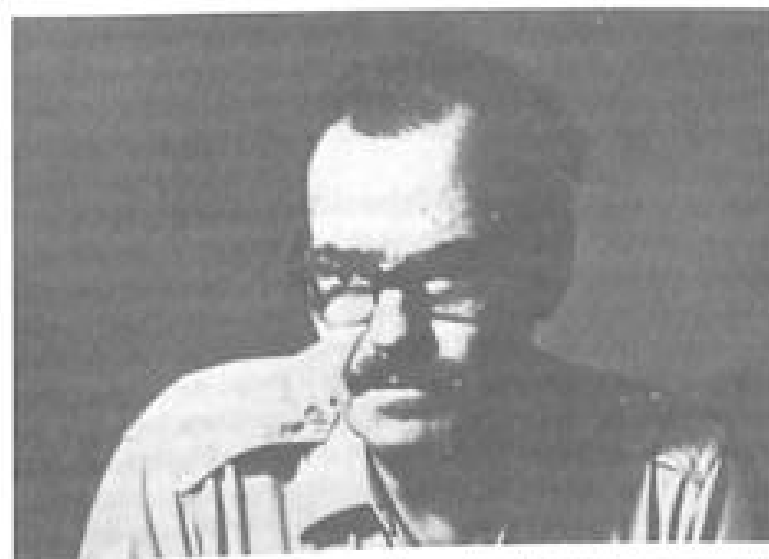
millares y personales. Pero más aún creemos que el desencuentro con los trabajadores, con sus experiencias, con sus sueños y emociones, debió colmar de desasosiego toda su lucha, impregnada de una honestidad que resulta dolo al contrastar a algunos de sus mentores. Basta pensar que su suicidio se produce en 1967, según señalan Tarcus y Vila en *El Periodista* N° 75 "no pocos atribuyeron la extrema desazón al desánimo que le provoca el quietismo exhibido por la clase obrera tras una rica y contradictoria experiencia histórica... o dicho con sus palabras: el reconocimiento del conservadurismo y quietismo actual de la clase obrera"¹¹, paradójicamente referido a un período que se caracterizó por las ocupaciones de fábrica en el Plan de Lucha de la UOI y tres años y medio antes de "el Cordobazo".

Esta encrucijada dolorosa, propia del intelectual de izquierda en países dependientes como el nuestro, la vive Peña de una manera singular: tanto por su proficua labor como por su temprana desaparición: colándose a distancia apreciable de aquellos intelectuales liberales de izquierda a quienes califica como de "mito-marxistas". Hay en su obra muchas páginas destacables e incluso algunos datos que enlucen la investigación seria, enriquecedora. Por eso hemos preferido analizarlo separadamente, junto con la historia de la corriente socialista, de la cual fue —sin ninguna duda— su principal contendor.

Nuevos aportes a la corriente historiográfica socialista

En las últimas décadas, esta corriente se ha venido enriqueciendo con nuevos aportes. Algunos provienen de la izquierda nacional, entendida estrictamente como la posición socialista latinoamericana originada en "Frente Obrero", en octubre de 1945. Otros han sido elaborados también desde el marxismo, pero por hombres que vienen de otras extracciones políticas y se han acercado a la comprensión de la cuestión nacional.

Uno de estos últimos es Eduardo Amesano, en su juventud encuadrado en el Partido Comunista y de posterior militancia en el peronismo, entre cuyos libros se destacan: *La movilización económica en los ejércitos sanmartinianos*, *Historia de la independencia económica*, *Contenido social de la revolución de Mayo*, *El Martín Fierro y la cuestión social*. Otros de Rodolfo Puiggrós, con similar trayectoria política, autor, entre otros, de *Historia crítica de los Partidos Políticos argentinos*, *La época de Mariano Moreno*, *Las izquierdas y el problema nacional*, *Argentina entre golpes y diversos trabajos relacionados con la situación económica y social del Virreinato del Río de la Plata y la revolución de Mayo*. Valiosos aportes son *Imperialismo y cultura* y *Formación de la conciencia nacional* de Juan José Hernández Arregui, marxista de origen radical sabatinista, quien sustentaba una posición de izquierda nacional interna al peronismo resumida por él de esta manera: "Soy peronista porque soy marxista"¹². En materia historiográfica, Hernández Arregui puede ser considerado integrante de la corriente socialista latinoamericana, según se prueba en esos párrafos extractados del prólogo de *Imperialismo y cultura*: "La individualidad histórica en el alrededor de Juan Manuel de Rosas no es un misterio. Toda individualidad histórica es una fuerza social. Eso es lo que interesa y no los degollados por la mazorca parca con los que tienen en su haber los unitarios. Rosas resume en su poderosa individualidad tendencias sociales contradictorias que buscan la instrumentación histórica en el ganadero cuyas tierras y fortuna le vienen del período colonial, es por tradición y por contacto con las masas rurales un provinciano poco propenso al cambio social. La encarnación de una cultura ruralista, ni tan inferior como sus enemigos pretenden ni tan in-



José Hernández Arregui en 1966. Destacado referente del pensamiento nacional y popular; fue el autor, entre otras obras, de *Peronismo y socialismo*, *Nacionalismo y liberación* y *La formación de la conciencia nacional*. Fotografía de Sadlerman.

efable como sus panegiristas pregonan. En Rosas debe verse al país en proceso, colocado en el intervalo fluido del pasado hispánico y las ideas de Mayo, Pero en tanto hacendado en el intervalo fluido del pasado hispánico y las ideas de Mayo, Pero en tanto hacendado bonaerense, centra sus negocios en Buenos Aires y los ensambla inevitablemente a la burguesía mercantil. En este orden es un porteño que tras la bandera federal abraza la causa del unitarismo económico, oponiéndose, al mismo tiempo, en una etapa en que el comercio de exportación aún no ha desarrollado todas sus posibilidades, a la extranjería cultural que le es ajena por sus orígenes y por su posición de clase [...]. La oligarquía liberal debe agradecerle a Rosas haber creado las bases modernas de la ganadería argentina y las herramientas políticas de la hegemonía de Buenos Aires sobre el resto del país [...]. El federalismo porteño, en suma, era la máscara que el unitarismo oponía al federalismo auténtico del interior"¹³. En idéntica posición, desde la izquierda nacional uruguaya, Vivian Trias aporta su obra *Juan Manuel de Rosas*, a la cual suma otros importantes ensayos. En el campo de la historia de la clase trabajadora se destaca Alberto Belloni, con su libro *Del anarquismo al peronismo*, así como Osvaldo Caelello y Daniel Parcerro con *Vandor a Ubaldini* y otros trabajos de investigación sindical. Otro valioso aporte a esta corriente lo da Rubén Bornik, con varios trabajos de investigación, entre los cuales se destaca *Historia elemental de los argentinos* (1973).

A su vez, en Córdoba, nacen los valiosos trabajos de Alfredo Terzaga: artículos sobre Moreno, Fraguero, Rosas y Urquiza y en especial, su *Historia de Rosas*, en dos tomos, inconclusa en razón de su fallecimiento. De la misma provincia, resultan importantísimas figuras de esta corriente Roberto Ferrero, con *Sabatini y la decadencia del yrigoyenismo*; *Marxismo y sionismo*; Saúl Taborda; *La colonización agraria en Córdoba* y *Del fraude a la soberanía popular*, entre otros y Enrique Lacolla, con brillantes análisis desde columnas periodísticas. Por su parte, Jorge Abelardo Ramos —previamente a su abandono del marxismo y su claudicación ante el menemismo— aportó otros ensayos entre los cuales corresponde destacar *El Partido Comunista en la Política argentina. Su historia y su crítica* (1962), *Historia de la Nación Latinoamericana* (1968), *Bolivarismo y marxismo* (1969),

¹¹ Hernández Arregui, Juan José: *Imperialismo y Cultura*, Buenos Aires, Amerindia, 1957, prólogo.

¹² Tarcus, H. y Vila, Daniel: *El Periodista*, N° 75.

¹³ Hernández Arregui, Juan José: *Diario El Popular*, Buenos Aires, 9-12-1960.

Marxismo de Indias y Marxismo para latinoamericanos (1973) y *Adiós al coronel* (1974), así como artículos diversos en revistas y periódicos políticos. A su vez, Jorge Enca Spilimbergo aporta obras valiosas como: *La revolución nacional en Mayo*, *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario*, *Juan B. Justo y el socialismo cívico*, *Historia crítica del radicalismo* y otros.

En los últimos años, esta corriente historiográfica ha logrado mantener una producción permanente, no obstante que la prensa del país dependiente le ha sido generalmente adversa y que la cátedra universitaria ha evitado la polémica, silenciando o desahuciando investigaciones de Archivo, cuyo rigor histórico no puede ponerse en duda. Así, diversos personajes, episodios y cuestiones estrechamente ligados a la lucha por la cuestión nacional latinoamericana y por la cuestión social han sido analizados por esta corriente, recuperando esa "historia soterrada" que gracias a "ese neorrevisionismo de izquierda" aflora por un instante: la historia de las clases oprimidas", según reconoce insólitamente Halperín Donghi, el mismo para quien esa obra historiográfica, leída (y a veces "saqueada"), no debe ser reconocida como tal en el estrado universitario, ni en la sección bibliográfica de diarios y revistas.

Entre las cuestiones abordadas últimamente por esta corriente pueden mencionarse biografías de Mariano Moreno, Artigas, San Martín, Felipe Varela, Rosas, Raúl Scalabrini, Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui, John William Cooke, Juan D. Ugarte, Ramón Doll, Manuel Ortiz Pereyra, Saúl Taborda, Amadeo Sabatini, Juan Domingo Perón, y estudios sobre la Revolución de Mayo, la Década de Infante, el yrigoyenismo, las presidencias de Perón, Cárdena, Isabel y Menem, ensayos acerca del gremialismo, la inmigración y los partidos políticos, así como el rescate de figuras de la cultura nacional como Enrique Santos Discépolo y Atahualpa Yupanqui e interpretaciones con perfiles muy singulares de la vida y obra de Jorge Luis Borges y Ernesto "Che" Guevara. Además de los ya mencionados, pueden citarse, entre otros autores de esta corriente, Salvador Cabral, Juan Carlos Jara, Ernesto Ceballos y el autor de este trabajo.

La polémica historiográfica

La crisis política de diciembre del 2001 -que culminó en la caída del gobierno presidido por De La Rúa- no solo provocó la proliferación de asambleas populares sino que acrecentó el interés por nuestra historia. La consigna vocada por las multitudes -"Que se vayan todos"- no solo apuntó entonces a los viejos políticos sino también a los héroes consagrados en la Historia Oficial. Desde ese momento en adelante aparecieron obras cuestionadoras del viejo relato, formulando interpretaciones distintas así como desentando sucesos ocultos. Tres años después, la sociedad argentina vivió un "boom" de la revisión. Se empezó a vivir desde entonces un proceso de desmitificación, no exento de concesiones y oportunismos, en el cual, desde diversas ópticas, se reinterpretó el pasado de los argentinos, lo cual evidencia que un amplio sector de nuestra sociedad se halla en una búsqueda profunda de su identidad, por lo cual va dejando atrás las viejas fábulas y empieza a reencontrarse con su verdadero pasado.

CAPÍTULO V

DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS A LOS PROLEGÓMENOS DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO

Los pueblos originarios



Pueblos originarios. Imagen tomada en 1897 en una de las expediciones por el geógrafo Hans Steffen Hoffman.

En el territorio que hoy ocupa la República Argentina, vivían hacia el año 1500 diversas comunidades. No constituían una sola "nación" sino que se trataba de diversos núcleos de población, cada uno de ellos con idiomas y costumbres propias y diferente estadio de desarrollo, manteniendo entre sí, en algunos casos, buenas relaciones, y en otros, habituales enfrentamientos bélicos.

Esta aseveración de que no se trata de "una nación" americana única que habría recibido el impacto de la invasión europea, facilita la compren-

sión de que hayan sido sometidos y explica, a su vez, que esos "pueblos originarios" no se manifestasen como un bloque antagónico, dirimiendo una cuestión nacional, ante quienes pretendían dominarlos. Por el contrario, en distintos momentos de su historia se quienes pretendían dominarlos. Por el contrario, en distintos momentos de su historia se podrá observar que antagonizan entre ellos en relación al europeo. Así, algunas comunidades apoyaron a los movimientos democráticos emancipadores de 1809/1810, mientras otras sumaban sus fuerzas al bando absolutista (Pumacahua, por ejemplo, jugó alternativamente a favor y en contra de los españoles). Asimismo, habrá quienes se ofrecerán a combatir contra los ingleses invasores en 1806 y habrá quienes tanto colaborarán con a combatir contra los ingleses invasores en 1806 y habrá quienes tanto colaborarán con

Rosas como nutrirán los ejércitos de Mitre. Estos primeros pobladores de América fueron despreciados, en general, por los blancos quienes, presos de racismo y europeísmo, llegaron a dudar -desde su religión católica- que esos nativos tuviesen alma. A sus ojos, eran simplemente "la barbarie", "el primitivismo", la expresión de la irracionalidad y la bajeza moral (basta recordar la descalificación de los pehuenches -considerados "por naturaleza cínicos y traidores", cuando San Martín los visita en el año 1816). Solo por parte de la historia mitrista- cuando San Martín los visita en el año 1816). Solo excepcionalmente se les reconocen virtudes heroicas, como en la guerra de las republiquetas.

De este modo, la historia de nuestra patria se ha escrito no mirando desde América hacia Europa, sino desde Europa hacia América. De allí viene la insólita caracterización del 12 de octubre de 1492 como "día del descubrimiento de América". Es obvio que quienes habitaban esta parte de América, desde miles de años atrás, no descubrieron ese día su propia tierra, sino que descubrieron que había otros seres que venían de otro lugar

-que luego sabrían se llamaba Europa- con la dulce intención de dominarlos, aniquilarlos y saquearlos. ¿Qué mejor pues, para los invasores, que una interpretación de su aventura imperial, hecha desde sus propios intereses, con su propia óptica y no desde la posición de las víctimas?

Por la misma razón, la historia de esos pueblos originarios quedó soterrada. No interesaron ni su cultura, ni sus costumbres, aunque sobrevivieron, sin embargo, en una pintura rupestre, en una copla transmitida de abuelos a nietos o en la designación de un lugar con la vieja toponimia. Pero los invasores no solo tratan espadas sino también ideología para aplastar a aquellas expresiones del pasado. Así quedaron olvidados los viejos caminos del indio: "caminito que anduvo/ de sur a norte, mi raza vieja" antes que en la montaña, la Pachamama se ensombreciera", como cantara Atahualpa Yupanqui, así muy pocas fueron las denominaciones que lograron sobrevivir.

Después de muchas décadas de vituperio y marginación, en los últimos años ha comenzado a hacerse justicia y bajo la doble influencia de las campañas por los Derechos Humanos y las críticas al V Centenario de la invasión, se ha iniciado la reivindicación que Carlos Martínez Sarasola titula *Nuestros paisanos, los indios*, en una de las investigaciones más serias y que, en general, tomamos como base para abordar este tema.

Las diversas comunidades en nuestro territorio

De norte a sur, podemos hablar de:

- Los pueblos de la montaña (diaguitas, calchaquies, lules, vilelas, tonocotés, humahuacas, atacamas, comechingones, sanavirones, huarpes), en el noroeste bajando desde el alto Perú hacia Córdoba y Cuyo.
- Los pueblos de la selva (tobas, ahípones y mocovíes -englobados a veces bajo la denominación de guaicurúes-, matacos, chiriguano y otros), en la zona chaqueña.
- Los pueblos de los grandes ríos (charrúas, guaraníes, querandíes, chaná-timbí y otros) en la zona mesopotámica y alrededores.



Pueblos originarios. Caza de avestruces y guanacos en el valle del río Chico, Chubut. Dibujo de Zwecker para la obra de Musters.



Retrato de Túpac Amaru ubicado en el Salón de los Patriotas Latinoamericanos de la Casa Rosada.

d) Los pueblos de la llanura (pampas, ranqueles, tehuelches, y otros) en la zona central del país.

e) Los pueblos del sur (tehuelches, araucanos, pehuenches, onas y otros) en la zona patagónica hasta Tierra del Fuego.

Algunos autores señalan que el grado de desarrollo de las comunidades indígenas del noroeste, más cercanas al Imperio de los Incas, era el mayor de todos y que iba decreciendo gradualmente en las diversas comunidades, de norte a sur, alcanzando su punto más bajo en los onas, del extremo austral. Sin embargo, esta tesis ha sido controvertida por otros investigadores que encuentran, tanto en los huarpes de la zona cuyana como en los araucanos provenientes de Chile, rasgos culturales importantes, como el sedentarismo y el trabajo de la tierra.

Los pueblos originarios, tanto en lo que hoy es Argentina, como en el resto de América Latina, resistieron el duro vasallaje impuesto por los conquistadores. Los trabajos forzados, los tributos exorbitantes en minas y obrajes, así como el rigor de los castigos convierten a los nativos en esclavos. "No había mucha distancia entre la explotación en minas y obrajes con un verdadero y propio genocidio".

Las comunidades indias resistieron la explotación y se produjeron insurrecciones reñidas. Existía allí una cuestión nacional y el dominador aplicó las mayores crueldades para mantenerlos sojuzgados. Desde el cacique Chalimin y el Hualpa Inca, a mediados del siglo XVII se sucedieron levantamientos hasta la insurrección de 1780 acaudillada por José Gabriel Córdorcanqui, conocido como Túpac Amaru, quien durante seis meses combatió duramente contra los opresores, en el Alto Perú. Derrotado este primer revolucionario de América, Julián Apasa, conocido como Túpac Catari, continuó su heroica lucha aunque con la misma suerte. En ambos casos, "la civilización" procedió a descuartizar a los jefes atándoles manos y piernas a cuatro caballos cuyos jinetes se lanzaban a rumbos opuestos y cortándoles lengua y cabeza. La tradición oral recoge la versión de que los caballos no pudieron desgarrar brazos y piernas de Túpac Amaru, cuando se desencadenó una tormenta con impresionantes truenos y rayos que impidió que se consumase la barbarie. Junto a Túpac Amaru fueron asesinados sus hijos y su esposa Micaela Bastidas.

En el actual territorio argentino también se desarrolló una fuerte resistencia. Así, algunas comunidades lograron permanecer muchos años como "territorios libres", como en los casos de los pueblos de las selvas en la zona chaqueña y los pueblos de la llanura y el sur patagónico. En otros casos fueron dominados, sometidos a encomienda, en parte aniquilados y en parte, incorporados a la colonización blanca a través del mestizaje. Así ocurrió en el noroeste, donde lules, tonocotés y atacamas

¹ Gibelli, Nicolás: *Historia de las revoluciones. Túpac Amaru, el primer revolucionario de América*, Buenos Aires, Ediciones Cuántica S.A., 1973, p. 315.



Deculturamiento de Túpac Amaru. Grabado de la época.

fueron sometidos a la encomienda, mientras diaguitas y humahuacas libraban una dura lucha contra el opresor, aunque también fueron finalmente dominados. Los huarpes cuyanos se mezclaron con los españoles, mestizaje que fue facilitado por la falta de mujeres blancas y asimismo, por la actitud no discriminatoria ni racista por parte de los invasores (Debe reconocerse que estos no practicaron el culto a la divisa "el mejor indio es el indio muerto", empleado por la colonización anglosajona en América del Norte, ni tampoco la caza de esclavos que ejecutaron en África, para luego venderlos). En el caso de los pueblos de los grandes ríos (litoral) se produce el ensayo singular de las misiones jesuíticas, cuya experiencia ha provocado investigaciones con conclusiones diversas.

De modo tal que mientras una parte del territorio quedaba en manos de los habitantes originarios, en otras regiones se fue asentando la población como producto del mestizaje y también de la llegada de colonos españoles. La información que existe permite afirmar que en el virreinato, hacia el 1800, la mayor parte de la población se concentraba en el noroeste donde, más allá de algunas insurrecciones o rebeliones reprimidas, se fue gestando una primitiva estructura económica, mientras extensas zonas del noreste, el centro y el sur permanecían ocupadas por los descendientes de los pueblos originarios.

Aquí reside la gran singularidad de este proceso desarrollado entre los siglos XVI y XVIII: a lo largo de nuestro territorio no se extiende una sola organización social sino dos (e incluso, podría hablarse de varias, en tanto los pueblos originarios no constituían una unidad). Por un lado, la sociedad hispanoamericana subordinada a la monarquía española, la, donde conviven españoles, criollos (es decir, hijos de españoles nacidos en América), indios, negros, mestizos y mulatos, bajo la autoridad de un virrey y las disposiciones de la Corona (a través del Consejo de Indias, la Casa de Contratación, etc.). Y por otro, comunidades descendientes de los primitivos pobladores, con idiomas y costumbres propias, controlando territorios "libres", con escasa o nula vinculación con la otra sociedad (es el caso de la "nación" mapuche, que preserva su autonomía frente al colonizador extranjero y mantiene su identidad de idioma, incluso con bandera propia).

Con respecto al período 1767-1800, Lizondo Borda señala, para el Noroeste: "lo interesante es que la población española de este tiempo se está renovando de golpes casi todos los que actúan y privan dentro de la ciudad, son 'recién venidos de España'. Y si son raros los descendientes conocidos de los conquistadores, ello es porque en su mayoría están empobrecidos y viven en el campo. Estos españoles recién venidos no son nobles y

aventureros como la mayor parte de los conquistadores: son gente modesta, de espíritu práctico, que llegan simplemente a hacer plata"².

Dada esta situación, se produjeron enfrentamientos entre ambas sociedades: la española-americana, en la medida en que se desarrolla, codicia las amplias extensiones del sur, el centro y el noreste que habitan los pueblos autóctonos. A su vez, en el caso de los mapuches, su política de defensa, de resistencia, se tornará ofensiva para obtener recursos, ya sea a través de la exigencia de subsidios, o del malón. Esta última acción ofensiva es juzgada, por algunos autores, como legítima en tanto constituye la respuesta a una política de invasión y despojo por parte de los blancos, aunque otros autores sostienen que este argumento no es convincente en tanto los mapuches, por ejemplo, no fueron los pobladores primitivos de la Patagonia sino que la ocuparon desplazando a los tehuelches. Se polemiza aún sobre estos aspectos pues mientras algunos destacan importantes procesos culturales de estas comunidades, otros señalan que los conquistadores introdujeron en ellas dos plagas deletéreas: enfermedades, como la viruela, desconocidas en América y el caballo, que los indujo a abandonar el sedentarismo y obró como elemento desintegrador y de involución.

Más allá de estas discusiones aún vigentes, debe señalarse que la sociedad hispanoamericana se halla ligada al resto del mundo y su historia se incorpora a la historia de la humanidad, mientras las comunidades indias quedan aisladas. Evidentemente, en este último caso, existía una cuestión nacional -en realidad, "varias"- pero ella no tuvo posibilidad de resolverse, mientras que en la sociedad mestiza, los rasgos de expoliación colonial, especialmente en el Río de la Plata, fueron diluyéndose a tal punto que hacia fines del siglo XVIII podría considerársela como "prolongación de España allende el océano Atlántico".

Enrique Rivera distingue así las dos situaciones: "Quienes padecen sí, de opresión colonial son los indios, pero ellos están fuera del marco de la revolución de 1809-1810, la cual se opera dentro de la sociedad española dominante". A su vez -agrega- "la opresión que padecía el español americano era sustancialmente la misma que sufría el español de la metrópoli, es decir, la de un régimen feudal que se sobrevivía, hallándose un tanto acentuada solamente por su distancia del centro del poder y por el hecho de que los funcionarios, nombrados por el monarca, venían de la metrópoli. Mas, en modo alguno puede hablarse de una opresión nacional de los españoles nacidos aquí por los españoles nacidos allá".

Existía, asimismo, por entonces, también la opresión de la esclavitud: un número importante de esclavos negros habitaba en nuestro territorio en los prolegómenos de la revolución de Mayo. Según Daniel Schavelzon³, para la segunda mitad del siglo XVIII, la población de color representaba entre el 25 y 30% de los habitantes urbanos. Hacia 1744 había en la ciudad de Buenos Aires, 1150 negros, 33 mulatos y 221 pardos, haciendo un total casi del 17%, mientras que en 1778, el porcentaje alcanzaba a 28,38%. Asimismo, un 37% de las familias urbanas tenían africanos en situación de esclavitud, dedicados mayormente a las tareas domésticas y el 12% de las familias tenía entre diez y veinte esclavos para todo uso. En el interior también se registraba esta situación y en algunas ciudades, como Tucumán, el 64 % de los pobladores eran de origen africano.

Desde las primeras épocas de la conquista habían sido traídos por los adelantados y se había generalizado su comercio, con asientos o mercados en lugares como Retiro. Familias distinguidas de aquella época, como los Alzaga, los Basavilbaso o el conde de Liniers,

² Lizondo Borda, en Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1961, Volumen III, p.265.

³ Schavelzon, Daniel: "Una historia oscura", *Perfil*, Buenos Aires, 29/6/2003.

hermano del héroe de la reconquista, se dedicaban al íntimo comercio de la esclavitud, vendiendo y comprando negros, como si fueran objetos y no personas. Provenían de diversos lugares de África y de ahí que pertenecieran a diversas comunidades como los "congos" (del congo y de Camerún), los "cafres" (de Mozambique y Madagascar), los "mandingas" (de Guinea), los "benguelas" (de Angola), entre otras.

La "historia boba" los presenta como dando colorido a la ciudad: las negras vendiendo sus pasteles o cantando alegremente en las orillas del río mientras lavaban las ropas de sus amos, los negros acompañando a los señores e iluminándole el camino con faroles o realizando plácidamente las tareas domésticas de lustrar botas o realizar alguna artesanía para la familia aristocrática que les otorgaba "protección y cariño". Los Martínez de Hoz y los Beláustegui, por ejemplo, tenían en sus mansiones entre 12 y 15 esclavos para todo uso, y como a veces procuraban fugarse, en sus carnes se grababa con hierro al rojo vivo la marca que identificaba su pertenencia.

A veces, se los comerciaba encadenados con rumbo al interior, especialmente al Perú y era común en los periódicos el anuncio de la venta de un negro o negra con determinadas virtudes físicas (peso, altura, resistencia física, buena salud, etc.), a tantos pesos, para interesar a los compradores. Generalmente, los historiadores no recuerdan que participaron ante las invasiones inglesas combatiendo contra los rubios soldados del Imperio y, en muy pocos casos, recibieron algún reconocimiento. Después, su desconocimiento del caballo los integró a los regimientos de infantería que lucharon por la independencia. Con el tiempo se fueron asentando como comunidades o "naciones" que festejaban sus íconos y hacían sus bailes y festejos. Si bien, en general, en nuestro territorio no estuvieron sujetos a la explotación de las grandes plantaciones como en otros países, igualmente la historia de los negros tuvo su carácter dramático, que los llevó a la casi desaparición. La carga de vituperio y desprecio que recibieron por parte de la sociedad blanca, perdura todavía hoy como caracterización denigratoria por parte de las clases medias y altas con respecto a los trabajadores.

Marginados y discriminados, se cruzaron con los blancos en menor medida que los indios y gradualmente fueron disminuyendo en número. La Fundación África Vive sostiene "que no fue la guerra del Paraguay, ni la epidemia de fiebre amarilla -que en 1871 azotó a Buenos Aires- lo que los horó del mapa, sino la pobreza". Puede además conjeturarse que, al concluir la trata de esclavos, se detuvo su inmigración a la Argentina, mientras crecía la inmigración de blancos provenientes de Europa, en avalanchas multitudinarias, entre las cuales la pequeña población de origen negro resultó cada vez menos significativa, sin que por ello olvidemos el aporte de algunos negros que alcanzaron notoriedad y prestigio, desde Juan Bautista Cabral, en el combate de San Lorenzo, hasta el payador yrigoyenista y antimilitarista Gabino Ezeiza.

Capitalismo o feudalismo en el virreinato del Río de la Plata

Cabe ahora preguntarse cuál era el modo de producción predominante en esa sociedad hispanoamericana, mestiza, que se fue gestando entre los siglos XVI y XVIII. También aquí subsiste la polémica, influida -como ocurre siempre en la historia- por cuestiones políticas e ideológicas que se cruzan en el análisis.

Algunos historiadores sostienen que, dado que en la mayor parte de los casos América producía para los grandes mercados europeos, el sistema no puede caracterizarse como feudal sino como capitalista, aunque con preponderancia de un capitalismo comercial y

no industrial. Este es el centro de las argumentaciones de Sergio Bagú, retomadas luego por Milcíades Peña y, desde Europa, por André Gunder Frank. La conclusión política ligada a esta caracterización es que ni América, ni lo que es hoy Argentina, deben afrontar ninguna revolución democrático-burguesa -ya cumplida-, sino que su tarea histórica es el socialismo. En cambio, otros ensayistas (por ejemplo, Rodolfo Puiggrós) sostuvieron que el modo de producción no está dado por el destino de la producción sino por las relaciones de producción y que estas tuvieron, en América, características feudales, pues los conquistadores y colonizadores habrían introducido instituciones de ese tipo como la encomienda, la mita y el yanaconazgo. De aquí resulta la progresividad histórica de todo movimiento democrático-burgués.

Sin embargo, ambas tesis ofrecen aspectos poco convincentes. Por un lado, el transplante de algunas de esas instituciones de naturaleza feudal no alcanza para caracterizar a una sociedad donde los otros rasgos del feudalismo no se verifican y, además, esas instituciones estaban ya en declinación o casi agotadas, en América, a fines del siglo XVIII. Por otro lado, también es cierto que una España donde el capitalismo todavía no había alcanzado a desarrollarse, no podía ser capaz de implantar capitalismo en América, como lo pretenden Bagú, Peña y Gunder Frank.

Un estudio pormenorizado del virreinato hacia fines del siglo XVIII permite observar la coexistencia de diversos modos de producción: una economía extractiva o natural, con escasa relación con el mercado (los gauchos en el litoral que se apropiaban de los animales para alimentarse y usan el cuero para intercambiarlo en una pulpería por tabaco, yerba o aguardiente), industrias predominantemente domésticas o primitivas (el telar familiar, rústico, según recuerda Sarmiento al referirse a su madre, por ejemplo), hasta industrias en germen, como la construcción de carretas y muebles en Tucumán, de carpintería de ribera en Corrientes, etc.; actividades artesanales en diversas ciudades (talabarteros, herreros, plateros, etc.), algunos resabios de organizaciones de tipo feudal como la mita y la encomienda relacionados con productos valiosos como los metales y el azúcar en el norte, así como unidades agrarias de autoconsumo desvinculadas del comercio con otras zonas. Evidentemente, no están generalizadas las formas capitalistas de producción sino que apenas en los puertos y sus adyacencias se verifica la existencia de un capitalismo comercial ligado a Europa, cuyo entramado con el interior se produce a través de comunicaciones lentas e irregulares. Enrique Rivera -en su libro *José Hernández y la guerra del Paraguay*- señala que "ni siquiera se había generalizado el estadio manufacturero del capitalismo".

Esta argumentación de Rivera coincide con la caracterización de George Novack quien, en su libro *Para comprender la historia* -después de criticar a las dos caracterizaciones mencionadas: capitalismo y feudalismo- sostiene que en América imperaban formas combinadas de producción. "El proceso de colonización en América Latina -sostiene Novack- fue el resultado de fuerzas que provenían de niveles de desarrollo muy dispares: los conquistadores españoles y portugueses, que estaban pasando de condiciones feudales a condiciones burguesas y la población indígena que mantenía las relaciones comunales tribales de la Edad de Piedra. Su interacción dio como resultado una gran variedad de formas intermedias. La fusión de relaciones capitalistas y precapitalistas dio lugar a una gama de formas económicas combinadas y formaciones sociales incoherentes". En ese mismo ensayo, Novack refuta a Gunder Frank señalando que: "En el siglo XVI, el propio capitalismo apenas empezaba a tomar forma en Europa Occidental [...] España, apenas había empezado ella misma a arrastrarse fuera del medievalismo. El país era todavía tan feudal como burgués... ¿Cómo podían haber establecido españoles y portugueses en Latinoamérica unas formas de organización económicas superiores a las que ellos tenían

* Clarín, Buenos Aires, 4/6/2002.

en Europa entre el siglo XVI y el XIX? [...] España y Portugal crearon en el nuevo Mundo unas formas económicas de carácter combinado. Fundieron relaciones precapitalistas con relaciones de intercambio, subordinando así las primeras a las exigencias y movimientos del capital comercial¹.

La explicación de Novack parece la más adecuada, resultante de pensar desde el marxismo y desde América y no de pretender encajar un fenómeno social con rasgos propios, en los moldes de las categorizaciones elaboradas para otras sociedades, en otra época. De esta manera, estas formas combinadas de producción -precapitalistas bajo la acción del capitalismo comercial de los conquistadores- están señalando que en esa sociedad virreinal resultaba históricamente progresiva una revolución democrática y nacional, aunque, al mismo tiempo, el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas evidenciaba las dificultades para concretarla.

Antecedentes de la Revolución de Mayo

Puede estimarse que aproximadamente cerca de un millón de personas constituían la sociedad hispanoamericana asentada hacia principios del siglo XIX, en el llamado Virreinato del Río de la Plata (nuestro territorio actual prologándose hacia el este en la Banda Oriental y hacia el noroeste hasta las provincias altoperuanas y el Paraguay, pues en el sur, parte del centro y en el noreste subsistían "los territorios libres" habitados por los antiguos pobladores).

La mayor parte de esa población (probablemente el 90%) se concentraba de Córdoba al norte y hacia el litoral, zona donde existía asimismo la mayor actividad económica y los centros culturales más importantes mientras que la actual provincia de Buenos Aires ofrecía la importancia del puerto y sus adyacencias (alrededor de 100.000 habitantes).

La clase dominante estaba integrada por la burocracia estatal (virrey, oidores, funcionarios, etc.) y por los grandes comerciantes afincados en Buenos Aires, poseedores de enormes fortunas provenientes del usufructo del privilegio del monopolio comercial -"los godos" o "registreros"- poseedores de título de nobleza, dueños de amplias casacas y un número importante de esclavos, estrechamente ligados a la Iglesia y sumamente reaccionarios.

En el puerto de Buenos Aires existía, además, una emergente burguesía comercial, integrada por criollos que realizaban negocios en los resquicios de la legalidad que dejaban los registreros o directamente en la marginalidad del contrabando.

Tanto en el interior como en el puerto, encontramos una pequeña burguesía integrada por comerciantes minoristas y profesionales, así como diversas clases de artesanos y pequeños productores. Los esclavos y los gauchos completan el escenario social. Esa sociedad virreinal se halla sofocada por la ideología ultramontana que custodia la Inquisición y solo en la penumbra de la clandestinidad circulan, en el siglo XVIII, las nuevas ideas de los enciclopedistas que ya recorren Europa.

Pero, en los años previos a 1810, sucesos sumamente importantes conmueven el orden de esa sociedad hispanoamericana, creando condiciones para cambios socio-políticos: algunos de orden interno, como la invasión inglesa de 1806-1807 y la apertura del comercio en 1809, otros, externos, como la revolución española que estalla el 2 de mayo de 1808. Dada su importancia, resulta necesario detenerse en el análisis de estos acontecimientos, antes de avanzar hacia el estudio de los sucesos de Mayo de 1810.

¹ Novack, George: Para comprender la historia, México, Fontamara, 1989, 3ª ed., p. 162.

La invasión inglesa

Desde fines del siglo XVIII circularon, en los altos niveles del poder británico, diversos proyectos para arrebatarse, a España, sus colonias de América. Así se produjo, el 25 de junio de 1806, la invasión armada por el almirante Popham y comandada por Beresford, al frente de 1600 hombres, quienes lograron apoderarse de la ciudad de Buenos Aires el 27 de junio. Los jefes británicos imponen su bandera a la ciudad conquistada, toman juramento de obediencia y sancionan normas jurídicas, durante un mes y medio, pero lo hacen inocentemente -según una amable versión escolar- sin que el rey Jorge III sustente propensión colonialista alguna. Pero el pueblo resiste y Liniers, que llega desde Montevideo, nuclea voluntarios y logra derrotar a los invasores. El 12 de agosto -festejado luego como el Día de la Reconquista- Beresford capitula. Dos



Óleo sobre tela de Santiago de Liniers. Autor anónimo. Museo Naval de Madrid.

días después, el Cabildo Abierto le retira el mando militar al Virrey Sobremonte -quien solo había atinado a huir- y se lo otorga a Liniers. Más tarde, el 10 de febrero de 1807, se produce el desplazamiento del Virrey del gobierno político siendo reemplazada por la Audiencia, la cual, el 30 de junio de 1807, designa a Liniers como virrey interino. Resulta conveniente destacar que a pesar del decidido protagonismo popular en estos sucesos, no existe manifestación alguna de independencia respecto a España.

La Historia Oficial señala que el 28 de junio de 1807 se produce la segunda invasión inglesa, pero, en verdad, no es "otra", sino la continuación de la anterior, pues las fuerzas británicas han permanecido bloqueando el río de la Plata, a la espera de refuerzos, durante varios meses, y en febrero de 1807 han ocupado Montevideo. En la prosecución del intento colonialista, con 20 naves de guerra, 90 transportes y 12.000 hombres, Whitelocke logra derrotar a Liniers, en Plaza Miserere y se propone ingresar al Fuerte, a través de las calles centrales de la ciudad. Pero Martín de Álzaga organiza la resistencia, con intensa participación popular desde las azoteas, cerrándoles a los ingleses la posibilidad de avance hacia el Fuerte. Ante el fracaso, Whitelocke capitula el 7 de julio.

Resulta interesante señalar que Su Graciosa Majestad Británica -en 1807 y creyendo que Buenos Aires estaba bajo su control- envió al brigadier Roberto Craunford a tomar Valparaíso, aunque debió ordenar contramarcha al conocer el fracaso en el Plata. Quizás, para algunos argen-



Almirante Sir Home Popham, responsable de las invasiones inglesas al Río de la Plata. Coll. National Maritime Museum, Greenwich, Gran Bretaña.

cinios probritánicos, Crawford también obraba por su cuenta -al igual que Popham, anteriormente, no existiendo propósito colonialista alguno por parte de Gran Bretaña-.

El historiador Carlos Alberto Pueyrredón -que se desempeñó como intendente de la ciudad de Buenos Aires- considera, por ejemplo, que el rey inglés era ajeno a estas acciones. Así, sostendrá, en uno de sus discursos magistrales, que en 1806 y 1807 no hubo intención colonialista pues solo se trató de "la ocurrencia de un marino valiente y temerario" que "no estaba autorizado por su gobierno" y que incluso obraba solo con "el propósito de debilitar a España", pero que el resultado de esa incursión "permitió crear un respeto recíproco y mutua estimación" entre criollos e ingleses y además, "graciosa a los ingleses, aprendimos a pelear". A su vez, un vicepresidente de la Nación se preocupaba de que los festejos de la Reconquista pudieran molestar al Imperio: "¿quizá fuera mejor no avivar ni celebrar con exceso el recuerdo de la aventura de la conquista del Río de la Plata... la evocación resulta un tanto mortificante para el león británico". Todavía en nuestra época, un matutino publica: "Invasiones inglesas. La codicia de un comerciante, el motor de la llegada británica" y subtitula "El desembarco habría sido por un tesoro. Es la última hipótesis de los historiadores". "Fue el ansia de dinero de Popham y su deuda con el norteamericano William Pío White, lo que movieron a su flota, desde el Cabo de Buena Esperanza hasta el Río de la Plata". Asimismo, otro matutino publica un comentario del periodista Andrew Graham-Yooll: "La primera expedición fue, en su origen y ejecución, una aventura personal, con vistas al enriquecimiento individual de Popham, Beresford, Pack y otros". Otro ejemplo está dado por la novela *El amante rojo*, le dedica dos páginas centrales bajo el título "Las invasiones inglesas no fueron como se las pinta" y, en el reportaje, el autor señala que los hechos se tergiversaron "a través de una literatura contaminada de ideología, de sentimientos antibritánicos muy fuertes, lo que impidió realmente ver lo que ocurrió". Después de manifestar que "el resto de la historia nacional no me atrae como argumento narrativo porque no encuentro, salvo en las luchas de la independencia, momentos épicos" y que "en ellas hay un componente fratricida que me distancia", agrega que el lector de su libro "no puede dejar de ponerse de lado de Beresford, que fue un general que vino con un mal de amores, porque no lo dejaron casarse con su prima hermana, Luisa Beresford". Puede argüirse que se trata de una obra aislada, pero tampoco es casualidad que, hasta hace años atrás, el 12 de agosto apareciera rojo en el calendario y era recordado en los colegios como el rechazo a una invasión colonial y no como se pretende ahora, una mera travesura de algún militar británico.

En este sentido, es bien conocido que en Gran Bretaña se habían estudiado varios planes para dominar estas tierras, entre otros, los de Mac Namara (1762), Vinsitant (1796) y Mailand (1800).

El carácter colonialista de la incursión inglesa queda demostrado asimismo en el juicio a Whitelocke, en 1808, quien culpa al gabinete whig por "la aventura", mientras el fiscal confiesa: "Se han desvanecido todas las esperanzas que, con razón y uniformidad, se

¹ Pueyrredón, C. A.: *Gran Bretaña leal y tradicional amiga de la República*. Argentina, Buenos Aires 1949. Folleto.

² Fraga, Rosendo: *El hijo de Roca*, Buenos Aires, Emecé, 1994, p. 249.

³ Downes, Patricia: "Invasiones inglesas: la codicia de un comerciante, el motor de la llegada", *Clarín* Buenos Aires, 25/6/2006.

⁴ Graham-Yooll, Andrew: "La tentación argentina", *Suplemento Radar*, Página 12, Buenos Aires 6/8/2006.

⁵ "Las invasiones inglesas no fueron como se las pinta", *Ámbito financiero*, Buenos Aires, 15/1/2008.

acariciaban de descubrir mercados para nuestras manufacturas, abrir un horizonte nuevo a la inclinación y actividad de nuestros comerciantes, de hallar nuevas fuentes para el Tesoro y nuevos campos para los esfuerzos de surtir las rústicas necesidades de países que salían de la barbarie o los pedidos artificiales y crecientes de lujo y refinamiento en aquellas apartadas comarcas del globo". En esta declaración no solo queda desnuda la vocación colonial sino que se utiliza -quizás por primera vez- la denominación "barbarie" para calificar a las nuevas regiones del mundo a las cuales el destino habría deparado el privilegio de ser "civilizadas" por Gran Bretaña.

La verdadera historia reside, pues, en el afán imperial de la burguesía inglesa, que vive en plena revolución industrial y que ha perdido, pocos años atrás, sus colonias de América del Norte. Por tal motivo, la victoria de Beresford, en 1806, se expresa inmediatamente en la declaración del comercio libre y en el saqueo de los caudales del virreinato. Estos, tomados en Luján, ascienden a 1.291.323 pesos plata, de los cuales se dejan 205.116 en Buenos Aires para gastos de la administración y se envían 1.086.208 pesos plata, en el barco "Narcissus", a Londres. Ese tesoro, de 40 toneladas de plata amonedada, desfila por la ciudad capital en 8 carros de 5 toneladas cada uno, en medio de las aclamaciones populares. Con respecto a este robo resulta interesante el estudio de Néstor R. Forero, en su libro *El saqueo de 1806*¹² donde calcula, actualizando valores y con 6 % de interés anual, que la cifra actual alcanzaría a 86.467.045.370 dólares, que cubre buena parte de nuestra actual deuda externa.

Frente a este asalto a mano armada por parte de la piratería británica se produce la reacción de la sociedad hispanoamericana, especialmente de los comerciantes monopolistas -quienes defienden el orden de sus privilegios- y del pueblo, en general. En esta resistencia puede advertirse que los monopolistas se ponen a la cabeza, financiando además los gastos de la lucha. Don Martín de Álzaga, no solo encabeza la resistencia, sino que contribuye con más de 8000 pesos fuertes a los gastos de la defensa. Gaspar Santa Coloma, otro monopolista, aporta 3000 pesos fuertes y mantiene a las tropas acampadas en su chacra de Quilmes. Manuel Ortiz Basualdo y Anselmo Sáenz Valiente se alistan en el regimiento de cántabros y también aportan gruesas sumas. Francisco de Beláustegui dona 1.500 pesos fuertes y el sueldo de seis soldados. Francisco de Neyra y Arellano "franqueó sus caudales". Juan Martín de Pueyrredón "proveyó con abundancia y de su solo peculio, carne, pan, leña, vino, aguardiente, yerba y tabaco a toda la tropa y a los soldados reclutados les pagaba 4 reales por día fuera de estas provisiones"¹³.

Los testimonios de la época evidencian, respecto a los sectores populares, un gran fervor e indignación contra los invasores, expresado tanto en el alistamiento en la fuerza militar como en la acción de francotiradores y como ya es célebre, en la lucha callejera, especialmente desde las azoteas desde las cuales si bien no se usaron ollas con aceite hirviendo, como sostiene la leyenda, se habría empleado aceite en botellas que se encendía al chocar con los soldados enemigos. En esa pelea heroica se destaca, entre otros, Manuela Pedraza que ultima al inglés que ha matado a su esposo.

El inglés Gillespie, por ejemplo, se refiere al "furor desenfrenado de la plebe"¹⁴, mientras Liniers habla del "enardecimiento de mis tropas"¹⁵. Cabe recordar asimismo que en

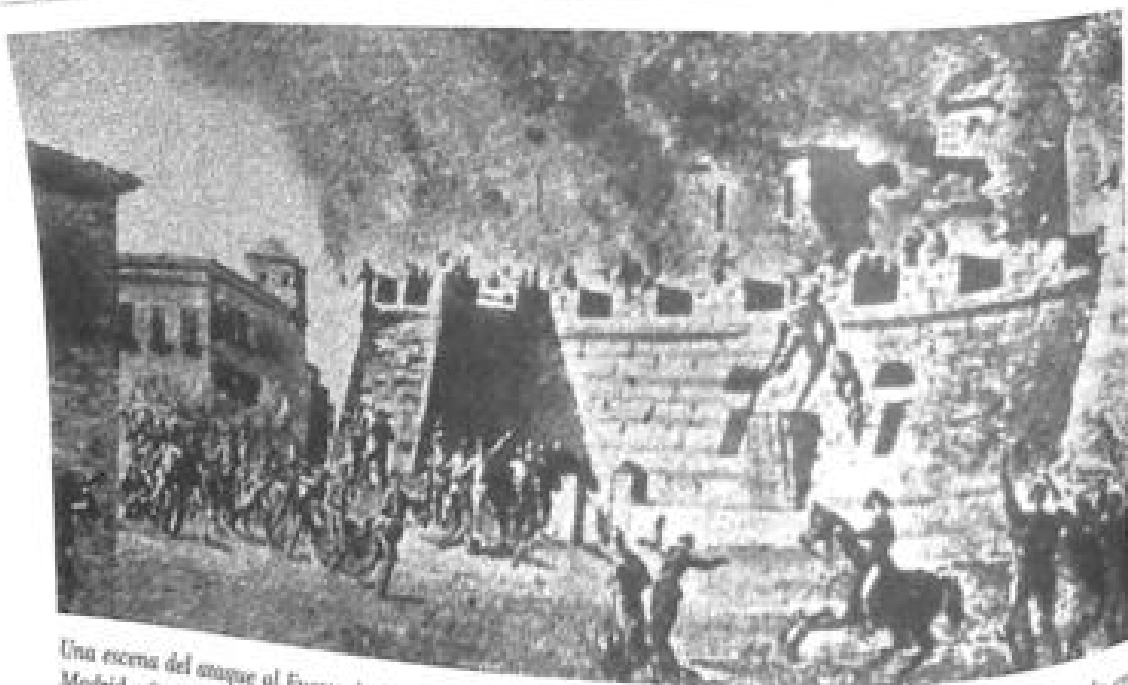
¹² Luna, Félix: *Historia integral de la Argentina*, España, Planeta, 1995, Volumen 1, p. 338.

¹³ Downes, Patricia: *El saqueo de 1806*, Edic. del autor, Buenos Aires, 2006.

¹⁴ Raffo de la Reta, J. C.: *Historia de Juan Martín de Pueyrredón*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1948, p. 36.

¹⁵ Luna, Félix: ob. cit., p. 327.

¹⁶ Ídem, p. 338.



Una escena del ataque al Fuerte de Buenos Aires por el ejército de la Reconquista. Grabado publicado en Madrid a fines de 1806. Tomado de Revista Crónicas Argentinas N°2. "Beresford se rinde".

1807, cuando Hilarión de la Quintana estaba a punto de rendirse, la multitud armada, a la que no podía retener, lo consideró un intento de traición y avanzó tiroteando³⁶. Asimismo, un oficial inglés testimonia "todos eran enemigos, todos armados, desde el hijo de la vieja España hasta el negro esclavo"³⁷. Del mismo modo, debe recordarse la actitud de diez caciques que ofrecen 20.000 hombres, al Cabildo, para pelear a "los colorados"³⁸. Martínez Sarasola refiere que "el indio Pampa Felipe [...] a nombre de dieciséis caciques de los pampas y cheguileches" ofrece colaboración para enfrentar a los colorados invasores en agosto de 1806³⁹, ofrecimiento que se reitera luego a través de otros caciques. Se habla de 20.000 lanzas que estarían dispuestas a enfrentar al inglés, pero las autoridades del virreinato, si bien agradecen la propuesta, evidencian cierta desconfianza, lo cual los lleva a diferir la aceptación de la misma.

La posición adoptada por los americanos de aquella época frente a Gran Bretaña dista de ser uniforme. Los sectores populares manifiestan una contundente hostilidad y son ellos -junto a los comerciantes liderados por Alzága, en su condición de monopolistas y tradicionalistas- los que frustran el intento colonial. Pero otros sectores sociales no expresan tal repudio, sino que evidencian el germen de una mentalidad probritánica que luego irá consolidándose a través de nuestra historia. Así, por ejemplo, se evidencia una mentalidad colonial en una de las principales damas de la ciudad, Ana María de Todos los Santos Sánchez de Velazco y Trillo, luego de Thompson y finalmente de Mendeville -Mariquita, para la clase alta-, quien vierte estos juicios en sus memorias, al referirse a los ejércitos en pugna: "nuestra gente del campo no es linda, es fuerte y robusta, pero negra. Las cabezas como un redondel, sucios; unos con chaqueta, otros sin ella; unos sombreritos chiquitos encima de un pañuelo, atado en la cabeza. Cada uno de un color: unos amarillos, otros punzó; todos rotos, en caballos sucios, mal cuidados; todo lo más

³⁶ Idem, p. 327.

³⁷ Idem, p. 333.

³⁸ Acta del cabildo del 22/12/1806.

³⁹ Martínez Sarasola, Carlos: *Nuestros paisanos los indios*, Buenos Aires, Emecé, 4ª ed., 1996, p. 153.



La Reconquista de Buenos Aires, óleo de Charles Fouqueray en el Museo Histórico Nacional. Representa la escena de la rendición de Beresford a Liniers.

miserable y más feo. Las armas sucias, imposible dar ahora una idea de estas tropas [...] [En cambio], el regimiento [...] mandado por el Gral. Pack; las más lindas tropas que se podían ver, el uniforme más poético, botines de cintas punzó cruzadas, una parte de la pierna desnuda, una pollerita corta, gorras de una tersia de alto, toda formada de plumas negras y una cinta escocesa que formaba el cintillo; un chal escocés como banda, sobre una casaca corta punzó. Este lindo uniforme, sobre la más bella juventud, sobre caras de nieve, la limpieza de estas tropas admirables, ¡qué contraste tan grande!⁴⁰. Por su puesto, visto el enfrentamiento con ojos europeos, la conclusión de Mariquita no puede ser otra que esta: "Al verlas [a las tropas criollas], dije a una persona de mi intimidad; si no se asustan los ingleses de ver esto, no hay esperanza"⁴¹. El desprecio por su pueblo le será reconocido por la Historia Oficial que la rotula "dama patricia" y aún en esta época, el suplemento "Viva" de *Clarín*, en un artículo de Elsa Ducaroff titulado "La pasión de Mariquita" la caracteriza por su "fervor revolucionario".

Lo importante es que la verdadera historia nos muestra una gesta popular de rasgos singulares. Se trataba de las fuerzas de una gran potencia lanzadas sobre un pequeño país de los arrabales del mundo, indefenso, en gran medida, por la defección de sus autoridades, pese a lo cual el invasor fue vencido. Ese regimiento 71 conducido por Pack, que tanto entusiasmaba a Mariquita por su piel blanca y sus piernas desnudas, mordió aquí, por primera vez, el polvo de la derrota. Dos días después de la rendición de Beresford, el 14 de agosto, el Cabildo Abierto otorgó el mando militar a Liniers, situación que debió aceptar el virrey Sobremonte al regresar a Buenos Aires. Asimismo, la lucha generó la creación de cuerpos voluntarios, en los cuales los soldados nombraban a los oficiales por mayoría de votos y esotos a los jefes superiores. Así, la fuerza militar criolla pasa, a partir de ese momento, a ponderar sobre los regimientos tradicionales del orden absolutista. Esta experiencia, pues, eleva el nivel de conciencia política del pueblo. Ya las ideas de los enciclopedistas franceses y el prestigio de la revolución francesa de 1789 influían clandestinamente sobre los

⁴⁰ Sánchez, Mariquita: *Recuerdos del Buenos Aires virreinal*, Buenos Aires, ENE, 1953, pp. 65 y 66.

⁴¹ Idem.

rias que consumía o contrabandearlas, vender a vil precio los cueros de sus ganados, no habiendo la concurrencia de un mercado libre, prefiriendo pertenecer a una nación en plena decadencia bajo el gobierno modelo de los despotismos comerciales, políticos y religiosos de la época¹⁰¹.

El carlotismo

Precisamente, otra expresión de negociaciones con intereses externos para impulsar la causa revolucionaria, se da por entonces, en 1808, en el Río de la Plata.

Hombres que serán protagonistas decisivos el 25 de mayo gestan un acuerdo con la princesa Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, casada con el príncipe regente de Portugal. Detenidos su padre -Carlos IV- y su hermano Fernando, ella quedaría en la línea sucesoria de la monarquía, pero pareciera que los revolucionarios la juzgan, al igual que a Fernando, una posibilidad de modernización, que admitiría reformas progresistas. Además de este antecedente, quienes participan de ese proyecto político -Belgrano, Beruti, Vieytes, Castelli y Nicolás Rodríguez Peña- argumentan que los americanos tienen los mismos derechos a designar autoridades que las provincias de España al encontrarse presos los dos titulares de la monarquía.

En su biografía sobre Juan José Castelli, el historiador Julio César Chaves plantea que la "operación Carlota" resulta un proyecto revolucionario: "Cesa la calidad de colonia. Debe provocarse la ilustración, la educación y la perfección de costumbres y la instrucción de todas las clases. En lo político, la elevación de los oprimidos, la justicia igual para todos; en lo social: el repartimiento de la riqueza; en lo económico: una buena administración para que el tesoro cuente con ingresos superabundantes y no haya necesidad de recargar con impuestos. El objetivo de los firmantes de la Memoria se concreta así: buscar la paz, quietud y felicidad de los hombres de estos reinos"¹⁰². En el proyecto juegan roles fundamentales Saturnino Rodríguez Peña y el jefe de la flota inglesa Sydney Smith, quien entraría en el acuerdo con la aprobación de Londres. A tal punto esto último es así, que cuando Inglaterra consolida su alianza con España contra Napoleón, el primer ministro inglés Castlereagh le informa a Smith que no se puede avanzar con el proyecto. A su vez, el mismo Almirante le informa a Carlota acerca de los objetivos revolucionarios de los criollos, con lo cual el carlotismo se derrumba pues ella le comunica a su vez a Liniers quien inicia proceso -la llamada "Causa Reservada"- a los complicados (menos a Castelli, que actúa como abogado defensor de los acusados).

Lo que puede conjeturarse es que los criollos intentaron apoyarse en Inglaterra para "usar" a Carlota Joaquina para alcanzar su objetivo. ¿Cuál era este? Según el historiador Chaves, una revolución profunda y la declaración de la independencia. Sin embargo, la princesa, en carta a Liniers, señala que el hombre de enlace del grupo -Diego Paroissien- "lleva cartas para varios individuos de esta capital, llenos de principios revolucionarios y subversivos del presente orden monárquico, tendientes al establecimiento de una imaginativa y soñada república, la que tiempo hace está proyectada por una porción de hombres miserables y de pérdidas intenciones..."¹⁰³.

Esta frustrada conjura lleva también su impronta británica. Pero el lector debe precaverse respecto de las conclusiones apresuradas y simplificadoras en que caen algunos

historiadores que carecen de experiencia política. En política, los acuerdos o alianzas no impiden que cada integrante, más allá del acuerdo general, persiga sus propios objetivos. La intencionalidad colonialista de Gran Bretaña parece evidente, en este caso, pero ello no invalida que Belgrano y sus amigos considerasen que debían transitar por estos peligrosos caminos para alcanzar sus propios objetivos, ni puede conducir al facilismo de rotularlos servidores de los ingleses. Más adelante, se verá de qué manera Mariano Moreno propone otorgarle algunos beneficios a Inglaterra "para poder merecer la protección que necesitamos [aunque sea] una de las intrigantes por los respetos del señorío de los mares y lo segundo, por dirigirse siempre todas sus relaciones bajo el principio de la extensión de miras mercantiles, cuya ambición no ha podido nunca disimular su carácter, y bajo estos mismos principios han de ser los que dirijan nuestras empresas hacia sus consecuciones en aquella corte [...] Últimamente, si Portugal entrase a profundizar con más política, cuál es el abatimiento en que la Inglaterra lo tiene por causa de su alianza, presto hallaría la refinada maldad de sus miras ambiciosas [...] sus fines no son sino chuparle la sangre de su estado, extenuándolo de tal suerte que tal vez sus colonias americanas se conviertan en inglesas algún día"¹⁰⁴.

En cuestiones como estas -y en otras muchas, por supuesto- la historia es maestra de la política. Es la acumulada experiencia de muchas políticas desarrolladas en el pasado, con diversos resultados la que enseña a proceder cautelosamente en el análisis aunque luego haya que proceder audazmente en los hechos. A menudo encontramos políticos cuya actuación favorece objetivamente los intereses reaccionarios a pesar de sus exaltados discursos revolucionarios y asimismo, en el extremo contrario, concesiones otorgadas a la reacción por parte de gobiernos populares que provienen de la desfavorable relación de fuerzas y que no son suficientes para descalificar su naturaleza progresista, porque también en historia y en política no hay verdades absolutas sino las relativas al momento, al lugar, a los antecedentes, a los niveles de conciencia de los protagonistas, etc. Resulta demasiado cómodo redactar en la computadora, junto a la estufa, con cigarrillo y café de por medio, la más categórica condenación sobre un suceso criticable o error en que cae un luchador que entregó su vida, antes y después de ese hecho, a una causa de redención social y nacional. Revolucionarios teóricos resultan así, muchas veces, en historia y en política, contrarrevolucionarios prácticos, asombrando a los lectores o los discípulos con opiniones tajantes e irreductibles, dadas con demasiada lejanía de los campos de batalla para caracterizar correctamente hombres y sucesos.

El comercio libre

Fracasado el intento militar de 1806/7, Gran Bretaña presiona sobre el gobierno español para abrir el comercio en el Río de la Plata. Un documento del conde de Castlereagh, presentado al gabinete inglés, señalaba ya en 1807 la conveniencia de lograr los objetivos apelando a otro camino: "[siendo] una tarea sin esperanzas conquistar esta extensa región contrariando el temperamento de la población, [conviene] acercarse exclusivamente como mercaderes, que haciéndolo como enemigos; [...] no presentarse en ninguna otra forma que no fuera bajo el aspecto de auxiliares o amistosos protectores"¹⁰⁵.

Esa lucha por el comercio libre en el Río de la Plata tuvo diversos avatares y se encuentra estrechamente relacionada con el fuerte desarrollo capitalista de Gran Bretaña

¹⁰¹ Moreno, Mariano: *Plan de Operaciones en Piñero*, Norberto: *Escritos políticos y económicos*, Buenos Aires, Talleres Rosso, 1937, pp. 334 y 335.

¹⁰² Fitte, Ernesto: *El precio de la libertad*, Buenos Aires, Emecé, 1965, p. 15.

¹⁰³ Sarmiento, Domingo F.: *Conflictos y armonías de las razas en América*, tomo II, pp. 57 y 58, tomo XXXVIII, segunda parte póstuma, de *Obras completas*, Buenos Aires, Luz del día, 1953.

¹⁰⁴ Chaves, Julio César: *Castelli, el adalid de Mayo*, Buenos Aires, Leviatán, 1957, p. 95.

¹⁰⁵ Carta de Carlota Joaquina a Liniers, del 1/11/ 1808, en Chaves, Julio César: *ob. cit.*, p. 101.

y su avidez por mercados. La Historia Oficial ha pretendido otorgar decisiva importancia en este tema a la solicitud de comerciantes ingleses, en Buenos Aires, que habría provocado el debate y finalmente la decisión del virrey de otorgar el libre comercio. Pero el motivo es otro: después de diversas gestiones presionando al gobierno español, la cuestión se decide en el tratado firmado el 14 de enero de 1809, entre George Canning y Juan Ruiz de Apodaca, de ayuda y asistencia mutua, que lleva "un compromiso adicional de otorgar facilidades al comercio inglés en América". España, urgida de la ayuda inglesa para enfrentar a Francia, debió aceptar esta imposición, de la cual Cisneros fue el ejecutor. "Es la circunstancia internacional la decisiva para su otorgamiento. Eso se demuestra irrefragablemente -afirma Alén Lascano- con el hecho de que la medida de Cisneros no es personal, ni tampoco algo aislado dentro del cuadro general de la América Hispana. Al mismo tiempo, y obedeciendo a la misma política, se otorga igual franquicia en Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico, Méjico, Caracas y Perú, es decir, la totalidad de los puertos apetecidos desde antaño por Inglaterra para completar el dominio continental".¹¹

Allí reside la causa del otorgamiento del libre comercio, por parte del virrey, el 6 de noviembre de 1809, por lo cual tiene razón Diego Luis Molinari cuando se refiere a la ninguna importancia de la Representación de los Hacendados como pieza ideológica o programa de la Revolución,¹² según lo ha considerado la Historia Oficial.

Sin embargo, los debates suscitados -más allá de que para Cisneros solo hayan resultado la excusa que necesitaba para justificar el cumplimiento de las órdenes recibidas desde España- resultan interesantes por los argumentos y los protagonistas pues nos ayudan a comprender los sucesos de Mayo. Por ejemplo, entre los antecedentes de la polémica encontramos que, en 1798, el alcalde de primer voto -un Escalada- defiende el comercio libre, lo cual permite ubicarlo en el grupo de comerciantes emergentes, ajeno al grupo monopolista, mientras los monopolistas responden con un alegato de Juan Esteban de Anchorena.¹³ Por su parte, en 1809, el síndico del consulado, Martín Yañiz, desarrolla estos interesantes argumentos: "Sería temeridad equiparar la industria americana con la inglesa. Estos sagaces maquinistas nos han traído ya ponchos, que es un principal ramo de la industria cordobesa y santiagueña... y estribos de pago dado vuelta, al uso del país. Sus lanas y algodones que a más de ser superiores a nuestros pañetes, zapallangos y lienzos de Cochabamba los pueden dar más baratos y por consiguiente arruinarán enteramente nuestras fábricas y reducirán a la indigencia a una multitud innumerable de hombres y mujeres que se mantienen con sus hilados y tejidos, en forma de que por donde quiera que se mire no se verá más que desolación y miseria [...] Los ingleses no traerán casas hechas porque no caben en sus buques, pero traerán botas, zapatos, ropa hecha, clavos, herraduras, alcayatas, rejas, argollas, frenos, espuelas, estribos y hasta mucha parte de carpintería, y qué les quedará entonces a nuestros artesanos? Fácil es presagiar y digámoslo de una vez, que solo les quedarán ojos para llorar su desventura y

¹¹ Alén Lascano, Luis C.: *Imperialismo y comercio libre*, Buenos Aires, La siringa, 1963, p. 27.

¹² Ídem, pp. 29 y 30.

¹³ La historia de este libro permite evaluar el grado de sectarismo con que se enseña la Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Publicado en 1938 -por expresión dada a los estudiantes, por entonces Vicedecano de la Facultad de Ciencias Económicas- no fue reconocido a los estudiantes, probablemente por tratarse de un autor yrigoyenista y después peronista. En el 2007, una alumna lo solicitó en la Biblioteca de Filosofía y Letras y, después de largos cabildos, se le prestaron solo por 24 horas. Pero al recibir el libro se encontró que se hallaba en estado virginal, que nadie lo había leído antes pues las páginas aún se hallaban sin cortar.

¹⁴ Rizzo de Sambucetti, Susana: *La revolución de Mayo, interpretaciones conflictivas*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 1983, pp. 84 y 85.

miseria, maldiciendo a los autores que la han acarreado¹⁴. El síndico defiende el monopolio de los registreros confundiendo intencionalmente "comercio libre", que es lo que se reclama -el cual no impide aranceles para proteger nuestras manufacturas- con "libre cambio", es decir, comercio sin aranceles o política no proteccionista, la cual sí produciría los perjuicios que él señala.

Por supuesto, el alegato de Miguel Fernández de Agüero, apoderado del consulado de Cádiz, circula por carriles parecidos para resguardar los intereses de los monopolistas. Por su parte, la tan difundida *Representación de los hacendados* propone el fin del monopolio, la apertura del comercio exterior, pero no rechaza la aplicación de aranceles a la importación (inclusive propone un "20 % o más de los derechos de círculo, para los lienzos de algodón", que puedan competir con la producción de las provincias interiores¹⁵).

El historiador Ernesto Fitte sostiene que, si bien Cisneros cumple con el compromiso asumido por el gobierno español con Gran Bretaña, lo hace con ciertas reservas y en este sentido manifiesta que un comerciante inglés Mr. Mackinnon, en una misiva del 1º de junio de 1810, sostuvo que el virrey, "a pesar de su actitud favorable [...] había permanecido fiel al espíritu restrictivo de las leyes coloniales en cuanto a no consentir la residencia en el territorio del virreinato de personas nacidas en otros países y sin motivo legítimo y comprobado como para justificar su permanencia"¹⁶. Por ello, actuando con indulgencia respecto a los comerciantes ingleses, había admitido la posibilidad de la residencia temporaria, pero dándole un carácter precario¹⁷. Según Fitte, ese plazo se cumplía en diciembre de 1809 -parece haberse fijado los días 17 o 18 para levantar sus negocios- pero fue prorrogado por cuatro meses (hasta el 18 de abril de 1810) y luego, por un mes (hasta el 18 de mayo de 1810), "fecha que coincidió justo con las vísperas de Mayo y pese a continuar cerniéndose sobre sus cabezas el decreto de expulsión, la colonia británica para este tiempo proseguía firme en su puesto, atendiendo sus valiosos intereses"¹⁸. El mismo Mackinnon señala que luego del 25 de Mayo, "no bien la Junta fue instalada, ella declaró que los súbditos británicos no solamente quedaban libres de permanecer todo el tiempo que desearan, sino también se nos anunció que gozábamos de toda la protección en las leyes y privilegios cívicos que ahora poseían los nativos", a lo cual agrega Fitte que el 5 de junio se rebajaron los derechos a la exportación de cueros y sebo y el 14 de julio se anuló la prohibición de sacar metálico del país, sujetándola a un modesto arancel de 7,5% de su valor¹⁹.

Esta información, con la cual coinciden los historiadores que han profundizado en el tema, permite detectar la presencia de estos comerciantes británicos quienes, desde 1809, entrelazan intereses con la burguesía comercial emergente no monopolista, integrando el freno en gran medida proviene del contrabando, en los sucesos de Mayo, integrando el frente antiabsolutista como único camino para asegurar su radicación en Buenos Aires. Esto no significa, por supuesto, que la revolución de Mayo sea un golpe probritánico, pues este grupo no conduce el proceso en sus momentos iniciales sino que recién comienza a manifestar su influencia con el Primer Triunvirato, con el golpe de 1815, y demuestra todo su poderío bajo la administración Rivadavia-García en los años veinte. Pero sí explica que los historiadores liberales, como Mitre, hayan tomado, para inter-

¹⁴ Alén Lascano, Luis C.: *ob. cit.*, p. 40.

¹⁵ Mariano Moreno en Piñero, Norberto: *ob. cit.*, p. 171.

¹⁶ Fitte, Ernesto: *ob. cit.*, p. 54.

¹⁷ Ídem, p. 54.

¹⁸ Ídem, p. 57.

¹⁹ Ídem, p. 59.



Retrato de Fernando VII de Borbón realizado por Francisco de Goya. Museo Municipal de Bellas Artes, Santander, España.

pretar los sucesos de Mayo, la óptica sustentada por este sector: antiespañolismo, elitismo, comercio libre.

La Revolución en España

A partir de la conquista de América, las riquezas obtenidas por España no habían podido ser empleadas para un decidido desarrollo capitalista, sino que solo habían pasado en tránsito por la península para servir al crecimiento capitalista de otros países, especialmente Inglaterra. Sin burguesía, España se salteaba el siglo de la revolución y se hundía en el parasitismo, a pesar de los cambios promovidos por la dinastía de los borbones a partir de 1713, dirigidos a modernizarla, bajo el despotismo ilustrado resumido en la fórmula "por el pueblo y para el pueblo, pero sin el pueblo". Carlos III y sus intelectuales intentaron la tarea, pero a principios del siglo XIX el reinado de Carlos IV ofrecía un panorama de decadencia y corrupción, del cual era la mejor expresión la escandalosa relación de su esposa María Luisa con Godoy, el preferido de la Corte.

En ese cuadro, uno de sus hijos -Fernando- aparece como el único capaz de adentrar la dinastía y encaminar a España por un sendero de progreso. Tanto es así, que surge el partido "fernandista" y que el mismo Fernando encabeza un motín, en Aranjuez, a mediados de marzo de 1808, contra su propio padre. Pero aquí interviene Napoleón Bonaparte quien, en su expansión por Europa, se apodera del trono español, aprisiona tanto a Carlos IV como a su hijo, ahora Fernando VII, y sienta en él a su hermano José. Con la excusa de avanzar hacia Portugal, los ejércitos franceses se desparan por España, considerándola bocado fácil. Pero el 2 de mayo de 1808 se inicia la insurrección del pueblo español contra los usurpadores y el día 27 surge la Primera Junta, erigida en nombre de la soberanía para gobernar "hasta que las circunstancias permitan que pueda reasumir el poder el legítimo monarca Fernando VII".

El levantamiento del pueblo español contra los franceses usurpadores brota, en las diversas regiones de la península, a través de Juntas que asumen la soberanía, representan al pueblo y gobiernan en nombre del rey cautivo, adquiriendo importancia la Junta Central de Sevilla. En las Juntas se manifiestan diversas líneas ideológicas: conservadores (su referente es el conde de Floridablanca), moderados (de la línea de Jovellanos) y liberales revolucionarios (Calvo de Rosas, Quintana, Eugenio Tapia). Esas Juntas, nacidas contra el invasor francés, se transforman al poco tiempo en juntas liberales, democráticas, dispuestas a poner fin al absolutismo en España. Así, comienzan a tomar medidas contra la Inquisición y los terratenientes, de tal manera que la inicial Revolución Nacional se nutre de contenido popular y pasa a desarrollarse como Revo-

lución Democrática. En su estudio sobre la Revolución Española, Carlos Marx destaca este pronunciamiento de la Junta Central, del 28 de octubre de 1809: "Por una combinación de sucesos tan singular como feliz, la Providencia ha determinado que en esta terrible crisis no podáis dar un paso hacia la independencia, sin darlo al mismo tiempo hacia la libertad"⁴⁰.

Imbuida de esa concepción liberal revolucionaria, el 22 de enero de 1809, la Junta Central de Sevilla declara que "los virreinos y provincias no son propiamente colonias o factorías como las de otras naciones, sino una parte esencial, e integrante de la monarquía española y que en su mérito deben tener representación nacional inmediata y constituir parte de la Junta a través de sus diputados"⁴¹. Coherentes con su posición liberal revolucionaria, los componentes de la Junta deciden la convocatoria a las Cortes de Cádiz, para sancionar una nueva Constitución. Con idéntico criterio, se pone en conocimiento de los americanos que deberán enviar representantes a las Cortes de Cádiz según resolución del 14 de febrero de 1810. Asimismo, el 28 de febrero de 1810 la Junta de Cádiz va aún más allá al dar un manifiesto a los pueblos de América donde los incita "a formar nuevas juntas poniéndose ella misma como modelo de las que quisiesen constituirse: Junta cuya formación deberá servir de modelo en adelante a los pueblos que quieran elegirse un gobierno representativo digno de su confianza"⁴². Así, quedarían desplazados los virreyes, cuya designación tiene origen absolutista.

El historiador Rubén Bortnik resume estos sucesos de la siguiente manera: "España hace, a su manera, 'la revolución francesa', arrancando a la península de su retraso histórico. Con el pueblo español estuvieron, en aquella emergencia, sectores del ejército, cuya oficialidad estaba poderosamente influida por la ideología liberal revolucionaria, los que de hecho se colocaron a la cabeza del movimiento nacional democrático. En ese ejército, y en esa acción, actuó el teniente coronel americano José de San Martín. El movimiento de 1808 convirtió a las colonias americanas en provincias, declarando la igualdad de derechos de españoles y americanos. Y llamando a estos últimos a designar sus diputados a las Cortes en 1809"⁴³.

Pero a fines de 1809 y principios de 1810, los sectores conservadores y moderados prevalecen sobre los liberales revolucionarios dentro del bando popular español. En este giro incide principalmente la batalla de Ocaña, del 19 de noviembre de 1809, donde la resistencia española sufre graves pérdidas ante los franceses, viéndose obligada la Junta Central de Sevilla a guarecerse en León, debilidad que aprovechan los moderados para imponer, como autoridad suprema, al Consejo de Regencia, que queda constituido el 29 de enero de 1810.

No obstante este desplazamiento de los sectores radicalizados, el Consejo de Regencia emite un oficio, el 14 de febrero de 1810, en el que ratifica los derechos de los americanos: "Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo más duro mientras más distantes estabais del centro del poder, mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia. Tened presente que al pronunciar o al escribir el nombre del que ha de venir a representaros en el congreso nacional, vuestros destinos ya no dependen ni de sus ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores; están en vuestras manos. Al votar cada diputado expondréis por su intermedio todos los abusos, todas las

⁴⁰ Marx, Karl: *Revolución en España*, Edita. Ariel, Barcelona, 1973, pp. 95 y ss.

⁴¹ Gandía, Enrique de: *Historia del 25 de Mayo*, Buenos Aires, Claridad, 1960, p. 39.

⁴² Ídem.

⁴³ Bortnik, Rubén: *Historia elemental de los argentinos*, Buenos Aires, Corregidor, 2ª ed., 1985, p. 42.

⁴⁴ Pigrau, Domingo Antonio: *Juntas de gobierno en España durante la invasión napoleónica*, Buenos Aires, Cooperadora de derecho y ciencias sociales, 1972, p. 91.

extorsiones, todos los males que han causado en estos países, la arbitrariedad y nulidad de los mandatarios del gobierno antiguo"⁴¹.

Estos sucesos ocurridos en la península desatan la reacción en América, por parte de los sectores revolucionarios, decididos ahora a formar Juntas, como en España, que asuman la soberanía, para gobernar en nombre del rey cautivo Fernando VII. Así, mientras la revolución española, en su etapa agónica, reúne las Cortes en Cádiz, las que juran por Fernando VII en septiembre de 1810 y sanciona la constitución, el 11 de marzo de 1812 (que será derogada en 1814), la América hispana se lanza hacia el camino revolucionario.

En 1808, en Méjico y Venezuela se producen intentos de establecer Juntas, en nombre de Fernando VII. En 1809, las principales ciudades neogranadinas crean Juntas provinciales en nombre de Fernando VII. También en 1809 se producen los movimientos de Chuquisaca (25/5/1809) y La Paz (26/7/1809), que crean Juntas en nombre del rey cautivo y son severamente reprimidas por los absolutistas de América. En agosto de 1809 se constituye la Junta de Quito.

En Caracas, el 19 de abril de 1810, se produce un movimiento que depone al virrey e instituye una Junta en nombre de Fernando VII. El 25 de mayo ocurre un episodio semejante en Buenos Aires, participando españoles en la nueva Junta. El 14 de junio se produce una insurrección similar en Cartagena. El 20 de julio, el Cabildo destituye al virrey, en Nueva Granada y poco después, jura una Junta, en Bogotá, en nombre de Fernando VII⁴². El 10/8/1810 reflorece la revolución en Quito, también a nombre del rey cautivo. El 16 de septiembre se levanta el pueblo mexicano. El 18 de septiembre de 1810, el Cabildo de Chile crea una Junta que jura por Fernando VII⁴³, en la cual figuran dos españoles: Márquez de la Plata y Javier Reina y un cuyano, Martínez de Rosas. El 28 de febrero de 1811 se produce el Grito de Asencio en la Banda Oriental.

En algunos lugares, donde se declara prematuramente la independencia, como en Venezuela (el 5 de julio de 1811), las masas populares se van con los realistas. La misma situación se produce en Quito, que se insurrecciona en octubre de 1810 y declara su independencia el 11 de diciembre de 1811, perdiendo los revolucionarios el apoyo de las masas indias que optan por el bando realista.

Estas revoluciones son inicialmente democráticas -acompañando el proceso español- pero, años después, la derrota de la revolución española, las habrá de convertir en revoluciones nacionales, declarándose independientes. Es decir, no se libran inicialmente guerras internacionales, sino civiles, dentro de la comunidad hispanoamericana y recién después de 1814, cuando en España se vuelve a imponer el absolutismo, se convierten en guerras de liberación nacional. Por esta razón, la independencia será declarada, en 1816, en las Provincias Unidas.

En todos estos casos, la represión de los movimientos revolucionarios no está a cargo de fuerzas enviadas por el gobierno de España (recién lo hará después de 1814, cuando Fernando VII regresa al trono y gira hacia el absolutismo), sino de los sectores de ideología absolutista, que se encuentran en América (Abascal, Elío y otros) y, en varias oportunidades, esos ejércitos no están dirigidos por españoles sino por americanos ideológicamente reaccionarios (Goyeneche, Olañeta, Tristán y otros).

Pero, llegado este punto, resulta conveniente detenernos para reflexionar acerca de esta información que venimos desplegando y el relato de la Historia Oficial. Resulta en

⁴¹ *Idem*, p. 44.

⁴² Romero, José L. (dir.): *Gran Historia de Latinoamérica*, Buenos Aires, Abril educativa y cultural S.A. 1973, Volumen primero, p. 201.

⁴³ *Idem*, p. 279.

tonces que la Revolución de Mayo no se hizo por el libre comercio, pues este se instituyó en 1809, ni tampoco fuimos originales en organizar una Junta para ejercer el gobierno, ni siquiera es veraz el planteo que supone que la Junta juró por Fernando VII para ocultar su propósito independentista (la Máscara de Fernando VII), ni tiene fundamento la afirmación de que la revolución se hizo por odio a España, pues no solo había españoles en las Juntas sino que además, en nuestro caso, veníamos de una gesta popular importantísima en la cual derrotamos a la invasión inglesa, pero no quisimos declararnos independientes.

Anticipándonos a reflexiones que irán surgiendo del relato mismo de la Revolución, podemos señalar que lo que ha ocurrido es que el llamado "padre de la historia argentina", Bartolomé Mitre, analizó los sucesos de Mayo desde la óptica del grupo de comerciantes ingleses con radicación temporaria en Buenos Aires y sus aliados, los ex contrabandistas, ahora legitimados por el comercio libre de 1809. De ahí su argumento de una Revolución separatista, antiespañola, por el comercio libre y en definitiva, pro inglesa.

Alberdi había dado, en cambio, otra versión, que permaneció silenciada y que permite iluminar verazmente los sucesos de Mayo: "La revolución argentina es un detalle de la revolución de América; como esta es un detalle de la de España; como esta es un detalle de la revolución francesa y europea [...] La revolución de América no era más que una faz de la revolución de España, como lo era esta de la revolución francesa"⁴⁴.

⁴⁴ Alberdi, Juan Bautista: *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Buenos Aires, Fernández Blanco, 1962, pp. 64 y 69.

CAPÍTULO VI

LA REVOLUCIÓN DE MAYO

La Revolución de Mayo según las diversas corrientes historiográficas

La naturaleza de la Revolución de Mayo no ofrece dudas para la Historia Oficial: -Ese día nace la Patria -sostiene la maestra- pues nos separamos de España iniciando nuestra vida independiente. Pero, algún niño pícaro puede preguntar: -Si así fue, ¿por qué declaramos la independencia seis años más tarde? La respuesta se basa en que debimos esperar hasta el 9 de julio de 1816 porque las condiciones mundiales recién entonces nos resultaron favorables permitiéndonos dar un paso tan trascendental. Sin embargo, esta respuesta carece de fundamento, porque las condiciones mundiales de 1816 nos eran aún más adversas que las de 1810, como lo comprende quien se informa de lo que ocurría entonces en Europa y, especialmente, en España.

Además, puede ocurrir que algún otro niño travieso insista en que resulta muy extraño que la Revolución, después de deponer a Cisneros, se exprese a través de la Primera Junta cuyos integrantes juran "conservar íntegra esta parte de América a nuestro augusto soberano don Fernando Séptimo y sus legítimos sucesores [...]" y a guardar puntual-



La Primera Junta de Gobierno reunida. Óleo de Vila y Prades (Palacio del Congreso).

mente las leyes del reino¹. Ante esta nueva interpelación, la respuesta tradicional es la siguiente: los revolucionarios ocultaron sus intenciones separatistas, independentistas, para evitar ser reprimidos y simulaban mantener los lazos de sumisión a España, táctica que ha pasado a la historia como "la máscara de Fernando VII".

Se supone que el niño queda más o menos convencido, pero esta respuesta de manera alguna podría conformar a un estudiante universitario con mediano conocimiento de ciencias sociales. No solo porque, como hemos señalado, se juró por Fernando VII en diversas ciudades de América, sino porque resulta evidente que ninguna revolución puede enmascarar sus objetivos, ninguna dirigencia revolucionaria puede asumir el poder y declararse totalmente opuesta al objetivo que agitó durante su lucha previa, pues ello sería considerado como abierta traición por parte de los sectores sociales que se movilizaban para su triunfo, los cuales se levantarían contra ella. O, para decirlo de otro modo: ninguna revolución puede renegar de su objetivo estratégico en función de necesidades tácticas. Supongamos que quienes integraban el Cabildo Abierto del 22 de Mayo y quienes ocuparon la Plaza histórica en esos días tumultuosos se encontraban movidos por un decidido odio a España -como lo sostiene Mitre- y después de grandes esfuerzos logran la renuncia del virrey y erigen una Junta de Gobierno, pero lo primero que esta decide es jurar lealtad al Rey de España. Seguramente, se habría producido otra reacción popular que habría arrojado a los traidores por la ventana, de la misma manera como el pueblo obligó a disolver la junta tramposa del día 24 porque no satisfacía sus objetivos. Quizá alguno intente convencernos sosteniendo que las razones de esa maniobra urdida en secreto por la dirigencia fueron transmitidas al resto del pueblo, pero, en ese caso, el secreto dejaba de ser tal, la mentira quedaría al desnudo y de la misma manera se enteraría también el enemigo, perdiendo así su sentido. (Por supuesto, esta polémica se produciría si el estudiante fuese lo suficientemente audaz como para dudar, usando su espíritu crítico, tanto de Mitre, como de Levene y Halperín Donghi. Si no es así, todo sigue su curso y cuando llega a titular de cátedra, tratará de arreglárselas para explicar lo inexplicable, si le aparece algún alumno cuestionador.)

Enrique Rivera se pregunta, en los *Cuadernos de Indoamérica*: "¿por qué si se trataba de una revolución nacional (separatista), no declaró la independencia? ¿Cuestión de táctica? ¿Qué movimiento va a subordinar a una conveniencia táctica la proclamación de su objetivo central? ¿Cómo una Revolución por la independencia no ha de proclamarla? ¿Quién la amenazaba? ¿España, ocupada e impotente? ¿Inglaterra, que no la veía mal? ¿Por qué la revolución asumió la misma forma organizativa que en España (Juntas y a nombre de Fernando) y en todas partes de América, sin previo acuerdo? La respuesta cae de su peso. Porque la revolución en España y la revolución en América eran una sola y la misma²."

Las dificultades para seguir sustentando la tesis mitrista se han agravado últimamente cuando se reveló que French y Beruti repartían cintas blancas y rojas (no celestes) junto con estampitas que llevaban impresas ¡la efígie del rey Fernando VII! Es decir, que la supuesta revolución antiespañola arengaba a sus huestes con ¡la propia cara del enemigo!

Así, esta interpretación oficial de una revolución separatista, independentista, antihispánica e inclusive -aunque a veces no se lo explicita- probritánica, que se ha venido repitiendo desde Mitre a Halperín Donghi, se halla hoy en grave crisis.

Según ella, Mayo tendría los siguientes caracteres:

¹ Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónica histórica argentina*, Buenos Aires, Codex, 1968, tomo 1, p. 168.

² Rivera, Enrique: *Cuadernos de Indoamérica*, 2ª parte, p. 15.

1. La protagonista principal habría sido "la gente decente", es decir, los vecinos prestigiosos que abrieron el cauce con el Cabildo Abierto del 22 de Mayo.

2. Esta gente acaudalada habría adquirido ideas de libertad, a través de los soldados británicos cuando, frustrada la invasión de 1806-1807, estos quedaron prisioneros algún tiempo en la ciudad y compartieron veladas en los salones patricios.

3. Allí nació la convicción de que era necesario romper con España pues nos imponía un monopolio comercial asfixiante, impidiendo nuestra apertura al mercado mundial, bajo los principios del comercio libre, alentada especialmente por los ingleses.

4. Si bien la revolución carecía de un programa explícitamente desarrollado, sus principios fundamentales estarían resumidos en la *Representación de los Hacendados*, reclamando el libre comercio con los ingleses, redactada por Mariano Moreno, un joven e inteligente abogado, influido por el liberalismo europeo, antecedente de Bernardino Rivadavia y como este, amigo de los ingleses y partidario de importar cultura e instituciones de Europa a América.

5. El proceso revolucionario habría encontrado un gran protector en el cónsul inglés en Río de Janeiro, Lord Strangford, altruísticamente preocupado por nuestra liberación respecto al oscurantismo español.

6. Pero, más importante aún, resultó la protección que nos brindó, pocos años después (1825), el Primer Ministro George Canning, merced al cual fue reconocida nuestra independencia y por cuya razón el gobierno presidido por el Gral. Agustín P. Justo decidió, en 1937, erigirle un monumento en la ciudad de Buenos Aires (que un día fue arrojado al Río de la Plata, por fanáticos malvineros).

De este modo, habríamos nacido como Patria independiente a través de esta revolución comandada por la elite porteña y cuyo propósito era la apertura al mercado mundial, la alianza comercial y diplomática con los ingleses y nuestro desarrollo a semejanza de Europa.

Si se observa detenidamente este programa, es exactamente el que impuso Mitre al llegar al gobierno, el mismo Mitre que, transfigurado de político en historiador, relató una historia que legitimaba, con los héroes de 1810, a los nuevos "héroes" de 1862.

Como se comprende, esto no es casualidad pues, como se sabe, "la historia es la política pasada y la política, la historia presente", sin solución de continuidad. Es el mismo Mitre cuya política es proinglesa y abiertamente antilatinoamericana, quien abomina de Bolívar por "su ambición" de unificar a América Latina, adjudicándole a San Martín el proyecto inverso: crear países independientes y aislados, el mismo Mitre que levanta a Rivadavia como "el más grande hombre civil de los argentinos" y reproduce sus medidas de liberalismo económico, probritánicas y porteñistas, cuatro décadas después de la "leliz experiencia" rivadaviana.

Para justificar plenamente su política de gobierno, Mitre levanta en el pasado una historia a su imagen y semejanza. Para ello, necesita cintas celestes y blancas en 1810 y no la efígie de Fernando VII en los sombreros de los activistas, pues esta última torna inexplicable ese proceso. Por la misma razón, inventa "la máscara de Fernando VII" para justificar la jura tanto por el Rey Fernando, como la bandera española flameando en el Fuerte hasta 1814, y la presencia de españoles en la Primera Junta (Larrea y Matheu). Por la misma razón, él, tan rigurosamente fanático de la heurística, cuando le acercan el *Plan de Operaciones de Moreno*, que muestra los verdaderos objetivos de la revolución, lo "pierde", para invalidarlo.

De esto podría concluirse que la Revolución de Mayo, según el mitrismo, significa el nacimiento de la Patria, entendiéndolo por Patria un país formalmente independiente, pero subordinado económica y políticamente, como semicolonia, al Imperio Británico.



Juan Larrea. Miniatura de autor anónimo ubicada en el Museo Histórico Nacional.

accionaria los llevaba a simpatizar con la época colonial, cuando imperaba el Orden mientras la Inquisición zanjaba amablemente las discusiones filosóficas. Pero, como argentinos, no era posible condenar la Revolución y exaltar la colonia. Algunos de ellos quisieron que se había montado una fábula más, entre tantas otras propias del mitrismo pero, al indagar, deben haber retrocedido aterrados al comprobar que había demasiado de Revolución Francesa en los sucesos de Mayo (por ejemplo, Federico Ibarguren se horroriza ante "el marxismo" desplegado por Mariano Moreno unos cuantos años antes de que naciera Marx)¹.

Prevalció, entonces, entre los revisionistas el criterio de aceptar la versión separatista o independentista lanzada por el mitrismo, con algunos retoques que complacían al nacionalismo oligárquico:

a) Insistir en que no había pueblo en los sucesos de Mayo y que el rol protagónico de la revolución lo asumió el ejército. De allí, Saavedra -en tanto militar y conservador- se-
ría el líder. Hugo Wast lo sostiene enjundiosamente: "La Revolución de Mayo fue exclusivamente militar y realizada por señores... El populacho no intervino [...] Su principal actor fue el jefe de los militares don Cornelio de Saavedra" y más adelante afirma: "La patria no nació de la entraña plebeya, sino de la entraña militar"².

b) La Revolución no estaría influida por el liberalismo revolucionario de la Francia del 89, ni el de la España del 2 mayo de 1808. Se produjo para evitar que los franceses, ya casi dueños de España, pudieran dominar también estas tierras -resguardándolas hasta que el rey de España regresase al trono-, preservando al mismo tiempo al régimen tradicional "de la infección de la democracia, el ateísmo y la masonería".

¹ Idem.

² Ibarguren, Federico: *Los espas de Mayo y el verdadero Moreno*, Buenos Aires, Theoría, 1963, pp. 73 y 78.

³ Wast, Hugo: *Año X*, Buenos Aires, Concoria, 1970, p. 11.

⁴ Idem, pp. 64.

Si siguiéramos esta interpretación -señala Enrique Rivera- "nuestra revolución es exclusivamente inglesa [...] y la lucha de nuestros ejércitos contra el absolutismo español tenía entonces el objetivo de convertirnos en colonia inglesa"³. Esta versión es la que ha prevalecido en los colegios e incluso en corrientes historiográficas como la Nueva Escuela Histórica y la Historia Social que actualmente predomina en la Universidad.

¿Qué actitud tomaron, años después, los historiadores revisionistas tradicionales frente a la posición mitrista?

La mayoría de ellos -provenientes, como los mitristas, de la clase alta- no manifestaron interés por cuestionarla.

En general, su concepción re-
mientra la Inquisición zanjaba amablemente las discusiones filosóficas. Pero, como argentinos, no era posible condenar la Revolución y exaltar la colonia. Algunos de ellos quisieron que se había montado una fábula más, entre tantas otras propias del mitrismo pero, al indagar, deben haber retrocedido aterrados al comprobar que había demasiado de Revolución Francesa en los sucesos de Mayo (por ejemplo, Federico Ibarguren se horroriza ante "el marxismo" desplegado por Mariano Moreno unos cuantos años antes de que naciera Marx)¹.

Prevalció, entonces, entre los revisionistas el criterio de aceptar la versión separatista o independentista lanzada por el mitrismo, con algunos retoques que complacían al nacionalismo oligárquico:

a) Insistir en que no había pueblo en los sucesos de Mayo y que el rol protagónico de la revolución lo asumió el ejército. De allí, Saavedra -en tanto militar y conservador- se-
ría el líder. Hugo Wast lo sostiene enjundiosamente: "La Revolución de Mayo fue exclusivamente militar y realizada por señores... El populacho no intervino [...] Su principal actor fue el jefe de los militares don Cornelio de Saavedra" y más adelante afirma: "La patria no nació de la entraña plebeya, sino de la entraña militar"².

b) La Revolución no estaría influida por el liberalismo revolucionario de la Francia del 89, ni el de la España del 2 mayo de 1808. Se produjo para evitar que los franceses, ya casi dueños de España, pudieran dominar también estas tierras -resguardándolas hasta que el rey de España regresase al trono-, preservando al mismo tiempo al régimen tradicional "de la infección de la democracia, el ateísmo y la masonería".

¹ Idem.

² Ibarguren, Federico: *Los espas de Mayo y el verdadero Moreno*, Buenos Aires, Theoría, 1963, pp. 73 y 78.

³ Wast, Hugo: *Año X*, Buenos Aires, Concoria, 1970, p. 11.

⁴ Idem, pp. 64.

Con respecto a la Historia Social, si bien tampoco se preocupó -durante muchos años- por revisar la interpretación mitrista, (en actitud coherente con la admiración de Halperín Donghi y Luis A. Romero, por Mitre, como asimismo por la coincidencia en los planteos conservadores), últimamente parece haber comprendido el débil sustento de esa tesis e inicia, con suma prudencia, un replanteo. Así, el 24 de mayo del 2002, Luis Alberto Romero sostuvo en *Clarín*: "Estamos lejos [los historiadores] de lo que se enseña en la escuela, y también del sentido común. Sin duda, hay una brecha que debe ser cerrada, pues en Historia, tanto como en Física o Matemáticas, no puede admitirse tal distancia entre el saber científico y el escolar. Pero hay que hacerlo con cuidado. Este relato mítico (sobre Mayo) es hoy uno de los escasos soportes de la comunidad nacional". José Carlos Chiaramonte, de la misma corriente historiográfica, va aún más lejos: "Había un relato escolar, que creo que ya no se cuenta más, según el cual todos los criollos querían ser independientes, pero en 1810 los realmente independentistas eran una absoluta minoría [...] Dos días después del 25 de mayo, el órgano de gobierno se declara representante del monarca preso. No se forma una junta de gobierno independiente [...] Esto fue interpretado como una simulación, pero yo creo que en la mayoría de la gente de la época no fue una simulación". De este modo, da por finiquitada la fábula de "la máscara de Fernando VII". Pero Chiaramonte es muy optimista al suponer que en las escuelas ya se ha superado "la máscara" inventada por el mitrismo. En la *Historia Argentina, desde la prehistoria hasta la actualidad*, publicada por *Página/12*, que proviene del Departamento de Historia del Colegio Nacional Buenos Aires se sostuvo, no hace mucho, lo siguiente: "La instalación, el 25 de mayo, de la Junta Provisional Gubernativa, se hizo a nombre de Fernando VII. La 'máscara de la monarquía' constituiría, todavía por algún tiempo, un recurso indispensable para entenderse con el viejo continente"⁴.

Por su parte, la corriente historiográfica federal-provinciana hace ya mucho tiempo que reivindicó y asumió la interpretación de Alberdi, ya transcrita: la revolución de mayo como integrando el proceso de la revolución democrática española y americana y a su vez, en la senda de la Revolución Europea cuya fecha liminar es el 14 de julio de 1789, en Francia⁵.

Es decir, se trata de una revolución democrática dirigida contra el absolutismo, impulsada por la convicción de que el pueblo debe elegir a sus gobernantes y no provenir estos de ningún derecho divino de los reyes. O en otras palabras, los antagonistas -en 1810- no son americanos probritánicos contra españoles, sino españoles, criollos y mestizos, que componen la mayoría de la población, influidos por las banderas democráticas desplegadas en Francia (1789) y España (1808), quienes embisten contra los sectores reaccionarios, españoles pero también criollos y mestizos (el funcionariado virreinal, los monopolistas, alto clero), defensores de los principios absolutistas. No es, inicialmente, revolución separatista, sino democrática. No dirime una cuestión nacional sino que es guerra civil, entre sectores sociales e ideologías antagónicas. En este enfrentamiento, la figura de Fernando VII -cautivo de Napoleón, por entonces-, no expresa al absolutismo español, sino por el contrario, a las fuerzas democráticas que en España se han levantado contra la invasión francesa y también contra el absolutismo, con el antecedente del mencionado motín de Aranjuez.

⁴ Romero, Luis A.: "Una brecha que debe ser cerrada", *Clarín*, Buenos Aires, 24/5/2002.

⁵ Chiaramonte, José C.: "La Revolución en 1813: medidas radicales e incertidumbre", *Clarín*, Buenos Aires, 24/5/2004.

⁶ Departamento de Historia del Colegio Nacional Buenos Aires, Dir. Aurora Ravina: *Historia Argentina, desde la prehistoria hasta la actualidad*, publicada por *Página/12*, Buenos Aires, 1999, fascículo 13, p. 198.

⁷ Alberdi, Juan Bautista: *Mitre al desnudo*, Coyoacán, Buenos Aires, 1961, p. 28.

Las Juntas Populares españolas confían tanto en el rey cautivo como las Juntas Populares americanas, considerándolo el probable líder de la renovación democrática en España y en América. Por esta razón, no solo en Buenos Aires, sino en el resto de América, las insurrecciones gestan Juntas que asumen el poder en nombre de Fernando. Por esta razón, French y Beruti reparten estampas del rey cautivo y por la misma razón, los españoles democráticos -influidos por aquel liberalismo todavía revolucionario- participan de la Junta de Gobierno. Solo así resulta explicable la conducta de San Martín: veterano del ejército español, quien viene al Río de la Plata, junto al español Chilavert, con el barón de Holmberg, austriaco, el chileno Carrera y otros, para proseguir en América, la lucha por la revolución democrática que conceptúan agonizante en España. Si el "gallego" San Martín no vino por esta razón, si la Revolución de Mayo fue pro-británica y antihispanica, vendríamos a concluir lamentablemente en que la única explicación de su regreso estriba -como lo ha planteado el Dr. Juan B. Sejean, en su libro *San Martín y la tercera invasión inglesa*- en que ha sido sobornado, al pasar por Londres, por los ingleses. José León Suárez, en su libro *Carácter de la Revolución Americana*, retoma el planteo de Alberdi, en 1917 y también Enrique del Valle Iberlucea buccó en el mismo sentido al publicar su ensayo *Las Cortes de Cádiz, la Revolución de España y la democracia de América* (1912) donde explica que los americanos fueron convocados a participar en la sanción de la constitución democrática española de 1812 como representantes de provincias y no de colonias.

Asimismo, también Manuel Ugarte sostuvo esta interpretación: "Españoles fueron los habitantes de los primeros virreynatos y españoles siguieron siendo los que se lanzaron a la revuelta. Si al calor de la lucha surgieron nuevos proyectos, si las quejas se transformaron en insinaciones, si el movimiento cobró un empuje definitivo y radical fue a causa de la inflexibilidad de la Metrópoli. Pero en ningún caso se puede decir que América se emancipó de España. Se emancipó del estancamiento y de las ideas retrógradas que impedían el libre desarrollo de su vitalidad [...] ¿Cómo iban a atacar a España los mismo que en beneficio de España habían defendido, algunos años antes, las colonias contra la arremetida de Inglaterra? [...] Si el movimiento de protesta contra los virreyes cobró tan colosal empuje, fue porque la mayoría de los americanos ansiaba obtener las libertades económicas, políticas, religiosas y sociales que un gobierno profundamente conservador negaba a todos, no solo a las colonias, sino a la misma España [...] No nos levantamos contra España, sino en favor de ella y contra el grupo retardatario que en uno y en otro hemisferio nos impedía vivir".

Intentaremos aportar seguidamente los elementos fundamentales que permitan comprender en profundidad la naturaleza del proceso de Mayo, anticipando, a quienes se les ocurra tildarnos de hispanistas con el propósito de adjudicarnos una posición reaccionaria, que si español fue Franco y la Falange, también fueron españoles el pounista Andrés Nin y los anarquistas de Asturias.

La Revolución en el Río de la Plata

Veamos ahora cuales son las fuerzas en pugna, en Buenos Aires, durante esos días de mayo de 1810. Por un lado, el mundo viejo, de blasones nobiliarios y fanatismo religioso, defensor del orden y las jerarquías sociales, blanco y desdeñoso del indio, del mestizo y del negro, temeroso de las nuevas ideas que circulan en el mundo convocando a "herejías



Aniano Luis Beruti, protagonista de las jornadas de mayo de 1810, integrante de los chisperos.

igualitarias". Lo representa el partido de los godos, acantonado en la Real Audiencia, el Cabildo, la cúpula eclesiástica, la rancia burocracia que tiene al virrey por cabeza y el núcleo de familias ricas, ligadas al viejo monopolio comercial -los registreros- dueños de esclavos, gente de misa diaria. Es importante recordar sus apellidos pues aparecerán una y otra vez, integrando la clase dominante, a lo largo de nuestra historia: Alzaga, Martínez de Hoz, Ocampo, Pinedo, Lezica, Santa Coloma, Beláustegui, Sáenz Valiente, Ezcurra, Oromí, Tellechea y Arana, entre otros.

Ellos han participado activamente y además han financiado con sus aportes la lucha contra la invasión inglesa, defendiendo a rajatabla ese orden que les dispensa privilegios, desde la ostentación del escudo nobiliario en el frente de sus mansiones hasta la atmósfera religiosa asegurada por la presencia de la

Inquisición. Pretenden continuar usufructuando la vieja siesta colonial y rechazan enérgicamente esas ideas díscolas de los filósofos franceses que convocan a subvertir todos los valores.

En oposición a estos custodios del viejo orden, se ha forjado una amplia coalición democrática integrada por sectores populares y la emergente burguesía anglocriolla. Respecto a los primeros, se trata de una pequeña burguesía democrática partidaria del liberalismo revolucionario del 89 francés y del mayo español, integrada por abogados (Moreno, Castelli, Belgrano, Paso, etc.), médicos (Argerich) y sacerdotes populares (Alberdi, Grell, Aparicio), con participación de trabajadores (French, cartero; Beruti, empleado estatal; Donado, gráfico; Arzac, sin trabajo; Orma, soldado y otros).

Son hombres jóvenes y, en su mayor parte, hijos de españoles. Hasta ellos han llegado las ideas de los libros prohibidos donde se fundamenta que no deben existir diferencias de cuna entre los seres humanos y se preconiza el reconocimiento de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Injustamente algunos historiadores los han tachado de "ideólogos apartados de la realidad", cuando precisamente expresan todo lo contrario. Belgrano, formado en el liberalismo económico en España, se define por la exportación de materias primas, en el Consulado el 15/6/1796¹² pero luego sostiene, el 14/6/1802, en el mismo lugar, que "todas las naciones cultas se esmeran en que sus materias primeras no salgan de sus Estados a manufacturarse"¹³, postulando la necesidad de elaborarlas y exportar productos manufacturados, es decir, el desarrollo industrial. Castelli, carlotista, en 1808, reivindica a los Incas y proclama la liberación de los indígenas en Tihuanaco, por 1810. De la misma manera Moreno, quien redacta la *Representación de los hacendados* por el libre comercio, luego se manifiesta proteccionista "pues la concesión de la franquicia del comercio libre con los ingleses, ha ocasionado muchos quebrantos y perjuicios"¹⁴.

Este es el núcleo dinámico de la revolución y arrastra a sectores sociales de menos ingresos, intentando, luego, ensamblar con el interior mestizo e indígena. Su accionar no es público y eso ha permitido tejer diversas leyendas desde "la sociedad de los siete" hasta las conspiraciones en la jabonería de Vieytes.

Otro integrante del frente es una nueva burguesía comercial, producto del contra-

¹² Belgrano, Manuel: *Memorias*, citado en Documentos, comp. Manuel Fernández López, Biblioteca Página 12, Buenos Aires, p. 24.

¹³ Idem, p. 71.

¹⁴ Moreno, Mariano en Piñero, Norberto (comp.): *Escritos políticos y económicos*, Buenos Aires, Talleres Rossa, 1937, p. 320.

bando y del libre comercio sancionado en 1809, que comprende dos sectores, en vías de entrelazamiento: a) el nativo (entre cuyas familias se destacan Riglos, Aguirre, Sarrautea, Escalada, García, Rivadavia y otros) y b) el inglés, constituido por los comerciantes con autorización temporaria del virrey para radicarse en Buenos Aires (Miller, Parish, Billingham, O'Gorman, Wilde, Craig, Dillon, Twaites, Gowland, Lynch, Robertson, Mackinnon, Brittain, Armstrong, Ramsay, entre otros).

En las familias criollas, resulta interesante observar su creciente grado de alineación en lo foráneo, según lo relatan algunos historiadores, y que ya hemos señalado al recoger el juicio de Mariquita Sánchez sobre la invasión inglesa. Esa burguesía comercial emergente -nutrida en gran parte en el contrabando ya que se halla aún asfixiada en su crecimiento por el sistema del monopolio comercial- a partir de 1806/7, estrecha vínculos con los británicos derrotados, que gozan de ciertas libertades teniendo a la ciudad por cárcel. "Pocos lugares hay en el mundo donde sea más estrecho y sincero el trato entre los hijos del país y los extranjeros -pero más especialmente con los ingleses- que en la ciudad de Buenos Aires", testimonia el marino inglés Alejandro Gillespie¹⁹. Los habitantes, agrega "se vanaglorian de recibir bien a los extranjeros y tienen para ellos toda clase de miramientos y diferencias... Los jefes de familia, en cuyas casas los más de nuestros oficiales se alojaban, nos manifestaban suma bondad, con sus ofrecimientos de dinero". En su libro, Octavio Battolla señala: "Los oficiales prisioneros, inclusive Beresford y sus ayudantes -que tenían a la ciudad por cárcel- durante su breve estadía entre respetables porteños. En ellas se deslizaban plácidamente sus horas de cautiverio, alternando dentro de un ambiente de fina cortesía y amabilidad exquisita con caballeros tan distinguidos por sus familias, por sus empleos y por su posición, como los Escalada, Almagro, Pueyrredón, Casamayor, Lezica, Mansilla, Azcuénaga, Larrazábal, Aguirre, Sáenz Valiente, Irigoyen, Sarrautea, Sánchez de Velasco, Cerviño, Tellechea, Villanueva y otros, a las que daban realce damas tan bellas y por la suprema distinción que había en su persona; Casilda Igarzábal de Rodríguez Peña [...], Rosa Lynch de Castelli [...], Juana de Lasala [...], María Eugenia Escalada y Salcedo de De María [...], Francisca Silveyra de Riglos de Irigoyen, Isabel Calvimontes de Agrelo, Estanislada Cossio de Gutiérrez, María Josefa Lajarrota de Aguirre". John Miller contrajo matrimonio con María Balvastro, de la familia de los Alvear. Su hermano, Andrés Miller tuvo un saladero en Barracas, en sociedad con Mariano de Escalada²⁰. "Varios comerciantes británicos [señala Battolla] como Winton, Nelson, Morgan, Plowes, Staples, Miller y otros, ya habían formado sus hogares con argentinas". De las tertulias en las casas distinguidas, adonde concurrían los ingleses -reitera Battolla- "salieron muchos matrimonios, cuyos descendientes hoy conocemos por sus apellidos británicos, como los Bell, Newton, Tomkinson, Wilde, Lynch, Lumb, Green, Smith, Milberg, O'Connor, Cranwell, Stegman, Shaw, Wriht, Lawson y tantos otros que hoy componen nuestra más distinguida sociedad"²¹.

¹⁹ Gillespie, A.: *Gleanings and remarks*, Inglaterra, 1918, citado por Battolla, Octavio: *Los primeros ingleses en Buenos Aires*, Buenos Aires, Muro, 1928, p. 44.

²⁰ Battolla: ob. cit., pp. 44 y 45.

²¹ *Idem*, p. 54.

²² *Idem*, p. 72.

²³ *Idem*, p. 93.

²⁴ *Idem*, p. 106.

Para los comerciantes criollos, la plena libertad de comercio con los ingleses, sin aranceles aduaneros, resulta fundamental para sus negocios, así como para el sector comercial británico que corre el riesgo de tener que levantar sus comercios si se da por concluido el permiso temporario otorgado por Cisneros. Como se comprende, la revolución, en este caso, era fervorosamente probritánica y antihispánica y desde la perspectiva de este sector social ha sido redactada la Historia Oficial (por lo cual Rivadavia y Mitre son sus continuadores), aún cuando no fuesen los dirigentes del proceso (comenzarán a apropiarse de la Revolución después de la caída de Moreno y en especial, con el Primer Triunvirato donde ejercen influencia Rivadavia y Manuel J. García).

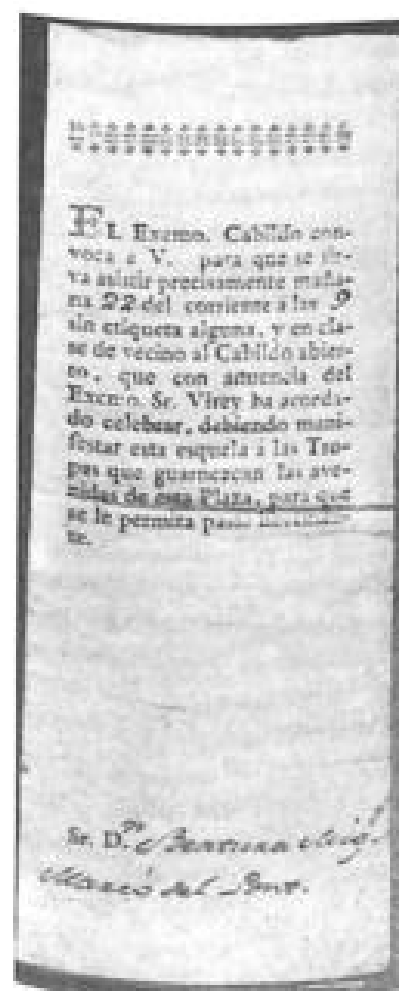
Asimismo, la mayor parte de las fuerzas armadas, recompuestas después de la invasión inglesa, son cultoras de un liberalismo moderado, en algunos casos como Saavedra, de perfil conservador, y, en general, se encuentran bajo la influencia del amplio frente democrático.

Los acontecimientos fundamentales

Los acontecimientos producidos en España a principios de 1810 -extensión del dominio de los franceses sobre casi todo el territorio e instalación del Consejo de Regencia en reemplazo de la Junta Central de Sevilla- apresuran la constitución de Juntas Populares en América, para así resguardar tanto el proyecto transformador, como la eventualidad de caer en manos de los franceses si Napoleón triunfa definitivamente.

El 21 de mayo, mientras el cabildo sesiona en ordinarias, más de 600 personas, acaudilladas por French y Beruti, ocupan la plaza reclamando Cabildo Abierto. Van armados de puñales y pistolas, se autotitulan "La legión infernal" y lucen como emblema, en el sombrero, el retrato de Fernando VII junto a una cinta blanca en la que se lee "unión entre americanos y españoles. Son "chisperos" y "manolos" de los arrabales, señala Groussac, activistas o agitadores, diríamos en el lenguaje actual.

Presionado por esa presencia inquietante, el Síndico Leiva gestiona ante el virrey para que se convoque a Cabildo Abierto. El Cabildo "Chico" o de funcionamiento habitual, era de doce miembros, pero el "Abierto" amplía la participación a aquellos "vecinos" que el virrey conceptuaba "de distinción"²². También se los caracterizaba como "vecinos respetables" o propietarios. Así queda convocado para el día 22 de mayo. Se imprimen 600 o 650 invitaciones pero solo concurren 251 personas, de las cuales más de 20 se retiran antes de votar. El virrey explica, luego, que "un considerable número de incógnitos que envueltos en sus capotes y



Citación para el Cabildo abierto de 22 de Mayo.

²² Ruiz Moreno, Isidoro: *Mayo de 1810. Actas del Cabildo de Buenos Aires*, Buenos Aires, Claridad, 2009, p. 17.

armados de pistolas y sables, paseaban en torno a la plaza arredaban al vecindario que, temiendo los insultos, la burla y aún la violencia, rehusó asistir a pesar de la citación²². Por otra parte, concurren muchos que no pertenecen a la llamada "gente decente" pues Agustín Donado, a cargo de la imprenta de Niños Expósitos, imprime y reparte subrepticamente, entre los partidarios, un exceso de invitaciones -entradas truchas diríamos hoy- para facilitar el ingreso de los sectores populares²³. De allí que "concurriesen fraudulentamente muchos pulperos, talabarteros, hombres ignorados", por lo cual un testigo señalará luego que "se votó al gusto de la chusma"²⁴. La concurrencia no era pues -parece- "la gente decente" de Bülken, ni los "señores propietarios" de Hugo Wast, ni tampoco el "pueblo" entendido como "aristocracia ilustrada", según Mitre.

El resultado de la votación de ese Cabildo Abierto se conoce en la mañana del día 23: 69 votos a favor de que continúe el virrey; 156, en contra²⁵. Esto significa la cesación del virrey, prevaleciendo la moción que encarga al Cabildo la tarea de formar el nuevo gobierno. Es interesante retomar que los exponentes de las familias más ricas -que luego constituirán nuestra oligarquía- votan a favor del virrey Cisneros: José Martínez de Hoz, Juan Ignacio de Excurra, Norberto de Quirno y Echeandía, Juan María de Almagro, Ramón Miguel Oromí, casado con Agustina de la Sala o Lasalle, Juan Bautista Elorriaga, casado con Leocadia de Seguro y Lezica, Francisco de Neyra y Arellano, José Ignacio de Quintana y Francisco Antonio de Beláustegui.

Ese mismo día nace la maniobra organizada por el síndico Leiva, pues el Cabildo, después de cesantar al Virrey, nombra una Junta integrada por Saavedra y Castelli en representación de los revolucionarios y por el cura Solá y el comerciante Incháurregui; en nombre del absolutismo, pero incorpora, como quinto integrante y cabeza de la Junta, al propio Virrey Cisneros.

Por la noche, el síndico Leiva informa a los jefes militares acerca del nuevo gobierno que se habrá de instalar y les obsequia un reloj a cada uno y cien pesos para la tropa, aunque la versión que corre es que el comandante Martín Rodríguez denunció que se estaba armando una traición al Cabildo Abierto. Inicialmente los revolucionarios se reúnen y aceptan lo actuado, aunque algunos como Moreno y "Pancho" Planes manifiestan su indignación y se retiran. Puede presumirse que en ese momento se produce el ensamble entre el grupo morenista (Moreno, "Pancho" Planes, Belgrano, Castelli, entre otros) y los chisperos: French, Beruti, Cardozo, Donado, Dupuy, Orma, así como con los curas Grela y Aparicio, que son puente hacia la base popular.



Domingo French. Retrato de Rafael Argüelles, de fines del siglo XIX. Museo Histórico Nacional.

²² Informe del Virrey Cisneros al gobierno de España, citado por Biblioteca de Mayo, Senado de la Nación, Buenos Aires, 1960.

²³ Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, tomo V, 1ª Sección, Buenos Aires, El Ateneo, 1962, p. 222.

²⁴ Memorias de José María Romero, citado en *Genealogía*, Revista del Instituto argentino de Ciencias Genealógicas, Buenos Aires, 1961.

²⁵ Ruiz Moreno da este resultado: 157 por el cese, 53 por la continuidad, pero la mayoría de los historiadores dan 156 y 68 o 69 respectivamente.

A las tres de la tarde del día 24, jura la Junta tramposa urdida por el síndico, con la aquiescencia del sector democrático moderado y especialmente de Saavedra. Pero, al mismo tiempo, los bandos pegados por orden del Cabildo son arrancados y pisoteados por hombres del pueblo, mientras algunos peones que los están pegando en las paredes son atacados por los vecinos, según recuerda Vicente Fidel López. Allí están los chisperos, quienes queman dichos bandos y convocan a manifestar su disgusto para el día siguiente. Al atardecer, Moreno arenga a los soldados. El cura Aparicio, con pistola al cinto, anima a las tropas. La casa del Fiscal Villota es apedreada. Ante la creciente movilización popular, el 24 a la noche se reúne la Junta y renuncian Castelli y Saavedra, lo que obliga a la disolución del gobierno. El poder pasa, nuevamente, a manos del Cabildo.

El 25 por la mañana, el Cabildo se reúne, pero en la plaza aumenta la presencia de gente. Los chisperos reparten ahora cintas rojas, en señal de sangre y violencia. En ese clima, el Cabildo decide convocar a la fuerza armada para que reprima a los revoltosos y sostenga en el poder a la Junta creada el día 24. Pero, apenas se difunde la noticia, la multitud ocupa la casa capitular. La encabezan French, Chiclana, el padre Grela, Beruti, Planes y otros jóvenes ardorosos e intransigentes.

El síndico Leiva trata de contenerlos, solicitando que ingrese solo una delegación a conversar. Leiva escucha los reclamos y solicita la opinión de los comandantes, quienes se declaran a favor del pueblo. Los cabildantes deciden entonces, como última carta, eliminar al virrey de la junta tramposa pero mantener a los cuatro restantes miembros, mientras los gritos truenan desde la plaza exigiendo "saber de qué se trata". Los cabildantes reclaman, entonces, una presentación por escrito. Se presenta un documento con nombres de los propuestos para integrar la Junta, firmado por 409 personas y dos firmas: la de Beruti y French, agregando ambos "Por mí y a nombre de seiscientos". El historiador Ruiz Moreno agrega: "Y la de yo, el Cacique don José Minoyulle, estampada otra vez con disinta rúbrica y apellido Minouie ¿Padre e hijo?"²⁶. Leiva, advirtiendo que ante las dilaciones comienza a ralea la gente de la Plaza, pretende descalificar el movimiento preguntando: "¿Dónde está el pueblo?" Pero esto colma la paciencia... "A partir de ese momento -dice el acta del Cabildo- se oyen entre aquellos las voces de que si hasta entonces se había procedido con prudencia porque la ciudad no experimentase desastres, sería ya preciso echar mano a los medios de violencia; que las gentes, por ser hora inoportuna, se habían retirado a sus casas; que se tocara la campana del Ayuntamiento; y que si por falta de badajo no en aquel lugar para satisfacción del Ayuntamiento; y que se abriesen los cuarteles, en cuyo caso sufriría la ciudad lo que hasta entonces se había procurado evitar"²⁷. "El Cabildo se negaba a proclamar la lista de candidatos propuesta por el pueblo, mas entrando con pistolas y puñal en mano varios facciosos en la Sala Capitular le obligaron a que condescendiese con sus deseos"²⁸.

Así cae el absolutismo y nace la Primera Junta. De una manera más áspera y con menos buenos modales que los que relata la vieja historia. Ha triunfado el frente democrático, encabezado por el sector jacobino y Mariano Moreno es el hombre fuerte del nuevo gobierno.

²⁶ *Idem*, p. 35.

²⁷ Pérez Amuchástegui, A. J.: *ob. cit.*, tomo I, p. 166.

²⁸ Academia Nacional de la Historia: *ob. cit.*, tomo V, 2ª Sección, p. 50.

El Plan de Operaciones: programa revolucionario de Mayo

La definición alberdiana de la Revolución de Mayo como "detalle" o "momento" de la revolución americana y a su vez, de la española y la francesa, explica el curso que toma el proceso a partir del 25 de mayo. Se trata de un movimiento democrático, antiabsolutista, burgués nacional en el Río de la Plata -dado el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas- capaz de liderar por sí misma este cambio, mientras en España el curso de la revolución es incierto (y luego fracasa, en 1814). Existe, sí, una burguesía comercial ansiosa de subordinarse económicamente a Inglaterra. Y una pequeña burguesía, de ideología revolucionaria, pero que no puede, por sí misma, impulsar las nuevas relaciones de producción para concluir con el antiguo régimen, avanzar en la explotación de los recursos naturales, crear el mercado interno, trazar comunicaciones y gestar el Estado Nacional, tarea que debía realizarse a nivel hispanoamericano o, por lo menos, a nivel de cada una de las revoluciones americanas que estallaron contemporáneamente.

La naturaleza de la revolución es democrática. No es inicialmente separatista respecto a España, como sostiene la historia mitrista. Solo adquiere carácter independentista, separatista, a partir de 1814 cuando, fracasada la revolución democrática española, el vínculo con España conduciría al absolutismo. Pero hasta esa época, la revolución en el Río de la Plata integra el proceso iniciado en España en 1808, expandido por toda Hispanoamérica entre 1809 y 1811. La versión de que nace por "odio a España" solo responde a los intereses probritánicos que operan sobre el autor de las biografías de San Martín y de Belgrano considerado, por la clase dominante, como el "padre de la historia argentina". Ya hemos señalado la fábula de la "máscara de Fernando VII", como así también que la ausencia de propuesta separatista explica los años que transcurren entre 1810 y 1816, en que se declara la independencia. Cabe, sin embargo, insistir en algunos otros aspectos.

¿Cómo podrían "odiar a España" los integrantes de la Primera Junta? ¿Acaso Matheu y Larrea, que eran españoles de nacimiento? ¿Acaso Saavedra, de antigua familia andaluza; Paso, hijo de un gallego; Azcuénaga, hijo de un vizcaíno, educado en España e hijo de un santanderino; Belgrano, de padre italiano pero que se radicó y tomó ciudadanía en Cádiz, estudiante y abogado recibido en España, Castelli, de familia veneciana pero abuelo español o Beruti, de padre gaditano? ¿Acaso los autores del Himno: Vicente López y Planes, de padre asturiano o Blas Parera que había nacido en Cataluña? Evidentemente lo que odiaban era el absolutismo hispánico, tanto como lo odiaban los liberales de las Juntas populares de España. Por esa razón declaran obediencia a Fernando VII al igual que lo hacen los revolucionarios que lideran los movimientos insurrectos en las diversas ciudades de Hispanoamérica y también, por esa razón, la Asamblea del año XIII tampoco declaró la independencia. Y, por lo mismo, la bandera española se mantiene flameando en el fuerte de Buenos Aires durante varios años posteriores al movimiento revolucionario de Mayo.

La historia mitrista pretendió demostrar que el gran enemigo y posible opresor era España, mientras los ingleses nos ayudaban a ser independientes. Creó así la falsa idea de que, en las luchas entre 1810 y 1814, los ejércitos independentistas luchaban contra españoles en ambos bandos. En su libro *El ejército realista en la guerra de independencia*, Julio Mario Laqui Lagleyze demuestra:

«Julio Mario Laqui Lagleyze, *El ejército realista en la guerra de independencia*, Instituto Nacional Sanmartiniano - Fundación Mater Dei, Buenos Aires, 1955, p. 9.

a) que la tropa de los ejércitos absolutistas era mayoritariamente de nativos, pues recién en 1814 -cuando se restablece la monarquía en España- se envían fuerzas militares para intentar recuperar "las colonias".

b) Asimismo, son tan numerosos los oficiales y jefes americanos en los ejércitos realistas, como los españoles en los ejércitos revolucionarios. ¿Quién era Arenales, mano derecha de San Martín en la campaña del Perú, sino un español de nacimiento, pero antiabsolutista? ¿Quién era Goyeneche, enemigo de los revolucionarios, sino un americano nacido en Arequipa? Por su parte, Olañeta, el último en defender a la monarquía, aún después de la batalla de Ayacucho, había nacido en Jujuy. Del mismo modo, Pío Tristán, jefe realista derrotado por Belgrano en Salta y Tucumán, era de Arequipa, así como Juan Michelena, que bombardeó Buenos Aires, fanático absolutista, había nacido en Maracaibo. Al mismo tiempo, un revolucionario como Francisco Javier Miná, que luchó por México, era nacido en Navarra (España), así como Juan Pardo de Zela y Vidal, héroe de la campaña sanmartiniana en Perú, había nacido en Galicia, mientras que Andrés Santa Cruz, paceño, peleó inicialmente en las filas monárquicas.

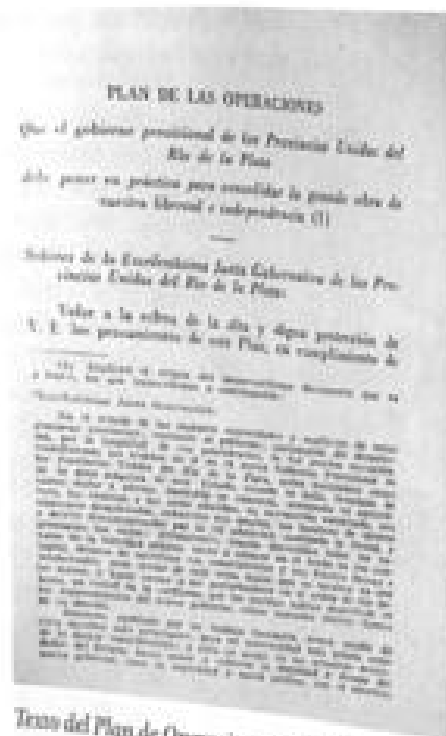
El caso de San Martín -semejante al de Tomás de Iriarte- solo tiene explicación desde esta perspectiva. Después de haber vivido desde los 6 años hasta los 33 en España y ser esta perspectiva. Después de haber vivido desde los 6 años hasta los 33 en España y ser veterano de 30 batallas, su regreso al Río de la Plata solo es explicable como propio de un liberal revolucionario que lucha en España por esa causa y cuando la ve perdida en la península, decide proseguir la misma lucha en América. Considerar que, siendo teniente coronel de caballería del ejército español, vino al Río de la Plata a pelear contra sus propios camaradas del ejército español, resulta un disparate y abre camino a la tesis del Dr. Sejean, de que fue sobornado en Londres. Dada la imposibilidad de la historia mitrista de dar una explicación razonable de su regreso, o ella está equivocada, o cabe la posibilidad de que tengamos como padre de la Patria a un agente inglés.

En su *Enciclopedia biográfica argentina*, Diego Abad de Santillán transcribe un interesante juicio del Dr. Carlos Sánchez Viamonte, que seguramente proviene de la tradición oral de su familia: "En América, el proceso dialéctico asume el significado de una lucha entre criollos y godos, pero no debemos creer lo que siempre se nos ha dicho al respecto. Esa clasificación no finca en el lugar del nacimiento, sino en una actitud sentimental e ideológica de carácter políticsocial. Los criollos llamaron godos a los peninsulares, funcionarios y cortesanos, que venían a gobernarlos y a explotarlos en nombre del rey; pero comprendieron en el calificativo a los nativos que seguían perteneciendo a la España feudalizada, del despotismo y de la intolerancia. En las filas de los godos hubo criollos por el lugar de su nacimiento, y en las filas de los criollos hubo peninsulares desfelipizados".

Esa revolución democrática necesitaba desplegar sus grandes banderas igualitarias, establecer la redención del indígena y la libertad de opinión, eliminar la esclavitud, promover el crecimiento económico, en fin, dar un fuerte impulso modernizador en las instituciones y en la práctica. De ahí que Moreno plantee la necesidad de un Estado centralizado capaz de realizar esas tareas.

Los integrantes de la Junta comprenden que se requiere un programa democrático, hispanoamericano, avanzado, capaz de constituir el nervio y motor del gobierno. Por esta razón, a menos de un mes del triunfo -el 17 de junio- le encomiendan al Secretario Mariano Moreno que redacte un *Plan de Operaciones*. Este Plan se presenta a la Junta el 31 de agosto y constituye, en la historia de las luchas por la liberación de los países dominados, el primer intento de reemplazar a la burguesía inexistente por la acción del Estado. Sin ese *Plan de Operaciones*, la revolución queda vaciada y por ello, Mitre lo extravió.

«Sánchez Viamonte, Carlos, en 1938, reproducido en Diego Abad de Santillán: *Enciclopedia biográfica argentina*, Buenos Aires, Ediar S. A. Editores, 1956, tomo C-DEL, p. 492, al definir "criollo".



Texto del Plan de Operaciones de Mariano Moreno.

quienes lo reemplazaron como "los grandes historiadores del régimen" (Groussac, Levene y otros) se esforzaron lo indecible por descalificarlo, considerarlo apócrifo, negarlo de toda forma.

Sin embargo, ya en 1829, el historiador español Mariano Torrente, en su libro *Historia de la revolución hispanoamericana* se había referido, de este modo, al Plan: "La casualidad ha hecho llegar a mis manos el informe secreto que uno de dichos diputados, el Dr. Moreno, dio a la Junta de Buenos Aires en 1810 sobre los medios de arraigar su revolución. Se estremece el alma al considerar los atroces y bárbaros atentados que es capaz una cabeza excéntrica exaltada por el estúpido ídolo del republicanismo". Sin embargo, el Plan no aparece citado por Mitre en su libro *Historia de Belgrano y la independencia argentina*, ni tampoco referencia a este comentario crítico por parte de Torrente. Años después, Eduardo Madero halló una copia de la copia del Plan de op-

eraciones, en el Archivo General de Indias de Sevilla y se la envió a Mitre, pero él -frente al documento que modificaba sustancialmente su interpretación de la revolución de Mayo-, si bien inicialmente la ofreció para que se incluyera entre los escritos de Moreno, sorprendentemente lo perdió y no pudo cumplir con dicha promesa. Sin embargo, con posterioridad, Norberto Piñero obtuvo una nueva copia, que publicó en su libro *Escritos políticos y económicos de Mariano Moreno*¹¹. A partir de ese momento se trabó una larga polémica alrededor de la autenticidad del Plan. Norberto Piñero, Rodolfo Puiggrós y otros defendieron su autenticidad, mientras los custodios de la historia oficial -Groussac, Levene, entre otros- lo impugnaron como apócrifo. La resistencia de estos últimos a aceptar "el Plan" reside en que este demuele la interpretación de Mitre sobre la Revolución de Mayo, una de las columnas de la Historia Oficial. Por ello, se niegan a correlacionar el programa del Plan con la política concreta desarrollada por Moreno respecto a la represión del enemigo (fusilamientos, destierros), así como la instalación de empresas estatales (de fusiles y pólvora) y los artículos de "La Gaceta". Pero, finalmente Enrique Ruiz Guinazú, en su libro *Epifanía de la libertad*, publica correspondencia de la princesa Carlota donde alude al "plan perverso", "el plan doctrina de un doctor Moreno", que demuestra, según ella, que "los americanos son diablos en figura humana". Asimismo, Guinazú reproduce una carta de Fray Cirilo a Carlota, del 26 de marzo de 1815, donde se refiere "al plan de la revolución de América que [...] demuestra bien la perfidia y maldad de esos perversos insurgentes". Con esta documentación, la polémica ha llegado a su fin, quedando probada la autenticidad del Plan de Operaciones. Ricardo Levene

¹¹ Torrente, Mariano: *Historia de la revolución hispanoamericana*, Madrid, 1829, 3 tomos, citado por Rodolfo Puiggrós en *La época de Mariano Moreno*, Buenos Aires, Sophos, 1960, p. 320.
¹² Moreno, Mariano, *Escritos políticos y económicos*, ordenado y con prólogo de Norberto Piñero, Talleres Rensio, Buenos Aires, 1937 (1ª edición, 1896).
¹³ Ruiz Guinazú, Enrique: *Epifanía de la libertad*, Buenos Aires, Nova, 1952, p. 326.

escribe, sin embargo, que "para comprender la obra orgánica de la Revolución de Mayo, se impone, en primer término, demostrar la apocricidad del plan atribuido a Mariano Moreno"¹⁴, probando así una curiosa manera de "hacer la historia": primero se interpreta y luego se desechan los documentos que no encajan en la interpretación.

Por su parte, Raúl Molina ha presentado una carta de Lord Strangford al marqués de Wellesley que se refiere al Plan¹⁵. Con este aporte se ratifica la existencia de ese documento como guía de los revolucionarios.

El Plan traza los objetivos generales que persigue la Revolución y analiza la manera de instrumentarlos, tanto en los órdenes político y económico como en materia de política exterior. Analizando y comparando con las medidas tomadas por la Junta bajo el influjo de Moreno, se ratifica su veracidad, así como su importancia. En líneas generales, especialmente en lo económico, San Martín ejecuta un proyecto semejante en Mendoza para construir su ejército de los Andes, mientras que los López, padre e hijo, implementan algo parecido en Paraguay, llevándolo a la cabeza de los países de América Latina hacia 1860.

En lo político, el Plan va dirigido a aniquilar al absolutismo, consolidar el poder en manos de los revolucionarios y extender su influencia en América. Para ello, sostiene la necesidad de aplicar medidas drásticas, tomando como ejemplo a los franceses del '89: "Reformemos los abusos corrompidos y póngase en circulación la sangre del cuerpo social extenuado por los antiguos déspotas, y de este modo se establecerá la santa libertad de la Patria [...] Y así no debe escandalizar el sentido de mis voces, de cortar cabezas, verter sangre y sacrificar a toda costa, aún cuando tengan semejanza con las costumbres de los antropófagos y los caribes. Y si no, ¿por qué nos pintan a la libertad ciega y armada de un puñal? Porque ningún estado envejecido (España) o provincias (América) [obsérvese que no dice colonias] puede regenerarse ni cortar sus corrompidos abusos, sin verter arroyos de sangre"¹⁶.

Esta concepción jacobina es la que aplica Moreno cuando la revolución ve levantarse el peligro contrarrevolucionario, en Córdoba, a través de Liniers. La orden dada por Moreno a Ortiz de Ocampo es contundente: "Esta Junta ha fulminado sentencias contra las conspiradores de Córdoba [...] y manda que sean arcabuceados [...] en el momento en que sean pillados [...] sin dar lugar a minutos que proporcionasen ruegos"¹⁷. Pero Ortiz de Ocampo no los fusila, sino que propone enviar los detenidos a Buenos Aires. Moreno convoca a la Junta y estalla de ira: "Lo que esa Junta de Comisión merece es traerla con barras de grillos y deportarla a la Patagonia"¹⁸. Luego, le escribe a Ocampo: "La obediencia es la primera virtud de un general"¹⁹ y también a Chicla: "Después de tantas ofertas de energía y firmeza, pillaron nuestros hombres a los malvados, pero respetaron sus galones y cagándose en las estrechísimas órdenes de la Junta, nos los remiten presos a esta ciudad [...] Con qué confianza encargaremos obras grandes a hombres que se asustan de su ejecución"²⁰. Hugo West, en su libro *Año X*, se escandaliza del lenguaje del Secretario y pudibundamente escribe solamente "y c...", agregando una llamada al pie de página donde afirma "Pero (Moreno) lo escribe con todas las letras de la torpísima palabra que no osamos escribir aquí"²¹.

¹⁴ Levene, Ricardo, en: *Academia de la Nación Argentina: ob. cit.*, tomo IV, 2ª Sección, p. 230.

¹⁵ Molina, Raúl: *La primera polémica sobre la revolución de Mayo*, Buenos Aires, 1967, pp. 49 y 50.

¹⁶ Moreno, Mariano: *ob. cit.*, pp. 302 y 303.

¹⁷ West, Hugo: *Año X*, Buenos Aires Editorial Concorde, 1970, p. 161.

¹⁸ Chávez, Julio C.: *Caselli, el adalid de Mayo*, Buenos Aires, Leviatán, 1957, p. 173.

¹⁹ Academia Nacional de la Historia: *ob. cit.*, tomo V, 2ª Sección, p. 110.

²⁰ Carta de Mariano Moreno a Chicla del 17/8/1810, Museo Mitre citado por Norberto Galasso en *Mariano Moreno. "El sabido del sur"*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1994, p. 20.

²¹ West, Hugo: *ob. cit.*, p. 162.



Fusilamiento de Liniers y de sus compañeros en Cabeza de Tigre. Acuarela de Franz van Riel.

Moreno envía entonces a Castelli, quien dispone el fusilamiento, el 26 de agosto de 1810. Uno de los más fervorosos morenistas, Domingo French, le aplica el tiro de gracia a se consolida la revolución.

Asimismo, la deportación del Virrey y de los miembros de la Audiencia, la propuesta (grandes ricachones como "el godo" Francisco Beláustegui, Juan Arroyo y Pinedo, Quiroga y Echeandía, Olaguer Reynals, "el godo" Pablo Villariño y otros), y las instrucciones y la aplicación del jacobinismo morenista de Paula Sanz, Nieto y Córdoba consti-

trenar la política exterior que formula el Plan va dirigida a obtener apoyos para poder en península. Llevado por esta necesidad, comete el grave error de una cesión de territorio a los franceses, si estos triunfaran en Inglaterra, en primer lugar, [es] una de las intrigantes por los respetos del señorío de los mares, y en segundo lugar, [es] una de las intrigantes por los respetos del señorío de la extensión de miras mercantiles, por dirigirse siempre todas sus relaciones bajo el principio de la extensión de miras mercantiles, cuya ambición nunca ha podido disimularsa e ignominiosa esclavitud" en que Inglaterra tiene a Portugal y la posibilidad de que esta precaución en inglés algún día.⁴⁹

Esta precaución en inglés algún día.⁴⁹ bajar en nuestro bien, sino a sacar cuantas ventajas pueda proporcionarse [...] Mirennos

⁴⁹ Moreno, Mariano: ob. cit., p. 334.

⁵⁰ Idem, p. 335.

sus consejos con la mayor reserva, y no incurramos en el error de aquellos pueblos inocentes que se dejaron envolver en cadenas, en medio del embelesamiento que les habían producido los chiches y abalorios. Aprendamos de nuestros padres, y que no se escriba de nosotros lo que se ha escrito de los habitantes de la antigua España, con respecto a los cartagineses que la dominaron: ... Viéronse estos traidores / Fingirse amigos, para ser señores; / Y el comercio afectando, / entrar vendiendo para salir mandando."⁴⁴

En el aspecto económico, el Plan asombra por su carácter avanzado. "Si no existe la burguesía -parece haber pensado Moreno- el Estado deberá ocupar su lugar", adelantándose así más de un siglo a la salida propugnada por los procesos de Liberación Nacional del Tercer Mundo aquejados de esa misma carencia o debilidad. "Se pondrá la máquina del Estado -sostiene- en un orden de industrias, lo que facilitará la subsistencia de miles de individuos". Alrededor de 200 o 300 millones de pesos serán "empleados, poniéndolos en el centro mismo del Estado, para desarrollar fábricas, artes, ingenios, y demás establecimientos, como así en agricultura, navegación, etc.". Pero ¿con qué recursos el Estado se convierte en empresario y centro de la actividad económica? La solución consiste, para Moreno, en apropiarse de cerca de 500 o 600 millones de pesos pertenecientes a los mineros del Alto Perú. "Esto -sostiene- descontará a cinco o seis mil individuos pero las ventajas habrán de recaer sobre ochenta mil o cien mil". Después agrega: "¿Qué obstáculos los pueden impedir al gobierno, luego de consolidar el Estado sobre bases fijas y estables, para no adoptar unas providencias que aun cuando parecen duras para una pequeña parte de individuos, por la extorsión que pueda causarse a cinco o seis mil mineros, aparecen después las ventajas públicas que resultan con la fomentación de las fábricas, artes, ingenios y demás establecimientos en favor del Estado y de los individuos que ocupan en sus trabajos".⁴⁵ Y lo fundamenta de esta manera: "Es máxima aprobada que las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un Estado, no solo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un Estado, sino cuando también nada remedian las grandes necesidades de los infinitos miembros de la sociedad; demostrándose como una reunión de aguas estancadas que no ofrecen otras producciones sino para el terreno que ocupan pero que, si corriendo rápidamente su curso bañasen todas las partes de una a otra, no habría un solo individuo que no las disfrutase, sacando la utilidad que le proporcionase la subsistencia política, sin menoscabo y perjuicio".⁴⁶

El Plan fija, asimismo, prohibición absoluta a los particulares para trabajar minas de plata y oro, creación de una empresa nacional de seguros, limitación de importaciones, especialmente, aquellas "que siendo como un vicio corrompido, son de un lujo excesivo e inútil", que deben "evitarse principalmente porque son extranjeras y se venden a más oro de lo que pesan".⁴⁷ Se define, asimismo, contra el comercio libre sin aranceles aduaneros, que "ha arruinado y destruido los canales de la felicidad pública por su concesión [...] a los ingleses".⁴⁸

La política económica desarrollada por la Junta apunta a lograr esos objetivos del Plan. Se sanciona la creación de un fondo para impulso a la industria minera, se distribuyen tierras en la pampa bonaerense fijando límites de extensión para evitar la formación de grandes haciendas, se mantienen los aranceles a la importación no obstante la presión

⁴⁴ Idem, p. 221.

⁴⁵ Moreno, Mariano: ob. cit., pp. 293 y ss.

⁴⁶ Idem.

⁴⁷ Idem.

⁴⁸ Idem.

de los comerciantes ingleses (su rebaja se hará efectiva bajo el primer Triunvirato de 1811), se promueve un censo para conocer los recursos naturales y bienes disponibles y el Estado acomete la empresa de fabricar fusiles en Buenos Aires y Tucumán, mientras levanta una fábrica de pólvora en Córdoba.

En esos pocos meses de 1810, Moreno cuenta con el inapreciable apoyo de Belgrano y Castelli. Algunos historiadores se ocupan de reivindicar a Belgrano como el hombre bondadoso que murió pobre y abandonado, estimulando la vena sensiblera de alguna docente de la vieja época. Más importante sería mostrar al Belgrano proteccionista e industrialista, que con Castelli se convierte en el principal apoyo de Moreno, no tan tierno como se lo muestra a los niños. El le escribe a Moreno: "Sabio golpe el dado con respeto a los mandatos del gobierno y los que no, tiemblen [...] no quedará uno que pueda alterar el orden. Pidame lo que quiera que estoy pronto para todo, mis ideas se conforman con las de usted y nada me anima más que el bien de la Patria cuya inclinación conozco en usted, auxiliado de las luces que yo quisiera tener"¹⁰. El mismo Belgrano lo alerta al Secretario: "Créame que aunque para hablar en su Secretaría, enciérrase en su gabinete y que no le oiga más oficial que su dignísimo hermano"¹¹. Castelli, a su vez, le escribe a Moreno: "Los naturales respiran y ven el fin de su abatimiento en el principio de su libertad civil; están perfectamente impuestos de la causa y bendicen al mismo gobierno. Concurren, sin escasez, con cuanto tienen y sirven personalmente sin interés y a porfía. A conducir artillería se plegan trescientos indios y en hombros trasmontan con ellos los cerros más encumbrados como si fuera una pluma y andan remisos para tomar dinero, diciendo que es la vez primera que se les paga por servir al rey"¹².



Juan José Castelli, El orador de la Revolución. Grabado Anónimo del siglo XIX.

A su vez, en el Alto Perú, Castelli derrota al absolutismo y entabla promisorias relaciones con las comunidades indígenas, mientras Chile da su grito de libertad, y en la Banda Oriental empiezan a moverse esos hombres que Moreno señala en el Plan, como indispensables para expandir la revolución: un tal Gervasio Artigas y sus primos Valdenegro, Baltasar Vargas y otros. En cambio, la suerte es adversa a Belgrano en el Paraguay.

La política exterior adquiere rasgos propios cuando el secretario de la Junta le da 24 horas para abandonar el país a Carlos José Guezzú, el emisario de la Princesa Carlota Joaquina, quien pretende inmiscuirse en una mediación entre Buenos Aires y Montevideo para sacar provecho en beneficio de los portugueses.

¹⁰ Carta de Belgrano a Mariano Moreno del 27/9/1810, citada por Facundo Arce en *Epistolario belgraniano*, Cartas inéditas de Belgrano a Moreno, p. 62.

¹¹ Carta de Belgrano a Mariano Moreno del 13/11/10, citada por Facundo Arce en *ob. cit.*

¹² Academia Nacional de la Historia *ob. cit.*, tomo V, 2.ª Sección, p. 143.

Sin embargo, Moreno carece del tiempo necesario para que su política económica rinda frutos, así como para consolidar sus fuerzas. La mayor parte de la Junta lo apoya, pero tanto la burguesía comercial porteña, como algunas fuerzas reaccionarias del interior (el obispo Molina, de Cuyo), trenzan vínculos con el grupo más moderado de las fuerzas armadas que se expresa en Saavedra. Ese frente lo acorrala en diciembre de 1810, justamente cuando sus dos hombres de confianza -Castelli y Belgrano- se hallan al mando de tropa pero a muchos kilómetros de distancia, y solo French, al comando del regimiento Estrella, se halla cerca para apuntalarlo. La incorporación de los diputados del interior -comandados por dos sacerdotes: Funes y Molina- al aliarse al saavedrismo y constituir la llamada Junta Grande, lo coloca a Moreno en minoría, arrebatándole la conducción política. Pero, más allá de la argucia leguleya, el golpe de estado para destituirlo es inminente y el mismo Moreno lo señala, para quien sepa leerlo, en su renuncia del 18 de diciembre de 1810: "... decidida la pluralidad y sentado el concepto de un 'riesgo inminente contra la tranquilidad pública' si no se acepta esta medida"¹³, se conforma con ella y abandona su cargo. Por su parte, sostiene Saavedra: "Conseguí lo que me propuse. El pueblo todo (el sensato digo) elogió mi modo de obrar y ha mirado con execración a este Demonio del Infierno"¹⁴.

Obligado a dar batalla en condiciones desfavorables, Moreno no tiene otra opción que dar un paso atrás para recomponer sus fuerzas. Así parece intentarlo, basándose en el apoyo de los chisperos (French, Beruti, Donado), bajo el severo control del saavedrismo gobernante. Pero poco después, acepta una gestión diplomática en Inglaterra y el 24 de enero, se hace a la mar en compañía de dos de sus fieles: su hermano Manuel, y Tomás Guido.

Varios hechos significativos se producen antes y durante el viaje que permiten inferir el asesinato del Secretario de la Junta. El padre Azcurra, por ejemplo, en el Alto Perú, recorre las calles agradeciendo la caída del Secretario y gritando: "Ya está embarcado y va a morir"¹⁵. Guadalupe Cuenca, esposa de Moreno, recibe, antes de la partida, un extraño y fúnebre obsequio: un abanico de luto, un velo y un par de mitones negros¹⁶. El gobierno, por su parte, en su nombramiento, le designa un reemplazante para el caso de que no llegue a Inglaterra.

"No sé qué cosa funesta se me anuncia en mi viaje"¹⁷, dice Moreno, poco antes de partir. Luego, ya en alta mar, le acomete fiebre y un malestar ante lo cual Guido y su hermano Manuel solicitan al capitán del buque que modifique el rumbo para atracar en costas del Brasil y hacerlo atender, pero el capitán se niega. Pocos días después, y en hallándose solo, Moreno recibe un emético que le administra el capitán: una mezcla de antimonio y tartrato de potasa que en pequeñas dosis actúa como vomitivo, pero en dosis altas, resulta letal. Después de ingerirlo, sufre convulsiones y muere. Es el 4 de marzo de 1811. Semanas después, cuando llega la noticia a Buenos Aires, inmediatamente corre la versión de que ha sido envenenado.

¹³ Mariano Moreno: citado por Ignacio Nuñez en *Noticias Históricas*, Tomo II, La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1952, pp. 25 y 26.

¹⁴ Carta de Cornelio Saavedra a Chiclana, del 15/01/1811 citada por Jorge Ramallo en *Los grupos políticos en la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Fundación Nuestra Biblioteca, 1974.

¹⁵ Chaves, Julio C., *ob. cit.*, p. 220.

¹⁶ Álzaga, Enrique W.: *Cartas que nunca llegaron*. Buenos Aires, Emecé, 1967, p. 11.

¹⁷ Mariano Moreno, recordado por su hermano Manuel en *Vida y Memorias del Dr. Mariano Moreno*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos Rosso, 1937, p. 240.

La derrota

Apenas un mes después de la muerte de Moreno, los saavedristas organizan un movimiento dirigido a desplazar del poder al ala izquierda de la revolución, es decir, a los amigos del Secretario Jacobino, que han gobernado entre mayo y diciembre de 1810. Son los sucesos del 5 y 6 de abril de 1811, organizados por el Dr. Joaquín Campana, el alcalde Tomás Grigera y el coronel estanciero Martín Rodríguez. El reclamo organizado por estos, nucleando gente de las quintas de los alrededores de la ciudad, delante del Fuerte, resulta la excusa para el desplazamiento de los más definidos partidarios de Moreno que integran la Junta Grande. El saavedrismo, como facción conservadora, se consolida en el poder, aunque apenas controla la situación durante cinco meses.

Algunos historiadores, entre ellos Salvador Ferla en *Historia argentina, con drama y humor* han supuesto erróneamente -o por el interés de otorgar el rol protagónico de Mayo a Saavedra y al Ejército- que se trataría de "una pueblada", basándose en que concurren "hombres de a caballo" liderados por Tomás Grigera, conocido como "el alcaide de las quintas". Conviene advertir que "a caballo" andan los peones de campo, los gauchos, pero también los dueños de las quintas. Por otra parte, la información de que disponemos permite suponer que esos "hombres de a caballo" jugaron el papel de cobertura de los regimientos saavedristas, cuya presencia ante el Fuerte debió ser mucho más decisiva, cumpliendo un rol importante Martín Rodríguez. Años después, Sarmiento cuenta que hallándose en Chile, en tertulia de emigrados, alguien preguntó: "¿Quién fue el malvado que hizo la primera revolución, para maldecir su nombre? Se paseaba por el patio de la casa el anciano general Martín Rodríguez y, descando obtener una respuesta, lo interrogaron: -¿Quién fue el primero, don Martín, que hizo revoluciones en Buenos Aires? [...] -¿Sí? ¿Quién fue el malvado? Entonces, Martín Rodríguez, con voz terrible, contestó: -Yo, y dando vuelta se encerró en su pieza, de donde no le vieron salir hasta el día siguiente".

Para una mejor comprensión, es conveniente analizar el documento oficial, redactado por el Deán Funes, donde se explica la naturaleza de los sucesos del 5 y 6 de abril de 1811: "En toda revolución de los Estados, siempre se encuentran hombres fanáticos, que resueltos a quebrantar todos los límites de la moderación, fijan su mérito en los excesos más desenfrenados. A título de un celo ardiente por el bien de la patria inflaman a las gentes sin experiencia, y haciendo traición a los intereses del pueblo, cuando solo trabajan o por desfogar su frenesí, o por su venajá personal, llegan a persuadirles que son sus más intrépidos defensores. En la historia de nuestra revolución no podían faltar hombres de este carácter. Hace tiempo que hemos visto, con no poco sentimiento, irse introduciendo una furiosa democracia [...] Con la insolencia más desahogada inundaron al pueblo, y aún el reino en libelos difamatorios. Las cabezas más respetables, se señalaban con el dedo para que saliesen al cadalso sin forma de proceso. Con toda anticipación distribuían los bienes de los más ricos ciudadanos como legítima presa, y se creía con más derecho aquel, que hubiese sido más impío y más malvado. Debían establecerse penas contra los que diesen asilo a los proscritos, y las confiscaciones serían siempre la justa recompensa de los asesinatos [...] [Pero] los insurgentes se vieron sorprendidos en la noche del 5 de abril sus planes quedaron desconcertados para siempre; cautivados ellos en la red que preparaban para otros". Manifiestos de este tipo hemos conocido muchos en la historia argentina.

¹⁰ García Costa, Víctor: "Juan Larrea, entre el olvido y el misterio", Revista *Todo es Historia*, N° 384, Buenos Aires, julio de 1999, p. 85.

¹¹ Manifiesto sobre los sucesos del 5 y 6 de abril de 1811, citado por Federico Ibarguren en *Las etapas de Mayo y el verdadero Moreno*, Buenos Aires, Theoría, 1963, pp. 115-119, subrayado del autor.

justificativos de los golpes reaccionarios: los Malos a los que hay que combatir son "los hombres fanáticos", que "quebrantan los límites de la moderación", con "los excesos más desenfrenados" introduciendo "una furiosa democracia" donde se pretende "distribuir los bienes de los ricos" a través de "confiscaciones"; el Bien que hay que defender son "las cabezas más respetables", los que "dan asilo a los proscritos", enemigos del gobierno, que no solo pueden perder sus riquezas, sino ser enviados a cadalso. Entre los malos figuran los revolucionarios más jugados en los sucesos de Mayo, aquellos que combatieron con mayor fervor al absolutismo y lograron triunfar el día 25. Por eso, es necesario definir claramente -especialmente en los colegios, donde generalmente se lo omite- que la Revolución aún no había cumplido un año cuando fue derrotada y sus mejores hombres son enjuiciados, desterrados o están muertos. La *Gaceta* del 15 de abril de 1811 califica a los morenistas de "fanáticos, frenéticos, demócratas furiosos, inmorales, hambrientos de sangre y pillajes, traidores facciosos, almas bajas, cínicos, revoltosos, insurgentes, hidras ponzoñosas y corruptores del pueblo". Estos juicios ratifican el carácter conservador del golpe del 5 de abril.

En sus cartas, Guadalupe Cuenca, la esposa de Moreno, relata de este modo la persecución sufrida por los amigos de su esposo, después de los sucesos de abril: "los han desterrado, a Mendoza, a Azcuénaga y a Posadas; Larrea, a San Juan; Peña, a la punta de San Luis; a Vieytes, a la misma; French, Beruti, Donado, el Dr. Vieytes; y Cardoso, a Patagones [...] han puesto Tribunal de Vigilancia [...] Del pobre Caselli hablan incendios, que ha robado, que es borracho [...] hasta han dicho que no los dejó confesarse a Nieto y los demás que pasaron por las armas en Potosí; ya está visto que los que se han sacrificado son los que salen peor que todos".

En otra carta afirma: "en el día el que es tu amigo es reo y perseguido como tal sin más delito que ser tu amigo; ha habido partidarios de Saavedra que han dicho delante de tu tío don Martín que tu partido se ha de cortar de raíz [...] Fray Cayetano Rodríguez anda en vísperas de caer, me parece que le quieren quitar el Provincialato". En una carta posterior agrega: "salen con [...] que es preciso que se le haga consejo de guerra [a Belgrano], así se están portando estos señores con el pobre Belgrano".

Asimismo, el cura Manuel Alberti, morenista, ha fallecido de un infarto, el 31 de enero de 1811, después de una acalorada discusión con el Deán Funes. De aquellos hombres que hicieron la Revolución en Mayo de 1810, solo perduran Saavedra -quien meses después, ya utilizados sus servicios, será expulsado del poder- Domingo Mathieu y Juan José Paso. Según las memo-



Juan José Paso. Óleo de H. J. Rodríguez, Museo Histórico Nacional.

¹² Laiño, Álvaro: "El primer golpe político" en *La Razón*, del 1/9/1966.

¹³ Alzaga, Enrique W.: ob. cit., p. 71, carta de Guadalupe Cuenca a Mariano Moreno del 20/4/1811.

¹⁴ Ídem, p. 72, carta de Guadalupe Cuenca a Mariano Moreno del 9/6/1811.

¹⁵ Ídem, p. 79, carta de Guadalupe Cuenca a Mariano Moreno del 9/6/1811.



Cornelio Saavedra, según el retrato de B. Morel, 1860. Museo Histórico Nacional.

rias escritas por su hijo, Matheu se opuso a que los compañeros de la Junta fueran desterrados "a Patagónicas" y estuvo dispuesto a "salirme del reino, por no ver a la América más oprimida que en tiempo de los tiranos"⁶¹, pero finalmente permaneció en el cargo.

Con respecto a Paso, quizás el más cercano a Moreno pues lo apoya el 18 de diciembre, logra subsistir merced a maniobras oportunistas, las mismas que le permitirán mantenerse en la mayor parte de los organismos de gobierno hasta la década del veinte (1er. Triunvirato, 2do. Triunvirato, Asamblea del año XIII, Congreso de Tucumán, convención constituyente de 1819, legislatura de 1826).

Saavedra, en carta a Viamonte, explica, poco después, los motivos profundos de su antimorenismo: "¿Consiste acaso [la felicidad general] en adoptar la más grosera e impolítica democracia? ¿Consiste en que los hombres hagan impunemente lo que su capricho o su ambición les sugieren? ¿Consiste en atropellar a todo lo europeo, apoderarse de sus bienes, matarlo, acabarlo y exterminarlo? ¿Consiste en llevar adelante el sistema de terror que principió a asomar? ¿Consiste en la libertad de religión y en decir con toda franqueza (como uno de su mayor respeto y confianza) me cago en Dios y hago lo que quiero? Si en esto consiste tratar de la felicidad general, desde luego confieso que ni la actual Junta provisoria, ni su presidente, tratan de ella y tampoco tratarán mientras les dure el mando"⁶².

Vicente Fidel López sostiene que "el poder revolucionario en manos del señor Saavedra y de su partido, no tuvo otro fin que el de consolidar el influjo predominante de la facción oligárquica"⁶³. Se trataba, en realidad, del sector más derechista y conservador dentro del frente antiabsolutista, de escaso sustento social y de ahí su breve permanencia en el poder. Ni Saavedra, ni Grigera, ni Campana eran hombres de la burguesía comercial anglo-criolla, ni representaban sus intereses, aunque confluyen con ella, años después, en el unitarismo⁶⁴.

Por ahora, la burguesía anglo-criolla en desarrollo juega con bajo perfil, esperando la ocasión para hacerse del poder. Algunos de sus políticos más destacados (Rivadavia, Sarratea, García) comienzan a trascender como importantes figuras, especialmente cuando la Junta presidida por Saavedra pierde prestigio por la frustración de la campaña al Paraguay y la derrota de Huaqui en el Alto Perú, así como por el confinamiento de los dirigentes morenistas, que ha generado profundo malestar en el pueblo.

En septiembre de 1811, la burguesía comercial anglo-porteña, después de haber usado a los saavedristas, los arroja como limón exprimido. Por un lado, crea el Triunvirato, integrándolo con Paso, Chiclana y Sarratea. Como secretarios son designados Bernardi-

⁶¹ "Documentos curiosos: la Autobiografía de Matheu tiene serios cargos para Saavedra", *La Razón*, Buenos Aires, 25/5/60.
⁶² Carta de Cornelio Saavedra a J. J. Viamonte, del 27/06/1811, citado por Jorge Ramallo en *ob. cit.*
⁶³ López, Vicente Fidel: *Historia de la República Argentina*, Buenos Aires, Kraft, 1913, tomo IV, p. 15.
⁶⁴ Martín Rodríguez resulta el más claro exponente de ese antimorenismo de 1810 que termina en el privatismo de 1820.

no Rivadavia, José J. Pérez y Vicente López. Luego accederá Pueyrredón en reemplazo de Paso. Por otro, la Junta Grande pasará a convertirse en "Junta conservadora de la soberanía del señor don Fernando VII y de las leyes nacionales".

Conviene detenerse ahora en los hombres que han llegado al poder. Paso, como se ha señalado, se acomodaba a las circunstancias. Vicente Fidel López lo describe así: "Paso había pactado pacíficamente (según su costumbre) con el partido predominante"⁶⁵.

Chiclana había mantenido buenas relaciones con Moreno, pero luego se había acercado a las huestes de Don Cornelio Judas: "Chiclana era saavedrista [señala López] de antecedenentes y de inclinación; pero halagado con cualquiera posición social que se le diera"⁶⁶. Con respecto a Sarratea, la opinión de contemporáneos e historiadores es contundente: "Cortesano y trivial [...] intrigante por solo el gusto de serlo [...] noblecillo corrompido, un político de comedia, un cínico"⁶⁷ lo califica Vicente F. López, y en el tomo IV de su *Historia* solo afirma: "¿Para qué hablar de Sarratea?"⁶⁸. Por su parte, Mariano de Vedia y Mitre afirma: "Sarratea era un hombre sin probidad, pero bastante ejercitado en encubrir las lepras de su alma"⁶⁹. "Corrompido instrumento de Inglaterra"⁷⁰, sentencia Liborio Justo, en *Nuestra Patria vasalla*. "Es anglómano por principios y por carácter; goza de reputación bastante mala en lo tocante a su moralidad; ha disipado una fortuna considerable; tiene el espíritu muy venal, y parece que se ha dejado seducir por las sumas que sin duda le ofreció Inglaterra, que ha podido apreciarlo bajo todos respectos"⁷¹, escribe Le Moyne a Raynebal. Por una de esas jugarretas de la Historia, cuando muere Sarratea -en Limoges, Francia, el 21 de septiembre de 1849- sus restos fueron traídos al país y conducidos a tierra bajo la responsabilidad de dos oficiales: uno, de apellido Pinedo, el otro de apellido Alzogaray⁷², cuyos descendientes serían demasiado conocidos, en el siglo XX, por manejar la economía de la Argentina de un modo "sarrateano".

Otros hombres del mismo sector social ocupan posiciones, por entonces: Manuel J. García, cuya vida política está signada por favores a los ingleses y Manuel Andrés Arroyo y Pinedo, un furioso antimorenista (uno de cuyos descendientes, 125 años después, también manejaría la economía argentina con criterio inglés), ambos designados regidores del cabildo. A su vez, Francisco Javier de Riglos es el alcalde de primer voto del Cabildo. Con razón, Vicente Fidel López se refiere a estas familias ricas como las dueñas del poder en esa época, como "los hombres de peso y de pesos, los patricios o padres conscriptos del Municipio, entre los cuales nunca falta un CATÓN EL CENSOR contra un ESCIPIÓN, un ESCALADA a la cabeza de los ESCALADAS y de cien más como ellos [...] Como los Escaladas pensaban entonces Pueyrredón, Rivadavia, García, Arroyo, Riglos, Lezica y toda la clase de fortuna asentada a que pertenecían y que encabezaban"⁷³.

Ese gobierno instaurado en septiembre de 1811 es la primera expresión de la contrarrevolución en nuestra historia. Varios historiadores, por figurar allí Rivadavia -siguiendo el juicio de Mitre que lo considera "el más grande hombre civil de los argentinos"- lo juzgan erróneamente como la continuación del morenismo, cuando resulta precisamen-

⁶⁵ López, Vicente Fidel: *ob. cit.*, tomo IV, p. 18.

⁶⁶ *Idem*.

⁶⁷ *Idem*, tomo III, p. 447.

⁶⁸ *Idem*, tomo IV, p. 18.

⁶⁹ Ales, Oreste Carlos: *Manuel de Sarratea*, Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos de San José de Flores y del Centro Argentino de Investigaciones de Historia, 1975, p. 15.

⁷⁰ *Idem*, p. 18.

⁷¹ *Idem*, p. 23.

⁷² *Idem*, pp. 53 y 54.

⁷³ López, Vicente Fidel: *ob. cit.*, tomo IV, pp. 232 y 233.

te su negación. Raúl Scalabrini Ortiz dio una conferencia, en FORJA en 1937, titulada "Las dos rutas de Mayo" señalando acertadamente: "Había caminos divergentes: por uno se iba al encadenamiento económico, el otro no tenía más límites que la propia capacidad creadora. Cada ruta requería un tipo especial de conductor: uno pudo ser Mariano Moreno porque él presintió una grandeza y una manera de lograrla precaviéndose de la artera logrería de Inglaterra. El otro está encarnado en Rivadavia"⁶⁶.

En principio, el golpe de septiembre transforma a la Junta Grande en Junta Conservadora, pero en noviembre de 1811 la disuelve eliminando la influencia de los diputados provincianos. Asimismo, se disuelven, a su vez, las Juntas Provinciales y se restablece el centralismo político, al reimplantar, con modificaciones, la real ordenanza de intendentes. Estos rasgos porteños definen asimismo una política antihispanoamericana cuando el Triunvirato pacta con el absolutismo (virrey Elío de Montevideo) traicionando a Artigas y dejándolo entre dos fuegos (absolutistas hispánicos desde Montevideo, y portugueses por el norte). La conducción militar de Rivadavia también se halla impregnada de claudicación y conservadorismo: manda replegar las fuerzas, pero Belgrano, después de abandonar Jujuy -con su pueblo, dejándolo como tierra arrasada (el éxodo jujeño)- da las exitosas batallas de Tucumán y Salta (septiembre de 1812 y febrero de 1813). En materia económica, se observa aún más claramente su tendencia. El 21 de junio de 1811, la Junta Grande había prohibido "la introducción de efectos en el interior por extranjeros, y la venta por menor de artículos importados para evitar la concurrencia y la libre interacción en las provincias"⁶⁷, pero, esa disposición "quedó derogada el 24 de Diciembre del mismo año (por el Triunvirato), al rebajarse en una tercera parte los derechos aduaneros a la importación. Finalmente, el 11 de Septiembre de 1812, [se prescinde] de todas las exigencias requeridas a los extranjeros para la consignación de mercaderías"⁶⁸.

La Revolución, sin embargo, resurgiría luego bajo otras formas: en la lucha de Artigas en todo el Litoral, en Monteagudo y la Sociedad Patriótica y en la campaña hispanoamericana de San Martín.

La Revolución de Mayo y los pueblos originarios

Martínez Sarasola señala que, al producirse la revolución "un inusitado fervor indigenista" se apodera de sus dirigentes: "En los primeros años de vida independiente se suceden una verdadera andanada de decretos, leyes, oficios y disposiciones legales de todo tipo, dirigidos a reparar la situación integral de las comunidades indígenas. Se procura borrar la imagen dejada por la Conquista y atraer al mismo tiempo a esas culturas a la causa revolucionaria"⁶⁹. Este estrechamiento de relaciones entre los pueblos originarios y los revolucionarios se manifiesta, según el mismo Sarasola, "en la petición del 25 de mayo de 1810 que llevaba más de cien firmas y por la que se constituyó el Primer Gobierno Patrio: figuran dos caciques, uno de ellos José Minomulle"⁷⁰. Moreno, Belgrano y Castelli manifiestan de manera clara y contundente que los indios deben ser "libres e iguales"⁷¹ al resto de los habitantes. Posteriormente, la Asamblea del año XIII suprime el tributo y

⁶⁶ Conferencia inédita, transcrita parcialmente en Norberto Galasso: *Vida de Raúl Scalabrini Ortiz*. Buenos Aires, Ediciones del Mar dulce, 1970, pp. 275 y 276.

⁶⁷ Alén Lacaró, Luis: ob. cit., p. 68.

⁶⁸ Idem, p. 69.

⁶⁹ Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 155.

⁷⁰ Idem, p. 156.

⁷¹ Idem.

el congreso de Tucumán, al declarar la independencia, se preocupa para que la proclama sea publicada en "quichua, aymará y guaraní"⁷². En el caso de San Martín, resulta harto conocida su expresión "nuestros hermanos, los indios" y su declaración de considerarse el mismo como indio, lo cual es perfectamente comprensible en hombres que tenían por programa revolucionario lo que el Gran Capitán llamaba "el evangelio de los derechos del hombre". La participación de los guaraníes en las huestes de Artigas es bien conocida y, especialmente, la figura de Andrés Guacurari (Andresito Artigas), convertido en baluarte de la revolución en el litoral.

De todas estas expresiones, la que adquiere mayor importancia es la actitud de Castelli, en el norte. Las instrucciones que ha recibido remarcaban la importancia de "designar a los nativos del Alto Perú para las gobernaciones [...] y tomar medidas para defender y elevar a la masa indígena"⁷³. Señala Chaves: "Vastísima fue la política que el representante [Castelli] propugnó en materia indígena, la que comprendía la supresión de los abusos que sufrían los naturales, exención de cargas y tributos, distribución de tierras, establecimiento de escuelas y gobiernos locales por libre consentimiento"⁷⁴. La tradición recuerda que uno de los caciques, en el famoso acto celebrado el 25 de mayo de 1811, en Tihuanacu, se arrodilla ante Castelli, quien inmediatamente lo alza poniéndolo a su nivel porque ya "todos somos iguales", fundamento central del espíritu revolucionario de Mayo.

⁷² Idem, p. 160.

⁷³ Chaves, Julio César: ob. cit., p. 212.

⁷⁴ Idem, p. 227.

CAPÍTULO VII

ARTIGAS Y LAS MASAS POPULARES EN LA REVOLUCIÓN



Artigas en la Ciudadela. Óleo sobre tela del pintor uruguayo Juan Manuel Blanes (1830-1901).

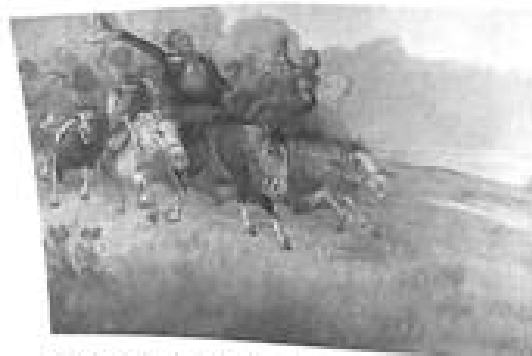
El artiguismo: continuación del morenismo

Con la muerte de Mariano Moreno y el golpe del 5 y 6 de abril de 1811 el resplandor de la gesta de Mayo se apaga en Buenos Aires. Al mismo tiempo, se enciende en la Banda Oriental. Es su prosecución, tanto en la ideología como en la lucha que desarrolla, pero con un rasgo distintivo: las masas ingresan al escenario político.

En 1810, los sucesos de Buenos Aires —no obstante la importante presencia, en mayo, de los 600 chisperos de French y Beruti— no presentan una participación popular masiva, de modo permanente. Inicialmente, la pequeña burguesía revolucionaria (expresada en Mariano Moreno y sus amigos Juan José Castelli y Manuel Belgrano), no logra entroncar con las masas del Interior. En cambio, José Gervasio Artigas es un verdadero caudillo popular. Por este motivo, si la Historia Oficial lo vacía a Moreno desconociendo el *Plan de Operaciones*, en el caso de Artigas actúa de modo más contundente y lo convierte en uno de los hombres más execrados, sobre el cual la clase dominante

corriente historiográfica, Bartolomé Mitre descarga todo su odio. Los padres de dicha corriente historiográfica, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, a quienes generalmente se les adjudican juicios equilibrados y valoraciones científicas ajenas a todo apasionamiento, en este caso, manifestaron toda su saña contra el caudillo oriental. Así, en carta privada, Mitre se regocija ante el propio López de esa actitud: "Los dos, usted y yo, hemos tenido la misma predilección por las grandes figuras y las mismas repulsiones contra los bárbaros desorganizadores, como Artigas, a quienes hemos enterrado históricamente"¹.

¹ Carta de Mitre a V. F. López, en: López, Vicente Fidel: *Manual de la historia argentina*, Buenos Aires, 1889, Talleres L. J. Rosso, p. 243.



El Grito de Asencio dio inicio a la lucha del pueblo oriental contra las fuerzas monárquicas en febrero de 1811. La mañana de Asencio, óleo sobre tela de Carlos María Herrera (1875-1914).

independencia del Uruguay. En tal condición, ingresa a la historia oficial y pasa a los monumentos oficiales. Pero la verdad es que durante toda su vida Artigas rechazó la propuesta de independizar a la Banda Oriental, pues la consideraba una provincia federal integrante de la Confederación con el resto de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Esta deformación oculta su verdadera identidad de caudillo de masas hispanoamericano, Protector de los Pueblos Libres, defensor del indio, del gaucho y de todo desamparado que hubiese en estas tierras; enemigo a muerte del centralismo porteño, del absolutismo español y de la aridez británica.

El revisionismo federal provinciano, algunos representantes del revisionismo rosista-peronista, como José María Rosa¹ y varios historiadores orientales, han reivindicado a Artigas en las últimas décadas, recuperando su auténtica identidad.

En el *Plan de Operaciones*, Moreno ya había previsto que el hombre para ampliar la revolución en la Banda Oriental podía ser Artigas y así lo señaló junto a sus primos y otros hombres audaces y con predicamento ante los gauchos. Artigas cruzó el río, en enero de 1811, habló con los integrantes de la Junta y se aseguró un modesto apoyo en hombres y equipos para insurreccionar la campaña oriental.

Moreno ya se halla embarcado en su funesto viaje, cuando el 28 de febrero de 1811 estalla la revolución oriental con el Grito de Asencio. Un frente social de peones, gauchos, indios, negros e incluso hacendados (en su primera época) encuentra en Artigas a su representante, al hombre capaz de conducirlos en ese torrente de revolución democrática que se ha desatado por toda la América Hispánica, a partir de los levantamientos de 1809 en Chuquisaca y La Paz.

Nacido en 1764, José Gervasio Arugas se hace gaucho en los campos de su familia. Allí aprende las faenas rurales, conoce al hombre de la campaña, negocia en cueros y deambula durante un tiempo "como hombre suelto", tal vez contrabandista, dadas las restricciones al comercio impuestas por el absolutismo. Como tantos otros, crece desarrollando experiencias entre la legalidad y la ilegalidad. Finalmente, en 1797 se incorpora al regimiento de Blandengues Veteranos de la Frontera de Montevideo (así llamado por un pájaro litoraleño caracterizado por una especie de capucha).

¹ Mantilla, Manuel Florencio: *Crónica histórica de la provincia de Corrientes*, Buenos Aires, Espiase y cia., 1928, Tomo I, pp. 2 y 3.
² Rosa, José María: *Artigas. La Revolución de Mayo y la unidad hispanoamericana*, Buenos Aires, Fundación Raúl Scalabrini Ortiz, 1960.

cuerpo al que generalmente se destina a quienes tienen cuentas pendientes con la ley, y se los indulta al pasar al servicio de las armas. Hacia 1800, se desempeña como ayudante de Félix de Azara -en tareas de colonización agrícola- y así se acerca al conocimiento de la cuestión agraria. Poco más tarde, es Juez de Tierras, con la función de instalar colonos.

Su bautismo militar parece producirse al enfrentar, en dos oportunidades, a los ingleses (la primera, en Buenos Aires y la segunda, en Montevideo). A principios de 1811, siendo ya capitán de Blandengues, deserta y se une a esos amigos mencionados en el *Plan de Operaciones*: "un Barde, negro, un Baltasar Vargas, los hermanos y primos de Artigas, un Benavidez, un Vázquez, de San José, y un Baltasar Ojeda"⁴. Baltasar o Balta Vargas es un paraguayo aindiado que porta una hoja de tijera de esquila atada con un tiento y que costearo el Arroyo Grande acaudilla patriotas para las fuerzas de Artigas⁵. Eusebio Valdenegro -seguramente, Barde negro- "es poeta y payador... moreno de cutis... gaucho guapo, jugador y bebedor"⁶. Los hermanos Ojeda -Baltasar y Pancho- son "indios fuertes, de bigotes ralos y caras anchas, paraguayos rastreadores y baqueanos, conocedores de la tierra norteaña como de sus propias manos, capaces de distinguir los campos por el olor de sus hierbas"⁷, quienes reclutan hombres para Artigas formando una compañía de Voluntarios de Tacuarembó. De San José llega, para volcar fuerzas en el artiguismo, "Juan Francisco Vázquez, más conocido por Chiquitín, influyente personaje de la zona"⁸. Y por supuesto, se agregan los hermanos y primos de Artigas, principales lugartenientes en la lucha por la liberación, especialmente Manuel, el primo de José, quien aprendió a batallar en Buenos Aires junto a French, en el regimiento Estrella, bastión del morenismo.

Estos hombres ("por los talentos y opiniones populares que han adquirido por sus hechos temerarios", había previsto Moreno en su *Plan*) con José Rondeau y José Artigas, ("por sus conocimientos [...] como por sus talentos, opinión y concepto"⁹) inician la sublevación. Salvo las vacilaciones y defecciones de Rondeau, son ellos quienes, al frente de sus gauchos, retoman la verdadera bandera de Mayo.

Fracasada la campaña de Belgrano en el Paraguay y con enormes dificultades en el Alto Perú, la Revolución, con el alzamiento artiguista, se expande y encierra entre dos fuegos al absolutismo en Montevideo. En mayo de 1811, los revolucionarios derrotan a las fuerzas realistas en Las Piedras. Luego, avanzan sobre Montevideo, iniciando así el sitio, bajo la jefatura de Rondeau. De este modo, ingresan las masas -bajo la bandera artiguista- en la Revolución Hispanoamericana, colocando al absolutismo al borde de su total aniquilamiento en el Río de la Plata.

⁴ Mariano Moreno, en Piñero, Norberto (compilador): *Escritos políticos y económicos de Mariano Moreno*, Buenos Aires, Edición Letras argentinas, 1937, p. 316.

⁵ Jesualdo: *Artigas. Del vasallaje a la revolución*, Buenos Aires, Losada, 1961, p. 202.

⁶ *Idem*, p. 217.

⁷ *Idem*, p. 201.

⁸ *Idem*, p. 204.

⁹ Mariano Moreno, *ob. cit.*, p. 316.

¹⁰ *Idem*, p. 313.



Rendición de Posadas en Las Piedras, óleo de Juan Manuel Blanes.

La base social del artiguismo

¿Quiénes son los hombres de Artigas?, se pregunta el historiador Jesualdo. Y responde: "[Con] viejas carabinas enmohecidas, sables mellados y sin empuñadura, pistoles y trabucos naranjeros, hojas de tijera de esquilar y medias lunas de desjarrear enastadas en cañas y varas flexibles de membrillo y guayabo, ornadas con trapos multicolores [...] chiripá de merino [...] ondean al viento de la madrugada sus camisas rayadas [...] los más sin sombrero [...] o simplemente con una vincha sujetando la vuelta cabellera [...] Sus rostros quemados por este sol penetrante de las cuchillas sin reparo [...] las narices aplastadas, anchas y sensuales, olfateantes, que parecen llevar todo el olor del campo; con los labios de esponja salientes como chatos bigos maduros; los ojos inyectados en sangre o la mirada aguda de pajarraco criollo, capaz de distinguir el meneo de un bulto en la espesa cerrazón o en la noche más oscura"¹¹. Y agrega: "Una multitud desarrapada sigue de cerca a Artigas. Es gente que no entiende de jerarquías. ¿Qué es, en verdad, un jefe para ellos, changadores, troperos, negros bisoños, indios a medio civilizar, desheredados de la fortuna y amigos de la infancia y correrías? [...] Nada más que un hombre más 'léido', más guapo, más hábil, más jinete, mejor enlazador o pialador, más ducho en las faenas de la yerra y del corambre, más discreto enamorado. Y a ese hombre no se le teme, se le admira. Por eso van ahí con él, siempre irán con él, sus muchachos"¹².

La primera traición a Artigas

El absolutista Francisco Javier de Elío se encuentra acosado por Rondeau, por el artiguismo de la campaña y hostigado desde Buenos Aires, por lo cual su destino es muy incierto. Sin embargo, el absolutismo encuentra todavía la posibilidad de sobrevivir. Elío -desesperado al quedar reducida su acción a Montevideo, con revolucionarios a su frente y a su espalda- pacta una alianza con los portugueses para que estos ingresen a

¹¹ Jesualdo, *ob. cit.*, p. 198.
¹² *Ibidem*, p. 224.



El Éxodo del Pueblo Oriental. Fotografía en blanco y negro de la obra del pintor uruguayo Melchor Méndez Magarinos (1885-1945).

la campaña oriental y hostilicen a las fuerzas artiguistas. Pero, al mismo tiempo, ocurre otro suceso contrarrevolucionario: en Buenos Aires "la gente de peso y de pesos" asume el poder, a través del Primer Triunvirato. A ellos no les interesa la Revolución, sino los negocios, el libre comercio, el mercado. Por eso, en octubre de 1811, los triunviros celebran un pacto con Elío por el cual se comprometen a retirar todas las fuerzas de la Banda Oriental, reconociéndole al jefe absolutista, en toda ella y en parte de Entre Ríos, su autoridad, deja a Artigas librado a sus propias fuerzas. Las tropas porteñas regresan a Buenos Aires y se desentienden de la guerra, en abierta traición a Artigas, quien queda encerrado por enemigos a su frente y a su espalda: el absolutismo montevideo y los portugueses.

El caudillo convoca entonces a una asamblea de sus seguidores, en la que se lo elige jefe de los orientales, al tiempo que se reconoce la imposibilidad de proseguir la lucha. Es la "redota" (como llaman los gauchos, a la derrota provocada por la traición porteña). En octubre de 1811, deciden retirarse con sus familias, sus carretas y sus animales. Artigas inicia el camino hacia el norte y lo siguen cinco o seis mil personas (en una campaña donde habitan 20.000): es el llamado Éxodo oriental. Así, durante dos meses, recorren más de 500 km hasta cruzar el río Uruguay y asentarse en Ayuí, cerca de Concordia (Entre Ríos).

Con esta retirada concluye la primera etapa de la lucha artiguista en la Revolución hispanoamericana.

Los traidores lo declaran traidor

Durante un año, Artigas y sus hombres permanecen en el Ayuí. En julio de 1812, el gobierno porteño -a fin de asegurar plenamente su política de apertura económica- estima necesaria la eliminación del foco absolutista de Montevideo y para ello es necesario negociar con Artigas. Pero la burguesía anglo-criolla no desea que esto signifique un triunfo artiguista ni una consolidación de esa fuerza popular que, a sus ojos, resulta una banda de forajidos; una democracia inorgánica incapaz de gobernarse o ser gobernada.



Manuel de Sarratea. Grabado del siglo XIX.

Por eso, el Triunvirato envía a Manuel de Sarratea como jefe de un ejército que se ubica cerca del Ayuí, al cual Artigas debe subordinarse. El caudillo oriental acepta la situación en aras de la causa, pero, al poco tiempo, Sarratea soborna a algunos de sus jefes (Valdenegro y Vázquez), que se pasan a las fuerzas porteñas. Ello provoca la reacción de Artigas, que desobedece a Sarratea. No acepta que el gobierno de Buenos Aires imponga órdenes a la Banda Oriental, pues considera a ambas provincias en pie de igualdad: "El oriental es un pueblo libre con la consiguiente soberanía"¹¹, declara Artigas, no en sentido separatista sino por considerarse con derechos iguales a los de Buenos Aires. Y escribe en diciembre de 1812: "Cese ya V.E. de impartirme órdenes [...] No cuente ya con algunos de nosotros, porque sabemos muy bien que nuestro obediencia hará precisamente el triunfo de la intriga [...] El pueblo de Buenos Aires es y será siempre nuestro hermano pero nunca su gobierno actual [...] yo no soy agresor, ni tampoco el responsable"¹².

La disidencia Artigas-Sarratea se agrava. Sarratea lo declara "traidor a la Patria". Artigas le apunta: "Después de mis servicios, de mis trabajos, de mis pérdidas; yo, declarado traidor!... Retírese en el momento"¹³.

El regreso de los morenistas

Mientras Artigas se fortalece como caudillo popular consolidando su vínculo con ese pueblo que lo ha seguido en el "éxodo", observa con alarma la creciente prepotencia de la burguesía comercial de Buenos Aires. Bajo el influjo de Rivadavia y Pueyrredón, el Triunvirato atenúa sus rasgos exclusivistas y su política conservadora. Monteagudo lo señala desde *La Gaceta*: "¿Quién no ve que el 18 de diciembre [de 1810] fue como el crepúsculo funesto del 6 de abril [de 1811]? [...] Desde entonces, el espíritu público se apaga, el sistema desfallece, progresa la discordia y empiezan a decrecer nuestras glorias, ya no se habla sino de facciones, las magistraturas y los empleos públicos se distribuyen solo a los parciales y los pueblos observan con escándalo esta mudanza"¹⁴. Ante la debilidad del gobierno, los viejos "godos" se disponen a recuperar sus privilegios y conspiran, con Alzága como líder de la España tradicional. Probablemente este peligro, levantado desde la derecha, conduce al Triunvirato a permitir el reingreso gradual de los morenistas con finados (el último en volver es Larrea, ya cuando el Triunvirato agoniza, en octubre de 1812), así como también a "soportar" los arrestos de la Sociedad Patriótica, desde la cual Monteagudo se consagra como el sucesor de Moreno. Otra expresión de política conciliadora se manifiesta cuando encomiendan a French y Rondeau una misión para apaciguar los enfrentamientos entre Artigas y Sarratea. Son, por otra parte, los morenistas los que llevan adelante el juicio contra Alzága que concluye en su ajusticiamiento: Monteagudo

¹¹ Méndez Vives, Enrique: *Artigas y la Patria Grande*, Montevideo, Taurus, 1972, p. 47.
¹² Ídem, Carta de Artigas a Sarratea del 25 de diciembre de 1812.
¹³ Ídem.
¹⁴ Monteagudo, Bernardo de: "Causa de las causas", *La Gaceta*, Buenos Aires, 20/12/1811.

Vieytes y Agrelo. Fusilado Alzága, un amigo se ocupa de su cadáver: se apellida Martínez de Hoz.

Si bien algunas de estas medidas conciliadoras, no demasiado habituales en un soberbio como Rivadavia, pueden haber nacido de las dificultades que enfrenta el Triunvirato en diversos frentes, existe un hecho que incide seguramente en su actitud política. En los primeros días de marzo de 1812, han llegado al Río de la Plata varios oficiales del ejército español que vienen a sumarse a la lucha revolucionaria, entre ellos: Carlos María de Alvear y José Francisco de San Martín. Ellos constituyen inmediatamente una Logia que se convierte en organización clandestina que sostiene a la Sociedad Patriótica, la cual actúa como organización de superficie donde se nuclean los viejos morenistas.

Pero aquí ingresa a la escena quien será considerado luego el Padre de la Patria y es preciso responder a esos alumnos pícaros que interrogan cuál es la razón por la cual San Martín se acordó de regresar a su patria a los 33 años, después de haber pasado 27 años en España, donde ya era veterano del ejército.

San Martín: ¿libertador hispanoamericano o agente inglés?

Probablemente alguien pregunte: ¿Acaso vamos a discutir -a casi doscientos años de sus batallas libertadoras- si San Martín es o no el Padre de la Patria? Y agregue, quizás: ¿Hemos perdido acaso hasta la identidad nacional? El interrogante posee fundamento y hasta una carga dramática, pero ocurre, tal como se han dado las cosas que, en 1997, el Dr. Juan Bautista Sejean ha publicado un libro titulado *San Martín y la tercera invasión inglesa*, donde lo caracteriza como agente inglés. Allí sostiene que nadie ha explicado con razones atendibles cómo es posible que, habiendo sido llevado a España a los 6 años, el y después de haber participado en 30 batallas como militar español, a los 33 años, el teniente coronel José de San Martín decidiese regresar al Río de la Plata para sumarse a una revolución que Mitre califica de "antihispánica", lo cual significa que viene a dar lucha contra el ejército español, al cual pertenecía hasta meses antes. Dado que ni Mitre ni sus seguidores han dado una explicación fundada del motivo de ese regreso, Sejean argumenta que San Martín, después de salir de Cádiz, residió unos meses en Londres y allí seguramente fue sobornado, por lo cual volvió al Plata como agente inglés y, por eso, asumió el proyecto de "liberar" Chile y Perú, siguiendo un plan inglés formulado por Thomas Maitland, del cual fue mero ejecutor, en la certeza de que esa ruptura con España llevaría a estos países a caer bajo la órbita inglesa.

Ante este planteo -de que el padre de la Patria fuese agente inglés- no se produjo conmoción alguna, como podría haberse supuesto. Ni políticos, ni profesores, ni académicos refutaron la tesis de Sejean. El Instituto Sanmartiniano solo se redujo a un comunicado denunciando que se trataba de una calumnia. Solamente una historiadora -Patricia Pasquali- intentó dar una explicación basada en que San Martín no tenía perspectivas de ascenso en el escalafón militar español en razón de haber nacido en América, lo cual es discutible, pues un jefe de San Martín, el general Solano Ortiz de Rosas, había nacido en Caracas. Por otra parte, resulta curioso que, decidido a desertar del ejército español en busca del generalato en otras tierras, San Martín eligiera justamente el lugar donde debía combatir a los que venían siendo sus compañeros desde los once años cuando ingresó al regimiento de Murcia. Asimismo, reduce la gesta sanmartiniana a una mera cuestión de escalafón militar.

Pero, justamente cuando el mayor de los silencios acompañaba la difusión de las cuatro ediciones del libro de Sejean, se hizo pública la opinión de una descendiente del

general Alvear -Joaquina de Alvear Quintanilla y Arrostea- quien, en su diario íntimo, había registrado que en la familia Alvear siempre se supo que San Martín era hijo de Don Diego de Alvear y la india guaraní Rosa Guarú y que Gregoria Matorras y Juan de San Martín lo habían tomado para la crianza sin ser sus padres biológicos, tal como lo sostiene la Historia Oficial. Insólitamente, esta información produjo la reacción que no se había producido antes y el tema se discutió en programas televisivos y hasta llegó a la Justicia un pedido de ADN. Asimismo, en este caso el Instituto Sanmartiniano salió a la lucha y a través de una de sus principales figuras refutó la tesis, considerándola una calumnia... que formaba parte de "una conspiración indigenista lanzada por Fidel Castro desde Cuba" (?). Asimismo, el tema motivó varias polémicas ardorosas con respecto a si el Libertador era hijo o no de una india -polémicas que no se produjeron cuando fue imputado de ser agente inglés-, lo cual revela que en algunos círculos culturales y políticos de la Argentina constituye un delito grave ser hijo de india, pero no lo es ponerse al servicio de los ingleses.

En el año 2010 intelectuales de prestigio en la Argentina, cuyo juicios influyen sobre la opinión pública -como José Pablo Feinmann y Mario "Pacho" O'Donnell- han sugerido que la tesis de Sejeán sería correcta.

La clave de esta cuestión reside en la interpretación que realizó Mitre sobre la Revolución de Mayo. Como ya se ha señalado, al estudiar los sucesos de mayo, Bartolomé Mitre se encontró con que existía una versión probritánica y fuertemente antihispánica, con el libre comercio como objetivo fundamental, que era sustentada por la burguesía anglo-criolla en formación, y la consagró como la interpretación oficial de ese acontecimiento. Ciertamente, esa burguesía comercial anglocriolla había acompañado ese proceso, en función de sus intereses mercantiles, pero no había sido ella quien había comandado el gobierno entre mayo y diciembre de 1810, sino la pequeña burguesía jacobina que tenía por líder a Mariano Moreno, "el Sabiecito del Sur". Esta pequeña burguesía era, por otra parte, la que había logrado el apoyo popular a través de "los chisperos", y para esta el movimiento era principalmente democrático, antiabsolutista, ni probritánico ni antihispánico, dirigido a reemplazar al Virrey por una Junta nombrada por el pueblo, a semejanza de las Juntas surgidas en España. A la oligarquía mitrista, en fervorosa alianza con el capital británico, le convenía, por supuesto, la versión proinglesa y librecambista para explicar 1810, pues así legitimaba la política de 1862. Para ello, los mitristas debieron escamotear la vinculación de las Juntas de España con las de América, crear "la máscara de Fernando VII" para justificar la jura de la Junta por el rey, y otras picardías por el estilo. Pero al llamado "Padre de la Historia Argentina" no se le ocurrió que dejaba un flanco descubierto: si esa revolución era antihispánica, ¿cómo explicar que un alto oficial del Ejército Español, veterano de guerra, con treinta batallas defendiendo la bandera española y que había vivido desde los 6 hasta los 33 años en la península, se largase de pronto al Río de la Plata para combatir al ejército al cual pertenecía hasta poco tiempo antes? Probablemente, al escribir la biografía de San Martín, Mitre debió advertir la contradicción, aunque probablemente te sus conocimientos sobre ciencias sociales no fueran lo necesariamente profundos como para convencerlo de que su biografiado se había modelado hombre y soldado en España. En todo caso, era un hispanoamericano, pero no podía ser jamás un enemigo de España, sino del absolutismo español, al cual abominaba desde su adhesión a la revolución democrática española que había estallado el 2 de mayo de 1808, con la Junta Central de Sevilla a la cabeza. Pero esto último contrastaba con la interpretación de la Revolución de Mayo de su biografía de Belgrano. Entonces, solo se le ocurrió sostener, como causal del viaje al Río de la Plata, que "el criollo americano había pagado

con usura su deuda a la madre patria... [por lo que] se decidió a regresar a la lejana patria"¹⁹. Luego, los discípulos de Mitre intentaron sostener algo más consistente y explicaron que fueron las "fuerzas telúricas" o "el llamado de la selva misionera" los que indujeron a San Martín a regresar después de tantos años de ausencia. Pero ahora se sabe que la identidad nacional no es una cuestión de territorio sino de influencias culturales, de experiencia, de influjo familiar, etc.: por lo cual, si la revolución de mayo fue antihispánica, solo el soborno explicaría que abandonase el ejército al cual perteneció durante veintidós años para venir a enfrentar precisamente al ejército español, con el objeto de quebrar la dominación hispánica en Argentina, Chile y Perú (siguiendo un plan inglés), de manera que estos tres países pudiesen ser dominados por Gran Bretaña. Así, los historiadores mitristas se encuentran ante una alternativa de hierro: seguir sosteniendo la Historia Oficial, en cuyo caso el Padre de la Patria es un agente inglés o bien reinterpretar la Historia Oficial, corrigiendo a Mitre -que dejaría de ser el "padre de la Historia" al caerse sus biografías de Belgrano y San Martín, y, por ende, caerían Grosso, Ibáñez, Astolfi, etc.-. Esta sería la única manera de dejar a salvo al Padre de la Patria.

¿Mitre o San Martín?, se interrogaron los profesores, académicos, periodistas e intelectuales mientras miraban de reojo hacia el diario *La Nación*. Y decidieron callar.

La respuesta la habían dado, varios años antes, dos historiadores españoles. Eduardo García del Real había escrito: "[San Martín] es liberal y no puede seguir viviendo en España y vuelve a América a luchar, no contra España, sino contra los gobiernos que padecemos y contra los representantes de esos gobiernos que mandaban en nuestras colonias americanas... San Martín era profundamente hispánico"²⁰. Augusto Barcia Trelles había escrito: "A nadie se podrá hacer creer que un hombre formado en España, desde los cinco a los treinta y tres años, habiendo pasado más tiempo en los campos de batalla que entre los suyos, sin amistades, sin familia, sin compañeros en su patria de origen, un buen día, porque sí o porque las añoranzas del terruño brotan de su alma con ímpetus máximos, deja aquella tierra donde están su madre, sus hermanos, sus amigos, sus jefes, las cenizas de sus mayores y el patrimonio espiritual de sus deudos, sacrificando una carrera militar que tenía todas las condiciones para ser magnífica y hasta gloriosa"²¹. La única explicación reside en el carácter democrático, no separatista, del Movimiento de Mayo.

Este San Martín hispano-criollo -que cuando llega a Buenos Aires, "hablaba como un gallego"²²- resulta un continuador del morenismo. Al igual que el secretario de la Junta, San Martín ha abrevado en los filósofos enciclopedistas franceses y en los liberales revolucionarios españoles, aquello que él llamaría luego "el evangelio de los derechos del hombre". La Revolución de Mayo, a la que dispuso sumarse, significa, por ahora, reivindicar los derechos del pueblo y concluir con los abusos y privilegios. Años después dirá: "Nuestra lucha no era una guerra de conquista y gloria, sino enteramente de opinión, guerra de principios modernos y liberales contra los prejuicios, el fanatismo y la tiranía"²³. Y en otra oportunidad afirmará "La revolución de España [de 1820] es de la misma naturaleza que la nuestra: ambas tienen a la libertad por objeto y la opresión por

¹⁹ Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín*, Buenos Aires, Sueldo Argentino, 1950, pp. 38-39.

²⁰ García del Real, Eduardo: *José de San Martín, libertador de Argentina y Chile, Protector del Perú*, Madrid, Espasa Calpe, 1932, pp. 54-55/265.

²¹ Barcia Trelles, Augusto: *San Martín en España*, Buenos Aires, Aniceto López, 1941, tomo II, pp. 311-312.

²² Oliver, María Rosa: *Mundo Mi casa*, Buenos Aires, Falbo Editor, 1965, p. 55.

²³ Hall, Basilio: *El General San Martín en el Perú*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1920, p. 103.

causa²². Solo cuando la revolución en España fracasa -1814- San Martín se decide por la independencia, pues de otro modo se caería nuevamente bajo el absolutismo.

San Martín, Alvear, Chilavert y muchos otros hombres del ejército español vienen, pues, a América para continuar aquí la lucha por la revolución democrática que allá, en 1811, parece derrotada por el ejército napoleónico.

La Logia y la Sociedad Patriótica

Para proseguir su lucha liberal revolucionaria en América, San Martín y Alvear organizan la logia -que en la historia oficial se llama Lautaro- como agrupación clandestina de la Sociedad Patriótica, que lideran Bernardo de Monteagudo y "Pancho" Planes, como expresión del morenismo. De esta alianza entre San Martín y los viejos morenistas no existen dudas, y conjuntamente la emprenden contra el Primer Triunvirato, signado por la política reaccionaria de Rivadavia.

Si se cotejan los nombres, se verifica que los antiguos morenistas -en su mayoría recién regresados del destierro- integran no solo la Logia sino también la Sociedad Patriótica, es decir, la organización clandestina y la de superficie. En la Sociedad Patriótica las figuras más relevantes son: Monteagudo, Francisco Planes, Larrea, Manuel Moreno, French, Donado, Azcuénaga, Nicolás Rodríguez Peña, Vieytes y Cornet.

En la Logia, aparecen casi todos ellos junto a San Martín, Alvear, Dorrego, Zapiola, Agrelo, Herrera, Pinto, Luzuriaga, Álvarez Jonte, Guido, Lezica y otros.

La Sociedad Patriótica había nacido con anterioridad, en enero de 1812. La Logia se constituye hacia el otoño de ese año, poco después, la organización clandestina ya marca la conducta de la organización de superficie.

De este modo, el morenismo reflorece en dura oposición al Primer Triunvirato cuyas figuras principales son, en esa época, Rivadavia y Pueyrredón. Pero debe aclararse desde ya que ese morenismo sin Moreno, si bien recupera las banderas del liberalismo democrático y revolucionario de Mayo del año diez, manifiesta, en algunos de sus hombres, cierta tendencia al despotismo ilustrado: "por el pueblo y para el pueblo, pero sin el pueblo": desde arriba, con escasa preocupación por la participación popular. Por encima de estas limitaciones, la Logia y la Sociedad Patriótica expresan, aunque atenuado y con visos de aristocratismo, al movimiento de Mayo frente al Primer Triunvirato, usurpación de la Revolución por parte de la burguesía comercial anglocriolla.

En esa primera experiencia de los comerciantes portuarios en el poder, la influencia de Rivadavia resulta muy intensa y a él obedecen las medidas liberales en el orden económico, para beneplácito de los intereses británicos, como también el debilitamiento de los planteos democráticos y nacionales del año diez.

Para quienes dudan de que las clases sociales hacen la Historia, los sucesos de ese año 1812 otorgan buenas enseñanzas: Rivadavia, el jefe del partido del comercio porteño, decide la ejecución de Martín de Alzaga, el jefe de los monopolistas godos, como así también la prisión (o la muerte) de sus amigos (Tellechea, Sentenach y otros) por su intento de golpe de estado. La conspiración absolutista ha sido descubierta debido a la denuncia de un esclavo negro. Es decir, un hombre privado de su libertad desbarata el complot de sus amos, lo cual es aprovechado por los antiabsolutistas para liquidar al partido de los godos y a su jefe.

²² Proclama de San Martín a los peruanos del 8/9/1820. Publicada en *La Gaceta Ministerial de Santiago de Chile* el 22/11/1820, citada por José Pacífico Otero en *Historia del Libertador don José de San Martín*, 2ª ed., Buenos Aires, Losada, 1948, tomo IV, p. 318.

Pero aún se agrega otra enseñanza: Juan Martín de Pueyrredón, firmante de los ajusticiamientos (entre ellos, del ricachón Tellechea), contrae luego enlace con María Calixta Tellechea y Caviédes, hija del ajusticiado, simbolizando este matrimonio el entrelazamiento entre ambos sectores sociales, cuando los viejos monopolistas godos, dueños de enormes fortunas, se convencen de que ya no tienen juego propio y deciden abrazarse con los nuevos comerciantes nacidos de aquella "pandilla del barranco", contrabandistas y amigos de los ingleses. Estos hechos facilitan, a su vez, el avance de los morenistas, pues ante el peligro contrarrevolucionario se reconstruye temporariamente el frente amplio del 25 de mayo entre jacobinos y comerciantes anglocriollos. (Monteagudo acusa a Alzaga ante la justicia, Rivadavia lo hace detener para ajusticiarlo). Sin embargo, esta ayuda recibida por los rivadavianos bien pronto se convierte en la propia soga que los sostiene para ahorcarlos.

Los sectores sociales están alineados ahora con claros perfiles. El Primer Triunvirato está integrado por la clase vecinal porteña²³. Entre los más destacados personajes, figuran Arroyo y Pinedo (acérrimo enemigo de Moreno), Manuel J. García (hombre de confianza de los ingleses), Rivadavia ("ídolo de esa burguesía comercial"²⁴), Pueyrredón, afrancesado pero también ligado a los comerciantes, algunos ex saavedristas como Obliga-

do, de vieja familia con fuerte poder económico, Sarrautea (a cuya filiación probritánica ya se ha hecho referencia), antimorenistas que colaboran influidos por Pueyrredón como Vicente Echavarría, José Miguel Díaz y Pedro Medrano²⁵, como también varias familias godas que se desplazan hacia "los nuevos ricos" pues la derrota y muerte de Alzaga ha cerrado su ciclo. Este sector persigue el incremento del comercio portuario, y se halla urgido para armar fructíferos negocios con Inglaterra.

La oposición nuclea a sectores revolucionarios de la pequeña burguesía civil y militar, así como a sectores populares. Se expresa a través de la Sociedad Patriótica como entidad de superficie concentrada en la agitación y la propaganda y la Logia como núcleo central clandestino. Su expresión revolucionaria más nítida, en las arengas y polémicas políticas, es Bernardo de Monteagudo, quien con el antecedente insurreccional del Alto Perú en 1809, resulta el continuador de Moreno, luego secretario de San Martín y finalmente secretario de Bolívar. Por esta trayectoria nada común la historia de la Academia, a través de Juan Cáster, fulmina rayos y centellas contra él: "personaje, talentoso como macabro; altanero con los humildes, dócil con los grandes.



Retrato de Bernardo de Monteagudo (1789-1825), obra del pintor V. S. Noroña, de 1826, tomado de otro cuadro realizado directamente de Monteagudo cuando estaba en Panamá. Es el único retrato auténtico de Monteagudo (ver Lizondo, *Estación I*: Monteagudo, el pasionario de la libertad, 1947).

²³ Rosa, José María: *Historia Argentina*, Buenos Aires, Juan Granda, 1965, tomo 2, p. 386.

²⁴ *Idem*, p. 385.

²⁵ *Idem*, p. 386.

Deja por doquier una persistente, áspera y trágica esencia. Pareciera que una maldición implacable guiara la trayectoria de sus pasos [...] pregonero de la violencia y de la fuerza [...] jacobino frenético, demagogo versátil [...] Es Bernardo de Monteagudo, amante y amado de las mujeres, sayón y esclavo de la Logia²⁰.

El enfrentamiento se agudiza con motivo de las elecciones para designar nuevos triunviros. Las maniobras fraudulentas que se atribuyen principalmente a Pueyrredón impiden la elección de Monteagudo y son nombrados dos hombres adictos al gobierno: Obligado y Medrano. La protesta se generaliza en las calles. Los manifestantes atacan las casas de Pueyrredón y de su hermano, al tiempo que exigen las renuncias de Riglos, García, Lezica y Pinedo, todo ellos de neta filiación antimorenista, que ocupan diversos cargos en el gobierno.

El 7 de octubre de 1812, por la noche, las fuerzas militares dirigidas por San Martín y Alvear toman posición frente al Cabildo, con el apoyo de un regimiento al mando de Ortiz de Ocampo y de la artillería, comandada por Pinto. En la mañana del día siguiente la Sociedad Patriótica moviliza a las fuerzas populares, acompañando a los soldados, para provocar la caída del Triunvirato. El historiador Mitre no esconde sus simpatías por el gobierno pues sostiene que estaba "compuesto de nobles caracteres y de inteligencias de primer orden", aunque se ve obligado a admitir que existieron maniobras fraudulentas en la elección de los nuevos representantes.

Desplazado el Primer Triunvirato, se suceden tratativas para establecer de qué modo se reencauzará el proceso revolucionario. Finalmente, se vota un Segundo Triunvirato: Nicolás Rodríguez Peña, morenista, obtiene 172 votos a favor y 12 en contra, Antonio Álvarez Jonte, español liberal, integrante de la Logia y amigo de San Martín, obtiene 147 votos a favor y 35 en contra. Como tercer triunviro es designado Juan José Paso, cuyo escaso caudal electoral (96 a favor, 87 en contra) evidencia la desconfianza originada por sus tácticas oportunistas. El nuevo Triunvirato convoca a una Asamblea General Constituyente que habrá de reunirse en enero de 1813.

Los integrantes del gobierno depuesto sufren diversas sanciones. Pueyrredón es desterrado a su estancia de Arrecifes y luego, a San Luis, donde permanece hasta 1816. Rivadavia sufre arresto durante cierto tiempo y luego es sometido a juicio.

"Dominaban ahora los morenistas en el gobierno erigido el 8 de octubre" señala Vieytes, Planes, French, Donado, Dupuy, Guido, Beruti... Son los mismos del 25 de Mayo, salvo los que han caído en el camino (Moreno, Alberti, Castelli). Vuelven con la intención de retomar las viejas banderas, pero ni las arengas de Monteagudo, ni las reivindicaciones fogosas de Alvear alcanzan a reemplazar la clarividencia de Moreno. A menos de tres años del inicio de la revolución, se hallan más ideologizados, un tanto descreídos, algunos de ellos ganados por cierto iluminismo, un revolucionarismo abstracto que se desata en fuegos de artificio y formalidades novedosas, pero se percibe claramente la ausencia de aquel "Sabiecito del Sur" cuyo cuerpo fue alimento de las bestias marinas en marzo de 1811.

Este desplazamiento de los compañeros de Moreno a posiciones propias de un despotismo ilustrado se advierte cuando, por un lado, convocan al artiguismo a participar en la Asamblea, lo cual permite que tropas porteñas y artiguistas confluyan en el segundo sitio de Montevideo, al tiempo que enarbolan el programa democrático de la revolución.

²⁰ Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1963, Volumen 5, 1ª Sección, p. 240.

²¹ López, Vicente Fidel: *Historia de la República Argentina*, Buenos Aires, Kraft, 1913, tomo IV, p. 248.



Artigas en el Paraguay por Eduardo Carballo.

Pero luego, concluyen rechazando a los representantes de Artigas, cuyos planteos concretos desbordan sus formulaciones abstractas, tornándolos peligrosos.

Las principales instrucciones dadas por Artigas a los diputados de la provincia Oriental, para su desempeño ante la Asamblea Constituyente de Buenos Aires, son las siguientes: declaración de la independencia, pacto de confederación entre las provincias, amplia libertad civil y religiosa, organización federal, división de poderes, que el territorio que ocupan estos pueblos de la costa oriental del Uruguay hasta la fortaleza de Santa Teresa, forma una sola provincia, denominada La Provincia Oriental que incluya a los siete pueblos de Misiones, los de Batoví, Santa Tecla, San Rafael y Tacuarembó, en esa época ocupados por los portugueses, habilitación de los puertos de Maldonado y la Colonia y que ningún puerto tenga preferencias ni beneficios especiales, que

la sede de las Provincias Unidas no se establezca en Buenos Aires, unión de todas las provincias para la defensa común, seguridad, libertad y felicidad, normas constitucionales que preserven de todo despotismo militar y organización republicana que resguarde "las ventajas de la libertad, y mantener un gobierno libre, de piedad, justicia, moderación e industria".

En junio de 1813, la Asamblea rechaza a los diputados orientales. Las instrucciones formuladas por Artigas son muy concretas y exceden las audacias de los morenistas en declinación, lo cual explicaría la negativa de estos a incorporar a los artiguistas. Otro factor consistiría en que ya se han producido disidencias dentro de la Logia entre los hombres de San Martín y los de Alvear, estimando estos últimos que los representantes de Artigas probablemente se aliarían con los de San Martín haciéndoles perder su control de la Asamblea. La crisis entre el Segundo Triunvirato y Artigas se agrava cuando, en diciembre de 1813, Rondeau organiza un Congreso en la Capilla de Francisco Antonio Maciel, al margen de Artigas. A esto, el caudillo oriental responde el 20 de enero de 1814 retirándose del segundo sitio de Montevideo que mantenía junto a Rondeau. Es "La Marcha Secreta". Por esta actitud, nuevamente es declarado traidor por el gobierno porteño.

La Asamblea del Año XIII y la cuestión de la independencia

La Asamblea abre sus sesiones el 31 de enero de 1813 y está signada por el espíritu morenista que sustentan sus figuras más importantes, entre otros, Bernardo de Monteagudo, Carlos María de Alvear, Juan Larrea, Gervasio A. Posadas, Hipólito Vieytes, Vicente López y Planes, Agustín Donado, Francisco Argerich y Pedro José Agrelo.

²² Reyes Abadie, Washington: *Artigas y el federalismo en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Hyspamérica Ediciones Argentina S.A., 1986, p. 320.

Han transcurrido más de dos años y medio de la instalación de la Junta a nombre de Fernando VII y puede observarse que la idea independentista va ganando terreno. Si bien "no pocas de las fórmulas de la Asamblea fueron modeladas a semejanza del decreto de instalación de las Cortes de Cádiz, del 24 de septiembre de 1810"¹⁷, la debilidad y vacilaciones de la revolución española tornan cada vez más utópico el mantenimiento de una política común. Es cierto que el sector democrático español observa fidelidad a su reconocimiento de los territorios americanos como provincias y que no ha enviado fuerzas de represión para sofocar a las Juntas americanas, reduciéndose la lucha bélica a las fuerzas que en América se definen por el absolutismo contra las que se declaran por la soberanía popular. Pero también es cierto que a los efectos de la constituyente de Cádiz, los españoles han otorgado una representación menguada a los americanos -no proporcional a la población-, lo que ha provocado disgusto y alimenta la intención separatista. Tan es así, que en la Asamblea son varios los representantes que proponen declarar la independencia. Sin embargo, esta no se declara, ni tampoco se sanciona una Constitución.

En cambio, puede observarse que se adoptan medidas que van apuntando hacia la independencia. Entre ellas, la Asamblea se instala declarando que "reside en ella la representación y ejercicio de la Soberanía de las Provincias Unidas del Río de la Plata", con lo cual abandona la fórmula de juramento en nombre de Fernando VII. Asimismo, decide que "se abran sellos nuevos que digan Provincias del Río de la Plata, por el reverso un sol que ocupe todo el centro y alrededor la inscripción siguiente: En unión y libertad", desplazando así la imagen real.

Una carta de Fray Cayetano Rodríguez a Agustín Molina, del 10 de enero de 1813, evidencia las vacilaciones en esa materia: "La Asamblea se acerca, veremos cuál es su fin y qué gobierno sanciona. Gritan muchos porque la independencia se sancione; otros temiendo salir del cascarón en que estuvieron siempre metidos, dicen que aún no es tiempo. Este ha de ser un punto de discusión bastante agrio. Aún les parece corto el tiempo de nuestra esclavitud y mucho rango para un pueblo americano el ser libre. Vamos, pues, Fernando por activa y pasiva, casados con nuestras malditas actitudes más arraigadas que el sebo de las tripas"¹⁸.

Juan Cáncer señala, como prueba de las opiniones divergentes, que "muchos se mostraron reacios a prestar juramento" en el cual no se mencionase al rey cautivo y que "mostraban una sorprendente tenacidad en el incumplimiento", mencionando, entre otros, a Gregorio Funes, Hilario Ramos, José Juan Larraamendi, Miguel O'Gorman, Cosme Argerich y Alejo Castex y que "incluso hubo quienes manifestaron su desagrado", como Joaquín Bedoya y Agustín Pío de Elío¹⁹. Asimismo, los diputados por Tucumán han ido a la Asamblea con precisas instrucciones: "de ninguna manera consientan en la determinación de independencia, que a más de ser prematura, nos traerá un torrente de males y contradicciones"²⁰. Esta conducta -incomprensible si fuese cierta la tesis de un Mayo separatista en 1810- evidencia de qué manera la independencia constituye un salto importante que, a juicio de muchos, resulta arriesgado y rompe, además, con los motivos centrales de la revolución.

Con relación a este asunto, la Asamblea decreta que fueran "removidos de los em-

¹⁷ Academia de Historia: ob. cit., volumen 6, 1ª Sección, p. 44.

¹⁸ Silva, Carlos Alberto: *El Poder Legislativo de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Cámara de diputados, tomo I, p. 68, reproducido en *La Asamblea del año 1813*, Documentos de Polémica de Narciso Juan Lugones, CEAL, 1972, p. 296.

¹⁹ Academia de la Historia: ob. cit., Volumen 6, 1ª Sección, p. 47.

²⁰ Idem, p. 155.

pleos eclesiásticos, civiles y militares, todo los europeos (españoles) residentes en Buenos Aires que no hubieran obtenido ciudadanía en el término de quince días"²¹. Pero, ¿de qué ciudadanía se habla si el país no se ha declarado independiente? Obsérvese, por ejemplo, lo ocurrido con los hermanos del vocal Larrea, Ramón y Bernabé Larrea presentan al gobierno una solicitud, el 21 de julio de 1812, donde afirman: "Decididos por opinión y por carácter a sostener los Derechos del Hombre, en cualquier país donde la tiranía haya hecho sentir su ceño de bronce, hemos considerado [un deber] [...] desde el principio de la revolución de este continente, unir nuestros esfuerzos a los del pueblo americano para derribar al coloso, que los antiguos despotas españoles habían elevado sobre las ruinas del mundo y restablecer su originaria independencia [...] La casualidad nos dio la Península por cuna, pero la naturaleza no nos señala más patria que aquella donde sean respetados los Derechos del Hombre; españoles por origen y ciudadanos de todo el mundo por nuestros sentimientos, aspiramos a borrar nuestro nombre del infame padrón de los fieros conquistadores de este país, para escribirlo en la nueva lista de la América del Sud [...] Con este designio [...] sírvase concedernos el título de ciudadanos de estos países y en su virtud, quedar excluidos del número de los europeos y disfrutar de todos los derechos y preeminencias que por tal nos corresponde"²². Se estima que Juan Larrea también se hizo ciudadano, al igual que sus hermanos. Otro español, compañero de French en los sucesos de Mayo, Francisco Mariano de Orma, solicita también convertirse en "ciudadano de estos países". También solicita "ciudadanía" Salvador Corret, catalán, morenista, director de la fábrica de fusiles, en 1813, más tarde alvearista y net, dorreguista.

Se produce así una curiosa situación pues estos españoles que adquieren ciudadanía se dicen "del país", pero este aún no existe como entidad autónoma. Pero, por otra parte, corroboran el carácter inicialmente democrático -y no separatista- de la revolución. Se explica, asimismo, que Vigodet, jefe de la plaza de Montevideo, afirme en una carta, de fines de 1813: "Los rebeldes han declarado a la faz de todas las naciones que ya no son españoles [...] Su pabellón, su moneda y sus leyes habían sido, hasta ahora, los de la monarquía, sus decretos los encabezaban en nombre de nuestro Augusto Monarca [...] mas su orgullo mismo ha anticipado la declaración de independencia, señalándola con un nuevo pabellón y acuñando moneda del flamante estado de las Provincias del Río de la Plata"²³. Se equivocaba, sin embargo, Gaspar de Vigodet al referirse a la bandera, pues esta recién sería reconocida en 1816, después de la declaración de la independencia. Por entonces (1813/14), la bandera española flameaba todavía en el Fuerte, en los barcos y en los ejércitos. Sobre esta situación -que seguramente resulta sorprendente para muchos- Vicente Fidel López, en su *Historia de la República Argentina*, lo ratifica sin ninguna duda: "En el ejército en su Capital -sostiene López, refiriéndose a un hecho ocurrido en 1814- no se habían usado entonces más banderas que las españolas [...] Los cuerpos recientemente llegados de la Capital traían las banderas que siempre habían usado; las banderas con que habían sitiado Montevideo bajo el mando de Rondeau; las banderas con que Brown había batido y destruido a la escuadra española, con que Alvear había tomado Montevideo"²⁴.

²¹ Idem, p. 143.

²² Caraffa, Pedro Isidro: *Dr. Juan Larrea*, Talleres Olivieri y Domínguez, La Plata, 1929, pp. 25 y 26.

²³ Academia de la Historia: ob. cit., Volumen 6, 1ª Sección, p. 154.

²⁴ López, Vicente Fidel: ob. cit., tomo V, p. 155.

El programa de la revolución democrática

Mientras la Asamblea posterga la decisión respecto a la independencia, en cambio, sus decisiones constituyen la concreción del programa revolucionario democrático de Mayo, es decir, las ideas centrales del morenismo.

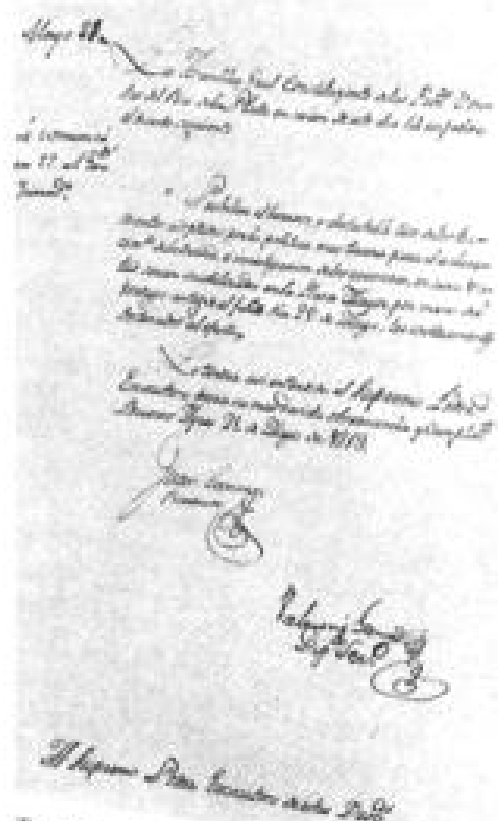
Una de las principales medidas es la llamada "libertad de vientres": "sean considerados y tenidos por libres, todos los que en dicho territorio hubiesen nacido desde el 31 de enero de 1813, inclusive en adelante"¹¹. Asimismo, se declara "que todos los esclavos de países extranjeros, que de cualquier modo se introduzcan desde este día en adelante queden libres por solo el hecho de pisar el territorio de las Provincias Unidas"¹².

Estas dos disposiciones son reglamentadas luego aclarando que respecto a los esclavos de otros países, se deberá entender aquellos que sean introducidos por vía de

comercio o venta, contra las disposiciones anteriores prohibitivas de dicho tráfico y de ningún modo los que hubieren transcurrido de aquellos países¹³. Con respecto a los nacidos a partir del 31 de enero se establece que "permanecerán en los domicilios de sus patronos hasta la edad de 20 años [...]. Las libertas quedaban emancipadas a los 16 años o antes, si se hubieran casado"¹⁴. Agrega que "los libertos servían gratis a sus patronos hasta la edad de 15 años, durante los cinco restantes se les abonaba un peso mensual [...]. [las libertas] desde la edad de 14 años recibían un peso mensual [...]. Cumplidos los veinte años los libertos elegían su profesión"¹⁵. A modo de conclusión, se sostiene en la sesión del día 2 de febrero: "Este bárbaro derecho del más fuerte [...] desaparecerá en lo sucesivo [...] se extinguirá sucesivamente hasta que regenerada esa miserable raza igual a todas las clases del estado y haga ver que la naturaleza nunca ha formado esclavos sino hombres, pero que la educación ha dividido la tierra en opresores y oprimidos"¹⁶.

Otras medidas importantes son¹⁷:

a) Abolición de la Inquisición y "prohi-



Texto a través del cual la Asamblea del año XIII declara abolidos los tormentos y en el que se ven las firmas del diputado porteño Valentín Gómez y de Juan Larrea, que presidía la sesión.

¹¹ Sesión de la Asamblea del 2 de febrero de 1813 citado en Academia Nacional de la Historia, ob. cit., Volumen 6, 1ª Sección, p. 100.

¹² Sesión de la Asamblea del 4 de febrero de 1813 citado en ob. cit., p. 101.

¹³ Academia Nacional de la Historia: ob. cit., p. 104.

¹⁴ Idem, p. 101.

¹⁵ Idem.

¹⁶ Idem, p. 100.

¹⁷ Lugones, Narciso Juan: ob. cit. y Academia Nacional de la Historia: ob. cit., tomo VI, 1ª sección.

bición del detestable uso de los tormentos [...] en cuya virtud serán inutilizados en la plaza mayor [...] los instrumentos destinados a ese efecto";

b) Anulación de los emblemas nobiliarios: "no deberán existir en las fachadas de las casas y demás parajes públicos, armas, jeroglíficos, ni distinciones de nobleza, que digan relación a señaladas familias que por este medio aspiran a singularizarse de los demás" y "extinción de todos los títulos de Condes, Marqueses y Barones en el territorio de las Provincias Unidas";

c) Extinción del tributo y derogación de "la mita, las encomiendas, el yanaconazgo y el servicio personal de los Indios bajo todo respecto y sin exceptuar aun el que prestan a las Iglesias y sus Párrocos [...] y tenga a los Indios [...] por hombres perfectamente libres y en igualdad de derechos a todos los demás". Debiendo este decreto publicarse "en los idiomas guaraní, quechua y aymará, para la común inteligencia";

d) "Que debiendo elegir representantes las provincias libres de Charcas, Potosí, Cochabamba y la Paz [...] tendrán sufragio todos los americanos españoles, mestizos, cholos, indios y demás hombres libres";

e) Traspaso para que las "Temporalidades de todas las casas hospitalarias se administren por manos seculares". (En el debate, se enjuician los "abusos cometidos en su régimen y economía, convirtiendo así en suplicio de los miserables el lugar mismo que les destina para asilo la generosidad de las almas sensibles [...] y que horroriza calcular los males que ha causado la injuria y avaricia de algunos de los regulares que han presidido estos establecimientos");

f) "Cumplimiento de las obligaciones fiscales por parte de los prelados [...] que se adeudan en crecidas cantidades";

g) Obligación de bautizar con agua templada pues "se ha conocido con dolor y perjuicio de la población que la multitud de infantes que perecen luego de nacidos del mal vulgarmente llamado de los siete días, es originado de un espasmo que entre otras cosas lo ocasiona el agua fría con que son bautizados" y

h) "Obligaciones fiscales establecidas de modo progresivo en función de los ingresos percibidos" y "empréstito forzoso" a los capitalistas, para cubrir necesidades del Estado (500 pesos por un año).

Asimismo, la Asamblea aprueba "la Marcha Patriótica" compuesta por López y Planes y el catalán Parera. La Asamblea asegura "la libertad de prensa", garantizando asimismo la amplia libertad de pensamiento en materia civil y religiosa. En el orden de la organización del Estado se decide crear el cargo de Director Supremo, para el cual resulta elegido Gervasio Antonio Posadas, tío de Carlos María de Alvear.

El programa democrático que sustenta la sociedad Patriótica y la Logia es claro y explica el verdadero contenido de la revolución de Mayo, siendo casi idénticas las medidas que adopta San Martín ocho años después cuando se desempeña como Protector del Perú. Esa lealtad a los orígenes del 25 de Mayo se expresa también en estos avances de autonomía pero que, dada la situación de la revolución española, no devienen aún en declaración de independencia. Solo se advierte una defección: cuando aparece Manuel José García, ligado al capital inglés, proponiendo que "los inmensos depósitos de plata y oro que contienen estas cordilleras deben quedar abiertos para cuantos hombres quieran venir a extraerlos desde todos los puntos del globo... no siendo retraídos jamás por ningún género de traba y el fruto de sus labores podrá ser conducido libremente adonde quiera que más ventajas proporcione a sus dueños"¹⁸.

¹⁸ Lugones, Narciso Juan: ob. cit., p. 306.

El Protector de los Pueblos Libres

Mientras, en Buenos Aires, los morenistas se tratan de "ciudadanos" y llevan al papel sus convicciones como discípulos de la revolución francesa, Artigas amplía su base de masas, es decir, construye su democracia real en la Banda Oriental y en las provincias mesopotámicas.

A partir de la "Marcha secreta" se ha constituido en opción a la política porteña.

Desde ese momento, principios de 1814, crece su figura en todo el litoral hasta convertirse en el Protector de los Pueblos Libres. El 22 de febrero de 1814, el caudillo Hereñú -de Entre Ríos- vence a las tropas porteñas en Espinillo, cerca del Paraná, y se declara en alianza con Artigas. El 10 de marzo de 1814, Corrientes se levanta contra las autoridades de la Federación, con el General Artigas como Protector⁴⁵. En marzo de 1815, la provincia de Santa Fe se pronuncia por la causa federal. El pueblo santafecino, apoyado por indios misioneros, movilizados por Manuel Artigas y las fuerzas entrerrianas de Hereñú, eligen gobernador a Candiotti -caudillo patriarcal- quien se alinea junto al Protector. A fines de marzo de 1815, renuncia el gobernador de Córdoba y la provincia se incorpora a la Liga de los Pueblos Libres, con Artigas como Protector. De este modo, el caudillo amplía así su radio de influencia sobre Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, Santa Fe, Misiones y la Banda Oriental (1815).

En la Banda Oriental, Alvear rinde la plaza de Montevideo el 23 de junio de 1814, derrotando al absolutismo. Pero, con posterioridad, se agrava la escisión dentro del sector triunfante y se enfrentan orientales y porteños. Los porteños triunfan en Marmarajá (octubre de 1814), pero el artiguismo gana terreno y el 10 de febrero de 1815, Rivera y Bazuza derrotan a las fuerzas de Buenos Aires que se retiran poco después.

Alvear, convertido en Director supremo en enero de 1815, en reemplazo de su tío Gerónimo Posadas, envía a Álvarez Thomas con un ejército importante, compuesto por 1600 hombres, para sofocar al artiguismo. Pero esas fuerzas se insurreccionan en Fonzuelas el 13 de abril, rompiendo su subordinación a Alvear. El historiador Rubén Bortnik señala que el 17 de abril de 1815, dos semanas después de Fonzuelas, la bandera azul y blanca sustituyó al pabellón español que lucía en el fuerte de Buenos Aires⁴⁶. Lamentablemente, no indica la fuente de esta información, pero puede tomarse como verdadera pues como se verá más adelante, el absolutismo ha recuperado el poder en España, lo que exige declarar la independencia urgentemente.

No obstante el carácter reaccionario que asumiría luego el golpe de Álvarez Thomas, inicialmente es aplaudido por San Martín, desde Mendoza y, asimismo, por Artigas, pues le permite consolidarse en todo el litoral. La caída de Alvear y de los ex morenistas se analizará luego detenidamente por sus aspectos contradictorios, pues generalmente se simplifica su caracterización.

Artigas inicia entonces el llamado gobierno de "La Patria Vieja", que desarrolla su programa entre principios de 1815 y agosto de 1816; momento en que se produce la invasión portuguesa a la Banda Oriental en complicidad con la burguesía comercial porteña.

Instalado en Purificación, Artigas gobierna durante ese año y medio aplicando una serie de disposiciones que conforman su programa popular.

⁴⁵ Méndez Vives, Enrique: ob. cit., p. 66.

⁴⁶ Bortnik, Rubén: *Historia elemental de los argentinos*, Buenos Aires, Corregidor, 2ª ed., 1985, p. 81.

Artigas y sus hombres

¿De qué modo actúa el Protector y cuál es la relación con sus hombres? El inglés Robertson nos ha dejado esta semblanza, con los ojos de un "civilizado" ante una "barbarie" democrática que quizás nunca imaginaron Rousseau ni Montesquieu: "¿Qué creéis que vi? ¡Pues al Excelentísimo Protector de la mitad del Nuevo Mundo sentado en un cráneo de novillo, junto al fogón encendido en el piso del rancho, comiendo carne de un asador y bebiendo ginebra en guampa! Lo rodeaban una docena de oficiales mal vestidos, en posturas semejantes y ocupados lo mismo que su jefe. Todos estaban fumando y charlando. El Protector dictaba a dos secretarios que ocupaban junto a una mesa de pino, las dos únicas desvencijadas sillas con asiento de paja que había en la choza... Para completar la singular incongruencia del espectáculo, el piso de la única habitación de la choza (que era bastante grande) en que el general, su estado mayor y secretarios se congregaban, estaba sembrado con pomposos sobres de todas las provincias (algunas distantes 1500 millas de aquel centro de operaciones), dirigidas a 'Su Excelencia el Protector' [...] A la puerta estaban los caballos humeantes de los correos que llegaban cada media hora y los frescos de los que partían con igual frecuencia. Soldados ayudantes, escuchas, llegaban a galope de todas partes. Todos se dirigían a 'Su Excelencia el Protector', y su Excelencia el Protector, sentado en un cráneo, fumando, comiendo, bebiendo, dictando, hablando, despachaba sucesivamente los varios asuntos de que se le noticiaba, con tranquila, deliberada, pero imperturbable indiferencia que me reveló muy prácticamente la exactitud del axioma 'espera un poco que estoy de prisa'. Creo que si los asuntos del mundo hubieran estado a su cargo, no hubiera procedido de otro modo. Parecía un hombre incapaz de atropellamiento y era, bajo este único aspecto (permítaseme la alusión), semejante al jefe más grande de la época"⁴⁷.

Ahora llega -a conversar con el General- don Bartolomé Zapata, que ha tomado Guayaquichú con sus gauchos a puro lazo y cuchillo, después José Culta "un gaucha cualeguaychú con sus gauchos a puro lazo y cuchillo, luego el indio Curate, de Misiones o su trero y endiablado", medio caudillo de San José, luego el indio Curate, de Misiones o su famoso lugarteniente el cacique paraguayo Manduré. En los alrededores del campamento están los indios, los gauchos pobres, los negros libertos que no saben de los Derechos del Hombre, de la soberanía popular, ni de Robespierre, de Jovellanos, ni de Washington, pero están seguros, sin embargo, de que la causa del General es su causa.

"Desde los comienzos mismos de la revolución rioplatense, [afirma Méndez Vives] y durante todo su desarrollo, los indios integraron a su lado sin traicionarlo o abandonarlo fue derrotado en 1820, los últimos que pelearon a su lado sin traicionarlo o abandonarlo fueron los indios. ¿Cuál era el secreto de esta alianza y fidelidad? La respuesta es breve: Artigas fue el único de los libertadores y dirigentes de América del Sur que reconoció a los indios los mismos derechos y deberes que a los demás hombres [...] Un indio que había tomado el apellido Artigas, el famoso Andresino, llegó a ser, con eficacia, gobernador de dos provincias argentinas [Corrientes y Misiones]; delegados indios concurrieron al congreso provincial del arroyo de la China y decía Artigas en una carta: 'He recibido a los diputados (indios) con todo el afecto que se merecen. Los he obsequiado conforme al estado de pobreza que nos rodea. Sin embargo ellos dirán a usted cuánto he hecho por agradecerlos'; indios fueron jefes militares de importancia y con indios abipones inició Artigas una obra de colonización en la propia Provincia Oriental"⁴⁸.

⁴⁷ Méndez Vives, Enrique: ob. cit., p. 90.

⁴⁸ Idem, p. 91.



Congreso de Tres Cruces.

El programa artiguista

Artigas centra su ideario en varios principios fundamentales:

1. Democracia e igualitarismo

"No hay que invertir el orden de la justicia. Mirar por los infelices y no desampararlos sin más delito que su miseria. Es preciso borrar esos excesos de despotismo. Todo hombre es igual en presencia de la ley. Sus virtudes o delitos los hacen amigables u odiosos. Olvidemos esa maldita costumbre de que los engrandecimientos nacen de la cuna".

"Reencargo a usted que mire y atienda a los infelices pueblos de indios. Los del pueblo de Santa Lucía lo mismo que el de Itatí y de Garzas, se me han presentado arguyendo la mala versación de su administrador. Yo no lo creía extraño, por ser una conducta tan inveterada; y ya es preciso mudar esa conducta. Yo deseo que los indios, en sus pueblos se gobiernen por sí, para que cuiden sus intereses como nosotros de los nuestros. Así experimentarán la felicidad práctica y saldrán de aquel estado de aniquilamiento a que los sujeta la desgracia. Recordemos que ellos tienen el principal derecho y que sería una degradación vergonzosa para nosotros, mantenerlos en aquella exclusión vergonzosa que hasta hoy han padecido por ser indios. Acordémonos de su pasada infelicidad y si esta los agobió tanto, que han degenerado de su carácter noble y generoso, enseñémosles a ser hombres, señores de sí mismos".

"Es preciso que a los indios se los trate con más consideración, pues no es dable cuando sostenemos nuestros derechos, excluirlos del que justamente les corresponde. Su ignorancia e incivilización no es un delito reprochable. Ellos deben ser consolados más bien de esta desgracia, pues no ignora V.S. quien ha sido su causante, y nosotros, ¿habremos de perpetuarla? ¿Y nos preciamos de patriotas, siendo indiferentes a este mal?"

* Idem, p. 71, carta de Artigas al gobernador de Corrientes, José de Silva, Cuartel General de Paraná del 9 de abril de 1815.

* Carta de Artigas al gobernador de Corrientes, José de Silva, del 3/5/ 1815, citada por Oscar Bruchera en Artigas, Montevideo, Marcha, 1971, p. 152.

* Carta de Artigas al Cabildo de Corrientes, del 31/1/1818, citado por Salvador Cabral en Artigas como caudillo argentino, octubre, Buenos Aires, 1975, p. 114.

Hay que sancionar "la gratuidad de la justicia para que la gente sin recursos no quede desamparada" y reitera una y otra vez: "Yo [...] ciego idólatra de la dignidad popular".

2. Distribución de tierras

La ordenanza agraria dictada por el Protector significa la distribución de la tierra a los sectores sociales más desamparados y ello le ganará el odio de los estancieros que inicialmente lo habían apoyado. Allí sostiene en el Artículo 6° que: "Por ahora el señor alcalde provincial y demás subalternos se dedicarán a fomentar con brazos útiles la población de la campaña. Para ello revisará cada uno, en sus respectivas jurisdicciones, los terrenos disponibles; y los sujetos dignos de esta gracia, con prevención que los más infelices serán los más privilegiados. En consecuencia, los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados con suertes de estancia, si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y a la de la provincia". Asimismo, sanciona, en el artículo 12, "que 'Los terrenos repartibles son todos aquellos de emigración, en el artículo 12, "que 'Los terrenos que hasta la fecha no se hayan indultado por el jefe de las provincias para poseer sus antiguas propiedades [...] Art. 16°. La demarcación de los terrenos agraciados será legua y media de frente y dos de fondo, en la inteligencia que puede hacerse más o menos extensiva la demarcación según la localidad del terreno [...] Art. 17°. Se velará por el gobierno [...] que los agraciados no posean más que una suerte de estancia".

3. Protección a la industria local

El Protector se constituye en uno de los primeros en aplicar medidas proteccionistas en defensa de las artesanías y gérmenes de industria locales, frente a la competencia extranjera. Así lo prevé la ordenanza respectiva, en su artículo 17°: "Que todos los dichos derechos impuestos y sisas que se impongan a las introducciones extranjeras serán iguales en todas las provincias unidas, debiendo ser recargadas todas aquellas que perjudiquen nuestras artes o fábricas, a fin de dar fomento a la industria de nuestro territorio".

4. Derechos de introducción

El Reglamento Provisional, para derechos en los puertos de las Provincias confederadas del 9/9/1815 sanciona: "Un veinticinco por ciento en todo efecto de ultramar [...] a excepción de los siguientes: los caldos y aceites, el treinta por ciento. La loza y le vidrio, el quince por ciento. El papel y tabaco negro, el quince por ciento. Las ropas hechas y calzados, el cuarenta por ciento".

5. Apertura de puertos para quebrar el monopolio porteño

Tal como lo había planteado, combate el monopolio del puerto de Buenos Aires, con la habilitación de tres puertos: Montevideo, Maldonado y Colonia. De este modo "las provincias del litoral e interior argentinos y el Paraguay tendrían en la Banda Oriental un pasillo de escape al dominio porteño".

6. Hispanoamericanismo

Ante el creciente poder de Artigas y las dificultades para derrotarlo o contenerlo, la burguesía comercial porteña le ofrece reconocer la independencia de la Banda Oriental

* Carta al director Posadas del 1/2 /1814, citada en Enrique Méndez Vives, ob. cit., p. 71.

* Bruchera, Oscar: ob. cit., "Reglamento Provisional para derechos en los puertos de las Provincias Confederadas", del 9 de septiembre de 1815, p. 153.

* Idem, p. 154.

* Idem, Instrucciones orientales de 1813 dadas a Díez de Andino, p. 100.

* Idem, p. 142.

* Méndez Vives, Enrique: ob. cit., p. 93.

del Uruguay. De este modo, quedaría inhabilitado para influir sobre el resto del litoral. Pero Artigas rechaza la propuesta: "La Banda Oriental del Uruguay entra en el rol para formar el Estado denominado Provincias Unidas del Río de la Plata. Su pacto con las demás provincias es el de una alianza ofensiva-defensiva. La Banda Oriental está en el pleno goce de su libertad y derechos, pero queda sujeta desde ahora a la constitución que organice el congreso general del Estado, legalmente reunido, teniendo por base la libertad"⁹⁶.

En otra ocasión, expresa: "Cuando las revoluciones políticas han reanimado una vez los espíritus abatidos por el poder arbitrario [...] nada parece demasiado para evitar una retrogradación en la hermosa senda de la libertad. Como temerosos los ciudadanos de que la maligna intriga les venza de nuevo bajo la tiranía, aspiran generalmente a concentrar la fuerza y la razón en un gobierno inmediato que pueda [...] conservar esos derechos ilesos y conciliar su seguridad con sus progresos. Así, comúnmente se ha visto dividirse en menores estados un cuerpo disforme a quien un cetro de hierro ha tiranizado. Pero la sabia naturaleza parece que ha señalado para entonces los límites de las sociedades y de sus relaciones y siendo tan declaradas las que en todos sus respetos ligan a la Banda Oriental del Río de la Plata con esa provincia, yo creo, por una consecuencia del pulso y madurez con que ha debido declarar su libertad [...] habrá de reconocer la recíproca conveniencia e interés de estrechar nuestras comunicaciones y relaciones del modo que exijan las circunstancias del Estado"⁹⁷.

Asimismo sostiene: "La libertad de América es y será siempre el objeto de mi anhelo"⁹⁸ y que "Los grandes planes de la América en su revolución gloriosa deben sellarse y esta provincia ha ofrecido sus cenizas hasta asegurar su consolidación [...] ¿Es entonces necesario concluir que no se piensa en fijar el gran sistema? [...] Solo la unión puede poner el sello a nuestra obra, fijemos la garantía de esta unión"⁹⁹.

Con idéntico criterio le escribe a Simón Bolívar: "Unidos íntimamente por vínculos de naturaleza y de intereses recíprocos luchamos contra tiranos que intentan profanar nuestros más sagrados derechos [...] No puedo ser más expresivo en mis deseos que ofertando a vuestra excelencia la mayor cordialidad por la mejor armonía y la unión más estrecha. Firmarla es obra de sostén por intereses recíprocos"¹⁰⁰.

6. Resistencia frente a la opresión del absolutismo español, del centralismo porteño y de la avaricia británica

Artigas es uno de los primeros en exigir independencia pues desconfía de la España liberal y teme el retorno absolutista. Se bate, asimismo, reiteradas veces contra la prepotencia de la burguesía comercial porteña. Respecto a los ingleses, no solo se preocupa por defender la producción local, sino de que respeten la soberanía americana: "Ya dije a vuestra señoría lo que respondí al comandante principal sobre el comercio inglés: que mis puertos estaban abiertos, que la seguridad de sus intereses mercantiles era garantida, debiendo los comerciantes para importar y exportar sus mercancías reconocer por puertos precisos, Colonia, Montevideo y Maldonado; que dichos comerciantes ingleses no pueden traficar a Buenos Aires mientras nuestras desavenencias con aquel gobierno no queden allanadas [...] Le digo a dicho comandante; si no le acomoda haga vuestra

⁹⁶ Ídem, p. 96.

⁹⁷ Artigas a la Junta del Paraguay, del 7/12/1811, en: Galasso, Norberto: *América Latina. Unidos o dominados*. Antología, Buenos Aires, Convergencia, 1975, pp. 53 y 54.

⁹⁸ Ídem, Artigas a French, del 14/2/1813, p. 54.

⁹⁹ Ídem, Artigas al gobierno de Buenos Aires, p. 56.

¹⁰⁰ Artigas a Bolívar, del 29/7/1819, en: Bruchera, Oscar: *ob. cit.*, pp. 189-190.

señoría retirar todos sus buques de estas costas, que yo abriré el comercio con quien más nos convenga. En cuyo concepto prevengo a vuestra señoría no se rebaje un ápice de su representación para mantener esta determinación. Los ingleses deben conocer que ellos son los beneficiados y por lo mismo jamás deben imponernos; al contrario, someterse a las leyes territoriales según lo verifican todas las naciones y la misma inglesa en sus puertos"¹⁰¹.

Con este programa y en calidad de líder de las masas de la Banda Oriental -mientras que ha perdido ahora el apoyo de los estancieros, molestos por su programa agrario-, Artigas resulta, en 1815, el máximo representante de la revolución en estas tierras.

¹⁰¹ Ídem, Artigas al Cabildo de Montevideo, del 12/8/1815, p. 141.

CAPÍTULO VIII

SAN MARTÍN, MILITAR Y POLÍTICO HISPANOAMERICANO

San Martín, continuador de Mariano Moreno

Como se ha señalado, en marzo de 1812, ha arribado a Buenos Aires el teniente coronel José Francisco de San Martín. Apenas llegado, su principal tarea consiste en organizar el Regimiento de Granaderos a Caballo, para luchar por esos principios que denomina "el evangelio de los Derechos del Hombre". Alvear lo vincula socialmente, pues San Martín carece en Buenos Aires de toda vinculación amistosa o familiar. El 19 de septiembre de 1812 contrae matrimonio con María de los Remedios de Escalada, nacida el 20 de noviembre de 1798. Es decir, una niña de 14 años, lo que llevaría a suponer que se trata de un casamiento por conveniencias mutuas, ya que él tenía 34 años. El teniente coronel se apoya en una rica familia porteña y ella, a su vez, supone "adquirir" para su servicio a un alto jefe militar.

Como también se ha reseñado, el 8 de octubre de 1812 se produce su primera acción pública. Junto con Alvear coloca sus tropas frente a la Casa de Gobierno y exigen la renuncia del Primer Triunvirato. Actúan conjuntamente con la "Sociedad Patriótica", dirigida por Bernardo de Monteagudo. A su vez, San Martín y Alvear constituyen la Logia clandestina de dicha "Sociedad Patriótica", adonde confluyen los morenistas.

El 3 de febrero de 1813 triunfa en el combate de San Lorenzo. Allí, por supuesto, no enarbolaba bandera argentina pues aún no se había declarado la independencia. De ahí el



Batalla de San Lorenzo. Óleo de Julio Fernández Villanueva, 1890.
Instituto Nacional Sanmartiniano.

grave error del cántico escolar: "Aquí está la bandera que un día/ en la batalla tremoló triunfal/ y llena de orgullo y bazarra/ a San Lorenzo se dirigió inmortal".

Como es sabido, allí está a punto de perder la vida, pero lo salva Cabral, dando la suya. Menos conocida, sin embargo, es la condición de Cabral que era negro, esclavo y jamás, ni siquiera *post mortem*, llegó a sargento, como así también que en su agonía Cabral debió haber pronunciado su frase: "Muero contento, hemos batido al enemigo", pero en su lengua originaria, guaraní, que, a su vez, pudo ser entendida por San Martín, quien como había vivido en Yapeyú sus primeros cuatro años seguramente entendía guaraní. Al culminar el combate, San Martín atiende solicitadamente al capitán Zabala, jefe de los invasores -integrante del ejército al cual San Martín había pertenecido hasta dos años atrás- lo invita a almorzar, y parece haberlo persuadido ideológicamente, pues el capitán español se define contra el absolutismo, y tiempo después se incorpora al Ejército de los Andes. Este hecho corrobora, una vez más, que el motivo del enfrentamiento no era cuestión de nacionalidades, sino una cuestión ideológica.

En los primeros meses de 1813, la relación política entre San Martín y Alvear se deteriora. La renuncia al Triunvirato por parte de Álvarez Jonte (hombre de San Martín) y su reemplazo por Gervasio Posadas (tío de Alvear) constituye el primer indicio público de la disidencia. Tanto en la Asamblea, como sobre el Triunvirato, refulece ya demasiado la estrella de Alvear, signando al gobierno con perfiles políticos de obcecación y sectarismo, que San Martín no comparte. El petardismo ideológico de los alvearistas -al cual concurre especialmente la fogosidad de Monteagudo- constituye un revolucionarismo abstracto que se aleja de la realidad. El viejo morenismo ha dado paso al despotismo ilustrado y el joven Alvear, de casa rica, centraliza cada vez más el poder, practicando un sectarismo suicida que aumenta el número de sus enemigos. No solo la burguesía comercial anglocriolla lo enfrenta, considerándolo un traidor a su clase, sino que subsisten las disidencias con Artigas. A su vez, en España, la revolución se debilita, a pesar de

que el año anterior ha dictado la Constitución democrática. Mientras, Belgrano sufre dos derrotas consecutivas en el norte -Vilcapugio y Ayohuma- en la primavera de 1813.

El encierro del alvearismo, su elitismo, su sectarismo lo conducirán tarde o temprano al derrumbe y San Martín seguramente opuso reparos en las reuniones de la Logia. Pero allí va quedando en minoría. Sus hombres de confianza, entre otros Álvarez Jonte, Tomás Guido, Zapiola y Pinto, no logran equilibrar el empuje avasallante y obcecado de los alvearistas (Monteagudo, Larrea, Vieytes, Azcuénaga, Manuel Moreno, Donado, Rodríguez Peña y otros). Por entonces, San Martín es destinado al norte del país para reorganizar el ejército, que ha sufrido dos derrotas sucesivas bajo la conducción de Belgrano.

Mitre, preso de un exultante antialvearismo, sostiene que esa designación de San Martín para reemplazar a Belgrano al mando del Ejército del Norte es una maniobra de los alvearistas para alejarlo de la disputa política que se da en Buenos Aires. En cambio, Pérez Amuchástegui sostiene que no fue una intriga, sino una necesidad pues era el único que podía reorganizar un ejército derrotado y casi en estado de desintegración. Asimismo, señala Canter que, en



San Martín con poncho, interpretación de Fidel Roig Matons.



Retrato de Juana Azurduy, destacada luchadora de la revolución que colaboró activamente con la gesta de Güemes. Salón de las Mujeres de la Casa Rosada.

general, los alvearistas -a pesar de las disidencias- siempre mostraron respeto hacia San Martín y evitaron disgustarlo¹.

En el verano de 1813/1814, San Martín permanece en el norte. Su estrecha vinculación con Belgrano -según lo testimonia la correspondencia entre ambos- no nace, como pretenden Bilibien y Anteojo, del reconocimiento entre dos almas puras colmadas de virtudes éticas, sino que proviene de su identidad revolucionaria, siendo ambos continuadores políticos de Moreno.

Allí, después de recorrer el terreno, San Martín entiende que solo la guerra de guerrillas podrá detener el avance de los ejércitos absolutistas. Este tipo de lucha lo ha observado San Martín en España y ha comprendido su eficacia cuando no se poseen fuerzas suficientes para la pelea frontal. Se informa, asimismo, de la tarea que vienen cumpliendo los guerrilleros indios en el Alto Perú, esos héroes como el "indio" Camargo, el "Moto" Méndez, Padilla y su mujer, la Juana Azurduy y tantos otros.

Más de una vez, al pasar los soldados realistas por un desfiladero entre los cerros, son aniquilados por un alud de piedras que vienen desde lo alto, empujado por los indios, gesta que algún día la cinematografía y la literatura argentinas deberán recrear como homenaje a este pueblo en armas que durante varios años resulta una muralla inquebrantable para las pretensiones enemigas. Seguramente, entonces, la Juana Azurduy emocionará a espectadores y lectores, encabezando a sus Amazonas en la lucha por recuperar la cabeza de su esposo, degollado por la reacción.

Asimismo, San Martín recorre diversas zonas del norte argentino donde traba relación con varios guerrilleros o "jefes de partidas" que se han convertido en bastión inexpugnable para los realistas. Entre ellos, puede recordarse al jefe Manuel Álvarez Prado, a don Pedro José Saravia y a Pedro Zabala, como asimismo a ese coronel alsaciano Jorge Enrique Vidt que aprendió guerra de guerrillas en Europa y especialmente a Martín Miguel de Güemes, caudillo popular que merece una consideración especial.

Martín Miguel de Güemes

Nacido en Salta en 1785, Güemes pelea contra las invasiones inglesas y adhiere luego a la Revolución de Mayo, colaborando con el Ejército del Norte en la lucha contra los realistas. Pero Güemes no solo es el caudillo defensor de la democracia y la soberanía, sino que se convierte en representante de los gauchos y sectores populares de la provincia. Comandante general de la vanguardia del ejército, designado por San Martín en 1814 y, poco después, elegido gobernador por el Cabildo, desarrolla una política social que le gana el afecto de los pobres y el odio de la reaccionaria oligarquía salteña. Así, en 1816, sanciona que quien preste servicios a la patria como miliciano, mientras lo haga,

¹ Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, El Ateneo, 1963, 1ª sección, p. 76.

quebrar esas cadenas en que habían gemido sus antepasados, y en que muchos de ellos gemían aún, para darle, en cambio [...] la fraternidad humana que el mismo Redentor había proclamado desde la tribuna de la Cruz¹⁶. ¿Cómo no permitir entonces incluso ciertos excesos de "su gavilla" si expropiaban géneros por su cuenta en algún comercio o se alzaban con algún suculento depósito de alimentos? ¿Cómo no permitirle al mulato Vicente Panamá que le diera unos cuantos azotes a esa señorona de alcurnia que pretendía darse el lujo de exhibir provocativamente una mantilla con los colores del enemigo, delante propiamente de las narices de los patriotas?

De este modo, enlazando cuestión nacional y cuestión social, el caudillo, adorado por sus gauchos, le asegura a San Martín el control de la frontera norte.

De la revolución democrática a la revolución nacional

Convencido de que la frontera Norte está resguardada por Güemes, en abril de 1814, San Martín solicita licencia para restablecer su salud quebrantada y abandona el ejército del Norte para establecerse en Saldán, a unos veinte kilómetros de la ciudad de Córdoba. Los dolores estomacales lo acosan y recurre al único calmante de la época: el opio. Sobre esto, los historiadores liberales mantienen una absoluta reserva pues entienden que un gran hombre debe ser ejemplo inmaculado para los niños y por tanto, necesariamente hay que prohibirle la droga. Arturo Jauretche, con su gracia campesana, comenta al respecto: "La Historia Oficial es una historia cruel, particularmente con el general San Martín que padecía de úlcera y tenía que recurrir al opio. La Historia Oficial se lo ha prohibido por más que entonces era el único calmante [...] Esa historia, tal como se enseñaba en mi infancia, tenía todo el opio que se le niega a San Martín"¹⁷.



Tomás Guido. Fotografía extraída del libro *Vida de los Grandes Argentinos*. Editorial Antonio Fossati, 1969, Buenos Aires, Argentina.

En Saldán, permanece alrededor de un año. Allí conversa largamente con Tomás Guido y elabora su plan para proseguir la campaña liberadora por el oeste, hacia Chile y Perú, descartando la estrategia ofensiva por el norte practicada hasta entonces. ¿Conocía San Martín el plan inglés, que descubrió el doctor Rodolfo Terragno, en Londres, durante su exilio (preparado por Thomas Maitland, en 1800), que se proponía tomar Buenos Aires, luego Mendoza, cruzar los Andes, dominar Chile y pasar finalmente a Perú, por mar? Quizás, sí. Sin embargo, ello no puede llevar a suponer al San Martín agente inglés. Su oposición al Primer Triunvirato, su negativa a apoyar a los directoriales, su odio a Rivadavia y su apoyo a Rosas en los conflictos de 1838 y

1845 lo ubican en una clara posición antibritánica. En todo caso, si conoció el plan, lo usó para la liberación de la Patria Grande.

Allí, en Saldán, recibe cartas de Posadas -en mayo de 1814- informándole de los últimos sucesos ocurridos en el Río de la Plata y en España. El 24 de junio, el Director Supremo le comenta la toma de Montevideo por las fuerzas comandadas por Alvear, pero a esta buena noticia se agrega otra muy preocupante, en carta del 18 de julio: "El maldito Bonaparte la embarró al mejor tiempo; expiró su imperio, cosa que los venideros no creerán en la historia y nos ha dejado en los cuernos del toro. Yo soy del parecer que nuestra situación política ha variado mucho y que de consiguiente, deben también variar nuestras futuras medidas"¹⁸.

Efectivamente, Napoleón, ya derrumbándose su imperio, ha negociado con Fernando VII permitiéndole su regreso a España, en marzo de 1814 y este, recuperado el trono, en violento giro a la derecha, se apoya en los sectores reaccionarios. Aquel que había concitado la esperanza de tantos liberales democráticos -incluido el propio San Martín- aparece ahora como expresión de los absolutistas, para ultimar a la revolución. "Su primer acto -recuerda Vicente Fidel López- había sido restablecer por un real decreto el régimen absoluto de la vieja monarquía, restaurar el tribunal de la Inquisición con todas sus antiguas facultades para perseguir opiniones, libros y escritores que ofendiesen en algo la unidad de las doctrinas consagradas por el Trono y el Altar; para encarcelar, dar torturas [...] Abolió también por igual decreto la Constitución. Mandó disolver las Cortes por la fuerza; declaró nulas todas las leyes orgánicas y administrativas que hubieran sancionado y declaró criminales de lesa majestad a todos los diputados señalados como liberales"¹⁹. Los integrantes de las Cortes y los militantes liberales, perseguidos ferozmente, llenan las cárceles mientras Fernando VII se consolida como la mayor expresión del absolutismo.

En su retiro de Saldán, San Martín se angustia ante estas noticias. Otra vez la monarquía absoluta, otra vez los nobles, otra vez la Inquisición. Aquel sueño que había remontado un 2 de mayo de 1808, aquella esperanza de una sociedad modernizada, sin prosapias nobiliarias, ni prerrogativas injustas, sin superstición ni beatería, se ha moronado. Ahora, derrotada la revolución en su centro, la derrota amenaza también a quienes habían acompañado, en América, ese proceso de cambio. San Martín comprende entonces que la única salida, para no caer de nuevo bajo el absolutismo, consiste en la urgente declaración de la independencia. La Historia ha completado un insólito giro: la revolución nacional contra el invasor francés se había convertido, en España y a partir de 1808, en revolución democrática, pero ahora, en 1814, había sido dominada por la contrarrevolución; a su vez, la revolución democrática en América, que hasta 1814 no se había transformado en revolución nacional independentista, debería hacerlo ahora para no caer bajo el despotismo.

Pero entonces, ¿esa revolución nacional que es necesario asumir urgentemente, será argentina en el Río de la Plata, mexicana en el norte, venezolana en Caracas, chilena o colombiana sobre el Pacífico? Ello significaría crear una veintena de países pequeños, sin posibilidades de auténtica soberanía, sin horizontes económicos propios, sin presencia internacional, algo semejante al separatismo de las provincias en España. Por otra parte, estos pueblos americanos son hijos de la misma historia, se entienden en la misma lengua, habitan una extensión territorial continua y se reconocen a sí mismos en costumbres, culturas y tradiciones.

¹⁶ Carta de Posadas a San Martín, del 18/7/1814, en ASM, tomo II, p. 67.

¹⁷ López, Vicente Fidel: *Historia de la República Argentina*, ob. cit., Tomo V, pp. 74 y 75.

¹⁸ Ídem, como V, p. 112.

¹⁹ Jauretche, Arturo: *Panorama cartes*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1972, p. 247.

San Martín, que por su propia historia personal es un indohispano o hispanoamericano (cuatro años en Yapeyú, dos años en Buenos Aires, el norte y Córdoba), comprende que si la revolución democrática, para ser consecuente, en América, debe transformarse en revolución nacional; esta, para concretarse insoslayablemente, debe darse como Confederación de los pueblos de la América Hispana en libertad.

A partir de ese momento, dedica sus mayores esfuerzos a la declaración de la independencia de las Provincias Unidas y a la campaña libertadora hispanoamericana.

¿El gobierno de Alvear expresa a los aristócratas o al morenismo en claudicación?

San Martín solicita inmediatamente el cargo de gobernador en Cuyo y el Director Posadas lo designa el 10 de agosto de 1814. Mientras él se instala en Cuyo y se aboca a la tarea de levantar el ejército para su campaña, la complejidad de los problemas desborda a Posadas y el 10 de enero de 1815 es reemplazado como Director Supremo por su sobrino, Carlos de Alvear, enérgico e impetuoso, quien se considera con virtudes suficientes como para timonear el barco en medio de la crisis.

El gobierno de Alvear dura apenas 95 días. Seguramente, en alguna oportunidad, se analizará cuidadosamente como se manifestó la lucha de clases durante el mismo. Hasta ahora, ha prevalecido el enjuiciamiento de Alvear y los peores epítetos sobre su gestión, provenientes tanto de la historiografía liberal-conservadora, como de la nacionalista rosista. Para los primeros, es el resurgimiento de los desvarios morenistas y provoca la oposición de toda la gente sensata de Buenos Aires (es decir, las clases altas). Para los segundos, Alvear es también la expresión de la Revolución Francesa, que no les provoca simpatía alguna y por tanto se trata de un entreguista enemigo de la tradición y de la Iglesia. En ambas interpretaciones aparecen resaltadas las diferencias entre Alvear y San Martín. Sin embargo, aunque efectivamente años después estas van a ser muy fuertes, podría afirmarse que en esa época -1815- se trata de disidencias tácticas dentro de un proyecto común que es el de la Logia.

Existen algunas opiniones que permiten replantear la categorización sobre Alvear, sacándola de la interpretación facilista. Pérez Amuchástegui, por ejemplo, señala a "Alvear [...] como el jefe de la reacción local y popular contra la aristocracia centralista de Buenos Aires"¹⁰. Aún más interesante resulta el juicio de Vicente Fidel López, acerca de la oposición a Alvear: "tenía su base principal en las clases antiguas del municipio: especie de aristocracia virreinal [...] Altivos y caballeros, por la tradición y por la acendrada honorabilidad de su viejo y rico hogar, los hombres que componían esa elevada burguesía conservaban en sus perfiles patricios algo del *pater familias*. Reaccionarios por consiguiente en cuanto al desarrollo político de la Revolución, miraban con profundo enojo que ella se extraviara en manos de una oligarquía joven que los humillaba por la audacia de sus talentos, y que manejaba el poder público en nombre de ideas y de intereses abiertamente contrarios al influjo personal y colectivo de sus antecesores"¹¹. "La burguesía aristocrática [...] el honorable y aristocrático partido de los ricos [el partido de los Rivadavia, los Escalada, los Arroyo y Pinedo, los Aguirre]"¹². Ellos, los hombres de las acaudaladas familias del puerto no están dispuestos a ser humillados "por ese conjunto de hombres ilustres e ilustrados que caía en el molde fatal de una oligarquía brillante,

¹⁰ Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónicas Argentinas*, ob. cit., tomo II, p. 128.
¹¹ López, Vicente Fidel: ob. cit., Tomo V, pp. 133 y 134.
¹² Idem.



Simón Bolívar. Óleo de Ricardo Acevedo Bernal.

pero exclusiva y arbitraria en su ambición y sus fines [...] que estaban en perfecta concordancia de propósitos, y aún de defectos, con la Revolución de Mayo y que estaban también en el camino de su ruina"¹³.

Si se repasan los nombres de quienes jugaron rol principal en Mayo de 1810, se comprueba que son ellos quienes dan el golpe de octubre de 1812, integran la Asamblea del año XIII, dictan los decretos que conforman el programa democrático de la Revolución y acompañan a Alvear en su gestión. En cambio, los reaccionarios, los que se expresaron en el Primer Triunvirato, enemigos de los morenistas, son los mismos que arremeten ahora contra Alvear.

Entre los historiadores rosistas, Ernesto Palacio es uno de los pocos -o quizás el único- que sostiene lúcidamente que el grupo alvearista era "representante del idealismo revolucionario frustrado por las circunstancias externas"¹⁴ y como reacción contra él,

"resurgió el grupo moderado y contemporizador del vecindario, que había apoyado al saavedrismo: el partido de los intereses, desplazado de la dirección durante el régimen de la Asamblea"¹⁵.

Por supuesto, Carlos María no se encuentra exento de errores, algunos gravísimos, ajenos a su sectarismo, su soberbia y esa manía suicida de combatir en varios frentes a la vez. Pero si se trata de encontrar alguna coherencia en las luchas sociales de esa época y una cierta continuidad, es preciso caracterizar al gobierno y a la oposición con el mayor rigor científico. Alvear, como expresión del morenismo en claudicación, ofrece blanco para muchas críticas y tan es así que tanto Artigas como San Martín ven con buenos ojos su caída, pero el bloque opositor que lo acorrala es, sin duda alguna, la burguesía comercial angloporteña, jefa de la contrarrevolución.

En esos 95 días, Alvear encuentra dificultades que le resultan insuperables para su gestión gubernativa. A la oposición de las familias aristocráticas, esas que lo juzgan un renegado de su clase, que odian sus veleidades jacobinas y sus arengas "a la francesa", responde con persecución y confinamientos. Además, aplica un empréstito forzoso, fija un impuesto de seis pesos sobre cada novillo destinado al consumo y de un peso sobre cada fanega de harina de trigo¹⁶. Se apodera también de fondos de fábricas pertenecientes a iglesias y cofradías piadosas¹⁷. Frente al peligro de la invasión absolutista, adopta una drástica medida, que también aplican San Martín y Bolívar: incorpora al ejército a todos los esclavos de 17 a 20 años, convirtiéndolos en hombres libres.

Con respecto al artiguismo, si bien los alvearistas han rechazado la incorporación de los delegados del caudillo a la Asamblea del año XIII, Alvear abandona, desde el gobierno, su posición sectaria y ensaya una táctica que, desde su punto de vista, es conciliatoria: le propone a Artigas reconocerlo como jefe de la Banda Oriental, la cual sería reconocida como independiente, a cambio del retiro de sus fuerzas asentadas en las provincias

¹³ Idem.

¹⁴ Palacio, Ernesto: *Historia de la Argentina*, Buenos Aires, A. Paña Lillo, 1960, Tomo I, p. 221.

¹⁵ Idem, p. 221.

¹⁶ Pérez Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo II, p. 136.

¹⁷ Idem.

mesopotámicas. Pero aquí se equivoca profundamente: Artigas no es uruguayo, sino hispanoamericano, hombre de la Patria Grande, caudillo de la Banda Oriental de las Provincias Unidas y de ningún modo acepta la segregación, agravándose el enfrentamiento.

Debilitados sus vínculos con San Martín, que controla Cuyo, sin apoyo en el norte en manos de Rondeau, con el litoral bajo la influencia del Protector, combatido severamente por la burguesía comercial del puerto, amenazado por la expedición absolutista que viene desde España (como consecuencia del giro a la derecha del repuesto Fernando VII), Alvear camina hacia el abismo. En su desesperación, envía a Manuel J. García, a Río de Janeiro, para negociar con Lord Strangford que las Provincias Unidas pasen a constituir un protectorado de la Gran Bretaña: "Solamente la generosa Nación Británica puede poner un remedio eficaz a tantos males [...] Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer su Gobierno y vivir bajo su influjo poderoso"¹⁰. Esta gestión pasa a la historia como "La misión García" y si bien no llega a concretarse, revela la profunda declinación de la corriente morenista. Por su parte, los ingleses no podían aceptar la propuesta pues recientemente habían firmado un acuerdo con España.

Analizada la propuesta con ojos de hoy, provoca indignación. Sin embargo, la gravedad de la entrega se atenúa si se observan los sucesos desde la perspectiva de hombres que han luchado fundamentalmente por la revolución democrática y cuyo planteo independentista, cuando existe, es muy débil. Para Alvear, atacado por diversos flancos, la reinstalación del absolutismo en el Plata es el mayor peligro y ese peligro solo puede aventarse con la participación británica. Su propuesta, pues, puede resultar comprensible, aunque no deja de ser reprochable. Por otra parte, Vicente Fidel López, que tiene simpatía por los alvearistas, sostiene que solo fue una maniobra. Si bien consideramos que un juicio definitivo sobre esta gestión provendrá seguramente de un trabajo de investigadores muy riguroso, podemos señalar que tanto historiadores liberales como historiadores revisionistas rosistas yerran al ser implacables con Alvear, quien seguramente les produce antipatía por su perfil de "jacobino francés". Por otra parte, la responsabilidad que correspondiese no sería de Alvear, sino también de todos los que lo acompañaron que son, en su mayor parte, "los hombres de Mayo". Por otro lado, esos mismos historiadores se hacen los distraídos respecto a la presentación de Rivadavia, el 28/5/1815, ante el rey de España reconociendo el vasallaje del Río de la Plata; así como de la actitud de Manuel Moreno quien, en 1817, entrega al embajador de España, en Filadelfia, un documento donde sostiene que "las gentes del Río de la Plata estaban desengañadas de la independencia y deseaban volver al regazo de España, aunque no como colonias, sino como provincias"¹¹.

El antagonismo político se acrecienta en marzo de 1815. Para V. F. López la disputa es entre "la oligarquía ilustrada" (el alvearismo), y Escalada y los suyos, "el honorable y aristocrático partido de los ricos vecinos del municipio"¹². En esos días, "el alcalde de primer voto, Francisco Escalada, en nombre del Cabildo, mandó levantar una horca frente a las casas consistoriales; para Alvear, si era vencido; para el pueblo, si la revolución no triunfaba"¹³. Asimismo se ha agravado la relación con Artigas, por lo cual Alvear, como se ha señalado, envía al litoral una división al mando de Álvarez Thomas, pero este se subleva en Fontezuelas, desconociendo al gobierno y provocando su caída. Así concluye el presuntuoso Director, exiliándose en una fragata inglesa.

¹⁰ Rosa, José María: *Historia argentina*, ob. cit., tomo 3, pp. 118 y 119.
¹¹ Catolo, Vicente: ob. cit., tomo IV, p. 662.
¹² López, Vicente Fidel: ob. cit., p. 133.
¹³ Mitre, Bartolomé: *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, Suelo Argentino, 1950, p. 257.

Los apellidos de vencedores y vencidos en este episodio permiten aclarar mejor las fuerzas en pugna. Se constituye una Junta de Observación en la cual figuran apellidos principales: Anchorena, Sáenz, Gazcón y Obligado. Antonio José de Escalada es vocal y poco después, presidente de la misma. Entre los electores para designar al nuevo gobierno figuran Serrano, Anchorena, Obligado y Pueyrredón. En la Comisión militar que se crea están Aguirre, Arana, Obligado, Anchorena, Cossio y Viamonte. Son desterrados Monteagudo, Álvarez Jonte, Posadas, Vieytes, Rodríguez Peña, Donado, Agrelo, Manuel Moreno, Larrea, Cornet, José Vicente Chilavert, Matías Irigoyen y Florencio Terrada, entre otros. Agrelo afirma: "Se levantó el pueblo [de Buenos Aires], so pretexto de algunos excesos de Alvear, pero movido realmente por una facción que ha bañado después al país en sangre y lágrimas retrogradándolo a la barbarie"¹⁴. Volvía, como insiste Vicente Fidel López, "la burguesía nobiliaria de las épocas anteriores". "Los más influyentes de los cinco miembros nuevos de la Junta de Observación -señala López- traían conexiones antiguas con el partido primitivo de Saavedra"¹⁵. Juan José Sebrelli reproduce parcialmente una carta de Alvear a Manuel García en la que afirma, al referirse al grupo que le ha sido hostil, a "los Sarratea, Anchorena, Medrano, Rodríguez, Echavarría, Arana, Juan Pedro Aguirre, Vedia, Soler, todos los que pertenecían al partido de Saavedra"¹⁶.

Tanto San Martín como Artigas celebran erróneamente la sublevación de Fontezuelas y la consiguiente caída de Alvear. Pero, luego, ambos corrigen su posición. "Artigas se engañaba -señala Méndez Vives-. El triunfo de Fontezuelas era una derrota"¹⁷.

Con el derrocamiento de Alvear desaparecen de la escena política la mayor parte de los amigos del Sabiecito del Sur. A cinco años de la Revolución de Mayo y a cuatro de la muerte del fogoso secretario, han ido declinando hacia el elitismo y su desencuentro con Artigas y con San Martín les resulta fatal. Apenas French reaparecerá junto a Dorrego para oponerse a la política pro portuguesa del Directorio, lo que le valdrá el destierro. Y Monteagudo, como el postrer fulgor morenista, aparecerá luego al lado de los Libertadores, preconizando la unidad latinoamericana.

¿Cuál era, a su vez, el sustento social de ese honorable y aristocrático partido de los ricos vecinos del municipio, como lo llama V. F. López? Battolla nos da una descripción de esa oligarquía, para el año 1815: "En la historia familiar de Buenos Aires, se destacan netamente, como astros de mayor magnitud, los nombres de tres notabilísimas señoras [...] Doña Ana de Riglos, Doña Melchora de Sarratea y Doña Mariquita Sánchez de Thompson [...] Sus casas eran asiduamente visitadas por los Comandantes navales, tanto ingleses como franceses, por Cónsules generales y por Enviados y diplomáticos extranjeros [...] Ana Lasala de Riglos [...] o como acostumbraban llamarla: *Madama Riglos*, era el centro de reunión de los ministeriales y se le hubiera podido designar, con exactitud como la dama jefe de la facción *Tory* [conservadora] en Buenos Aires [...] Su comunicativa y familiar [...] chispeante [...] altamente aristocrática, era siempre la más cortejada en la tertulia y la más querida por la mayoría de los marinos ingleses [...] Su hijo, Don Miguel de Riglos y Lasala se había educado en Londres, regresando a Buenos Aires, en 1813 [...] Hablaba inglés correctamente, y fue uno de los pocos que, como Belgrano y Sarratea, supo en realidad aprovechar la educación inglesa [...] Doña Melchora de Sarratea fue, por el contrario, la *madame Sthaël* del lugar. Supo convertir la casa de

¹⁴ Fernández Lallanne, Pedro: *Los Alvear*, Buenos Aires, Emecé, 1980, p. 84.
¹⁵ López, Vicente Fidel: ob. cit., tomo V, p. 305.
¹⁶ Sebrelli, Juan José: *Apogeo y ocaso de los Anchorena*, Buenos Aires, Siglo Veinti, 1972, p. 102.
¹⁷ Méndez Vives, Enrique: *Artigas y la patria Grande*, ob. cit., p. 70.

Don Manuel en una joya [...] A nadie extrañaba estuviere Doña Melchora tan bien enterada de los asuntos públicos y privados y que fuese tenida como entusiasta partidaria de los principios Whigs [liberales] [...] María Sánchez de Velazco, viuda de Thompson, y luego de Menville [cónsul francés], por lo que puede inferirse que su fuerte eran las Relaciones Exteriores, y a buen seguro que nadie manejó nunca los negocios de Downing Street con mayor suceso y brillantez que lo hiciera Doña Mariquita... en su espléndida mansión de la Calle del Empedrado¹¹. También Vicente Fidel López testimonia acerca de la frivolidad y europeización de Mariquita: "En cuya cabeza estaban todas las reminiscencias e imitaciones de los salones del Directorio y del Consulado francés, prodigaba su inmenso caudal en el delicado placer de reunir en su casa adornos exquisitos y curiosos de la industria y del arte europeo; porcelanas, grabados, relojes mecánicos con fuentes de agua permanentes figuradas por una combinación de cristales, preciosidades de sobremesa, antojos fugaces si se quiere, pero que eran novedades encantadoras para los que nada de eso habían visto hasta entonces sino los productos decaídos y burdos que el monopolio colonial les traía. Después de eso, banquetes, servicio francés, y cuanto la fantasía de una dama rica entregada a las impresiones y a los estímulos del presente, sin amargas ni perturbadoras previsiones del porvenir, podía reunir en torno de su belleza proverbial, con la vivacidad de uno de los espíritus más animados que pueden poner alas al cuerpo de una mujer¹²". Y agrega: "Varias casas inglesas de bastante importancia surtían el mercado con un cúmulo no visto hasta entonces de mercaderías¹³". Una matrona tradicional -Doña Agustina López de Osornio, la madre de Rosas- protestaba con vehemencia contra la invasión de costumbres extranjeras que llegaba hasta cambiar la comida tradicional (en casa de Mariquita): "¡Nada de fuentes con tapa, todo a la vista platos sanos y el que quiera, repita! ¡Déjame, hija, de comer en casa de Mariquita que allí todo se vuelven tapas lustrosas y cuatro papas a la inglesa!"¹⁴.

Esa burguesía comercial anglocriolla, al tiempo que consolida su fuerza desplazando a los restos del morenismo, se extranjeriza material y espiritualmente. Sin embargo, la vocación revolucionaria, en esa época -que entre 1815 y 1816 se expresaba con Artigas en el litoral- florecía también en Cuyo levantando banderas del programa morenista.

¿El Plan de Operaciones de Moreno reaparece en Cuyo?

San Martín ha logrado del Director Supremo su nombramiento como gobernador de Cuyo en agosto de 1814. Desde esa función, pone en marcha su plan para levantar el Ejército de los Andes, promoviendo así una notable reactivación de la economía cuyana y granjeándose gran simpatía popular. Cuando, pocos meses después, presiona con su renuncia, aduciendo motivos de salud, para lograr el respaldo suficiente a su empresa, el nuevo Director Supremo designa como gobernador a Gregorio Pedriel, pero la reacción popular impide que el reemplazo se produzca: "Quiere el pueblo a San Martín/ Alvear nos manda a Pedriel/ Mas si este viene a Mendoza/ nos cagaremos en él"¹⁵. Ratificado en su cargo, San Martín se pone a la tarea con una fuerte participación

¹¹ Basalla, Octavio: *La sociedad argentina de antaño*, ob. cit., pp. 55-58.
¹² López, Vicente Fidel: ob. cit., pp. 129 y 130.
¹³ Idem, p. 130.
¹⁴ Basalla, Lucio V.: *Rosas y mis Memorias*, citado por Carlos Ibarguren en *Juan Manuel de Rosas*, vida, su drama, su tiempo, Buenos Aires, Teoría, 1961, p. 13.
¹⁵ Fernández Llanes, Pedro: *Los Alvear*, ob. cit., p. 72.

popular. Eduardo Astesano, en *La movilización económica de los ejércitos sanmartinianos*¹⁶, explica este importante proceso, que en gran medida cumple el proyecto económico del Plan de Operaciones de Mariano Moreno, y se constituye en antecedente del modelo de desarrollo que practicará luego el Paraguay de los López.

Como gobernador de Cuyo, San Martín adopta una serie de medidas que convierten a esa zona en una gran fábrica, generadora del vestuario, la alimentación y el armamento necesarios para construir su ejército. "Emprendí a formar [el ejército] -afirma San Martín- bajo un plan que hiciera ver hasta qué grado puede apurarse la economía para llevar a cabo las grandes empresas"¹⁷.

Cabe preguntarse: ¿conocía San Martín el Plan de Operaciones diseñado por Moreno en 1810? Existen varios datos que permiten suponer que se informó, por lo menos, de los lineamientos generales del mismo. Una fuente de información pudo haber sido Tomás Guido, convertido ya por entonces en su amigo y confidente, quien se había desempeñado como secretario de Moreno -junto a su hermano Manuel- en el fatídico viaje de enero de 1811. Asimismo, pudo haberse enterado a través de Manuel Moreno, militante de la Sociedad Patriótica, ligada a la Logia. Otra hipótesis surge de la amistad San Martín-Belgrano, en el ejército del Norte, avalada por una correspondencia muy afectuosa, si se recuerda que algunos investigadores consideran que Belgrano -muy ligado a Moreno, según lo prueba también la correspondencia- habría colaborado en el Plan de Operaciones. Asimismo, cabe la tesis de que, abocados Moreno y San Martín a idénticos problemas -crecimiento económico, no existiendo una burguesía nacional que lo impulsase- hayan apelado a las mismas medidas: fuerte intervención del Estado, expropiación a los ricos, planificación, movilización popular. Estas son las bases del plan que aplicará en Mendoza y que propicia también para todo el país. "¿Qué plan tan sargentón...!", le escribe San Martín a Guido¹⁸.

Una de las medidas más importantes consiste en la liberación de los esclavos. Su amigo Godoy Cruz le opone objeciones en el sentido de que la mayor parte de los negros esclavos son artesanos y producen bienes, como zapatos, pan, etc. San Martín le responde: "¿Y quién hace zapatos, me dirá usted? Andemos en ojotas, más vale esto que nos cueguen y peor que esto, perder el honor nacional. Amigo mío: si queremos salvarnos, ¿las mujeres? si no, comamos carne solamente. Usted dirá que esta es una resolución propia de un sargentón, puramente despótica: tiene usted razón, pero si no la toman, los maturrangos nos darán en la cabeza"¹⁹.

También a Moreno lo habían tildado de dictador, de terrorista, de violar los intereses consagrados y, esa continuación del morenismo se ratifica cuando San Martín solicita que desde Buenos Aires le envíen toda la colección de *La Gaceta*, así como las obras de Thomas Paine, el revolucionario norteamericano.

En otra parte de la carta a Godoy Cruz ratifica su plan, enérgico, jacobino: "Póngase en el momento un cuño, esta es obra de dos meses, prohibase bajo pena de confiscación de bienes, ni aún el uso de una cuchara de plata: el dinero aparecerá. Todo empleado público quede a mitad de sueldo y los militares no empleados lo mismo"²⁰. En el mismo en el ejército, a dos tercios [...] Todo sobra con una regular economía"²¹. En el mismo

¹⁶ Astesano, Eduardo: *La movilización económica en los ejércitos sanmartinianos*, Buenos Aires, El Aeneo, 1951.

¹⁷ Proclama del 22/7/1820 en *Epistolario selecto*, Buenos Aires, Jackson, 1947, p. 132.

¹⁸ Carta de San Martín a Guido, del 14/5/1816 en ASM, tomo VI, pp. 273-275.

¹⁹ Carta de San Martín a Godoy Cruz, del 12/5/1816, en ASM, tomo V, pp. 536-540.

²⁰ Idem.

sentido, le escribe a su amigo Guido: "Estoy viendo a mi lancero que dice: ¡Qué plan tan sargentón el presentado! Conozco que es así, pero peor que dejar de comer pan es que nos cuelguen [...] ¿Y quién nos hará zapatos, cómodos, cujas, ropas, etc.? Los mismos artesanos que tienen en la Banda Oriental. Más vale andar con ojotas que el que nos cuelguen. En fin, amigo mío, todo es menos malo que el que los maturrangos nos manden y más vale privarnos por tres o cuatro años de comodidades que el que nos hagan morir en alto puesto y, peor que esto, el que el honor nacional se pierda. Hasta aquí llegó mi gran plan. ¡Ojala tuviésemos un Cristóbal o un Robespierre que lo realizase y a costa de algunos, diese la libertad y esplendor de que es tan fácil nuestro suelo!"¹¹⁴.

La acumulación de capital y la movilización de amplios sectores sociales se combina con una fuerte participación estatal que centraliza y planifica la producción de todo Cuyo. Así se desarrollan sementeras estatales, ampliándose y perfeccionándose el régimen de riego y poniéndose tierras fiscales en explotación. "La explotación del Estado parece haberse extendido también a las explotaciones ganaderas", sostiene Eduardo Artesano¹¹⁵. Por su parte, Leopoldo Ornstein señala: "San Martín dispuso el cateo y laboreo de algunas minas de cobre y plomo y la explotación intensiva de salitre, azufre y bórax, obteniendo, de paso, algunos ingresos para el fisco"¹¹⁶. Asimismo, convoca a toda la población a aportar metales, de picaportes, campanas, etc., para convertirlos en chatarra y en poco tiempo, pone en marcha una fábrica que ocupa a 700 obreros, bajo la dirección del teniente coronel Fray Luis Beltrán, donde se producen armas, herrajes y hasta calzado para la tropa¹¹⁷.

Cuando necesita caballos, visita una estancia y los expropia, entregando una promesa escrita del gobierno de Cuyo de que algún día serán devueltos o abonados. Así también confisca propiedades y fincas¹¹⁸. En materia de expropiación de inmuebles, el escritor Draghi Lacero realizó una investigación en los catastros de Cuyo, pero este trabajo nunca fue publicado pues hubo fuertes interferencias por parte de aquellos que consideran que el padre de la Patria no puede ser presentado como violador de la propiedad privada, pues ello constituiría un ejemplo harto peligroso.

Asimismo, se posesiona de fincas de cofrades religiosas, echa mano de los diezmos e impone severísimas multas a "familias de noble estirpe".

Por otra parte, San Martín se manifiesta defensor del proteccionismo industrial, para evitar que los productos importados perjudiquen a las producciones cuyanas, según lo manifiesta a José Ignacio de la Rosa, gobernador de San Juan¹¹⁹. De la misma manera, juzga necesaria la intervención del Estado en el abastecimiento: "reglamentó la distribución de la carne de consumo [...] e impuso un severo control en pulperías"¹²⁰.

También recurre al trabajo voluntario, tanto convocando a las cuyanas a fabricar vestuarios para el ejército en base a telas que les suministra el Estado, como a los arrieros y artesanos para que colaboren gratuitamente en las tareas del ejército.

Esta política económica "autocentrada", con planificación y movilización popular, le permite a San Martín crear un ejército de la nada: "Fue necesario fabricarlo todo y para ello, dentro de la falta absoluta de medios"¹²¹.

¹¹⁴ Carta de San Martín a Guido, del 14/5/1816 en ob. cit.

¹¹⁵ Artesano, Eduardo: ob. cit., p. 96.

¹¹⁶ Academia Nacional de la Historia: ob. cit., Volumen 6, 2ª Sección, p. 18.

¹¹⁷ Artesano, Eduardo: ob. cit., p. 135.

¹¹⁸ Barrionuevo Imposti, Víctor: "La mujer en las campañas sanmartinianas", en *Todo es Historia*, N° 40, Buenos Aires, agosto 1970 (Suplemento N° 29).

¹¹⁹ Artesano, Eduardo: ob. cit., p. 63.

¹²⁰ Molins, Jaime: "San Martín estadista", en *La Prensa*, Buenos Aires, 15/8/1965.

¹²¹ Perón, Juan Domingo: *Apuntes de historia militar*, Buenos Aires, Volver, 1982, pp. 94-95.



Manuel Rodríguez Enríquez, protagonista de la Independencia chilena y pieza clave en la estrategia trazada por San Martín en la cordillera de los Andes. Pintura de Narciso Desmadryl.

La enseñanza oficial ha reducido la importancia de San Martín al plano militar escamoteando sus condiciones políticas que le permiten concretar esta gesta memorable de crear el Ejército de los Andes. Una de las tergiversaciones consiste en adjudicar la financiación del ejército a la generosidad de las damas mendocinas, fábula que oculta que las joyas donadas por ellas fueron enviadas a Buenos Aires por orden del Director Supremo. La otra se basa en sobrevalorar el aporte de Buenos Aires, cuando este se produjo solamente entre agosto y diciembre de 1816, pues comenzó después de la entrevista Pueyrredón-San Martín y cesó cuando este último inició el cruce de los Andes a mediados de enero del 17.

Aunque no admite que se trata de la aplicación del plan morenista, Tulio Halperín Donghi reconoce la transformación operada en Cuyo: "hasta 1816, el gobierno central se interesa poco por el ejército andino; aun después sus recursos seguirán siendo limitados. Es preciso entonces, acentuando una tendencia

que no es nueva, utilizar al máximo los recursos locales. En Mendoza vuelve a fabricar pólvora Álvarez Condarcó, que lo ha hecho ya con éxito en Córdoba; se fabrican piezas de artillería bajo la dirección de un inquieto ex franciscano secularizado, fray Luis Beltrán. Los uniformes se confeccionan con bayetas de lana fabricadas domésticamente en San Luis, pero abatanadas y teñidas a escala de manufactura en Mendoza. El ganado y las cabalgaduras se compran localmente, con una contribución de seis mil pesos mensuales del gobierno de Buenos Aires. Pero aun la mayor parte de los recursos en dinero deben tomarse de la nada próspera economía cuyana [...] los que han emigrado a tierras en matarnos de realistas ven confiscadas todas sus propiedades, mientras que los que han quedado en Cuyo son sometidos a contribuciones extraordinarias. Los bienes de los conventos y los de legados piadosos son igualmente afectados para la guerra; las contribuciones voluntarias completan los recursos del ejército [...] San Martín autoriza un sistema de personeros para reemplazar a peones o esclavos indispensables para el trabajo agrícola o minero; busca robustecer los contactos comerciales entre Cuyo y Buenos Aires para compensar la pérdida temporal del mercado chileno. Es difícil establecer hasta qué punto estos cuidados explican el brillante resurgimiento económico de Mendoza en la década siguiente"¹²².

Al mismo tiempo que se aboca a la ciclópica tarea de crear de crear el ejército hispanoamericano -con el apoyo de exilados chilenos que han ingresado a Cuyo después de la

¹²² Halperín Donghi, Tulio: *Historia Argentina. De la revolución de independencia a la confederación rosista* (Volumen 3), Buenos Aires, Paidós, 1993, p. 135.

derrota sufrida en Rancagua frente al absolutismo- San Martín también urge para que se declare la independencia. Así, desde 1815 presiona intensamente en ese sentido.

El Congreso de Tucumán

El 24 de marzo de 1816, los congresales se reúnen en Tucumán. Retornemos, por un momento a los actos escolares: un pizarrón con cabullete engalana el acto, con un dibujo a todo color de la casa histórica. A un costado, a doble página de revista escolar, se exhiben los rostros de esos congresales cuyos nombres difícilmente recuerdan los alumnos y -la verdad sea dicha- tampoco los maestros. Solo escapan al olvido fray Justo Santa María de Oro, dado su parentesco con Sarmiento y E. Narciso Laprida, quien recibió los óleos sagrados de Borges en un poema que rinde culto a "civilización y barbarie": "Vencen los bárbaros, los gauchos vencen". Alguien recuerda quizás que doña Francisca Bazán de Laguna ofreció generosamente su casona en la calle De la Matriz y que allí, esos patriotas representantes de "todas" las provincias se reunieron para declarar la independencia argentina. Ahora, pongámonos serios. ¿De "todas" las provincias? ¿La independencia argentina? ¿De qué estamos hablando?

En el Congreso de Tucumán no están representadas todas las provincias que actualmente integran la República Argentina, como creen inocentemente los alumnos. Deliberan diputados de regiones que no pertenecen hoy a la Argentina y, a su vez, no están representadas varias que son hoy importantes provincias de nuestra república. En el primer caso, se hallan Charcas, Mizque, Chichas, La Plata y Cochabamba, provincias altoperuanas que hoy integran Bolivia. En el segundo, no solo se hallan ausentes aquellas habitadas en esa época por comunidades mapuches, tehuelches, matacos, tobas, etc., como son las patagónicas y las del nordeste chaqueño, sino, además, Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos y Misiones. Esas han convergido en el congreso convocado por Artigas, el Protector de los Pueblos Libres, en junio de 1815, en el Arroyo de la China. Por su parte, Córdoba, también invitada por Artigas, participa finalmente en Tucumán, con escaso entusiasmo. Se realizan gestiones para que Chile y Paraguay envíen representantes, pero sin éxito.

Además, no se declara "la independencia argentina", ni tampoco la de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sino la independencia "las Provincias Unidas en Sud América", según lo consigna el acta del Congreso correspondiente al 9 de julio de 1816, ratificando la concepción de "Patria Grande" que anima a los revolucionarios. Pocos días después -y ante versiones referidas a negociaciones y conciliábulos entre la burguesía comercial porteña y la corte de Río de Janeiro- don Pedro Medrano propone y así se aprueba, que se incorpore a la declaración un aditamento que elimine toda clase de dudas "y de toda otra dominación extranjera".

Pero esta declaración de independencia genera hondos problemas que han sido silen-

ciados por la enseñanza mitrista para no provocar inquietudes en los alumnos: se hace necesaria una explicación acerca de los motivos de la ruptura, como asimismo de que la decisión se tome seis años después de la Revolución de Mayo. Por ello, el 25 de octubre de 1817, el Congreso reunido en Tucumán aprueba una declaración denominada "Manifiesto que hace a la naciones el Congreso General Constituyente de las Provincias Unidas en Sud América, sobre el tratamiento y crueldades que han sufrido de los españoles y motivado la declaración de su independencia"¹³. Dicho documento señala a la reinstalación de Fernando VII en el trono y su giro a la derecha, como causa de la independencia. Allí se afirma que "nosotros [en 1810] establecimos nuestra Junta de Gobierno a semejanza de las de España. Su institución fue puramente provisoria y a nombre del cautivo Rey Fernando"¹⁴. De este modo, el Congreso define claramente el carácter de la Revolución de Mayo, "como detalle de la revolución española y francesa" y resulta absurdo suponer que seguran mintiendo, al pueblo y al mundo, con la llamada "máscara de Fernando VII". Respecto a lo sucedido a partir de 1814, señalan que "nos pareció que un rey que se había formado en la adversidad, no sería indiferente a la desolación de sus pueblos [...] pero él nos declaró amotinados en los primeros momentos de su restitución a Madrid [...] El se aplicó, luego, a levantar grandes armamentos [...] para emplearlos contra nosotros [...] Un torrente de males y angustias semejantes es el que nos ha dado impulso, para tomar el único partido que quedaba [...] Nosotros, pues, impelidos por los españoles y su rey, nos hemos constituido independientes"¹⁵. Este documento, como todo aquello que no encaja en la interpretación conservadora y probritánica, también ha desaparecido de la enseñanza, inclusive de la universitaria.

De este modo, el Congreso de Tucumán concreta la ruptura con España, que no se había dispuesto en mayo de 1810, concluyendo con una situación confusa que ha traído demasiadas quebraduras de cabeza a maestros y alumnos.

Por esta razón, el Congreso inmediatamente reconoce como bandera argentina la celeste y blanca. Pero, en cambio, no resuelve la segunda cuestión pendiente: sancionar una Constitución que fije la organización institucional del país, ya fuese como república o monarquía constitucional.

Con respecto a este problema, Belgrano ha regresado de una Europa (dominada por la Santa Alianza) convencido de que no seríamos reconocidos si intentáramos darnos formas republicanas. De ahí que, enfrentado a la necesidad de proponer una monarquía constitucional, entiende que no debe coronarse a ningún integrante de las dinastías europeas existentes -pues ello haría peligrar la soberanía- y de allí nace su propuesta de recurrir a las propias raíces: el Rey Inca, que podría ser un hermano menor de Tupac Amaru (Juan Bautista Tupac Amaru) o Dionisio Inca Yupanqui, coronel de un regimiento de dragones en España, que había sido diputado a las Cortes de Cádiz en 1812. Este proyecto es respaldado inmediatamente por San Martín, pues, al igual que Belgrano, comprende que esa decisión movilizaría a las comunidades altoperuanas asegurando su identificación con la revolución.

Un análisis superficial de esta cuestión -tal como la presenta la Historia mitrista- llevaría a suponer que ambos generales habrían dado un profundo giro a la derecha, abjurando de sus posiciones democráticas para tornarse monárquicos, pero basta con leer los debates realizados en el Congreso de Tucumán, para disipar toda sospecha. Allí, el

¹³ Carril, Bonifacio del: "De la fidelidad a Fernando VII a la declaración de la independencia", en *La Nación*, Buenos Aires, 6/7/1958.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ Manifiesto del Congreso de Tucumán en: "No dejaremos sepultar en escombros ni sumergir en sangre a la Patria", reproducido en *La Opinión*, Buenos Aires, 11/7/1976.

ACTA DE INDEPENDENCIA DECLARADA POR EL CONGRESO DE LAS PROVINCIAS UNIDAS EN SUD-AMERICA.

El Congreso y sus representantes de las Provincias Unidas en Sud América, reunidos en la ciudad de Tucumán, el día 24 de marzo de 1816, acordaron declarar la independencia de las Provincias Unidas en Sud América, y se comprometieron a defenderla con todas las fuerzas de su poder, y a mantenerla inviolable y sagrada para siempre. En consecuencia, el Congreso declaró que las Provincias Unidas en Sud América, son libres, independientes y soberanas, y que no reconocen más jefe que el pueblo, y que no están sometidas a ningún otro poder que el de su propia voluntad. El Congreso también declaró que las Provincias Unidas en Sud América, son libres, independientes y soberanas, y que no reconocen más jefe que el pueblo, y que no están sometidas a ningún otro poder que el de su propia voluntad. El Congreso también declaró que las Provincias Unidas en Sud América, son libres, independientes y soberanas, y que no reconocen más jefe que el pueblo, y que no están sometidas a ningún otro poder que el de su propia voluntad.

Acta de la Independencia de las Provincias Unidas en Sud América.

Montevideo, "la verdad sea dicha -escribe el historiador- lejos de encontrar resistencia, o mala voluntad, el vecindario y todos aquellos habitantes afincados, de honorable familia y de intereses urbanos, lo recibieron con los brazos abiertos, porque llegaba en efecto como protector de vidas y haciendas a salvarlos de los atentados intermitentes de Artigas y de los capitanejos Ortigués, Encarnación, José Culta, el negro Casavalle y otros no menos feroces, que dentro de la plaza a veces, y merodeando siempre por los suburbios, robaban, saqueaban, mataban y saciaban de todos modos sus terribles y enérgicas pasiones. ¡El imperio de las autoridades portuguesas llegó, pues, como la salvación en un naufragio para aquellos infelices expuestos todos los días a los pavorosos estremecimientos del terror y del crimen!¹⁰² Pero ellos, reconoce López, "los Obes, Herrera, Vázquez, Vidal, Ellauri, Gelly, Álvarez, Cavia, Haedo, Durán y cien otros de los principales y más conspicuos vecinos de aquel país... esas gentes desventuradas, estaban muy lejos de ser el país"¹⁰³. Y agrega: "El país y la patria de los orientales estaban en otra parte: eran la campaña vasta, plegada, montuosa, habitada por indios y gauchos cerriles, que al hacer uso de su vigorosa naturaleza confundían en conciencia el derecho con el desorden, la patria con la mirada del caudillo, y la autoridad pública con el rehenque y con el facón que llevaban al cinto. Estos eran los orientales genuinos de la lucha, los patriotas del país interesados con espontánea y primitiva pasión en la defensa de su independencia, esto es, de los hábitos de la robusta barbarie que gozaban en los campos y selvas en que vivían. Por tradición y por comunidad de preocupaciones con sus caudillos [que por lo general tenían para ellos el mérito de ser prófugos de la ley] no respiraban sino odio a sus vecinos del Norte y del Oeste, portugueses y porteños [...] [Esos] orientales levantaron su brazo como un solo hombre contra los invasores portugueses. No quedó selva, honrada, cuchilla ni serranía en que no apareciese la cabeza, o no se percibiese el trase de algún grupo de patriotas medio soldados, pero bravamente resueltos todos a defender la entidad nacional"¹⁰⁴. A su frente está Artigas "quien [según López] había vivido y actuado en el seno de esas tribus y del gauchaje [...] Jefe de contrabandistas por la desierta campaña y bandolero, por consiguiente [...] tuvo que vivir en rebelión, campeando por sus respetos sin ley ni sujeción al orden social [...] En esa vida, su alma perversa se connaturalizó con el desaliño grosero y los hábitos de la violencia que son indispensables. Sus talentos naturales y su astucia le granjearon una superioridad absoluta entre las tribus y los bandidos que había reunido a su alrededor"¹⁰⁵.

Traicionado nuevamente por la burguesía comercial anglocriolla, la cual ha reconocido la legitimidad de la invasión portuguesa, Artigas lo interpela duramente a Pueyrredón, en carta del 13/11/1817: "¿Vuestra Excelencia está empeñado en provocar mi extrema moderación?... Y vuestra Excelencia se atrevió a afirmar ese reconocimiento no completándose con los portugueses [...] Un hecho semejante y de igual trascendencia no puede vindicarse sin escándalo. ¿Y Vuestra Excelencia es todavía el Supremo Director de Buenos Aires? Un jefe portugués no habría procedido tan criminalmente [...] Tenga la justicia de la reconvencción de los pueblos [...] ¡Yo empeñado en rechazar a los portugueses y vuestra excelencia en favorecerles! [...] Vuestra Excelencia es responsable ante la patria de su inacción y perfidia contra los intereses generales. Algún día se levantará ese tribunal severo de la nación, y administrará justicia equitativa y recta para todos"¹⁰⁶.

¹⁰² López, Vicente Fidel: *ob. cit.*, tomo VI, p. 201.

¹⁰³ *Idem*, tomo V, p. 120, tomo VI, p. 200.

¹⁰⁴ *Idem*, tomo VI, pp. 201 y 202.

¹⁰⁵ *Idem*, tomo V, p. 117.

¹⁰⁶ Bruchera, Oscar: *Artigas, Montevideo*, Biblioteca de Marcha, 1971, pp. 168-171.



Campamento de Plumerillo, Mendoza. Óleo de Aurelio Cincioni.

San Martín en la campaña hispanoamericana

En enero de 1817, cuando el portugués Lecor ingresaba con sus fuerzas a Montevideo, San Martín emprende el cruce de "esos inmensos montes". Ha logrado armar una fuerza expedicionaria de aproximadamente cinco mil hombres, con diez mil mulas y mil quinientos caballos. En ese ejército participa un número importante de emigrados chilenos, así como de dos regimientos de infantería, uno de caballería y un batallón de artillería, así como una partida volante de dragones denominada Legión Patriótica del Sur. Se trata, pues, de un ejército constituido por chilenos y argentinos. Sin embargo, Mitre sostiene que "este ejército, por su bandera, su composición y su espíritu, era esencialmente argentino"¹⁰⁷. Pero ocurre que por su composición es un ejército argentino-chileno y por su espíritu es más bien hispanoamericano que argentino precisamente porque su objetivo es la libertad de Chile, Perú e Hispanoamérica toda.

¿Y cuál es la bandera de este ejército? Quizás por demasiado confiados en el Padre de nuestra Historia, nosotros cantamos en el colegio: "Aquí está la bandera esplendorosa/ cuando al mundo con sus triunfos admiró/ cuando altiva en la lucha y victoriosa/ la cima de los Andes escaló". Resulta molesto hacer el papel de aguafiestas pero lo cierto es que la bandera argentina no solamente "no admiró al mundo con sus triunfos" sino que tampoco "escaló la cima de los Andes". La que sí la escaló fue la bandera del Ejército de los Andes, distinta de la bandera argentina.

¿Por qué no usó San Martín la bandera argentina, en 1817, si está ya había sido aprobada por el Congreso de Tucumán el 24 de julio de 1816?, puede preguntar algún niño pícaro, de esos que se sientan en el último banco. La maestra recurre entonces a una anécdota difundida por la revista *Billiken* o en algunas "historias para niños", del tipo de las fabricadas por Bernardo González Arrioli, historiador, según Jauretche, "con cama adentro" de *La Prensa*, por supuesto para editoriales serias, como *Atlántida*, que preservan el bagaje histórico liberal conservador. Habría sucedido que el 24 de diciembre de 1816, en la cena de nochebuena, con sus oficiales y las esposas de estos, San Martín se dio cuenta de

¹⁰⁷ Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín*, Buenos Aires, Suelo Argentino, 1950, p. 157.

pronto (él, un estratega, de severa formación militar), de que su ejército carecía de bandera, cuando faltaban veinte días para iniciar el cruce de los Andes. Les habría solicitado entonces a las damas presentes que urgentemente fabricasen una, pero ellas recorrieron todos los negocios de Cuyo y no encontraron tela celeste, ni retazos siquiera, ni pudieron teñir tampoco con ese color. Entonces, armaron una bandera con dos paños, uno blanco y uno azul celeste. Además, estas audaces mujeres decidieron, por su exclusiva cuenta, agregarle un escudo apaisado y unas ramas de laurel entornándolo, de manera tal que hicieron caso omiso -para decirlo con palabras respetables- de la decisión del Congreso de Tucumán. San Martín, procediendo de una manera que cualquiera pudiera calificarlo, en el viejo lenguaje, de "pollerudo" o "maricón", habría aceptado esta imposición de las buenas señoras y violó, también él, la decisión del Congreso y del Director Supremo. Como se comprende esta historia "para el delfín" supone, como decía Jauretche, "que el delfín es idiota", careciendo de todo asidero. Lo que ocurrió seguramente es que San Martín indicó con precisión, al grupo de mujeres, qué clase de bandera quería y ellas cumplieron sus órdenes creando la bandera del Ejército de los Andes. Entonces, ¿por qué San Martín optó por una bandera distinta de la Argentina? La respuesta es simple: no podía cruzar los Andes e ingresar a Chile enarbolando bandera argentina pues encabezaba un ejército aliado argentino-chileno. En ese ejército había tres generales: San Martín y Soler, argentinos, y O'Higgins, chileno. Cuando San Martín se ausenta, O'Higgins, chileno, lo reemplaza. Cuando el ejército cruza los Andes, pasa en seis columnas: dos de ellas dirigidas por oficiales chilenos, una, por O'Higgins, la otra, por Ramón Freire, coronel chileno que llegaría, años después, a la presidencia de su patria chica. Asimismo, la comisión de mujeres encargada de fabricar la bandera elige una coordinadora o responsable, resultando para el cargo Dolores Prats de Huisi, chilena, viuda de un rico comerciante del país trasandino de la zona de Talcahuano. También participan los oficiales chilenos Zenteno y Calderón. Ninguno de ellos hubiese aceptado ingresar a Chile, para liberarlo, enarbolando bandera argentina. Por si toda esta información no resultase suficiente, recurramos a compañeros de lucha de San Martín. Tomás Guido sostiene: "El paso de los Andes colocaba al Ejército Argentino y Chileno en situación tal que era necesario vencer o morir"⁹⁰. A su vez, Manuel de Olazábal titula uno de los capítulos de sus *Episodios de la guerra de la independencia* de



El Paso de los Andes. Óleo de P. Maggi. Instituto Nacional Sanmartiniano.

⁹⁰ Guido, Tomás: "Fastos de libertad", 1886. Reproducido en *San Martín en la historia y en el Bronce*, Comisión Ley 13.661, Buenos Aires, 1950, p. 102.



La Batalla de Chacabuco, óleo de Pedro Subercaseaux. Museo Histórico Nacional.

este modo: "Asalto de la plaza fuerte de Talcahuano por el Ejército Unido argentino [de los Andes]-chileno"⁹¹. Por otra parte, ya hace tiempo que Augusto Fernández Díaz, entre otros, había señalado que "San Martín no podía enarbolar el pabellón argentino en un ejército integrado también por fuerzas chilenas"⁹². Asimismo, tampoco es cierto que los chilenos esperaban pasivamente que apareciese San Martín en la cuesta de Chacabuco para que los liberase, pues cuando llega el Ejército Libertador hay varios departamentos insurreccionados por Manuel Rodríguez.

Quizás para algunos resulte de menor importancia esta discusión sobre las banderas, pero ella adquiere particular importancia para los tiempos por venir, de unificación latinoamericana. Mitre necesitaba ocultar el carácter hispanoamericano del ejército, por lo que desde las primeras páginas de la biografía de San Martín sostuvo que el proyecto de este era la "la revolución argentina americanizada", dirigida meramente a independizar a los países, pero no a unificarlos. En cambio, la existencia de un ejército aliado argentino-chileno con bandera de los Andes ratifica la naturaleza de la campaña, realizada por encima de las patrias chicas.

Pero no se trata solamente de la cuestión nacional-latinoamericana sino también de la cuestión social, ambas siempre en estrecho vínculo en nuestros países. Como es sabido, el Ejército Libertador derrota a los realistas el 12 de febrero de 1817, en Chacabuco. Pocos días después es apresado el Capitán General de Chile, quien se había expresado, tiempo atrás, de manera despectiva con respecto a su antagonista: "San Martín firma con mano negra". Ahora, los dos hombres se encuentran frente a frente. Uno es: don Francisco Casimiro Marcó del Pont, Ángel Díaz y Méndez, Caballero de la Orden de San tiago de la Real y Militar de San Hermenegildo, de la Flor de Lis, Maestrante de la Real Audiencia, Benemérito de la patria en grado de capitán General, Presidente de la real Ronda, Superintendente subdelegado del General de Real Hacienda y de Correos, Postas y Estafetas y Vicepatrono Real del Reino de Chile. El otro es "el indio" San Martín, "el paraguayo" como lo apodará muy pronto la oligarquía chilena, "el tape de Yapeyú",

⁹¹ Olazábal, Manuel de: *Memorias del coronel Olazábal*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1942, p. 43.

⁹² Alonso Piñero, Armando: pp. 135-136.

correntino, "hijo de Juan a secas", como él gusta decir. Y este último, recordando aquella expresión desdeñosa del realista sobre su piel oscuramente pigmentada, lo recibe irónicamente: "Oh, Señor General, venga esa mano blanca"⁷².

Poco después, los chilenos le ofrecen el cargo de Director Supremo, pero no acepta, proponiendo a Bernardo O'Higgins, quien asume días más tarde. Luego, San Martín decide viajar a Buenos Aires, para presentarse ante el Director Supremo y reclamarle financiación, no como general argentino sino como representante del gobierno chileno, por lo cual delega el mando del ejército en O'Higgins, Director Supremo de Chile. A su vez, el gobierno de Chile lo designa a San Martín General en Jefe del Ejército chileno. Estos hechos constituyen pruebas de la naturaleza hispanoamericana de la campaña, por encima de la estrecha mira de "las patrias chicas". Pero la misión de San Martín fracasa: Pueyrredón le informa que las arcas están exhaustas y que, a su criterio, Chile debe pagarle a las Provincias Unidas los gastos ocasionados por la campaña libertadora. Frustrada su gestión, San Martín se desespera ante la inminente invasión absolutista desde Perú, comandada por el general Osorio. Recurre entonces a las más diversas gestiones -una de ellas, audaz y peligrosa, con el comodoro inglés Bowles- al tiempo que acuerda con O'Higgins la necesidad de declarar públicamente que Chile es independiente -2/2/1818- para deslegitimar a la expedición absolutista.

Como es sabido, el 19 de marzo de 1818, las fuerzas absolutistas triunfan, por sorpresa, en Cancha Rayada, sobre el Ejército de los Andes. Mientras cunde gran desazón entre la gente revolucionaria, reaparece la figura legendaria de Manuel Rodríguez -el gran guerrillero, "el más gallo de todos", según la expresión chilena- quien consigue reorganizar las fuerzas. Los estudiantes argentinos ignoraron durante mucho tiempo a esta extraordinaria figura hasta que se informaron, insólitamente a través de las canciones de Violeta Parra: "Quisiera tener un hijo / que fuera como Manuel [...] Fuiste el gran guerrillero / si en el cielo pasan lista / debes de ser el primero".

Dieciséis días después, el triunfo de Maipú asegura la libertad de Chile, y San Martín intenta nuevamente en Buenos Aires la obtención de recursos financieros. Pero en el gobierno de Pueyrredón encuentra enemigos, como el ministro Tagle. El enfrentamiento es duro. San Martín presiona y ofrece la renuncia al mando del ejército. Finalmente Pueyrredón accede a lanzar un empréstito de 500.000 pesos, pero el 16 de septiembre de 1818, le informa que ha fracasado la suscripción: "No hay remedio, amigo mío: no se sacan de aquí 500.000 pesos aunque llene las cárceles de capitalistas. Los ingleses se han resistido absolutamente"⁷³.

Pero la campaña habrá de continuar. Guido, el confidente y amigo de San Martín, insiste en que "uniformándolo [al gobierno de Lima] con el de las Provincias Unidas, se forme una triple confederación de los tres Estados [con Chile], cuya base preliminar sea la inmediata reunión de un congreso"⁷⁴. San Martín, por su parte, lanza una proclama refiriéndose a la unión de los tres Estados independientes, a los que un congreso general dará su respectiva organización, "así como su alianza y federación perpetua"⁷⁵.

En esa época, la amenaza de una importante expedición absolutista proveniente de España, conduce a Pueyrredón a solicitarle a San Martín que traslade su ejército de los Andes a la provincia de Buenos Aires. El general se define, en principio, dispuesto a dar

⁷² Obligado, Pastor: *El general San Martín en las tradiciones de Pastor Obligado*, Buenos Aires, Estrada, 1950, p. 48.

⁷³ Carta de Pueyrredón a San Martín, del 18/9/1818, en ASM, ob. cit., tomo IV, pp. 599-601.

⁷⁴ Carta de Tomás Guido a San Martín, del 2/6/1818, en ASM, ob. cit., tomo VI, pp. 290-291.

⁷⁵ Manifiesto de San Martín a los habitantes de Perú, del 13/11/1818, en ASM, ob. cit., tomo XI, pp. 197-201.

la gran pelea contra los godos, sus viejos enemigos y lo hace a través de una proclama: "Ya no queda duda de que una fuerte expedición española viene a atacarnos, sin duda alguna los gallegos creen que estamos cansados de pelear y que nuestros sables y bayonetas ya no cortan ni ensartan; vamos a desengañarlos. La guerra se la tenemos de hacer del modo que podamos, si no tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos ha de faltar; cuando se acaben los vestuarios nos vestiremos con las bayetas que nos traen nuestras mujeres y si no, andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios. Seamos libres y lo demás no importa nada. Yo y vuestros oficiales os daremos el ejemplo en las privaciones y trabajos. La muerte es mejor que ser esclavos de los maturrangos. Compañeros, juremos no dejar las armas de la mano hasta ver el país enteramente libre o morir con ellas como hombres de coraje"⁷⁶.

Sin embargo, al poco tiempo, un hecho nuevo modifica la situación política. Con gran parte de la Banda Oriental en manos de los portugueses, Artigas no tiene otra solución que realizar una ofensiva, a través de sus lugartenientes, Estanislao López, de Santa Fe y Francisco Ramírez, de Entre Ríos, contra el gobierno de Buenos Aires. Ante la amenaza, a partir de abril de 1819, el Director Supremo reclama la venida al litoral por parte del Ejército de los Andes y del Ejército del Norte. Pero ya no se trata, como antes, de dar batalla a una expedición española, sino que el llamado va dirigido a defender la "civilización" porteña ante la montonera artiguista.

La desobediencia

Durante varios meses, San Martín contesta con diversas evasivas a estos reclamos de los directoriales: su estado de salud deficiente, la dificultad para traer parte del ejército que está en Chile porque la nieve ha cerrado los caminos y otras excusas. En la correspondencia de San Martín se halla la clave de su proceder, en una carta donde Guido le expresa: "recuerde que más de dos tercios de nuestro ejército se compone de hijos de Chile que apenas a bayonetazos irían a hacer la guerra a otro territorio"⁷⁷. Asimismo, en otra carta, Rudecindo Alvarado le advierte que esos soldados "desertarán y huirán reclamando contra la engañosa oferta de V. E."⁷⁸. También O'Higgins se refiere al riesgo de desertión⁷⁹.

Los directoriales se irritan ante las excusas del Gran Capitán e intentan desplazarlo de la jefatura, dispuestos a quebrar la alianza táctica que San Martín ha acordado con Pueyrredón en Córdoba, en 1816. En diciembre de 1819, el nuevo director, Rondeau, exige el envío del ejército y que "si San Martín no puede regresar, lo envíe al mando de uno de sus generales". Pero el 26 de diciembre, el General re-

ORDEN GENERAL DEL 27 de Julio de 1819.

Conservación del ejército de los Andes

...La guerra se la tenemos de hacer del modo que podamos: si no tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos ha de faltar: cuando se acaben los vestuarios, nos vestiremos con la bayeta que nos traigan nuestras mujeres, y si no, andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios: seamos libres, y lo demás no importa nada.

Yo y vuestros oficiales os daremos el ejemplo en las privaciones y trabajos. La muerte es mejor que ser esclavos de los maturrangos. Compañeros, juremos no dejar las armas de la mano hasta ver el país enteramente libre, o morir con ellas como hombres de coraje.

San Martín. Ex copia.

Orden de San Martín, 26 de julio de 1819.

⁷⁶ Proclama de San Martín desde Mendoza, de 1819, en ASM, ob. cit., tomo X, pp. 61-62.

⁷⁷ Carta de Guido a San Martín, del 17/3/19, en Tomás Guido: *San Martín y la gran epopeya*, Buenos Aires, Jackson, 1945, p. 32.

⁷⁸ Carta de Rudecindo Alvarado a San Martín, del 9/5/1819, en ASM, ob. cit., tomo V, pp. 3-464.

⁷⁹ Carta de O'Higgins a San Martín, del 13/4/1819, en ASM, ob. cit., tomo V, pp. 3-464.

nuncia a su cargo y declarándose enfermo se hace trasladar en camilla a Chile. Poco después, decide que la parte del ejército que se encuentra en Mendoza también pase al país trasandino.

Vicente Fidel López comenta: "El general San Martín es dueño y libre para aventurar su vida e ir a Lima, agonizante, si quiere. Pero la voz pública y los amigos del gobierno, preguntan a su vez: ¿el ejército argentino que va con él, ¿es también libre y dueño de hacer lo que quiere? El general es dueño de esas tropas de nuestro Estado?". O sea, en buen romance, el historiador López viene a concluir en que San Martín le ha "robado" el ejército a las Provincias Unidas presididas por el Director Supremo.

Aquí se comprende la importancia de la naturaleza del ejército de los Andes. Para San Martín, es un ejército aliado chileno-argentino (y luego, chileno-argentino-peruano), que se ha levantado en Cuyo para emancipar y unificar Hispanoamérica y por tanto, no está sujeto a ningún Estado ni a ningún gobierno. Para Vicente F. López, se trata de un ejército que pertenece al gobierno central de las Provincias Unidas y por tanto, debe someterse a las decisiones de Rondeau.

Esta desobediencia de San Martín, así como la insubordinación del ejército del Norte, en el motín de Arequito (pocos días después: 8 de enero de 1820), crean las condiciones para que la monarquía argentina de López y Ramírez derroque, en Cepeda, a las tropas directoriales, el 1° de febrero de 1820.

Producida esa batalla, con la cual se desmorona el poder central, San Martín legítima la naturaleza de su ejército a través del Acta de Rancagua. En esa localidad chilena crea a sus oficiales y, por sobre cerrado, renuncia a la jefatura del Ejército, indicándoles que designen nuevo jefe. La oficialidad decide por unanimidad que el continúa siendo el jefe, pero ahora San Martín lo es por elección de sus hombres y no por designación de ningún gobierno. Así lo confirma el acta de esta reunión, durante mucho tiempo olvidada en los textos escolares y últimamente "descubierta" por algunos historiadores. A. J. Pérez Am- chásquez señala errores correctamente que "ese ejército era un brazo armado de las Provincias Unidas en Sudamérica [...]" resultaba ser un ejército nacional autónomo por



La expedición libertadora al Perú parte de Valparaíso. (Foto de Antonio A. Abel) (Instituto Nacional Sammartiniano).

cuanto ninguna autoridad superior podía, en el momento, fijarle objetivos o metas".¹¹ Ricardo Lavigne, por su parte, adaptándose a la ambigüedad política del peronismo de los cincuenta, afirma: "San Martín creó, por el Acta de Rancagua, la independencia de su ejército, como si se tratara de una soberanía flotante".¹²

Ya en Chile, el "enferno" San Martín se halla resucitado y el 20 de enero de 1820 se ofrece a O'Higgins para continuar la campaña al Perú. Merece a una fuerte política impositiva sobre los sectores más ricos. O'Higgins ha logrado levantar la escuadra para proseguir la campaña. Y San Martín -el latinoamericano San Martín- no encuentra dificultad alguna en realizarla bajo la bandera chilena. El verdadero San Martín emerge así de esa interpretación, explicando los motivos que lo llevan a usar bandera del Ejército de los Andes, así como "la desobediencia" y el uso de bandera chilena en la expedición al Perú. Escribió el general a Guido: "Usad sabe que yo no pertenecí a ningún partido; me equivoco: yo soy del Partido Americano".¹³

El fin del artiguismo

Mientras San Martín prepara sus fuerzas para iniciar la campaña al Perú, en el interior argentino, la monarquía liderada por Ramírez y López ha ingresado a la ciudad de Buenos Aires y ha atado sus caballos a la Práctida de Mayo, para después subir al caballo a conversar con los jefes porteños. De este amable encuentro nace el Tratado del Pilar. La burguesía comercial anglochilena, apelando a la comunidad de intereses económicos que gran alrededor del puerto y la exportación, logra seducir a los lugartenientes de Artigas. Rosas aporta varios miles de cabezas de ganado para continuar a Estanislao López mientras "Pancho" Ramírez recibe armas y dinero. Así, firman el acuerdo con el intrigante Sarraute, sin dar participación a Artigas.

Derrotado por los portugueses en Tacuarumbo -22 de enero de 1820- y traicionado por sus oficiales en el Tratado del Pilar (23 de febrero de 1820) la situación de Artigas se torna muy difícil. En abril, le escribe a Ramírez, con fuerte tono admonitorio: "El objeto de vuestra señoría es sin hacer mérito de muchos otros portadores maliciosos que los protegen; y caso es sin hacer mérito de muchos otros que ellos se han dado para que libres para destruir su obra y atacar al jefe supremo que ellos se han dado para que ni conocimiento, no han sido otros que confabularse con los enemigos de los pueblos y los fines de la convención del Pilar celebrada por vuestra señoría sin mi autorización amplísima confianza que los pueblos que si no retrocede en el camino criminal que ha tomado, me verá obligado a usar de la fuerza, pues yo también tengo que arrepentirme de haber hoy tenga los medios de traicionarnos [...] Habíendose entregado en cuerpo y alma a la facción de los pueyrredonistas, procura ahora privar de sus armas a los pueblos libres para que no puedan defenderse del portugués. Esta es una de las pruebas más claras de la traición de vuestra señoría y la perversidad que se oculta en la Convención del Pilar; y no es menor crimen haber hecho ese vil tratado sin haber obligado a Buenos Aires a

¹¹ Pérez Amuchátegui, A. J.: *San Martín Libertador de América*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sammartiniano, 1995, p. 88.

¹² Lavigne, Ricardo: *El genio político de San Martín*, Buenos Aires, Kraft, p. 17.

¹³ Carta de San Martín a Guido, del 20/10/1845, en TC, ob. cit., Legajo 1, p. 238.

que declarase la guerra a Portugal y entregase fuerzas suficientes para que el Jefe Supremo y Protector de los Pueblos Libres pudiese llevar a cabo esa guerra y arrojar del país al enemigo aborrecido que trata de conquistarlo. Esa es la peor y más horrorosa de las traiciones de vuestra señoría⁹⁴.

El 8 de mayo, vuelve a escribirle: "usted mismo [...] me anunció tenía en su poder los tratados secretos celebrados con la corte del Brasil, y por el cual estas provincias eran entregadas al conde de Luca, o al infante del Brasil... Es evidente que usted ahora apoya los mismos principios bajo los cuales antes lo creyó enemigo de la causa común [...] Usted ha elegido el choque de las armas, y estoy resuelto a resistirlas. En sus resultados, conocerá usted que es más fácil ceda Artigas al imperio de la razón que al del poder y las circunstancias [...] He impartido órdenes para hostilizar sus tropas si ellas no se retiran o inspiran otra confianza sobre el objeto equívoco de sus marchas. En consecuencia, lo hago a usted responsable de la sangre que se derrame por tan frívolos pretextos, y de los entorpecimientos del sistema por esos motivos inciertos⁹⁵". Pocas semanas después, se produce el enfrentamiento militar y Ramírez logra derrotar a Artigas, quien toma el camino del exilio, al Paraguay, donde ingresa el 5 de septiembre de 1820.

Allí permanecerá exilado durante treinta años. En agosto de 1850, encontrándose gravemente enfermo, dice: "Yo no debo morir en la cama, sino montado sobre mi caballo. Traiganme al Morito, que voy a montarlo". La muerte lo abate, poco después -el 23 de septiembre-, sin darle tiempo para concretar su deseo. Así desaparece uno de los caudillos latinoamericanos de más clara posición revolucionaria.

CAPÍTULO IX

RIVADAVIA, SAN MARTÍN Y LOS CAUDILLOS

Proyectos en pugna

1820 resulta el año pródigo en importantes acontecimientos, aunque de diverso signo. En agosto, San Martín abandona la costa chilena y navega hacia el Perú. O'Higgins ha logrado conformar una escuadra -bajo la dirección del almirante Cochrane- y la fuerza expedicionaria latinoamericana, enarbolando ahora bandera chilena, se dispone a expandir la revolución de sur a norte; mientras, de norte a sur, avanza otro ejército latinoamericano encabezado por Simón Bolívar, quien, después del triunfo de Boyacá, ha constituido la Gran Colombia y se prepara para dar pelea en Carabobo.

Pocos meses atrás, el movimiento democrático ha resurgido en España con la sublevación liderada por Rafael de Riego, que obliga a Fernando VII a restablecer la constitución liberal sancionada en 1812 por las Cortes de Cádiz. Ante los sucesos de España, el virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela, se encuentra con que buena parte del ejército español de su jurisdicción se define contra el absolutismo, por lo cual restablece también la constitución de 1812. Pero su oportunismo no alcanza a sosegar a los generales liberales Canterac y La Serna, quienes lo voltean pocos meses después. San Martín estudia entonces la posibilidad de concertar con estos jefes democráticos, en una época en que "todos los liberales del mundo son hermanos", presionándolos en el sentido de que un liberal no puede complicarse en una política opresiva sobre pueblo alguno.

En el Río de la Plata también se producen cambios importantes. En Buenos Aires se vive una profunda crisis política: "la desobediencia" de San Martín respecto a las órdenes del Director Supremo de traer su ejército para combatir al artiguismo, así como el motín de Arequito -sublevación del ejército del Norte, el 7 de enero de 1820- han provocado, como se ha señalado, la derrota de Rondeau en los campos de Cepeda (1/2/1820), ante las montoneras artiguistas de Ramírez y López, lo que causa el derrumbe del gobierno nacional. La Historia Oficial ha caracterizado a este período como "la anarquía", en razón de que las provincias han readquirido su autonomía y han surgido, en ellas, varios caudillos. Pero, yendo más allá de lo meramente institucional, lo que ocurre es el desencuentro de las divergencias entre los diversos intereses provinciales y la ciudad-puerto. En ese momento, varios jefes del Ejército del Norte ingresan al escenario político, donde jugarán un rol importante en los próximos años.

El cordobés Juan Bautista Bustos se convierte en el caudillo que domina la escena en Córdoba durante esa década hasta 1829. Mitre ha arrojado sobre él los peores dictérios desde "tristemente célebre" hasta "tipo bastardo" que "traicionó la causa del orden y pactó con la anarquía" y el hombre que "inaugura la nueva escuela del caudillaje⁹⁶". La

⁹⁴ Carta de Artigas a Ramírez, abril 1820, citada por Oscar Bruchera, en *ob. cit.*, pp. 185 y 186.
⁹⁵ Carta de Artigas a Ramírez, del 8/5/1820, *idem*, pp. 186 y 187.

⁹⁶ Riviere, Rolando: *El gobernador Juan Bautista Bustos*, Córdoba, Imprenta de la Universidad de Córdoba, 1958, p. 98.



Juan Bautista Bustos, gobernador de Córdoba entre 1820 y 1829.

inversión mitrista proviene, seguramente, de que este caudillo considera como eje de su política la organización nacional e intenta, en varias oportunidades, celebrar una convención de todas las provincias para dictar la Constitución.

El segundo jefe del motín de Arequito era el coronel Alejandro Heredia, tucumano, también decidido partidario de la organización nacional; fue varios años gobernador de su provincia natal. Rosas le desconfiaba y considera, en carta a Ibarra, que "el general Heredia abrigaban muchos disparates en su cabeza, pero no era un malvado...".²

El tercer jefe importante en Arequito es José María Paz, cordobés de letras y de armas, quien disintió con unitarios y federales, e intentó, a su modo, la unificación de la Patria. Como se verá, algunos historiadores juzgan a Paz un hombre clave como expresión de las fuerzas del interior enfrentadas

al centralismo porteño. Su posición contundente a favor de que se dictase una constitución y se diese, por fin, la organización nacional, así como su claridad respecto a la necesidad de nacionalizar la Aduana porteña, lo colocarán en posiciones semejantes a las de Alberdi en su condena a la provincia metrópoli. José María Rosa sostiene que "Paz nunca había sido unitario, sus antecedentes lo acercaban al federalismo y en los años de Arequito había contribuido en primera fila a la caída del Directorio. Más tarde, hizo, o intentó hacer, de caudillo popular en Córdoba, apoyándose, contra Bustos, en los montoneros del tiempo de Javier Díaz y en la Liga artiguista de 1815. En 1820, su nombre reunía a los cordobeses federales descontentos con la oligarquía directorial que había rodeado a Bustos".³

A su vez, en la ciudad puerto se suceden las luchas por el poder que culminan el 20 de junio de 1820, "el día de los tres gobernadores", día en que, pobre y enfermo, muere Manuel Belgrano. Aislado políticamente y abatido por la sífilis, quien había sido la mano derecha de Moreno y el amigo de San Martín, abandona este mundo en tristeza y soledad. Deja dos hijos extramatrimoniales: Pedro -de su relación con Josefa María Escurrea, cuñada de Rosas-, a quien el Restaurador le da su apellido y será conocido como Pedro Rosas y Belgrano; y Manuela Mónica del Sagrado Corazón Belgrano, de su amor con Juanales (a los 48 años) en Tucumán con Dolores Helguero, una muchachita de 15 años. La historia mitrista lo convertirá en héroe escolar, angelical creador de la bandera, escoteando su defensa de la industria (proteccionista ya en 1802) y su preocupación por

² Casto, Vicente O.: *Nuevo diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Elche, 1971, tomo III, p. 356.
³ Rosa, José María: *Nos, los representantes del pueblo. Historia del Congreso de Santa Fe y de la Constitución de 1853*, Buenos Aires, Huemul, 1963, pp. 116 y 117.

la educación y las cuestiones marítimas, así como su posible colaboración en el *Plan de Operaciones de Moreno*.

"El día de los tres gobernadores" resulta el símbolo de las luchas por el poder en la ciudad de Buenos Aires donde también nacen caudillos populares -como el coronel Pagola y el general Soler- y surge, asimismo, como reencarnación del viejo morenismo, el coronel Manuel Dorrego quien se halla muy cerca de tomar el gobierno. Sin embargo, la burguesía comercial consigue el apoyo de los estancieros y con la ayuda de los Colorados del Monte, ejército privado de Rosas, eleva al gobierno a Martín Rodríguez. Los proyectos de una década atrás en pugna, entre Saavedra y Moreno, se reencuentran ahora cuando Rodríguez asume como gobernador, en septiembre de 1820, birlándole el poder a Dorrego, el amigo de French, Manuel Moreno y Agrelo.

Rodríguez designa a Bernardino Rivadavia como Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, a Manuel José García en Hacienda y al general Francisco de la Cruz, en la cartera de Guerra. Su período como gobernador es de tres años, pero los dedica especialmente a la lucha contra los pueblos originarios, dejándole el manejo del gobierno a Rivadavia y García.

Si bien, como se ha señalado, las relaciones de los revolucionarios con los pueblos originarios habían sido de convivencia y respeto, la frustración de los ideales de Mayo (muerte de Moreno, derrota de Artigas) debilitó esos lazos fraternos. Después de 1815, según señala Liborio Justo, fue desapareciendo la paz que se había establecido entre indios y cristianos. Transcribe entonces un texto de R. Marfany quien afirma: "A principios de marzo del famoso 1820 [...] un cacique desde Salinas Grandes salió al frente de 2000 lanceros. Tenía resuelto entrar por Luján, para pillar, en su correría hasta los distritos de Navarro y Lobos; pero atacó directamente a Navarro [...] y después de saciar su codicia saqueando las viviendas y alzándose con algunas cautivas, amenazó a Salto y Areco [...] El nuevo grito de guerra que presagiaba otro período de desolación y de ruina, reclamó una rápida intervención del gobierno".⁴ Pocos meses después, agrega Liborio: "el cacique Yanquetruz, atacó y arrasó el pueblo de Salto [...] Ante los ataques de los indios, particularmente el de Yanquetruz, el nuevo gobernador de Buenos Aires, general Martín Rodríguez, salió al frente de una expedición punitiva, a fines de diciembre de 1820".

Martín Rodríguez provenía de una familia dueña de extensos campos, había sido saavedrista -fue uno de los jefes del golpe del 5 y 6 de abril de 1811- y después, coherentemente rivadaviano y, por tanto, implicado en el golpe de Lavalle contra el gobernador Dorrego en 1828. Sus recuerdos sobre la campaña hacia la tierra "de los infieles" han sido recogidos parcialmente en el libro *Diario de la expedición al desierto*, en el cual su prologuista, Andrés Carretero, señala que "el diario expresa con claridad, la necesidad de usar con los aborígenes la dura mano de las armas y las lanzas, pues, deben ser considerados como enemigos declarados".

Cabe preguntarse: ¿enemigos de quién?, ¿de los ricos estancieros que quieren expandir sus tierras hacia el sur?, ¿enemigos de la patria en tanto algunas comunidades primitivas se consideran naciones y por tanto, con derecho a recuperar el territorio de las Provincias Unidas que ocupan ahora los blancos? ¿Se consideran argentinos, los mapuches, han hecho la revolución en 1810 y asimismo, se consideran argentinos, los estancieros transandinos de Chile, donde realizan importantes transacciones con los nacionalistas?

⁴ Justo, Liborio: *Pampas y lanzas*, Buenos Aires, Palestra, 1962, p. 99.
⁵ *Ibidem*, p. 99.
⁶ Rodríguez, Martín: *Diario de la expedición al desierto*, Buenos Aires, Sudestada, 1969, prólogo, p. 25.

des no están aún definidas, a tal punto que en el cuaderno 2 de la campaña se afirma que "no era costumbre [...] que saliese el Capitán Grande [se refiere al gobernador] a tratar de paz con otras naciones". Y en página siguiente se afirma que se hallaba "en el interior del país enemigo". Ello explica que páginas después se afirma que "nos guía el convencimiento de que la guerra con ellos debe llevarse hasta su exterminio [...] y considerarlos como a enemigos que es preciso destruir y exterminar". En otra parte, Rodríguez insiste: "¿Y si estas naciones de indios vecinos nuestros, nos son fieles y se amalgaman con nosotros por su propia seguridad y conveniencia, qué podremos ya temer de las naciones de Ranqueles y Chilenos que están más distantes?"⁷.

De este mismo diario surge también la otra táctica a aplicar como modo de mantener relaciones pacíficas con estas comunidades: "Fue preciso asegurar el alimento a las naciones de indios que se fuesen presentando, para dar lugar a inspirarles el amor al trabajo, y no obligarles a ser unos facinerosos. Se les señaló una yegua para cada setenta personas. Con esta simple medida, y con los medios de persuasión y de confianza que empleó el comisionado [Rosas], no tardaron en verse útiles resultados. Un sin número de caciques vinieron a establecer sus tolderías entre nosotros; su primera escala la han formado en las inmediaciones de Tandil, desde donde adquieren más confianza, y entablan relaciones directas con el comisionado Rosas. Hay en el día como dos mil indios, entre grandes y chicos, en nuestro seno, de los cuales ya existe un gran número repartidos en diferencias estancias, y en los alrededores de esta ciudad"⁸.

Según puede conjeturarse las dos tácticas aplicadas entraron en colisión, pues Rodríguez atacó a tribus de araucanos pampas, que mantenían amistad con los cristianos a través de la política pacífica y de aprovisionamiento practicada por Rosas, y provocó el enojo de este último, quien explicaba que convenía apelar a los indios para suplir la escasez de brazos y que él mismo, en sus estancias, tenía "algunos peones pampas, que me son fieles y son de los mejores"⁹.

Las colisiones con los indios se reiteraron y el gobierno envió al coronel Pedro García a parlamentar. Pero, poco después, Martín Rodríguez insistía en que "la experiencia de todo lo hecho nos enseña el modo de manejarse con estos hombres; ella nos guía al convencimiento de que la guerra con ellos debe llevarse hasta su exterminio [...]. En la guerra se presenta el único remedio, bajo el principio de desear toda idea de urbanidad"¹⁰.

A esa agresividad del gobierno de Buenos Aires respondieron los indios, en 1823, con la invasión más grande que se había conocido hasta entonces en la zona de Luján, Chascomús y Santa Fe, "llevándose enormes arcos de ganado"¹¹. Una nueva y mayor campaña del gobernador fue la contrarreplica del cristiano "mientras tanto los indios proseguían sus terribles incursiones llevándose siempre miles y miles de vacas, que hacían aparecer como ridículamente insignificantes los arcos de 8000 cabezas de los montoneros y aún las 30.000 con que se había comprado a Estanislao López"¹². Según Justo, Rauch realiza

⁷ Ídem, p. 59.

⁸ Ídem, p. 60.

⁹ Ídem, pp. 67-68.

¹⁰ Ídem, p. 90.

¹¹ Ídem, p. 82.

¹² Justo, *Liborio*: ob. cit., p. 101.

¹³ Ídem, p. 103.

¹⁴ Ídem.

¹⁵ Ídem, p. 104.



Juan Facundo Quiroga. Litografía de Bache.

expediciones contra los indios -de carácter sanguinario- siendo únicamente el quien logra derrotarlos, aunque igualmente continuaban produciéndose devastaciones y arcos, hacia el desierto, de gran cantidad de vacas". Agrega que Carlos Darwin, de viaje por esa zona, se horroriza ante las matanzas llevadas a cabo por las fuerzas gubernamentales, aunque luego, agrega, "pero, los indios araucanos no se quedaban atrás ante las fechorías terribles de los cristianos y, no solo asolaban las fronteras de la provincia de Buenos Aires, sino que [...] caían como un tremendo azote sobre Mendoza, San Luis y Córdoba, así como sobre Santa Fe"¹³.

Por otra parte, la táctica de mantener la convivencia mediante entrega de provisiones resultaba muy discutible

para algunos hombres del gobierno e inclusive Rosas, que era partidario de ella, también llegaba a molestarse como, por ejemplo, en carta a Estanislao López: "Como no es posible mantener a todos, nos han de seguir robando y se han de entrar por la parte que consideren más débil. Sobre este punto he escrito ya a usted extensamente. El único remedio es juntarnos después de la guerra y acordar una expedición para acabar con todos los indios"¹⁴. De esta última posición surge la acción de Estanislao López contra los mocostes y luego la decisión de la campaña de Rosas.

La burguesía comercial en el poder

Ocupado Martín Rodríguez en la campaña, Rivadavia y García manejan el gobierno durante la mayor parte del período 1821-1824. De este modo, la burguesía comercial anglocriolla controla el poder de la Provincia de Buenos Aires donde, entre 1821 y 1827, desarrollará aquello que los historiadores liberales denominan "la feliz experiencia".

Una década después, el 4 de enero de 1830, en carta a San Martín, Vicente López y Planes sintetiza de esta manera lo ocurrido en ese período: "Yo no veo en todo este fenómeno más que revolución y contrarrevolución. La revolución ha dominado disfracadamente de el año 10 hasta mediados del 21; la contrarrevolución ha dominado el principio 'pa-desde mediados del 21 hasta mediados del 27 [...]. La revolución consagró el principio de patriotismo sobre todo; la contrarrevolución, sin atreverse a excluir este principio, el autor del lo miró con mal ojo y dijo solo: 'habilidad o riqueza'". En estas pocas líneas, el autor del himno nacional da un juicio contundente sobre el período rivadaviano: la contrarrevolución, San Martín le contesta juzgando que esas observaciones "son justísimas"¹⁵.

¹⁶ Ídem, p. 105.

¹⁷ Ídem, p. 106.

¹⁸ Ídem, p. 107, cita a Ramón Cárcano.

¹⁹ Carta de Vicente López y Planes a San Martín, 4/1/1830, San Martín, su correspondencia, pp. 116-119.

²⁰ Carta de San Martín a Vicente López y Planes, 12/5/1830, San Martín, su correspondencia, p. 120.

Le faltó señalar a Vicente López y Planes que, si bien -con Rivadavia- la contrarrevolución se iniciaba en el Río de la Plata, San Martín era, en 1820, la encarnación de la revolución ampliándose hacia el resto de Hispanoamérica. Había pues dos proyectos en pugna, simbolizados en esos dos hombres que siempre se aborrecieron: crear una sociedad a semejanza de Europa, mirando hacia el Atlántico, importadora de mercaderías, costumbres y cultura ajena al resto de América Latina; o gestar un crecimiento hacia adentro: desarrollar las raíces propias, tanto en lo económico como en lo cultural, en el marco de una Patria Grande libre y unida.

¿El hombre que se adelantó a su tiempo?

La Historia Oficial celebra esa época rivadaviana caracterizándola como de gran progreso material y espiritual. Asimismo, su protagonista principal -Don Bernardino- será calificado por Bartolomé Mitre como "el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos"²¹. A partir del óleo sagrado vertido por el padre de la Historia, este juicio laudatorio es reiterado por historiadores, ensayistas y maestros. De manera tal que, a través de Grosso y otros divulgadores de la historia mitrista, Don Bernardino de la Trinidad González (pues Rivadavia es apellido materno) es colmado de elogios, como hombre altamente progresista, propulsor de la civilización, creador de diversas instituciones, sembrador de cultura, etc. Generalmente se lo resume definiéndolo como el gran visionario y profeta que anticipó a sus contemporáneos todas aquellas novedades que habría que asimilar en las décadas futuras o, en otras palabras, "el hombre que se adelantó a su tiempo". (Arturo Jauretche liquidó esta "zoncera" apelando a la anécdota del "tano" Cantaluppi, un vecino de Lincoln, que compró una heladera cuando aún no tenía electricidad en su chacra y al cual, por "adelantarse a su tiempo" se le pudrieron las achuras adentro de la heladera que no funcionaba).

Los historiadores del "mitromarxismo" también prodigan elogios a Rivadavia, como expresión de una política "modernizadora", "burguesa", que enfrentaría al "feudalismo" de los caudillos provincianos. Leonardo Paso, durante muchos años historiador oficial del Partido Comunista, sostiene: "El programa antifeudal de Rivadavia no pudo ser seguido por las masas, por su debilidad como fuerza social para imponerlo. Esto fue lo que permitió que esas masas, escasamente clarificadas social y políticamente, pudieran ser captadas por el programa demagógico de los señores feudales del rosismo [...] Las ideas centralistas en lo económico y las reformas sociales [de Rivadavia] apuntaban al desarrollo capitalista y a concluir con la dispersión feudal"²². De idéntica manera se definían los socialistas -entre ellos, José Ingenieros y Alfredo Palacios- al analizar este período.

La corriente de la "Historia Social" coincide también en la exaltación de Don Bernardino. Luis Alberto Romero, en su libro *La feliz experiencia* sostiene: "El año 1820 es, sin duda, una coyuntura decisiva en la historia argentina. Clausura una primera experiencia frustrada, la de la ilusionada Revolución de Mayo, e inaugura una nueva etapa, más adecuada a la situación del mundo y de las provincias"²³. En otro trabajo sobre el mismo tema, Romero señala: "Durante esos cuatro años que duró su gobierno, desde 1820 a 1824, se reorganizó el poder político de la provincia, se dictaron leyes de importancia pero, sobre todo, se organizó solidamente una nueva forma de economía que pudo re-

²¹ Mitre, Bartolomé: *Arengas*, Buenos Aires, C. Casavalle Editor, 1889, p. 803.

²² Paso, Leonardo: *Rivadavia y la línea de Mayo*, Buenos Aires, Fundamentos, 1960, pp. 202-203.

²³ Romero, Luis Alberto: *La feliz experiencia, 1820-1824*, Buenos Aires, La Bastilla, 1983, p. 9.

emplazar con éxito el viejo sistema económico colonial que había entrado en crisis con la Revolución y con las guerras que vinieron después de la Revolución. Tan bien vistos fueron estos cuatro años de gobierno por los sectores porteños que, cuando en 1824 Las Heras reemplazó a Martín Rodríguez en el gobierno, habló con entusiasmo en su discurso de esta 'feliz experiencia' porteña"²⁴.

Los historiadores Romero y Bertoni sostienen que en esa época se introdujeron "muchas reformas en el Estado y en la forma de administrarlo... Rivadavia se ocupó muy especialmente de mejorar la administración de los dineros del Estado [...] La consigna era ordenar, emprolijar [...] Se creó el Banco de Descuentos, que aunque era una empresa privada, podía emitir billetes y eso facilitó la marcha de los negocios [...] En Buenos Aires se tenía la sensación de que los tiempos estaban cambiando aceleradamente. La colonia ya parecía algo muy remoto. La ciudad empezaba a imitar a las grandes potencias europeas del momento: Francia e Inglaterra [...] Con el afán de conseguir fondos para algunas importantes obras públicas [...] se entró en negociaciones con una empresa londinense -el banco Baring Brothers- para que concediera un préstamo [...] También la educación se renovó [...] mientras se introducían todas estas novedades en la administración y en la campaña [...] se levantaron, además, algunas casas de dos pisos [...] Poco a poco la vieja ciudad colonial iba tomando aires europeos"²⁵.

Por su parte, los historiadores revisionistas de derecha lanzaron siempre fuertes mandobles contra Rivadavia, pero no en razón de su política portuaria y antinacional, sino por su enfrentamiento con la Iglesia Católica, tomando como antecedente la fuerte crítica del sacerdote Francisco de Paula Castañeda quien lo vituperaba como "Bernardino Panza o Sapo del Diluvio, enemigo a muerte de la religión".

Desde una perspectiva revisionista popular, Raúl Scalabrini Ortiz fue el primero en señalar el carácter reaccionario de la política rivadaviana en una conferencia pronunciada en 1937 bajo el título "Las dos rutas de Mayo: Moreno y Rivadavia", donde señaló el carácter revolucionario del Plan de Operaciones de Moreno y el contenido oligárquico y probritánico del proyecto de Rivadavia²⁶. Posteriormente, desde el revisionismo rosista-peronista se destacó, en 1947, *Rivadavia y la economía argentina*, una investigación de la profesora Haydée E. Frizzi de Longoni²⁷, de fuerte tono crítico. Años más tarde, José María Rosa aportó su *Rivadavia y el imperialismo financiero*²⁸, donde puso al desnudo los diversos negocios financieros del grupo rivadaviano en perjuicio de nuestro país, desde el empréstito famoso hasta la creación del Banco de Descuentos y del Banco Nacional.

Por su parte, la corriente revisionista del socialismo latinoamericano juzga a Rivadavia como expresión política de los intereses de la burguesía comercial anglocriolla asentada en Buenos Aires, que ha venido creciendo en razón del comercio libre instaurado en 1809. Solo desde esa perspectiva parece posible explicar el período 1821-1827, es decir, el primer gran intento de creación de una Argentina "hacia fuera", subordinada a los centros mundiales, que habría de reproducir y ampliar, cuarenta años después, el mitrismo en el poder.

²⁴ Romero, Luis Alberto y Bertoni, Liliana: *Una historia argentina 6. Los tiempos de Rivadavia*, Buenos Aires, Gramón-Colihue, 1996, p. 11.

²⁵ Idem, pp. 17-18.

²⁶ Raúl Scalabrini Ortiz, Conferencia "Las dos rutas de Mayo", inédito.

²⁷ Frizzi de Longoni, Haydée: *Rivadavia y la economía argentina*, Buenos Aires, Sociedad de Historia Argentina, 1947.

²⁸ Rosa, José María: *Rivadavia y el imperialismo financiero*, Buenos Aires, Huemul, 1964.



Retrato de Bernardino Rivadavia, de Prilidiano Pueyrredón.

Personalidad de Rivadavia

Ricardo Piccirilli, historiador liberal, ha publicado *Rivadavia y su tiempo*, reivindicando al prócer. Sin embargo, exaltando lo que él juzga virtudes, Piccirilli mostró graves defectos de Don Bernardino, presentándolo como un hombre ególatra, solemne y, especialmente, imitador de todo lo europeo. "Camina lentamente en actitud tan majestuosa que es casi sobrecogedora - sostiene Piccirilli-. Las manos a la espalda, como si quisiera contrabalancear el peso de su voluminoso abdomen. Luce casaca verde, chorrera de Holanda, calzón corto sujeto a las rodillas con hebillas de plata, espadín, medias de seda y zapatos de etiqueta, también con hebillas de plata [...] Ninguno puede verle por asuntos de Estado, a menos de usar medias de seda [...] Vivió actuando bajo la sugestión del traje y del vocablo. Y resultó, a su manera, el más perfecto 'dandy' porteño [...] La dignidad consciente le hizo actuar con tono grave [...] resumida en

el estilo egotista de sus cartas. El prócer se quiso a sí mismo, se distinguió por altura moral y dominio de cultura [...] No resultó un espécimen del género que exaltó el bello Brummel en los salones mundanos de Londres o París, pero atravesó su tiempo quemándose en la misma llama [...] y así, a su regreso de Europa, en 1825, cometió aquella desbordante precipitación de posterioridad que le hizo difundir su figura en bustos de yeso" (seis bustos de sí mismo, traídos de Europa).

Agrega Piccirilli que el prócer "trabajó por el triunfo de las buenas maneras, la pulcritud del traje y la decencia del vocablo. Resultó desbastador de la grosería popular". Se explica, entonces, que destinara fondos públicos a empresas de este tipo: escuela de declamación, museo de pájaros, colección numismática, revista literaria, academia de música y sociedad de beneficencia.

Asimismo, señala Piccirilli: "Todo lo que irradia y ejecuta es en él producto de la acción foránea; no se lo sugiere el colegio porque se vive otra época; no se lo suministra la universidad porque la desconoce, no se lo presta el ambiente porque es mezquino [...] Pensemos en Rivadavia haciendo estudios personales del inglés, practicando el francés, traduciendo a Bentham, informándose sobre modas, adquiriendo nuevos gustos, usando tratamientos para alternar en los círculos europeos, abordando temas agradables en las tertulias y tendremos exacta idea de lo mucho que debió vigilarse y aprender allá, para no desentonar y acá, para trazar rumbos [...] Representó el primer conquistador de Europa para el Plata²⁰. Quizá, por eso, "negado por muchos en su patria, el extranjero reconocía sus virtudes [...] Lord Ponsomby, cónsul inglés, se hallaba muy satisfecho de su conducta y lo mismo debería estarlo el Ministerio²¹".

²⁰ Piccirilli, Ricardo, *Rivadavia y su tiempo*, Buenos Aires, Peuser, 1943, tomo I, p. 83.
²¹ Idem, tomo II, p. 462.

Algo parecido -elogios que resultan críticas- sucede en el libro *Vidas argentinas*, de Octavio Amadeo: "Rivadavia protegió al extranjero, igualando sus derechos civiles a los del nacional. Enseñó que el extranjero no era un huésped sino un hermano; axioma de Jesús [...] Sufrió un poco la alucinación de Europa. Como muchos otros políticos nuestros, asomado a ella, no vio el enorme país de otra hechura que quedaba a sus espaldas. Quiso vestir al aborigen con los trajes lujosos de los pares y los lores; y 'lo natural volvió al galope'. Porque no fue todo nuestro y solo nuestro. Era cosmopolita, de todos los países y de todos los tiempos"²². También señala: "Era un hombre de buen gusto, que sabía elegir muebles y joyas para sus amigos de América que se lo pedían. Pero este hombre refinado, que tenía la educación y el empaque de un conservador, era por su pensamiento audaz, un 'izquierdista' avanzado para su tiempo. Y esta fue su paradoja y el drama de su vida. Fco con pretensiones, se empolvaba la cara morena, pero no era mulato [...] Macizo, cabezón, de grandes ojos saltones y encendidos, de labios rojos carnales, que engañaban; elegante, bien ataviado, casi un dandy de su tiempo, vestido de terciopelo y encajes, con pañuelo carmesí, era solemne, majestuoso y triste, como un castellano viejo. Pertinaz, voluntarioso, poco sensual, casi austero, amanerado [...] Pontificaba [...] Se embriagaba en la música solemne de sus documentos [...] La pompa presidencial, su séquito, su constitución, su estilo, su empaque fúnebre, su gesto teatral, su tono sentencioso, no se avenían con la sencillez paisana, la ligereza criolla y la malicia rápida de los caudillos. Todo eso los ahuyentaba porque todo eso los haría vestir de frac, privándolos de sus ropas cómodas y livianas. La Europa le impidió conocer su país; no visitó nunca las provincias. La civilización lo embotó [...] No fue parlamentario nunca y no se conocen discursos suyos de valer. Sin embargo, algunas de sus frases han quedado. Su saber no era extenso, ni profundo. Escribió poco y mal. Solo redactaba, con amor y mal gusto, sus documentos de gobernante. En ellos faltaba la medida; su hinchazón era una falta de estética. Por eso redactaba un decreto de quince artículos para nombrar un jardinero de cincuenta pesos. De noble ambición y ánimo esforzado, era sano, limpio, y su delicadeza llegaba al pudor [...] [En sus últimos años, en] Cádiz, en medio de su relativa pobreza, vivía a lo señor, como lo fue en toda su vida [...] Vivía allí solo, como un hidalgo empobrecido, comiendo su cena frugal en vajilla de plata labrada, con cubiertos de ébano y oro. Lo servían una doncella, un criado y una cocinera"²³.

Cabe, finalmente, recordar este testimonio de John Beaumont, de su libro *Viaje por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental*: "Don Bernardino Rivadavia parece hallarse entre los cuarenta y los cincuenta años de edad, tiene unos cinco pies de alto y casi la misma medida de circunferencia [...] Vestía una casaca verde, abotonada a la Napoleón; sus calzones cortos estaban ajustados a las rodillas con hebillas de plata; y el resio escaso de su persona, cubierto con medias de seda y zapatos de etiqueta con hebillas de plata; el conjunto de su persona no deja de parecerse a los retratos caricaturescos de Napoleón; y en verdad, según se dice, gusta mucho de imitar a ese célebre personaje [...] hacia mí con sus manos unidas atrás, a la espalda [...] con lentitud, y con un decidido aire protector"²⁴.

Antes de analizar el sustento social de la política rivadaviana conviene detenerse en la semblanza de quien fue su mano derecha -o quizás su mentor político-, Manuel José

²² Amadeo, Octavio R., *Vidas argentinas*, Buenos Aires, Ciorda S.R.L., 1952, pp. 235-239.
²³ Idem, pp. 241-243.
²⁴ Beaumont, J., *Viaje por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental (1826-1827)*, Buenos Aires, Ha-

chette, 1952, pp. 188-189.

García. Este buen hombre inició su carrera en 1811 colaborando con el Primer Triunvirato desde su cargo de regidor segundo en el cabildo, mientras se ejercitaba en Finanzas, que serían su especialidad. Posteriormente asesoró a Pueyrredón aconsejando la invasión del portugués Lecoq a la Banda Oriental, para destruir a Artigas. Luego, cuando Martín Rodríguez asume como gobernador y lo lleva a Rivadavia como ministro de Gobierno, García lo acompaña como ministro de Hacienda. En esa época, prodiga sus esfuerzos para crear el Banco de Descuentos, entidad financiera privada, autorizada para emitir moneda y controlada por los comerciantes ingleses. Al cesar Martín Rodríguez como gobernador, en 1824, su reemplazante, Las Heras, intenta mantener el mismo gabinete. Pero como Rivadavia desea viajar a Londres, García ocupa los ministerios de Gobierno, Relaciones Exteriores y Hacienda. Desde este último, se ocupa de salvar de la quiebra al Banco de Descuentos convirtiéndolo en Banco Nacional, con aportes del Estado, sin que la mayoría accionaria deje de pertenecer a sus amigos británicos. Además, completa las tratativas de Rivadavia para concertar el empréstito Baring Brothers. Luego, negocia el ruinoso tratado de paz con Brasil, entregando en la negociación esa Banda Oriental que se había ganado en la guerra. Vuelve al cargo de ministro de Hacienda con Rosas, en 1829, época en que mantiene discusiones con el brigadier Pedro Ferré, de Corrientes, rechazando sus propuestas de aplicar medidas proteccionistas para defender la producción nacional.

Sin duda, García era hombre de confianza de los ingleses, tanto o más que Rivadavia, pero carecía de la pompa y el arte de personajear que tenía Don Bernardino. Por eso resulta importante recordar que Lord Ponsomby, el cónsul inglés, le escribió a Canning el 2 de octubre de 1826: "el Dr. García es el hombre más ilustrado de la nación"¹¹. Quizás por la misma razón, Mitre le brinda este juicio apologético: "García era, sin duda, uno de los hombres más notables de la época. Patriota decidido, hombre de elevación moral, cabeza de inteligencia poderosa, nutrida con estudios serios, escritor literario con nervio y originalidad, con penetración profunda para juzgar los hombres y las cosas, con una alta moderación que nunca se desmentía, era un verdadero hombre de Estado, que reunía a estas cualidades una bella y distinguida figura, realzada por modales dignos y una conversación chispeante de ingenio y de amenidad"¹². Tomás de Iriarte, en cambio, en sus memorias, lo llama "hombre sagaz, intrigante y de más alcances que Rivadavia como hombre de mundo"¹³. Pero, probablemente el juicio más certero es el de Gervasio Posadas al describirlo como: "un alma fría para las cosas de la Patria"¹⁴. La clase dominante lo recuerda siempre con cariño y así, el 21 de septiembre de 1961, el doctor Alejandro Shaw, en la Academia de Ciencias Económicas, le dedicó una conferencia para demostrar que había sido "un auténtico financista y hombre de Estado [...] hombre de la república, que llena una de sus más bellas páginas patrióticas"¹⁵.

Base social de la política rivadaviana

En este período que acertadamente López y Planes califica de "contrarrevolucionario", el gobierno de la Provincia de Buenos Aires se halla en manos de la burguesía comercial anglo-criolla que se ha venido gestando desde 1809. Son los comerciantes de la ciudad de Buenos Aires quienes constituyen la apoyatura social del grupo rivadaviano.

¹¹ Cuiolo, Vicente O.: *Nuevo diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Elche, 1971, tomo III, p. 222.
¹² *Idem.*
¹³ *Idem.*
¹⁴ *Idem.*
¹⁵ *La Razón*, Buenos Aires, 21/9/1961.

Han crecido mucho desde que la apertura del comercio libre ha quebrado el monopolio de los registreros, legalizando sus actividades clandestinas. Los ex contrabandistas se han tornado comerciantes poderosos y ya han logrado expresarse a través de Rivadavia en el Primer Triunvirato y, a través de García, en el gobierno de Pueyrredón. Ávidos del mercado mundial, devotos del puerto y la aduana única, desean organizar el país en beneficio exclusivamente suyo.

Conviene señalar que esta burguesía comercial de reciente formación se halla constituida principalmente por comerciantes británicos: Wilde, Robertson, Mackinlay, Parish, Brittain, Billingham, Armstrong, Gibson, O'Gorman, Mackinnon, Thwaites, Dillon, Craig, Miller, Gowland, Butler, Ramsay, Winton, entre otros. Ellos han fundado, a comienzos de 1811, la "British Commercial Room" o Sala de Comercio Británica, en la calle 25 de Mayo y Cangallo, en la casa de la señora Clark¹⁶. A sus negocios se hallan asociados algunos comerciantes criollos, entre quienes pueden citarse a los Riglos, los Aguirre -emparentados políticamente con García-, los Escalada y los Sarrautea, entre otros. Al comenzar la década del 20, los comerciantes ingleses han adquirido notable poderío: en 1825 ya existen 57 casas de comercio inglesas en Buenos Aires¹⁷.

"Los comerciantes británicos gozan de gran estimación en Buenos Aires"¹⁸ sostiene un protagonista en el libro *Cinco años en Buenos Aires*, bajo el seudónimo "Un inglés" y agrega: "el comercio del país se halla principalmente en sus manos"¹⁹. Señala, asimismo: "La mayoría de estas casas [de comercio] tienen sucursales en Río de Janeiro, Montevideo, Chile y Perú constituyendo una vasta red comercial de no escasa importancia para los intereses británicos. Nuestros comerciantes en Buenos Aires [los ingleses] no son únicamente terratenientes y accionistas, sino que, desde la fundación del Banco [el Banco de Descuentos], han llegado a ocupar el directorio de este"²⁰. El mismo autor señala que "los ingleses se han visto envueltos en numerosas querellas con este gobierno. La última ocurrió en abril de 1821 [...] [Pero] desde que gobierna Rivadavia todos los problemas se han solucionado amistosamente"²¹.

El cónsul norteamericano en Buenos Aires, John Murray Forbes, ratifica este juicio al informar a Adams, Secretario de Estado, en noviembre de 1824: "El constante crecimiento de la influencia británica aquí [en Buenos Aires] es cosa difícil de imaginar. Su origen político está en los ardientes deseos de esta gente de obtener el reconocimiento de su independencia por parte de los ingleses y su motivo comercial debe encontrarse no solo en la riqueza individual de los comerciantes ingleses, sino en el hecho de que controlan prácticamente las instituciones públicas y muy especialmente un Banco gigantesco que, a través de los favores que concede a los comerciantes necesitados, ejerce el más absoluto dominio de las opiniones de ese grupo. Su influencia se hace todavía más poderosa porque los ingleses adquieren a menudo grandes estancias en el campo. En síntesis, no es exagerado afirmar que Inglaterra deriva de este país y de Chile todos los beneficios de una dependencia colonial, sin tener que incurrir en los desembolsos ni asumir las responsabilidades de una administración civil y militar"²².

Otra opinión, la del historiador H. S. Ferns, en *Gran Bretaña y Argentina en el siglo*

¹⁶ Frizzi de Longoni, Haydée: *ob. cit.*, p. 59.
¹⁷ "Un inglés": *Cinco años en Buenos Aires*, Buenos Aires, Solar, 1942, p. 54.
¹⁸ *Idem.*, p. 49.
¹⁹ *Idem.*, p. 49.
²⁰ *Idem.*, pp. 50-51.
²¹ *Idem.*, pp. 58-59.
²² Forbes, J. M.: *Once años en Buenos Aires. 1820-1831*, Buenos Aires, Emecé, 1956, p. 324.

XIX, lo corrobora, afirmando que los elogios de los periódicos ingleses a don Bernardino no pueden asombrar si se tiene en cuenta que "la realización de estos aspectos de la política de Rivadavia fueron de enorme importancia para la comunidad británica. Se suponía que la mitad de la deuda pública se hallaba en manos británicas [...] Y el entusiasmo por las inversiones en títulos del Río de la Plata que comenzara en Buenos Aires se comunicó a Londres"¹⁶. Woodbine Parish, cónsul inglés en Buenos Aires, señala asimismo: "Se hace muy manifiesta la preponderancia del comercio inglés en el Río de la Plata"¹⁷. Y el cónsul norteamericano agrega: "El grupo más despreciable de comerciantes ingleses que está chupando la sangre al país, con un comercio desproporcionado a sus recursos, tiene más influencia que lo que podría tener cualquier ministro que enviemos nosotros [...] Vastas mansiones, antes ocupadas por las principales familias del país, están ahora en poder de comerciantes ingleses"¹⁸.

Esa burguesía comercial anglo-criolla - más anglo que criolla - con su cuartel de operaciones junto al puerto de Buenos Aires, ensaya pues su política entre 1821 y 1827: entre 1821 y 1824 -durante el gobierno de Martín Rodríguez- a través de la influencia permanente de Rivadavia y García (habitualmente manejan el poder, por la ausencia de Rodríguez, que sale a expedicionar al "desierto"); después, a partir de 1824, en el gobierno de Las Heras, con García ocupando varios ministerios y Rivadavia trabajando relaciones en Londres; luego, finalmente, a partir del 6 de febrero de 1826 y hasta junio de 1827, bajo la presidencia del propio Rivadavia.

Contrarrevolución en Buenos Aires

La burguesía comercial portuaria desarrolla en ese período su proyecto, cuyas columnas fundamentales son: 1) intensificación del comercio de importación, entregando el mercado interno a la mercancía inglesa; 2) negocios financieros con los capitales ingleses, a través del Banco de Descuentos (1822) y del Banco Nacional (1826); 3) control de la aduana de Buenos Aires, con puerto único, sin competencia alguna; 4) empresas en sociedad con el capital inglés, de colonización agraria, explotación minera y otras; y 5) endeudamiento externo, que nos subordina a Gran Bretaña.

El modelo se completa con una cerrada política antilatinoamericana, que rechaza la organización nacional con los caudillos y consolida el gobierno de Buenos Aires en manos de una oligarquía presuntamente culta que quiere implantar Europa en América.

El librecomercio

La libre importación es uno de los ejes de la política económica del grupo rivadaviano, entregando el mercado interno a la mercancía británica y constituyéndose los comerciantes porteños en intermediarios obligados de ese tráfico.

Señala Ferns que Buenos Aires, en la época de Rivadavia, era "uno de los mercados internacionales más libres del mundo de aquella época"¹⁹. Sergio Bagó, admirador de don Bernardino, reconoce que "...proyectaba transformar a Buenos Aires en puerto franco"²⁰.

¹⁶ Ferns, H.: *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Solar Hachette, 1966, p. 112.

¹⁷ Parish, Woodbine: *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, Hachette, 1958, p. 527.

¹⁸ Forbes, J. M.: ob. cit., p. 219.

¹⁹ Ferns, H.: ob. cit., p. 115.

²⁰ Bagó, Sergio: *El plan económico del grupo rivadaviano*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1966, p. 33.

Pero, por si quedan dudas, Mitre lo admite ampliamente, y lo considera una virtud: "Con los escritos de Adam Smith, Say y el padre de Stuart Mill por delante, el [Rivadavia], primero que ningún hombre de Estado en el mundo, antes que Hucksinson, Roberto Peel y Cobden, proclamó la libertad de industria y de comercio como el primer derecho y la primera necesidad de la especie humana, según muy exactamente se ha dicho [...] y la primera necesidad de la especie humana, según muy exactamente se ha dicho [...] Conforme a estas doctrinas operó la reforma aduanera, aboliendo las prohibiciones comerciales y bajando los altos derechos al quince por ciento"²¹.

El resultado de la importación de esta mercadería de precio barato y buena calidad, producto de los adelantos del capitalismo británico, lo señala el cónsul inglés W. Parish, en 1825: "Las mercaderías inglesas [...] se han hecho hoy artículos de primera necesidad en las clases bajas de Sudamérica. El gaucha se viste en todas partes con ellas. Toda sea de cuero, ¿qué cosa habrá que no sea inglesa? Si su mujer tiene una pollera, hay diez probabilidades contra una de que será manufactura de Manchester. La caldera u olla en que cocina su comida, la taza de loza ordinaria en que la come, su cuchillo, sus espuelas, el freno, el poncho que lo cubre, todos son efectos llevados de Inglaterra"²².

Un viajero, Arsenio Isabelle, explica lo ocurrido: "¿Sabéis que han hecho los ingleses? Se apoderaron de la industria de los indios 'Pampas' y 'Araucanos', de la de los habitantes de Tucumán y Corrientes, fabricando y confeccionando los 'ponchos' y las 'jergas' con los que se realizan un gran comercio en la América del Sur. Y lo consiguieron tan bien que ahora solo se usan ponchos ingleses"²³.

El cónsul W. Parish reseña: "Debe recordarse que cuando el comercio del Río de la Plata se abrió, Gran Bretaña obtuvo su monopolio desde el principio, el que conservó solo hasta poco después de la paz general de 1815 [...] Con razón debe el Río de la Plata considerarse como el más importante y rico de todos los mercados que se nos han abierto desde la emancipación de las colonias españolas, si consideramos no solo la cantidad de nuestras manufacturas y efectos que aquel país consume, sino las grandes cantidades de materias primas y productos naturales con que nos retorna, proveyendo de esta suerte a nuestros manufactureros de nuevos medios de reproducción y provecho. También ha resultado singularmente ventajoso para nuestros intereses marítimos, en razón de no tener hasta ahora los hijos del país buques mercantes de su propiedad, obteniendo de esta manera bajo nuestro pabellón y en nuestros buques, la conducción de flete de ida y vuelta"²⁴. De modo tal que Gran Bretaña obtiene: 1) que el Río de la Plata le consuma importante cantidad de manufacturas, en momentos en que, como consecuencia de la revolución industrial, el capitalismo inglés se encuentra en plena expansión y su producción excede ampliamente su propio mercado; 2) que el Río de la Plata le provea de materias primas para las industrias inglesas (cueros, más tarde lanas, algodón, carnes) y 3) que los buques ingleses consigan fletes, con el comercio de ida y vuelta.

Revolución en el Perú

Mientras existe una aguda crisis política en las Provincias Unidas (1820-1821), San Martín se asienta en las costas peruanas del Pacífico para proseguir su campaña.

²¹ Mitre, Bartolomé: *Arengas*, ob. cit., p. 812.

²² Parish, Woodbine: ob. cit., p. 527.

²³ Isabelle, Arsenio: *Viaje a la Argentina, Uruguay y Brasil en 1830*, Buenos Aires, Americana, 1943, p. 423.

²⁴ Parish, Woodbine: ob. cit., pp. 528-536.



San Martín declara la Independencia del Perú. Autor: Juan Lepiani. 1904.

Hasta ese momento, la frontera norte ha sido defendida a través de la guerrilla: en primer término, en el Alto Perú, por lo que se llamó luego "la guerra de las repúblicas" indias (Padilla, Azurduy, Camargo, Warnes, Méndez y otros) y, luego, por "la guerra gaucha", liderada por Güemes, en lo que es hoy el norte argentino. Estas guerras defensivas, plagadas de heroísmo, sustentadas en las irregularidades del terreno y la capacidad de golpear y desaparecer por parte de los guerrilleros, han impedido el avance de los ejércitos absolutistas. Pero ahora que ha iniciado la campaña al Perú, el Gran Capitán diseña una estrategia distinta: hará un juego de pinzas sobre el Perú monárquico y para ello necesita una táctica ofensiva desde el norte argentino. Así se lo hace saber a Güemes, al tiempo que lo designa General en Jefe del Ejército de Observación (el derecho que se atribuye San Martín para designaciones de este tipo, corrobora su rol de jefe de un Ejército autónomo, por encima de las fronteras y los gobiernos). Güemes acepta, aunque explica las dificultades provenientes del cambio desde una táctica defensiva a una lucha ofensiva, alejada de los centros de aprovisionamiento, pero se dispone igualmente a cumplir la orden. Sin embargo, por entonces, Pedro Antonio Arias y Mariano Benítez, al servicio de la oligarquía salteña y en nombre de La Patria Nueva, traicionan a la causa nacional y apoya una nueva invasión de los realistas liderada por el jefe Olañeta. Güemes es herido en ese enfrentamiento y muere poco después, el 17 de junio de 1821. En Buenos Aires, *La Gaceta*, periódico oficialista, publica: "Murió el abominable Güemes al huir de la sorpresa que le hicieron los enemigos. Ya tenemos un cacique menos".⁸³

Ante esta situación, San Martín -que a partir de "la desobediencia" ha cultivado relaciones con diversos caudillos populares (Bustos, Heredia, López, entre otros)- recurre a ellos, para gestar una fuerza que pueda completar, desde el norte, su juego de pinzas sobre el Perú. Al mismo tiempo, el estrechamiento de relaciones con los caudillos federales puede concurrir a la creación de un gobierno estable en las Provincias Unidas y la definitiva sanción de la constitución.

Esta táctica sanmartiniana obedece, fundamentalmente, a la disparidad de fuerzas

entre su ejército y el ejército absolutista asentado en el Perú, que le imposibilita una lucha frontal.

En relación con esto, ocurre, a veces, que algunos alumnos pícaros suelen comentarles a sus maestros que San Martín no dio grandes batallas en el Perú, y no se les da la respuesta adecuada cuando, en efecto, la disparidad del número de soldados (4500 de San Martín, casi 20.000 de los realistas, es decir, casi, uno a cinco) lo obligó a evitar choques frontales, en grandes batallas, como las que dio en Chile o como las que protagonizó el propio Bolívar. De ahí la formulación de diversas maniobras, una de las cuales, precisamente, es levantar una fuerza armada desde el norte argentino. Otra es acordar el apoyo de los guerrilleros que vienen actuando en el Perú, y otra es lograr la insurrección de los esclavos del Perú a quienes promete la libertad si se incorporan a su ejército. Tiene confianza asimismo en la campaña psicológica que lleva a cabo a través de comunicados, proclamas, infiltración de espías, etc. Pero, de cualquier modo, su plan de liberación del Perú se caracteriza por la gran audacia ante la desproporción entre el poderío de las fuerzas militares de uno y otro bando.

Esa táctica dirigida a evitar batalla se ve favorecida por el triunfo de la revolución liberal en España, que permite operar ideológicamente sobre los jefes militares del Perú, algunos de ellos, antiguos compañeros de posición antiabsolutista. En el terreno militar, San Martín se limita, entonces, a la campaña de la sierra encomendada a Arenales, mientras presiona sobre La Serna para llegar a un acuerdo.⁸⁴

Pero la negociación con los jefes del ejército español fracasa, pues estos no se atreven a admitir la independencia del Perú sin la decisión del rey. Sin embargo, San Martín entra en Lima -que ha sido evacuada por las fuerzas españolas- y declara, el 28 de julio de 1821, la independencia del Perú, viéndose obligado a asumir como Protector.

Por una de esas ironías de la Historia, mientras en el Río de la Plata, al asumir Martín Rodríguez como gobernador, con Rivadavia y García como ministros, se consolida el proyecto contrarrevolucionario, en el Perú, San Martín, desde su función de Protector, concreta el programa de Mayo, que se había expresado en la Asamblea del año XIII: 1) eliminación de la servidumbre de los indios; 2) libertad de vientres; 3) abolición de la Inquisición; 4) abolición de castigos corporales; 5) reconocimiento del derecho a la libertad de expresión; 6) prioridad a la instrucción pública y a la cultura nacional; 7) moderación de las costumbres y liberación de prejuicios; 8) inviolabilidad del domicilio; 9) destrucción de los bustos del rey y de los estandartes reales.

Asimismo, en materia económica adopta medidas proteccionistas estableciendo el doble de derechos para todas las mercaderías importadas "que puedan perjudicar a la industria del país". Asimismo, crea la Dirección General de Minería y dicta disposiciones para el desarrollo de una flota mercante nacional, así como la creación de un banco auxiliar de papel moneda a fin de reactivar la economía.

El economista Manuel Fernández López resume de este modo la política económica sanmartiniana en el Perú: "San Martín dictó un Reglamento Provisional de Comercio el 28 de septiembre de 1821. El reglamento era de un nacionalismo cerrado y un exagerado proteccionismo [...] si bien por causas de guerra, abrió los puertos peruanos al Callao y Huanchaco solo para buques peruanos. Los barcos extranjeros debían nombrar consignatarios peruanos en el puerto de llegada. Una cláusula proteccionista establecía derechos duplos a toda mercancía cuya importación pudiera ser perjudicial a la industria nacional. La ley prohibía la venta de artículos al por menor a los vendedores extranjeros, dejando ese privilegio en manos del comerciante peruano. Haciendo contraste con

⁸³ Reunión de Punchauca, junio 1821.

⁸⁴ Díaz, Alberto Edgardo y Rapalo, María Ester: *Güemes y la frontera norte*, fascículo 34, *Documentos de Polémica*, Centro Editor de América Latina, p. 34.

estas disposiciones, el comercio interior fue declarado libre, prohibiendo las aduanas interiores. Como refuerzo de esta actitud a favor de la industria nacional, por decreto del 17 de octubre de 1821, San Martín ofreció carta de ciudadanía y protección fiscal a todo extranjero que introdujese en el país alguna industria o máquina cualquiera⁷⁵.

A su vez, la política de liberación y unificación latinoamericana alcanza un momento crucial el 6 de julio de 1822, cuando Monteagudo -en nombre de San Martín- y Mosquera -en representación de Bolívar- firman el tratado de Amistad y Unión Perpetua entre Perú y Colombia. A menudo ocurre que los textos escolares no otorgan la debida importancia a este acuerdo, como si se tratara meramente de un pacto entre dos países. Olvidan que al decir Colombia, en ese momento, se trata de la Gran Colombia, que incluye la actual Colombia y lo que hoy es Panamá, Venezuela y Ecuador y, que al decir Perú, se está haciendo referencia a Perú, lo que hoy es Bolivia y el apoyo implícito del Chile, a través de O'Higgins. Se trata, pues, de una parte importante de la Patria Grande -que hoy ocupan siete países- que evidencia, si se recuerda que América Central era una federación liderada por Morazán, que el sueño de los grandes capitanes no estaba tan lejano. Bolívar quería invadir Brasil para consolidar esta política y San Martín lograba, al mismo tiempo, el apoyo de los caudillos enfrentados a Rivadavia, quien era precisamente el boicoteador máximo de la reconstrucción hispanoamericana. Este tratado constituye la antesala de la ciudadanía latinoamericana y de la unión de los ejércitos y lleva naturalmente a la reunión de Guayaquil entre los Libertadores.

Rivadavia y los negocios financieros

Para esa misma época, se pone en marcha en Buenos Aires un negocio financiero que reditaba importantes ganancias a los comerciantes porteños y a sus aliados, los británicos. La política de libre importación implantada desde 1811 por el Primer Triunvirato provocó un drenaje notable de oro. Faltaba liquidez y los intereses se elevaron al 5 y 6% mensual en 1820. De ahí surgió la necesidad de crear un Banco. Pero como se descreía del Estado, se le otorgó la tarea a la iniciativa privada, en la cual predominaban los ingleses.

El Banco de Descuentos se creó en julio de 1822 en forma de Sociedad Anónima. "Nuestros comerciantes en Buenos Aires [...] desde la fundación del Banco, han llegado a ocupar el directorio de este", sostiene "Un inglés" en *Cinco años en Buenos Aires*⁷⁶. Raúl Scalabrini Ortiz explica que la mayoría de los accionistas eran comerciantes ingleses: tenían 381 votos sobre 702, en 1825. En 1826, tenían 589 votos sobre 838. Y agrega que los comerciantes ingleses tomaron así el manejo de nuestra emisión monetaria, pues se trataba de un Banco emisor, creado justamente para cubrir las necesidades de la plaza⁷⁷.

Uno de los directores nativos -Sáenz Valiente- renuncia, tiempo después, por esa razón: "El señor Sáenz Valiente le expresó a Robertson que el motivo que tenía para no admitir dicho honor, era que creía lo que generalmente se decía en el pueblo y es que en el Banco los extranjeros ejercen una influencia perniciosa para el país, a cuyo abuso él no quería contribuir⁷⁸".

Desde su fundación, el Banco ofrece aspectos escandalosos: a) se suscribían acciones

⁷⁵ Fernández López, Manuel: "Libertad e independencia", Suplemento Económico Cash, Página 12, Buenos Aires, 29/7/2002.

⁷⁶ "Un inglés": ob. cit., p. 51.

⁷⁷ Scalabrini Ortiz, Raúl: *Política británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Fernández Blanco, 1952, p. 60.

⁷⁸ Idem, p. 61.

que no se integraban sino muy parcialmente; b) abiertas sus puertas, recibía depósitos y los mismos accionistas del Banco obtenían préstamos descontando letras o pagarés a sola firma, para pagarlos recién a su vencimiento. Con ese dinero, los accionistas integraban las acciones, es decir, con dinero del propio Banco. Se trataba simplemente de una emisión de papel moneda que la podía haber asumido, sin problemas, un Banco estatal. En cambio, de este modo, el Banco reconocía a los comerciantes ingleses como accionistas con acciones integradas, y los comerciantes ingleses reconocían una deuda. Cuando llegaba el vencimiento de esas letras descontaban nuevos documentos a sola firma. Por estos créditos que el Banco les adelantaba contra pagarés, pagaban el 9% anual. Pero el Banco, por operaciones que hacía con otros negocios, especulaciones, etc. obtuvo entre el 15 y el 19% de utilidad, que le pagaba a los accionistas como dividendo. Este dividendo les permitía pagar los intereses e ir amortizando parcialmente la deuda por la integración de las acciones. En poco tiempo, sin dinero, se habían hecho dueños del Banco.

Al fundarse el Banco de Descuentos, su Directorio se halla integrado de este modo: Presidente, Juan Pedro Aguirre y, Directores, Juan Anchorena, Diego Brittain, Félix Castro, Guillermo Cartwright, Sebastián Lezica, Robert Montgomery y Miguel Riglos. Castro era socio de Guillermo Parish Robertson, en 1825, en la estancia San Lorenzo en Santa Fe, y socio de Manuel H. Aguirre en la casa de café, frente a la Plaza Mayor. Juan Pedro de Aguirre, de fortuna considerable, probritánico, íntimo de Sarratea, también estará ligado, más tarde, al empréstito Baring, igual que Castro.

No debe sorprender que un negocio de este tipo, en el cual un grupo de mercaderes juega a las finanzas, al tiempo que se constituye en el controlador de la emisión monetaria, concluya en una quiebra, en la cual, por supuesto, quiebra el Banco -al cual ningún capital inicial aportaron los comerciantes-, sin afectar las finanzas particulares de los especuladores.

Por esto, en 1826, advertidos de que el negocio concluye en colosal quebranto, los comerciantes de convicciones liberales, adoradores de la empresa privada, recurren - como ocurre siempre en estos casos- a la protección del Estado. Se procede, entonces, a convertir al Banco de Descuentos en Banco Nacional, a través de una importante financiación estatal, de lo cual resulta que el Estado adquiere, en efectivo, 15.000 acciones y las restantes, 4123, van a manos de los comerciantes, en su mayoría británicos. Se trata, pues, de un Banco mixto, con mayoría estatal. Pero la ley organiza un sistema de votación muy singular para evitar que el Estado prevalezca en la asamblea de accionistas. El artículo 17 establece un sistema de votación con progresividad decreciente: "El número de votos a que tendrá derecho cada accionista será proporcionado al de sus acciones, de esta forma: por una y dos acciones, un voto [...] Desde cien arriba [el Estado] un voto por cada diez⁷⁹". De este modo, las 15.000 acciones del gobierno se convierten en 1500 votos, pero las 4123 de los accionistas, a través de testaferros, alcanzan alrededor de 4000 votos y controlan el Banco⁸⁰. Queda así consumado un negocio brillante, por el cual el Estado financia a la sociedad mixta, pero no la controla pues, como se sabe, "el Estado es mal administrador".

Por si esto fuera poco, se organiza un negocio adicional estipulando que toda acción vieja, perteneciente al Banco de Descuentos (Banco casi fundido y cuyas acciones se valorizan a \$ 10 en el mercado), será reconocida como de valor \$ 140, a los efectos del canje por las nuevas acciones del Banco Nacional. De este modo, los papeles inservibles no solo recuperan su valor nominal 100, sino que dejan a sus tenedores una utilidad del 40%!

⁷⁹ Idem, p. 67.

⁸⁰ Idem.

Scalabrini Ortiz señala que además de estas pingües ganancias, los comerciantes siguieron controlando el Banco y que "todas las propuestas del representante del gobierno en el directorio del Banco fueron resueltas negativamente"⁷¹.

Ante el proyecto de Unión latinoamericana

Mientras en Buenos Aires se realizan estos interesantes negocios, San Martín, en el Perú, en mayo de 1822 -poco antes de su concurrencia a Guayaquil para encontrarse con Bolívar- encomienda una gestión al comandante peruano Antonio Gutiérrez de la Fuente, para organizar la fuerza militar que, por el Alto Perú, permitiría cerrar un juego de pinzas sobre el absolutismo. De este modo, se daría un paso decisivo en la campaña de liberación.

De La Fuente recorre el territorio de las Provincias Unidas y asienta en un diario las tratativas realizadas en nombre de San Martín. De allí resulta que obtiene apoyo de Bustos en Córdoba, de Pérez de Urquín en San Juan, de Felipe Ibarra en Santiago del Estero, de Heredia en Tucumán, de Estanislao López en Santa Fe y de otros caudillos locales, todos los cuales aseguran el aporte de soldados, en una cantidad que varía entre 150 y 200. Estos caudillos coinciden en que pondrán el pellejo al servicio de la patria, pero que carecen de los fondos necesarios para armar a su gente, financiación que deberá provenir de Buenos Aires, duña de la Aduana y del Banco emisor.

En julio de 1822, De la Fuente llega a Buenos Aires con el propósito de obtener esa ayuda del gobernador Martín Rodríguez. Ya conocemos quién es, pero Vicente Fidel López nos ayuda a disipar cualquier duda: "Martín Rodríguez era miembro notorio del antiguo y del nuevo partido oligárquico que se reorganizaba en la ciudad con el nombre de Partido de los Principios o Liberal, antes de llamarse como, se llamó después Partido Unitario"⁷². Allí gobernaban -señala también V. F. López- "los hombres principales de la época anterior. Con ellos venían los ricos, los propietarios, el gremio comercial, los abo-

gados, los estudiantes, los tenderos, los hijos de familia y todo ese potente conjunto de fuerzas sociales engendradas por la tradición de Mayo, agrupadas en la ciudad y esencialmente centralista y directorial en el sentido unitario"⁷³. Se comprende, entonces que el gobernador Rodríguez carezca de tiempo para atender al enviado de San Martín y lo derive a su ministro Rivadavia, quien, precisamente ha dicho -el 4 de mayo de 1822- "que Buenos Aires ya había hecho más de lo que había podido por aquellos pueblos y había llegado



Soldados de Felipe Ibarra en Santiago del Estero. Dibujo de D. Canelli.

⁷¹ Idem, p. 68.

⁷² López, Vicente Fidel: *Historia de la República Argentina*, Buenos Aires, Kraft, 1913, tomo VIII, pp. 231-232.

⁷³ Idem, pp. 253-254.

a conquistar su independencia, siendo justo que probasen merecerla los que reclamaban al presente su cooperación"⁷⁴. Rivadavia, a su vez, traslada el pedido a una comisión parlamentaria integrada por Julián Segundo de Agüero, Manuel J. García, Valentín Gómez, Nicolás de Anchorena y Esteban Gascón. Puesto a consideración el auxilio reclamado, solo Gascón se pronuncia a favor de colaborar con San Martín, prevaleciendo el criterio opuesto basado en que "sería una aventurada empresa" y que, por otra parte, "ese ejército, ya formado y en marcha, no tiene un centro de dirección, que solo podría ser una autoridad creada por el voto de las Provincias, la que de hecho no existía y que, por tanto, sería una fuerza aislada en sus propias operaciones"⁷⁵.

De manera clara, la burguesía comercial porteña en el poder se manifiesta contraria a apoyar a un ejército hispanoamericano, que lucha por la independencia de la Patria Grande y que no se halla sujeto a su autoridad. En su diario, Gutiérrez de la Fuente escribe: "Manuel J. García llegó asegurar que al país le era útil que permaneciesen los enemigos en el Perú" y que la mayoría de la Junta "se manifestó contraria a la expedición [...] porque la pedía el Protector, contra quien estaban opuestos los más de los representantes"⁷⁶.

Mientras Gutiérrez de la Fuente desarrolla su gestión en las Provincias Unidas, San Martín se encuentra con Bolívar en Guayaquil. Acerca de este encuentro, la Historia Oficial -más allá de caracterizar la reunión como "el misterio de Guayaquil"- concluye por sostener que allí Bolívar le robó a San Martín la gloria de concluir la campaña libertadora. Bolívar sería, según esta versión, un pícaro, ambicioso, inescrupuloso y San Martín, un hombre de aceros principios éticos, un Santo de la Espada. Así, la negociación habría resultado a favor del tramposo venezolano y no del generoso y ético argentino.

No hubo misterio de Guayaquil

La denigración de Bolívar aparece ya en una de las arengas de Mitre: "Bolívar era el genio de la ambición delirante, con el temple férreo de los varones fuertes, con el corazón lleno de pasiones sin freno, con la cabeza poblada de flotantes sueños políticos, sediento de gloria, de poder, de esplendor, de estrépito que acaudillando heroicamente una gran causa, todo lo refería a su personalidad invasora y absorbente [...] con las entrañas devoradas por el buitre de su inextinguible ambición personal [...] San Martín fue vencido por el egoísmo imperioso de Bolívar"⁷⁷. Asimismo, en su biografía de San Martín señala que: "La impresión que a primera vista produjo Bolívar en San Martín fue de "repulsión, al observar su mirar gacho, su actitud desconfiada y su orgullo mal reprimido"⁷⁸.

Evidentemente, para la clase dominante, Argentina debía mirar hacia el Atlántico, en estrecha comunión con los empresarios ingleses -según la política económica de Rivadavia, primero y luego, de Mitre- dando la espalda al resto de la América Latina, estrategia para la cual nada mejor que sostener que San Martín abominaba del otro gran jefe latinoamericano y aún más, que disientía con sus planes, pues mientras Bolívar bregaba por "unificar artificialmente las colonias emancipadas, según su plan absorbente y monocrá-

⁷⁴ El Argos, 7/8/22. Reproduce la declaración de Bernardino Rivadavia en la sesión de la legislatura del 4/5/1822, en Levene, Ricardo: *El genio político de San Martín*, Buenos Aires, Kraft, 1950, p. 151.

⁷⁵ Diario de Sesiones de la Legislatura, en *Diarios y documentos de la misión sanmartiniana de Gutiérrez de la Fuente*, en ASM, ob. cit., tomo II, pp. 115 a 132.

⁷⁶ *Diarios y documentos...*, ob. cit., tomo VII, p. 455.

⁷⁷ Mitre, Bartolomé: ob. cit., pp. 653-654.

⁷⁸ Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín*, Buenos Aires, Suelo argentino, 1950, p. 535.

tico [...] San Martín solo quería la gestación de nuevas naciones independientes [...] sin violentar los particularismos¹⁷.

La verdad es otra, según la información existente al respecto. El 26 de julio de 1822, San Martín y Bolívar se encuentran en Guayaquil, después del mediodía y conversan a solas durante hora y media. Al día siguiente, vuelven a reunirse entre la una y las cinco de la tarde.

La información que disponemos es escasa y proviene del informe de Bolívar al vicepresidente Santander y de la memoria que le dicta a su secretario José Pérez, quien la envía luego a la cancillería colombiana, así como de una breve referencia que San Martín le hace al Gral. Miller respecto a la entrevista y los comentarios que, sobre ella, le formula a su amigo y confidente Tomás Guido.

De allí resulta que San Martín, según le dice, años después, a Miller, fue a Guayaquil con el único objeto de reclamar del General Bolívar los auxilios que pudiera prestarle para terminar la guerra del Perú¹⁸. Bolívar, a su vez, sostiene que le ofrece a San Martín la devolución de los 1200 soldados del Ejército de los Andes que San Martín le ha prestado meses atrás. Y le aporta 1800 más, con lo cual "recibirá 3000 hombres de refuerzo, por lo menos"¹⁹.

Con relación a esta cuestión se suscita el diverso criterio de los dos generales. San Martín estima que ese apoyo no es suficiente, pues el ejército enemigo, situado en el interior del Perú, alcanza, según él, a 12.000 hombres, con lo cual su ejército (estimado en 8000) aun con esos 3000 hombres, no se encuentra en condiciones de dar batalla. San Martín entiende que Bolívar cuenta con 10.000 hombres y debería efectuar un aporte mucho mayor. Bolívar, a su vez, sostiene que sus fuerzas no pasan de 6000 a 7000 hombres y que, por otra parte, el ejército enemigo no es tan numeroso pues no superaría los 15.000, a lo sumo, 16.000 hombres. Afirma, además, que no puede desprenderse de más soldados, pues su situación militar en Venezuela no es suficientemente sólida y que San Martín podría dar batalla en las condiciones existentes.

Dada esta distinta evaluación, San Martín sostiene que no hay otra salida que unificar los ejércitos bajo una sola conducción y se ofrece como segundo jefe de Bolívar. El venezolano no lo acepta, pues lo considera impracticable: el Ejército unificado no podría ingresar a Perú bajo su mando, llevando por segundo jefe a San Martín, que es Protector del Perú, especialmente porque existe desconfianza de los peruanos respecto a Bolívar por haber anexado Guayaquil a la Gran Colombia, cuando ellos consideran que pertenece al Perú. Llegado este punto, San Martín toma la decisión de entregar su ejército para que se unifique con el de Bolívar, y retirarse de la escena.

Esta actitud de San Martín obedece, en parte, a su generosidad que pone lo personal por debajo de la cuestión latinoamericana, pero también proviene de otras causas: a) el grado de indisciplina que ha cundido en su ejército como consecuencia de no combatir (Las Heras, Lavalle y otros, se van a Buenos Aires); b) la pérdida de la flota de mar al insubordinarse Cochrane y robarse los barcos, con destino a Chile; c) las enfermedades que han diezmando al Ejército de los Andes; d) la falta de apoyo del gobierno de Buenos Aires (aunque, en Guayaquil, San Martín aún no está informado del fracaso de la misión Gutiérrez de la Fuente, la supone, dada la mala relación con Rivadavia); e) las divisiones políticas entre los partidos peruanos, que han dificultado su gestión como Protector.

¹⁷ Idem, p. 7.

¹⁸ San Martín, su testimonio dado al Gral. Miller.

¹⁹ Carta de Bolívar a Santander, 29/7/1822, en Scenna, Miguel A.: "El desencuentro de Guayaquil", apéndice documental, *Todo es Historia*, Suplemento N° 5.

En definitiva, puede concluirse que hechos de esta dimensión, en los cuales está en juego la Patria Grande, no pueden analizarse desde la perspectiva psicológica de los principales hombres que intervienen -si uno era más o menos generoso que el otro, si uno era parco y el otro, más extrovertido, etc.- sino en función de las fuerzas sociales que sustentaban a cada uno de ellos. Detrás de Bolívar está la Gran Colombia apoyándolo, aunque muy pronto se revelarían las traiciones de Santander. Detrás de San Martín está un Perú con enormes disidencias internas, un Chile donde O'Higgins está a punto de caer y unas Provincias Unidas cuyo gobierno, en manos de su peor enemigo, se desinteresa del resto de la América morena absorbido por su pretensión de asemejarse a Europa. Evidentemente, en esas condiciones, es San Martín quien debe dar un paso al costado para bien de la Patria Grande.

Pero la historia mitrista, al servicio de la política inglesa de dividir para reinar, generó la fábula de que "el astuto y pérfido Bolívar" le robó la gloria de culminar la campaña libertadora al "ingenuo", "abnegado" y "dabivoso" San Martín. ¿Cómo no iba a suceder semejante cosa, sostienen, si estaba negociando un aventurero, libertino y mujeriego, llevado por el delirio de su ambición, con un austero hombre de armas, ejemplar marido (Rosita Campusano, a un lado), prototipo de padre que escribía máximas morales para su hija y, más tarde, abuelo filosófico que le daba sus condecoraciones a las nietas para acallar su llanto²⁰, según la anécdota conocida?

Pero un solo dato, ocultado por la historia oficial, destruye toda esa mistificación: en su destierro de largos años en Francia, San Martín mantenía delante de su cama -de modo tal que era lo primero que veía al levantarse y lo último, antes de dormirse- una litografía de Bolívar. Asimismo, le había hecho pintar un retrato de Bolívar a su hija y ese retrato junto a otro pequeño retrato que le había regalado Bolívar en Guayaquil, los mantuvo también durante su residencia europea. Esto significa que sí, efectivamente, el venezolano le había "robado" la gloria, como sostiene la historiografía mitrista. San Martín debería ser recordado no como un libertador, sino como uno de los mayores maquiastas de la historia.

Después de Guayaquil, el Gran Capitán renuncia a su cargo de Protector del Perú, se traslada a Chile y luego, a Mendoza, donde proyecta convertirse en agricultor. Es ahora un general hispanoamericano sin ejército, que sigue atentamente las vicisitudes de Bolívar en el Perú hasta la completa liberación. Mantiene, es cierto, correspondencia amistosa con los caudillos federales y rechaza el proyecto rivadaviano, pero decide no intervenir políticamente en las luchas de su patria chica. Esta actitud promueve, a veces, críticas de algunos ensayistas, así como interrogantes en alumnos y profesores: ¿Por qué razón, con su enorme prestigio, no intenta asumir el timón de las Provincias Unidas, teniendo el seguro apoyo de los federales? (Facundo Quiroga declara: "Al único que dejaría mandar es a San Martín"²¹).

Lo que ocurre, como se ha señalado antes, es que San Martín, por sobre todo, es un hispanoamericano y como tal, su campaña está terminada en 1824, cuando las fuerzas de Bolívar están próximas a la batalla final en Ayacucho. Ahí está cumplido el sueño

²⁰ Obligado, Pastor: *El General San Martín en las tradiciones de Pastor Obligado*, Buenos Aires, Estrada, 1930, pp. 20 y 21. Con respecto a esta anécdota en *Seamos libres, lo demás no importa nada. Vida de San Martín* (pp. 554-557) se ha demostrado de qué modo la historia escolar tergiversa el comentario del Gran Capitán omitiendo la parte segunda del recuerdo de Pastor Obligado, de la cual resulta que San Martín, al referirse a la medalla de Bailén, lanza una estocada al sanjuanino por su apoyo a la agresión francesa de 1838 en el Río de la Plata.

²¹ Testimonio de Juan Ruiz Ordóñez, en carta a M. Balcarce, del 25/11/1862, quien había compartido prisión con Quiroga.

nacional-democrático de este hombre que en lo ideológico es un hijo de la Revolución Francesa de 1789 y de la Revolución Española de 1808. Él es "del partido americano" y no se considera expresión de ninguna clase o sector político de la "patria chica" aunque se halla más próximo a los federales que a los hombres de la burguesía comercial porteña.

Su sueño es, ahora, un retiro apacible, en una chacrita de Mendoza, pero hasta allí llega la larga mano de Rivadavia colocándole un espía, como peón agrícola, para controlarlo, interceptándole la correspondencia o criticándolo a través de los periódicos oficiales. Como se verá, así nace su decisión de alejarse del país, que consumará poco después, en 1824.

No hubo, pues, tal "misterio" en Guayaquil, ni tampoco, como pretenden los historiadores simplificadores, se trató meramente de una decisión de la Logia, en la cual Bolívar habría tenido mayor grado que San Martín. Este tipo de interpretación desprecia los factores económicos, políticos y sociales reemplazando la complejidad de los hechos por una explicación infantil sin causas reales, ni documento probatorio alguno.

El empréstito

En ese mismo año -1824- comienza la historia de nuestra Deuda Externa. Rivadavia venía gestionando el empréstito desde 1822, y ahora, con la colaboración de García, dan forma a la contratación que la Provincia de Buenos Aires acuerda con la banca inglesa Baring Brothers.

La necesidad de obtener esos fondos se origina, según aduce el gobierno, en obras de infraestructura, entre ellas el puerto de Buenos Aires y la red de salubridad. Pero algunos historiadores -aún de tendencia liberal como Ernesto Fitte- entienden que tanto la política libreimportadora como esta negociación financiera constituyen "el precio de la libertad", es decir, la contraprestación criolla a cambio del reconocimiento de nuestra independencia. Efectivamente, poco después de concertado el empréstito, se firma, el 2 de febrero de 1825, un acuerdo que implica, por parte del Imperio, la aceptación de que las Provincias Unidas del Río de la Plata constituyen un estado independiente.

Ese tratado, llamado de "amistad, navegación y comercio", es firmado por Woodbine Parish y Manuel J. García. Ha sido negociado en Londres por Rivadavia y ratificado por el mismo ante George Canning, el 12 de mayo de ese año, en un acto en el cual Canning le envía a García, a través de Don Bernardino, "una caja de rapé con el retrato de su Majestad, realzada con diamantes", según señala Ricardo Piccirilli²⁶. En dicho tratado, ambos países reconocen, "recíprocamente", los más amplios derechos de comercio, navegación, residencia y otros, en las jurisdicciones respectivas, lo cual equivale a una serie de privilegios concretos que se otorgarán a los empresarios ingleses en nuestro país, a cambio de beneficios platónicos que el Imperio otorgaría a los empresarios argentinos que no existen en Gran Bretaña.

Raúl Scalabrini Ortiz, por su parte, señala que el empréstito fue parte de una operación financiera mucho más vasta, llevada a cabo por los británicos en toda América Latina. Cita, entonces, al vizconde Chatcaubriand, quien en su obra *El Congreso de Verona*, aparecida en Leipzig, en 1838, afirma: "De 1822 a 1826, diez empréstitos han sido hechos en Inglaterra en nombre de las colonias españolas. Montaban esos empréstitos a la suma de 20.978.000 libras [...] Habían sido contratados al 75%. Después se descontó dos años de intereses al 6% [...] Inglaterra ha desembolsado una suma real de 7000.000 de libras, pero las repúblicas españolas han quedado hipotecadas en una deuda de 20.978.000

²⁶ Piccirilli, Ricardo: ob. cit., tomo 2, p. 79.

libras. A estos empréstitos ya excesivos, fueron a unirse esa multitud de asociaciones destinadas a explotar minas, pescar perlas, dragar canales, explotar tierra [...] Estas compañías se elevaban al número de 29. El capital nominal empleado por todas ellas era de 14.762.500 de libras. [Pero] los suscriptores no proporcionaron en realidad más que la cuarta parte de esa suma, es decir, tres millones²⁷.

De este modo, el reconocimiento formal de la independencia resulta, al mismo tiempo, la imposición de la dependencia. El convenio de amistad, el empréstito y las sociedades mixtas constituyen una misma política destinada no solo a obtener fructíferas ganancias, sino especialmente a colocar a estos países latinoamericanos en situación de sumisión. Scalabrini concluye citando nuevamente al político francés: "Resulta de estos hechos que en el momento de la emancipación, las colonias españolas se volvieron una especie de colonias inglesas²⁸".

Todo indica que el empréstito -así como sucedería un siglo y medio después bajo la dictadura militar (1976-1983)- fue impuesto por la banca extranjera como un medio de obtener rédito financiero y una forma de asegurar nuestra dependencia, sin que existieran causas internas que lo justificasen.

Así, en la Sala de Representantes, cuando se plantean las posibles dificultades para pagar la amortización e intereses, los rivadavianos mencionan el superávit logrado ese año y resulta que, con cinco años de ese monto, era posible concretar las obras sin contraer el empréstito. Más tarde, el propio gobernador Las Heras afirma que el puerto podrían hacerlo empresas particulares y podría "distraerse" el empréstito en alguna otra inversión, planteo que demuestra lo innecesario del mismo. Pocos años después (1829), queda probado el rol del empréstito como arma de dominación: cuando el brigadier Ferré le solicita al ministro Manuel J. García que imponga barreras aduaneras protectoras, este contesta que "no podemos malquistarnos con Inglaterra pues le debemos mucho y si rompemos relaciones pueden exigirnos el pago²⁹".

El acuerdo con la Baring, así como los pormenores de la negociación, constituyen uno de los mayores negociados de nuestra historia. Sin embargo, Luis Alberto Romero sostiene: "las condiciones del empréstito, que vistas a distancia parecen algo excesivas, no fueron consideradas malas en su momento y ninguna crítica se levantó por entonces³⁰".

Esta historia comienza cuando el gobierno autoriza, por ley del 29 de noviembre de 1822, a celebrar un empréstito con Baring Brothers de Londres, con la condición de que la provincia reciba no menos del 70% del valor nominal de los títulos y de que la tasa de interés no exceda del 6% anual, afectando para ello, en garantía, la tierra pública. En carácter de representantes "argentinos" se designa al comerciante Félix Castro, ligado al comercio inglés y a John Parish Robertson, inglés, pariente de Woodbine Parish, cónsul inglés en Buenos Aires. Con semejantes mandatarios para defender el interés argentino, los resultados son previsibles: en materia de intereses se pacta el más alto autorizado (6%); en materia de colocación de los títulos se admite el menor autorizado (70%), siendo ambos los límites más perjudiciales para nuestro país, dentro de lo dispuesto por la ley de autorización.

El empréstito es por 1.000.000 de libras esterlinas y se coloca al 85%, lo cual lleva la cifra a percibir a 850.000 libras. Pero valiéndose de que están autorizados a colocarlo al 70%, los representantes argentinos comunican a Buenos Aires que la negociación se con-

²⁷ Scalabrini Ortiz, Raúl: ob. cit., pp. 74-75.

²⁸ Idem, p. 75.

²⁹ Idem, p. 96.

³⁰ Romero, Luis Alberto: *La feliz experiencia*, ob. cit., p. 249.

creta a este último valor, quedándose con la diferencia del 15%, es decir, 150.000 libras, en lo que podría considerarse el primer gran hecho de corrupción de nuestra historia. Baring Brothers, al enterarse de esta maniobra, manifiesta su inquietud a los gestores - según lo documenta el historiador liberal Ernesto Fitte - por lo cual estos admiten otorgar una participación de 30.000 libras para Baring, y retenerse las 120.000 libras restantes, aclarando que, si hubiera protestas desde Buenos Aires, habría que devolver las 150.000 libras. Pero el grupo rivadaviano de Buenos Aires no reclama, sea porque son "zonzos" o porque son demasiado "pícaros". Lo cierto es que, debido a esa maniobra, el neto del empréstito disminuye a 700.000 libras, a cambio de endeudarse por 1.000.000 de libras.

Pero nuestros representantes admiten, además, que se descuenten, de la suma inicial, los intereses adelantados por dos años, al 6%, es decir, el 12% del total ($12\% \times 1.000.000 = 120.000$ libras), con lo cual las 700.000 se reducen a 580.000 libras. Admitir también que se descuenta el 1% de amortización adelantada ($1\% \times 1.000.000 = 10.000$), con lo cual el neto se reduce a 570.000 libras. Por si esto fuera poco, como anuncian los vendedores ambulantes, se acepta descontar 17.300 libras (Comisión para Baring, 13%), Comisión para los gestores: Castro y Robertson 7.000 ($1\% \times 700.000$), para recupero de gastos 3.000 libras y para cancelar gastos de un viaje de Rivadavia 6.000 libras). De este modo, el importe a recibir queda reducido a casi la mitad (552.700 libras) del monto total del endeudamiento. ¿Llegan, por lo menos, estas 552.700 libras al Río de la Plata? Existen dudas al respecto, pues diversos investigadores no han podido detectar el ingreso de ese dinero. Solo parecen haber llegado 20.678 libras, cambiadas por metálico y 140.000 libras, en octubre de 1824, a través de órdenes u obligaciones negociables. Nada se sabe acerca de las libras restantes (392.022).

Puede suponerse que esas 392.022 libras se cancelan como "desbloqueo de fondos". Es decir, los comerciantes ingleses radicados en Buenos Aires habrían acumulado importantes ganancias, desde 1809, que no podían girar a Londres por falta de metálico en la sede porteña. Entonces, en vez de enviar las libras del empréstito desde Londres a Buenos Aires, se las compensa registrando contablemente, en Londres, a favor de dichos comerciantes, ese importe, en concepto de utilidades giradas desde Buenos Aires.

Décadas después, José Hernández se refiere en estos términos al empréstito, en un discurso parlamentario: "El empréstito del año 24 fue autorizado por la suma de un millón de libras. Se colocó en Inglaterra al 70%, a lo menos así lo dice el señor jefe del Crédito Público Nacional en su memoria del año pasado, al 25 dice el señor Parish en su historia del Río de la Plata; y al 85 según dicen también las publicaciones que en la Bolsa de Londres se hacen relativamente a todos los empréstitos ingleses. No están, pues, conforme nuestras memorias oficiales con estos antecedentes. Pero como no es del caso investigar si los títulos se colocaron al 70 o al 85% [...] dejando esa investigación para quien y para cuando competa hacerla [...] De esas setecientas mil libras, nuestros acreedores cobrados anticipadamente. De modo que, descartados los gastos de comisión y demás fuertes. Muchos millones salieron del país para pagar aquel empréstito [...] Hemos estado pagando este empréstito hace muchísimos años, y continuaremos haciéndolo aún [...] Vamos a pagar, por esta historia de desórdenes y de desquicios, por un empréstito de tres millones de duros, la enorme suma de veinticinco millones [...] ¿Hay país próspero gobernado de esta manera? ¿No se llama eso hipotecar, algo más, empobrecer a nuestros hijos?"

¹⁰ José Hernández, 22 de noviembre de 1880, citado en *Personalidad parlamentaria de José Hernández*, tomo I, La Plata, 1947, pp. 320-321.

El empréstito se cancela totalmente a principios de siglo XX. El total abonado, según algunos investigadores, alcanza a cinco veces el monto nominal de la operación, aunque otros estiman que alcanza a ocho veces (entre 5 y 8 millones de libras).

Como se ha explicado, en garantía del empréstito se hipoteca la tierra pública, es decir, toda la extensión de la Provincia de Buenos Aires, se entiende, la zona que controla el gobierno, pues gran parte es "territorio libre de los pueblos originarios". Esta hipoteca, que impide entregar tierras en propiedad, obliga al régimen de enfiteusis, que permite su explotación a cambio de un canon, a cargo de los enfiteutas. La lista publicada por Jacinto Oddone en su libro *La burguesía terrateniente argentina*¹¹ muestra a las familias económicamente más poderosas (Anchorena, Alzaga, etc.) como beneficiarias del sistema (que luego queda sin efecto y posibilita a los enfiteutas convertirse en propietarios, lo cual favorece la consolidación de la oligarquía ganadera).

Sin embargo, desde el mitromarxismo habrá quienes pretenderán adjudicar a Rivadavia, en razón de este sistema enfiteutico, la condición progresista de socialista agrario, enemigo de la propiedad privada precursor, incluso, de Henry George, el colectivista agrario norteamericano.

En los colegios no corresponde colocar juntos los cuadros de San Martín y Rivadavia

En esa época en que se inaugura la historia de nuestra Deuda Externa, el Gran Capitán permanece durante unos meses en Mendoza. Allí recibe la noticia de que su mujer se halla gravemente enferma en Buenos Aires y que pide por él, razón que lo conduce a proyectar un viaje hacia la ciudad puerto. En esa ocasión, recibe una carta del caudillo santafesino Estanislao López brindándole apoyo y alertándolo sobre los peligros del viaje: "A la llegada de V. E. a aquella capital, será mandado juzgar por el gobierno en un Consejo de Guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes en 1819 haciendo la gloriosa campaña a Chile, no invadir Santa Fe y la expedición libertadora del Perú. Para evitar este escándalo inaudito y en manifestación de mi gratitud y del pueblo que presido, por haberse negado V. E. tan patrióticamente, en 1820, a concurrir a derramar sangre de hermanos con los cuerpos del Ejército de los Andes que se hallaban en la provincia de Cuyo, siento el honor de asegurar a V. E. que, a su solo aviso, estaré con la provincia en masa a esperar a V. E. en El Desmochado, para llevarlo en triunfo hasta la plaza de la Victoria"¹². San Martín no acepta esta propuesta de derribar al gobierno rivadaviano, para la cual cuenta con la simpatía del resto de los caudillos, pues, como se ha señalado, considera cumplida su tarea con la liberación de la Patria Grande que Bolívar está a punto de concretar y no se inclina a participar en la lucha interna de una de esas patrias chicas. Además, tiene la convicción de que gobernar las Provincias Unidas significa convertirse en dictador y borrar al partido opositor, y su ideología democrática a la francesa rechaza desempeñar ese rol.

Sin embargo, el gobierno rivadaviano teme que el General acaudille la protesta federal, y por esta razón, posterga la reunión de la convención constituyente que podría considerarlo como Director Supremo. También, por esta razón, le pone espías en Mendoza y le intercepta la correspondencia.

El enfrentamiento San Martín-Rivadavia -en definitiva, más allá de lo personal, entre

¹¹ Oddone, Jacinto: *La burguesía terrateniente argentina*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas, 1956.

¹² Carta de Estanislao de López a San Martín, testimonio de Manuel de Olazábal en *Memorias del Coronel Manuel de Olazábal*, p. 124.

el proyecto "hacia adentro", de unión latinoamericana y el de "crecimiento hacia fuera" subordinándose a Inglaterra- resulta indubitable en la correspondencia del General con O'Higgins. San Martín le escribe: "La desconfiada administración de Buenos Aires [...] me cercó de espías, mi correspondencia era abierta con grosería, los papeles ministeriales hablaban de una plan para formar un gobierno militar bajo la dirección de un soldado afortunado, etc., en fin, yo vi claramente que me era imposible vivir tranquilo en mi patria interin la exaltación de las pasiones no se calmase y esta certidumbre fue la que me decidió pasar a Europa [...] En todo el tiempo de la administración de Rivadavia mi correspondencia ha sufrido una revista inquisitorial la más completa. Yo he mirado esta conducta con el desprecio que se merecen sus autores¹⁰⁴ y más adelante: "Rivadavia me ha hecho una guerra de zapa sin otro objeto que minar mi opinión, suponiendo que mi viaje a Europa no ha tenido otro objeto que establecer gobiernos en América; yo he despreciado tanto sus groseras imposturas, como su innoble persona¹⁰⁵. O'Higgins, a su vez, sostiene, en carta a San Martín: "Hasta la evidencia se podría asegurar que las ocho o diez cartas que veo, por su apreciable del 29 de septiembre del año pasado, se han escamoteado, como las que he escrito a usted, paran en poder del hombre más criminal que ha producido el pueblo argentino. Un enemigo tan feroz de los patriotas, como don Bernardino Rivadavia estaba deparado, por arcanos más oscuros que el carbón, para humillarlos y para la degradación en que su desastrosa administración ha dejado a un pueblo generoso que fue la admiración y la belleza de las repúblicas de la América del Sud. Este hombre despreciable no solo ha ejercido su envidia y su encono en contra de usted¹⁰⁶. San Martín, en otra carta a O'Higgins corrobora esos juicios, poco después: "A usted le consta los inmensos males que estos hombres [Rivadavia y sus satélites] han hecho, no solo a este país, sino al resto de América con su infernal conducta; si mi alma fuese tan despreciable como las suyas, yo aprovecharía esta ocasión para vengarme de las persecuciones que mi honor ha sufrido de estos hombres, pero es necesario enseñarles la diferencia que hay de un hombre de bien a un malvado¹⁰⁷".

Estas cartas sirven de fundamento al relato del médico Paroissien, amigo de San Martín, del cual surge que en 1825, habiéndose encontrado Rivadavia y San Martín, en Londres, mantuvieron un fuerte altercado y que este último nombró padrinos y les encomendó retar a duelo a Don Bernardino, hecho que no se concretó pues sus amigos lograron disuadirlo del consiguiente escándalo¹⁰⁸.

El proyecto proeuropeo y antihispanoamericano de Rivadavia también suscita la repulsa de Bolívar, quien le escribe a Monteagudo "Debe usted saber que el gobierno de su patria ha rehusado entrar en federación [...] Últimamente, nos ha dicho el Sr. Rivadavia, con un tono de superioridad muy propio de su alto valer, que no debemos confirmar a la Europa de nuestra ineptitud sino, por el contrario, esforzarnos en mostrarle nuestra capacidad con proyectos bien concertados y hábilmente ejecutados [...] Que Buenos Aires no puede presentarse en federación como Estado Nacional, ni como provincia [...] De suerte que, como las uvas están altas, están agrias y nosotros somos ineptos, porque ellos son anárquicos: esta lógica es admirable y más admirable aún el viento pampero que ocupa el cerebro de aquel ministro¹⁰⁹".

¹⁰⁴ Carta de San Martín a O'Higgins, del 20/10/1827 en San Martín, su correspondencia, pp. 7-8.

¹⁰⁵ Carta de San Martín a O'Higgins, del 27/10/1827 en San Martín, su correspondencia, p. 11.

¹⁰⁶ Carta de O'Higgins a San Martín, del 16/8/1828, en San Martín, su correspondencia, p. 13.

¹⁰⁷ Carta de San Martín a O'Higgins, del 13/4/1829, en San Martín, su correspondencia, p. 19.

¹⁰⁸ Paroissien, Diego: *Diario papeles de Paroissien*, en Academia Nacional de la Historia en el centenario de su muerte, tomo I, p. 96.

¹⁰⁹ Carta de Bolívar a Monteagudo, 5/8/1823, citado por Rojas, Ricardo: en *Ensayo de crítica histórica sobre episodios de la vida internacional argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1951, pp. 49-50.

A principios de 1824, San Martín se traslada a Buenos Aires, donde permanece unas pocas semanas, ocupándose de recuperar a su hija de manos de los Escalada, familia con la cual no mantiene amables relaciones. En esos días, cumple con la formalidad de saludar a Rivadavia, en cuyas manos reside el poder real y poco después, junto con su hija Mercedes, se hace a la mar.

Rivadavia le escribe a Manuel García, respecto al viaje de San Martín: "es de mi deber decir a ustedes, para su gobierno, que es un gran bien para este país que dicho general esté lejos de él¹¹⁰". Asimismo, Don Bernardino se entrevista con el cónsul inglés Parish, para informarle que debe alertar a Canning acerca de las planes que pueda urdir San Martín en Europa¹¹¹.

Nueve meses después, las fuerzas bolivarianas conducidas por Sucre derrotan a los ejércitos realistas en Ayacucho "El territorio completo del Perú -le escribe Sucre a Bolívar- queda sometido a la autoridad de V.E." (diciembre de 1824). En Ayacucho han pevar- queda sometido a la autoridad de V.E." (diciembre de 1824). En Ayacucho han pevar- leado "colombianos y peruanos, argentinos y chilenos, panameños y futuros bolivianos, por un mismo ideal", señala Luis A. Sánchez¹¹². La Patria Grande es libre y ahora se trata -piensa Bolívar- de dar los pasos hacia su unificación.

La contrarrevolución continúa en Buenos Aires

La política económica desarrollada por el grupo rivadaviano, centrada en el control exclusivo de la aduana, la libre importación y el ingreso del capital extranjero, provoca estragos en el interior. Alberdi en sus trabajos del exilio, Olegario Andrade en *Las dos políticas* y Felipe Varela en sus proclamas, entre otros, denunciarán, años después, esa expropiación de los recursos nacionales por parte de Buenos Aires.

Al grupo rivadaviano le resulta fundamental el control de la aduana del Puerto de Buenos Aires, la gran alcancía donde se depositan los derechos por los productos comercializados con el exterior. Es el gran impuesto de la época -junto con el territorial- cuando aún no se sabía de impuesto a las ganancias, a los activos ni a los ingresos brutos e implica una suma muy importante que es reclamada por las provincias para una distribución igualitaria. Buenos Aires, en cambio, la retiene para sí. Los porteños defienden, en la Convención Constituyente, el derecho exclusivo de Buenos Aires sobre la renta aduanera, pues se trata, sostienen, de un privilegio geográfico que carecen otras provincias¹¹³. Así, la burguesía comercial se regodea en el lujo y derrocha en obras culturales en la ciudad puerto, como una manera de instalar Europa a América. Con el correr del tiempo, los historiadores liberales mostrarán orgullosamente las novedades exquisitas que generó esa política: escuelas de Declamación, de Música y de Dibujo, un museo de pájaros, una colección numismática, revistas literarias, el museo como consecuencia del desarrollo, importa la superestructura cultural surgida en Europa como consecuencia del desarrollo, mientras se niega tenazmente a una política de crecimiento industrial, producto del cual nacerían naturalmente esos progresos culturales. Por otra parte, concentra estas novedades en Buenos Aires, mientras en el interior todo está por construirse e inclusive, la libreimportación desestructura su primitiva y modesta organización económica.

¹¹⁰ Carta de Rivadavia a García, septiembre de 1824, en Uzal, Hipólito: *Los enemigos de San Martín*, Buenos Aires, Corregidor, 1975, p. 64.

¹¹¹ Informe de W. Parish a G. Canning, del 25/4/1824, en Webster, F.: *Gran Bretaña y la independencia de la América Latina, 1812-1830*, Buenos Aires, Kraft, 1944, p. 157.

¹¹² Sánchez, Luis Alberto: *Historia General de América*, Ercilla, Santiago de Chile, 1963, tomo II, p. 48.

¹¹³ Citado por Emilio Ravignani, en *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, El Avenio, 1962, volumen 7, 1ª Sección, p. 54.

La Provincia-Metrópolis

El control de la ciudad de Buenos Aires (poseedora del puerto y la consiguiente Aduana) por parte de la provincia de Buenos Aires fue analizado profundamente por Juan B. Alberdi, quien retomó para esta unión el nombre de Provincia-Metrópolis: "Esta Provincia-Metrópolis, como la llamaba la Ordenanza de Intendentes -señala Alberdi- contenía y debía contener todos los elementos del poder material necesario para componer el poder central, absoluto y omnímodo de que estaba revestido el Virrey para gobernar a todo el Reino, sin limitación ni control. Para hacer efectiva esta concentración del poder absoluto del Virrey, fue compuesta la Capital de su residencia, de dos países unidos, a saber: la Provincia de Buenos Aires, propiamente dicha, y la Ciudad de Buenos Aires; y para el gobierno inmediato [...] recibió el jefe de la vice-monarquía colonial, el encargo de dos gobiernos: el de Gobernador de la Provincia de Buenos Aires y el de Virrey y Capitán General de todo el Virreinato. La ciudad ribereña de su residencia, Buenos Aires, fue el indispensable y único puerto de entrada y salida que tuvo el reino entero [...] De este modo, la renta de ese tráfico se encontró acumulada bajo las manos del Virrey, y con la Aduana y el crédito, del monopolio de todo el tránsito fluvial y terrestre del país entero, por estar el puerto de Buenos Aires en la embocadura del Río de la Plata [...] Cuando la revolución de América rompió la dependencia en perjuicio de la dominación española, [...] la soberanía de las Provincias, que fue del Rey de España, pasó nominalmente a manos del pueblo de las Provincias emancipadas del Rey. Pero esas Provincias [...] quedaron dependientes de la Metrópoli-territorial, por haber dejado en pie la máquina realista que formaba el poder omnipotente y omnímodo del Virrey en las Provincias; la cual residía en la forma y composición de la Provincia-Metrópolis de Buenos Aires [...] La máquina o fábrica del poder real quedó intacta [...] el puerto, el monopolio del tráfico, el de su renta y el de su crédito, en una palabra, el de su poder real y efectivo". Luego, Alberdi agrega: "La constitución crea dos gobiernos, pero no dos poderes. La idea de que el gobierno llamado nacional es un poder, viene de que en este país no se tiene una idea exacta y neta de la naturaleza del poder. Se ve el poder en el ejército, en los cañones, en el parque, en los fusiles, en los soldados, etc. Hay otra fuerza de que esos instrumentos o utensilios guerreros son armas y expresión del poder. Esa fuerza reside en la inteligencia y en la riqueza que es su resultado. Donde esta fuerza existe, allí está el poder del país. En el país argentino: Buenos Aires. Todo gobierno argentino sin jurisdicción inmediata y exclusiva en Buenos Aires, puede ser un gobierno nacional, pero no es un poder real y efectivo nacional [...] El gobierno argentino que no posee a Buenos Aires, no es solamente un gobierno sin Capital; es además un gobierno sin estómago, sin abdomen, sin pulmones, ni corazón, sin fuerza ni poder vital, en una palabra, sin cabeza". Después, señala: "La ciudad de Buenos Aires quiere decir el Puerto, el Tráfico Directo, la Aduana, el Mercado, el Crédito, el Tesoro de la Nación toda entera". En prueba de su aserto, Alberdi reproduce estas palabras de Julián Agüero, en 1825, en la convención constituyente: "Apresurémonos, los porteños naturalmente, a devolver a las provincias lo que les pertenece, antes que vengan a pedirnoslo con las armas en las manos".

⁴⁴ Alberdi, Juan Bautista: *La República Argentina consolidada en 1880*, Buenos Aires, Librería la Publicidad, 1881, pp. 2-4.

⁴⁵ *Idem*, pp. 48-49.

⁴⁶ *Idem*, p. 52.

⁴⁷ *Idem*, p. 213.

Alrededor de esta cuestión giran los más importantes problemas de esa época: ese alerta de Agüero se cumpliría inmediatamente con el levantamiento montonero de Facundo Quiroga y el rechazo, por parte de los caudillos federales, de la constitución centralista de 1826. Asimismo, como se verá luego, el intento rivadaviano de que solo la burguesía anglocriolla prepondere sobre el puerto (y no los estancieros), dividiendo en dos partes a la provincia, provocará tal resistencia que concurrirá a la caída de su gobierno.

Los caudillos

La postración económica de las provincias interiores, producida a consecuencia del exclusivismo de la Provincia Metrópoli -y de la cual surgen los caudillos federales- tiene un testigo irrecusable: Domingo Faustino Sarmiento, aunque las conclusiones que él obtiene resultan erróneas. En *Recuerdos de provincia* sostiene Sarmiento que "en San Juan no ha quedado una fortuna en veinte años de federación. Carriles, Rosas, Rojos, Oros, Rufinos, Jofrès, Limas y tantas otras familias poderosas, yacen en la miseria y descienden de día en día a la chusma desvalida. Las colonias españolas tenían su manera de ser, y lo pasaban bien bajo la blanda tutela del rey". ¿Cuál fue el hecho nuevo que produjo entonces el desastre, la ruina de estas familias, demostrativa de la decadencia de la economía sanjuanina? Según Sarmiento, la aparición de los nuevos "reyes con largas espuelas nazarenas y apenas desmontados de los potros que domaban en la estancia, creyendo que el más negado, es el que mejor gobierna". Es decir, el caudillaje. Pero ¿de dónde surge, a su vez, el caudillaje? Sarmiento no lo explica, sosteniendo solo que debe ser reemplazado por la educación, para promover el progreso de la provincia. Y no lo explica porque precisamente la causa reside en la ruina de San Juan provocada por la política librecambista y centralista de la burguesía comercial porteña. Es decir, Sarmiento toma la causa por efecto y el efecto, por causa: considera que esos gauchos montoneros han provocado la ruina de San Juan, sin comprender que es precisamente la ruina de San Juan la que ha producido la desocupación y consiguientemente la aparición de los montoneros y los caudillos. Esa ruina -es decir, el quiebre de esas economías provinciales que según el mismo Sarmiento permitían "pasarla bien bajo la tutela del rey de España"- la produce la libre importación.

Como ya se ha señalado, desde Manchester y Liverpool se envían ponchos al Río de la Plata, muy semejantes a los producidos aquí, pero muchísimo más baratos. Ellos son los que liquidan la industria doméstica de la propia madre de Sarmiento, aunque él no lo comprenda, así como de manufacturas similares, que eran gérmenes de industrias. Cunde la desocupación y el hombre sin trabajo ata una tijera a una tacuara y se larga a montonrear, poniéndose detrás del gaucho más "léido", más capaz y que mantiene aún cierta solvencia económica como para hacer la guerra. Esos hombres desgredados y sucios, producto de la miseria creada por la mercancía extranjera, son los que aparecen ante los ojos de Sarmiento quien, siendo joven, era federal, según lo cuenta el mismo, y se le muestran tan poco "civilizados" que le provocan repulsión y lo conducen a rever su posición política y a convertirse en unitario. Así nace su concepción "civilización o barbarie", que será óptimo aporte para la clase oligárquica, pues le permite desprestigiar a las masas populares. Donde Sarmiento debió proponer "proteccionismo económico y distribución de las rentas aduaneras a las provincias", de manera de provocar su progreso económico social, del cual hubiera nacido naturalmente la Educación, propuso Educación,

⁴⁸ Sarmiento, Domingo Faustino: *Recuerdos de provincia*, Salvat, Navarra, 1970, p. 38.

⁴⁹ *Idem*.

sin modificar el ámbito socioeconómico donde pretendía aplicarla. Parece que no sabía algo tan obvio: que con los pies helados de frío y sin haberse alimentado, proviniendo de un hogar destrozado por la desocupación de los padres, ningún chico se alfabetiza y progresa. El caudillo resulta así, para Sarmiento, no el producto de la desocupación, sino el hombre portador de la barbarie que cierra el paso a la civilización que bondadosamente le quieren aportar los cultos unitarios y sus amigos, los ingleses.

Alberdi, en cambio, en sus altos años, llegó a caracterizar debidamente al caudillo: "¿Qué es el caudillo en Sudamérica...? ¿A quiénes acaudilla? ¿De quiénes es caudillo? ¿Quién lo constituye, quién lo crea, quién le da poder y autoridad? La voluntad de la multitud popular, la elección del pueblo. Es el jefe de las masas, elegido directamente por ellas, sin ingerencia del poder oficial, en virtud de la soberanía de que la revolución ha investido al pueblo todo, culto e inculto; es el órgano y brazo inmediato del pueblo, en una palabra, el favorito de la democracia [...] ¿Por qué tienen mala fama? ¿A qué deben su descrédito? Sus violencias y su arbitrariedad innegable fueron el pretexto. Vástagos e instrumentos de una revolución fundamental, no podían ser dechados de disciplina; no lo son, en ninguna parte los jefes de una democracia que no se ha constituido definitivamente [...] Los caudillos son la democracia. Como el producto no es agradable, los demócratas lo atribuyen a la democracia bárbara. ¿Cuál es esta? La democracia del pueblo más numeroso y menos instruido y rico, antítesis de la democracia del ejército de línea y del pueblo instruido y rico, que es minoría en América más que en Europa. Luego los caudillos son los representantes más naturales de la democracia de Sud América como ella es pobre, atrasada, indigente [...] Ellos [Mitre y Sarmiento] quieren reemplazar las constituciones republicanas a latigazos, por la democracia semi-civilizada, que despedaza las constituciones con cañones rayados, y no con la mira de matarlas, sino para construir las más bonitas; la democracia de las multitudes de las campañas, por la democracia del pueblo notable y decente de las ciudades; es decir, las mayorías por las minorías populares; la democracia que es democracia, por la democracia que es oligarquía"¹⁰⁰.

En la década del veinte, los pueblos se expresan a través de estos hombres, provenientes de familias de hacendados o de prestigio militar quienes lideran una alianza de clases (sectores altos provincianos en decadencia, con desocupados, peones, etc.). Nace así el caudillo y la montonera (los que pelean en montón) que con escasísimos recursos se levanta una y otra vez contra las imposiciones de la burguesía comercial porteña. Hay allí una clara lucha de clases. De un lado, la burguesía comercial aliada al capital inglés cuyo modelo es una economía de exportación centrado en el puerto y cuya concepción ideológica se resume en "civilización o barbarie"; del otro lado, un frente social de estancieros y pueblos, en sentido amplio, que aspiran a sobrevivir, a tener recursos para mantener sus economías en funcionamiento y reconstruir su estructura económica (carretas en Tucumán, pequeños astilleros en Corrientes, tejidos en el Alto Perú, vinos y cultivos en Cuyo).

La historia mitrista, centrada en esa concepción sarmientina, califica a los caudillos de bárbaros, reaccionarios, demagogos y especialmente, violentos y sanguinarios, que se oponen tenazmente a ser civilizados. A su vez, la izquierda liberal de socialistas y comunistas coincide con la posición mitrista. Leonardo Paso, "mitromarxista" del Partido Comunista, le endilga a los caudillos una naturaleza histórica de tipo feudal. Rubén Zorrilla, en *Extracción social de los caudillos* los considera tan integrantes de la clase propietaria

¹⁰⁰ Alberdi, J. B.: *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Buenos Aires, Fernández Blanco, 1962, pp. 197-209, subrayado por el autor.

como a los estancieros bonaerenses y los comerciantes porteños, como si tuviesen los mismos intereses, por lo cual entiende que todos, unos y otros, son variantes oligárquicas o burguesas. De este modo, los tremendos enfrentamientos, persecuciones y asesinatos, en casi un siglo de lucha, carecen de importancia pues son solo luchas "interclase". En esta concepción se denota claramente la presión ideológica de la clase dominante que, si por un lado, con el mitrismo, levanta a sus héroes, por otro, crea una variante de pseudoizquierda que licua los enfrentamientos sociales y enseña a los sectores medios a no entusiasmarse con los movimientos que llaman despectivamente "populistas" y que resultarían "meras variantes del sistema" y por tanto, no merecerían el apoyo de los titulados revolucionarios.

Esta interpretación significa un gran desconocimiento del socialismo científico, pues los marxistas, especialmente Lenin y Trotsky, han explicado con claridad la significación de un frente de clases. Cuando dos clases sociales actúan aliadas (frente a otra clase o frente de clases que levanta un programa opuesto) el programa de esa alianza debe contemplar los intereses de ambas (en este caso, la defensa de la economía de la provincia, de la producción artesanal, de los recursos aduaneros, etc.). Entonces, es natural que el líder o caudillo provenga de la clase de mayor poder económico, mayor cultura, etc., pero ello no indica que ese líder o caudillo defienda los intereses solamente de su clase sino también los de su aliada, que pone el pellejo en los combates y que no lo pondría si no viera resultados concretos (a no ser que se piense que el caudillo la domina con su mirada magnética o su sonrisa carismática). Los caudillos, al defender el federalismo, la protección económica, la redistribución de los ingresos aduaneros, etc., levantaban banderas históricamente progresivas (en tanto apuntaban a la unidad nacional, a la defensa del mercado interno y la producción, el pleno empleo, etc.), aunque por supuesto, no eran socialistas (pretender que lo fueran en 1825 es puro disparate). A su vez, la burguesía comercial de Buenos Aires no luchaba para lograr el desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, la industria, sino solamente para hacer buenos negocios con el capital extranjero a través del privilegio comercial otorgado por el puerto.

Debe señalarse, sin embargo, que en algunos casos, esos caudillos recubrían su nacionalismo defensivo con planteos superestructurales reaccionarios, como ocurría cuando Quiroga alzaba la bandera "Religión o muerte", producto directo de la ausencia de una burguesía nacional modernizadora, lo cual no le impedía becar al joven Juan B. Alberdi para que estudiase en Buenos Aires. La auténtica historia de Facundo -depurada de las inexactitudes puestas "a designio" según reconoce el propio Sarmiento en carta a Paz¹⁰¹- lo muestra como un caudillo popular, admirado y querido por sus gauchos, defensor, por sobre todo, de los intereses de las provincias interiores. Inversamente a la tesis sarmientina, cuando Facundo se "civiliza" durante su estadía en Buenos Aires -alterna en los salones con damas copetudas, contrata un sastre europeo para sus trajes, comparte peligrosamente el juego con los señores porteños- es cuando desdibuja su perfil de jefe de masas y concilia con ese Rosas que no desea sancionar el "cuadernito", como "el Tigre de los Llanos" designa a la constitución.

Son muchos los ejemplos que podrían presentarse respecto al grado de "civilización" de estos caudillos, como el caso del cordobés Bustos obsesionado por construir escuelas y defender los intereses de su provincia ante la prepotencia porteña. La burguesía comercial anglocriolla jamás le perdonó a Bustos su rebelión de 1820, en Arequito, que él fundamentaba en los mismos motivos de la desobediencia sanmartiniana, ni tampoco su definición

¹⁰¹ De Paoli, Pedro: *Facundo. Vida del Brigadier General Don Juan Facundo Quiroga, víctima suprema de la impostura*, Buenos Aires, Córdia S.R.L., 1959, p. 16.

a favor de organizar el país mediante una constitución federal. Para Bustos el enemigo estaba en el absolutismo dominante en el Perú y rechazaba que se usaran las armas contra los pueblos del litoral: "La voz general de los pueblos mucho tiempo ha que llegó a mis oídos, y sus justas quejas habían penetrado demasiado mi corazón [...] ¿Podríamos yo ni mis virtuosos compañeros continuar siendo instrumentos de la destrucción de nuestros hermanos y la desolación del país?"⁹⁸². San Martín confía plenamente en Bustos y cuando organiza su plan para lanzar una columna desde el norte para concretar un juego de pinzas sobre las fuerzas absolutistas del Perú, con las suyas que avanzan desde la costa, Bustos le da pleno apoyo. Al morir Güemes, San Martín lo designa jefe de las fuerzas del ejército del Norte. Denis Conles Tizado, en su libro *Juan Bautista Bustos* lo reivindica, señalando, entre cosas, que "en momentos en que las pasiones políticas, la intolerancia ideológica, los intereses irreconciliables sumen al país en luchas de extremada crueldad, Bustos impone en Córdoba un estilo político democrático, popular, tolerante, honesto, pacífico"⁹⁸³. En este contexto establece: "el servicio de correos [...] realizó un censo, establece el tráfico libre entre las provincias, la protección a la producción local contra los productos importados, la prohibición de extraer oro, plata y dinero en efectivo fuera de la provincia [...] organiza el sistema de rentas públicas [...] dispone la creación de la Junta Protectora de Escuelas [...] la implantación de la enseñanza gratuita"⁹⁸⁴ (en 1825 ya funcionaban seis escuelas en la Capital y nueve en el interior). Además, realiza una política de buena vecindad con las tribus vecinas⁹⁸⁵ y fomenta la colonización agrícola⁹⁸⁶. Pero quizás lo más importante -y que atañe especialmente a la actitud de los caudillos respecto a Buenos Aires- reside en que una y otra vez Bustos juzga prioritaria la sanción de una constitución y la creación de un poder central. Para ello convoca, en 1821, a las provincias, pero apenas llegado al poder el grupo de Rivadavia, desde Buenos Aires, se encarga de considerar "inoportuno" ese congreso. Luego, cuando Rivadavia arma su propio congreso que dicta la constitución unitaria de 1826 y después se consagra presidente, Bustos al igual que el resto de los caudillos, se manifiesta contrario a esa política centralista. Poco después, caído Rivadavia y llegado al poder Dorrego, Bustos acuerda con este la reunión de un congreso en Santa Fe, para 1829, para elegir autoridades y echar las bases de la organización nacional, pero el levantamiento de Lavalle, el fusilamiento de Dorrego y la posterior actitud de Rosas, frustran ese nuevo intento. Poco después, Paz invade Córdoba y lo derrota en San Roque. Meses más tarde, Bustos fallece, el 18 de septiembre de 1830.

Otro exponente de aquel "caudillaje" es "el indio" Alejandro Heredia. Fue uno de los caudillos más cultos: se había graduado de doctor en teología y derecho y era aficionado a la lectura de los clásicos, a tal punto que denomina "Arcadia" a su finca de descanso cultivando la tradición clásica. Bajo su gobierno se dio impulso a la ganadería, sobre todo al procreo de mulas, establecimientos de curtiembres, cultivo de la caña, producción de azúcares y destilación de aguardientes. Cutolo señala que Heredia declaró la gratuidad de "los matrimonios celebrados entre personas asalariadas, se preocupó por las clases humildes, disponiendo que los médicos asistieran gratis a los pobres de solemnidad [...] fomentó la instrucción pública [...] fundó escuelas [sobre la base de] un impuesto a los abastos públicos o mercados de carne"⁹⁸⁷, así como estableció la enseñanza obligatoria

⁹⁸² Riviere, Rolando: *El gobernador Juan Bautista Bustos*, Córdoba, Imprenta de la Universidad de Córdoba, 1958, p. 99.
⁹⁸³ Conles Tizado, Denis: *Juan Bautista Bustos*, Córdoba, Ediciones del Corredor Austral, 2001, p. 58.
⁹⁸⁴ *Idem*, pp. 60-61.
⁹⁸⁵ *Idem*, p. 63.
⁹⁸⁶ *Idem*, p. 62.
⁹⁸⁷ Cutolo, Vicente: *ob. cit.*, tomo III, p. 555.



Alejandro Heredia, Gobernador de Tucumán. Litografía de Andrea Roche.

la desgracia de un pueblo se habían consumado en Tucumán⁹⁸⁸. Sin embargo, Heredia no implanta el terror contra sus enemigos políticos y su tolerancia con ellos le provoca una severa admonición de Rosas: "Usted se guía por base de su política sepultar en el olvido las perversas y sacrílegas opiniones de estos malvados [...] Esto, en fin, importa decir que usted era un verdadero unitario o que obraba como tal, puesto a la cabeza de una de las principales provincias de la Confederación. Usted, mi querido amigo, es federal y federal de los que tienen dadas pruebas muy positivas de serlo y de tal naturaleza que si por desgracia cayese bajo la férula de los unitarios, no tendría un momento de vida [...] pero permítame que le diga que es de aquellos federales que en fuerza de su noble índole y de los sentimientos suaves y generosos que le imprimieron en su educación, le sucede lo que sucedió al finado gobernador Dorrego, le sucede que a pesar de su viveza y penetración, cultivado con los estudios que hizo en Córdoba, no llega a penetrar ni persuadirse bien a fondo de toda la perversidad de los unitarios"⁹⁸⁹.

En cambio, el caudillo santafesino Estanislao López, en su afán de dar Constitución al país, le escribe a Heredia que "he recibido pruebas inequívocas de su patriotismo y adhesión a la felicidad de la República y su convencimiento de que esta no es verificable sin la organización general que garantice los derechos y la tranquilidad de todos los argentinos, que es la aspiración más fuerte del infrascripto, ha considerado también que en este digno magistrado tiene un amigo decidido y un firme compañero en la empresa de dar a nuestro desgraciado país la dicha de verse colocado por sus instituciones a la par de las naciones civilizadas"⁹⁹⁰.

⁹⁸⁸ Borda, Manuel Lizondo: *Documentos argentinos. Gobierno de Alejandro Heredia*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1939.
⁹⁸⁹ *Idem*.
⁹⁹⁰ *Idem*.

El protagonismo de estos caudillos no obedece a una supuesta "barbarie" que los habría insurreccionado, según la interpretación infantil de la historia escolar, contra los beneficios del progreso y la civilización, sino frente a hechos muy concretos que ponían en cuestionamiento la sobrevivencia de las provincias. El primero de ellos es la entrega del mercado interno a la mercancía inglesa -propiciada por los rivadavianos- que arruina la pequeña producción local, tanto sea doméstica como artesanal. Otro reside en la apropiación, por la ciudad puerto, de las rentas aduaneras nutridas por impuestos que paga todo el país en el precio de las mercaderías. Y además, esa constitución de 1826, fuertemente centralista y aristocrática, según la cual el poder central -y no el pueblo- tiene derecho a designar a los gobernadores. Por eso se insurreccionan y amenazan con tomar Buenos Aires, como en 1820.

En esa lucha desarrollada por los caudillos existen, por supuesto, violencias pero no son menores que las ejercidas por sus antagonistas, los unitarios. Más aún, en muchos casos, manifiestan mayor preocupación que estos por evitar derramamientos de sangre. Facundo Quiroga, por ejemplo, afirma: "No hay calumnia que no se haya forjado para persuadir de mi ferocidad: hasta se imaginaron anécdotas sobre los primeros años de mi juventud, pintándome, lo que nunca he sido, mal hijo y peor ciudadano. Sin embargo, por más que fue el empeño de hacerme pasar por un hombre sanguinario, jamás pudieron citarse hechos [...] Las más de las veces son los mismos que he mandado fusilar los que refieren su historia, o más bien su novela [...] con todo, faltaría a la verdad si sostuviere que nunca he infligido castigos [...] No se puede escuchar siempre la voz de su corazón, por más dispuesto que esté a la indulgencia [Pero] no he fusilado a mis prisioneros, no he exterminado a los presos y familias enteras, sin ahorrar las mujeres y los niños; no he mandado a asesinar a los crimenes, hecho arrastrar sus cadáveres por las calles. Nadie puede echarme en cara estos crímenes, y descarta por el honor y bien de mi país que mis antagonistas pudieran decir otro tanto. El general Alvarado, que me acechaba, cayó en mi poder y se retiró a una provincia bajo la simple palabra de honor. El Gral. Aldao, hecho prisionero por Paz, fue arrojado a un calabozo, cargado de grillos y hecho blanco de las mayores sevicias. ¿Dónde están los bárbaros, los monstruos y los tigres? Trabájase en extraviar la opinión de los contemporáneos, pero no será tan fácil sorprender el juicio de la posteridad¹¹¹. El mismo Facundo, invitado por el gobernador de Mendoza a una misa de gracias, después de su triunfo de Rodeo de Chacón, en homenaje a sus soldados caídos, contesta negativamente porque: "no puedo permitir se den gracias al Ser Supremo por la destrucción de nuestros hermanos. Si S. E. el señor gobernador dispusiese reemplazar esta función de iglesias con unas honras generales a todas las víctimas sacrificadas de una y otra parte [...] no tendré embarazo en que aquellos oficiales concurren a acompañar a S. E."¹¹².

En carta al Gral. Paz, poco antes de la batalla de Oncativo, Facundo le señala: "He combatido al infrascripto por dos veces y aunque en una y otra ocasión se le ha hecho la guerra a muerte, el que firma la ha regularizado y la ha hecho lo menos afligente que le ha sido dado [...] Las provincias [...] descansan tranquilas [...] y de repente se lanzan sobre ellas los escuadrones y regimientos que vienen a dar la ley bajo cualquier pretexto [...] Las pretensiones locales en el estado de avances de la provincia no es posible satisfacerlas sino en el sistema de federación. Las provincias serán despedazadas tal vez, pero jamás dominadas [...] El general que firma y sus bravos, han jurado no largar las armas de la mano hasta que el país se constituya según la expresión y voto libre de la República [...] Si el general Paz identificase sus miras con los caros intereses de la provincia de Cór-

¹¹¹ De Paoli, Pedro: ob. cit., p. 196, 2/2/1831.
¹¹² Idem, p. 213.

doba, y con los de la nación para sacarla de la condición humillante que tiene, haciéndola aparecer constituida, no faltarían seguridades y garantías¹¹³.

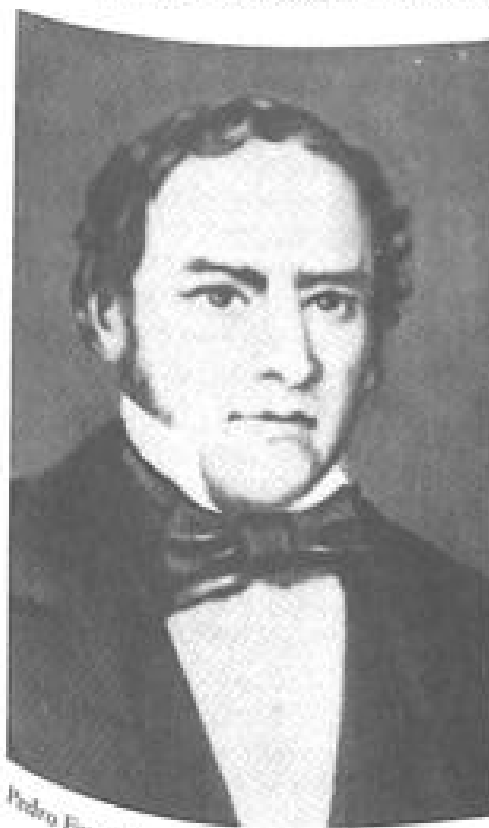
El caudillo Felipe Ibarra también ha sido víctima de injurias por violento y déspota. Sin embargo, con respecto a la violencia desplegada en esa época, Ibarra sostenía: "Nada hay que pueda recompensar el cruel espectáculo que presenta la sangre derramada de tantos argentinos que han sido víctimas de la más funesta discordia. No es posible entonar himnos de alegría cuando las provincias enlutadas solo emiten tristes lamentos y preconizan con dolor los horribles estragos de la guerra. Que esta se acabe y que una nueva era de paz anuncie el reinado del orden y de las leyes, debe ser el fin de nuestros desvelos, y el motivo de los mayores sacrificios. Basta de destruirnos, acábense nuestros odios y venganzas y pensemos en reparar el dilatado escándalo que por espacio de veinte años, hemos dado a la América, clavando en el pecho de nuestros hermanos un acero que habíamos jurado no empuñar sino contra los enemigos de nuestra independencia¹¹⁴.

Años después, El Chacho Peñaloza, calificado de caudillo bruto y violento por Mitre y Sarmiento, sostendrá en una proclama en abril de 1863: "El pendón de la nacionalidad no lleva el lema de sangre y exterminio: no; la sangre argentina debe economizarse, como los frutos de una paz duradera y benéfica para todos¹¹⁵.

A su vez, Felipe Varela escribirá al gobernador de Salta Sixto Ovejero pidiéndole la deposición de las armas a fin de "evitar a esa población las desastrosas consecuencias

de la guerra¹¹⁶. En el mismo sentido, Medina, lugarteniente de Varela, intima al coronel militarista Melitón Córdova a que salga de Tinogasta para "evitar los grandes males que ocasionaría al pueblo una batalla habida en él¹¹⁷.

Un caso notable de caudillo popular, varias veces gobernador de su provincia, es el de Pedro Ferré, claro sostenedor del proteccionismo en los años veinte: "Considero la libre concurrencia como una fatalidad para la nación. Los pocos artículos industriales que produce nuestro país, no pueden soportar la competencia con la industria extranjera [...] Sufrirán mucho en la privación de aquellos artículos a que están acostumbrados ciertos pueblos. Sí, sin duda, un corto número de hombres de fortuna padecerán, porque se privarán de tomar en su mesa vinos y licores exquisitos. Los pagarán más caros también, y su paladar se ofenderá. Las clases menos acomodadas, no hallarán mucha diferencia entre los vinos y licores que actualmente beben, sino en el precio y disminuirán su consumo; lo que no creo ser muy perjudicial. No se pondrán nuestros paisanos ponchos ingleses;



Pedro Ferré, litografía de Bache.

¹¹³ Idem, pp. 168-170.
¹¹⁴ Puertes, Gabriel Antonio: *Juan Felipe Ibarra, 1828-1832*, Buenos Aires, Peuser, 1944, p. 36.
¹¹⁵ Luna, Félix: *Los caudillos*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966, p. 202.
¹¹⁶ Manifiesto de Felipe Varela del 1/1/1968.
¹¹⁷ Luna, Félix: ob. cit., p. 230.

no llevarán bolas y lazos hechos en Inglaterra; no vestiremos la ropa hecha en extranjería y demás renglones, que podemos proporcionar; pero en cambio empezará a ser menos desgraciada la condición de pueblos enteros de argentinos, y no nos perseguirá la idea de la espantosa miseria y sus consecuencias, a que hoy son condenados; y [...] en cuanto a lo que se gana con el sistema restrictivo, puede reducirse a dos puntos: 1° disminuir lo que consumimos del extranjero; y esto es muy importante, cuando consumimos más de lo que producimos; y 2° y principal, salvar del aniquilamiento a unos pueblos, y hacer prosperar la industria naciente de otros¹¹⁶. Así propone la "prohibición absoluta de importar algunos artículos que produce el país, y [...] la habilitación de otro u otros puertos más que el de Buenos Aires"¹¹⁷. Con una conciencia nacional sorprendente para esa época (julio 1830), Ferré plantea la distribución de los recursos aduaneros y la defensa de la producción propia ante la competencia de la mercadería extranjera y da una lección de economía: "los pueblos cuya riqueza y poder admiramos hoy, no se han elevado a este estado, adoptando en su origen un comercio libre y sin trabas; y ni aún ahora que sus manufacturas y fábricas se ven en un pie floreciente, menosprecian el más pequeño medio de aumentar los modos de ganar sobre el extranjero, cuando de esto depende una medida prohibitiva. Por supuesto, allí no se ve que los súbditos de una nación enemiga o extranjera, hallen en su mercado la ganancia y el lucro, mientras los productos nacionales de igual clase reciben un fuerte quebranto, como nos está sucediendo a nosotros"¹¹⁸.

Este planteo proteccionista de Ferré, la obsesión por "el cuadernito" (la Constitución) por parte de Quiroga, la defensa del pueblo por El Chacho o la concepción latinoamericana de Felipe Varela demuestran que estos caudillos expresaban las necesidades del pueblo y por esta razón eran capaces de nuclear multitudes a su alrededor, dispuestos a dar la vida, mientras los "hombres de alma fría para con las cosas de la patria", como decía Posadas de José Manuel García, destruían las economías provincianas, pactaban negocios leoninos con el extranjero y daban la espalda a la Patria Grande.

Las razones de la caída de Rivadavia

La burguesía comercial porteña, probablemente envalentonada por la preeminencia alcanzada en los últimos años en el gobierno provincial por Rivadavia y García, apuesta ahora más fuerte: hay que organizar el país bajo su hegemonía, imponiendo, si es necesario, "la unidad a palos" y concretando los negocios pendientes con el capital británico. La creación del Banco Nacional forma parte de esta política dirigida no solo contra las provincias interiores sino incluso respecto a los estancieros bonaerenses quienes, a través de Martín Rodríguez, habían hecho posible "la feliz experiencia" a partir de 1821. De este modo, el grupo rivadaviano avanza consolidando su poderío, ya sea a través de la Ley fundamental (23/1/1825) por la cual se arma un Poder ejecutivo del país a cargo del gobernador de la provincia de Buenos Aires (función que ejerce Las Heras por algunos meses), ya sea con duplicación del número de representantes en el Congreso Constituyente (19/11/1825), hasta llegar el 6 de febrero de 1826 a la creación del cargo de Presidente de las Provincias Unidas y al día siguiente, designar para ese cargo a don Bernardino. Casi inmediatamente se dan los pasos restantes para controlar el país: en marzo se capitaliza la ciudad de Buenos Aires y alrededores, medida que se completa luego con la partición del resto de la provincia de Buenos Aires, lo que provoca la airada

¹¹⁶ *Memorias del Brigadier General Pedro Ferré*, Buenos Aires, Coni, 1921, pp. 371-374.
¹¹⁷ *Idem*, p. 372.
¹¹⁸ *Idem*, p. 376.

reacción de Rosas y sus estancieros amigos, pues pierden el control del puerto. Es decir, Rivadavia liquida a la provincia metrópoli pero no para instalar un poder nacional sino para que los comerciantes anglocriollos sean los dueños exclusivos de la Aduana. Poco después, el Congreso sanciona una constitución con el mismo criterio instaurando el régimen unitario y centralista. E intenta asimismo establecer un régimen de voto calificado que permita gobernar a las minorías, sin molestias populares. La ceguera del grupo rivadaviano es tal que hace estas apuestas de máxima mientras hierve la indignación del interior por la política librecambista y se desarrolla la guerra contra el Brasil. Conviene analizar por separado algunas de estas experiencias, pues la confluencia de todas ellas provocará el desmoronamiento del gobierno.

La constitución unitaria y el voto calificado

A fines de 1826, se sanciona la nueva Constitución que ratifica la concepción unitaria y centralista. En la discusión del proyecto, Dorrego -diputado por Santiago del Estero por designación de Ibarra- se opone, defendiendo la posición federal: "El sistema federal está en consonancia con una mayoría tal [de los pueblos] que no solo se ha pronunciado por él de un modo formal y enérgico sino que será dificultoso hacerla contramarchar, para que reciba otra forma de gobierno"¹¹⁹.

Asimismo, el desdén por el pueblo se pone de manifiesto en el proyecto rivadaviano cuando, al otorgarse el voto a los hombres libres, se entiende por tales a los que no sean asalariados, ni peones, ni jornaleros dependientes.

Este espíritu aristocrático ya fue señalado por Vicente Fidel López quien alertaba sobre la superchería de considerar "democrático" a don Bernardino: "Tomará las cosas del Río de la Plata desde el punto de vista de una restauración de los intereses conservadores y del poder legítimo de las clases superiores. Los que le suponen tendencias democráticas y populares están en un profundo error. Rivadavia fue, y a eso debe su fama consistente, el estadista de las clases dirigentes y superiores"¹²⁰.

Este intento de imponer el voto calificado en la Constitución constituye otro motivo de enfrentamiento del grupo rivadaviano con los federales bonaerenses, descendientes del morenismo, como es el caso, según se verá, de Manuel Dorrego y Manuel Moreno.

"La votación da el triunfo a los unitarios y se aprueba el artículo impugnado por los federales [...] quedando sancionada la Constitución merced a una mayoría transitoria de constituyentes"¹²¹.

Pero la comunicación de la nueva Constitución a las provincias provoca el rechazo general, contribuyendo así al desprestigio del gobierno. Facundo Quiroga rechaza la nueva constitución que el gobierno le hace llegar a través de Vélez Sarsfield. En Santiago del Estero, Juan Felipe Ibarra recibe a Tezanos Pinto -galera y frac "civilizados" bajo la cáncula nortea- y después de leer la constitución le otorga 24 horas para retirarse de la provincia, bajo intimación de fusilamiento. En Córdoba, Juan Bautista Bustos rechaza a Corriti, representante de la Convención. El malestar de las provincias interiores ante este intento de "unidad a palos", agrava el rencor hacia Buenos Aires. El odio hacia la Provincia Metrópoli se expresa ya en el lenguaje popular: "Porteños, raza de víboras".

Por supuesto, no se trata de una cuestión geográfica, ni tampoco de que todos los habitantes de la provincia de Buenos Aires acuerden en el desdén hacia el interior, sino

¹¹⁹ Tonelli, Juan B.: *Manuel Dorrego, apóstol de la democracia*, Buenos Aires, Huarpes S. A., 1945, p. 253.

¹²⁰ *Idem*, p. 65.

¹²¹ Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónica histórica argentina*, Buenos Aires, Codex, 1968, Tomo III, p. 18.

que la ira provinciana proviene de la política concreta de la burguesía anglocriolla acantonada en Buenos Aires. La prepotencia del grupo rivadaviano conduce inevitablemente al levantamiento del interior.

A su vez, la política externa está signada por la misma concepción antipopular y antilatinoamericana que irrita a los sectores nacionales: 1) negativa a apoyar a San Martín, en el Perú; 2) desinterés por la propuesta de Bolívar con miras a la unificación en el congreso de Panamá; 3) desinterés por el Alto Perú, que concluirá en el triunfo del separatismo, con la creación de Bolivia y 4) designación de John Hullet, el banquero inglés, como cónsul argentino en Londres, propuesta que Canning rechaza pudorosamente, pues prefiere un criollo ainglesado.

Por supuesto, esta política, que irrita a los pueblos interiores, recibe el aplauso inglés: "Rivadavia será considerado como un hábil -más aún- como un excelente ministro [...] Su administración marca una época en los anales políticos del Estado"¹¹¹.

El negocio de las minas del Famatina

A su vez, la política de inversiones extranjeras conduce al escándalo de la Minning Association, que también concurre al desprestigio del gobierno. Dada la concepción general de construir Europa en América, el grupo rivadaviano centra el posible crecimiento en las inversiones extranjeras, para lo cual promueve diversas empresas en las cuales el capital externo opera como socio del Estado.

A través de sus amigos, los banqueros Hullet, Rivadavia trabó relación en Londres con John Barber Beaumont. De allí nace la "River Plate Agricultural Association", empresa de colonización agraria a realizarse a través de la incorporación al país de familias provenientes especialmente "de la Europa septentrional" (suecos o escoceses, reclama Rivadavia). Intervienen en esta gestión dos comerciantes ligados a intereses británicos, Félix Castro y Sebastián Lezica -con apoyo de la Casa Hullet- pero los escoceses, que llegan para radicarse en las cercanías de San Pedro y en otras localidades sobre el río Uruguay, son hostilizados por los pobladores por lo cual se frustra el proyecto.

Asimismo, se frustra la empresa Building Association, dedicada a la promoción inmobiliaria. Pero de los emprendimientos de este tipo, el que alcanza mayor resonancia es el de la empresa minera River Plate Minning Association.

Durante su viaje a Londres, Rivadavia había concertado, con capitalistas ingleses, la creación de la Minning Association. El acuerdo se cerró en diciembre de 1824 y se basó en el decreto del 24 de noviembre de 1823 firmado por el gobernador Martín Rodríguez y el propio Rivadavia como ministro, por el cual se autorizaba a promover la formación de una sociedad en Inglaterra para explotar yacimientos mineros que existen en las Provincias Unidas. Pero, colocándose también del otro lado del mostrador en las negociaciones, Rivadavia resulta presidente del Directorio de esa sociedad, de la cual la Banca Hullet es el principal capitalista.

Meses después, Hullet envía al capitán Head para iniciar la explotación, quien llega al Río de la Plata el 1° de julio de 1825. Pero aquí le informan que la jurisdicción de las minas pertenece a los gobiernos provinciales. Viaja, entonces, al interior del país y solo en San Juan encuentra la buena voluntad del gobernador unitario Del Carril. Regresa a Buenos Aires en octubre de 1825 y se encuentra con Rivadavia, ante quien plantea la cuestión. Don Bernardino le escribe a Hullet, el 27 de enero de 1826, una carta muy comprometedora, explicándole las dificultades y mostrando gran optimismo: "El negocio

¹¹¹ "Un inglés", ob. cit., p. 202.



Juan Facundo Quiroga. Miniatura de autor anónimo que perteneció a Rosas, siglo XIX.

que más me ha ocupado, que me ha afectado y sobre el cual la prudencia no me ha permitido llegar a una solución, es el de la Sociedad de minas [...] todas las minas desocupadas de las provincias de Salta, Mendoza y San Juan se encuentran a disposición de la Sociedad. Con respecto a las existentes en La Rioja, cuya importancia es superior a las de las otras provincias, en el transcurso de un corto plazo, con el establecimiento de un gobierno nacional, todo cuanto debe desearse se obtendrá [...] ello [ahora] es imposible por la posición en que ha sido colocado el Congreso; la necesidad de cambio es evidente y las primeras medidas ya han sido tomadas [...] Me veo obligado a emplear la mayor circunspección para no comprometer inútilmente mi influencia y no debo decir más por el momento"¹¹².

El 6 de febrero de 1826, Rivadavia es elegido presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El 15 de febrero de 1826, sanciona la ley de consolidación de la

deuda que declara "propiedades nacionales" a las minas de todas las provincias. El 14 de marzo de 1826, vuelve a escribirle a Hullet: "Las minas son ya, por ley, de propiedad nacional, y están exclusivamente bajo la administración del Presidente de la República"¹¹³. Sin embargo, Head no consigue tomar posesión de las minas riojanas. El 27 de octubre de 1826 -sublevadas las masas riojanas ante el intento de ser sometidas por "la unidad a palos"- Facundo Quiroga vence a Lamadrid en El Tala y el 6 de abril de 1827, derrota nuevamente a las fuerzas unitarias en El Rincón.

En el transcurso de ese período, las acciones de la compañía minera bajan. A ello se suma una quiebra general de los papeles sudamericanos. Sesenta bancos cierran en Europa y las empresas del Nuevo Mundo quiebran, entre ellas, la Minning. En Londres, Head, para cubrir su responsabilidad, publica un folleto donde incorpora las cartas antes transcritas para demostrar que Rivadavia aseguraba la operación y salvar así su responsabilidad. Es el "Informe sobre la quiebra de la River Plate Mining Association, constituida bajo la autorización otorgada por Su Excelencia don Bernardino Rivadavia"¹¹⁴.

Una copia de este documento llega a *El Tribuno*, diario que publica Dorrego, en Buenos Aires. El 23 de junio de 1827, *El Tribuno* publica el informe, acompañado de esta cuarta: "Dicen que el móvil más grande/ de establecer la unidad/ es que repare su quiebra / de Minas, la Sociedad"¹¹⁵. El día 26, publica las comprometedoras cartas de Rivadavia a Hullet, poniendo al desnudo los negocios del presidente y provocando así un escándalo, que se convierte en crisis política.

El control de la Aduana

Al mismo tiempo, la cuestión de la Aduana provoca dificultades al gobierno de Rivadavia. La burguesía comercial ansía la total exclusividad de los recursos aduaneros, y quita todo derecho de participación a los estancieros bonaerenses. Con esta intención,

¹¹² Rosas, José María: *Rivadavia...*, ob. cit., p. 129.

¹¹³ Idem, p. 134.

¹¹⁴ Idem, p. 137.

¹¹⁵ Idem.

se sanciona la ley que amplía la jurisdicción de la ciudad de Buenos Aires -a la cual se federaliza- tomando parte de la provincia y dejando el resto de la campaña, a su vez, dividido en dos partes, con un nombre a determinar, con lo cual debilita a la clase ganadera. La burguesía comercial en el poder manejará la Aduana, apenas con la participación de algunos estancieros ubicados hasta el Tigre, Merlo y Ensenada. Pero la protesta resulta inmediata por parte de los estancieros bonaerenses, lo que agrega otro factor de malestar que debilita al gobierno.

Hasta ese momento, los estancieros han sido leales a la alianza con los comerciantes establecida en 1820, cuando Rosas sostuvo la posibilidad del Tratado del Pilar con 25.000 cabezas de ganado que domesticaron al montonero Estanislao López. Pero ahora, el proceder de la burguesía comercial destruye la concertación con los hombres de la pampa, constituyéndose en otro motivo de crisis para el gobierno rivadaviano.

La guerra con el Brasil

En la misma época, otro escándalo -este de índole diplomático- provoca fuerte reacción popular. El conflicto con Brasil ha tenido su origen en la intrusión de Lecor, en la Banda Oriental, en 1816, quien, al derrotar a Artigas, ha creado las condiciones para que dicha zona se convierta en Provincia Cisplatina, bajo la jurisdicción de Brasil. Luego, en 1825, la expedición de "los treinta y tres orientales", liderada por Lavalleja, derrotó a los brasileños en Rincón de las Gallinas, para declarar, poco después, que la Banda Oriental formaba parte de las Provincias Unidas. Brasil declaró la guerra el 10 de diciembre de 1825, y esta se desarrolló por tierra y por mar. El 20 de febrero de 1827, el ejército nacional conducido por Alvear derrotó a los brasileños en Ituzaingó. La lucha marítima -no obstante la desproporción de fuerzas favorable al Imperio- significó algunos triunfos importantes para la escuadra comandada por el Alce. Brown, en Los Pozos, Juncal y Carmen de Patagones. Ello condujo a la mesa de negociaciones en mayo de 1827. Rivadavia envió a Manuel J. García dándole directivas de que acordase urgentemente la paz para que el ejército pudiese volver rápidamente a Buenos Aires: las montoneras de Facundo se aprestaban a volcarse sobre la ciudad puerto, dispuestas a concluir con el centralismo porteño y su política aristocratizante y de libre importación. El delegado pactó entonces -el 24 de mayo de 1827- entregando en la mesa de negociaciones lo que se había ganado a sangre y fuego por tierra y mar: la Banda Oriental pertenecería al Imperio del Brasil e, inclusive, las Provincias Unidas lo indemnizarían por la acción de los corsarios. García explicaría luego el "encargo" que recibió: "la paz es el único punto de partida para toda la guerra sigue, la anarquía es inevitable; si no puede obtenerse la paz, será preciso resignarse al vandalaje"¹²⁷. Por esta razón, ha entregado la Banda Oriental al Brasil. Pero la publicidad de semejante "convenio preliminar" -aun cuando Rivadavia inmediatamente se encargó de desautorizar a García- provocó una fuerte reacción popular contra el gobierno, a la cual habría de sumarse el escándalo del negocio minero.

Cercado de obstáculos y contradicciones de todo género, escribe Rivadavia, el 27 de junio de 1827, presentando su renuncia: "he dado días de gloria a la patria que sabrá ella recordar con orgullo"¹²⁸. El repudio al tratado, intentando descargar sobre García la grave responsabilidad por la política claudicante, no alcanza para que Rivadavia rentone la crisis y el 30 de junio, el Congreso le acepta la renuncia. Queda así disuelto el "régimen nacional" que solo llegó a existir formalmente. Después de un breve interregno de Vicen-

¹²⁷ Ibáñez, José C.: *Historia Argentina*, Buenos Aires, Troquel S. A., 1965, p. 422.
¹²⁸ Rosa, José María: ob. cit., p. 137.

te López y Planes, aparece en el escenario de las Provincias Unidas, como gobernador de la Provincia de Buenos Aires, el coronel Manuel Dorrego.

La experiencia de la burguesía comercial porteña en el poder queda atrás. Bernardino Rivadavia se aleja de la vida pública y marcha, tiempo después, a Europa, instalándose finalmente en Cádiz, donde fallece el 2 de septiembre de 1845.

"Murió en la pobreza", sostiene Abad de Santillán en su *Diccionario Enciclopédico Argentino*¹²⁹. El biógrafo Piccirilli opina de otro modo: "Restos de días mejores; lo acompañan [en el exilio] [...] camas, cómodas, sillas y mesas de caoba, floreros de porcelana, platos de la China, escribanía de madera y metal dorado, carpeta inglesa, busto de bronce representando a Homero [...] basión de unicornio con puño de cristal de roca montado en plata, reloj de oro con cadena del mismo metal, cajas de rapé [...] Para prever los quebrantos de salud, 10.064 reales en vellón de plata y 27 onzas de oro [...] Contrariamente a lo que se ha escrito, los problemas de índole económica nunca fueron extremos. Sus rentas eran suficientes para asegurarle una vida decorosa, y de haberle ceñido las circunstancias, la venta de una cualquiera de sus propiedades lo habría sacado del apuro (casa quinta de la calle Europa, casa y terreno de la calle la Catedral, otra casa en la calle Reconquista. Acciones: fondos de la deuda pública de la caja de amortización de Río de Janeiro, 25 pólizas al 6% y 24 pólizas al 5%, 26 acciones de la Sociedad Rural y 144, del Banco Nacional)"¹³⁰.

Asimismo, Ricardo Piccirilli publicó la testamentaria de Bernardino Rivadavia, de la cual resulta que "el prócer" giró en noviembre de 1825 una letra contra Hullet por 3000 libras y solicitó: "El resto de la cuenta de las mil doscientas libras para los gastos de mi singular comisión lo agregarán ustedes a mi cuenta corriente"¹³¹. Con posterioridad, en 1851, Hullet demandó el saldo de cuenta corriente más sus intereses desde 1825, pero los herederos de Rivadavia rechazaron el reclamo. Se trataba de 6381 libras. Negaron que fuese un crédito, préstamo o adelanto (en ese caso, Rivadavia lo habría pagado durante su vida). El pleito concluyó en que no se trataba de crédito ni adelanto, "era otra cosa"¹³².

¹²⁹ Santillán, Diego Abad de: *Gran enciclopedia argentina*, Buenos Aires, Ediar, 1960, tomo VII, p. 172.

¹³⁰ Piccirilli, Ricardo: ob. cit., tomo 2, pp. 549-550.
¹³¹ Idem, p. 481.

¹³² Rosa, José María: ob. cit., pp. 145-146.

CAPÍTULO X

DORREGO

La deformación histórica

Durante la época rivadaviana, había crecido la figura del coronel Manuel Dorrego como el periodista y político que impugnó el proyecto de la burguesía comercial del puerto. Son escasos los trabajos biográficos existentes sobre esta gran figura de nuestra historia. Sin embargo -y a pesar de la desconfianza que provoca la novela histórica pues la imaginación del novelista viola, a veces, el rigor científico- en este caso, quien quiera acercarse a la vida de este caudillo popular puede abreviar en *Una chaqueta para bien morir*, hermosa y correcta reconstrucción realizada por Pedro Orgambide¹.

Para la Historia Oficial siempre ha sido un personaje molesto, por lo cual han apelado a la maniobra de descalificarlo como "díscolo", "desaprensivo", "indisciplinado", a quien tanto Belgrano como San Martín debieron sancionar por su conducta.

Así, los libros escolares -que precisamente ocultan hechos graves de nuestra historia- se han preocupado por relatar una anécdota según la cual, en 1814, cuando San Martín asume el mando del Ejército del Norte y ordena unificar voces de mando, Dorrego se habría burlado de la voz aflautada de Belgrano, provocando la ira de San Martín, quien lo separa del ejército. Esta anécdota proviene de una sola fuente -las memorias del General Gregorio Aráoz de Lamadrid- quien no se caracterizaba precisamente por su seriedad y, en consecuencia, lo más probable es que resulte una fábula, para lo cual es suficiente apelar al sentido común. La correspondencia San Martín-Belgrano -cuando este último, derrotado dos veces, debe entregar el mando del Ejército del Norte al Gran Capitán- evidencia el respeto y sumo cuidado con que San Martín procede respecto a Belgrano, del cual se hace amigo y al cual valora mucho por su esfuerzo para ejercitar el cargo militar siendo abogado de profesión. Todo indica que es casi imposible que San Martín -que al principio hasta se niega a asumir el mando por consideración al general derrotado- haya decidido someter a Belgrano a las prácticas de voces de mando. Asimismo, la situación que se vive en ese Ejército del Norte es trágica por la falta de recursos y resulta poco verosímil que Dorrego, a los 26 años ya teniente coronel -y con tres balazos en el cuerpo- se hallase con ganas de echar bromas de adolescente.

Por su parte, Vicente O. Cutolo señala que sus enemigos se ensañaron con él intentando desprestigiarlo: "El general Paz lo llamó 'turbulento' y Tomás de Iriarte 'exagerado y mentiroso', agregando que tenía un carácter fogoso, sus antecedentes habían sido tumultuarios, bulliciosos y marcados con el sello de la insubordinación y la imprudencia; los unitarios [...] le llamaron 'mulato' muchas veces y agotaron el diccionario de los improperios para exasperarlo"². Agrega Cutolo, que Mitre lo consideró a Dorrego como "ene-

¹ Orgambide, Pedro: *Una chaqueta para bien morir*, Buenos Aires, Temas, 1998.

² Cutolo, Vicente: *Nuevo diccionario biográfico argentino*, Buenos Aires, Elche, 1969, tomo II, p. 592.



Palacio Miró de la familia Dorrego. Construido frente a la Plaza Lavalle.

migo del Congreso, opositor al Director, contrario a la expedición a Chile, partidario de la guerra contra el Brasil, enviciado en la agitación politiquera de la Atenas argentina¹. Asimismo, la nomenclatura catastral se ocupó de disminuir la importancia de su figura probando, una vez más, que la clase dominante tiene memoria para dispensar o retacear glorias. Observemos que Juan Lavalle, el fusilador de Dorrego, es homenajado en una plaza céntrica, frente a Tribunales y su monumento es levantado intencionadamente frente a la mansión de los Miró Dorrego, ubicada en Libertad, entre Lavalle y Tucumán, familia que a partir de la erección de dicha estatua cerró para siempre las ventanas que daban a la plaza. Ese monumento de Lavalle, durante mucho tiempo, los 13 de diciembre, aparecía manchado con pintura roja, como si fuera sangre y las malas lenguas dicen que se lo colocó insólitamente a gran altura para evitar este tipo de "acciones bárbaras". Al mismo tiempo, una calle céntrica lo recuerda a Lavalle -peatonal y con las luces de los cinematógrafos y los bingos- no solo a pesar del asesinato, sino también a pesar de haberse sumado a los invasores franceses que atacaban a su patria, "una tal felonía -según San Martín- [que] ni el sepulcro la puede hacer desaparecer". En cambio, Dorrego da su nombre a la calle que se llamaba Chacarita, fuera del centro, y al lado del cementerio. Y a su vez, en su monumento, que casi no es visible pues lo tapa la arboleda de Suipacha y Viamonte, se le informa a quien se esmera por leer la inscripción que, entre otras cosas "combatió al caudillismo separatista y anárquico, hizo la paz con el Brasil y fundó la nación uruguaya". Así se tergiversa la verdadera naturaleza de su lucha, pues la paz con el Brasil la hizo obligado por la negativa del capital inglés a darle fondos y debió aceptar, contra sus deseos, la aparición del Uruguay independiente, jugada maestra de la diplomacia británica, siendo que además, si alguna vez enfrentó a los caudillos, luego se entendió con ellos y fue por sobre todo el enemigo de la política rivadaviana.

¹ Idem.

² Carta de San Martín a Rosas, del 10/7/1839 en San Martín, su correspondencia. 1823-1850, Buenos Aires, Museo Histórico Nacional, 1911, pp. 127 y 128.



Monumento a Lavalle frente al Palacio de Tribunales.

La corriente historiográfica federal-provinciana lo reivindica como el continuador de Moreno y destaca su preocupación por enfrentar a los rivadavianos y dictar la Constitución para unificar el país.

El verdadero Dorrego

Había nacido el 11 de junio de 1787. Desde muy joven intervino en las luchas democráticas de su época y tuvo especial participación en la revolución chilena de 1810, cuando era estudiante en Santiago, por lo cual recibió una medalla de reconocimiento con la inscripción: "Al primer defensor de Chile". La historia escolar generalmente omite este hecho, porque cualquier alumno podría suponer que Dorrego era un "intruso" o un "infiltrado" en las luchas del país trasandino, cuando, precisamente, su actuación, allí -como la de Artigas en nuestras provincias del litoral- ratifica que la América hispana es una sola Patria, como decía Martí, que ha sido despedazada y debe ser reconstruida.

Regresó luego a las Provincias Unidas y se destacó en el Ejército del Norte, participando en las batallas de Tucumán y Salta, bajo las órdenes de Belgrano, en las cuales recibió varias heridas de consideración. Belgrano le aplicó una sanción pues se lo responsabilizó de haber azuzado a dos oficiales a un duelo donde concluyeron hiriéndose, pero

el mismo Belgrano reconoció, después de sufrir las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, que otro podría haber sido el resultado si hubiera contado en esas lides con el coronel Dorrego.

Pero si su vida militar ofrece arrojo y heroicidad, mayor importancia aún adquirió su lucha política a partir de 1815 y 1816, enfrentando a los gobiernos directoriales. Allí se constituyó en uno de los continuadores de la línea Moreno-Monteagudo, donde habían vibrado los ideales revolucionarios del 25 de Mayo. La política de Pueyrredón, conforme con la invasión portuguesa para destruir la preponderancia de Artigas en la Mesopotamia, provocó la fuerte oposición revolucionaria del Mayo de 1810: Domingo French, vienes de aquella misma posición revolucionaria del Mayo de 1810: Domingo French, Manuel Moreno, Pedro Agrelo y José Moldes. Mariano Pelliza señala: "Dorrego estaba resuelto por la democracia federal. Este partido tenía enrolados a sujetos muy notables en todas las esferas siguiendo las doctrinas propagadas por la Gaceta de 1810. Dorrego era el más caracterizado".

Pero cuando Dorrego se hallaba preparándose para viajar a Cuyo, con el propósito de sumarse al ejército de San Martín, fue detenido por las fuerzas del gobierno de Pueyrredón y, al igual que sus compañeros, lanzado al destierro. Viajó en un barco a Santo Domingo, sufrió diversas peripecias hasta que logró fugarse y se dirigió a Estados Unidos, donde se afincó un tiempo en Baltimore. En ese país, que aún no había ingresado a la

³ Pelliza, Mariano: *Dorrego en la historia de los partidos unitario y federales*, Buenos Aires, 1878, p. 118.

masa, pero sí en una corta porción de capitalistas [...] Y en ese caso, hablemos claro: el que formaría la elección sería el Banco"¹⁰.

No obstante la denodada impugnación llevada a cabo, la constitución establece, finalmente, en su artículo 6°: "Se suspenden [los derechos de ciudadanía]: primero, por no haber cumplido veinte años de edad, no siendo casado; segundo, por no saber leer, ni escribir [esta condición no tendrá efecto hasta quince años de la fecha de la aceptación de esta constitución]; tercero, por la naturalización en otro país; cuarto, por el estado de deudor fallido declarado tal; quinto, por el de deudor del tesoro público, que legalmente ejecutado al pago, no cubre la deuda; sexto, por el de demencia; séptimo, por el de criado a sueldo, peón jornalero, simple soldado de línea, notoriamente vago o legalmente procesado en causa criminal, en que pueda resultar pena corporal o infamante"¹¹.

La oposición desde el periodismo

Asimismo, con su periódico *El Tribuno*, Dorrego se convirtió en el más duro fiscal de la política rivadaviana. Desde el 11 de octubre de 1826 hasta el 17 de agosto de 1827 con la colaboración de Manuel Moreno y Pedro Feliciano Sáenz de Cavia, *El Tribuno* fustigó el carácter antinacional y antipopular del gobierno de la burguesía comercial.

En su primer número, Dorrego había dicho: "¡No os azoréis aristócratas por esta aparición! El nombre con que sale a luz este periódico, solo puede ser temible para los que se grasan con las substancias de los pueblos; para los que hacen tráfico vergonzoso de fraudándolo en el goce de sus intereses más caros; para los que todo lo refieren a sus miras ambiciosas y engrandecimiento personal; en fin, para aquellos logio-oligarquistas que [...] perseveran firmes en adoptar los mismos medios que usaron antaño para dominar, en lugar de proteger; para destruir en vez de crear"¹². Desde allí, calificó de ladrón al poeta Juan Cruz Varela: "Voy a cantar un cielito / Pero de última invención, / El cual tiene por objeto / Retratar cierto ladrón [...] / Quien roba al particular / No es ladrón tan afamado, / Como el que mete los cinco / En la bolsa del Estado"¹³.

Afirmó también: "Diz que el poeta Levan (y también escritor senil) [...] sigue empleando en Buenos Aires aún después de descubiertos sus robos ¿Y habrá quien quiera ponerle al nivel con ese caco, y vivir de un empleo?"¹⁴. (Interesa recordar estas críticas porque más tarde, Juan Cruz Varela influye sobre Juan Lavalle para que fusile a Dorrego.) Desde "El Tribuno", Dorrego defendió a Bolívar de los ataques de la burguesía comercial porteña y también, desde esa trinchera periodística, publicó el *Informe Head* que descubrió las negociaciones de Rivadavia con los capitales ingleses para la explotación del Famatina que, como se ha señalado, fue una de las causas de la renuncia de don Bernardino, el 12 de agosto de 1827.

En ese momento Vicente López y Planes intenta vanamente mantener el régimen nacional, para lo cual designa a Dorrego como uno de sus ministros, pero el gobierno central ya no puede reconstruirse y cierra su ciclo. Dorrego, por su parte, es designado gobernador de la provincia de Buenos Aires, por la Junta de Representantes.

¹⁰ Rosa, José M.: *Historia Argentina, Oriente*, tomo IV, p. 54.

¹¹ Sabsay, Fernando L.: *Historia económica y social argentina. Argentina documental II*, Buenos Aires, Bibliográfica Omeba, 1969, p. 182.

¹² Cúneo, Dardo: *San Martín-Bolívar-Dorrego. El pensamiento civil de los grandes capitanes*, Buenos Aires, Americalee, 1943, p. 106.

¹³ *Idem*, p. 108.

¹⁴ *Idem*, p. 108.

El gobierno de Dorrego

Sus ministros son Manuel Moreno en Gobierno, Juan Ramón Balcarce en Guerra y José María Rojas y Patrón en Economía.

La cercanía de Manuel Moreno, el estrecho vínculo con Azcuénaga, el apoyo del padre Grela, así como la buena relación con San Martín (el Gran Capitán le ofrece sus servicios para la guerra con Brasil, que no quiso ofrecer durante el gobierno rivadaviano) demuestran su enraizamiento en la corriente de Mayo.

La vinculación con los caudillos del interior e inclusive con Bolívar, como asimismo la adopción de medidas en defensa de los intereses populares, lo muestran a Dorrego como un federal progresista, un sincero demócrata y un propulsor de la unión latinoamericana.

Su base social está dada por sectores populares de la ciudad de Buenos Aires -el pueblo porteño de las orillas, de menores recursos- y un sector de los estancieros bonaerenses.

En sus memorias, el general Tomás de Iriarte se refiere a la base popular de Dorrego: "Estaba rodando de manolos que recorrían las parroquias para acompañar a su jefe [...] Al aproximarnos a Dorrego para saludarlo, después de los primeros cumplimientos de estilo, nos dijo a Alvear y a mí, con una expresión sarcástica: 'Caballeros, les aconsejo que no se acerquen mucho porque soy hombre que tizno', y efectivamente, su traje era tan popular que si no estaba verdaderamente sucio, tenía las apariencias del más completo desaliño: excusado es decir que esto era estudiado para captar la multitud, los descamisados"¹⁵.

Su gobierno no alcanza a año y medio (agosto 1827/diciembre 1828), pero ese lapso es suficiente para desarrollar una política que retoma las líneas del morenismo, del ejército sanmartiniano y del artiguismo (al cual ha defendido denunciando la política entreguista de Pueyrredón).

Enfrente, en la oposición, se encuentran los rivadavianos y en especial, el Banco Nacional (controlado por los comerciantes ingleses). Pero Dorrego los enfrenta desde su propia perspectiva, pues no obstante provenir de familia estanciera mantiene distancia respecto al paternalismo que cultivan Rosas y otros ganaderos de la pampa.

Tomás de Iriarte señala que Dorrego acotó a Anchorena y a Rosas en su lugar, provocando "una división en el partido federal", que no hizo explosión en razón de la necesidad de enfrentar a los unitarios¹⁶.

En su breve período como gobernador, adopta algunas medidas que no eran comunes en esa época:

1. Fija precios máximos al pan y a la carne -que habían subido como consecuencia del emisionismo- provocando la reacción de los estancieros que recurren al desabastecimiento: "las personas dedicadas a las matanzas de ganado para el abasto del pueblo, continúan en hacer una resistencia tenaz con todos los visos de complotada, para proveer al mercado el ganado necesario al consumo"¹⁷.

2. Suprime la leva, en defensa del gaucho y la familia campesina: "Las levas, sobre ser extremadamente abusivas, [...] perjudican la industria, agricultura y pastoreo [...] y desmoralizan y humillan al pueblo a fuerza de acostumbrarlo a presenciar actos de vio-

¹⁵ Gandía, Enrique de (selección y comentarios): *Memorias del General Tomás de Iriarte*, Buenos Aires, Ediciones Argentinas S.L.A., 1945, tomo III, p. 217.

¹⁶ *Idem*, tomo II, p. 32.

¹⁷ Nicolau, Juan Carlos: *Dorrego gobernador. Economía y finanzas (1826-27)*, Buenos Aires, Sadret, 1977, p. 36.

lencia que degradan la majestad de las leyes [...] Por lo cual se decide que solo en casos extraordinarios y de una urgencia del momento se hará uso del reclutamiento por leva; solo al gobierno corresponde señalar los casos; cuando así sean, serán puestos en libertad al cesar la causa que la provocó. Y se prohíbe a los jefes militares, departamento de Policía, jueces de paz, alcaldes y otros, a hacer uso de la leva en ningún caso¹⁸.

3. Firma tratados con diversas provincias, apuntando a la reunión de la convención nacional que debe reunirse para sancionar la constitución. (Con Bustos hubo un tratado secreto para organizar el país y enjuiciar a la administración anterior.)

¿Banda Oriental o la creación del Uruguay?

Pero uno de los más graves problemas que debe afrontar es el de la guerra contra el Brasil, vigente en la medida en que se anuló la convención preliminar, firmada por García. Su resolución es continuar las hostilidades y para ello intenta reorganizar las fuerzas militares, lo cual supone obtener un préstamo pues las arcas están exhaustas. Para ello, reclama del Banco Nacional el suficiente apoyo financiero mientras se recuesta coyunturalmente en ganaderos poderosos, como Terrero, Obligado e inclusive los Anchorena a los cuales el historiador Juan Carlos Nicolau llama "comerciantes nacionales [generalmente también tienen tierras] [...] Los antiguos y tradicionales comerciantes con origen en la colonia, que no veían con buenos ojos a sus oponentes surgidos de la libertad de comercio¹⁹".

Desde la legislatura, la burguesía comercial, apoyada en el Banco Nacional, desarrolla una fuerte oposición al dorreguismo gobernante, destacándose en ella hombres como Costa, Escalada y Riglos, apoyados por el periódico *El Tiempo*. Entre esos comerciantes importadores, Nicolau menciona a Diego Brittain, José Twaites y Federico Schmaling.

En los debates legislativos, el representante del Gobierno Nicolás de Anchorena sostiene: "En Buenos Aires hay una porción de hombres de poder y de influjo que se han propuesto hacer ingentes fortunas, sin reparar en los medios: [...] hombres que, entrando en empresas y acopiando los valores, harán que la moneda nada valga, para pagarlos con una quinta o sexta parte de lo que se compraron²⁰".

En otro discurso, con motivo de la negativa del Banco a otorgar el préstamo, el ministro Roxas y Patrón sostiene: "El país no puede sujetarse a una aristocracia cualquiera que ella sea y muchos menos a una aristocracia mercantil que es la más perjudicial y la más peligrosa de todas [...] La legislatura tiene todo el derecho a obligar al Banco²¹". Señala, asimismo: "El Banco es una institución demasiado fuerte para nosotros. Él maneja no solo los intereses particulares sino que, como en el día no tiene rivales, su influencia se hace trascendental en los negocios públicos y así es menester tener mucho cuidado para que no se levante una aristocracia mercantil, que es peor que todas las aristocracias porque para ella no hay patria, no hay honor, todo está en venta²²".

A su vez, Anchorena sostiene que el Banco carece de metálico que respalde sus billetes y el valor de estos solo depende de la garantía y el reconocimiento que le da el gobierno. Por tanto -argumenta- "el Banco no puede prestar, ni tiene que prestar, ni presta nada con dar al gobierno esta cantidad; él no hace más que poner a su disposición

¹⁸ Estrada, Marcos de: *Un semblante de Manuel Dorrego*, Buenos Aires, Barrera, 1985, pp. 357 y 358.
¹⁹ Nicolau, Juan Carlos: ob. cit., p. 91.
²⁰ Idem, p. 48.
²¹ Idem, p. 72.
²² Idem, p. 73.

el dinero y en esto nada da suyo, ni el crédito, ni el valor real ni el de papel, ni el sello; nada da, todo lo que da allí es de la provincia y de consiguiente no hace otra cosa que lo que haría un agente o un dependiente de esta provincia, de poner a disposición de la persona a quien ordenase, aquella cantidad de billetes²³".

En sus memorias, Roxas y Patrón se refiere al conflicto con el Banco: "Nos comenzaron a hostilizar y la primera demostración fue la que manifiesta el documento que adjunto a esta carta. No quisieron descontar las letras de Aduana que por orden del gobierno remití al Banco dando, para ello, los Directores, frívolos pretextos²⁴".

Por su parte, la diplomacia inglesa, a la cual preocupa que uno o dos países controlen los dos puertos importantes del Río de la Plata, mueve sus hilos. El cónsul inglés Lord Ponsomby sostiene: "Es necesario que yo proceda sin un instante de demora y obligue a Dorrego, a despecho de sí mismo, a obrar en abierta contradicción con sus compromisos secretos con los conspiradores y consienta en hacer la paz con el emperador²⁵". En otra oportunidad, sostiene: "No vacilo en manifestar [...] que yo creo que Dorrego está ahora obrando sinceramente en favor de la paz. Bastaría una sola razón para justificar mi opinión, que a eso está forzado [...] por la negativa [de la Junta del Banco] de proporcionárseles recursos, salvo para pagos mensuales de pequeñas sumas²⁶" y agrega: "está forzado por la certidumbre de que si se resiste a una paz honorable y ventajosa será derrocado²⁷".

Dorrego intenta resistir la presión británica. (El cónsul norteamericano J. M. Forbes testimonia que el coronel "siempre se distinguió por la virulencia de su hostilidad hacia los ingleses²⁸". Para ello recurre a la mediación de Colombia, contando con el apoyo de Bolívar y asimismo, propone que el pueblo oriental, por votación, elija su destino, en la certeza de que decidirá unirse a las Provincias Unidas. Pero Lord Ponsomby no cede un ápice en su política dirigida a gestar un "estado tapón", un país nominalmente independiente, lo suficientemente débil como para ceder a las imposiciones del Imperio.

Antes, Ponsomby le ha confesado a Roxas y Patrón: "El gobierno inglés no ha traído a la América a la familia real de Portugal para abandonarla; y la Europa no consentirá jamás, que solo dos Estados, el Brasil y la Argentina, sean dueños exclusivos de las costas orientales de la América del Sud, desde más allá del Ecuador hasta el Cabo de Hornos²⁹". El diplomático inglés -especialmente a través del Banco Nacional, que persiste en negar el préstamo- lo acorrala a Dorrego y lo obliga, contra su más íntima convicción, a aceptar la paz con el Brasil reconociendo la independencia del Uruguay, como nuevo Estado. Forbes comenta: "Lo que yo había predicho se cumple: se trata nada menos que de la erección de un gobierno independiente y neutral en la Banda Oriental con la garantía de la Gran Bretaña [...] es decir, solo se trata de crear una colonia británica disfrazada³⁰".

En 1825, el desinterés de Rivadavia por el Alto Perú había concluido en el nacimiento de Bolivia. Ahora, la gestión de un diplomático inglés, conduce a la independencia del Uruguay. Poco tiempo después, se separa Ecuador de la Gran Colombia y esta termina por desintegrarse, como se desintegraría, pocos años después, la Federación

²³ Idem, p. 74.
²⁴ Idem, p. 116.
²⁵ Scalabrini Ortiz, Raúl: *Política británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Reconquista, 1940, p. 113.
²⁶ Idem, p. 69.
²⁷ Idem, p. 114.
²⁸ Forbes, John Murray: *Once años en Buenos Aires. 1820-1831*, Buenos Aires, Emecé, 1956, p. 473.
²⁹ Scalabrini Ortiz, Raúl: ob. cit., p. 107.
³⁰ Forbes, John Murray: ob. cit., p. 249.

Centroamericana que lideraba Morazán. Así, mientras se consolidan en el norte de América los Estados Unidos, emergen en el sur las semicolónias gestadas alrededor de los puertos en una América Latina descuartizada, unos hacia el océano Atlántico, otros hacia el Pacífico.

El escándalo minero

Otro asunto de suma importancia que aborda Dorrego se refiere al reclamo de los perjudicados por la quiebra de la River Plate Mining Association. Lo había denunciado oportunamente como opositor desde su periódico y ahora, ya en el gobierno, retoma el tema provocando gran irritación en el grupo unitario.

La cuestión se reactualiza cuando Hullet, en nombre de la Minning, querrela al gobierno de la Provincia de Buenos Aires, por los daños derivados de la frustración del proyecto minero. Con ese motivo, en una circular del 20 de agosto de 1827, Dorrego se refiere a "la desaparición del espíritu público, el entronizamiento del espíritu de especulación y esa vergonzosa codicia que se había hecho el alma de las transacciones públicas".

Luego, el 14 de septiembre, envía un mensaje a la Legislatura acompañando la demanda de los síndicos de la Minning por 52.520 libras, por gastos de los mineros, contra la Provincia de Buenos Aires: "El gobierno se encuentra con un recurso de la expresada compañía (Minning) recibida por el último paquete, en donde reclama a la provincia los gastos de aquella empresa. El engaño de aquellos extranjeros y la conducta escandalosa de un hombre público del país que prepara esta especulación, se enrola en ella, y es tildado de dividir su precio, nos causa un amargo pesar, más pérdidas que reputar nuestro crédito".

Rivadavia no contesta. Pero aparece una *Respuesta al Mensaje* (escrita por Agüero, según Valentín Alsina, y según otros, por Juan Cruz Varela o Salvador María del Carril). Dicha respuesta "acepta que en los libros de la Minning figura Rivadavia con un sueldo de 1200 libras como presidente de la compañía pero que nunca tuvo intenciones de cobrarlo". Cita un folleto de un teniente Bunster, editado por la Casa Hullet de Londres, según el cual "Rivadavia aceptó la presidencia de la compañía con la condición expresa que sería honoraria". Agrega que se trata de un error de la contabilidad y lo funda en una carta del 13 de enero de 1825 del Directorio a Rivadavia "deplorando la restricción que tan perentoriamente imponéis a un deseo de manifestaros de un modo más positivo cuanto apreciamos el valor y la importancia de vuestras relaciones inmediatas con la Asociación en que habéis permitido que se coloque vuestro nombre".

Manuel Moreno y Dorrego contestan con *Impugnación a la respuesta*. Dicen: "Son cuatro las circunstancias lamentables que debiera haber disipado (la *Respuesta*) y no lo ha hecho: 1°) El engaño de aquellos extranjeros que han empleado mal sus capitales y ahora se creen acreedores del Estado por una suma enorme; 2°) Haber sido preparada la especulación por un hombre público del país; 3°) Enrolarse en ella; y 4°) Ser sindicado de dividir o tocar el precio de la especulación. La respuesta se desentiende de las tres primeras y confunde la otra [...] sólo habla del 'sueldo' de la presidencia conferida

¹¹ Posa, José M.: *Rivadavia y el imperialismo financiero*, Buenos Aires, Huemul, 1964, p. 138.

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*, p. 139.

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Idem.*

al señor Rivadavia (pero nada se habrá indicado sobre las 30 mil libras por precio de la especulación)". Y cita el informe de Head: "Se convino por los directores que se pagarían puntualmente 40.000 libras por los buenos oficios hechos en favor de la especulación que, según afirmaba el señor Rivadavia en su autorización, estaba fundada en una concesión especial o poder que le otorgó el gobierno de Buenos Aires". A esto no hubo réplica.

Golpe militar y fusilamiento

La denuncia contra Don Bernardino, como las acusaciones de latrocinio a Juan Cruz Varela, explican el odio a Dorrego por parte de los rivadavianos. Otras circunstancias se agregan para enfervorizar a los opositores: su apoyo en los sectores más populares de Buenos Aires y su posición federal que conduce al acuerdo con los caudillos para impulsar una convención constituyente de Santa Fe. Los periódicos rivadavianos, especialmente *El Tiempo*, lanzan fuertes críticas al gobierno, que son contestadas por el periódico federal desde el cual se menciona a Lord Ponsomby, el cónsul inglés, como "Lord Ponzofia".

La situación entra en crisis cuando debido a la presión inglesa y a la negativa del Banco a apoyarlo financieramente, Dorrego se ve obligado a aceptar la paz con el Brasil y la consiguiente independencia de la Banda Oriental. Ello provoca indignación entre los jefes militares: Lavalle, Paz, Alvear, Cruz, Brown y Rodríguez.

Este malestar es aprovechado por los unitarios y al regreso de las tropas a Buenos Aires, se produce el levantamiento (1° de diciembre de 1828). Dorrego abandona la ciudad y va hacia la campaña para unirse, con sus fuerzas, a Rosas, designado recientemente comandante de la provincia. Mientras, Agüero "fabrica", en Buenos Aires, una elección y Lavalle es declarado gobernador.

Pero Rosas no se coloca a las órdenes de Dorrego para combatir a los insurrectos. Si bien estima que el golpe es impopular y que solo "están con ellos, los quebrados y agiotistas que forman esta aristocracia mercantil... [mientras] los pobres de la ciudad y de la campaña están en contra", disiente con Dorrego respecto a dar batalla y mueve sus fuerzas hacia Santa Fe para aliarse con Estanislao López.



Fusilamiento de Manuel Dorrego en Navarro. Óleo de A. Bollerini. Museo Histórico Nacional.

¹⁶ *Idem.*, p. 140.

¹⁷ *Idem.*

El 9 de diciembre de 1828, Dorrego presenta batalla a los golpistas y es derrotado. Dos cielos unitarios se refieren al episodio. El primero amenaza: "Bustos y López / Solí y Quiroga / oliendo a soga / desde hoy están"¹⁰. El otro resume el contenido de clase del golpe: "La gente baja / ya no domina / y a la cocina / se volverá"¹¹.

El 13 de diciembre de 1828, por orden del general Juan Lavalle, Dorrego es fusilado en los campos de Navarro. Un cielito federal se entona con tristeza en las pulperías de la campaña: "Cielito y cielo nublado / por la muerte de Dorrego / enlútese las provincias / Lloren cantando este cielo".

"Cartas como estas se rompen"

En relación al apresamiento y muerte de Dorrego, existen cartas que prueban la responsabilidad de dos personajes del grupo rivadaviano que influyeron fuertemente sobre la decisión de Lavalle. Previamente al fusilamiento, el 12 de diciembre, Juan Cruz Varela le escribe: "Después de la sangre que se ha derramado en Navarro, el proceso del que la ha hecho correr, está formado: esta es la opinión de todos sus amigos de usted; esto será lo que decida la revolución; sobre todo, si andamos a medias [...] En fin, usted piense que 200 y más muertos y 500 heridos deben hacer entender a usted cuál es su deber. Se ha resuelto en este momento que el coronel Dorrego sea remitido al cuartel general de usted. Estará allí de mañana a pasado; este pueblo espera todo de usted, y usted debe darle todo. Cartas como estas se rompen, y en circunstancias como las presentes, se disipan estas confianzas a los que usted sabe que no lo engañan, como su atento amigo y servidor"¹².

El mismo día, Salvador María del Carril le escribe al general golpista: "No se sabe bien cuánto puede hacer el partido de Dorrego en este lance; él se compone de la canalla más desesperada. Sin embargo, puede anticiparse, que si sus esfuerzos son impotentes para turbar la tranquilidad pública, son suficientes, por lo que he visto, para intimidar o enternecer a las almas débiles de su ministro y sustituto [Díaz Vélez] [...] Ahora bien, general, prescindamos del corazón en este caso. Un hombre valiente no puede ser vengativo ni cruel. Yo estoy seguro que usted no es ni lo primero ni lo último. Creo que usted es además, un hombre de genio y entonces no puedo figurármelo sin la firmeza necesaria para prescindir de los sentimientos y considerar obrando en política todos los actos, de cualesquiera naturaleza que sean, como medios que conducen o desvían de un fin. Así considere usted la suerte de Dorrego. Mire usted que este país se fatiga 18 años hace, en revoluciones, sin que una sola haya producido un escarmiento. Considere usted el origen innoble de esta impureza de nuestra vida histórica y lo encontrará en los miserables intereses que han movido a los que las han ejecutado. El general Lavalle no debe parecerse a ninguno de ellos; porque de él esperamos más. En tal caso, la ley es que una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella. Haciendo la aplicación de este principio de una evidencia práctica decide; si no, yo habré importunado a usted; habré escrito inútilmente, y lo que es más sensible, habrá usted perdido la ocasión de cortar la primera cabeza a la hidra y no corta-

¹⁰ Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónicas Argentinas*, Buenos Aires, Codex, 1968, tomo 3, p. 52.

¹¹ Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo Luis: *El asesinato de Dorrego*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1945, pp. 69 y 70.

¹² Carta de Juan Cruz Varela a Juan Lavalle, del 12/12/1828, reproducido por Haydeé Gorostegui de Torres y Ricardo Figueroa en *El fusilamiento de Dorrego*, Fascículo I, Documentos de Polémica, Centro de América Latina, Buenos Aires, 1972, p. 19.

rá usted las restantes; ¿entonces, qué gloria puede recogerse en este campo desolado por estas fieras? Nada queda en la República para un hombre de corazón"¹³.

Dos días después, no enterado aún del fusilamiento, Del Carril le vuelve a escribir: "Mi querido general: La prisión del señor Dorrego, es una circunstancia desagradable, lo conozco; ella lo pone a usted en un conflicto difícil. Cualquiera que sea el partido que usted tome, lo deja en una posición espinosa y delicada; no quiero ocultárselo. La disimulación en este caso después de ser injuriosa, sería perfectamente inútil al objeto que me propongo. Hablo de la fusilación de Dorrego: hemos estado de acuerdo en ella antes de ahora. Ha llegado el momento de ejecutarla"¹⁴.

Producido el fusilamiento, Juan C. Varela le escribe a Lavalle: "En este momento veo impreso el oficio que usted ha dirigido al Ministro, anunciándole la justa y bien merecida muerte del coronel Dorrego [...] Quizá se acerca la época de la ruina de todos los caudillos, y de la redención de los pueblos de la República"¹⁵.

También Del Carril vuelve a dirigirse al general, el 15 de diciembre "Hemos sabido de la fusilación de Dorrego. Este hecho abre en el país una nueva era y es el mayor servicio que ha podido usted hacerle [...] Me tomo la libertad de prevenirle, que es conveniente recoja usted un acta del consejo verbal que debe haber precedido a la fusilación. Un instrumento de esta clase redactado con destreza, será un documento histórico muy importante para su vida póstuma. El señor Gelly se portará bien en esto: que lo firmen todos los jefes y que aparezca usted confirmándolo. Debe fundarse en la rebelión de Dorrego con fuerza armada contra la autoridad legítima elegida por el pueblo; en el empleo de los salvajes para ese atentado; en sus depredaciones posteriores; en el compromiso en que ha dejado la propiedad sobre las fronteras; en la seducción que trató de obrar en las fuerzas del comandante Pacheco y del regimiento de Rauch; en el auxilio pedido a Santa Fe como debe constar por sus comunicaciones, etc., etc."¹⁶.

Cinco días después, Del Carril vuelve a comunicarse con Lavalle, asesorándolo sobre la conveniencia de armar una cobertura jurídica que justifique el fusilamiento: "Cuatro palabras sobre la muerte de Dorrego y no más: ella no pudo ser precedida de un juicio en forma: 1º, porque no había jueces; 2º, porque el juicio es necesario, para averiguar los crímenes y demostrarlos, y de los atentados de Dorrego se tenía más que juicio, opinión, de su evidencia existente y palpable, comprobada por muchas víctimas, por un número considerable de testigos espectadores y por su prisión misma. Sin embargo, vea usted cuál es mi duda. ¿No será conveniente dejar a los contemporáneos y a la posteridad, en los mismos esfuerzos que se hagan para suplir las formas, que no se han podido llenar o que eran innecesarias en el caso, una prueba viva del estado de la sociedad en que hemos tenido, usted y yo, la desgracia de nacer, y de la clase del malvado, que se ha visto usted forzado a la tranquilidad? ¿Y un acta que contuviese el complot; porque no quiero disminuir nada a la fuerza del término, de los jefes y comandantes de su división; hombres de diferentes circunstancias, independientes muchos; de sacrificar la cabeza de una facción desesperada, votando a unanimidad la muerte, no llenaría bien los dos objetos de mi pregunta anterior? Me hace fuerza la afirmativa, querido General [...] Por lo demás, querido general, incrédulo como soy de la imparcialidad que se atribuye a la posteridad; persuadido como estoy de que esta gratuita atribución no es más que un consuelo engañoso de la inocencia, o una lisonja que se hace nuestro amor propio, o nuestro miedo,

¹³ Carta de Salvador María del Carril a Juan Lavalle, del 12/12/1828, reproducido en ob. cit., p. 19.

¹⁴ Carta de Salvador María del Carril a Juan Lavalle, del 14/12/1828, reproducido en ob. cit., p. 24.

¹⁵ Carta de Juan Cruz Varela a Juan Lavalle, del 15/12/1828, reproducido en ob. cit., p. 25.

¹⁶ Carta de Salvador María del Carril a Juan Lavalle, del 15/12/1828, reproducido en ob. cit., p. 25.

cierto como estoy, por último, por el testimonio que me da toda la historia, de que la posteridad consagra y recibe las deposiciones del fuerte o del impostor que venció, sedujo y sobrevivieron, y que sofoca los reclamos y las protestas del débil que sucumbió y del hombre sincero que no fue creído; juro y protesto que colocado en un puesto elevado como usted, no dejaría de hacer nada de útil por vanos temores. Al objeto, y si para llegar siendo digno de un alma noble es necesario envolver la impostura con los pasaportes de la verdad, se embrolla; y si es necesario mentir a la posteridad, se miente y se engaña a los vivos y a los muertos según dice Maquiavelo⁴⁴. Luego, agrega: "Mucha gentuza a las honras de Dorrego; litografías de sus cartas y retratos; luego se encontrará la carta del desgraciado en pulperías, como las de todos los desgraciados que se cantan en las tabernas. Esto es bueno; porque así el padre de los pobres será payado con el capitán Juan Quiroga y los demás forajidos de su calaña. ¡Qué suerte vivir y morir indignamente siempre con la canalla!"⁴⁵.

La opinión de Lavalle en 1839

Años después, Juan Lavalle se arrepiente de aquel hárbaro crimen: "Hoy es 13 de diciembre de 1839, aniversario del fusilamiento del gobernador Dorrego por mi orden [...] Sí, por mi orden -repetió, paseando la mirada sobre todos los presentes-. Señores, ¿qué significa este 'por mi orden', de un mozo valiente de treinta años, que por disponer de 500 lanzas, atropella las instituciones, para quitar del medio al primer magistrado, al Capitán General de una provincia? [...] Dorrego debió morir o Juan Lavalle; no había remedio, la anarquía se entroniza. Yo fui más feliz, lo vencí; ¡qué digo!, más desgraciado... ¿Acaso no había formalidades que llenar, no había leyes? ¡Ah! Señores, yo he sido el que abrió la puerta a Rosas, para su despotismo y arbitrariedades sin ejemplo. Los hombres de casaca negra, ellos, ellos, con sus luces y su experiencia me precipitaron en ese camino, haciéndome entender que la anarquía que devoraba a la gran República, presa del caudillaje bárbaro, era la obra exclusiva de Dorrego. Más tarde, cuando varió su fortuna, se encogieron de hombros [...] Pero ellos, al engañarme, se engañaban también, porque no era así. Dorrego solo explotó en su beneficio, el mal que estaba arraigado en el país, como se ha visto después. Si algún día volvemos a Buenos Aires, juro sobre mi espada y por mi honor de soldado, que haré un acto de expiación como nunca se ha visto; sí, de suprema y verdadera expiación"⁴⁶.

Aún en este arrepentimiento, Lavalle no descubre las verdaderas causas que indujeron a los amigos de Rivadavia a presionarlo para fusilar a Dorrego. La excusa podría ser que el coronel era responsable, como dice Lavalle, de "la anarquía que devoraba a la República, presa del caudillaje bárbaro". Pero la razón verdadera -que la historia escolar ha ocultado siempre- reside en las denuncias de Dorrego contra Rivadavia y Varela, no solo desde *El Tribuno* sino luego en el informe enviado a la legislatura. Solo el profundo deterioro producido en la figura del egregio Bernardino -quien ha negociado y "dividido el precio" con el capital inglés- explica el consejo de aplicar el fusilamiento, en esas "cartas que se rompen" pero que Lavalle conservó en prueba de los autores intelectuales del asesinato.

⁴⁴ Carta de Del Carril a Juan Lavalle, del 20/12/1828, reproducido en ob. cit., p. 26.
⁴⁵ Idem, p. 28.
⁴⁶ Trossiné, Rodolfo: *Dorrego. Testimonios de una vida*, Buenos Aires, Soc. Impresora Americana, 1944, p. 192. Reproduce el testimonio de Jacinto R. Peña sobre declaración de Juan Lavalle, publicado por Manuel Bilbao en *Vindicación y memorias de Antonio Reyes*, Buenos Aires, 1883.



Juan Lavalle. Óleo de Maza. Museo Histórico Nacional.

Si bien existieron acciones violentas desde poco después de la revolución de Mayo, puede considerarse que este fusilamiento, sin juicio previo, del gobernador legal de la Provincia de Buenos Aires acentúa los enfrentamientos e inaugura un período de sangre.

A pocos días de hacerse público que Lavalle es el nuevo gobernador y que Dorrego ha sido fusilado, Facundo Quiroga le envía este contundente mensaje: "Después de cometer V. E. el criminal atentado de hacer servir las tropas destinadas a conservar la dignidad de la República, al objeto de derrocar al Ejecutivo Nacional en el cual las Provincias tenían depositada su confianza, ha condenado al último suplicio al individuo que lo representaba... con justa indignación [las provincias] se disponen a buscar un desagradado o perecer, antes que ver afianzado un intruso que las insulta y las provoca. El que firma no puede tolerar el ultraje que V. E. ha hecho a los pueblos, sin hacerse indigno del título de argentino"⁴⁷.

Esos hombres del 1° de diciembre

Cuando se produjo la caída de Rivadavia, el general San Martín decidió regresar al Río de la Plata para ofrecer sus servicios, al gobierno presidido por Dorrego, en la guerra contra el Brasil. Pero cuando el barco hace escala en Río de Janeiro se informa del golpe militar del 1° de diciembre. Poco después, al arribar a Montevideo, la información se completa con la noticia del fusilamiento de Dorrego. El barco lo conduce luego hasta la rada de Buenos Aires, pero San Martín decide no desembarcar, regresando a Montevideo y dando su adiós definitivo a su tierra natal.

Lavalle se encuentra ahora frente al creciente descontento de los sectores populares y solo atina a reprimir. "Después de la ejecución de Dorrego, Lavalle asolaba la campaña [señala Manuel Gálvez, reproduciendo el testimonio del General Iriarte]. Del terror se valieron muchos subalternos. Se violaba el derecho de propiedad. No era posible que los gauchos soportaran tal yugo por largo tiempo... como a bestias feroces trataban a los desgraciados que caían en sus manos"⁴⁸. Y agrega: "He ahí el caso, citado por Arnold y por otros y del que hablan los diarios, del coronel unitario Juan Apóstol Martínez, quien, poco apostólicamente, hace atar a la boca de un cañón a un paisano, que muere hecho pedazos, y cavar sus propias fosas a varios prisioneros. El comandante Estomba, que meses después enloquecerá, tal vez por los remordimientos que oscurecen su conciencia, mata a Segura, mayordomo de la estancia 'Las Víboras', de los Anchorena, los primos de Rosas, atándolo también a la boca de un cañón y fusilándolo así, por el delito de ignorar la situación de cierta partida federal; y a otros paisanos por el mismo delito, los mata a hachazos con sus propias manos. De estos crí-

⁴⁷ Carta de Quiroga a Lavalle, del 29/12/1828, citada por Pérez Amichastegui, ob. cit., tomo 3, p. 53.
⁴⁸ Gálvez, Manuel: *Vida de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Edit. Tor, 1949, p. 84.



Salvador María del Carril, unitario y seguidor de Rivadavia, que impulsó el derrocamiento de Dorrego.

menes se habla en los diarios de la época y los refieren en sus respectivas *Memorias*, Iriarte y Arnold [...] Los crímenes de los unitarios se multiplican. Las tropas mandadas por Rauch matan a los hombres que encuentran en las calles de los pueblitos. Calcúlese que más de mil hombres aparecen asesinados. Solo en el caserío Las Perdices dejan siete fusilados [...]. A una criatura de siete años la matan porque lleva una divisa⁹⁰.

Afirma Pérez Amuchástegui: "Funcionan 'comisiones' encargadas de la represión sumaria. El Pampero aconseja: 'Lavalle debiera degollar a cuatro mil' [...] Del Carril apremia al gobernador para que ataque: [...] 'Bustos y los demás están azogados; dentro de breve, ya no hallarán postura que les acomode; no podrán estar ni sentados ni de pie, y será necesario darles plomo y echarles de barriga' [...] Los más destacados federales [...] son detenidos y confinados en buques y pontones [...] En las pulperías cunde el canto de los ciéltos sediciosos que memoran a Dorrego y prometen venganza"⁹¹.

Desbordado por los acontecimientos, Lavalle decide ofrecerle el gobierno a San Martín y envía dos emisarios a Montevideo quienes reciben una respuesta negativa. "El objeto de Lavalle -le escribe San Martín a O'Higgins- era que me encargase del mando del ejército y provincia de Buenos Aires y transase con las demás provincias a fin de garantizar, por mi parte y la de los demás gobernadores, a los autores del movimiento del 1° de diciembre, pero usted conocerá que en el estado de exaltación a que han llegado las pasiones era absolutamente imposible reunir los partidos en cuestión, sin que quede otro arbitrio que el exterminio de uno de ellos. Por otra parte, los autores del movimiento del 1° son Rivadavia y sus satélites, y a usted le consta los inmensos males que estos hombres han hecho, no solo a este país sino al resto de América con su infernal conducta; si mi alma fuera tan despreciable como la suya, yo aprovecharía esta ocasión para vengarme de las persecuciones que mi honor ha sufrido de estos hombres, pero es necesario enseñarles la diferencia que hay de un hombre de bien a un malvado"⁹². A Iriarte le comenta: "Sería yo un loco si me mezclase con esos calaveras. Entre ellos hay algunos, y Lavalle es uno de ellos, a quienes no he fusilado de lástima, cuando estaban a mis órdenes en Chile y el Perú [...]. muchachos sin juicio, hombres desalmados"⁹³.

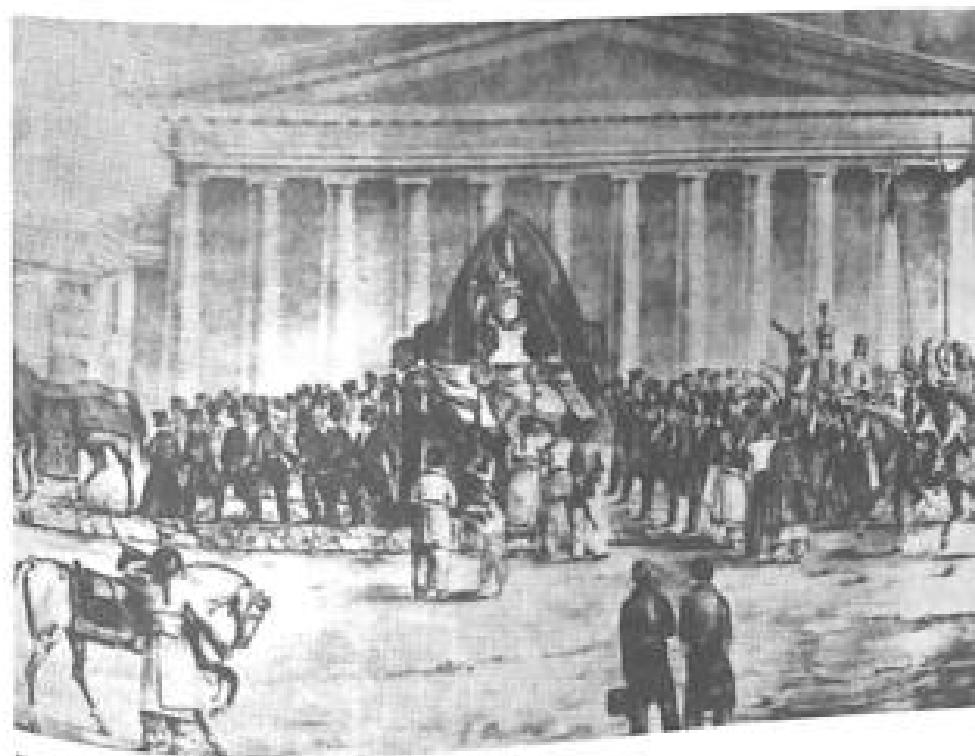
También Bolívar, años más tarde, fustigará severamente a Lavalle, en un artículo donde después de calificarlo de "hombre atrevido y sin moral, digno soldado de Catilina", afirma: "Su carrera ha sido por los grados que conducen un delincuen-

⁹⁰ Ídem, pp. 84 y 85.

⁹¹ Pérez Amuchástegui, A. J., ob. cit., pp. 54-59.

⁹² Carta de San Martín a O'Higgins, del 13/4/29, en San Martín, su correspondencia, ob. cit., p. 19.

⁹³ Iriarte, Tomás: ob. cit., tomo II, p. 55.



Funerales de Dorrego. Dibujo de A. Onslow.

te al patíbulo. Cuando soldado fue insubordinado; luego oficial, revoltoso; después jefe asesino y saqueador... últimamente, rebelde parricida del jefe de la patria. El ha usurpado la autoridad suprema con la esperanza, sin duda, de recibir la legitimidad por el crimen"⁹⁴.

La burguesía comercial anglo criolla -de donde vinieron esas cartas que no se rompieron- ante el rechazo de San Martín, no tendrá otro camino que dejar el poder a los estancieros bonaerenses, confiando que le asegurarán cierto orden, respeto hacia su actividad mercantil y el control de la Aduana para la provincia. Sin embargo, la mayor parte de sus políticos, ligados a la fuerza militar y a la pequeña burguesía, no se hallan satisfechos con una solución de este tipo. La violencia se ha desatado impiadosa y la historia argentina se escribe cada vez con más sangre. En los funerales de Dorrego emerge la figura de Don Juan Manuel de Rosas.

⁹⁴ Simón Bolívar, "Una mirada sobre la América española", Quito, 1829, reproducido fragmentariamente por Patricia Pasquali en Juan Lavalle, un guerrero en tiempos de revolución y dictadura, Buenos Aires, Planeta, 1996, p. 232.

CAPÍTULO XI

ROSAS

El ascenso de Juan Manuel de Rosas

La política practicada por los rivadavianos -librecambismo y centralización porteña- había provocado una honda agitación en la Provincia de Buenos Aires, como así también en las provincias interiores. La gobernación de Dorrego cabalgó en esa ola popular encauzando los reclamos a través de una política nacional y popular, por lo cual su fusilamiento encendió de indignación, a casi todo el país, contra el general Lavalle.

Facundo Quiroga lo descalfica por "el criminal atentado". En la provincia de Buenos Aires, el gauchaje se encrespa contra los golpistas. "Lavalle asolaba la campaña [...] y el terror fue un medio de que con profusión hicieron uso muchos de sus jefes subalternos". En los primeros meses de 1829, la furia del gauchaje no decae y "en las pulperías cunde el canto de los cielitos sediciosos, que memoran a Dorrego y prometen venganza".

En abril de 1829 Lavalle enfrenta a las fuerzas reagrupadas de Rosas y Estanislao López y es vencido en Puente de Márquez (26/4/29), por lo cual se repliega hacia Cañuelas.

Aires mientras López regresa a Santa Fe y Rosas acampa con sus fuerzas en Cañuelas. La Historia Oficial relata entonces una anécdota que demostraría la valentía y la hidalguía de estos hombres, más allá de sus contrapuestas ideas: Lavalle se aparece una tarde en el campamento de Cañuelas, pero Rosas se halla ausente, por lo cual se acuesta en su catre de campaña y se duerme, esperándolo. Rosas llega y no lo mata, ni lo apresaa, sino que después de un rato lo despierta y le ceba mate. Charlan y se ponen de acuerdo firmando el pacto de Cañuelas. En este relato se omite que Lavalle y Rosas se hallaban vinculados por pertenecer ambos a familias porteñas principales (inclusive habían sido amantados por la misma ama de cría) y se resta importancia a una carta donde Lavalle le dice a Rosas: "Desde que el gobernador López evacuó el territorio de la provincia y desde que en la actual lucha no hay sino porteños, no he excusado que previamente, nada llevarnos a la conciliación". Generalmente, también se olvida que previamente, nada menos que un señor de apellido Alzaga (Félix de), con la colaboración de Sarrautea, Tagle y Pueyrredón, ha trabajado para el reencuentro entre ambos jefes: el representante de la burguesía comercial y el representante de los hacendados bonaerenses. De esa negociación surge el nombramiento de Viamonte como gobernador.

Pocos meses después, Rosas, cansado de algunas maniobras de los unitarios, repone

¹ Carta de Quiroga a Lavalle, del 29/12/1828, en Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónica histórica argentina*, Buenos Aires, Codex, 1969, tomo III, p. 53.

² Tomás Iriarte citado por Pérez Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo III, p. 59.

³ Pérez Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo III, p. 59.

⁴ Carta de Lavalle a Rosas, del 14/6/1829, en Pérez Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo III, p. 64.

la legislatura de la época de Dorrego, la cual lo designa gobernador en diciembre de 1829 por tres años. Así llega al poder por primera vez, mientras Paz se apodera de gran parte del interior. Solo él podrá enfrentarlos, solo él podrá establecer el orden en la provincia y concluir con la inestabilidad y la crisis política de los últimos años. Pero ¿quién es Juan Manuel de Rosas?

Rosas, el hombre

Ha nacido el 30 de marzo de 1793, en la poderosa familia de los Ortiz de Rozas-López de Osornio. Su abuelo materno, Clemente López de Osornio, era propietario de una estancia, sobre el Salado, conocida como "El rincón de López". Juan Manuel se hace gaucho desde muy pequeño, de carácter audaz y arrojado, pero en su juventud rompe relaciones con sus padres (eliminado el "Ortiz" de su apellido y reemplazando la "z" por la "s" en Rosas) y se lanza por su propio camino, en plena pampa, convirtiéndose en administrador de estancias y gestor de negocios. Probablemente ha utilizado sus relaciones con importantes hacendados para realizar buenas empresas y ya es un hombre rico cuando asume su primera gobernación. Es socio en la estancia "Los Cerrillos", en San Miguel del Monte y en la estancia "San Martín", en Cañuelas, tiene inversiones en el saladero "Las Higuieritas", en Quilmes, posee otras estancias menores y administra los campos de los Anchorena, primos suyos. A su poder económico y a su profundo conocimiento de la pampa, suma su condición gaucha: es el mejor jinete, el mejor domador, el

mejor pialador y hombre fundamental en las yerras, excelente administrador de campos, mantiene un trato paternal con los peones, profundamente inserto en la concepción tradicionalista que domina en ese mundo rural. Fanático del orden, impone una severa disciplina en los campos que regentea -ya sean suyos o de sus amigos- haciendo cumplir las normas a rajatabla: él mismo las viola a propósito para exigirle a un capataz que le aplique los azotes correspondientes, para lo cual se echa sobre el campo y coloca su trasero a disposición del rebenque de su propio empleado, y cuando este se niega a aplicar la pena, lo amenaza con convertirlo en víctima del castigo, para que nadie dude de que las normas deben ser cumplidas estrictamente.

Su pasión por el orden la sostiene también en las cuestiones políticas, cultivando un tradicionalismo que lo conduce a exaltar aquella época anterior a 1810 en que no existían muchachos alborotadores, ni se hablaba del Contrato Social de Rousseau: "Entonces la subordinación estaba bien puesta; el fuego



Juan Manuel de Rosas, óleo de Monvoisin.

devorador de las guerras civiles no nos abrasaba; había unión". El morenismo lo espanta y condena la ejecución de Liniers "a quien yo tanto he querido, y he de querer por toda la eternidad, sin olvidarlo jamás".

Ese orden del cual es devoto impera también en sus campos y sus peones están militarizados bajo la forma de "Los colorados del Monte", merced a los cuales le ha salido al cruce a la posible designación de Dorrego como gobernador de Buenos Aires, en 1820, asegurando, en cambio, el cargo para Martín Rodríguez, con quien, sin embargo, entrará luego en colisión. Su poder económico se ha manifestado en las 25.000 cabezas de ganado con las cuales ha conformado al caudillo santafesino Estanislao López para que se aleje definitivamente de sus arrebatos artiguistas. También apoya financieramente la campaña de los Treinta y Tres Orientales, liderada por Lavalleja, para recuperar la Banda Oriental de manos de los brasileños. En 1827/8 es comandante de la campaña bonaerense y cuando se produce el fusilamiento de Dorrego, resulta el único hombre capaz de restablecer el orden en la provincia.

Sin embargo, su primera experiencia como gobernante (1829-1832) ofrece contradicciones: mientras, por un lado, logra conformar el Pacto Federal entre Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes para oponerse a la Liga del Interior que ha podido organizar el "manco" Paz, por otro insiste en una política económica liberal reinstalando en el ministerio de Hacienda a Manuel José García, el mentor de Rivadavia. En cambio, a su regreso al poder, a partir de 1835, consolida su estrategia política alrededor de las banderas del orden y el intento de conciliar con los caudillos del interior, aunque

conserva el control de la Aduana para su provincia y se niega a la organización constitucional. En este segundo período el enfrentamiento es permanente con los unitarios y sus aliados externos y habrá momentos de fuerte represión, como el llamado "Año del terror" (1841).

El juicio de la Historia Oficial acerca de esa época en que ejerció el poder es absolutamente condenatorio y su figura ha sido vituperada y descalificada sin atenuantes, durante décadas, a través de todos los medios de comunicación. Más allá de contradicciones y limitaciones, Rosas ha sido, en ese largo período, el principal enemigo de los grupos aristocráticos unitarios y torzudo defensor de la soberanía frente a las pretensiones de las grandes potencias, rasgos que lo constituyen en mal ejemplo para las futuras generaciones y de allí que la clase dominante, desde su liberalismo conservador, arroje sobre él los mayores vituperios, condenando especialmente los rasgos despóticos de su gobierno.



Manuel José García, Dibujo de N. Desmadril; litografía de Felvilain.

¹ Rosas, Juan Manuel de, citado por Lynch, John: *Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Emecé, 1984, p. 21.

² Sampay, Arturo: *Las ideas políticas de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Juárez editor, 1972, p. 36.

La demonización de Rosas

Desde esta perspectiva, los historiadores liberales lanzaron sus mayores críticas, en muchos casos infamias y fábulas. Uno de los primeros fue Mitre, en una de sus arengas, que lo hizo tanto como historiador como en su carácter de integrante de la clase dominante que deseaba eliminar el ejemplo de Rosas como defensor de la soberanía. De ahí las falsedades que pronuncia con gran entusiasmo, como esta: "¿Cómo negar que por 20 años Rosas ha identificado su fortuna con la fortuna pública, que ha robado la de los particulares, que ha confiscado a todo el mundo para acrecer su fortuna particular?". Después, cuando Saldías le envía su libro sobre Rosas -como ya se ha señalado en la referencia a las corrientes historiográficas- Mitre se manifiesta crítico a todo posible reconocimiento sosteniendo: "guardo los nobles odios contra el crimen que me animaron en la lucha".

Esta crítica a Rosas se conjugó con el silenciamiento o la escasa significación otorgada a la gesta de la Vuelta de Obligado, así como el escamoteo de los crímenes cometidos por los unitarios, de modo de convertir a Rosas en único ejercitador de la violencia.

Más tarde, el vituperio fue creciendo, alcanzando dimensiones insólitas. Con respecto a su gobierno, las *Tablas de Sangre*, escritas por Rivera Indarte, le adjudican miles de víctimas, incluyendo los muertos en combate. Respecto de su persona, aquí y allá aparecen, en la literatura política liberal, las peores referencias. José María Ramos Mejía, hijo de uno de los hacendados insurrectos del Sur en 1839, en *Neurosis de los hombres célebres*, sostiene que ya desde su niñez revelaba su maldad pues "inventaba tormentos para martirizar a los animales. Sus juegos consistían en quitarle la piel a un perro vivo y hacerlo morir lentamente, sumergir en un barril de alquitrán a un gato y prenderlo fuego o arrancarle los ojos a las aves". Por su parte, Alberto Palomeque, jurista y periodista, escribe: "Mal ciudadano, mal amigo, traidor a sus ideas, hipócrita, cruel, farsante, defraudador de la renta pública... corruptor de costumbres... carente de rasgo alguno de generosidad". A su vez, el historiador José C. Ibáñez afirma: "Espíritu autoritario [...] insensible y cruel [...] persiguió a sus enemigos con saña implacable [...] dejando tras de sí el recuerdo de sus excesos y de su intolerancia política". Por su parte, Ricardo Levene sostiene: "La psicología social de la época determinaba su creación fundada en los sentimientos de cansancio y desaliento colectivos en los instintos de la plebe, que era la mayoría, de la negrada, que era el suburbio".

Las razones de la demonización

Existen varias causas que explican el antirrosismo virulento de la Historia Oficial. Por supuesto, la primera es que esa historia liberal-conservadora la escribieron los que le ganaron a Rosas, después de regresar de la persecución y del exilio, manteniendo, como afirma Mitre, "los nobles odios" del pasado. En segundo lugar, los ganadores sustentaban sus interpretaciones y proyectos en base a la concepción "Civilización o barbarie", for-

⁷ Mitre, Bartolomé: *Arengas*, Buenos Aires, Carlos Casavalle, 1889, p. 185.

⁸ Carta de Mitre a Saldías, del 5/10/87, reproducida por Secenna, Miguel Ángel: *Los que escribieron la historia*, Buenos Aires, La Bastilla, 1976, p. 92.

⁹ Ramos Mejía, José M.: *Neurosis de los hombres célebres*, Buenos Aires, 1915.

¹⁰ Palomeque, Alberto y otros: *De la tiranía a la libertad. Juan Manuel de Rosas según 127 autores*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1943, p. 29.

¹¹ Ibáñez, José C.: *Historia Argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1961, p. 443.

¹² Levene, Ricardo: *Lecciones de Historia Argentina*, Buenos Aires, Lajouane, 1950, p. 303.

mulada por Sarmiento en el *Facundo*, libro que más que proponerse destruir al caudillo riojano resultaba un tiro por elevación contra Rosas, en tanto lo consideraba la expresión más acabada de "la barbarie". El mismo Rosas dirá, después de leer el *Facundo*: "Así es como se ataca. Es de lo mejor que se ha escrito contra mí". Por otra parte, los triunfadores no solo abominaban del régimen interno de Rosas -con base en los estancieros, gauchos y negros- sino que especialmente necesitaban destruir el modelo de nacionalismo resistente a las pretensiones de las grandes potencias, del cual el Restaurador se había hecho abanderado, para legitimar el modelo contrario, armado con esos mismos invasores con quienes ellos habían mantenido -y proyectaban mantener- amables vínculos. Finalmente, esos malos ejemplos de Rosas -nacionalismo, populismo, etc.- debían ser destruidos porque era imposible silenciarlos. En otros casos, el latinoamericanismo de Felipe Varela o el proteccionismo económico de Pedro Ferré, por ejemplo, podían ser ignorados -"olvidados", diríamos- dado que no jugaron roles protagónicos durante muchos años en nuestra historia, pero a Rosas, que había sido gobernador de la provincia de Buenos Aires y había estado al frente de la Confederación durante casi veinte años, resultaba imposible silenciarlo o ignorarlo. Había que destruirlo y mantener viva su demonización.

En este sentido, el discurso pronunciado por el diputado Nicolás Albarellos, en la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, en 1857, abogando para que se lo declare "traidor a la patria" resulta una expresión de esa obsesión antirrosista: "No puede librarse a la Historia el fallo del tirano Rosas. ¿Qué dirá la Historia cuando se vea que la Inglaterra ha devuelto a ese tirano los cañones tomados en acción de guerra y saludado su pabellón sangriento y manchado con una salva de 21 cañonazos? La Francia que hizo causa común con los enemigos de Rosas, que inició la cruzada en la que figura el General Lavalle, a su tiempo la abandonó y trató con Rosas, y también debió saludar su pabellón con 21 cañonazos. Yo pregunto, Señor, si estos hechos no borrarán en la Historia todo cuanto podemos decir los enemigos de Rosas si no lo sancionamos con un acto legislativo como esta ley [...]. ¿Qué se dirá en la Historia, y esto es triste decirlo, cuando se sepa que el valiente Almirante Brown, el héroe de la marina de guerra de la independencia, fue el Almirante que defendió la tiranía de Rosas? ¿Que el general San Martín, el vencedor de los Andes, el padre de las glorias argentinas, le hizo el homenaje más grandioso que puede hacerse a un militar entregándole su espada? ¿Se verá a este hombre, Rosas, dentro de veinte o cincuenta años, tal como lo vemos nosotros a cinco años de su caída, si no nos adelantamos a votar una ley que lo castigue definitivamente con el dictorio de traidor? No, Señor, no podemos dejar el juicio de Rosas a la Historia, porque si no decimos desde ahora que era un traidor y enseñamos en la escuela a odiarlo, Rosas no será considerado por la Historia como un tirano, quizá lo sería como el más grande y glorioso de los argentinos".

¿Cómo se demonizó a Rosas?

Para convertir a Rosas en demonio execrable, los historiadores de la clase dominante recurrieron a varias maniobras. Con respecto a la violencia, relataron minuciosamente los crímenes cometidos en ese período de la Confederación y en algunos casos, fabularon, exagerándolos en número y maneras crueles. Pero al mismo tiempo, ocultaron

¹³ Saldías, Adolfo: *Historia de la Confederación Argentina*, Buenos Aires, Orientación Cultural Editores, 1958, tomo VIII, p. 85.

¹⁴ Diario de Sesiones Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, 1857, reproducido por O'Donnell, "Pacho": *Juan Manuel de Rosas. El maltrato de nuestra historia*, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 11.



Testamento de San Martín, en el que lega el sable de sus luchas a Juan Manuel de Rosas.

la violencia practicada por los unitarios, de manera que Rosas apareciese como el único violento y autoritario de nuestra historia. Así, no se destacó que el factor desencadenante de la violencia fue el fusilamiento de Dorrego y se omitió la represión ejercida sobre los federales, en los días posteriores a ese crimen. Asimismo, se ocultó la violencia desatada por el mitrismo, a partir de 1862, en todo el noroeste argentino, que duró hasta 1865, como denunciaron José Hernández y Olegario Andrade, en sus periódicos de combate.

De esta manera, se deslindan falsamente los campos entre los "democráticos y civilizadores" —quienes solo persuaden con ideas— respecto a "los violentos", que convencer puñal en mano porque provienen del mundo bárbaro de los caudillos, en este caso Rosas. Así se procede porque si se reconociese que hubo violencia por ambos lados, en la mayor parte de nuestra historia, la cuestión pasaría a residir en cuál es el contenido de esas violencias, pues no puede parangonarse la violencia de quien defiende la soberanía de su país

con la violencia de los que apoyan a los extranjeros que lo invaden. En el mismo sentido, ocultaron o disimularon la importancia de la batalla de la Vuelta de Obligado, donde la Confederación enfrentó a las escuadras de las naciones más poderosas del mundo. Asimismo, se disimuló la gravedad del bloqueo del puerto de Buenos Aires por los franceses y su conexión con los opositores de Rosas. De idéntica manera se procedió cuando San Martín decidió en su testamento legar "El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sud al General de la República Argentina Don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla"¹¹. Durante largo tiempo, los historiadores liberales se hicieron los distraídos sobre este testamento y luego pretendieron que era producto de la senilidad de Libertador. Mitre llega incluso a lamentar que San Martín no se hubiese muerto unos años antes de aquel día en que redactó su testamento: "No es posible salir inmaculado en la lucha de la vida, y es desgracia de los grandes hombres sobrevivir a su época, cuando no tienen una misión que llenar en la tierra, y cuando, sin la noción de la vida contemporánea, su alma no se agita al soplo de las pasiones que la rodean"¹².

Asimismo, durante mucho tiempo se ignoró la correspondencia San Martín-Rosas y se dejó en el olvido aquella severa admonición del Libertador a quienes se unieron a los franceses para combatir a don Juan Manuel: "No puedo concebir que haya americanos

¹¹ Testamento ológrafo de San Martín, 23/1/1844, Buenos Aires, Peuser.

¹² Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín*, Buenos Aires, Suelo Argentino, 1950, p. 591.

que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su Patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española, una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer"¹³.

La tergiversación histórica se completó "olvidando" también todos aquellos aspectos que obraban en su favor, como su honestidad en el manejo de los dineros públicos, su ingreso siendo muy rico a la política para morir empobrecido, su dignidad mantenida durante el exilio y entre otros aspectos destacables, su crítica a la guerra de la Triple Alianza.

Con estas maniobras y falseamientos, Rosas quedó convertido en "el tirano sangriento", figura sobre la cual cayeron los peores epítetos de la historia escolar que, curiosamente, en este caso, perdió su tan pregonado "equilibrio" para abominar del personaje y de todo su periodo de gobierno.

Rosas y el revisionismo histórico

Así quedó condenado en los libros de Mitre, López, Grosso y Levene y sus seguidores. Pero hacia 1930, el liberalismo conservador entra en crisis. La clase dominante comprende que las reglas de juego de la democracia formal conduce al poder a caudillos populistas como Yrigoyen, enemigos del "régimen". Nace así el proyecto del golpe de estado con un militar a la cabeza, autoritario, despótico, capaz de imponer disciplina a "la plebe" y de restaurar "los valores nacionalistas" del "orden patriarcal". De este modo, el uriburismo, en lo político, va de la mano con el revisionismo histórico de derecha, el cual, a través de Carlos Ibarguren, —asesor de Uriburu— con su libro *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama, su tiempo*, comienza la reivindicación de Rosas, pero desde una perspectiva reaccionaria.

En dicho libro, Ibarguren afirma: "Rosas representa en nuestro pasado la encarnación más eficaz y potente del espíritu realista y conservador... Fue el brazo irresistible de la reacción conservadora y materialista"¹⁴, así como que "debía comprender a los paisanos e interpretar su alma para dominarlos, administrar hasta la extrema minucia para obtener el mayor provecho de la explotación, observar profundamente a los hombres como si fueran ganados, mirar a los ganados como si fueran hombres y manejar a los hombres (de Rosas), ofrecerles ganados"¹⁵. Y agrega: "La sociedad, así modelada por la dictadura (de Rosas), ofreció el aspecto uniforme de un inmenso rebaño humano, bien amansado, del mismo pelo y de la misma marca. Para todos un color único, idéntica divisa, librea semejante, exacta manera de llevar el bigote, iguales formas repetidas con incansable tenacidad. El mismo sello impreso en los cuerpos doblegados y en las almas sumisas"¹⁶. También califica a su visión como medieval y reaccionaria¹⁷. Manuel Gálvez coincide: "El tema de Rosas es el orden [...] Quiere el orden en sus estancias, en su papelería y en la sociedad. No tolera la transgresión de las jerarquías [...] Su obra en favor de la religión obedece, en buena parte, a que la considera como el más eficaz elemento de orden"¹⁸.

Estos historiadores de derecha no mienten. Ocurre que solo detectan los rasgos de

¹³ Carta de San Martín a Rosas, del 10/7/1839, en San Martín, *Su correspondencia, 1823-1850*, pp. 127 y 128.

¹⁴ Ibarguren, Carlos: *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su drama, su tiempo*, Buenos Aires, Theoría, 1961, p. 33.

¹⁵ *Idem*, p. 32.

¹⁶ *Idem*, p. 215.

¹⁷ *Idem*, p. 302.

¹⁸ Gálvez, Manuel: *Vida de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Tor, 1940, p. 244.



Testamento de San Martín, en el que lega el sable de sus luchas a Juan Manuel de Rosas.

con la violencia de los que apoyan a los extranjeros que lo invaden. En el mismo sentido, ocultaron o disimularon la importancia de la batalla de la Vuelta de Obligado, donde la Confederación enfrentó a las escuadras de las naciones más poderosas del mundo. Asimismo, se disimuló la gravedad del bloqueo del puerto de Buenos Aires por los franceses y su conexión con los opositores de Rosas. De idéntica manera se procedió cuando San Martín decidió en su testamento legar "El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sud al General de la República Argentina Don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla".¹⁵ Durante largo tiempo, los historiadores liberales se hicieron los distraídos sobre este testamento y luego pretendieron que era producto de la senilidad de Libertador. Mitre llega incluso a lamentar que San Martín no se hubiese muerto unos años antes de aquel día en que redactó su testamento: "No es posible salir inmaculado en la lucha de la vida, y es desgracia de los grandes hombres sobrevivir a su época, cuando no tienen una misión que llenar en la tierra, y cuando, sin la noción de la vida contemporánea, su alma no se agita al soplo de las pasiones que la rodean".¹⁶

Asimismo, durante mucho tiempo se ignoró la correspondencia San Martín-Rosas y se dejó en el olvido aquella severa admonición del Libertador a quienes se unieron a los franceses para combatir a don Juan Manuel: "No puedo concebir que haya americanos

la violencia practicada por los unitarios, de manera que Rosas apareciese como el único violento y autoritario de nuestra historia. Así, no se destacó que el factor desencadenante de la violencia fue el fusilamiento de Dorrego y se omitió la represión ejercida sobre los federales, en los días posteriores a ese crimen. Asimismo, se ocultó la violencia desatada por el mitrismo, a partir de 1862, en todo el noroeste argentino, que duró hasta 1865, como denunciaron José Hernández y Olegario Andrade, en sus periódicos de combate.

De esta manera, se deslindan falsamente los campos entre los "democráticos y civilizadores" -quienes solo persuaden con ideas- respecto a "los violentos", que convencer puñal en mano porque provienen del mundo bárbaro de los caudillos, en este caso Rosas. Así se procede porque si se reconociese que hubo violencia por ambos lados, en la mayor parte de nuestra historia, la cuestión pasaría a residir en cuál es el contenido de esas violencias, pues no puede parangonarse la violencia de quien defiende la soberanía de su país.

¹⁵ Testamento ológrafo de San Martín, 23/1/1844, Buenos Aires, Peuser.

¹⁶ Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín*, Buenos Aires, Suelo Argentino, 1950, p. 591.

que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su Patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española, una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer".¹⁷

La tergiversación histórica se completó "olvidando" también todos aquellos aspectos que obraban en su favor, como su honestidad en el manejo de los dineros públicos, su ingreso siendo muy rico a la política para morir empobrecido, su dignidad mantenida durante el exilio y entre otros aspectos destacables, su crítica a la guerra de la Triple Alianza.

Con estas maniobras y falseamientos, Rosas quedó convertido en "el tirano sangriento", figura sobre la cual cayeron los peores epítetos de la historia escolar que, curiosamente, en este caso, perdió su tan pregonado "equilibrio" para abominar del personaje y de todo su período de gobierno.

Rosas y el revisionismo histórico

Así quedó condenado en los libros de Mitre, López, Grosso y Levene y sus seguidores. Pero hacia 1930, el liberalismo conservador entra en crisis. La clase dominante comprende que las reglas de juego de la democracia formal conduce al poder a caudillos populistas como Yrigoyen, enemigos del "régimen". Nace así el proyecto del golpe de estado con un militar a la cabeza, autoritario, despótico, capaz de imponer disciplina a "la plebe" y de restaurar "los valores nacionalistas" del "orden patriarcal". De este modo, el uriburismo, en lo político, va de la mano con el revisionismo histórico de derecha, el cual, a través de Carlos Ibarguren, -asesor de Uriburu- con su libro *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama, su tiempo*, comienza la reivindicación de Rosas, pero desde una perspectiva reaccionaria.

En dicho libro, Ibarguren afirma: "Rosas representa en nuestro pasado la encarnación más eficaz y potente del espíritu realista y conservador... Fue el brazo irresistible de la reacción conservadora y materialista", así como que "debía comprender a los paisanos e interpretar su alma para dominarlos, administrar hasta la extrema minucia para obtener el mayor provecho de la explotación, observar profundamente a las gentes y a los ganados, mirar a los ganados como si fueran hombres y manejar a los hombres como si fueran ganados".¹⁸ Y agrega: "La sociedad, así modelada por la dictadura (de Rosas), ofreció el aspecto uniforme de un inmenso rebaño humano, bien amansado, del mismo pelo y de la misma marca. Para todos un color único, idéntica divisa, librea semejante, exacta manera de llevar el bigote, iguales formas repetidas con incansable tenacidad. El mismo sello impreso en los cuerpos doblegados y en las almas sumisas".¹⁹ También califica a su visión como medieval y reaccionaria.²⁰ Manuel Gálvez coincide: "El tema de Rosas es el orden [...] Quiere el orden en sus estancias, en su papelería y en la sociedad. No tolera la transgresión de las jerarquías [...] Su obra en favor de la religión obedece, en buena parte, a que la considera como el más eficaz elemento de orden".²¹

Estos historiadores de derecha no mienten. Ocurre que solo detectan los rasgos de

¹⁷ Carta de San Martín a Rosas, del 10/7/1839, en San Martín, *Su correspondencia 1823-1850*, pp. 127 y 128.

¹⁸ Ibarguren, Carlos: *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su drama, su tiempo*, Buenos Aires, Theoría, 1961, p. 33.

¹⁹ *Idem*, p. 32.

²⁰ *Idem*, p. 215.

²¹ *Idem*, p. 307.

Gálvez, Manuel: *Vida de Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Tor, 1940, p. 244.

Rosas que favorecen su interpretación para ofrecerlo como antecedente y legitimador del uriburismo del treinta. En cambio, no otorgan importancia a la ley de Aduanas, ni a la batalla de la Vuelta de Obligado. Más tarde, el rosismo -especialmente bajo la influencia de los historiadores ligados al peronismo como José María Rosa y Fermín Chávez- se populariza, destacando estos últimos aspectos, así como el apoyo no solo de los estancieros sino también de los gauchos y los negros.

De las interpretaciones consignadas surge Rosas con el perfil de un político autoritario y violento, representante de los hacendados bonaerenses, ganadero él mismo y administrador de las estancias de sus primos, los Anchorena, tradicionalista en lo ideológico y obsesionado por el mantenimiento del orden en las estancias y en el país todo, con apoyo de gauchos y negros con quienes mantiene una relación patriarcal, implacable defensor de la soberanía, hasta el punto de enfrentar a grandes potencias extranjeras a las cuales se alían sus adversarios, siendo asimismo capaz de promover una política económica, a través de la Ley de Aduanas, que protege la producción del interior.

Desde esta nueva perspectiva, el período de la Confederación rosista puede caracterizarse afirmando que en el poder predomina un nacionalismo defensivo de ideología tradicionalista, sustentado socialmente en los ganaderos bonaerenses, en su mayor parte, criollos y de relación patriarcal con las masas rurales, con rasgos políticos tan autoritarios como los que asumieron sus adversarios, los unitarios, en la época de Lavalle.

De este modo, el revisionismo rosista-peronista recupera valores de Rosas y da respuesta a algunas dudas anteriores definiendo su apoyo popular, su defensa de la soberanía y una supuesta política económica nacional sostenida en la Ley de Aduanas. Sin embargo, la polémica no concluye aquí, pues aparecen, a partir de la segunda posguerra, los aportes de otra corriente historiográfica: la federal provinciana, latinoamericana o socialista nacional.

Rosas según la corriente federal provinciana

A pesar de sus aportes, el rosismo-peronista resulta, sin embargo, insuficiente para una caracterización total y profunda de Rosas, en tanto no explica el antirrosismo de los federales del interior (El Chacho, Felipe Varela, López Jordán, Urquiza y otros). Además, resulta incomprensible para la óptica de hoy, que asocia las ideologías reaccionarias, defensoras del orden, no con posiciones de defensa de la soberanía sino, al contrario, con la abdicación nacional. En el primer caso, la disidencia substancial reside en la distribución de las rentas aduaneras. En el segundo, para tornarla comprensible debemos recordar que en aquella época, la prepotencia imperial, de tipo colonialista, se daba desde afuera como agresión militar, frente a la cual la defensa de la soberanía podía coincidir con el resguardo del orden constituido. Rosas se yergue frente a la intención de las grandes potencias de prepotear para ir ganando terreno en perjuicio de nuestra soberanía y al mismo tiempo, protege el orden ganadero. En cambio, décadas después, la posición nacional, en tanto lucha antiimperialista, necesariamente debe cuestionar el orden semicolonial, pues la opresión imperial se halla inserta en la estructura del país y por tanto, ya no se puede defender la soberanía con una ideología tradicionalista, defensiva del orden, ni sostenerse para ello en la clase social dominante (los estancieros de la pampa húmeda) que ya han pactado con el capital extranjero.

La corriente federal-provinciana vino a dar esas respuestas faltantes. En la construcción y desarrollo de esta última corriente juegan un rol fundamental *Los Cuadernos de Indoamérica*, complementados luego por el libro *José Hernández y la Guerra del Paraguay*

(1954), de Enrique Rivera, como integrante del grupo "Frente Obrero". En ambos trabajos se plantea una posición sobre Rosas muy alejada de la que sustentó Jorge Abelardo Ramos en su libro *América Latina un país*, en 1949, obra que puede encuadrarse dentro de la corriente revisionista rosista.

En cambio, Rivera define a Rosas como expresión del nacionalismo bonaerense, dado que su política económica no responde a las necesidades de todas las Provincias Unidas, sino solamente a la de la provincia de Buenos Aires.

La ley de Aduanas -sostiene Rivera- resulta insuficiente -e inclusive no se aplica de modo consecuente- si no se financia al interior para que desarrolle sus fuerzas productivas. Esa financiación solo podía provenir de la distribución de las rentas aduaneras, que no se produce por la negativa permanente de Rosas a la organización del país. No organizar -no dictar la constitución- significa mantener el sistema que Alberdi denominaba La Provincia Metrópoli, es decir, la Provincia de Buenos Aires dotada del gran poder económico proveniente de su pampa fértil y de su puerto único, donde funciona la Aduana que grava con derechos todas las mercaderías que ingresan o egresan de las Provincias Unidas, derechos de los cuales se apropia con exclusividad. "A los países interiores, Buenos Aires les tiene arrebatado el tesoro, su tráfico y todo su ser"²³ señala Alberdi. Olegario Andrade plantea lo mismo en *Las dos políticas*, señalando de qué manera, en esta cuestión, la política de los hacendados bonaerenses coincide con la de la burguesía comercial y provoca el rechazo de los pueblos interiores: "Buenos Aires ha querido desde 1810 mantener en sus manos el monopolio del comercio exterior, y en sus cofres el producto de las rentas que él produce [...] Los caudillos surgieron en cada provincia, como un resultado fatal de la confiscación de la fortuna de las provincias, hecha por Buenos Aires"²⁴. A su vez, Felipe Varela, en su proclama del 6/12/1866, afirma: "En el párrafo sexto hago presente a los argentinos, el monopolio y la absorción de las rentas aduaneras por Buenos Aires. En efecto: la Nación Argentina goza de una renta de diez millones de duros que producen las provincias con el sudor de su frente. Y sin embargo, desde la época en que el gobierno libre se organizó en el país, Buenos Aires, a título de Capital, es la provincia única que ha gozado el enorme producto del buen quicio de las tras en los demás pueblos, pobres y arruinados, se hacía imposible el buen quicio de las administraciones provinciales por la falta de recursos"²⁵. En otra proclama, Varela vuelve sobre el tema: "Desde que Mitre usurpó el Gobierno de la Nación, el monopolio de los tesoros públicos y la absorción de las rentas provinciales vinieron a ser el patrimonio de los porteños, condenando al provinciano a cederles hasta el pan que reservara para sus hijos. Ser porteño es ser ciudadano exclusivista; y ser provinciano es ser mendigo sin patria, sin libertad, ni derechos"²⁶.

En esta cuestión reside la única explicación del antirrosismo de Olegario Andrade y José Hernández tres veces contra Rosas, del antirrosismo de Caseros y criticando el peronismo y de las proclamas de Felipe Varela elogiando a Caseros y criticando el peronismo rosista. La negativa a analizar este aspecto de la política de Rosas imposibilita la comprensión del período de la Confederación urquicista y en general, del federalismo provinciano no rosista.

²³ Alberdi, Juan Bautista: *El Brasil ante la democracia de América*, Buenos Aires, E.L.E., 1946.

²⁴ Andrade, Olegario: *Las dos políticas*, Buenos Aires, Devenir, 1952, pp. 54 y 58.

²⁵ Proclama de Felipe Varela, del 1/1/1868, en Galasso, Norberto: *Felipe Varela y la lucha por la unión latinoamericana*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1993, p. 80.

²⁶ Proclama de Felipe Varela, del 6/12/1866, en Galasso, Norberto: *ob. cit.*, p. 72.

Los "documentos olvidados"

La Historia Oficial no se dignó analizar esas posiciones levantadas por caudillos como Varela o publicistas como Alberdi o Hernández. Pero tampoco el revisionismo rosista explicó ese reclamo del "cuadernito" (como llamaba Facundo a la Constitución). De este modo, los caudillos provincianos quedaron al margen de estas interpretaciones. Los liberales los hundieron como fascinerosos y asesinos, indignos de todo reclamo o propuesta. Los rosistas les adjudicaron inocencia, ignorancia o estupidez por no someterse a la voluntad de Rosas.

Es útil recordar algunos de estos documentos "olvidados":

• Carta del Chacho a Urquiza: "Si yo le recibo, mi general, el título que manda es porque quiero ser su amigo por la gran batalla que ganó en Caseros y la Constitución que nos ha dado"²⁷.

• Proclama del Chacho: "Compatriotas: Es llegado el momento solemne de reivindicar los sagrados derechos que los traidores y perjuros nos usurparon. La Patria nos llama de nuevo a afianzar en nuestras provincias el imperio de la ley, y las sabias instituciones que surgieron el gran día del pensamiento de Mayo, y se establecieron en Caseros bajo la noble dirección del héroe de Entre Ríos, Capitán General Urquiza"²⁸.

• Carta del Chacho a Urquiza: "Me he puesto a la cabeza del movimiento de libertad igual al que usted hizo el 1° de Mayo en esa heroica Provincia contra la tiranía de Rosas, si usted estuviese en estos Pueblos vería cuanto han sufrido y cuanto los han asesinado y vería también que este movimiento es contra otra tiranía peor que la de Rosas"²⁹.

• Olegario Andrade escribe en 1866: "La República Argentina, está hoy tiranizada, expoliada, escarnecida, como en 1840. Ayer era un hombre. Hoy es un partido"³⁰.

El revisionismo rosista ha evidenciado sus limitaciones al tratar la cuestión de los caudillos federales del interior, incurriendo, alguna vez, en maniobras dignas del mitrismo. Así, José María Rosa, cuya importante obra histórica no puede negarse, escribe en *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*: "En diciembre de 1866, después de deshacer una fuerza nacional en Nacimiento, llegó [Varela] a Jachal. Fue recibido con gran entusiasmo, y repartió su ardorosa proclama revolucionaria: '¡Argentinos! El pabellón de Mayo que radiante de gloria flameó victorioso desde los Andes hasta Ayacucho, y que en la desgraciada jornada de Pavón cayó fatalmente en las ineptas y febrinas manos del caudillo Mitre, ha sido cobardemente arrastrado por los fangales de Estero Bellaco, Tuyutí, Curuzú y Curupayti"³¹. Esta proclama fue publicada por primera vez en el libro *Virutas históricas*, aparecido en 1929, donde Francisco Centeno reproduce la documentación de su padre, el coronel Francisco Centeno. Allí, puede leerse lo siguiente: "¡Argentinos! El hermoso y brillante pabellón que San Martín, Alvear y Urquiza llevaron altivamente en cien combates, haciéndolo tremolar con toda gloria en las tres más grandes epopeyas que nuestra patria atravesó incólume, ha sido vilmente enlodado por el General Mitre,

²⁷ Carta de Peñaloza a Urquiza, del 6/12/1854, en Bosch, Beatriz: *Urquiza y el último levantamiento del general Peñaloza*, Del Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Volumen XXXVIII, Buenos Aires, 1965, p. 4.

²⁸ Proclama del Chacho Peñaloza, de abril de 1863 en Luna, Félix: *Los caudillos*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966, p. 202.

²⁹ Carta de Peñaloza a Urquiza, del 7/6/1863, en Luna, Félix: *ob. cit.*, p. 206.

³⁰ Andrade, Olegario: *Artículos histórico-políticos (1863-68)*, Buenos Aires, J. Lajouane & Cia., 1919, p. 96.

³¹ Rosa, José María: *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1964, p. 261.

gobernador de Buenos Aires. La más bella y perfecta Carta Constitucional democrática republicana federal, que los valientes Entrerrianos dieron a costa de su sangre preciosa, venciendo en Caseros al centralismo odioso de los espurios hijos de la culta Buenos Aires, ha sido violada y mutilada desde el año 1861 hasta hoy, por Mitre y su círculo de esbirros. El Pabellón de Mayo que radiante de gloria flameó victorioso desde los Andes hasta Ayacucho, y que en la desgraciada jornada de Pavón cayó fatalmente en las ineptas y febrinas manos del caudillo Mitre, ha sido cobardemente arrastrado por los fangales de Estero Bellaco, Tuyutí, Curuzú y Curupayti"³². La omisión de toda la primera parte, sin siquiera puntos suspensivos, por parte de Rosa, oculta la opinión de Varela sobre Rosas y la constitución de 1853.

Esta comprobación lamentable la hice en un cuadernillo de la revista *Crisis sobre Felipe Varela*, en enero de 1975, y no se trata de que la formule ahora, ya muerto Pepe Rosa, con quien después me encontré y me trató como siempre, sin ningún resquemor. Luego, Ortega Peña y Duhalde, cuando publican *Felipe Varela contra el imperio británico*, reproducen la proclama tal cual corresponde, según el original, reconociendo el elogio de Varela a Urquiza y a Caseros³³, pero agregan: "Nosotros procuramos demostrar que todo el antirrosismo formal de Varela, tendía a lograr el apoyo político del litoral mesopotámico [...] y que en última instancia, como programa efectivo, no era sino la realización final de la "Carta de la Hacienda de Figueroa"³⁴.

De este modo, se reincide en el error, pues no puede hablarse de "antirrosismo formal" cuando Varela exalta a Caseros y a Urquiza, no en carta privada a este último, sino en una proclama donde convoca a esa misma gente montonera, chachista, varelista y por tanto, antirrosista. Menos aún puede sostenerse que Varela se colocaba en la línea de la carta de la Hacienda de Figueroa, pues esta carta de Rosas a Quiroga planteaba precisamente otra posición: a) postergar para un tiempo indefinido la reunión de la convención constituyente; b) anticipaba ya que en Estados Unidos las rentas aduaneras se repartían entre todos los estados, porque todos tenían litoral marítimo y que, en cambio, no debía proceder a esa repartición en nuestro país cuando había provincias que tenían puertos y otras, no. Así, Rosas legitimaba la Provincia Metrópoli.

Primer gobierno de Rosas

Rosas gobierna entre 1829 y 1832. Llega al poder como el hombre que será capaz de restaurar el orden y contentar a los gauchos que reclaman venganza por el asesinato de Dorrego. Puede decirse que este es un ensayo de gobierno para Juan Manuel, donde él responde a las exigencias de los sectores más poderosos de la campaña y de la ciudad de Buenos Aires. La política económica continúa siendo de corte liberal y el ministro de Hacienda es nada menos que don Manuel J. García, hombre del comercio y de los ingleses. El historiador revisionista Ernesto Palacio sostiene que la presencia de Manuel J. García, como ministro de Rosas, en 1829, "tiene el objeto aparente de apaciguar y provocar la adhesión al nuevo régimen de un sector importante de la burguesía urbana y del comercio inglés [...]. Al mismo tiempo [...] las rentas de Aduana subieron, si bien el mercado se inundó de mercadería extranjera. Esta última circunstancia habría de provocar un nuevo brote de resentimiento contra Buenos Aires, que dificultaría la tarea inmediata de

³² Proclama del 6/12/1866, en Centeno, Francisco: *Virutas históricas*, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1929, tomo II, p. 58.

³³ Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo Luis: *Felipe Varela contra el imperio británico*, Buenos Aires, Sudestada, 1966, p. 13.

³⁴ *Idem*, p. 23.

Rosas [...] Ferré protestó contra el comercio de extranjería. Rosas lo mantuvo, sin embargo, porque ello significaba la financiación de la guerra inminente y porque no podía, por lo demás, renunciar al privilegio de que gozaba su provincia por razones de situación, sin una compensación equivalente¹⁵.

Con referencia a otros aspectos de la política económica rosista, cabe mencionar que con respecto a la deuda externa no la incrementó ni tampoco pagó los intereses pactados en el empréstito Baring Brothers. Solo hizo algunos pagos pequeños, para dar cierta conformidad a los accionistas, partiendo de su convicción de que había sido un negocio nefasto. En 1849, enterado Rosas de que el poderoso estanciero Francisco Casiano Beláustegui aceptaría representar a la Baring ante el gobierno de la Confederación para obtener el pago de los intereses, le escribe: "Sabe usted cual es el origen del empréstito de Inglaterra, sus condiciones, su objeto, su aplicación, sus funestísimos efectos. Contraído del modo más perjudicial en todos sus aspectos, por una administración de salvajes unitarios, sin plenitud, ni legitimidad de mandato que fue envuelto y dilapidado sin cuenta ni razón alguna"¹⁶. Y lo interroga, con cierto tono amenazante: "Si cree que los argentinos y los miembros de la Junta de Representantes verían con sumo agrado su nombramiento de representante de extranjeros tal vez con intereses en pugna"¹⁷.

Actitudes como estas provocan simpatía por Rosas, especialmente si se las compara con la actitud lacayuna de sus enemigos ante las potencias extranjeras, como ocurrió en las intervenciones de 1838 y 1845.

Durante este período las disensiones se agravan entre los distintos sectores sociales, con sus respectivos proyectos, creciendo, por entonces, la figura del general Paz, lo cual obliga a detenernos en este singular personaje.

Rosas, Paz y los caudillos federales

El historiador rosista José María Rosa admite que al cordobés José María Paz no podía considerárselo unitario y que sus antecedentes lo acercaban al federalismo. "Alejado de Córdoba, sería recogido en Santiago del Estero por Juan Felipe Ibarra y desde allí seguía en correspondencia con sus comprovincianos ultrafederales"¹⁸. Había sido enemigo del gobierno de Dorrego, probablemente por el disgusto que le causó el acuerdo firmado con Brasil, al igual que a otros jefes militares intervinientes en la guerra: "Paz, junto a Lavalle, Dehesa, Javier López y otros jefes, protestaron contra el tratado con el Brasil que anulaba el esfuerzo"¹⁹. Pero su responsabilidad en el golpe decembrista de Lavalle que derrota y luego fusila a Dorrego, no parece fácil de justificar. Denis Conles Tizado señala que el 14 de diciembre de 1828, "desde la Banda Oriental, Paz le escribe a Lavalle felicitándolo por el golpe de estado y poniéndose a su disposición 'por estar de acuerdo con los principios de la revolución triunfante'"²⁰. Este apoyo se produjo mientras Lavalle iniciaba una política de terrorismo de Estado contra la población gaucha dorreguista de la pro-

¹⁵ Palacio, Ernesto: *Historia de la Argentina*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1960, tomo I, pp. 334-336.

¹⁶ Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo: *Baring Brothers y la historia política argentina*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1974, pp. 65 y 66.

¹⁷ Idem, p. 66.

¹⁸ Rosa, José María: *Nos, los representantes del pueblo. Historia del Congreso de Santa Fe y de la Convención de 1853*, Buenos Aires, Huenul, 1963, p. 112.

¹⁹ Terán, Juan: *José María Paz, 1791-1854*, Buenos Aires, Cabaut y Cia., 1936, p. 74.

²⁰ Conles Tizado, Denis: *Juan Bautista Bustos*, Córdoba, Ediciones del Corregidor Austral, 2001, p. 166.



José María Paz. Daguerrotipo de 1853. Museo Histórico Nacional.

vincia de Buenos Aires. Sin embargo, Terán intenta justificarlo a Paz: "Él se hallaba ausente en el Uruguay, al frente de su división del Ejército, durante la conspiración que precedió a la Revolución de Diciembre de 1828. Ni estuvo en esta, ni tuvo noticias de la ejecución de Dorrego sino después de consumada. Paz llegó a Buenos Aires el 1° de enero de 1829. El deber y la responsabilidad que la revolución imponían a sus autores no le alcanzaban"²¹. Pero el mismo Terán se ve obligado a admitir que "no es que Paz la condenara, pues que la aceptó y colaboró luego en el gobierno de Lavalle, bien fuera por corto tiempo, como ministro de Guerra, pero no se ve en ese movimiento la mano de Paz"²². Por otra parte, agrega Terán que Lavalle y Paz "se hallaban solidarizados, sin duda, por su manera de apreciar los sucesos que se desarrollaban desde la presidencia de Rivadavia, es decir, condenaban la conducta del gobierno en cuanto a la dirección de la guerra y su diplomacia y en considerar necesario destruir la influencia de los caudillos, a cuyo frente se había puesto Dorrego y en cuyo nombre se había derribado la Presidencia"²³. Puede afirmarse, pues, que su adhesión, aunque posterior, al movimiento decembrista, resulta un fuerte estigma en su historia. No obstante, el famoso "manco" (había perdido su brazo derecho en 1815, en el combate de Venta y Media) se hallaba muy lejos de acompañar a Lavalle en su cerrado unitarismo. Así, lo abandona y marcha hacia el interior, dejándolo en difícil situación en momentos en que la campaña está sublevada contra él y por eso, los amigos de Lavalle le reprocharán a Paz su actitud.

José María Rosa agrega que "en ningún momento de su campaña, Paz se llamará unitario y en la hora más crítica abandonará a Lavalle"²⁴. Esto es verdad y se origina en el provincianismo —o antiporteñismo— de Paz. A tal punto, que intenta llegar a un acuerdo con Estanislao López y luego enfila sus fuerzas a su ciudad natal donde viene jugando desde tiempo atrás una interna con Bustos. Lo derrota a este en San Roque y luego le escribe a su gran amigo el caudillo santiagueño Juan Felipe Ibarra una carta reveladora. Allí le explica que Bustos había aceptado dejar el gobierno sin lucha, pero que luego fue desleal a su promesas y debió darle batalla en San Roque, agregando: "Por la narración que he hecho, verás mis miras y las de las fuerzas que mando, no son porteños, como se

²¹ Terán, Juan: ob. cit., p. 78.

²² Idem.

²³ Idem, pp. 78 y 79.

²⁴ Rosa, José María: ob. cit., p. 112.

nos llama, somos Provincianos que no queremos sino la felicidad de nuestro país para él y para nadie más trabajamos, acompañanos pues querido Ibarra y demos este día de gloria a nuestra Patria. ¿Tienes tanta confianza en mí? ¿Te merezco algún concepto de honrado y patriota? ¿Crees en mi amistad? Pues fíate de quien fue y es tu amor: escríbeme, contéstame, ábreme tu corazón"⁴⁵. En esta época, la correspondencia Paz-Ibarra evidencia un hondo afecto. Asimismo, Paz acepta, a través de la misión Amenábar-Oro, integrar la Convención Federal de Santa Fe⁴⁶, entablando interesantes relaciones con Estanislao López. La misión Bedoya-Torre incluye un tratado de amistad con el gobierno del caudillo santafesino. Sancionar la constitución y nacionalizar las rentas aduaneras parecen el punto de acuerdo entre Paz, López, Ferré, Heredia e Ibarra. Cabe recordar, respecto a esta cuestión, que Vivían Trías, al referirse al gobierno de Rosas, sostiene que "en veinte años ni el uno por ciento de las rentas públicas fue gastado más allá de los suburbios de Buenos Aires"⁴⁷.

Sin embargo, a Paz le resulta imposible todo acuerdo con Facundo: para este no se puede acordar nada con quienes han asesinado a Dorrego. El enfrentamiento resulta así inevitable y el estratega Paz derrota al heroico y corajudo "Tigre de los Llanos" en la Tablada (junio de 1829) y Oncativo (febrero de 1830). "La batalla de la Tablada fue particularmente sangrienta. Los federales tuvieron unos mil muertos [...] Pero además, los vencedores hicieron gala de inútil crueldad: el coronel Deheza hizo fusilar a más de veinte oficiales federales sin juicio. Paz dirá en sus *Memorias* que no llegó a tiempo para impedirlo. Pero el mismo Paz desató una represión sangrienta sobre la población especialmente campesina, que se mantenía fiel a Bustos"⁴⁸. Por su parte, el caudillo santiagueño Ibarra no concurre a ayudar a Facundo, como podría suponer un facilismo revisionista, sino que por el contrario continúa su amistad con Paz. A su vez, el "Manco" le reitera a su amigo santiagueño que está "por la causa de los pueblos, porque se constituye el país del modo que se quiere y que no ha rehusado de entenderse con la convención". Ibarra le contesta: "Yo estoy seguro que Santa Fe y el partido de oposición a la presente administración de Buenos Aires forma un gran concepto de ti"⁴⁹. Y más tarde, vuelve a escribirle a Paz: "No te dejes por dios deslumbrar de los brillos del acero; consulta el sosiego de tu país [...] Yo sé que en Santa Fe hay muy buena disposición para ello y desearía que cuanto antes se dé ese día de gloria a nuestra angustiada patria; para ese día reservo celebrar los triunfos de un amigo que apreció sobre mi corazón"⁵⁰. En carta posterior al triunfo de Paz sobre Quiroga en Oncativo, Ibarra lo felicita, no tanto por la victoria "pues esta cuesta muy caro a los pueblos sino por la brillante posición en que has quedado para ser el protector de la libertad y para terminar los males que pesan sobre nuestro país [...] En tus manos está la grande obra. Corona tu vida política con este rasgo de patriotismo sin igual"⁵¹. Terán sostiene que Paz "estaba más cerca de algunos federales que de Rivadavia, de los federales que querían el congreso general que dictaría la constitución, por ejemplo, de Heredia, de Tucumán o de Leiva y Ferré de Corrientes"⁵².

Asimismo Terán señala que "el fracaso de las mediaciones que pudieron dar la or-

⁴⁵ Puertes, Gabriel Juan: *Felipe Ibarra, 1828-1832*, Buenos Aires, Talleres Peuser, 1944, p. 32.

⁴⁶ Rosa, José María: ob. cit., p. 112.

⁴⁷ Trías, Vivían: *Juan Manuel de Rosas, Buenos Aires, Siglo XXI*, 1975, p. 288.

⁴⁸ Conics Tizado, Denis: ob. cit., p. 97.

⁴⁹ Puertes, Gabriel: ob. cit., p. 36.

⁵⁰ Ídem, pp. 37 y 40.

⁵¹ Ídem, p. 55.

⁵² Terán, Juan: ob. cit., p. 171.

ganización al país en 1829 fue obra de Rosas, que se oponía tenazmente a ella con una extraordinaria habilidad, y de los celos de Quiroga con López, en primer término, y con Paz [...] La oposición de Rosas a la convención de Santa Fe era un episodio de su larga campaña contra la organización"⁵³. Reiteraba así los obstáculos interpuestos por Rivadavia a la convención de 1821.

Por su parte, el brigadier Ferré, en sus *Memorias*, testimonia acerca de esta posición rosista favorable al centralismo porteño: "Salí de Corrientes a principios de febrero de 1830. Después que llegué a Buenos Aires fui instruido del Plan que Rosas se había propuesto establecer de acuerdo con algunos de los principales de Buenos Aires, cuyo resultado sería subyugar al resto de las provincias [...] Rosas hizo reunir a los sujetos de predicamento que les pareció necesario y les habló categóricamente en estos términos: Veinte años de experiencia deben convencernos de que no es posible conseguir la dominación de las provincias como conviene a la nuestra. Ellas la han resistido con éxito [...] Es preciso que en lo sucesivo finjamos haber variado de sistema, declarándonos federales como por convencimiento [...] Tenemos en apoyo de esta medida la enemiga del partido de Lavalle pues todo él figuró cuando quisimos dar a los pueblos la constitución bajo el sistema de unidad, que rechazaron [...] Procuraremos, con nuestros recursos, ganar los hombres de más prestigio en las provincias para poder introducir nuestra influencia en la administración de todas, daremos el tiempo necesario para consolidar su confianza, procurando desunirlas y dividir la opinión entre ellas mismas, les haremos sentir la pobreza, y nuestra protección en este caso les demostrará que no pueden existir sin nosotros, de ese modo quedarán reducidas a un estado de nulidad que nos dará aptitud para dominarlas y establecer el sistema de unidad que es el que conviene u otro cualquiera que esté a nuestros intereses [...] He aquí el plan propuesto por Rosas"⁵⁴.

En esa visita a Buenos Aires, Ferré es testigo de una dura confrontación entre Rosas y Quiroga, también ligada a la dualidad de Rosas, que ha pactado con Lavalle en Cañuelas, abandonando al riojano a su suerte y sobre la cual testimonia de este modo: "Estando yo solo con Rosas, se hizo anunciar el general Quiroga [...] Quiroga tomó un aspecto imponente hacia Rosas y le dijo: Señor gobernador, Vengo a que me dé mi pasaporte para pasar a Montevideo [...] ¿Qué motivos tiene...?, le preguntó Rosas [...] Quiroga contestó: No me he costado en darle satisfacción sino a pedirle mi pasaporte, no me ha de suceder aquí lo de Aráoz en Tucumán, dijo esto de un modo tan vigoroso que me pareció que sacaba el puñal contra Rosas [...] Luego dijo: [...] Sacrifiqué mi fortuna y algunas víctimas para poder llenar mi compromiso y bajé con mi ejército, creyendo encontrar al que me ofreció el general de la nación en las inmediaciones de Córdoba, pues no había merecido aviso ninguno después de mi invitación. Pero cuál sería mi sorpresa, al llegar a las inmediaciones de Córdoba, me encuentro con la noticia de que no había tal ejército combinado, que el general de la nación estaba en su casa en Santa Fe y sin hacerme saber nada que el Gral. Paz tenía un ejército mucho más fuerte que el mío [...] Sacrifiqué infinidad de víctimas que deben pesar sobre la cabeza de este [señalando a Rosas] y de López, por proporcionarme de este, sino de triunfar de él, considerarlo y bajar a colgar las cabezas de López y de este [volviendo a señalar a Rosas] fui segunda vez desgraciado en la laguna Larga y no tengo embarazo en confesar que mi pérdida consistió en que mis conocimientos militares no eran suficientes para combatir con los del general Paz, triunfó su capacidad, no su poder. Aquí tiene usted, señor Ferré una idea de las razones que tengo para no tener

⁵³ Ídem, p. 83.

⁵⁴ *Memorias del Brigadier General Pedro Ferré*, Buenos Aires, Coni, pp. 44-46.

confianza del gobernador actual de Buenos Aires, quien sabe si mañana no amanecerá el mismo colgado. Si él y López hubiesen llevado sus deberes y promesas, el ejército que me ofrecían y el mío hubiesen triunfado de Paz, pero lejos de eso, López entró en relaciones con Paz, mandó enviados a Córdoba y celebraron convenios y me abandonaron dejándome en las astas del toro. Rosas estaba trémulo y mudo mientras hablaba Quiroga, quien, sin decir más palabras se despidió⁷⁵.

La indignación de Facundo estaba fundamentada: mientras López negociaba con Paz sin advertírselo, Rosas había pactado con Lavalle, dado que los intereses de la ciudad puerto les eran comunes.

Este testimonio de Ferré se corrobora en la carta del 12/1/32, de Quiroga a Rosas, donde imputa: "Cuál es la causa porque dejaron las armas de la mano estando existente el motivo porque las empuñaron, y cuál es la razón porque se me abandonó, y se me dejó solo en el campo del compromiso [...] nadie son responsables sino ustedes de cuanta sangre se ha vertido, y de tantas fortunas arruinadas; pero como nadie ve la paja en su ojo, no advierten que se contentaban con tranquilizar las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, dejando al resto de las demás bajo el yugo de la opresión"⁷⁶.

Ibarra, por su parte, le reclama a Rosas la organización nacional: "Es muy cierto, que también los cuerpos legislativos han caído en graves errores; pero ¿acaso han dejado de traernos algún beneficio? y aún cuando le atribuyésemos todas nuestras desgracias ¿es culpa de la Nación que siempre ha estado de buena fe, y diferente a todos los llamamientos; o de aquellos malos representantes que acostumbraron a rendirse a un poder corruptor? Los Congresos Generales han errado, en mi concepto, desde el momento, en que a más de las seducciones que todo el mundo sabe, se extendieron a poner la mano en asuntos extraños a su convocación, chocando directamente, y sin provecho a nuestras costumbres, usos, y si se quiere, a nuestras provocaciones; pero ahora alumbrados por la experiencia podemos reunir otro, allanándole los tropiezos en que pueda caer, se le puede fijar un término perentorio, para que durante él, se nos dé una Constitución, y nada más. Quíteseles el poder de causar males, dejándole el que necesite para llenar el objeto de su misión. Si de este modo no se consolida un sistema permanente de Gobierno, creemos que el cielo nos ha condenado a vivir en perpetuas disensiones"⁷⁷.

"Dos tendencias se manifestaban claramente -señala Gabriel Puentes-. Por un lado Rosas, Quiroga y Latorre; por otro, López, Ferré e Ibarra"⁷⁸, y en esa lucha, Paz se encuentra muy cerca de los últimos. Quiroga, a su vez, si bien enfrenta a Paz, mantiene durante cierto tiempo su independencia respecto a Rosas y le insiste a este en la necesidad de sancionar "el cuadernito" como él denomina a la Constitución.

Pero la posibilidad de organizar el país, establecer su capital y por tanto, dar carácter nacional a la aduana porteña, se frustra. "En la sesión secreta de la Convención de Santa Fe -señala Terán- del 21 de mayo de 1829, el convencional García habló de 'la buena disposición del señor general Paz para abrazar el sistema de los pueblos', que estaba demostrada por comunicación oficial, por una proclama, por la carta al gobernador de Santiago y porque Isasa, ministro de Paz, había trabajado en favor del cuerpo"⁷⁹.

Años después, Paz se refiere a este momento tan especial en el cual, de llegar a un acuerdo con Facundo, él mantendría el control de varias provincias, hallándose en condi-

⁷⁵ Ídem, pp. 48-50.

⁷⁶ Barba, Enrique: *Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López*. Buenos Aires, Hachette, 1958, p. 70.

⁷⁷ Carta Ibarra a Rosas, del 17/11/1832, en Puentes, Gabriel: *ob. cit.*, p. 143.

⁷⁸ Ídem, p. 148.

⁷⁹ Terán, Juan: *ob. cit.*, p. 83.

ciones de organizar el país, especialmente con el apoyo de Ibarra, Heredia, Ferré y López. Dice entonces que Rosas envió emisarios a Córdoba y que "me persuadí que su objeto no era el de una mediación sincera [entre Quiroga y Paz], sino el de contribuir al triunfo de Quiroga, atizando si fuese preciso las pasiones del feroz caudillo [...] El gobierno de Buenos Aires [al enviar sus emisarios] se propuso todo menos la conciliación de los partidos contendientes [...] Uno de los objetos de la comisión mediadora era impedir que Quiroga pudiese entenderse conmigo con cuyo motivo le escribía Rosas en carta que tuve el original en mi poder, que solo depusiese las armas en caso que yo y mis jefes saliésemos del territorio de la república"⁸⁰.

En esos años -1829-1832-, se pierde una vez más, la posibilidad de la organización nacional y la distribución de las rentas aduaneras. Dos sucesos producidos en los primeros años de 1831 frustrarán las intenciones de los caudillos del interior y del correntino Ferré, como así también las de Paz. El primero ocurre el 4 de enero de 1831 cuando Rosas logra organizar el Pacto Federal entre Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, con la adhesión tardía y desconfiada de Corrientes. Diez años atrás, los caudillos de Santa Fe y Entre Ríos habían traicionado a Artigas en el Tratado del Pilar firmado con Sarateca, expresión del porteñismo probritánico. Ahora, nuevamente acordaban con la Provincia de Metrópoli, con la cual coincidían en su búsqueda del mercado mundial aún cuando tenían respecto a la distribución de la renta aduanera. Ese Pacto Federal contemplaba la creación de una comisión representativa cuya finalidad sería dictar la Constitución, norma que Rosas boicotea, una y otra vez, argumentando su inoportunidad, lo cual genera el reclamo de los otros gobernadores especialmente del correntino Ferré. Esta Liga del Litoral se opone a la organizada por Paz, pocos meses atrás: la Liga del Interior (Córdoba, Catamarca, Santiago del Estero, Salta, Tucumán, La Rioja y Cuyo) que algunos historiadores califican simplemente como Liga Unitaria, cuando distaba de tener esa identidad. Cuatro meses después -el 10/5/1831- se produce el otro suceso: Paz es tomado prisionero de manera casual por una partida santafesina en Los Álvarez, a dos leguas de Santa Rosa (y no en El Tío, como se ha dicho erróneamente). El encarcelamiento de Paz en Santa Fe, como asimismo luego su prisión en Buenos Aires, donde Rosas finalmente le da la ciudad por cárcel (de la cual se fuga en 1840) es la prueba más terminante que no era considerado hombre de los unitarios, pues en ese caso, habría permanecido en prisión, o hubiera sido fusilado. "La facción que Paz reputaba perturbadora, en primer término, era la de los unitarios compañeros de Rivadavia [...] Así ocurrió en Córdoba en 1830 y se repitió el fenómeno en 1845 en Corrientes"⁸¹.

En esos 8 años de prisión, Paz escribe la mayor parte de sus *Memorias*, donde, más allá de algunas contradicciones, revela agudeza para analizar cuestiones claves de nuestra guerra civil: "Esa gran fracción de la república que formaba el Partido Federal no combatía solamente por la mera forma de gobierno, pues otros intereses y sentimientos se fundían en uno solo para hacerlo triunfar. Primero, era la lucha de la parte más ilustrada contra la porción más ignorante; en segundo lugar, la gente del campo se oponía a la de las provincias, celosas de la preponderancia de la capital, querían nivelarla; en quinto lugar, las tendencias democráticas se oponían a las miras aristocráticas y aún monárquicas que se dejaron traslucir cuando la desgraciada negociación del Príncipe de Luca"⁸². Del mismo modo, critica a Güemes y lo califica de demagogo y "relajado en sus cos-

⁸⁰ Ídem, pp. 263-267.

⁸¹ Ídem, p. 124.

⁸² Paz, José María: *Memorias Póstumas*, Buenos Aires, Almanueva, 1954, tomo I, pp. 164 y 165.



Florencio Varela. Óleo de G. Gullina.

planes políticos de algunos emigrados. Eran los que habían promovido la intervención anglofrancesa y pensaron en algún momento en constituir un nuevo estado independiente con Entre Ríos y Corrientes, cuya proclamación reconocerían Francia, Inglaterra y Brasil. Paz fue un adversario declarado de tal idea⁹¹.

La cuestión fundamental, según Paz, es la nacionalización de las aduanas exteriores y la supresión de las interprovinciales⁹² y sostuvo: "Cansados estamos de oír echar en cara a las provincias que no tienen con que costear sus diputados, y ahora mismo [...] se les hace pasar por la humillación de unos pordioseros [...] Todas nuestras provincias han merecido también de la Patria, y han concurrido con su sangre y sus recursos según su posibilidad. Si Buenos Aires ha gastado mas es porque ha tenido más, es porque ha estado a su cargo la percepción de las rentas que deben reputarse nacionales [...] Nadie ignora que los impuestos de importación que pagan los efectos que se introducen en un país recaen sobre los consumidores y consumidores son todos los pueblos que se surten de las mercancías de ultramar por el puerto de Buenos Aires. Y si no digasenos, ¿cómo habiendo sostenido la guerra por sí sola, cómo habiendo auxiliado a las otras provincias, cómo habiendo sacrificado por todos, ella ha progresado, mientras las demás han marchado a su ruina?"⁹³. En esa misma carta, Paz hace referencia a la distribución de las rentas aduaneras que se perciban en cualquier puerto por donde

tumbres", pero reconoce que "era adorado por los gauchos, que no veían en su ídolo, sino al representante de la ínfima clase, al protector y padre de los pobres, como lo llamaban, y también porque es preciso decirlo, al patriota sincero y decidido por la independencia; porque Güemes lo era en alto grado. Él despreció las seductoras ofertas de los generales realistas, hizo una guerra portiada, y al fin tuvo la gloria de morir por la causa de de su elección... la América"⁹⁴.

Del encarcelamiento, Paz saldrá para intentar una campaña contra Rosas, pero tampoco aliado a los unitarios sino al brigadier Ferré, quien propugnaba el proteccionismo económico y la coparticipación de las rentas aduaneras. Incluso cuando, después de un año y medio, presta servicios a la defensa de Montevideo contra el sitio de Oribe, mantiene disensiones permanentes con los unitarios, en especial al proyecto de Florencio Varela de segregar las provincias litorales. "No debieron ser extraños a la determinación de Paz de abandonar Montevideo -señala Terán- los

⁹¹ Ídem, p. 91.

⁹² Terán, Juan: ob. cit., p. 125.

⁹³ Carta de J. M. Paz a Domingo de Oro, del 15/6/1851 en Terán, Juan: ob. cit., p. 181.

⁹⁴ Terán, Juan: ob. cit., pp. 299-300.

ingresen artículos extranjeros al país, sosteniendo que este es el procedimiento que han aplicado todos los países y agrega: "Eran nacionales como son en todas partes, los provenientes de las casas de moneda, los de Correos y Aduanas exteriores, que naturalmente se situarían en las provincias confinantes con el extranjero"⁹⁵. Es interesante consignar que esta concepción disiente totalmente con la de los unitarios, pero también disiente con la posición sustentada por Rosas en su famosa Carta de la Hacienda de Figueroa, ya mencionada, donde intenta legitimar el privilegio exclusivo de Buenos Aires.

Otro factor que incide en la frustración del proyecto dirigido a poner fin a la Provincia Metrópoli reside en la política fluctuante de Quiroga respecto a Rosas, cuya mayor prueba reside en su actitud insólita de delatar a hombres del federalismo no rosista cuando caen en sus manos cartas comprometedoras, donde se denuncia el exclusivismo porteño. Así ocurre en 1832 cuando Estanislao López, descorazonado después de una conversación mantenida con Rosas y en la certeza de que el Restaurador se convierte en obstáculo a la organización, se lo hace saber a Quiroga, sugiriéndole una alianza, a través de una carta, que el riojano remite inmediatamente al Restaurador. Lo mismo ocurre, poco después, cuando llega a manos de Quiroga, accidentalmente, una carta del sacerdote Juan Bautista Marín donde este afirma: "Siendo uniforme nuestra marcha no hay que dudar de que los porteños seguirán de necesidad la opinión de las provincias interiores que han quedado en esqueleto por el sistema de extranjería que ha adoptado Buenos Aires para señorearse sobre las cenizas de las provincias [...] Buenos Aires no nos proporcionará sino grillos y cadenas de miseria por felicidad"⁹⁶. No bien cae en sus manos, Facundo se la envía a Rosas.

Los hombres del Litoral, tanto Ferré como López, como sus asesores Domingo Cullen y Manuel Leiva ya no dudan del exclusivismo porteño, representado antes por Rivadavia y ahora por Rosas y por esta razón entran en relaciones con los franceses durante el conflicto de 1838, como única y desesperada manera de quebrar el poderío porteño. Leiva es uno de los que manifiesta con mayor claridad la cuestión, en una carta a Tadeo Acuña, un catamarqueño que se declaraba federal, sin ser rosista y a quien el Restaurador "le tenía mala voluntad"⁹⁷.

Esta es también la posición de Ferré, según se ha señalado, como también la del caudillo Ibarra. Así, Cullen se embarca en la conspiración con unitarios, orientales y franceses contra el poder rosista y al ser descubierto, ya muerto López, según algunos historiadores, del Estero. Rosas se lo reclama a Ibarra y este lo entrega, según otros porque desde Buenos Aires por la debilidad del santiagueño frente a Rosas, según otros porque desde Buenos Aires se ha fraguado una correspondencia que evidenciaría la traición de Cullen a Ibarra. José M. Rosa opina que "Ibarra había apostado a la carta Cullen con la seguridad de ganar, y ahora las cosas se daban vuelta [...] Rosas, que conocía a Ibarra, le pidió comprometer su honor y su buen nombre y menos el crédito de la unión y tranquilidad de las provincias entrega de Cullen: 'No puedo creer por un solo instante que Ud. quiera comprometer su honor y su buen nombre y menos el crédito de la unión y tranquilidad de las provincias por salvar a un malvado [...]'. Por supuesto sabía Rosas que Ibarra no era inocente en la conspiración [...] Ibarra aceptó complacido el papel de huésped engañado ofrecido por Rosas [...] y remitió la encomienda a Buenos Aires"⁹⁸. En poder de las fuerzas de Rosas,

⁹⁵ Ídem, p. 298.

⁹⁶ Trias, Vivian: ob. cit., p. 109.

⁹⁷ Cutolo, Vicente: Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930), Buenos Aires, Elche, 1971, tomo I, p. 23.

⁹⁸ Rosa, José María: ob. cit., pp. 198-200.

Cullen fue fusilado el 22 de junio de 1839. Leiva, por su parte, se convierte en asesor, primero de Ferré y luego de Urquiza, intransigente en su posición federal-provinciana.

Con respecto a Facundo, su reprochable deslealtad a los federales, al cursarle a Rosas la correspondencia señalada, tiene cierta veracidad el argumento de que Quiroga "se amansa" a partir de su residencia en Buenos Aires, vistiendo trajes importados de Francia o dedicándose al juego, aunque también es cierto que en su última gestión en el norte y en su última charla con Rosas, vuelve a plantear la necesidad de dar constitución al país. Muerto Quiroga en 1835, López, ya enfermo en sus últimos años, amengua sus ímpetus y continúa paralizado ante el poder de Rosas, como se lo ha confiado a Ferré: "Conozco que este hombre nos pierde; pero no sé qué influencia tiene sobre mí" ⁷¹ decía López refiriéndose a Rosas. Con razón, Jorge A. Ramos señala que la naturaleza ganadera del litoral y su búsqueda del mercado externo son los factores que concilian a Rosas con López, casi una constante en los caudillos y jefes políticos litorales cuyos planteos nacionales muestran esa limitación, aún en Urquiza que después de derrocar a Rosas, termina defeccionando en los campos de Pavón ante el mitrismo. Paz, tiempo después, transará parcialmente con los unitarios de Montevideo, tomando la defensa de la ciudad por casi dos años, aunque también manifestará disidencias con ellos.

La Coalición del Norte será una de los últimos intentos donde confluyen los intereses de viejos unitarios con hombres del federalismo provinciano como el "Chacho" Peñaloza, quien por tres veces se levanta contra Rosas, evidenciando la diferencia entre los intereses del noroeste respecto a la política portuaria. Del mismo modo, el Gral. Anselmo Rojo le escribía a Paz, después de su triunfo en Caaguazú (27/11/1841), que podía contarse con Benavídez (Nazario, caudillo sanjuanino) en una lucha contra Rosas: "Los gobiernos federales como Benavídez, le dice, se acogieron a Rosas, más que por adhesión a él por temor a Lavalle" ⁷².

A lo largo de nuestra historia se reiteran estos planteos del Interior, condenatorios del centralismo porteño, no solo respecto a los gobiernos unitarios, sino también al de Rosas. Aparecen en las proclamas de Felipe Varela, en los alegatos del Brigadier Ferré, como así también en los reclamos de los caudillos del Interior a Urquiza, después de Caseros. En ese federalismo provinciano se manifiestan netamente algunos hombres como Ángel Vicente Peñaloza; otros en cambio, lo hacen más tímidamente, como Ibarra o López, o con graves contradicciones como Quiroga, y en algunos casos defecionan, en sus últimos años, como Paz que acepta incorporarse a la Buenos Aires secesionista del mitrismo e incluso cumple un rol lamentable sobornando al almirante Coo en contra de la Confederación. Pero en esas idas y vueltas no hacen más que evidenciar la debilidad del Interior, la escasez de recursos ante el poder porteño. Rosas, que defiende la soberanía innegablemente frente a las agresiones extranjeras, sin embargo expresa esa limitación de los hacendados bonaerenses, custodios del puerto y la aduana únicos, que le impide constituirse en la fuerza unificadora de las Provincias Unidas, dando una Constitución y nacionalizando los recursos aduaneros.

Rosas y los pueblos originarios

Concluido su primer gobierno (1832), Rosas es reemplazado por Balcarce, generándose, poco después, una división del federalismo bonaerense, entre los rosistas netos o apostólicos y los cismáticos o lomos negros. Estos últimos expresan a un sector de

⁷¹ Ferré, Pedro: ob. cit., p. 57.

⁷² Carta del Gral. Rojo a Paz, 17/4/1842 en Torán, Juan: ob. cit., p. 173.



Expediciones de Rosas a los desiertos del sur. Cuadro de Calixto Tugliabue. Litografía de Lemercier, París.

los estancieros bonaerenses, más vinculados a la tradición dorreguista, con tendencia a organizar constitucionalmente el país y renuentes a entregar a Rosas la Suma del Poder Público. Se produce así un interregno de tres años en la jefatura de Rosas en la provincia de Buenos Aires (1832-1835), período en el cual él se ocupa, como expresión de las necesidades de los ganaderos, de realizar la campaña "al desierto".

La táctica desarrollada por Rosas respecto a las distintas tribus indias fue predominantemente de negociación. La investigadora Silvia Ratto, en su libro *Indios y cristianos*, señala que Rosas alcanza a establecer acuerdos que conforman "el Negocio Pacífico de Indios" distinguiendo entre "indios amigos" (a los cuales se autorizaba el asentamiento dentro del territorio de la provincia e inclusive, en la misma estancia Los Cerrillos) e "indios aliados" (quienes conservaban su independencia territorial). En ambos casos, se los aprovisionaba de ganado y otros bienes de consumo, lo que configuraba "una paz costosa". En algunos casos, Rosas intentó impulsarlos al cultivo de la tierra, pero en general, manifestaban, hacia mediados del siglo, incapacidad para proporcionarse por ellos mismos lo necesario para su subsistencia. Fuera del negocio pacífico quedaban pueblos indios reacios a toda negociación y sobre ellos, el Restaurador aplicó la política represiva a fin de someterlos. Los ranqueles, por ejemplo, señala esta historiadora, padecían una fuerte crisis de subsistencia lo que los urgía a enviar malones a las estancias fronterizas "obligados por el hambre". Y lo mismo ocurría con los mapuches, en el sur ⁷³.

Rosas realizaba diversos parlamentos con los caciques amigos y aliados -aprendió incluso el idioma de los pampas, que origina luego su libro *La gramática y diccionario de la lengua pampa*- y mantenía así un estado de relativa paz, sustentado en un importante suministro de alimentos que evitaba los malones. En los otros casos, consideró necesario continuar las campañas de exterminio que ya habían aplicado Martín Rodríguez y Bernardino Rivadavia.

"El año 1833 -sostiene Martínez Sarasola- marca un hito en la lucha de las comunidades de la llanura. Es entonces cuando, por primera vez, los territorios indios son profundamente penetrados y muchos de los principales asentamientos desbaratados.

⁷³ Ratto, Silvia: *Indios y cristianos. Entre la guerra y la paz en las fronteras*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.

Más aún, por primer vez la violencia de las acciones llega a un punto tal que las pérdidas de vidas entre los indígenas se cuentan por miles en el término de unos pocos meses⁶⁵. Agrega que esa campaña "constituye el primer eslabón del proceso de exterminio de las comunidades indígenas libres de la llanura, cuya culminación, la denominada "Conquista del Desierto" no fue más que el mazazo definitivo sobre culturas agotadas y diezmadas después de más de medio siglo de permanentes conflictos armados⁶⁶. Luego, señala que esa campaña hizo escuela y cita a Rosas: "A mi juicio, el mejor sistema para concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrojándolos al otro lado del Río Negro, es el de la guerra ofensiva que fue seguida por Rosas, que casi concluyó con ellos⁶⁷. Después, afirma Sarasola: "Fue como haber pateado un hormiguero. Terror, caos, muerte, desbande, desconcierto absoluto. La memoria indígena no olvidó fácilmente la locura del [año] treinta y tres [...] Por primera vez, los caciques habían visto penetradas las entradas de sus territorios, inaugurando la factibilidad de una embestida peor, la definitiva. Una profunda fisura quedaba abierta en la llanura y sus culturas libres⁶⁸."

Entre 1821 y 1848 habrían sido ultimados casi 8000 indios, mientras que la mayor mortandad tiene lugar durante 1833. Una carta de Rosas al coronel Pedro Ramos evidencia la mano dura aplicada: "Cuando tome prisioneros indios, una vez que les haya tomado declaración puede, al dejar el punto, mantener una pequeña guardia para que cuando no haya nadie en el campo, los fusile. Digo esto así porque después de prisioneros y rendidos da lástima matar hombres y los indios que van con usted que lo vean aunque quizás les gustaría esto porque así son sus costumbres, pero no es lo mejor [...] Si los indios preguntan por ellos debe decirseles que intentaron escapar y fueron ultimados. Por esto mismo no conviene que al avanzar una toldería traigan muchos prisioneros vivos, con dos o cuatro hay bastantes y si más se agarran estos allí en caliente no mas se matan a la vista de todo el que esté presente pues que entonces en caliente nada hay de extraño y es lo que corresponde⁶⁹."

En este aspecto es conveniente resaltar lo sostenido por Sarasola: los indios no mataban a los prisioneros blancos sino que los mantenían cautivos, tampoco perseguían el exterminio de los blancos sino aprovisionarse y en muchos casos, su violencia era respuesta a la violencia anterior ejercida por los blancos, que avanzan en el control de sus territorios.

Con respecto a la táctica de darles provisiones, ello le permitió a Rosas tener ascendiente sobre algunas tribus, y demuestra que las mismas habían involucionado de aquella época anterior en que se sobrevivían a sí mismas, a una situación de "crisis de subsistencia": ya no producían lo necesario para vivir.

Alfredo Terzaga sostiene que el uso del caballo constituyó un elemento negativo para el indio, al quitarle el sedentarismo. Aquellas comunidades que tenían cierto afincamiento y producían sus alimentos, se degradaron al advertir que era preferible salir en malones a obtener hacienda, en muchos casos mostrenca, para abandonar el nivel de producción que si bien no se había generalizado, se observaba en algunas comunidades. A su vez, con Rosas, aprendieron la posibilidad de obtener donaciones a cambio de no agredir, con lo cual resultó que esas sociedades indígenas habían dejado de sobrevivir por sí mismas.

⁶⁵ Martínez Sarasola, Carlos: *Nuestros paisanos, los indios*, Buenos Aires, Emecé, 1992, p. 215.

⁶⁶ Ídem, p. 219.

⁶⁷ Ídem.

⁶⁸ Ídem.

⁶⁹ Carta de Rosas al coronel Pedro Ramos, del 2/9/1833 en Ratto, Silvia: ob. cit., Buenos Aires, 2007, pp. 135 y 136.

De su campaña al sur, el propio Rosas informa sobre las bajas indígenas "calculando el total de 3200 indios muertos, 1200 individuos de ambos sexos prisioneros y 1000 cristianos rescatados del cautiverio⁷⁰."

Se trató, pues, de una táctica combinada entre persuasión y represión. En algunos casos, intenta convertirlos en agricultores facilitando tierras y semillas, lo que prevalece es en sus estancias e inclusive los toma como peones pero, en general, lo que prevalece es la política de subsidios, que los mantiene en relativa calma durante largos años, después de haber empujado fuertemente hacia el sur, a través de la violencia, a los comunidades indias reacias al diálogo.

Lo cierto es que los malones cesan en el período de la Confederación rosista y que, después de Caseros, se rompe el equilibrio inestable entre ambas sociedades y se reanudan los malones con inusitada violencia.

De nuevo en el poder

Mientras Rosas desarrolla su campaña contra los pueblos originarios, en Buenos Aires se produce una importante escisión dentro del Partido Federal. Juan Ramón Balcarce, designado gobernador en diciembre de 1832 y el general Enrique Martínez, uno de sus ministros -apoyados por algunos opositores de Rosas que vienen del liberalismo y otros del dorreguismo- constituyen la corriente de "los federales cismáticos", que también será conocida como "los lomos negros". Esta última denominación proviene, según algunos historiadores, como Adolfo Saldías, del color que utilizaron en sus boletas electorales.



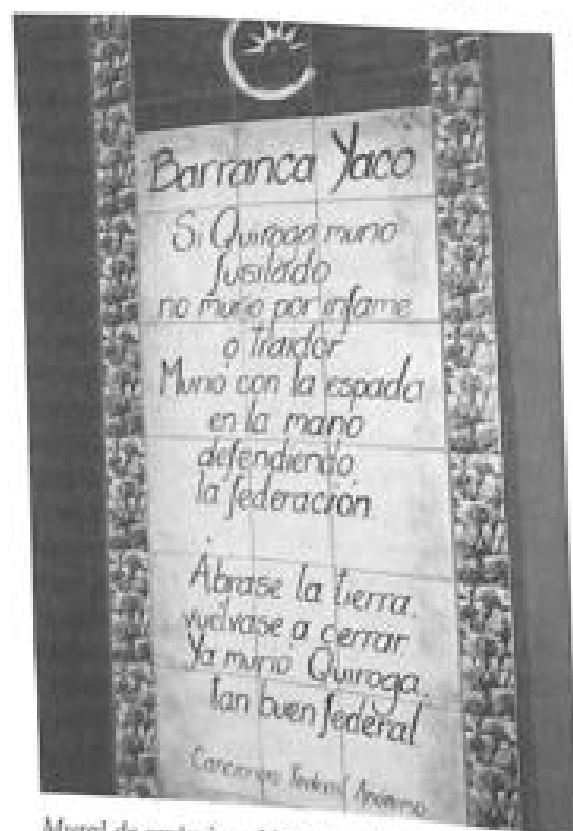
Retrato de Encarnación Ezcurra, esposa de don Juan Manuel de Rosas. Fernando García del Molino y Carlos Morel (Colección García Lawson).

En cambio, otros consideran que se debe a la levita que usaban sus integrantes. Balcarce y sus compañeros se presentan como federales moderados. Este sector gana cierta influencia en la provincia y amplía su base de sustentación con algunas medidas liberalizadoras como la eliminación del decreto que limitaba la libertad de prensa, pero la oposición de los "federales apostólicos" se acrecienta a principios de 1833, especialmente a través de su prensa. El periódico *El Restaurador de las Leyes* impulsa toda su artillería contra el gobernador Balcarce y este le inicia proceso. Se produce, entonces, un equívoco, inteligentemente aprovechado por Encarnación Ezcurra -la esposa de Rosas, que tiene predicamento entre los sectores más populares- y el 11 de octubre de 1833, cuando se convoca para el juicio al *El Restaurador de las Leyes*, gran parte del pueblo -creyendo que es un juicio contra Rosas- se amotina y provoca la caída del gobierno. Es "La revolución de los restauradores". Balcarce, Iriarte y Martínez emigran, mientras el general Viamonte se hace cargo del gobierno. Nace ya

⁷⁰ Saldías, Jorge: *Rosas y sus relaciones con los indios*, Buenos Aires, Corregidor, 2002, p. 139.



Muerte de Quiroga. Versión libre del artista C. Descalzi sobre la emboscada de Barranca Yaco en la que fue asesinado el caudillo norteco.



Mural de cerámica ubicado en Villa del Valle de Tumbá, provincia de Córdoba. Ilustra un poema del Cancionero Federal Anónimo sobre Barranca Yaco.

la Sociedad Popular Restauradora y crece la convicción de que ni Viamonte, ni su sucesor Manuel Vicente Maza pueden asegurar el orden y que solo Rosas podrá hacerlo. El asesinato de Facundo Quiroga, en Barranca Yaco -el 16 de febrero de 1835- resulta el hecho decisivo que lo lleva a Rosas al poder por segunda vez.

Así como la muerte de Dorrego lo catapultó a su primer gobierno, el asesinato de Quiroga lo conduce a un largo período como gobernador de la provincia de Buenos Aires, con la suma del Poder Público a cargo de las relaciones exteriores de las provincias.

Rosas regresa al poder -13/4/1835- con mayor ascendiente respecto a gauchos y estancieros, a los cuales garantiza el orden rural y enancado en el movimiento liderado por su esposa Encarnación Ezcurra, aparece nuevamente como el hombre imprescindible para hacer frente a diversas cuestiones importantes que se encuentran sin resolver y traban la conformación definitiva del país. Una, la política económica respecto al mercado externo, pues ha continuado

el comercio de importación que perjudica a las provincias. Otra, la distribución de los recursos aduaneros. Y la tercera, la sanción de una constitución que dé nacimiento a un poder nacional estableciendo la relación entre poder central y autoridades provinciales. Facundo Quiroga, en conversaciones con Rosas, insiste en la sanción de la Constitución. A su vez, la correspondencia entre Ibarra, López y Paz indican el reclamo de las provincias a las que contesta Rosas con la carta de la Hacienda de Figueroa, entregada a Quiroga, ya en viaje al norte, para interceder en un conflicto entre Latorre y Heredia. En ella, Rosas señala las dificultades existentes para convocar a una consiguiente -gastos de traslado, etc.- pero al mismo tiempo también señala que en los Estados Unidos se distribuyen las rentas aduaneras a todos los estados porque ellos tienen puertos sobre ambos océanos, considerando que, en cambio, el recurso aduanero del puerto de Buenos Aires obedece a una ventaja natural de esta provincia de donde sugiere que le pertenece exclusivamente.

Cabe ahora a referirse a los principales cuestiones sobre las que debió definirse Rosas en esos 17 años, lo cual permitirá caracterizar a su gobierno, así como también definir sus apoyos en la sociedad.

Su base social

En este aspecto, es preciso refutar la opinión de la mayor parte de los historiadores rosistas que califica a Rosas como caudillo nacional: lo es en tanto enfrenta a potencias extranjeras, pero no en cuanto a su influencia sobre los habitantes de todo el país, como lo fueron después Yrigoyen y Perón. Rosas es caudillo de la Provincia de Buenos Aires. No hay rosistas en el interior, sino federales que acuerdan más o menos con Rosas, según las conveniencias o cuestiones de que se trate. Y hay caudillos federales rotundamente antirrosistas como Peñaloza y Ferré.

Como caudillo bonaerense recibe el apoyo de los peones rurales y también de los negros que viven en Buenos Aires, pero sus relaciones políticas más estrechas, los



Los esclavos de Buenos Aires rinden homenaje a Juan Manuel de Rosas. 1° de Mayo de 1844. Óleo sobre tela por D. de Plat, 1° de mayo de 1844. Museo Histórico Nacional.

hombres que lo sustentan y son "gente como uno", aquellos que colaboran con él en las funciones de gobierno, son estancieros. Es decir, Rosas es la expresión política de los ganaderos bonaerenses, capaces de obtener el apoyo de sectores populares de su provincia e inclusive de lograr algún acuerdo con caudillos federales del interior (Ley de Aduanas mediante).

Ibarguren señala: "Los estancieros veían en él no solo al maestro en la explotación rural [...] sino también al severo mantenedor de la disciplina y al más inteligente defensor de sus intereses"¹⁰⁰. "En toda su vida pública -agrega- aparecía como el más celoso y enérgico defensor de la disciplina y del orden social"¹⁰¹.

"Los hombres" de Rosas -se esmera por demostrar Gálvez- son de la clase alta: "Los amigos y funcionarios de Rosas [son los] Arana, Anchorena, Beláustegui, Unzué, Paz, Terrero, Elizalde, Pinedo, Pacheco, Ezcurra, Villegas, Oyuela, Riglos, Oromí, González Moreno, Senillosa, Escalada, Argerich, Ortiz Basualdo, Pereira, Lezica, Sáenz Peña, Lahitte, Pereda"¹⁰² y otros. Adolfo Saldías también se refiere a esos "hombres acaudalados y principales de Buenos Aires" que apoyaron a Rosas: los Anchorena, Álzaga, Alvear, Arroyo y Pinedo, Beláustegui, Castex, Elortondo, Guerrico, Huergo, Lezica, Lavallol, Lahitte, Lastra, Martínez de Hoz, Obligado, Ocampo, Ortiz Basualdo, Sáenz Valiente y Trapani, entre otros¹⁰³. Juan José Real agrega otros apellidos: Santa Coloma, García Zúñiga, Simón Pereyra, Miguel de Riglos, Saturnino Unzué y Felipe Elortondo¹⁰⁴.

Gran parte de estos estancieros provienen de los ricos comerciantes "registreros" que, después de oponerse a la Revolución de Mayo, se fueron integrando en el nuevo sistema apropiándose de grandes extensiones de tierras. Allí están, por ejemplo, todos aquellos que integraron el partido absolutista que lideraba Álzaga y que apoyaron al virrey en mayo de 1810: Martínez de Hoz, Sáenz Valiente, Ortiz Basualdo, Beláustegui, Ocampo, Obligado, Santa Coloma, Ezcurra, Oromí, Senillosa, etc.

Cuando se tornaron "democráticos" -aunque broncosos por haber perdido títulos y escudos nobiliarios- sus fortunas les permitieron acercarse al poder y fueron beneficiados por la enfiteusis de Rivadavia y luego, por disposición del 10 de mayo de 1836, del gobierno de Rosas, por la primera ley de venta de tierras públicas que estableció que las dadas en enfiteusis serían vendidas a aquellos enfiteutas que quisieran tomarlas en propiedad.

En 1837, al cumplirse diez años de la enfiteusis, se venden 1247 leguas (cada legua son casi 3000 ha, por lo cual la venta total es de casi 4 millones de hectáreas) a 235 adquirentes; a pagar a largo plazo, en cuotas sin interés, a precios muy bajos. En 1840, los beneficiados son 293 propietarios que ocupaban más de 9 millones de ha¹⁰⁵.

En condiciones muy ventajosas, esos 300 estancieros se quedan con más de 30.000 ha cada uno. Entre ellos se destacan: Anchorena, Álzaga, Arana, Crámer, Cobo, Ortiz Basualdo, Peña y Sáenz Valiente. Además de aquellos con antecedentes de "registreros", aparecen otros que han llegado al Río de la Plata a fines del siglo XVIII, y que han acrecentado sus fortunas en el comercio y se han hecho estancieros en la primera o segunda década posterior a la revolución de Mayo.

¹⁰⁰ Ibarguren, Carlos: ob. cit., p. 38.

¹⁰¹ Idem, p. 186.

¹⁰² Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 378.

¹⁰³ Saldías, Adolfo: *Historia de la Confederación argentina. Rosas y las facultades extraordinarias*, Buenos Aires, Centil, 1958, tomo 3, p. 13.

¹⁰⁴ Real, Juan José: *Manual de Historia Argentina*, Buenos Aires, Fundamentos, 1951, pp. 427 y 428.

¹⁰⁵ Trias, Vivian: ob. cit., pp. 92-95.

El caso de los hermanos Anchorena (Tomás, Nicolás y Juan José Cristóbal), que provienen de la actividad comercial, es muy particular, por tratarse de primos de Rosas y porque este administró sus estancias durante una década, hasta el momento en que asumió el mando como gobernador. Los Anchorena poseían la mayor fortuna del país. Pacheco O'Donnell, en *Juan Manuel de Rosas*, sostiene que Nicolás Anchorena poseía, hacia 1850, casi 800.000 hectáreas¹⁰⁶. Lucio Mansilla, al recordar a su tío Juan Manuel de Rosas, escribirá que "Solo un hombre, un Anchorena [Tomás], tuvo verdadera influencia sobre él"¹⁰⁷.

La relación entre Rosas y sus primos los Anchorena queda aclarada en una carta enviada por Don Juan Manuel, desde su exilio, a Manuel Terrero. En esa época, sufriendo escaseces financieras, Rosas intenta vanamente cobrarle a los Anchorena por la administración de sus propiedades hasta su designación como gobernador y, rota la relación, reconoce que su compromiso político y su gestión a cargo de la Provincia de Buenos Aires se encontró demasiado ligada a los intereses de los Anchorena. En dicha carta, Rosas comienza por señalar que los servicios como encargado de sus estancias, no habían sido abonados por sus primos: "Jamás recibí ni un solo real por mis servicios o a cuenta de ellos. Tampoco [...] recibí de ellos regalo alguno [por] el precio de esos mis servicios, como encargado de sus estancias". Pero luego señala que no solo se trata de esos sueldos impagos: "Entré y seguí por ellos y por servirlos en la vida pública. Durante ella, los serví con notoria preferencia en todo cuanto me pidieron y en todo cuanto me necesitaron. Estas tierras que tienen, en tan gran escala, por mí se hicieron de ellas, comprándolas a precios muy moderados. Hoy valen muchos millones lo que antes compraron por unos pocos miles. Podría agregar mucho más si el asunto no me fuera tan desagradable y el tiempo tan corto [...] En mi contra, 1) Nada. Que por ellos [los Anchorena] entré y seguí en la vida pública, 2) Que durante mi administración y bajo la sombra de ella y de mi protección, aumentaron sus fortunas inmensamente, 3) Que no pocas veces combatí por seguir sus consejos y por salvar y asegurar sus haciendas, librándolos de los riesgos, por los indios y por la anarquía y por las demandas de reses, caballos, por la ocupación de sus peones en los servicios de los ejércitos, ya como soldados, ya como conductores de reses, cuidado de invernadas y de cualquier otros servicios del Estado. Distinción y privilegio que era en esos tiempos de muchísimo valor de esos servicios como encargado de sus estancias, lo que me debían [...] de muchísimo valor para ellos, en sus estancias y en todos sus negocios, en el campo y en la ciudad, porque daba a conocer la estimación sin par y los respetos que yo les dedicaba, sin acordarlos a otras personas, por más servicios que verdaderamente tuvieran, 4) que no pocas cosas, en tierras, ganados y otras que por muy baratas pude haber comprado para la sociedad o para mí, pasé a ellos, siempre generosamente, la preferencia, 5) que si es verdad, no me entregaron el dinero, fue porque no quise o pude entonces recibirlo, ellos lo han girado los muchos años de mi tiempo en el destierro, en el descuento de letras, al uno y medio y al uno y que así el seis que me pagaran les dejaría, cuando menos, otro 6 de ganancia. ¿A cuánto subirían estos capitales cada seis meses, o cada año, el interés? Si y esa consideración sube en valor cuando se agrega que el señor Don Nicolás [Anchorena] habiéndose pasado a mi enemigo, después de mi caída el 2 de febrero del 52, seguía así aumentando su dinero"¹⁰⁸.

¹⁰⁶ O'Donnell, "Pacho": ob. cit., p. 92.

¹⁰⁷ Mansilla, Lucio V.: *Rosas: Ensayo histórico-psicológico*, París, 1913, citado por Lynch, John: ob. cit., p. 101.

¹⁰⁸ Carta de Juan Manuel de Rosas a Manuel Terrero, del 21/11/1863, Saldías, Adolfo (comp.): *Papeles de Rosas*, La Plata, Talleres Gráficos Cece, Larrañaga, 1907, tomo II, pp. 353 y 354.

Este documento define de qué modo el gobierno de Rosas expresaba los intereses de los estancieros bonaerenses y en especial de la familia más rica del país.

Con respecto a esta clase ganadera, a menudo se olvida que, al igual que en la burguesía comercial -aunque relativamente con menor incidencia-, participan en ella empresarios británicos como los "propietarios y hacendados y los más fuertes comerciantes extranjeros de la plaza, como los Zimmermann, Fair y Cia., Lisle y Cia, Appleyar, Dickson y Cia., Grogan y Morgan, Lamb, Miller, Mohr, Nuguier, Gowland y Cia, Thompson etc."¹⁰⁰.

Vivian Trias sostiene que hacia 1838 "residían unos 40 mil anglosajones en la capital porteña, el comercio exterior estaba en sus manos y de los 450 más grandes terratenientes, 79 eran de aquella nacionalidad"¹⁰¹.

Asimismo, William Mac Cann, en su libro *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, refiere que, al visitar la provincia de Entre Ríos, "en Gualeguay [...] se hallan varias estancias de propietarios ingleses y entre ellas la mayor extensión de tierra perteneciente a un súbdito británico en esta parte del mundo. La familia de la señora Brittain -de Sheffield- posee doscientos leguas cuadradas de terreno [casi 600.000 hectáreas] incluso un puerto [...] y unas 250.000 cabezas de ganado"¹⁰². Esta inmensa riqueza la había amasado James [o Diego] Brittain, desde su llegada al país, en 1809, quien fue "accionista y director del Banco Nacional [1826], consignatario de barcos, exportador de cueros, dueño de varias propiedades urbanas en Buenos Aires, especialmente en La Boca y de dos extensas estancias en Entre Ríos, lindantes con el arroyo Ibicuy, una de las cuales tenía más de 50 leguas cuadradas"¹⁰³. Su viuda -a la que se refiere Mac Cann- era Francis Kendall quien, con sus hijos Jorge Alfredo y Diego Winter y Enrique Curry, esposo de su hija Elena, continuaron sus negocios. Los Brittain tenían vinculaciones comerciales con los Riglos, los Armstrong y otros grandes negociantes de la época¹⁰⁴.

Mac Cann señala también, que en el sur de la provincia de Buenos Aires, salvo uno o dos estancieros, el resto son británicos: Clark, Bell, Taylor, Newton, Twaites, Murrayia, Mervin, Miller, Swyse, Burns, Ardi¹⁰⁵. "Los ingleses -señala Gálvez- siempre fueron partidarios del Restaurador. El hijo del escritor y estanciero Guillermo Hudson afirma: 'Entre los admiradores de Rosas figuraban la mayor parte de los ingleses residentes en el país. Mi padre pertenecía a este número. Naturalmente, yo participaba de sus ideas [...] En ese tiempo, el retrato en colores del gran personaje, ocupaba el puesto de honor sobre la chimenea de nuestra sala. Era llamado por muchos el «Inglés» a causa de la regularidad de sus facciones y el color de su pelo [...] Mi padre mostrábase orgulloso de tener el retrato, ya que era un admirador ferviente de Rosas, un «rosista crudo» como se llamaba a sus partidarios"¹⁰⁶. Gálvez señala que es explicable la postura de Hudson, ya que los británicos se interesaban por la continuación de Rosas en el poder: "Si lo abandonase, ¿qué sería del orden en los campos?"¹⁰⁷.

Varios autores señalan que, por sobre todo, Rosas exigía respeto a la soberanía, pero

¹⁰⁰ Saldías, Adolfo: ob. cit., tomo III, p. 11.

¹⁰¹ Trias, Vivian: ob. cit., p. 159.

¹⁰² Mac Cann, William: *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, 1847, Buenos Aires, Imprenta Ferrari, 1939, p. 223.

¹⁰³ Canetti-Ferrando, Arnaldo J.: "James Brittain y el parcelamiento de la Boca del Riachuelo", en *Historias de la Ciudad. Una revista de Buenos Aires*, N° 2, Buenos Aires, diciembre de 1999.

¹⁰⁴ Idem.

¹⁰⁵ Hudson, Guillermo: *Allá lejos y hace tiempo*, citado en *De la tiranía a la libertad. Juan Manuel de Rosas según 127 autores*, ob. cit., p. 229.

¹⁰⁶ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 434.

¹⁰⁷ Idem.

que no tenía animadversión hacia los empresarios ingleses radicados aquí y que, por el contrario, siempre se preocupó por asegurarle sus derechos a comerciar y a tener propiedades. En 1849, "76 británicos dirigen, el 27 de octubre, una nota de agradecimiento al cónsul Southern. Entre sus apellidos encontramos a [...] Gowland, Mackinlay, Tomkinson, Temperley, Robertson, Green [y otros]. ¿Qué dicen estos británicos? Hablan de la protección que invariablemente han recibido de Rosas; de su magnanimidad e indulgencia; de la libertad que han gozado en la posesión de sus propiedades y en sus negocios; de la bondad uniforme con que han sido atendidas sus solicitudes. Por todo están ansiosos de que Rosas quede en el gobierno pues su retiro sería una gran calamidad pública y afectaría los más importantes intereses de la comunidad británica"¹⁰⁸.

Por otra parte, debe recordarse que la política de puerto único, cerrando los ríos litorales, lo cual impide el comercio directo de los puertos de esas costas con el extranjero, resultaba muy favorable para los empresarios británicos, comerciantes y hacendados, radicados en la provincia de Buenos Aires. A su vez Mac Cann, en 1847, sostiene que "el comercio del Río de la Plata es muy considerable y se halla dirigido exclusivamente por extranjeros"¹⁰⁹. "Los ingleses, en gran número, habían adquirido desde tiempo atrás grandes extensiones de campos, monopolizando también el alto comercio de Buenos Aires sin que el Dictador lesionara en lo más mínima sus intereses"¹¹⁰. Por su parte, Lucio Mansilla afirma que "las facultades extraordinarias no se ejercían contra el extranjero [...] El gringo, como regla casi sin excepción, ocupaba una situación favorecida [...]

Ser inglés, verbigracia, ¿qué pichincha entonces!"¹¹¹. Esta buena relación del Restaurador con los hijos de la rubia Albión provocaba la irritación de Tomás de Anchorena: "Las excesivas generosidades que está usted dispensando a los gringos me tienen de muy mal humor"¹¹².

Sin embargo, puede afirmarse que, más allá de matices, los estancieros bonaerenses de esta época carecen de los vínculos y compromisos económicos que caracterizarán a los de fin de siglo (generalmente con los mismos apellidos pero ya vinculados con los ingleses, al frigorífico, en la economía agroexportadora). En la época de Rosas producen tasajo, es decir, carne salada, producen tasajo, es decir, carne salada, que venden a mercados esclavistas (Cuba, Brasil y Estados Unidos) y cueros, que venden a Gran Bretaña, pero, todavía no venden ni chilled beef, ni la-



Lucio Norberto Mansilla. Acuarela de Carlos Pellegrini.

¹⁰⁸ Mac Cann, William: ob. cit., p. 133.

¹⁰⁹ José Luis Busaniche en Mac Cann, William: ob. cit., p. IX.

¹¹⁰ Mansilla, Lucio V.: *Mis Memorias*, Buenos Aires, El Aeneo, 1978, p. 66.

¹¹¹ Carta de Tomás Anchorena a Rosas, del 1/3/1846, citada por Sebrelli, Juan José: *Apogeo y ocaso de los*

Anchorena, Buenos Aires, Siglo Veinti, 1972, p. 162.

¹¹² Jorge A. Ramos: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1970, tomo I, p. 133.

nas. Y por tanto, no están sujetos, como los estarán sus descendientes, al fuerte vínculo y al "comprar a quien nos compra" de las décadas futuras. Por otra parte, no les interesa entregar el mercado interno, como sí a los comerciantes que son la base social del grupo rivadaviano.

Esta situación les posibilita un nacionalismo defensivo, que se expresa en la ley de Aduanas. Esos estancieros podían ser nacionalistas -es decir, acompañar una política soberana- porque ello no significaba cuestionar su propiedad ni sus negocios. Nacionalismo defensivo y defensa del orden constituido se dan entonces la mano. En cambio, sus nietos no podrán ser "nacionales", porque el capital extranjero ya está metido en la estructura interna y enfrentar esos intereses significa cuestionar el orden, de modo que una consecuente política antiimperialista conduce a una posición revolucionaria.

Orden y nacionalismo se conjugan en la mayor parte de estos estancieros pampeanos. Juega aquí también un aspecto superestructural. Los hombres como Rosas, ligados a ideologías y costumbres tradicionales, rechazan la prepotencia del inglés o el francés -por otra parte, portadores de una religión distinta- mientras que los ganaderos de fin de siglo ya están transnacionalizados, y sienten como dirá una Bullrich años después, que "Europa es el hogar y Argentina apenas la oficina".

Sin embargo, cuando el perjuicio económico les molesta demasiado, muchos de estos estancieros tradicionales están dispuestos a sacrificar el nacionalismo, como ocurre en 1839, con quienes integran el movimiento de "Los libres del Sur".

Ley de Aduanas

Ese nacionalismo defensivo de Rosas (de Anchorena y los estancieros bonaerenses que le dan sustento social) no solo lleva a enfrentar altivamente a las grandes potencias del mundo, sino también a buscar una conciliación con los caudillos del interior. Esta se concreta, el 18 de diciembre de 1835, con la Ley de Aduanas que, a partir del 1 de enero de 1836, protege las artesanías y manufacturas de las provincias interiores. En su capítulo segundo, la ley prohíbe la introducción de varios artículos que se producen en nuestro territorio, entre ellos, mantecas, lazos, bozales, rebenques, telas para jergas, ligas y fajas de lana, algodón o mezcladas, tela para sobrepellones, ponchos y la tela para ellos, velas de sebo, manufacturas de lata o latón, frenos, espuelas de hierro, cinchas, legumbres en general, y galletas, entre otros. En el capítulo primero se establecen aranceles de 5, 10, 24, 35 y 50% para diversos productos. El arancel del 35% se aplica para muebles, espejos, coches, volantas, ropas hechas, calzados, licores, aguardientes, vinos, vinagre, sidra, tabaco, frazadas o mantas de lana, betún, pasas de uva, de higo, quesos, etc. El art. 7° impone aranceles del 50% a la cerveza, los fideos y demás pastas de masa, las sillas solas para montar, papas y silla de estrado. Asimismo se fija la libertad de exportación para algunos productos y se aplican aranceles menores a la exportación de cueros, oro y plata sellada.

José María Rosa, Miron Burgin, Jorge Abelardo Ramos y Vivian Trias rescatan la importancia de esta ley, aunque disienten con respecto a la hondura y permanencia de su ejecución. El historiador Rosa la aplaude como expresión de la política nacional de Rosas y sostiene que solo dejó de funcionar al producirse bloqueos extranjeros, pues Rosas libraba el comercio para estimular la ruptura del bloqueo. Afirma asimismo que los resultados fueron fructíferos en la provincia de Buenos Aires y también en el interior del país.

Miron Burgin, en cambio, afirma que la ley tuvo escasa vigencia y quedó prácticamente anulada a partir de diciembre de 1841. Jorge A. Ramos, por su parte, plantea que "el estímulo otorgado por esta Ley de Aduanas, que la mayor parte de nuestros histo-

riadores pretende ignorar, produjo una reanimación de nuestra industria artesanal"¹⁰², aunque señala que "no es menos cierto que nada hizo para tecnificar nuestras primitivas industrias"¹⁰³. Agrega que "El 'nacionalismo' de Rosas estaba limitado por la restringida base de clase en cuyos límites se movía"¹⁰⁴ y que "mantuvo el viejo 'status', indiferente al avance técnico de la industria, [el gobierno] no habría de seguir el camino genial de Caravante López, caudillo paraguayo, que con una base de operaciones infinitamente menor que la de Rosas, supo [...] construir en el corazón de la selva, la primera potencia sudamericana. Rosas, era al fin y al cabo, un estanciero godo, políticamente un reaccionario de los pies a la cabeza, insensible al progreso, que él, sin embargo, encarnó en un momento, en su condición de gran empresario"¹⁰⁵.

Por su parte, Trias sostiene: "[J. M. Rosa] tiene razón, de que la ley del 35 es un poderoso factor aglutinante, un paso decisivo hacia la real unidad nacional. En prieta síntesis dispone: La protección a los talleres de herrería, platería y talabartería [...] También protege a las carpinterías y fábricas de carruajes [...] A las zapaterías gravando con 35% la introducción de zapatos. A las tejedurías, prohibiendo la importación de ponchos, fajas, jergas, etc. [...] Alcanza a proteger algunas manufacturas criollas como las velas de cebo, peines, artículo de hueso, escobas [y otras], puesto que son liberadas de toda competencia extranjera"¹⁰⁶. A su vez, admite Trias: "Es una norma más acentuadamente proteccionista que la decretada por Artigas en 1815, pero ofrece importantes carencias que estaban perfectamente contempladas en las soluciones del Protector [de los Pueblos Libres]: a) No prohíbe a los extranjeros ejercer el comercio en el mercado interior; b) No nacionaliza la renta aduanera del puerto de Buenos Aires para capitalizar a las provincias desvalidas y c) Mantiene la dictadura monopoliaria"¹⁰⁷. Agrega que la época de mayor efecto de la ley es la que va desde 1836 a 1838. Luego, el bloqueo francés le quita sentido y en 1841, se anula la prohibición de importar¹⁰⁸. Y a partir de esa época se aplican tarifas apenas superiores a las de Rivadavia (el 17%, en vez del 15%). Sin embargo, manifiesta que el arancel restablecido alcanzaba hasta el 35%. Por su parte, Gálvez afirma que la importación crece en forma acentuada en 1844, "favorecida por las moderadas tarifas aduaneras"¹⁰⁹.

Aun cuando los aranceles no se hubiesen mantenido de manera consecuente, esta ley resulta un intento de política nacional, tomando en consideración los intereses provincianos. Ello provoca, entre 1836 y 1838, declaraciones de apoyo por parte varias provincias (Salta, Tucumán y Catamarca), verificándose, además, que en ese período no se producen alzamientos, ni alianzas de los jefes federales del interior con los unitarios, en contra de Rosas.

Por su parte, el Imperio Británico se sintió contrariado por el proteccionismo rosista. Al respecto, comenta H. S. Ferns: "Cuando en 1835 Rosas se lanzó a una política proteccionista con el objeto de conciliar los pequeños intereses comerciales de las provincias del interior, el Gobierno británico no objetó nada. Al informar sobre los nuevos programas de impuestos de 1835, el Cónsul británico, Griffiths, hasta vio algo bueno en ellos,

¹⁰² Ídem, p. 136.

¹⁰³ Ídem.

¹⁰⁴ Ídem, p. 137.

¹⁰⁵ Trias, Vivian: ob. cit., p. 112.

¹⁰⁶ Ídem, p. 113.

¹⁰⁷ Ídem, pp. 114-116.

¹⁰⁸ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 369.

¹⁰⁹ Ferns, H. S.: *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1966, p. 256.

como medios de estimular las actividades industriales y agrícolas locales. En el Foreign Office no se recibieron con tanta calma las noticias de una nueva serie de aumentos de impuestos aduaneros que se aplicarían en Buenos Aires en 1837. Palmerston comunicó al Ministro británico que 'no hiciera uso del derecho de protestar formalmente', pero que deseaba que el Ministro aleccionara al Gobierno de Buenos Aires sobre las virtudes del libre tráfico y la locura de los altos impuestos aduaneros, y le señalara 'los perniciosos efectos sobre el comercio del país que con tanta seguridad se seguirían de aquellos'.

La ley de Aduanas tuvo pues su importancia, aunque no se aplicó de manera permanente. Pero el mantenimiento de la Provincia Metrópoli, es decir, puerto único y recursos aduaneros exclusivamente para Buenos Aires, impidió que las provincias fueran efectivamente beneficiadas en sus posibilidades de desarrollo, pues carecieron de la financiación necesaria.

Otro aspecto a considerar de la política económica rosista reside en la eliminación del Banco Nacional -que había sido instrumento poderoso de los intereses británicos en años anteriores- convirtiéndolo en Casa de Moneda, aunque siguió operando parcialmente en cuestiones financieras sin devengar dividendos. Luego, en 1854, el gobierno rescató las acciones a través del pago a los accionistas privados y ya funcionó como Banco de la Provincia de Buenos Aires, aunque esta denominación definitiva la adquiere recién en 1863.

En lo que respecta al comercio de los ingleses en Buenos Aires, el Restaurador reseta su funcionamiento, mediatizado durante la vigencia de la ley de Aduanas. En esa época, el cuero se sigue exportando a Gran Bretaña y la carne salada todavía a mercados esclavistas, como los de Cuba, Estados Unidos y Brasil. También se comienza a exportar lana a Gran Bretaña. Casi el 30% del tonelaje de la exportación total, en 1851, tenía como destino el mercado británico.

Monopolio de los recursos aduaneros y del puerto

Durante la mayor parte del siglo XIX, la política de Buenos Aires de puerto único y apropiación de los recursos de la Aduana constituyó una de las causas fundamentales del enfrentamiento entre la oligarquía porteña y los pueblos del interior. Ahí reside la razón de que algunos caudillos federales opuestos a la política rivadaviana, se opongan también a la política de Rosas, como es el caso del correntino Ferré o del "Chacho" Peñaloza, y que otros, como Quiroga o Estanislao López, mantengan disidencias con el Restaurador.

La exigencia de distribución de los recursos aduaneros se levantó una y otra vez y resultaba implícita en el reclamo de la organización constitucional, pues esta significaba que la Aduana debía ser nacional y sus recursos, distribuidos. Varios fueron los hombres que desarrollaron fuertes argumentos acerca de esa reivindicación, sobresaliendo entre ellos Juan B. Alberdi y más tarde, Olegario Andrade.

Ya se ha hecho referencia al análisis de Alberdi sobre la Provincia-Metrópolis, donde denuncia que "la Revolución de Mayo fue la sustitución de la autoridad metropolitana de España por la de Buenos Aires sobre las provincias argentinas: el *colonioje porteño* sustituyendo el *colonioje español*", dominación que se ejerce a través del exclusivismo portuario y el monopolio de la renta aduanera.

Por su parte, Olegario Andrade, en su folleto *Las dos políticas*, también centra la guerra civil en torno del puerto y la Aduana: "Derrocado en 1810 el régimen metropolitano y devuelta la soberanía política del país al pueblo de sus provincias, Buenos Aires se erigió

¹⁰⁰ Alberdi, Juan Bautista: *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Buenos Aires, Fernández Blanco, 1962, p. 105.

de hecho en Metrópoli territorial, monopolizando -como ha dicho el señor Alberdi- en nombre de la República independiente, el comercio, la navegación y el gobierno general [del] país, por el mismo método que había empleado la España [...]. La Metrópoli había cambiado de nombre. En vez de Madrid se llamaba Buenos Aires [...]. Buenos Aires ha querido desde 1810 mantener en sus manos el monopolio del comercio exterior, y en sus cofres el producto de las rentas que él produce". Y continúa: "Vencida por las armas y los sucesos la política del centralismo unitario, ha dicho el señor Alberdi, y no pudiendo Buenos Aires tomar el poder interior de las provincias por medio de una Constitución, lo tomó por medio de la ausencia de toda constitución y de todo gobierno nacional". "Los caudillos representan la resistencia de los pueblos al ascendente usurpado, a la codicia sordida, de la política centralista de Buenos Aires". "Todo para Buenos Aires y nada para las provincias, destituidas de un gobierno propio, privadas de sus rentas, de su comercio y de sus vías fluviales de navegación". Desde esta perspectiva, Andrade encuentra continuidad entre Rivadavia, Rosas y Mitre, aunque también incluye erróneamente a Dorrego, aunque este se preocupó porque se dictara la constitución que pondría fin a esa explotación.

Una de las requisitorias más contundentes al respecto proviene del santafesino Manuel Leiva, federal provinciano que colaboró con Ferré y más tarde, con Urquiza, bregando siempre por la constitución y la nacionalización de los recursos aduaneros. En carta al catamarqueño Tadeo Acuña, Leiva aborda el tema en profundidad: "si hoy no se hacen los arreglos que se proponen en la expresada atribución [...], nuestra patria será siempre un caos; nuestro estado insubsistente y precario, porque el extranjero lo acaba, destruyéndolo; nuestro comercio cada día más ruinoso, porque el extranjero lo acaba, destruyéndolo; nuestras producciones e industrias; nuestros ríos infructíferos a la generalidad; yendo nuestras rentas hechas el patrimonio de uno solo, y todo el país pobre y miserable. Las provincias de Cuyo son el mejor testigo de estas verdades, como que ellas son las más perjudicadas, por la libertad concedida al comercio extranjero, proporcionalmente los demás pueblos. Buenos Aires es quien únicamente resistirá la formación del Congreso, porque en la organización y arreglos que se meditan, pierde el manejo de nuestro tesoro, con que nos ha hecho la guerra, y se cortará el comercio de extranjería, que es el que más le produce; pero por esas mismas razones los provincianos debemos trabajar en sentido contrario a ellos, para que nuestro tesoro nos pertenezca, y para poner trabas a ese comercio que insuena nuestros caudales, ha muerto nuestra industria y nos ha reducido a una miseria espantosa. Nada importan, mi amigo, la paz y tranquilidad, si la industria territorial, que es el manantial fecundo de la riqueza, ha de quedar sin protección, el tesoro de la Nación, siguiendo el problema de si nos pertenece a todos, o solo a los señores porteños, como hasta aquí, y nuestros puertos desiertos. No es porque hoy pertenezca a Corrientes como diputado de allí; pero esta provincia, es indudable que en medio de la guerra y sin los recursos y auxilios de un orden general, por haber adoptado el sistema de leyes restrictivas al comercio extranjero, y de protección a su industria, es una de las más florecientes. ¡Ojalá que el ejemplo que nos ha dado, sea imitado de todos! Trabaje, pues, en el sentido que trabaja la Comisión Representativa: deteste a los partidarios del engrandecimiento del gran pueblo y ruina de la República; interponga su influencia y

¹⁰¹ Andrade, Olegario: ob. cit., pp. 53 y 54.

¹⁰² Idem, p. 52.

¹⁰³ Idem, p. 78.

¹⁰⁴ Idem, p. 80.

relaciones, para que cuanto antes venga el diputado de esa provincia y su misión sea para llenar los objetos indicados, manifestando el gobierno su pronunciamiento por la pronta instalación del Congreso General Federativo. Si así se hace, tendremos Patria y seremos felices y si no, yo no veo muy distante la época, en que rindamos la rodilla a otro amo, tal vez peor que los españoles¹¹¹.

El monopolio del puerto y los recursos aduaneros resulta, pues, el talón de Aquiles de la política rosista que esteriliza los efectos que pudo provocar la ley de Aduanas, en los años en que rigió. Por esta razón, no debe conceptuarse su política como "nacional" -sino como un nacionalismo bonacrense-, sin por ello dejar de reconocer que frente a la prepotencia de las potencias extranjeras, el Restaurador supo asumir la defensa de la soberanía, es decir, un efectivo nacionalismo territorial. Solo desde esta perspectiva es posible comprender la posición antirrosista del "Chacho" y de Ferré, así como el pronunciamiento de Urquiza.

De este modo, el nacionalismo de Rosas evidencia sus límites, pues mientras obstaculiza la construcción de un auténtico poder nacional que se colocaría por sobre la provincia de Buenos Aires y controlaría, entre otras cosas, la Aduana y el Puerto, se opone a la acción colonialista de las grandes potencias.

Ibarguren reconoce que Rosas no quería organizar constitucionalmente el país por que "reunir un Congreso Constituyente significaba crear autoridades superiores a la provincia de Buenos Aires; mientras que sin una definitiva Constitución Nacional las provincias continuarían bajo el influjo del gobernador de Buenos Aires, encargado por ellas de la representación exterior. Manteniendo a los Estados federales solo en unión de hecho o vinculados por pactos o alianzas, la influencia del gobierno porteño gravitaría siempre sobre ellos en forma decisiva. Ese fue el programa que en todas las épocas sostuvo Rosas¹¹²". Gálvez también reconoce esa limitación de la política rosista: "Es extraño que los tres grandes caudillos federales -Quiroga, primero, López ahora y dentro de un año Ibarra- se interesen tanto ante Rosas por un congreso y una constitución [...] Pero Rosas no está de acuerdo [...] López ha quedado estupefacto al oír a Rosas, y así se lo escribe a Quiroga: 'No se ha separado de mí el estupor que aquellas palabras causaron en mi ánimo; lo primero que se me ocurrió, en aquel desagradable momento, fue que esto causaría más males a la República que los que han originado los unitarios mismos¹¹³'. Agrega Gálvez que "la actitud de Rosas significa una catástrofe para las provincias, que no tienen casi rentas porque el único puerto importante de la República es Buenos Aires. López quiere -así entiende al federalismo- que las entradas del puerto sean nacionales, que se repartan entre todas las provincias. No hacerlo es condenar a casi todas a la miseria y al hambre. López queda triste¹¹⁴".

En otra parte de su biografía, Gálvez intenta paliar la responsabilidad de Rosas en esta cuestión: "¿Por qué Rosas no quiere congreso, ni constitución? El tiene el egoísmo del porteño frente a las provincias. Una constitución significaría la igualdad entre los Estados, y él quiere el dominio de Buenos Aires y su propio dominio personal. Pero no solo por ansia de poder. Lo quiere también porque teme a la reacción unitaria¹¹⁵".

¹¹¹ Carta de M. Leiva a Tadeo Acuña, marzo de 1832, en Palma, Federico: *Manuel Leiva, pregonero de la unidad nacional*, Santa Fe, Colmegna, 1946, pp. 47 y 48.

¹¹² Ibarguren, Carlos: *ob. cit.*, p. 159.

¹¹³ Gálvez, Manuel: *ob. cit.*, p. 136.

¹¹⁴ *Idem.*

¹¹⁵ *Idem.*, p. 137.

La Generación del 37

En los primeros años del regreso de Rosas al poder, se incorpora a la política un grupo de jóvenes, nacidos alrededor de 1810, que pasan a la historia como "la generación del 37". El análisis de su aparición y posterior declinación resulta interesante pues la mayor parte de sus integrantes expresan la frustración de una inteligencia que se propuso desarrollar una cultura y un pensamiento nacional, pero fue derrotada en el intento. Solo algunos de ellos -en sus altos años- lograron comprender la realidad y formular planteos con ópticas no colonizadas.

Estos jóvenes se nucleaban inicialmente en derredor de cuestiones literarias. Uno de ellos -Marcos Sastre- es dueño de una pequeña librería a la cual concurren, entre otros, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López y Miguel Cané. De estas reuniones nace, hacia 1837, el "Salón Literario", cuyas ideas se expresan en el periódico *La Moda*, dirigido por Alberdi. Poco tiempo después -1838- el grupo pasa de la literatura a la política y se organiza como "Asociación de la Joven Argentina" (más tarde, en 1846, tomará el nombre de Asociación de Mayo) manifestando que su propósito es superar el antagonismo teórico y político entre unitarios y federales, introduciendo las ideas más progresistas que circulan por Europa pero, al mismo tiempo, manteniendo una posición nacional. En sus biografías se registra el drama de ensayistas y políticos que pretenden conocer y profundizar los problemas de la realidad propia pero que -salvo algunas excepciones- son derrotados por las ideologías importadas desde Europa.

Los simplificadores de la historia han pretendido asimilarlos a los viejos unitarios, pero la mayoría de estos jóvenes toma distancia de la generación anterior que ha gobernado en la década del veinte. Más aún, varios de los hombres "del 37" condenan la arrogancia y el europeísmo de viejos unitarios como Alsina y Rivadavia y si bien critican el autoritarismo y el tradicionalismo de Rosas, creen posible alguna forma de acuerdo con el Restaurador.

El periódico *La Moda*, por ejemplo, se encabeza con un "Viva la Federación". A tal punto llegan los guiños de estos jóvenes al Restaurador, que Cané le comenta a Alberdi que Florencio Varela "no gusta nada, siente que te hayas pasado a los federales y elogios a Rosas¹¹⁶".

Alberdi, que ha estudiado gracias al apoyo de Facundo Quiroga y Alejandro Heredia, llegará a sostener que: "Rosas no es un simple tirano. Si en su mano hay una vara sangrienta de hierro, también veo en su cabeza la escarapela de Belgrano¹¹⁷". También sostuvo: "Rosas,



Juan Bautista Alberdi. Retrato por Carlos E. Pellegrini, esposo de 1832.

¹¹⁶ Mayet, Jorge: *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, p. 135.

¹¹⁷ Murray, Luis Alberto: *Pro y contra de Alberdi*, Buenos Aires, Coyoacán, 1960, pp. 56 y 57.

considerado filosóficamente, no es un déspota que duerme sobre bayonetas mercenarias. Es un representante que descansa sobre la buena fe, sobre el corazón del pueblo"¹¹².

Asimismo, Sarmiento, en su primera edición de *Facundo*, formula una descripción crítica e implacable acerca de Valentín Alsina, como expresión arquetípica del unitario arrogante y desdenoso del pueblo. Marcos Sastre, por su parte, al inaugurar su Salón Literario "hizo la crítica de la administración de Rivadavia, a quien acusó de plagio de métodos exóticos, levantó nubes de incienso a la 'época feudal' y entonó unas loas al 'Gran Rosas', proclamando el divorcio absoluto con todo sistema extraño que no estuviese en armonía con el sentimiento instructivo del pueblo"¹¹³. Si bien se exilia en 1840, perseguido por Rosas, Sastre pasa luego a desempeñarse como vicedirector del Colegio Republicano Federal, y en 1849 dirige el Colegio San Jerónimo, bajo la gobernación de Echagüe en Santa Fe. Resulta interesante observar que Sastre es destituido, por los mitristas, después del golpe del 11 de septiembre de 1852 y detenido por el mitrismo en 1853, pasando luego a desempeñarse en la Confederación Urquicista¹¹⁴. Resultaría, entonces, erróneo calificarlo como hombre del unitarismo, sino más bien como una expresión federal del Interior, en la misma línea que tomará después, según veremos, Juan Bautista Alberdi.

Semejante es el caso de Juan María Gutiérrez. Al contrario de Eduardo, Ricardo y José María, que fueron partidarios de Mitre, Juan María, en 1852, como ministro del gobierno de Vicente López y Planes en la Provincia de Buenos Aires, enfrenta al mitrismo en las famosas "sesiones de Junio" y luego, colabora en *La Reforma Pacífica*, dirigida por Nicolás Calvo contra los liberales de Buenos Aires. De posiciones americanistas, Juan María Gutiérrez mantiene estrechas relaciones de amistad con el Alberdi del exilio. Gutiérrez sostuvo: "Si hemos de tener una literatura, hagamos que sea nacional; que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza, así como nuestros lagos y nuestros ríos solo reflejan en sus aguas las estrellas de nuestro hemisferio"¹¹⁵. En el mismo sentido, otorgando importancia a "lo nacional", se expresan Echeverría y Alberdi. Echeverría sostuvo: "Hagamos de cuenta que de nada nos sirve la instrucción pasada, sino para precavernos; procuremos, como Descartes, olvidar todo lo aprendido, para entrar con toda la energía de nuestras fuerzas en la investigación de la verdad. Pero no de la verdad abstracta, sino de la verdad que resulta de los hechos de nuestra historia y del conocimiento pleno de las costumbres y espíritu de la nación. Llenos de buena fe y entusiasmo, amparándonos en los tesoros intelectuales que nos brinda el mundo civilizado por medio del tenaz y robusto ejercicio de nuestras facultades, estampemos en ellos el sello indeleble de nuestra individualidad nacional. Al conocimiento exacto de la ciencia del siglo XIX, deben ligarse nuestros trabajos sucesivos. Ellos deben ser la preparación, la base, el instrumento, en suma, de una cultura nacional verdaderamente grande, fecunda, original, digna del pueblo argentino, la cual iniciará con el tiempo la completa palingenesis y civilización de las naciones americanas [...] No salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones, elevar el ojo de la inteligencia en las entrañas mismas de nuestra sociedad, es indudable que debemos atenernos al trabajo europeo, porque no tenemos tiempo de especular, ni medios materiales de experiencia y observación de la naturaleza, pero en política, no

¹¹² Mayer, Jorge: ob. cit., p. 135.

¹¹³ Antonio Salvadores en Cusolo, Vicente: ob. cit., tomo VI, p. 738.

¹¹⁴ Cusolo, Vicente: ob. cit., p. 740.

¹¹⁵ Astrada, Carlos: "La Generación de 1837", en *Claves de historia argentina*, Buenos Aires, Merlin, 1968, p. 24.

nuestro mundo de observación y aplicación, está aquí, lo palpamos, lo sentimos palpar, podemos observarlo, estudiar su organismo y sus condiciones de vida y la Europa poco puede ayudarnos en eso [...] Busco una literatura original, expresión brillante y animada de nuestra vida social, y no la encuentro, todo el saber e ilustración que poseemos no nos pertenece [...] Es una vestidura hecha de pedazos diferentes y de distinto color, con la cual apenas podemos encubrir nuestra miserable desnudez"¹¹⁶.

En estos jóvenes partidarios del historicismo y fervorosos lectores de Saint Simon -rotulados por algunos como "los románticos"- predomina una vocación por no imitar, ni copiar las viejas enseñanzas, lo cual los conduce a postular una cultura nacional, que sea expresión auténtica de estas tierras, de sus costumbres y experiencias. Este propósito resulta incuestionable -según las citas que reproduce el filósofo Carlos Astrada, en *Claves de Historia Argentina*- y probablemente es compartido por otros integrantes de la agrupación como Sarmiento, en San Juan y Vicente Fidel López, en Córdoba. Sin embargo, si ellos se postulaban como nacionales más o menos federales y posibles consultores del Restaurador, este no tiene intención alguna de incorporarlos como asesores.

Pérez Amuchástegui señala que "nada grave ocurrió hasta que se produjo el bloqueo francés (28 de marzo de 1838). Pero *La Moda* guardó silencio sobre ese hecho en los cuatro números aparecidos con posterioridad, y ello fue suficiente demostración de apatía patriótica a juicio de Rosas, quien dispuso la clausura del diario por "afrancesado". De allí en adelante, los concurrentes al Salón Literario pasaron a ser considerados opositores y tachados gratuitamente de 'unitarios' conforme al principio absolutista, imperante a la sazón, de que quien no estaba con Rosas, estaba contra él"¹¹⁷. Agrega Amuchástegui que "estos jóvenes, sin embargo, proclamaban a los cuatro vientos no ser unitarios, sino doctrinarios de un partido nuevo y Echeverría, en su momento, impugnó bravamente a José Rivera Indarte cuando este, olvidado de sus anteriores furias mazorqueras y auspiciaba la vuelta lisa y llana a la Constitución de 1826: 'El partido unitario -refutaba Echeverría para repudiar el retorno a ese régimen- no tenía reglas legales de criterio socialista, desconoció el elemento democrático, no tuvo fe en el pueblo y creyó poder gobernar sin este. Rosas tuvo más tino: echó mano del elemento democrático, lo explotó con destreza y se apoyó en su poder para cimentar la tiranía"¹¹⁸. Ante la persecución, Echeverría amaina sus ímpetus y se retira a su estancia pampeana limitando su accionar político. Tiempo después, aún coincidiendo con la campaña de Lavalle con apoyo francés, para derrocar a Rosas, califica a ese general, en uno de sus poemas, como "espada sin cabeza".

Alberdi, por su parte, se refugia en Montevideo, aunque manteniendo sus diferencias con el grupo de los viejos rivadavianos, como Alsina, Agüero, Martín Rodríguez y otros. En sus textos, estos jóvenes de la Asociación de Mayo insisten en la necesidad de defender "lo nacional" y consolidar "una cultura nacional", pero, esa defensa de "lo nacional", se presta a confusión y debe ser relativizada, teniendo en cuenta dónde y cómo se manifestó. A este respecto es interesante señalar la interpretación que, desde una perspectiva reaccionaria, realiza José P. Barreiro, en su libro *El espíritu de Mayo*. Según Barreiro, "lo nacional" residía en "la independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen [...] destruir estos gérmenes nocivos y emanciparnos completamente de esas tradiciones añejas"¹¹⁹. La originalidad, la no imitación, la propuesta de lo americano y nacional, predicada por Echeverría y sus compañeros, no

¹¹⁶ Idem, pp. 15-17 y 21-22.

¹¹⁷ Pérez Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo 3, p. LXVI.

¹¹⁸ Idem, tomo 3, p. LXVI.

¹¹⁹ Barreiro, José P.: *El espíritu de Mayo*, Buenos Aires, Ediciones Antonio Zaverza, 1955, p. 281.

consistía, pues, en liberarse de las influencias que él mismo había recibido durante su estadía en París, entre 1825 y 1830, sino en la ruptura precisamente con lo propio: "Los brazos de la España no nos oprimen, pero sus tradiciones nos abrumen... La idea estacionaria, la idea española, saliendo de su tenebrosa guarida, levanta de nuevo triunfante su estólida cabeza y lanza anatemas contra el espíritu reformador y progresivo [...] El problema se resolvería repudiando la herencia que nos dejó España"¹⁰⁹. Es decir, lo que se predica no consiste en la síntesis entre lo americano o criollo con la influencia española proveniente de la colonización, para una sociedad que habla castellano, cuyos políticos han sido hijos y son nietos de españoles y criollos, en una patria grande que es hispano-américa, sino en renegar de todo lo español para abrirse a la influencia francesa en lo cultural e inglesa en lo económico.

Aquí parece residir el drama de esta generación del 37, que escribirá en un lenguaje incuestionablemente nacional (la descripción, con colores vivos, del Matadero por Echeverría, los *Recuerdos de provincia* y el *Facundo* de Sarmiento), pero cuyos contenidos no resultan nacionales (para Echeverría la barbarie son los peones del matadero, ensangrentados y brutos, como expresión del rosismo, mientras el progreso lo expresa el joven unitario de finos modales y cultura europeizada; para Sarmiento, habrá entonces "civilización" enfrentando a la barbarie de Quiroga y Rosas). Formas nacionales y contenidos antinacionales prevalecerán en muchos de estos escritores y los llevarán a denigrar a su propio pueblo.

Algunos revisionistas de derecha se han burlado -y con razón- de unos versos de Echeverría que evidencian su desconocimiento del país: "Era la tarde y la hora/ en que el sol la cresta dora, de los Andes/ el desierto, incommensurable, abierto", donde pareciera que desde la pampa es posible ver las montañas de los Andes, disparate propio de quien no conoce a su país. Asimismo, se ha criticado a estos jóvenes por su vinculación con los franceses -que provocaría el enojo de San Martín- así como su aristocratismo, que los conduce -no obstante que titulan a su programa "El dogma socialista"- a proponer que no voten los analfabetos. Pero lo más importante, en la experiencia de estos jóvenes, es su frustración por alcanzar una posición nacional y concluir, la mayoría de ellos, vinculados a los viejos unitarios, a pesar de mantener disidencias con ellos y especialmente su adhesión a la cosmovisión de "civilización o barbarie".

A. J. Pérez Amuchástegui, en su *Crónica Argentina*, se refiere a ellos como "los románticos" y después de marcar sus limitaciones, expresa una posición sumamente crítica. "Lo romántico -sostiene Amuchástegui- requiere algo más que ocuparse del indio, de la pampa, del desierto, del cautiverio. Lo romántico requiere un contenido atávico, una morrina folklórica, un amor profundo a la tradición, a la tierra, a lo autóctono. Y eso brilla por su ausencia en *La Cautiva* [...] Echeverría describe la pampa con la misma habilidad -e insensibilidad- con que podría haber descripto un paisaje suizo, imponente por su grandiosidad, pero falto del calor telúrico que tendría indudablemente, para un romántico suizo. No ve en el indio al señor de las pampas aferrado a su tierra, sino al salvaje inhumano que solo goza en la beodez y espera solazarse en el abuso sádico de las cautivas blancas"¹¹⁰.

Asimismo, Pérez Amuchástegui sostiene que si bien en sus discursos a los jóvenes "no les faltaba razón, sin duda. Pero tampoco cabe duda de que ellos tenían ideas muy peculiares sobre la democracia, la fe en el pueblo y el gobierno compartido. Sus 'reglas legales de criterio socialista' estaban hechas a la medida de ese pequeño grupo engraisado

¹⁰⁹ Echeverría, Esteban, citado por Barreiro, José: *ob. cit.*, p. 283.
¹¹⁰ *Idem*, tomo 3, pp. LXV y LXVI.

de su intelectualidad. Para evitar malos entendidos, nada mejor que repetir conceptos del mismo Echeverría: "La razón colectiva solo es soberana, no la voluntad colectiva. La voluntad es ciega, caprichosa, irracional; la voluntad quiere, la razón examina, pesa, decide. De aquí resulta que la soberanía del pueblo solo puede residir en la razón del pueblo y que solo es llamada a ejercer la parte sensata y racional de la comunidad social. La parte ignorante queda bajo la tutela y salvaguardia de la ley dictada por el consentimiento uniforme del pueblo racional" [...] Por más que protestaran y juraran el propósito conciliador, en el fondo estaban demasiado cerca de los unitarios y creían, con ellos, constituir una 'clase culta' ungida por la Providencia para guiar, proteger, educar a esas multitudes ignoras que generosamente se prestaban a tutelar. Estos románticos a la violenta, imbuidos de ideas extranjerizantes y desdenosos de lo autóctono, tampoco creían en la voluntad popular, se horrorizaban ante la multitud y auspiciaban el establecimiento liso y llano del despotismo ilustrado"¹¹¹.

Reflexionando desde esta perspectiva, Amuchástegui entiende que "la pedantería intrínseca de estos jóvenes que negaban el principio roussoniano de la voluntad popular mientras se decían mentores del republicanismo, chocaba violentamente a los federales apostólicos, que comenzaron con advertencias para que se callaran la boca y terminaron persiguiéndolos por 'salvajes traidores, asquerosos, herejes unitarios'. Los ilusos componentes de la Joven Generación tuvieron que emigrar [...] pero los viejos unitarios, cuya habilidad política no habrá de negarse, supieron envolver a estos jóvenes en tenebrosas redes y los transformaron en defensores indirectos de su pérdida causa. Primero los convencieron de la necesidad de aliarse con los franceses y con Rivera en la lucha contra Rosas y lograron que esos jóvenes activísimos, se transformaran en verdaderos líderes de la defensa del intervencionismo, mientras los maquinélicos miembros de la logia unitaria quedaban como relegados a un segundo plano en esa guerra contra la soberanía argentina. Luego, Alberdi, Echeverría, Sarmiento, Mármol, Varela, Sastre, Gutiérrez, en fin, sacaron a relucir sus frescas y bien afiladas plumas y abrieron un nuevo frente contra Rosas a través de la guerra de impresos"¹¹². Amuchástegui concluye de manera contundente: "Los renovadores de la Joven Generación Argentina terminaron haciendo la conjunción de esfuerzos en la lucha contra Rosas les hizo perder toda personalidad y quedaron íntimamente ligados a los unitarios a través del cordón umbilical que representaba la convicción común de que solo un despotismo ilustrado podía dar soluciones efectivas al país. El homenaje de Echeverría a los unitarios quedó patentizado en sus simpatías hacia ese unitario alambicado y fífi que se asquea ante la barbarie de los gauchos tintos en sangre que cumplían su trabajo rutinario en estos supuestos románticos"¹¹³. Este fenómeno de jóvenes que levantan ideas progresistas y enarbolan las banderas más puras y revolucionarias, pero que concluyen resultando cómplices de la invasión de su patria y de los sectores reaccionarios internos y externos, se va reiterar a través de nuestra historia en diversas expresiones de la izquierda durante el siglo XX.

Puede considerarse que las críticas de Amuchástegui -que nunca fue un historiador más cercano a la realidad de aquella época el rol de aquella generación. Sin embargo,

¹¹¹ *Idem*, tomo 3, pp. LXVII y LXVIII.
¹¹² *Idem*, tomo 3, p. LXVIII.
¹¹³ *Idem*.

podría acotársele que algunos de esos jóvenes supieron replantearse sus concepciones políticas ideológicas. Tanto Alberdi como Gutiérrez apoyarán a la Confederación uruguayista y resultarán claros adversarios del mitrismo oligárquico.

La primera intervención extranjera

En 1838, usando como excusa un incidente relativo a la obligatoriedad de cinco franceses radicados en Buenos Aires de prestar el servicio de las armas, el almirante Leblanc impone el bloqueo al puerto. Conviene recordar la fecha porque ocho años antes, también con una excusa baladí, Francia se apoderó de Argelia y la convirtió en colonia.

Como jefe de la Confederación a cargo de las relaciones exteriores Rosas se halla dispuesto a escuchar reclamos y a adoptar, en su caso, las medidas que correspondan pero manifiesta que "exigir sobre la boca del cañón privilegios que solamente pueden concederse por tratados, es a lo que este gobierno -tan insignificante como se quiera- nunca se someterá"¹²⁶.

El bloqueo se mantuvo y resultaba evidentemente una acción desproporcionada, acorde con la intención de Francia de doblar el brazo a la Confederación en este tema para avanzar luego con otras exigencias de tipo colonialista, asegurándose así una presencia importante en el Río de la Plata. La situación se agrava, en octubre, cuando el jefe de gobierno uruguayo (Fructuoso Rivera) y la Comisión Argentina (especie de "gobierno en el exilio", gestada por unitarios escapados a Montevideo), acuerda con los franceses la invasión a Martín García.

La isla se hallaba defendida por 125 hombres al mando de Jerónimo Costa, quienes luchan heroicamente contra las tropas francesas siendo derrotados el 11 de octubre, pero mereciendo el elogio del jefe de los invasores por el arrojo con que defendieron nuestra soberanía. Costa, el héroe de Martín García, será uno de los tantos olvidados por la historiografía oficial.

La situación se torna muy difícil para Rosas durante el año 1839. Berón de Astrada, gobernador de Corrientes, se ha sublevado y negocia con Rivera, mientras Estanislao López ahonda sus diferencias con Rosas y también conversa con sus enemigos. En Buenos Aires, los Maza (padre e hijo) urden una conspiración que tiene, a su vez, el apoyo de estancieros del sur bonaerense, mientras en Montevideo, los proscriptos redoblan sus esfuerzos contra lo que juzgan una tiranía insostenible.

A fines de 1838, los emigrados de la vieja guardia unitaria -de los cuales se ha separado Carlos María de Alvear, quien ha aceptado de Rosas un cargo diplomático en Estados Unidos- se habían organizado como la "Comisión Argentina". Preside el grupo el general Martín Rodríguez y actúa como secretario Florencio Varela. Entre los restantes miembros se destacan Valentín Alsina, Julián Segundo de Agüero y el ricachón Braulio Costa. Integran también la comisión, entre otros: Tomás de Iriarte, Félix de Olazábal, Manuel Gallardo y Pedro José de Agrelo. Este grupo firma un acuerdo con el cónsul de Francia, E. Buchet de Martigny para luchar contra Rosas¹²⁷. José María Rosa señala que estos unitarios "no eran hombres de arriesgarse [...] A través de Frías y Balcarce debieron dirigirse a los dispersos de la Asociación de Mayo: Jorge Corvalán, Carlos Tejedor, Santiago Albarracín y Jacinto Rodríguez Peña"¹²⁸ quienes habrían jugado un rol importante

¹²⁶ *La Gaceta Mercantil*, del 31 de marzo de 1838.

¹²⁷ Samillán, Diego Abad de (comp.): *Gran Enciclopedia Argentina*, Buenos Aires, Ediar, 1956, tomo II, p. 384.

¹²⁸ Rosa, José M.: *Historia Argentina*, Buenos Aires, Oriente, 1965, tomo 4, p. 394.

en lograr el convencimiento de Lavalle quien, en un principio, era enemigo de concertar con fuerzas extranjeras. La información que existe parece indicar que ni Echeverría, ni Gutiérrez intervinieron en esas gestiones y que, en cambio, quien más se comprometió fue Alberdi y Enrique Lafuente, otro integrante de la Comisión. Para algunos autores, el grupo integrado por Lafuente, Tejedor, Corvalán, Albarracín y Rodríguez operaba por su cuenta y con cierta independencia respecto a la Comisión Argentina siendo conocidos como "El Club de los Cinco".

De esta manera se gesta la coalición antirrosista: la Comisión Argentina y "el club de los cinco" desde Montevideo en complicidad con un grupo de estancieros que se asumen como "Los libres del Sur" y con las fuerzas invasoras francesas, existiendo asimismo ramificaciones insurreccionales en la ciudad de Buenos Aires y la presión sobre Lavalle para que encabece el movimiento.

Sin embargo, el levantamiento contra el Restaurador comienza a sufrir duros reveses. Berón de Astrada, que lidera la insurrección en el litoral, es derrotado por Urquiza en Pago Largo (31/3/1839). Fallecido Estanislao López, Domingo Cullen acaudilla la campaña contra Rosas pero es vencido por las fuerzas rosistas encabezadas por Juan Pablo López. Poco después, Cullen es fusilado. En Buenos Aires se descubre la conspiración y es fusilado el comandante Ramón Maza, siendo asesinado también su padre, Vicente Maza, a pesar de que Rosas intentó que se fuera del país para salvarse.

Los estancieros complotados en el movimiento de "Los Libres del Sur" -Castelli, Crámer, Ramos Mejía, Deheza, Ezeiza, Gándara, Rico, Lastra, Madero- habían adherido, en algunos casos, a la causa federal, pero algunos de ellos eran enemigos de Rosas desde tiempo atrás. Ita R. Kurlat de Korin y Cristina V. Minutolo, en su trabajo *La revolución del Sur* (1839) coinciden con esta apreciación de Ernesto Morales (*La Prensa*, 22/10/1939): "Rosas había creado un trust de hacendados y saladeros, y venía acosando a los Ramos Mejía y a otros rivales. Los hacendados, socios de Rosas fueron los que combatieron a Rivadavia, hostilizaron a Dorrego y derrocaron a Lavalle. Sus nombres se hallan en la Sociedad Popular Restauradora"¹²⁹. La causa más importante del levantamiento reside en que el bloqueo impedía sus exportaciones y juzgan culpable a Rosas por no ceder a las pretensiones francesas. El nacionalismo defensivo del Restaurador perjudicaba sus intereses y no vacilan a aliarse a Francia para intentar derrocarlo. En noviembre de 1839, los insurrectos fueron derrotados por Prudencio Rosas: los jefes tuvieron suerte diversa pues Crámer murió en combate, mientras Castelli fue tomado prisionero, degollado y su cabeza expuesta durante varios días en la plaza central de Chascomús, mientras Rico logró huir, y fue protegido por los franceses.

El único que continúa la lucha aliado a Francia y a Rivera es Juan Galo de Lavalle. Los emigrados de Montevideo se lo proponen y el general, en principio, se rehúsa: "El gobierno de Rosas, sea lo que fuere, es nacional y yo tengo la ambición de regresar a mi país con honor y para no volver a emigrar jamás, rechazado por la opinión pública [...] Estos hombres [los de la Comisión Argentina] conducidos por un interés propio muy mal entendido, quieren transformar las leyes eternas del patriotismo, del honor y del buen sentido; pero confío en que toda la emigración preferirá que la llamen estúpida, a que su patria la maldiga mañana con el dictado de vil traidora"¹³⁰. Sin embargo, por esas curiosidades de la historia, si una década atrás, Juan Cruz Varela había sido uno de los que había incitado a Lavalle al fusilamiento de Dorrego, ahora su hermano Florencio es uno

¹²⁹ Kurlat de Korin, Ita y Minutolo, Cristina: *La revolución del Sur* (1839), Chascomús, Subsecretaría de la Municipalidad de Chascomús, 1965, p. 12.

¹³⁰ Pasquali, Patricia: *Juan Lavalle. Un guerrero en tiempos de revolución y dictadura*, Buenos Aires, Planeta, 1996, pp. 262 y 263.

de los que convence a Lavalle de la necesidad de aliarse con los franceses. "Lavalle organiza la Legión Libertadora en Martín García, la isla que como territorio de la provincia de Buenos Aires había sido tomada por las fuerzas francesas. Reclutó unos 200 paisanos"¹⁴¹ y "exige la entrega de un millón de francos y la destrucción de la batería del Rosario y ocupación del Paraná"¹⁴² en carta al almirante francés Leblanc y Bucht de Martigny, del 28 de diciembre de 1939. Poco después, con apoyo financiero de Francia y trasladados sus hombres en barcos franceses, ingresa al territorio de las Provincias Unidas. En Entre Ríos y Corrientes derrota a fuerzas leales a Rosas y entra luego en la provincia de Buenos Aires donde derrota al Gral. Pacheco, en El Tala, dispuesto a avanzar hacia Buenos Aires para dar la batalla final. La historia oficial enseña que llega con su ejército hasta Merlo, a pocos kilómetros de la ciudad-puerto y allí acampa, esperando, tal cual se lo prometieron sus amigos liberales en Montevideo, que las masas se incorporen a su ejército para derrocar a Rosas, pero no encuentra apoyo en la población bonaerense. En carta a su esposa sostiene: "No he encontrado más allá sino hordas de esclavos, tan envilecidos como cobardes y muy contentos con sus cadenas"¹⁴³. Nadie se le suma, dicen los historiadores oficiales, por lo cual Lavalle decide no avanzar y conduce su ejército hacia el norte para entroncarlo con la coalición antirrosista que lidera "el zarco" Brizuela.

Sin embargo, alguno de estos historiadores señala: "Próximo al objetivo final de su empresa, el jefe unitario demoró varios días en esa posición, a la espera de que la campaña se levantara en su apoyo y contingentes franceses reforzaran sus líneas"¹⁴⁴. Ibáñez agrega que, al no suceder así, porque "las hordas" -según dice Lavalle- no le eran afectas y porque tampoco llegaron los contingentes franceses (aspecto que otros autores olvidan), el 7 de septiembre "emprendió la retirada en dirección a la provincia de Santa Fe"¹⁴⁵. Pero resulta que según el mismo autor, desde principios de ese año, y merced a la mediación del cónsul inglés, se habían iniciado conversaciones entre diplomáticos franceses y representantes de Rosas. Es muy probable que Lavalle conociera esas negociaciones y haya comprendido que los contingentes no le llegaban porque Francia estaba a punto de abandonarlo (el Tratado Arana-Mackau se firma el 29 de octubre) y ello explicaría su decisión de no avanzar hacia la ciudad-puerto. Francia, para la cual las fuerzas de Lavalle no eran más que "auxiliares", acuerda con la Confederación sin informar a sus aliados unitarios, quienes se sienten traicionados, según sostiene Héctor Ratto en *Hombres de mar en la Historia Argentina*.¹⁴⁶

El tratado Mackau-Arana significa el fin de la primera intervención. El acuerdo establece que los franceses residentes en nuestro país no tienen obligación de prestar el servicio de las armas y asimismo serán indemnizados aquellos que hayan sufrido perjuicios con motivo de esta cuestión, mientras Francia levanta el bloqueo y devuelve la isla Martín García. Más allá de algunas concesiones, resultantes tanto del juego diplomático como de la disparidad de fuerzas, lo importante es que Rosas ha defendido la soberanía rechazando toda imposición de tipo colonialista.

Por su parte, en su marcha hacia el norte, Lavalle es derrotado por Oribe y poco después muere de modo extraño. La Historia Oficial relata que una partida federal tiroteó la casa donde se hallaba y que la bala, con esa puntería que tienen las balas perdidas, le

¹⁴¹ Minutolo y Korin: ob. cit., p. 32.

¹⁴² Idem, p. 32.

¹⁴³ Pasquali, Patricia, ob. cit., p. 328.

¹⁴⁴ Ibáñez, José: *Historia Argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1961, p. 483.

¹⁴⁵ Idem.

¹⁴⁶ Ratto, Héctor: *Hombres de mar en la Historia Argentina*, Buenos Aires, 1941, p. 306, citado por Ibáñez, José: ob. cit., p. 472.

dio en el cuello y lo mató. José María Rosa, en su libro *El cóndor ciego* sostiene la tesis del suicidio. Décadas más tarde, Eduardo Falú y Ernesto Sábato componen una cantata en homenaje a Lavalle (en verdad, en un país con conciencia histórica deberían habérsela hecho a Dorrego) y si se escucha ese calvario sufrido por Lavalle en su camino hacia el norte, la tesis de Rosa adquiere envergadura, resultando más posible que el general se haya metido un tiro en la garganta que una bala haya atravesado las gruesas puertas de la casa colonial donde se encontraba o haya hecho una pirueta curiosa que la historiadora Patricia Pasquali califica así: "un proyectil que tangenció el filo de la puerta hizo impacto entonces en su garganta"¹⁴⁷.

En esta primera intervención, la codicia colonialista corre por cuenta de Francia exclusivamente. Inglaterra no se suma a los agresores y en cambio, a través de su representante diplomático, propicia un acuerdo entre las partes. Una carta del cónsul Parish al almirante Bowles pone al desnudo la posición inglesa: "Rosas, el actual gobernador, es sin duda un gran déspota, y su ministro Anchorena es un viejo español fanático y obstinado; pero conozco muy bien a ambos y, si se los trata adecuadamente responderán a nuestros propósitos mejor que otros individuos cualesquiera que ocuparan sus puestos; son los jefes del partido más fuerte de la República [los federales], personalmente, poseen inmensos intereses y propiedades que dependen de la permanencia de la paz doméstica, que han sido capaces de preservar desde que ascendieron al poder"¹⁴⁸. Seguidamente, Parish argumenta que, si se produjese un reemplazo por Rivadavia y Lavalle, "impuestos por los franceses", Rosas y su grupo de estancieros no tendrían otra alternativa que sostenerse en las masas gauchas, perturbándose así la marcha de los negocios y que entonces "nuestros comerciantes sufrirán penosas consecuencias". La primera, desde la vieja

De esa intervención extranjera quedan dos consecuencias. La primera, desde la vieja Europa llega la voz acerada e incontrastable del General San Martín: "Excelentísimo señor capitán general don Juan Manuel de Rosas. Respetable general y señor: [...] He visto por los papeles públicos de esta el bloqueo que el gobierno francés ha establecido contra nuestro país. Ignoro los resultados de esta medida: si son los de la Guerra, yo sé lo que mi deber me impone como Americano, [...] si usted me cree de alguna utilidad, [...] tres días después de haberlas recibido [sus órdenes] me pondré en marcha para servir a la Patria en la Guerra contra la Francia, en cualquier clase que se me destine"¹⁴⁹. "[Pero] lo que no puedo concebir es, el que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su Patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempos de la dominación española, una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer"¹⁵⁰. El rotundo juicio del general de los Andes cae sobre toda la Comisión Argentina de los emigrados en Montevideo, así como sobre Lavalle y sus jefes.

Sarmiento opina, por supuesto, de otro modo: "Los que cometieron en brazos de la Franco-americanismo [apoyar la invasión francesa]; los que se echaron e ideas en las orillas para salvar a la civilización europea, sus instituciones, sus hábitos e ideas en las orillas del Plata, fueron los jóvenes; en una palabra: ¡fuimos nosotros! [Somos] ¡Traidores a la causa americana, española, absolutista, bárbara! [...] De eso se trata, de ser o no ser salvajes"¹⁵¹.

¹⁴⁷ Pasquali, Patricia: ob. cit., p. 352.

¹⁴⁸ Lynch, John: ob. cit., p. 250.

¹⁴⁹ Idem.

¹⁵⁰ Carta de San Martín a Rosas, del 5/8/38, en San Martín. Su Correspondencia, ob. cit., pp. 123 y 125.

¹⁵¹ Carta de San Martín a Rosas, del 10/7/39, en San Martín. Su Correspondencia, ob. cit., pp. 127 y 128.

¹⁵² Sarmiento, Domingo F.: *Facundo*, Buenos Aires, CEAL, 1967, pp. 235 y 11.

También resulta interesante recordar que años atrás, en 1829, al producirse un conflicto con Francia, "más de cien hombres del pueblo, en desordenado tropel, llegaron a la casa del cónsul francés Mendeveille y con gran estrépito pretendieron invadirla"¹⁰¹. Mariquita Sánchez, quien después de enviudar de Thompson, se había casado con el cónsul Mendeveille, los enfrentó e "improvisó un discurso que ni el señor Rivadavia lo diría tan largo y tan bien, que se salieron todos", según recuerda Gregorio López, en carta a Juan Peña, reproducida por Zavalla Lagos. "Esa actitud muestra -señala Zavalla Lagos- su valor frente a la turba, pero ya los momentos aciagos se van sucediendo y su amigo de la infancia, Juan Manuel de Rosas, censura a Mariquita: 'Conoci antes a una María Sánchez buena y virtuosa federal. La desconozco ahora en el billete con tu firma que he recibido de una francesita parlanchina y coqueta'"¹⁰². Ella contestó de este modo: "Mi querido Juan Manuel: Te doy las gracias por tu carta. De cualquier modo que me hayas contestado, solo el hacerlo con tanta puntualidad en medio de tus graves ocupaciones, es ya una fineza de que en todo tiempo te sabré agradecer. No quiero dejarte en la duda de si te he escrito una francesa o una americana. Te diré que, desde que estoy unida a un francés, he servido a mi país con más celo y entusiasmo aún, y lo haré siempre del mismo modo, a no ser que se ponga en oposición con la Francia, pues mi marido es francés y está al servicio de su nación [...] Así, mi amigo, en tu mano está que yo sea americana o francesa. Te quiero como a un hermano y sentiría que me declararas la guerra"¹⁰³.

Rosas y la represión

La otra consecuencia de la acción francesa es el recrudecimiento de la violencia. Ya desde 1833, cuando la insurrección popular -liderada por Encarnación Ezcurra- desplazó a los "lomos negros" o "federales cismáticos" ha surgido la Sociedad Popular Restauradora, un grupo de fanáticos rosistas que algunos identifican con "la mazorca", principal protagonista de los hechos de violencia. El investigador Gabriel Di Meglio sostiene, en cambio, que solo una parte de aquella sociedad se caracterizó por hechos sangrientos. Con respecto a esta cuestión afirma que "al enterarse Rosas de la invención de la Sociedad, le envió a sus integrantes una mazorca de maíz como regalo, y ella se convirtió en su símbolo a través de un uso muy concreto: servía como elemento para introducir en el año de los enemigos [...] [otros le dieron] un significado más poético: que los granos apretados de la mazorca significaban la unión de los federales. Otros creían que el nombre auténtico era 'más-horca', una amenaza contra los opositores de Rosas. No es posible saber cuál fue la acepción exacta, o si 'mazorca' condensaba todas estas posibilidades. Lo cierto es que con el tiempo ese nombre se empezó a aplicar a una especie de brazo armado de la Sociedad Popular Restauradora"¹⁰⁴.

Con el transcurso del tiempo, la Sociedad Popular Restauradora -inicialmente integrada por hombres del campo popular- se nutre de los apellidos más importantes de la época (de lo cual deduce Gálvez que es representación genuina de la clase alta) mientras "la mazorca" se torna un grupo parapolicial, integrado por siniestros personajes, entre los cuales se destacaban Ciriaco Cuitiño, Andrés Parra, Manuel Troncoso, Julián González Salomón, Mariano Maza, Martín Santa Coloma y Leandro

¹⁰¹ Zavalla Lagos, Jorge: *Mariquita Sánchez y su tiempo*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986, p. 162.

¹⁰² Ídem, p. 168.

¹⁰³ Ídem.

¹⁰⁴ Di Meglio, Gabriel: *Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, pp. 67 y 68.



Ciriaco Cuitiño. Mazorquero rosista. Óleo de Prilidiano Pueyrredón (1823-1870). Museo Histórico Nacional. Fotografía extraída del libro *Iconografía de Rosas y de la Federación*, de Fermín Chávez, Buenos Aires, Oriente, 1971.

lao por Encarnación [fallecida el 19 de octubre de 1838] y pegan con alquitrán moños punzones en las cabezas de las mujeres que tampoco usan divisa. En los teatros, las funciones empiezan con los gritos conocidos. En la calle, apodéranse de algunos enemigos, los llevan a un lugar adecuado y les dan lavativas de ají, o les cortan a cuchillo las barbas o las patillas. A otros los azotan o los 'calan'. El calarlos consiste en introducirlos por cierto orificio una gruesa vela [...] ¿Ha ordenado Rosas estos procedimientos? Por lo menos, los ha consentido [...] Es tremenda la indignación de nuestras masas, por entonces semibárbaras, contra los unitarios culpables, por haberse aliado al extranjero agresor y atraído el bloqueo, de la miseria sobrevenida en la ciudad"¹⁰⁵. Gálvez admite que 1840 es el llamado "año del terror" y escribe: "Casi nadie sale a la calle, ni nadie duerme. Al oscurecer, la ciudad queda en tinieblas. Patrullas policiales y pandillas de adictos a la Federación recorren las calles a caballo o a pie. Y por las noches el canto arrastrado del sereno -¡mueran los salvajes unitarios!- parece más lúgubre que nunca [...] En la Buenos Aires de Rosas, desde fines de septiembre hasta fines de octubre de 1840, federales fanáticos asesinan a algunas personas"¹⁰⁶.

También se refiere Gálvez a la uniformidad impuesta por Rosas: "La ciudad está pintada de rojo: las puertas, las ventanas, los frisos, los postes de las aceras y a veces las paredes y hasta las tumbas de la Recoleta. Por las calles andan muchos hombres a caballo, y el animal lleva plumas coloradas en la cabeza y la cola, atadas con cintas de igual color. También son colorados los carruajes: las enormes 'sopandas', las galeras y los carros

¹⁰⁵ Ídem, p. 180.

¹⁰⁶ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 312.

¹⁰⁷ Ídem, p. 331.

Antonio Alem (el padre del futuro líder radical).

Son estos mazorqueros quienes imponen el terror a partir del conflicto con Francia, siendo aislados los hechos de violencia protagonizados hasta ese momento. El cónsul francés Mendeveille le informa a su gobierno en octubre de 1840: "Durante los últimos tres meses, hasta los últimos días no pasó una noche, salvo en dos o tres ocasiones, sin que dos o tres asesinatos no tuvieran lugar [...] con el pretexto de revisar las viviendas para buscar las personas ocultas o armas, las mujeres son golpeadas y maltratadas; las viviendas, robadas; y los muebles y propiedad, destruidos"¹⁰⁷. Los degüellos se suceden.

Descubierta la conspiración del capitán Ramón Mazza, este es fusilado. Su padre, Manuel Vicente, es asesinado poco después. Berón de Astrada es muerto en el litoral. Cullen, fusilado.

"La dictadura se ha embravecido -escribe Gálvez, historiador rosista- federales exaltados dan vergajazos a los que no llevan bigote [federal], divisa y

fúnebres¹⁰⁰. Y agrega: "Para robustecer el sentimiento federal, resuelve el Gobierno el uso obligatorio del bigote 'en señal de la guerra exterminadora y eterna que harán todos los federales libres a los tiranos inmundos piratas franceses, enemigos de la libertad americana'¹⁰¹."

Según Di Meglio, una nueva ola de terror se produce en 1842 cuando "la Mazorca ganó las calles y [...] otra vez, al menos veinte personas fueron asesinadas"¹⁰². Di Meglio agrega que "hay poco más de ochenta casos de ataques mazorqueros en el período rosista"¹⁰³ lo que permite deducir que los miles de víctimas que se imputan al período rosista son en su mayor parte producidas en combates o por fusilamientos.

Esas violencias le permitieron a José Rivera Indarte -ya de vuelta de su fanatismo rosista que lo llevó a escribir "El himno de los restauradores"- a publicar sus *Tablas de Sangre* y el panfleto "Es acción santa matar a Rosas". En las *Tablas*, registra alrededor de 6000 muertos entre 1829 y 1843 (1393 fusilados, 3765 degollados y 722 asesinados). El revisionismo rosista publicó, un siglo después, *Las otras tablas de sangre*, un libro donde Alberto Ezcurre Medrano registra los asesinatos cometidos por las fuerzas unitarias. Allí cita a Paul Groussac quien sostiene: "delaciones, adulaciones, destierros, fusilamientos [...] en materia de abusos, Lavalle poco dejaba que innovar al sucesor" y también a Eliseo Lestrade quien afirma: "El año de gobierno de los unitarios se caracteriza, para la demografía, como el año aciago, pues no se vuelve a producir el hecho de morir mayor número que el de nacidos. En efecto, en 1829, mueren en Buenos Aires, 883 personas más de las nacen"¹⁰⁴.

Esto debe destacarse porque la Historia Oficial ha procedido como si la violencia no resultase producto de los graves enfrentamientos sociales y se hubiera ejercido solo desde el rosismo. Según su relato, todo fue amable y respetuoso en nuestra historia hasta que aparecieron Rosas o Facundo, donde recién entonces comienza a derramarse la sangre. Se olvidan, por supuesto, que el primer fusilado sin juicio ni motivo alguno fue Dorrego, responsabilidad de los unitarios: "En nuestra historia sangrienta los unitarios han escrito la primera página [el asesinato de Dorrego]"¹⁰⁵. El general Iriarte, por su parte, denuncia: "Después de la ejecución de Dorrego, Lavalle asolaba la campaña. Del terror se valieron muchos subalternos [...] como a bestias feroces trataban a los desgraciados [federales] que caían en sus manos"¹⁰⁶. Gálvez señala que las tropas mandadas por Rauch matan a los hombres que encuentran en las calles de los pueblitos: "Calcúlase que más de mil hombres aparecen asesinados. Solo en el caserío llamado Las perdices dejan siete fusilados"¹⁰⁷. A su vez: "el coronel Dcheza, lugarteniente de Paz, fusiló a cañoneros a veintitrés oficiales que se habían rendido y a ciento veinte prisioneros, y los cadáveres insepultos fueron devorados por las aves carnívoras [...] Los prisioneros son colgados de los árboles y lancados simultáneamente por el pecho y por la espalda. De este modo mueren ochocientos hombres. A algunos les arrancan los ojos o les cortan las manos. En San Roque le arrancan la lengua al comandante Navarro [...] Algunos departamentos de la sierra son diezmados. Por orden, si no del general, de alguno de sus lugartenientes."

¹⁰⁰ Ídem, p. 375.

¹⁰¹ Ídem, p. 306.

¹⁰² Di Meglio, Gabriel: ob. cit., p. 184.

¹⁰³ Ídem, p. 188.

¹⁰⁴ Ezcurre Medrano, Alberto: *Las otras tablas de sangre*, Buenos Aires, Haz, 1952, pp. 38 y 39.

¹⁰⁵ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 82.

¹⁰⁶ Iriarte, Tomás de: citado en Manuel Gálvez, ob. cit., p. 84.

¹⁰⁷ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 85.



Muerte de Federico Rauch en Las Vizcacheras el 28 de marzo de 1829. Dibujo de F. Fortuny.

ciertos desalmados como Vázquez Novoa, apodado el Cortaorejas, el Zurdo y el Cortacabezas Campos Altamirano, lancean a los vecinos de los pueblitos en grupos hasta de cincuenta [...]. ¿Cuántas son las víctimas del terror unitario en Córdoba? Trece años más tarde, La Gaceta hablará de dos mil quinientas"¹⁰⁸. Del mismo modo, después del triunfo de Paz sobre Quiroga en Oncativo, se produce un importante número de fusilamientos. También las tropas de Mariano Acha impusieron el terror en Mendoza: fusilamientos, azotes a granel. Existe un documento firmado por Juan Gregorio de las Heras, Domingo de Oro, Domingo Faustino Sarmiento y Luis Cané, emitido en Chile que revela el proceder de los unitarios: "Es necesario emplear el terror para triunfar en la guerra. Debe darse muerte a todos los prisioneros y a todos los enemigos"¹⁰⁹. Gálvez cita una carta de Lavalle a su esposa donde afirma: "Ya no tengo duda de que así será, porque en estas tierras de m... no hay quien me mate, gracias al terror que inspiramos"¹¹⁰.

Los libros escolares omiten, asimismo, la formidable represión del mitrismo sobre los pueblos del noroeste entre 1862 y 1864, del cual el degüello de "El Chacho", no hace más que continuar el asesinato de Benavídez y Virasoro ocurridos poco tiempo atrás. Esconden, asimismo, esta denuncia de José Hernández: "El partido que invoca la ilustración, la decencia, el progreso, acaba con sus enemigos cosciéndolos a puñaladas. El partido unitario es lógico con sus antecedentes de sangre. Mata por su índole perversa, mata porque una sed de sangre lo mortifica, lo sofoca, lo embrutece"¹¹¹. Por supuesto que los asesinatos de los unitarios no legitiman los cometidos por los rosistas, pero explican la violencia que imperaba en aquellos tiempos y lo natural que significaba la implantación del terror, así como medidas que hoy, desde el punto de vista de la reivindicación de los derechos humanos, resultan inadmisibles. Bastaría recordar que San Martín ordenaba que a los desertores de su ejército, se los fusilase, y sus huesos se repartiesen por los caminos como advertencia al resto del ejército.

Por otra parte, Gálvez señala: "No hagamos aspavientos porque Rosas detenga a varios

¹⁰⁸ Ídem, p. 115.

¹⁰⁹ Paoli, Pedro de: *Facundo*, Buenos Aires, Giorda, 1959, p. 286.

¹¹⁰ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 330.

¹¹¹ Hernández, José: *Vida del Chacho*, Buenos Aires, Antonio Dos Santos editor, 1947, p. 114.

centenares de sospechosos o culpables. Entre nosotros, en este siglo, durante las presidencias de Quintana, Figueroa Alcorta y de Justo, serán encarcelados o desterrados, por razón de orden social, millares de hombres. Los que chillan contra Rosas no lo recuerdan. Es que Rosas pone presos a los burgueses y los otros a los proletarios¹⁷². Sin pretender justificar los degüellos de los grupos parapoliciales, puede recordarse, en apoyo de esta tesis de Gálvez, que uno de los perseguidos fue Félix Castro, gestor presumiblemente corrupto del empréstito Baring Brothers, quien escapó apenas a los marzorqueros que atacaron su residencia¹⁷³.

En algunos casos, la exageración liberal resulta evidente. Así ocurre, por ejemplo, con José Mármol, el autor de *Amalia*, quien en un poema increpa a Rosas dejando la imagen de que sufrió una dura represión durante su gobierno: "¡Sí, Rosas, te maldigo! Jamás dentro de mis venas / la hiel de la venganza mis horas agitó: / como hombre te perdono mi cárcel y cadenas; / pero como argentino las de mi patria, NO". Y lo fulmina con esta maldición: "Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro / el sol de las victorias que iluminando está; / disfruta del presente, que el porvenir es nuestro, / y entonces si tus huesos la América tendrá¹⁷⁴". A esta denuncia furibunda cabe solo acotarle que "la cárcel y las cadenas" de Mármol se redujeron a 7 días, desde el 1° de abril de 1839 hasta el 7 del mismo mes y año y un historiador señala que "alguien dice que su detención es por razones de amores, y que el jefe de Policía, Victorica, lo cuida así de la venganza de un marido celoso. Que lo trata bien, y con él juega al ajedrez, en su propio despacho¹⁷⁵". Jauretche señala que por testimonios personales se enteró de que Mármol era hijo natural del Gral. Tomás Guido, el amigo y confidente de San Martín, por entonces embajador de la Confederación en Río de Janeiro, quien se preocupó de que lo cobijaran en sus llos amorosos, que eran una de sus inclinaciones más fervorosas.

La política represiva parece cesar hacia 1846, al mismo tiempo que regresan algunos exiliados e, inclusive, deja de funcionar la Mazorca, según lo apunta Beruti en sus *Memorias curiosas*¹⁷⁶.

La segunda intervención extranjera

La segunda intervención, ahora conjunta de Francia e Inglaterra, se halla estrechamente ligada al control de puertos y aduanas en el Plata. En definitiva, reedita una vez más el interés de las potencias extranjeras para evitar que la Banda Oriental se constituya, tal como lo quería Artigas, en una provincia de la Confederación, lo cual significaría que esta controlaría los dos puertos.

Varios sucesos se conjugan para desencadenar la intervención: en octubre de 1842, Oribe derrota a Rivera, en Arroyo Grande; a principios de 1843, Oribe pone sitio por tierra a Montevideo -que durará hasta octubre de 1851- y pasará a la historia como La Nueva Troya. La ciudad es defendida por fuerzas dirigidas por Rivera y Paz, la Legión Argentina, la Legión Italiana (Garibaldi) y la Legión Francesa (Thiebaut). Los sitiados se mantienen durante casi una década merced al apoyo que Francia e Inglaterra le dan desde sus barcos.

En marzo de 1845, cuando Urquiza derrota a Rivera en India muerta, el triunfo fede-

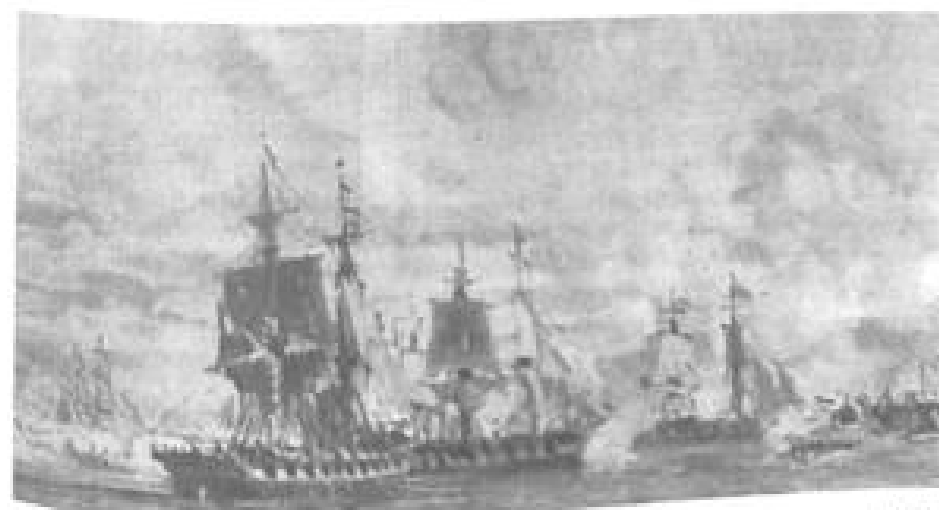
¹⁷² Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 322.

¹⁷³ Di Meglio, Gabriel: ob. cit., p. 180.

¹⁷⁴ Mármol, José: *Obras poéticas*, Buenos Aires, Maucci Hermanos e hijos, 1889, pp. 205 y 206.

¹⁷⁵ Blasí Brambilla, Alberto: *José Mármol y la sombra de Rosas*, Buenos Aires, Pleamar, 1970, p. 29.

¹⁷⁶ Di Meglio, Gabriel: ob. cit., p. 190.



Combate de Vuelta de Obligado. La armada anglo-francesa fuerza su paso a través de la Vuelta de Obligado. Boceto al óleo de Manuel Larravide. Museo Histórico Nacional.

ral parece definitivo, por lo cual las grandes potencias deciden intervenir: bloquean el puerto de Buenos Aires en septiembre e ingresan por el río Paraná, en noviembre de ese año, violando nuestra soberanía.

Sin atemorizarse, aunque se trata de las dos escuadras más fuertes del mundo, Rosas dispone la defensa. Para ello, cruza el río con cadenas y hunde embarcaciones, para lecho de modo tal que los barcos extranjeros se encuentren trabados en su avance, para descargarle, con baterías instaladas en la costa, todo el poder de fuego de que se disponga. "Gaucho ladino ese Rosas / ponerle al río cadenas" escribirá el historiador y poeta Fermín Chávez.

El 20 de noviembre de 1845 se da la batalla, en la Vuelta de Obligado, episodio que durante largos años fue olvidado en los colegios. Allí pelearon, entre otros, Mansilla, el padre del escritor; Quiroga, el hijo de Facundo; Thorne, que quedó sordo por el estallido de una granada y también Alzogaray, antepasado de quien fuera economista liberal y político de la derecha, el ingeniero Álvaro Carlos Alsogaray. "La vuelta" fue una derrota, pues los invasores lograron pasar, después de quebrar las cadenas y desembarcar con fuerzas muy superiores a las criollas, pero fue ejemplo de heroísmo en defensa de la soberanía. Los barcos de guerra extranjeros iban seguidos de barcos mercantes que pretendían abrir el comercio hacia el litoral argentino y el Paraguay. Pero si bien lograron pasar, se encontraron con nuevos ataques en San Lorenzo y Tonelero, por lo cual finalmente debieron regresar sin cumplir su objetivo mercantil. San Martín, en una nueva carta a Rosas, condena la intervención: "injustísima agresión y abuso de la fuerza que en el día emplean Francia y la Inglaterra contra nuestro país¹⁷⁷". Tomás Guido, en carta a San Martín, se refiere a las causas de esta intervención juzgando a Inglaterra como la principal responsable: "¿Y qué gran motivo se alega para estas horrendas tropelías? No es agravio u ofensa de índole alguna contra ningún súbdito de ambas naciones. Por el contrario, Mr. Mandeville a su despedida y Mr. Hothan, al poner el bloqueo, se declararon reconocidos a la 'amplia protección' que gozaban en Buenos Aires sus nacionales y, en general, todos los extranjeros. No es el sistema administrativo del general Rosas, porque a trompa tañida proclaman Mr. Ouseley y Deffaudis su respeto a la persona del

¹⁷⁷ Carta de San Martín a Rosas, del 11/1/1846, en San Martín, *Su Correspondencia*, ob. cit., p. 134 y 135.

jefe de la República y a su régimen interno. Entonces, ¿cuál es la causa positiva de estos desafueros? La aduana de Montevideo. Las adquisiciones de una compañía inglesa. El tratado de comercio y navegación celebrado por Inglaterra con el gobiernillo de aquella plaza. El interés mercantil y político de aquella nación [...] Si Oribe triunfa, no será tan ancho el campo para los especuladores ingleses, no habrá la docilidad de sus adversarios a la política de Inglaterra. Ahí tiene usted la clave de tanta inquietud. Cualquier otro pretexto general es historia de viejas o, como decían nuestros padres, engañosos¹⁷⁶. San Martín le contesta: "yo soy como las mulas chúcaras que orejean al menor ruido, es decir, que estoy sobre el quién vive, de todo lo que viene de Inglaterra [...] De todos modos, me asiste una confianza segura de que a pesar de la desproporción de fuerzas y recursos el General Rosas triunfará de todos los obstáculos"¹⁷⁷.

Los pactos celebrados con Inglaterra (tratado Arana-Southern, 24/11/49) y con Francia (Arana Lepredour, 31/8/50) ratificaron la política exterior soberana mantenida por Rosas, reconociéndose nuestra jurisdicción sobre la navegación de los ríos interiores, retirándose las fuerzas enemigas y siendo saludado el pabellón argentino por 21 cañonazos en señal de desagravio. Ya años atrás de estos episodios, el Gral. San Martín había decidido legarle a Rosas el sable de su campaña libertadora, lo cual consta en su testamento.

Se cierra el ciclo de Rosas

En 1850, Rosas había cumplido 15 años en su doble rol de gobernador de la provincia de Buenos Aires y encargado de representar a la Confederación.

Después de la muerte de Encarnación, había armado una pareja de hecho con Eugenia Castro, con la cual había tenido varios hijos. Tenía cincuenta y siete años y se sentía sano y fuerte como para continuar con su gobierno férreo y personal. Sin embargo, demasiada agua había corrido bajo los puentes y las Provincias Unidas ya no eran las mismas que lo habían reclamado como el único hombre capaz de imponer el orden. Importantes transformaciones económicas en nuestro país y en el mundo conflúan para determinar el agotamiento del ciclo de don Juan Manuel.

Ya a mediados del siglo XIX, los mercados esclavistas se han reducido y por tanto la colocación del tasajo o carne salada disminuye en importancia. Algunos ganaderos de la pampa húmeda van dejando atrás las costumbres tradicionales y comprenden la necesidad de alambrar los campos o de importar reproductores de raza, como ese John Miller que ha traído el Tarquino, primer reproductor shorthorn con el cual comienza el refinamiento de nuestro ganado. Otros, tanto en la zona bonaerense como especialmente en Entre Ríos, encuentran más ventajosa la cría de ovinos y comienzan a destacarse como exportadores de lanas.

Lynch sostiene que "muchas estancias se convertían para la cría de ovejas después de ser adquiridas por británicos"¹⁷⁸. A su vez, Mac Cann señala que en 1847, "las orillas del río, en las proximidades de Chascomús, se hallan densamente pobladas por súbditos británicos, principalmente irlandeses, que se dedican a la cría de ovejas"¹⁷⁹, y que "existe un establecimiento muy valioso, propiedad de Mr. Campbell, en sociedad con los señores Wright y Parlane, de Manchester; que tiene un área de unos 90.000 acres ingleses y forma, en su conjunto, una espléndida estancia. Los buques pueden cargar directamente

¹⁷⁶ Carta de Guido a San Martín, del 30/6/46, en AMS, ob. cit., tomo VI, p. 584.
¹⁷⁷ Carta de San Martín a Guido, del 26/9/46, en TG, ob. cit., Legajo 1, p. 240.
¹⁷⁸ Lynch, John: ob. cit., p. 246.

¹⁷⁹ Mac Cann, William: ob. cit., p. 58.

para Europa, lana producida en el mismo establecimiento"¹⁸⁰. Ese mundo nuevo en lo económico resulta extraño para el gran saladerista que es Rosas. A su vez, el desarrollo de la ganadería lanar ha generado grandes negocios y convertido a Entre Ríos en una provincia tan o más rica que Buenos Aires, lo cual ha elevado la figura de su caudillo: Don Justo José de Urquiza. Estos estancieros entrerrianos quieren tener puertos propios y no verse obligados a comerciar con el exterior, como hasta ahora, a través del puerto de Buenos Aires. Exigen pues la libertad de los ríos litorales, como asimismo el libre movimiento de oro y de armamento, con lo cual solo están reclamando los derechos que Buenos Aires ejerce hasta ese momento con exclusividad.

También las relaciones exteriores han tomado otro curso: el Paraguay de Carlos Antonio López levanta su propio proyecto, con sus propias energías y se molesta cuando Buenos Aires pretende mantener las prerrogativas de la época anterior a Mayo, en materia de comercio y salida al Atlántico. Por su parte, Brasil también se ha convertido en vecino peligroso: no solo disputa la influencia sobre la Banda Oriental sino que manifiesta irritación por algunas actitudes de Rosas, como sus visitas al Barrio del Tambor, para participar de las fiestas de los negros, cuyos hermanos continuaban sufriendo esclavitud por parte de la aristocracia de Río.

Ocorre, a veces, en la historia, que los grandes caudillos no son plenamente conscientes de que se acerca su ocaso, en base a información económica y política concreta, pero, de una u otra manera, perciben que algo se mueve bajo sus pies. Un cierto escepticismo, producto probablemente de tantos años de manejar la cosa pública, gana al Restaurador. Según los opositores, el levantamiento de confiscaciones que se produce a partir de 1845 es un signo de la debilidad del gobierno de Rosas. Lo cierto es que los acontecimientos se precipitan y él no adopta las medidas necesarias para fortalecerse, ni tampoco para negociar.

El 29 de marzo de 1851, Urquiza da uno de los primeros pasos hacia Caseros: suscribe la alianza de Entre Ríos, Montevideo y Brasil destinada a mantener la independencia del Uruguay, eliminar el bloqueo que impone Oribe y elegir un nuevo gobierno por elecciones. En ese tratado se manifiesta que si Buenos Aires obstaculiza estos objetivos, la alianza se volverá contra esa provincia.

Con anterioridad, Urquiza se había negado a las propuestas del Brasil y de los unitarios emigrados para encabezar la lucha contra Rosas, especialmente cuando este se encontraba en conflicto con Francia e Inglaterra. Pero las desavenencias entre Don Justo y Don Juan Manuel se han venido agravando en los últimos tiempos. Entre Ríos, en plena expansión económica, quiere tener salida, por el Paraná, directamente hacia Buenos Aires. No se trata de que Urquiza quiera abrirse al mercado mundial y Rosas no, pues los estancieros de la Plata, sin que sus exportadores se vean obligados a comerciar a través de Buenos Aires, pero Rosas mantiene impertérrito el exclusivismo portuario de Buenos Aires. Se arroga la exclusividad de hacerlo, negándose a Entre Ríos. Ese cierre de los ríos, además, impide, para el traslado de oro, de armas y de pólvora, que Entre Ríos considere derecho propio, para hacerlo directamente. Junto a estas cuestiones, influye también la distribución de los recursos aduaneros que las provincias reclaman y ante lo cual Buenos Aires hace oídos sordos mientras se niega a la organización constitucional que obligaría a definir esa cuestión.

Simplificando el conflicto, algunos historiadores rosistas sostienen que Urquiza, designado por Rosas como jefe del ejército de la Confederación -en plena guerra contra

¹⁸⁰ Ídem, p. 217.

Brasil- ha sido sobornado por ese gobierno y ha resuelto pasarse al enemigo. Los uruguayistas sostienen, a su vez, que no existía guerra entre Brasil y la Confederación sino solamente una ruptura de relaciones (desde octubre de 1850) producida con motivo de la disputa por el Uruguay y que la declaración de guerra (18/8/1851) es posterior al pronunciamiento de Urquiza (1/5/1851).

Pero la cuestión debe observarse también desde otro ángulo: Urquiza es tan caudillo de Entre Ríos como Rosas lo es de Buenos Aires, porque ambos tienen el apoyo de estancieros y peones de sus respectivas provincias. Solo una concepción individualista de la historia -ya perimida desde hace muchos años- puede sostener que Urquiza "se da vuelta" por unos patacones y que todo Entre Ríos continúa apoyándolo en su traición. Trias reflexiona: "¿Cómo es posible que Urquiza se haya alzado con el Ejército de Operaciones -fortalecido en virtud de la guerra contra el gobierno de Montevideo- sin mayores resistencias de parte de sus jefes y del paisanaje que lo componían? ¿Cómo se explica la parálisis del gobierno rosista en las dramáticas vísperas de Caseros? ¿Cómo se entiende la inmovilidad de las provincias?"²⁹⁰. (Años después, cuando Urquiza va a la Guerra contra el Paraguay, sus gauchos -que no están de acuerdo- le desertan en Basualdo y Toledo.)

Parece más razonable la interpretación que explica el enfrentamiento entre estancieros bonaerenses y entrerrianos, acaudillando a sus provincias, como la causa del pronunciamiento de Urquiza, el primero de mayo de 1851, por el cual la provincia de Entre Ríos reasume su soberanía, aceptando la renuncia que Rosas periódicamente presentaba a su cargo de delegado de las provincias para las relaciones exteriores y al cual Corrientes adhiere inmediatamente, mientras el resto de las provincias no se pronuncian, aunque tampoco apoyan militarmente a la provincia de Buenos Aires.

Luego, el 18 de agosto de 1851, Rosas declara la Guerra al Brasil y el 8 de octubre las fuerzas de Oribe se dispersan -y en muchos casos, se "pasan"- frente al avance del Ejército Grande dirigido por Urquiza. El 2 de noviembre, la alianza declara formalmente su propósito de derrocar a Rosas. Según Levene, el Ejército Grande se compone de 28.189 hombres de los cuales 4040 son brasileños, 1907 son orientales, y el resto, entrerrianos y correntinos²⁹¹.

Urquiza ha cruzado el río Uruguay, hacia Montevideo, mientras la escuadra imperial ingresó en aguas del Río de la Plata, pero Rosas no actúa con la energía de años anteriores sino que parece cansado, escéptico, sin ganas de dar pelea. El día antes de Caseros se distrae mostrándole a uno de sus oficiales cómo todavía es capaz de pialar un caballo, en momentos en que el jefe de sus fuerzas -Pacheco- decide renunciar con el enemigo a las puertas.

Curiosamente, este final será semejante al de la caída de Hipólito Yrigoyen en 1930, cuando la mayor parte del ejército es leal y puede aplastar el levantamiento de Uriburu. En cambio, se va a La Plata y renuncia, ante la perplejidad de Mosconi, los Bosch, Catáneo, Toranzo y otros altos jefes militares que están esperando en el Arsenal de Garay y Pichincha la decisión presidencial para restaurar el orden. También es semejante a la renuncia de Perón, en 1955, cuando Aramburu ha sido derrotado en el litoral y Lonardi ya no puede resistir en Córdoba ante los ejércitos de Illiguez y Morelos que se le vienen encima. Y el ultimátum de la marina no es razón suficiente, pues si así fuera esta manejaría el país a su antojo.

En el caso de Rosas, solo Chilavert, desde El Palomar de Caseros, resiste heroicamente, mientras Don Juan Manuel, herido en una mano, redacta su renuncia y se exilia en

²⁹⁰ Trias, Vivian: ob. cit., p. 249.

²⁹¹ Ibáñez, José: ob. cit., p. 503.

la embajada inglesa. No lleva bienes consigo, salvo una cantidad importante de cajones con documentación relativa a su gobierno para defenderse de las acusaciones que sabe le prodigarán sus enemigos. La experiencia del nacionalismo ganadero llega a su fin.

¿Rosas fue antibritánico?

Derrocado en Caseros, Rosas recurre al cónsul inglés y sale del país con rumbo a Gran Bretaña, donde pasa a afincarse en Southampton. Allí vive un largo exilio de 25 años, durante el cual cultiva buenas relaciones con varios personajes importantes de la política británica, entre ellos, Lord Aberdeen, el banquero Baring, Woodbine Parish y Lord Palmerston. Los historiadores críticos del Restaurador señalan esta residencia en Gran Bretaña como prueba de su probritanismo, lo cual ha motivado polémicas.

Para los historiadores rosistas, él mantuvo siempre una posición antibritánica. Sin embargo, aunque nadie discute la altiva posición sostenida en la Vuelta de Obligado, parece más correcto sostener que su antibritanismo se redujo a rechazar toda prepotencia inglesa respecto a la Confederación. En cambio, existen datos suficientes que indican que el Restaurador no sentía antipatía alguna por la "Rubia Albión" ni por sus hombres de Estado. Ibarguren afirma que "las autoridades inglesas honraron excepcionalmente a Rosas: fue saludado a su llegada al puerto con una salva de cañonazos y recibido con expresivas demostraciones de consideración [...] pues Rosas no era un viajero común, sino un personaje que en el gobierno de su país había demostrado gran distinción y generosidad para con los comerciantes ingleses y con el que la Gran Bretaña había concluido importantes negociaciones [...] Rosas después de rendir a la reina Victoria el homenaje de su gratitud [...] aceptaba, a veces, invitaciones de personas encumbradas [...] donde interesaba a esa sociedad aristocrática que le agasajaba con simpatía y respeto"²⁹². Así mismo, Alberdi, después de visitarlo, señala: "En Inglaterra hay preocupaciones a su favor; y las simpatías inglesas no son un elemento de desdén. Lord Palmerston, Lord Aberdeen, el banquero Baring, y gentes así, le visitan y reciben con distinción"²⁹³. A su vez, Ferns refiere que sir Woodbine Parish, figura clave en la política inglesa en el Río de la Plata, visitaba a Rosas en su retiro²⁹⁴. Y Gálvez señala que Rosas, cuando hace testamento, " nombra por albacea a Lord Palmerston"²⁹⁵, quien fuera durante largos años primer ministro del gobierno británico.

A la imputación de que su largo exilio en Gran Bretaña es prueba de probritanismo, José María Rosa ha contestado: "Los imperialistas combaten a los nacionalistas... con todas las armas posibles; pero íntimamente los respetan y admiran. Es comprensible que así sea. Tampoco un nacionalista odia a un imperialista: luchará con él hasta dar o quitar la vida en defensa de la patria chica, pero no tiene motivos personales para malquerer a quien sirve con toda buena fe al mayor engrandecimiento de la suya. Ambos -imperialista y nacionalista- podrán ser enemigos en el campo de batalla o en la contienda política, pero se comprenden, pues a los dos los mueve la pasión del patriotismo. Este de su patria chica, aquel de su patria grande... Así lo hizo Rosas. Luchó contra los invasores europeos en Obligado y en cien combates y luchó contra sus auxiliares nativos. Venció a aquellos, y les tendió la mano de igual a igual una vez que se comprometieron a reconocer la plena soberanía argentina. Perdonó a estos en sus leyes de amnistía por deber de humanidad, pero no

²⁹² Ibarguren, Carlos: ob. cit., pp. 291 y 294.

²⁹³ Cárcano, Ramón: Urquiza y Alberdi, Buenos Aires, La Facultad, 1938, p. 253.

²⁹⁴ Ferns, H. S.: ob. cit., p. 222.

²⁹⁵ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 468.

les tendió la mano de igual a igual: fueron siempre los "salvajes" sin patria que ayudaron al extranjero. Por eso Rosas vivió sus últimos años en Inglaterra. Lo rodeaban gentes que sabían lo que era el sentimiento de patria y admiraban al jefe de aquella pequeña nación americana que los venciera en desigual guerra. Por otra parte, Rosas no eligió el lugar de su exilio: el *Conflict* que lo llevó a Europa lo dejó en el puerto de Southampton, y allí se quedó los veinticinco años que le restaban de vida. Da la impresión que, no siendo su patria, todo otro lugar era indiferente a ese gran criollo que fue Juan Manuel de Rosas¹⁹⁰.

Juzgamos que este argumento es erróneo porque equipara el nacionalismo antiimperialista de un país pequeño con el nacionalismo imperialista de una gran potencia, dos proyectos totalmente antagónicos. La historia enseña que los imperialistas no demuestran cariño por los antiimperialistas de los países que ellos pretenden dominar: no encontramos ejemplos de imperios dando asilo y protegiendo a líderes antiimperialistas, sino más bien que se preocupan por aniquilarlos, tal el caso del descuartizado Tupac Amaru o de los asesinados Sandino, Che Guevara o Lumumba.

La época del exilio

Son años duros para ese hombre que ayer fuera todopoderoso, tanto política como económicamente.

A pocos días de Caseros, el gobierno de la Provincia de Buenos Aires le confisca todas sus propiedades. Luego, el 7 de agosto de 1852, enfrentado Urquiza a sus ex aliados unitarios, deroga ese decreto, lo cual le permite a Rosas, a través de su apoderado Juan Nepomuceno Terrero, la venta de su estancia "San Martín", con lo cual aliviana sus urgencias económicas. Sin embargo, por ley de julio de 1857 —ya segregada Buenos Aires de la Confederación— sus más acérrimos enemigos lo declaran reo de lesa patria o traidor y restablecen el decreto confiscatorio de sus bienes.

Durante sus años de exilio vive de manera modesta, frugalmente, con la austeridad gaucha que ha cultivado siempre. Cerca de Southampton arrienda una chacra de 37 hectáreas, donde tiene plantaciones de frutales, siembra hortaliza, posee 250 aves, cerdos, lecheras, un toro y dos caballos. Allí vive austera, dignamente: "No fumo, no



Vivienda de Rosas en Southampton.

tomo rapé, vino ni licor alguno, no asisto a comidas, no hago visitas ni las recibo, no paseo, no asisto a teatro ni a diversiones de clase alguna. Mis manos es la de un hombre común. Mis manos y mi cara son bien quemadas, y bien acreditan cuánto y cómo es mi trabajo diario incesante para en algo ayudarme. Mi comida es un pedazo de carne asada y mi mate. Nada más¹⁹¹. A su hermana le escribe: "Sigo pobre, muy verdaderamente pobre, trabajando en el campo cuanto puedo, sin omitir esfuerzo alguno para tener algo que comer, unos pobres ranchos en qué vivir y en qué tener a mi lado mis nu-

¹⁹⁰ Rosa, José María: *El revisionismo responde*, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964, pp. 182 y 183.
¹⁹¹ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 473.

meros e importantísimos papeles, que son mi único consuelo en la adversidad de mis penosas circunstancias¹⁹².

Por momentos, la pobreza lo domina y entonces aquel orgulloso estanciero y dueño del poder durante veinte años en el Río de la Plata, se humilla solicitando recursos a la viuda de Quiroga, a los Ezcurra y a otros personas, entre ellas al propio Urquiza, quien le hace un envío de mil libras¹⁹³. Las relaciones con Urquiza han mejorado y, según Rosas en la correspondencia que ahora cursa con el entrerriano, este está arrepentido del "inaudito crimen que cometí al cooperar, en el modo como lo hice, a la caída del general Rosas. Temo siempre ser medido con la misma vara y muerto con el mismo cuchillo, por los mismos que con mis esfuerzos y gravísimos errores he colocado en el poder¹⁹⁴. Después de enterarse de la batalla de Pavón, el exiliado supone que tarde o temprano Urquiza correrá la misma suerte que él. Por eso, testimonia Ignacio H. Fotheringham: "en su salón tenía dos grandes sillones rojos: él ocupaba uno, el mismo siempre, y a la visita que intentaba sentarse en el otro, la detenía con un: —Dispense, no se siente en ese sillón, porque espero al general Urquiza¹⁹⁵. Poco tiempo después, ante el asesinato de Urquiza, Rosas le envía el pésame a la viuda¹⁹⁶.

En esa época, urgido por los gastos de supervivencia, le reclama a los Anchorena los honorarios que le adeudan por haber administrado sus campos entre 1818 y 1830. Rosas calcula su sueldo en \$ 200 por mes, durante doce años y le suma los intereses, lo que alcanza un total de \$ 78.544 que reclama a la viuda de Nicolás Anchorena¹⁹⁷, tanto por su trabajo, como implícitamente por las atenciones que ha tenido con ellos desde el gobierno y que les han permitido consolidar la mayor fortuna del país. Pero sus primos no reconocen deudas. "Los que se decían mis amigos, al morir, ni antes, nada, absolutamente nada, me han dejado. El Sr. Nicolás Anchorena ni me escribió, ni pagó más de sesenta mil pesos fuertes metálicos, que me debía. La señora Estanislada se ha negado, como sus hijos, a pagarme esa suma, que con sus réditos monta a más de ochenta mil pesos. Mi primer amigo, el señor Juan Nepomuceno Terrero le entregó una carta mía hace como dos o más años. Carta que hasta hoy no ha sido contestada¹⁹⁸.

Doña Estanislada Arana de Anchorena, le contesta, en una sola oportunidad, el 26 de abril de 1864, fundando su negativa a pagar en la falta de documento que acredite su reclamo. A su vez, Juan Anchorena, hijo del primo Nicolás, en diciembre de 1873, al hacerse cargo como director en un alto cargo se referirá a Rosas como "el capataz que habían tenido sus antecesores, sin agregar, por supuesto, si se le habían pagado las remuneraciones que venía reclamando¹⁹⁹. Rosas descarga sobre ellos su indignación utilizando el adjetivo más descalificatorio de la época: "¡Sí, esos Anchorenas! Y, muy señaladamente el tal don Nicolás. ¡Qué hombre tan malo, tan impío, tan hipócrita y tan bajo, tan asqueroso e inhumano!²⁰⁰.

Como ya se ha señalado, en carta a Terrero, del 21/11/63, Rosas señala que "no era solamente el precio de esos servicios como encargado de sus estancias, lo que me debían. Entré y seguí por ellos y por servirlos en la vida pública. Durante ella los serví con notoria preferencia

¹⁹² Idem, p. 472.
¹⁹³ Idem, p. 473.

¹⁹⁴ O'Donnell, "Pacho": ob. cit., p. 290.
¹⁹⁵ Busaniche, José Luis: *Rosas. Visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, Kraft, 1955, p. 190.

¹⁹⁶ O'Donnell, "Pacho": ob. cit., pp. 290 y 291.
¹⁹⁷ Lynch, John: ob. cit., p. 320.

¹⁹⁸ Carta de Rosas a Josefa Gómez, del 22/5/1866, en Juan Manuel de Rosas. *Cartas del exilio. 1853/1875*, Buenos Aires, Rodolfo Alonso editor, 1974, p. 74.
¹⁹⁹ Juan Manuel de Rosas, ob. cit., pp. 21 y 22.

²⁰⁰ Idem, p. 21.

en todo cuanto me pidieron y en todo cuanto me necesitaron. Estas tierras que tienen, en tan grande escala, por mí se hicieron de ellas, comprándolas a precios muy moderados. Hoy valen muchos millones lo que entonces compraron por unos pocos miles²⁰⁰. (Lynch señala que los Anchorena poseían alrededor de 800.000 ha y Pacho O'Donnell afirma que Nicolás Anchorena poseía en 1852, 306 leguas cuadradas de campo fértil, casi 800.000 ha, mientras Rosas había llegado a tener 70 leguas cuadradas: 175.000 ha²⁰¹; por su parte Diego A. de Santillán, que Juan Anchorena llegó a ser propietario de más de 440 leguas de campo²⁰².) Respecto a los Anchorena, Alberdi recuerda que en una conversación con Rosas este le dijo que "Anchorena era el exclusivista autor y partidario del aislamiento de Buenos Aires como ciudad escéptica. Se quejó de Anchorena, le calificó de ingrato. Recordó que al acercarse Urquiza a Buenos Aires, Anchorena le dijo a él [a Rosas], que si triunfaba Urquiza, 'no le quedaba más remedio que agarrarse a los faldones de la casaca de Urquiza y correr su suerte, aunque fuese al infierno' y que en seguida lo abandonó. Recordó que toda su fortuna la habían hecho bajo su influencia²⁰³. Por estas circunstancias, abandonado por los que se enriquecieron gracias a él, 'se gana el pan' por sí mismo, trabajando en su chacra, ocupándose de las tareas del campo, como en sus tiempos juveniles, afrontando con dignidad su empobrecimiento y su aislamiento, sintiéndose siempre gaucho, como en sus años juveniles.

En una oportunidad, al producirse en Londres una exposición de animales de Sudamérica, se acerca al stand argentino y al ver, en las jaulas, a los zorros, mulitas y teros, que fueron su propia vida durante tantos años, al exilado se le escapa una lágrima.

Producida la Guerra del Paraguay se manifiesta en contra de la política de Mitre, en carta del 4 de diciembre de 1864, manifestando su estimación por Solano López²⁰⁴. El diario *La Nación* recoge esta información y expresa: "S. E. el ilustre Restaurador, se sirve relinchar desde lejos a su no menos Excelencia, el mariscal Solano López²⁰⁵. Con ese motivo, Alberdi le escribe a Terrero: "Que el general Rosas se felicite de los ataques que le dirige *La Nación Argentina* del 26 de abril por sus nobles simpatías al Paraguay²⁰⁶". Cuatro años después -señala Amuchástegui- Rosas dejará un nuevo testimonio de esas simpatías. El 17 de febrero de 1869, sostiene en su testamento "Su excelencia el Generalísimo, Capitán General don José de San Martín, me honró con la siguiente manda. 'La espada que me acompañó en toda la guerra de la independencia, será entregada al Gral. Rosas, por la firmeza y sabiduría, con que ha sostenido los derechos de mi patria'. Y yo, Juan M. Ortiz de Rosas, a su ejemplo, dispongo que mi albacea entregue a Su Excelencia, el Señor Gran Mariscal, Presidente de la República Paraguaya y Generalísimo de sus Ejércitos, la espada diplomática y militar, que me acompañó durante me fue posible sostener esos derechos; por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido, y sigue sosteniendo los derechos de su Patria, el equilibrio, entre las Repúblicas del Plata, el Paraguay y el Brasil²⁰⁷."

²⁰⁰ Carta de Rosas a Terrero, del 21/11/63, en Saldías, Adolfo: *Papeles de Rosas*, ob. cit.

²⁰¹ O'Donnell, "Pacho": ob. cit., p. 92.

²⁰² Santillán, Diego A.: *Gran Enciclopedia Argentina*, Buenos Aires, Ediar, 1956, tomo I, p. 188.

²⁰³ Busaniche, José Luis: ob. cit., p. 176.

²⁰⁴ Pérez Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo IV, p. 202.

²⁰⁵ *La Nación*, del 25/4/65, en Pérez Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo IV, p. 202.

²⁰⁶ Carta de Alberdi a Terrero, del 21/5/65, Pérez Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo IV, p. 202.

²⁰⁷ Pérez Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo IV, p. 202.

CAPÍTULO XII

BUENOS AIRES Y LA CONFEDERACIÓN URQUICISTA

Urquiza: gestanciero, caudillo o traidor?

La Historia Liberal centra la caracterización de Justo José de Urquiza en el triunfo alcanzado en Caseros sobre las fuerzas de Rosas. Se lo califica, entonces, como el Destruccionista de la Tiranía, el Gran Libertador que puso término al despotismo sanguinario de don Juan Manuel y otras denominaciones semejantes. Esta caracterización no repara en el Urquiza anterior a Caseros (aliado de Rosas, vencedor de los unitarios, violento contra los opositores), ni tampoco en el Urquiza inmediatamente posterior (1852-60: apoyado por el Chacho y los caudillos del interior), ni tampoco, en el Urquiza de los años sesenta (traidor al Partido Federal a partir de Pavón). Para la Historia escolar Urquiza es Caseros. Y Caseros significa la derrota del autoritarismo y la "barbarie".

El revisionismo tradicional, en tanto pivotó su crítica a la Historia Oficial alrededor de la figura de Rosas, no se preocupó por ahondar en la figura del caudillo entrerriano, ni de la naturaleza de la batalla por la cual se le otorga celebridad. Lo consideró simplemente un traidor, que siendo hombre de Rosas durante muchos años, un buen día resolvió unirse a los unitarios y al Brasil. Esta alianza con el extranjero, en contra de su propia patria y de su propio pueblo, se originaría, según algunos, en su coincidencia con el colonialismo mental de los unitarios y según otros -peor aún- por haber sido comprado por Brasil con un montón de patacones.

El revisionismo federal provinciano, socialista o latinoamericano, al intentar un análisis histórico en función del enfrentamiento entre las clases sociales -y no a través de las individualidades o grandes personalidades- intenta alcanzar una mayor profundización, tanto en relación a Caseros, como a las diversas facetas de Urquiza. La concepción dialéctica que nutre el análisis de esta corriente le permite registrar las transformaciones, a través del tiempo, que llevan



Daguerrotipo de Justo José de Urquiza, 1852. Museo Histórico Nacional.

a este personaje de estanciero a caudillo y luego, lo convierten de caudillo en traidor, ajusticiado por sus propios hombres.

Así, más allá de la discusión sobre las ambiciones mercantiles de Urquiza o sus ciento ocho hijos naturales legitimados por decreto (Ley N° 41, del 1/9/1855)¹, como así también su autoritarismo o su vocación de señor feudal expresada en el boato del Palacio San José, debe apreciarse su trayectoria como el sinuoso camino adoptado por los estancieros del litoral, tironeados hacia Buenos Aires por su apetencia del mercado mundial y asimismo, inclinados hacia el interior por su defensa de la nacionalización de las rentas aduaneras que monopoliza Buenos Aires. De allí provendría su rosismo hasta 1852, su "provincianismo" entre 1852 y 1860 y su claudicación promitrista desde 1861 hasta su muerte.

El punto de partida, para una caracterización correcta, es retirar a Urquiza del panteón unitario y devolverlo a su condición de caudillo entrerriano. Expresa, así, a los estancieros de Entre Ríos, arrastrando a menudo a otros estancieros de las provincias litorales, conjugando un frente social con la base gaucha, es decir, con los peones. De ahí que su historia personal se halle muy influida por las tendencias predominantes en su provincia.

Nacido en 1801, en zona cercana a Concepción del Uruguay, vive aventurándose en distintas actividades hasta que a los 40 años "ya ha sido comerciante, procurador, ganadero, diputado, ministro, revolucionario emigrado, comandante militar y fundador de las primeras escuelas entrerrianas, convertido en padre de doce hijos, a ninguno de los cuales reconoce". En esa época, "confía en la valorización de los campos y haciendas, y compra cuanto puede". Así se va constituyendo en estanciero poderoso, al tiempo que caudillo militar, lo cual lo conduce, en 1841, a convertirse en gobernador de Entre Ríos cargo para el cual será reelegido varias veces.

Como se ha señalado, entre 1840 y 1852, se observa un proceso de transformación interesante en el litoral, especialmente en Entre Ríos, con un importante crecimiento económico hacia nuevas formas de explotación agropecuaria (del tasajo a la lana). En este proceso de modernización, este jefe popular contradictorio -que no bebe, no fuma, ni juega, pero que hace el amor sin responsabilidad alguna desparramando chicos por la provincia- combina algunas sorprendentes medidas como gobernante con negocios que le permiten amasar una fortuna. En su gestión, inventa "Estancias del Estado" como un medio de obtener fondos para el Estado provincial así como se preocupa por dotar de escuelas a la provincia. Cutolo señala que en 1848, había "escuelas públicas del Estado en todos los distritos de la campaña y se habían mejorado las de los pueblos. Con Urquiza se abrió para Entre Ríos la que ha sido llamada 'edad de oro de la enseñanza'. Su obra administrativa y educacional fue proficua y culminó con la fundación del Colegio Nacional de Concepción del Uruguay", importante establecimiento educacional de aquella época en el que se formaron prestigiosos políticos e intelectuales. En sus negocios particulares señala el historiador Jorge Newton "es copropietario de diversas embarcaciones de carga que unen los puertos de Rosario y Montevideo [...], ha fundado un saladero -el más grande del mundo hasta la muerte de Urquiza-, al que pone el nombre de 'Santa Cándida' en homenaje a la memoria de su madre [...] Igualmente se interesa por adquirir tierras [...]"

¹ Font Escarra, Ricardo: *La unidad nacional*, Buenos Aires, Theoría, 1961, p. 83.

² Newton, Jorge: *Urquiza, el vencedor de la tiranía*, Buenos Aires, Claridad, 1961, p. 59.

³ Ídem, p. 65.

⁴ Ídem, p. 131.

⁵ Cutolo, Vicente: *Nuevo Diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, Buenos Aires, Elche, 1985, tomo VII, p. 446.

comprando lote tras lote de tierra, a veinte pequeños propietarios, hasta formar una estancia cuya extensión es de ocho leguas y media [...] que denominará 'San José' donde, en 1849, levanta su famoso palacio que lleva el mismo nombre. Durante años continuó comprando tierras y animales: muchos de ellos, adquiridos en 1847 a 1 patacón o menos, que valen 7 patacones, en 1860, lo cual lo constituye en uno de los más ricos del país. Además, Urquiza parece haber sido uno de los primeros en introducir reproductores merinos, dándole una fisonomía particular a la ganadería entrerriana.

Esa orientación productiva de Entre Ríos la lleva hacia el mercado mundial, hacia la exportación, coincidiendo con la vocación de la Provincia de Buenos Aires (exporta cueros a Europa, tasajo a mercados esclavistas y, en menor medida, lanas). A ambos grupos de estancieros no les interesa, por ahora, la entrega del mercado interno a la mercadería europea, como sí les interesa a los comerciantes porteños, expresados por el grupo rivadariano. Esto explica el acuerdo de Urquiza con la política rosista en los primeros años de su caudillaje. Sin embargo, a medida que progresa la "merinización", resulta vital para Entre Ríos la libre navegación del Paraná y del Uruguay, así como la utilización de puertos propios (derecho que los estancieros bonaerenses, a través de Rosas, le niegan cerrándole los ríos). Asimismo, el reclamo de su parte en los derechos aduaneros configura otro diseño de Entre Ríos respecto a Buenos Aires y un punto de acuerdo con el Interior.

Estas circunstancias explican el enfrentamiento, expresado en el pronunciamiento de Urquiza y la formación del Ejército Grande, en 1851. Asimismo, el poderío financiero y militar de la provincia de Buenos Aires explicaría que Urquiza considere necesario -o imprescindible- aliarse con el Brasil, que le aporta soldados y financiación.

Esta información resulta fundamental para el análisis político de esa época. Urquiza es un poderoso ganadero y caudillo popular de Entre Ríos como Rosas lo es de la provincia de Buenos Aires, cuando el país no está regido por la constitución que lo unifique nacionalmente.

A su vez, Entre Ríos es la provincia más próspera de esa época y se encuentra asfixiada en su desarrollo por el cierre de los ríos que le impone Buenos Aires, no para restringir el comercio de ambas con la Europa, sino para que los ganaderos entrerrianos deban trasladar sus haciendas por tierra para poder salir al extranjero por Buenos Aires, convertido en puerto único. A esto se suma la discusión respecto a la participación de las provincias en los derechos sobre el comercio exterior cobrados por Buenos Aires, reclamo en el cual Urquiza coincide con los intereses de las provincias interiores.

Caseros

La Historia Liberal simplifica, cometiendo un grave error, cuando caracteriza a Caseros como un triunfo unitario o liberal sobre el despotismo rosista. Simplifican, asimismo, los historiadores rosistas cuando lo presentan como una Guerra entre Brasil y la Confederación, en la cual el jefe militar de la Confederación es comprado por el Imperio. (La debilidad de este último argumento reside en la concepción individualista de la historia, pues no explica por qué razón el pueblo entrerriano, en su inmensa mayoría, habría acompañado a Urquiza en su traición.)

En Caseros confluyen diversas fuerzas, que persiguen, cada una de ellas, objetivos propios, como ocurre en toda alianza. Por un lado, el frente social de estancieros y gauchos entrerrianos y correntinos, liderados por los ganaderos nucleados alrededor de Urquiza, en pugna con la política de Rosas, que les cierra los ríos a la navegación interior, los so-

⁶ Newton, Jorge: ob. cit., p. 128.



Batalla de Caseros. Litografía de Penati.

importada desde Europa, capaces de borrar la "barbarie" nativa. Junto a ellos está el Brasil, preocupado por el predominio de los federales de Oribe, apoyados por Rosas, sobre la Banda Oriental, (amenaza de expansión por parte de las Provincias Unidas y su control sobre las dos costas del Río de la Plata), al tiempo que ese estado de insurrección popular provoca inquietud en Río Grande, especialmente entre los esclavos.

Los tres sectores que confluyen desean derrocar a Rosas, por motivos diferentes. Cada uno persigue "su" Caseros y la alianza se centra en voltear al enemigo común. Ya durante la organización militar previa a Caseros e inmediatamente después del triunfo, se harán evidentes las disensiones. Estas fueron laterales y secundarias hasta el momento de la victoria. Luego, se convierten en principales y separan a los integrantes del frente.

Caseros, según Sarmiento, en *La campaña del Ejército Grande*

El mejor testimonio acerca de las contradicciones internas del frente antirrosista lo expresa Sarmiento en su libro *La campaña del Ejército Grande*. Allí pone al desnudo, a través de diversos episodios, los equívocos y desencuentros entre los vencedores de Don Juan Manuel. Resulta útil recordar algunos de esos sucesos que en general no son explicados por la historia liberal ni por la revisionista.

Sarmiento, con su egolatría a cuestas, se presenta ante Urquiza para integrarse al Ejército Grande, suponiendo que en su campamento reside la "civilización" y que le acordarán una función importante: "¡Que se imagine cualquiera las emociones que debía experimentar cada ciudadano argentino -recuerda Domingo Faustino- al penetrar en aquel antro, con el sombrero en la mano, los ojos fijos en ese monstruoso perro, su salvación pendiente de un grito dado en el momento oportuno por el General! [...] Urquiza tiene a su lado un enorme perro [...] muerde horriblemente a todo el que se acerca a la tienda de su amo. Esta es la consigna. Si no recibe orden en contrario, el perro muerde. Un gruñido de tigre anuncia su presencia al que se aproxima: y un 'Purvis' del General.

¹ Zorraquín Becá, Horacio: *Tiempo y vida de José Hernández*, Buenos Aires, Emecé, 1972, p. 26.

en el que le intima estar quieto, la primera señal de bienvenida. Han sido mordidos Elias, su secretario, el barón de Grati, cuatro veces, el comandante de uno de sus cuerpos, y Teófilo, su hijo, y cientos más". Para escándalo del sanjuanino, Urquiza le "ha dado [a ese perro] el nombre del almirante inglés que apoyó la defensa de Montevideo, en los principios del sitio, y contribuyó a su sostén contra Oribe. En honor del anciano y simpático almirante, la batería que defiende la puerta principal de la línea de defensa [del caudillo] se llamaba Purvis", comenta Sarmiento, con perplejidad e indignación, pues encuentra en este episodio la misma "barbarie" a la cual combatió en tiempos de Rosas. Pero, además, también se lleva otra sorpresa: "Lo que más me llamó la atención [...] fue que el General Urquiza se había ocupado, durante su acampamiento en los alrededores de Montevideo, en hacer sentir a los emigrados argentinos [unitarios] la necesidad de ponerse la cinta colorada" [la cinta punzó], identificándose así con los federales. Otra sorpresa, nada agradable, por cierto, reside en que Urquiza, en vez de incorporarlo a su ejército como asesor o al frente de un regimiento o en el Estado Mayor, procede de otra manera: "la única vez que he hablado con el General en dos meses que he estado cerca de él. Después es el quien ha hablado, haciéndome escuchar [...] Nunca manifestó deseo de oír mi opinión sobre nada, y cuando con una modestia que no tengo, con una indiferencia afectada, con circunloquios que jamás he usado hablando con (célebres personajes, como) Cobden, Thiers, Guizot, Montu o el Emperador del Brasil, quería emitir una idea, me atajaba a media palabra, diciéndome: si yo lo dije, lo vi, lo hice, etc."¹¹. Y agrega que en una de esas entrevistas, estimando que su papel natural era de consejero, de colaborador "le ofrecí mis servicios [...] Entonces, me indicó encargarme del Boletín del Ejército, llevar prensa, etc."¹². Llevar prensa significaba participar de reuniones militares, pero "aquel Estado Mayor, compuesto por el General Virasoro, un coronel Félix Gómez, tipo charrúa, y sin más intermediarios que treinta jóvenes correntinos que hablaban guaraní; porque, fuera de bufonada, el idioma del Estado Mayor era el guaraní. El General, su ministro, los edecanes, una escolta de cadetes y los asistentes lo hablaban admirablemente, y no se hablaba castellano sino conmigo, y creo que con el coronel Gómez, que pertenecía a otra raza"¹³. Ese estado mayor que traza estrategias en un idioma que "el maestro sanjuanino" juzga "bárbaro", propio del litoral argentino pero incomprensible para él, obstaculizando su tarea de boletínero, lo distancia aún más de Urquiza, mostrándole que ese Caseros no ha sido un triunfo suyo, como lo suponía.

Asimismo, su función de boletínero se ve perturbada por diversas circunstancias: "En la primera entrevista que tuve con el General me dijo que llamase a Rosas en el Boletín el salvaje unitario Rosas todas las veces que hubiera de nombrarlo. Se le puede probar, me dijo, que es salvaje, y unitario, lo es por su gobierno"¹⁴. Sarmiento, que a pesar de su nacimiento en San Juan actúa como "alquilón" de Buenos Aires, no termina de entender cómo, para Urquiza, Rosas es expresión del centralismo porteño y por tanto, unitario, no distribuir la renta aduanera. Además, se molesta vivamente ante los comentarios de Don Justo: "Ustedes, [los unitarios], gastan el dinero sin mirar para atrás. Por eso nunca

¹¹ Sarmiento, Domingo Faustino: *Campaña en el Ejército Grande*, Buenos Aires, Kraft, 1957, p. 85.

¹² Idem.

¹³ Idem, p. 86.

¹⁴ Idem, pp. 118 y 119.

¹⁵ Idem, p. 127.

¹⁶ Idem, p. 204.

¹⁷ Idem, p. 182.

han hecho nada; yo con poco, hago mucho"¹⁵. Asimismo, le llega un comentario hostil: "Un jefe vino a decirme: el general está diciendo de usted: 'Ahí está el Boletínero escribiendo cuánto disparate se le ocurre. Si no valen nada todos estos salvajes unitarios'"¹⁶.

En el mismo sentido, Urquiza, el cuatro de febrero, habla en público: "Si los salvajes unitarios habían creído que él había triunfado para ellos, se equivocaban redondamente, que los buenos federales solos gobernarían el país"¹⁷. A esto se agregaba que "Las clases acomodadas de la sociedad acudían por millares a Palermo, a visitar, a ver, a aplaudir, a admirar al general vencedor [...]. A los que le felicitaban, el general respondía invariablemente: Si yo no he hecho nada. Aquí he venido a encontrar con que los escritores de Montevideo y de Chile lo han hecho todo. Los salvajes unitarios son los que han vencido a Rosas, y cosas así. Aquí encuentro que nadie quiere ponerse la cinta colorada. Yo he de entrar en Buenos Aires con esa cinta, etc."¹⁸.

"A la semana justa del triunfo de Caseros, el 10 de febrero de 1852, el Gobernador Delegado de Entre Ríos dicta un decreto declarando tres días feriados con motivo del triunfo 'sobre las hordas del salvaje unitario Juan Manuel de Rosas'"¹⁹.

Otro episodio, no carente de gracia, acentúa la disconformidad de Sarmiento, en un atardecer de la pampa: "Nubes negras y atormentadas se iban esparciendo por el cielo. El general me dijo: Va a llover -y con un tono de burla- van a mojarse las plumas. Era el caso que yo era el único oficial del ejército argentino que en campaña ostentaba una severidad de equipo estrictamente europeo. Silla, espuelas, espada bruñida, levita abotonada, guantes, quepí francés, paletó en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco, lo que al principio dio lugar a algunas pullas, a que contestaba victoriosamente por la superioridad práctica de mis medios [...]. A la broma del general, pues, contesté con mi argumento favorito, dirigiéndome al arzón de la silla, desatando las correas que sujetaban la manta, sacando mi paletó y poniéndome por encima una capa blanca de goma elástica que había hecho traer de Buenos Aires. No había qué replicar"²⁰. De este incidente se burlaría luego Alberdi en su polémica con Sarmiento: "Un oficial del traje que usted llevaba en un ejército de Sud América, es una figura curiosa, que debía entretener a la tropa; pero todo un ejército sudamericano compuesto de nuestros gauchos vestidos de levita, quepí francés, paletó, etc., etc., sería una comedia que le haría caer las armas de las manos, de risa, al verse en traje que el europeo mismo se guardaría de emplear en nuestros campos. Esas campañas contra los usos del desierto antes de haber acabado con el desierto; contra los usos que engendra la pobreza, antes de haber acabado con la pobreza, son de mala táctica"²¹.

En *La campaña del Ejército Grande*, Sarmiento relata, además, lo ocurrido con su compañero Aquino, también testimonio del antiunitarismo que prevalece entre los gauchos del ejército de Urquiza. Desde Chile, Sarmiento había llegado con Wenceslao Paunero, Bartolomé Mitre y Pedro León Aquino. Urquiza lo destina a Paunero a jefe de aprovisionamiento, "es decir, lo anula... no tenía funciones" y a Sarmiento como boletínero. En cambio, a Aquino lo designa al frente de una división rosista y el 10/01/52, al querer

¹⁵ Ídem, p. 135.

¹⁶ Ídem, p. 240.

¹⁷ Ídem, p. 252.

¹⁸ Ídem, p. 258.

¹⁹ Rebollo Paz, León: *Historia de la Organización Nacional*, Buenos Aires, Librería Del Plata, 1951, tomo I, p. 87.

²⁰ Sarmiento, Domingo F., ob. cit., pp. 158 y 159.

²¹ Alberdi, Juan B.: *Cartas Quilloyanas. (Polémica con Domingo F. Sarmiento)*, Buenos Aires, Talleres Rosso, s/f, p. 68.

imponer disciplina, uno de sus soldados lo mata a Aquino de un lanzazo. Cuenta Sarmiento que la división de Aquino se sublevó y lo mataron, "era un verdadero oficial de fortuna, franco, disipado, derramando el dinero o la sangre, para satisfacer sus necesidades lujosas y elegantes, o servir sus ideas políticas. Hablaba inglés y un poco de francés, y era amigo de gringos y yankees, de capitanes de buques de guerra y de médicos de las escuadras; y con el inglés le habían venido el uso del grog, el brandy y la ginebra de que tomaba, al uso inglés, todo el día, sin propasarse sino rara vez [...]. Recibió [para dirigir] una división de las de Rosas [que había luchado en Uruguay]. Los oficiales [...] camarada el jefe de su propio asistente, comiendo juntos y sin ninguna de las distinciones de la jerarquía militar"²². Y agrega: "Vino usted a recomendar a ese pícaro de Aquino que me perdió una división, ese borracho"²³, le reprocha Urquiza, ante un Sarmiento escandalizado y perplejo.

La muerte de Aquino, a manos de los soldados de Urquiza, muestra también la debilidad de esa alianza, en la cual cada uno perseguía sus propios objetivos, a partir de distintas experiencias y costumbres.

Pero lo que resulta sorprendente es que los historiadores rosistas no reparen en estos testimonios de Sarmiento, que quiebran esa imagen de un Urquiza unitario y vendido al Brasil que ellos sustentan.

También, a lo largo del libro *Misterios de San José*, crítica implacable de Juan Coronado contra Urquiza, este secretario del caudillo testimonia acerca de ese antiunitarismo como, por ejemplo, en las primeras páginas, donde pone en boca del general que "no había que permitir que los salvajes unitarios pusiesen el pie en el estribo"²⁴.

Urquiza, ¿una posibilidad nacional?

Urquiza entra en Buenos Aires el veinte de febrero de 1852, con poncho y cinta punzó. Al día siguiente, lanza una proclama: "Hoy mismo asoman la cabeza, y después de tantos engaños, de tantas lágrimas y sangre, se empeñan en hacerse acreedores al renombre odioso de salvajes unitarios y con inmediata impavidez reclaman la herencia de una revolución que no les pertenece, de una victoria en que no han tenido parte, de una patria cuyo sosiego perturbaron, cuya independencia comprometieron y cuya libertad sacrificaron con su ambición y anárquica conducta"²⁵. Las referencias con franceses e ingleses, en las aventuras contra Rosas.

El General Paz, comprendiendo la situación política que se ha creado, le escribe a Domingo Oro: "Preciso es tener presente que la revolución actual [Caseros] es de los federales"²⁶.

El 23 de febrero -a veinte días de Caseros- Sarmiento se exilia y le escribe a Urquiza: "Que Dios ilumine a V. E. en la escabrosa senda en que se ha lanzado, pues es mi convicción profunda que se extravía en ella, [...] malograda la esperanza de un regreso definitivo a mi patria"²⁷.

A partir de ese momento, Urquiza desarrolla una política dirigida a obtener el apoyo

²² Sarmiento, Domingo F.: ob. cit., p. 177.

²³ Ídem, p. 239.

²⁴ Coronado, Juan: *Misterios de San José*, Buenos Aires, Juan Palumbo editor, 1911, pp. 30 y 31.

²⁵ Rebollo Paz, León: ob. cit., tomo I, p. 92.

²⁶ Ídem, p. 43.

²⁷ Sarmiento, Domingo F.: ob. cit., p. 42.



Justo José de Urquiza, con galera y percha, tal como entró en Buenos Aires, después de Caseros. Museo Histórico Nacional.

ros negocios. Estos aspectos le generan una tendencia conciliadora hacia los intereses de la burguesía comercial anglocriolla, que torna inestable y dificultosa su alianza con el interior. Esa tendencia se expresa ya en el armado del Gobierno bonaerense. Si bien designa gobernador provisional a un hombre ligado al rosismo —don Vicente López y Planes, quien había sido presidente de la Suprema Corte, entre 1846 y 1848 y legislador rosista en 1850— el gabinete muestra concesiones: Vicente Fidel López (quien venía del exilio desde donde había disentido con su padre), Peña (hacendado prounitario), Gorostiaga (federal tibio), Escalada (ligado a los intereses portuarios) y Valentín Alsina (arquetipo del grupo rivadaviano).

El 5 de mayo de 1852 Urquiza mantiene una reunión privada con los principales hombres de Buenos Aires y del interior. En esa ocasión, Pujol, hombre del litoral en la línea de Ferré, lo presiona para capitalizar la ciudad de Buenos Aires y nacionalizar las rentas aduaneras, pero halla resistencia en los porteños asistentes, especialmente en Valentín Alsina, quien poco después, renuncia al ministerio. Urquiza toma una actitud conciliadora y no nacionaliza la aduana.

Poco después, convoca a los gobernadores a San Nicolás de los Arroyos, reunión que se concreta el 31 de mayo. Allí se encuentran la casi totalidad de los jefes provinciales de la época de Rosas, algunos de subido tono federal, como Celedonio Gutiérrez (Tucumán), Pablo Lucero (San Luis), Nazario Benavídez (San Juan) y Vicente Bustos (La Rioja), este último apoyado por El Chacho. A ellos se suman Vicente López y Planes (Buenos Aires), Virasoro (Corrientes) y Crespo (Santa Fe), de estrecha vinculación con Urquiza. Otros, que habían apoyado a Rosas, como Navarro (Catamarca), Segura (Mendoza, que es producto de un golpe militar); solo en Córdoba, Salta y Jujuy varían los gobernadores respecto al período anterior.

de los caudillos federales del interior, con el propósito de sancionar la ansiada Constitución, elegir autoridades nacionales y constituir la capital federal, cohesionando así a la nación. En ese proyecto, entra por supuesto, la nacionalización del puerto de Buenos Aires y de su aduana, con la consiguiente distribución nacional de los recursos, lo cual significa, en definitiva, quebrar el poder de la Provincia Metrópoli.

Por esta razón, a los ojos de los viejos unitarios, el caudillo entrerriano se ha transformado en un grave peligro y comienzan a dispensarle un odio mucho mayor que el que le prodigaban a Rosas. Sin embargo, ese proyecto tiene dos puntos débiles: por un lado, Urquiza es un caudillo litoralero y ganadero, atraído por el mercado mundial en un momento en que su provincia progresa notablemente en la producción de lanas; por otro, si bien es un político, es también y por sobre todo, un negociante, hombre codicioso, ávido de fructos.



Reunión de los gobernadores en San Nicolás, 31 de mayo de 1852. Óleo de Rafael H. Villar.

El malestar que causa esta política de Urquiza se expresa en las elecciones porteñas del 15 de abril de 1852, donde triunfan los liberales, en abierta oposición a Don Justo.

El 31 de mayo, en San Nicolás, los gobernadores firman el Acuerdo por el cual se decide: a) convocar a una convención constituyente a reunirse, en agosto, en Santa Fe; b) crear un gobierno transitorio designándolo a Urquiza como Director Provisional de la Confederación, con atribuciones militares, financieras, jurídicas y en materia de política exterior. El acuerdo no va más allá, a pesar de las presiones del correntino Pujol y los hermanos Rojo, de Cuyo, para nacionalizar las rentas y federalizar Buenos Aires.

Este Acuerdo de San Nicolás genera hondos efectos políticos en la Provincia Metrópoli. Ante la puesta en marcha de esta coalición provinciana que provoca el disgusto de los intereses porteños, se produce un realineamiento de las fuerzas políticas. Los liberales netos, encabezados por Alsina y Mitre (con el apoyo de Sarmiento), consolidan su fuerza con el aporte de antiguos rosistas como Anchorena, Vélez Sarsfield, Lorenzo Torres y Rufino de Elizalde, entre otros. A su vez, Urquiza recibe apoyo de los rosistas más populares como Tomás Guido, Baldomero García, Jerónimo Costa, Julio Victorica, Hilario Lagos y también de antirrosistas como Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Salvador María del Carril y Juan E. Pedernera.

Las "Sesiones de Junio"

Según lo dispuesto en San Nicolás, el acuerdo debía ser ratificado por cada legislatura provincial. En cumplimiento de esa norma, a partir del 6 de junio, la legislatura de Buenos Aires discute su homologación. Los ministros de López defienden el acuerdo impugnado violentamente por los mitristas. Son las llamadas "Sesiones de Junio" que concitan el fervor de los porteños.

Toda la ciudad se conmociona y vive minuto a minuto el fuerte debate. La presión del comercio y de todos los órganos de la ciudad con cierto prestigio y fuerza, resulta muy intensa. Así, por ejemplo: una nota exigiendo al gobernador que pase informe a la Legislatura de lo tratado en San Nicolás de los Arroyos, lleva cuatro mil firmas: "una exhortación a



Portada del volumen sobre debates en la Sala de Representantes de Buenos Aires sobre el Acuerdo de San Nicolás.

defender los derechos de la Provincia que se reputan injustamente vulnerados²⁸.

Al iniciarse la sesión del 21 de junio, "el comercio ha cerrado sus puertas, los empleados públicos no concurren a sus oficinas, las actividades normales de la población están suspendidas y largas caravanas de ciudadanos afluyen hacia lo que se considera una cita de honor"²⁹. La exaltación de la barra que asiste a la Legislatura llega a los extremos: entre gritos, imprecaciones y amenazas, los más exaltados se disponen a agredir a los ministros, en términos que muestran la inminencia de un atentado. En una de las sesiones, Juan María Gutiérrez dirige al público: "Parece que desgraciadamente los diputados y la barra están bajo la presión de sentimientos idénticos a los del 1° de diciembre de 1828. En aquel tiempo no hubo ningún mozo de tienda ni ningún estudiante de la Universidad, y yo entre ellos, que no viniese a este sitio a producir escenas análogas, como si representaran efectivamente la opinión pública"³⁰.

Sarmiento comparte este frenesí antiurquicista del porteñismo más recalcitrante y al considerar escandalosa la disposición del Acuerdo por la cual cada provincia tendrá dos representantes en la Convención Constituyente: "La noticia de las estipulaciones del convenio de San Nicolás llegó a Buenos Aires, y, como era de esperarse, la ciudad se estremeció de indignación y pavor. [Dos diputados al Congreso! [...] ¡En Buenos Aires puede haber rosistas, urquicistas y unitarios; pero nunca un partido que ponga por lema de su bandera: la humillación de la provincia! [...] Urquiza había sido en San Nicolás, como siempre, indiscreto en sus palabras. Para propiciarse a los gobernadores provincianos, he de sembrar sal, decía, sobre Buenos Aires"³¹. Sarmiento coincide, asimismo, con las palabras de Gutiérrez: "Estos tenderos son los que en 1828 apoyaron a Lavalle"³². En otra parte, insiste: "Así, pues, en esta cruzada contra la tiranía de Rosas, hecha en nombre de la libertad, y encabezada por los antiguos satélites del tirano, había otro enemigo más que ellos venían a ajar [los aldeanos! y era el pueblo de Buenos Aires"³³.

La presencia del caudillo entrerriano, con su poncho y su cinta punzó, así como de sus gauchos, constituye para la gente porteña una verdadera insolencia, que pretende, a través del Acuerdo, considerar a Buenos Aires meramente una provincia más, en igual-

²⁸ Rebollo Paz, León, ob. cit., tomo I, p. 185.
²⁹ Ídem, p. 200.
³⁰ Ídem, p. 222.

³¹ Sarmiento, Domingo F., ob. cit., p. 341.
³² Ídem, p. 347.
³³ Ídem, p. 208.

dad de condiciones con las restantes. O peor aún, pues incluso amenazan con manejar sus dineros y hasta birlarle el monopolio del puerto único, según los consejos que desde Europa, transmite Juan Bautista Alberdi a Urquiza.

Por supuesto, no se trata de una cuestión geográfica ni imputable a Buenos Aires sino a los intereses mercantiles que ahora estrechan sus relaciones con sectores ganaderos, es decir, conformando la oligarquía porteña, presa de furor antiurquicista. "La exaltación había llegado en un momento hasta la demencia, que un grupo de juventud de la más elevada alcurnia política y social se complotó para asesinar en ese baile al General Urquiza y que le tocó la suerte de matar, al joven Don Adolfo Alsina"³⁴.

"Cada minuto después de Caseros señala el incremento de las repulsiones localistas a Urquiza y los suyos, tenidos por tan intrusos y montoneros como las milicias ramiristas o artiguistas -en esencia, las mismas, aquellos venían de estos- que echaron pie a tierra junto a la Pirámide de Mayo en 1820, mandatarios de una soberanía altanera y en marcha"³⁵.

En esas Sesiones de Junio, el Acuerdo es impugnado, entre otros, por Vélez Sarsfield y Bartolomé Mitre. Este, convertido en líder de la posición porteñista, lo rechaza argumentando que coloca en manos de Urquiza el poder militar y el poder financiero, creando así "un nuevo despotismo". Estas arengas, festejadas por la barra, concluyen el 21 de junio con la no aceptación del acuerdo, desautorizando así al gobernador López, por lo cual renuncian tanto el autor del himno como sus ministros. Pero Urquiza, indignado, cierra la Legislatura, y asume el gobierno de la provincia, al tiempo que destierra a varios opositores (entre otros, a Mitre, quien pasa a Montevideo).

Días después, el caudillo levanta el embargo que se había sancionado sobre los bienes de Rosas. Sus aliados de cuatro meses atrás son ahora sus enemigos y, por tanto, modera su enfrentamiento con el que fuera enemigo de ayer, ahora dedicado a tareas rurales en el destierro británico. Pero todavía va más allá: "El Nacional y El Progreso del 31 de agosto, publican el decreto de Urquiza del día 28, que nacionaliza la Aduana de Buenos Aires, y [...] el 2 de septiembre publican el decreto que crea la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, preludio de su nacionalización"³⁶. Es el fin de la Provincia-Metrópolis.

"El abrazo del Coliseo" y el nacimiento de la oligarquía porteña

La disidencia entre Urquiza y sus aliados de Caseros es ahora frontal y los partidarios de Mitre y Alsina conspiran ya contra el jefe entrerriano.

Con respecto a las causas de la resistencia de Valentín Alsina, Pelliza escribe: "Era simplemente el culto unitario que, con rigorismo musulmán, guardaba incólume en su cabeza poco experta el viejo soldado de las históricas batallas, que veinte años antes se libraban en la prensa y en el congreso entre unitarios y federales [...] Volvía él a Buenos Aires [...] lleno de las viejas prevenciones contra los hombres y las cosas, que impulsaran [...] una organización que contrariase el plan unitario, de cuya arca santa se consideraba el depositario. Todo el grupo de emigrados que le acompañaba en su reinstalación en el suelo argentino venía, puede decirse, inspirado por aquella tradición viviente que conservaba intacta la herencia de principios y de errores, que caracterizaron a la presidencia de Rivadavia [...] No es extraño, pues, que este grupo de unitarios [...] contrariando los planes del vencedor de Rosas, tratara de apoderarse del gobierno de la provincia de

³⁴ Carta de Carlos Rodríguez Larreta a Ramón Cárcano, citado por Rebollo Paz, León, ob. cit., p. 121.
³⁵ De Herrera, Luis Alberto: *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay*, Montevideo, 1919, p. 21.
³⁶ Mayer, Jorge: *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, p. 427.

Buenos Aires como acto previo para enseguida desenvolver su proyecto de organización centralista, en oposición al del general Urquiza [...] La revolución contra Urquiza venía esbozada desde Montevideo⁸⁷.

Asimismo, Sarmiento, en *La Campaña del Ejército Grande* se refiere a las indicaciones que dio a Benigno Villanueva en Mendoza, a Martínez en la Provincia de Buenos Aires y a sus amigos de San Juan para que estuviesen preparados ante un posible pronunciamiento en Buenos Aires, en cuyo caso deberían intentar la toma del poder⁸⁸.

El 8 de septiembre de 1852, Urquiza abandona Buenos Aires, con rumbo a Santa Fe, para inaugurar la Convención Constituyente. Tres días después, el once, estalla el golpe antiurquicista en Buenos Aires. "La provincia rebelde, sospechosamente, se sublevaba quince días después de la nacionalización de la Aduana"⁸⁹.

Julio Victorica relata: "El doctor Lorenzo Torres, uno de los más importantes hombres de Rosas [...] incansable orador en la Legislatura, [...] ese mismo [...], fue el principal revolucionario de Septiembre y mereció ser investido del poder, después del triunfo. Le había bastado para purificarse, recibir un abrazo de don Valentín Alsina. Ese abrazo pasó a la historia con el nombre de abrazo del Coliseo. El general don Ángel Pacheco, jefe de la vanguardia de Rosas en Castros, perteneció a la misma falange reivindicadora de los



Lorenzo Torres. Reproducido en Historia Visual de la Argentina. Clarín.

derechos y libertades; y al general Flores, otro de los vencidos en Caseros, se le hizo ministro. ¿A qué enumerar más hombres de Rosas de los que tomaron parte activa en el alzamiento de Septiembre, si designando solo a dos, está ya dicho todo? Troncoso y Badía, los principales ejecutores de las altas obras del tirano, en la época del terror, fueron dados de alta como coroneles, para combatir al vencedor de Caseros. Más tarde [los mismos], fueron fusilados, porque habían sido asesinos en la época de Rosas; pero para recordar esto, es decir, que habían sido asesinos, fue preciso que se plegasen como lo hicieron, a la revolución que en diciembre de ese mismo año encabezó [...] el general Hilario Lagos⁹⁰.

Sarmiento señala: "Recién el 11 de septiembre caía Rosas verdaderamente con su cinta colorada, sus salvajes unitarios, sus campamentos de tropas en todas partes, su corte, familia y queridas en Palermo [esta referencia a las "queridas de Rosas" prueba una vez más la mendacidad de Sarmiento]. La fusión de los partidos [...] se obró el 11. Alsina [...], y Lorenzo Torres, [...] se presentaron del brazo en un baile público, y pa-

⁸⁷ Mariano Pelliza: *La Organización Nacional*, Buenos Aires, Saclo Argentino, 1951, p. 16.
⁸⁸ Sarmiento, Domingo F., ob. cit., pp. 183 y 184.
⁸⁹ Fagalde, Laura: *El Interior al poder. De Caseros a Roca*, Santa Fe, Los Andes, 1975, p. 32.

⁹⁰ Victorica, Julio: *Urquiza y Mitre*, Buenos Aires, Lajouane y Cia., 1906, pp. 79 y 80.

saron la noche juntos. Los coroneles Sosa y Flores fueron electos diputados, y el general Pacheco, [...] tomó la inspección general de armas⁹¹.

Esa "fusión de partidos" o "abrazo del Coliseo" (en la noche del 18 de septiembre, donde se festejó el triunfo) significa la conformación de un bloque de clases entre la burguesía comercial anglocriolla y los estancieros bonaerenses, constituyéndose así lo que en lenguaje político se denomina "la oligarquía porteña" u "oligarquía bonaerense". No es todavía simplemente "la oligarquía" pues geográficamente carece de alcance nacional; lo será, años después, cuando se le sumen los bodegueros de Cuyo, los azucareros del norte y los ovejeros patagónicos. Pero sí es la oligarquía porteña cuyas figuras centrales -Mitre, por los comerciantes y Anchorena, por los estancieros- son jefes de las familias más poderosas del país.

No debe olvidarse que Mitre, en las "Sesiones de Junio", es el principal orador y cuestionador del acuerdo de San Nicolás. Alberdi consideraba la constitución de la segregada Buenos Aires como "un aborto de los Anchorena"⁹².

Esta oligarquía no vacilará en darse su propio homenaje en la nomenclatura catastral bautizando, tiempo después, a una plaza llamada "Corrales de Miserere" con el nombre de "Plaza Once de Septiembre", conocida popularmente luego como "Plaza Once", a la cual se le restauró el nombre Miserere, en 1947. Así memora sus grandes triunfos -en este caso sobre lo que llama despectivamente "los trece ranchos"- representados por Urquiza.

Esa plaza, con el mausoleo de Don Bernardino Rivadavia en su centro, bordeada por las calles Rivadavia, Bartolomé Mitre y Pueyrredón, con Sarmiento y Lavalle muy cerca, resulta una revelación indudable de los afectos de la oligarquía porteña volcados a la nomenclatura catastral, aunque es tal el desencuentro con la historia por parte de los habitantes de la ciudad que la mayoría ignora por qué es Once y no Diez o Doce.

Si bien no cabe duda de que Mitre tiene su principal sustento en el comercio de Buenos Aires y Anchorena en los estancieros de la pampa húmeda cercanas a la ciudad puerto, la formación de la oligarquía bonaerense como alianza de clases debe relativizarse, pues, en muchos casos, se trata de poderosos comerciantes que, sin abandonar sus negocios mercantiles de exportación e importación, han venido invirtiendo en estancias. Los Anchorena, por ejemplo, eran inicialmente comerciantes y siguieron siéndolo aún cuando la explotación agropecuaria pasó a ser su principal negocio. A este respecto, Roy Hora, en su libro *Los terratenientes de la pampa Argentina*, sostiene: "El capital mercantil inició su desplazamiento hacia la producción rural recién en las décadas de 1820 y 1830 [...] Después de 1810, una avalancha de comerciantes extranjeros, muchos de ellos británicos [...] desplazó a la elite socioeconómica nativa del comercio de importación y exportación [...] En ese contexto, la tierra apareció como una alternativa que ningún empresario podía dejar de considerar [...] la actividad rural [...] y continuaron invirtiendo capital del comercio a la tierra por primera vez hacia 1820 [...] y continuaron invirtiendo en la tierra en las décadas siguientes. Algo similar puede decirse respecto a otras familias de grandes terratenientes, como los Martínez de Hoz, los Pereyra y los Urquía [...] Mucho más que sus antecesores coloniales, estos nuevos magnates territoriales siguieron siendo empresarios urbanos de primer orden [...] eran terratenientes ausentistas [...] se cibern a sí mismos, antes que nada, como una elite comercial [...] Felipe Senillosa [...] se describía a sí mismo como un 'comerciante en los negocios de ultramar' aún cuando al morir dejó más de 40.000 ha de tierra, que representaban algo menos de la mitad de su

⁹¹ Sarmiento, Domingo F., ob. cit., pp. 356 y 357.
⁹² Alberdi, Juan Bautista: *Obras escogidas*, Buenos Aires, Luz del día, 1956, tomo V, p. 447.

fortuna [...] Los almanaques de Blondel en los años 1826, 1829 y 1830 señalan a Nicolás Güiraldes y Norberto Quirno como 'pulperos', y a Tomás y Juan José Anchorena, Vicente Casares, Celedonio Pereda, Ezequiel Paz, José Guerrico, Francisco Atucha, Bartolo Leloir y muchos otros que habitualmente consideramos terratenientes, como comerciantes¹¹.

Esta tesis es muy interesante y habría que profundizarla, sin que esto signifique invalidar el simbolismo del abrazo del Coliseo pues ocurre muchas veces que la representación política no resulta espejo exacto de la base social que le da sustento, sino que ello se produce a través de refracciones y matices, aunque lo importante, en este caso, y sobre lo cual no existe duda, es que se afianza una oligarquía bonaerense de estancieros y comerciantes que se opone al federalismo del interior que pretende cuestionar el monopolio de Buenos Aires sobre los recursos aduaneros.

La segregación de Buenos Aires

El golpe porteño designa provisionalmente al general Pinto como gobernador y decide, como una de sus medidas fundamentales, el retiro de sus representantes del Congreso Constituyente reunido en Santa Fe. Semanas más tarde, es elegido gobernador Valentín Alsina, quien forma gabinete con Mitre, Flores y Peña.

Mientras, en Santa Fe, el 20 de noviembre, el Congreso Constituyente inicia sus sesiones sin la participación de Buenos Aires. Ese mismo día, los generales Hornos y Madariaga invaden Entre Ríos intentando frustrar la convención, pero son derrotados. En la Provincia de Buenos Aires, responden los federales con el levantamiento del coronel Hilario Lagos en la campaña, que se pronuncia a favor de Urquiza. Alsina renuncia y reasume el general Pinto. El 22 de enero de 1853, Lagos derrota a Pedro

Rosas y Belgrano y logra así controlar gran parte de la campaña bonaerense.

En el interior, los consejos de Sarmiento son cumplidos por sus amigos. Zacarías Yanzi derrota a Benavidez en San Juan; en Tucumán es depuesto Celedonio Gutiérrez; en Corrientes, pierde el poder el general Virasoro. Pero salvo estos golpes, la mayoría de las provincias permanece junto a Urquiza y sus representantes avanzan en la sanción de la Constitución.

En marzo de 1853 se produce un intento de conciliación, pero los representantes de Buenos Aires no demuestran interés en el acuerdo. Estos representantes son Anchorena, Lorenzo Torres, Vélez Sarsfield (tres hombres que vienen del rosismo) y el general Paz. Esto acentúa el enfrentamiento: las fuerzas de H. Lagos se acercan a Buenos Aires y una escuadra que responde a Urquiza, comandada por el almirante norteamericano John Coe, bloquea el puerto de Buenos Aires, pero el marino es sobornado y se pasa a las fuerzas porteñas, con sus buques, en junio de 1853.

Texto de la primera página de la Constitución Nacional de la Confederación Argentina.

¹¹ Hora, Roy: *Los terratenientes de la pampa Argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2005, pp. 34-36.

El 1° de mayo de 1853 se sanciona la Constitución en Santa Fe. "En esa Carta Magna queda federalizada la ciudad de Buenos Aires y se ratifica la nacionalización de la Aduana de Buenos Aires, pero su sanción definitiva se somete a la aprobación de la provincia segregada a la cual se invita a aceptar el texto aprobado en Santa Fe¹²".

Pero la Provincia de Buenos Aires la rechaza. Se crean así las condiciones para la separación: Buenos Aires, por un lado, y la Confederación urquista, por otro.

En Buenos Aires, el general Pinto muere en julio de 1853 y es reemplazado por Pastor Obligado como gobernador. En la Confederación, por su parte, se realizan elecciones el veinte de noviembre de 1853 resultando presidente y vice de la Confederación, Justo José de Urquiza y Salvador María del Carril, respectivamente. A principios de 1854, el Congreso Constituyente, cumplida su función, se autodisuelve. A su vez, el 23/05/54, la Provincia de Buenos Aires jura su propia constitución. El sitio de Lagos se ha levantado en julio, poco después de la defección de Coe, que significó el fin del bloqueo marítimo. Buenos Aires y la Confederación reconocen el *status quo*, con grave peligro de que la cesión se convierta en permanente.

Durante varios años serán dos países antagónicos, cada uno con sus instituciones y hasta su cuerpo diplomático. Uno con vocación atlántica, el otro, mirando hacia el interior. Uno, expresión de una selecta minoría cuyo objetivo es "hacer Europa en América", el otro, con mayor base popular, inserto en las viejas tradiciones indohispanicas. La lucha militar entre ambos será insoslayable y se producirá en varias ocasiones, aunque las principales serán entre 1859 y 1861, pero también la confrontación ideológica habrá de manifestarse y en este sentido, la polémica Sarmiento-Alberdi, sostenida entre 1852 y 1853, es representativa de dos modelos de país, dos modos de posicionarse frente a la realidad nacional.

La polémica Sarmiento-Alberdi

Pero antes de internarnos en ella, es preciso recordar que Sarmiento ha publicado, en 1845, su libro *Facundo*, donde su extraordinaria prosa arremete contra el caudillo riojano -en tiro por elevación contra Rosas- como expresión de "la barbarie", frente a la cual levanta la alternativa de "la civilización". Esta concepción será cultivada con esmero por la clase dominante para justificar su política elitista -"civilizada"- dirigida contra el criollaje "bárbaro". Por esta razón, conviene reproducir una crítica a esa concepción formulada, muchos años después, por Arturo Jauretche: "La idea no fue desarrollar la cultura América, incorporando los elementos de la civilización moderna; enriquecer la cultura propia con el aporte externo asimilado, como quien abona el terreno donde crece el árbol. Se intentó crear Europa en América trasplantando el árbol y destruyendo lo indígena que podía ser obstáculo al mismo para su crecimiento según Europa y no según América. La incompreensión de lo nuestro preexistente como hecho cultural o mejor dicho, el entenderlo como hecho anticultural, llevó al inevitable dilema: Todo hecho propio, por serlo, era bárbaro y todo hecho ajeno, importado, por serlo, era civilizado. Civilizar, pues, consistió en desnacionalizar, si Nación y realidad son inseparables¹³".

Imbuído de esa concepción, Sarmiento ha visto solamente "barbarie" en Urquiza y ha roto lanzas con el caudillo entrerriano, como se ha señalado, pocos días después de Caseros. De sus experiencias en el Ejército Grande que derrotó a Rosas, el sanjuanino ha

¹² González Calderón, Juan A.: *El General Urquiza y la organización nacional*, Buenos Aires, Kraft, 1940, pp. 274 y 276.

¹³ Jauretche, Arturo: *Manual de zancas argentinas*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1968, p. 25.

seleccionado algunas conclusiones y las ha volcado ahora en su libro *Mi campaña en el Ejército Grande*, con el cual pretende ridiculizar -por "bárbaros"- a Urquiza y sus partidarios, entre ellos a Alberdi, quien ve en el entrerriano una posibilidad nacional. Señala Enrique Popolizio, un gran escritor silenciado por el mitrismo: "Don Domingo Faustino, mal psicólogo, creyendo jugar con su presunta víctima como el gato con el ratón, le envía [a Alberdi] un ejemplar de la *Campaña*, en cuya carta dedicatoria empieza llamándole 'Mi querido amigo' y termina arrojándole este insulto atroce: 'Y Vd. sabe, según constancia de los registros del Sitio de Montevideo, quién fue el primer desertor argentino de las murallas de Montevideo, al acercarse el ejército de Oribe'"¹⁰.

Alberdi le contesta varias cartas que se conocerán como "Cartas sobre la prensa y la política militante en la república Argentina", enviadas desde Quillota (Chile), por lo cual pasan a la historia como las *Cartas Quillotanas*, a las cuales responde Sarmiento con *Las ciento y una*¹¹.

El tucumano reflexiona de este modo sobre las posiciones políticas de Sarmiento y sus amigos: "El día que creáis lícito destruir, suprimir al gaucho porque no piensa como vos, escribís vuestra propia sentencia de exterminio y renováis el sistema de Rosas. La igualdad en nosotros es más antigua que el 25 de Mayo. Si tenemos derecho para suprimir al caudillo y sus secuaces porque no piensan como nosotros, ellos le invocarán mañana para suprimirnos a nosotros porque no pensamos como ellos. Writh decía que en el uso de los medios violentos, los federales de Rosas no habían sido sino la exageración de los unitarios de Lavalle. El día que este general fusiló a Dorrego por su orden, quedó instalada la política que por veinte años ha fusilado discrecionalmente [...] Dad garantías al caudillo, respetad al gaucho, si queréis garantías para todos"¹². Y agrega: "representaba Vd. la tendencia de un círculo de liberales, que decía: 'Usemos de Urquiza para librarnos de Rosas; que caído este, nos será fácil librarnos del vencedor'. El 11 de septiembre hizo explosión esa política que buscaba el poder por segunda mano [...] El 11 de septiembre venía preparado desde la campaña del Ejército Grande [...] era la segunda intención de ciertos liberales coaligados con Urquiza, y la primera intención de los rosistas, porque la primera intención del caído es levantarse [...] Su 'Campaña' es un libelo de acusación, no un testimonio histórico. Es un arma de guerra, como Vd. mismo la ha calificado, lanzada en apoyo de la revolución del 11 de Septiembre y escrita para prepararla [...] Vd. llevó la esperanza de dirigir por el consejo al hombre que sin Vd. había organizado el plan de conspiración contra Rosas, formando el ejército mayor que había visto la América, y resuelto en 4 días la cuestión oriental que duraba 10 años. Vd. no fue interrogado, ni consultado como esperaba, y ese fue un delito de Urquiza para Vd."¹³ En otra carta, sostiene: "Estaba ya admitido que en política era errado el sistema de nuestros viejos liberales de aplicar a estos países desiertos hoy y ayer esclavos, las últimas prácticas de la Europa representativa [...] Todas nuestras brillantes reputaciones militares han sido chicoteadas por los gauchos. El gaucho López se burló de Viamont, Facundo Quiroga, caudillo sin lectura ni saber militar, derrotó a Pedernera, Pringles, Abarca, Videla Castillo y Lamadrid, brillantes jefes del tiempo de la guerra de la Independencia [...] El gaucho Rosas dio cuenta de Rauch, Lavalle, Alvear, Vega, Suárez, Martínez, Iriarte, Olazábal, Acha, Díaz, Medina, etc., la flor de nuestros tácticos veteranos [...] ¿Cree Vd. que Liniers, Elío, Balbiano, Saavedra, Urien, Belgrano, conociesen el arte de la guerra

¹⁰ Popolizio, Enrique: Alberdi, Buenos Aires, Losada, 1946, p. 104.

¹¹ Sarmiento, Domingo F.: *Las ciento y una*, Buenos Aires, Talleres Rosso, s/l.

¹² Alberdi, Juan B.: ob. cit., pp. 29 y 30.

¹³ Idem, pp. 43, 47, 51, subrayado en el original.

tan profundamente como Whitelocke y Beresford? Sin embargo, esos militares nuestros, desnudos de instrucción, derrotaron completamente a los brillantes generales ingleses invasores de 1806 y 1807. Es el triunfo del saber práctico sobre el saber incompleto del que viene de fuera: es la ventaja del que conoce el terreno y emplea los medios de acción que él ofrece, sobre el que trae conocimientos y medios de otro terreno diferente. San Martín decía no ha mucho que con diez mil gauchos se reíría de la Francia entera en los desiertos argentinos. San Martín desechó a Brayer, general de Napoleón, porque no sabía hacer la guerra americana contra los españoles, cuando el sitio de Talcahuano"¹⁴. A esto insiste: "Facundo" es no solamente la historia de la barbarie y el proceso de los caudillos argentinos, sino también la historia y el proceso de los errores de la civilización argentina representada por el "partido unitario"¹⁵. En el mismo sentido, agrega: "De esa doctrina resulta que el caudillaje es un mal, pero que ese mal es un hecho y un hecho arraigado, profundo y normal; que era necesario combatirlo gradualmente, combatirlo en sus causas [...] Es la política del partido liberal exaltado, que, desconociendo lo que había de normal en el hecho del caudillaje, quiso suprimirlo de un golpe, ya sancionando bruscamente las instituciones más adelantadas de la Europa del siglo XIX, ya fusilando o suprimiendo a los caudillos. Delante del poder irresponsable, se alzó la libertad omnímoda y se quiso remediar el despotismo del atraso con el despotismo del progreso: la violencia con la violencia [Pero] el buen sentido en Sud América está más cerca de la realidad inmediata y palpitante, que de los libros que nos envía la Europa del siglo XIX [...] Así el gaucho argentino, el hacendado, el negociante, son más aptos para la política práctica que nuestros alumnos crudos de Quinet y Michelet, maestros que todo conocen, menos Sud América"¹⁶.

El escritor Enrique Popolizio se pregunta si esa calma de Alberdi para refutar, "¿será capaz de inducir a la reflexión a don Domingo"¹⁷? Evidentemente, no; Sarmiento "le replicará en *Las ciento y una* -cinco epístolas venenosas- en un tono de inconcebible charanería amontonando sobre el adversario los más insultantes epítetos: llamará simulador al antiguo amigo; le dirá 'venal, mal abogado, escritor de periodiquines, periodista de alquiler'. Y poco a poco, en un crescendo absurdo, llegará al insulto torpe, soco: '(Tonto, estúpido, sacacallos, reo, camorrista, truchimán, saltimbanqui, compositor de minuets, templador de pianos, alma y cara de conejo, conejo por el miedo, eunuco por sus aspiraciones políticas)'"¹⁸. Así como también: "hombros de mosquito, que la falta de tiempo, que la hi. de p. que lo tiró de las patas [...]". Replica friamente Alberdi: "Sus gritos de cólera pueril me dan lástima, no enfado [...] Ha puesto usted a un lado mis escritos y la cuestión pública, y se ha apoderado de mi persona, de mi vida privada, hasta de mis facciones. No hay flaqueza, ni hay violencia que no haya manchado con su pluma; esa pluma con que aspira a firmar leyes de cultura y libertad para su país"¹⁹. Alberdi no baja al nivel de la injuria sino que, implacable y friamente, continúa haciendo la disección de la falsa concepción "Civilización y barbarie": "Vd. pone en los campos la Edad Media y el antiguo régimen español, y en las ciudades el siglo XIX y el moderno régimen. La vista

¹⁴ Idem, pp. 63 y 64.

¹⁵ Idem, p. 93.

¹⁶ Idem, pp. 103-106.

¹⁷ Popolizio, Enrique: ob. cit., p. 105.

¹⁸ Idem, pp. 105 y 106.

¹⁹ Sarmiento, Domingo F.: *Las ciento y una*, ob. cit., pp. 75 y 76.

²⁰ J. B. Alberdi, citado por Enrique Popolizio, ob. cit., p. 106.

nos enseña que no es así. -La colonia, es decir, la Edad Media de la Europa, estaba en los campos y estaba en las ciudades [...] La revolución, a su vez, es decir, el siglo XIX de la Europa, invadió todo nuestro suelo, abrazó los campos y las ciudades. De ambas partes salieron los ejércitos que conquistaron la independencia. Las ciudades dieron infantes, los campos, caballerías. Los *gauchos* nunca han sido realistas [monárquicos] después de 1810. Los campos fueron siempre el baluarte de nuestra independencia, y el paisano, el gaucho, su primer soldado. Catorce escuadrones de caballería estrecharon y precipitaron a Whitelock en la derrota. San Martín, Suárez, los Necochea, Lavalle, La Madrid, Pringles, etc., fueron oficiales de *gauchos* porque fueron jefes de caballería que se componía de campesinos y no de zapateros y sastres [...] De los campos es nacida la existencia nueva de esta América; de ellos salió el *poder* que echó a la España [...] La política que no sepa apoyarse en nuestros campos para resolver el problema de nuestra organización y progreso, será ciega, porque desconocerá la única palanca que hace mover este mundo despoblado [...] No achaquéis a los campos la anarquía. Ella ha sido hija de la revolución, que ha dividido campos y ciudades. La localización de la civilización en las ciudades y la barbarie en las campañas, es un error de historia y de observación, y manantial de anarquía y de antipatías artificiales entre localidades que se necesitan y completan mutuamente. ¿En qué país del mundo no es la campaña más inculta que las ciudades? El catecismo de esa falsa doctrina es el 'Facundo'⁵². Luego, Alberdi critica a *Argirópolis*, el libro de Sarmiento que demuestra "la revelación candorosa del error en que gravita la política de los opositores al nuevo orden de cosas. La sustancia, el meollo de *Argirópolis*, se reduce a lo siguiente: -¿Cómo tener patria? -Teniendo un Congreso libre, que nos dé una constitución liberal, es decir, teniendo la libertad legislativa en el hecho, no solo en el nombre [...] ¿Cómo tener un congreso libre e independiente de los gobiernos de nuestro suelo, o bien sea del *caudillaje*? -Colocándolo en el aire, sin duda; pero como eso es imposible, se le podría colocar en una isla, que, siendo argentina, no estuviese en poder de los gobiernos argentinos: en Martín García, por ejemplo, que entonces se hallaba en poder de los franceses. Este fue el descubrimiento político que Vd. hizo: colocar el Congreso legislativo fuera del país, para que no lo pudiesen dominar los gobernantes del país [...] ¿Dónde colocaría el congreso constituyente? -No hay dónde colocarlo, porque todo el territorio argentino está dominado por los *caudillos*. ¿Qué hacer en tal caso? -Suprimir los *caudillos* y su influjo, para tener un lugar donde poner un congreso constituyente fuera de su alcance. He ahí el pensamiento de *Argirópolis* y el de la política que posterga la organización para después de acabar con el *caudillaje*. -Pues bien, yo digo que eso no es original sino imitación libre de la política del 'Pampero' de 1829⁵³.

En la cuarta carta, ya agonizando la polémica, la estocada de Alberdi a Sarmiento es muy fuerte: "Rara vez o nunca hablo de mí. Tengo por ridículo el yo, como dice Pascal. -El yo es odioso, ha dicho Labruyère [...] y permítame agregar que el yo es culpable, cuando la agonía de la patria impone a sus hijos el deber de olvidarse de sí para pensar en ella. El hablar siempre de sí parece necesidad emanada del sentimiento de reprobación universal. Tengo la vanidad de creer que no necesito vivir vindicándome. Robespierre y Marat hablaban constantemente de sí mismos. Tenían razón, lo necesitaban; ¡debían hablar tanto mal de ellos!⁵⁴. Papolizio comenta: "Sarmiento percibe dolorosamente estas palabras; se siente injuriado, él, que tanto injurió. La comparación con Marat y Robespierre,

⁵² Alberdi, Juan B., ob. cit., pp. 115-117.
⁵³ Ídem, pp. 124-126.
⁵⁴ Ídem, p. 128.

re, especialmente, le llega al alma, le duele como un latigazo en la cara⁵⁵. A eso responde Sarmiento, dando por terminadas *Las ciento y una*: "No contesto al resto de su libro porque sería interminable. La contrata que le he publicado responde al tono insolente y al dictorio con que usted ha querido anonadarme. Probado que es usted periodista de alquiler, que ha falsificado las citas, fechas y épocas, está probado todo [...] Básteme indicar aquí, como el índice de sus Quillotanas, las sugerencias que ha inventado para poner al absurdo por cimientito a la perversidad del edificio. Robespierre y Marat hablaban constantemente de sí mismos. Tenían razón: ¡debía hablarse tanto mal de ellos! 'El hablar de sí (lo dice por mí) parece necesidad emanada del sentimiento de la reprobación universal. Tengo la vanidad de creer que no necesito vivir vindicándome'. ¿Por qué compararme, Alberdi, con los hombres más manchados de sangre solo porque me les parezco en mi vanidad? ¿No siente, Alberdi, toda la atrocidad de estas injurias, más atroces todavía por la calma infernal con que son vertidas? ¡Relea usted su libro, Alberdi, y recuerde que no hay momento primo que lo disculpe, que es elaborado, meditado fríamente en el retiro, entre las flores de los jardines; y que hay en él el intento, el plan, de matar políticamente a un hombre! ¿Gustaría usted que, aprovechándome de su andar cauteloso, a manera de gato, su disimulo, su cuerpo enfermizo, sus exterioridades amables, lo comparara a Desruces, el famoso hipócrita de los *Crímenes célebres*, como usted me compara a Marat y Robespierre, sugiriendo que soy un objeto de execración como ellos?⁵⁶.

Más allá de la radiografía espiritual de los contendientes, que surge de la polémica, queda en pie, como aspecto importante desde el punto de la revisión histórica, que mientras la concepción "civilización y barbarie" ha sido ampliamente difundida, no ha ocurrido lo mismo con esta implacable crítica realizada por Alberdi. El tucumano, haciendo olvidar sus graves pecados juveniles e inclusive algunas contradicciones que lo acompañarán luego en sus años altos, se muestra aquí como un exponente importantísimo del pensamiento nacional, cuestionando la concepción sarmientina, constituida en el corazón del pensamiento oligárquico.

De este modo, la polémica resume las dos concepciones que están confrontando a través de la Buenos Aires mitrista y la Confederación urquicista.

Buenos Aires, ¿otro país?

Pastor Obligado gobierna el estado de Buenos Aires entre mayo de 1854 y mayo de 1857. Durante este gobierno, los opositores (federales prourquicistas) son reprimidos severamente. La defensa de la Confederación urquicista proviene de una agrupación surgida alrededor de "La Reforma Pacífica", periódico dirigido por Nicolás Calvo (1817-1894). Apasionado defensor de la federalización de la ciudad de Buenos Aires, Calvo califica al Partido Liberal de los mitristas como "la mazorca de Mitre". Los "reformistas" -así llamados los partidarios de Calvo nucleados en la "Reforma Pacífica"- resultan una continuación del dorreguismo y una anticipación del alsinismo en tanto pertenecen a los sectores más populares de la ciudad-puerto y del suburbio y sostienen una posición nacional-popular. También se los conoce como "chupandinos", por su afición a recalar en los boliches. Enfrente, el oficialismo constituye el Partido Liberal, llamado de los "pandilleros", por andar en "pandillas".

"La Tribuna es el órgano oficial de los 'pandilleros'. Desde sus columnas los jóvenes hijos de Florencio Varela y el oriental Juan Carlos Gómez atizan la guerra contra Urqui-

⁵⁵ Papolizio, Enrique, ob. cit., p. 108.
⁵⁶ Sarmiento, Domingo F.: *Las ciento y una*, ob. cit., pp. 214-216.



Vista de Buenos Aires desde el muelle de pasajeros, en 1857. Óleo de P. Calvo. Museo Histórico Nacional.

za. Lo califican a Calvo (y a su periódico *La Reforma Pacífica*) de 'retoño vigoroso de la sangrienta Mazorca'⁴².

A principios de 1856, las fuerzas de la Confederación intentan someter a Buenos Aires para reincorporarla al país. Jerónimo Costa, el héroe de Martín García, invade la provincia, pero es derrotado por Conessa y Mitre. Se produce allí 'La Matanza de Villamayor': ciento quince combatientes, que han sido tomados prisioneros, son fusilados. Con la firma de Pastor Obligado, Valentín Alsina, B. Mitre y Norberto de la Riestra se decidió que '1° [...] serían pasados por las armas [...] los individuos titulados jefes que hagan parte de los grupos anarquistas capitaneados por el cabecilla Costa. 2° [y que el resto de la tropa sería detenido], salvo aquellos que por circunstancias agravantes, deban ser comprendidos en el artículo 1° [...] De los ciento cuarenta hombres que invadieron, solo quince quedaron con vida'⁴³. Desde *El Nacional*, Sarmiento escribe: 'Han muerto o han sido fusilados, en el acto de ser aprehendidos, Bustos, Costa, Olmos (si no lo está, lo estará, voto al chápiro). Trofeos, la espada de Costa, ruin y mohosa. El carnaval ha principiado [...] Se acabó la mashorca'⁴⁴. Así se expresa el sanjuanino sobre Costa, quien había sido el héroe de Martín García, cuando la invasión de los franceses. Por su parte, *La Tribuna* afirma: 'El verdadero triunfo de la causa del pueblo no ha sido Caseros, sino Laguna de Cardoso en donde fue destruido José María Flores y Villamayor, en donde sucumbieron ayer Costa y Bustos. Se obsequió con un álbum a Mitre, como héroe de la jornada [...] el gobernador Obligado dijo a los manifestantes: "Dense vivas al coronel Mitre, a quien se le deben estos sucesos, que tanto ha trabajado y tanto ha sufrido preparándolos"⁴⁵. Villamayor, con más de cien fusilados, constituye una de las páginas más negras del mitrismo.

A su vez, Calvo y sus huestes reformistas sufren fuerte represión por parte del gobierno de Obligado, especialmente en la campaña electoral para la elección de gobernador y legisladores provinciales. Así, el 29 de marzo de 1857, el arrogante unitario don Valentín Alsina es consagrado gobernador por el Partido Liberal, en nombre de la democracia y la libertad.

⁴² Zorraquín Becá, Horacio: ob. cit., p. 48.

⁴³ Victorica, Julio, ob. cit., pp. 195-197.

⁴⁴ Victorica, Julio, ob. cit., pp. 199-200.

⁴⁵ Victorica, Julio, ob. cit., pp. 197-201.

Sin embargo, una carta de Sarmiento revela los procedimientos 'democráticos' empleados para lograr esa victoria: 'Nuestra base de operaciones ha sido la audacia y el terror, que empleados hábilmente, han dado este resultado admirable e inesperado [...] Algunas bandadas de soldados armados recorrían las calles de la ciudad, acuchillando y persiguiendo a los mazorqueros [...] Fue tal el terror que sembramos entre toda esa gente con estos y otros medios que el veintinueve triunfamos sin oposición. Los gauchos que se resistieron a votar por los candidatos del gobierno, fueron encarcelados, puestos en el cepo, enviados al ejército para que sirviesen en la frontera con los indios y muchos de ellos perdieron el rancho, sus escasos bienes y hasta su mujer [...] El miedo es como una enfermedad endémica en este pueblo: esta es la gran palanca con la que siempre se gobernará a los porteños; manejada hábilmente, producirá infaliblemente los mejores resultados'⁴⁶.

Asume Valentín Alsina y se acentúa la represión. Calvo se ve obligado a cerrar su periódico y exilarse en Montevideo, desde donde continúa dando lucha al mitrismo. La mayor parte de los reformistas emigra a Paraná.

Uno de los aspectos más importantes de la gestión de Alsina (p) reside en la Ley de Tierras, del 15/10/1857, que constituye, según el estudio de Jacinto Odone, la tercera entrega importante de tierras (primero en arrendamiento, que se convertirá luego en propiedad). Odone señala que 333 personas se posesionaron de 3.296.700 hectáreas en la Provincia de Buenos Aires, siendo beneficiadas, según su listado, las familias más acaudaladas⁴⁷.

En el terreno de la economía y las finanzas, los gobiernos de Obligado, Alsina (que concluye en 1860) y Mitre que lo continúa, ofrecen una constante: la presencia de Norberto de la Riestra en el ministerio de Hacienda y en las negociaciones financieras con el exterior. De la Riestra se halla profundamente comprometido con los intereses británicos y así resulta la renegociación del empréstito Baring, gestión que le encarga el gobernador Pastor Obligado. De La Riestra empieza por duplicar voluntariamente el monto de envíos mensuales por intereses, llevándolos a 10.000 pesos. Luego, negocia con George White, el representante inglés, de manera tan generosa que White le escribe al diplomático W. Christie: 'Usted estará encantado de saber que Mr. Riestra había hecho propuestas para un entendimiento que ciertamente eran mejores que las que yo había esperado encontrar, las cuales pienso que resultarán aceptables para los tenedores de bonos'⁴⁸. Los intereses atrasados quedan convenidos en 1.641.000 libras (100.000 libras más de las reclamadas por los ingleses, poco tiempo antes) con lo cual la deuda total se consolida en 2.618.000 libras (977.000 de capital y 1.641.000 libras de intereses). El gobierno argentino se compromete a cumplir rigurosamente con el empréstito y por la nueva deuda se conviene en emitir nuevos bonos que rendirán hasta el 3% (el máximo esperado por los accionistas). White informa que 'Mr. Riestra me aseguró que él no tenía intenciones de llegar tan lejos [...] pero que el firme incremento de las rentas y otras circunstancias favorables lo habían inducido a las presentes proposiciones. Yo pienso que ha actuado honorablemente en este caso, y evidentemente le es grato que el arreglo tome la forma de una concesión graciosa por parte del gobierno [...] Los términos se acercaban tanto a lo solicitado por los tenedores de bonos, que no dudo que usted pensará que el mejor temperamento fue aceptarlos sin pérdida de tiempo'⁴⁹.

⁴⁶ Carta de Domingo Faustino Sarmiento a Domingo de Oro, citada por Pedro de Paoli en *Los motivos del Martín Fierro en la vida de José Hernández*, Buenos Aires, Cioria y Rodríguez, 1947, pp. 91 y 92.

⁴⁷ Odone, Jacinto: *La burguesía terrateniente argentina*, Buenos Aires, Ediciones Populares Argentinas, 1956, p. 135.

⁴⁸ Fite, Ernesto: *Historia de un empréstito*, Buenos Aires, Emecé, 1962, p. 312.

⁴⁹ *Idem*, p. 313.

Buenos Aires: "la civilización"; las Provincias: "la barbarie"

En esta época se desarrolla la propuesta de llevar la segregación de la provincia de Buenos Aires a una posición definitiva e irreductible: se constituiría como un país distinto. Esta decisión es compartida por estancieros bonaerenses y comerciantes porteños. Según testimonia Juan B. Alberdi, el principal impulsor sería uno de los hermanos Anchorena: "Le oí a Rosas -en la visita del 17 de octubre de 1857- que Anchorena era el exclusivo autor y partidario del aislamiento de Buenos Aires como ciudad escéptica".

En la correspondencia diplomática, Alberdi se extiende sobre este asunto denunciando el interés británico a favor de la Constitución de Buenos Aires como país independiente que consume esta política con la desintegración de la Confederación de las Provincias Unidas de Centroamérica, comenzada en 1837 con la separación de Guatemala y culminada en 1842 con el fusilamiento del General Francisco Morazán. Milcíades Peña rescató esos informes de Alberdi de sus *Escritos póstumos*, de los cuales caben destacar estas reflexiones: "Es Alsina [Valentín, gobernador de Buenos Aires] quien hace que los judíos de la Bolsa de Londres soliciten del Gobierno británico que desmembre la República Argentina, para provecho común de los judíos de allá y de aquí. Esto es lo que Alsina llamaba 'los grandes medios' que posee Buenos Aires en política exterior. Es simplemente la traición, el crimen de que cada poder de Centroamérica paga hoy con lágrimas de sangre. Una nueva nación en América, creada por la Bolsa de Londres dejaría atrás todo el plan de disolución atribuido a Estados Unidos".

Alberdi reitera su crítica: "no dejaré de llamar la atención de V. E. sobre la necesidad cada día mayor de adquirir el apoyo de algunos diarios en Europa para defender a nuestro Gobierno y hacer conocer a nuestro país, contra la detracción sistemática que hacen de nuestras cosas los diarios subvencionados por Buenos Aires. Las subvenciones del Gobierno de esa provincia son eficaces porque se pagan en Europa por sus bancos conocidos, en lo cual nos llevan una ventaja inmensa. La ventaja de mejor causa es completamente inútil e insignificante en la consideración de los diaristas europeos". "Por el señor Huergo ha debido V. E. saber de una petición que muchos negociantes de Londres han elevado al Gobierno británico para que envíe un ministro a Buenos Aires y reconozca la independencia de esa provincia. El asunto es serio porque tiene el apoyo activo de la Casa Baring, llena de influjo en el Departamento y muy ligada con los tenedores de Buenos Aires. Parece indudable que el pensamiento de la petición ha venido de Buenos Aires y que su autor disimulado no es otro que el Gobernador de esa provincia. No atreviéndose a proclamar la independencia de Buenos Aires que conviene a su ambición personal, porque causaría escándalo a sus propios paisanos, hace que la desmembración apetecida por el de hecho sea solicitada por negociantes extranjeros que el gobierno británico despedace la República Argentina, reconociendo independiente a una provincia que no se ha proclamado independiente". "El señor White, socio de la Casa de Baring, venido recientemente de Buenos Aires, donde ha representado a los acreedores ingleses en el último arreglo de su deuda, repite aquí que Buenos Aires es

⁶⁶ Alberdi, Juan B.: *Escritos Póstumos*, tomo XVI, p. 557, reproducido por Busaniche, José Luis: *Rosas visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, Kraft, 1955, p. 176.

⁶⁷ Alberdi, Juan B.: *Escritos Póstumos*, tomo XIV, p. 662, reproducido por Peña, Milcíades: *La era de Mitre*, Buenos Aires, Fichas, 1968, p. 21.

⁶⁸ Alberdi, Juan B.: *Escritos Póstumos*, tomo XIV, p. 49, diciembre de 1857, reproducido en Peña, Milcíades: *ob. cit.*

⁶⁹ Alberdi, Juan B.: *Escritos Póstumos*, tomo XIV, p. 115, junio de 1858, reproducido en Peña, Milcíades: *ob. cit.*, p. 22.

todo y las provincias nada". "Nuestro Gobierno no debe sorprenderse de que el *Times* publique algunas veces ataques contra nosotros. Me han asegurado que la Casa de Baring, que patrocina a los acreedores de Buenos Aires, tiene parte en la propiedad del *Times*". "Aunque la parte del comercio de Londres ligada por intereses a Buenos Aires no ha dado paso alguno oficial últimamente, tengo noticias de que no cesa de trabajar en nuestra contra. Las manifestaciones de la prensa lo confirman. El *Times* rehusó admitir una rectificación mía de datos inexactos [...] y el *Economist* [...] ha hecho la defensa de Buenos Aires". "Los acreedores ingleses de Buenos Aires han dirigido una nueva petición al Gobierno de S. M. B. para que se oponga a la Ley de Derechos Diferenciales, dada últimamente por la Confederación. La petición contiene veinte firmas más o menos pero entre ellas figuran la de los grandes banqueros Baring y Rothschild". "Toda la prensa de Europa está ganada por su Gobierno. A fuerza de oír a Buenos Aires sin oírnos a nosotros, se va tomando a nuestro partido como el representante de la 'barbarie' y al de Buenos Aires como el de la 'civilización'. El *Times* y el *Journal Debats*, que son los primeros órganos de la prensa europea, lo hacen entender así. Como Buenos Aires les debe quince millones de pesos fuertes, lo presentan naturalmente como el representante de la 'civilización' a fin de que Europa apoye a su gobierno y lo imponga a todas las provincias presentadas sistemáticamente como 'bárbaras'".

La República del Río de la Plata

Este proyecto de constituir definitivamente a la Provincia Metrópoli como Estado independiente, segregado del resto de las provincias, que dificultaría a la mayoría de ellas, la salida al mar es sometido por Mitre "al conocimiento previo del doctor Alsina y del Gobernador Obligado. Su proyecto causó en estos, como él esperaba, un instantáneo frenesí. Por primera vez don Valentín perdió la rigidez de sus líneas para estrechar entre sus brazos al infeliz intérprete. Don Pastor lo aclamó con delirio, una solución, pero demasiado extrema. Después de breves consideraciones fue vencido Sarmiento conviniéndose, sin embargo, en no dar al documento que contenía aquella solución un carácter oficial, sino de interpretación de un anhelo público en la forma de una publicación anónima. Sería un globo de ensayo". Como se comprende, Sarmiento, como sanjuanino, quedaba fuera del proyecto y de ahí su oposición, que marca una de las tantas diferencias que lo van separando del mitrismo, aun cuando, en esa época, funciona todavía -como lo afirman los opositores- como "alquilón de Buenos Aires".

El mitrismo se entusiasma con el proyecto separatista y en *El Nacional*, del 9/12/1856, se publica, sin firma, el artículo "La República del Río de la Plata", redactado por Barto-

⁷⁰ Alberdi, Juan B.: *Escritos Póstumos*, tomo XIV, p. 127, julio de 1858, reproducido en Peña, Milcíades: *ob. cit.*, p. 22.

⁷¹ Alberdi, Juan B.: *Escritos Póstumos*, tomo XIV, p. 163, octubre de 1858, reproducido en Peña, Milcíades: *ob. cit.*, p. 22.

⁷² Alberdi, Juan B.: *Escritos Póstumos*, tomo XIV, p. 168, noviembre de 1858, reproducido en Peña, Milcíades: *ob. cit.*, p. 22.

⁷³ Alberdi, Juan B.: *Escritos Póstumos*, tomo XIV, p. 178, diciembre de 1858, reproducido en Peña, Milcíades: *ob. cit.*, p. 22.

⁷⁴ Alberdi, Juan B.: *Escritos Póstumos*, tomo XIV, p. 865, noviembre de 1861, reproducido en Peña, Milcíades: *ob. cit.*, p. 22.

⁷⁵ David Peña, reproducido por González Calderón, Juan A. en *El General Urquiza y la Organización Nacional*, Buenos Aires, Kraft, 1940, pp. 366 y 367.

lomé Mire. Allí se afirma: "La solución pacífica y fecunda en resultados, es la nacionalización del Estado de Buenos Aires bajo la denominación de *República del Río de la Plata*, en conmemoración de las antiguas Provincias Unidas [...]" Quedan de parte de Buenos Aires las antiguas tradiciones de la República Argentina, con sus recuerdos, sus leyes, su bandera y su nombre; afirme la bandera de los principios, que los enemigos de Rosas tuvieron siempre enarbolada: acepte los antecedentes históricos legados por Rivadavia y diga al mundo en alta voz: *Yo soy la República del Río de la Plata, y proclamo al constituirme en nación soberana el principio de la libre anexión de unas provincias a otras, porque yo soy con mejor derecho quien representa a la nación argentina*. He ahí todo un programa de solución para la situación presente, y la reconstrucción de la nacionalidad argentina para más adelante. Buenos Aires saldrá así de la posición equivocada a que se ha resignado en la esperanza de una unión que cada día se ha ido alejando, y que cada día se hace más difícil, dadas las condiciones en que respectivamente nos encontramos. No se dirá así que Buenos Aires pretende imponer su voluntad a las provincias, desde que no hace sino seguir el ejemplo que ellas le han dado, dejando al convencimiento de los pueblos y a las lecciones de la experiencia la reconstrucción de la patria común, a la cual no renuncia, ni debe renunciar [...]" Constitúyase Buenos Aires en nación, proclamando para lo futuro el principio de la libre nación¹⁰⁰.

Este artículo, a modo de globo de ensayo, no logró, sin embargo, la receptividad esperada y los líderes del mitrismo decidieron no avanzar en el proyecto.

La Confederación Urquicista, sus hombres y su obra

El breve período de la Confederación -presidida por Justo José de Urquiza (1853-59) y luego por Santiago Derqui (1859-61)- se halla signado por la falta de recursos. Dentro de ese cuadro de penuria económica, los hombres de Paraná (sede de la Confederación) se prodigan en iniciativas dirigidas a provocar el crecimiento económico poniendo en marcha los recursos naturales de las provincias. Se incentiva la producción agrícola y en especial, se estimula la explotación minera, dando asimismo los primeros pasos para intercomunicar nuestras enormes distancias a través de proyectos ferroviarios, como el del Ferrocarril trasandino y el de Rosario-Córdoba.

Al mismo tiempo, se promueve el ingreso de inmigrantes, a través de la formación de colonias, intentando poblar nuestras enormes extensiones y se organizan sistemas de correos y obras de comunicación fluvial y terrestre en el interior. Para Urquiza, la educación es cuestión fundamental y allí se coloca el esfuerzo del Estado, dando impulso al colegio de Concepción del Uruguay que él mismo había fundado pocos años antes. En el orden estrictamente económico, la medida más importante es la Ley de Derechos Diferenciales que beneficia a aquellos que comercien directamente por el Paraná con los puertos de la Confederación, sin pasar por el puerto de Buenos Aires.

Con Urquiza colaboran un grupo de argentinos destacables, entre los cuales pueden citarse a José Hernández, Nicolás Calvo, Mariano Fraguero, Tomás Guido, Olegario Andrade y Navarro Viola. En su amplia mayoría, vienen de una militancia federal no rosista y son decididos enemigos del mitrismo, como serán asimismo, años después, con amplio apoyo en el noroeste, como El Chacho, también depositan sus esperanzas en el caudillo entrerriano. Pero la máxima figura de este proyecto federal-provinciano es indudablemente Juan B. Alberdi, quien asesora a Urquiza desde Europa.

¹⁰⁰ González Calderón, Juan A., ob. cit., pp. 369-371.

La correspondencia Urquiza-Alberdi de esos años, publicada y comentada por Ramón J. Cárcano, constituye una fuente importantísima para observar la gradual declinación del caudillo entrerriano que lo conduce a la traición de Pavón, así como los esfuerzos de Alberdi por nutrirlo de una posición nacional.

Asesinato de N. Benavídez y batalla de Cepeda

Diversas cuestiones, entre ellas la ley de derechos diferenciales, por la cual tanto abogaba Alberdi para quebrar el monopolio del puerto, acrecientan la tensión entre la Confederación y Buenos Aires. En ese momento -el 22/10/1858- se produce, en San Juan, el asesinato de Nazario Benavídez, a manos de los amigos de Sarmiento.

Benavídez era un caudillo buenazo, de honda convicción federal, que había mantenido buenas relaciones con Rosas sin por eso abandonar su independencia y más tarde, había apoyado la política confederacional de Urquiza. Más de una vez había sustentado una posición contemporizadora respecto a Sarmiento y en una oportunidad, cuando el Chacho cayó prisionero, en San Juan, y Rosas reclamó que se lo enviaran a Buenos Aires -con serias posibilidades de fusilamiento- Benavídez protegió al caudillo riojano, negándose a la solicitud del Restaurador. Después de varios años de gobernar la provincia, Benavídez dejó el cargo, pero poco tiempo después fue apresado y conducido a la cárcel, donde quedó engatillado a pesar de su edad (casi 70 años). Desde Buenos Aires, según cuenta Julio Victorica, los diarios *La Tribuna* y *El Nacional*, redactados por Juan Carlos Gómez y Sarmiento, respectivamente, sostenían la eliminación de Benavídez por cualquier medio. Se simuló entonces un intento de rescate y se lo asesinó en su celda. Dice una crónica: "Medio muerto, fue en seguida arrastrado con sus grillos y casi desnudo, precipitado de los altos del Cabildo a la balaustrada de la plaza, donde algunos oficiales se complacieron en teñir sus espadas con su sangre, atravesando repetidas veces el cadáver y profanándolo hasta escupirlo y pisotearlo¹⁰¹".



Nazario Benavídez, caudillo santjuanino asesinado en 1858 por los sicarios de la oligarquía porteña. Dibujo de Ignacio Paz. Original en el Museo Histórico Nacional.

¹⁰¹ Victoria, Julio, ob. cit., p. 232.

¹⁰² Coronado, Juan, ob. cit., p. 74.

Urquiza afirma, al enterarse del asesinato de Benavídez -señala Coronado- que "había que desentrañar el mal, acabar con los agitadores sacándolos de su centro. ¿Dónde estaban los agitadores? ¿Quiénes eran? Estaban en Buenos Aires. -Eran, según el General Benavídez, los asesinos de Dorrego, de Bustos, Urquiza, de Heredia, de Costa, de Benítez, de Latorre, de Heredia, de Costa, de Benítez, de Benavídez, etc. ¿Cómo se llamaban? Según el General Urquiza, se llamaban Alsina, Obligado, Sarmiento, Mitre, Juan Carlos Gómez, Véliz Sarsfield y otros muchos [...]" Guerra a muerte a los salvajes unitarios! -gritó el General Urquiza, inflamándosele las narices y con los ojos inyectados de sangre¹⁰².

Poco después, al despedir a un emisario de Derqui, el Dr. Molinas, Urquiza reitera su furia: "Dígale a mi compadre [Derqui] que con los salvajes porteños no puede haber ya más política que la de la lanza, y que esta vez se las he de hacer sentir como nunca".

Con respecto al asesinato, *L'Union Française*, único periódico francés publicado en Buenos Aires, sostuvo: "Los pretendidos civilizadores no encuentran ni una sola palabra para reprobar el horrible asesinato cometido en San Juan [...] Se ruboriza nuestra pluma al decirlo: los periódicos de Buenos Aires no tienen aplausos sino para crímenes dignos de caníbales".

Efectivamente, *La Tribuna* sostiene: "Fue entonces que para apaciguar al pueblo y mostrar que la 'justicia de Dios' había cumplido ya con su deber que se arrojó su cadáver [el de Benavídez] por la ventana [...] ¡Adelante! que el porvenir es de los libres [...] Esperamos que pronto nos llegue la noticia de que igual suerte ha tenido el degollador de Vences, el verdugo de millares de porteños! [...] Ha hecho bien, Don Justo; ha visto afeitarse a su amigo Benavídez y ya prepara la barba para que lo afeiten también".

Victorica agrega: "Un álbum fue ofrecido por el partido que dominaba en Buenos Aires a los autores o solidarios del asesinato del general Benavídez. Entre las firmas que contenía, figuraba la del general Mitre".

Este crimen evidenció que no habría convivencia posible y la guerra surgió como único camino. Así, el 23 de octubre de 1859, el ejército de la Confederación dirigido por Urquiza, derrota en los campos de Cepeda al ejército bonaerense dirigido por Mitre. El 1° de noviembre, Urquiza llega con sus fuerzas hasta San José de Flores, sitiando a la ciudad. Producidas las primeras conversaciones entre el jefe vencedor y los dirigentes porteños, Alsina renuncia como gobernador por considerar excesivas las exigencias de Urquiza, no sin antes plantear que si Buenos Aires se viese obligada a aceptar la nacionalización de la Aduana, el gobierno nacional debería garantizarle, durante cinco años, el presupuesto de 1859. Así lo indica a sus mandatarios (Pastor Obligado, Vélez Sarsfield y De la Riestra).

En muchos hombres de la Confederación prevalece la idea de que Urquiza debe tomar Buenos Aires e imponer la voluntad nacional a la provincia díscola, pero el General se mantiene en San José de Flores, a las puertas de la ciudad y acepta la mediación del Paraguay, para lo cual viaja al Río de la Plata el ministro de guerra de ese país, Francisco Solano López, hijo del presidente paraguayo Carlos Antonio López.

Apartado Alsina, lo reemplaza como gobernador don Felipe Lavallol, en cuyo gabinete ejerce principal influencia el Doctor Carlos Tejedor. Llevadas a cabo las negociaciones, se firma el Pacto de San José de Flores, el 10 de noviembre de 1859. Por él, Buenos Aires se declara parte integrante de la Confederación y se obliga a convocar a una convención que examinará la Constitución sancionada en Santa Fe, en 1853, aprobándola o modificando las reformas que juzgue necesarias. La Confederación se obliga a evacuar sus fuerzas de la Provincia de Buenos Aires, en el término de quince días. Se conviene que los recursos aduaneros pasan a poder del gobierno nacional pero este acepta, por el artículo octavo, la propuesta de los derrotados de financiarle, a la provincia de Buenos Aires, durante cinco años, su presupuesto de 1859.

Como en 1820 Ramírez y López, como en 1852 el mismo Urquiza, las fuerzas nacionales que debían imponer su voluntad sobre la Provincia Metrópoli, han preferido negociar, pro-

¹⁰⁰ Idem, p. 200.

¹⁰¹ Victorica, Julio, ob. cit., p. 235.

¹⁰² Idem, pp. 236 y 237.

¹⁰³ Idem, pp. 237 y 238.

vocando gran descontento en el ejército triunfante. Victorica señala que Urquiza dispuso inmediatamente la retirada del ejército y aún más, que todas las caballadas de reserva, más de diez mil, fueran cedidas al gobierno bonaerense para que las utilizase para defender sus fronteras de los indios y agrega: "La paz celebrada no dejó satisfechos a todos. Protestaron contra ella muchos de los emigrados porteños que formaban en las fuerzas nacionales. Temían que una vez retirado el ejército, el círculo exclusivista dominante en Buenos Aires volviese a hacerlos víctimas de sus prevenciones y hostilidades". Según Victorica, hubo reuniones conspirativas para desplazar a Urquiza y el General debió arrestar al coronel Chapaco "un moreno muy valiente que parece era el encargado de iniciar la rebelión".

Asimismo, Alberdi, le escribe a Urquiza, desde París, manifestándole sus reservas con respecto al Pacto: "En él todas las nobles intenciones están de parte de la Confederación, pero todos los artificios ocultos para eludir la unión están de parte de la provincia de Buenos Aires. Poco importará que el tratado sea bueno en sí, si por las medidas ulteriores destinadas a ponerlo en ejecución, ese pacto se convierte en victoria de los enemigos de la unión [...] Veo con dolor que la habilidad de los políticos de Buenos Aires ha obtenido del gobierno de Paraná dos cosas graves, por las que el convenio de Noviembre sirve de instrumento para dar a Buenos Aires lo que buscó antes de ahora por las negociaciones del Sr. Christie y del Sr. Jancey". Explica seguidamente que la Confederación en Francia, la designación de Mariano Balcarce como representante de Buenos Aires: "En lugar de quién había sido hasta ayer representante del gobierno de Buenos Aires, la Confederación es que Buenos Aires entregue su política exterior a la Confederación, si se trata de agradar a la que entrega la suya a Buenos Aires [...] que sea un porteño, no un porteño que haya trabajado por la desmembración de la República [...] Si Buenos Aires tiene motivos para pedir mi exclusión, ¿no los tiene también la Confederación para pedir la del señor Balcarce? [...] No olvide que como nuestra diplomacia ha sido toda la lucha con Buenos Aires, el archivo de esta Legación contiene muchos secretos que solo un porteño nacionalista podría conocerlos, sin que perjudicase la causa de la Confederación". La otra cuestión que critica Alberdi es el apresuramiento en eliminar los derechos diferenciales, pues juzga que habría que haber procedido con mayor calma "a fin de que ese pacto, bueno en sí mismo, no se convierta, por decretos orgánicos de él, en victoria de Buenos Aires, es decir, de la política de desunión". Cárcano acota que el Pacto garantiza a los hombres de uno y otro bando en sus posiciones políticas, administrativas y militares, menos a uno: a Alberdi. Él queda en tierra extraña y desplazado de la función diplomática, por Mariano Balcarce, hombre de Buenos Aires, designado en su lugar. "Alberdi es el único que aparece vencido y castigado", señala Cárcano, por su oposición a Buenos Aires y su alineamiento con Urquiza. Pero la relación Urquiza-Alberdi se quebranta ya y cesará muy pronto. Después del Pacto, la correspondencia entre ambos se va espaciando hasta concluir.

Un nuevo asesinato: el del gobernador Virasoro

A fines de 1859, se eligen los convencionales en Buenos Aires para analizar y proponer reformas a la Constitución sancionada en Santa Fe, en 1853. Triunfan los liberales en

¹⁰⁴ Idem, p. 327.

¹⁰⁵ Idem, p. 328.

¹⁰⁶ Cárcano, Ramón J.: *Urquiza y Alberdi*, Buenos Aires, La Facultad, 1938, pp. 574 y 575.

¹⁰⁷ Idem, pp. 575 y 579-580.

¹⁰⁸ Idem, p. 582.

la ciudad, mientras en la campaña ganan los federales. El 5 de enero de 1860 se reúne la Convención Reformadora.

A su vez, se renuevan las autoridades nacionales: Derqui y Pedernera reemplazan a Urquiza-Del Carril. Urquiza permanece como gobernador de Entre Ríos, mientras Mitre accede al cargo de gobernador de la Provincia de Buenos Aires, elegido por la Convención bonaerense. De este modo, nuevamente, la Historia se encarga de marcar claramente los antagonismos poniendo frente a frente a los hombres representativos de las dos provincias más poderosas y sostenedores, asimismo, de proyectos antagónicos. (Cegados por su odio a Urquiza, los historiadores del revisionismo rosista se niegan a considerar estos enfrentamientos que están a la vista y que solo una concepción dialéctica de la Historia permite mostrar en plenitud.)

La Convención porteña concluye sus funciones en mayo de 1860 reformando varios artículos de la Constitución. La reforma principal consiste en que la ciudad de Buenos Aires no será la capital de la república y por tanto, la Aduana pierde su carácter nacional y sus recursos quedan nuevamente en poder de la Provincia-Metrópoli; a cambio, esta le reconoce 1.500.000 moneda corriente por mes al gobierno nacional. Es el llamado Convenio de Unión que rectifica el Pacto de San José de Flores⁹². El Presidente de la Nación pasa a ser "huésped" de Buenos Aires.

Alberdi le escribe a Urquiza advirtiéndole que en las reformas propugnadas por Buenos Aires reaparece el viejo porteñismo, y plantea que "lo que no han conseguido por las armas, lo consiguieron ahora por la reforma, conservando los "poderes" y rentas que Buenos Aires asumió el 11/09/52 y que por lo tanto, esas reformas no deben ser admitidas de manera alguna". Agrega el tucumano que las modificaciones planteadas por la convención porteña, con apariencia de federalistas, debilitan el poder central, lo que permitirá a la Provincia de Buenos Aires, por su poderío económico, avasallar a las demás, en especial pues se deja sin efecto la capitalización de Buenos Aires, quedando el puerto y la provincia con suficiente independencia del poder nacional como para imponer su voluntad. La relación Urquiza-Alberdi se enfría ya notablemente y las últimas cartas son esporádicas.

A pesar del alerta de Alberdi, la Convención Nacional acepta las reformas y el 1° de octubre de 1860 se promulga la Constitución reformada. Inmediatamente, Buenos Aires convoca a elecciones para elegir representantes, pero los elige según la ley provincial, lo que provoca un nuevo conflicto, puesto que se violaban ya las disposiciones de la Constitución recientemente reformada.

Al mismo tiempo, el partido liberal consuma un nuevo crimen: en San Juan, el gobernador José Antonio Virasoro es asesinado el 16 de noviembre de 1860. Mariano Pelliza sostiene: "La prensa de oposición en Buenos Aires lanzó la voz de alarma, anunciando que el ministro de Hacienda [Elizalde] había facilitado al de Gobierno [Sarmiento] un millón y medio de pesos papel para derrocar a las autoridades de la provincia de San Juan. El ministro de Hacienda quiso defenderse del cargo, pero se confundió dejando subsistente la denuncia que, bien pronto, quedó confirmada por una circunstancia verdaderamente singular. El órgano oficial del ministro de Gobierno [Sarmiento, siendo gobernador Mitre] anunció con una anticipación de seis días la muerte del gobernador Virasoro"⁹³.

El ataque, en la ciudad de San Juan, lo encabezaron "unos quince o veinte amigos del

⁹² Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1963, tomo VIII, p. 329 y Fagalde, Lauro, ob. cit., p. 58.
⁹³ Cárcano, Ramón J., ob. cit., pp. 586 y 587.
⁹⁴ Victorica, Julio, ob. cit., p. 395.

comercio, jóvenes a quienes no se hubiese creído tan sanguinarios y feroces. Allí presencié el fusilamiento inútil de aquella pobre gente (informa la carta de un testigo, reproducida por Julio Victorica). Ni uno solo de los once que estaban, contando tres o cuatro ordenanzas, se mostró flojo ni pidió cuartel. Hechos pedazos, brotándole a torrentes la sangre por veinte bocas abiertas por las balas, mutilados muchos de sus miembros, se defendían y peleaban como leones"⁹⁴. Con Virasoro murieron su hermano Pedro, diputado al congreso, su cuñado Tomás Hayez y cinco personas más⁹⁵.

Producido el crimen, el presidente Derqui designa interventor en San Juan a Juan Saá quien, al no ser aceptado por los insurrectos, les da batalla, el 11 de enero de 1861, en "La rinconada del Pocito" y los derrota. El jefe del golpe, el liberal Antonino Aberastain, amigo de Sarmiento, es fusilado al día siguiente. El coronel Clavero, responsable del fusilamiento, es procesado. El gobernador Mitre condena el hecho y solicita a los gobernadores del resto de las provincias que se solidaricen con él, pero los gobernadores no le otorgan apoyo. En los mismos días de principios de 1861, los diputados porteños son reconocidos por el Congreso por haber sido ilegítima su elección, pero Buenos Aires se niega a hacer nueva elección. Se realizan entonces gestiones para evitar un nuevo enfrentamiento armado, pero la prepotencia porteña las torna estériles. Pelliza sostiene que Buenos Aires buscaba un pretexto para declarar la guerra⁹⁶.

En esos momentos, resurge otra vez el secesionismo. Norberto De la Riestra, del riñón mitrista, propone que "Buenos Aires se continuase separado de la República hasta el año 1865 [...] que la aduana quedase en poder de la provincia, entregando una mensualidad de 750.000 pesos papel [a la confederación]"⁹⁷. Por entonces, el diecisiete de julio de 1861, Pastor Obligado le envía una carta a Mitre en la que hace referencia a un viaje de Mármol al Brasil "concerniente al caso de la independencia"⁹⁸. Tiempo después, De la Riestra, en carta a Mitre, vuelve sobre el tema: "Yo he opinado siempre con franqueza contra esa constitución porque tengo poca o ninguna fe en la federación en nuestro país y no habiendo posibilidad de establecer otro régimen mejor, preferiría, como lo he manifestado con repetición, la independencia indefinida, sino absoluta de Buenos Aires"⁹⁹.

Pavón

Mitre organiza su ejército ya dispuesto al nuevo enfrentamiento, mientras el Congreso Nacional designa a Urquiza como jefe de sus fuerzas militares. Victorica, relata un incidente por el cual un empleado de Urquiza, mientras el General estaba reunido con Derqui, halla por casualidad unos papeles en el sobretodo del presidente y al pasárselos al General, este estalla: "Estoy traicionado". Se trataría, por parte de Derqui, de reducir la influencia de Urquiza, y para este, confirmaba las vacilaciones de Derqui y su trato conciliador con los enemigos. Según Victorica ello deprimió sumamente a Urquiza: "ya iba contrariadísimo a la guerra, es muy extraño que continuase la marcha sirviendo a un gobierno que se manifestaba tan ajeno a la alta y noble misión que le correspondía desempeñar"¹⁰⁰.

El diecisiete de septiembre de 1861 se produce la batalla de Pavón. La caballería entre-

⁹⁴ Idem, p. 392.
⁹⁵ Idem, p. 394.

⁹⁶ Idem, p. 405.

⁹⁷ Idem, p. 404.

⁹⁸ Idem, p. 402.

⁹⁹ Bidabehere, Fernando: *Norberto de la Riestra. Su obra en bien de la Patria*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980, p. 63.

¹⁰⁰ Victorica, Julio, ob. cit. p. 410.



Acuarela de León Pallière (1823-1866), en el Museo Histórico Nacional de Montevideo, Uruguay. Representa la partida de la Guardia Nacional de Buenos Aires para la campaña de Pavón, a mediados de noviembre de 1861, donde se realizaría la batalla entre los ejércitos comandados por Mitre y Urquiza.

tranco, dejando el campo en manos del enemigo y dando así por perdida la batalla de Pavón. "O sacrificaba mis Divisiones Entrerrianas que habían combatido con tanto coraje y que habían sufrido sensibles pérdidas, y las sacrificaba en una lucha ya estéril o las retiraba del campo. No merecían aquello mis leales y valientes soldados. Me retiré al tranco sobre el Rosario, dando tiempo que me llegasen noticias, pero todas eran aciagas y en mi tránsito observaba la completa dispersión del centro, hasta el extremo de haber saqueado mis bagajes y los del Cuartel General"¹⁰⁰. Refuta el mismo Coronado: "Mentira: infame mentira. Desde que el General Urquiza pasó el arroyo de Pavón, ya en retirada del campo de batalla, ayudantes de todos los jefes superiores que en la línea formaron al centro y a la izquierda, lo alcanzaron con el parte de haber triunfado el ala izquierda, partes que se sucedieron hasta las ocho de la noche en que llegaron otros ayudantes a decir al General Urquiza que regresase al campo de batalla, pues el enemigo solo era dueño del terreno que ocupaba en las poblaciones del señor Palacios, a lo cual el General Urquiza contestó con medias palabras haciendo regresar a los ayudantes y continuando su retirada"¹⁰¹.

Esta insólita conducta del caudillo entrerriano provoca diversas interpretaciones. Alberdi, desde Europa, comenta los dramáticos acontecimientos en carta a Máximo Terrero, el yerno de Rosas: "Ya Vd. ve que esta victoria de Mitre ha sido poco más o menos como la de Cepeda. -El mismo confiesa en su segundo parte, del 19, pasado desde San Nicolás, que ha perdido toda su caballería (10.000 hombres) [...] Perdiendo uno su infantería y el otro su caballería, el uno se ha quedado a pie y el otro a caballo. En un país como el nuestro, el que está a pie está perdido. La caballería, por sí sola, puede recorrer el país y sublevarlo. En esta situación el gobierno nacional ha determinado invadir la campaña de Buenos Aires, y sublevarla o apoyar la sublevación que ya ha comenzado. Confinado en San Nicolás, Mitre no podrá evitarla. Si su escuadrilla sucumbe la cosa es concluida

¹⁰⁰ Coronado, Juan, ob. cit. p. 232.

¹⁰¹ Victorica, Julio, ob. cit., p. 412.

¹⁰² Urquiza, según testimonio de Juan Coronado, en ob. cit., p. 238.

¹⁰³ Coronado, Juan, ob. cit., pp. 241 y 242.

no escapará ni él mismo, sino por capitulación"¹⁰². En otra carta, del 5/11/61, Alberdi señala: "Pero no vea Vd. timidez [en Urquiza] por su conducta. El no puede haberse ido por temor de un ejército que quedaba a pie y que huía a San Nicolás para salvarse. La por Mitre sí es verdadera disparada o fuga. Que en Buenos Aires haya gentes a quienes se hace comulgar con ruedas de carreta no hay que dudarlo: pero que entre los escritores de Europa haya estúpidos que llaman victorioso a un general que en su propio parte confiesa que se ha quedado sin caballería ¡es inaudito!"¹⁰³. Pero días después, el mismo Alberdi denota su perplejidad: "No diré que lo han volteado [a Urquiza] sino que se ha suicidado: no porque lo crea invencible, sino por qué son tantos sus medios de defensa que solo puede caer porque no quiere defenderse"¹⁰⁴.

A su vez, Julio Victorica se refiere a la indisciplina del ejército y que Urquiza se dio cuenta de que los dispersos de la infantería cordobesa habían hecho saqueos hasta de su propio equipaje, por lo que sostenía que para continuar la lucha debía fusilar a unos cuantos. Por otra parte, la desconfianza entre urquicistas y derquicistas había ido en aumento.

Juan Coronado testimonia que Urquiza le dijo, en una oportunidad: "-¿No se ha fijado usted en los manejos de estos pícaros? [...] Dos veces he entrado al cuarto del Dr. Derqui y lo he encontrado hablando con Mitre"¹⁰⁵. Derqui agrava la situación designando general en jefe del ejército del centro al coronel Juan Saá, lo que implicaba desairar al brigadier Benjamín Virasoro, provocando un desacuerdo entre Saá y Virasoro que complica aún más la situación. El veinticinco de noviembre, Urquiza comunica al gobernador de Entre Ríos que ya nada podía hacerse a favor del gobierno nacional y que, por otra parte, Mitre había garantizado el cumplimiento de la Constitución y el respeto a Entre Ríos¹⁰⁶.

Más allá de las explicaciones de Victorica, para la gran mayoría de los federales Urquiza ha defecionado. No faltan, por cierto, quienes buscan las causas de la desertión de Urquiza en una tenida masónica, donde la Logia habría decidido que Mitre debería ser el ganador. Pero resulta más científica la explicación económica: los estancieros entrerrianos enfrentan a la oligarquía porteña en la medida en que esta no les reconoce su parte en las rentas aduaneras y hasta podría señalarse que sustentan una cierta visión industrialista que el mitrismo rechaza, todo lo cual los lleva a una posible alianza con los jefes populares de las provincias interiores, pero, en última instancia, su condición de ganaderos los hermana a la suerte de Buenos Aires en su vocación por el mercado mundial. Esta presión contradictoria, la misma que sufrieron Ramírez y López, cuatro décadas atrás, se define finalmente, como en el caso de los mencionados, en una opción prooligárquica traicionando la causa nacional. Si Urquiza triunfa en Pavón, necesitará el apoyo del interior para resistir la oposición de la oligarquía porteña. Pero, en ese caso, debería optar por un modelo de crecimiento hacia adentro, posponiendo su vocación hacia el Atlántico. En la encrucijada, opta por ser cómplice del mitrismo y decide retirarse del campo de Pavón dejando vía libre al proyecto agroexportador sometido a la división internacional del trabajo.

Exultante por la victoria, Sarmiento le ha escrito a Mitre, apenas se difunde la versión en Buenos Aires de que ha triunfado en Pavón: "No trate de economizar sangre de gauchos. Es lo único que tienen de humano. Este es un abono que es preciso hacer útil

¹⁰⁴ Carta de Juan B. Alberdi a Rosas, del 4/11/1861, en *Las cartas rosistas de Alberdi*, Buenos Aires, Politeia, 1970, p. 69.

¹⁰⁵ Idem, p. 72.

¹⁰⁶ Idem, p. 78; del 29/1/1862.

¹⁰⁷ Coronado, Juan, ob. cit., p. 179.

¹⁰⁸ Victorica, Julio ob. cit., pp. 420-426.

al país¹⁰¹. Y, poco tiempo después, respecto a Urquiza: "No deje cicatrizar la herida de Pavón. Urquiza debe desaparecer de la escena, cueste lo que cueste. Southampton o la horca. El es la única nube negra que queda en el horizonte"¹⁰².

Ahora, el gobierno nacional se derrumba. Derqui renuncia. Lo reemplaza su vicepresidente el general Pedernera. Mitre se cartea con Urquiza y este, a partir de ese momento, se repliega hacia Entre Ríos. Pedernera declara en receso a las autoridades nacionales.

Poco después, el mitrismo ratifica su barbarie: se producen los degollamientos de Cañada de Gómez (22 de noviembre de 1861). El jefe oriental Venancio Flores sorprende a tropas federales dispersas y las aniquila, en el sud santafesino. Trescientos soldados de la Confederación son degollados. Entre los pocos que logran salvarse se encuentra José Hernández, cuya muerte nos habría privado del *Martín Fierro*. "Este suceso es la segunda edición de Villamayor, corregida y aumentada"¹⁰³, reconoce el general Gelly y Obes en carta a Ocampo del 23/11/1861.

La frustración de la Confederación urquicista

Pero ya no habrá reacción nacional, como en anteriores oportunidades. Urquiza ha pactado con Mitre. Mientras este avanza a ocupar el escenario político argentino, el entrerriano, ya no caudillo sino empresario, se repliega en su provincia.

Resulta interesante advertir que Urquiza posee una de las principales fortunas del país en esa época y que no solo ha invertido en negocios ganaderos sino que ha diversificado sus empresas y por momentos asume los rasgos de un capitán de industria. Ha emprendido, en 1857, con varios socios, la explotación de la palma, el cultivo de la yerba mate y una empresa de Carros, denominada Mensajerías Argentinas¹⁰⁴. Ha dado un fuerte impulso a la inmigración, preocupándose tanto de la creación de colonias como de proyectos ferroviarios para unirse con otras provincias. Se ha asociado con "Nicasio Oroño y José F. de Paz, para establecer en Rosario la primera 'Barraca de Frutos' con que cuenta el país, empresa que gira con un capital de ochenta mil pesos fuertes [...] Ha firmado un convenio con el banquero Buschenthal, para que establezca líneas de vapores en los ríos Uruguay y Paraná, también [interviene] en la fundación de la 'Compañía Salteña Oriental de Navegación', y suscribe quinientas acciones, cada una de las cuales vale doscientos cincuenta patacones [...] y luego, a mestizar el ganado, importando animales de raza [...] 5 vaquillonas, 4 toros tarquinos y 55 carneros merinos [...] ahí están sus saladeros. Solo las cenizas de astas y huesos de animales exportados en 1858 le producen diez mil pesos [...] Sus estancias cuya extensión se aproxima a un millón de hectáreas cuadradas [...] en Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Paysandú"¹⁰⁵. También emprende un negocio con Aguirre para levantar un ingenio azucarero en Tucumán, para el cual importa máquinas desde Europa. Además "fue accionista del primer dique de embalse de Potrero de Funes en San Luis [...] Participó en la explotación de minas y del gusano de seda"¹⁰⁶.

Por otra parte, el impulso a la enseñanza ha sido casi una obsesión para el caudillo entrerriano. Y poco antes de su muerte, emprende, como se verá, una gran empresa textil.

¹⁰¹ Carta de Sarmiento a Mitre, del 20/9/1861, en Archivo del General Mitre (AGM), *Campaña de Pavón*, tomo IX, Buenos Aires, Biblioteca La Nación, 1912.

¹⁰² Carta de Sarmiento a Mitre, diciembre 1861 en AGM, ob. cit.

¹⁰³ Zorraquín Becú Horacio: ob. cit., p. 77.

¹⁰⁴ Newton, Jorge, ob. cit., p. 231.

¹⁰⁵ Newton, Jorge, ob. cit., pp. 243 y 244.

¹⁰⁶ Fagalde, Lauro: ob. cit., p. 2.



Galerías del Palacio de San José.

aspectos que definen un proyecto modernizador y progresista que no se encuentra en los estancieros bonaerenses que apoyaron a Rosas. Sin embargo, también es muy cierta la atracción que sobre él ejerce el mercado mundial. Unas pocas operaciones, entre muchas, lo evidencian: en 1863, acuerdo con el Banco de Londres, Buenos Aires y Río de la Plata, para la venta de carne, sebo, hueso y ceniza, con garantía de José Gregorio Lezama¹⁰⁷, en octubre de 1867, venta de lana a Heyworth, Pearce y Balman, de Liverpool¹⁰⁸, en 1870, operación con "Jaime Lavallol, y estos a su vez lo hacen con Nauts y Cia., por la carne; con Drabble Hnos., por los cueros y con Tomkinson y Cia., por la grasa. También por fracciones de cuero con Proudfool Hall y Cia. y con las firmas Camino y Pino y con Warnholdt y Cia."¹⁰⁹.

Probablemente, en esta propensión a la aventura empresarial más allá de sus negocios de Santa Cándida, haya entrevisto Jauretche una posibilidad de desarrollo burgués en la confederación urquicista si mantenía consecuencia a la nacionalización de la Aduana en la época de su triunfo militar sobre el mitrismo y de allí que considere, al referirse a los tres fracasos de la burguesía industrial, que el primero comprende a "la generación constituyente", como si desde allí hubiese podido crecer una burguesía nacional. Esa posibilidad se frustra cuando (ella) "opta por el liberalismo internacional, en vez de asumir un liberalismo nacional al estilo de Estados Unidos o Alemania"¹¹⁰.

De modo tal que Urquiza prefirió conciliar con el mitrismo y preponderó en él su

¹⁰⁷ Macchi, Manuel: *Urquiza, el saladero*, Buenos Aires, Machi, 1971, p. 116.

¹⁰⁸ *Idem*, p. 118.

¹⁰⁹ *Idem*, p. 111.

¹¹⁰ Jauretche, Arturo: "Los tres fracasos de la burguesía argentina", *Revista Dinamita de la Federación de Trabajadores de Luz y Fuerza*, Buenos Aires, agosto de 1966.

vínculo con la oligarquía bonaerense vía mercado mundial, negándose a hacer causa común con los caudillos federales del interior, prefiriendo la retirada de Pavón a la audacia de Cepeda. Ello lo conduce al antagonismo con sus propios hombres porque "el traidor Urquiza [según afirma Juan Coronado] no reconoce más patria ni más deberes que su Estancia y su familia"¹²¹.

José Hernández dirá luego: "Urquiza era el Gobernador Tirano de Entre Ríos, pero era más que todo el jefe traidor del Gran Partido Federal"¹²². Replegado Urquiza a sus negocios y a su fastuoso palacio, la oligarquía porteña se consolida en el poder y, a sangre y fuego, instalará el modelo que beneficia a sus intereses y a su socio, el Imperio Británico.

CAPÍTULO XIII

EL MITRISMO Y LAS BASES DE LA ARGENTINA AGROEXPORTADORA

Bartolomé Mitre según las distintas corrientes historiográficas

La Historia Oficial -en su expresión ortodoxa- reverencia a Mitre, junto a Rivadavia, como figuras centrales que promovieron nuestro progreso. Mitre es "el organizador" del país, quien lo unifica -concluyendo con "el desorden y la anarquía"- y lo encamina hacia su gran destino "blanco y civilizado", a semejanza de Europa. Con Pavón y especialmente a través de su presidencia, se pone fin a la presencia de caudillos "bárbaros y desorganizadores", para dar paso a "instituciones modernas y a un gran crecimiento económico". Algunos historiadores que califican a esta presidencia como de "amplia labor progresista" mencionan como avances importantes la creación de la Suprema Corte de Justicia y juzgados federales, así como la sanción del Código de Comercio, aunque esto no va más allá de medidas institucionales propias de una clase social que se consolida en el poder. Asimismo, señalan, para 1866, la organización gremial de los ganaderos a través de la fundación de la Sociedad Rural Argentina, en la residencia y bajo la presidencia de José Martínez de Hoz.



Billete de entrada de la inauguración de la Exposición Agrícola Rural Argentina del 15/04/1858.

¹²¹ Coronado, Juan, ob. cit., p. 243.

¹²² Chávez, Fermín: *José Hernández*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1959, p. 55.

¹²³ Bértiz, José C.: *Historia Argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1965, p. 533.

El panegírico de los libros escolares es acompañado por conferencias y artículos generados por la clase dominante, así como por elogios de los suplementos culturales y las Academias. El diario *La Nación* jugó un rol importantísimo en esta tarea, lanzando extensas apologías que mostraron a Mitre como hombre de talento inigualable y múltiples facetas: periodista, tipógrafo, novelista, historiador, traductor, soldado, legislador, diplomático, general, presidente de la Nación. A estas diversas aptitudes, algunos agregaron aún otras. En una escuela de Buenos Aires, hacia los años noventa, se festejó un aniversario de su nacimiento colocando esta leyenda en un pizarrón: "MITRE: poeta, novelista, conferencista, historiador, arqueólogo, bibliófilo, sabio numismático, filólogo, periodista, caudillo de partido, conductor de ejército, educador, diplomático, legislador, jurista, diputado, gobernador, presidente de la República, general y traductor". Por supuesto, se habría destacado notablemente en todas estas actividades, desempeñándolas con brillantez y sin mácula.

El apoyo que la mayoría de los porteños otorgaron a Mitre alcanzó ribete idolátrico. Su panegirista, el historiador Miguel Ángel De Marco señala: "El ferrocarril del Sur denominó 'General Mitre' a una de sus locomotoras"; en 1883 se imprimieron billetes de veinte centavos del Banco Nacional con el retrato de Mitre¹ (quien, como se recuerda, falleció en 1906); en 1890 se emitieron estampillas o sellos postales, de 50 centavos, con su retrato y en 1891, otra estampilla anaranjada con su efigie. También se le puso su nombre a un centro pedagógico de la ciudad de La Rioja²; en 1895, se designó Mitre a la localidad que luego se llamaría Olivos y la municipalidad del partido de Gral. Sarmiento denominó Mitre a una calle céntrica³; en San Pedro se designó Mitre a lo que era la calle Constitución y en Juárez, a lo que se llamaba bulevar Independencia. Asimismo, en Rosario se le dio el nombre de Mitre a una calle que se llamaba Progreso⁴; en 1901 se llamó Mitre a la calle La Piedad de la ciudad de Buenos Aires⁵, en 1901 se le puso su nombre a calles de Salta, San Vicente y Lobería⁶, y a escuelas y clubes de gimnasia. Se fabricaban chales, abanicos y pañuelos con su efigie. También se vendían 'cigarrillos Mitre' y 'galletitas Mitre'. Julio Irazusta señala: "Medallas, bustos, platos, cajas de rapé, pipas turcas, pañuelos, gemelos y alfileres de corbata con su efigie, calles con su nombre en todos los ámbitos de la república, honras oficiales, etc.", le rindieron homenaje en vida.

Había nacido en 1821 y su padre, según Vicente O. Cutolo, dejó al morir una herencia cuantiosa. Parece que sus familiares lo quisieron hacer gaucho en la estancia del Rincón de López, pero el propio Rosas presionó para que lo enviaran de nuevo a la ciudad por su desinterés por el campo, así como por sus tendencias librecas.

Con respecto a sus cualidades polifacéticas, sus adversarios han opuesto reparos a este proficuo despliegue intelectual y humano. Lucio Mansilla, por ejemplo, juzgaba que su traducción de *La Divina Comedia*, del Dante, era desastrosa e ironizaba que en el frente de la casa de Mitre alguna mano malévolamente había escrito: "En esta casa pardusca / vive el traductor del Dante / Apúrate caminante: / no sea que te traduzca". Contaba, asimismo, que cuando se encontró un día con Mitre y este le comentó que estaba tradu-

¹ De Marco, Miguel Ángel: *Bartolomé Mitre*, Buenos Aires, Planeta, 1998, p. 408.

² Ídem, p. 454.

³ Ídem, p. 484.

⁴ Ídem, p. 484.

⁵ Ídem, p. 488.

⁶ Ídem, p. 492.

⁷ Ídem.

⁸ Irazusta, Julio: "Los últimos años de Mitre", Fascículo N° 2, *La historia de este siglo*, revista Extra, junio 1967, p. 9.

ciendo *La Divina Comedia*, lo estimuló con estas palabras: "-Adelante, general, hay que darle con todo a los gringos".

Carlos D'Amico, por su parte, lo ha criticado acerbamente: "lo primero que hizo Mitre fueron versos; y lo último que hace son versos; y los últimos son lo mismo que los primeros, y estos son detestables [...] Vélez Sarsfield le llamó 'el mejor poeta entre los militares, el mejor militar entre los poetas' [...] La escuela de Mitre como historiador: el partido contrario al que él está afiliado nunca tiene razón, y la tiene, aún al cometer los mayores errores, aquel por quien él se ha apasionado [...] El viejo Vélez decía de su biografía de Belgrano que era 'la historia de un zonzo contada por otro zonzo' [...] En su historia parece que no hubiera pueblo protagonista sino personajes que se mueven como fantoches, en silencio y misteriosamente, sin que el público vea los hilos que los llevan a la escena y les hacen mover los pies y las manos [...] La historia no es decir simplemente las verdades más nimias, no es amontonar hechos en pesada relación, es hacer conocer las grandes evoluciones de los pueblos, las causas que la produjeron, su influencia actual, su proyección en lo porvenir [...] no simples compilaciones de materiales prolijamente escogidos". Con respecto a su historia militar D'Amico lo fustiga severamente: "Su debut [militar] fue correr unas partidas montoneras en Arroyo del Medio [...] No hubo batalla ni combate. Los montoneros huyeron. Mitre los persiguió y los alcanzó en la laguna de Cardozo, completamente descuidados porque no sospechaban que teniendo acordada la paz con la Confederación, pasaría el arroyo fronterizo: Se rindieron: ¡fusiló sin piedad a todos, de sargento arriba! Un coronel Bustos levantó junto con otro coronel Costa una montonera a las puertas de Buenos Aires. Mitre, con tropas escogidas, los rodeó en la estancia de Villamayor. Se rindieron. Fusiló de cabo arriba todo lo que cayó en sus manos [...] dio un combate [contra los indios] y los bárbaros únicamente de lanza, le rotaron completamente al ejército de Mitre, superior en número y de las tres armas, le quitaron todas las caballadas y los cañones, le dispersaron la caballería y no lo tomaron prisionero a él y a todos sus infantes, porque instintivamente se refugiaron en la Sierra [Sierra Chica], donde era imposible que los indios subieran a caballo [...] Esta es la única vez que tropas regulares han sido vencidas por los indios". Tampoco es benévola la opinión del ex gobernador de la provincia de Buenos Aires al referirse a la presidencia de Mitre: "No hubo un solo día en los seis larguísimos años de este estado de sitio que, como punto de la república, o en toda ella, no estuviera decretado el estado de sitio que, como se sabe, suspende todas las garantías constitucionales [...] Gobernó despóticamente y suprimiendo todas las libertades [...] No hubo un solo día de paz absoluta porque cuando no eran las guerras civiles, era la guerra del Paraguay que hacía derramar torrentes de sangre argentina".

Con respecto a su vocación por la Historia, esta se manifiesta ya en su juventud. En 1841, a los veinte años -según relata De Marco- "comienza a elaborar una biografía de Manuel Dorrego, en Montevideo". En esa misma época, prepara una biografía de Artigas donde "revelaba una discreta simpatía hacia el Protector de los Pueblos Libres". Sin embargo, en 1857, publica *Galería de celebridades argentinas*, donde compila semblanzas de diversos autores, bajo la óptica de "civilización y barbarie", libro que constituye el inicio del panegírico de los próceres liberales y de la detracción de caudillos como Do-

⁹ D'Amico, Carlos: *Buenos Aires, sus hombres, su política*, Buenos Aires, Editorial Americana, 1952, pp. 63-72.

¹⁰ Ídem, pp. 75-78.

¹¹ Ídem, p. 111.

¹² De Marco, Miguel Ángel, ob. cit., p. 94.

¹³ Ídem, p. 52.

rrego y Artigas, que años atrás promovían su entusiasmo. "¿Qué había ocurrido entre 1841 y 1857 para explicar enfoques tan radicalmente diferentes...?", se pregunta Nicolás Shumway¹⁵. Puede sospecharse que son razones políticas.

También resulta curioso que en 1857 Mitre avance con una semblanza de Manuel Belgrano (*Galería de celebridades argentinas*) cuando él se había venido ocupando de conseguir documentos sobre Belgrano para su amigo Andrés Bello. A este respecto señala De Marco: "la búsqueda de documentos para contribuir a que su amigo Bello escribiese la vida del creador de la bandera nacional -explicaba- lo había hecho comprender que el erudito oriental no estaba en condiciones de concretarla por carecer de papeles indispensables que él había hallado, en completo desorden, en los archivos de Buenos Aires y que estaba decidido a enviarle cuando tuviera tiempo de copiarlos. Animado por su celo de historiador y de colega riguroso le sugirió a don Andrés (Bello) que aguardase tales papeles para emprender la obra"¹⁶. Pero Juan María Gutiérrez le solicitó a Mitre que acometiese la tarea para *Galería de celebridades argentinas* y así lo hizo. Sobre esa base, después escribe la biografía de Belgrano. (Bello, por su parte, se contenta, años después con escribir una biografía sobre Bernardino Rivadavia). Mitre publica luego su historia sobre San Martín.

En lo literario, se inició en su juventud cuando "hizo imprimir un opúsculo menor: *Carta errática*, del que no se conocen ejemplares ya que el propio Mitre se encargó de hacerlos desaparecer, según consta en una nota manuscrita que dice: 'Edición completamente agotada, por haber sido inutilizada por su autor'¹⁷. Miguel Ángel De Marco, uno de sus panegiristas e integrante de la Academia Nacional de la Historia, señala que "al año siguiente, no obstante haberse despedido formalmente de la poesía desde las páginas de *El Universal*, hizo imprimir *Ecos de mi lira*, colección que su agudo sentido crítico lo llevó a destruir, con el ánimo de no dejar siquiera un ejemplar para que alguien lo tre persistió como vate, pues en 1842 publicó *Elegía a Juan Lavalle* y otros poemas que recogió luego en *Rimas*. También publicó un relato romántico titulado *Memorias de un botón de rosa* (1848), aunque su obra más conocida es la novela *Soledad*, de 1847, sobre la cual De Marco señala que su "esquema argumental [...] está calcado sobre *Indiana*, *La rosa amarilla* de Charles de Bernard y *Colomba*, de Merimeé, que Mitre había traducido para los folletines de *La Época*". Sin embargo, a pesar de haber cabalgado en ancas de lo ajeno, tampoco *Soledad* recibió los halagos de la crítica: "No lo logró plenamente -afirma De Marco- y los defectos se notan a primera vista. Quizá, por eso, en la madurez se negó reiteradamente a la reimpresión de la novela"¹⁸. En cambio, obtuvo éxito como periodista ya que fundó *La Nación*, diario que aún subsiste.

Por su parte, el venezolano Rufino Blanco Fombona se ensaña con su foja militar aprovechando que su derrota de "La Verde" ante las reducidas fuerzas del coronel Arias (1874), así como las críticas formuladas a su conducción del ejército en la guerra contra el Paraguay, lo colocan en posición harto vulnerable. Blanco Fombona -si bien quizás con cierta exageración pues odiaba a Mitre por sus críticas a Bolívar- sostuvo: "Mitre jamás obtuvo una victoria durante su vida guerrera [...] El encuentro de Pavón no es el triunfo de las ar-

¹⁵ Shumway, Nicolás: *La invención de la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1993, p. 228.

¹⁶ De Marco, Miguel Ángel: ob. cit., p. 200.

¹⁷ Ídem, p. 27.

¹⁸ Ídem.

¹⁹ Ídem, p. 75.

²⁰ Ídem, p. 76.



Batalla de Pavón (1861). Óleo de Ignacio Manzoní, donde se observa la figura de Mitre uniformado, montado en un caballo blanco, dando órdenes a la tropa. Museo Mitre.

mas, sino de la intriga por parte de Mitre y de la traición por parte de Urquiza [...] Esa fue la única victoria de Mitre. En el resto de su vida militar jamás ciñó un laurel a sus sienes. Hasta los indios le hicieron morder el polvo [Batalla de Sierra Chica, 1855]²¹. El mismo autor agrega que en Tuyucú, Mitre huyó como de costumbre, abandonando fusiles, cañones, tiendas, banderas, caballos, su correspondencia y hasta su honor militar²².

Como político, Mitre muestra como honrosa la persecución que sufre durante la época de Rosas, época en que vive en el exilio montevidense y luego chileno, boliviano y peruano, hasta que junto con Sarmiento, se suma a las fuerzas del Ejército Grande de Urquiza. A partir de ese momento, logra interpretar los sentimientos de la burguesía comercial porteña, irritada ante los avances del caudillo entrerriano, temerosa de perder el puerto y la Aduana. Las "Sesiones de Junio", donde se debate el acuerdo de San Nicolás, lo convierten en líder político de ese sector social y en ese carácter juega un destacado papel en la segregación de Buenos Aires hasta que el extraño desenlace de Pavón lo coloca en el poder. Desde esa época, en él van a confluir varios liderazgos: es el jefe del Partido Liberal, es el máximo representante de la burguesía comercial, es, posteriormente, el padre de la Historia Oficial con sus biografías de Belgrano y San Martín y es el dueño de *La Nación*, "tribuna de doctrina" que junto con *La Prensa* fueron durante largos años los dos matutinos que formaron opinión en el país.

En general, las variantes izquierdistas de la Historia Liberal han mantenido a Mitre en ese pedestal. Él personificaría, a la luz del mitromarxismo, las fuerzas burguesas progresistas y civilizadoras, frente a la barbarie medievalista o feudal de las provincias interiores. Aníbal Ponce, por ejemplo, sostiene: "Presidente unánime de la nación, Mitre reconstruyó la República sobre bases muy distintas a las de las viejas oligarquías que Urquiza había respetado. Envío al Interior, con ese objeto, un ejército que asegurara la victoria y entregó a Sarmiento el cargo de auditor. Ante la proximidad de las tropas, los eternos gobernadores de San Luis, Mendoza y San Juan pusieron la cordillera de por

²¹ Galasso, Norberto: *Rufino Blanco Fombona*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1977, p. 115.

²² Ídem, p. 122.

medio²³. Otro historiador estrechamente ligado al Partido Comunista -Álvaro Yunque- interpreta desde la misma óptica: "Mitre es un constructor [...] Ha nombrado ministros liberales y progresistas que lo ayudan en su obra material y espiritual [...] Se construyen ferrocarriles que van a despertar y a aproximar las dormidas y lejanas provincias [...] Las vías férreas producen cambios sociales. La vida patriarcal y rutinaria se inquieta, las costumbres coloniales cambian, se ahuyentan las supersticiones. Y con las costumbres, las ideas. Se trazan caminos. Se proyecta, se sueña. El optimismo y la fe en el futuro de la patria crece [...] Quiere que el pueblo, en el goce de su soberanía, sea capaz de gobernarse a sí mismo y exprese libremente su voluntad [...] Verdadero demócrata, Mitre no cree en 'hombres providenciales', en 'Mesías', que, al fin, todos, sea el caso de Rosas, resultan déspotas sangrientos"²⁴. Lamentablemente, un gran poeta y autor de hermosos cuentos, como Yunque, confunde el desarrollo de un capitalismo nacional, que no se hizo, con la instrumentación de una economía dependiente, impulsada por la oligarquía porteña en connubio con los ingleses.

Por su parte, el dirigente stalinista Rodolfo Ghioldi sostuvo que Mitre fue el más grande de todos los historiadores, y que todavía no ha sido superado²⁵.

Del mismo modo, los representantes de la Historia Social también le rinden homenaje. José Luis Romero, en *Las ideas políticas en la Argentina*, coincide con la clase dominante al sostener que "sin duda había sido Mitre quien más había luchado por la defensa de los ideales nacionales [...] Mitre puso al servicio de esa idea [la organización nacional y la afirmación de la unidad nacional] un exquisito tacto y una insobornable decisión. También contribuyó eficazmente a asentar el principio de la unidad nacional la guerra del Paraguay [...] Al cabo de cinco años [de guerra,] había surgido, sobre las cenizas del sacrificio común, una idea más viva de la comunidad argentina"²⁶.

Romero también publicó un panegírico de Mitre como historiador: *Mitre, un historiador frente al destino nacional* (1943, editado por *La Nación*). Sin embargo, en sus últimos años, sostuvo que "el defecto de la concepción de Mitre es la ignorancia del Interior"²⁷.

Por su parte, el revisionismo rosista tradicional centralizó sus críticas en Sarmiento, no en Mitre. El sanjuanino, en tanto defensor de la enseñanza laica, hería su nacionalismo católico y hacia su busto se arrojaron las bombas de alquitrán. Las editoriales de colegios religiosos, por ejemplo, publicaron ensayos violentamente antisarmientinos, pero, en general, evitaron criticar a Mitre. Después que Anzoátegui se burló de casi todos los próceres liberales en *Vida de muertos*, Homero Manzi comentó que estos nacionalistas se metían con todos los próceres de la Historia Oficial "menos con aquel que se había dejado un diario de guardaespaldas", en referencia a *La Nación*. Así, también Irazusta rescata aspectos "nacionales" de Mitre, mientras Juan Pablo Oliver, al tratar la guerra de la Triple Alianza, se alinea con Mitre, pues representa a la Nación Argentina, descalificando a aquellos que denunciaron la guerra.

Uno de los pocos críticos de Mitre, desde las filas del nacionalismo tradicional, fue Ramón Doll quien calificó a su gobierno como dictadura: "Despojado Mitre de sus títulos de liberal, demócrata y civilizador y sometido a una prueba rigurosa de recomposición

²³ Ponce, Aníbal: *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1938, p. 158.

²⁴ Yunque, Álvaro: *Breve historia de los argentinos*, Buenos Aires, Futuro, 1952, pp. 312-314.

²⁵ Conferencia de Rodolfo Ghioldi, en Mendoza, del 19/6/1947, reproducido por J. J. Hernández Arregui, en *La formación de la conciencia nacional* (1930-1960), Buenos Aires, Hacheca, 1960, p. 122.

²⁶ Romero, José Luis: *Las ideas políticas en la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1956, p. 156.

²⁷ Luna, Félix: *Conversaciones con José Luis Romero. Sobre una Argentina con Historia, Política y Democracia*, Buenos Aires, Editorial De Belgrano, 1978, p. 27.

histórica, en su presidencia, se llega a esta asombrosa y desopilante constatación: que su Presidencia fue una verdadera dictadura militar, ensangrentada por sus fieles lugartenientes uruguayos enviados al interior para pacificar las provincias y someterlas al liberalismo y a la civilización"²⁸.

Desde el revisionismo peronista, José M. Rosa siguió ese camino y denunció la política mitrista en *Las montoneras y la guerra del Paraguay*. De la misma manera, Fermín Chávez publicó *Alberdi y el mitrismo*.

Por su parte, el revisionismo socialista latinoamericano fustiga severamente al mitrismo, como expresión de la oligarquía porteña y responsable del connubio entre esta y Gran Bretaña, basándose en testimonios de importantes argentinos de aquella época, como José Hernández, Olegario Andrade, Juan B. Alberdi, Felipe Varela y otros.

La oligarquía en el poder

En 1862, al asumir la presidencia Bartolomé Mitre, la oligarquía se consolida en el poder. Ya no se trata solo de los comerciantes anglocriollos que gobernaron a través de Rivadavia, ni de los estancieros bonaerenses que lo hicieron a través de Rosas, sino de la confluencia de esas dos clases, las más poderosas del país, en un bloque, con cierta preeminencia de los comerciantes, que se vincula estrechamente a Gran Bretaña.

Como ya se ha señalado, esa burguesía comercial portuaria que prepondera ahora en el poder resulta anglo-criolla por su composición. Gran parte de aquellos comerciantes ingleses radicados en 1809 -entre los cuales se encuentran, entre otros, los Robertson, los Parish, los Billingham, los Armstrong- han logrado consolidar sus negocios, especialmente durante el período rivadaviano, e igualmente han mantenido sus posiciones bajo Rosas. Asociados a sus negocios se hallan españoles y criollos de los que integraban "la pandilla del barranco" en los viejos tiempos -como los Aguirre, los Castro, los Escalada- compartiendo su función de importadores y exportadores, abrazados a la ahuana y el puerto únicos. Asimismo, esa burguesía comercial arrastra tras de sí, por ahora, a buena parte de ex comerciantes -tanto ex registreros como ex contrabandistas- que han pasado a ser propietarios de tierras, aprovechando la enfiteusis rivadaviana, así como la distribución de tierras realizada por Rosas y por los mitristas, y que conforman, en esa época, un importante grupo de hacendados bonaerenses. En este sector se encuentran españoles y criollos como los Anchorena, Martínez de Hoz, Ortiz Basualdo, Lezica, Obligado, Iraola, Alzaga, Luro y Guerrero, entre otros. Pero también hay británicos, entre los cuales pueden citarse a Miller, Newton, Twaites, Bell, Dodds, Brown, Lynch, White, Hannah, Gowland, Mac Clymont, Blayer, Harriet, Hale y Pearson.

Este bloque social, que logra influencia sobre sectores medios de origen unitario, sostiene el liderazgo político de Mitre e inclusive le aporta sus hombres para colaborar en las tareas de gobierno.

Un baluarte de ese mitrismo es, por ejemplo, la familia de los Costa, que constituyen una de las grandes fortunas de la Argentina, con estancias en Buenos Aires y Santa Fe, ahora administradas por Eduardo y Luis, luego del fallecimiento de su padre, don Braulio, aquel ricachón que había hecho algún negocio no santo y escapó de la sentencia del juez "Pancho" Planes, años atrás. Ahora, Eduardo es ministro de Justicia del gobierno de Mitre. Otra familia de pro es la de los Elizalde-Beláustegui, que participa del gobierno a través de Rufino de Elizalde, contumaz rosista años atrás, ahora convertido en canciller mitrista. Ambrosio Plácido Lezica, de familia importantísima en el mundo financiero de

²⁸ Doll, Ramón: *El liberalismo en la literatura y la política*, Buenos Aires, Claridad, 1939, p. 16.

la época, también se asocia al gobierno de Mitre, después de haberse alineado junto a Lavalle en 1829 y a los segregacionistas porteños en septiembre de 1852. Además, apoyará financieramente a Mitre, junto a Anacarsis Lanús, en la fundación del matutino *La Nación* (1870). Como ministro de Guerra es designado Juan Andrés Gelly y Obes, un general de antecedentes unitarios, vinculado a los orientales liberales, que colabora con Mitre tanto en funciones burocráticas como en sus aventuras golpistas, quien también proviene de una familia acaudalada. Al ministerio de Hacienda va Dalmacio Vélez Sarsfield -conocido como el "Doctor Mandinga", por sus intrigas leguleyas- de larga tradición unitaria quien, sin embargo, cultivó una buena relación con Rosas entre 1847 y 1852, para convertirse luego en opositor al Acuerdo de San Nicolás.

Entre estos personajes sobresale Norberto de la Riestra, como expresión de la eniente oligarquía argentina-burguesía imperial británica, por lo cual merece un pequeño esbozo biográfico.

De la Riestra, un financista amigo de los ingleses

Nacido en Buenos Aires, en 1820, se expatrió, en 1841, a Inglaterra donde su padre, comerciante porteño, tenía vinculaciones mercantiles. En Londres, ingresó a la importante firma "Nicholson, Green y cia.", aprendió inglés y publicó, poco después, un libro en ese idioma acerca de tipos de cambio entre las plazas de Montevideo y Buenos Aires con Inglaterra y Francia. Designado gerente comercial de esa firma inglesa, regresó en 1849 a Buenos Aires, como representante de la misma. En 1855, fue nombrado ministro del gobierno de Pastor Obligado, en la provincia de Buenos Aires. Se ocupó entonces de la renegociación del empréstito Baring Brothers. En su ministerio reinició el pago de sumas importantes en concepto de intereses, tratando con benignidad la reclamación de los prestamistas ingleses. Al ser designado gobernador don Valentín Alsina, continuó como ministro. En 1860, pasó a desempeñarse como diputado y en 1861, fue ministro de Hacienda del presidente Derqui, por consejo de Mitre. Además, cuando este asume como gobernador de la Provincia, De la Riestra vuelve al cargo de ministro de Hacienda.

Es uno de los hombres claves del capital británico en la Argentina y ello explica que se mantenga durante largos años vinculado al poder, desde distintas funciones: en 1863, senador nacional por el mitrismo, en 1865, enviado extraordinario y plenipotenciario ante Inglaterra y negociador con la Banca Baring, al mismo tiempo que integra el directorio tanto del Banco de Londres y Río de la Plata, así como el de la empresa inglesa del Ferrocarril del Sur. Más tarde, bajo la presidencia de Nicolás Avellaneda volverá a manejar, por un tiempo, las finanzas del país, mientras arma sociedades anónimas en Londres para realizar negocios en la Argentina.

Su posición sobre la deuda externa era clara y contundente: la suspensión del pago de la deuda pública sería un error irreparable que nos haría perder crédito y cerraría las puertas al capital extranjero²⁹. Del mismo modo, una y otra vez se expresó en el sentido de que la provincia de Buenos Aires debería organizarse como país independiente.

El mayor panegírico sobre De la Riestra lo hizo Bartolomé Mitre, quien señaló que en épocas de la segregación de la provincia de Buenos Aires, "uno de los ministros de Hacienda, antecesores al Sr. Riestra, había sostenido que el país debía especular con su ban- carrota: que puesto que hacía treinta o más años que no se pagaba este empréstito, que los bonos no tenían ningún valor en el mercado, el país podía especular con su descre-

²⁹ Cutolo, Vicente O.: *Nuevo Diccionario Biográfico argentino*, Buenos Aires, Elche, 1983, tomo VI, p. 120.

dito, comprándolos a vil precio y amortizándolos de este modo. Fue en esas condiciones que el Sr. Riestra entró al ministerio de Hacienda de la Provincia de Buenos Aires; y él, contra la opinión del gobernador, contra la opinión de sus colegas y haciendo de esto una cuestión de honor, cuestión personal, cuestión de gabinete, cuestión de interés público, dijo y sostuvo: 'No, si es necesario, el país debe sacrificarse en aras de su honor; debe pagar no solo lo que debe íntegramente, sino que debe pagar hasta los intereses atrasados'. Y dijo más: 'y si está resuelto a pagar, debe hacerlo públicamente, debe anunciar que va a pagar, y cuándo, y cómo, para hacer este pago encontrándose los créditos en manos de los verdaderos tenedores'. Compréndase que el Sr. Riestra al emitir este voto hacía acto de honorabilidad, que en todo el mundo es un deber; pero debe reconocerse que si el Sr. Riestra no hubiese estado animado de esta firmeza de ideas y propósitos, él hubiera podido hacer una inmensa fortuna a costa de nuestros acreedores, apareciendo como un defensor de los intereses del país, pues siendo ministro de Hacienda y pudiendo dirigir la negociación, él era el árbitro de muchas fortunas. En vez de esto, fue el quien aconsejó al gobierno de Buenos Aires, y decidió con su voto, que el empréstito de Londres se pagase íntegramente, y a este efecto, se crearon los bonos que se llaman diferidos [...]. El Sr. Riestra obtuvo un éxito que es casi único en las naciones, que encuentran fácilmente quién les preste durante la paz, pero con gran dificultad quién les preste durante la guerra, y mucho más a las Repúblicas sudamericanas. El Sr. Riestra, decía, fue a Europa y gracias a su crédito, pudo hacer posible que el empréstito se contratase, y con él se sustentasen los gastos extraordinarios que demandaba la guerra del Paraguay, y gracias al crédito del Sr. Riestra, la República Argentina quedó desde entonces como nación solvente ante el mundo, en la pizarra de la Bolsa de Londres"³⁰.

A su muerte, *The Standard* expresó: "Desde la caída de Rosas, Mr. Riestra ha figurado tan prominentemente en los asuntos públicos, que la historia de su país es casi su biografía [...]. En muchos sentidos, era considerado casi como un británico; por sus simpatías y estima por todo lo que fuese británico era bien conocido"³¹.

Estos intereses internos y externos, tanto de estancieros y comerciantes del Plata, como de financistas y capitalistas de Gran Bretaña, van a encontrar en Bartolomé Mitre al hombre capaz de concretar su proyecto. Bueno resulta entonces conocer la caracterización de su presidencia sobre la base de historiadores bien documentados.

Oligarquía e Imperio Británico

Reseñada la naturaleza histórica y política del mitrismo -en cuanto a su base social, así como el perfil de su líder- cabe hacer referencia al proyecto que se pone en marcha a partir de 1862.

El ensayista canadiense Henry Stanley Ferns sostiene: "En una historia de las relaciones anglo-argentinas desde la invasión del Río de la Plata en 1806 hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, el año en que el general Mitre asumió sus funciones de Presidente de la República constituye el punto medio del camino en el tiempo. Por una coincidencia, es asimismo el punto divisorio de esta historia. En efecto, el carácter de la historia de las relaciones anglo-argentinas cambia en ese momento"³². Después, agrega: "Lo cierto es que la presidencia del general Mitre fue la señal de una fundamental deci-

³⁰ Discurso de Bartolomé Mitre en la Cámara de Diputados, el 11/8/1879, citado por Roberto D. Flores en *Gran Bretaña entre Chile y Argentina. Su influencia económica (1879-1902)*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2008, pp. 164 y 165.

³¹ Cutolo, Vicente O., ob. cit., tomo VI, p. 150.

³² Ferns, Henry S.: *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1966, p. 325.



Caricatura de Mitre aparecida en El Mosquito.

sión política de toda la sociedad argentina. Una vez tomada la decisión política primaria en favor de la expansión económica y de la integración del país en la comunidad y los mercados internacionales, era posible la adopción de múltiples decisiones secundarias en el terreno de la actividad económica¹³. Esta opinión de Ferns es correcta y contundente y solo cabría objetarle que no fue "toda la sociedad argentina" sino "la clase dominante".

Luego, sostiene: "La nueva época, anunciada por la triunfante inauguración de la presidencia del general Mitre, fue una época de inversión de capital y de libre comercio. Esa época venía pues a responder a un ritmo acelerado de desarrollo que se estaba verificando al otro lado del Atlántico"¹⁴. Y redondea su juicio afirmando: "La respuesta que recibió la política del general Mitre de alentar las inversiones extranjeras fue casi instantánea. Al cabo

de tres años, hombres de negocios e ingenieros británicos habían establecido bancos y compañías ferroviarias y tranviarias en la Argentina; a estas siguieron poco después obras de utilidad pública como las de gas, aguas corrientes y sistemas de cloacas [...]. En el caso angloargentino, el proceso comenzado con la política del general Mitre contó con la participación de la clase inversora inglesa"¹⁵. "Después de Caseros -señala A. J. Pérez Amuchástegui- y a partir del momento en que Mitre impuso su autoridad en todo el territorio argentino, Gran Bretaña dio nuevo impulso a su penetración"¹⁶.

El proceso que se puso en marcha respondía a la concepción de la división internacional del trabajo y la teoría de los costos comparativos sostenida por David Ricardo, es decir, el desarrollo de una Argentina dedicada a producir aquellos bienes para los cuales había sido beneficiada por la naturaleza (carnes, lanas, cereales) para venderlos, a bajo costo, a países necesitados de esos productos (en este caso, Gran Bretaña) y a su vez, importar de allí los artículos manufacturados que los ingleses producían, con mejor calidad y menor costo de lo que podría producirlos la Argentina. De este modo, se organizó una economía complementaria y dependiente respecto a la del Imperio.

Ricardo M. Ortiz, uno de los economistas que advierte el propósito opresor del proyecto sostiene que David Ricardo habría argumentado de este modo: "Si pudiéramos agregar una zona de tierra fértil a nuestra Isla, los beneficios no bajarían nunca; el aumento de la tierra fértil haría bajar la renta y el costo de la producción de trigo"¹⁷. Y comenta Ortiz: "Esa faja de tierra fértil para adosar a Gran Bretaña, constituye el objetivo fundamental perseguido durante la primera mitad del siglo XIX. Para que pudiera serlo en América, era necesario resolver aún numerosos problemas técnicos, económicos y políticos: lograr un sistema de transportes vasto y económico; propiciar el poblamiento de sus tierras; y desde luego, pacificar, organizar, estructurar jurídicamente a los países de ese continente"¹⁸.

Con respecto a esa conformación de una Argentina semicolonial, Jauretche señala

¹³ Idem, pp. 326 y 327.

¹⁴ Idem, p. 322.

¹⁵ Idem, pp. 328 y 331.

¹⁶ Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónica de la Argentina*, Buenos Aires, Codex S.A., 1969, tomo IV, p. 219.

¹⁷ Ortiz, Ricardo M.: *Historia económica de la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955, tomo I, p. 27.

¹⁸ Idem.

"Para realizar el país fácil de la pampa húmeda, que era Europa en América, tenían que desamericanizar la nación, reduciendo su magnitud. Les estorbaba el criollo y el indígena. Les estorbaban los desiertos, las selvas, las montañas, el espacio no pampa y el hombre no europeo. También su cultura indígena o española, su religión, sus hábitos, todo lo que no era europeo. Empezaron por achicarnos y así con Rivadavia facilitaron primero la segregación del Alto Perú y después de la Banda Oriental, como sus continuadores hubieran segregado Entre Ríos y Corrientes y Tucumán, Salta y Jujuy, sin Rosas. Terminaron esta tarea con la destrucción del Paraguay y sin Roca hubieran perdido la Patagonia, porque querían el país chico y fácil para hacer Europa"¹⁹. Luego agrega: "Los liberales tenían razón al sostener que marchaban a favor de la historia, pero solo que era la historia corta. Quemaban etapas, quemando reservas. En una política larga de historia verdadera, quemaban el destino porque facilitan el desequilibrio desintegrando las bases de una gran nación. Apuraron la pampa húmeda y dejaron aniquilar el resto del país donde estaba el futuro más remoto, lejano para sus cortas vidas, pero muy próximo para la vida en la historia"²⁰.

El mitrismo y el ferrocarril inglés, base del país semicolonial

Así, el gobierno de Mitre, desde su inicio, otorga a las empresas inglesas la construcción de las líneas férreas según el trazado que posibilita la implementación de esa política económica. Para ello, el 12 de junio de 1862 autoriza la construcción del Ferrocarril del Sur (Buenos Aires-Bahía Blanca) a Eduardo Lumb, quien, en agosto de 1861, ya había presentado un proyecto en tal sentido. H. S. Ferns considera a Lumb como uno de los principales representantes de la burguesía imperialista británica: "Edward Lumb era una figura prominente que tenía treinta años de experiencia en los círculos comerciales de Buenos Aires"²¹.

Con respecto a este Ferrocarril del Sur, la concesión ya había sido otorgada por Mitre, como gobernador de la Provincia de Buenos Aires, al mismo Edward Lumb, también director en la primera compañía de seguros. En Londres, con apoyo de Baring Brothers y David Robertson, se constituyó la compañía con el nombre de "Gran Ferrocarril al Sur de Buenos Aires". Los personajes importantes de esta empresa "eran Tomás Armstrong, George Drable, Martín Álzaga, Alfredo Lumb, Juan Nepomuceno Fernández, José G. Lezama, Ambrosio P. Lezica, Enrique A. Green, Juan Fari, Federico Elortondo y Enrique Harra"²². Los principales accionistas eran, además del citado Lumb, Frank Parish y George W. Drable.

Frank Parish era hijo de Woodbine Parish quien fuera cónsul de Inglaterra durante muchos años en nuestro país y cuyos hijos fueron, a su vez, miembros del directorio de una gran variedad de empresas argentinas²³. Frank fue director de las siguientes empresas: Ferrocarril Central Argentino, Ferrocarril Buenos Aires-Rosario, Ferrocarril de Entre Ríos, del Uruguay y Gran Oeste del Brasil, así como director del Ferrocarril Sud en Londres. También se desempeñó como Presidente del Directorio del Ferrocarril del Imperio. El otro personaje entre 1878 y 1906 y tuvo a su cargo funciones diplomáticas del Imperio. El otro personaje

¹⁹ Jauretche, Arturo: "Los tres fracasos de la burguesía argentina", *Revista Dinámica*, Buenos Aires, agosto 1966.

²⁰ Idem.

²¹ Ferns, H. S., ob. cit., p. 335.

²² "El Sur recibió la civilización con el tendido del ferrocarril", *La Nación*, del 14/8/1965.

²³ Ferns, H. S., ob. cit., p. 335.

importante -George W. Drable (1823-1899)- como en el caso de De La Riestra, merece un párrafo aparte.

Se trata de un hombre de negocios que aparece ligado a la mayor parte de las empresas británicas que operan en la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX y nos permite corroborar que esas inversiones no constituyen emprendimientos aislados sino que responden a una política imperialista.

Vicente Vázquez Presedo señala acertadamente que "sería erróneo considerar a los ferrocarriles como una inversión independiente. Ellos eran parte de un sistema económico del cual eran componentes principales las grandes propiedades rurales, la exportación de productos agrícolas, la demanda británica de carnes, la demanda británica y europea de cereales y la inmigración de mano de obra relativamente barata. El sistema se desarrolló en beneficio de mucha gente incluyendo a los terratenientes argentinos y a los inversores y empresarios ingleses"⁶¹.

Volviendo a Drable como arquetipo, Ferns lo considera el "más capaz y eficiente de los hombres de negocios británicos de este período [y señala que] había llegado a Buenos Aires en 1848, para vender por cuenta de la firma de su familia ['Drable Brothers'] en Manchester, que era exportadora de artículos de algodón"⁶².

En la década de 1850, había agregado una estancia a su negocio de algodón. Luego, "fundó establecimientos ganaderos [...] siendo uno de los más antiguos del país dedicado a la raza Shorthorn. Sobre tierras de origen fiscal que se extendían en 60.000 ha. en el partido de General Villegas, levantó 6 estancias de 10.000 ha cada una"⁶³. Ovidio Lagos, en el libro *Argentinos de raza*, sostiene que "en aquellos años las estancias inglesas brotaban en la zona de Gral. Villegas y en las inmediaciones; no alcanzaban los dedos de la mano para enumerarlas"⁶⁴. De sus negocios en esta zona ha quedado el recuerdo en una estación de ferrocarril, del partido de General Villegas, que lleva su nombre⁶⁵. Drable fue también "miembro del directorio de varias compañías ferroviarias y un pionero en el negocio de la carne congelada y enfriada [...] Invertió una pequeña suma en el Ferrocarril Central Argentino cuando acababa de formarse la compañía, pero no invirtió nada en ninguna de las otras empresas que se proyectaban en esa época. Sin embargo, se lo eligió para fusionar el gobierno del Banco de Londres y el del Río de la Plata. Se convirtió en un modesto inversor de la institución y pronto llegó a ser su presidente. Desde esta posición central, la influencia de Drable se ramificó a través de todas las principales empresas y penetró en la esfera de la política argentina, por su acción de ajustar la administración, de convertir ferrocarriles de bajo rendimiento en empresas productivas y por promover fusiones de compañías"⁶⁶. Antes de ser presidente del Banco Londres, había sido director del Banco de la Provincia de Buenos Aires⁶⁷. Fue también el creador de la "River Plate Fresh Meat Company"⁶⁸. Drable era, a su vez, socio de Nicholson Green y Co., otro de cuyos socios era nuestro conocido Norberto de la Riestra⁶⁹. Asimismo, extendió su influencia al Uruguay donde adquirió grandes estancias y construyó ferrocarriles. "Fue

⁶¹ Vázquez Presedo, Vicente: *El caso argentino*, Buenos Aires, EUDEBA, 1971, p. 51.

⁶² Ferns, H. S., ob. cit., p. 335.

⁶³ Catolo, Osvaldo, ob. cit., tomo II, p. 600.

⁶⁴ Lagos, Ovidio: *Argentinos de raza*, Buenos Aires, Emecé, 2003, p. 152.

⁶⁵ Catolo, Osvaldo, ob. cit., tomo II, p. 601.

⁶⁶ Ferns, H. S., ob. cit., p. 335.

⁶⁷ Catolo, Osvaldo, ob. cit., tomo II, p. 600.

⁶⁸ Idem.

⁶⁹ Galasso, Norberto: *De la banca Baring al FMI. Historia de la deuda externa argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2002, p. 46.

por su iniciativa que el Banco de Londres adquirió numerosas acciones de los ferrocarriles de la Argentina como del Uruguay"⁷⁰.

La concesión otorgada al Ferrocarril del Sud reconocía a la empresa el 7% de utilidad garantizada sobre el capital, como resultado mínimo rentable, que el Estado cubriría en caso de que no lo llegase a obtener y liberaba de todo derecho de importación a los materiales que se trajesen del exterior para realizar la obra.

El carácter emblemático de este acuerdo queda en evidencia en el entusiasta discurso de Mitre el 7 de marzo de 1861 -cuando aún era gobernador de la provincia- al poner la piedra basal del Ferrocarril del Sur: "Señores: Al tomar en mis manos los instrumentos del trabajo para levantar y conducir la primera palada de tierra del gran ferrocarril del Sud, dije que sentía mayor satisfacción que la que experimentaría dirigiendo máquinas de guerra, aunque fuese para triunfar gloriosamente [...] Ahora, al contestar el cordial saludo que se me ha dirigido en nombre de los extranjeros aquí presentes, y principalmente de los ciudadanos de la Gran Bretaña, diré que no los reconozco por tales extranjeros en esta tierra. ¡No! [...] Démonos cuenta de este triunfo pacífico, busquemos el nervio motor de estos progresos y veamos cuál es la fuerza inicial que lo pone en movimiento. ¿Cuál es la fuerza que impulsa nuestro progreso? Señores, es el capital inglés [...] Desde 1809, quedó sellado el consorcio entre el comercio inglés y la industria rural del país. Los derechos que los negociantes ingleses abonaron en aquella época a la Aduana de Buenos Aires, fueron tan cuantiosos, que fue necesario apantalar las paredes de la Tejería por temor de que el peso que soportaban las echase al suelo. Esta fue la primera hazaña del capital inglés en estos países, que presagiaba la caída de las antiguas murallas y el advenimiento de una nueva época. Verdaderamente, señores, el capital inglés es un gran personaje anónimo cuya historia no ha sido escrita aún [...] [Brindo] por el fecundo consorcio del capital inglés y del progreso argentino"⁷¹.

Poco después, el ministro británico en Buenos Aires -Thornston- en un informe enviado al Foreign Office, se refiere a la creación del ferrocarril inglés denominado Gran Sur de Buenos Aires, "señalando que esa empresa 'abriría un nuevo mercado a los productos manufacturados británicos'"⁷².

En abril de 1863, Mitre otorga otra importante concesión, la correspondiente al Central Argentino, uniendo el puerto de Rosario con la ciudad de Córdoba. Victor García Costa, en su libro *Los ferrocarriles*, señala que "el proyecto se ejecuta de acuerdo con las prescripciones de la ley del 5 de septiembre de 1862, ley nacional, con la que empieza el sistema de concesiones garantizadas, y otorga a los concesionarios los siguientes privilegios: La Nación se hace cargo de las pérdidas y les asegura una utilidad sobre el capital invertido: el 7%. La nación reconoce el 3% de las entradas brutas en concepto de gastos del directorio, que funciona en Londres. Le concede en plena propiedad, una legua de campo a cada lado del camino en toda su extensión"⁷³. Según Jorge A. Ramos, en el caso del Ferrocarril Central Argentino esa extensión de tierras fértiles alcanzaba a 3.000.000 de hectáreas⁷⁴.

Señala Ferns: "William Wheelwright, el concesionario del Ferrocarril Central Argentino, era un norteamericano con una experiencia de treinta años en la navegación de

⁷⁰ Catolo, Osvaldo, ob. cit., tomo II, p. 600.

⁷¹ Mitre, Bartolomé: *Arengas*, Buenos Aires, Carlos Caszville Editor, 1889, pp. 222-228.

⁷² Pérez Amuchástegui, A.: ob. cit., tomo IV, p. 219.

⁷³ García Costa, Víctor: *Los ferrocarriles*, Buenos Aires, CEAL, Colección La Historia Popular, N° 65, p. 81.

⁷⁴ Ramos, Jorge Abelardo: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1970, tomo I, p. 210.

barcos de vapor en la costa occidental de la América del Sur. Uno de los principales directores, Thomas Armstrong, también del grupo comercial inglés radicado en 1809, tenía una larga experiencia en la banca comercial que se remontaba a la época anterior a la dictadura del general Rosas [...] Thomas Fair, un director de ferrocarriles, compañías de tierras, bancos y servicios públicos, era un comerciante del Río de la Plata cuyo padre se había establecido en Buenos Aires en el año de la revolución de 1810¹⁰.

En 1863, el gobierno de Mitre también autoriza la construcción del Ferrocarril de Entre Ríos, así como luego se autorizaría la del Ferrocarril Nordeste Argentino, ambos dirigidos a completar el tráfico fluvial a partir de la zona de Concordia hacia Corrientes, sorteando así las dificultades originadas por los saltos del río Uruguay. Sin embargo, esta zona del litoral se vio convulsionada en esos años tanto por la Guerra del Paraguay como por las posteriores insurrecciones de la montonera de López Jordán, por lo cual su concreción se difirió hasta los años ochenta.

Debe recordarse que desde 1857 venía funcionando, en la ciudad puerto, el Ferrocarril del Oeste, que partía de Plaza Lavalle hacia Flores y que en 1866 ya había llegado a Chivilcoy. Inicialmente, esta empresa fue impulsada por un grupo de comerciantes porteños, entre los cuales se destacaban Guerrico y Lavallol, junto al comerciante británico Daniel Gowland, como así también nuestro conocido De la Riestra. Ante las dificultades que sufría la empresa, fue adquirida por la Provincia de Buenos Aires en 1863, designándose una comisión administrativa que presidía Mariano Haedo e integraban Felipe Lavallol, Vicente Garzón, Pastor Obligado, Jorge Atucha, Anselmo Sáenz Valiente y Norberto de la Riestra¹¹. Más tarde, en 1889, la empresa es privatizada, pasando a manos de la "Western Railway", representada en la compra por George Drabble.

También entre 1862 y 1863 se inició la construcción del ferrocarril del Norte (desde el puerto hacia San Fernando).

Como puede observarse, el trazado ferroviario, en forma de abanico, comunicaba las zonas agropecuarias del interior con la boca de salida por el Río de la Plata hacia Europa o más específicamente hacia Londres, mediante las empresas marítimas inglesas.

Se gestaba así la infraestructura que sugería David Ricardo para asegurarle alimentos baratos al Imperio y además, ofrecerle, de regreso, un mercado importante a los industriales ingleses.

Raúl Scalabrini Ortiz, en su investigación sobre el rol de los ferrocarriles que condenaba a la Argentina a lo que él llamó "el primitivismo agrario", reproduce esta reflexión de Allan Hutt, de su libro *This final crisis*: "La construcción de ferrocarriles en países poco desarrollados no persigue el mismo fin que en Inglaterra, es decir, no son parte de un proceso general de industrialización. Se emprenden solamente, simplemente, para abrir esas regiones como fuentes de productos alimenticios y materias primas, no para apresurar el desarrollo social por un estímulo a las industrias locales. En realidad, la construcción de ferrocarriles en los países coloniales y en países subordinados es una muestra de imperialismo en su función antiprogresista, que es su esencia"¹².

Roberto Ferrero, en su libro sobre *La colonización agraria en Córdoba* formula valiosas reflexiones sobre el rol de los ferrocarriles en la Argentina: "En Europa, los ferrocarriles han constituido la culminación de una fase de progreso industrial de aquellos países y una síntesis de los más avanzados niveles alcanzados en las ramas de la metalurgia, la

mecánica y la industria carbonífera. Habían brotado naturalmente desde el interior de la economía propia de cada nación para llenar necesidades imperiosas de transporte y comunicación [...] En nuestro país -como en otros del mundo periférico- el ferrocarril aparece en cambio, en gran medida, impuesto por una necesidad exterior: por la necesidad británica de transportar a bajo costo las carnes, las lanas y los cereales de las llanuras litorales que precisaba el impetuoso avance del capitalismo europeo, inglés en primer término. Una parte de las líneas férreas trazadas -la representada por el ferrocarril Rosario-Córdoba-Tucumán, el ferrocarril Andino y el Ferrocarril Oeste de Buenos Aires, tenía realmente un sentido nacional, pues llevaba el propósito de fortalecer los nexos de unas provincias con otras, acercar el interior al litoral, facilitar la población de estos territorios y activar el comercio y la producción [...] Ferns reconoce que 'desde el punto de vista de una empresa económica, el ferrocarril a Tucumán [estatal] era un acto rayano en la locura; pero como contribución a construir la Nación Argentina y darle el carácter de una comunidad pacífica y en desarrollo, era una empresa heroica, que tuvo para la vida argentina una significación análoga a la que tuvo en la vida canadiense el Canadian Pacific Railway'. Este ferrocarril estimuló la industria azucarera; en Misiones y el Chaco aumentó la actividad de la industria maderera y puso al Norte a un paso de Buenos Aires, como lo hizo el Andino con todo Cuyo a través de su prolongación, el ferrocarril estatal que al ser vendido en 1887 al capital inglés se denominó 'Ferrocarril Gran Oeste Argentino' [...] Otra parte de los ferrocarriles, la constituida por casi todo el resto de las líneas de propiedad inglesa y francesa, integró una red que cubrió exclusivamente las praderas de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba y la Pampa. Trazada en forma de un gigantesco abanico, por cuyos pliegues se deslizaba hacia el vértice portuario la riqueza agropecuaria, esta red no tenía más finalidad que la de abrir aquellas regiones como fuentes proveedoras de alimentos y materias primas, tanto vegetales como animales"¹³. Ferrero insiste en que "toda otra actividad que no fuese esa y que pudiera hacer competencia a las mercaderías europeas que desde los puertos y por esos mismos ferrocarriles se precipitaba sobre nuestras industrias artesanales, o que aspirase a rivalizar con la producción de las grandes empresas establecidas alrededor del puerto de Buenos Aires, era ahogada sin contemplaciones. Las empresas ferrocarrileras utilizaban para ello el régimen tarifario: se elevaba el costo del flete y la producción indeseable se volvía imposible de vender por su alto precio [...] Si esto ocurría con las industrias situadas en el propio seno de la red ferroviaria extranjera, mucho peor era la situación de las provincias criollas del Norte y del Oeste -sin hablar ya del sur olvidado- pues allí, ausentes las condiciones que hacían la fortuna de la pampa húmeda, las compañías inglesas no tenían interés en extender sus ferrocarriles, los que existían era obra de los gobiernos argentinos [...] [Al centralizar todas sus líneas terminales en Buenos Aires, estas empresas inglesas] contribuyeron decisivamente a la deformación macrocefálica típica del país; privaron de un gran mercado capaz de impulsar el desarrollo de ciertas industrias [...] Así el exterior todos los insumos necesarios para la explotación de sus ferrocarriles [...] quedaron bloqueadas las posibilidades de un desarrollo minero, industrial y petrolífero de las provincias denominadas 'pobres'". En otra parte del mismo trabajo, denuncia "los manejos discriminatorios de las compañías ferroviarias que estimulaban, mediante diferencias en los fletes, la producción destinada a la exportación a países extranjeros antes que la destinada al consumo interno [...] Los manejos de los ferrocarriles se realizaban

¹⁰ Ferrer, H. S.: ob. cit., p. 335.
¹¹ García Costa, Víctor, ob. cit., p. 43.
¹² Allan Hutt en *This final crisis*, citado por Scalabrini Ortiz, Raúl: "Los ferrocarriles 'ingleses' hicieron su capital con el esfuerzo de los argentinos", revista *Qué*, Buenos Aires, 18/9/56.
¹³ Ferrero, Roberto: *La colonización agraria en Córdoba*, Córdoba, Junta provincial de historia de Córdoba, 1978, pp. 163 y 164.
¹⁴ Idem, pp. 164-166.

además a través de la llamada 'tarifa parabólica', que consistía en un precio de los fletes que aumentaba hasta una cierta distancia media y, pasado ese punto, disminuía a medida que aumentaba la distancia al punto de arranque inicial hasta situarse muchas veces por debajo de los fletes del trayecto más corto¹⁶¹.

"Una sola mirada al mapa de Córdoba bastaba para ver que la totalidad del kilometraje ferroviario extranjero fue encerrado en un gigantesco rectángulo limitado al norte por la línea Córdoba-San Francisco; al oeste por el ferrocarril de Córdoba a Río Cuarto paralelo a las sierras y al límite puntano; al sur por las vías del Pacífico de Rufino a Buena Esperanza, y al este por la frontera con Santa Fe. Dentro de estas líneas se comprende la llanura agraria cuya promoción interesaba a Gran Bretaña y dentro de ellas construían las compañías extranjeras sus vías de comunicación. El resto del territorio provincial, de otras características ecológicas, geográficas y económicas distintas, inhábiles para sustentar una producción agraria, no les interesaba¹⁶².

Por su parte, Vicente Vázquez Presedo hace referencia a las críticas corrientes que se formulaban a los ferrocarriles: "1) Las líneas estaban ubicadas de tal modo que no facilitaban la comunicación entre las áreas interiores excepto pasando por Buenos Aires; 2) Eran operadas como monopolios no reglamentados, sus tarifas eran elevadas, discriminaban contra las industrias nacientes; 3) Se oponían activamente a la construcción de carreteras, excepto con fines de enlace ferroviario; 4) No existía suficiente material rodante para atender un elevado tráfico estacional; 5) Las compañías que recibían tierras en concesión no las usaban para promover pequeñas explotaciones rurales, sino que las tenían a disposición en grandes parcelas a precios inflados; 6) Las cuentas de capital estaban sobrevaluadas; los costos de administración en Londres eran excesivos; las compañías disimulaban sus utilidades de otras maneras¹⁶³.

Los Bancos

Pero no solo se instalaron empresas ferroviarias, sino que también el gobierno de Mitre se preocupó por la incorporación de empresas financieras, interés que fue correspondido debidamente por el capital británico. Así, el Banco de Londres y Río de la Plata "inició sus operaciones en 1863 con un capital inicial de 500.000 libras esterlinas, de las cuales solo se habían integrado 200.000. Al año siguiente, el capital era ya de 1.000.000 de libras y luego, de 1.500.000¹⁶⁴. Esta evolución no debe sorprender, pues estas empresas se inician con escaso capital e inmediatamente capitalizan ahorro del país donde se radican. "Fueron sus iniciadores capitalistas británicos, entre ellos Henry Bruce, John Hackblok, Guillermo Harning, Federico K. Dumas, Jorge A. L. Holt, Juan Elin, David Howden, F. S. Richardson, Henry V. Heast [...]"¹⁶⁵. El 27 de septiembre de 1962, el diario *La Nación* dedicó una extensa nota a este Banco al cumplirse el centenario de su fundación. Allí señalaba que "el Banco de Londres y América del Sud es el sucesor directo del Banco de Londres, Buenos Aires y Río de la Plata y del Banco de Londres y Brasil, fundados en 1862, en la capital del Imperio Británico [...]" Hacia fines de 1862 -el 22 de diciembre- el presidente Mitre firma el decreto mediante el cual se autoriza a funcionar en el país al Banco de Londres, Buenos Aires y Río de la Plata. El primer gerente fue el

¹⁶¹ Ídem, p. 173.

¹⁶² Ídem, p. 176.

¹⁶³ Vázquez Presedo, Vicente, ob. cit., p. 51.

¹⁶⁴ Santillán, Diego A. de: *Gran Enciclopedia Argentina*, Buenos Aires, Ediar S. A. Editores, 1956, p. 368.

¹⁶⁵ Ídem.

señor J. H. Green, un comerciante de larga experiencia en Buenos Aires y, el asesor, el doctor Norberto de la Riestra [...]. Al año de comenzar, el capital autorizado se elevó a un millón de libras [...]. Se había abierto una agencia en Montevideo, casi al mismo tiempo. En 1866 se abrió la segunda sucursal argentina en Rosario y al año siguiente, en Córdoba [...]. Una gran parte de sus negocios consistía en la financiación de exportaciones e importaciones¹⁶⁶. Agrega *La Nación* que en 1891, este banco "adquirió el viejo Banco Carabassa y Cia. (fundado en 1860) y, [...] abrió nuevas sucursales en Río de Janeiro, Nueva York y Paysandú [...]. En 1923, el Banco de Londres y Río de la Plata se fusionó con el Banco de Londres y Brasil, dándose el nombre que actualmente lleva, es decir, Banco de Londres y América del Sud. En 1936 tomó a su cargo las operaciones del Banco Anglo-Sud Americano, fundado en 1888¹⁶⁷. Además, señala dicho matutino que con motivo de cumplirse el centenario, "esta institución realizará un acto en el Museo Mitre en homenaje al prócer, donde hablará el señor Jorge A. Miare¹⁶⁸. Otros Bancos británicos se instalaron poco después, con casa matriz en Londres, como "el Banco Británico de la América del Sud, fundado en 1863, con agencias y sucursales en la Capital Federal y en algunas ciudades del interior. [...] Banco Anglo-Sudamericano, fundado en 1888¹⁶⁹ o Banco Anglo-Argentino, con directorio en Londres.

Con referencia al negocio bancario, especialmente en manos extranjeras, dos autores no sospechados de antiimperialistas -Ezequiel Gallo y Roberto Cortés Conde- señalan, en su libro *La República conservadora*: "Un detalle importante, quizá la más interesante paradoja del proceso, fue que el monto de los depósitos de personas residentes en el país superó ampliamente el de los capitales originales de los bancos extranjeros. Refiriéndose a ello decía Alberto Martínez: 'Llama la atención el escaso capital propio con que fundan en la república los bancos extranjeros. Este capital es muy reducido comparado con el monto que alcanzan en poco tiempo los depósitos formados por los ahorros y los fondos que aporta el comercio del país. Así por virtud de este hecho viene a resultar que los bancos extranjeros trabajan con capital del país obteniendo crecidas utilidades'. En efecto, si se compara el monto del capital de cada banco correspondiente a la República Argentina, con el monto de los depósitos que en los mismos casos, basta decir que el Banco de Londres y Río de la Plata con un capital de 4.250.000 pesos oro, tenía depósitos por valor de 144.609.445 pesos papel y 2.587.002 pesos oro [...] El Banco Británico de la América del Sud tenía un capital de 4.536.000 pesos oro y depósitos por valor de 52.427.676 pesos papel y 685.515 pesos oro¹⁷⁰.

Respecto a esta cuestión, Mariano Fraguero argumentaba que como los Bancos financian la mayor parte de sus préstamos, no en base al capital propio, sino a los saldos que dejan en sus cuentas corrientes los depositantes, estaban prestando ahorro nacional y por tanto, deberían ser servicios públicos, como lo reseñaremos luego al hablar de los hombres del 80.

Gallo y Conde reproducen otra opinión de Martínez, quien fue subsecretario del ministro de Hacienda Juan José Romero, bajo el gobierno de Roca: "A la República le sobran hoy los capitales necesarios para este género de empresas: la fortuna colectiva ha crecido considerablemente como resultado de la guerra europea, o mejor dicho, de los saldos

¹⁶⁶ "Cumple hoy cien años el Banco de Londres", *La Nación*, Buenos Aires, 27/9/1962.

¹⁶⁷ Ídem.

¹⁶⁸ Ídem.

¹⁶⁹ Santillán, Diego A. de, ob. cit., p. 369.

¹⁷⁰ Gallo, Ezequiel y Cortés Conde, Roberto: *La República conservadora*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1972, pp. 157 y 158.

que el intercambio del mercado internacional arroja cada año"¹¹. Y también señalan que "en cuanto a las características de las actividades bancarias debe decirse que no existió en la Argentina (con la sola excepción del Banco Tornquist) el banco de negocios que en Francia fue un activo promotor del desarrollo industrial. En su mayor parte, los bancos más importantes se dedicaron al comercio de exportación, adelantando dinero sobre letras al exterior"¹². De aquí resulta que la acumulación de capital la hicieron los bancos extranjeros en base a los depósitos de los argentinos y que orientaron esa masa para financiar el modelo económico dependiente. Sobre este mismo tema, en relación a los ferrocarriles, Scalabrini Ortiz será contundente, en su *Historia de los ferrocarriles argentinos*, probando que la inversión fue escasa y que utilizó para sus objetivos el ahorro nacional, quebrando así uno de los mitos claves de la Argentina semicolonial que consagra al imperialismo inglés como factor fundamental de nuestro progreso.

Por otra parte, como puede observarse, las fechas de radicación coinciden con las de los ferrocarriles y como ya se ha señalado, resulta común que haya directores de empresas ferroviarias ocupando cargos en el directorio de estos Bancos, lo que corrobora que se trata de una política implementada por la burguesía inglesa, de naturaleza imperialista.

En ese orden financiero, la presencia de empresas nacionales era casi inexistente: solo el Banco Provincia de Buenos Aires aparecía, por entonces, como una entidad estatal de cierta importancia. (El Banco Nación, el Galicia, el Español, el Alemán, el de Italia y los bancos norteamericanos que no se habían instalado aún). En este clima de transnacionalización del joven país no extraña que ese Banco de la Provincia de Buenos Aires haya estado a un paso de la privatización. De ello se ocupó nuestro conocido Norberto De la Riestra quien impulsó un proyecto de ley para que la provincia de Buenos Aires entregase su Banco a una compañía particular, durante veinticinco años, con la facultad de emitir billetes metálicos pagaderos a la vista, con curso legal en toda la Nación, es decir, privatizando así la emisión de moneda. Casualmente, en ese mismo verano de 1862, se había anunciado en Londres la formación de una empresa bancaria: "London, Buenos Aires and River Plate Bank Limited", con capital de 500.000 libras, habiendo sido designado, para el cargo de director residente en Buenos Aires, al mismo Norberto de la Riestra, por su larga experiencia y relaciones sociales y políticas¹³. En esta ocasión, sin embargo, las reservas patrióticas del país fueron todavía suficientes para frustrar el proyecto. O quizás De La Riestra no pudo ocuparse del mismo pues viajaba a Londres, atento a otros negocios financieros.

Con respecto a la rentabilidad alcanzada por los Bancos extranjeros, Vázquez Presedo señala: "El enorme crecimiento de la inversión y comercio británicos con las nuevas regiones ofreció espléndidas oportunidades a los banqueros ingleses. Ellos gozaron de muchas ventajas sobre sus rivales potenciales, con la libra como medio indiscutido en las transacciones internacionales y el mercado de dinero de Londres, sin rival como fuente de fondos a corto plazo contra los cuales podían girar"¹⁴.

Deuda externa

En esta materia, una de las medidas del gobierno mitrista consiste en la sanción de la ley que transfiere la deuda externa de la provincia de Buenos Aires, producto de la nego-

¹¹ Ídem, p. 159.

¹² Ídem.

¹³ Bidabehere, Fernando: *Norberto de la Riestra, su obra en bien de la Patria*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980, p. 75.

¹⁴ Vázquez Presedo, Vicente: *ob. cit.*, p. 38.



Fotografía de Norberto de La Riestra.

y 2,5% de amortización anual, colocándose los títulos de este modo: la mitad al 75% de su valor nominal y la otra mitad, al 72,5%. El importe neto que se percibe solo alcanza a 1.735.703 libras, es decir, el 69% del endeudamiento. Las condiciones son "onerosas" y así lo señala Andrés Regalsky en *Las inversiones extranjeras en la Argentina*¹⁵.

Vicente O. Cutolo señala, a su vez, que en su gestión de 1865 -año en que comienza la guerra de la Triple Alianza- De La Riestra, "debido a su prestigio personal y a su amistad con el primer ministro Gladstone, obtuvo un crédito por intermedio de la Casa Baring, que, como lo hicieron notar los ingleses [los financistas], se lo concedían a él, y no a su país". Asimismo, los accionistas y la prensa británica le obsequiaron una estatua de plata del ministro Canning que, años después, sus herederos donaron al Ministerio de Hacienda. Además, el financista lord David Robertson le ofreció una colección de joyas, en mérito a su tarea, que él rehusó, aunque finalmente aceptó un pequeño cofre de oro ornado con un magnífico topacio en tapa, similar a los de la Corona de Escocia.

De La Riestra aprovecha asimismo este viaje para otros menesteres: se ocupa "con fondos del empréstito, de la compra de baterías Krupp y evita la quiebra del Ferrocarril Central Argentino suscribiendo acciones a nombre de su crédito personal"¹⁶.

El monto de la deuda externa al concluir la presidencia de Mitre puede estimarse en 4.772.660 libras esterlinas.

¹⁵ Vitale, Luis: *Historia de la deuda externa latinoamericana y entrelanes del endeudamiento argentino*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1986, p. 224.

¹⁶ Pomer, León: *La guerra del Paraguay: Estado, política y negocios*, Buenos Aires, CEAL, 1986, p. 39.

¹⁷ Ídem, pp. 199 y 200.

¹⁸ Regalsky, Andrés: *Las inversiones extranjeras en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1986, p. 149.

¹⁹ Ídem.

ciación de los rivadavianos con la Casa Baring en los años veinte, al Estado nacional: ley 206, del 3 de octubre de 1866¹⁷. Al mismo tiempo, por otra ley, del 27 de mayo de 1865, el Congreso Nacional autoriza al Poder Ejecutivo, la contratación de un empréstito externo por 12 millones de pesos fuertes que, por supuesto, Mitre encarga a De La Riestra. Viaja entonces Don Norberto y no bien llega a "la isla mágica" -como la denominaría el poeta León Felipe-, se pone en contacto con Lord David Robertson, lugarteniente de la Reina Victoria, en Berworchshire, según informa León Pomer en su excelente estudio sobre la guerra del Paraguay¹⁸. El mismo Pomer comenta que Lord David es "un allegado a la Reina Victoria y sus inversiones deben estar forzosamente guiadas por su actitud [...] Si la participación del gobierno de Mitre no hubiese sido vista con buenos ojos, Mr. Robertson no habría metido sus libras en bonos argentinos [El Lord suscribe personalmente 50.000 libras]¹⁹. El empréstito se concreta, poco después, con Baring Brothers, por 2.500.000 libras, con 6% de interés

Otras inversiones extranjeras

Asimismo, el negocio del seguro se consolida por entonces. Anteriormente, había surgido una empresa de seguros "debida al británico Juan Eastaman, dueño de la droguería La Estrella y se llamó Northern Assurance Company, establecida en Buenos Aires en 1851 como sucursal de la North of Scotland Fire and Life Assurance Company, creada en Aberdeen, en 1836. [Pero] la primera empresa de seguros que se organizó en el país, fue [con el mismo nombre] La Estrella, cuyos estatutos fueron aprobados el 24 de octubre de 1865 con la firma del vicepresidente de la República, Marcos Paz, mientras el presidente Mitre se hallaba dirigiendo las operaciones terrestres de la guerra contra el Paraguay. La iniciativa se debió a Francisco F. Moreno. El consejo de administración fue presidido por Tomás Armstrong; entre sus fundadores figuraban [nuestro conocido] Eduardo Lumb [ligado a empresas ferroviarias inglesas], Patricio Peralta Ramos, Vicente Casares, Federico Chas, Leonardo Pereyra y otras personalidades de la vida económica y financiera de aquella época⁸³. Hacia fines de siglo las empresas inglesas de seguros llegaban a veinte y manejaban la mayor parte de ese negocio. "Las compañías de seguro británicas crecieron hasta cubrir casi todo el mercado"⁸⁴.

Otro eslabón de la relación de dependencia que se está creando respecto al Imperio está dado por la carencia de flota marítima para comerciar internacionalmente. En este aspecto, resulta notable que un país con extenso litoral sobre el océano y con la importante cuenca del Plata abandonase totalmente al extranjero la capacidad de trasladar sus compras y ventas con el mercado mundial, especialmente si se recuerda que ya antes de 1810, Belgrano propiciaba una Escuela de Náutica y que cuando lo exigieron las circunstancias bélicas, en poco tiempo, se logró armar una escuadra con la cual el almirante Brown hizo proezas. Sin embargo, durante muchos años, la "Blue Star Line" y otras empresas inglesas cubrieron ese vacío, con el consiguiente perjuicio, no solo en la erogación por fletes, sino también en la debilidad en la negociación de precios en que se coloca todo vendedor que carece de la posibilidad de entregar por sí mismo las mercaderías que ofrece. Con respecto a esta cuestión, Vicente Vázquez Presedo señala, al referirse al año 1914, que "Buenos Aires era la gran estación terminal de buen número de compañías marítimas. Las más importantes se llamaban The Royal Mail Steam Packet (desde 1850); Pacific Steam Navigation (desde 1910); Nelson; Lamport & Holt (desde 1861); Prince (desde 1891); Houston; The New Zealand and Shaw; Salvil and Albion. La navegación británica era uno de los factores que daban al Reino Unido una posición dominante en el comercio exterior argentino, y a través de él, en toda la economía del país"⁸⁵.

El periodista Andrew Graham-Yooll señala "Bartolomé Mitre, presidente de la Nación Argentina entre 1862 y 1868, dijo una vez en el momento en que se construían los primeros ferrocarriles, que cada etapa del desarrollo de la Argentina como nación había tenido testigos y participantes británicos [...] Los ingleses nunca echaron raíces como rara vez lo hacen fuera de su isla, pero su influencia estaba en todas partes y especialmente en el comercio. La construcción de los ferrocarriles argentinos es el símbolo más notorio de la presencia inglesa en la Argentina, pero también fueron fuertes en otros servicios públicos y tuvieron un papel en la mayoría de las demás áreas: el comercio, la educación, los transportes y los deportes [...] Con los ferrocarriles británicos, la marina

⁸³ Santillán, Diego A., ob. cit., tomo VII, p. 518.

⁸⁴ Graham-Yooll, Andrew: *La colonia olvidada*, Buenos Aires, Emecé, 2000, p. 266.

⁸⁵ Vázquez Presedo, Vicente, ob. cit., p. 73.

mercante británica, las compañías frigoríficas británicas, los establecimientos rurales de propiedad británica, los cerealistas británicos, importadores y exportadores británicos, bancos británicos, servicios públicos británicos, seguros británicos y escuelas británicas, la colectividad británica en la Argentina fue la más numerosa fuera de los límites físicos del Imperio⁸⁶.

La prensa

No es casualidad que en 1861 aparezca el periódico *The Standard* y poco más tarde, *The River Plate Magazine*. La burguesía británica sabe que no solo interesa controlar los resortes económicos de los movimientos materiales, sino también las ideas. A dichos periódicos se agrega en septiembre de 1876 *The Buenos Aires Herald* y para entonces ya circulan los grandes matutinos que expresan las concepciones de los asociados nativos: *La Prensa* desde 1869 y *La Nación*, desde enero de 1870.

La libre importación

Esta política mitrista que combina inversión extranjera con aumento de deuda externa tiene otro de sus ejes en la libreimportación, merced a la baja de los aranceles aduaneros, todo lo cual conduce a la articulación de nuestra economía como complementaria, de la economía del Imperio Británico.

En la *Historia de la Nación Argentina*, publicada por la Academia Nacional de la Historia, se reconoce la propuesta liberal que Vélez Sarsfield, como ministro de Hacienda, enunció: "otros proyectos y la declaración terminante según la cual era necesario producir un cambio completo, acabar con el sistema protector de las leyes de nuestra Aduana, acabar con las industrias preferidas, traer los capitales, sean de la naturaleza que fuesen, a iguales condiciones y a iguales contribuciones"⁸⁷. "Imbuído de un liberalismo absurdo, Vélez en la nueva Ley de Aduanas elimina todas las tarifas proteccionistas. Una vez más triunfaba la mentalidad de Roxas y Patrón: 'no hay que subsidiar industrias antinaturales'"⁸⁸.

Las cifras de importación y exportación aumentan en ese período -cumpliendo el dorado sueño de algunos de "insertarse en el mundo"- pero lo cierto es que arrojan un abultado saldo desfavorable de la balanza comercial que solo puede financiarse con ingresos de capital externo y endeudamiento:

Año	Importación	Exportación
1864	23.143.240	22.362.312
1865	30.284.305	26.126.440
1866	37.401.495	26.740.772
1867	38.792.199	33.196.115
1868	42.412.540	29.709.711

Fuente: Benjamín García Holgado, *De Mitre a Roca*, El Coloquio, Buenos Aires, 1976, p. 18.

⁸⁶ Graham-Yooll, Andrew: ob. cit., pp. 9, 11 y 12.

⁸⁷ Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1963, tomo XII, 1ª sección, p. 40.

⁸⁸ Fagúnde, Lauro: *El Interior al poder. De Caseros a Roca*, Santa Fe, Los Andes, 1975, p. 79.

Déficit de la balanza comercial: casi 34 millones de pesos oro. Al mismo tiempo que se incorporan artículos, también se desarrolla una política dirigida a introducir inmigrantes, iniciada en 1862 con el reducido ingreso de 6176 personas, pero que ya en 1868 llegaba las 30.000, para superar los 100.000 en años posteriores.

De este modo, quedan instaladas las bases del modelo económico liberal, dependiente, que responde a la concepción de la división internacional del trabajo y de la cual son usufructuarias la oligarquía porteña y la burguesía imperialista británica. Ello significa el triunfo de la Provincia Metrópoli -en el lenguaje de Alberdi- sobre el resto del país.

La Provincia Metrópoli

La oligarquía, como bloque de clases entre comerciantes portuarios y hacendados bonaerenses, se consolida, del modo que hemos visto, al aliarse al capital imperial. Pero, sin embargo, la alianza encuentra dificultades ante la codicia que sus integrantes manifiestan con respecto al control del puerto y la Aduana. Apenas llegado al poder, el presidente Mitre envía al Congreso el proyecto por el cual se federaliza la Provincia de Buenos Aires, convirtiéndola en capital y poseedora única de puerto y Aduana. Era, en cierta medida, repetir el proyecto rivadaviano, solo que este creaba la capital con la ciudad y solo una parte de la provincia¹⁰. Señala Groussac: "La federalización de toda la provincia de Buenos Aires con su capital -que juntas representaban en población, riqueza e influencia más que el resto de la República- hería de muerte la llamante Constitución, substituyendo al sistema federal de la letra el unitario de la realidad"¹¹. Implicaba, asimismo, el manejo de la provincia por la burguesía comercial mitrista, cuyo líder se desempeñaba como Presidente. Por estas razones, el proyecto es criticado en la Cámara de Diputados donde se alza en disidencia la voz potente de un joven que emerge ahora como futuro caudillo popular: Adolfo Alsina. En nombre de la provincia -de su "autonomía"- el joven Alsina se opone al intento del círculo mitrista, y el proyecto es finalmente rechazado por la legislatura provincial¹². Surge así, en octubre, la llamada "Ley de Compromiso" por la cual las autoridades nacionales tienen residencia provisoria en Buenos Aires, mientras la provincia resguarda su autonomía.

De este modo, el Partido Liberal (que también toma, paradójicamente, el nombre de "nacionalista"), se convierte en la expresión del bloque oligárquico, confluencia de comerciantes y hacendados bonaerenses, pero donde prevalece la burguesía comercial portuaria bajo la jefatura de Mitre. Por otro lado, surge una oposición sostenida en los sectores populares de Buenos Aires, especialmente del suburbio y en parte también por ganaderos de extracción federal: se denomina Partido Autonomista. En el lenguaje de la calle, los primeros serán llamados "los cocidos" y los segundos, "los crudos".

Miguel A. Scenna sostiene que más allá de la confusión semántica, "Mitre, que estaba reeditando, con otra base y estilo, la política de Rosas hacia el resto de la Confederación, pasó a ser el heredero de los unitarios"¹³ y por otra paradoja de la historia, Adolfo Alsina, el hijo del recalcitrante unitario don Valentín, pasó a ser el jefe del federalismo bonaerense, liderando una corriente nueva, nutrida por los hombres más populares del rosismo, hasta entonces marginados desde Caseros. Scenna señala que "algunos escon-

¹⁰ Scenna, Miguel Ángel: "Adolfo Alsina, el mito olvidado", Revista *Todo es Historia*, N° 127, Buenos Aires, diciembre de 1977, p. 14.

¹¹ Groussac, Paul: *Los que pasaban*, Buenos Aires, Librería Huemul, 1972, p. 124.

¹² Scenna, Miguel A., ob. cit., p. 18.

¹³ Idem.

cieros de origen federal apoyaron a Alsina, lo mismo que los viejos federales, los 'rosistas' como los Alvear, los Sáenz Peña, Don Bernardo de Irigoyen, que encontraron en el autonomismo un cauce para canalizar su actividad política tras diez años de ostracismo. Los antiguos 'chupandinos' fueron virtualmente succionados por el nuevo autonomismo donde confluyó también, desde el otro extremo del espectro social, la mayoría del bajo pueblo, el obrero, plegado entusiastamente a Don Adolfo. Con Mitre quedaron la burguesía mercantil, los pequeños medianos hacendados, sobre todo criadores de ovejas, los grupos intelectuales y profesionales, la incipiente clase media y también una buena porción de elemento popular¹⁴.

Pero la hora de Alsina todavía no ha llegado (recién en 1866 se convierte en gobernador de la provincia) y en cambio, el mitrismo cuenta con la fuerza suficiente como para llevar adelante su proyecto.

Represión política y guerra

La implementación del nuevo modelo económico ratifica una enseñanza de la Historia: ella demuestra que la instalación de un modelo económico en beneficio de una minoría y en detrimento del resto de la sociedad, requiere, no solo un discurso legitimador, sino un grado de violencia que resulta mayor o menor según la resistencia opuesta por el pueblo expoliado. Esta constante se corrobora una vez más en este caso, cuando la oligarquía porteña pretende introducir la mercadería extranjera y favorecer su comercio del mercado interno, así como también insertar en el cuerpo de la república la red ferroviaria en abanico hacia el Río de la Plata e, inclusive, transnacionalizar los movimientos financieros a través de Bancos y empréstitos.

Varios son los opositores a esa política semicolonial: en primer término, los pueblos del interior y asimismo, los vecinos que simpatizan con ellos y que -tan fuertes son los vínculos de la Patria Grande que aún subsisten- participan de sus mismas inquietudes e intereses. Es decir: todo el interior provinciano de la República Argentina -salvo, por supuesto, los territorios libres que aún conservan los pueblos originarios y alguna provincia excepcionalmente mitrista, como Santiago del Estero, en manos de los hermanos Taboada-. En segundo lugar, la campaña de la Banda Oriental donde prevalece el Partido Blanco (expresión oriental del partido Federal) así como el Paraguay, que por entonces ensaya exitosamente otro modelo económico distinto, semicerrado, hacia adentro, con notable éxito. También, por supuesto, nutren esa oposición, en el litoral, aquellas bases federales que han



Manuel Taboada. Imagen extraída de *Abad de San*...

Idem.

luchado contra la política de la Provincia Metrópoli. Esos opositores al modelo mitrista deben ser sometidos o aniquilados, según la concepción de la oligarquía porteña y para ello cuenta con el apoyo del Partido Colorado oriental, sustentado en la burguesía comercial de Montevideo y con el Imperio del Brasil, sostenido en la esclavitud y de fuerte vinculación con Gran Bretaña.

La prueba de que la política represiva se conjuga con la implantación del modelo está dada precisamente porque si las primeras medidas del gobierno de Mitre se vinculan con el otorgamiento de concesiones ferroviarias y la instalación de bancos extranjeros, en la misma época se inicia la campaña para dominar al Interior.

Durante el período 1862-1864, el gobierno mitrista centra sus esfuerzos en campañas militares sobre las provincias interiores que le son hostiles. A partir de 1865, apoya a "los colorados" orientales para desalojar del poder al Partido Blanco y desarrolla la guerra contra el Paraguay, que dura hasta 1870, período en el cual también enfrenta insurrecciones de las fuerzas federales provincianas.

Por estas razones, durante los seis años de esa presidencia -que en algunos textos aparece como de "organización nacional" o "presidencia docente"- "ocurrieron en las provincias 117 revoluciones y 91 combates con la muerte de 4728 ciudadanos", según lo sostuvo el senador Nicasio Oroño, en el Congreso Nacional, sin contar, por supuesto, los miles de muertos en la guerra contra el Paraguay. La prueba de esa política de exterminio se encuentra no solo en testimonios de la época, sino inclusive en las estadísticas: esa presidencia destinó como subvención a las provincias \$ 56.739 para educación, mientras que aplicó \$ 3.500.000 para reprimir a las montoneras¹¹. Eduardo Wilde, al referirse a Mitre, sostuvo: "Don Bartolo, con su anarquismo de forma bibliográfica y con su serena demagogia en la prensa, que hizo escuela en su tiempo, ha sacrificado centenares de víctimas, miles diría, si recordara las carnicerías de Sandes"¹².

La Historia Oficial, sin embargo, se las ha ingeniado para mostrar "orden", "armonía" y "vigencia de las instituciones" donde hubo degollamientos, sangre y muerte.

Por este motivo es preciso, antes de adentrarnos en el proceso represivo, realizar, a modo de trabajo práctico, un análisis de la metodología utilizada para ocultar los crímenes de la clase dominante.

Un trabajo práctico sobre cómo se tergiversa la historia

Durante muchos años, historiadores y académicos se han referido a este período como el de "la organización nacional". Es decir, después de duras luchas y permanente guerra social, con la presidencia de Mitre habría llegado el momento en el cual los argentinos se habrían abrazado cariñosamente y habrían logrado, por fin, constituir la que sería una grande y gloriosa nación, con la participación y el esfuerzo igualitario de todos. Habrían sido años de "Pacificación nacional" según los historiadores mitristas, pero la verdad es que ese período -así como se hablará luego de la Campaña al Desierto- puede llamarse "La campaña al interior" o "La campaña contra el noroeste criollo" y así como en aquella se exterminaría a los pobladores originarios del sur, así también en esta se aniquiló al gauchaje criollo del noroeste.

Como se ha señalado, el gobierno de Mitre carecía de apoyo en la mayor parte -por no decir, en la casi totalidad- de las provincias. Urquiza ha pactado con él y si bien se ha replegado a su provincia para disfrutar como gran señor en el lujo de su Palacio San

¹¹ Chianelli, Trinidad Delia: *El gobierno del puerto*, Buenos Aires, La Bastilla, 1980, p. 97.

¹² Wilde, Eduardo: *Obras completas*, Buenos Aires, La Facultad, 1935, volumen noveno, p. 39.

José -con sus 38 habitaciones, su capilla y su lago artificial- sus bases gauchas no han abandonado el odio por el mitrismo porteño. Del mismo modo, casi todo el resto del país es opositor y sobre él se descargará la fuerza mitrista. Pero es interesante observar cómo algunos historiadores recurren a pícaras estratagemas, a base de reservas mentales, para calmar su conciencia al tiempo que logran que el lector permanezca sumido en la ignorancia de lo que realmente ocurrió.

Veamos, por ejemplo, lo siguiente: Ricardo Levene afirma que "Las primeras intervenciones dictadas durante la acción de Mitre como encargado del Poder Ejecutivo Nacional evidencian los principios políticos que le inspiraban y su respeto a las autonomías provinciales"¹³ (compruebe el lector lo que se nos está diciendo: que se intervenía a las provincias para "respetar sus autonomías") (!). Luego, hace referencia a la intervención en Catamarca y al estado de sitio declarado en San Juan y Corrientes y agrega: "Solo fueron intervenidas seis provincias"¹⁴. El adverbio "solo" resta importancia a las intervenciones pero al final de la frase se reconoce que fueron 6, es decir, ¡casi la mitad! A su vez, Levene reconoce que ocurrieron "en las provincias 117 revoluciones, con 91 combates y 4728 muertos en esos 6 años"¹⁵. Es decir: en setenta y dos meses de gobierno, se han producido casi dos revoluciones y un promedio de 65 muertos por mes. Pero ocurre que esto no nace espontáneamente y naturalmente de las propias provincias, sino que es precisamente producto de las intervenciones. No se trata de que en las provincias se matasen diariamente y que el gobierno central fuese a poner orden, sino todo lo contrario: el gobierno central, con su intervención, contrariando la voluntad popular, provoca las revoluciones y los muertos.

Otro panegirista de Mitre, Urbano De la Vega, se refiere a este asunto del modo siguiente: "Su plan puede sintetizarse, en lo político, en el principio de la unidad nacional [...] Apaciguamiento y entendimiento con todas las provincias, incluso con Urquiza. Eliminación de los focos de montoneras, persiguiendo a sus caudillos y obligándolos a someterse a la ley fundamental [...] En lo militar, concretarse de inmediato la pacificación de la provincia de Santa Fe, ocupándola militarmente e influyendo en su política con propios poderes. Obrar seguidamente sobre Córdoba, con fuerzas militares suficientes para imponer el respeto, teniendo en cuenta que esta ciudad es llave del interior y exigirle así la propia seguridad; consolidar después el litoral, por la paz si es posible, y si no lo fuera, por la fuerza de las armas. Aislar a San Luis, donde de nuevo se señorea el ya trágico personaje, general Saá, para actuar después sobre él por intermedio de las fuerzas de Córdoba y Santiago del Estero, e ir así ganando terreno por la 'emancipación gradual de los pueblos' bajo los auspicios del poder de Buenos Aires"¹⁶. Léase detenidamente y se comprenderá cual es el verdadero significado de cada palabra: pacifica... ocupando militarmente... impone la seguridad... por la fuerza de las armas... emancipa... bajo el poder de Buenos Aires. Ello significa concretamente: eliminación de las montoneras, persecución a sus caudillos y ocupación militar de varias provincias. En resumen, con un lenguaje tramposo, ambos historiadores reconocen: Levene, la dominación sobre Santa Fe, Córdoba y San Luis, sucesos todos ellos producidos para "pacificar" y "unir" a los argentinos.

Después, De la Vega agrega que el primer avance es sobre Santa Fe, donde Venan-

¹³ Academia Nacional de la Historia, ob. cit., tomo XII, 1ª sección, p. 14.

¹⁴ Idem, p. 20.

¹⁵ Idem.

¹⁶ De la Vega, Urbano: *El General Mitre*, Buenos Aires, Ediciones M. Segura, 1960, pp. 121/122.

cio Flores sorprende a las tropas de Virasoro en Cañada de Gómez: quedan trescientos muertos federales y solo dos muertos y cinco heridos porteños¹⁰⁰. Estas cifras evidencian que no hubo combate, sino ataque por sorpresa y luego, asesinatos. De La Vega agrega: Flores desconoce a Lamas, el gobernador provisorio de Santa Fe¹⁰¹. El mismo Flores avanza sobre el norte santafesino para impedir que los federales, en contacto con las indias del Chaco y con los cabecillas correntinos ligados a Urquiza, puedan ejercer resistencia. Pone una columna al frente del Coronel Caraballo, quien impuso el orden en San Javier y su zona de influencia. La expedición a Córdoba va con la siguiente orden a su jefe, el General Paunero: marchará a Córdoba con el objeto de ocupar militarmente esa provincia, apoyando los movimientos que ella efectúa o haya efectuado con tendencia a uniformar su política con la de Buenos Aires. Y apoyará, si lo cree conveniente, todo movimiento sobre la provincia de San Luis con tendencia a cambiar su actual situación¹⁰². Luego, este historiador reproduce distraídamente parte de una carta donde Mitre le comenta al gobernador de Buenos Aires, Manuel Ocampo: "Usted recordará que al iniciarse la guerra pensamos gastar unas cuatro o cinco mil onzas en armar y promover pronunciamientos en Córdoba, Santiago, Tucumán, Corrientes y Salta, para lo cual fue autorizado el coronel Marcos Paz. Posteriormente a la batalla de Pavón, nos comprometimos a auxiliar con mil onzas de oro a Corrientes [Y concluye:] Como he de ser encargado del gobierno provisorio nacional, yo distribuiría entonces proporcionalmente las cantidades declaradas nacionales, los gastos que esas provincias han hecho en sus revoluciones, y auxiliándolas proporcionalmente hasta donde fuese posible"¹⁰³. Además, De la Vega cita otra carta de Mitre (de octubre de 1861), a Obligado y a De la Riestra donde afirma: "Para ponernos en condiciones de éxito, tenemos, pues, que pacificar Santa Fe y dominar en Córdoba primariamente, lo cual ya no es una empresa tan sencilla después de los sucesos que han tenido lugar en Tucumán y de los que tal vez tengan lugar en Santiago del Estero. Mientras tanto, tenemos en contra, además de la provincia de Córdoba [...] Entre Ríos [...], Corrientes [...]. Siguen San Luis y Mendoza [...] San Juan [...], después viene La Rioja y Catamarca [...] con el prestigio de una victoria que nos ha convertido en enemiga de la provincia de Tucumán. Salta estará con nosotros si triunfamos sobre las demás [...] y Jujuy estará siempre con el más fuerte. En cuanto a Santiago del Estero, ya sabemos que está con nosotros; pero hoy se encuentra en condiciones desfavorables [...] Si una o la mayor parte de esos pueblos nos hostilizan, debemos tratarlos como enemigos, y según lo que nos convenga, llevaremos o no la guerra a su territorio"¹⁰⁴. De aquí resulta que ya no se trata de seis provincias, sino que son once, es decir, casi todo el país.

El mismo De la Vega comenta: "El razonamiento de Mitre es como 'gobernador y general' de una provincia que enfrenta a la Nación [...] La guerra que realiza es así una función del Estado de Buenos Aires [...] ¿Había perdido Mitre la conciencia de lo que eran sus enemigos, todavía en posesión de más de las tres cuartas partes de la República? [Él sabía] que les faltaba un punto de apoyo de donde asirse y que bastaría la presencia de débiles fuerzas para seguir haciéndolos retroceder hasta estrellarlos contra el primer obstáculo, donde debía producirse el aniquilamiento, si no se rendían antes. Esas eran las misiones de los generales Flores y Paunero y coroneles Caraballo y Rivas"¹⁰⁵.

¹⁰⁰ Ídem, p. 122.

¹⁰¹ Ídem, p. 123.

¹⁰² Ídem, pp. 125-127.

¹⁰³ Carta de B. Mitre a Manuel Ocampo, 3/12/1861, citada en Urbano De la Vega, ob. cit., pp. 129 y 130.

¹⁰⁴ De la Vega, ob. cit., pp. 136 y 137.

¹⁰⁵ Ídem, pp. 137 y 138.

De este modo, la verdad emerge, aún a pesar del lenguaje intencionadamente confuso y del abstracto palabrerío liberal: "las tres cuartas partes de la República" se oponen a la política de Mitre, la cual expresa el interés "de una provincia que enfrenta a la Nación". Asimismo, la campaña militar no va dirigida a lograr la unidad tal como la desean los pueblos sino "a rendirlos" y "si no se rinden antes... a aniquilarlos". ¿De qué organización nacional puede hablarse, entonces? ¿Cuál es esa unificación y pacificación nacional que se concreta sobre montañas de cadáveres?

La verdad es que en esos seis años de gobierno mitrista -definidos por la historia escolar tradicional y también por la moderna Historia Social como un período de "política de unificación" y "política de principios"-, se produjo una represión violentísima solo comparable al "proceso genocida" ocurrido entre 1976 y 1983. De la misma manera, para imponer el proyecto semicolonial en exclusivo beneficio de las minorías internas y externas fue preciso, primero, someter al pueblo, imponerle el terror, aniquilar miles y miles de compatriotas.

La dictadura de Mitre: campaña represora sobre el interior

En esta tarea denominada "pacificadora" -con la cual la oligarquía mitrista reprime y avasalla al interior- el Presidente utiliza a un grupo de militares caracterizados por su ferocidad, algunos de ellos provenientes de la Banda Oriental, ligados al Partido Colorado. Entre ellos, los generales Venancio Flores, Wenceslao Paunero y José Miguel Arredondo y los coroneles Ambrosio Sandes e Ignacio Rivas. Las fuerzas porteñas se lanzan sobre el interior con el propósito de arrasar a sangre y fuego con los opositores. Por eso, no vacilan en fusilar y degollar, aplicando asimismo torturas, como el tipo cepo colombiano. Uno de esos coroneles -Sandes, famoso por su carácter sanguinario- después de un triunfo militar ni siquiera tapa la zanja para enterrar los cadáveres sino que hace una inmensa fogata que pasa a la historia como "la carbonera de Sandes". En 1862, después de otra victoria, el coronel Rivas manda matar a 37 montoneros. Cuando un militar le señala a Mitre la crueldad de Sandes o de Rivas, este parcamente le admite: "Sí, pero es un mal necesario"¹⁰⁶.

Los diarios de la época dan cuenta del exterminio, cuando no son clausurados por el gobierno. En uno de esos periódicos de vida azarosa, Olegario Víctor Andrade -conocido en las escuelas como poeta y silenciado como político- denuncia esos sucesos que mueven a la República: "El vencedor de Pavón lanzó a las provincias sus legiones mercenarias pasando sobre los troncos mutilados del holocausto de Cañada de Gómez [más de 400 asesinados en una sorpresa innoble]: eran las legiones de la conquista encargadas de justificar la dominación de Buenos Aires con el silencio sepulcral de los pueblos. Entonces las provincias se convirtieron en un inmenso campamento. Durante dos años, solo se vieron los fogonazos de las batallas como los relámpagos de una pavorosa tempestad. En los Molinos de Álvarez, fue conquistada Córdoba al precio de la sangre de sus hijos. En el Gigante, fue quebrada la resistencia de San Luis [...] Sobre las ruinas de Mendoza, amontonó Rivas otras ruinas, eran ruinas de hombres, despojos de una inmolación sacrilega ejecutada sobre el ancho sepulcro de la ciudad mártir. En las Piedras Blancas, sucumbe la libertad de Catamarca. En las costas del Río Colorado, cae Tucumán a los pies de los conquistadores. En Caucete, ejecutó a lanzazos a los prisioneros tomados, y en el Valle Fértil, Sarmiento realiza sus venganzas de demencia y barbarie. En la Punta del Agua, en las Lomas Blancas, en el Bajo Hondo, en los Pozos de Valdez, en cien lugares de sangrienta

¹⁰⁶ Mercado Lima, Ricardo: *Los coroneles de Mitre*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1974, p. 140.

y cuantos recursos de vida poseían. En 1863, la ciudad de La Rioja era entregada por el general Taboada, otro de los 'pacificadores' de Mitre, al más vergonzoso pillaje, al saqueo más inaudito, al par que se encerraban familias honradas en los cuarteles, entregándolas a la depravación de una tropa inmoral y corrompida hasta el infinito. Desde esa fecha hasta 1867, los pueblos de Famatina, Chilecito, Vinchina, Hornillos, Vichigasta y Guandacol, han presenciado los actos de barbarie más salvajes, el martirio de mujeres preñadas, el ahorcamiento de centenares de infelices, el suplicio de viejos y de niños, el degüello de tantos, en fin, que sería traspasar los límites de un simple manifiesto el entrar a dar cuenta de tanto hecho atroz".

Lo que muestran estos testimonios es una encarnizada guerra civil, entre la minoría oligárquica vinculada al capital británico y la mayor parte del pueblo argentino que resiste la imposición de una política antinacional. Pero la Historia Oficial omite esa represión: ¿Conocía usted acaso los nombres de las batallas a que se refiere Andrade? ¿Escuchó alguna vez en la escuela o la Universidad estos juicios de José Hernández? ¿Leyó en alguna oportunidad estas denuncias de Felipe Varela? ¿Verdad que no?

El mitrismo, a través de sus ensayistas, catedráticos y periodistas, ha echado un manto de olvido sobre sus crímenes, de manera semejante a la dictadura genocida implantada en 1976 que pretendía ignorar el paradero de 30.000 víctimas. La semejanza es notable, especialmente porque también el mitrismo intentó justificar los asesinatos con el argumento de la defensa del orden constituido frente a quienes habrían delinquido violándolo. En este aspecto, esta directiva de Mitre a Sarmiento, resulta idéntica a la de Videla a sus subordinados: "Procure no comprometer al gobierno nacional en una campaña militar de operaciones porque, dados los antecedentes del país y las consideraciones que le he expuesto en mi anterior carta, no quiero dar a ninguna operación sobre La Rioja, el carácter de guerra civil. Mi idea se resume en dos palabras: quiero hacer en La Rioja una guerra de policía. La Rioja es una cueva de ladrones, que amenaza a los vecinos, y donde no hay gobierno que haga nada, ni la policía de la provincia. Declarando ladrones a los montoneros, sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos, ni elevar sus depredaciones al rango de reacción, lo que hay que hacer es muy sencillo"¹¹¹.

Recibida esta indicación, Sarmiento ordenó a sus subordinados: "Está establecido en este documento, en derecho, la guerra a muerte. Este es el derecho de gentes: la guerra civil establece los derechos de los sublevados a ser tratados con las consideraciones debidas al prisionero de guerra [pero] cuando no se conceden los derechos, entramos en el género de la guerra contra los vándalos o piratas [...] Entonces, es permitido quitarles la vida donde se los encuentre"¹¹².

Con esta táctica, el mitrismo legitima su represión. El montonero no es enemigo político, ni formula otro proyecto, sino que está al margen de la ley, es un delincuente y por lo tanto, debe ser reprimido y si se resiste, ultimado.

Sarmiento comprende perfectamente la intención de Mitre y le escribe más tarde: "Sandes ha marchado a San Luis. Está saltando por llegar hasta La Rioja y darle una buena tunda al Chacho. ¿Qué reglas seguir en esta emergencia? Si Sandes va, déjelo ir. Si mata gente, cállese la boca. Son animales bípedos de tal perversa condición que no sé qué se obtenga con tratarlos mejor"¹¹³.

¹¹¹ Carta de Mitre a Sarmiento del 29/3/1863, reproducida en *Sarmiento-Mitre. Correspondencia 1846-1868*, Museo Mitre, Buenos Aires, 1911, p. 182.

¹¹² Sarmiento, Domingo Faustino: *Obras Completas*, 1898, tomo XIX, pp. 292 y 293. Reproducido por De Marco, Miguel Ángel: ob. cit., p. 306.

¹¹³ Carta de Sarmiento a Mitre del 24/3/1863, reproducida en *Sarmiento-Mitre. Correspondencia 1846-1868*, ob. cit., p. 179.



Montoneros del Chacho, sometidos en 1862. Óleo de E. Cerruti. Museo Histórico y Colonial de Luján.

La lucha contra El Chacho

Ángel Vicente Peñaloza "El Chacho" constituye, con su montonera, uno de los principales obstáculos a la preponderancia de los ejércitos mitristas en el interior. A la cabeza de su gente, El Chacho luchó contra el centralismo porteño, después del asesinato del Tigre de los Llanos, levantándose en tres oportunidades contra Rosas y luego, varias veces contra Mitre.

Peñaloza quiere que el país se organice igualitariamente, que las provincias sean respetadas, que la Aduana del puerto de Buenos Aires sirva como fuente de financiación para el progreso del país todo y no solamente de la Provincia Metrópoli. Pisoteados sus derechos, avasallado su territorio por las legiones de los "patas blancas", no tiene otra salida que dar pelea, pero con recursos mucho menores.

El 11 de marzo de 1862, Sandes ha derrotado a El Chacho, en Aguadita de los Valdense y Salinas de Moreno. Poco después, el coronel mitrista ha degollado prisioneros en Punta de Agua. Semanas más tarde, el 20 de abril, Arredondo ha incendiado Mazán y Aymogasta, y fusilado prisioneros.

En mayo de 1862, Rivas derrota a El Chacho en El Gigante y las Salinas, pero la montonera derrota en Atilas a la fuerza mitrista y toma prisionero al capitán Fonsalida, a quien El Chacho devuelve luego al campamento de Rivas. Al concluir uno de esos combates, se pacta un armisticio. Así, el 30 de mayo de 1862, chachistas y mitristas firman el Tratado de Paz de la Banderita. Reunidos los jefes de ambos bandos, El Chacho entrega a los soldados porteños que había apresado durante la lucha, pero cuando reclama a los jefes mitristas que entreguen a los chachistas que han detenido, resulta que estos no tienen prisioneros: "¿Dónde están los míos? ¿Dónde están los militares porteños que pertenecen a todos?... Yo tengo pruebas terminantes"¹¹⁴.

La tregua solo dura unos meses y la lucha recrudece a principios de 1863. Los ejércitos mitristas cometen depredaciones y El Chacho protesta porque tiranizan a sus hermanos "desterrando al extranjero y confiscando bienes"¹¹⁵, y también "destierran y mandan

¹¹⁴ Fernández Zarate, Luis: "La nobleza del Chacho", *La Prensa*, Buenos Aires, 14/9/52.

¹¹⁵ Chávez, Fermín: *Vida del Chacho. Ángel Vicente Peñaloza, General de la Confederación*, Buenos Aires, Theoria, 1962, p. 79.

matar sin forma de juicio a ciudadanos respetables, sin más crimen que haber pertenecido al Partido Federal"¹¹⁸. El Chacho Peñaloza, en carta al coronel Iscas, del 26/3/1863, denuncia el carácter dictatorial del gobierno de Mitre: "Nunca pude imaginarme que los que nos prometían la fusión se convirtieran en dictadores, y tiranizaran a sus mismos hermanos"¹¹⁹.

Por entonces, "El Chacho" sostiene en una proclama: "El pendón de la nacionalidad no lleva el lema de sangre y exterminio, no, la sangre argentina debe economizarse como los frutos de una Paz duradera y benéfica para todos"¹²⁰.

Un año y medio antes, Sarmiento, en carta a Mitre, había aconsejado lo contrario: "No trate de economizar sangre de gauchos [...] es lo único que tienen de seres humano"¹²¹. ¿Quiénes son los bárbaros? ¿Quiénes son los civilizados?

Los guerrilleros Ontiveros y Puebla se levantan en San Luis y Felipe Varela, Carlos Ángel, Chumbita y Agüero, en Catamarca. "Todos los pueblos claman por la reacción", dice El Chacho.

El 20 de mayo de 1863, El Chacho es derrotado en Lomas Blancas por Sandes e Irrazábal. Poco después le escribe a Urquiza, incitándolo a levantarse contra Mitre: "Me he puesto a la cabeza del movimiento de libertad igual al que usted hizo el 1° de mayo en esa heroica provincia contra la tiranía de Rosas; si usted estuviese en estos pueblos verá cuánto han sufrido y cuánto los han asesinado y vería también que este movimiento es contra otra tiranía peor que la de Rosas"¹²².

A principios de junio, Simón Luengo, chachista, se ha apoderado de Córdoba. Asume Pío Achával como gobernador y El Chacho entra en Córdoba el 14 de junio de 1863. Achával lanza una proclama que concluye: "¡Viva el General Urquiza! ¡Viva el ínclito General Peñaloza!".

Mientras Mitre envía a Paunero al interior, Urquiza permanece inactivo. Sabe que los pueblos provincianos lo necesitan y reclaman su esfuerzo para enfrentar el asedio mitrista, pero los negocios alejaban a quien había sido importante caudillo de gauchos.

El 28 de junio de 1863, en Las Playas, Paunero derrota al Chacho, en un duro enfrentamiento donde quedan trescientos muertos. El Chacho, junto con Felipe Varela, se retira hacia La Rioja. En noviembre, propone nuevamente la paz, pero Paunero exige capitulación. Entonces, El Chacho se retira hacia San Juan. Allí, el 30 de octubre, es derrotado en Caucete, por el coronel Irrazábal, motivo por el cual se vuelve hacia La Rioja. Desde esa provincia, el 10 de noviembre, le escribe la última carta a Urquiza intimándolo a que se defina contra Mitre o haga pública su abstención, en cuyo caso intentará exiliarse pues el desigual poderío bélico le impide seguir la lucha con sus escasas fuerzas. Pero el 12 de noviembre de 1863, es sorprendido en Lomas Blancas, y se rinde ante Ricardo Vera a quien entrega su arma.

Una hora después, llega una partida mitrista comandada por Pablo Irrazábal. Encorajado prisionero e indefenso, lo lancea. Después le disparan varios balazos y le cortan la cabeza, que luego exponen en una pica en Olta.

León Benarós registró en un romance esos últimos momentos del Chacho:

¹¹⁸ Carta del Chacho a Bartolomé Mitre, 16/4/63, citada por Fermín Chávez en *ob. cit.*, p. 79.

¹¹⁹ Carta del Chacho al general Iscas, 26/3/63, citada por Fermín Chávez, *ob. cit.*, p. 79.

¹²⁰ Proclama del 26/3/1863, en Ortega Peña, Rodolfo y Duhalde, Eduardo: *Felipe Varela contra el imperio británico*, Buenos Aires, Sudestada, 1966, p. 337.

¹²¹ Carta de Sarmiento a Mitre, del 20/9/1861, en *Archivo del general Mitre*, Buenos Aires, Biblioteca de La Nación, 1991, tomo IX, p. 360.

¹²² Carta del Chacho a Urquiza, del 7/6/1863, citada por Fermín Chávez en *ob. cit.*, p. 82.

Mudos quedan de sorpresa
quienes lo están contemplando:
se le hundió hasta la moharra
y el asta quedó temblando.

Todavía moribundo
pudo firme ser oído:
¡Cobardes!, murmura El Chacho
¡Matar a un hombre rendido!

En un horcón de algarrobo
El Chacho queda sujeto
ya le pegan cuatro tiros
ya el crimen está completo.

Y para que haya, señores,
de todo como en botica,
a la cabeza del Chacho
la exponen en una pica.

Ya se acabó Peñaloza
ya lo pudieron matar.
... ¡Tengan cuidado, señores,
no vaya a resucitar!"¹²³.

Poco después de producido el degüello del Chacho, Sarmiento escribe: "He aplaudido la medida precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietada en seis meses"¹²⁴.

Mitre, con mayor cautela hacia la posteridad, condena el episodio. Pero luego asciende al asesino, Pablo Irrazábal, a coronel. En carta a su vicepresidente Marcos Paz, Mitre había escrito tiempo antes: "Mejor que entenderse con el animal de Peñaloza es voltearlo, aunque cueste un poco más. Aprovechemos la oportunidad de los caudillos que quieren suicidarse para ayudarlos a bien morir [...] Al Chacho es preciso que se lo lleve el diablo barranca abajo"¹²⁵.

José Hernández condena el crimen en estos párrafos vibrantes: "Los salvajes unitarios están de fiesta. Celebran en estos momentos la muerte de uno de los caudillos más prestigiosos, más generosos y valientes que ha tenido la República Argentina. El partido federal tiene un nuevo mártir. El partido unitario tiene un crimen más que escribir en la página de sus horrendos crímenes. El general Peñaloza ha sido degollado. El hombre ennoblecido por su inagotable patriotismo, fuerte por la santidad de su causa, el Viriato argentino, ante cuyo prestigio se estrellaban las huestes conquistadoras, acaba de ser cosido a puñaladas en su propio lecho, degollado, y su cabeza ha sido conducida como prueba del buen desempeño del asesino, al bárbaro Sarmiento. El partido que invoca la ilustración, la decencia, el progreso acaba con sus enemigos cosiéndolos a puñaladas. El partido unitario es lógico con sus antecedentes de sangre. Mata por su índole perversa,

¹²³ "El Chacho", poema de León Benarós.

¹²⁴ Carta de Sarmiento a Mitre, del 18/11/1863, reproducida en *Archivo del General Mitre*, *ob. cit.*, tomo IX.

¹²⁵ Carta de Mitre a Marcos Paz, del 10/01/62, en Chávez, Fermín: *ob. cit.*, p. 65.

mata porque una sed de sangre lo mortifica, lo sofoca, lo embrutece; mata porque es cobarde para vencer en el combate y antes que mirar frente a frente a su enemigo, desliza entre las tinieblas y el silencio de la noche, el brazo armado del asesino alevé, para que vaya a clavar el puñal en el corazón de su enemigo dormido. ¡Maldito sea! Maldito, mil veces maldito, sea el partido envenenado con crímenes, que hace de la República Argentina el teatro de sus sangrientos horrores. La sangre de Peñaloza clama venganza, y la venganza será cumplida, sangrienta, como el hecho que la provoca, reparadora como lo exige la moral, la justicia y la humanidad ultrajada con ese cruento asesinato [...]. Cada palpitación de rabia del partido unitario es una víctima más inmolada a su furor. Y el partido unitario es insaciable. Vuelve a todos lados su rostro sangriento, sus ojos inyectados de sangre, sus manos manchadas con sangre de hermanos; y sus ojos están siempre buscando una víctima, y sus manos van siempre a cebarse a las entrañas de sus enemigos. La historia de sus crímenes no está completa¹²⁶.

También Olegario V. Andrade levanta su voz en homenaje al general Ángel Vicente Peñaloza:

Mártir del pueblo, tu cadáver yerto,
como el ombú que el huracán desgaja,
tiene su tumba digna en el desierto,
sus grandes armonías por concierto
y el cielo de la patria por mortaja...

¿Qué importa que se melle en las gargantas
el cuchillo del déspota porteño
y ponga de escabel bajo sus plantas
del patriotismo las enseñanzas santas,
con que iba un héroe a perturbar su sueño¹²⁷?

También aquí obra la tergiversación -en este caso histórico-literaria- pues, a través de un fraude escandaloso, se modifica el título y el destinatario del poema. En su homenaje a Peñaloza, Andrade menciona al caudillo solamente en el título y se refiere a Mitre, en un verso, como el "déspota porteño". Esto facilitó la maniobra de Héctor Varela quien publicó el poema como "Al general Lavalle", convirtiendo la mención del "déspota porteño" en alusión a Rosas y así se publicó y se leyó, en academias y colegios durante largo tiempo. Recién en el año 1943, la Academia Argentina de Letras restableció la verdad señalando que el poema se titulaba "Al general Ángel Vicente Peñaloza"¹²⁸.

Alberdi, en el destierro, se refirió, en estos términos, al asesinato de Peñaloza: "El Chacho, pobre y desnudo de recursos, arrastraba la mitad de la república, que le seguía por simpatía; su adversario, a la cabeza del gobierno de San Juan y con todos los recursos de la república de que dispuso Quiroga, temblaba de miedo y de impotencia ante la popularidad del Chacho; y de miedo, como es visible en su libro, lo hizo matar alevosamente"¹²⁹.

Luego vinieron los historiadores mitristas a deformar la historia y ocultaron los textos de Hernández y Andrade y ocultaron incluso la personalidad de El Chacho. Aún más, lo

¹²⁶ Hernández, José: *Vida del Chacho*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962, pp. 12-14.

¹²⁷ "Al general Ángel Vicente Peñaloza" en *Obras Poéticas de Olegario Andrade*, Buenos Aires, Editorial Sopena, 1950, p. 93.

¹²⁸ Santos López en José Hernández, *Vida del Chacho*, Buenos Aires, Antonio Dos Santos Editor, 1942, p. 92.

¹²⁹ Alberdi, Juan B.: *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Buenos Aires, Fernández Blanco, 1962, p. 319.

izquierda abstracta acompañó esta tergiversación, como en este texto mitromarxista de Aníbal Ponce: "Blanco y rubio como un arcángel, el Chacho se había convertido en nuevo azote de Dios. Al frente de sus turbas fanatizadas, talaba campos y saqueaba ciudades [...]. El autor de *Facundo* perseguiría esta vez con algo más que con la pluma a esas monotonías bárbaras que habían sido durante tantos años la vergüenza y el espanto del país. Tuvo la fortuna de derrotar al Chacho y de condenar a la turba miserable que le seguía al tremendo castigo de empedrar las calles"¹³⁰.

Además, José Hernández, con motivo del asesinato del Chacho, desnuda la responsabilidad de Urquiza -que lo ha dejado solo frente a la represión mitrista- y profetiza la muerte violenta del caudillo entrerriano que se producirá siete años después: "Detener el brazo de los pueblos que ha de levantarse airado mañana para castigar a los degolladores de Peñaloza, no es la misión de ninguno que siente correr en sus venas sangre de argentinos. No lo hará el general Urquiza [...]. Tiemble ya el general Urquiza que el puñal de los asesinos se prepara para descargarlo sobre su cuello; allí, en San José, en medio de los halagos de su familia, su sangre ha de enrojecer los salones tan frecuentados por el partido Unitario. Lea el general Urquiza la historia sangrienta de nuestros últimos días; recuerde a sus amigos Benavidez, Virasoro, Peñaloza, sacrificados bárbaramente por el partido unitario; recuerde a los asesinos del Progreso, que desde 1852 lo vienen acechando, y medite sobre el reguero de sangre que vamos surcando hace dos años, y sobre el luto y orfandad que forma la negra noche en que está sumida la República. No se haga ilusión el general Urquiza. Recorra las filas de sus amigos y vea cuántos claros ha abierto en ellas el puñal de los asesinos. Así se produce el aislamiento, así se produce la soledad en que lo van colocando para acabar con él sin peligro. Amigos como Benavidez, como Virasoro, como Peñaloza, no se recuperan, general Urquiza, bajo la infame traición de los unitarios, en momentos de proponerle paz, es el mismo que se prepara para él en medio de las caricias y de los halagos que le prodigan traidoramente sus asesinos. No se haga ilusiones el General Urquiza con las amorosas palabras del general Mitre [...]. ¡En guardia! El puñal está levantado"¹³¹.

Con referencia a los pueblos del noroeste sometidos por el mitrismo, Hernández denuncia, desde el diario *La Patria*, de Montevideo: "No existe en la historia argentina toda la época transcurrida desde el día en que apareció la influencia de D. Bartolomé Mitre, una sola página que no esté salpicada con sangre. Sus legiones vencedoras cruzaron todo el vasto territorio de la república, difundiendo el terror, sembrando la desolación y la muerte. Cada uno de sus Agentes armados, fue un verdugo cruel, cada uno dio libre vuelo a sus instintos feroces, fomentó los odios más brutales, autorizó las venganzas más crueles y consumió las tropelías y los crímenes más inauditos [...]. Maldijéronlo los ciudadanos [...]. Maldijéronlo las esposas [...]. Maldijéronlo las Madres [...]. Maldijéronlo los hijos [...]. La República Argentina, bajo el gobierno de Mitre, ha ofrecido al mundo un espectáculo deplorable, y la América Republicana ha reprobado con legítima indignación el rol a que él la empujó por medio de la Alianza en la guerra contra el Paraguay. Dentro y fuera del país, su preponderancia ha sido objeto de desgracias, de lágrimas, de incendio y de devastación"¹³².

A su vez, Olegario Andrade, a quien clausuran su periódico, escribe el 3 de febrero de 1867: "Los que han vendido al oro extranjero las antiguas virtudes y las antiguas glorias

¹³⁰ Ponce, Aníbal: *Sarmiento. Constructor de la nueva Argentina*, Buenos Aires, El ateneo, pp. 1964 y 165.

¹³¹ Hernández, José, ob. cit., pp. 14 y 15.

¹³² Rela, Walter, ob. cit., pp. 79 y 80.

de la patria, los que han inmolado generaciones argentinas en provecho de una estúpida ambición, esos impostores del liberalismo, esas repugnantes secreciones de la prostitución política, van a estar de plácemes y de felicitaciones porque ya no tendrán por delante el ceño austero de la prensa independiente"¹⁰¹. Por su parte Carlos Guido y Spano agrega: "Al tumulto de la guerra civil, sucedió el silencio de muerte en las provincias asoladas. Toda resistencia estaba anonadada, todos los opositores guerreros tendidos en los campos. ¿Para qué dar cuartel al enemigo, y mucho más si el enemigo es argentino? Entre los millares de hombres libres que pagaron con la vida su odio al servilismo, no consta que ninguno fuese juzgado por la ley. El gobierno de la Confederación había ahogado en sangre las protestas de las poblaciones sublevadas. El más terrible de los antagonistas, el bravo general Peñaloza, patriarca armado de los llanos [...] caía en brazos de su heroica esposa a los golpes del puñal asesino. Los bramidos de los leones del desierto no vendrían ya a perturbar las saturnales de la demagogia triunfante. La tierra estaba libre"¹⁰².

Inclusive en la provincia de Buenos Aires, el mitrismo deja huellas de su vocación antipopular: en 1865, sancionan el Código Rural de la Provincia de Buenos Aires -impuesto por Mariano Saavedra, el hijo de don Cornelio, y redactado por Valentín Alsina- por el cual se "volvía a poner en vigencia las disposiciones de 1815 y 1823, por las cuales a los no propietarios se les reputaba vagos y se los destinaba a los regimientos de línea, si eran útiles para el servicio, o el Departamento de Policía [...] para que los empleara en trabajos públicos; además disponía que los peones estaban obligados [...] a realizar todo tipo de trabajo fuera de las horas establecidas [...] las penas podrían ser pecuniarias o corporales"¹⁰³.

La división internacional del trabajo

- En esa presidencia mitrista se echan las bases del modelo agroexportador -que al principio hace eje en la exportación de lanas y luego lo hará sobre "la carne enfiada" y los cereales- es decir, de un país semicolonial donde impera "el primitivismo agrario", sin industrias, sin hidroelectricidad, sin explotación minera, ni pesquera, circunscripto a un litoral con una enorme cabeza, que contrasta con el cuerpo raquítico del resto del país. Por supuesto, no se trata del sostenido cumplimiento de un plan elaborado de común acuerdo por nuestros oligarcas y los burgueses imperialistas británicos sentados a una mesa de café, capaces de prever hasta los menores detalles del vasallaje que daría nacimiento a la Granja de su Graciosa Majestad Británica. Pero también es cierto que hubo de uno y otro lado, quienes supieron avizorar las tendencias más ventajosas para sus negocios.

Es interesante consignar, como lo hizo Arturo Jauretche en carta a Raúl Scalabrini Ortiz del 13/5/1956, que uno de los padres de la Economía Clásica -David Ricardo- tuvo la inteligencia suficiente para vaticinar un camino beneficioso para el Imperio. Ricardo (1771-1823), de familia de banqueros multimillonarios, desarrolló la teoría de los costos comparativos, según la cual cada país debería especializarse en aquellas producciones para las cuales la naturaleza lo había dotado mejor, de modo tal que exportando sus excedentes podría comprar aquellos productos que no le convenía producir por sus altos costos y que, en cambio, otros países podían producir a precios bajos, porque eran

más propios de su clima o de su suelo. Esta teoría se desarrollaría luego como división internacional del trabajo, difundida por los países que entraron primero al desarrollo industrial, para convencer a los países atrasados de que no debían tener industrias sino especializarse en la producción de materias primas. David Ricardo, según recuerda Jauretche -debido a una lectura de la *Historia económica* del ingeniero Ricardo Ortiz- sugería "anexar una franja de tierra a los países industriales dentro del desarrollo de su teoría", por lo cual, Jauretche le dice a Scalabrini, que "conviene determinar si Canning estaba influenciado por el pensamiento de David Ricardo"¹⁰⁴.

La tesis de Ricardo, aparentemente fraternal y de recíproca colaboración, se constituirá en instrumento de explotación por la tendencia de los precios industriales a subir y de las materias primas a bajar, así como por la alta productividad de la industria y su posibilidad de absorber muchos trabajadores, frente a la baja productividad y escasa ocupación de las zonas de economía primaria.

Esa división internacional del trabajo le permitirá al Imperio inglés obtener productos a bajo costo: lanas, cereales y luego carnes (de Argentina), lanas (de Uruguay), algodón (de Egipto), té (de Ceylán), etc., colocando, además, en esas economías complementarias, sus excesos de producción industrial, con lo cual elimina la posibilidad de crisis por escasez de demanda.

Seguramente Mitre no conocía en profundidad esta cuestión, ni tampoco estaba en su cabeza "la granja", tal cual se dio históricamente pero, sin embargo, es cierto que en 1861, brindó entusiasta por "el consorcio entre el comercio inglés y la industria rural del país"¹⁰⁵.

Con respecto a la instalación del modelo agroexportador, el historiador tucumano Lauro Fagalde distingue entre dos proyectos: "A) El Plan de Alberdi: que luego hizo en gran parte suyo la 'Generación del 80', pensaba una Argentina integrada, sin dominios regionales. Abierta a la inmigración europea, que incorporaría la industria y la agricultura. La acumulación de los nuevos aportes humanos debía realizarse naturalmente a través del mestizaje. El gaucho, el habitante natural de nuestras tierras, soldado de la independencia, creador de la civilización argentina -que era rural y no urbana, como afirmaba Sarmiento- y poseedor de una serie de virtudes muy útiles para nuestra realidad. Denunció con su acerada pluma la destrucción de los pueblos interiores y el asesinato de sus caudillos: Benavidez, Virasoro y Peñaloza... La cultura europea debía ser incorporada al país pero no copiada servilmente [...]. Lo nuevo sí, pero arraigado en lo existente. B) El Plan de Mitre-Sarmiento: inmediata implantación del liberalismo en el país. Como el gaucho y las campañas son la 'barbarie' hay que eliminarlos si es necesario. Para Mitre el desarrollo de la industria fundamentalmente agrícola-ganadero, Sarmiento es bastante partidario de su vida [aunque no deroga la Ley de Aduanas de Mitre y sobre todo en la última parte de su vida se transforma en enemigo de los ganaderos. El papel de Argentina es integrarse al mercado mundial, sobre todo con Inglaterra]. Partidarios del ingreso de los capitales extranjeros, de la inmigración rural y de la cultura europea [aquí hay otra diferencia, Sarmiento es un gran escritor nacional capaz de captar intuitivamente nuestra realidad nacional] [...] Ambos planes coinciden en volcar todo el esfuerzo en el progreso material: ferrocarriles, telégrafos, hectáreas sembradas, exportaciones, puentes [...] La cultura se confunde con la cantidad, número de escuelas, aumento de la escolaridad. El contenido de la enseñanza es apenas mero de escuelas, aumento de la escolaridad. El contenido de la enseñanza es apenas

¹⁰¹ Andrade, Olegario: *Artículos históricos y políticos*, ob. cit., p. 99.

¹⁰² Guido y Spano, Carlos: *El gobierno y la alianza. Consideraciones políticas*, Buenos Aires, Imprenta de Buenos Aires, 1866, pp. 15 y 16.

¹⁰³ Paz, Carlos: *Hernández y Fierro*, Buenos Aires, Castálogos, 1992, pp. 110 y 111.

¹⁰⁴ Archivo Jauretche.

¹⁰⁵ Mitre, Bartolomé, Arengas, ob. cit., p. 224, del 7/3/1861.

valorado. Los argentinos aprendieron a leer y a escribir, pero sobre todo se olvidaron de pensar¹¹⁸.

Ese olvido de pensar por sí mismos, será la base de la mentalidad colonial que comienza a operar y conduce a la dependencia cultural. Esa misma dependencia que se está forjando se expresa, por entonces, en la política desarrollada por la cancillería mitrista a cargo de Rufino de Elizalde.

La política exterior del mitrismo

La consolidación de la oligarquía porteña y de su proyecto semicolonial se compagina necesariamente con una política exterior antilatinoamericana, volcada hacia el Atlántico en subordinación a Europa. Ella se expresa no solo en la guerra de la Triple Alianza, que destruyó al Paraguay progresista de los López -que se analizará en el próximo capítulo- sino de una manera consecuente a través de uno de los exponentes principales de la oligarquía, el ministro de Relaciones Exteriores, don Rufino de Elizalde.

Después del tratado de 1856 entre Chile, Perú y Ecuador, de sentido latinoamericano, Perú intenta la adhesión de otros países hermanos, pero la Argentina, en noviembre de 1862, manifiesta su rechazo a la idea: el canciller Rufino de Elizalde, en carta dirigida al canciller peruano Bernabé Seoane, rechaza la invitación al tratado afirmando "que la República Argentina está identificada con la Europa hasta lo más que es posible [y que] la América independiente no puede nunca formar una sola entidad política"¹¹⁹. Levene afirma que: "La Unión Americana con los propósitos y en la forma que se pretendía crear hasta entonces era imposible e inconveniente, según el gobierno argentino"¹²⁰. Poco después, Sarmiento concurre al reunirse en Lima un congreso de países del Pacífico, aceptando una invitación dirigida a asegurar la unión con Chile. Pero Mitre lo desaprueba el 10 de diciembre de 1864, afirmando que una de las bases fundamentales de la política argentina consiste en no tomar parte de un Congreso Americano como el reunido en Lima. "De alcance -afirma Levene- son las ideas que expone Mitre al referirse al Congreso Americano sustentado por Bolívar, así como también sobre los Estados Unidos"¹²¹. Levene agrega que Mitre censuró a Sarmiento su actitud y sostuvo "la doctrina de que las repúblicas americanas eran naciones independientes que vivían su vida propia y debían desenvolverse en las condiciones de sus respectivas nacionalidades, salvándose por sí mismas, o pereciendo si no encontraban en sí propias los medios de salvación"¹²². Años después, José Hernández en carta a Benjamín Vicuña Mackenna, del 28/4/1871, sostiene: "¿En cuál de los hechos que se han producido en las orillas del Plata, y que han podido hacer creer extenuado el americanismo, no ha encontrado usted mezclado el nombre y la influencia del general Mitre? [...] No se concibe cómo puede usted haber olvidado la manera desairoso y antiamericana con que el gobierno del general Mitre, por intermedio de su ministro Elizalde contestó a la invitación dirigida por el Sr. Seoane, Ministro del Perú, para la celebración de un tratado que realizara el pensamiento americano de Bolívar. Ni menos, cómo no llama su atención el hecho muy elocuente de no haber

¹¹⁸ Fagalde, Laura: ob. cit., pp. 97 y 98.

¹¹⁹ Carta de Rufino de Elizalde al ministro peruano Bernabé Seoane, del 17/11/1862, reproducida en Ramos, Jorge Abelardo: *Historia de la nación latinoamericana*, Buenos Aires, Peña Lillo editor, 1963, p. 350.

¹²⁰ Academia Nacional de la Historia, ob. cit., tomo XII, 1ª sección, p. 25.

¹²¹ Idem, tomo XII, p. 29.

¹²² Idem, tomo XII, p. 28.

consentido el gobierno del general Mitre en designar Diputados que, en representación de la República Argentina ocuparan un asiento en el último Congreso Americano, pues usted no debe ignorar que el señor Sarmiento lo hizo sin autorización [como dice Mitre], Chile y Argentina [...] son hermanos, no en el lenguaje convencional [como dice Mitre], sino en la significación estricta y propia, como que tienen un mismo origen, idioma, religión, unas mismas instituciones, unos mismos antecedentes y un mismo destino"¹²³. En otra parte, Hernández vuelve a definir tajantemente: "Los pueblos americanos como que parten del mismo origen, que palpitan al calor de las mismas o idénticas tradiciones, que han mezclado su sangre en los campos de batalla para conquistar su independencia, que han conservado en las ideas y en el sentimiento una solidaridad que la división geográfica, política o social no han conseguido destruir, y que la intuición de un destino común afirma y robustece en su propia conciencia"¹²⁴.

Así, mientras nos liga económicamente, como apéndice, al Imperio Británico, la clase dominante se vuelve diplomáticamente hacia Europa, rechazando la bandera de la Unión Americana por la cual luchó San Martín.

Olegario Andrade define, en mayo de 1867, la condición semicolonial en que va quedando el país: "Extranjeras van siendo las propiedades rurales, extranjero el comercio, hasta extranjero el idioma que despertará un día al eco de nuestras ruinas como los acentos severos del dominador. La raza argentina sucumbe. La raza de los Pelagos fundadores de un mundo, va a enterrarse bajo los escombros de la Ilíon de la libertad. Una banda de exterminadores se ha diseminado por todos los ámbitos de la República. Su obra de destrucción no tiene término"¹²⁵.

A esta dictadura ejercida internamente en nombre de la democracia y la libertad que solo regían para la minoría oligárquica, se suma el genocidio cometido en el Paraguay, consecuencia directa, una política de la otra, y ambas dirigidas a posibilitar la consolidación de un modelo semicolonial: agroexportador en lo económico, oligárquico en lo político, colonizado en lo cultural, aristocrático en lo social, y antilatinoamericano. Tanta fue la clarividencia y el arrojo de nuestros pueblos que los poderosos de adentro y de afuera solo pudieron imponer el proyecto antinacional a través de la represión más horrenda.

¹²³ Bela, Walter, ob. cit., pp. 39 y 40.

¹²⁴ Idem, p. 59.

¹²⁵ Andrade, Olegario, ob. cit., pp. 106 y 107.

CAPÍTULO XIV

LA GUERRA DE LA TRIPLE ALIANZA

Interpretación de las diversas corrientes historiográficas

Como se ha señalado, la instalación del modelo semicolonial exigía, además de la represión interna, la liquidación de los focos político-sociales enemigos del mismo: el Partido Blanco en la Banda Oriental, y el Paraguay presidido por Francisco Solano López. Por esta razón, al igual que la represión mitrista en las provincias interiores, la Guerra contra el Paraguay constituye uno de los hitos principales del gobierno mitrista. Ese genocidio se convierte, entonces, en un "hecho maldito" para la historiografía oficial.

Así, la sola mención de dicha guerra provoca inquietud en aquellos profesores universitarios que no están dispuestos a "desgraciarse" con el diario *La Nación* y por tanto, no pudiendo atacar a Mitre, no saben qué respuesta dar frente a tanta ignominia. Años atrás, a una alumna, de familia paraguaya, que cursaba historia en la UBA, le advirieron, en un trabajo práctico, que si intentaba una interpretación condenatoria de la Guerra, la iba a pasar muy mal con la titular de la cátedra. Tal es la libertad de pensamiento que rige en la Universidad, según ciertos docentes.

Algunos profesores han intentado superar estas dificultades recurriendo al lema sar-mientino: Paraguay sería la barbarie y por tanto, era necesario que prevaleciese la civilización, por lo cual se guerreó durante cinco años hasta aniquilar a la mayoría del pueblo paraguayo. Otros recurren a la versión de que el Mariscal López tenía vocación expansiva y resultaba un peligro para la soberanía argentina. Pero ambas explicaciones son sumamente débiles. Todavía en el año 2002, en el programa televisivo "Noticias de la historia", en el que intervienen profesores universitarios, el conductor -Diego Valenzuela, también docente de la UBA- recurría a la duda para soslayar una definición antimitrista: "Aún hoy cuesta entender la guerra"¹. Uno de los docentes invitados al programa sostenía, a su vez, que si bien eran evidentes los motivos de Brasil y Uruguay para aplastar al Paraguay, "no es fácil establecer el motivo que condujo a la Argentina a la guerra"². Sin embargo, reconoce que "la población del Paraguay era de un millón de habitantes, que murieron casi todos los hombres y se admitió posteriormente la poligamia para repoblar el país"³. Durante ese programa, ninguno de los entrevistados menciona a Alberdi y su interpretación sobre la guerra. Más franco y osado, León Rebollo Paz, en 1970, evitando explicar las causas, prefería limitarse a sentenciar: "La guerra del Paraguay es un timbre de honor para la República Argentina".

Para los historiadores rosistas, la guerra contra el Paraguay también constituyó un quebradero de cabeza, pues, en tanto nacionalistas, se resistían a criticar al gobierno de

¹ Diego Valenzuela, TN, *Noticias de la historia*, marzo 2002.
² Fernando Barba, *Idem*.
³ *Idem*.



Tapa de libro *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas* de José María Rosa.

vastas que tenía Solano López respecto al presidente anterior" y reconoce que "el tratado de la Triple Alianza establecía el reparto de las regiones paraguayas entre los aliados". Más grave aún es la posición de José Luis Romero quien en *Las ideas políticas en la Argentina*, coincidía con la óptica mitrista y llegaba a afirmar que esta guerra "contribuyó eficazmente a asentar el principio de la unidad nacional [...] y al cabo de cinco años [de guerra] había surgido, sobre las cenizas del sacrificio común, una idea más viva de la comunidad argentina". Su hijo, Luis Alberto, en su historia para niños, tampoco explica los motivos del conflicto coincidiendo en que "Solano López estaba buscando expandir sus fronteras", aunque admite que "Gran Bretaña iba a prestar el dinero que hiciese falta" y que el tratado tenía "cláusulas secretas donde se acordaba de que modo se iban a repartir los vencedores las posiciones del país que todos daban por vencido".

A su vez, desde el mitromarxismo, Álvaro Yunque sostiene: "Es la guerra del capitalismo industrial contra los restos del feudalismo [...] Caído Rosas, volcado por los intereses del capitalismo, este se echó sobre el feudalismo paraguayo [...] López desarrolla [...] industria artesana. Construye el primer ferrocarril y la primera línea de telégrafos [...] Pero] Brasil, pronto la Argentina, caen bajo el poder económico de Inglaterra. Y ese poder empuja a estos países para reducir al feudo de López. Ellos darán sus ejércitos a Inglaterra, el oro [...] El industrialismo posee la fuerza y la inteligencia. Significa el progreso contra la rutina. Y esta, la historia lo dice, solo puede contener momentáneamente al progreso. Al fin, el ayer es vencido por el presente. Por eso fue vencido Rosas, rutinario

su patria, metido en el conflicto. Juan Pablo Oliver, por ejemplo, sostuvo que en tanto Mitre era el presidente de los argentinos y llevaba adelante la guerra, debía defenderse ese proyecto, aún cuando fuese injusto. En cambio, Ernesto Palacio, en su *Historia de la Argentina*, trata el tema bajo el título: "La guerra inicua". En los años treinta, Raúl Scalabrini Ortiz condenó al gobierno mitrista y más tarde, José María Rosa -desde su revisionismo rosista-peronista- lo fustigó duramente en *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*. Asimismo, Fermín Chávez ya había denunciado a la oligarquía mitrista en *Vida y muerte de López Jordán*, del mismo modo que Luis Alberto Murray en *Pro y contra de Alberdi* y Elías Giménez Vega en *Testigos y actores de la Triple Alianza*.

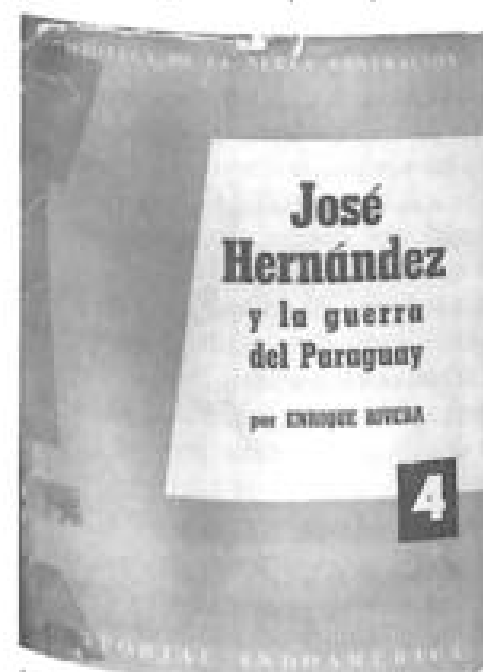
Por su parte, la corriente historiográfica "Historia Social" omite criticar la política de Mitre y pasa en puntas de pie delante del genocidio. Halperín Donghi, en su difundida *Historia contemporánea de América Latina* no explica las razones profundas de la guerra, aunque se refiere a "las ambiciones más

paralizador del país, por los liberales progresistas. Por eso será vencido López II. A pesar de que, desde un punto nacionalista, a él le pertenece la razón, a pesar de que se le agrade injustamente; la razón histórica no es nacional sino humana. A López lo derriba el progreso, el capitalismo [...] Y esa guerra de agresión, injusta, dolorosa, resistida por los mismos pueblos que le prestan sus hombres para soldados, maldecida por sus intelectuales más valientes -Alberdi, Guido Spano,

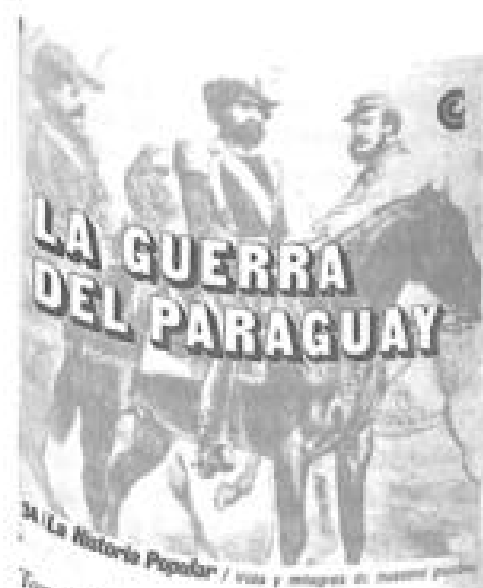
Andrade, Juan C. Gómez, Álvaro Barros-, sacude e impulsa al Paraguay. Lo saca de su feudalismo, lo obliga a entrar en la senda del capitalismo, entonces progresista, la sociedad nueva". El marxismo abstracto lo conduce a Yunque a estas contradicciones enormes, pues él mismo reconoce el progreso material del Paraguay que tiene ferrocarriles y telégrafo antes que la Argentina y sin embargo, lo sigue considerando feudalismo: más aún, afirma que el capitalismo elimina la rutina, lo viejo e impulsa al Paraguay hacia la nueva sociedad, hacia el capitalismo y a los dos págs. después concluye el capítulo afirmando: "Y el capitalismo, implacable, continuó exigiendo sacrificios a los pueblos hasta terminar con la voluntad que se oponía a sus necesidades. Muerto López, la paz se hizo. El Paraguay quedaba despoblado y devastado".

Por su parte, el revisionismo federal provinciano se inicia precisamente, con un trabajo sociológico se inicia precisamente, con un trabajo sobre este tema titulado *José Hernández y la guerra del Paraguay*, firmado por Enrique Rivera dando una interpretación condenatoria, desde una óptica latinoamericana, fundada en los análisis de otros luchadores de posición nacional-democrática. Asimismo, Rivera destaca el alto desarrollo alcanzado por Paraguay en esa época, que contrastaba en la realidad las principales ideas del Plan de Operaciones de Mariano Moreno.

Después aparecieron varios libros, producto de serias investigaciones, que condenaron lapidariamente a aquel negocio, debidos al excelente historiador León Pomer, que por supuestamente fueron leídos ávidamente por la militancia popular pero no recibieron el comentario de la prensa oligárquica: *Proceso a la Guerra del Paraguay* (Caldén, 1968); *Guerra con el Paraguay* (Colectión Polémica, CEAL, Buenos Aires, 1970), *La guerra del Paraguay: Estado, política y negocios*



José Hernández y la guerra del Paraguay de Enrique Rivera, Editorial Inhumérica, 1954.



Tapa del libro *La guerra del Paraguay* de León Pomer, CEAL, 1971.

⁴ Yunque, Álvaro: *Breve historia de los argentinos*, Buenos Aires, Futuro, 1957, pp. 315-317.
⁵ Idem, p. 321.

⁶ Romero, José Luis: *Las ideas políticas en la Argentina*, Buenos Aires, FCE, 1956, p. 156.

⁷ Romero, Luis A. y Bertoni, Liliana: *Una historia argentina/8. La Argentina se organiza*, Buenos Aires, Gramón Colihue, 1995, p. 27.

(CEAL, Buenos Aires, 1971), *Historias de la guerra del Paraguay* (Colección Historia Popular, CEAL, 1971, reeditado últimamente por Leviatán), *Francisco Solano López* (Colección Grandes Hombres del CEAL), *Conflictos en las guerras del Plata* (Riesca, 1984) y *La guerra del Paraguay* (Colihue, 2008). Con estos aportes, Pomer se convirtió en la huella de Alberdi, en el gran fiscal de aquel genocidio.

También eminentes latinoamericanos enjuiciaron la guerra, entre ellos, el venezolano Rufino Blanco Fombona y el mexicano Carlos Pereyra.

Sin embargo, en los últimos años, los historiadores liberales han intentado vanamente reducir la importancia del genocidio de la guerra de la Triple Alianza. No solo lo han hecho los historiadores del sistema, sino que incluso ha aparecido una novela titulada *Cautivas*, de Gabriela Saidón (Planeta) donde se relata la "tragedia" de cinco mujeres de la aristocracia correntina, "cinco damas de alcurnia", que fueron apresadas por los paraguayos al iniciarse la guerra, de las cuales regresaron cuatro al fin de la misma. Se trata de una novela donde la autora acompaña a estas sufridas víctimas, se ocupa de su sexualidad y de la posible muerte por infección de una de ellas⁹. E inclusive dramatiza acerca de que pudo existir violación de alguna pues, como se comprende, la dignidad de cinco damas de la alta clase correntina vale lo mismo que la vida de un millón de indios paraguayos de segunda clase.

El Paraguay de los López

La política desarrollada por José Gaspar Rodríguez de Francia, Carlos Antonio López y Francisco Solano López había convertido al Paraguay de 1860, en el país más desarrollado de Centro y Sur América. El nacionalismo defensivo del primero y la vocación progresista de sus sucesores había generado un fuerte crecimiento económico y una intensa modernización, en una sociedad donde no existían marcadas diferencias sociales. Por

esas curiosidades que tiene la Historia, el proyecto frustrado de Moreno, con ese *Plan de Operaciones* que tenía al Estado como centro del crecimiento y el proyecto semejante desarrollado en Cuyo por San Martín con expropiaciones, emprendimientos estatales y trabajo voluntario, alcanza a experimentarse con mayor intensidad en el pequeño país guaraní. "El Estado [sostiene Enrique Rivera] tenía toda la gerencia de la vida económica nacional".

Algunos historiadores interpretan que estas peculiaridades de la región guaraníca obedecen a la política de las misiones jesuíticas. Los jesuitas habrían obstaculizado la formación de una clase terrateniente dueña de latifundios y el Dr. Francia, a su vez, se habría apoyado en una base social de pequeños y medianos productores agrarios y artesanos, asumiendo el Estado un rol cada vez más protagonista. Así habrían surgido "las estancias o campos de la patria", es decir, plantaciones estatales de yerba mate, algodón, tabaco y explotaciones madereras.



Carlos Antonio López. Acuarela de José Ignacio Garmendia.

⁹ Clarín, Revista Ñ, del 20/9/2008.

¹⁰ Rivera, Enrique: *José Hernández y la guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Induamérica, 1954, p. 115.

"El Paraguay -dice el historiador y teórico febrerista Anselmo Jover Peralta- fue el primer país que tuvo explotaciones de minas de hierro, industrias de fundición que producían machetes, arados, palas, picos, cañones, cerrajería, artefactos diversos, astilleros, fábricas de jabón, de azufre, de aceite, de papel, ferrocarril, telégrafos, imprentas, etc."¹⁰.

En 1861, Paraguay construyó el primer ferrocarril. Al poco tiempo, la primera línea telegráfica y una marina mercante que poseía once barcos. En Iticúy se instalaron altos hornos, echando las bases de la industria metalúrgica, fundición que llegó a ocupar más de cien obreros. La educación alcanzaba un alto nivel, superior al del resto de los países latinoamericanos y no tenía nada que envidiar a la europea de aquel entonces. La enseñanza era obligatoria cuando todavía no lo era en la mayoría de los países. El Estado otorgaba alojamiento, libros, ropa, útiles y alimentación a los niños pobres. A los estudiantes avanzados se los becaba para que se informaran de los progresos tecnológicos en Europa con la obligación de regresar y aplicarlos en el país. El científico Humboldt declaraba, en 1824, "casi no hay analfabetos en Paraguay". En 1857, existían 408 escuelas con 16.755 alumnos, y cinco años después, había 435 escuelas con 25.000 alumnos¹¹.

Por su parte, el diplomático inglés Edward Thornton se lamentaba de que en Paraguay "nadie posee ni siquiera una fortuna moderada, que los derechos de importación son enormes, lo que perjudica -ni hace falta decirlo- la introducción de mercaderías del exterior [...] Su existencia era nociva y su extinción como nacionalidad o la caída de la familia reinante debe ser provechosa para su propio pueblo como también para todo el mundo"¹².

La causa de la guerra

Este ejemplo era pernicioso para quienes predicaban el liberalismo económico en América. Los economistas lo llamarían hoy "modelo económico cerrado", semicerrado, "autocentrado" o "desconectado", según Samir Amin. Los resultados eran altamente beneficiosos para el pueblo y provocaban la admiración, especialmente, de los vecinos, esas provincias del norte argentino asoladas poco tiempo atrás por los "patas blancas" porteños. Para la oligarquía mitrista, la desaparición de ese modelo que le resulta perjudicial es meramente la continuación de las represiones realizadas en el interior a partir de 1862. Por su parte, para los ingleses significa concluir con esa economía cerrada y abrir los mercados interiores a sus excedentes manufactureros, así como también reorganizar la producción algodonera paraguaya para adquirir esa materia prima a bajos costos. La oligarquía montevideana del Partido Colorado también abomina de ese Paraguay, que le da letra al Partido Blanco, en su zona rural. Y el Brasil estima necesario reorganizar el cuadro de la cuenca del Plata de manera que la Banda Oriental caiga directamente bajo su influencia y avanzar hacia el Paraguay, no solo en materia de mercados, sino también de territorio, apagando, al mismo tiempo, los ímpetus de rebeldía que se encienden últimamente en sus esclavos de Río Grande do Sul. Demasiados enemigos para el naciente Paraguay, ellos conjugan sus intereses y se apoyan mutuamente para alcanzar cada uno sus propios objetivos.

La guerra civil en Uruguay

Como ya se ha señalado, los coroneles orientales habían servido al proyecto mitrista descargando su ferocidad contra los gauchos de las provincias interiores. Concluida la

¹⁰ Idem.

¹¹ Pomer, León: *La guerra del Paraguay. Estado, política, negocios*, Buenos Aires, CEAL, 1982, p. 54.

¹² Idem, p. 52.

represión en el noroeste, Venancio Flores, uno de esos militares, obtiene de Mitre la contraprestación y arma una expedición en Buenos Aires para su "Cruzada libertadora" dirigida a deponer a los "blancos" y colocar al Partido Colorado en el gobierno oriental.

El presidente "blanco" Bernardo Berro reclama por el apoyo en dinero y armas que el mitrismo le brinda a Flores, pero Mitre declara que la Argentina es neutral ante la guerra civil del Uruguay. Sin embargo, el apoyo queda evidenciado cuando un barco argentino, que llevaba armas a Flores, es apresado por fuerzas orientales. Mitre reitera, sin embargo, su prescindencia, pero la invasión "colorada" provoca indignación en el partido federal de las provincias argentinas, identificado con el Partido Blanco oriental. A tal punto crece la tensión, que varios federales prestigiosos cruzan el río Uruguay para sumarse a los blancos y enfrentar a Flores, entre ellos el caudillo puntano Juan Saá, Telmo López (hijo de Estanislao López) y Waldino Urquiza (hijo del caudillo entrerriano). ¿Se trata acaso de una doble infiltración extranjera? ¿Mitre, porteño, cómplice del oriental Flores? ¿Federales entrerrianos aliados a los blancos? ¿Nación argentina? ¿Nación oriental? ¿O una sola Patria Grande, donde las oligarquías pretenden sojuzgar a los pueblos?

Evaristo Carriego escribe: "Un triunfo blanco se recibe en Entre Ríos con serenatas. Los mueras contra Mitre y contra los salvajes unitarios no cesan un momento en Entre Ríos. Esto se desborda. En vano trata el general Urquiza de comprimir el espíritu público. Entre Ríos es un torrente que dentro de poco no habrá fuerza que lo contenga".¹¹ Y corren versiones de que Urquiza se pronunciaría contra Mitre poniéndose a la cabeza de los fe-



Visconde de Tamandaré, al mando de la escuadra brasileña que atacó al Paraguay. Litografía de Wiegand.

derales del interior y los blancos orientales contra el acuerdo Mitre-Flores. Pero el entrerriano ya no es el caudillo de años atrás, aletargado en el lujo de su Palacio San José, permanece pasivo, aunque crea expectativas de una futura intervención.

Pocos meses después, Brasil intenta una mediación en la lucha entablada en la Banda Oriental, pero lo hace con exigencias tales, que fracasa. Se produce entonces la intervención inglesa a través de M. Thornton, quien reúne al canciller argentino (Elizalde) y al comisionado brasileño en Montevideo, para realizar una nueva mediación que es rechazada por el gobierno blanco oriental. Esto da argumento a "los mediadores" para apoyar a Venancio Flores, de modo que hacia mediados de junio de 1864, y con la bendición inglesa, se gesta el acuerdo secreto de la Triple Alianza. Dos meses más tarde, la escuadra brasileña, comandada por el Almirante Tamandaré, apresa a un buque oriental, mientras fuerzas del ejército brasileño ocupan varios departamentos del norte uruguayo.

¹¹ Carta de Evaristo Carriego al coronel Navarro, del 27/9/1863. Legajo Urquiza.



Caricatura de Leandro Gómez, militar uruguayo conocido por su heroica defensa de Paysandú en 1864.

La caída de Paysandú

Solano López comprende que el círculo enemigo se va cerrando a su alrededor. Sometidas las provincias federales del norte argentino y ante la posible derrota de los blancos, Paraguay sería seguramente la próxima víctima de la entente del Imperio del Brasil con las oligarquías de Buenos Aires y Montevideo, con apoyo inglés, pues no debe olvidarse que el mitrismo financia su participación en la guerra, merced al empréstito de su Graciosa Majestad Británica.

El Presidente paraguayo presiona entonces sobre Urquiza para que se defina contra Mitre. El entrerriano da a entender que lo hará pero, por ahora, no se pronuncia. Mientras, Brasil inicia el sitio a Paysandú donde Leandro Gómez -soldado digno y heroico- resiste con sus 800 blancos. La escuadra de Tamandaré bombardea a Paysandú, permitiendo que los diez mil sitiadores ingresen a la ciudad, donde ultiman y mutilan a jefes y oficiales blancos, entre ellos, a Leandro Gómez.

El 2 de enero de 1865 cae Paysandú: "Heroica Paysandú yo te saludo / Hermana de la patria en que nací" cantará Gabino Ezeiza, un payador negro que luego se hará yriboyenista. "La contemplación de semejante cuadro era insostenible. Entre Ríos indignado ante el sacrificio de un pueblo hermano, consumado por nación extraña. Urquiza no sabía ya como contener a los que no esperaban sino una señal para ir en auxilio de tanto infortunio".¹²

El coronel Navarro le escribe a Urquiza: "Los atentados y crímenes que cada día cometen los infames brasileños nos llenan de coraje y solo ansiamos el momento de vengar la sangre de los mártires de Paysandú. Los amigos creemos y esperamos que V.E. no podrá mirar con calma los bárbaros crímenes de los brasileños". En "El Paraná", Carriego sostiene: "¿Por ventura, el Gral. Urquiza tienen enferma el alma de hastío y desaliento? ¿Acaso ya no es aquel hombre para quien no había nada poderoso que le estorbase el paso? [...] Entre Ríos en masa lo sostendrá, Entre Ríos en masa se pondrá de pie para sostenerlo y hacer triunfar este pensamiento".¹³

Pero Urquiza está corroído por su ambición de riqueza, hace buenos negocios con la guerra, entre otros, vende 30.000 caballos al ejército imperial, y ello lo conduce a desentenderse de su compromiso con Solano López y complicarse en la tragedia de la Triple Alianza.

El inicio de la tragedia

A Solano López no le queda otro camino que la guerra. Su última gestión ante Urquiza lo ha convencido de que el entrerriano concilia con Mitre. Por eso, toma la iniciativa avanzando con su ejército sobre Brasil, ocupando parte del Matto Grosso. Asimismo, decide lanzar fuerzas sobre el norte uruguayo, pero como para ello debe cruzar Corrientes, solicita permiso al gobierno argentino. Mitre se lo niega, adoptando una falsa posición neutral, lo que conduce al jefe paraguayo a declarar la guerra a la Argentina y avanzar sobre Corrientes. Felipe Varela dirá después: "El general Mitre, invocando los principios

¹² Julio Victorica, citado Chávez, Fermín: *Vida y muerte de López Jordán*, Buenos Aires, Teoría, 1957, pp. 128 y 129.

¹³ Carta de Navarro a Urquiza, del 5/1/1865, reproducida por Norberto Galasso en Felipe Varela y la lucha por la unión latinoamericana, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1993, p. 62.

¹⁴ Carta de Carriego a Urquiza, del 11/3/1865, reproducida por Norberto Galasso en ob. cit., p. 62.

de la más estricta neutralidad, negaba de todo punto al presidente del Paraguay su solicitud, mientras que con la otra mano firmaba el permiso para que el Brasil hiciese su cuartel general en la provincia argentina de Corrientes para llevar el ataque desde allí a las huestes paraguayas. Esa política injustificable fue conocida ante el parlamento de Londres por una correspondencia, leída en él, del ministro inglés en Buenos Aires, a quien Mitre había confiado los secretos de sus grandes crímenes políticos¹⁷.

A su vez, Venancio Flores, que ha tomado el gobierno oriental el 20 de febrero de 1865, le declara la guerra al Paraguay. El 1° de mayo de 1865 se formaliza el tratado de la Triple Alianza. El 14 de mayo, Urquiza es designado por Mitre como jefe del ejército de vanguardia, pero en Basualdo y Toledo sus hombres se desbandan, al grito de ¡Viva Urquiza! y ¡Muera Mitre!, negándose a combatir contra el Paraguay. El caudillo entrerriano debe ejercer toda su influencia sobre los soldados para recomponer su fuerza.

Mitre, por su parte, confiesa los móviles de la guerra, aunque algunos historiadores aún no se han enterado: "Hay que derrocar a esa abominable dictadura de López y abrir al comercio esa espléndida y rica región"¹⁸. En otra oportunidad, reitera: "Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y victoriosa campaña a recibir la merecida ovación que el pueblo les consagra, podrá el comercio ver inscriptos en sus banderas victoriosas los grandes principios que los apóstoles del librecambio han proclamado para mayor felicidad de los hombres, porque también estos principios han triunfado"¹⁹. Esta es la explicación de ese misterio que desconcierta a nuestros profesores: la Argentina va a la guerra para abrir el mercado interno paraguayo y los ríos al libre comercio. Lo hace como instrumento de Gran Bretaña, pues Argentina carece de industrias capaces de colocar sus productos.

En otra ocasión, Mitre identifica a la guerra con la lucha contra las provincias interiores para imponer la civilización: "¿Peligra la actualidad de la república triunfando Brasil? ¿Peligra su libertad? ¿Peligran sus intereses? ¿Peligran sus instituciones? ¿Peligra su civilización? No, mil veces. No. El gobierno brasileño es un gobierno civilizador, regular y amigo de la Argentina [...] Su alianza moral con esta está en el interés de muchos países y representa el triunfo de la civilización en el Río de la Plata. ¿Nos sucedería lo mismo con el triunfo del Paraguay? No, por cierto. El gran peligro para la República Argentina está en la preponderancia militar del dictador paraguayo, que aspira a ser el Atila de Sudamérica [...] Al triunfo de Paraguay seguiría, para nosotros, el reinado de la barbarie"²⁰.

¿Quiénes financiaron la guerra?

El historiador León Pomer, en el capítulo VIII, de su libro *La guerra del Paraguay*, esboza, política y negocios, aborda la cuestión del financiamiento de la guerra. Allí hace referencia al empréstito de 2.500.000 libras otorgado por la Casa Baring Brothers, al gobierno de Mitre, a través de la intermediación de Norberto de la Riestra. Asimismo, señala los préstamos otorgados al gobierno por la Casa de Moneda y el Banco de la Provincia de Buenos Aires, como así también por el Banco de Londres. Asimismo, señala algunas interesantes donaciones como la de Tomás Armstrong, de aquellos primeros comerciantes que abrieron comercio en Buenos Aires en 1809, y luego participaron del negocio del Ferrocarril Central Argentino, quien donó 50.000 pesos oro por cada año que durase el

¹⁷ Varela, Felipe: Manifiesto del 1/1/1868 reproducido por Norberto Galasso en ob. cit., p. 63.

¹⁸ Mitre, Bartolomé: *La Nación*, Buenos Aires, 24/3/1865.

¹⁹ Mitre, Bartolomé: *Arengas*, Buenos Aires, Carlos Casavalle editor, 1889, p. 298, discurso del 21/2/1865.

²⁰ Mitre, Bartolomé: *La Nación*, Buenos Aires, 10/3/1865.

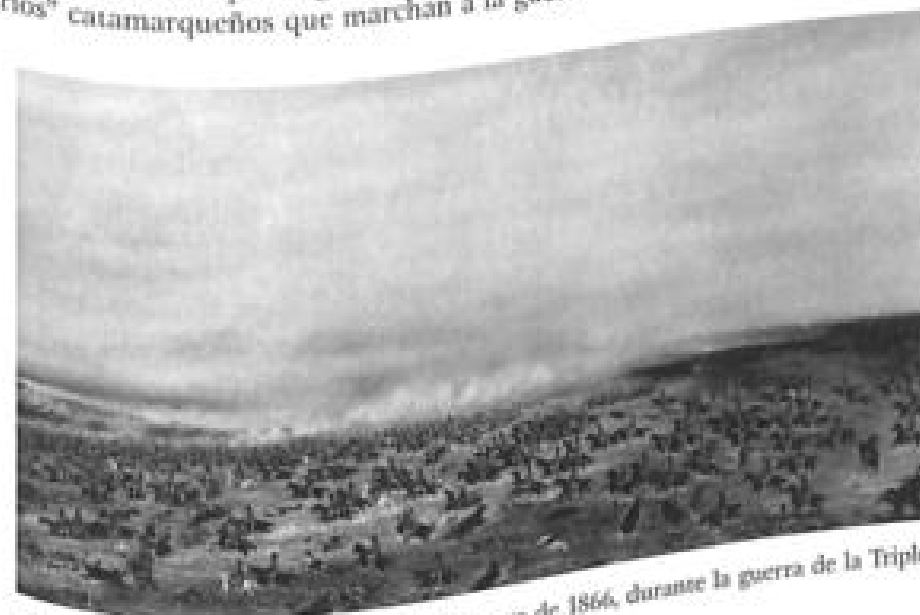
conflicto. Gran Bretaña otorga además importantes préstamos al Brasil, sin los cuales este no hubiese podido costear los gastos del largo conflicto.

Por otra parte, familias importantes de la elite porteña se constituyeron en proveedores y financiadores de los gastos de guerra, entre otros, José Gregorio Lezama, Cándido Galván, Anacarsis Lanús, Ambrosio Plácido Lezica y José G. Balcarce.

Como es sabido, quienes habían hecho grandes negocios con la guerra le donan a Mitre la casa de la calle San Martín. Sarmiento, en carta a Sarateca, sostiene al respecto: "Su casa de él mismo [alude a Mitre] fue negociada por agentes y obtenida la suscripción de los proveedores que mediante su despilfarro de las rentas han ganado millones, como Lezica, Lanús, Galván, que al fin le costearon casi en su totalidad. Mitre sabe que con un poco de insistencia con amañes conocidos, con muchos hombres que le deben o la impunidad o la fortuna mal adquirida, todo se puede conseguir"²¹.

La impopularidad de la guerra

Pero en todo el país se levantan voces contra la guerra: Aurelio Zalazar insurrecciona a los contingentes de Catuna y Posta de Herrera, en La Rioja. El gobernador de esa provincia comunica a Buenos Aires: "No pidan contingentes porque la sola palabra basta para introducir la alarma y despoblar pueblos enteros"²². De Córdoba comunican que los reclutados "han de ser tan voluntarios como aquellos famosos patriotas del tiempo de la independencia que iban al ejército atados codo con codo"²³. Poco después, se rebelan otros contingentes en San Luis, como el motín a cargo de Juan de la Rosa Quiroga²⁴. En Catamarca informan que el gobierno ha mandado construir 200 grillos para los "voluntarios" catamarqueños que marchan a la guerra²⁵. Fermín Chávez se referirá luego



Escena de la batalla de Tuyutí, el 24 de mayo de 1866, durante la guerra de la Triple Alianza. Pintura de Cándido López.

²¹ Pomer, León: ob. cit., p. 206.

²² Pomer, León: *La guerra del Paraguay*, Colección "La historia Popular", N° 34, Buenos Aires, CEAL, 1971, p. 78.

²³ Idem.

²⁴ Idem, p. 79.

²⁵ Idem, p. 81.

al gobernador de Santiago del Estero en una zamba: "Taboada gobernador, escribiendo cabecea / Le mando los voluntarios. / Devuélvame las mancas". "En las provincias, la guerra es impopular y odiosa -sostiene Ramón Cárcano-. Cuando en la plaza pública leen los bandos de los gobernantes y los tambores recorren la ciudad convocando a la guardia nacional, los hombres huyen a la selva próxima. No los empuja el terror. Han nacido y vivido en batallas. Resisten a Buenos Aires y al Imperio. El Paraguay es el amigo y el vecino histórico"²⁶.

En Salta se subleva un contingente de 200 hombres y en Santiago del Estero, "en el fuerte 'La Viuda' se sublevan 800 hombres"²⁷. Desde el litoral, llega el informe de que "desertan a bandadas los nobles correntinos con jefe y oficiales a la cabeza"²⁸. En Entre Ríos, "la división de la Victoria se niega a marchar y [también] la de Guallegay"²⁹. Se desbanda asimismo "un ejército de 3000 nogoyaceros y victorianos concentrados en el campamento militar a orillas del arroyo Basualdo"³⁰. A Urquiza se le insubordinan en Basualdo y Toledo dos ejércitos que ha reunido para enviar al Paraguay y Saravia le escribe a Mitre: "Ha causado desfavorable efecto la dispersión de las fuerzas del General Urquiza"³¹. "Durante la guerra, el gobierno de Mitre enfrentó 85 asonadas, 27 sublevaciones de tropas y 43 motines"³².

Mitre le escribirá luego a Marcos Paz: "¿Quién no sabe que los traidores alentaron al Paraguay a declararnos la guerra? Si la mitad de Corrientes no hubiera traicionado la causa nacional armándose a favor del enemigo; si Entre Ríos no se hubiera sublevado dos veces; si casi todos los contingentes incompletos de las provincias no se hubieran sublevado al venir a cumplir con su deber; si una opinión simpática al enemigo extraña no hubiese alentado la traición, ¿quién duda que la guerra estaría terminada ya?"³³.

Sostiene Pomer: "Los levantamientos, sublevaciones y resistencias se generalizan y adquieren características sumamente graves para el Gobierno Nacional. A tal punto que la falta de soldados debe ser suplida con enganchados en Europa, que a cambio paga se avienen a pelear por algo que ignoran contra alguien que desconocen. El poeta Hilario Ascasubi es el reclutador en el Viejo Mundo; por ese trabajo -hay un contrato- el Gobierno lo remunera adecuadamente. Es claro que los mercenarios se comportan como corresponde; habrá desertiones masivas desde el principio mismo de la guerra"³⁴. Y agrega: "Los soldados no alcanzan. Los criollos se desertan; los mercenarios inician de guerra son obligados a combatir contra sus hermanos"³⁵.

El curso de la guerra

A poco de iniciado el conflicto, las fuerzas paraguayas son derrotadas en Yatay y Uruguayana y ello significa el fin de su ofensiva. A partir de ese momento, la guerra se convier-

²⁶ Cárcano, Ramón: *Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Domingo Viau, Volumen I, 1941.

²⁷ Pomer, León: ob. cit., p. 81.

²⁸ Pomer, León: *La guerra del Paraguay. Estado, política y negocios*, ob. cit., p. 238.

²⁹ Pomer, León: *La guerra del Paraguay. La historia Popular*/34, ob. cit., p. 77.

³⁰ Ídem.

³¹ Ídem.

³² Pogoriles, Eduardo: "La primera guerra moderna", *Revista Ñ, Clarín*, Buenos Aires, 21/8/2004, p. 10.

³³ Carta de Mitre a Marcos Paz, citada por J. M. Rosa, en *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1964, pp. 242-243.

³⁴ Pomer, León: *La guerra del Paraguay. Estado, política y negocios*, ob. cit., p. 238.

³⁵ Ídem, p. 239.



Entrevista de Yatayví-Corá: Mitre, Flores y López. Grabado de la época de *El Correo de Ultramar*.

La publicación del tratado se produce en momentos en que la guerra se ha volcado a favor de los aliados, aunque, en julio de 1866, los ejércitos de la entente fracasan en los esteros de Boquerón, ante la resistencia de las trincheras paraguayas. Pero el 12 de septiembre, dada la presión británica que estima ya cumplido su objetivo -imponerle concesiones al Paraguay debilitado- Mitre y López se entrevistan en Yatayví-Corá. López propone condiciones dignas para un arreglo. Mitre sostiene que debe consultar a sus aliados. Pero a pesar del acuerdo de "congelar la situación hasta tanto se decidan", los ejércitos de la alianza, dirigidos por el mismo Mitre, se lanzan sobre las fuerzas paraguayas en Curupaytí. Sin embargo, el ejército comandado por el general Díaz repele el ataque, provocando fuertes bajas al ejército aliado. El triunfo paraguayo de Curupaytí es saludado con festejos en el noroeste argentino, así como en el litoral. Inclusive Urquiza ofrece una gran fiesta en su palacio y coloca en el salón la bandera de Entre Ríos junto a la paraguaya, la oriental y la argentina. "Victoriosa, su secretario, le pregunta: ¿Es tiempo, señor? Y Urquiza contesta, en voz alta: Lo digo fuerte, me gusta ese acomodo"³⁶.

De este modo, la lucha prosigue encarnizadamente y los paraguayos dan ejemplo de heroísmo, defendiendo palmo a palmo su tierra. Asimismo, crece la resistencia en las provincias interiores de la Argentina. Contrariamente a lo sostenido por Mitre de que en tres meses tomaría Asunción, el conflicto se prolonga, durará cinco años y se convertirá en verdadera tragedia. La publicación del Tratado de la Triple Alianza en Europa (reproducido en Buenos Aires por el diario *La América*, dirigido por Navarro Viola y Guido Spano) publica *El Imperio y la alianza* de Curupaytí, exalta las pasiones contra Mitre. Guido Spano lanza el folleto *Las dos Polítricas*, Navarro Viola escribe *Arrás el Imperio*, Olegario Andrade escriben José Hernández y Evaristo Carriego, periódico donde se exalta a Telmo López, el hijo del caudillo santafesino, pasado a filas paraguayas. Este clamor popular acrecienta las presiones sobre Urquiza para volcarlo a la lucha contra Mitre. El cura Emilio Castro Boedo le escribe: "No he trabajado poco para apagar en muchos federales de importancia, la desconfianza de que V.E. que me causa agitación nuestros beneficios [...]. No terminaré esta sin afirmar a V.E. que me causa agitación en verdaderas montañas argentinas, Buenos Aires, Peña Lillo, 1964, p. 257.

La publicación del Tratado de la Triple Alianza en Europa (reproducido en Buenos Aires por el diario *La América*, dirigido por Navarro Viola y Guido Spano) publica *El Imperio y la alianza* de Curupaytí, exalta las pasiones contra Mitre. Guido Spano lanza el folleto *Las dos Polítricas*, Navarro Viola escribe *Arrás el Imperio*, Olegario Andrade escriben José Hernández y Evaristo Carriego, periódico donde se exalta a Telmo López, el hijo del caudillo santafesino, pasado a filas paraguayas. Este clamor popular acrecienta las presiones sobre Urquiza para volcarlo a la lucha contra Mitre. El cura Emilio Castro Boedo le escribe: "No he trabajado poco para apagar en muchos federales de importancia, la desconfianza de que V.E. que me causa agitación nuestros beneficios [...]. No terminaré esta sin afirmar a V.E. que me causa agitación en verdaderas montañas argentinas, Buenos Aires, Peña Lillo, 1964, p. 257.

La publicación del Tratado de la Triple Alianza en Europa (reproducido en Buenos Aires por el diario *La América*, dirigido por Navarro Viola y Guido Spano) publica *El Imperio y la alianza* de Curupaytí, exalta las pasiones contra Mitre. Guido Spano lanza el folleto *Las dos Polítricas*, Navarro Viola escribe *Arrás el Imperio*, Olegario Andrade escriben José Hernández y Evaristo Carriego, periódico donde se exalta a Telmo López, el hijo del caudillo santafesino, pasado a filas paraguayas. Este clamor popular acrecienta las presiones sobre Urquiza para volcarlo a la lucha contra Mitre. El cura Emilio Castro Boedo le escribe: "No he trabajado poco para apagar en muchos federales de importancia, la desconfianza de que V.E. que me causa agitación nuestros beneficios [...]. No terminaré esta sin afirmar a V.E. que me causa agitación en verdaderas montañas argentinas, Buenos Aires, Peña Lillo, 1964, p. 257.

La publicación del Tratado de la Triple Alianza en Europa (reproducido en Buenos Aires por el diario *La América*, dirigido por Navarro Viola y Guido Spano) publica *El Imperio y la alianza* de Curupaytí, exalta las pasiones contra Mitre. Guido Spano lanza el folleto *Las dos Polítricas*, Navarro Viola escribe *Arrás el Imperio*, Olegario Andrade escriben José Hernández y Evaristo Carriego, periódico donde se exalta a Telmo López, el hijo del caudillo santafesino, pasado a filas paraguayas. Este clamor popular acrecienta las presiones sobre Urquiza para volcarlo a la lucha contra Mitre. El cura Emilio Castro Boedo le escribe: "No he trabajado poco para apagar en muchos federales de importancia, la desconfianza de que V.E. que me causa agitación nuestros beneficios [...]. No terminaré esta sin afirmar a V.E. que me causa agitación en verdaderas montañas argentinas, Buenos Aires, Peña Lillo, 1964, p. 257.

verlo tan confiado de esos malvados y pérfidos círculos porteñistas, tan confiado en las mentidas promesas de esos falsos convertidos, que siendo salvajes hasta la médula de los huesos, se quieren hacer federales. Siento ver a V.E. rodeado de traidores embusteros, que solo tratan de sacarle ventajas [...] La Patria sucumbe si V.E. no se levanta decididamente a llenar con energía la voz de la República y en esto va la vida de libertad del continente sudamericano [...] La unión del 51 trajo el afianzamiento de los unitarios y el receso de los federales, Pavón trajo el triunfo que hasta hoy ostentan contra los nacionalistas y la tolerancia del 66 traerá la muerte de la Patria, de sus glorias, de su pasado y de sus hijos"⁷⁷. Felipe Saá y Carlos Juan Rodríguez también presionan sobre Urquiza: "Usted comprenderá que ha llegado el momento de levantar los principios que tuvieron por órgano al cañón de Caseros y que hallaron en V.E. ese noble y fiel sostenedor [...] Vemos en V.E., así como en su nombre esclarecido, los únicos agentes capaces de levantar en alto las holladas instituciones de la República Argentina [...] Estos desgraciados pueblos invocan el nombre de V.E. como el de su salvador, que en V.E. miran el redentor de sus libertades y al nuevo futuro presidente de la Nación [...] con la fe en el corazón y con el convencimiento profundo de que V.E. no desmentirá sus antecedentes y será una vez más el Libertador de los Pueblos"⁷⁸. Por su parte, López Jordán abandona su confianza en el caudillo entrerriano: "Me ilusioné con que el Gral. Urquiza retrocediera de su culpable política tan poderosa en la balanza de los destinos públicos, tan decisiva que no le exigíamos sino su prescindencia para nosotros y para el país. Me ilusioné, en efecto: desde Pavón no hizo otra cosa que fraternizar con los enemigos de la Patria, venderle su porvenir, engañar como a niños las esperanzas de los pueblos, de sus amigos, de sus viejos veteranos, a quienes les debía cuanto era. Se burlaba hasta de las lágrimas de las víctimas que entregaba al puñal del unitarismo"⁷⁹.

La Revolución de los Colorados

Como se ha señalado, la represión mitrista sobre el interior ocupa la primera parte de la presidencia de Mitre. La segunda, como se verá más adelante, se concentra en destruir el original ensayo de los López en Paraguay, que significaba, en la práctica, el resurgimiento del Plan de Operaciones de Moreno y la prosecución de la política centralizadora y progresista de San Martín como gobernador de Cuyo. Pero hacia 1866, cuando ya la oligarquía porteña cree haber impuesto "la paz de los sepulcros" en el interior, reaparece de nuevo la montonera: estalla, en Mendoza, la "Revolución de los Colorados".

El 9 de noviembre, grupos federales liderados por Carlos Juan Rodríguez, toman Mendoza. Poco después, Felipe Varela domina Jachal y controla San Juan. Va a la revolución, según el mismo lo expone, "llevado del amor a mi patria [...] creí como un deber mío, como soldado de la libertad, unir mis esfuerzos a los de mis compatriotas, invitándolos a empuñar la espada para combatir al tirano que así jugaba con nuestros derechos y nuestras instituciones [...] los pueblos se conmovían, se agitaban tumultuosos pero sordamente, llorando su libertad perdida y dispuestos a hacer un esfuerzo para reconquistarla. El General Mitre, entre tanto, redoblaba su presión y su energía, infundiéndole el terror y el pánico dondequiera, lanceando por centenares a ciudadanos

⁷⁷ Carta de Emilio Castro Boedo al General Urquiza, del 15/11/1866.

⁷⁸ Carta de Felipe Saá y Carlos Juan Rodríguez a Urquiza, del 5/2/1867.

⁷⁹ López Jordán: Manifiesto a los pueblos argentinos y repúblicas americanas, de 1868, citado por Chávez, Fermín: *El revisionismo y las montoneras*, Buenos Aires, Teoría, 1966, p. 38.

pacíficos, y cometiendo toda clase de excesos en las personas de aquellos que creía no partidarios de su política"⁸⁰.

El manifiesto de Varela, del 6 de diciembre de 1866, "desde la cumbre de la cordillera de los Andes", define no solo su antimitrista sino su carácter de federal provinciano no rosista. Sus partes principales son las siguientes: "¡Argentinos! El hermoso y brillante pabellón que San Martín, Alvear y Urquiza llevaron altivamente en cien combates, haciéndolo tremolar con toda gloria en las tres más grandes epopeyas que nuestra patria atravesó incólume, ha sido vilmente enlodado por el general Mitre, gobernador de Buenos Aires. La más bella y perfecta Carta Constitucional democrática, republicana, federal, que los valientes entrerrianos dieron a costa de su sangre preciosa, venciendo en Caseros al centralismo odioso de los espurios hijos de la culta Buenos Aires, ha sido violada y mutilada desde el año sesenta y uno hasta hoy, por Mitre y su círculo de esbirros. Compatriotas: desde que aquel usurpó el Gobierno de la Nación, el monopolio de los tesoros públicos y la absorción de las rentas provinciales vinieron a ser el patrimonio de los porteños, condenando al provinciano a cederles hasta el pan que reservara para sus hijos. Ser porteño es ser ciudadano exclusivista; y ser provinciano es ser mendigo sin patria, sin libertad, sin derechos. Esta es la política del Gobierno de Mitre. Tal es el odio que aquellos fraticidas tienen a los provincianos que muchos de nuestros pueblos han sido desolados, saqueados y guillotizados por los alevos puñales de los degolladores de oficio: Sarmiento, Sandes, Puunero, Campos, Irrazábal y otros varios oficiales dignos de Mitre [...] ¡Valientes entrerrianos! Vuestros hermanos de causa en las demás provincias os saludan en marcha al campo de la gloria, donde os esperan. Vuestro ilustre jefe y compañero de armas, el magnánimo Capitán General Urquiza, os acompañará y bajo sus órdenes venceremos todos, una vez más, a los enemigos de la causa nacional. A él y a nosotros obliga concluir la grande obra que principiasteis en Caseros, de cuya memorable jornada surgió nuestra redención política consignada en las páginas de nuestra hermosa Constitución, que en aquel campo de honor escribisteis con vuestra sangre [...] ¡Atrás los usurpadores de las rentas y derechos de las provincias en beneficio de un pueblo vano, déspota e indolente! ¡Soldados federales! Nuestro programa es la práctica estricta de la Constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay y la unión con las demás Repúblicas Americanas. ¡Ay de aquel que infrinja este programa! ¡Compatriotas nacionalistas! El campo de la lid nos mostrará al enemigo; allá os invita a recoger los laureles del triunfo o la muerte, vuestro jefe y amigo, Felipe Varela. Campamento en marcha, diciembre 6 de 1866"⁸¹.

El mismo caudillo se encargará luego, en otro manifiesto, de explicar algunos de los puntos más importantes de su proclama y en especial se referirá a la cuestión de la monopolización de las rentas aduaneras por parte de Buenos Aires. "En el párrafo sexto hago presente a los argentinos -dice Varela- el monopolio y la absorción de las rentas nacionales por Buenos Aires. En efecto: la Nación Argentina goza de una renta de diez millones de duros que producen las provincias con el sudor de su frente. Y, sin embargo, desde la época en que el gobierno libre se organizó en el país, Buenos Aires, a título de Capital, es la provincia única que ha gozado del enorme producto del país entero, mientras en los demás pueblos, pobres y arruinados, se hacía imposible el buen quicio de las administraciones provinciales por la falta de recursos y por la pequeñez de sus entradas municipales para subvenir a los gastos indispensables de su gobierno local. A la vez que los pueblos gemían en esta miseria sin poder dar un paso por la vía del progreso, a cau-

⁸⁰ Proclama de Felipe Varela del 1/1/68, reproducida por Norberto Galasso, ob. cit.

⁸¹ Proclama de Felipe Varela del 6/12/1866, reproducida por Norberto Galasso, ob. cit., p. 80.



3 de noviembre de 1868. Los Paragayos sorprendidos robando en el comercio de Tuyutí. Acusado de José Ignacio Gurmendi.

Ha llegado el momento de desbordarse la anarquía y abarcar todo el país, si no viene usado a tomar la dirección de la cosa perdida¹⁰. Poco después, vuché a escribirle: "La monotonía y la sedición brotan por todas partes con una espontaneidad que asombra". Pero la insurrección federal no solo desvela a la oligarquía porteña, sino también a sus amigos y protectores, los ingleses. El 27 de enero de 1867, G. B. Mathew, cónsul inglés, le escribe a Lord Stanley: "En la frontera de la Provincia de La Rioja, un refugado político del partido federal, el coronel Felipe Varela, ha cruzado la montaña desde Chile, con 200 o 300 hombres y se dice que ha recibido armas allí; y aunque ha sido momentáneamente rechazado, amenaza con dominar todo el país"¹¹. A su vez, Mathew le ofrece el apoyo del Imperio Británico al canciller Rufo de Elizalde y este le escribe a Mitre: "El ministro inglés me ha hecho los mayores ofrecimientos, en una carta diciéndome que lo avise a usted"¹². Desde Tuyutí, cuartel general del ejército en Paraguay, Mitre contesta enérgicamente por la protección británica: "En una de sus últimas recibidas por el anterior vapor me insinúa usad de los obhigantes ofrecimientos que había hecho al gobierno S.E. el de Cayo. Me ha impresionado agradablemente con la Gran Bretaña revela eloquentemente la cordialidad de nuestras relaciones con la administración argentina el ilustrado caballero Mathew"¹³. Al tiempo que el mitrismo recibe el apoyo de la mayor potencia de la Tierra, los monárquicos intentan lograr la solidaridad de Urquiza y sus gauchos. El plan de Varela parece consistir en avanzar hacia el norte mientras la revolución de Cayo se extiende hacia Córdoba, y ya controlada la mayor parte del país, lograr el pronunciamiento decisivo de Urquiza que provocaría seguramente la caída del gobierno central. Pero Urquiza ya ha claudicado y, a pesar de sus promesas, permanece fiel al orden

¹⁰ Carta de Marcos Paz a B. Mitre, del 16/1/1867, reproducida en Norberto Galasso, ob. cit., p. 82.
¹¹ Carta de Marcos Paz a B. Mitre, del 28/1/1867, reproducida en Norberto Galasso, ob. cit., p. 90.
¹² Carta de Marcos Paz a B. Mitre, del 16/1/1867, reproducida en Norberto Galasso, ob. cit., p. 82.
¹³ Idem.
¹⁴ Idem.
¹⁵ Idem.
¹⁶ Carta de Marcos Paz a B. Mitre, del 16/1/1867, reproducida en Norberto Galasso, ob. cit., p. 82.
¹⁷ Carta de Marcos Paz a B. Mitre, del 28/1/1867, reproducida en Norberto Galasso, ob. cit., p. 90.
¹⁸ Idem.
¹⁹ Idem.
²⁰ Idem.
²¹ Idem.
²² Idem.
²³ Idem.
²⁴ Idem.
²⁵ Idem.
²⁶ Idem.
²⁷ Idem.
²⁸ Idem.
²⁹ Idem.
³⁰ Idem.
³¹ Idem.
³² Idem.
³³ Idem.
³⁴ Idem.
³⁵ Idem.
³⁶ Idem.
³⁷ Idem.
³⁸ Idem.
³⁹ Idem.
⁴⁰ Idem.
⁴¹ Idem.
⁴² Idem.
⁴³ Idem.
⁴⁴ Idem.
⁴⁵ Idem.
⁴⁶ Idem.
⁴⁷ Idem.
⁴⁸ Idem.
⁴⁹ Idem.
⁵⁰ Idem.
⁵¹ Idem.
⁵² Idem.
⁵³ Idem.
⁵⁴ Idem.
⁵⁵ Idem.
⁵⁶ Idem.
⁵⁷ Idem.
⁵⁸ Idem.
⁵⁹ Idem.
⁶⁰ Idem.
⁶¹ Idem.
⁶² Idem.
⁶³ Idem.
⁶⁴ Idem.
⁶⁵ Idem.
⁶⁶ Idem.
⁶⁷ Idem.
⁶⁸ Idem.
⁶⁹ Idem.
⁷⁰ Idem.
⁷¹ Idem.
⁷² Idem.
⁷³ Idem.
⁷⁴ Idem.
⁷⁵ Idem.
⁷⁶ Idem.
⁷⁷ Idem.
⁷⁸ Idem.
⁷⁹ Idem.
⁸⁰ Idem.
⁸¹ Idem.
⁸² Idem.
⁸³ Idem.
⁸⁴ Idem.
⁸⁵ Idem.
⁸⁶ Idem.
⁸⁷ Idem.
⁸⁸ Idem.
⁸⁹ Idem.
⁹⁰ Idem.
⁹¹ Idem.
⁹² Idem.
⁹³ Idem.
⁹⁴ Idem.
⁹⁵ Idem.
⁹⁶ Idem.
⁹⁷ Idem.
⁹⁸ Idem.
⁹⁹ Idem.
¹⁰⁰ Idem.



Juan Saúl, gobernador de San Luis entre 1861 y 1867, se opuso a la Guerra contra el Paraguay.

sa de su propia escasez, la orgullosa Buenos Aires variaba ingenuas sumas en embellecer sus paseos públicos, en construir teatros, en erigir estatuas y en elementos de puro lujo. De modo que las provincias eran designadas países sirvientes, pueblos urbanos de Buenos Aires que perdían la nacionalidad de sus derechos cuando se trataba del tesoro Nacional. En esta verdad está el origen de la guerra de cincuenta años en que las provincias han estado en lucha abierta con Buenos Aires, dando por resultado esa contienda, la preponderancia despótica del porteño sobre el provinciano, hasta el punto de tratarlo como a un ser de escala inferior y de más limitados derechos. Buenos Aires es la metrópoli de la República Argentina como España lo fue de la América. Ser partidario de Buenos Aires es ser ciudadano amante de España lo fue de la América. Ser partidario de Buenos Aires es ser ciudadano amante de las provincias y de que enuren en el goce de sus su patria, pero ser amigo de la libertad de las provincias es ser traidor a la patria y es, por consiguiente, un delito que pone derechos. ¡Oh!, eso es ser traidor a la patria y es, por consiguiente, un delito que pone a los ciudadanos fuera de la ley! He ahí, pues, los tiempos del coloniaje, existentes en miniatura en la República y la guerra de 1810 reproducida en 1866 y 1867 entre el mundo de Buenos Aires [España] y las provincias del Plata [Colonias Americanas]¹⁰. El cinco de enero de 1867, el mononero Juan de Dios Videla consolida el triunfo federal en San Juan al derrotar a las tropas mitristas en La Rinconada poco después de la provincia de La Rioja. El 31 de enero, Juan Saúl toma San Luis después de derrotar al General Paunero en Rampa del Horreuelo. En Córdoba, el gobernador Luque espera el pronunciamiento de Urquiza para volcarse a favor de los federales y lo mismo ocurre en Corrientes. Pero don Justo no se mueve. Sarmiento escribe el 15 de enero de 1867: "El partido bárbaro que hemos combatido tantos años, aprovechando la Guerra del Paraguay, y de la debilidad del gobierno, empieza a sublevarse en las provincias del interior. Mendoza ha sido víctima de un motín de soldadesca. San Juan esia amenazada. Si este movimiento continúa, sería imposible la elección de un Presidente, y volveríamos a la guerra civil. Puede imaginarse que a mi edad ya me faltan las fuerzas populares"¹¹. Y más tarde, el 2 de febrero: "San Juan ha caído en poder de los revolucionarios; de ese partido de descendientes de indios que combat toda mi vida"¹². Un cielo se canta en las provincias del noroeste: "Dicen que Varela viene / levitando polvareda / y don Juan viene detrás / como flor de primavera". Ante esta situación, Mitre ordena volver a algunas fuerzas del frente paraguayo y refuerza a los Taboada en Santiago del Estero. Marcos Paz le escribe: "Desde Mendoza hasta Tucumán, no hay quien reengañe el poder que se han tomado los revolucionarios."

¹⁰ Manifiesto de Felipe Varela del 1/1/1868, citada en Norberto Galasso, ob. cit., pp. 80-81.
¹¹ Sarmiento, *Trayectos y anales de la Triple Alianza*, 1962, p. 52.
¹² Idem.

mitrista. Sarmiento, por su parte, se exaspera ante el avance federal: "Felipe Varela, Juan Saá, Solano López [...] son las fuerzas íntimas del alma de la vieja América"⁹⁸.

A pesar del gran apoyo popular, el movimiento federal-provinciano, con escasos recursos, no logra mantenerse. El primero de abril de 1867, Arredondo, con fuerzas superiores y mejor equipadas derrota en Paso de San Ignacio a Juan Saá y Juan de Dios Videla. Asimismo, Felipe Varela (mal informado por un coronel traidor que le asegura la provisión de agua en Las Mesillas) da batalla en Pozo de Vargas (o Bargas), el 10 de abril de 1867: "Vidita de mi vida / pozo de Vargas / La guerra se ha perdido / por falta de agua [...] Los nacionales vienen / Pozo de Vargas / tienen fusil y tienen / las uñas largas / Lanzas contra fusiles / Pobre Varela / qué bien pelean sus tropas / en la humareda"⁹⁹. La infantería federal, sedienta e insolada, con armamento desparejo, es derrotada por las fuerzas comandadas por Taboada. En Paso de San Ignacio se había perdido Cuyo, en Pozo de Vargas se perdió La Rioja. La heroicidad de Varela y sus compañeros no ha podido sobreponerse al poderío de la oligarquía porteña. Una bandera roja y blanca, rasgada y manchada de sangre, queda sobre el terrero testimoniando una causa: "¡Federación o muerte! ¡Viva el general Urquiza! ¡Mueran los negreros que lo combaten! ¡Viva la Unión Americana!"¹⁰⁰.

La derrota

La revolución, sin embargo, rebrota en agosto de 1867, con las nuevas incursiones de Simón Luengo en Córdoba, mientras Varela reagrupa sus fuerzas, apareciendo y desapareciendo, atacando por sorpresa y derrotando a los mitristas Paunero y Linares. Muestrando de indignación en carta a Marcos Paz: "No me explico cómo es que todos han derrotado a Varela, nadie lo ha visto de cerca y a última hora se retiraba a Bolivia con ochocientos hombres, es decir, con todo el ejército que siempre tuvo"¹⁰¹. Por unos pocos días, Zalazar recupera el poder en La Rioja. El 10 de octubre de 1867, Varela toma la ciudad de Salta y avanza sobre Jujuy, pero debe exiliarse ante la superioridad de fuerzas del enemigo.

En 1868, Aurelio Zalazar se entrega y, ya bajo el gobierno de Sarmiento, es fusilado. A su vez, el 1º de enero de 1868, Varela reingresa al país, y lanza una nueva convocatoria que encabeza con la fórmula "Viva la Unión Americana". Allí se define contra la oligarquía porteña y declara que "los argentinos de corazón y sobre todo los que no somos hijos de la Capital, hemos estado siempre del lado de Paraguay en la guerra que, por debilitarnos, por desarmarnos, por arruinarnos, le ha llevado Mitre a fuerza de intrigas y de infamias contra la voluntad de toda la Nación entera, a excepción de la egoísta Buenos Aires"¹⁰². Pero la falta de recursos lo conduce a una nueva derrota.

Por su parte, Urquiza, tiempo antes, le ha escrito a Martín Ruiz Moreno que "esa fiebre incesante de revoluciones [...] emana de la política poco cuerda y asaz tirante desplegada por el Gobierno Nacional. Se quiere tratar a las provincias como miserables villorrios. Se aja su dignidad, se quiere custodiar con bayonetas su soberanía independiente, y de aquí, naturalmente [...] los levantamientos [...] Hasta cierto punto, pues

⁹⁸ Carta de Sarmiento a Lastarria, del 6/12/68, reproducida por Pino de Carbone, María Luisa del Ordoñez, *Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria (1844-1888)*, Buenos Aires, 1954.

⁹⁹ Cancionero popular.

¹⁰⁰ Bazán, Raúl y otros: *Felipe Varela. Su historia*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1975, p. 102.

¹⁰¹ Carta de Mitre a Marcos Paz, del 12/9/1867, reproducida por Norberto Galasso en *ob. cit.*, p. 100.

¹⁰² Manifiesto de Felipe Varela, del 1/1/1868, en reproducido por Norberto Galasso en *ob. cit.*, p. 108.



Rendición de Uruguaya. Grabado de Janet Lange, publicado en *El Correo de Ultramar*, París.

estas revoluciones tienen un viso de disculpa, si bien deben ser en el fondo enérgicamente condenadas"¹⁰³. Pero, ahora se deslinda cada vez más de esa montonera que necesita su ayuda: "Varela y su montonera [dice el caudillo entrerriano], producto legítimo de los excesos del poder y de una política bastarda, jamás pudo ser para nadie, la expresión o el agente de mis ideas. La mejor prueba era que él abusaba de mi nombre sin que ningún hecho mío lo autorizase [...] Soy hombre de principios, y no de partido, y menos de montonera: jamás las he tolerado siquiera. Reprobé todas las que se lanzaron en Buenos Aires en tiempo de su rebelión contra la República [...] pero la guerra [del Paraguay] estalló, el presidente solicitó mi concurso, y se lo presté arrastrando forzosamente a un pueblo, para quien esa lucha era terriblemente antipática [...] No, yo no he alentado esa lucha desordenada"¹⁰⁴.

En febrero de 1868, los paraguayos dan lecciones de heroísmo defendiendo la fortaleza de Humaitá, pero ya todo resulta inútil. Meses después, a fines de 1868, lo que resta del ejército paraguayo es derrotado en Lomas Valentinas, quedando abierto, para los aliados, el camino hacia Asunción.

La heroica tragedia se acerca a su fin. Muchos viejos y niños empuñan las armas en defensa de su patria. Sarmiento dirá después: "Ni a compasión mueve aquel pueblo, rebaño de lobos. Solo que la mayor parte son niños de 10 a 12 años, armados de lanza a su culla, para formar línea. Se imagina los horrores de estos combates, en que soldados argentinos y brasileños en el calor de la refriega, caen sobre esta fila de chicuelos"¹⁰⁵. En muchos casos, esos niños se colocaban barbas para simular ser soldados adultos ante las fuerzas invasoras.

El 5 de enero de 1869, los aliados ingresan en Asunción y los brasileños saquean la

¹⁰³ Carta de Urquiza a Martín Ruiz Moreno, del 22/8/67, Bosch, Beatriz: *Presencia de Urquiza*, Buenos Aires, Raigal, 1953, p. 298.

¹⁰⁴ Carta de Urquiza a Salustiano Zavalla, del 11/2/1868, reproducida por Beatriz Bosch, *ob. cit.*, pp. 303-306.

¹⁰⁵ Carta de Sarmiento a R. García, del 7/9/68, reproducida por García Mansilla, Manuel R.: *Cartas con Sarmiento de Sarmiento a M. R. García (1866-1872)*, De los Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, tomo III (tercera serie), Buenos Aires, 1917, p. 38.

ciudad. Se constituye un gobierno títere. Solano López no se rinde y se repliega al interior con los pocos hombres que le quedan.

Varela continúa, sin embargo, porfiadamente empeñado en su empresa. Reaparece en Salta y allí es vencido, el 12 de enero de 1869, en Salinas de Pastos Grandes, viéndose obligado a volver al exilio chileno. Desde el país trasandino, negocia apoyo de Bolivia. Poco después, le escribe al Comisionado de Pastos Grandes: "El que sobrevive marcha de acuerdo con el presidente, Sr. Melgarajo esta es la razón que me obliga a hablarle a usted con la claridad del hombre que defiende los derechos de Sud América, esto lo habla mi amigo, porque no creo que usted comprenda nuestras cuestiones, que no es para un día sino para triunfar. Hace mucho tiempo que he sacado la cara no representando a la República Argentina sino su América para así no ser humillados de los malditos godos que a V.S. quieren anonadarlo y mucho más los salvajes unitarios de Buenos Aires que quieren ponerse a la par de dichos godos para hundir todo el continente americano [...]. Si hay columna que trabaja por el bien de nuestros países es la que manda el que sobrevive como vanguardia"⁹⁴.

En el exilio chileno, el caudillo cae enfermo, afectado de tuberculosis. "El Quijote de los Andes", como lo llama José María Rosa, había continuado la lucha del Chacho contra Mitre, defendiendo al interior de la represión con que la oligarquía aseguraba la implantación del proyecto del país agroexportador probritánico, pero la defección de Urquiza, así como sus escasos recursos, le imposibilitan continuar la lucha.

En Paraguay se producen todavía algunas batallas: Peribebuy, Acostaña. "López es la patria -dice José María Rosa- y el pueblo lo sigue hasta el final". Es una retirada trágica que dura siete meses. El 1° de marzo de 1870, Francisco Solano López y sus últimos hombres son rodeados por los soldados brasileños. El general Cámara le intima rendición, pero el mariscal le "responde con una frase que entra en la historia: ¡Muero con mi Patria! [...] Un tiro atraviesa el corazón del mariscal, que queda muerto de espaldas, con los ojos abiertos y la mano crispada en la empuñadura del espadín [...] El exterminio de los últimos paraguayos es atroz"⁹⁵.

El Paraguay ha quedado destruido: "Nada podría dar idea de esta guerra como las cifras. La población del Paraguay antes de iniciarse la lucha calculábase en 1.300.000 habitantes; cinco años más tarde [...] la población había quedado reducida a 350.000, la mayor parte mujeres. Ni en los tiempos antiguos ni en los tiempos modernos la historia registra nada semejante"⁹⁶. La mortandad de hombres ha sido tan alta que el Paraguay posterior a la guerra debe admitir la poligamia como una forma de paliar la desproporción entre los sexos y favorecer el crecimiento de población.

José Hernández define: "En nombre de la democracia, habéis atentado contra ella, pretendiendo imponer a otro pueblo nuestros principios, aunque ellos hablasen en nombre de los beneficios de una civilización que se anuncia con la muerte y la destrucción; en nombre de la independencia habéis conspirado contra la independencia de un pueblo [...] Decir que hemos ido a regenerar al Paraguay es decir que nos hemos despojado de la justicia y del derecho para cometer un atentado sin nombre [...] ¿cómo puede llamarse guerra de regeneración para el Paraguay la que estamos sustentando arrebatando palmo a palmo el territorio y pasando adelante solo sobre los cadáveres de sus defensores?"⁹⁷.

⁹⁴ Oficio de Felipe Varela, archivo histórico de Tucumán, 1869, reproducido en Machado, Carlos, *La Patria Grande, de Bolívar a Perón*, Cuaderno de Crisis N° 11, Buenos Aires, 1974, p. 45.
⁹⁵ Rosa, José María, ob. cit., pp. 308-309.
⁹⁶ Blanco Fombona, Rufino, en Apéndice al libro de Carlos Pereyra, *Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Rego Libros, 1953, p. 192.
⁹⁷ José Hernández, *Periódico Río de la Plata*, agosto 1869.

Poco antes de concluir la guerra, se ha producido un hecho simbólico que explica la razón profunda del genocidio: el arrasamiento de la fundición de hierro de Ibicuy. El 18 de mayo de 1869, Gastón de Orleans, sucesor del marqués de Caxias en la jefatura del Ejército Brasileño, anota en su diario -según reproduce Julio García Saavedra- "tomados y destruidos los edificios de la fundición de Ibicuy; igualmente destruidas sus máquinas". Y agrega, el 9 de junio que, como la demolición inicial no parece haber resultado satisfactoria, la tarea queda completada: "la fundición es arrasada total y definitivamente, ya que se encontraron aún gran número de máquinas aprovechables y lotes de armamentos, demostrando que no se había realizado con anterioridad el estrago deseable"⁹⁸. De ahí la conclusión ilevantable: "Ese Paraguay, en suma, era un ejemplo intolerable para el resto de América Latina"⁹⁹.

La barbarie de los titulados civilizadores dejó postrado al Paraguay, exterminando de cuajo el proyecto de desarrollo autónomo, que ya había formulado Moreno en el *Plan de Operaciones* y ejecutado parcialmente, en Cuyo, el Gral. San Martín entre 1815 y 1816. Este pecado de leso antilatinoamericanismo fue comprendido por los líderes populares de la Argentina como Yrigoyen y Perón, quienes devolvieron trofeos y condonaron deudas de guerra durante sus mandatos.

Sin embargo, todavía hoy, el mitrismo reverdece enfurecido desde los editoriales de *La Nación* cuando se desnuda la masacre de la guerra de la Triple Alianza. Asimismo, de tanto en tanto, aparecen historiadores reaccionarios que encuentran eco en la prensa oligárquica para intentar restarle importancia al crimen de esa guerra, para descalificar a Francisco Solano López o para sostener que no hubo interés alguno por parte de Inglaterra en el conflicto. Así, lo han hecho últimamente Halperín Donghi y McLyn en *The causes of the war of the Triple Alliance* y el brasileño Francisco Doratioto en *Maldita guerra*, comentados entusiastamente en un suplemento cultural porteño pues vendrían a "derrumbar los mitos nacionalistas del revisionismo", llegando a afirmar inclusive que la caída de Stroessner en 1989 ha facilitado el "desmantelamiento del culto a Solano López"¹⁰⁰.

Ese libro -*Maldita guerra*- fue presentado en la Feria del Libro de Argentina del 2005 por el profesor Tulio Halperín Donghi, ironizando acerca de que no va a ser leído en la Argentina porque "es serio"¹⁰¹, pero la reacción popular se hizo sentir: la Asociación de Residentes Paraguayos en la Argentina (ARPA) denunció que ese libro "disculpa la matanza de los niños-soldados, que minimiza los primeros trenes, telégrafos y fundiciones de hierro de la región y la inexistencia de deuda externa" y una integrante de la Mutual Femenina paraguaya citó a Sarmiento: "El conflicto terminó porque hemos muerto a todos los paraguayos de 10 años arriba"¹⁰². La ARPA dio, además un comunicado, expresando: "El genocidio de la guerra del Paraguay sigue impune y esta obra es un agravio a la memoria de los caídos y una reivindicación de una etapa oscura de la historia sudamericana. Álvaro Fontana, su presidente, dijo: Considero una afrenta presentar públicamente este libro"¹⁰³. Tiempo después, cuando la presidenta Cristina Fernández de Kirchner bautizó al Grupo de Artillería Blindada 2 de Rosario Tala (Entre Ríos) con el nombre del Mariscal Francisco Solano López, el diario *La Nación*, Buenos Aires, 10/6/1976.

⁹⁸ García Saavedra, Julio: "Arrasamiento de la fundición de Ibicuy", *La Opinión*, Buenos Aires, 10/6/1976.
⁹⁹ *Idem*.
¹⁰⁰ Fogoriles, Eduardo: ob. cit., p. 11.
¹⁰¹ Ramos, Laura: "La Guerra del Paraguay sigue sangrando en Buenos Aires", *Clarín*, Buenos Aires, 3/5/2005.
¹⁰² *Idem*.
¹⁰³ *Idem*.

medida y "estableció una analogía entre Francisco Solano López y Hitler", lo que provocó una fuerte respuesta del periódico *Paraguay flane retá* pues "el genocidio no terminó con la muerte del Mariscal [sino que] siguió su curso con odio y saña lacerantes"⁶⁶.

De la misma manera, todavía circulan por algunas cátedras las profesoras de literatura que se burlan de aquello de Guido Spano: "Llora llora urutaú / en las ramas del Yatay", diciendo que el urutaú es un pájaro mudo y el yatay carece de ramas, en vez de leer a sus alumnos los versos implacables de la canción fúnebre (Nenia) que escribió el poeta: "En el dulce Lambaré / Feliz era en mi cabaña; / Vino la guerra y su saña / No ha dejado nada en pie / En el dulce Lambaré [...] / ¡Padre, madre, hermanos! ¡ay! / Todo en el mundo he perdido / En mi corazón partido / Solo amargas penas hay / ¡Padre, madre, hermanos! ¡ay! / De un verde ubirapitá / Mi novio que combatió / Como un héroe en el Timbó, / Al pie sepultado está / ¡De un verde ubirapitá! [...] / Lo mataron los cambá / No pudiéndolo rendir; / Él fue el último en salir / De Curucú y Humaitá / ¡Lo mataron los cambá! / ¡Por qué, cielo no morí / Cuando me estrechó triunfante / Entre sus brazos mi amante / Después de Curupaytí! / ¡Por qué, cielos no morí! / ¡Llora, llora urutaú / En las ramas del yatay; / Ya no existe el Paraguay / Donde nací como tú / Llora, llora urutaú!"⁶⁷.

Juan Bautista Alberdi ante la guerra del Paraguay

Sin disminuir la importancia de los otros luchadores que denunciaron el genocidio, el gran fiscal de la Guerra de la Triple Alianza es Juan Bautista Alberdi.

Desde Europa, Alberdi analiza el conflicto como una guerra civil, desde una óptica latinoamericana, por encima de las fronteras de las patrias chicas: "Las guerras exteriores [de la Argentina] no son más que expedientes suscitados a propósito, ya por la una, ya por la otra de sus dos fracciones, para encontrar la solución interior que cada una [de las partes del país] desea. Son guerras civiles en el fondo, bajo la forma de guerras internacionales, como la presente [contra el Paraguay]"⁶⁸.

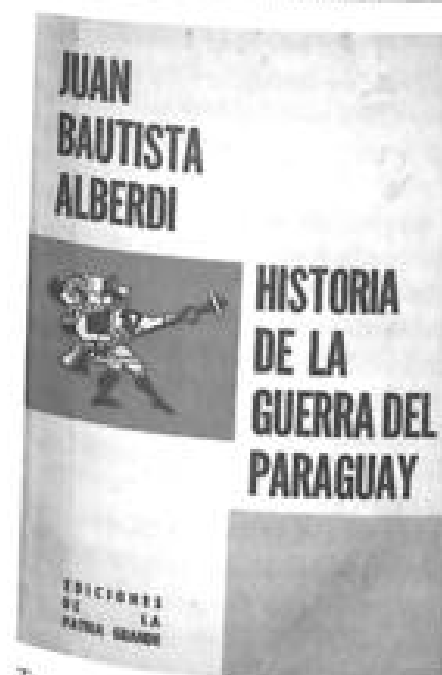
Con notable lucidez, Alberdi se coloca por encima de los límites formales de las fronteras y advierte que allí donde se pretende que pelea Paraguay contra tres países vecinos, existe una guerra civil donde el pueblo paraguayo, conducido por López, tiene los mismos intereses que el federalismo de las provincias interiores de la Argentina y que los gauchos de la campaña oriental integrantes del Partido Blanco, mientras que a su vez, el Imperio esclavocrata del Brasil tiene los mismos intereses que la oligarquía mitrista de la Argentina y la oligarquía colorada montevideana, jugando de común acuerdo con el Imperio Británico. El nacionalismo defensivo, con su economía semi-cerrada y el crecimiento hacia adentro por parte de los paraguayos se enfrenta a la política de libre comercio y libertad de los ríos que los ingleses quieren imponer con los consiguientes negocios que esa política generará a las oligarquías de los dos grandes puertos del Río de la Plata. En ese marco, cada uno de los aliados tiene su enemigo interno principal, propio de una guerra civil, señala Alberdi: "Flores [colorado] no tiene otro enemigo que los blancos; Mitre no tiene más adversario en vista que las provincias; Don Pedro II no tiene más enemigo que la ex República de Río Grande"⁶⁹. Por tanto, Alberdi sostiene que si Buenos Aires busca la alianza del Brasil, ¿qué cosa más

⁶⁶ "El Mariscal López, Cristina Fernández de Kirchner y el diario *La Nación*", *Periódico Paraguay flane*, N° 161, Buenos Aires, febrero de 2008.

⁶⁷ Guido y Spano, Guido: *Poesías escogidas*, Santa Fe, Castelli S. A., 1955, pp. 63-65.

⁶⁸ Alberdi, Juan B.: *Historia de la guerra del Paraguay*, Buenos Aires, Ediciones de la Patria Grande, 1962, p. 156.

⁶⁹ *Idem*.



Tapá de libro *Historia de la Guerra del Paraguay* de Juan Bautista Alberdi.

El diario *La Nación*, a pesar de que difunde la interpretación de la guerra de la Triple Alianza como una cruzada por la libertad y en defensa de la soberanía argentina, reconoce, sin embargo, en un artículo, la certeza de la posición de Alberdi: "las alianzas del Río de la Plata quedan así definidas: alianza de la civilización y las formas regulares de gobierno: la República Argentina, el Brasil, la Banda Oriental, representadas por el partido liberal; Alianza de la barbarie: el gobierno paraguayo, los restos del caudillaje argentino, los restos del caudillaje oriental"⁷⁰.

Desde su exilio, Alberdi considera necesario comprometerse y así lo hace, entablando relación con Gregorio Benítez, encargado de negocios del Paraguay en París, a quien le dirige una carta donde sostiene: "Me interesa que el señor Mariscal López conozca todo eso, por conducto de usted, que es testigo de todo ello. Mi interés en esto como en mis escritos, no es personal ni privado. Se refiere en todo a la política venidera de nuestros dos países y a sus conveniencias mutuas y solidarias. Tenga usted la bondad de repetirle lo que cien veces le he dicho a usted y al señor Bareiro [funcionario paraguayo], a este respecto: yo no quiero, ni espero del señor Mariscal López, ni empleos, ni dineros, ni condecoraciones, ni suscripciones de mis libros. Todo lo que quiero de él, es una parte, es hacer pedazos con su grande y heroica resistencia, el orden de cosas que formaban la ruina de mi propio país; y para lo venidero, todo lo que quiero de él, es una política tendiente a buscar una liga estrecha de mutuo apoyo con el gobierno argentino, que represente las verdaderas causas de las provincias, para poner a raya las aspiraciones tradicionales del Brasil y de Buenos Aires, respecto de los países interiores en que hemos nacido él y yo"⁷¹.

⁷⁰ *Idem*, p. 92.

⁷¹ *La Nación*, Buenos Aires, 28/10/1864.

⁷² Carta de Alberdi a Gregorio Benítez, del 28/6/1868 reproducida por Idalia Flores de Zarza en *Juan Bautista Alberdi en la defensa del Paraguay en la guerra contra la Triple Alianza*, Buenos Aires, Edición de la autora, 1976, pp. 215 y 216.

Coherente con este compromiso, Alberdi publica once folletos sobre la guerra, entre otros, *Las disensiones de las repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil* en mayo de 1865, *Los intereses argentinos y la guerra* en junio de 1865 y *Crisis permanente en las repúblicas del Plata* en febrero de 1866. Luego, se reproducen la mayor parte de sus escritos en el libro *El Brasil ante la democracia de América* (1946).

El estigma de "traidor a la Patria" cae sobre él, con motivo de su posición política. Frente a esto, sostiene: "Definir la traición y el patriotismo en la República Argentina es dar con la llave de todo el estado político de ese país. Las ideas que su gobierno actual llama *traidoras* han sido calificadas de *patrióticas* por todas las provincias, cuando no estaban gobernadas por Buenos Aires. ¿Qué quiere decir esto? Que hay dos puntos de vista para definir lo que es patriotismo y lo que es traición en este país [...] Dos grandes intereses que combatieron, uno contra otro, en Caseros, Cepeda y Pavón, y que, en esa división, la patria del que peleó por Buenos Aires no es la misma patria de los que defendieron las provincias"⁷⁵.

Esta polémica le sirve a Alberdi para profundizar su exégesis del liberalismo sustentado por los Bartolos y Domingos a quienes, afirma, "no les temo por sus ideas, sino por su puñal", razón por la cual permanecerá largos años en el exilio. Entonces, explica: "Los liberales pueden soportar y lo soportan todo; lo que no pueden soportar es la contradicción, la oposición, es decir, la libertad [...] Esos liberales quieren en cierto modo de buena fe la libertad, pero la quieren siempre para sí, jamás para sus opositores. Aceptan toda la libertad, a condición de que no se ejerza en su contra [...] Son liberales al estilo de los tiranos. Sabido es que ningún tirano quiere ser esclavo. Si hay en el mundo quien ame de veras su libertad, es el tirano; pero tanto como ama la suya, detesta la del otro [...] La tiranía en este sentido es la libertad monopolizada en provecho de uno solo [...] Pero gobiernos libres de naciones sin libertad [...] Los liberales que gobiernan hoy en Buenos Aires, son un dechado perfecto de ese liberalismo sin libertad. Para discutir con ellos, para combatir a sus gobiernos, es preciso poner por medio el océano Atlántico. Al menos se asegura de ese modo la cabeza"⁷⁶. En otra ocasión, insiste: "Los liberales argentinos son amantes platónicos de una deidad que no han visto, ni conocen. Ser libre, para ellos no consiste en gobernarse a sí mismos, sino en gobernar a los otros. La posesión del gobierno: he ahí toda su libertad [...] A fuerza de tomar y amar el gobierno, como libertad, no quieren dividirlo, y en toda participación de él dada a los otros ven un adulterio. La libertad de los otros, dicen ellos, es el despotismo: el gobierno en nuestro poder, es la verdadera libertad. Así, esos liberales toman con un candor angelical por libertad lo que no es en realidad sino despotismo: es decir, la libertad del otro sustituida por la nuestra"⁷⁷. En otra ocasión, insiste: "En nombre de la libertad y con pretensiones de servirla, nuestros liberales Mitre y Sarmiento y Cía., han establecido un despotismo turco en la historia, en la política abstracta, en la leyenda en la biografía de los argentinos"⁷⁸.

Este liberal consecuente que es Alberdi formula así una verdad fundamental, coincidiendo con esta apreciación de Carlos Marx: "nadie está contra la libertad, a lo sumo, está contra la libertad del otro". Es decir, la libertad y también el patriotismo, cuando el país está escindido en bloques sociales antagónicos, adquiere un contenido de clase. Lo que para unos es patriotismo, para otros es traición a la patria.

⁷⁵ Alberdi, J. B.: *El Brasil ante la democracia de América*, ob. cit., pp. 122 y 123.

⁷⁶ Alberdi, J. B.: *Historia de la Guerra del Paraguay*, ob. cit., pp. 177 y 178.

⁷⁷ Chávez, Fermín: *Alberdi y el mitrismo*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1961, p. 74.

⁷⁸ Murray, Luis A.: *Pro y contra de Alberdi*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 84.

La Patria que para el mitrismo es la provincia de Buenos Aires, con su puerto y su Aduana, para Alberdi es el interior latinoamericano donde incluye al Paraguay y a la campaña oriental. La civilización, que para Sarmiento es trasladar Europa a América, para Alberdi significa desarrollar América desde sus propias raíces. Por eso, persiste en la denuncia de la guerra: "Para civilizar [Mitre] a su modo al Paraguay, le ha quitado y destruido sus ferrocarriles, sus vapores, sus arsenales, sus defensas, sus telégrafos, su riqueza, su paz; pero en cambio le ha dado la libertad de la miseria, la soledad de los cementerios, el cólera, la fiebre amarilla y la dominación del Brasil. Inquietaba al patriotismo de Mitre que el general López dominase en el Paraguay, pero no le inquieta el que lo domine el Emperador del Brasil. Belgrano fue al Paraguay para quitar esa provincia argentina a los Borbones, Mitre ha ido para entregar el Paraguay al borbón Gastón de Orleans, pariente de Fernando VII"⁷⁹.

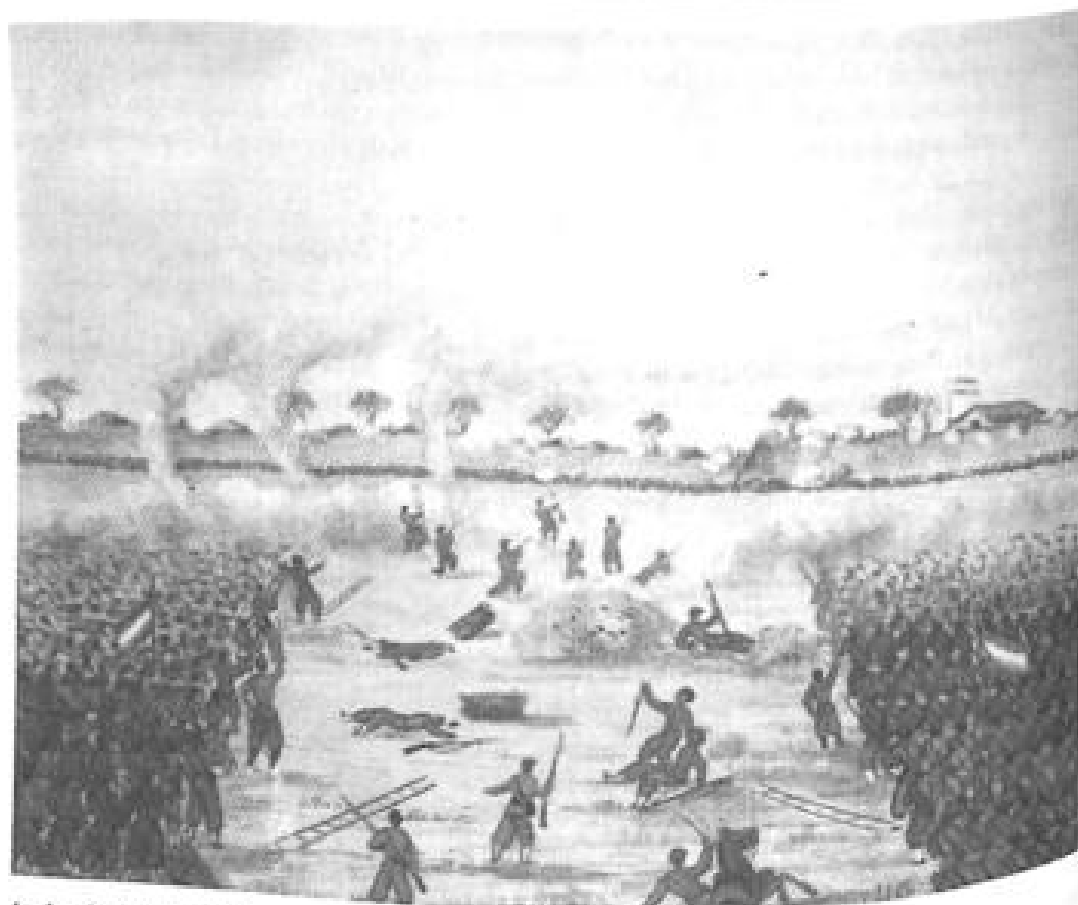
Esta referencia al cólera, por parte de Alberdi, lleva a recordar un episodio gravísimo vinculado a la guerra del Paraguay: El escritor Laurindo Lapuente, periodista y autor de varios libros, denuncia por entonces no solo la represión mitrista en el noroeste argentino, sino que, en un artículo titulado "El cólera", revela que "el cólera se ha producido porque los aliados, de común acuerdo, arrojaban al río los muertos de bala o de epidemia, para envenenar las poblaciones del Litoral que eran adversas a la alianza y a la guerra"⁸⁰. Esta lucha contra el poder oligárquico sella el destino de Laurindo Lapuente, silenciado, marginado, muere en 1870. El olvido organizado -por aquellos que tienen demasiada memoria- cae sobre él y también sobre su denuncia. Pero con el correr del tiempo, se hace pública una carta donde el Marqués de Caxias, jefe militar brasileño, le escribe lo siguiente al Emperador del Brasil, el 18/11/1867: "Mitre ha estado muy de acuerdo conmigo en todo, hasta que los cadáveres de cólera sean lanzados desde la escuadra, como de Iupirá, a las aguas del Paraná, para llevar el contagio a las poblaciones ribereñas, principalmente las de Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe, que le son opuestas"⁸¹. De mane- ra similar, la tradición oral recoge la versión de que los alsinistas incorporados al ejército, por ser enemigos políticos del mitrismo, eran destinados siempre a la vanguardia, de la cual eran pocos los que regresaban.

Como conclusión, la guerra de la Triple Alianza -o de la Triple Infamia, como se la ha llamado- solo resulta comprensible desde la óptica latinoamericana. Las historias de las patrias chicas no ofrecen respuestas. En ellas, Alberdi y Varela serían traidores, Solano López y el imperio brasileño y el mitrismo serían intrusos en el conflicto de la Banda Oriental. Venancio Flores un oriental entrometido en las provincias argentinas y luego invasor de su propio país con apoyo bélico brasileño y argentino. Como sostiene Alberdi no es una guerra internacional, sino una guerra civil porque, en definitiva, América Latina es una nación. Así, la destrucción del Paraguay, tanto de la mayor parte de su población como de su modelo de crecimiento autónomo, se inserta en la política oligárquica del mitrismo dirigida a consolidar en Sudamérica una semicolonía británica. Asimismo, esa historia del Paraguay y su modelo de desarrollo prueban la posibilidad de aplicar un plan económico de crecimiento hacia adentro, de acumulación de capital autónomo, con decisiva presencia estatal y política social en beneficio del pueblo, como lo había teorizado Moreno y como lo había implementado parcialmente San Martín en Cuyo.

⁷⁹ Idem, pp. 97 y 98.

⁸⁰ Galasso, Norberto (comp.): *Los malditos II*, Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2005, p. 206.

⁸¹ Despacho privado del Marqués de Caxias, mariscal de ejército en la guerra contra el gobierno del Paraguay, a S. M. el emperador del Brasil, don Pedro II, del 18/11/1867, reproducido por Chavennat José: *Genocidio americano: la guerra del Paraguay*, Asunción, 1998, Apéndice.



Asalto de Curupayti. Acuarela de José Ignacio Giarmendia.

Trabajo práctico sobre la Guerra del Paraguay

En su excelente libro *Pro y contra de Alberdi*, Luis Alberto Murray analizó especialmente la conducta del tucumano frente a esta guerra y su interpretación de la misma. En la última parte del libro, Murray se refiere a la destrucción del Paraguay, al genocidio que significó la guerra y asimismo a la mutilación de territorio y al endeudamiento en un millón de libras esterlinas con la banca externa. Y luego formula las siguientes preguntas:

"¿Se le dice al estudiante actual que los ocho mil soldados que preparó Urquiza como aporte entrerriano a la guerra se dispersaron en Basualdo y Toledo, y no precisamente por cobardía, sino, como bien lo manifestaron, porque preferían pelear 'contra Buenos Aires' a hacerlo con 'sus hermanos' del Paraguay? ¿Aliarme con los porteños? Prefiero a Calfucurá", exclama el general Ricardo López Jordán.

"¿Se le dice al estudiante actual que las 'principales familias' de Buenos Aires mandaban, sí, a sus hijos a morir al Paraguay, pero en las demás provincias los contingentes se obtenían por leva? Ahí le mandos unos voluntarios: devuélvame las manecas'...

"¿Se le dice al estudiante actual que en Salta se festejó la derrota aliada de Curupayti como una victoria propia, porque lo era del Paraguay?

"¿Se le dice que al estudiante actual que los 'libertadores' no solamente saquearon y pillaron Asunción y el tren administrativo que siguió al Mariscal hasta Cerro Corá, sino que también vendieron y remataron en Buenos Aires hasta las íntimas pertenencias de López y madame Lynch?

"¿Se le dice al estudiante actual que 'los civilizadores' porteños se trajeron, como *souvenir* de la guerra, el cráneo del doctor Gaspar Rodríguez de Francia, hasta hace unos años guardado -o escondido por pudor- en el Museo Histórico Nacional?

"¿Se le dice al estudiante actual que inmediatamente después de terminar la masacre de paraguayos, casi se hacen la guerra argentinos y brasileños, por los despojos liberados?

"¿Se le dice al estudiante actual que no solamente Alberdi sino también figuras tan ilustres como José y Rafael Hernández, Carlos Guido Spano, Nicolás Calvo, Ovidio Lagos, Miguel Navarro Viola, Olegario Andrade, denunciaron y combatieron por todos sus medios a la inicua guerra contra el Paraguay?

"¿Se le dice al estudiante actual lo que Emilio de Alvear, hijo del vencedor de Ituzaingó, escribía al terminar la guerra a Vicente G. Quesada? Vale la pena repetirlo: 'El Paraguay, en peores condiciones de gobierno, de clima y topografía, se ha bastado a sí mismo durante cinco años de guerra tenaz y sin tregua. Los paraguayos tuvieron marina que ha peleado con honor. El Paraguay ha sucumbido, pero al menos cada disparo de cañón o fusil que resuena en los montes marcando su agonía, es de pólvora, cañón y armas paraguayas. ¡Tiene con qué hacer sus honras fúnebres! Entre nosotros es extranjero el arma que nos mata, la que nos defiende, hasta el arma con que vencemos' [...]

"¿Se le dice, en fin, al estudiante actual, que todas las simpatías exteriores, tanto europeas como americanas, estaban de parte del Paraguay?"

¹¹ Murray, Luis A.: ob. cit., pp. 91 y 92.

CAPÍTULO XV

SARMIENTO: ¿CIVILIZADO O BÁRBARO?

Sarmiento en la presidencia

Al concluir su mandato en 1868, Bartolomé Mitre continúa siendo el representante de la clase dominante ligada al interés británico. Su prestigio y liderazgo se conservan especialmente en la ciudad puerto y en la relación con los hombres del Imperio, pero su figura se halla desvalorizada en el resto del país, no solo por la represión económica libreimponida durante sus seis años en el poder, sino también por la política nacional, así como por los decaimientos que atenta contra los intereses de la producción nacional, así como por los decaimientos cometidos como jefe militar en la guerra contra el Paraguay. No se halla, pues, en condiciones de imponer su sucesor, quien, para su gusto, debería ser Rufino de Elizalde, también descalificado en la opinión pública como "el brasileiro" por la subordinación de su diplomacia frente al Brasil. Por supuesto, tampoco el hombre para reemplazarlo puede ser Urquiza, ya aletargado en su Palacio San José, dedicado por entero a codiciosos negocios, en esa declinación que lo conduce de caudillo de su provincia a codicioso empresario.

Por diversas circunstancias, que intentaremos explicar, la fórmula Domingo Faustino Sarmiento-Adolfo Alsina se constituye en el binomio presidencial para el período 1868-1874. Pero, antes de avanzar en los entrelazos que nos permitan descifrar este triunfo del sanjuanino "alquilón de Buenos Aires" y del hijo de uno de los más claros arquetipos del unitarismo rivadaviano (Don Valentín) puede resultar útil adentrarnos en el análisis de los dos personajes que llegan, de manera un tanto insólita, a la Casa de Gobierno.

Domingo Faustino Sarmiento según las distintas corrientes historiográficas

A través de su vida política, de sus luchas y escritos periodísticos, de sus obras literarias y de su correspondencia, hay varios Sarmientos que difícilmente puedan identificarse y valorarse de una sola manera.

El más conocido es el Sarmiento ideólogo, que ofrece a sus contemporáneos un cuerpo de ideas, centrado en la alternativa "civilización o barbarie", que conforma durante largo tiempo el pensamiento más representativo de la clase dominante.

Más allá de que Sarmiento haya sido consciente o no, él entrega a la clase dominante una herramienta poderosísima para hegemonizar ideológicamente al resto del país, especialmente a la clase media. En este sentido, sin ninguna duda, es un reaccionario, porque esa concepción permite legitimar el orden semicolonial. A través de esas ideas, la oligarquía "azonza" a los argentinos, implanta la "colonización pedagógica" (en el idioma usado por Jauretche), es decir, logra el consenso, impone, como diría Gramsci, "el sentido común" de la sociedad argentina o, como sostenía Marx, logra que "las ideas de la clase dominante sean las ideas dominantes en la sociedad".

Por esta razón, la Historia Oficial le rinde homenaje junto a Rivadavia y Mitre, en

agradecimiento no a su gestión presidencial, ni a su literatura, sino al lema "civilización o barbarie".

Por la misma razón, los historiadores de la corriente Historia Social lo respetan y evitan criticarlo. (Más bien prefieren dedicarse a denostar a José Hernández, su reverso ideológico, o a Felipe Varela, una alternativa latinoamericana o a Raúl Scalabrini Ortiz, el descubridor del andamiaje de opresión semicolonial con que nos dominó el Imperio Británico.)

A su vez, el nacionalismo clerical lo juzga un enemigo, no por brindarle ideología a la clase dominante, sino por haber sido defensor de la Ley 1420 de enseñanza laica, en detrimento de la escuela confesional. Las bombas de alquitrán con que tradicionalmente la agrupación nacionalista Tacuara y otros grupos clericales "festejaban" los 11 de septiembre haciendo puntería en los bustos de Sarmiento tienen ese sentido de defensa de la religión y de lo tradicional, y no sentido antiimperialista.

Desde el revisionismo nacional y popular, con origen en FORJA, Jauretche formula la crítica más profunda a Sarmiento en cuanto a la función cumplida como ideólogo, reconociéndole virtudes en otros terrenos, como el literario, pero insistiendo en que lo grave es el Sarmientismo, como concepción de la oligarquía y los "sarmientudos", cultores de esas ideas, peores aún que Sarmiento.

El revisionismo federal-provinciano ha retomado ese aporte de Jauretche y se ha preocupado, además, por rescatar algunas de las facetas positivas del sanjuanino, especialmente en su desempeño como presidente de la nación. Asimismo, procura demostrar que Sarmiento no es, como sí lo es Mitre, un neto representante de la oligarquía.

Sarmiento ideólogo

Jauretche comienza sosteniendo que un ideólogo es "quien ama la idea como idea, como abstracción, pero no 'la cosa en sí'". El ejemplo más nítido es el pequeño burgués que se juzga socialista y vanguardia de la clase trabajadora, pero cree que los trabajadores se equivocan siempre cuando votan, dada su incultura. Por tanto, ama al socialismo y ama también a un trabajador abstracto, en estado puro, pero desprecia al trabajador real, al cual no conoce pero al que supone engañado por ingenuo, incapaz e iletrado, tan ignorante que ha sido víctima, por ejemplo, de "la demagogia peronista" desechando los consejos sabios de los líderes de la izquierda tradicional.

Señala Jauretche que el General Roca dio la mejor definición de Sarmiento como ideólogo: "Amaba a la Patria, pero no a sus compatriotas; a la educación, pero no a los maestros; a la humanidad, pero no a sus semejantes". (El mismo Jauretche señala, como experiencia propia, que en su juventud tuvo que romper con esa actitud de ideólogo para poder "sustituir el amor a la humanidad en abstracto por el amor a nuestros paisanos, humanidad efectiva y concreta".)

¿Cuál es la ideología sarmientina? Tiene su columna vertebral, como se ha señalado en la concepción "civilización o barbarie".

Supone que la "civilización" está en Europa y la "barbarie", en América. Por tanto, la América bárbara no puede desarrollarse, crecer desde ella misma, porque es incapaz, iletrada, abúllica, racialmente inferior. Para progresar, debe importar lo europeo. Cuanto más importe de Europa, más civiliza, más destruye la barbarie. Civilizar es implantar lo

¹ Jauretche, Arturo, en prólogo a *Pro y contra de Sarmiento*, de Luis A. Murray, Buenos Aires, Peña Lillo, 1974, p. 8.

europeo, eliminar lo propio. Luego -concluye Jauretche- "civilizar es desnacionalizar". Es decir, en términos concretos: aniquilar al indio, al gaucho, al negro, al mestizo, aniquilar las leyendas y tradiciones, las costumbres, las industrias propias, las experiencias, las expresiones de las multitudes autóctonas y los caudillos, nacidos como expresión de esa realidad "bárbara".

La "barbarie", según Sarmiento

Lo autóctono es "lo bárbaro" que es preciso eliminar: los indios, por ejemplo. Así sostiene: "¿Lograremos exterminar a los indios? Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. Esa canalla no son más que unos indios asquerosos a quienes mandaría colgar ahora si reapareciesen. Lautaro y Caupolicán son unos indios piosos, porque así son todos. Incapaces de progreso, su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se les debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado".

En otra oportunidad, afirma: "Estamos por dudar de que exista el Paraguay. Descendientes de razas guaraníes, indios salvajes y esclavos que obran por instinto o falta de razón. En ellos, se perpetúa la barbarie primitiva y colonial [...] Son unos perros ignorantes [...] Al frenético, idiota, bruto y feroz borracho Solano López lo acompañan miles de animales que obedecen y mueren de miedo. Es providencial que un tirano haya hecho morir a todo ese pueblo guaraní. Era necesario purgar la tierra de toda esa excrecencia humana, raza perdida de cuyo contagio hay que librarse".

De manera semejante se refiere a los negros: "Los negros [...] ponían en manos de Rosas un celoso espionaje, a cargo de sirvientes y esclavos proporcionándole, además, excelentes e incorruptibles soldados de otro idioma y de una raza salvaje [...] Felizmente, las continuas guerras han exterminado a la parte masculina de la población".

Con respecto a los gauchos, ya se han reproducido algunos juicios rotundos como que "su sangre es lo único que tienen de humano" y resulta "un buen abono para la tierra", en carta a Mitre, del 20/9/1861, o que son "animales bípedos de perversa condición", también en carta a Mitre, del 24 de marzo de 1863.

Por otra parte, en su libro *Conflictos y armonías de las razas en América*, abundan las referencias despreciativas hacia indios, negros y gauchos. De la misma manera repudia las raíces hispánicas, suponiendo que todo lo español es necesariamente autoritario y reaccionario, óptica que lo conduce a idealizar lo anglosajón. Esta propuesta de aniquilar a lo que llama "barbarie" se expresa con motivo del degüello del Chacho Peñaloza -según hemos señalado- así como en su consejo a Mitre después de Pavón: "Urquiza debe desaparecer... Southampton o la horca". Del mismo modo preconiza el asesinato de Benavidez: "La muerte del gobernador Nazario Benavidez es acción santa sobre un notorio malvado. Dios sea loado".

Su *Facundo* se halla nutrido de denuestos y acusaciones, muchas de ellas falsas, como el mismo lo reconoce en carta al "manco" Paz. También cabe reproducir algunos frag-

² Jauretche, Arturo: *Manual de zancas argentinas*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1968, p. 25.

³ Sarmiento, Domingo Faustino: artículos de *El Progreso*, 27/9/1844 y de *El Nacional*, 19/5/1857.

⁴ Sarmiento, Domingo F.: artículo de *El Nacional*, 12/12/1877.

⁵ Sarmiento, Domingo F.: *Facundo*, La Plata, Universidad de La Plata, 1938, p. 273.

⁶ Carta de Sarmiento a B. Mitre, del 20/9/1861, en *Archivo del general Mitre*, La Nación, Buenos Aires, 1911, p. 361.

⁷ Sarmiento, Domingo F.: *El Nacional*, 23/10/1858.

mentos de su obra literario-histórica: "Facundo es un tipo de la barbarie primitiva [...]. Su cólera era la de las fieras: la melena de sus renegridos y ensortijados cabellos caía sobre su frente y sus ojos en guedejas como las serpientes de la cabeza de Medusa, su voz enronquecía y sus miradas se convertían en puñaladas. Dominado por la cólera, mataba a patadas, estrellándole los sesos a N. por una disputa de juego, arrancaba ambas orejas a su querida porque le pedía treinta pesos, abría a su hijo la cabeza de un hachazo [...]. En todos sus actos se mostraba el hombre bestia [...]. Tenía reputación entre hombres groseros que llegaban a atribuirle poderes sobrenaturales". "Llega a San Juan y los principales de la ciudad [...] salen a encontrarlo. Pasa sin mirarlos [...]. Una negra que lo había servido en su infancia se presenta a ver a su Facundo, él la sienta a su lado, conversa afectuosamente con ella, mientras sacerdotes y notables de la ciudad están de pie, sin que nadie les dirija la palabra, sin que el jefe se digne despedirlos".

Respecto a Artigas, también descarga su odio en gruesos epítetos, siempre relacionados con la supuesta barbarie: "cruel, bárbaro y sanguinario, cuatrero y salteador", "monstruo, endurecido animal de rapiña", "bestia, animal feroz".

Estas opiniones despectivas sobre Artigas, Rosas y el resto de los caudillos federales abundan en diversos escritos de Sarmiento, y son propias de quien juzga bárbaras a las masas populares que les dan apoyo.

La "civilización", según Sarmiento

Al planteo de concluir con indios, gauchos y caudillos, agrega, por oposición, su admiración por lo europeo y lo yanqui, es decir, preconiza un destino colonial. Así le escribe en enero de 1850, al diplomático inglés Southern: "Yo pertenezco, señor, al número de esos millares de argentinos a quienes, en una sesión de la Sala de Representantes, denunciaba D. Baldomero García en 1839 como 'que quieren andar a la extranjera, hablar a la extranjera, vestir a la extranjera' y mis simpatías por los extranjeros no lo excluyen a S. S., representante de una de esas naciones a quienes el gobierno de Rosas atribuye brutales caprichos e infames aspiraciones". En la misma carta le señala: "Pertenezco al corto número de los habitantes de la América del Sur, que no abrigan prevención alguna contra la influencia europea en esta parte del mundo; como publicista he sostenido diez años a esta parte que estaba en nuestro interés abrir a la Inglaterra y a todas las naciones europeas la navegación de nuestros ríos, para que desarrollasen el comercio, la riqueza, creasen ciudades y estimularan la producción [...]. Dan testimonio de los escritos y la afición de los ingleses". Respecto a su anglofilia, ya hemos reproducido un texto contundente cuando aboga que fue un error rechazar las invasiones inglesas. Él estaba convencido de que si en 1806, nos hubiéramos dejado dominar por los ingleses, "se habrían anticipado, bajo el dominio británico, de cincuenta años, los beneficios de la civilización inglesa, las ventajas del comercio y, de seguro, el privilegio de tener asambleas efectivas". Asimismo, se asume como responsable de la invasión francesa en "Los que cometieron aquel delito de lesa americanismo [apoyar la invasión francesa en

* Sarmiento, Domingo F.: *Facundo*, Buenos Aires, CEAL, 1967, pp. 84-86.

* Ídem, p. 125.

* Sarmiento, Domingo F.: *Conflictos y armonías de las razas en América*, Buenos Aires, Intermundo, 1946, pp. 303, 305 y 308.

* Sarmiento, Domingo F.: *Campaña en el ejército Grande*, Buenos Aires, Kraft, 1957, p. 16.

* Ídem, p. 13.

* Domingo F. Sarmiento, citado por Manuel Gálvez en *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, TOR, 1957, p. 412.

1838/40], los que se echaron en brazos de la Francia para salvar la civilización europea, sus instituciones, sus hábitos e ideas en las orillas del Plata, fueron los jóvenes, en una palabra, ¡fuimos nosotros! [...] Somos traidores a la causa americana, española, absolutista, bárbara [...]. De eso se trata, de ser o no ser salvajes". O declara: "Inglaterra se estaciona en las Malvinas. Seamos francos, esta invasión es útil a la civilización y al progreso".

Completa la concepción colonial, negándonos destino industrial y naviero y reduciendo las posibilidades a lo agropecuario pues "la grandeza del Estado está en la pampa pastora, en las producciones tropicales del norte y en el gran sistema de los ríos navegables. Por otra parte, los españoles no somos ni industriales, ni navegantes y la Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos, en cambio de nuestras materias primas".

En otra oportunidad, declara: "Pretender abrir caminos artificiales, fraguando industrias lucrativas con derechos protectores, imponer al consumidor una contribución por la cual se le obliga a pagar más caro lo que había logrado más barato, es un medio que a la corta o a la larga se paga caro". Es preciso destacar que Sarmiento había tenido simpatías proteccionistas hasta encontrarse con Richard Cobden en Barcelona, durante su viaje a Europa. A partir de allí, quedó convencido de los beneficios de la libre importación: "Cobden ha destruido [...] todos los grandes principios en que reposaba la ciencia gubernativa [...] La protección de las industrias nacionales [le dijo Cobden], es un medio inocente de robar dinero al vuelo arruinando al consumidor". Por eso, afirma con entusiasmo: "luego que se abriesen a la navegación los ríos que desembocan en el Plata; entonces la mercantil Inglaterra llevaría hasta Matto Grosso, Salta y las misiones brasileñas sus artefactos [...] pues que siendo estos países habitados por pueblos que no tienen capacidad fabril, la Inglaterra ha de proveerlos de artefactos". Asimismo, no comprende la necesidad de tener flota propia para poder defender los precios de lo que se comercia: "El día que Buenos Aires vendió su escuadra hizo un acto de inteligencia que le honra [...] Las costas del sur no valdrán nunca la pena de crear para ellas una Marina. Librenos Dios de ello y guardémonos nosotros de intentarlo". Con el mismo criterio sostiene: "La Patagonia austral es una tierra desértica, frígida e inútil. No vale la pena gastar un barril de pólvora en su defensa. ¿Por qué obstinarse en llevar adelante una ocupación nominal?".

Sarmientismo y sarmientudos

Para poder utilizar a su favor esas ideas de Sarmiento -instrumento fabuloso para defender sus intereses agropecuarios y de subordinación al imperialismo inglés- la clase dominante ocultó todo aquello que demostraba que Sarmiento era -también él- un bárbaro. Así, fabricó la imagen del Gran Educador, colmado de virtudes, pensador profundo y equilibrado, sociólogo avanzado, nutrido en Europa de las principales teorías de la época. Se lo hizo bronce. Se escamotearon sus disidencias con Mitre y los perfiles singulares de su presidencia. Se

* Sarmiento, Domingo F.: *Facundo*, CEAL, ob. cit., p. 235.

* Sarmiento, Domingo F.: *El Progreso*, 28/11/1842.

* Sarmiento, Domingo F.: *Facundo*, La Plata, Universidad de La Plata, 1938, p. 290.

* Ídem, p. 74.

* Domingo F. Sarmiento citado por Roberto Tamagno en *Sarmiento, los liberales y el imperialismo inglés*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1963, p. 65.

* Sarmiento, Domingo F.: *Campaña en el Ejército Grande*, ob. cit., p. 15.

* Sarmiento, Domingo F.: *El Nacional*, 12/2/1857 y 7/6/1859.

* Sarmiento, Domingo F.: *El Nacional*, 19/7/1878 y 30/5/1881.

elevó el *Facundo* al nivel de "Biblia nacional". (Así también pasó a los colegios como alumno ejemplar, que nunca faltaba a clase, ejemplo de modales, que no mentía, etc.)

Con las ideas de Sarmiento -y ocultando su conducta y buena parte de su vida política- la oligarquía fabricó el sarmientismo y, por consiguiente, a los sarmientudos. El sarmientismo, concepción antinacional, desdeña al pueblo por racialmente inferior, pues proviene de indios, negros y gauchos- y por inculto, guiado solo por bajas pasiones, cargado de inmoralidad, violento, proclive a las corruptelas y a endiosar a caudillos y demagogos, enemigo del progreso y de los adelantos del mundo desarrollado. Los sarmientudos son aquellos devotos de esta concepción. Y no solo los conservadores liberales sino inclusive aquellos definidos como izquierdistas que combinan fraseología marxista con sumisión total a la concepción de "civilización o barbarie", o a la teoría de que la política es una lucha entre cultura e incultura o entre moral y corrupción y no, como es realmente, expresión de intereses económico-sociales en pugna, es decir, de la lucha de clases. Esta función que cumplió Sarmiento -más allá de la conciencia o inconsciencia de sus aportes- lo convierte en servidor de los intereses de la clase dominante, aportante de la ideología necesaria al modelo de la Argentina agroexportadora subordinada al Imperio británico

Sarmiento, el hombre

Pero el verdadero Sarmiento, según testimonios, correspondencia y sucesos incuestionables de su vida, era bastante distinto. En su personalidad conviven los antagonismos que él pretendió hallar en los avatares de la sociedad de su época. Es un hombre tensionado entre su pasión argentina y bárbara, y su inteligencia colonial, reverente ante el hecho externo.

Su vida y su obra aparecen signadas por ambas influencias contradictorias, siempre en turbulenta pugna y quizás podría concluirse que de ahí vienen aciertos y desaciertos, estallidos imprevistos y declaraciones descomedidas, que le ganan la fama de "loco".

No es casualidad que nace casi al mismo tiempo que la revolución (1811), en una familia golpeada fuertemente por las transformaciones económicas de la época, que da clases desde joven no siendo maestro, que describe la pampa federal para tornarse luego unitario, que describe la pampa sin conocerla y brega por la pequeña propiedad agraria cuando se están consolidando los latifundios, como si las fuerzas contradicciones que atraviesan al país marcaran también su contradictoria figura.

Es un bárbaro, de la barbarie que él le atribuye a *Facundo*. De ahí que no extraña su vinculación familiar con el caudillo riojano, a través de los Quiroga Sarmiento. Es profundamente nacional en su literatura en cuanto a la forma. Si bien a menudo mentirosa y colonial en los contenidos, resulta rotundamente argentina en las formas, donde alcanza niveles singulares. Luis Alberto Murray en *Pro y contra de Sarmiento* recuerda que Alberdi lo calificaba de "un *Facundo* Segundo". Y transcribe este juicio de Leopoldo Larra: "Facundo y *Recuerdos de Provincia* son nuestra *Ilíada* y nuestra *Odisea*; *Martín Fierro*, nuestro romancero. Eso no



Caricatura de Sarmiento en *El Mosquito*.

¹¹ Murray, Luis A.: *Pro y contra de Sarmiento*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1974, p. 32.

puede ser sino de aquí; sería inconcebible en cualquier otra parte; y a la vez comprende al hombre eterno que resulta inteligible para todo el mundo¹². (Véanse por ejemplo, las cálidas y magníficas descripciones del rastreador, del gaucho cantor, del baqueano, en *Facundo* o la reconstrucción de personajes como la madre, la Toribia, Na Cleme y otros en *Recuerdos de Provincia*).

Produce obras históricamente falsas, sociológicamente sin fundamento (el deterioro de las economías provincianas y la declinación socioeconómica las adjudica al caudillaje cuando, por el contrario, el caudillaje es la consecuencia de ese deterioro, originado en la libre importación) pero que, sin embargo, por su forma, por su pasión, fundan una literatura con perfiles propios, nacionales.

Jauretche lo califica como "Un *Facundo* que agarró pa' los libros" y a pesar de las fuertes críticas de sus zoncetas, advierte los claroscuros que hay en Sarmiento: "Asombra ver cómo un individuo de tan extraordinario talento y seguramente inspirado en la enorme pasión de una patria imaginaria, ha caído en esos dislates recubiertos por su magnífica prosa¹³". "Sarmiento es para mí uno de nuestros más grandes -sino el mejor- prosistas. Narrador extraordinario [...] siendo sus ideas económicas, sociales, culturales y políticas de la misma naturaleza que su novelística: obras de imaginación mucho más que de estudio y de meditación¹⁴". "Temperamento apasionado y combativo, un bárbaro, un primitivo, su retrato de *Facundo* es, casi, un autorretrato¹⁵". "Tiene apuro por hacer el país y lo quiere hacer fácil. Quiere evitar las dificultades que impone la realidad. Es una puerilidad de niños que están jugando a la historia y lógicamente los ayudan los grandes que tienen intereses en que esa historia se juegue: ahí está la mano del extranjero¹⁶".

En su juventud, Sarmiento sostiene simpatías federales hasta que -según sus recuerdos- al conocer de cerca los restos de una tropa federal que venía del combate, sus rasgos "bárbaros" propios de soldados en derrota, sucios, desgrefiados, con rotosa indumentaria, provocaron su rechazo y se hizo unitario. Como tal combatió a Rosas, debiendo exiliarse no sin antes escribir su mensaje de vituperio a "los enemigos de la libertad": "On ne tue pas les idées" (las ideas no se matan¹⁷) o "On ne tue point les idées" (que según el historiador Natalio Botana, Sarmiento atribuye erróneamente a Fortoul¹⁸). Exilado en Chile, descarga su artillería literaria sobre los caudillos, tomando a *Facundo* como excusa para escribir contra Rosas. Regresa luego al país en 1852 para sumarse al movimiento contra el Restaurador, pero a los pocos días de Caseros, como se ha señalado, rompe con Urquiza y vuelve a exiliarse, criticándolo desde Yungay, operando así en el mismo sentido del mitrismo antiurquicista, con el cual colabora durante el período de la secesión de Buenos Aires. Después de la batalla de Pavón, propone la más brutal represión contra caudillos y masas populares del interior. En esa época, su alineación con el mitrismo le valdrá el calificativo de "alquilón de Buenos Aires".

Sin embargo, ese "alquilón de Buenos Aires", le escribía, en junio de 1856, a su amigo tucumano José Posse: "No hablemos de Buenos Aires. Nada hay que esperar de él, precisamente porque todo lo tiene, si no es inteligencia y previsión. ¿Qué podéis esperar de un

¹² Idem, p. 38.
¹³ Jauretche, Arturo: *Libros y alpargatas, "civilizados o bárbaros"*, Buenos Aires, Los Nacionales Editores, 1983, p. 18.
¹⁴ Idem, p. 23.
¹⁵ Idem, p. 25.
¹⁶ Idem, p. 26.
¹⁷ Domingo F. Sarmiento citado por Manuel Gálvez, ob. cit., p. 68.
¹⁸ Botana, Natalio R.: *Domingo Faustino Sarmiento*, colección Los nombres del poder, Buenos Aires, FCE, 1996, p. 16.

pueblo que sin gobierno, sin prensa útil, sin administración, sin ejército casi, emprende a la vez la construcción de un muelle, un camino de hierro, un alumbrado de gas, una aduana, varios templos, diez leguas de empedrado, 1500 edificios particulares, y que dobla las entradas de aduana, tiene doce millones de depósitos de particulares en el banco, y recibe tres mil emigrantes por mes que ganan 12 reales plata diarios, y los trabajos se suspenden por falta de brazos? ¿Qué vas a decirle de provincias, nación, Urquiza, y putas, a quien tiene a la Ida y a la Biscachianti en la Ópera luchando, con dobles entradas, a la compañía española y a la Hispanoamericana en el drama, y a más de dos clubs, una filarmónica y exhibiciones de la Sociedad de Beneficencia y comunión de los enfermos del Hospital adonde concurren por millares las señoras a derramar lágrimas de contento y de entusiasmo? ¿Qué contarle de miserias a un pueblo que amenazado por los indios, que le arrebatan cien mil cabezas de ganado de un golpe, deja que un complot de agiotistas compre doscientas mil onzas de oro, las sustraiga del mercado y las haga subir de 335 a 367 en quince días y bajar de 350 de ayer a hoy? ¿Que lucha por voltear a Portela que vale tanto como... como vos... y se burla de la opinión amotinada y las cosas marchan bien, mal, peor, pero marchan? ¿Vas a hablarle a este pueblo de Urquiza, el congreso y todas esas majaderías? Yo estoy aquí como en mi casa en Chile, estimado de todos, como estiman a cualquier otro [...] Estoy bien, saludo a todos, me saludan, me agasajan se hallan placen de que venga a habitar en este país. Si les digo que son unos malvados me hallan mucha razón y me ofrecen un habano. En seguida se habla de la Biscachianti, de Portela, del precio de las onzas. Hasta de los indios se habla algunas veces; pero de Urquiza, de vos, y de la Confederación nunca, o pocas veces; pues la conversación cae, con este comienzo. 'Con Urquiza nada puede hacerse'".

En esa época, como consecuente sanjuanino, ya disiente con Mitre respecto a la propuesta de la República del Río de la Plata. Asimismo, bajo la presidencia de Mitre, participa por decisión propia -provocando el enojo de Don Bartolo- en el Congreso Hispanoamericano de Lima. Sostiene Rebollo Paz: "Las amonestaciones de Elizalde, como canciller, fueron, desde luego, autorizadas por el Presidente [Mitre], lo que había creado un profundo resentimiento en el espíritu de Sarmiento. Además, el golpe recibido con la muerte de Dominguito y las cartas de pésame enviadas al padre [Sarmiento] contenían malignas críticas a Mitre por el episodio de Curupaytí; poco faltaba para que se le declarara responsable de la desgracia sufrida por Sarmiento". Todas estas circunstancias llevan al distanciamiento entre Sarmiento y Mitre, aunque los libros escolares los muestran en plena armonía.

De la misma manera, basta adentrarse en la biografía de Don Domingo para que también otros mitos se desvanezcan. El bronce fabricado por la oligarquía se desmorona apenas uno conoce sus anécdotas y sus costumbres. Según la clase dominante, él sería "el gran educador", el gran ejemplo de cultura, apóstol del magisterio, dechado de virtudes éticas, especialmente en lo formal, fabulando un arquetipo, un modelo, que los niños debían imitar, por su equilibrio y buenos modales. Pero nada más apartado de la realidad. Una a una, caen las fábulas que se repitieron durante décadas en los colegios.

Durante mucho tiempo, los maestros exigieron a los alumnos "la asistencia perfecta" sosteniendo que Sarmiento no faltaba a clase y que en los días de lluvia se hacía presente con botas, capa, gorra y paraguas, hasta que Jauretche visitó San Juan y comprobó que no llueve en el período escolar. Pregonaban también nuestras maestras que Sarmiento

* Epistolario entre Sarmiento y Posse (1845-1888), Buenos Aires, Museo Histórico Sarmiento, 1914, tomo 1, pp. 61 y 62, carta del 15/6/1856.

* Rebollo Paz, León: Sarmiento presidente, Buenos Aires, Edic. del autor, 1968, pp. 20 y 21.

decía siempre la verdad y sostenían "que le indigestaba más una mentira que una ensalada de pepinos" hasta que aparecieron dos cartas suyas probando lo contrario: 1) "Remito a usted un ejemplar del Facundo [...] obra improvisada, llena por necesidad de inexactitudes, a designio a veces, no tiene otra importancia que la de ser uno de los medios tocados para ayudar a destruir un gobierno absurdo"; "Si miento lo hago como un don de familia, con la naturalidad y la sencillez de la verdad".

También referían que era un niño modelo en la escuela, pero de la atenta lectura de Recuerdos de Provincia surge lo contrario: "La plana [libreta escolar] era abominablemente mala, tenía notas de policía [conducta deficiente] había llegado tarde, me escabullía sin licencia y otras diabluras con que me desquitaba del aburrimiento". Asimismo, lo mostraban como un hombre sensato y equilibrado, justamente a él a quien, por sus dislates e insólitas ocurrencias, lo llamaban "el loco". Se recuerda la anécdota cuando, como funcionario, visita el manicomio y un loco se le acerca y lo recibe con estas palabras: "¡Al fin, Sarmiento entre nosotros!".

Álvaro Yunque señala: "Este marciano a quien la lucha, por demás insidiosa de sus pequeños enemigos, engrandece, grita: 'Yo soy don Yo', y consciente de su valer o megálomano, loco o clarividente, se honra a sí mismo. El día que me echen, mi última retreta podrá decir en justicia: Acompañad a ese cadáver, no volveréis a tributar iguales honores a un argentino más ilustre". Tiene razón. Es un espectáculo magnífico y ejemplar. Aníbal Ponce ha escrito sobre él: 'Infundió en las venas de la Argentina sangre de Europa para corregir con el amor del trabajo la indolencia morisca que dejó el conquistador [...] Europeizar América: he ahí su programa, y predicador, legislador, ejecutor, no le arredró un momento la enormidad de su propósito'".

El historiador liberal León Rebollo Paz admite que "Sarmiento era un personaje molesto. Nadie está cómodo a su lado, por sus indiscreciones, sus impertinencias de castaño viejo, sus provocaciones, sus reacciones imprevistas, sus quisquillosidades. Vive buscando camorra; hasta ha cruzado bastonazos en un incidente personal en las calles de Buenos Aires".

En tanto que Zorroaquin Becú afirma: "Nadie escapa a sus denuestos [...] Miguel Navarro Viola, un día, harto, le retruca llamándole 'mujer pública de San Juan, con certificado de sanidad, que en la tierra que le da de comer insulta a la probidad y al trabajo, sin trabajo ni probidad'. Para Sarmiento, Nicolás Calvo era un 'compadrito de la prensa', con estilo 'fanfarrón y rastrero', su calidad, 'un cualquiera' que utiliza 'su habilidad en las artes del homicidio' [porque se batió a duelo]. Y a su vez, Calvo, que no es manco, le responde: 'Usted, Sarmiento, nos ha llamado gallos de mala ralea a los porteños, pero yo pienso que usted, que nos insulta, no es gallo, ni pollo: es gallina'".

La desmesura era su salida habitual como cuando, en oportunidad en que mantiene una polémica con un diputado, le envía al día siguiente, un fardo de pasto para que se alimente. Otra vez, enemistado con el padre del poeta Evaristo Carriego, escribe: "Ya

* Carta de Sarmiento a José María Paz, del 22/12/1845.

* Carta de Sarmiento a Manuel Rafael García, del 28/10/1868, citada por Manuel Gálvez, ob. cit., p. 445.

* Sarmiento, Domingo F.: Recuerdos de Provincia, Buenos Aires, Talleres Rosso, p. 202.

* Amadeo, Octavio: Víctimas argentinas, Buenos Aires, Clordia, 1957, p. 76.

* Yunque, Álvaro: La literatura social en la Argentina, Buenos Aires, Claridad, 1941, pp. 97 y 98.

* Rebollo Paz, León, ob. cit., pp. 12 y 13.

* Zorroaquin Becú, Horacio: Tiempo y vida de José Hernández, Buenos Aires, Emecé, 1972, p. 48.

* Idem.

* Idem, p. 49.

salió Cagarriego con sus deposiciones en la prensa". ¿Y qué decir de los insultos, rayos y centellas que arroja sobre Alberdi en ocasión de su polémica? Iguales dictérios a los que emplea comúnmente en su función legislativa: discutiendo con Agustín Cabeza, le dice: "Usied no es cabeza, es cola y muy sucia"; a Navarro Viola: "Mucho me han ladrado, pero especialmente el perro más pulguiento, flaco y sarnoso, Miguel Navarro Viola". O sobre las damas integrantes de la Sociedad de Beneficencia: "Son veinte señoras viejas, ricas e ignorantes" y la Mariquita es "una fregona".

Octavio Amadeo, en *Vidas argentinas* -quizás como recuerdo o tradición familiar- lo describe así: "Pertenecía a una clase media, pobre, ambiciosa y rutinera, pesada y lenta como una carreta [...] No sentía el ridículo que paraliza a los débiles [...] No era puro como Belgrano y San Martín. Cuando faenaba, se metía en el barro hasta las rodillas y los codos; pero era el barro noble de los constructores. Era ejecutivo y feroz frente a la anarquía. No participó en la ejecución del Chacho, pero lo hubiera hecho con placer [...] A veces, en la exaltación de la polémica, las altas horas lo encuentran escribiendo, lanza carcajadas, golpea y grita. Está dando a luz los hijos de su espíritu [...] Fue un hombre 'humano', de 'humus', tierra, producción ingenua y fuerte de la tierra madre, pero producción violenta y catastrófica, porque él era sin duda de formación volcánica [...] No vivió en la torre de marfil, que solo conviene a los poetas [...] La polémica era para él una necesidad, una fiesta; era su gimnasia sueca, le hacía circular la sangre [...] Sarmiento era el reverso de un místico, quería ver y tocar. En este sentido era un sensual. Las ideas para él tenían uñas y pelos y dientes. Él peleaba por una idea o contra una idea, materialmente, como un boxeador [...] Era jactancioso y provocativo; sacaba la lengua y se golpeaba la boca, lanzaba su mala palabra y se ponía su penacho de piel roja, con cascabeles y plumas, carnavalesco y sublime, como un capitán de Troya. Contribuía a cimentar la fama de su desequilibrio su popular vanidad. Tenía una vanidad proverbial y candorosa [...] Su aspecto es plutónico; parece que hubiera brotado de alguna rajadura de la tierra. Tiene planta de jornalero, manos rudas, media estatura, cargado de hombros; pero es calvo y este rasgo desorienta, no es jornalero. Moreno, simiesco por los ojos juntos, a veces sus pupilas estrábicas se unifican y aparece el ciclope. Cara arrugada, voz pastosa, gesto de rumiante [...] Su cara y su cuerpo son simiescos y faunescos. No es difícil imaginárselo desprendiéndose de los árboles para cometer violencias en la selva. No era lo que se llama un hombre bien educado. Las gentes bien educadas son muy agradables, pero no siempre hacen grandes cosas. Es rústico en la mesa, pero de exquisita sobremesa [...] Su franqueza es agresiva, su sinceridad insolente. Cuando le sube su noble cólera sanguínea, el gran viejo regañón usa con frecuencia la interjección nacional. Habla con desenfado, con jactancia de soldadote y egolatrías de sultán. No sonreía, reía; sabía refr. No tenía la sonrisa volteriana del labio fino, donde hay una pizca de maldad. Refa, sacudiéndose todo, hasta llorar, como los gordos sanos, con alegría faunesca [...] Se admiraba de todo y aplaudía como un marinero [...] Su audacia es frenética, su esperanza obcecada [...] Allí va el viejo loco, de grandes orejas y labios gruesos, gesticulando"¹¹.

Ignacio Anzoátegui, a pesar de su antipatía por haber promovido la enseñanza laica, lo reivindica por su autenticidad bárbara y frontal: "Mientras sus contemporáneos leían a Moratín [...] Sarmiento escribía malas palabras como podía hacerlo un clásico. No le tentaba la elegancia cajetillista ni la otra elegancia llorona. Él pensaba 'la puta que los parió' y escribía 'la puta que los parió', porque nunca en su vida dio rodeos para nada"¹².

¹¹ Amadeo, Octavio: *ob. cit.*, pp. 67-86.

¹² Anzoátegui, Ignacio: *Vida de muertos*, Buenos Aires, Theoría, 1934, p. 98.

Eduardo Wilde dejó también un retrato del sanjuanino, a pinceladas de fina ironía: "Sarmiento no nació para ser entendido, sino sentido. Era un grito, no una palabra. Por eso pudo hacer lo que no fluía netamente de su estructura: enseñar métodos de educación siendo el ser más antimetódico que haya existido, precisamente por cuanto su talento tenía vetas de genio y los genios no obedecen a los reglamentos. Él enseñaba hasta lo que no sabía porque lo evocaba y hacía nacer en su auditorio, con su gesto, con una interjección. Propiamente las masas de ideas que poblaban la cabeza de Sarmiento no podían llamarse conocimientos, sabidurías; él no sabía nada, porque nada había aprendido: él había producido por sí mismo su dotación de nociones, casi en la totalidad de su extensión, y procedía como los astros luminosos que no saben nada de la luz, pero la generan, la gestan -dispense el verbo- y la derraman a torrentes sobre los orbes [...] mentía, pues, cuando venía a mano, en sus citas y en sus afirmaciones [...] Hablando, parecía maestro en todo [...] Sarmiento llenaba la atmósfera de rayos, relámpagos y truenos [...] ¿Quién podía dejar de oír a Sarmiento? El sello más indeleble de su persona psíquica era 'la imposibilidad de pasar desapercibido'. Donde él estaba había conflicto, gresca, pelea, batalla [...] Así, en todas partes, este hombre extraordinario resultaba 'educando' por vías incalculadas y siendo él mismo ineducado e ineducable [...] Todo en él expresaba energía, resolución, firmeza. Su cara y la actitud de su cuerpo provocaban, desafiaban y transparentaban el deseo de ser agredido para agredir él a su vez, y era la efígie del atleta que se prepara a la lucha. Había en su mirada por momentos cierta ferocidad y en su aspecto, cuando iba a comenzar un discurso en el Senado, algo de animal antiguo y formidable, parecía que de las razas extinguidas se había levantado un representante amediluviano"¹³.

Probablemente, su temperamento vehemente y poco "civilizado" queda expresado de manera inmejorable por él mismo en carta a Juan María Gutiérrez: "Con la señora Menéndez [la famosa Mariquita Sánchez] nos hicimos amigos pero tanto que una mañana solos, sentados en un sofá, hablando ella, mintiendo, ponderando, con la gracia que sabe hacerlo, sentí... vamos, a cualquiera le puede suceder otro tanto, me sorprendí, víctima triste de una erección tan porfiada que estaba a punto de interrumpirla y, no obstante sus sesenta años, violarla. Felizmente, entró alguien y me salvó de tamaño atentado"¹⁴.

Humano, demasiado humano, este hombre apasionado vive en permanente contradicción con su vocación intelectual que paradójicamente lo lleva a idealizar todo lo que proviene de la inteligencia. El joven Jorge Luis Borges -cuando todavía sabía historia argentina por tradición oral y antes de conocer a Victoria Ocampo- lo definía acertadamente: "Sarmiento (norteamericanizado indio bravo, gran odiador y desentendedor de lo criollo) nos europeizó con su fe de hombre recién venido a la cultura y que espera milagros de ella"¹⁵. Por todo esto, este argentino contradictorio muestra aciertos notables, pero también pecados gravísimos.

De cualquier modo, constituiría un grave error asemejarlo a Mitre, como puede comprobarlo quien analice detenidamente el período de su presidencia: 1868-1874. Pero veamos cuál es el camino singular por el cual Sarmiento llega a la Presidencia y quién es su compañero de fórmula.

¹³ Carta de Eduardo Wilde al doctor Yofre, del 20/10/1900, en *Obras completas de Eduardo Wilde*, Buenos Aires, La Facultad, 1935, volumen noveno, pp. 42-45.

¹⁴ Carta de Sarmiento a Juan María Gutiérrez encontrada por Federico Jeannaire en Archivo de J. M. Gutiérrez, en Moreno, María: "Femista y amante apasionado", *Periódico Sur*, Buenos Aires, 10/09/1989.

¹⁵ Borges, Jorge L.: *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Seis Barral, 1993, p. 12.

El "compadrito Adolfo Alsina"

Adolfo Alsina había nacido en 1829, era hijo del presuntuoso y vanidoso don Valentín Alsina, quien se había paseado en el escenario de la política argentina como un arquetipo del rivadaviano más extremo, quizás aún más alejado del pueblo que el propio Don Bernardino. Adolfo ingresó, pues, a las luchas de su época, marcado por ese signo paterno y no causa sorpresa saber que había formado un grupo de choque para asesinar a Urquiza en 1852. Sin embargo, ya recibido de abogado, se lo encuentra habitualmente en los boliches del suburbio, estableciendo amistad con compadres y muchachas de la noche. Poco a poco, el señorito se va convirtiendo en compadrito y toma vuelo propio respecto a la autoridad paterna. Así, cuando Mitre intenta convertir en capital federal a toda la provincia de Buenos Aires, Adolfo ya ha roto la relación con los amigos de su padre y echa las bases del Partido Autonomista en Buenos Aires, para oponerse a dicho proyecto. A partir de ese momento, empieza a surgir otro Adolfo Alsina cuyo predicamento crece en la campaña bonaerense y en los suburbios de la ciudad-puerto, adquiriendo rasgos de caudillo popular o como dirán sus enemigos, un perfil de "demagogo de la plebe".

"Adolfo era extravertido, ruidoso, populachero y demagógico -señala Scenna- Se metía entre el pobrero, frecuentaba los boliches y pronto tomó la terminología y los gestos del pueblo. Caminaba a paso corto y elástico [...] Se amanecía en tertulias y tertidas. Frecuentador de prostíbulos, mantenía cordialísimas relaciones con madamas y pupilas⁸⁶. La tradición oral recuerda que en las medianoches en que se encaminaba hacia el barrio de los lenocinios, les comentaba a sus amigos: 'Voy a visitar a 'las señoras' [...] Asimismo, tenía trato amistoso con guapos y compadres pendencieros, orilleros de pañuelo al cuello y chambergos ladeado. Entre ellos el famoso Juan Moreira, a quien le regaló un caballo y 'chusma' de las orillas: peones de matarifes, compadritos, gauchos bonaerenses, negros, como también intelectuales de historia antimitrista como Nicolás Calvo y Leandro Alem y gente expectable del tiempo de Rosas, como los Sáenz Peña, Torres, Terrero, Saldías, Lahitte y un muchacho que prometía importantes destinos llamado Hipólito Yrigoyen⁸⁷".

La presencia política del "compadrito" Alsina había crecido mucho hacia 1867, junto con Alberdi y Urquiza era tenido por presidenciable en los corrillos politiqueros. Por entonces, poco antes de concluir su período presidencial, Mitre dio a conocer una carta considerada su testamento político, en la cual descalificaba las posibles candidaturas de Urquiza, Alberdi y Alsina, evidenciando su apoyo a Rufino de Elizalde para que lo sucediese en el gobierno. Afirma Rebollo Paz: "Con referencia a Sarmiento, sin inquirir su candidatura, [Mitre] expresa que la carta-programa de este es 'una cox a nuestro partido'. Gran repercusión tuvo, entonces, esta insólita expresión de Mitre, innecesaria, agravante y grosera [...] Los amigos de Sarmiento bramaron de indignación⁸⁸. Por entonces, Sarmiento le escribe a su amigo José Posse: "Me dice Aurelia Vélez que los culones de Buenos Aires se han venido y proponen de candidato al viejo Vélez, lamentando ella que así aparezca la desunión, dando esta ventaja a Elizalde que me dicen da muchos convites y gasta mucho té y vino [...] Yo no quiero gobernar sino para gobernar y hacer efectivos los pensamientos que en treinta años he emitido; necesito ser llevado al poder por una fuerte opinión para poner la mano en donde duele. Ya los culones de Buenos Aires sienten dónde les aprieta el zapato. Los mazorqueros, los bárbaros, los ladrones me

⁸⁶ Scenna, Miguel Ángel: "El mito olvidado", revista *Todo es Historia*, N° 122, Buenos Aires, diciembre de 1977, p. 27.

⁸⁷ Murray, Luis A.: *Clarín*, Buenos Aires, 15/1/1979.

⁸⁸ Rebollo Paz: León, ob. cit., p. 27.

comprenden. Por mi parte y eso para ti, solo te diré que si me dejan le haré a la historia americana un hijo⁸⁹".

Por su parte, Adolfo Alsina reacciona también contra el documento discriminatorio de Mitre: "Permítame que le diga que si ha habido en la república Argentina una candidatura de falsificación, esa ha sido la de usted [...] Su elección [en 1862] tuvo lugar siendo gobernador de Buenos Aires y encargado del poder ejecutivo nacional, esto es, Presidente de hecho de la República, y cuando las provincias no habían sacudido el estupor producido por el gran estremecimiento de Pavón [...] Sin embargo, usted hace gala en su carta de haber sido libre y unánimemente elegido, agregando que de ese origen popular ha sacado su fuerza para gobernar⁹⁰. En esa época, Alsina ha logrado acuerdos con Luque, gobernador de Córdoba y Nicasio Oroño, de Santa Fe. Pero su fuerza no va más allá y todavía no se halla en condiciones de aspirar a la presidencia, ni tampoco puede concertar un acuerdo con Urquiza, dada la base de viejos rosistas que está nucleándose a su alrededor. Por eso, desde la provincia de Buenos Aires, Alsina -a través de sus amigos Nicolás Avellaneda y Miguel Navarro Viola- busca el acuerdo con Sarmiento, con vistas a la elección presidencial. La propuesta "Alsina-Sarmiento" resultaba valedera para salirle al cruce a la candidatura del mitrista Elizalde. El sanjuanino no tiene apoyo en Buenos Aires, pero ha logrado adhesión en el interior, especialmente en jefes militares y acuerda entonces con el jefe del autonomismo, pero logra dar vuelta la fórmula: Sarmiento-Alsina. El irascible Don Domingo acepta acordar con ese "compadrito porteño" pero desde ya, advierte a sus amigos, que su vicepresidente se ocupará solamente de "tocar la campanilla como Presidente y Vicepresidente⁹¹".

Según Botana, en abril de 1868, cuando se eligen los electores a Presidentes y Vicepresidentes, se produce inicialmente una marcada dispersión de fuerzas políticas. Sarmiento obtiene el apoyo de Cuyo con 28 electores, Adolfo Alsina lo iguala con 28 electores de la provincia de Buenos Aires y Urquiza obtiene 26 electores provenientes del litoral y Salta. Elizalde, con el apoyo del gobierno de Mitre, logra 32 electores en Santiago del Estero (los Taboada), Tucumán y Catamarca. Según Scenna, Sarmiento obtiene el apoyo también de Córdoba y Jujuy, alcanzando algo más de 50 electores, pero igualmente no le alcanza por sí solo para imponer su candidatura. La situación se define cuando Sarmiento y Alsina llegan a un acuerdo que les permite prevalecer sobre los otros candidatos⁹². Las cifras, en la votación definitiva de los electores, resulta, según Amuchástegui, de este modo: Sarmiento 79 (incluyendo los alsinistas), Urquiza 26 y Elizalde 22⁹³.

Sostenido en fuerzas sociales del interior, especialmente en el ejército, y en el acuerdo con el alsinismo bonaerense (caracterizado por su antimitrismo), Sarmiento llega al poder, en 1868, con el disgusto de Mitre. Seis años después, al concluir su mandato, en 1874, sustenta la designación de Avellaneda como presidente y enfrenta la insurrección militar del mitrismo. Además, durante su presidencia, recibe la fuerte crítica de *La Nación* y de Mitre. Todo ello indica que la oligarquía no se expresa en Sarmiento, ni está satisfecha con su gobierno.

La base social del gobierno de Sarmiento

Una comparación entre Mitre y Sarmiento permite clarificar esta situación. Mitre es el jefe político de la oligarquía. La familia es dueña de campos, del diario *La Nación* y tiene

⁸⁹ Carta de Sarmiento a Posse, desde Nueva York, 20/9/67, en *Epistolario Sarmiento-Posse*, ob. cit., pp. 170 y 171.

⁹⁰ Carta de Alsina a Mitre, del 24/12/1867, citada por Scenna, Miguel A.: ob. cit., p. 22.

⁹¹ Botana, Natalio: ob. cit., p. 48.

⁹² Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónica Argentina Histórica*, Buenos Aires, Codex, 1969, tomo IV, p. 212.

estrechos vínculos con los ingleses. Mitre nace políticamente como expresión de la burguesía comercial porteña a la cual expresa y puede señalarse que a partir de las "Sesiones de Junio" de 1852 y su paso por la gobernación de Buenos Aires, va siendo el jefe de la oligarquía porteña. En Pavón, es ya el hombre fuerte del sector liberal-conservador. Sarmiento, en cambio, proviene de una familia sanjuanina en decadencia, no posee diario ni partido propio, ni tampoco un patrimonio personal que le facilite su accionar político.

Mitre es decididamente pro-inglés. Sarmiento es pro-europeo (se retracta sobre los criollos en *La condición del extranjero en América*) o más bien, pro-yanqui, en tanto su estadía en Estados Unidos lo lleva a admirar a ese país que, en aquella época, resultaba menos peligroso como posible dominador. Mitre defiende la Provincia-Metrópoli, con sus ferrocarriles, su puerto y la Aduana. Sarmiento se declara "porteño en las provincias" y "provinciano en Buenos Aires".

Alfredo Terzaga, en su *Historia de Roca*, analiza agudamente la llegada al poder por parte de Sarmiento. Allí explica el fracaso del proyecto mitrista -ocasionado por el rol lacayuno que Elizalde ha jugado respecto a Brasil, durante la Guerra de la Triple Alianza- y el nacimiento, desde el ejército, de la candidatura de Sarmiento, impulsada por Lucio Mansilla mientras el sanjuanino se halla en misión diplomática en Estados Unidos. Esto se explica -afirma Terzaga- por las profundas transformaciones operadas en el ejército, especialmente en el interior del país.

Su tesis reside en que, para 1868, la represión mitrista y la casi extinción de la montonera, como asimismo el avance del ferrocarril, ha significado "la disolución de la vieja sociedad argentina" del interior. Los que antes eran soldados del Chacho o de Varela -peones, troperos, carreros, reseros, así como artesanos de la pequeña producción abatida por la mercancía importada- constituyen una gran masa social expulsada hacia la marginalidad y que ya no puede, por falta de recursos, desarrollar la lucha montonera como en otra época: "El nuevo ejército se irá saturando de oficiales provincianos y de soldados incorporados a la fuerza, que buscan en el alistamiento una manera de borrar el pasado o de escapar a la indigencia local [...] Con jefes y oficiales nacidos en ambas márgenes de Plata, y con una tropa heterogénea, sacada no pocas veces de los presidios o compuesta de montoneros vencidos, de 'vagos' reclutados a la fuerza, de mercenarios alistados a falta de mejor fortuna, y de 'desuinados' por delitos políticos o comunes, el ejército de esos años, que se vuelve homogéneo en los campamentos y en los esteros, representa, de manera harto vívida, la disolución de la antigua sociedad de las Provincias Unidas. Para decirlo de otro modo, ese ejército es la expresión 'organizada' de la disolución de un mundo sociedad argentina"¹³. Agrega Terzaga: "Con su rutina, sus penurias y su gloria opaca, el rasero de la vida militar uniformaba en un mismo crisol a los gauchos de un mundo derrotado; a los antiguos pastores y cultivadores andinos, que habían abandonado por fuerza sus tacuaras; a los jóvenes de la clase 'decente' de las provincias, como también a muchos hijos de los oficios y aún de las viejas 'castas', que encontraban en la vida militar y en sus duros honores, un estatus superior al del nivel del que salían"¹⁴.

Ese "nuevo" ejército no admite el nacionalismo de los federales -ya en declinación- a quienes identifican como resistentes a la Guerra del Paraguay, pero tampoco "el brasilerismo" expresado por Elizalde y por Mitre, pues presiona sobre ellos la gran repulsa popular a esa guerra y por otro lado, los desaciertos militares de Mitre durante la misma que han sido tan graves como para provocar el encono de soldados y oficiales.

¹³ Terzaga, Alfredo: *Historia de Roca*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1976, tomo 1, pp. 239 y 240.

¹⁴ *Idem*, tomo 1, p. 241.

Así, la candidatura de Sarmiento no expresa al viejo federalismo en disolución, pero tampoco al mitrismo. Su base social se encuentra en el interior, que le da sustento a través de la fuerza militar y en el alsinismo en la provincia de Buenos Aires. Se podría afirmar que, en última instancia, si bien continúa al mitrismo -en la medida en que no revierte su política proinglesa- por otra parte, adopta diversas medidas que expresan un camino distinto y son de importancia tal que el mitrismo constituye la mayor oposición al gobierno del sanjuanino.

Con relación a los hombres que lo acompañan en su gestión, se observan algunos de trayectoria urquicista (Gorostiaga, Frías y Domínguez), otros vinculados al mitrismo (Costa, Gainza), otros independientes como Vélez Sarsfield (viene del rosismo aunque ha negociado con el mitrismo).

En este gabinete, se suponía que ocuparía un lugar Lucio V. Mansilla, quien había trabajado intensamente en el sector militar para asegurar el apoyo a la candidatura del sanjuanino a la presidencia, pero no fue así. Se cuenta que una noche de portiada lluvia en que Sarmiento se encuentra en su casa armando el gabinete, Mansilla golpea a su puerta para reclamarle que no se olvide de él. Sarmiento hace caso omiso a los llamados hasta que finalmente se asoma por el balcón, ante lo cual Mansilla, totalmente empapado, le reitera a los gritos (dada la sordera de don Domingo), que aspira a un ministerio. Finalmente, Sarmiento entiende de qué se trata y le contesta, también a los gritos: "Pero no, hombre, en este gobierno ya hay un loco que soy yo y con usted seríamos dos, lo que resultaría una barbaridad [...], después de lo cual cierra la ventana dando por terminado el incidente".

En la vicepresidencia, la presencia de Adolfo Alsina, convertido en acérrimo enemigo de Mitre en los últimos años, constituye otro sostén importante del sanjuanino, a pesar del resquemor que le guardan algunos rosistas de viejo cuño que reingresan a la política a través del "compadrito" Adolfo.

Pero lo evidente es la animadversión de la clase oligárquica hacia el nuevo presidente, esa misma que paradójicamente aprovecha su lema "Civilización o barbarie" como instrumento de dominación ideológica.

En su biografía sobre Sarmiento, Manuel Gálvez -crítico del sanjuanino- señala, con suma honestidad, de qué modo el mitrismo se constituye en decidida oposición, aun desde antes de la asunción presidencial.

En este aspecto, resulta interesante rescatar un episodio no suficientemente conocido. Ya electo presidente pero antes de asumir, una medianoche, don Domingo hace abrir el cementerio porque siente la necesidad de acercarse a la tumba de su hijo Dominguito (Domingo Fidel Castro, hijo carnal de Sarmiento y Benita Martínez Pastora, aunque registrado como hijo de Benita y Domingo Castro y Calvo, su padre legal, después conocido como Domingo F. Sarmiento -"F" de Fidel, aunque podría referir a Faustino- dado que Sarmiento lo adopta dándole su apellido, una picardía de la historia cuando ese nombre y apellido todavía no estremecía a los poderosos). Esparcida la noticia, al día siguiente (5/9/1868), *La Nación* publica un artículo titulado "El rey se divierte", donde comenta que el presidente electo regresó a su casa, a la madrugada, "después de una francachela"¹⁵. El 6 de octubre, seis días antes de asumir como presidente, *La Nación* le envía otra puñalada a fondo, reproduciendo un artículo publicado por Sarmiento, durante su exilio en Chile, donde sostuvo el derecho chileno sobre La Patagonia y la zona de Magallanes, o más explícitamente, desde el Río Negro al sud. (Se trata de un artículo en *La Crónica*, de Chile, del 4 de mayo de 1849, que prosigue

¹⁵ Gálvez, Manuel: *ob. cit.*, p. 292.

uno anterior, del 29 de abril, analizados extensamente por Ricardo Font Ezcurra en su libro: *La Unidad Nacional*¹⁶).

Ante este ataque, *El Nacional* defiende a Sarmiento con el argumento de que otros liberales unitarios también cometieron pecados de este tipo, como Florencio Varela queriendo escindir Entre Ríos y Corrientes, o Valentín Alsina llamando a los franceses a bloquear Buenos Aires. Gálvez comenta: "Cómo habrá gozado en Southampton Don Juan Manuel, al saber que sus antiguos enemigos se llamaban traidores unos a otros"¹⁷.

El sanjuanino al timón de la República

El avance de los rieles y la mercadería importada, así como la represión aplicada por el mitrismo, ha ido consolidando el modelo agroexportador. Sarmiento asume el poder en 1868, cuando este proceso se halla en pleno desarrollo. Los estancieros presionan para ganar tierras que aún se hallan en poder de las comunidades originarias y al mismo tiempo se ocupan de desplazar al criollo de las tierras libres y someterlo como peón. La simple ocupación ya no da derechos. Los alambrados y las escrituras parcelan la pradera pampeana. Sostiene Scalabrini Ortiz: "... dos tipos de propiedades tenían a su alcance los nativos: las minas y las tierras. El laboreo de las minas fue paralizado, cuando no eran de metales preciosos que se agotaron rápidamente por una correlación letal de oposiciones financieras, de competencia de ultramar y la incapacidad de los transportes. La existencia de las minas fue sepultada en capas de silencio y de olvido más impenetrables que las capas geológicas que las habían recubierto hasta su descubrimiento. Quedaba la propiedad de la tierra. Teóricamente todos tenían acceso a ella. Doctrinariamente, todos los ciudadanos eran iguales ante la ley. Pero, en su primer mensaje a las Cámaras, en mayo de 1859, el presidente Sarmiento sienta un principio monstruoso que de un solo golpe transforma en intrusa a toda la población del agro: 'el título de propiedad debe sustituir a la simple ocupación'¹⁸. "Cerquen, no sean bárbaros", sostuvo asimismo el sanjuanino¹⁹. Agrega Scalabrini Ortiz: "la posesión real de la tierra la habían obtenido los criollos con la simple ocupación indiscutida [...] [pero] en adelante, la propiedad se adquirió en el trámite burocrático de la ciudad [...] Comerciantes y aristócratas porteños se lanzaron como huitres sobre la codiciada presa, en íntima fraternidad de intereses con los supuestos capitalistas extranjeros. Así nació, en esa comunidad de conveniencias y de ocupación de la propiedad vernácula ese connubio que ha perdurado hasta el día de hoy, entre nuestra oligarquía y el capital extranjero [...] De ese enorme drama solo queda un testimonio: el canto sencillo e inmortal del *Martín Fierro*"²⁰.

En este aspecto -y a pesar de algunos intentos con sentido social impulsados por Sarmiento- durante estos años aparecen nuevos grandes propietarios rurales que se agregan a la recientemente fundada Sociedad Rural, mientras se asiste al despojo y desplazamiento del gaucho y continúa el enfrentamiento por la ocupación de "los territorios libres" en poder de los pueblos originarios.

Sin embargo, el nuevo presidente -insistamos en ello- no expresa al bloque de las clases oligárquicas.

¹⁶ Font Ezcurra, Ricardo: *La unidad nacional*, Buenos Aires, Theoría, 1961, pp. 49-51.

¹⁷ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 294.

¹⁸ Scalabrini Ortiz, Raúl: *El capital, el hombre y la propiedad en la vieja y en la nueva Construcción*, Buenos Aires, Reconquista, 1948, p. 18.

¹⁹ Sbarra, Noel: *Historia del alambrado en la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955, p. 52.

²⁰ Scalabrini Ortiz, Raúl: ob. cit., p. 19.

El día de la asunción, Sarmiento se halla muy molesto entre los vítores a Mitre. No bien asume, destituye funcionarios y empleados de la anterior administración. Asimismo, su primer año de gobierno transcurre bajo la crítica del diario *La Nación*.

Desde el principio, su gobierno debe afrontar varios conflictos. Uno de ellos se produce en San Juan, dado el enfrentamiento entre los sectores que apoyan al gobernador Manuel Zaballa (y a Guillermo Rawson) con los del bando liderado por Valentín Videla. Sarmiento procede a intervenir la provincia y libera a los legisladores encarcelados. Después le escribe a su amigo Posse: "Ya has visto lo de San Juan. Todo el partido Liberal está contra mí, porque no les he dejado matar en las torturas de una cárcel a la Legislatura, a causa de nombrar senadores [...] El ensayo me ha salido mal. Se necesita la violencia en todo. En el momento en que te escribo hay paz general -si no es que Guayama se levanta en La Rioja- los blancos amenazan invadir desde Entre Ríos, los liberales de Corrientes no contentos con vivir quisieran vengarse de Urquiza. Varela nos costará cien mil pesos, inicialmente gastados. Estoy pues, empeñado en consolidar un gobierno. La guerra del Paraguay sigue, sin que podamos distraer un soldado ni economizar un centavo; y Calafurá nos amenaza con una guerra formidable"²¹.

También en Salta, la política de Sarmiento entra en colisión con el mitrismo, al no corresponderse con las exigencias del gobernador de Santiago del Estero, Taboada. Este último, perteneciente a una familia que es el último reducto de Mitre en el interior, le escribe a su jefe: "En Salta, bajo la presión del comandante Roca, munido de instrucciones reservadas del Presidente Sarmiento, se han cometido tropelías y escándalos bochornosos, se han hecho destituciones de empleados, en masa; se han reconsiderado las elecciones de diputados que hacía tiempo se hallaban ejerciendo su cargo, para deponerlos y formar mayoría en la Legislatura con el objeto de asegurar el triunfo de un candidato para gobernador de la provincia"²².

Otros incidentes complican la gestión del sanjuanino. En marzo, Arredondo derrota a las montoneras de Santos Guayama, después de lo cual toman prisionero a un joven mendocino de 25 años, del grupo de Guayama, llamado Zacarías Segura. No obstante el reclamo popular, Arredondo procede a su fusilamiento. Peor aún, en Loncoigüé, son detenidos varios entrerrianos enemigos de Urquiza; enviados por la fuerza, se sublevan y son fusilados por oficiales del ejército nacional, acción que recibe la aprobación de Sarmiento, quien, además, indica que sea fusilado Chamorro, jefe de esa partida. En septiembre, no obstante el reclamo de doscientas personalidades, Sarmiento otorga también su aprobación para que sea fusilado Aurelio Zalazar, quien había insurreccionado a soldados riojanos para que no concurriesen a la guerra contra el Paraguay y había regresado al país considerándose indultado. No obstante que la vida de los montoneros les resulta despreciable, los liberales aprovechan los casos de Segura y los fusilados de Loncoigüé para lanzar fuertes ataques al gobierno.

Así, en noviembre de 1869, el diario mitrista lo ataca ferozmente culpándolo de las ejecuciones de Sandes, (degollamiento de prisioneros después de Punta de Agua), para lo cual publica una carta de Sarmiento a Mitre, donde el primero se adjudica la responsabilidad de la represión. Respecto a este acoso, Sarmiento le escribe al general Rivas: "Don Bartolo me molesta por los medios imaginables, y él se ha encargado de cuanto cuestión desmoronadora puede presentarse. *La Nación* fue la que sacó los fusilados de Sandes para herirme. Se sublevaron los bandidos que mandó Urquiza [en Loncoigüé]. Don Bartolo alegó que no

²¹ Carta de Sarmiento a Posse, de febrero de 1869, en *Epistolario Sarmiento-Posse*, ob. cit., tomo I, pp. 233 y 234.

²² Pérez Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo IV, p. 229.



Episodio de la fiebre amarilla, Buenos Aires, 1871, óleo sobre tela, de Juan Manuel Blanes. Museo Nacional de Artes Visuales, Montevideo.

hubo consejo de guerra [...] La verdad es que [Mitre], en su vida ha abierto un libro y solo por su presuntuosa ignorancia y su intención de dañar, desvaría. En la cuestión de San Juan ha desvariado tres horas⁶¹. En otra carta afirma que Mitre: "se ha presentado tres veces ebrio en el Senado"⁶².

A estos problemas se agrega la epidemia de fiebre amarilla que a partir de enero de 1871 provoca gran mortandad, llegando al poco tiempo a 15.000 víctimas. En solo un día, la epidemia mata 545 personas, generando pánico colectivo y obligando al cierre de escuelas y reparticiones públicas. El flagelo declina a mediados de 1871, pero, de cualquier modo, significó un gravísimo problema para el gobierno.

Sarmiento y los pueblos originarios

La otra cuestión importante reside en la relación de la sociedad blanca y mestiza con las comunidades provenientes de aquellos pueblos originarios que se mantenían como "territorios libres".

Según se ha señalado, Rosas abordó esta cuestión a través de la represión, como también por la entrega de importantes subsidios, alcanzando cierto grado de convivencia. Pero, poco después de derrocado el Restaurador, se reiniciaron las hostilidades. El gobierno de Buenos Aires dejó de cumplir con las remesas que hacía don Juan Manuel y el conflicto se reavivó. Según Liborio Justo, el cacique Calfucurá entendió que parecía abrirse la posibilidad de definir a su favor la secular lucha contra los cristianos y así, el 6 de abril de 1852 "un malón cayó sobre Bahía Blanca, llevándose entonces que los 40.000 cabezas de ganado"⁶³. Desde el diario *Los Debates*, Mitre plantea entonces que "las misiones apostólicas son ineficaces. Jamás el corazón del pampa se ha ablandado con el agua del bautismo, que constantemente ha rechazado lejos de sí con la sangrienta pica del combatiente en la mano [...] El argumento acerado de la espada tiene más fuerza para ellos, y este se ha de emplear al fin para exterminarlos o arrinconarlos en el desierto"⁶⁴. Siguiendo el relato de Liborio Justo -quien reivindica al indio y participa de la idea de que se trata de una lucha de potencia a potencia- nos encontramos en esos años con reiterados malones. En febrero de 1853, Calfucurá realiza una nueva invasión y se lleva 130.000 vacunos. En 1855, tribus araucanas de los caciques Catriel y Cachul atacan a las fuerzas del gobierno. Allí Mitre es derrotado por las fuerzas de Catriel, cerca de Sierra

⁶¹ Carta de Sarmiento al General Rivas, citada por M. Gálvez, ob. cit., p. 314.
⁶² Carta de Sarmiento a M. R. García, del 7/9/1869, citada por M. Gálvez, ob. cit., p. 314.
⁶³ Justo, Liborio: *Pampas y lanzas*, Buenos Aires, Palestra, 1962, pp. 232 y 233.
⁶⁴ *Idem*, p. 233.

Chica, a la cual trepa y queda sitiado dos días hasta que logra fugarse de noche y llegar milagrosamente a salvo a la ciudad de Azul. Luego se produce la acción de Tapalqué, donde mueren 18 jefes y oficiales y 250 soldados. A su vez, Yanquetruz avanza hasta Tandil y aniquila 120 hombres del coronel Otamendi⁶⁵. Para esa época, Justo señala que "por todas las fronteras de Buenos Aires, sus pobladores y los gauchos huían aterrados ante el furor de los araucanos"⁶⁶. Esta situación se fue agravando durante la presidencia de Mitre: en febrero de 1864, los tehuelches atacaron cerca de Tapalqué y en mayo, Calfucurá encabezó un malón sobre Tres Arroyos; en octubre de 1865 atacaron las inmediaciones de Claromecó y en diciembre, otra vez Tapalqué. Asimismo, los ranqueles, "en marzo de 1866, atacaron por la frontera sur de Córdoba y el 22 de noviembre llegaron hasta las inmediaciones de Río Cuarto capturando ganado y tomando cautivos. La represión fue violenta y en marzo de 1867 fueron derrotados en las cercanías de Villa Mercedes [...]. En abril de 1868, Calfucurá insistió sobre el sur de Córdoba, al frente de 2000 hombres que regresaron con un gigantesco arreo; en febrero de 1867 grupos de araucanos que habían invadido el sur de Olavarría debieron emprender la retirada ante la ofensiva del coronel Álvaro Barros que les produjo 30 muertos [...]. Durante todo este período, la expansión y la superioridad indígenas fueron la regla"⁶⁷.



Un parte de acción -relatado el 21 de octubre de 1869 por el *Cruce*, de la frontera norte, coronel don Martiniano Charras- refrendamiento mantenido con los indios, partido de Lincoln. Es recomendando el valor, la decisión y bravo comportamiento de todos los jefes, oficiales y, especialmente, tropa a sus órdenes, lograron recuperar, alrededor de 1500 yeguarizos y haciendas, que los salvajes habían arrebatado a los pobladores de "El Triunfo" (nombre impuesto al fortín y que guarda relación con este encuentro. Las tierras que ocupan esta defensa pertenecen hoy al cuartelación y la localidad El Triunfo).

Al asumir Sarmiento -no obstante sus reiteradas declaraciones contra los pueblos originarios- intenta una política de acuerdos, especialmente con los ranqueles, más débiles en ese momento, aunque, como bien señala Martínez Sarasola, esas gestiones no prosperan⁶⁸. Los caciques admitían declararse súbditos argentinos, no reconocer a ningún cacique como autoridad, prestar servicio en la frontera, practicar la agricultura, recibir sacerdotes para que les enseñasen religión católica, pero en general estos acuerdos no se cumplían. Así resultó que en 1870, Calfucurá volvió a invadir al mando de mil araucanos, la zona de Tres Arroyos y luego, en octubre, Namuncurá atacó Bahía Blanca, con 2000 hombres. El gobierno contraatacó y murieron 50 indios en las tolderías arrasadas⁶⁹. En marzo de 1872, se produjo una invasión impresionante con

⁶⁵ *Idem*, p. 238.
⁶⁶ *Idem*, p. 240.
⁶⁷ Martínez Sarasola, Carlos: *Nuestros paisanos los indios*, Buenos Aires, Emecé, 1992, p. 262.
⁶⁸ *Idem*, p. 262.
⁶⁹ *Idem*, p. 264.

6000 guerreros de Calfucurá entrando en los partidos de Alvear, 25 de mayo y 9 de julio, lo que dejó 300 pobladores muertos, 500 cautivos y llevándose 200.000 cabezas de ganado⁷². Esta fue "la más grande invasión [...] y marcó la cima del poderío indígena"⁷³.

Calfucurá se asentó cerca de San Carlos de Bolívar y allí fue derrotado por el coronel Rivas, en marzo de 1872, en una de las mayores batallas, donde murieron 200 de sus guerreros. Se dijo entonces que la congoja produjo su muerte poco después, en Salinas Grandes quedando como jefe su hijo Namuncurá. Un diario de Buenos Aires sostenía, por entonces, que los caciques, con la diestra firmaban "comprometidos a poner a saco y fuego las fronteras de Buenos Aires, y con la izquierda el tratado de paz con la lista de pedidos de yeguas, uniformes, paños y pañetes, yerba, azúcar, tabaco, jabón y otros vicios y gollerías, condiciones y precios aplacadores para celebrar las paces"⁷⁴.

El conflicto con los pueblos originarios persiste, pues y resulta uno de los problemas que pasa de gobierno a gobierno, sin encontrar solución. Es la herencia dejada por la conquista española con aquellas comunidades a las cuales no se supo, no se quiso o no se pudo integrar. En el 2010, en una sociedad abanderada de los Derechos Humanos y enemiga de todo racismo, la reivindicación de los pueblos originarios, el reconocimiento a sus derechos en materia de idioma, cultura, costumbres y especialmente respecto a las tierras y derechos sociales, resulta indiscutible. Asimismo, está fuera de polémica la integración a nuestra sociedad como ciudadanos plenos, pero resulta discutible la posición secesionista como naciones independientes, que sostiene alguna comunidad, lo cual ahondaría nuestra balcanización.

Por otra parte, analizar los conflictos de mediados del siglo XIX con la escala de valores vigente hoy, significaría una manera absurda de construir el relato histórico. Algunos, sin embargo, proceden así apelando a un falso humanitarismo o simplemente operan de un modo demagógico respecto a los sectores medios con fines de celebridad personal, a tal punto que es común el superindigenismo en intelectuales que respecto a los siglos XIX y XX denigran a los movimientos populares y a sus caudillos.

Con respecto a aquel conflicto pasado existe hoy una polémica aun abierta en la medida en que se carece, en muchos casos, de información suficiente. Una cuestión central que se debate es establecer cuál era el nivel de desarrollo de cada una de esas comunidades, es decir, si se hallaban en condiciones de sobrevivir con sus propios recursos -como ocurrió en otras partes de América- o si habían ingresado en una declinación tal que solo podían subsistir recibiendo tributos o recurriendo al malón para aprovisionarse de alimentos, o asimismo, si esas comunidades se hallaban en condiciones y voluntad de integrarse o no existía otra solución que la guerra. Algunos historiadores señalan que no se conocieron malones en Alto Perú o en México, donde las comunidades aborígenes se preservaron como agricultoras y se mantenían por sí mismas, aunque en muchos casos también perdieron tierras por la codicia de los blancos explotadores. El malón pareciera ser exclusivo de países como el nuestro donde los descendientes de los pueblos originarios (según algunos ensayistas, debido a la utilización del caballo) perdieron el sedentarismo y la capacidad de autoabastecerse. La cuestión es sumamente compleja y no permite facilismos demagógicos que se nutran de antimilitarismo abstracto o de racismo al revés, es decir, antiblanco, ni tampoco trasladando a 1870 el valor actual de los derechos humanos.

Hay quienes sostienen que era posible reconocerles la propiedad de las tierras y en-

⁷² Ídem, p. 264.

⁷³ Ídem, p. 264.

⁷⁴ Ídem, p. 252.

señales a producir cereales y carne, respetándolos como si fueran una nación vecina con otro lenguaje, otras creencias y otra bandera. En ese caso, la lucha contra el indio brotaría de la codicia de los estancieros que quieren expandir sus campos y la responsabilidad del genocidio, que se inicia con las primeras incursiones de Martín Rodríguez en 1820, caería sobre todos los gobiernos -y en verdad, sobre toda la sociedad blanca- más allá de que algunos gobiernos, como el de Rosas o Sarmiento, intentasen acuerdos, pues aún en estos casos, también se continuó aplicando la represión. Y hay también aquellos que entienden que la cuestión nacional indígena había sido tragada por la historia y no existía otra solución que imponerles la integración o darles batalla si persistían en vivir a expensas de la sociedad blanca (ya fuese con la recepción pacífica de tributos o con la práctica del malón). Esta cuestión aún no ha sido hondamente debatida y se ha difundido la calificación de aquellos hechos desde la perspectiva del hoy, en cuyo caso no cabe duda que debe hablarse de genocidio. Aunque también es cierto que esa interpretación resulta tendenciosa, pues no se utiliza el mismo criterio para calificar a los miles de gauchos asesinados por la represión mitrista entre 1862 y 1864, tal como se ha reseñado.

Más allá de esta polémica aún abierta, lo que parece indudable es que los pueblos originarios no constituyeron el enemigo principal del gobierno de Sarmiento, sino que este rol lo cumplió el bloque de clases dominante (es decir, estancieros de la pampa húmeda y gran comercio portuario).

El enemigo principal

Así, pues, entre tantas dificultades, el principal enemigo del presidente sanjuanino seguirá siendo el mitrismo. Su oposición encarnizada resulta fundamental para aquilatar la presidencia de Sarmiento. *La Nación* es el principal opositor entre los órganos de prensa, Bartolomé Mitre encabeza las críticas desde su banca del Senado y Manuel Quintana, desde la Cámara de Diputados. Durante su presidencia, Sarmiento fue atacado sistemáticamente por la prensa mitrista⁷⁵. A su amiga Mary Mann, don Domingo le comenta agriamente: "los que sirvieron al general Mitre en su gobierno, tienen un diario que apura todos los medios para suscitar resistencias y dificultades, no economizando la calumnia, el ridículo y las imputaciones más odiosas"⁷⁶. "Desde el principio [señala Galván Moreno] Sarmiento tuvo a Mitre al frente, en su calidad de senador recién electo por Buenos Aires y a Rufino de Elizalde, candidato a la presidencia de ese partido, desde el diario *La Nación*"⁷⁷. Y agrega: "Mitre combatía al gobierno desde *La Nación Argentina* y este diario empezaba a seguir a los otros opositores en el tren de difamación que acompañó a la presidencia de Sarmiento durante todo el período de su gobierno"⁷⁸.

José Hernández, enemigo tanto de Mitre como de Sarmiento, advierte la diferencia entre uno y otro: "El pueblo [...] era enemigo de la fracción de Mitre [...] y se mantenía a la capa en presencia de la administración de Sarmiento. Reconocía las ventajas del cambio, pero no podía abrazar ciegamente su causa"⁷⁹. Inclusive Felipe Varela distingue a Sarmiento de Mitre y en una de sus últimas cartas manifiesta desde el exilio: "Dispuesto estoy a ayudarlo al presidente Sarmiento si es que marcha con la ley del

⁷⁵ Galván Moreno, Carlos: ob. cit., p. 325.

⁷⁶ Galván Moreno, C.: *Radiografía de Sarmiento*, Buenos Aires, Claridad, 1938, p. 319.

⁷⁷ Ídem, p. 309.

⁷⁸ Ídem, p. 325.

⁷⁹ José Hernández, en *El Río de la Plata*, del 19/11/1869, citado por Horacio Zorraquín Becú, ob. cit., p. 162.

país. Veremos otros meses más qué es lo que hace y según eso me resolveré lo que he de hacer yo¹⁰⁰.

Sarmiento presidente mira hacia el interior y esto es imperdonable para los grupos mitristas. Señala Galván Moreno: "Llega el 31 de diciembre de 1868 y ya se están construyendo caminos troncales en San Juan, Mendoza, Córdoba, Salta y La Rioja"¹⁰¹.

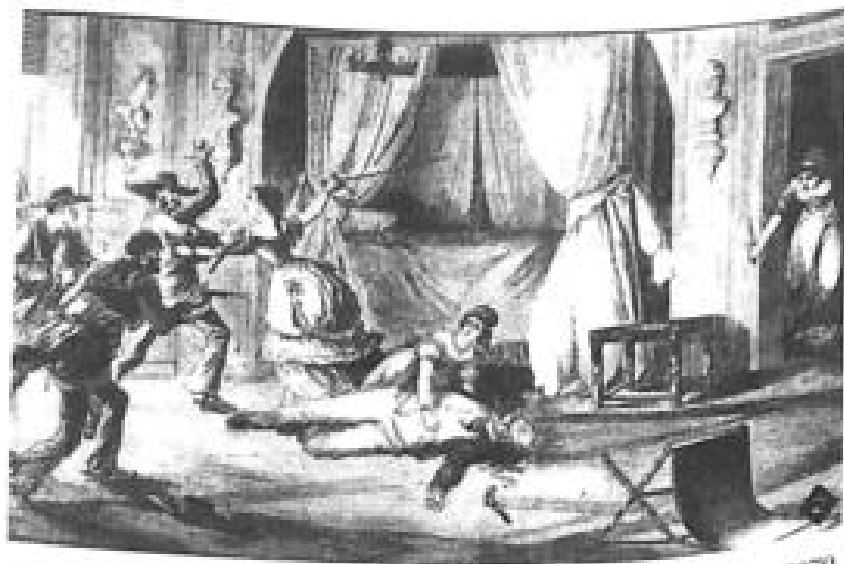
El sanjuanino le escribe a Posse: "Mitre da el ejemplo. Ha votado en contra en doscientas votaciones"¹⁰².

La Nación lo combate implacablemente. Solo este enfrentamiento explica que el sanjuanino haya superado viejos enconos para entablar una alianza con Urquiza, visitándolo en su Palacio San José, el 3 de febrero de 1870.

Como se ha señalado, Sarmiento ha llegado al poder negociando con el autonomismo alsinista, enemigo de Mitre. Luego, durante su presidencia, cuando se acentúa la presión opositora por parte del mitrismo, repite la jugada acercándose a Urquiza, ampliando así su base de sustentación política. En esa oportunidad, le ha escrito al entrerriano: "Usted ha tenido el tino de someterse al fallo dado por las elecciones [...] En usted este acto era una virtud; en el ex presidente (Mitre), un deber. De usted, sus adversarios de antes (yo entre ellos) no debían esperarlo; de nuestro amigo parecía la cosa más natural del mundo. Los roles están cambiados"¹⁰³.

El 3 de febrero de 1870, Don Domingo desembarca en el puerto de Concepción del Uruguay y emprende camino hacia el Palacio San José, camino que don Justo ha cubierto, a un lado y otro, con diez mil lanceros federales que entornan al distinguido huésped. Allí se abraza con Urquiza y permanece cuatro días en el Palacio. Circula la versión de que allí ha dicho: "Ahora sí puedo considerarme presidente".

En esa época, Urquiza ya ha ido abandonando sus arrestos nacionales de otrora. Sin embargo, aún mantiene apoyo en buena parte de su provincia y aún distingue claramente quién es Mitre y quién es Sarmiento. Inclusive a mediados de 1869 ha revelado que



Asesinato de Urquiza en su Palacio de San José el 11 de abril de 1870. Litografía de Fernand. Dibujo de R. Corminas. Museo Histórico Nacional.

¹⁰⁰ Carta de Felipe Varela a su esposa, del 20/5/1869.
¹⁰¹ Galván Moreno, C.: ob. cit., p. 319.
¹⁰² Ídem, p. 332.

¹⁰³ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 317.



Daguerrotipo de Ricardo López Jordán. Caudillo entrerriano de raigambre popular y adversario de la oligarquía porteña contra la que se enfrentó en varias oportunidades.

todavía mantiene cierta vocación por el progreso y la modernización de la Argentina cuando firma un contrato, con el catalán José Ubach y Roca, para la instalación de una fábrica de paños e hilados en Concepción del Uruguay, para la cual importa modernas maquinarias destinadas a producir manufacturas de seda, cachemiras, franelas, bayetas, satenes, estameñas, frazadas y demás objetos de lana, echando las bases de la industria textil¹⁰⁴.

Este acuerdo Sarmiento-Urquiza consolida la fuerza del gobierno y abre la posibilidad de una política más definidamente nacional. Pero la defeción reiterada de Urquiza -abandono en Pavón y complicidad en la Guerra del Paraguay- provoca finalmente la rebelión de sus hombres más cercanos, viejos luchadores que lo han acompañado en sus batallas populares de antaño. El 11 de abril de 1870 estalla, en Entre Ríos, la insurrección liderada por Ricardo López Jordán. Un grupo de sus partidarios, dirigido por el chachista Simón Luengo, ingresa al Palacio San José a los gritos de "Muera Urquiza", "Traidor", "Vendido a los porteños" y concluye con la vida del caudillo. Sobradas razones había para este crimen político por parte de los federales tantas veces traicionados por Don Justo, pero, es tal la inoportunidad del atentado, y tan fun- cional resulta al mitrismo, que circulan versiones de que el asesinato podría provenir de las filas de don Bartolo. Lo cierto es que Sarmiento ha perdido un apoyo muy importante.

Balance de la presidencia de Sarmiento

Se ha señalado la preocupación de Sarmiento por estrechar las comunicaciones entre las provincias, a través de caminos. Con idéntica intención, el Presidente se ocupa de desarrollar líneas férreas allí donde el capital británico carece de interés, estrechando vínculos interprovinciales. Algunos autores, como Juan Carlos Vedoya, se refieren críticamente a algunas de esas medidas, sin advertir de qué modo ellas se oponen al modelo agroexportador en desarrollo, provocando el enojo del mitrismo. Así, por ejemplo, Vedoya sostiene que Sarmiento "se obsesiona" con la construcción del ferrocarril trasandino y "más que eso todavía, una línea que uniera los océanos y fuera, realmente, un transcontinental"¹⁰⁵. Como sanjuanino, Sarmiento comprendía la necesidad de integrar el país, a través de un proyecto contrario al de los ferrocarriles ingleses. Por eso avanza en la construcción del ferrocarril Córdoba-Tucumán, conectando así una zona de la cual se desinteresa la empresa británica del Central Argentino, solo preocupada por la región agropecuaria que es la base de la economía semicolonial.

En esta materia ferroviaria, en cambio, son de peso las críticas que se le formulan a la construcción del Ferrocarril Pacífico, de Buenos Aires a Cuyo. Raúl Scalabrini Ortiz señala: "El Ferrocarril Pacífico nació para sofocar una empresa argentina (el Ferrocarril

¹⁰⁴ Newton, Jorge: *Urquiza, el vencedor del a tiranía*, Buenos Aires, Claridad, 1961, p. 333.
¹⁰⁵ Vedoya, Juan Carlos: *La magra cosecha, 1868/74*, Buenos Aires, La Bastilla, 1979, p. 52.

Bonaerense del Oeste, iniciado en 1857) [...] El gobierno nacional jamás tendió su mano poderosa al ferrocarril de la Provincia [de Buenos Aires]. El crédito nacional estuvo cerrado para él [...] Pero el gobierno nacional no solamente niega su ayuda al ferrocarril principal; hace algo más grave y culpable, algo que colinda con lo inicuo y lo criminal: le interpone en el camino una línea extranjera. Le cierra el horizonte con una concesión de carácter nacional dada a capitalistas británicos y, para colmo, le crea un competidor en los primeros cien kilómetros de recorrido, de Buenos Aires a Mercedes. Esta increíble actitud del gobierno nacional se concreta en la ley 583, del 5 de noviembre de 1872, que acuerda a contratistas irresponsables la concesión para construir una línea férrea de la ciudad de Buenos Aires hasta la de San Juan, pasando por Rojas, o Junín, Mercedes, San Luis, La Paz y Mendoza¹⁰⁰. Esta concesión ferroviaria -otorgada finalmente a John F. Clark, el 26/1/1874- fue impulsada por el ministro Uladislao Frías y es muy probable que el Presidente se haya dejado entusiasmar por un proyecto relacionado con su provincia natal, sin alcanzar a percibir los efectos perniciosos de esta línea respecto al ferrocarril estatal bonaerense. Pero la prueba de la negociación espuria se revela al concluir el período presidencial, cuando el Dr. Uladislao Frías deja el ministerio para pasar directamente al directorio de la empresa Ferrocarril Pacífico. Con relación a este ferrocarril, Scalabrini Ortiz denuncia, además, "la potencia letal de las tarifas" que provocan la destrucción de la fábrica de vidrio "creada por Luis Callet Bois, que dirigían Francisco Civit y Ángel Cerretti", en favor del artículo importado desde Europa a través del puerto de Buenos Aires¹⁰¹.

Años después, Sarmiento reconoce el grave error: "El ferrocarril a Tucumán y el que se dirige al Oeste [Cuyo] están subordinados a la empresa particular que era dueña de la línea central, lo que le quita el carácter de dominio público [...] Se han tocado ciertos límites de los que no se debe pasar [...] Los ferrocarriles recargan costos de exportación diez veces más esos productos [...] poca industria han desenvuelto en su trayecto [...] Esta es otra indicación contra la infatuación en nuestra idea de progreso. Los ferrocarriles no devolverán el rédito¹⁰²".

Resulta importante destacar, entre las medidas adoptadas por Sarmiento, el tendido de líneas telegráficas que permite achicar las distancias en un país poco poblado y de enormes extensiones. Señala Galván Moreno: "En esa época no se contaba con un solo kilómetro de líneas telegráficas nacionales [...] En la memoria de 1868, [el gobierno] informa que 'en tres meses más quedará establecida una línea telegráfica entre Buenos Aires y Rosario'. Ya en marzo de 1869 se inician las gestiones para construir el telégrafo entre Santa Fe y Corrientes¹⁰³. En julio de 1869 propone la construcción de la línea telegráfica trasandina, en agosto lo hace para la de Córdoba a Jujuy, en octubre para Rosario a Córdoba y el 15 de mayo de 1870 informa al Congreso: "Tenemos ya funcionando 836 millas telegráficas". Al terminar su administración las cifras son las siguientes: en 1874 hay 6672 km por los cuales se cursaron 262.000 despachos¹⁰⁴.

En la misma vocación modernizadora, la educación continúa siendo el objetivo principal que anima a don Domingo, tarea en la cual logra el formidable apoyo de su ministro de Instrucción Pública: Nicolás Avellaneda. En esta materia se invierten importantísimos

¹⁰⁰ Scalabrini Ortiz, Raúl: *Historia de los ferrocarriles argentinos*, Buenos Aires, Devenir, 1958, pp. 263-264.

¹⁰¹ Ídem, p. 265.

¹⁰² Domingo F. Sarmiento, citado por Roberto Tamagno, en *Sarmiento, los liberales y el imperialismo* en glés, ob. cit., pp. 388 y 389.

¹⁰³ Galván Moreno, C.: ob. cit., p. 383.

¹⁰⁴ Ídem, p. 385.

recursos nacionales en todo el interior, que resulta un modo de resarcir a las provincias de la injusta distribución de los recursos aduaneros establecida por la reforma constitucional del 60. A los pocos meses de asumir -señala Galván Moreno- se han creado en La Rioja once escuelas primarias y una superior y se impartieron en todo el país órdenes tendientes a la realización de sus planes escolares; se funda el Colegio Nacional de Rosario, se reorganiza el Colegio de San Luis, se crean bibliotecas populares¹⁰⁵. "Al llegar a mayo de 1869, han sido creados colegios nacionales y escuelas normales en casi todas las provincias; se ha implantado en muchos de ellos y en Buenos Aires la enseñanza nocturna para adultos, y reglamentado la subvención nacional a las provincias para la atención de escuelas. Se han creado cátedras de mineralogía en los colegios de Catamarca y San Juan; subvencionado la creación de escuelas ambulantes en la campaña de Buenos Aires; establecido la inspección de colegios nacionales¹⁰⁶. Tucumán pasa de 2900 escolares en 1870 a 5865 en 1874, Salta de 2475 a 3489, La Rioja que en 1869 había contado sus escuelas, tenía 4000 alumnos en 1874; y por primera vez, la Argentina había contado sus escuelas: tenía en total 1407 a razón de 946 públicas y 461 privadas¹⁰⁷. En cuanto a la instrucción secundaria el incremento había sido de 1006 en 1868 a 2628 en 1871¹⁰⁸. En 1873, el total de escuelas primarias albergaba a 97.000 alumnos¹⁰⁹.

Con respecto a este avance educacional se han producido polémicas entre quienes adjudican todo el mérito a Sarmiento y quienes se lo otorgan a su ministro de Nicolás Avellaneda. Este último, en carta a Roca, ha atizado el fuego de la discusión: "Bajo mi ministerio se dobló el número de los colegios, se fundaron las bibliotecas populares, los grandes establecimientos científicos como el Observatorio, se dio plan y organización a los sistemas escolares, y provincias que encontré, como La Rioja, sin una escuela y sin un alumno, llevaron tres mil o cuatro mil a la formación del Censo [...] ¿Cuál fue la intervención del señor Sarmiento en estos trabajos, que absorbieron mi vida por entero durante cinco años? El nombre del señor Sarmiento al frente del gobierno era por sí solo una dirección dada a las ideas y a la opinión a favor de la educación popular. Su firma al pie de los decretos era una autoridad que daba prestigio a mis actos. Su intervención se redujo, sin embargo, a esta acción moral. Supo el señor Sarmiento que había bibliotecas populares y una ley nacional que las fundaba, cuando habían aparecido los dos primeros volúmenes del *Boletín de las Bibliotecas*, y estas convenciones y de su mecanismo, sino en señor Sarmiento no se dio cuenta de la ley de subvenciones y de su mecanismo, sino en los últimos meses de su gobierno. Esto es todo, y la verdad¹¹⁰".

Sarmiento, por su parte, se atribuye todo el mérito y en carta a Posse, del 15 de septiembre de 1869, le manifiesta: "En San Juan, en 1862, había 400 niños en las escuelas. Yo puse 1800. Hoy hay 5000, a más de 200 estudiantes en el Colegio, ídem 50 en la Universidad y Colegio Nacional de Buenos Aires [...] En seis años más habrán algunos 1000 educados, y millares en camino de aprender¹¹¹". Botana afirma que "Sarmiento recibió el gobierno con 30.000 alumnos en escuelas primarias y lo dejó con cien mil (y que en seis años se crearon 800 escuelas nuevas)¹¹². Esto es lo importante, en definitiva, más allá de

¹⁰⁵ Ídem, p. 319.

¹⁰⁶ Ídem, p. 333.

¹⁰⁷ Páez de La Torre, Carlos: *Nicolás Avellaneda, una biografía*, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 156.

¹⁰⁸ Ídem, p. 157.

¹⁰⁹ Ídem, p. 170.

¹¹⁰ Carta de Avellaneda a Roca, citado por Páez de la Torre, ob. cit., p. 175.

¹¹¹ *Epistolario Sarmiento-Posse*, ob. cit., tomo I, p. 274.

¹¹² Botana, Natalio: ob. cit., p. 59.

la polémica, pues si bien el ministro fue diligente y activo, la obra fue posible dentro de la concepción que Sarmiento le insuflaba a su gobierno.

Con respecto a esta cuestión de cantidad de escuelas construidas y población escolar, la información estadística corrobora el progreso alcanzado. Por ejemplo, es correcta la afirmación de Avellaneda de que entre 1868 y 1874 se dobló el número de establecimientos: había 344 escuelas en 1869 y alrededor de 1850 en 1874¹⁰¹ y el total de alumnos era superior a 80.000 al concluir el mandato de Sarmiento¹⁰². Sin embargo, Avellaneda durante su presidencia construyó un total de 488 escuelas y como se podrá observar más adelante, bajo la primera presidencia de Roca se construyeron más escuelas que en los períodos presidenciales de Sarmiento y Avellaneda juntos.

En esta materia, el sanjuanino disiente también con Mitre, pues privilegia la educación primaria y, aunque se ocupa de colegios secundarios, censura el afán de crear colegios nacionales porque ellos solo dan "una minoría privilegiada que se aleja del pueblo sin mejorarlo"¹⁰³.

Asimismo, en esta tarea educacional tan importante se le entrecruzan tendencias positivas y negativas. Por un lado, realiza un notable esfuerzo por combatir el analfabetismo, verdadero desafío, especialmente cuando el Censo de 1869 arroja un índice de 71% de habitantes que no saben leer ni escribir. Por otro, su idolatría por los Estados Unidos lo lleva a importar docentes cuya tarea residiría en capacitar maestros. Este proyecto de Sarmiento nace en Estados Unidos cuando traba amistad con el matrimonio Horner y Mary Mann, dedicado por entero a la enseñanza en Nueva Inglaterra¹⁰⁴. Allí surge su idea de importar mil docentes norteamericanas regulares, y expresa: "les prometo hacer cien Chivilcoys en los seis años de mi gobierno y con tierra para cada padre de familia, con escuelas para sus hijos"¹⁰⁵.

Sarmiento y la cuestión agraria

La posición de Sarmiento respecto a la cuestión agraria resulta altamente progresista en tanto propicia la defensa del pequeño productor y se opone a la concentración en latifundios. El origen de este planteo se lo adjudican algunos investigadores a su cercanía a Nicolás Avellaneda, quien sostuvo esa posición en su trabajo *Estudio sobre las leyes de Tierras públicas*. Otros consideran que su estadía en Estados Unidos, durante los años sesenta, le permitió comprender la importancia del "farmer" como protagonista de un capitalismo agrario más beneficioso para el país que el latifundio rentístico y parasitario. Lo cierto es que el sanjuanino sostuvo esta política desde la segunda mitad de los 50 cuando actuaba en la Buenos Aires segregada de la Confederación.

En esa época, "Sarmiento acusaba a los grandes hacendados tradicionales de complicidad con la dictadura de Rosas y se enfurecía porque, después de sostenerla durante 20 años, apoyaban ahora a gobiernos de signo liberal para seguir manejando la cuestión de la tierra pública desde cargos legislativos o ejecutivos. ¿Cuál era el secreto de la riqueza de Nicolás Anchorena?, se pregunta. Acumular tierras gracias a las influencias políticas

¹⁰¹ Censo Escobar Nacional correspondiente a fines de 1883 y principios de 1884, Buenos Aires, Talleres de Tribuna Nacional, 1885, volumen II, p. III.

¹⁰² Ídem, volumen I, p. VIII.

¹⁰³ Galván Moreno, C.: ob. cit., p. 339.

¹⁰⁴ Entrevista a Julio Crespo, "La historia de las maestras que importó Sarmiento, en una obra", *Clarín*, Buenos Aires, 10/4/2008. Se trata de *Las maestras de Sarmiento*, cuyo primer capítulo se titula "época rate grande y sublime".

¹⁰⁵ Galván Moreno, C.: ob. cit., p. 300.

¿Por qué Juan Bautista Peña ocupa tan altos puestos pese a 'sus pocas luces'? Porque 'las vacas dirigen la política argentina'¹⁰⁶.

Por entonces, se produjo un conflicto en Chivilcoy: los pequeños chacareros de la zona, arrendatarios, tuvieron varias cosechas exitosas lo cual provocó que antiguos enfiteutas, que se habían convertido en propietarios en la época de Rosas, reclamaran una importante renta diferencial. Los colonos protestaron ante el gobernador Pastor Obligado, ante lo cual Sarmiento llevó a cabo una campaña en su defensa desde las columnas del periódico *El Nacional*. Desde allí criticó los reclamos de los enfiteutas que nunca se habían ocupado de laborar esas tierras, ni pagar impuestos, exigiendo que se otorgasen mejores condiciones a los colonos y se le entregasen parcelas en propiedad. Poco después, en 1857, siendo senador en la legislatura bonaerense, continuó esa lucha a través de la Ley de Tierras, comúnmente conocida como "Ley de tierras de Chivilcoy". Su sanción significó el beneficio para 3000 colonos, muchos de los cuales se convirtieron en propietarios, entre los cuales no solo había criollos sino también italianos, españoles, irlandeses, alemanes, turcos y suizos. La tierra fue vendida a precios moderados en lotes proporcionales al ideal del *farmer* de la relación trabajo-agricultor: ni tan pequeños que resultaran antieconómicos, ni tan grandes que excedieron la capacidad de explotación. Para el sanjuanino, este proyecto debía extenderse a todo el país, como motor del crecimiento de un país moderno, de donde resulta que paradójicamente su deslumbramiento por Estados Unidos adquiría, en la Argentina, un contenido modernizador. El ensayo de Chivilcoy resulta exitoso y en 1868, ya Presidente, Sarmiento visita esa localidad y se refiere con orgullo al progreso alcanzado, que esima producto de su lucha: "Es en América únicamente donde pueden verse tales crecimientos y fundaciones, gentes de distintas culturas y reunidas pacíficamente... He aquí, además, al gaucho argentino de ayer en casa en que vivir, un pedazo de tierra para labrar. No hay temor de que ningún caudillo salga de Chivilcoy y esta ciudad es una muestra de lo que pueden hacer las ideas. Chivilcoy es el programa del presidente Sarmiento y les prometo que haré cien Chivilcoyes en seis años de gobierno"¹⁰⁷.

Sin embargo, el sanjuanino no había medido la fuerza de la oligarquía, la cual se cruzaría en sus proyectos. En un trabajo colectivo sobre Sarmiento, coordinado por Félix Luna, se refiere que en 1866, cuando los ganaderos fundan la Sociedad Rural, en la casa de Martínez de Hoz, Sarmiento les escribe desde Estados Unidos para felicitarlos y darles algunas sugerencias, pero "sin embargo su desencanto no tarda en llegar. En 1867, Eduardo Olivera [uno de los fundadores de la Sociedad Rural] se opone vivamente al proyecto de Sarmiento de crear colonias agrícolas en Bragado y Chacabuco. Olivera consideraba inconveniente implantarlas donde ya estaba arraigada la industria ganadera"¹⁰⁸. Allí se señala también que el sanjuanino afirmó: "Las generaciones presentes no tienen un palmo de terreno donde pararse pues sus propietarios las adquirieron hace un siglo por distribuciones gratuitas"¹⁰⁹.

Años después desde *El Censor* lanza una fuerte crítica a los grandes hacendados: "no quieren saber nada de derechos, ni impuestos a la hacienda. Quieren que el gobierno, quieren que nosotros que no tenemos una vaca, contribuyamos a duplicarles o triplicarles su fortuna a los Anchorena, los Unzué, a los Pereyra, a los Luro, a los Duggan, a los Cano,

¹⁰⁶ Saenz Quesada, María: "Sarmiento y el campo" en www.lagaceta.com.ar/nota/346493/.../Sarmiento_y_el_campo.html

¹⁰⁷ Ídem.

¹⁰⁸ Luna, Félix (coordinador): *Domingo F. Sarmiento. Grandes protagonistas de la historia argentina*, La Nación, Buenos Aires, 2004, p. 123.

¹⁰⁹ Ídem, p. 112.

los Leloir, a los Pelero y a todos los millonarios que pasan su vida mirando cómo paren las vacas. En este estado está la cuestión y como las cámaras [del Congreso] están también formadas por ganaderos, veremos mañana la canción de siempre, el payar de la guitarra a las sombras del ombú de la Pampa y a la puerta del rancho de paja¹⁰⁰. "...Nuestros hacendados no entienden jota del asunto y prefieren hacerse un palacio en la Avenida Alvear que meterse en negocios que los llenarán de aflicciones¹⁰¹". Asimismo, se refiere a la clase dominante como a "una aristocracia con olor a bosta" y en otra oportunidad, sostiene: "Yo estoy hace tiempo reñido con las oligarquías, las aristocracias, la gente decente a cuyo número y corporación tengo el honor de pertenecer, salvo que no tengo estancias¹⁰²".

En 1873, poco antes de concluir su período presidencial, impulsa un proyecto de colonización basado en la experiencia que en materia agraria detentaba la pionera provincia de Santa Fe -y que él mismo había impulsado para Chivilcoy- pero el Senado lo rechaza.

En los altos años, Sarmiento parece haberse convencido de que la oligarquía impedía hacer un país "con cien chivilcoys". Félix Weinberg sostiene que Sarmiento "confesó con dolor que fueron las leyes agrarias en las que fue, sin más atenuación, derrotado y vencido por las resistencias, no obstante que a ningún otro asunto consagró mayor estudio". Y agrega: "Sarmiento enfrentó a la oligarquía argentina, expresión social del señorío de la tierra. La atacó con dureza por pretender frenar el progreso y perpetuar el estatus de país pastor. Gritó airado su protesta contra lo que él llamó 'la política de las vacas' y lo dijo categóricamente: 'Las vacas dirigen la política argentina', añadiendo esta intencionada frase: 'La cría del ganado, tal como se practica hoy, produce gobiernos que degüellan cuadrúpedos o bípedos indistintamente¹⁰³'. Por su parte, Florencia Pagni y Fernando Cesaretti, de la Universidad Nacional de Rosario, afirman: "Sarmiento no pudo superar la barrera de un Senado opositor. En realidad, las causas del fracaso eran más profundas. Sarmiento se fue quedando solo, aún en el ejercicio formal del Poder Ejecutivo Nacional. Cada vez menos líderes de influencia seguían compartiendo sus puntos de vista sobre la necesidad de desarrollar alternativas de riqueza productiva en la agricultura y en una incipiente industria, para equilibrar los intereses de la poderosa oligarquía pampeana. Avanzada la década de 1870, la clase dirigente tenía como visión común para el futuro del país, un escenario donde el sector ganadero tradicional (y no los pequeños productores agrícolas) desempeñaría el papel de clase rectora en unión a los intereses comerciales y financieros europeos. Pese a este panorama negativo, Sarmiento continuó bregando a favor de una política de tierras progresista e igualitaria después de abandonar la presidencia. Su voz se alza cada vez más en solitario frente a la promulgación de leyes que como las de 1877 y 1879 atentan contra la protección industrial y la promoción de la agricultura¹⁰⁴".

En resumen, más allá de los proyectos de Sarmiento y de sus relaciones irritantes con la minoría oligárquica, durante esos años continuó acentuándose la consolidación de la gran propiedad ganadera. Chivilcoy -la imitación de los *farmers*- queda entonces como una ilusión, una quimera sarmientina que no se corresponde con lo que ocurre el resto de la pampa húmeda.

Pero este pequeño recorrido alrededor de la posición de Sarmiento respecto a la cuestión agraria es un dato más que explica la oposición constante del mitrismo a su gobierno.

¹⁰⁰ Domingo F. Sarmiento, *El Censor*, Buenos Aires, 9/1/1886.

¹⁰¹ Ídem, 21/1/1886.

¹⁰² Luna, Félix: ob. cit., p. 131.

¹⁰³ Weinberg, Félix: *Las ideas sociales de Sarmiento*, Buenos Aires, CEAL, 1970, p. 105.

¹⁰⁴ Pagni, Florencia y Cesaretti, Fernando: *Sarmiento contra la oligarquía ganadera pampeana*, Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario, en www.edhistorica.com/pdfs/Sarmiento_pampeana.pdf.

Otros aspectos de su presidencia

Así resulta de contradictorio el verdadero Sarmiento: el ideólogo de la oligarquía con su "civilización o barbarie" es el mismo que la vituperó acremente. Asimismo, el hombre que en los colegios simbolizaría la educación y el buen comportamiento alcanza notables desmesuras, como cuando -ante la insurrección de López Jordán (1873)- prueba por sí mismo el poder de fuego de las nuevas ametralladoras importadas, descargando una infernal fusilería contra los muros, no de cualquier edificio, sino precisamente de un establecimiento de enseñanza en Rosario.

En su política económica, el gobierno de Sarmiento ofrece algunos aspectos rescatables, aunque también insuficientes si se valoran desde la perspectiva de un posible proyecto nacional. Así, su política económica es librecambista, continuando la del gobierno anterior: durante su presidencia, las importaciones (311 millones pesos oro) superan a las exportaciones (211 millones pesos oro) en 100 millones de pesos oro¹⁰⁵, déficit que solo puede cubrirse con ingreso de capital extranjero o endeudamiento externo.

Sin embargo, debe reconocerse que el presidente prodiga esfuerzos a favor del desarrollo minero: apoya algunos emprendimientos y fomenta estudios de mineralogía con ese propósito. Esta actitud disuena con las ideas de la clase dominante -que cierra el paso a todo lo que va más allá del modelo agroexportador- y así no faltan periodistas e inclusive historiadores que juzgan "un desvarío" la exaltación con que Sarmiento se refiere a las posibilidades mineras de nuestra región cordillerana, especialmente de San Juan. No comprenden que Sarmiento -quien ha trabajado de minero y conoce su provincia- intenta la explotación de una materia prima que sería vedada por la influencia inglesa durante muchas décadas. En esta cuestión, Sarmiento sostiene: "Las minas son una realidad como en California [...] Ayúdeme en las minas y enriquezco la República. Lo digo solo para mostrarle que Dios da bizcochos al que no tiene muelas¹⁰⁶". La carta va dirigida a Mitre y probaría cierta ingenuidad del sanjuanino, pues la oligarquía porteña carece de todo interés al respecto. Su negocio es la exportación de lanas y carne, y no integrar económicamente al país. La minería argentina no tiene lugar en el plan británico de la división internacional del trabajo y de ahí que su propuesta resulte obstaculizada por los grandes poderes de la semicolonía.

Del mismo modo, pone todo su afán en la Exposición Industrial, que se decide en julio de 1869 y se concreta, en Córdoba, el 15 de octubre de 1871. Se recuerda que uno de los hombres más cercanos al presidente le objeta que "no tenemos otra cosa que exponer que la carencia de industria", a lo cual Sarmiento responde: "Será un balance de la situación... y un punto de partida para crearla [...] el origen de un gran progreso¹⁰⁷". y lo que nos queda por hacer... La exposición será [...] el origen de un gran progreso¹⁰⁸". Sin embargo, una vez más se equivoca en las razones de la falta de industria. Su mentalidad colonial le impide comprender la verdadera causa de esa carencia, que reside en el modelo agroexportador y el librecambio: "¡Que se avergüence la España! Si no tenemos industria fabril es porque así lo quiso en su propio daño¹⁰⁹". Y así erróneamente lo sostiene en el discurso inaugural de la Exposición: "Si no veis papel, ni vidrio, ni azulejos, ni terciopelos de seda, obra de nuestras manos como lo fueron las de nuestros padres, en otro clima y otro tiempo, es porque ellos cometieron en España un crimen que Dios ha castigado más allá de la cuarta generación y del cual sus hijos somos víctimas expiatorias,

¹⁰⁵ Tamagno, Roberto: ob. cit., p. 408.

¹⁰⁶ Vedota, Juan Carlos: ob. cit., p. 247.

¹⁰⁷ Galván Moreno, C.: ob. cit., pp. 334 y 335.

¹⁰⁸ Ídem, p. 334.

los enemigos de la patria, venderles su porvenir, engañar como a niños las esperanzas de los pueblos, de sus amigos, de sus viejos veteranos a quienes les debía cuanto era. ¡Se burlaba hasta de las lágrimas de las víctimas que entregaba al puñal del unitarismo!¹¹²

Pero el objetivo de López Jordán no era la muerte de Urquiza, sino desplazarlo o exiliarlo. Su verdadero proyecto es el mismo que tuvieron Facundo, Ferré, El Chacho, Felipe Varela y tantos otros, es decir, dominar la prepotencia y el exclusivismo de la Provincia Metrópoli. Sus banderas están expresadas en un Manifiesto a los pueblos argentinos y repúblicas americanas, donde fija una clara posición federal provinciana, popular y latinoamericana, descargando fuertes críticas al centralismo porteño y a la defección de Urquiza: "¡Después de aquella aurora del 25 de mayo de 1810, [...] principió a levantar la cabeza una oligarquía tiránica [...] Buenos Aires, de hecho, representando de su propia cuenta a nombre de todas, la soberanía exterior, monopolizaba las rentas aduaneras nacionales [...] De este modo, perpetuado el sistema colonial, [...] la Nación, presa de groseras insidias y demoras, continuaba convertida en un miserable rebaño, con un lobo insaciable por pastor [...] Cuando la nación perecía, ¿quién no ha visto a esa fastuosa y unitaria oligarquía, vaciar las arcas nacionales, para levantar palacios [...]? ¿Quién no ha visto el sudor del pobre gaucho, del trabajador honrado, del hombre útil y pacífico, irse a incrustar convertidas sus gotas en brillantes, a las peinetas de tantas Mesalinas y Ninones? [...] Humildes obreros todos del porvenir argentino, que no agiten nuestro espíritu sino estas ideas: libertad, confraternidad y civilización. Para tan grandes objetivos [...] hemos tomado las armas e invitado a los pueblos argentinos, participándolo asimismo a las repúblicas americanas, no solo por deber de buena voluntad, estrecha y leal relación, sino también por simpatías fraternales y por la parte que en esta labor nacional a ellas incumbe por un carácter eminentemente democrático y generales y elevadas tendencias a un provenir común"¹¹³. El gauchaje entrerriano apoya a López Jordán, convertido en el último caudillo federal. José Hernández le escribe: "En la lucha en que usted se halla comprometido no hay sino una sola salida, un solo término, una disyuntiva forzosa: o la derrota, o un cambio general de situación en la República. Cualquier opinión contraria a esto, será un error político grave, que lo detendrá a usted en su marcha, para perderlo al fin. Urquiza, era el Gobernador Tirano de Entre Ríos, pero era más que todo el Jefe Traidor del Gran Partido Federal, y su muerte mil veces merecida, es una justicia tremenda y ejemplar del partido otras tantas veces sacrificado y vendido por él. La reacción del partido, debía por lo tanto iniciarse por un acto de moral política, como era el justo castigo del Jefe Traidor. Opino pues que para no empequeñecer su movimiento, debe Ud. tomar esa reacción como punto de mira política. Hace diez años que usted es la esperanza de los pueblos, y hoy, postrados, abatidos, engrillados, miran en Ud. a un salvador"¹¹⁴. Pero López Jordán es derrotado en Ñaembé, por las fuerzas del gobierno, al mando de Roca y debe exilarse a principios de 1871.

Los viejos caudillos federales van desapareciendo. Poco antes del asesinato de Urquiza, el trágico 1° de marzo de ese año, lo matan en Cerro Corá al mariscal Francisco Solano López. Pocos meses antes, Sarmiento le confesaba en una carta a su amigo Santiago Arcos: "La guerra del Paraguay concluye por la simple razón de que hemos muerto

¹¹² Díaz Araujo, Enrique: *La política de "Fierro". José Hernández ida y vuelta*, Buenos Aires, La Buzilla, 1972, p. 61.

¹¹³ Manifiesto jordanista, en Chávez, Fermín: *El revisionismo y las montoneras*, Buenos Aires, Theoría, 1966, pp. 31-41.

¹¹⁴ Chávez, Fermín: *Vida y muerte de López Jordán*, Buenos Aires, Theoría, 1957, p. 240, tomado de Arbal Vázquez, José Hernández en los entrevivos jordanistas, Paraná, Nueva impresora, 1953.



Daguerrotipo de Felipe Varela y seguidores.

a todos los paraguayos mayores de diez años"¹¹⁵. El 7 de junio de 1870, en la mayor de las pobreza, muere tuberculoso, en Chile, cerca de Copiapó, el legendario "Quijote de los Andes": Felipe Varela. Poco tiempo antes, ha escrito: "Querida compañera: [...] nada puedo mandar, dispénsame, estoy pobre, no se agraven conmigo, respeto mucho a mi familia y les deseo la mejor felicidad del mundo y cada momento pienso en ustedes y sufro callado como hombre, sin poder remediar ciertas cosas que no están en mi mano"¹¹⁶. La vieja Argentina montonera va quedando en el pasado.

Sobre esa gesta popular de "los gauchos en montón", opuesta durante varias décadas al proyecto oligárquico de la dependencia, cayó el dictorio proveniente de Sarmiento: era "la barbarie" que impedía "la civilización". Los caudillos más importantes fueron denigrados por la historia de Mitre y en algunos casos, se recurrió simplemente a silenciarlos. Hasta en el folklore, Felipe Varela quedó como el caudillo sanguinario que "matando viene y se va".

Un breve "trabajo práctico" permite demostrar cómo se desfiguraron los hechos. La toma de Salta, por las fuerzas de Varela, pasó a la historia como una de las más graves expresiones de violencia popular, con argumentos sustentados en versiones no documentadas. Se sabe, sí, por tradición oral, que el caudillo le indicó a uno de sus hombres que le pedía permiso para aprovisionarse de comida y ropa: "¡Andá, hijito, y proveete de todo lo que necesites, principalmente de caballo, prefiriendo las puertas cerradas porque esas han de ser de nuestros enemigos"¹¹⁷ y también se sabe que la ocupación de la ciudad duró "solo una hora y media", escaso tiempo para muchas depredaciones. Pero interesa especialmente la lectura crítica y alerta de relatos como el de Carlos Ibarguren, en *La historia que he vivido*, para entender cómo se difama sin sustento real alguno: "Los invasores ocuparon la ciudad durante más de una hora, saquearon los comercios y las

¹¹⁵ Rivero Astengo, Agustín: *Judrez Celman. Estudio histórico y documental de una época argentina*, Buenos Aires, Guillermo Kraft Ltda., 1944, p. 39. Carta del 25/9/1869.

¹¹⁶ Carta de Felipe Varela a su esposa, del 20/5/1869.

¹¹⁷ Legajo judicial, en *Proceso a la montonera de Felipe Varela por la toma de Salta*. Estudio preliminar de Roberto Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, Buenos Aires, Sudestada, 1969, p. 82.

casas particulares y mataron a personas distinguidas; mi abuelo Antonio de Ibarguren, que había ido de su finca a Salta, estuvo a punto de ser degollado. Las señoras, entre ellas mi madre, se refugiaron en iglesias y conventos, donde no se atrevieron a entrar los montoneros. En ese trágico momento pudo haber sido asesinado el ilustre anciano general Rudesindo Alvarado, que fue uno de los jefes del glorioso ejército de los Andes [...]; lo salvó su vecino, un platero chileno llamado Víctor Morales. Mi tía doña Rosaura Castro de Güemes, esposa de mi tío Luis Güemes, fue amenazada de muerte por uno de los forajidos que le apuntaba con su trabuco, entonces ella exclamó: "¡No me mate, soy la hija del General Güemes!". Ante este nombre el asaltante, desconcertado, desistió de su criminal intento, y se limitó a exigir se le entregaran un par de botas y otros objetos que vió en la casa. La llegada de las tropas provinciales al mando del coronel Martín Cornejo obligó a huir a la montonera, que se fugó rumbo a Bolivia¹²⁵. La lectura rápida en un colegio crea en cualquier mente infantil la imagen de horrendos asesinatos y lo conduce a abominar de la montonera y del pueblo en general, mientras que de una lectura crítica resulta que todos estos parientes de Ibarguren quedaron sanos y salvos, aunque "estuvieron a punto", "pudieron haber sido asesinados", "fueron amenazados", etc.

Alberdi fue uno de los pocos en hacer justicia a los caudillos populares: "¿Qué es el caudillo [...]? ¿A quiénes acaudilla? [...] Es el jefe de las masas, elegido directamente por ellas, sin ingerencia del poder oficial, en virtud de la soberanía de que la revolución ha investido al pueblo todo [...] el favorito de la democracia. ¿Cómo, entonces, el que se dice democrata por excelencia, afea y presenta de malos colores al que es expresión y símbolo de la democracia? Es que Mitre, como militar, es monarquista sin saberlo, en este sentido [...] El caudillo supone la democracia, es decir, que no hay caudillo popular sino donde el pueblo es soberano [...] El caudillaje que apareció en América con la democracia, no puede ser denigrado por los que se dicen partidarios de la democracia sin el más torpe contrasentido"¹²⁶.

Pero hacia fines del gobierno de Sarmiento, aquella gesta de los caudillos populares va llegando a su fin. El armamento moderno de que se proveyó la oligarquía puso fin a la heroicidad del pueblo en armas y la copla popular lo expresó en dos versos: "Lanzas contra fusiles / Pobre Varela". Solo queda López Jordán, en el exilio, con su asesor José Hernández.

¿Cuánto vale la cabeza de José Hernández?

En 1872, las fuerzas jordanistas se reorganizan. En esa época, López Jordán le escribe a Alberdi expresándole su satisfacción por verlo "separado del círculo de los hombres centralistas que dominan al país" y le solicita su apoyo político¹²⁷. Meses más tarde, el caudillo vuelve a la lucha incursionando nuevamente en el litoral. Sarmiento, exasperado, mezcla su propia barbarie con las malas enseñanzas recibidas en su estadía en Estados Unidos, remitiendo a la Cámara de Diputados un proyecto de ley donde pone precio a las cabezas de los revolucionarios. *La Prensa*, del 25 de mayo de 1873, informa que el gobierno pagará por la cabeza de los alzados: cien mil pesos fuertes la de López Jordán, diez mil la de Mariano Querencio, solo mil la de los partidarios de menor cuantía. Sin embargo el Congreso lo juzga tan antidemocrático que lo archiva sin

¹²⁵ Ibarguren, Carlos: *La historia que he vivido*, Buenos Aires, EUDEBA, 1969, p. 3.

¹²⁶ Alberdi, Juan B.: *Mitre al desnudo*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 80.

¹²⁷ Chávez, Fermín: *Vida y Muerte de López Jordán*, ob. cit., p. 255. Carta del 28/2/1872.

tratarlo. "Sarmiento, en su descargo, invocó precedentes yanquis"¹²⁸. Entre las cabezas valuadas en 1000 patacones estaba la de José Hernández, que acababa de publicar el *Martín Fierro*.

En esa época, el gobierno de Sarmiento cuenta ya con armamento moderno que ha importado el ministro Gainza, por compra a Carlos Kirchbaum¹²⁹, representante de Remington y Cía. Se trata del fusil remington, que se usa contra las montoneras jordanistas. "En el Paraná (escribe el oficial Fotheringham) nos dieron fusiles Remington que por primera vez iban a ser ensayados en una guerra de hermanos. Con semejante arma, el éxito estaba asegurado"¹³⁰. Derrotado, López Jordán vuelve a exilarse, aunque en 1876 se lanzará de nuevo a la revolución y será nuevamente vencido por las fuerzas del gobierno nacional.

Los últimos años de la presidencia de Sarmiento

En la última parte de su gobierno, don Domingo se encuentra de nuevo hostilizado por cuestiones del pasado: sus declaraciones a favor de Chile, de años atrás, adquieren actualidad por algunas incursiones chilenas en el sur y por la Guerra del Pacífico, así como la cuestión de la represión, pues *La Nación* insiste acerca de los fusilamientos por orden o con aprobación de Sarmiento. Él contesta con una lista de cuatro columnas de los que han muerto por culpa de Mitre, entre ellos, El Chacho.

Poco después, cuando prepara la sucesión presidencial, recrudecen los ataques. Don Bartolo pretende recuperar el poder y sus huestes arrecian contra Sarmiento quien, como es costumbre en esa época, impone a su candidato.

Adolfo Alsina, el "tribuno de la plebe", reúne condiciones de liderazgo como para presentarse a la presidencia pero no cuenta con el apoyo del interior. Su fuerza autonomista se concentra en la provincia de Buenos Aires y desde allí, presiona en la puja electoral aunque sabe que su hora no ha llegado todavía. Ante esta situación, Sarmiento, cruzándose a las pretensiones de Mitre de regresar al poder, juega la carta de uno de sus ministros: Nicolás Avellaneda. Más allá de la mutua desconfianza que se profesan, Alsina y Sarmiento comprenden que deben unir sus fuerzas ante el peligro del retorno al poder por parte del mitrismo oligárquico. Y negocian: Alsina acepta apoyar a Avellaneda pero impone como candidato a vicepresidente de la lista oficial a su amigo Mariano Acosta y negocia su propia designación como ministro de guerra del nuevo gobierno.

El 12/4/1874 se realizan las elecciones. Mitre triunfa en Buenos Aires; Avellaneda en casi todo el resto del país. El 24 de septiembre, antes de la entrega del mando, el mitrismo se insurrecciona argumentando que las elecciones han sido fraudulentas: el propio Mitre se alza en armas en la Provincia de Buenos Aires y el General Arredondo se subleva en Cuyo, con apoyo de los Taboada, desde Santiago del Estero. El general Ivanowsky, en San Luis, leal al gobierno, es ultimado por los insurrectos mitristas. Mitre intenta justificar el golpe denunciando fraude electoral. El 6 de octubre, Sarmiento refuta su manifiesto mediante una crítica a toda la vida política de Mitre. "Domingo responde a los argumentos de Mitre con una diatriba de 36 páginas contra este, que publica por entregas en *La Tribuna*. Lo fulmina como escritor, como militar, como presidente, como periodista y lo califica como un típico generalose sudamericano aspirante a dictador pero este demagogo -sostiene- solo cuenta con el apoyo de sus ex ministros y sus generales

¹²⁸ Zorraquín Becú, Horacio: *Tiempo y vida de José Hernández*, Buenos Aires, Emecé, 1972, p. 210.

¹²⁹ Chávez, Fermín: *Vida y muerte de López Jordán*, ob. cit., p. 215.

¹³⁰ Idem, p. 263.

orientales, pues hasta sus hermanos y su cuñado Julio de Vedia se mantienen fieles a su deber¹¹⁴. El texto culmina así: "La difamación, la anarquía, y la calumnia por sistema, vomitadas todas las mañanas por aquellos albañales de la casa de Don Bartolomé Mitre que se llaman *Nación Argentina* y *Verdad*, nada han podido en seis años¹¹⁵".

La insurrección es sofocada. Sarmiento envía a Roca para aplastar la rebelión cuyana. En viaje al oeste, al joven oficial se le suma gran cantidad de voluntarios y en Santa Rosa logra sofocar el levantamiento. En la Provincia de Buenos Aires, el coronel José Inocencio Arias, con apenas 800 hombres, consigue la rendición de Mitre, en La Verde, quien se halla al frente de 6000 soldados. El venezolano Rufino Blanco Fombona señalará, años después, que militarmente Mitre era solo experto en retiradas.

Los jefes insurrectos son detenidos y enjuiciados. Los defiende el Dr. Manuel Quintana, abogado de empresas inglesas. Algunos piden la ejecución de Mitre por sedicioso, pero prevalece el criterio de desterrarlo por 8 años. Sarmiento, que había llegado al gobierno jaqueado por el mitrismo, concluye su período sometiéndolo por las armas.

Dos trabajos prácticos acerca de la tergiversación de la Historia Argentina

En relación con esta insurrección de Mitre y los enfrentamientos militares de 1874, puede verificarse la tergiversación histórica por parte de la clase dominante, en algo así como dos trabajos prácticos de "azonzamiento".

El primero proviene de una fuente insospechable: nuestro vate máximo, Jorge Luis Borges. "Mis mayores no fueron partidarios de Sarmiento sino sus enemigos, y una prueba de ello es que mi abuelo muere en esa revolución mitrista, muere en La Verde [contra el gobierno de Sarmiento]¹¹⁶". Pero, agrega enojado un insólito Jorge Luis Borges revisionista



Revolución 1874. Combate de La Verde entre las tropas revolucionarias de Mitre y las del gobierno de la República. Grabado de la época.

¹¹⁴ García Hamilton, José Ignacio: *Cuyano alborotador. La vida de Domingo Faustino Sarmiento*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, p. 276.

¹¹⁵ Gálvez, Manuel, ob. cit., p. 368.

¹¹⁶ Borges, Jorge L. en *Borges en diálogo. Conversaciones de Jorge Luis Borges con O. Ferrari*, Buenos Aires, Grijalbo, 1985, p. 251.

"Yo estuve en el campo de batalla de La Verde y hay un error que yo quisiera aprovechar esta ocasión para corregir; hay una placa con una inscripción en el lugar, en la inscripción se lee que ahí las fuerzas revolucionarias, comandadas por el coronel Borges, fueron derrotadas por el coronel, o el general Arias. Pero no, no es así, además es absurdo, porque si Mitre comandaba la acción, no iba a delegar el mando de las fuerzas en uno de sus coroneles [...]. Para no decir que Mitre fue derrotado, porque eso sería mal visto por el diario *La Nación*, por ejemplo, se dice que las fuerzas estaban comandadas por mi abuelo, lo cual es evidentemente falso, y que él cayó en acción [...] y él no pudo comandar las fuerzas, ya que un general, que comanda una revolución, no va a delegar el mando de esas fuerzas en un coronel, por razones jerárquicas. De modo que ahí, en esa placa, a mi abuelo lo hacen comandar la batalla, y lo hacen también ser derrotado [...] pero no fue él quien fue derrotado, fue Mitre, pero como no conviene decir que Mitre fue derrotado, hacen que mi abuelo comande la acción y sea el derrotado. Es todo falso¹¹⁷".

El segundo se origina en un historiador académico: Alberto Palcos. Partiendo estrictamente de los hechos acontecidos nos encontramos con que Mitre participa, primero, del levantamiento de Urquiza contra Rosas, luego se insurrecciona contra Urquiza en septiembre del 52, sustenta más tarde una posición segregacionista durante varios años, se insurrecciona luego contra el poder nacional en 1859 y 1860 y se opone tenazmente al gobierno de Sarmiento para insurreccionarse nuevamente en 1874 con motivo de las elecciones que otorgan el triunfo a Avellaneda (y también se insurreccionará luego, en el 80, contra Avellaneda y también, en 1890, contra Juárez Celman). Pero el historiador Alberto Palcos nos da esta versión que idealiza a Mitre como gran demócrata y defensor de las instituciones: "Y Mitre, que obrara como una fuerza de contención de sus enardecidos correligionarios políticos, asume gallardamente la responsabilidad de ese sacudimiento revolucionario [1874] que no consulta, pese a las apariencias, sus sentimientos profundos. Se sacrifica callada y noblemente, en aras de las vehementes aspiraciones de los partidarios. Nada espera personalmente de la rebelión, aunque triunfe por completo¹¹⁸". De donde resulta que Mitre da golpes una y otra vez, pero no es golpista sino todo lo contrario. Después de referirse a la derrota de Mitre, Palcos agrega: "Mitre es sometido a un consejo de guerra. ¡Aberración inaudita! Hay cinco votos, porque se aplique la pena de muerte al preclaro organizador la Nación, pero, menos mal, prevalece la del destierro. Al año siguiente, el Congreso dicta la ley de amnistía; Mitre se reintegra a la Patria. Un abnegado y mudo gesto de abnegación, oculta su conducta en este ruidoso episodio. En privado, un núcleo de amigos reunidos, se le oye decir con espartana sencillez: Fui general Emilio Mitre, mortalmente enfermo, a fines de 1893, en casa de su hermano, el a la revolución para desarmarla. Tal la clave de su actitud. A ella se ajustan sus pasos en La Verde y Junín [...]. En años posteriores, Mitre condena de nuevo, categóricamente, el régimen de la rebeliones armadas, y Sarmiento, que bregara denodadamente por dejarlo atrás y superarlo, aplaude a su antiguo amigo, como él, grande en la adversidad e igualmente entero en la derrota como en la victoria¹¹⁹".

Es decir, según Palcos, Sarmiento y Mitre se aplauden mutuamente, más allá de alguna disidencia menor, como si Mitre no hubiese sido quien se levantó en armas contra Sarmiento, omitiendo además que cuando se discute la amnistía para Mitre, Sarmiento, como legislador, vota en contra... de tan amigos que eran.

¹¹⁷ Idem.

¹¹⁸ Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, El Aeneo, 1963, volumen 11, 1ª sección, p. 146.

¹¹⁹ Idem, pp. 146 y 147.

Pero más allá de estas tergiversaciones, lo cierto es que los historiadores liberales, y asimismo los revisionistas rosistas, no otorgan a este levantamiento y a su derrota su verdadera importancia. Así ocurre, por ejemplo, con el otro hecho de armas desarrollado en Cuyo: la batalla de Santa Rosa, donde son derrotadas las fuerzas mitristas lideradas por Arredondo. Terzaga señala certeramente: "Por causas distintas pero recurrentes, las dos principales corrientes de la historiografía argentina (la oficial y la revisionista) han velado la significación e importancia de los sucesos de 1874, como si se tratara de una epistémica rencilla entre hombres o fracciones de un mismo partido. Sin embargo, no es así. Los veintidós años corridos entre Caseros y la revolución del 74 son algo más que un simple interregno en la vida de eso que Ernesto Palacio, con fácil esquematismo, ha llamado ligeramente "la República liberal y mercantil"¹⁰⁰. Terzaga explica que "la revolución del 74 fue una especie de 11 de septiembre y de Pavón, pero frustrados. Si bien Pavón fue en su esencia un hecho irreversible y de consecuencias en gran parte definitivas, quedó convertido en un espejismo siempre tentador para la burguesía comercial porteña. Volvería a encandilar las ilusiones del partido mitrista en 1880 y aún en 1890, y una y otra vez fracasaría. Estos sucesivos fracasos son los que revelan, con más fuerza que ninguna otra argumentación, que hacia 1874 la corriente nacional representada por el viejo federalismo estaba encontrando un nuevo cauce donde expresarse, aunque cambiada ciertamente por las nuevas condiciones económicas y políticas del país. Tampoco Sarmiento era en 1874 el mismo hombre de 1861, así como Nicolás Avellaneda, ni en 1874 ni en 1880, era simplemente el hijo publicitado del mártir 'unitario' de Metán. La historia, que es vida, se burla, como la vida, de tales rotulaciones esquemáticas y simplistas que solo sirven para nublar su comprensión"¹⁰¹. Del mismo modo que La Verde evidenció la impotencia del mitrismo para recuperar sus bríos del 62, la batalla de Santa Rosa evidenció que las fuerzas populares del interior, que se habían expresado antes en las montoneras, encontraban ahora un nuevo cauce para enfrentar al proyecto mitrista antinacional.

Una evaluación del contradictorio sanjuanino y de su gobierno

Como ha podido apreciarse, la gestión presidencial de Sarmiento no concuerda con su concepción "civilizatoria". En gran medida, esto se debe a la presión de las fuerzas sociales que lo sustentan (primordialmente, el ejército e intereses provincianos). Se ha sostenido que el sanjuanino era un burgués sin burguesía. Burgués, en tanto quería construir un país, levantarlo del atraso impulsando su modernización, llevar a altos niveles la educación, la ciencia y la tecnología. De ello serían testimonio no solo la difusión de la enseñanza en el interior, sino el intento de explotación minera o la exposición industrial. Para ello, al carecer de la clase social que pudiera desarrollar esa misión, se sostuvo en el ejército (que a veces, en nuestra historia, concreta vicariamente sus tareas). Pero también es cierto que para cualquier proyecto de crecimiento es preciso partir de la realidad y mal puede hacérselo si se la desprecia por bárbara.

La oposición del mitrismo resulta argumento suficiente como para no caracterizar al gobierno de Sarmiento como oligárquico, pero su subordinación a esquemas y modelos ajenos son rémoras que tornan difícil la caracterización de "burgués" en el sentido más estricto progresista y movilizador de las fuerzas productivas. Probablemente, el juicio más certero conduce a encontrar en el gobierno personalísimo de Sarmiento, las contradicciones que le son propias a él mismo: una tensión permanente entre la pasión -argentina y

¹⁰⁰ Terzaga, Alfredo: ob. cit., tomo 1, p. 325.
¹⁰¹ Idem, tomo 1, pp. 325 y 326.

bárbara- por construir una nación, y una dirección intelectual sometida a modelos extranjeros, no solo diversos sino inclusive opuestos a esa creación nacional.

Otro de los aspectos menos conocidos de Sarmiento es su parcial autocritica, en sus años, respecto a su tesis de "civilización o barbarie". En varias notas de *El Nacional*, "El Censor" y "El Diario" acomete el análisis crítico del resultado de la inmigración, reivindicando, en varias oportunidades, al nativo americano. Esas notas las publica luego bajo el título *La condición del extranjero en América*. Allí sostiene: "Ya no es de buen gusto echar en un platillo de la balanza a la Europa, y en el otro la América, porque así, en el globo, la América pesa endiablidamente. ¿Qué van a decirnos de civilización, de riqueza, de instituciones? Los estados del Oeste en los Estados Unidos [...] tienen en menos a los Old States [...] Viniendo a nuestras comarcas, [...] diremos que Buenos Aires, Río, Montevideo, Santiago y Valparaíso están a igual o mayor altura que la mayor parte de las ciudades europeas, que no les exceden en población [...] Tomada en masa la población, en cuanto a desarrollo intelectual, no cede a ciertas comarcas de Italia, España, Irlanda y Francia, por no nombrar al resto"¹⁰². En otro artículo reproducido en el mismo libro, afirma: "Vale la pena que nuestro congreso dicte leyes para evitar estos conflictos, nacidos de la indiferencia pública sobre el espíritu de extranjerismo, que se va radicando de tal manera que mañana tendremos que decir, cuando se nos pregunte: ¿Quién es usted? -Con perdón de usted, argentino". En otro artículo, insiste: "Así tendremos, si no tenemos ya la Torre de Babel en construcción en América, por artífices de todas las lenguas, que no se confundieron al construirla, sino que siéndolo y persistiendo en conservar las de su origen, no pudieron entenderse entre sí"¹⁰³. Agrega que, entonces "la grande esperanza del mundo contra un nuevo cataclismo y diluvio del pasado porque no se hace patria sin patriotismo por cemento, ni ciudad sin ciudadanos que es el alma y la gloria de las naciones se disipará al soplo de los acontecimientos vulgares, una seca prolongada, una guerra extranjera o intestina"¹⁰⁴. En otra ocasión, escribe: "Lo que nos transforma no es la materialidad de la emigración, sino la aplicación de la industria [...] de los inventos, las ciencias y de las artes. Fulton, Morse, Edison no son emigrantes que yo sepa, y sin embargo caminamos con sus botas de siete leguas [...] Mañana oiremos a la Patria (sopra no) sin movernos de casa. La diferencia está en que la América es mejor conductora de civilizaciones y progresos que no lo es la Europa, aún para sus propios inventos"¹⁰⁵.

En esos textos, Sarmiento aboga por la nacionalización de los inmigrantes, por su radicación definitiva y su inserción en la Argentina, especialmente interviniendo y votando en las luchas políticas. Sobre el final del libro afirma: "¿Qué influencia moral, industrial o política ejercerán estas razas si todas ellas eran y son inferiores al tipo original americano? Pero los europeos que vienen a esta América nuestra, incluso españoles, portugueses e italianos, vienen creyendo que basta ser europeos para creer que en materia de gobierno y cultura traen algo de muy notable, y van a influir en nuestra mejoría"¹⁰⁶.

Estas ideas de su última época ratifican la independencia de Sarmiento respecto al mitrismo, independencia que se manifiesta también en su conducta política. Con posterioridad a su presidencia, Sarmiento, como senador, vota en contra de la amnistía sostenida por Rawson y Quintana, defensores de Mitre y sus acompañantes en el golpe militar del 74. Eso le provoca abucheos e insultos de los jóvenes mitristas al salir del

¹⁰² Sarmiento, Domingo F.: *La condición del extranjero en América*, Buenos Aires, Luz del día, 1953, p. 84. Artículo del 24/1/1881.
¹⁰³ Idem, p. 202. Artículo del 9/9/1882.
¹⁰⁴ Idem.
¹⁰⁵ Idem, p. 213. Artículo del 12/9/1882.
¹⁰⁶ Idem, pp. 357 y 358. Artículo del 28/4/1888.

Senado. El coletazo final de esta disidencia se produce cuando *La Prensa* lo trata muy mal: "El recuerdo de los hechos de sus últimos tiempos, de esa sombría serie de matanzas ordenadas por él, que han hundido para siempre su nombre en un charco de humeante sangre humana, nos llena de repugnancia y de horror"¹⁰⁷. En esa línea, se define contra la política de "conciliación" de Avellaneda. También el último período sarmientino se caracteriza a partir de 1882, por el agravamiento de su disputa con los católicos. Desde afuera del Congreso Pedagógico, presiona contra la enseñanza confesional. Avellaneda publica *La escuela sin religión*. Él le retruca: "La escuela sin la religión de mi mujer", con referencia a la muy devota esposa de Avellaneda.

Pero quizás lo que lo pinta mejor es su reencuentro con Alberdi, ya en los altos años. Este último había sostenido: "Pensé ir al Plata bajo la presidencia de Mitre, pero este me amenazó con que sería recibido a pedradas. También pensé ir bajo la presidencia de Sarmiento y este me hizo amenazar con un proceso de traición"¹⁰⁸. En otra oportunidad, Alberdi había declarado: "Yo no les tengo otro temor que el temor que inspiran los salteadores de caminos [...] Temo su cuchillo, es decir, su puñal y su lengua, no su ciencia, en que son capones y eunucos. [...] ¿Qué temor podrían inspirarme a mí por su talento y su saber, en la discusión seria y templada, no solo los Héctores, sino los Bartolos y los Domingos, lunes y martes de la semana más vulgar y común? Lo que yo temo de ellos es su táctica sangrienta de eludir la discusión de que se sienten incapaces"¹⁰⁹. Pero, finalmente, después de tantos años, Alberdi regresa. El mitrismo mantiene su odio sobre el tucumano no solo calificándolo de traidor sino incluso publicándole una carta de 1834, dirigida a Rivadavia, donde era posible detectar "varios errores de ortografía"¹¹⁰. Pero Sarmiento, en cambio, toma otra actitud. Alberdi ha sido el único que logró voltearlo intelectualmente. Sarmiento pudo decir que todos los caudillos llevaron su marca, pero él llevó la marca de Alberdi. El mismo Sarmiento lo reconoce al concluir *Las ciencias y una* como se ha señalado. Sin embargo, cuando Alberdi regresa, ya viejo, delgado, enfermo y va al Ministerio, el gigantón expansivo, todo pasión, va hacia él con los brazos abiertos, exclamando: "-Doctor Alberdi, ¡en mis brazos!", y lo estruja largamente"¹¹¹. Ello no le impide, sin embargo, escribirle a su amigo Posse: "Genio y figura. Después de cuarenta años de penitencia, fuera de la patria en castigo de sus sofismas, [Alberdi] viene más retobado, sofista y dispuesto a parlamentar (palabra suya) con el primer Urquiza que se levante. ¿Estará con Roca? Es posible"¹¹².

En resumen, una pasión argentina, floración auténtica con enormes y profundas raíces en nuestra historia, pero sometida a una concepción ideológica antinacional que lo colocó, muchas veces, a contramano de su pueblo.

¹⁰⁷ Domingo F. Sarmiento, citado por Manuel Gálvez, ob. cit., p. 379.

¹⁰⁸ Alberdi, citado por Manuel Gálvez, ob. cit., p. 396.

¹⁰⁹ Chávez, Fermín: *Alberdi y el mitrismo*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1961, pp. 57 y 58.

¹¹⁰ Peña, David: *Alberdi, los mitristas y la guerra de la Triple Alianza*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1965, p. 130.

¹¹¹ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 392.

¹¹² Carta de Sarmiento a J. Posse, octubre 1879, *Epistolario*, ob. cit., tomo II, p. 480.

CAPÍTULO XVI

PRESIDENCIA DE AVELLANEDA

Nicolás Avellaneda, según las diversas corrientes historiográficas

El tucumano Nicolás Remigio Aurelio Avellaneda, nacido en 1836, llega a la presidencia de la República Argentina en 1874. Su padre -Marco Avellaneda- ha sido degollado en la guerra civil y ha pasado a la historia de los unitarios como el "mártir de Metán". No obstante este antecedente, que podría haber conducido a Nicolás hacia el bando mitrista, milita, desde joven, en el partido constitucional -"los rusos"- sostenedor de la Confederación. Luego, en 1866, ya es alsinista y en esa condición se desempeña como ministro de gobierno de Adolfo Alsina, en la provincia de Buenos Aires. Más tarde, como ya se ha indicado, cumple un rol relevante como ministro de Instrucción Pública en la presidencia de Sarmiento.

Ha cumplido solo 38 años cuando ocupa el Poder Ejecutivo y se ha señalado correctamente que cuando asume es hombre de letras y cuando se retira, en el 80, lleva revólver al cinto. A su llegada al poder, el mitrismo se levanta militarmente, produciendo y cuando concluye su período, también el mitrismo se levanta militarmente, produciendo dos enfrentamientos que provocan tres mil muertos. No se trata, pues, de un período de amable convivencia ni tampoco, como aducen algunos, de minúsculas luchas internas dentro de la clase dominante, sino de fuerte tensión entre los sectores sociales en pugna.

La Historia Oficial, sin embargo, elude estos aspectos dramáticos y se limita a mostrarlo como un presidente más, suponiéndolo en la misma línea de Mitre y Sarmiento, quienes, por otra parte, como hemos visto, mantuvieron posiciones antagónicas. Sin embargo, esa historia solo cree conveniente destacar que Avellaneda dio ejemplo de conducta al mantener en alto el honor de la Nación, en lo que respecta al pago de los servicios de la deuda externa. Para ello, se ha fundido entusiastamente su compromiso con los acreedores cuando sostuvo que "...los argentinos economizarían hasta sobre su hambre y su sed, para responder, en una situación suprema, a los compromisos de nuestra fe pública en los mercados extranjeros". Asimismo, la Historia Oficial destaca su política "de conciliación", colocando



Nicolás Avellaneda. Grabado de Hugo Uribe.

la unidad de los argentinos de los más diversos sectores sociales como objetivo principal, "superando antagonismos estériles". En resumen, lo más importante de su presidencia habría consistido en cumplir con los acreedores externos y tener buena voluntad con la clase dominante, es decir, con la oligarquía mitrista que hizo todo lo posible por desplazarlo.

Por su parte, la Historia Social, según lo sostiene José Luis Romero (*Breve Historia de la Argentina y Las ideas políticas en la Argentina*), también lo coloca a Avellaneda -más allá de "distintos intereses y temperamentos"- en la misma línea de Mitre y Sarmiento, persiguiendo, como objetivo fundamental, "el afianzamiento del orden insitucional responsable"¹, concretaron esta tarea. Estos tres presidentes -señala Romero- "llevaron al triunfo dos ideales fielmente arraigados en su ánimo: el de la afirmación de la unidad nacional y el de la afirmación de una 'política de principios'". Eran -agrega- grupos de elite, pero republicanos y austeros, es decir, "una aristocracia" docente y decente, que solo más tarde dejaría paso a "la oligarquía".

El revisionismo rosista no se ha particularizado en el análisis de esta presidencia, aunque sí ha criticado esa política de "pagar a los acreedores externos sobre el hambre y la sed de los argentinos".

El revisionismo socialista analiza esta época en dos planos: por un lado, la consolidación de los terratenientes, el crecimiento de la inmigración y el avance de las líneas ferroviarias inglesas, lo que significa que se va ajustando la organización del país como semicolonias, en camino hacia lo que se llamó orgullosamente "el granero del mundo". Pero, por otro lado, la oligarquía no maneja el poder y especialmente, a través de la presión del interior provinciano, se desarrollan propuestas industriales proteccionistas e inclusive, en varias ocasiones, se resiste la prepotencia del capital extranjero.

Para esta corriente, Avellaneda es la expresión de una burguesía provinciana, con cierta base popular, opuesta a la centralización despótica de la Provincia Metrópoli que tiene a Mitre por líder. La causa de las provincias interiores ya no se defiende a través de caudillos y montoneras, como Facundo o en el caso de Tucumán, Alejandro Heredia, sino mediante la confluencia de clases con cierto poder económico -en general, propietarios de fincas- con sectores populares y el ejército, bajo la forma de la llamada Liga de Gobernadores. La caracterización de este frente social lleva a confusión por ser Avellaneda el hijo del "mártir de Metán", degollado por los rosistas, siendo su esposa, Carmen Nóbregas, porteña, también hija de una víctima de la Mazorca.

Esta paradoja se diluye, sin embargo, si se recuerda que muchos provincianos eran antirrosistas no por rivadavianos sino para oponerse al centralismo porteño que resultaba odioso para el interior.

Ambas familias, los Avellaneda y los Nóbregas eran dueños de fincas y hacia 1880, el matrimonio poseía numerosas propiedades, algunas por herencia, otras provenientes del ejercicio de la profesión de abogado por parte de Nicolás. La tendencia conciliadora del tucumano, que algunos adjudicaban a su baja estatura y endeblez física de la cual surgen los moteos de "chingolo" o "taquito", seguramente se relaciona con su pertenencia a esa clase alta provinciana, sus propiedades y su condición de profesional prestigioso en el mundo del Derecho.

¹ Romero, José L.: *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Huemul, 1986, p. 118.
² Ídem, p. 119.
³ Romero, José L.: *Las ideas políticas en la Argentina*, Buenos Aires, PCE, 1956, p. 156.
⁴ Ídem, p. 163.

⁵ Groussac, Paul: *Los que pasaban*, Buenos Aires, Huemul, 1972, p. 112.

Avellaneda en la presidencia

La llegada de Avellaneda a la presidencia se gesta en medio de pujas y contradicciones que son, en definitiva, las que explican las debilidades y vacilaciones de su gobierno. Dentro del Partido Autonomista, la decisión de Alsina de negociar con Avellaneda provoca irritación en algunos sectores e inclusive la separación de importantes personajes como José C. Paz, el dueño del diario *La Prensa*, quien se suma al mitrismo, donde cree posible encauzar sus aspiraciones presidenciales. Por su parte, la prensa reaccionaria carga fuertemente contra Avellaneda. Píez de la Torre (h) sostiene que "no hay invectiva que la prensa opositora ahorre a Avellaneda. *La Nación* lo llama 'empleado de secretaría', 'figurín', encarnación del 'odio a Buenos Aires'. La mera posibilidad de que sea presidente le parece 'una broma de gente traviesa': demostraría que 'la mayoría del país ha perdido el sentido común'. El diario de Mitre denigra con fervor a la 'Liga de Gobernadores' que lo sostiene y a la presidencia de Sarmiento que lo apoya sin disimulo. En las caricaturas aparece como un bebé llevado a la presidencia en brazos de Sarmiento y Alsina. Eduardo Costa aseguraba que la única fuerza electoral del tucumano era 'un ejército de maestros famélicos y de canónigos repletos'. 'El diario de Mitre se preguntaba ¿qué dirá el Bra- sí?' -señala Lauro Fagalde- o filosofaba 'el gobierno de Avellaneda significaba levantar a Alberdi y condenar a Sarmiento, significaba encontrar justiciara la guerra tenaz de Alberdi contra Buenos Aires cuando Buenos Aires se resistía a la imposición del Tratado de San Nicolás [...] Hoy se ensalza a Alberdi, se hace la apología de López Jordán, se pide la condenación de Mitre'. Avellaneda era la obra de la nueva Mazorca".

Son precisamente estos ataques del mitrismo los que probablemente generan simpatía popular respecto al tucumano. Groussac señala: "¿A qué influencia decisiva debió su triunfo Avellaneda? Apartando, como cantidades electoralmente poco computables, así la dudosa influencia clerical como la insignificante cooperación escolar [...] quedaría, a mi ver, como única explicación acertada la que, hecha abstracción del electo y de las parcialidades electoras, mostrara el triunfo como surgido a su hora del oscuro fondo nacional, bajo un impulso menos razonado que instintivo [...] De ahí la realización irresistible de la candidatura que con justicia pudo llamarse 'nacional', y que solo motejaron de im-puesta o hechiza los que no la sintieron nacer y palpar en el alma colectiva. Significaba más que el ascenso de un hombre, la entrada en escena de un nuevo factor histórico".

Por supuesto que esa emoción colectiva, se conjugaba, además, con la red política de vínculos que iban generando las burguesías provincianas. Una carta de Roca evidencia el rol que está jugando a favor de su comprovinciano: "Cumpliendo sus instrucciones en San Luis, he hecho un derroche de promesas a su nombre; promesas que creo no han conmovido mucho al animal que tienen de gobernador, a quien muy disimuladamente he hecho algunas amenazas por cuenta mía [...] En San Luis 'todo nos pertenece'. A su vez, Avellaneda, en carta a Roca, le escribe: "Estamos al fin de la Gran Obra Tucumana. Ha sido grande, laboriosa, y se han necesitado brazos y corazón hercúleos, para luchar con los grandes y viejos partidos de la República. Lo aprieto sobre el corazón, con un abrazo supremo [...] Necesitamos fortalecer nuestro partido en el Senado, porque se han asilado allí los últimos y endurecidos restos del partido vencido".

⁶ Píez de la Torre (h), Carlos: *Nicolás Avellaneda, una biografía*, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 183.
⁷ Fagalde, Lauro: *El Interior contra Buenos Aires. De Caseros a Roca*, Santa Fe, Los Andes, 1975, pp. 101 y 102.
⁸ Groussac, Paul: ob. cit., pp. 137 y 138.

⁹ Carta de Roca a Avellaneda, del 13/2/1874, reproducida en Píez de la Torre (h), Carlos, ob. cit., p. 181.
¹⁰ Carta de Avellaneda a Roca, del 14/6/1874, reproducida en Píez de la Torre (h), Carlos, ob. cit., p. 186.

De esta manera, sostenido por la Liga de Gobernadores que expresa a las mayorías provincianas de extracción federal -por sobre todo, contrarias a que Mitre regrese al poder- y en especial, por el autonomismo de Adolfo Alsina e inclusive, por Roca, un joven militar que ya está emergiendo en el escenario político, el 12 de octubre de 1874, Nicolás Avellaneda, asume el poder condenando al mitrismo: "Acabamos de sofocar la última conjuración de una fracción oligárquica que, deslumbrada por la infatuación obstinada y ciega que el prolongado uso del poder produce, quería levantar su orgullo o su demencia sobre el voto de los pueblos [...] El gobierno fundado por los partidos liberales no debe ser administrado por castas sacerdotales como las de la India, y [entiendo] que tienen derecho para ser admitidos a su ejercicio todos los hombres honorables"¹¹.

Adolfo Alsina también pronuncia unas palabras en las que tilda a la intentona mitrista de "escandaloso estallido de las pasiones burladas", con voz tonante y adjetivos fuertes que según Groussac resultaban como "el chirrido del hierro candente y humeante, marcando en la frente al grupo sedicioso"¹². Sarmiento, como presidente saliente, sostiene: "Sois el primer presidente que no sabe disparar una pistola, y entonces habéis debido incurrir en el desprecio soberano de los que han manejado armas para elevarse con ellas y hacerse los árbitros de los destinos de su patria. Sois el presidente que no trae un partido organizado en el poder [...] Sois el primer presidente, como Lincoln, que no tiene una biografía acentuada con hechos anteriores marcados; el primer presidente, como Thiers, de estatura diminuta, que deja el estudio del gabinete para mandar pueblos tirados en todos los sentidos por el desorden de la idea que sus antecesores les dejaron"¹³.

Entre los colaboradores de Avellaneda se destacan: el Vicepresidente, Mariano Acosta (de origen alsinista); Adolfo Alsina, que se ha asegurado el ministerio de Guerra; Santiago Corúñez, en Hacienda (cargo que ya había desempeñado en el gobierno de Sarmiento); en Interior, Simón de Iriondo (de origen urquicista); en la cancillería, Pedro A. Pardo; Félix Frías, en Justicia; y en Culto e Instrucción Pública, Onésimo Leguizamón (especialista en temas educacionales, de origen urquicista). Luego, en 1875, Avellaneda modifica el gabinete y nombra canciller a un prestigioso federal: Bernardo de Irigoyen.

El rasgo más importante de su gobierno estaría dado, según la prensa de la época, por la influencia de Alsina, más duro y fuertemente antimitrista, en relación al Presidente, hombre más bien inclinado al acuerdo.

Como en el caso de Sarmiento, Avellaneda no es "la oligarquía en el poder", sino que precisamente, "la oligarquía es su oposición". No solo Avellaneda manifiesta inquietudes industrialistas y mineras -contrarias al modelo agroexportador que se está gestando- sino que en su ensayo sobre la tierra pública plantea evitar el latifundio, posición en nada coincidente con la visión oligárquica respecto a la tenencia de la tierra. En dicho libro -*Estudio sobre las leyes de tierras públicas*- sostiene la necesidad de la propiedad territorial fácil y barata, para vencer al desierto, y lograr que sea accesible al trabajador definiéndose a favor de limitar las extensiones y en contra del arrendamiento que torna insegura la explotación¹⁴.

La distinta base social, así como estas diferencias ideológicas, se traducen, en esos años, en antagonismo permanente con la oligarquía porteña que incluso llega a la amenaza de la acción armada.

El mitrismo, argumentando que ha sido burlado por el fraude y, no obstante la derro-

¹¹ Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónica histórica argentina*, Buenos Aires, Codex, 1969, tomo IV, p. 290.
¹² Pérez de la Torre (h), Carlos, ob. cit., p. 193.
¹³ Idem, p. 193.
¹⁴ Avellaneda, Nicolás: *Tierras públicas*, Buenos Aires, La Facultad, 1915.

ta sufrida y el indulto que se le otorga a sus jefes, se mantiene en la abstención electoral y, en varios editoriales, el diario *La Nación* plantea ese abstencionismo como posición previa a un nuevo levantamiento. Refiere Groussac: "El desenfreno de la prensa mitrista contra todos los actos del gobierno nacional no se detenía ante el respeto de las personas, ni siquiera, algunas veces -bajo el anónimo protector de las villanías subalternas- ante el sagrado de los hogares. Fomentada así la efervescencia popular, prolongábase para el país una situación de alarma y perpetua inquietud"¹⁵.

Esta posición la mantendrá el mitrismo hasta que comienza la política de conciliación en 1877. Por otra parte, el gobierno de Avellaneda, sin proceder a la intervención, da apoyo, en Santiago del Estero, a los sectores opositores (Absalón Rojas) que luchan contra los hermanos Taboada y logra expulsar a estos de la provincia. (Los Taboada, mitristas, venían controlando Santiago del Estero, desde hacía más de 20 años.) Resulta interesante registrar el papel de Roca en la lucha contra los Taboada, verdadero bastión del mitrismo. Desde años atrás, Roca había manifestado su oposición a la familia mitrista de los Taboada, dueños y señores de Santiago del Estero. En enero de 1868, le había manifestado a Hilario Lagos que "este bandido [Taboada] no se para en medios [...] no hay tropelía que no sea capaz de cometer"¹⁶. Posteriormente, Roca los denuncia ante Alsina, porque a través del "periódico 'Norte' me acusan de conspirador y asesino, han tratado de sublevarme el Batallón por medio de un comandante Víctorio Hernández, ladrón insigne, enviado exclusivamente a esta con ese objeto"¹⁷. Y más tarde, le informa a Alsina: "Para que nuestro presidente pueda cumplir su promesa de mantener la paz por años, es absolutamente indispensable la caída de los Taboada. Si no hay algún requisito constitucional para conseguirlo, se puede apelar a otros medios más eficaces y seguros. Si a V.E. le pareciese bien podría encargarme de ello, con la seguridad de no comprometerme ni comprometer a nadie [...] Yo sé cómo se hacen revoluciones en estos pueblos sin tomar parte en ellas"¹⁸. El desplazamiento de los Taboada le quita a Mitre su único sostén en el interior del país.

Ante la crisis mundial

El nuevo presidente recibe una herencia harto compleja, pues desde 1873 se ha desencadenado una crisis económica mundial que repercute fuertemente sobre la Argentina. De modo tal que se encuentra con un país donde proliferan las quiebras en la actividad económica privada y existen escasas reservas en poder del gobierno, al tiempo que se reduce la recaudación impositiva generando un fuerte déficit presupuestario. Asimismo, no solo la crisis mundial origina estas desgracias: los gobiernos de Mitre y Sarmiento, signados por la concepción del libre comercio, han provocado una situación de grave deterioro. Las importaciones crecieron de 22 millones de pesos fuertes para 1861 a 37 millones para 1866, a 49 millones para 1870 y a 73 millones para 1873¹⁹. La balanza comercial ha arrojado permanentes resultados negativos, desde 8 millones de pesos fuertes para 1861 hasta 26 millones para 1873²⁰.

¹⁵ Groussac, Paul: ob. cit., p. 152.
¹⁶ Terzaga, Alfredo: *Historia de Roca*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1976, tomo 1, p. 232.
¹⁷ Carta de Roca a Alsina, del 20/11/1869, reproducida en Terzaga, Alfredo, ob. cit. tomo 1, p. 252.
¹⁸ Carta de Roca a Alsina, en Terzaga, Alfredo, ob. cit., tomo 1, p. 252.
¹⁹ Chiaramonte, José Carlos: *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880*, Buenos Aires, Solar Hachette, 1971, p. 56.
²⁰ Chiaramonte, José Carlos, ob. cit., p. 56.

En los primeros años de su gobierno, el Presidente enfrenta estos graves problemas, a los cuales intenta dar respuesta recurriendo a las fórmulas liberales, descargando la crisis sobre las espaldas del pueblo para alcanzar el equilibrio fiscal y el pago de la deuda externa: suprime empleos públicos y rebaja los sueldos de la administración entre el 18% y el 20%. El ajuste permite pagar el servicio financiero de la deuda externa correspondiente al primer semestre de 1875. Pero no alcanza para cumplir con el servicio del 2° semestre, lo que conduce al presidente a aquel discurso dirigido a los acreedores: "Los tenedores de bonos argentinos deben, a la verdad, reposar tranquilos [...] La república puede estar dividida hondamente en partidos internos; pero no tiene sino un honor y un crédito, como solo tiene un nombre y una bandera, ante los pueblos extraños. Hay dos millones de argentinos que economizarían hasta sobre su hambre y su sed para responder, en una situación suprema, a los compromisos de nuestra fe pública en los mercados extranjeros"²¹.

Groussac señala que "decretado el curso forzoso en presencia de los bancos cerrados y de las quiebras día a día multiplicadas, el empobrecimiento del país, que se manifestaba por el descenso de la producción a la vez que el del consumo, repercutía naturalmente en las rentas del Estado, representadas en su mayor cifra por los derechos aduaneros de importación y exportación. Durante cuatro años, la progresiva disminución de los gastos fiscales, previstos en los presupuestos, no había logrado equilibrar la reducción aun más rápida y consternante de las entradas. El presupuesto nacional, que, en 1876, sumaba la cifra 'enorme' de 20 millones de pesos fuertes [...] había bajado al año siguiente a 16, y se saldaba con un déficit de tres millones! Aquel año, felizmente, habíase tocado el fondo del abismo"²².

Durante esos años difíciles, el panorama político se muestra complejo y contradictorio. Un análisis pormenorizado de la gestión de Avellaneda permite observar una permanente tendencia a conciliar, que le critican inclusive sus amigos políticos y que como se ha señalado, más que en la psicología del político tucumano, reside en la debilidad de las fuerzas del interior frente a la poderosa oligarquía bonaerense.

Las presencias de Alsina (como ministro de Guerra) y de Mariano Acosta (como vicepresidente), así como la designación de Carlos Casares como gobernador de la provincia de Buenos Aires expresan la importante influencia del alsinismo sobre Avellaneda. Pero, por entonces, los autonomistas se escinden en "cambaceristas", por un lado, y seguidores de Aristóbulo del Valle, por otro. A su vez, el mitrismo intensifica su conducta opositora y amenaza con un levantamiento armado.

Debilitado por estos sucesos -y por la crisis que aún persiste- Avellaneda prescinde de su ministro de Hacienda (Santiago Cortínez) y los sucesivos reemplazantes resultan clara expresión del conciliacionismo que lo domina. Conviene pues, conocerlos pues se trata de dos hombres ligados al capital extranjero.

Dos ministros al servicio del interés extranjero

El primero de ellos es Lucas González, un mendocino pícaro, que viene operando en las finanzas del gobierno y al mismo tiempo, en las finanzas privadas, desde años atrás. Tan reiterados son sus saltos desde la función pública a la función privada que, en algunas tratativas, no puede establecerse con claridad si González representa al Estado argentino o a los banqueros de Londres.

Permanece solo un año y medio en el ministerio, pero le resulta suficiente para estre-

²¹ Páez de la Torre (h), Carlos, *ob. cit.*, p. 223.
²² Groussac, Paul, *ob. cit.*, p. 155.

char vínculos con los banqueros Murrieta y Cía, contratando un empréstito para la provincia de Santa Fe que, al no ser cumplido tiempo después, le permite al mismo González ofrecer una negociación de canje de tierras de esa provincia en pago de deuda externa. Años después, González profundizará esas relaciones con el capital extranjero y se ocupará de obtener concesiones en el norte santafesino para una empresa que luego tendrá una historia siniestra en nuestro país: "La Forestal".

En mayo de 1876, cuando renuncia González, es reemplazado por Norberto de la Riestra quien, como se sabe, aterriza en el ministerio de Hacienda viniendo directamente de la presidencia del Banco de Londres y Río de la Plata y del riñón del mitrismo al go-

bierno, pero puede entenderse como una concesión de Avellaneda hacia los opositores, que podría provenir del peligro de un nuevo golpe militar (Obsérvese que en febrero de 1876 se frustró una conspiración mitrista liderada por J. G. C. Bockart, produciéndose en su biografía sobre Avellaneda, señala que Avellaneda "encuentra cada día más difícil gobernar con el mitrismo resentido y en feroz oposición"²³).

Ante la designación de De La Riestra, Mitre manifiesta inicialmente su desagrado, pero luego publica un artículo en el que se vanagloria de que Avellaneda recurra a dirigentes de su partido, como De La Riestra, "que gozaba de una alta reputación como financiero, y había tenido ya una activa figuración pública [...] fue el quien restableció nuestro crédito en los mercados europeos, arreglando nuestra deuda externa [...] Es el primero que después de nuestra bancarrota en Europa, hizo inscribir el nombre de nuestro país borrado de la Bolsa de Londres, declarándonos nación solvente ante el mundo"²⁴. Sarmiento no opinaba del mismo modo sobre el flamante ministro: "Nunca pude ducir su inteligencia ni inclinación siquiera a la política de su país; era un empleado de comercio de casa inglesa en toda la extensión de la palabra"²⁵. Otra opinión interesante la da el inglés David Joslin, en una publicación dirigida a festejar el centenario de la creación del Banco de Londres: "Antes de abrirse el Banco (sucursal, en Buenos Aires, del Banco de Londres y América del Sur) se consiguió una importante ayuda [...] John Fair, una figura importante de la comunidad británica de bonos de Buenos Aires y del Ferrocarril Sur. Robertson lo llevaría (a De la Riestra) a un amplio círculo de negocios que los directores originalmente habían previsto. A través de los buenos oficios de Robertson y Fair, Bruce aseguró los servicios de De La Riestra como director residente en Buenos Aires. Sus deberes eran ayudar a Green [gerente del Banco] en materias bancarias locales y ser el principal intermediario entre el banco y los altos círculos políticos, donde están garantidos con él los favores"²⁶.

En el mismo texto, Joslin se refiere al apoyo de una sucursal del Banco en Rosario, que De La Riestra gestionaría, asegurando que no apareciese ningún Banco rival. Sin embargo, la composición contradictoria de este gobierno no permite que se cumplan íntegramente los proyectos británicos y el "Banco inglés" se vio obligado a competir con el Banco Provincial de Santa Fe, de capital estatal.

²³ Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, El acento, 1963, tomo 12, 1ª sección, p. 155, capítulo a cargo de Carlos Heras.

²⁴ Páez de la Torre (h), Carlos, *ob. cit.*, p. 247.

²⁵ Casto, Vicente: *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1979, p. 30.

²⁶ Damianovich, Alejandra: *El monopolio del Banco inglés*, Buenos Aires, El acento, 1963, pp. 30 y 31.

Cuando el Dr. Manuel Quintana amenazó militarmente a su patria

La historia merece recordarse y se inicia en 1862, cuando se instala el Banco de Londres, Buenos Aires y Río de la Plata, llamado, a partir de 1865, "Banco de Londres y Río de la Plata". Entre los accionistas figuraban mayoritariamente ingleses que habían constituido la casa matriz en Londres ("London Buenos Aires and River Plate Bank limited") y eran también accionistas del Ferrocarril Central Argentino (como Henry Bruce)²⁸ y del Ferrocarril Sur (como George Alexander Holt y John Séptimo Rivolta). Norberto de la Riestra fue director residente en Buenos Aires.

El primer gerente fue John Henry Green, integrante de "Nicholson Green y Co." empresa accionista del Banco y de la cual era representante De La Riestra. El Banco se dedicaba especialmente a negocios de exportación e importación. En 1867 creó una sucursal en Rosario. (Por entonces, De La Riestra y Mariano Fraguero expresan las posiciones antagónicas en materia financiera: Bancos privados o control estatal de la banca).

El llamado "Banco inglés" competía con el Banco Provincial de Santa Fe. El gobernador de Santa Fe, Servando Bayo, hombre de la confederación y antimitrista, apoyó al Banco Provincial, quitándole al "Banco inglés" el derecho a emitir billetes (que se le había otorgado) así como creándole un impuesto a las actividades bancarias. En determinado momento de este conflicto, el Banco inglés contraataca organizando una corrida bancaria (es decir se apropia de valores del Banco Provincial y de golpe exige la conversión, para ponerlo en iliquidez). El gobernador responde sosteniendo que "la sociedad anónima denominada Banco de Londres y Río de la Plata se ha convertido en una institución ruinosa de los intereses públicos, hostil y peligrosa en las actuales circunstancias al crédito interior y exterior de la provincia"²⁹. Es el decreto provincial del 19 de mayo de 1876. (Ese mismo día asume como Secretario de Hacienda del Gobierno Nacional el Dr. De la Riestra.) Por ese decreto, Bayo dispone la liquidación de la sucursal Rosario, cierra las puertas del Banco, sella sus libros y arresta al gerente, ordenando un embargo por 50.600 pesos oro. La designación de De la Riestra había llegado tarde para impedir semejantes medidas. Se inicia, entonces, una reclamación diplomática que puede reconstruirse en base a las cartas cruzadas entre el canciller argentino, un viejo federal rosista, Bernardo de Irigoyen y el representante británico Federico St. John y el representante alemán Holleben (que interviene, pues, el gerente Benh, de nacionalidad alemana, ha sido encarcelado).

De allí surge que el encargado de negocios británicos concurrió a una audiencia con el canciller, acompañado del asesor legal del Banco de Londres, Dr. Manuel Quintana (quien asumiría, en 1904, como Presidente de la Nación Argentina). Quintana se había destacado ya como dirigente político -cercaño al mitrismo- en la oposición al gobierno de Sarmiento, como diputado y luego como senador, en los debates dirigidos a obtener el indulto de Mitre por la sedición de 1874. Al igual que De la Riestra, su vinculación con las empresas inglesas era muy estrecha. En dicha reunión, Quintana le expresa al canciller Bernardo de Irigoyen que "el jefe de las fuerzas navales británicas en el Río de la Plata ha ordenado que una cañonera se dirija a Rosario"³⁰, amenazando así con el uso de la fuerza. Se trataba de la cañonera "Beacon", bajo el mando del capitán Dunlop, que se encontraba en el puerto de Montevideo. El historiador José M. Rosa cita un discurso de Estanislao Zeballos en el Congreso de la Nación, quien afirma que el canciller Bernardo

²⁸ González Arzac, Alberto: *El papelón de Manuel Quintana*, Buenos Aires, Korrigan, 1974, p. 28.
²⁹ *Idem*, p. 53.
³⁰ *Idem*, p. 56.

de Irigoyen se puso de pie -ante la amenaza- y exigió el retiro de Quintana de su despacho, como condición para proseguir el diálogo con St. John. Por su parte, el diplomático inglés argumentará luego que el Dr. Irigoyen se dirigió a él sosteniendo que "lamentablemente este paso, pues este haría más difícil el arreglo". Agrega St. John que intentó descargar la responsabilidad en Quintana y explicó que el propósito era resguardar los caudales del Banco, en la cañonera y no una actitud agresora. Irigoyen le contesta que los caudales están protegidos en territorio argentino, por las leyes argentinas, tornando innecesario y "lamentable" el envío de la cañonera. Poco después, el 10 de junio de 1876, Quintana renuncia a su banca como senador nacional y viaja a Londres, para exponer la situación al Directorio, en la casa central del Banco, privilegiando su condición de asesor de los ingleses al de representante del pueblo argentino. Semanas más tarde, llega a Buenos Aires Mr. George Drabble, presidente del Banco de Londres, quien poseía una estancia en la pampa, fue director de Ferrocarril del Sud y del Central Argentino y luego fundaría un frigorífico inglés en Campana, demostrándose así la estrecha vinculación de todas estas empresas inglesas que operaban en la Argentina.

El conflicto concluye a través de las gestiones de Drabble en Buenos Aires, en medio de fuertes presiones. De La Riestra urde una trama para intervenir a la provincia de Santa Fe y desplazar al molesto gobernador Bayo, pero Avellaneda rechaza su maniobra. H. S. Ferns señala que el diario *La Nación*, ante los sucesos de Santa Fe, se pronuncia en contra de la política sostenida por Bayo y Avellaneda. Finalmente, el gobierno deja sin efecto la liquidación del Banco Inglés, que ya había sido sancionada por el gobernador Servando Bayo, pero el Banco no recupera los privilegios con que operaba antes y que perjudicaban al Banco Provincial de Santa Fe (emisión de billetes, exención de impuestos y otros privilegios).

En este conflicto, el canciller argentino mantuvo en alto la dignidad del país discutiendo frontalmente con el diplomático inglés. St. John sostuvo, el 19/6/76, que el comportamiento de las autoridades argentinas "constituye una de las más graves ofensas que jamás se haya cometido por las autoridades de un país contra los súbditos de otra y mucho más siendo este, amigo". A esto, Bernardo de Irigoyen contesta que "el Banco de Londres es una sociedad anónima [...] no hay en ellas nacionales ni extranjeros [...] no tienen derecho a protección diplomática". Respecto a la cañonera, St. John sostiene que "la alusión del Dr. Quintana a la cañonera, fue superflua; la sentí mucho cuando la hizo y me apresuré a explicarla" (aunque, probablemente, Quintana obrase con previo acuerdo que, por ello, él explicó que "el hecho de haber despachado un buque de guerra a Rosario donde, si hubiera ocurrido un movimiento popular, podía aquel, en caso de necesidad absoluta, haber prestado auxilio a las autoridades locales, si esto se lo pidiese, así como a los súbditos ingleses y a sus bienes, si le hubiera sido permitido"³¹). Finalmente St. John insiste en que los accionistas del Banco "son individuos que suscribieron su dinero en Londres donde está establecida la dirección general, lo enviaron a este país y han hecho un negocio legítimo", todo lo cual -considera- justifica el apoyo y la defensa diplomática por parte de Gran Bretaña. A esto responde el canciller argentino que la circunstancia de que esos accionistas sean hoy ingleses es eventual, pues las acciones se transmiten y revestir así el caso de una multiplicidad de nacionalidades que envolvería el descono-

³¹ *Idem*, p. 92.
³² *Idem*, p. 96.

Aquellos que se limitan a recordar el discurso de Avellaneda en materia de deuda externa -para usarlo como ejemplo de la necesidad de subordinarse a la banca mundial- generalmente olvidan este episodio, más importante aún y que debería servir como ejemplo de una política exterior independiente.

El taller y la granja

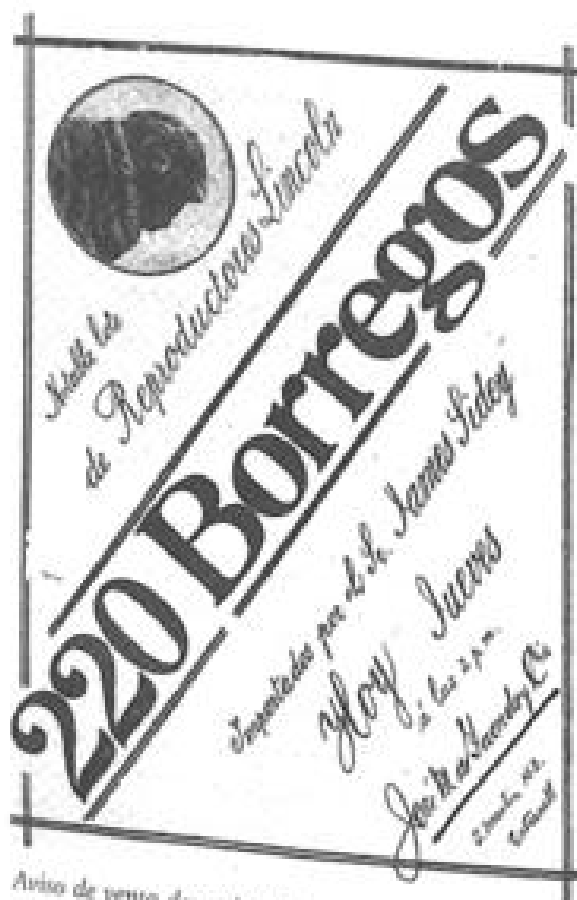
Como en otros momentos de nuestra historia, la crisis económica iniciada en 1873 provoca planteos industrialistas, ligados estrechamente al desarrollo de teorías proteccionistas. Uno de los principales impulsores de una política económica proteccionista dirigida a impulsar el desarrollo de nuestras industrias es Vicente Fidel López.

A pesar de que en su obra histórica prevalece una óptica antipopular -especialmente respecto a Artigas y otros caudillos- resulta innegable que el hijo del autor del himno se constituye en esa época en el más consecuente difusor del nacionalismo económico, según lo califica correctamente José Carlos Chiaramonte en su libro *Nacionalismo y Liberalismo económicos en Argentina, 1860-1880*. López se prodiga en esfuerzos para defender el desarrollo industrial asumiendo una clara posición proteccionista basada en tarifas

aduaneras, como asimismo proponiendo que se aplique a favor de quienes impulsen ciertas industrias el mismo criterio aplicado a las concesiones ferroviarias, es decir, otorgarles el reconocimiento de un mínimo de 7% de rentabilidad sobre el capital invertido.

En 1873, la voz de Vicente Fidel López se levanta vigorosa y con sólidos argumentos: "Si tomamos en consideración la historia de nuestra producción interior, vemos que desde la revolución de 1810, cuando se empezó a abrir nuestro mercado al librecambio extranjero, comenzamos a perder todas aquellas materias que nosotros mismos producíamos elaboradas y que en nuestras provincias del interior, que tantas producciones de esas tenían, la riqueza y la población comenzó a desaparecer a términos que provincias que eran ricas, y que podían llamarse emporios de industria incipiente, cuyas producciones se desparramaban en todas partes del territorio, hoy están completamente aniquiladas y van progresivamente por el camino de la ruina"¹¹.

En el mismo discurso, señala que Es-



Aviso de venta de ovejas. Práctica habitual durante el ciclo del lanar que predominó en la economía argentina durante la presidencia de Avellaneda.

¹¹ Vicente Fidel López, 27/6/1873, reproducido en "Protección a la industria nacional. Debate de 1873. Cámara de Diputados de la Nación", Revista Estrategia, Serie Documentos N° 2, Instituto Argentino de Estudios Estratégicos y de las Relaciones Internacionales, Director Juan E. Guglielmelli, Buenos Aires, p. 188.

tados Unidos ha tenido el buen criterio de llevar adelante los ferrocarriles "con capitales propios e internos. El interés, la amortización y todos los otros servicios que vale el capital, se pagan dentro del país y al país mismo. Entre nosotros, hacemos lo contrario: a pues gravamos la riqueza propia -y todo el porvenir de nuestras rentas nacionales- a la adquisición de este servicio, comprándolo a peso de oro y a una enorme carestía, en beneficio del extranjero". Agrega que "nosotros pagamos la materia prima, la mano de obra, la venta de la tierra extraña, la renta del capital que importa el buque, los fletes y los servicios infinitos que todo esto trae consigo. Después pagamos todo el material y hasta los elementos del movimiento. De modo que puede decirse que en cada una de estas obras, cuya utilidad relativa no niego, arrendamos nuestro territorio y lo gravamos fuertemente con una verdadera hipoteca en favor de la riqueza extraña y esas empresas ganan, llevándose una parte vital de lo que producen"¹².

A partir de ese momento, varios intelectuales y políticos que militan en las filas antimitristas levantan la bandera del proteccionismo, entre otros su propio hijo Lucio Vicente, Rafael Hernández, Adolfo Heredia, Emilio de Alvear, Miguel Cané (padre), Alcorta y en especial, Carlos Pellegrini.

Chiaramonte cita, dando un aporte poco conocido, el apoyo de Juan Bautista Alberdi a esta posición: "Un indicio de este cambio lo proporcionan los apuntes que un emigrado argentino, en su hora el más importante promotor del librecambio en la política del país, esboza cerca de 1870, desde su puesto de observación europeo: la libertad política, según Thiers, es el apoyo del débil. Pero la libertad comercial es el triunfo de los fuertes. Y apuntando sus reflexiones con ejemplos históricos, añade el autor de las Bases que los amigos de la libertad comercial no lo son de la libertad política y sí, en cambio, los proteccionistas. Así, con excepción de Inglaterra, la libertad absoluta de comercio no tiene más apóstoles que los absolutistas. Es que el proteccionismo inteligente, liberal y progresista no engorda a los reyes pero sí a los pueblos y a las naciones. Tiene por eso algo del egoísmo fecundo y creador de la familia, que hace empezar por casa la vigencia de la caridad bien entendida. El liberalismo inglés es de circunstancias y transitorio; el día que todo el mundo esté tan fuerte y rico como Inglaterra, esta nación volverá a darse el Acta de Cromwell"¹³.

Resulta así que entre 1873 y 1876 el proteccionismo alcanza gran predicamento y se producen encendidos debates con los partidarios de la libre importación. Entre los planteos proteccionistas sobresale entonces, junto al de V. F. López, el de Carlos Pellegrini quien, en 1875, avizora el lamentable futuro semicolonial que tendrá la Argentina si prosigue con su política económica de apertura liberal: "Si el librecambio desarrolla la industria [cuando] ha adquirido cierto vigor y le permite alcanzar todo el esplendor posible, el librecambio mata la industria naciente. Los que han defendido ciegamente teorías sostenidas en otras partes, no se han apercibido que apoyaban intereses contrarios a los propios. Cuando esta cuestión se discutía en el Parlamento inglés, uno de los ilustrados defensores del librecambio decía 'que él quería, sosteniendo su doctrina, hacer de la Inglaterra la fábrica del mundo y de la América, la granja de la Inglaterra' y decía una gran verdad, que en gran parte se ha realizado, porque, en efecto, nosotros somos y seremos por mucho tiempo, si no ponemos remedio al mal, la granja de las grandes naciones manufactureras. No pregunto, señor Presidente, qué produce hoy la provincia de Buenos Aires, la primera provincia de la República? Triste es decirlo, solo produce pasto y toda su riqueza está pendiente de las nubes [...] Es necesario que en la República se trabaje y se produzca algo más que pasto"¹⁴.

¹² Idem, p. 189.

¹³ Chiaramonte, José Carlos: ob. cit., pp. 143 y 144.

¹⁴ Carlos Pellegrini, 18/9/1875, reproducido en Revista Estrategia, ob. cit. p. 193.

Ese movimiento industrialista que aboga por aplicar tarifas protectoras de las industrias nacientes, entra en clara contraposición con los planteos de *La Nación* y del mitrismo. Respecto a esta cuestión, Carlos Heras afirma: "El Partido Liberal sostuvo el libre cambio, y su órgano más autorizado, *La Nación*, combatió, en diversas oportunidades, el proteccionismo"¹².

El intento de promover la industria

En esa época, ¿cuál es la situación de la industria? En un discurso parlamentario, años después, Rafael Hernández testimonia: "¿Cuántas resistencias seculares tuvimos que vencer! No había ninguna producción industrial: la cerveza se introducía en barricas de Inglaterra; las harinas se recibían de Chile y de los Estados Unidos, y la gente de campo jamás comía pan y en las ciudades solo había vino carlón [...] Yo he pasado muchos meses en campaña sin ver azúcar, ni vino"¹³. Luego, recuerda que vio al presidente Avellaneda, en los primeros días de enero de 1877, "levantar las mangas de su frac y hacer el primer pliego de papel que se ha producido en la República Argentina"¹⁴.

Desde el gobierno, se da inicialmente apoyo a estas iniciativas. Paralelamente a esta lucha ideológica, entablada por los defensores del proteccionismo, tienden a conformarse asociaciones industriales.

Jorge Schvarzer señala que hay dos subsidios de 100.000 pesos entre 1876 y 1877¹⁵, otorgados por Avellaneda al naciente Club Industrial, cuya primera asamblea general de socios se realiza el 12 de septiembre de 1875, en Belgrano 483 de la ciudad de Buenos Aires, según señala Eduardo Astesano¹⁶.

Ese mismo año aparece el periódico *El Industrial*¹⁷. En 1877, el "Club Industrial" organiza la primera exposición industrial del país¹⁸. Entre los hombres que dan impulso a este proyecto se encuentran Carlos Pellegrini, Miguel Cané, Rufino Varela, Vicente Fidel López, Roque Sáenz Peña, Estanislao Zeballos, Nicasio Oroño y Rafael Hernández, hermano del autor del *Martín Fierro*¹⁹.

Poco más tarde, se funda el "Centro Industrial", disidente del Club. Revisando la integración de ambos grupos puede concluirse que en el Club militan los más decididos partidarios de la industrialización, aquellos que entienden que junto a la producción agropecuaria debe impulsarse un sostenido crecimiento de empresas manufactureras, como la industria textil o derivados de la minería. En cambio, entre los integrantes del Centro aparecen hombres ligados a la producción agropecuaria, cuyo objetivo no va más allá del desarrollo de la agro-industria, es decir, aquellas fábricas complementarias de la producción agropecuaria (fideos, galletitas, cerveza, alcoholes). El cuero, no obstante ser importante recurso agropecuario, no dio naturalmente una industria del calzado, sino que la importación cubrió las necesidades durante mucho tiempo; lo mismo ocurrió con la industria textil a pesar de que el país avanzaba ya en la producción de lanas.

¹² Academia Nacional de la Historia: ob. cit., tomo 12, 1ª Sección, p. 245.

¹³ Guglielmino, Osvaldo: *Rafael Hernández, el hermano del Martín Fierro*, Buenos Aires, Librería Pellegrini, 1954, p. 114.

¹⁴ Idem.

¹⁵ Schvarzer, Jorge: *Empresarios del pasado, la Unión Industrial Argentina*, Císea, 1991, p. 22.

¹⁶ Astesano, Eduardo: *Historia de la independencia económica*, Buenos Aires, El Ateneo, 1949, p. 227.

¹⁷ Galván Moreno, Carlos: *El periodismo argentino*, Buenos Aires, Claridad, 1944, p. 227.

¹⁸ Astesano, Eduardo, ob. cit., p. 227.

¹⁹ Idem.

José Carlos Chiaramonte se refiere a las polémicas suscitadas en los diarios alrededor de esta cuestión y de qué modo el sector reaccionario usa argumentos contra el gobierno agitando el fantasma del comunismo: "Apenas fundado el Club Industrial, *El Correo Español*, diario librecambista de Buenos Aires que se hacía eco de los intereses del comercio, manifestaba que el fomento industrial, auspiciado por el Club, provocaría la aparición de la Internacional [Comunista] y sus secuelas"²⁰. A su vez, *La Libertad* llamaba la atención sobre la coincidencia del espíritu que anima a los industriales con el de las muchedumbres europeas en sus luchas sociales²¹. Por su parte, *El Nacional* denuncia a los periódicos mitristas de "representantes del comercio extranjero" y los califica de "Torquemadas modernos que odian a su pueblo, y consideran que obreros e industriales son bárbaros comunistas"²². Chiaramonte agrega que "las referencias al comunismo y al socialismo abundan en el periódico [*El Petróleo*], que las utiliza como arma contra el gobierno de Avellaneda"²³.

El boicot a la industria es una de las imposiciones de la trabazón de intereses de la clase dominante con el Imperio Británico, con base en la división internacional del trabajo (carne y cereales, por carbón y artículos manufacturados), y esta puja se define en el sentido del predominio de la agroindustria, sacrificando las posibilidades de la minería, la metalurgia, la industria textil y otras.

Años más tarde, al constituirse la Unión Industrial Argentina, en 1887, prevalece el grupo ligado al mundo agropecuario, que se integra a socios que no son industriales. Así, Ayerza, Bullrich, Ocampo, Unzué, Pereira, Santa Coloma, Costa, Devoto, alternarán junto a Rigolleau, Bagley, Canale, Campomar, Godet, Noel, Vasena, Bemberg y otros.



Fotografía del Hotel de Inmigrantes.

El debate Proteccionismo-libre importación

En 1876, la confrontación se dirime en el Congreso. El ministro De la Riestra, desde su perspectiva probritánica, intenta profundizar las medidas de liberalización del comercio

²⁰ Chiaramonte, José C.: ob. cit., p. 232.

²¹ Idem, p. 233.

²² Idem, p. 234.

²³ Idem, p. 236.

exterior, y rechaza los reclamos proteccionistas. En este debate, iniciado en agosto, se formula una de las escasas propuestas dirigidas a lograr un país económicamente integrado agro-industrial. Según José María Rivera, Alejandro Hamilton, secretario del Tesoro de los Estados Unidos, en 1791, había controvertido la teoría clásica manifestándose a favor del proteccionismo y de allí habrían tomado esas ideas tanto Carlos Pellegrini, como Vicente F. López. También podrían haber influido las ideas del economista alemán Federico List⁹¹. Poco tiempo antes, Emilio de Alvear había sostenido: "Solo cuando Argentina haya alcanzado la altura de Inglaterra estará en condiciones de adoptar y utilizar en su provecho el librecombio"⁹².

El proyecto del P.E., preparado por el ministro N. de la Riestra, plantea que el derecho aduanero es simplemente un instrumento impositivo, es decir, de recaudación y no debe serlo de política económica para proteger industrias.

Iniciado el debate, De la Riestra sostiene: "Para favorecer a mil personas que se ocupan de hacer zapatos, se recargaría de impuestos a 200.000 almas que están calzadas; lo podemos aplicar a las fábricas de fideos [...] ¿Qué protección es esta? [...] Protegen a mil para gravar y perjudicar a 200.000". Señala luego que se quiere proteger a "industrias exóticas que nunca progresarán aquí por medios artificiales, porque las industrias no se implantan por medios artificiales, sino por medios naturales"⁹³.

Le refuta Pellegrini: "En todas las ramas de la legislación se nota este desdén con que la industria ha sido mirada, este poco aprecio por la industria. Tenemos universidades, facultad de derecho, medicina, ciencias, escuelas de música y declamación [...] sin embargo, no hay una Escuela de Artes y Oficios [...] ¿Por qué, Señor Presidente? Porque nuestras industrias es lo último en nuestro país [...] este hábito y este modo de ser ha influido poderosamente en nuestras leyes que han venido a dar mayor fuerza a estos hábitos; jamás se ha pensado en la industria, ni se ha tratado de fomentar, olvidando, que toda la fuerza y la riqueza de una Nación de ella solo depende"⁹⁴.

Vicente F. López ataca, también, las posiciones de De La Riestra: "Para el señor ministro un país que no produce sino materias primas [...] puede alcanzar la misma altura que un país que produce materias manufacturadas [...] Y yo digo que si nos limitamos a esa esfera, jamás saldremos de la pobreza, de la miseria, de la barbarie y del retroceso. Sin trabajo industrial y manufacturero es imposible alimentar la riqueza y adquirir capitales propios, capitales nacionales [...] Los que saben manufacturar, los que de un cuero, saben hacer el rico correa, esos son los que son pagados [...] los que se quedan con la suma del capital que representa su trabajo [...] No es el cuero mismo no trabajado el que nos ha de dar la suma de riqueza que necesitamos, tan no nos lo ha de dar, que hoy, en este año de 1876, después de dos siglos que producimos cuero, le estamos debiendo a la Europa de diez a doce millones de patacones. ¿Por qué? Porque no somos manufactureros del cuero, porque nos llevan de aquí los cueros y nos los devuelven manufacturados, porque tenemos que pagar a los manufactureros extraños por los cueros, mucho más del valor del que tenían antes, cuando los mandamos [...] El señor Ministro está un siglo más atrasado que la escuela proteccionista [...] Se necesita que el precio del trabajo quede en el país en donde se hace el trabajo. Los Estados Unidos se han propuesto hacer valer los suyos [...] proteger los suyos"⁹⁵. Agrega López: "¿Qué me importa a mí que sea muy bajo el precio

⁹¹ José María Rivera, reproducido en revista *Estrategia*, ob. cit., p. 12.
⁹² Emilio de Alvear, reproducido en revista *Estrategia*, ob. cit., p. 16.
⁹³ Norberto De la Riestra, reproducido en revista *Estrategia*, ob. cit., p. 38.

⁹⁴ Carlos Pellegrini, reproducido en revista *Estrategia*, ob. cit., p. 39.
⁹⁵ Vicente F. López, reproducido en revista *Estrategia*, ob. cit., pp. 52-55.

de las cosas? No es porque las cosas sean baratas que se compran. ¿Qué me importa a mí que un producto sea barato, si no tengo capital en efectivo con qué comprarlo? ¿Qué me importa que me traigan, a la mitad del precio, las mismas mercancías, si estamos en una carencia completa de moneda, si no tengo con qué pagarlas?"⁹⁶.

Interviene luego Cané: "Al abandonar las aulas de las universidades, somos todos librecambistas acérrimos. Primero porque el sistema nos es altamente simpático [...] Pero cuando se pasa a la observación [...] nos hemos hecho proteccionistas. Yo quisiera que el señor Ministro me mostrara un solo país en el mundo en que se haya producido la industria de la manera maravillosa con que él pretende [...] dónde se ha principiado con el librecombio, con la Aduana libre [...] En todas partes se ha empezado por los principios que estamos sosteniendo [...] Es vergonzoso entre nosotros que aquí donde se produce la lana, los cueros, etc., donde se producen las materias primas que se pueden exigir en el suelo más favorecido, nos veamos en la obligación de vestirnos con ropas hechas en el exterior, con nuestras lanas y usar calzado hecho con nuestros cueros, manufacturados en el extranjero"⁹⁷.

Insiste luego Pellegrini: "Es evidente que hoy somos simplemente un pueblo pastor, que nuestra única riqueza se reduce al pastoreo y en pequeñísima parte a la agricultura. Entonces, en nombre de la experiencia, preguntaría a los librecambistas: ¿Cuál es la nación del mundo que ha sido grande y poderosa, siendo únicamente pastora?"⁹⁸.

El diputado Alcorta interviene para señalar: "Yo he alcanzado el tiempo en que ciertas calles de la ciudad [...] estaban llenas de tiendas de tejidos del país, de objetos de plata y cuero hecho aquí y una porción de cosas que daban lugar al trabajo en el país. Ahora todo ha desaparecido; dejando sin ocupación a muchos hijos de esta provincia".

Puesto a votación, el proyecto de De La Riestra es derrotado y provoca su renuncia al cargo de ministro, el 23 de agosto de 1876. Lo sustituye Victorino de la Plaza.

Después de catorce años de política libreimportadora -que generó permanentes déficits del comercio exterior- se inicia, en 1876, una política económica mercaderías extranjeras que se producían en el país con un 30 o 40%. La medida tuvo el doble efecto de sanear la balanza de pagos ya que las importaciones bajaron de 73 millones a 36 millones en 1876⁹⁹.

Gallo y Cortés Conde, en *La República conservadora*, admiten que "coadyuvó al desarrollo industrial la Ley de Aduanas de 1876 y sus posteriores reglamentaciones de 1883 y 1887. La ley de 1876 estableció un derecho uniforme del 25% para gran parte de las mercaderías importadas y benefició con mayores gravámenes a las industrias de la alimentación, confecciones, destilerías y bodegas"¹⁰⁰.

Adolfo Dorfman señala que las tarifas protectoras sancionadas permitieron la consolidación de las industrias, "fundándose entre 1880 y 1890 los primeros establecimientos elaboradores de carne, cerveza, cigarrillos, jabón, velas, cortineros, cal, yeso y mosaico, etc."¹⁰¹. En esa época, el mercado interno comienza a ser abastecido por harina nacional

⁹⁶ Idem, p. 59.
⁹⁷ Miguel Cané, reproducido en revista *Estrategia*, ob. cit., pp. 74-77.
⁹⁸ Carlos Pellegrini, reproducido en revista *Estrategia*, ob. cit., pp. 88 y 89.
⁹⁹ Santiago Alcorta, reproducido en revista *Estrategia*, ob. cit., p. 119.

¹⁰⁰ Pagalde, Laura: ob. cit., p. 104.
¹⁰¹ Gallo, Ezequiel y Cortés Conde, Robertus: *La República conservadora*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 33.
¹⁰² Dorfman, Adolfo: *Historia de la Industria Argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970, p. 115.

y va hacia la exportación de trigo, sostiene Norberto D'Auri⁸¹. Por su parte, Luis Sommi señala que "aunque parezca inverosímil, se fabricó papel de diario, se intensificó la producción de paños, sedas, calzado, muebles, vinos, azúcares, fideos y galletitas. Se puede afirmar que la industria fabril argentina destinada a transformar las materias primas agropecuarias tiene su punto de arranque histórico durante la crisis de los años 1873-79⁸²."

"En 1876, un barco frigorífico, ideado por el ingeniero Tellet, condujo carne fresca argentina a Europa⁸³", resolviendo así el problema de la pérdida de gusto que provocaba la exportación de carne congelada, aunque faltan todavía varios años para que se consolide la exportación del chilled.

Son los primeros atisbos de industria nacional. En 1881 -cuando Avellaneda se desempeña como rector de la Universidad de Buenos Aires- solicita la creación de una cátedra sobre estudio de recursos naturales afirmando que ella resulta cada vez más necesaria "por el auge que ha cobrado la explotación minera⁸⁴".

Pero ya está montada la estructura ferroviaria en ahanico hacia el puerto de Buenos Aires que encorseta nuestro destino a la producción exclusiva de carnes, lanas y cereales. La estricta aplicación de la división internacional del trabajo entre la oligarquía argentina y el imperialismo inglés desvanecerá estos proyectos industriales.



Daguerrotipo de Rafael Hernández, hermano de José Hernández y diputado nacional durante la presidencia de Avellaneda.

Rafael Hernández: un defensor de la industria

Resulta oportuno recordar aquí a uno de los hombres que más bregó por la industrialización del país: Rafael Hernández, hermano del autor del *Martín Fierro*, convertido en un "maldito" por la Historia Oficial.

Este "olvidado" tuvo una definida militancia antimitrista, batallando duramente -a veces, con las armas en la mano- en las filas federales. También denunció reiteradamente a las empresas de capital extranjero, especialmente a las inglesas y propugnó audazmente el desarrollo industrial y el aprovechamiento de nuestros recursos.

En este sentido, propuso elaboración de cemento portland y caños de barro cocido, la explotación de los yacimientos mineros de San Luis, La Rioja y Catamarca; y del caolín de Córdoba. Con respecto al cemento, sostuvo que se importaba de Inglaterra, que el importador, Sr. Bateman, "¡Es un legítimo inglés! ¡Y nosotros legítimos tributarios de su patria!⁸⁵". Así mismo, protestó por el uso de la yarda, en lugar de nuestra ley de pesas y medidas: "¡No, señor! La yarda

⁸¹ D'Auri, Norberto: *Del 80 al 90 en la Argentina. Datos para una historia polémica*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973, p. 10.

⁸² Luis Sommi, citado por D'Auri, Norberto, *ob. cit.*, p. 11.

⁸³ D'Auri, Norberto: *ob. cit.*, pp. 10 y 11.

⁸⁴ Páez de la Torre (h), Carlos: *ob. cit.*, p. 372.

⁸⁵ Guglielmino, Osvaldo: *ob. cit.*, p. 73.

inglesa, la tonelada inglesa, como el barro inglés, como las explotaciones y errores en que nos han inducido los ingleses, mantienen su tradicional imperio sobre nosotros [...] porque somos dócil masa para tolerarlos. Blasonamos de altivos e independientes y nos dejamos fácilmente subyugar. Abandonando nuestras industrias, entregando nuestro capital, nos convertimos en una especie de Irlanda, en un feudo cuyo señor está en los bancos de Inglaterra⁸⁶". Además, impulsó también la fabricación de arpillera, así como una empresa de Seguros, ("La Previsora"), que "vino a mitigar una sangría de oro que nos hacían las compañías extranjeras⁸⁷". Se preocupó también por diversas plantas textiles y sostuvo que "hay cerca de veinte plantas indígenas [...] que pueden ser utilizadas en la elaboración de las materias textiles que hoy importamos del exterior por un valor de más de 10 millones de pesos oro⁸⁸". Entusiásticamente, impulsó colonias agrícolas y fue uno de los promotores del Club Industrial.

Un libro, silenciado como él, ha intentado mantener vivo su recuerdo: José Hernández, el hermano de Martín Fierro, de Osvaldo Guglielmino, publicado en 1954.

La muerte de Rosas

En esa época, llega a la Argentina la noticia del fallecimiento de don Juan Manuel de Rosas, ocurrido el 14 de marzo de 1877, en Southampton, cuando contaba 84 años de edad. Pocas semanas después, se cumpliría un cuarto de siglo desde aquel 23 de abril de 1852 en que el "Conflict" había llegado a Plymouth, donde "las autoridades militares [inglesas] saludaron la llegada de Rosas con una salva de cañón⁸⁹".

Pero lo que Mitre llamaba "los nobles odios" no se han disipado, pues cuando algunos de los familiares de Rosas encargan una misa en la iglesia de San Ignacio, el gobierno la prohíbe. En cambio -señala Páez de la Torre (h)- "un grupo conspicuo de dirigentes políticos -encabezados por Carlos Tejedor y Bartolomé Mitre- invita a un funeral recordatorio de las víctimas de la dictadura, y adhieren a ese llamado, por decreto, los gobiernos de la Nación y de la Provincia⁹⁰".

Como se ha señalado, en esos 25 años, el exilado ha vivido dignamente, trabajando en su chacra en las cercanías de Southampton. Sus recursos eran escasos. Sus bienes habían sido confiscados inmediatamente después de Caseros, pero cuando Urquiza -en su oposición con los liberales porteños- levantó la interdicción, Rosas logró, a través de un apoderado, la venta de una de sus estancias, con lo cual vivió desahogadamente durante cierto tiempo. Sin embargo, poco después, al producirse el golpe del 11 de septiembre de 1852, se restableció la interdicción de manera que perdió el resto de su patrimonio. A partir de entonces, su situación económica dista de ser holgada. Gálvez reproduce el fragmento de una carta de 1864, donde Rosas le manifiesta a su hermana: "Sigo pobre, muy verdaderamente pobre, trabajando en el campo todo cuanto puedo, sin omitir esfuerzo alguno para tener algo que comer, unos pobres ranchos en que vivir y en que tener a mi lado mis numerosos e importantísimos papeles, que son mi único consuelo en la adversidad de mis penosas circunstancias [...] Mi ropa es la de un hombre común. Mis manos y mi cara son bien quemadas, y bien acreditan cuánto y cómo es mi trabajo diario incesante para en algo

⁸⁶ *Idem*, p. 75.

⁸⁷ *Idem*, p. 80.

⁸⁸ *Idem*, p. 83.

⁸⁹ Páez de la Torre (h), Carlos: *ob. cit.*, p. 247.

⁹⁰ Buzaniche, José Luis: *Rosas visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, Kraft, 1955, p. 157.

ayudarme. Mi comida es un pedazo de carne asada y mi mate. Nada más"¹¹. Pero su salud ha ido decayendo y cuando decide hacer testamento, no olvida en la cláusula 24 fundamentar la reclamación judicial contra las sucesiones de Juan José y Nicolás Anchorena¹², por el dinero que le deben en razón de los largos años que administró sus estancias.

Sobre esta última época del Restaurador, resultan muy interesantes los replanteos de Alberdi. El tucumano lo conoce el 17 de octubre de 1857, en casa de Dickson, cónsul de la Confederación en Inglaterra, conversa amigablemente con él, y deja este recuerdo: "Le al que Anchorena era el exclusivo autor y partidario del aislamiento de Buenos Aires como ciudad escéptica. Se quejó de Anchorena: le calificó de ingrato [...] Recordó que toda su fortuna la había hecho bajo su influencia"¹³. Más tarde, Alberdi -ya rotas sus relaciones con Urquiza- profundiza su replanteo respecto a don Juan Manuel. En carta a Máximo Terrero, del 12/10/63, afirma: "¿Qué justificación solemne recibe con todo esto el Gral. Rosas!"¹⁴. Luego, va aún más allá y se propone escribir un alegato en su defensa¹⁵, obra que



Sable corvo del General San Martín, legado a Juan Manuel de Rosas por voluntad testamentaria.

no llega a concretar. Durante la Guerra del Paraguay, con motivo de críticas de *La Nación* en virtud de que Rosas expresase simpatía por el pueblo paraguayo, Alberdi escribe: "Que el Gral. Rosas se felicite de los ataques que le dirige *La Nación Argentina* del 26 de abril por sus nobles simpatías al Paraguay"¹⁶. En carta del 20 de septiembre de 1864, Alberdi le escribe a Rosas: "No quiero, sin embargo, dejar pasar el año, sin presentarle mis respetos y renovar los testimonios de mi constante aprecio y distinción, de un modo directo, pues por intermedio de amigos, no he cesado de tener ese gusto, y de saber igualmente por ellos que su salud y su espíritu se conservan fuertes y enteros como en sus bellos años. El ejemplo de moderación y dignidad que usted está dando a nuestra América despedazada por la anarquía, es, para mí, una prenda segura de que le esperarán días más felices que los actuales"¹⁷. Después de la muerte de Rosas, Alberdi afirma: "Yo combatí su gobierno. Lo recuerdo con disgusto"¹⁸.

¹¹ Gálvez, Manuel: *Vida de don Juan Manuel de Rosas*, Buenos Aires, Tor, 1949, pp. 472 y 473.

¹² O'Donnell, "Pacho": *Juan Manuel de Rosas. El maldisco de nuestra historia oficial*, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 277. Rosas hace referencia a esta cuestión en carta a Máximo Terrero, citada en el capítulo X de este libro.

¹³ Busaniche, José Luis: ob. cit., p. 176.

¹⁴ Murray, Luis A.: *Pro y contra de Alberdi*, Buenos Aires, Coyoacán, 1960, p. 60.

¹⁵ Ídem, p. 62.

¹⁶ Ídem, p. 63.

¹⁷ Carta del 20/9/1864, reproducida en *Las cartas rosistas de Alberdi*, Buenos Aires, Policia, 1970, p. 122.

¹⁸ Murray, Luis A.: ob. cit., p. 64.

El exilio austero y sacrificado de Rosas, su negativa a ciudadanizarse inglés, así como su posición sobre la Guerra del Paraguay, concurren a reforzar su condición de caudillo bonaerense que enfrentó altivamente la prepotencia extranjera, virtudes que deben reconocerse aunque se hallen empañadas por su obcecada defensa de la Provincia Mitropolitana (Aduana y puerto único, que favorecía a los ricos nativos y también a los comerciantes ingleses).

Probablemente, más allá de estos aspectos contradictorios, resulte de toda justicia que la última referencia a Rosas se refiera a su entierro: "Muy sencillo y pobre -señala Gálvez- un solo coche y unas pocas personas. Pero algo le da grandeza [...] sobre el féretro va una bandera argentina y la espada de San Martín"¹⁹.

"La Conciliación"

Agudizado el enfrentamiento del mitrismo con el gobierno a raíz del conflicto con el Banco de Londres en Santa Fe y de la derrota parlamentaria que acarrió la renuncia de De La Riestra, recrudecen las versiones de golpe en los últimos meses de 1876.

Ese año, señala Páez de la Torre (h), resultó para Buenos Aires intenta aplicar durísimas condiciones de cobro a sus reletas deudoras, el Gobierno federal y el Banco Nacional. Solo los esfuerzos del ministro de Hacienda logran contener a la institución que, escribe Martiré, "se mostraba fiel exponente de la intolerancia porteña que haría eclosión sangrienta en 1880". Avellaneda está dispuesto a aguantar la tormenta. Después de todo, su gobierno sigue políticamente fuerte con el respaldo del ministro Alsina, a pesar de la infatigable oposición mitrista [...]. A todo esto, la confederación de aborígenes ha iniciado la segunda oleada de la invasión que empezó en diciembre de 1875. Devastan más de 400 leguas, arrean miles de cabezas de ganado y se llevan centenares de cautivos. Hay varios combates. El más importante es el de Paraguil (hoy Laprida), donde las fuerzas de Nicolás Levalle [...] logran dispersar a los indios, sobre todo de Catriel, que los enfrentan con armas de fuego"²⁰.

La situación política se torna harto compleja para el Presidente Avellaneda. *La Nación*, en sus editoriales, denuncia un "estado de asfixia" y argumenta acerca del derecho a rebelarse. La campaña opositora es calificada, por el historiador Carlos Heras, como "implacable".

Ante la suma de dificultades, Avellaneda -impulsado especialmente por el grupo autonomista dirigido por Cambaceres- inicia los pasos para una convivencia que permita incorporar al mitrismo a las lides cívicas y dice al respecto: "...un partido fuera de la constitución es un cañón en la calle"²¹.

Por tanto, en mayo de 1877, son reincorporados al ejército los oficiales superiores golpistas de 1874. El ministro Onésimo Leguizamón, contrario al indulto a los jefes militares, renuncia a su cargo. En diversos sectores del alsinismo se entiende la política del presidente como producto de sus vacilaciones, su debilidad y su tendencia al acuerdo con el enemigo. Carlos Ibarguren reproduce este comentario de Roca respecto al acuerdo: "Los mitristas llenan Buenos Aires y no es extraño que Mitre esté muy entusiasmado con la conciliación, pues él es quien ha ganado más en la fiesta y se promete absorber

¹⁹ Gálvez, Manuel: ob. cit., p. 486.

²⁰ Páez de la Torre (h), Carlos: ob. cit., pp. 219 y 220.

²¹ Academia Nacional de la Historia, ob. cit., tomo 12, p. 163. Capítulo a cargo de Carlos Heras.

a todos¹⁰². En tanto que Mitre, refiriéndose a la declinación de Adolfo Alsina expresa que este "no ha sabido otra cosa que perder amigos y partidarios, enajenándose voluntades" [...] "hay que estar a la capa y esperar los acontecimientos [...] Esperemos, vamos a presenciar cosas muy curiosas que pueden hacernos los árbitros de los destinos de la República"¹⁰³.

El acuerdo avanza cuando, el día 9, Avellaneda y Mitre se entrevistan en la casa de José María Moreno. No era una fusión de partidos, sino un llamado a la acción política pacífica. Pero, sin embargo, la buena relación entre cambaceristas y mitristas implicaba la posibilidad de un acuerdo político, razón por la cual, un sector del autonomismo, liderado por Aristóbulo Del Valle, se declara contrario a la política de conciliación.

Así nace el Partido Republicano, cuyas figuras más importantes son Aristóbulo del Valle y Leandro N. Alem, que, en sus inicios, logra importantes triunfos electorales pero luego termina por diluirse. Allí, en ese pequeño partido, prueba sus primeras armas un joven llamado Hipólito Yrigoyen, protegido por su tío: don Leandro Nicéforo Alem. Otro que rechaza el acuerdo es Sarmiento "quien no cede en su rencor por Mitre. 'Las conciliaciones alrededor del poder público no tienen más resultado que suprimir la voluntad del pueblo para sustituirla por la voluntad de los que mandan'¹⁰⁴, gruñe el sanjuanino con su habitual agresividad.

Sin embargo, la conciliación hace camino. Delfín Gallo, en carta a Roca, se refiere a las causas profundas que la promueven: "Conoces el origen de la conciliación y la marcha que ha seguido: el miedo de Avellaneda, que se acordó de paz y concordia recién cuando le dijeron que era necesario que no durmiera en su casa, y el convencimiento de Mitre de que la revolución no triunfaría y solo serviría tal vez para colgarlo de los faroles, unidos al cansancio del espíritu público, desmoralizado por una lucha tan larga"¹⁰⁵. Sin embargo, la nueva política provoca irritación en algunos oficiales del ejército que se niegan a aceptar la amnistía.

El 1° de julio de 1877, el mitrismo realiza una asamblea reorganizadora. Participan Mitre, Eduardo Costa, Francisco de Elizalde, José M. Gutiérrez, Ignacio Rivas, Antonio Lanusse, José C. Paz, José M. Arredondo, Antonio Bermejo, Estanislao Zeballos, Juan C. Paz, Juan A. García, E. Mitre, Cayetano Cazón y B. Roldán. A su vez, pocos meses más tarde, los amigos del presidente Avellaneda organizan un banquete en su honor. Allí concurren, entre otros, Adolfo Alsina, Olegario Andrade, Onésimo Leguizamón, Álvaro Barros, Dardo Rocha, Bernardo de Irigoyen y Guido Spano. Los nombres que figuran en las dos reuniones definen claramente los campos: el sector oligárquico, por un lado, y el reagrupamiento de viejos federales democráticos, por otro.

Pero más allá de las diferencias, unos y otros entienden que es conveniente encontrar una solución que impida un nuevo enfrentamiento militar y, en este sentido, todas las posibilidades se dan para que la figura de Alsina prepondere como candidato a la presidencia.

De esta manera se reencausa el proyecto conciliador entre Avellaneda, Alsina y Mitre. De esta voluntad acuerdista brota la candidatura de Tejedor, para gobernador de la provincia de Buenos Aires, que no era autonomista ni mitrista, por entonces.

¹⁰² Julio A. Roca, reproducido por Ibarguren, Carlos, en *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, p. 23.

¹⁰³ Bartolomé Mitre, reproducido por Ibarguren, Carlos, en ob. cit., p. 23.

¹⁰⁴ Páez de la Torre (h), Carlos: ob. cit., p. 249.

¹⁰⁵ Carta de Delfín Gallo a Roca, 26/12/1877, reproducida en Páez de la Torre (h), Carlos: ob. cit., p. 249.

Asimismo, se incorporan al gabinete dos mitristas: Juan M. Gutiérrez, a Justicia e Instrucción Pública y Rufino de Elizalde, como canceller, en reemplazo de Irigoyen, que pasa a la cartera de Interior. El 7 de octubre de 1877 se realiza un gran acto público de la Conciliación. La aceptación de Bonifacio Lastra (mitrista) como ministro de Hacienda, por parte de Avellaneda, ratifica la unión.

Adolfo Alsina, que ya se ha desempeñado como gobernador de la provincia de Buenos Aires, vicepresidente de Sarmiento y ministro de Guerra de Avellaneda, se proyecta como seguro presidenciable sostenido por el acuerdo.

La muerte de Adolfo Alsina

La figura de Adolfo Alsina ha crecido por el apoyo que suscita en los suburbios de Buenos Aires y en algunos sectores del viejo federalismo, así como por la zanja que ha proyectado en la provincia para detener los malones. "Orilleros, peones de matarife, negros, gauchos bonaerenses, gente de cuchillo no tanto como arma sino más bien como herramienta de trabajo"¹⁰⁶, es decir, aquella "chusma" de las orillas que conformó el dorreguismo medio siglo atrás, se nuclea a su alrededor. Señala Jorge A. Ramos: "Orador nato, de arrastre popular, tiene su base en los barrios pobres de la ciudad, en los

grandes ganaderos de tradición federal de la provincia y en el peonaje bonaerense. Tenía un rostro sólido, espaldas de gladiador, ojos brillantes, una nariz arrogante immortalizada por *El Mosquito*, una airada melena y una barba rotunda de tribuno [...] Fue el orador clásico de la calle, sensible al vocerío anónimo que dictaba sus discursos [...] Cunningham Graham ha evocado aquellas casas públicas del suburbio porteño en las que encontraba sonriendo el caudillo Adolfo Alsina y se veía 'sentarse en una de las sillas, encender su puro y beber su café, charlando con las señoras'; indiferente al carácter equívoco del establecimiento, saldrá rodeado de guapos y de hombres de acción [...] Su partido es un neorrosismo de proyección más nacional, más adaptado a los nuevos tiempos. Jefe del Partido Autonomista [...] encabeza el partido de los 'crudos'; se trata de una prolongación de los 'chupandinos' de veinte años atrás, más adversarios que nunca de los mitristas"¹⁰⁷.

Sostiene Octavio Amadeo: "La elocuencia de Alsina llegaba derecho al corazón del pueblo [...] Nunca la palabra 'varón' estuvo mejor empleada que en este ejemplar tan



Adolfo Alsina. Óleo de Epaminondas Schioma. Museo Histórico Nacional. Fotografía extraída del libro *Historia Argentina Contemporánea 1862-1930*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, Editorial Ateneo, 1964.

¹⁰⁶ Murray, Luis A.: *Clarín*, Buenos Aires, 15/1/1979.

¹⁰⁷ Ramos, Jorge A.: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, 1970, tomo I, pp. 257 y 258.



Soldados trabajando en la construcción de la zanja de Alsina.

masculino de la especie [...] Su alma siempre estaba, como su casona, con todas las puertas abiertas, llena de sol y de amigos. Se acostaba a la madrugada. Sin ser 'un jugador', tenía esa afición a las cartas que ha hecho perder tanto tiempo y dinero a muchos de nuestros hombres públicos [...]. En sus últimos años ya había saltado el Arroyo del Medio, de la Provincia a la Nación, y estaba en camino de ser un gran caudillo nacional⁸⁸. A uno de sus hombres -Juan Moreira- le regala una daga con empuñadura de plata, pero ahora que Alsina entra en la conciliación, "el gaucho malo" se le retoba y pasa a oficiar de hombre de choque de los mitristas.

Por su parte, los jóvenes del Partido Republicano arrecian en sus críticas a la política pactista. Pero el 2 de diciembre de 1877, los conciliados triunfan en la Provincia de Buenos Aires por 3135 contra 1187 votos del Partido Republicano de Aristóbulo del Valle.

Con respecto a la relación con los pueblos indios, Alsina había formulado su proyecto de una frontera móvil -"el zanjón de Alsina", una gran zanja amojonada por fortines- ya que no era partidario de una guerra ofensiva contra las comunidades. Sin embargo, se equivocan quienes suponen que Alsina no practicó, a su modo, "la conquista del desierto": "Personalmente dirigió las operaciones y ocupó Carhué el 23 de abril de 1876 y luego, Guaminí, Puán, Trenque Lauquen y otras poblaciones"⁸⁹.

En ese escenario político, Alsina es la gran figura del acuerdo, presidenciable, pero dándole la provincia de Buenos Aires al mitrismo, con lo cual Don Bartolo reflota su prestigio tan alicaído después de la fracasada intentona del 74.

En ese momento político de preponderancia del acuerdismo, ocurre algo imprevisto: Alsina cae enfermo de gravedad y corren versiones de que ha sido envenenado en Guaminí. El caudillo le ha confiado sus sospechas a Luis V. Varela: "afirmó que luego de haber comido la ensalada 'de una hierba apetitosa', vio al fondo del plato 'un polvo verde' que de inmediato sospechó venenoso. Varela contaba esta historia, agregando que los médicos González y Aráoz, cuando los interrogó, le respondieron que 'no sabían de qué moría Adolfo Alsina'"⁹⁰.

⁸⁸ Amadeo, Octavio R.: *Vidas argentinas*, Buenos Aires, Ciordia, 1957, pp. 29 y 30.
⁸⁹ Pérez de Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo IV, p. 222.
⁹⁰ Pérez de la Torre (h), Carlos, ob. cit., p. 258.

El 29 de diciembre de 1877, muere el caudillo popular, provocando una gran congoja que se expresa en una de las concentraciones más numerosas que ha conocido el país, solo comparables a las exequias de Dorrego. "Expiró a las siete de la noche [...] No pudo contenerse al pueblo que se precipió sobre la cama, cortándole el pelo, en una curiosa idolatría. Allí no había ningún dolor oficial. 'Era ciertamente Adolfo Alsina el que se moría'"⁹¹. "Al comentar su muerte, varios diarios de Buenos Aires recogieron esta anécdota que es un símbolo tocante de lo que representó el alsinismo: un negro viejo se acercó al féretro y depositó bajo la cabeza yacente su pañuelo empapado en lágrimas"⁹². "Afuera, en la calle [...] hombres rudos lloraban [...] Su guardaespaldas, desgarrado de dolor, se suicidó: no pudo soportar la muerte de Adolfo"⁹³. "El cajón de jacarandá tardó hora y media en hacer el viaje de ocho cuadras hasta la Catedral; tal era la presión popular"⁹⁴. Señala Terzaga: "Fue en este partido, verdadera matriz de la vida política posterior, donde militaron Bernardo de Irigoyen, Carlos Pellegrini, Alvaro Barros, Leandro N. Alem, Roque Sáenz Peña, Dardo Rocha, Aristóbulo del Valle, Hipólito Yrigoyen y tantos otros [...] Para buscarle un parangón en el pasado, habría que recurrir al ejemplo del federalismo dorreguista, que parecía resurrección en su persona y en su partido"⁹⁵.

La muerte de Alsina modifica profundamente la situación política, pues el vacío producido, como el candidato insoslayable y único de "la Conciliación". Entonces, en el vacío producido, se levanta con fuerza, desde las provincias interiores, la candidatura de Julio Argentino Roca.

Pero, seguramente se preguntará el lector, si Alsina, "el tribuno de la plebe" se perfilaba como el antagonista del mitrismo, con apoyo de los viejos federales, de los montoneros sobrevivientes de la vieja gesta de los caudillos e inclusive de los hombres que en la provincia de Buenos Aires habían sostenido las mejores banderas populares en las dos últimas décadas, ¿cómo es posible que el vacío provocado por su fallecimiento sea cubierto por quien se dispone en esos momentos a cometer el mayor genocidio de nuestra historia, aniquilando a nuestros paisanos los indios? Más aún, según historiadores y literatos consagrados, Roca es nada menos que el "creador de la oligarquía", "el zorro" que inventó de la generación del 80" que entregó el país al Imperio Británico, "el zorro" que predicaban la revolución social. ¿Cómo explicarse entonces semejante situación, salvo que se comporta la concepción reaccionaria de que la mayoría del pueblo padece de un grado de estupidez colosal?

El interrogante es grave y nos obliga a reflexionar sobre algunas cuestiones antes de proseguir el relato histórico, pues de otra manera deberíamos resignarnos a esta última conclusión o a nuestra impotencia para entender lo ocurrido.

⁹¹ Amadeo, Octavio: ob. cit., p. 32.
⁹² Terzaga, Alfredo: ob. cit., tomo I, p. 294.
⁹³ Pomer, León: "Adolfo Alsina: un tribuno de la plebe", *Suplemento Cultural N° 28, El Cronista*, Buenos Aires, 1975.
⁹⁴ Amadeo, Octavio: ob. cit., p. 32.
⁹⁵ Terzaga, Alfredo: ob. cit., tomo I, p. 294.

CAPÍTULO XVII

LA LLAMADA "CAMPAÑA DEL DESIERTO"

Reflexionando sobre los orígenes

Señalamos anteriormente que la invasión española sobre nuestro territorio -conquista, colonización, "evangelización" según algunos- había provocado diversas situaciones en distintas regiones: en algunas, al sometimiento de los pueblos originarios le siguió el cruzamiento que dio el mestizaje, mientras, en otras, las comunidades indias resistieron como "territorios libres". Así ocurrió que gran parte del país se fue poblando con descendientes de indios y conquistadores al mismo tiempo que se asentaban familias españolas y aparecía el criollo (blanco, hijo de españoles, pero nacido en América) y además, ingresaban al país, como esclavos, gran cantidad de africanos. De manera tal que españoles, indios, negros criollos y mestizos fueron poblando nuestras llanuras y valles. En algunas regiones, los pueblos originarios mantuvieron su independencia, con sus costumbres y su cultura, provenientes del específico nivel de desarrollo alcanzado por cada comunidad.

En general, la Historia Oficial -escrita por los blancos- no otorga mayor importancia a estos rasgos singulares de la Argentina y se reduce, a partir de 1810, a relatar los enfrentamientos como si se tratase de un país europeo, con presencia exclusiva de blancos ("la civilización") y admitiendo, a regañadientes, algún papel a los mestizos ("la barbarie"). Solo de tanto en tanto, algún artista se acordaba de introducir algún indio en uno de sus cuadros. Al igual que como criticaba el poeta Eloy Blanco al referirse a la iconografía de las iglesias ("los angelitos siempre fueron rubios") tanto los negros como los indios no merecían el cielo, ni un lugar en la historia.

Lo que prevaleció en colegios y libros de texto fue la ausencia de indios, negros y hasta de mestizos, pues resulta que eran las minorías blancas las que "hacían la historia", es decir, se contaba la historia de una minoría como la historia de todo el pueblo. Así, en su subordinación ideológica al imperialismo inglés, la clase dominante distinguía siempre a la Argentina como país blanco, e inclusive creó la estética predominante de cabellos rubios y ojos azules como expresión de civilización e inteligencia, obligando, especialmente, a las mujeres, al teñido y últimamente, al azulado de los lentes de contacto. Esta mentalidad que explica aquellos famosos tapices que Rivadavia hizo fabricar en Europa donde aparecen nuestros indios y gauchos con largas melenas rubias. Los viejos españoles fallecieron y dejaron sus hijos blancos (nacidos en estas tierras, y por lo tanto criollos) pero se produjo luego la avalancha inmigratoria, la cual, junto a sus descendientes también empezó a integrar nuestras luchas. Pero la "realidad es torcida", como señaló alguien que sabía de estas cosas, y ahí estuvieron, desde el principio y más tarde, indios, negros y mestizos.



Fotografía de la Columna principal del ejército expedicionario que, a las órdenes del Gral. Roca, avanzó desde el Azul hasta Fuerte Argentino y después alcanzó las indígenas del río Negro el 24 de mayo de 1879.

"Los hombres de color"

Con respecto a los negros, ya hemos señalado que no existieron aquí grandes plantaciones trabajadas con mano de obra esclava, como en Perú o Brasil y que buena parte de ellos fueron sometidos a los quehaceres domésticos y artesanales. Se estima que en el siglo XIX ingresaron desde África varios cientos de miles y que el tráfico de esclavos resultó suculento negocio en Buenos Aires, desde donde, en muchos casos, eran transportados al Interior.

Hacia 1810, algunas familias como los Beláustegui o los Martínez de Hoz tenían entre diez y quince esclavos, cuya propiedad la registraban en sus propias carnes con hierros candentes y que pertenecían en alma y vida a sus amos. Muchos de ellos fueron aprendiendo oficios y se convirtieron en zapateros remendones, trabajadores de la plata, chandadores, mucamos, costureras y las clásicas lavanderas negras de las costas del río, así como las vendedoras de empanadas y pasteles. No eran seres humanos para sus amos, sino objetos, cosas, por lo cual los castigaban impunemente o los compraban, tasaban y revendían a su gusto, como asimismo, llegado el caso, los mataban sin dar cuenta a nadie.

A tal punto existía la discriminación que cuando Mariano Moreno intentó incorporar negros libertos a las fuerzas armadas, mezclándolos en los batallones de blancos, debió dar marcha atrás e integrarlos al cuerpo de "pardos y morenos". San Martín, en cambio, pudo avanzar más allá y sancionó que todo esclavo que estuviese dispuesto a sumarse al ejército de los Andes quedaba libre. Luego, le insistió a Pueyrredón para que esa medida se extendiera a todas las Provincias Unidas, pero el Director Supremo le adujo que eran demasiadas las resistencias de las familias principales como para una medida de ese tipo.

La incorporación de los libertos a los ejércitos revolucionarios se produjo alistándolos en la infantería porque, como diría el Borges joven, en su mejor época: "El gaucho solo sabía/ hacer la guerra a caballo". Y se recuerda que cuando, después del triunfo, el Gran

Capitán recorre la cuesta de Chacabuco, murmura apesadumbrado: -¡Pobres negros!, pues cerca de quinientos infantes habían perdido la vida.

Rosas tuvo hacia ellos una cálida simpatía y asistía a sus fiestas del Barrio del Tambor, lo cual escandaliza a algunos historiadores liberales. José Ibáñez, por ejemplo, señala que Rosas "podía faltar a una reunión protocolar con un cónsul extranjero, pero asistía puntualmente al 'Barrio del Tambor' (Montserrat) donde los negros danzaban estrepitosamente el candombe". Sin embargo, aún en la época de Rosas es posible encontrar avisos en los diarios ofreciendo esclavos en venta, como una mercadería cualquiera.

En cambio, en 1853, se establece de modo definitivo que "en la República Argentina no hay esclavos" (Art. 15 de la Constitución de 1853 y sus reformas).

Sin embargo, diversas causas confluyen para que el peso de la raza negra disminuya notablemente en la Argentina: según algunos historiadores, fue diezmada por la fiebre amarilla de 1871, según otros, los negros fueron siempre la vanguardia en los enfrentamientos bélicos. Otros señalan que los negros fueron agrupándose por "naciones" (comunidades étnicas, como los mandingas, banguelas, mozambiques, etc.) pero siempre en inferioridad de condiciones en lo económico-social, no solo por discriminación sino por los bajos salarios, lo que los arrinconó en los suburbios, y que fue la miseria, las malas condiciones de vida, la falta de atención médica, etc., lo que provocó casi su extinción.

Algunos investigadores de "la negritud" en la Argentina afirman que "existió un ocultamiento de lo oscuro" y agregan que "según el censo de 1815, había un 30% de población negra" y que "la población negra en Buenos Aires llegó a alcanzar el 40% del total". Asimismo, las organizaciones de afrodescendientes sostienen que "Buenos Aires se siente de origen europeo y aunque es elevada la proporción de europeos, hay ocultamiento y negación de la presencia del negro, muy importante en el siglo XIX". En esas épocas de nuestra historia, la presencia negra fue muy notable -más del 50%, en ese siglo- en provincias del noroeste. Pero lo cierto es que a causa de muertes en conflictos bélicos, el flagelo de las enfermedades y la miseria, así como el cruzamiento, esa presencia negra se ha ido diluyendo.

"¿A qué cielo de tambores/ y siestas largas se han ido?/ Se los ha llevado el tiempo/ El tiempo que es el olvido".

Sin embargo, una investigación del Centro de Genética de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires estableció que "un 4,3% de los habitantes de Buenos Aires y del conurbano tiene marcadores genéticos africanos". Ello significa que sobre el total de la población actual (2010) habría casi dos millones de "afrodescendientes".

Los indios

En relación a los indios, ya se ha señalado que, en general, su resistencia fue vencida con grandes represiones. En algunos casos, la violencia de los conquistadores extermina

¹ Ibáñez, José: *Historia Argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1961, p. 461.

² González Toro, Alberto: "Ocultamiento de lo oscuro", Suplemento R, Clarín, Buenos Aires, 17/11/2002.

³ Idem.

⁴ Gomes, Miriam, en Downes, Patricio: "Casi dos millones de argentinos tienen sus raíces en el África negra", Clarín, Buenos Aires, 9/6/2006.

⁵ Borges, Jorge L.: "Milonga de los morenos", Obras completas, Buenos Aires, Emecé, 1989, tomo II, p. 344.

⁶ Downes, Patricio, ob. cit.

⁷ Wasyluk Fedyszak, María Sol: "Un viaje al origen", Suplemento Las 12, Página/12, Buenos Aires, 3/8/2002.

o margina, pero también se expresa luego en el cruzamiento entre el invasor y las indias, generando un fuerte grado de mestización.

Un informe realizado por el Servicio de huellas digitales genéticas de la Universidad de Buenos Aires, en 11 provincias, en 2004 señala: "De la población actual de la Argentina solo el 44% descende de ancestros europeos mientras que el 56% restante tiene linaje parcial o totalmente indígena". De esta misma fuente surge que dentro de ese 56%, un 10% correspondería a indígenas puros, es decir, descendientes de madre y padre indígenas. (Otras investigaciones estiman que los indígenas puros solo alcanzan a 800.000 o un 1.000.000 en todo el país). Por supuesto, esta información irritó a muchos argentinos colonizados que pretendían vivir en un país totalmente poblado por blancos. A su vez, inclusive algunos hispanistas que no tienen simpatía por "los pueblos originarios" han aprovechado la ocasión para señalar que mientras en América del Norte "el mejor indio era el indio muerto", en cambio España "toleró" el cruzamiento, lo que indicaría, más allá de fuertes represiones y explotaciones inicuas -como la producida en las minas del Potosí- un grado menor de crueldad.

Pero lo que a través de nuestra Historia Oficial no ocupa el lugar que corresponde es lo ocurrido con aquellas comunidades que resistieron la dominación blanca, especialmente, araucanos y ranqueles, es decir, el mundo llamado "el desierto" -aunque estaba habitado- que va desde las zonas sureñas de Córdoba, Mendoza y provincia de Buenos Aires hasta Tierra del Fuego, como así también el Chaco.

Generalmente, en los colegios se ha creado la imagen de que hacia 1850 el actual territorio se hallaba poblado preponderantemente por españoles, criollos y mestizos cuando la verdad es otra: por ejemplo, solo una pequeña parte de la provincias de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza se hallaban ocupadas por quienes se autodenominaron "la civilización" mientras que los "territorios libres" cubrían la mayor parte de esa región. Resulta así una incongruencia sostener que el Ejército, comandado por el Gral. Roca, en 1879, concretó "la conquista del desierto". Del mismo modo, constituye un error centrar en esa campaña aquello que fue una larga historia de enfrentamientos, entre los invasores europeos, y sus descendientes, con relación a los pobladores autóctonos.

Es necesario, pues, indagar en lo acontecido, especialmente desde 1810, en aquellos sucesos sobre los cuales existe documentación probatoria y argumentos fundamentados.

Una larga historia de enfrentamientos

En los principios -1810- los revolucionarios se reconocieron como representantes de toda Hispanoamérica: indios, españoles, negros y sus cruzamientos. Los hombres de Mayo se manifestaron a favor de los indígenas y la Asamblea del año XIII abolió el tributo, reconociendo que a "los mencionados indios de todas las Provincias Unidas, [se les tengo] por hombres perfectamente libres, y en igualdad de derechos a todos los demás ciudadanos que las pueblan". A su vez, Belgrano propuso una monarquía constitucional con rey inca. San Martín, por su parte, afirmó: "yo también soy indio" y prohibió en Perú que se los designara "aborígenes indios o naturales" porque son "peruanos" como los demás. Sin embargo, Carlos Martínez Sarasola afirma, con fundamento, que esta simpatía y reconocimiento se refiere exclusivamente a aquellos que han aceptado la dominación blanca y no a aquellos que resisten la autoridad y permanecen controlando los llamados "territorios libres".

* Heguy, Silvina: "El 56% de los argentinos tiene antepasados indígenas", *Clarín*, Buenos Aires, 16/1/2005.

* Decreto del 12/3/1813, de la Asamblea General, reproducido por Martínez Sarasola, Carlos: *Nuestros paisanos, los indios*, Buenos Aires, Emecé, 1992, p. 148.

Al inicio de la década del 20, Martín Rodríguez, gobernador de la provincia de Buenos Aires, realizó varias expediciones militares contra araucanos y ranqueles. En su "diario" sostuvo: "La experiencia de todo lo hecho nos enseña el medio de manejarlos con estos hombres: ella nos guía al convencimiento que la guerra con ellos debe llevarse hasta su exterminio [...] En la guerra se presenta el único remedio, bajo el principio de deshacer toda idea de urbanidad y considerarlos como a enemigos que es preciso destruir y exterminar". En 1821, las fuerzas de Rodríguez mataron 150 tehuelches¹¹.

Poco después, Bernardino Rivadavia sostuvo, en 1826: "Solo el poder de la fuerza puede imponerse a estas hordas y obligarlas a respetar nuestra propiedad y nuestros derechos"¹² y para ello encomendó al coronel Rauch, quien avanzó sobre Sierra de la Ventana, llegando hasta el límite de lo que es hoy La Pampa, en dos incursiones de las cuales resultaron 400 indios muertos. La represión realizada por el prusiano Rauch fue cruel y sanguinaria. (Rauch fue muerto en 1829 en el combate de Las Vizcacheras entre unitarios y federales, en el cual participaron indios de ambos lados. La leyenda difunde ese hecho como la venganza del indio "Arbolito" o Nicasio Maciel contra el blanco asesino, pero algunos historiadores lo interpretan como la justicia de las tropas federales frente a las represiones por los unitarios realizadas después del fusilamiento de Dorrego.) En un parte militar, Rauch afirma: "Hoy, 18 de enero de 1828, para ahorrar balas, degollamos a 28 ranqueles"¹³.

También el caudillo federal santafesino Estanislao López fue responsable de represiones cruentas, en el litoral argentino. Incursionó en tres ocasiones que dejaron 100 mocovíes muertos en la primera expedición, 40, en la segunda y 20, en la tercera.

En 1827, fuerzas militares bonaerenses invaden tolderías y matan indios, pero, poco después, son derrotadas por los ranqueles en Leuvucó: "La masacre fue atroz. Probablemente sea una de las más grandes de nuestra historia. Se dice que uno solo de los seiscientos puntanos logró salvar la vida, volviendo alucinado del horror. Los malos ranqueles cayeron sobre todas las poblaciones fronterizas del sur de San Luis y Córdoba, prolongando una revancha inacabable hasta 1830"¹⁴.

Por su parte, Juan Manuel de Rosas mantiene, en los principios de la década del 20, una posición conciliadora respecto a los pueblos indios, como peones, en sus estancias. Confía en convivencia y que inclusive él ocupa indios, especialmente entregándole provisiones para su mantenimiento. Pero, después de su primera gobernación (1829-1833), sostiene que es necesario que es posible llegar acuerdos, especialmente desarrollada por Martín Rodríguez. En carta a Vicente González, del 23 de agosto de 1831, Rosas afirma: "Acabada la guerra con los unitarios me es necesario decir tales y tales indios son enemigos para declararles guerra de frente y conseguir de este modo salir del riesgo que se corre en esta posición por los celos que se despiertan entre los amigos y porque a todos ha de ser imposible mantener". El historiador rosista Jorge Sulé cita, a su vez, un fragmento de una carta de Rosas que ratifica este planteo: "Los indios han robado porque el hambre es la mayor de todas las necesidades. Pero yo no he podido extenderme a más, porque no hay [provisiones,

¹¹ Rodríguez, Martín: *Diario de la expedición al desierto*, Buenos Aires, Sudestada, 1969, pp. 67 y 68.

¹² Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 194.

¹³ Idem, p. 148.

¹⁴ Figna, Felipe: "Antes de Roca", *Revista Virá, Clarín*, Buenos Aires, 18/8/2005, p. 80.

¹⁵ Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 214.

¹⁶ Ratto, Silvia: *Indios y cristianos, entre la guerra y la paz en las fronteras*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, p. 130.

suministros]¹⁶. (Estas referencias ratificarían las tesis de los ensayistas que afirman que algunas de estas tribus, cuando no recibían tributos en alimentos, se veían obligadas a malonear porque no se hallaban en condiciones de producir lo necesario para su subsistencia.)

Así, con Rosas nace la primera "campana del desierto", realizada entre marzo de 1833 y enero de 1834, principalmente dirigida contra los ranqueles. Don Juan Manuel entendía que algunas comunidades indias eran capaces de asentarse y dedicarse a la agricultura, pero que otras resultaban irredimibles y debían desaparecer. En carta al coronel Pedro Ramos sostiene que "cuando tome prisioneros indios, una vez que les haya tomado declaración puede, al dejar el punto, mantener una pequeña guardia para que cuando no haya nadie en el campo, los fusile [...] debe decirseles que quisieron escapar y fueron ultimados. Por esto mismo no conviene que al avanzar una toldería traiga muchos prisioneros vivos, con dos o cuatro hay bastantes y si más se agarran esos allí en caliente no más se matan a la vista de todo el que esté presente pues que entonces en caliente nada hay de extraño y es lo que corresponde"¹⁷. Como ya se ha señalado, Martínez Sarasola juzga que el año 1833 "marca un hito en la lucha de las comunidades de la llanura", pues, "por primera vez, los territorios indios son profundamente penetrados [...] Más aún, por primera vez la violencia de las acciones, llega a un punto tal que las pérdidas de vidas entre los indígenas se cuentan por miles en el término de unos pocos meses"¹⁸. Agrega que "las operaciones de la división izquierda finalizaron el 25 de mayo de 1834 con un 'éxito' sin precedentes sobre las comunidades indígenas: 3.200 muertos; 1200 prisioneros; 1000 cautivos rescatados [...] La campana de 1833 constituye el primer eslabón del proceso de exterminio de las comunidades indígenas libres de la llanura, cuya culminación, la denominada 'Conquista del Desierto', no fue más que el mazazo definitivo sobre culturas agotadas y diezmadas después de más de medio siglo de permanentes conflictos armados. Fue una campana que hizo escuela"¹⁹. "A mi juicio -sostuvo luego Roca- el mejor sistema para concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrojándolos al otro lado del Río Negro, es el de la guerra ofensiva que fue seguida por Rosas, que casi concluyó con ellos."²⁰. Como ya se ha señalado Jorge Sulé, historiador rosista, sostiene: "Rosas informó a las autoridades sobre las bajas indígenas, calculando el total en 3200 indios muertos, 1200 individuos de ambos sexos prisioneros y 1000 cristianos rescatados del cautiverio"²¹.

Esta campana es proseguida luego por Rosas, cuando cae "sobre las tolderías de Carriague" (más de 100 indios muertos) y luego, en Fuerte Federación, 20 indios muertos y poco después, otros 20 indios muertos. "El año 1836 -señala Sarasola- fue el de mayor cantidad de bajas entre los indígenas, después de la campana del 33, según lo hizo constar el propio Rosas: 'Pasan de mil los que han fallecido en solo el año 1836'". Además, en 1837, en acciones bélicas dirigidas por el coronel Ramos, mueren 200 indios y otros 200, en la incursión del coronel Ramírez cerca de la actual Bragado, así como, en el mismo año, otros 100 indios mueren cerca de Tapalqué²². Al resumir lo ocurrido en el

¹⁶ Sulé, Jorge Oscar: *Rosas y sus relaciones con los indios*, Buenos Aires, Corregidor, 2007, p. 96.

¹⁷ Carta a Pedro Ramos, 2/9/1833, citada por Silvia Rato, ob. cit., p. 136.

¹⁸ Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 215.

¹⁹ Ídem, p. 219.

²⁰ Ídem.

²¹ *Gaceta Mercantil*, 24/12/1833 en Sulé, Jorge: ob. cit., p. 139.

²² Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 223.

²³ Ídem, p. 254.

período 1821-1848, Martínez Sarasola sostiene: "Es menester tener en cuenta que para el período 1821-1848, en las llanuras de Pampa, Patagonia y Chaco se registran más de cuarenta grandes enfrentamientos en los cuales, estimativamente, fueron muertos 7587 indígenas [...] 6458 ranqueles, vorogas, araucanos y tehuelches; 679 guaicurries [...] y 450 pehuenches [...] Una sola palabra puede definir esa política [...] genocidio. Solamente en un año [1833] fueron muertos aproximadamente 3600 indios"²⁴.

A pesar de la intensa represión, se ha señalado que Rosas establecía acuerdos con aquellos pueblos indios que se avenían a recibir tributos y se comprometían a no malonear. Sulé afirma que, además, Rosas les propuso, a los "indios amigos", desarrollar actividades productivas agropecuarias, pero el mismo Sulé sostiene: "Quizás el nivel del desarrollo cultural del mundo indígena no alcanzaba aún a la exigencia de un trabajo permanente, esforzado, diario, como lo determinaba la propuesta y esta giró en el vacío"²⁵. (Esta tesis es sostenida también por otros investigadores.)

Puede concluirse que la política de Rosas recurría alternativamente a concesiones y a represión -según los indios se avenían a negociar tributos o se mantenían irreductibles- logrando, en los últimos años de su gobierno, algunos avances importantes de la línea fronteriza y en general, logró que no hubiese malones. Dentro de esta estrategia combinada, algunos autores sostienen, basándose en una carta del cacique araucano Calfucurá (Piedra Azul), que fue el mismo Rosas quien acordó con este jefe su ingreso a nuestras pampas, viniendo de Chile, en 1834, para aplastar la resistencia de ranqueles y voroganos (masacre de Masallé). Sulé no acuerda con esta versión y opone otra: Calfucurá, en carta de 1861, afirma "también le diré a mi hijo que yo soy chileno [...] vine con toda mi gente de allá [...] y entonces me hicieron quedar aquí todos los caciques, diciéndome que querían que yo los gobernase"²⁶. Pero más allá de este disenso, lo cierto es que Calfucurá ("Enviado de Dios", "El Aníbal de los Andes") derrota a voroganos y ranqueles, matando a sus jefes, en Masallé y se constituye, desde su cuartel de operaciones en Salinas Grandes, en el jefe principal de esa región a la que denomina Chilihue (Nuevo Chile), acordando, en base a tributos, una convivencia relativamente pacífica con los blancos.

Sulé detalla "las asignaciones que Rosas pagó a caciques, capitanejos e indios" entre 1838 y 1852 y agrega: "Todo esto y mucho más que encontramos en el Archivo General de la Nación es independiente de los suministros de alimentos, hacienda y otros artículos que son enviados regularmente a todos los grupos indígenas y que los encontramos distribuidos en varios legajos [...] recados, marcas de fierros para la hacienda, arados y otros artículos girados a distintos caciques o capitanejos". Señala, asimismo, que Rosas intentó que cultivasen para alejarlos del "nomadismo y dar un decisivo paso hacia al sedentarismo definitivo"²⁷. El intento no parece haber dado resultado pues pocos años después (a la caída de Rosas), al cesar los tributos, vuelven los malones. En este sentido, resulta interesante el testimonio de Lucio Mansilla a quien un cacique indio le dice: "Los indios somos gente franca y sencilla, no hacemos ceremonias con los amigos, damos lo que tenemos, y cuando no tenemos, pedimos. No sabemos trabajar, porque no nos han enseñado. Si fuéramos como los cristianos, seríamos ricos, pero no somos como ellos y somos pobres. Ya ve cómo vivimos"²⁸.

²⁴ Ídem.

²⁵ Sulé, Jorge: ob. cit., p. 101.

²⁶ Ídem, p. 171.

²⁷ Ídem, p. 252.

²⁸ Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 247.

Mitre y Sarmiento ante la cuestión india

Producida la caída de Rosas en Caseros, se desmorona el equilibrio entre Buenos Aires y Calfucurá. "Buenos Aires comienza otra vez a sufrir los embates de las bandas indígenas -señala Martínez Sarasola-, especialmente los araucanos [...] Por más de 20 años entre 1850 y 1870 aproximadamente, dominan la Pampa a discreción"¹⁷. Los malones se reiteran. Calfucurá entra en arreglos con Urquiza, lo que agrava su animadversión hacia los porteños, quienes han interrumpido el envío de provisiones. "La línea de frontera retrocedió nuevamente y casi volvió al límite que existía por 1830"¹⁸.

Presos del terror, los liberales que han dado el golpe del 11 de septiembre de 1852 y segregado a Buenos Aires de la Confederación, ofrecen, al principio, provisiones y grados militares a algunos caciques, para atenuar su ira. Los caciques Juan Catriel y Cachul obtienen un acuerdo por el cual se les entregará trimestralmente: "1200 libras de yerba, 600 de azúcar, 500 varas de tabaco, 500 cuadernillos de papel, 2000 libras de harina, 200 frascos de aguardiente, 80 de vino, 72 botellas de ginebra, 72 de vino de Burdeos, 2 carretadas de maíz y 200 yeguas"¹⁹. Pero el Partido Liberal porteño -en el que renace el viejo unitarismo, con Mitre y Valentín Alsina a la cabeza- así como concretaba el despojo del gaucho, no estaba dispuesto a seguir 'tolerando' que las mejores tierras de la pampa permanecieran estériles en manos de Calfucurá y que además, se le entregaran tributos. Mitre era contundente en sus planes: "Las tribus salvajes son una gran potencia respecto de nosotros, una república independiente y feroz en el seno de la república. Para acabar con este escándalo es necesario que la civilización conquiste ese territorio. Llevar a cabo un plan de operaciones que dé por resultado el aniquilamiento total de los salvajes [...] Aceptando como auxiliar la espada nosotros proponemos un plan sistemático de operaciones que sirvan de baluarte al interés particular que vaya posesionándose de los campos conquistados, teniendo siempre por vista el objeto primordial de la conquista de las tierras en que hoy dominan los indios, poniendo bajo el amparo de los fuegos del cañón civilizador el terreno que se desenvolviese a su vanguardia"²⁰.

Como se ha señalado, en 1855, en Tapalqué, bajo el mando de los caciques Catriel y Cachul, se producen malones ante los cuales reacciona Mitre, como ministro de guerra de la Buenos Aires segregada, para trasladarse al Azul, a fines de mayo, bajo la promesa de que "respondo hasta la última cola de vaca de la provincia de que en adelante roben más los salvajes"²¹. Sin embargo, el patricio sufre una derrota vergonzosa "debiendo buscar refugio, en la pequeña altura de Sierra Chica, [...] donde trepó aún con su artillería, sitiado por los hombres de Catriel que no sumaban ni la mitad de su ejército, quienes allí lo tuvieron inmovilizado durante dos días con sus noches, soportando la lluvia, el frío y el hambre, a la espera de la llegada de las tropas del Centro, que vinieran a liberarlo de esa situación tan dramática como desairada. En lugar de acorralar a los indios, [...] los indios lo acorralaban a él [...] Así pasó también otra noche más y cuando [...] Calfucurá vino con sus huestes a reforzar a las de Catriel y acabar con el ejército porteño [...] Mitre ejecutó una desesperada fuga nocturna [...] a pie [...] abandonada buena parte de la caballada [...] llegando Mitre al día siguiente [1° de junio] en estado lamentable al Azul, con el ánimo ennegrecido y mojada por el rocío su melena de poeta"²².

¹⁷ *Idem*, pp. 258 y 259.

¹⁸ *Idem*, p. 259.

¹⁹ *Idem*, pp. 259 y 260.

²⁰ Pigna, Felipe: *ob. cit.*, p. 81.

²¹ Justo, Liborio: *Pampas y lanzas*, Buenos Aires, Palestra, 1962, p. 234.

²² *Idem*, p. 236.

Producido Pavón y aletargado Urquiza en su provincia, Mitre llega a la presidencia pero se encuentra con nuevas incursiones tanto de Calfucurá como de algunas tribus ranqueles. Los malones se reiteran y la oligarquía porteña levanta gauchos, a través de la leva, para mandarlos a los fortines, intentando sostener los límites de 1830, lo cual significa que el centro y el sur de la provincia de Buenos Aires, así como el sur de Córdoba y Mendoza permanecen en manos del indómito araucano.

Asimismo, Mitre intenta aplacar a Calfucurá enviándole provisiones y dinero, pero a veces ocurre que estos se pierden en el camino de "los intermediarios". Así, en marzo de 1863, el cacique le escribe, desde Monte Chilué, haciendo referencia al incumplimiento de los tratados convenidos: "Yo cuando hice los tratados con usted, no los hice por faltar a mi palabra, sino para ser firme y ser leal [...] Tengo prudencia cuando los míos me dicen que estoy vendido por azúcar y yerba y varias cosas; pero esto no es cierto; estos que de mí hablan es por malquistarme con los cristianos [...] don Galván, proveedor de Bahía; este es uno de los principales ricos; es muy ladrón [...] Mi compadre Rivas, otro ladrón de primera clase [...] no me da lo que tiene ordenado de usted. Las yeguas vienen cuando él ya ha ganado doble con las que usted me pasa. Le pido una cosa buena; me manda lo que no sirve [...] el comandante Llanos hace oro tanto peor [...] A mí me roban, a usted le roban [...] Señor Presidente: hágame el favor [...] de ordenar a Rivas que me dé quinientas vacas y quinientas yeguas"²³. En otra parte de la carta agrega: "Hay tantos indios que yo no los gobierno; estos son muy ladrones, y no puedo contenerlos [...] Dígame cuál de estos enviados recibió la plata, porque a mí no se me entregó nada de plata [...] me manda usted espuelas, chapiado y estribos de plata, rebenque, poncho también, y varias cosas más [...] pero de todo esto no recibí más que unas estriberas [...] nada recibí de la prenda [...] nunca pedía dinero, pero tenga usted la bondad de mandarme dos mil pesos con el portador, pues es mi yerno [...] A este mi yerno me hará el favor de darme unas espuelas de plata, un chapeado, unos estribos y un recado bueno, un rebenque, un pretal de plata, un tirador, un puñal de plata. Todo esto es para los enviados. Otro poncho, espuelas, chapeado con freno, estribos, pretal, puñal, doscientos yeguas, un recado con todo completo, sobrepuesto bordado, todo de plata [...] unas botas granaderas finas, sombrero, camiseta fina, poncho de paño"²⁴. Juan C. Walther señala que estos "obsequios" resultaban "muy costosos" y que además, "estos continuos pedidos no solo los hacía Calfucurá, sino todos los caciques amigos y neutrales"²⁵, lo cual, agravado por los robos de los intermediarios, provoca la fragilidad de los acuerdos y nuevos enfrentamientos.

Por este motivo, cuando el gobierno mitrista ya ha masacrado al noroeste montonero y avanza ahora para destruir al Paraguay, crece la opinión de que es necesario concluir con "el problema del indio".

Por eso, el 25 de agosto de 1867, el Congreso de la Nación sanciona la ley número 215 que decide la realización de una campaña sobre los territorios en manos de los indios, y en sus fundamentos sostiene: "Ni la que recién se efectivizará 12 años después. Esa ley dispone la ocupación de los ríos Negro y Neuquén, como frontera sur contra los indios, y en sus fundamentos sostiene: "Ni la Nación, ni el Congreso, pueden consentir por más tiempo que los bárbaros de la pampa,

²³ Walther, Juan Carlos: *La conquista del desierto*. Buenos Aires, Eudeba, 1973, pp. 771 y 772, tomado del Archivo del General Mitre, tomo XXIV, p. 82.

²⁴ *Idem*, pp. 772 y 773.

²⁵ *Idem*, p. 416.

con violación de los tratados más solemnes, sigan asolando y destruyendo nuestras poblaciones fronterizas. Es evidente que un remedio actual e inmediato es necesario para que desaparezca ese violento, ese espantoso estado de cosas¹⁸.

El coronel Emilio Mitre le ha escrito a su hermano Bartolomé, aconsejándole transigir con los indios, pero exigiéndoles que vinieran a establecerse cerca del pueblo "para tenerlos a mano, sin perjuicio de degollarlos a todos en una noche"¹⁹. Con el mismo fervor, Sarmiento denigra a "los salvajes por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia [...] no son más que unos indios asquerosos, a quienes habríamos hecho colgar y mandaríamos colgar ahora, si reapareciesen en una guerra"²⁰.

Años después, el sanjuanino escribe: "[Los españoles] hacían [con los indios] lo que todos los pueblos civilizados hacen con los salvajes: absorber, destruir, exterminar. Puede ser muy injusto exterminar salvajes, pero gracias a esta injusticia, la América está ocupada hoy por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más bella y la más progresiva de las que pueblan la tierra. Las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantán en la posesión de la tierra a los salvajes"²¹. Obsérvese que tanto en Mitre, como en Sarmiento, además de la posición racista, aparece claro el propósito del despojo, es decir, exterminar a los indios para ocupar las tierras.

Martínez Sarasola señala que "cuando Sarmiento asume la presidencia [1868] se privilegia la política de los tratados [...] Algunos de estos tratados son un claro ejemplo del intento de sometimiento de los caciques por parte del gobierno nacional"²².

Se reiteran entonces los malones, algunas invasiones muy importantes como la del 5 de marzo de 1872 donde los hombres de Calfucurá dejan 300 pobladores muertos en la zona de Veinticinco de Mayo y Nueve de Julio. Pero, poco después, el 8 de marzo de 1872, el general Ignacio Rivas -viejo represor del gauchaje federal del interior- con 450 gauchos y el apoyo de los caciques Coliqueo y Catriel [1130 lanzas] enfrenta a las huestes de Calfucurá en la batalla de San Carlos [hoy San Carlos de Bolívar] y logra derrotarlos provocándole más de 200 indios muertos. Calfucurá busca refugio en Chile, donde las versiones afirman que muere de tristeza a mediados de 1873.

Álvaro Martínez, historiador de la localidad de Bolívar, afirma que "lo que otorga perfil singular a esta batalla es que se libra casi entre indios. En medio de casi 5000 indios [...] solo 400 eran gauchos (entre ellos, Juan Moreira)"²³.

Bajo la presidencia de Avellaneda

Calfucurá es reemplazado por su hijo Namuncurá y los malones continúan bajo el gobierno de Avellaneda, iniciado en 1874, produciéndose incursiones muy importantes con muertos, toma de cautivos y robo de ganado que es vendido luego en Chile. En esa época, el canciller argentino sostiene: "No puedo comprender que el estímulo prestado por algunos habitantes del sur de Chile a los salvajes de la pampa para que les entreguen en cambio de objetos depreciados los ganados que arrebatan de nuestras fronteras, al favor del incendio de las poblaciones y el asesinato de sus moradores, sea una opera-

¹⁸ Ídem, p. 430.

¹⁹ Justo, Liborio: ob. cit., p. 239.

²⁰ Ídem, p. 169.

²¹ Ídem, p. 169.

²² Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 262.

²³ Guglielmino, Osvaldo: "La derrota del malón", Clarín, Buenos Aires, 8/3/1978.

ción industrial que puede garantizar la Constitución chilena"²⁴. Sobre el mismo tema, el diputado Puelman, había sostenido en el congreso chileno: "El comercio de animales, que es el que se hace con los araucanos, proviene de animales robados en la Argentina. Últimamente han sido robados allí más de cuarenta mil vacunos que son comprados en nuestro país conscientes de su origen. Decimos que los indios son ladrones, y nosotros, ¿qué seremos?"²⁵.

Por entonces, Alsina, como ministro de guerra de Avellaneda, sostiene que el gobierno no va a operar contra los indios sino que solo quiere incorporarlos a la civilización y hacer producir los campos. Ante esta declaración, Namuncurá comprende que ella lleva implícito el despojo de sus tierras.

En esa época, Alsina pone en marcha su proyecto del famoso "zanjón" que debería unir Bahía Blanca y el sur de Córdoba, amojonado por fortines, táctica de "avance paulatino" que permitiría empujar a las tribus hacia el sur y ampliar la frontera agropecuaria. A pesar de las reiteradas declaraciones pacifistas del ministro, los caciques comprenden su intención expansionista y contestan con un poderoso malón, de tanta o más importancia que el último que había llevado Calfucurá poco años atrás.

En las primeras horas del 27 de diciembre de 1875 estalla "la invasión grande" dirigida por Namuncurá, con el apoyo de los caciques Pincén, Baigorrita, Juan José Catriel y Renquecurá, este último al mando de mil chilenos. Son, en total, 5000 lanzas y entran sorpresivamente a la zona de Azul, Olavarría y Tapalqué, dejando muchos pobladores muertos y llevándose 300 mil cabezas de ganado. "El malón quemó viviendas, arreó gansos, cautivó familias y sembró la muerte en el vecindario [...] La invasión abarcaba miles de leguas cuadradas de la región fronteriza más rica y más poblada de la provincia de Buenos Aires [...] El trágico saldo puede resumirse, en cifras aproximadas, en 500 cristianos muertos, más de 200 cautivos, 400 casas incendiadas y 300 mil cabezas robadas"²⁶. A pesar de que se alzan voces adjudicando la responsabilidad al gobierno por haberse quedado con tierras del cacique Juan José Catriel -lo que habría provocado la furia de las tribus- lo cierto es que Alsina abandona su posición pacifista y en enero y marzo de 1876 golpea duramente a las fuerzas de Namuncurá quien regresa a sus dominios de Salinas Grandes. Durante ese año se produjeron otros enfrentamientos que fueron debilitando el poder indígena, lo cual se evidencia en que varios caciques "optaron por el camino de la rendición"²⁷.

Pero Alsina muere cuando se candidateaba a presidente y lo reemplaza en el ministerio el general Julio A. Roca, "defensor de la tesis de la guerra ofensiva sin concesiones [...] quien se había opuesto desde siempre a la zanja de Alsina [...] Roca tenía claro el objetivo: penetrar a fondo el territorio indígena, aniquilando a las comunidades que en él vivían o bien empujándolas más allá del río Negro"²⁸.

Para ello dispone el despliegue de contingentes militares que constituyen lo que se ha llamado la "ofensiva preliminar". Así, desde julio de 1878 a enero de 1879, se realizan 26 operaciones de gran magnitud contra los pampas, operaciones cuya profundidad de avance varía desde 100 hasta 500 kilómetros de la línea de fronteras. En esta etapa de lucha incesante, las fuerzas nacionales eliminan al grueso de los contingentes armados indígenas y a sus principales caciques. Son hechos prisioneros los caciques Catriel, Epa-

²⁴ Tur, Carlos: *Colonias y colonizadores*, Buenos Aires, CEAL, Colección La Historia Popular, 1972, p. 48.

²⁵ Ídem.

²⁶ Cuadrado Hernández, G.: "La última invasión grande", *La Opinión cultural*, Buenos Aires, 22/5/1972.

²⁷ Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 271.

²⁸ Ídem, p. 275.

mer y Pincén, 43 capitanejos y 4000 indios. Otros 400 indios de lanza caen muertos en combate y se liberan 150 cautivos. Estos episodios constituyen etapas importantes de la campaña, aunque a veces, no se los incluye en la misma, pues la expedición oficial, comandada por Roca, se inicia en abril de 1879.



El cacique Villanauín (Baire de Oro), somerido en 1882, y mujeres de la tribu en sus toldos en las inmediaciones de Nariñal. En A.P.C.G.D. Inv. N° 64, N° 1, p. 1. Museo de Arte Popular José Hernández.

"La campaña"

Para esta fecha, comienza lo que se ha denominado "la campaña del desierto" que, señala Sarasola es: "en realidad el colofón de una paulatina campaña de exterminio y desintegración cultural que, salvo excepciones, se estaba llevando sistemáticamente desde hacía más de medio siglo"⁶⁹.

La expedición comandada por Roca llega el 25 de mayo, a la margen norte del río Negro y el 11 de junio alcanza la confluencia de los ríos Neuquén y Limay. El 25 de junio, la columna principal emprende el regreso, mientras las otras, al mando de Levalle, Racedo, Napoleón Uriburu e Hilario Lagos, batien un

amplio arco desde Buenos Aires a Mendoza. En el total de esos meses (que incluyen "la ofensiva preliminar") la campaña significa: 1271 indios de lanza prisioneros, 1313 indios de lanza muertos en combate, 10.513 indios no combatientes prisioneros y 1049 indios reducidos; se incorpora a la Nación una superficie territorial de 15.000 leguas.

La columna que dirigía Roca no tuvo enfrentamientos de importancia. De aquí surgen esas referencias que parecen extrañas acerca de que se trató de "un paseo sin combates". Groussac señala que "fue una campaña histórica, más que cruenta". El coronel Olascoaga sostiene: "Los profanos tienen una idea equivocada sobre la Expedición al Desierto. En realidad se trató de un gran paseo militar en el que no faltaron, como es natural, episodios de guerra; pero, en ningún caso se presentaron dificultades que pusieran en peligro la gran empresa. Es que el ejército argentino ya estaba dotado del remington y cañones de retrocarga y el guerrero araucano no disponía más que de su lanza de coligüe y de otras armas primitivas"⁷⁰. Liborio Justo cita, asimismo, esta opinión de Sarmiento: "No había tales indios. No son ni Roca, ni Alsina, ni Gainza los que los han destruido. Es la acción lenta que han venido ejerciendo un siglo de lucha, la propia vida salvaje y la falta de medios para subsistir. No había tales indios y hoy, meditando bien, da vergüenza pensar que se haya necesitado un poderoso establecimiento militar y a veces ocho mil hombres para acabar con dos mil lanzas que nunca reunirán los salvajes"⁷¹.

El Comandante Prado señala, a su vez: "Llegamos a Choele Choele, sin contratiempo. Las indias que habían quedado en la pampa, estrechadas y envueltas en las maniobras de Racedo, de Levalle y de Godoy, se entregaban o huían, tratando de pasar a la Patagonia entre la columna que guiaba el ministro y la que conducía el general Uriburu desde la frontera de Mendoza. Sintiendo hostigadas y perseguidas no pudieron organizarse para venir a hostilizar nuestra marcha, audaz y atrevida operación, durante la cual, y en

⁶⁹ Idem, p. 278.

⁷⁰ Liborio Justo: ob. cit., p. 268.

⁷¹ Sarmiento, Domingo F.: *El Nacional*, 17/7/1879.



El Gral. Julio A. Roca, entonces ministro de Guerra, y su Estado Mayor en plena campaña.

un trayecto mayor de noventa leguas, nos deslizamos ofreciendo el flanco al punto más peligroso del desierto. Si el general Roca se hubiese equivocado, si hubiesen fallado las instrucciones que, antes de empezar la campaña, envió a los comandantes de división o de brigada, los indios habrían podido reunirse en masas considerables y comprometer nuestra marcha, arrebatándonos las caballadas, incendiando los campos, o acosándonos incesantemente en los desfiladeros y en los campamentos. De haberse producido esto, ¡quién sabe si ese llamado paseo militar desde el deslinde de Buenos Aires hasta la línea del Río Negro, no se habría convertido en sangriento y pavoroso desastre! La gloria de esa grande operación militar, consiste precisamente en haberse realizado, como se realizó, sin dejar señalado el trayecto con arroyos de sangre, ni con filas de osamentas"⁷².

José María Rosa, después de relatar la derrota y muerte de Calícutá en 1873 y el apresamiento del cacique Pincén en 1877, afirma: "Los indios 'de lanza' habían muerto o estaban en Martín García. Namuncurá y Catriel se escondían en las cañadas de Chadileu-fú, y Sayhucque desde sus toldos en el país de las manzanas 'no quería meterse con los cristianos' [...] Pero debía hacerse la expedición al desierto para ocupar el Neuquén antes que los chilenos, y otorgar títulos de propiedad en las 15.000 leguas a ganarse. Y hacerla a gran estrépito, con un aparato militar que deslumbrase a Buenos Aires y Santiago de Chile [...] ocupar ese desierto, [el desierto] no significaba otra molestia que una marcha pacífica, pero debía dársele la apariencia de una conquista guerrera"⁷³. Luego, agrega: "Roca llega a Choele Choele. No ha tropezado con indios de guerra en todo su trayecto; [...] No ha habido un combate, ni siquiera 'una espantada' [...] La división de Levalle arribó a Trauru-Lauquén el 24 de mayo [...] tampoco ha encontrado indios fuera de algunos que deambulaban hambrientos y a pie, aislados, o de dos o tres que se entregaban [...] Levalle ordena explorar hasta el Chadi-Leofú [...] tropieza [por fin]

⁷² Prado, Comandante: *La Guerra al malón*, Buenos Aires, Granda, 1969, tomo 8, p. 138.

⁷³ Rosa, José María: *Historia Argentina*, Buenos Aires, Granda, 1969, tomo 8, p. 138.

Con cuatro indios armados a lanza [...] matan a tres, hacen un prisionero y rescatan a una cautiva [...] Racodo no encontró indios que le hicieran frente [...] La expedición de Uriburu fue la más meritoria [...] su vanguardia combatió en el camino de Pigüé con el cacique ranquel Paycinan [...] Paycinan y catorce indios lanceros murieron [...] La quinta división no libró combates⁵⁴.

Sin embargo, la verdad histórica no se puede reducir a estos juicios. No había indios en la campaña del 79 -o había pocos, incluyendo "la ofensiva preliminar"- porque habían sido derrotados en diversas expediciones realizadas anteriormente, en duros enfrentamientos del pasado, a lo cual se agregaban enfermedades, deficiente alimentación y otros factores que los habían diezmado. Además, "la conquista" es la que pasó a la historia. Sin embargo, ella fue solo la primera etapa. Lo que podríamos definir como la segunda etapa, algo así como las acciones finales, se llevaron a cabo entre marzo de 1881 y enero de 1885⁵⁵.

Los indígenas muertos durante el primer avance del ejército de Roca al mando de 6000 hombres, en varias divisiones, alcanzaron a 1313 (incluyendo la campaña preliminar anterior a 1879). Los muertos de la segunda etapa que va desde 1881 a 1885, son un número semejante.

A. J. Pérez Amuchástegui se ocupa de señalarlo: "Roca [...] en 1880, emprende nuevas operaciones contra los indios. Al tal efecto, el ministro de Guerra, general Benjamín Victoria, encomienda al comandante Villegas una expedición sobre el territorio de Neuquén, donde [...] limpia la región [...] Pero las depredaciones de los indios no terminan. En junio de 1881, alrededor de 200 araucanos invaden audazmente la provincia de Buenos Aires por la zona de Puán [...] En la primavera de 1882, [Villegas] inicia un movimiento de avance [...] hasta la cordillera misma. Para el otoño de 1883, [...] han batido minuciosamente todo el territorio cordillerano hasta el límite con Chile. En esta campaña [...] los indios pierden 2.000 hombres, entre muertos y prisioneros [...] imposibilitados de acción en esa zona, razón por la cual el cacique Namuncurá se somete a Villegas, con toda su tribu el 24 de marzo de 1884. La etapa final de la guerra contra el indio se desarrolla en la Patagonia. Allí vagaban todavía los restos de las tribus rebeldes, reunidas bajo el mando del cacique Sayhueque. Para acabar con ellos, el gobernador de la Patagonia y jefe de su guarnición, general Lorenzo Wintter, emprende una campaña que se desarrolla entre fines de 1883 y comienzos de 1884. En el transcurso de las operaciones se entrega prisionero el poderoso cacique Sayhueque con las indias de los caciques Inakayal y Foguel, que suman en total unas 3.700 lanzas. Esta campaña da término a la lucha de las fronteras⁵⁶.

Martínez Sarasola afirma: "El exterminio de las comunidades indígenas libres de la Pampa y Patagonia había concluido también su último ciclo: en el término de seis años (1878-1884) son muertos estimativamente alrededor de 2500 indígenas [...] En el término de 37 años (1862 y 1899) son muertos en el Chaco cerca de 1000 indígenas⁵⁷.

El número de prisioneros se estima entre 15.000 y 17.000⁵⁸ que fueron enviados a campos de concentración y luego distribuidos a los obreros del norte, a la zafra de los ingenios, las mujeres entregadas para el servicio doméstico de las señoras de la ciudad y los niños regalados a las familias. Pero hubo también caciques y tribus que cruzaron la

⁵⁴ Ídem, pp. 141-143.

⁵⁵ Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 278.

⁵⁶ Amuchástegui, A. J., *Crónica histórica argentina*, Buenos Aires, Codex, 1969, tomo IV, pp. 358-360.

⁵⁷ Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 287 y 305.

⁵⁸ Delrio, Walter Mario: *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia* (1872-1943), Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2005, p. 75.

cordillera buscando refugio en Chile y también aquellos que sobrevivieron en diversos rincones de la Patagonia, así como, años más tarde, se va a producir el regreso de familias indias, desde Chile, que vuelven a ocupar las tierras de sus mayores y luego reclaman su devolución.

Desde allí surgió el reclamo una y otra vez de que le fueran devueltas sus tierras. El despojo fue el carácter general de la campaña, aunque hubo algunos casos excepcionales en que se devolvieron tierras o se formaron colonias pastoriles.

El despojo

Puede resumirse esta larga lucha como la acción de la sociedad blanca -un verdadero genocidio- ejercida sobre las poblaciones indígenas. Por supuesto que allí podía jugar el prejuicio racista, pero en definitiva, se trataba de apropiarse de las tierras.

Así como fue despojado el gaucho -según lo testimonia el *Martín Fierro*-, así como fueron exterminadas las fuerzas federales de las provincias del noroeste entre 1862 y 1864 para imponer el sistema dependiente respecto al Imperio Británico, así como fue arrasado el Paraguay para poder consolidar el pacto de la oligarquía con los ingleses, así también el despojo fue el objetivo fundamental que persiguió "la conquista".

La campaña se financió con 4000 títulos que compraron los hombres de la clase dominante a 400 pesos cada uno (según ley 947, del 5/10/1878), por un valor total de 1.600.000 pesos fuertes. Cada título equivalía a una legua de tierra (2500 ha). Luego vino la distribución de las tierras, que permitió desplazar los ovinos -más resistentes- hacia el sur e incrementar el ganado vacuno en la pampa húmeda.

Entre las familias de terratenientes, cuyos apellidos se identifican con la Sociedad Rural, aparecen, en el listado de los beneficiarios: Luro, Unzué, Drysdale, Armstrong



Mujeres y niños capturados o presentados voluntariamente durante la campaña de 1879, a los cuales imparten instrucción religiosa los sacerdotes salesianos que acompañaron al Gral. Roca.

Con cuatro indios armados a lanza [...] matan a tres, hacen un prisionero y rescatan a una cautiva [...] Racedo no encontró indios que le hicieran frente [...] La expedición de Uriburu fue la más meritoria [...] su vanguardia combatió en el camino de Pigüé con el cacique ranquel Paycinan [...] Paycinan y catorce indios lanceros murieron [...] La quinta división no libró combates¹⁰⁴.

Sin embargo, la verdad histórica no se puede reducir a estos juicios. No había indios en la campaña del 79 -o había pocos, incluyendo "la ofensiva preliminar"- porque habían sido derrotados en diversas expediciones realizadas anteriormente, en duros enfrentamientos del pasado, a lo cual se agregaban enfermedades, deficiente alimentación y otros factores que los habían diezmando. Además, "la conquista" es la que pasó a la historia. "Sin embargo, ella fue solo la primera etapa. Lo que podríamos definir como segunda etapa, algo así como las acciones finales, se llevaron a cabo entre marzo de 1881 y enero de 1885¹⁰⁵.

Los indígenas muertos durante el primer avance del ejército de Roca al mando de 6000 hombres, en varias divisiones, alcanzaron a 1313 (incluyendo la campaña preliminar anterior a 1879). Los muertos de la segunda etapa que va desde 1881 a 1885, son un número semejante.

A. J. Pérez Amuchástegui se ocupa de señalarlo: "Roca [...] en 1880, emprende nuevas operaciones contra los indios. Al tal efecto, el ministro de Guerra, general Benjamín Victoria, encomienda al comandante Villegas una expedición sobre el territorio de Neuquén, donde [...] limpia la región [...] Pero las depredaciones de los indios no terminan. En junio de 1881, alrededor de 200 araucanos invaden audazmente la provincia de Buenos Aires por la zona de Puán [...] En la primavera de 1882, [Villegas] inicia un movimiento de avance [...] hasta la cordillera misma. Para el otoño de 1883, [...] han batido minuciosamente todo el territorio cordillerano hasta el límite con Chile. En esta campaña [...] los indios pierden 2.000 hombres, entre muertos y prisioneros [...] imposibilitados de acción en esa zona, razón por la cual el cacique Namuncurá se somete a Villegas, con toda su tribu el 24 de marzo de 1884. La etapa final de la guerra contra el indio se desarrolla en la Patagonia. Allí vagaban todavía los restos de las tribus rebeldes, reunidas bajo el mando del cacique Sayhueque. Para acabar con ellos, el gobernador de la Patagonia y jefe de su guarnición, general Lorenzo Winter, emprende una campaña que se desarrolla entre fines de 1883 y comienzos de 1884. En el transcurso de las operaciones se entrega prisionero el poderoso cacique Sayhueque con las indias de los caciques Inakayal y Foguel, que suman en total unas 3.700 lanzas. Esta campaña da término a la lucha de las fronteras¹⁰⁶.

Martínez Sarasola afirma: "El exterminio de las comunidades indígenas libres de la Pampa y Patagonia había concluido también su último ciclo: en el término de seis años (1878-1884) son muertos estimativamente alrededor de 2500 indígenas [...] En el término de 37 años (1862 y 1899) son muertos en el Chaco cerca de 1000 indígenas¹⁰⁷.

El número de prisioneros se estima entre 15.000 y 17.000¹⁰⁸ que fueron enviados a campos de concentración y luego distribuidos a los obrajes del norte, a la zafra de los ingenios, las mujeres entregadas para el servicio doméstico de las señoras de la ciudad y los niños regalados a las familias. Pero hubo también caciques y tribus que cruzaron la

¹⁰⁴ Idem, pp. 141-143.

¹⁰⁵ Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 278.

¹⁰⁶ Amuchástegui, A. J., *Crónica histórica argentina*, Buenos Aires, Codex, 1969, tomo IV, pp. 358-360.

¹⁰⁷ Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., p. 287 y 305.

¹⁰⁸ Delrio, Walter Mario: *Memorias de expropiación. Somesimiento e incorporación indígena en la Patagonia (1872-1943)*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2005, p. 75.

cordillera buscando refugio en Chile y también aquellos que sobrevivieron en diversos rincones de la Patagonia, así como, años más tarde, se va a producir el regreso de familias indias, desde Chile, que vuelven a ocupar las tierras de sus mayores y luego reclaman su devolución.

Desde allí surgió el reclamo una y otra vez de que le fueran devueltas sus tierras. El despojo fue el carácter general de la campaña, aunque hubo algunos casos excepcionales en que se devolvieron tierras o se formaron colonias pastoriles.

El despojo

Puede resumirse esta larga lucha como la acción de la sociedad blanca -un verdadero genocidio- ejercida sobre las poblaciones indígenas. Por supuesto que allí podía jugar el prejuicio racista, pero en definitiva, se trataba de apropiarse de las tierras.

Así como fue despojado el gaucho -según lo testimonia el *Marrón Fierro*-, así como fueron exterminadas las fuerzas federales de las provincias del noroeste entre 1862 y 1864 para imponer el sistema dependiente respecto al Imperio Británico, así como fue arrasado el Paraguay para poder consolidar el pacto de la oligarquía con los ingleses, así también el despojo fue el objetivo fundamental que persiguió "la conquista".

La campaña se financió con 4000 títulos que compraron los hombres de la clase dominante a 400 pesos cada uno (según ley 947 del 5/10/1878), por un valor total de 1.600.000 pesos fuertes. Cada título equivalía a una legua de tierra (2500 ha). Luego vino la distribución de las tierras, que permitió desplazar los *crinos* -más resistentes- hacia el sur e incrementar el ganado vacuno en la pampa húmeda.

Entre las familias de terratenientes, cuyos apellidos se identifican con la Sociedad Rural, aparecen, en el listado de los beneficiarios: Luro, Unzué, Drysdale, Armstrong



Mujeres y niños capturados o presentados voluntariamente durante la campaña de 1879, a los cuales imparten instrucciones religiosas los sacerdotes salesianos que acompañaron al Gral. Roca.

tribu, 12 leguas kilométricas en Chubut⁷⁰. Inicialmente se le entregan tierras malas, hasta que en 1903 -poco antes de terminar el mandato de Roca- se ubica a esa comunidad en las tierras del valle del río Genua. Poco después, el 8 de octubre, muere "Sayhueque en su fe mapuche [...] Cuantas veces lo quisieron bautizar, recordó cortésmente que tenía cinco mujeres y que no podía abandonarlas. Sus asistencias a las misas, su respeto por los machis católicos, no lo llevaron más lejos. Como vivió, murió⁷¹". Del mismo modo se conceden ocho leguas de campo sobre la margen derecha del río Negro a Namuncurá y su tribu⁷². En 1898, se entregan tierras, en aplicación de la ley de premios, a Petrona Nahuel Payne⁷³.

En 1899, Clemente Onelli -según relata en su obra *Trepando los Andes*- informa que "la comunidad formada en Cushamen como agricultora es mucho más progresista e integrada a la idea de comunidad nacional que los colonos galeses [...] y más productiva, que la compañía de Tierras del Sud Argentino de capitales ingleses, vecinas a dicha comunidad⁷⁴". Testimonia entonces que le escribe al presidente Roca explicándole la justicia en formar una colonia de 30 familias en el Alto Chubut y explica que "Roca recibió en su domicilio particular al cacique Nancuche, invitándolo a cenar y haciéndole entrega de banderas argentinas para que fuesen izadas en Cushamen⁷⁵". Agrega Delrio que el 5 de julio de 1889 se dispuso hacer la reserva de tierras fiscales por una extensión no superior a 125.000 ha. como colonia pastoril con el nombre Cushamen⁷⁶. La entrega de los lotes se verificó el 14 de febrero de 1902⁷⁷.



Expedición al Río Negro, abril de 1879. Fotografía de Antonio Pozzo. Archivo Fotográfico de la Nación.

mente destinadas a la población indígena, y mandó reservar una enorme superficie de tierra fiscal para próximas radicaciones de indígenas en un área que abarcaba parte de Río Negro como de Chubut [...] la primera concesión otorgada [...] fue precisamente la creación de la colonia Cushamen, con el objeto de radicar a las familias representadas por Miguel Nancuche Nahuelquir, hacia 1899⁷⁸.

⁷⁰ Delrio, Walter: ob. cit., p. 139.

⁷¹ Carruhuinca-Rouwe: *Sayhueque el último cacique, señor del Neuquén y la Patagonia*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986, p. 140.

⁷² Delrio, Walter: ob. cit., p. 139.

⁷³ Ídem, p. 140.

⁷⁴ Ídem.

⁷⁵ Ídem, p. 141.

⁷⁶ Ídem, p. 144.

⁷⁷ Ídem, p. 132.

⁷⁸ Cordero, Mariano: "Reconocen a los mapuches la posesión de tierras en Río Negro", *Clarín*, Buenos Aires, 19/8/2004.

Otro caso semejante es el del cacique Juan Andrés Antemil, quien le escribe a Roca en octubre de 1899 reclamando la devolución de tierras para su gente, otorgándosele, en 1904, 6000 ha en Neuquén.

Acercas de esta cuestión, Walter Delrio relata un episodio interesante: la colonia galesa establecida en Chubut había avanzado en tratativas con el gobernador O'Donnell para convertirse en protectorado británico, ante lo cual el presidente Roca viaja al sur y desplaza a O'Donnell nombrando gobernador a Alejandro Conesa y al mismo tiempo "decretó la creación de las colonias pastoriles expresamente destinadas a la población indígena, y mandó reservar una enorme superficie de tierra fiscal para próximas radicaciones de indígenas en un área que abarcaba parte de Río Negro como de Chubut [...] la primera concesión otorgada [...] fue precisamente la creación de la colonia Cushamen, con el objeto de radicar a las familias representadas por Miguel Nancuche Nahuelquir, hacia 1899⁷⁹".

Algunos dirán seguramente que esta política de cierto reconocimiento a las comunidades, practicada bajo el primero y segundo gobierno de Roca siendo este "el conquistador del desierto" se origina en el remordimiento por el genocidio y la explotación cometidos, aunque habrá seguramente quien piense que obedece a que el Partido Autonomista Nacional, aun en su declinación, mantenía alguna vocación popular.

Panorama general del genocidio

Martínez Sarasola, en su exhaustiva investigación, llega a dos conclusiones referidas al carácter del enfrentamiento y al número de indios muertos.

Con respecto a la primera cuestión, sostiene: "Mas allá de la violencia como componente originario, tradicional de las culturas tehuelches, araucanas y guaikurúes, en relación con los 'blancos' aparece como una respuesta a la violencia ejercida por los poderes políticos nacionales y/o provinciales que necesitan la tierra y en el mejor de los casos, a la masa indígena como peones o sirvientes. Frente a esta realidad, los

⁷⁹ Yayo de Mendieta en Aranda, Darío: "Un siglo de marginación", *Página/12*, Buenos Aires, 12/1/2010.

⁸⁰ Aranda, Darío: "Cómo barrer la historia con municiones", *Página/12*, Buenos Aires, 12/1/2010.

⁸¹ Delrio, Walter: ob. cit., pp. 149-151.

⁸² Martínez Sarasola, Carlos: ob. cit., pp. 254 y 255.

Asimismo, por decreto del 17 de noviembre de 1900 se otorgaron tierras al cacique Ramón Ancalao, en representación de 143 indígenas en el paraje Arroyo Las Minas, de Río Negro, donde un siglo después la familia Sede reclamó para sí esas tierras; un juez de Bariloche sostuvo en su fallo que esas tierras habían sido otorgadas por un decreto cuyo original aparece firmado por el Presidente Julio Argentino Roca, como premio al cacique Ancalao y desechó así el reclamo de los Sede, ratificando la titularidad de la comunidad mapuche Kom Kíné Mu⁸⁰.

En 1902, el gobierno de Roca (1898-1904) otorga a la comunidad Paichil Antriao, la región ubicada en el cerro Belvedere y sobre las costas del Lago Correntoso, hoy Villa la Angostura. "Ignacio Antriao fue cacique de las huestes de Sayhueque [...] Se le otorgaron 600 ha. dándole título de propiedad en recompensa por los servicios de baqueano ante la Comisión de Límites⁸¹". Años después, el yanqui William Henry Fisher desplazó a sus descendientes, pretendiendo apoderarse de esas tierras cercanas a la colonia Nahuel Huapi, encontrándose todavía en litigio⁸².

Luego en 1903 se entregan 4100 Has en propiedad a Rosario Gualquifil de Ferreira e hijos de Manuel Ferreira Pichihiuínca. Del mismo modo, el 7 de octubre de 1904 se le conceden 2900 ha en Neuquén a J. M. Painemil y su tribu.

Estas devoluciones de tierras parecen cesar a partir de 1904, cuando Roca deja el poder y lo sucede Quintana, dándose, según Walter Delrio, un período (1904-1916) que él denomina de "invisibilización" del problema indígena donde prevalece el criterio de la "homogeneidad racial" y se paraliza esta política practicada, según el mismo Delrio, con intensidad especialmente en 1899⁸³.

Algunos dirán seguramente que esta política de cierto reconocimiento a las comunidades, practicada bajo el primero y segundo gobierno de Roca siendo este "el conquistador del desierto" se origina en el remordimiento por el genocidio y la explotación cometidos, aunque habrá seguramente quien piense que obedece a que el Partido Autonomista Nacional, aun en su declinación, mantenía alguna vocación popular.

De cualquier modo, estas concesiones no redimen a la sociedad blanca de los pecados cometidos, pero deben mencionarse porque son medidas como estas -que no se tomaron en Estados Unidos, por supuesto- las que explican que actualmente se estime entre 800.000 y 1.000.000 el número de compatriotas que pertenecen a las comunidades mapuches, collas, wichis y otras, que seguramente jugarán importante rol en este proceso de reunificación latinoamericana al cual nos convoca la historia en estos días.

indígenas oponen sus ideales de libertad y la reafirmación de su identidad cultural, factores ambos que propenden a la continuidad de la totalidad de su existencia. La consecuencia de este antagonismo es la violencia que en forma creciente gana posición. Pero la violencia indígena, sin ánimo alguno de justificarla, debe ser entendida a partir de algunos elementos diferenciales, propios de una cultura distinta: Primero: en la violencia indígena no existe el intento del exterminio del bando contrario 'blanco'. Segundo: en este sentido, los ataques a poblados incluyen la práctica de la toma de cautivos, a partir de la cual las comunidades indígenas mantienen con vida a centenares de adversarios que en gran parte volvieron a sus hogares. Tercero: en muchos casos, la violencia es represalia de alguna acción anterior ejercida por 'los blancos', continuando así el ancestral ritual de la 'venganza de la sangre' [...]. Cuarto: en varias oportunidades la violencia es intercomunitaria [...]. Insisto, sin ánimo de justificar la violencia de ningún lado, muy por el contrario, sí me parece equitativo comprender el fenómeno por ambas partes y en este sentido, aparece como fundamental el dato inequívoco que mientras los sucesivos poderes políticos de Buenos Aires y las provincias -salvo excepciones- ejercen una violencia planificada, en aras de 'la civilización' y 'el progreso' del país, las comunidades indígenas llevan adelante la violencia como respuesta, en defensa de su forma de vida. Ni aún la supuesta 'economía depredadora' practicada por estas comunidades en perjuicio de poblaciones de frontera es pretexto para no intentar el entendimiento con ellas, cosa que buscaron los menos, desgraciadamente. A la mayoría no le interesaba, o no le convenía¹⁰¹.

Respecto a la mortandad producida, bajo el título de "Panorama general del genocidio (1821-1899)", informa que en 78 años de campaña, fueron muertos 12.335 indígenas,



Julio Roca con uniforme militar

¹⁰¹ Ídem, p. 570.

distribuyendo el exterminio en períodos históricos: el 61% (es decir, 7587) murió entre 1821 y 1848, el 13% (1552) entre 1849 y 1877, es decir, el 74% de los muertos corresponden al período 1821-1877. Luego, entre 1878 y 1884, el 18% es decir, 2196 indios y el 8% restante (1000 indios) corresponden al Chaco (tobas, mocovíes y abipones), para el período 1862-1899.

Esta información coloca en posición muy incómoda a quienes, durante los últimos años, vienen imputándole al Gral. Roca su condición de principal genocida y gastando energías en furibundas campañas para retirar su monumento del centro de Buenos Aires. No nos oponemos a ello, pero estimamos que también deberíamos eliminar las estatuas de todos los demás represores -en su mayoría, liberales, y aun de Juan Manuel de Rosas- bajo cuyos gobiernos (1821-1877) se produjo el 74% de los asesinatos.

La polémica historiográfica

De toda la información transcrita, surgen diversas interpretaciones, a través de una polémica que aún preocupa a los argentinos que buscan su identidad.

La interpretación tradicional, sostenida en la Historia Oficial, mitrista o liberal-conservadora, consideró que la sociedad blanca habría tenido derecho a terminar con los llamados "salvajes" por tratarse de una raza inferior, que no era posible elevar a la condición "civilizada". No debería, pues, inculparse a nadie sino que habría sido inevitable el exterminio de estos seres irredimibles, que ocupaban parte del territorio argentino. Por otra parte -arguyó- no se trataba de "pueblos originarios" con derecho sobre la tierra, sino de intrusos, provenientes de Chile (araucanos o mapuches que desplazaron a los tehuelches que habitaban con anterioridad la Patagonia) y además, realizaban pingües negocios del otro lado de la cordillera vendiendo el ganado robado. Esto -agregan- traía aparejado otro problema: la creciente influencia chilena sobre el sur patagónico que exigía la represión para revalidar nuestra soberanía en ese territorio austral.

Asimismo, argumenta que estas tribus se negaban a mezclarse, encerrándose sobre sí mismas y procediendo, más de una vez, como si fueran una nación distinta, con su idioma, sus costumbres e incluso sus autoridades y embajadores, por lo cual no hubo otra solución que reducirlos o exterminarlos. "La campaña" habría sido necesaria y debería considerársela como "una gesta", una obra civilizadora sobre esas tierras del sur, sino también permitido no solo asegurar el control argentino sobre esas tierras más áridas, bien tierras muy buenas como las de la pampa húmeda, que los indios no explotaban, como asimismo empujar al ganado ovino, más resistente, hacia las tierras más áridas ocupando con el ganado vacuno, que se estaba refinando, las zonas de la pampa hasta entonces vedadas a los estancieros "progresistas".

Se trata, como se comprende, de una tesis racista propia de una clase dominante blanca que siempre quiso asemejarse a europeos y norteamericanos, renegando de su condición latinoamericana. Apelando a argumentos "civilizatorios" y raciales intentan legitimar el despojo de esas enormes extensiones que fueron a manos de la minoría blanca y ampliaron así el poder de la oligarquía, hasta poco antes solo dueña de las tierras cercanas al puerto. Por su parte, el revisionismo histórico tradicional idealizó esa "conquista" considerándola una "misión evangelizadora" y exaltó los acuerdos de Rosas con los indios pero omitió sus represiones.

En las últimas décadas, en la medida en que la Argentina comenzó a desviar su mirada del Imperio Británico en decadencia y a defenderse de la prepotencia yanqui, al ir redescubriendo el viejo proyecto bolivariano-sanmartiniano de la unidad en la Patria Grande, comenzó a producirse una reivindicación de aquellos pueblos originarios, primero invadidos y luego perseguidos y dominados o exterminados. Muchos argentinos se enteraron que no había tal 'descubrimiento' de América (tesis que desnudaba la óptica europea con que se abordaba el tema) sino que fueron los pueblos americanos quienes descubrieron a esos invasores europeos que venían a saquearlos. Se multiplicaron las críticas al "día de la raza" y se impugnaron las figuras de los conquistadores, desde Colón, Garay y otros tantos, principales responsables de la dominación.

Al mismo tiempo se desarrollaron diversas corrientes indigenistas, algunas de las cuales abrevaron en los planteos de ensayistas mexicanos y alopervenos sin reparar -en otra prueba de colonialismo mental- que, si bien sufrieron un mismo proceso de avasallamiento, distinta fue la suerte de las comunidades en esos países que en el nuestro. El

peso de los pueblos originarios, respecto al resto de la sociedad, hacía posible, por ejemplo, que un aymará como Evo Morales gobernase Bolivia; resulta impensable, en cambio, que los reducidos grupos de mapuches o wichis lleguen al poder en la Argentina. Así se desplegó un amplio espectro de posiciones, desde quienes reproducían los manifestos mexicanos o altoperuanos, hasta otros que entendían que si bien inicialmente había existido una cuestión nacional de los pueblos originarios, ahora ella había sido tragada por la historia y era preciso dar una respuesta en función de la realidad actual, donde solo quedaban reductos minoritarios de aquellos que algún día habían sido dueños y señores.

En ese espectro muy amplio de corrientes indigenistas hubo posiciones extremas que planteaban el reconocimiento de las naciones indias como Estados independientes de la Argentina. Este planteo no debe asombrar, porque una lectura superficial de una tesis sobre nacionalidades en la URSS había llevado a un alto dirigente del Partido Comunista de la Argentina, a mediados de la década del treinta, a propiciar el derecho a la autodeterminación de las colonias judías de Entre Ríos e italianas de Santa Fe, en la línea, probablemente sin saberlo, de las propuestas de Florencio Varela para independizar el litoral como modo de debilitar a Rosas.

Este indigenismo a ultranza sostuvo que esos pueblos eran los verdaderos dueños de todas esas tierras y que constituían, por tener idioma, costumbres y creencias propias, una nación. Hoy incluso hay quienes exigen el reconocimiento de la nación mapuche, así como en Nicaragua los indios mizquitos, con cerrado criterio racial, enfrentaron a la revolución sandinista.

Una expresión extrema de esta posición la da el ensayista Liborio Justo en su libro *Pampas y lanzas*, en el cual denigra al gaucho y reivindica a los "ciclópeos y heroicos gladiadores de las pampas", convertidos en héroes y portadores de valores morales superiores. A tal punto lleva a cabo la denigración de unos y la exaltación de otros que parece querer demostrar que se trata de una lucha entre naciones. Resulta útil analizar la posición de Liborio Justo especialmente porque se trata de uno de los tantos izquierdistas que utilizando fraseología marxista no comprende la real experiencia de las masas populares en la historia.

Previo a su exaltado alegato indigenista, Justo cree necesario aniquilar "el mito del gaucho" y la emprende duramente contra él, pues "carecía de familia", [...] vagabundo, [...] llevaba vida de errante desclasado, [...] es sinónimo de ladrón, faenero clandestino, fascineroso, [...] matadores, robadores de mujeres, [...] grandes dañinos, cuchilleros, pe-leadores, cuatreros, [...] víctimas de [...] la holganza y el juego [...] mantenía una actitud rebelde, pero que estaba lejos de ser revolucionaria [...] Su rebeldía, como la del 'lumpen' proletario se manifestaba en su resistencia a toda autoridad. En el fondo, el gaucho era profundamente reaccionario⁸⁴. En cambio, idealiza al indio, especialmente al araucano, pues fue "el único aborigen que hizo fracasar las reducciones y encomiendas. (El colonizador) no consiguió civilizarlo, ni reducirlo, ni vencerlo, ni aniquilarlo, en momento alguno⁸⁵.

En dicha obra, sostiene que "la desaparición del dictador porteño [en 1852] [...] parecía abrir, para los araucanos de la Pampa, la posibilidad de definir a su favor la secular lucha contra los cristianos [...] Calfucurá, quien se consideraba enviado de dios para salvar a su raza y conducirla a la victoria [...] entró en la escena para cumplir los deberes que consideraba tener con su pueblo, llenándola en los veinte años siguientes en tal forma que llegó a transformarse en una de las figuras más grandes de su raza y de las de más

⁸⁴ Justo, Liborio: ob. cit., pp. 27, 28 y 36.
⁸⁵ Idem, p. 23.

peso en nuestra historia durante la segunda mitad de la *centuria pasada* [...] Apenas dos meses después de Caseros, el 6 de abril de 1852, Calfucurá cayó en malón sobre Bahía Blanca, sitiando a la población y llevándose numerosos cautivos y alrededor de 40.000 cabezas de ganado⁸⁶.

Después, Calfucurá incursionó sobre la zona de Lobería y Tres Arroyos, arreándose más de 130.000 vacas: "una de las epopeyas más heroicas, espectaculares y portentosas que recuerde la Historia⁸⁷". Luego, agrega, "1856 se inició con otro terrible malón nuevamente dirigido por Calfucurá, sobre la zona del Azul, [llevándose] grandes arreos y cautivos⁸⁸". En 1857, "los indios, con el cacique Coliqueo al frente, cayeron en malón sobre Pergamino", y casi con alborozo Justo exclama: "[Por todas las fronteras de Buenos Aires, sus pobladores y los gauchos huían aterrados ante el furor de los araucanos!...] (Pero Desde su óptica, "por otras ciudades importantes, los cuadros eran terribles [...] Pero aquel gobierno [el de Córdoba] como el de San Luis, el de Santa Fe, o el de Buenos Aires, nada podían hacer, por increíble que parezca, ante las feroces arremetidas de los araucanos, esos verdaderos superhombres dueños de la Pampa, cuyo número de combatientes, sobre una frontera de 2000 kilómetros, no llegaba en total, a 5 u 8 mil lanzas!⁸⁹".

El entusiasmo con que Justo relata las incursiones de los indios lo lleva a reproducir unos recuerdos de Ignacio Fotheringham (del libro *Vida de un soldado*) que parecen corroborar que se trata de una guerra entre naciones: "Los indios [...] eran una potencia aparte que tenía su corte, sus embajadores, su ejército, sus privilegios. De vez en cuando, el gobierno nacional celebraba tratados de paz con ellos... He visto llegar a Río IV una embajada de caciques grandes y chicos [...] venían a renovar tratados o celebrar conve-nios [...] con un representante de un gobierno que despreciaban. Ya les he dicho que sus tratos eran de potencia a potencia. De potencia superior a potencia inferior. ¡Nosotros, la inferior!⁹⁰".

Inclinándose cada vez más a la concepción de que se trata de una guerra entre naciones, Justo reproduce un artículo de "The Standard", de Buenos Aires, del 27 de diciembre de 1871 que afirma: "Sería difícil [...] recordar un período en el cual los indios hayan sido un problema tan grande como hoy [...] La última semana si el gobierno nacional se hubiera traslado a Villa María, como se le había propuesto, tendríamos que deplorar la cautividad del presidente Sarmiento, los ministros de su gabinete y todo el personal de la administración argentina. No podemos, ni por un momento, imaginar una contingencia tan terrible. Mientras tanto, los indios están arrasando a fuego y espada por todas partes, asesinando a pacíficos pobladores, llevándose sus familias y haciendo la guerra a la República Argentina, a su manera acostumbrada⁹¹".

Luego, cuando se produce "la invasión grande", dirigida por Namuncurá, Justo se enfervoriza: "Dejando atrás, como feroz estela, el resplandor de los campos incendiados, 300, 400, 500.000 cabezas de ganado arreadas a la vez y desplazándose a lo largo de kilómetros y kilómetros de la frontera en medio de la inmensidad sin límites de la Pampa! [...] ¡Hazaña titánica del indio araucano! ¡Seguramente nunca se produjo un arreo tan

⁸⁶ Idem, p. 233.
⁸⁷ Idem, p. 234.

⁸⁸ Idem, p. 238.
⁸⁹ Idem, p. 240.

⁹⁰ Idem, p. 243.
⁹¹ Idem, pp. 244 y 245.

⁹² Idem, pp. 245 y 246.

extraordinario! ¡Hay que preguntarse si la humanidad presenció alguna vez un espectáculo semejante! ¡Y si lo volverá a presenciar nuevamente!¹⁹⁴

En 1876 -continúa Liborio- "en medio del intenso drama que vivía el país, jaseado por 4 o 5000 lanzas de indios araucanos de la Pampa que en número total de no más de 20.000 almas diseminados en 20.000 leguas tenían en jaque a la República Argentina!¹⁹⁵ Luego, agrega: "Y el año 1877 llegaron sus invasiones hasta Colonia Iriondo, a 20 leguas de Rosario!¹⁹⁶ Después de referirse a la campaña de Roca, en 1879, Justo exalta al cacique Baigorrita, a quien coloca como el símbolo de la nacionalidad: "...la lucha secular por las tierras y las vacas forma el eje alrededor del cual giró la formación de nuestra nacionalidad [...] El resultado de esa lucha determinó un orden económico social cuya vigencia se prolonga hasta hoy todavía y, junto con la presencia de fuerzas extrañas que pretenden subyugarlos, nos plantea a los argentinos problemas que debemos resolver como fundamentales para la prosecución de nuestro desarrollo como pueblo y para la realización de nuestra personalidad como hombres integrantes del mismo. La necesidad de la resolución de esos problemas nos coloca frente a una disyuntiva que puede concretarse en estos términos: MARTÍN FIERRO O BAIGORRITA. La oligarquía, aliada a aquellas fuerzas extrañas, ya ha hecho su elección [Martín Fierro]. ¿Nos corresponde a nosotros seguir detrás de ella, como se nos lo aconseja?¹⁹⁷

Una posición semejante, aunque más atemperada, fue sostenida, años atrás, por Osvaldo Bayer quien propuso la unificación de los territorios donde habían prevaecido los araucanos en la Argentina y en Chile, para constituir un país independiente. Más allá de la intención de la propuesta -fundada en la adhesión de Bayer a los derechos originarios y a la defensa de estos pueblos sometidos- políticamente se tornaba harto peligroso pues -en momentos en que América Latina tiende a reconstruirse como Nación- concurría a agravar la balcanización, en la estrategia tradicional de los imperialismos que "dividen para reinar", pues resulta más fácil para ellos expoliar a pequeños países que a la nación latinoamericana en su conjunto.

Con respecto a esta cuestión, el historiador Roberto Ferrero sostiene: "No se concluya pues, como hacen los neo-indigenistas, en una reivindicación anacrónica de culturas que ya no están y a exigir para poblaciones indígenas, profundamente penetradas ya por la cultura europea, el derecho a formaciones estatales propias. 'Los mapuches actuales -explica el indigenista chileno Hugo Carrasco Muñoz- aspiran a un estado que sin ser separado del Estado chileno, tenga independencia económica política y cultural'. En realidad, se queda corto: el grupo político mapuche 'Nehuen Mapu' reclama que dicho estado se extienda también sobre tierras de nuestro país, al que llaman 'Puel Mapu' (Tierra del Este). Y así siguiendo tendríamos un estado para los aymarás, otro para los coyas, otro para los guaraníes, los tobas, los wichi-matacos, etc. Es la línea de la 'cuestión nacional' que planteaba, llevada al absurdo, el teórico del stalinismo boliviano, Jorge Obando, quien en 1961 había aplicado su microscopio social sobre Bolivia para descubrir que 'la nación boliviana' 'subyugaba' a ¡34 nacionalidades y etnias!¹⁹⁸ Ferrero se pregunta de qué modo se ejecutaría este proyecto: "¿Expulsando de América a doscientos millones de descendientes de europeos puros? ¿O estableciendo en un *apartheid* invertido, el gobier-

¹⁹⁴ Idem, p. 254.

¹⁹⁵ Idem, p. 255.

¹⁹⁶ Idem, p. 258.

¹⁹⁷ Idem, p. 310.

¹⁹⁸ Ferrero, Roberto: "La conquista del desierto, los indígenas y el indigenismo", revista *Disenso* V, Córdoba, otoño 1999, p. 39.

no de los pueblos indios (10% del caudal demográfico de América Latina) sobre el 90% de los no-indios.¹⁹⁹

Algunos ensayistas sostienen que para una interpretación histórica correcta habría que determinar si era posible en aquella época incorporar a estas comunidades, especialmente mapuches y ranqueles, a la sociedad. En relación a esta cuestión Terraza afirma que "la cultura indígena, [se hallaba] en franco tren de regresión por la vuelta al nomadismo casi permanente, situación esta a que la habían condenado aquellos elementos de un horizonte superior que, al principio, se le aparecieron como salvadores y decisivos: la conquista del equino y la posesión del vacuno. El caballo centuplicó la capacidad guerrera de las tribus, y la abundancia de riqueza ganadera las convirtió al cuatrero, concebido como *modus* económico organizado y sistemático". Según esta tesis, araucanos y ranqueles iban alcanzando un cierto sedentarismo y la posibilidad de sobrevivir con su trabajo en la agricultura, cuando entraron en contacto con el caballo y el vacuno, lo cual las condujo de nuevo al nomadismo. Así llegaron a un punto en que ya no eran capaces de producir lo necesario para sobrevivir y debían sostenerse en los tributos que le entregaba la sociedad blanca y si esta se negaba, se veían obligados al malón para obtener comida.

Agrega Terraza que Alsina, en su informe al Congreso, hacía referencia a que "casi todas las tribus que existen en las pampas del sud, han aceptado la paz siempre que les ha sido ofrecida, y cuando han vuelto a la guerra es siempre para procurarse recursos de subsistencia, que no han aprendido a adquirir con el trabajo, y a conservar en una vida ordenada, porque jamás se les ha enseñado". Y comenta que "la tesis de Álvaro Barros, más explícitamente 'humanitaria' aun que la de Alsina, era simpática, sin duda alguna, pero imbuida como estaba por la implícita teoría del 'buen salvaje', confiaba la solución del problema a las virtudes de la educación y de los buenos ejemplos de la convivencia, olvidando que ello implicaba la coexistencia cultural y económica, a un mismo nivel temporal, de dos sociedades en opuestos estadios del desarrollo: 'Esas sociedades indias, por su parte, Roberto Ferrero coincide con esta apreciación: "Esas sociedades indias estaban en pleno retroceso social y cultural, habiendo pasado, gracias al empleo del caballo, de su primitivo estado de proto-agricultores de a pie en Chile y Neuquén, al de cuatreros nómades montados en las pampas argentinas".

Si partimos del supuesto de que esas comunidades indias no podían resolver por sí mismas el problema de la sobrevivencia, su alternativa habría consistido en negociar con la sociedad criolla para asegurarse una importante provisión de bienes -eso que Rosas llamó "el negocio pacífico"-, o recurrir al malón para obtener ganado, ya fuese para consumir o para canjearlo en Chile por otros bienes de subsistencia.

En ese caso, la sociedad criolla debía entonces mantenerlos con permanentes tributos, soportar sus malones o someterlos por la fuerza. Las tres soluciones resultaban cargadas de injusticia e incluso de crueldad. Ferrero agrega: "Lamentablemente, 'la historia avanza por su lado malo', como decía Hegel". En otra parte de su trabajo ha expresado: "Éramos un país violento y de aquella violencia participaban todos, indios y blancos, civiles y militares. Quizá no haya existido otra alternativa que la que se dio en las relaciones

¹⁹⁹ Idem, p. 39.

²⁰⁰ Terraza, Alfredo: *Historia de Roca*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1976, tomo II, p. 101.

²⁰¹ Idem, tomo II, p. 19.

²⁰² Idem, tomo II, pp. 19 y 20.

²⁰³ Ferrero, Roberto: ob. cit., p. 38.

²⁰⁴ Idem, p. 34.

del Estado argentino y las parcialidades indígenas del desierto¹⁰⁴. De aquí, concluye: la conquista era necesaria. No, por supuesto, los abusos contra los vencidos que siguieron a ella. Muchos hombres de la generación del Ochenta, en la prensa y en el Parlamento - Aristóbulo del Valle, Juan Carballido, Mariano Demaría, Lucio V. Mansilla... - hicieron oír sus voces contra tales abusos¹⁰⁵. No era necesario que los indígenas derrotados fueran incorporados por la fuerza a las filas del ejército o de la marina, o enviados como peones serviles a los ingenios de Tucumán y a los quebrachales de Santiago, ni que las 'chinas' capturadas se distribuyeran como sirvientes en las familias acomodadas de Buenos Aires o Río Cuarto, o que los valerosos jefes indios fueran encerrados por años en Martín García, rodeados de agua en vez de pampa. No era necesario despojarlos de las tierras que precisaban para desarrollar una vida digna ni que se los considerase como argentinos de segunda clase¹⁰⁶.

Por supuesto, si se analiza lo ocurrido con los ocupantes de los territorios libres, desde la perspectiva actual de los Derechos Humanos, la condena por genocidio debe ser contundente. Pero también es cierto que el historiador, para alcanzar un relativo grado de justicia y seriedad, debe colocarse en la época que está analizando y proceder, al evaluar, como si fuera él mismo quien hubiese debido optar entre las alternativas que se le ofrecían en ese momento. ¿Era posible incorporar al indio de los territorios libres, en las condiciones en que se encontraba en 1820 o en 1879? ¿Era posible mantener a esas comunidades con permanentes aportes de suministros y tratarlos casi como a otra nación extranjera que reclama tributos con la amenaza, en caso contrario, del malón? ¿Era posible admitir que siguieran produciéndose malones donde en los últimos años se calcula que habían sido muertos alrededor de 3000 pobladores y muchos más, cautivos? ¿Se hallaba tan degradada la sociedad blanca que no se opuso al genocidio, así como años antes se había resistido a ir a la guerra contra el Paraguay? ¿O cometemos un error al enjuiciarla con los valores de hoy y no con los de su época?

Por esta razón decíamos al principio que los estudios realizados hasta ahora son insuficientes y simplificadores y que nuevas investigaciones, *in situ*, por tradición oral, de los historiadores locales, podrán seguramente enriquecer la interpretación de sucesos tan trágicos y complejos.

La posición de la corriente historiográfica latinoamericana o federal-provinciana

Esta corriente celebra la reivindicación de nuestras raíces indias, pues ellas nos conducen a reconocer nuestra condición latinoamericana y a concluir con la fábula de que somos "europeos desterrados" y que descendemos de "los barcos", como se ha dicho con pretendida ironía.

Por otro lado, sostiene que aquello fue indudablemente un genocidio cometido por la raza blanca, iniciado con la llegada de invasores europeos siglos atrás, continuado luego a través de la conquista y colonización, proseguido más tarde a partir del momento en que la Revolución de Mayo pierde su rumbo inicial con sucesivos gobiernos desde 1820 en adelante hasta los fines del siglo XIX.

Sin embargo, la corriente federal-provinciana estima que la polémica se encuentra

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 32.

¹⁰⁵ Lenton, Diana Isabel: *Relaciones interétnicas, derechos humanos y autocrítica de la generación del 80*. Buenos Aires, CEAL, 1992, pp. 27-65.

¹⁰⁶ Ferrero, Roberto: *ob. cit.*, p. 34.

aún abierta y que los aportes provenientes de las historias locales -especialmente de la tradición oral de nuestra Patagonia- permitirán enriquecer la información y ajustar debidamente la caracterización de un asunto tan complejo.

Por supuesto, disiente con la caracterización racista de los blancos, tan común en las oligarquías y clases medias de los puertos de nuestra América Latina, que se llenan la boca con democracia y derechos humanos en abstracto, pero hacen un mohín desdenoso cuando se cruzan en alguna esquina con una señora boliviana que vende limones o con algún paraguayo que está trepado a un andamio. Sobre esas mentalidades predomina la influencia imperialista y así como justifican la masacre de indios, se horrorizan ante los mestizos -esos hombres escapados de las telas de Carpani- que con vinchas o bombos han ocupado, una y otra vez, los caminos de la patria viviendo a sus caudillos.

Pero esta corriente también se declara crítica del racismo indio respecto al blanco y al mestizo que practican muchos por snobismo o por izquierdismo abstracto, al estilo del ya mencionado Liborio Justo, según se ha reseñado.

En cambio, existe una cuestión sobre la cual la corriente historiográfica latinoamericana, socialista o federal provinciana sostiene una posición clara: no acuerda con reducir la responsabilidad del genocidio a la acción de Roca. Por el contrario, considera que ello constituye una tergiversación histórica de oportunismo hacia el mitrismo oligárquico.

Ya años atrás, Mariano de Vedia afirmaba algo que no tienen en cuenta los destructores de monumentos: "Que Mitre ha sido el miembro informante en la Cámara de Diputados [del proyecto de la campaña al desierto], es Sarmiento quien asume en el Senado la misma representación. Tenemos entonces -agrega- que los tres primeros presidentes constitucionales de la nación unificada apoyan el plan de Roca, que corrige al de Alsina, en su fondo y en su táctica..."¹⁰⁷.

Si toda la sociedad blanca venía reprimiendo al indio, si el 74% de los indios muertos lo fueron antes de que Roca asumiese el ministerio de Guerra, ¿cuál es la razón para que los furibundos impugnadores de Roca silencien todo lo relativo a ese período y enfilen su artillería contra el general tucumano? La causa es evidente y quedará clara al continuar reseñando nuestra historia: Mitre era antiindio, Roca era anti-indígena, pero Roca fue el gran antagonista del mitrismo y sus fuerzas militares combatieron contra los mitristas en cinco batallas, en el 80, que produjeron 3000 muertos porque sostenían -al margen de su coincidencia sobre los indios- proyectos antagónicos para la sociedad criolla y mestiza en esta historia nuestra donde las comunidades indias casi no operan u operan contradictoriamente, a veces integrando fuerzas mitristas y a veces apoyando a fuerzas antimitristas.

Esta reivindicación de las comunidades indias -desechada por el liberalismo conservador y por la derecha hispanófila- está logrando consenso, en el campo popular sobre varios ejes. Respecto a las tierras, en los casos en que hubo posesión por años y despojo por los blancos terratenientes, la devolución. En cuanto al idioma, si bien viven en la Argentina, pero dado que dentro de su familia o comunidad prevalece el idioma antiguo, lo correcto es admitir el bilingüismo. Ferrero sostiene: "Lo que quieren nuestros indígenas no es permanecer en el ghetto de sus respectivas culturas para deleite de los antropólogos y sus estudios de campo, sino avanzar en la conquista del bienestar material y el desarrollo espiritual, para lo cual bregan no solo por la obtención de tierras laborables, sino por dominar el idioma y la cultura de la sociedad global en la que se encuentran

¹⁰⁷ Vedia, Mariano de: *El general Roca y su época*, Buenos Aires, Ediciones de la Patria Grande, 1962, p. 42.

inmersos¹⁰⁸. Alfredo Metraux sostiene que "los indios no tienen el orgullo de su lengua. La consideran un poco como una prisión en la cual se habían encerrado y de la que desean evadirse a fin de estar más aptos para defender sus intereses o integrarse al resto de la nación"¹⁰⁹. Pero es comprensible, a su vez, que sus tradiciones y su historia oral proveniente de sus antepasados les haga necesario a los niños conocer también su propia lengua, con lo cual el bilingüismo resuelve el problema. Lo mismo sucede en el ámbito de las cuestiones sociales y políticas: quienes aspiran a una sociedad mejor, deben apoyar las reivindicaciones de estas comunidades expoliadas, pero asimismo es preciso que ellas se incorporen a la lucha de los sectores populares en su conjunto, integrándose a las organizaciones sociales, sindicales y/o políticas que defiendan los derechos de todos los oprimidos, sean blancos, indios o negros, así como los resultantes de sus cruzamientos.

Guido Chávez, un compañero boliviano del Grupo Octubre (Izquierda Nacional), reseñaba su experiencia con campesinos aymaras, señalando: "en su viejo idioma no existe la palabra 'lámpara eléctrica' y ese vacío lo resuelven con la denominación 'sol prisionero' lo cual resulta poético, pero insuficiente pues al acceder al progreso tecnológico se encuentran con que un tractor viene acompañado de un manual de instrucciones redactado en castellano o inglés, no en aymara, lo cual los lleva inevitablemente al bilingüismo para no quedarse en el pasado"¹¹⁰.

Con respecto a esta compleja cuestión, en 1987, integrantes de la corriente historiográfica socialista, latinoamericana o federal provinciana emitieron un documento con este prefacio de Raúl Scalabrini Ortiz: "Ensaltar los tipos del pasado americano y contraponerlos en rivalidad con lo actual es incurrir en complicidad, de simonía o tontera, con el esquilmador extranjero de ayer y hoy... Lo americano es lo constantemente presente, no lo fenecido. Es lo que está llegando, no lo que pasó. Es lo que hacemos, no lo que hicimos... Para las doctrinas racistas, la heterogeneidad de origen es una tara inamortizable, que se expresa en palabras de resonancias opresivas: pueblos mestizos. Pero en esa pluralidad de origen reside, justamente, una de las firmes esperanzas de la grandeza Argentina" (Raúl Scalabrini Ortiz). El documento decía: 1. En nuestro país subsisten grupos autóctonos minoritarios -menos del dos por ciento de la población- sometidos a inhumanas condiciones de aislamiento, explotación social y avasallamiento cultural. Esta situación tuvo su origen en la conquista y colonización hispánicas y continúa hasta hoy. 2. En los últimos años estos grupos han empezado a movilizarse, reivindicando sus derechos a la autorrepresentación y a la integración igualitaria en la comunidad argentina. Sus actividades, aún incipientes, han encontrado receptividad en ciertos sectores de la población urbana, inclinados en el presente al estudio de la historia, el arte, las formas de organización social de las civilizaciones americanas y a la valoración de los idiomas y de otras expresiones subsistentes de ese pasado como elementos constitutivos de nuestra identidad nacional. 3. El imperialismo, consciente de que este camino puede favorecer el curso de la unificación latinoamericana, ha tomado la justa causa de nuestras minorías étnicas para deformarla y conducirla a un callejón sin salida. Más aún, le otorga contenidos negativos y la convierte en maniobra divisionista del frente nacional. Para ello se ha valido de científicos sociales, antropólogos y sociólogos fundamentalmente, que plantean la historia pasada y la política presente en términos de oposición absoluta entre el indio y el blanco, entre la 'indianidad' y la cultura occidental, identificada de manera exclusiva con España y sus descen-

¹⁰⁸ Ídem, p. 41.

¹⁰⁹ Metraux, Alfredo: *Los incas*, Buenos Aires, CEAL, 1975, p. 131.

¹¹⁰ Testimonio de Guido Chávez al autor.

dientes en América, para sustentar el derecho de los grupos étnicos a la formación de estados nacionales, separados cultural y territorialmente del resto de la sociedad latinoamericana. 4. Así, cuando después de décadas de ignorarse como latinoamericanos, los argentinos vuelven sus ojos a los hermanos de la Patria Grande, aparece una tendencia que en lugar de sindicarse claramente al enemigo principal -el imperialismo yanqui y su regente, el FMI, que nos esclaviza y explota- enfila toda su 'pasión nacional' contra España, para cobrar una deuda de siglos atrás. 5. De este modo, esta tendencia, creyendo acceder a la reivindicación y unificación latinoamericana, crea las condiciones para su frustración: en vez de sustentarse en las luchas heroicas de nuestros pueblos (San Martín, Artigas, Bolívar, Morazán, Sandino, el peronismo, la revolución cubana) intenta hacerlo en el derecho de los primitivos pobladores a ser dueños de todo el avance científico y cultural del hombre que no tenga sello americano. 6. De esta manera movilizan sentimientos legítimos de solidaridad con nuestras masas indígenas, pero los conducen a una vía muerta porque es imposible, obviamente, propiciar el restablecimiento del glo XV en estas tierras. 7. Este indigenismo, nacido en las fundaciones norteamericanas y europeas, y en las cátedras universitarias, no convoca al indio a unirse a sus hermanos que sufren la misma explotación social -blancos, negros, nietos de inmigrantes, mestizos o lo que fuere- sino que lo concita a aislarse y replegarse en su idioma y su cultura, debilitándolo en una lucha racial sin destino en vez de propiciar la incorporación social por una sociedad distinta. 8. Esta tendencia en vez de propiciar la incorporación de las comunidades indígenas al frente ant imperialista (no por indios sino por víctimas coloniales) divide el frente, introduciendo antagonismos de siglos atrás, sin comprender que la oligarquía, cuando desdén a los 'cabecitas negras' (mestizos, por otra parte), no lo hace tanto por racismo sino por odio de clase, lo que está probado por el repudio de esa misma oligarquía a los inmigrantes españoles e italianos no obstante la identidad étnica. 9. Así se cae en el grave error de borrar de los siglos XVII y XVIII, la historia argentina posterior a 1810, para privilegiar el estudio de los siglos XVII y XVIII, desconectando las luchas de hoy de las del pasado, donde las masas populares (indios, mestizos y blancos) protagonizaron la pelea contra el imperialismo, inglés primero y luego yanqui. 10. Esta tendencia reemplaza la historia por la antropología e idealiza el pasado, tornándose impotente para darnos un futuro. En esa historia -de la cual no pueden dar una visión totalizadora- el hispanismo reaccionario juega, sin duda alguna, un papel nefasto (es del pretendido sentido 'misionero' de la conquista, de la cruz y la espada, luego expresado en Uriburu, y Lonardi y la revista *Cabildo*). Pero es grave error suponer que la historia de España es de un solo color: al lado del 'gallo negro' (falangista) de la copla, está el 'gallo rojo' (es de la España revolucionaria, las juntas populares, los liberales españoles que convocaban a los americanos a la Junta de Cádiz, los enemigos del absolutismo, esa España que reivindicaba Ugarte al mismo tiempo que defendía al indio porque sabía que este era ahora explotado por la 'leyenda rosa' de la conquista). 11. Por supuesto que la historia de España debe ser execrada (los beatíficos conquistadores evangelizadores poseídos por el demonio). Pero no podemos caer de nuevo en la 'leyenda negra' que tradicionalmente preconizó el imperialismo inglés para sustentar la idea de que la Revolución de Mayo era, por suerte, un movimiento separatista antiespañol y proinglés, que rompía con España, expresión de la Edad Media, para abrirnos a la Inglaterra 'civilizadora y progresista'. Ese antihispanismo, de Groussé, Mitre y tantos otros, que inventó 'la máscara de Fernando VII' olvida nada menos que las luchas contra las invasiones inglesas de 1806 y 1807 que, además, tuvie-

ron apoyo indígena, como también olvida -¡hecho asombroso!- que había dos españoles en la Primera Junta. 12: Se reitera así el error de imputar a España todo lo que corresponde al absolutismo español, que en 1810 era condenado y atacado por la otra España, la de los liberales y las Juntas. Y tal como supone una España en bloque, sin clases sociales ni contradicciones, toda ella reaccionaria (tesis con marca inglesa), supone también a los indios de América Latina constituyendo una sola nación, cuando fueron, precisamente, los enfrentamientos entre distintos pueblos y grupos indígenas los que permitieron el triunfo del reducido contingente conquistador. Asimismo, se ignora que los indios apoyaron movimientos antiabsolutistas iniciados por criollos pero que, otras veces, apoyaron a los españoles, como son los casos de Mateo Pumacahua, de Manuel Choquehuanka y de otros, que no solo contribuyeron al aplastamiento militar de los alzamientos de Tupac Amaru y Tupac Katari sino que también sofocaron la insurrección india desencadenada por la revolución de 1809 en La Paz. Por otra parte, ¿es cierto o no que, por su formación cultural, sus hábitos, etc., ese soldado que luchó en el ejército español durante veinte años y que se llamó José de San Martín, era más español que indio o criollo? ¿Y vamos a invalidar por eso su gesta, o la de Bolívar? ¿O vamos a cuestionar a la revolución sandinista, que intenta desesperadamente la unidad nacional contra la prepotencia yanqui, porque los indios mismitos reclaman su autonomía cultural? 13. En resumen: es legítimo y reconfortante que la pequeña burguesía de ciudades como Buenos Aires vuelva sus ojos hacia las comunidades indias de América Latina, pero para ello es preciso que se acerque y las comprenda en su necesidad de tierras, tractores, electrificación rural, abonos, etc., para vivir mejor, para liberarse, siendo, como le sucede a cualquier ser humano, ellos mismos y al mismo tiempo otros distintos en su incesante cambio. Pero no para sumergirlas en el arado de madera y el aislamiento idiomático, en aras de una identidad que resulta muy idílica desde lejos y muy reivindicable por intelectuales que usan termotanque, aire acondicionado, computadora y viajan en avión. Frente a quienes los explotan, démosles a esas comunidades indias los elementos para defenderse, desde la literatura política, histórica, sociológica y económica más avanzada -que evidentemente no está escrita en guaraní ni quechua- e incorporémoslos a la lucha de los pueblos latinoamericanos por su liberación nacional y social. No seamos racistas al revés, porque entonces vamos a ser contrarrevolucionarios al derecho¹³¹.

Últimamente, Javier Azzali desde la Corriente Política Enrique Santos Discépolo, ha dado su aporte a esta cuestión en los siguientes términos: "la larga lucha de los pueblos originarios es nuestra lucha. Su reclamo es el derecho colectivo a la autonomía (política, de administración de justicia, reconocimiento de la propiedad comunitaria y a su propia cultura) que no significa en ningún caso separación de las naciones que integran, sino al revés, reconocimiento y una más y mejor integración: es la forma específica que adquiere la reivindicación de sus derechos y su histórica lucha por la justicia social [...] La Argentina indígena es entonces el país mestizo, criollo, el país de los guarangos, de esa mezcla de lo nativo con lo español y lo inmigrante europeo. Esa es nuestra identidad nacional americana y originaria. Nosotros, los argentinos somos los originarios de estas tierras americanas, y no, como alguna vez expresó Borges, europeos en el exilio. En el censo realizado por el INDEC, en los años 2004 y 2005, se reveló que en el país hay, al menos, 402.921 indígenas, de 22 pueblos diferentes (mapuche, toba-qom, kolla, guaraní, withí, tupí guaraní, diagui-

ta y diaguita calchaquí, avá guaraní, mbya guaraní, tehuelche, rankulche, huarpe, ona, comechingones, charraia, mocoví, chulupí, chorote, chane, pilagá, y tapiete), aunque según aproximaciones oficiales se podría superar el millón. La lucha por la autonomía indígena en ningún caso tomó la forma de una cuestión nacional y separatista, sino que es un modo de dar cauce a sus reclamos sociales y de lograr una más igualitaria y democrática integración en el contexto nacional [...]. De aquellas marchas realizadas en nombre de la Argentina blanca y europeísta, en cuyos prejuicios racistas hace eco la Argentina del 1910, a este Bicentenario mestizo, se vislumbra un cambio. Hoy sus exigencias coinciden con la búsqueda de la unidad latinoamericana expresada a nivel de los estados nacionales. No puede ser de otra forma ya que el reconocimiento de nuestra identidad completa es un paso hacia la construcción de la patria grande como destino histórico para nuestras tierras".

¹³¹ Chávez, Guido y Galasso, Norberto: *El indigenismo*, Centro de Izquierda Nacional "Felipe Varela", Buenos Aires, febrero de 1982. Folleto.

CAPÍTULO XVIII

GUERRA CIVIL: BUENOS AIRES CONTRA EL INTERIOR

El país se parte y los bandos se preparan para la lucha

Fallecido Adolfo Alsina y cuando Roca se apresta a iniciar su campaña, varios gobernadores del interior del país se pronuncian a su favor como candidato para las próximas elecciones presidenciales. El vacío que ha quedado en el escenario político solo puede ser ocupado por el general tucumano.

"La Conciliación", sustentada entre Avellaneda y Mitre para consagrar a Alsina como presidente, nunca había logrado suficiente simpatía en el interior: el odio a Mitre la tornaba indigerible. Al mismo tiempo, Roca había ganado simpatías después de su triunfo sobre Arredondo, en Santa Rosa, en 1874, aplastando la inventiva golpista del mitrismo. Carlos Ibarguren señala: "El profundo contacto de su trato, la sutil penetración psicológica de sus capas sociales, la irresistible atracción de su alma de las gentes, y la suavidad viril en todas las maneras habían sembrado simpatías indelebiles en todas las provincias".

que le hacía comprender y ver el fondo del alma de las gentes, y la suavidad viril en todas sus maneras habían sembrado simpatías indelebiles en todas las provincias".

Su figura ha ido creciendo, mientras, desde Córdoba, su cuñado Juárez Celman y Antonio del Viso articulan relaciones con importantes políticos del noroeste que han apoyado la gestión presidencial de Avellaneda.

Por otra parte, en Buenos Aires, el Partido Republicano, lanzado por Aristóbulo del Valle y Alem, en disidencia con la política de "Conciliación" de Alsina, no logra consolidarse y hacia septiembre de 1878 diversas personalidades se unen para reorganizar el autonomismo (entre otros, Pellegrini, Sáenz Peña, Alem, Del Valle, Irigoyen, Sarmiento, Wilde, V. E. López). A su vez, con su fino olfato, *La Nación* ataca duramente a Roca y denuncia la existencia de una liga de gobernadores del interior que impondría su candidatura, así como también denuncia el envío de armas a las provincias.

En esa época, pocos meses después de la muerte de Alsina, Roca le escribe a Juárez Celman: "...Creo que es llegado el tiempo de empezar a tomar alguna actitud en política nacional. Los mitristas, como una legión unida y compacta avanzan en son de guerra contra todos los gobiernos electorales y fraudulentos, que son por cierto aquellos que no gozan de su simpatía. Maniobran con mucha habilidad. Se asustaron al ver los trabajos que se hacían para unir a todas las fracciones que en esta les son hostiles y tratan de arrimarse a Tejedor, que saben perfectamente que no los quiere. Se dice que le ofrecen levantar su candidatura e inician nuevos trabajos con los autonomistas para volver a la conciliación. Estos, que ya estaban en camino de juntarse con los republicanos, hacen alto para escuchar las proposiciones. La organización aquí de un partido, en contraposición del de Mitre, tiene que tocar con mil inconvenientes y es muy probable que no se forme. Hay muchos intereses y pretensiones encontrados, por más que tengan un

¹ Ibarguren, Carlos: *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Eudeba, 1962, p. 22.



Carlos Tejedor, óleo de A. Valdez.

vínculo común: la aversión a Mitre. Rocha no desiste de su candidatura y el pobre se agita en vano en el vacío. Irigoyen [Bernardo] es un hombre lleno de buenas cualidades y tiene muchos amigos, pero muchos otros lo rechazan por su subida significación federal. Sarmiento no lo acepta, así como tampoco lo aceptarían a él los federales. Muchos de sus amigos y partidarios lo consideran una candidatura ultraguerrera e intransigente. Yo nunca me parece podría ser levantado por los autonomistas o este partido que se trata de formar, al menos en esta Presidencia. Sería una candidatura eminentemente provinciana y todos me harían fuego; no hay que hacerse ilusiones. En el interior, me flaquearían muchos amigos tratándose de mí. Además, el Presidente, que no es hombre de pelo en pecho, como usted sabe, al primer síntoma de descontento de este pueblo, sería el primero que me abandonaría, si no daba en contra, tal vez contra sus propias simpatías; pues creo que es de las pocas personas que me tiene un poco de cariño. Resumiendo: tenemos a Sarmiento, que no es una solución de paz para la República, y que ya está bastante viejo. A Rocha, Irigoyen y a mí, que no podremos ser candidatos con probabilidades de triunfo y que seríamos muy combatidos. Quedan Tejedor y Mitre. ¿Por cuál de los dos les parece a ustedes que debemos decidimos? Estoy seguro que sin trepidar, me dirán por el primero. Yo también soy del mismo parecer. Mitre será la ruina para el país. Su partido es una especie de casta o secta que cree tener derechos divinos para gobernar a la República. Tejedor, si no es jefe de partido y tiene el mal sentido de elegir palabras como aquella de huésped para el gobierno nacional, es hombre recto, honrado y no tan terco ni indócil como lo condenan las exterioridades. Sobre todo, creo que es la única carta que podría jugar con éxito. El ha dicho que con el único que entraría en una combinación sería conmigo [...] Creo que nos debemos apresurar a hacer algo, porque no se puede permanecer por más tiempo a la expectativa. Hay el peligro de que Sarmiento lance al viento su candidatura, que no ha de dejar de tener muchos partidarios, y de que Tejedor sea levantado por los mitristas. Apoyar a Sarmiento contra Tejedor y los mitristas, sería muy peligroso, y apoyar a Tejedor en colaboración con los mitristas, sería deshonesto, pues no podríamos luchar contra don Domingo Faustino, sin inconsecuencia y deslealtad a

hombres y principios profesados [...] Voy a empezar a maniobrar con el tino y prudencia que usted me conoce; que no juego mi propia suerte sino la de muchos amigos y, sobre todo, la del país...⁷²

Semanas después, Juárez Celman le escribe a Roca dándole, a lo que parece, la primera noticia de la gestación de la Liga de Gobernadores: "En la Liga entrarían las tres provincias de Cuyo, Santiago, La Rioja, Catamarca, Santa Fe y Entre Ríos".⁷³ Terraza aclara que al poco tiempo se agregaron otras provincias: Jujuy, Salta y Tucumán, las que sumadas a Córdoba configuraban casi el total, quedando en disidencia Buenos Aires y Corrientes. Terraza agrega: "Estos ingredientes, a los que debe sumarse la acción de los grupos políticos que en todas las provincias se habían escindido del mitrismo para apoyar a Sarmiento en su presidencia, así como los que se coaligaron para hacer triunfar a Avellaneda, constituyeron la levadura de la famosa Liga de Gobernadores, verdadera coalición provinciana que tanto escándalo y tantas resistencias despertó en Buenos Aires, y de la cual el gobernador Viso, de Córdoba, y muy especialmente Juárez Celman, su ministro de Gobierno, fueron principales artífices".⁷⁴

Pérez Amuchástegui señala: "En realidad, el apoyo que las provincias le brindan (a Roca) es una forma de oponerse a Tejedor, candidato que aparece como representante genuino del centralismo portuario y del mitrismo. Lo dice claramente el santafecino Simón de Iriondo, en carta a Sarmiento: 'La candidatura del general Roca en esta provincia no es obra ni mía, ni de (Servando) Bayo, ni de ninguna entidad política: es obra del doctor Tejedor'".⁷⁵

En sus memorias, Ramón Cárcano señala: "Tejedor es el exponente más exclusivo y violento del localismo metropolitano, después de Valentín Alsina y Nicolás Anchorena [...] con su banderita de la patria chica". Y agrega: "El viejo Tejedor, que no ha pasado el Arroyo del Medio, siente desprecio por las provincias, a las cuales les llama los trece ranchos".⁷⁶

En el primer semestre de 1879, los acontecimientos se precipitan. Roca escribe: "El partido mitrista, a pesar de las desmembraciones que ha sufrido y de que será derrotado en las elecciones del 80, conserva siempre sus bríos para la anarquía y agita la tea en Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba. Ha dado una bordejada hacia Laspiur (ministro del interior), alejándose de Tejedor, viendo que este no se presta tanto como aquel, a ser el instrumento de sus ambiciones [...] Pero estamos prevenidos. En Entre Ríos el peligro es inminente y de un momento a otro se espera una invasión de Buenos Aires (abril 1879) dan serán escarmentados". Las elecciones en la provincia de Buenos Aires (abril 1879) dan mayoría a los conciliados (tejedoristas y mitristas) pero la Cámara de Diputados las anula y adjudica el triunfo a los autonomistas puros. El 23 de abril, el mitrismo, reorganizado bajo el nombre de Partido Liberal de la República Argentina, lanza la fórmula presidencial Tejedor-Laspiur. En ese contexto, le escribe Roca a Juárez: "Yo sigo haciéndome el zorro. Conviene que ustedes guarden la misma conducta y no digan una palabra que pueda traducirse en mala voluntad por Tejedor, quien se va barranca abajo, sin que na-

⁷² Terraza, Alfredo: *Historia de Roca*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1976, tomo II, pp. 73 y 74. Carta del 24/7/1878.

⁷³ *Ibidem*, tomo II, p. 79.

⁷⁴ *Ibidem*, tomo II, p. 78.

⁷⁵ Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónica histórica Argentina*, Buenos Aires, Códex, 1969, tomo IV, p. 316.

⁷⁶ Cárcano, Ramón J.: *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1965, p. 53.

Carta de Roca, marzo de 1879, en Padilla, Alberto: *Roca, de ministro a presidente*, Buenos Aires, Casa Cúni, 1936, pp. 11 y 12.

die lo empuje¹⁰. En otra carta a Juárez, Roca señala: "...Tengo las mejores noticias. Sobre todo, en el interior no habrá quien nos ponga el pie [...] Mitre va quedando en un rincón como santo a quien se le ha pasado el día".

Tres meses después, el 27 de julio de 1879, se proclama la candidatura de Roca en un acto donde hablan Aristóbulo del Valle, Dardo Rocha, Cambaceres, H. Varela, Romero y otros. Señala Heras: "El autonomismo puro [...] se volcó por Roca"¹¹. El general tucumano escribe: "Aquí me encuentro, mi amigo, con un gran partido. ¡Quién lo creyera! ¡Un provinciano crudo y neto, sucediendo y recogiendo el disperso partido de Adolfo Alsina!"¹². Sin embargo, la ausencia de Roca en Buenos Aires permite la designación, como candidato a vicepresidente, de Florencio Bernabé Madero, un estanciero cuyo principal antecedente es haber intervenido en la insurrección de "Los libres del Sud", contra Rosas, en 1839.

Durante la campaña electoral -16 meses antes de las elecciones- José Hernández, junto con Hipólito Yrigoyen y Jacinto Varela fundan un club roquista¹³. Así lo afirma Bartolomé Galíndez: "Hipólito Yrigoyen, Jacinto Varela y José Hernández, volcados vehementemente en la fracción que sostenía el nombre del Gral. Roca, abrían un nuevo club de la juventud porteña"¹⁴.

En septiembre de 1879 -afirma Padilla- "se registra una incidencia sintomática Avellaneda no puede entrar a un teatro porque se lo impide un vigilante de la policía de la Provincia a la que está confiada la ciudad. 'Soy el Presidente de la República' -le dice, creyendo que no le han reconocido. -'Y a mí que me importa', le contesta el agente, y la superioridad premia al disciplinado servidor. ¡A esto está reducido el presidente de una Nación sin Capital!"¹⁵.

Poco después, en diciembre, Roca escribe: "Aquí seguimos lo mismo. Tejedor siempre en actitud bélica, preparándose para salvar el honor de Buenos Aires (es su frase sacrosanta mental que pronuncia a cada paso, con aire sibilino, para explicar todos los atentados y barbaridades que comete), que él entiende en peligro toda vez que él no sea el designado por la voluntad de los pueblos para suceder a Avellaneda. Los poseídos no hacen fortuna ya en estos tiempos y esto del honor de Buenos Aires que quiere salvar el doctor Tejedor nadie entiende ni los mismos que se arman de punta en blanco en su defensa. Nosotros tenemos a nuestra vez que salvar en esta lucha la dignidad del Gobierno de la Nación que quiere humillar un gobernador estrafalario, la nacionalidad argentina que nos cuesta ya setenta años de luchas y sacrificios; y el orden y la paz de la República, que es la suprema aspiración de los pueblos"¹⁶.

Otra vez la guerra civil

Una vez más, el país se escinde en sectores antagónicos. *El Porteño* lanza un titular: "Amenaza de guerra civil". *La Nación* titula: "La resistencia". "Los más exaltados -sostie-

¹⁰ Rivero Astengo, Agustín: Juárez Celman, Buenos Aires, Kraft, 1944, p. 109.

¹¹ Carta de Roca a Juárez, en Carlos Ibarguren, ob. cit., p. 24.

¹² Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1963, tomo 12, 1ª Sección, p. 179. Capítulo a cargo de Carlos Heras.

¹³ Carta de Roca, de julio 1879, en Rivero Astengo, ob. cit., p. 134.

¹⁴ Zorraquín Becú, Horacio: *Tiempo y vida de José Hernández (1834-1886)*, Buenos Aires, Emecé, 1963, p. 284.

¹⁵ Bartolomé Galíndez, reproducido por Zorraquín Becú: Horacio, ob. cit., p. 297.

¹⁶ Padilla, Alberto: ob. cit., p. 22.

¹⁷ Ídem, pp. 22 y 23.

ne Heras- difunden el rumor de que el gobernador Tejedor piensa expulsar de Buenos Aires al presidente de la República"¹⁷. Tejedor se arma en Buenos Aires. La firma inglesa Hale & Cía., según señalan Ramos, Sommi y Norberto D'Atri, le obsequió a Tejedor tres cajones con armas. Esta denuncia de intervencionismo extranjero a favor del mitrismo provocaría, un siglo, después, una réplica en la revista "La Maza". Allí, el profesor Luis Alberto Romero señaló que "Ramos había sostenido que las armas fueron entregadas por un comerciante británico de apellido Johns" (equivocando Romero el apellido John por Hale) y que, en cambio, ese comerciante era de nacionalidad norteamericana. Y agregó Romero despectivamente: "En la simbología de Ramos era todo lo contrario. No sé si no se tomó el trabajo o si le era más cómodo decir que era inglés"¹⁸. En esa ocasión, enviamos una aclaración a la revista *La Maza*, donde sosteníamos que, desde la primera edición de *Revolución y contrarrevolución*..., Ramos se refiere a Hale & Cía., al igual que Sommi y D'Atri (y no a Jones), y que por otra parte, era cierto que Hale expresaba "intereses británicos. ¿Quién era Samuel Hale?", señalamos en esa ocasión. Efectivamente, como señala Romero, había nacido en Boston y desde joven se ocupó del negocio de cueros, para lo cual contaba con 46 barcos de su propiedad y luego se dedicó a negocios financieros en combinación con la casa Baring Brothers¹⁹. En un diccionario (Jewton, 1972) se señala que Hale había adquirido enormes extensiones (en la Argentina) y fue importador de laneros y vacunos de pedigree, resultando, entre 1868 y 1870, vicepresidente de la Sociedad Rural Argentina. Pero, además, Diego Abad de Santillán sostiene que Hale fue director del Ferrocarril Oeste y que su hijo, Samuel Hale Pearson manejó la casa Samuel Hale y Cía. desde 1890 y perteneció al directorio de varias empresas ferroviarias inglesas (1897), como el Central Argentino y la Cía. Primitiva de Gas, y más tarde, la Cía. de Tran-

vías Anglo-Argentino²⁰. Es decir, su nacionalidad de origen había sido reemplazada por la nacionalidad de sus negocios, lo cual desconocía el profesor Romero. Roca, como ministro de Guerra, arma asimismo a las provincias, en vista de la inminente guerra civil. A su vez, Buenos Aires levanta un ejército de 50.000 hombres y designa sus jefes: la mayoría son mitristas insurrectos del 74. Sarmiento, como ministro del Interior, le exige al gobernador de Buenos Aires, Carlos Tejedor, la disolución de las milicias, advirtiéndole que solo el gobierno nacional puede organizar fuerzas armadas.

A su vez, Roca escribe: "La guerra civil, que me horroriza, porque nos hará retroceder veinte años, se nos viene, mi amigo, inevitablemente. El espíritu localista da su última batalla contra la nacionalidad. Es el pleito viejo sostenido ahora felizmente por muy pocos, y si son fuerza es porque tienen de su parte a los elementos oficiales de esta poderosa provincia"²¹. Por entonces, un grupo de desconocidos atenta contra la vida del general provinciano, "disparando contra el coche en el que suponían viajaba [...] El *Porteño*, periódico roquista, señaló que la policía dejó hacer a los agresores, y acusó, de paso, la actitud cómplice de Garmendia, jefe de la policía de Tejedor"²².

En octubre de 1879, Sarmiento denuncia en el Senado la formación de una Liga de Gobernadores e involucra a Roca "por conspirar contra la nación, contra el Presidente y contra mí, que soy el ministro de gobierno de la Nación", en razón de lo cual renuncia a su cargo. La dimisión de Sarmiento arrastra consigo la de Roca como ministro, dado

¹⁸ Academia de la Nación Argentina: ob. cit., p. 180.

¹⁹ Entrevista a Luis Alberto Romero, "Cómo se enseña a olvidar", *La Maza*, Buenos Aires, 9/11/94.

²⁰ Entrevista a Luis Alberto Romero, *Biografía Argentina*, Buenos Aires, Elche, 1971, tomo III, p. 536.

²¹ Cutolo, Osvaldo: *Diccionario Biográfico Argentina*, Buenos Aires, Ediar, 1966, tomo IV.

²² Santillán, Diego A. de (comp.): *Gran enciclopedia argentina*, Buenos Aires, Ediar, 1966, tomo IV.

²³ Carta de J. A. Roca, en Rivero Astengo, Agustín: ob. cit., p. 134.

²⁴ Terraza, Alfredo: ob. cit., tomo II, p. 199.

que el enfrentamiento entre ambos resulta muy fuerte al intentar el sanjuanino quebrar "la liga de gobernadores". En prosa que sorprenderá a muchos, Roca se refiere a esa renuncia del sanjuanino: "Rodó el coloso Sarmiento como un muñeco. Creyó que todo el mundo se le iba a inclinar ante su soberbia, sin consultar otra cosa que su propio interés; lo que ha visto burlado por su inmensa vanidad; su rabia y despecho no tienen límites, y está vomitando sapos y culebras contra 'la Liga de gobernadores', contra mí, contra el diablo. El conservador de ayer no ha podido ya aguantar en su papel de hombre de orden y vuelve al rol de casi toda su vida de agitador y revolucionario. En el Senado, la última vez que ha hablado, donde leyó ese telegrama de Del Viso a usted, ha quedado como un energúmeno, como un verdadero demente, tanto que todo el mundo creía que realmente había perdido la razón [...] Yo soy el blanco de sus iras; pero nada me importa. En un mes ha perdido toda la autoridad convencional que, por espíritu de partido, todos hemos contribuido a crearle y ya no corta su sable. Con sus artículos, que usted encontrará en *El Nacional*, quiere dejar constancia que desde algún tiempo a esta parte es mi autoridad y mi maña las que han prevalecido en las decisiones del gobierno y que él mismo, el cíclope de la época y el coloso de la América y del mundo, no ha podido resistirme y se retira, como una pantera herida e impotente, vomitando espuma contra el mozo que, sin saber de Constituciones, leyes, historias y ni aún la O redonda, lo ha vencido, por viejo crápula y desagradecido, en pocos días. Lleva el arpón bien enterrado en el lomo; démosle sogas que va a muerte segura"¹⁷.

Avellaneda reorganiza el gabinete: Pellegrini sucede a Roca como ministro de Guerra, Zorrilla a Sarmiento, en "Interior". La cuestión Capital se coloca en el eje del autonomismo. El Presidente se define públicamente por la federalización de Buenos Aires. *La Nación* se pronuncia en contra y preconiza armarse. Surgen las secciones de Tiro en Buenos Aires (en Palermo), a donde concurren, entre otros, E. Mitre, Arredondo y Tejedor. Se organizan "los rifleros", los bomberos voluntarios y los batallones de juventud (Central al Norte)¹⁸. Páginas después, la misma autora ratifica esa calificación al señalar que los "rifleros" (mitristas) representaban esa faceta de los porteños mejor que ninguno de los otros batallones de voluntarios, pues reunían a la juventud más aristocrática, culturalmente refinada y políticamente virtuosa¹⁹.

En febrero del 80 se realizan elecciones de diputados. Los autonomistas puros y republicanos no concurren en Buenos Aires por estar militarizados, triunfando el mitristismo conciliado. En el resto del país, excepto Corrientes, triunfan los partidarios de Roca.

La campaña mitrista contra el candidato del interior se acentúa y adquiere contornos singulares. Jorge M. Mayer, en *Alberdi y su tiempo* describe la situación política de ese modo: "Los porteños, que habían perdido el control del gobierno nacional al caer Rosas en Caseros, y lo habían recuperado gracias a Mitre en Pavón, comprendieron que con el general Roca, exponente nato del interior, perderían para siempre el manejo de la Aduana y del papel moneda, que aún emitían, su derecho de pernada sobre el comercio exterior. Clamaban los diarios que con Roca volvería el cintillo punzó: era como Urquiza en los tiempos de la Confederación, 'una amenaza de muerte para el pueblo de Buenos Aires'. Lo describían bajo los rasgos de Rosas o de Urquiza, y su candidatura era otra prueba del 'odio implacable a Buenos Aires'. El diario *Buenos Aires*, que defendía la can-

¹⁷ Carta de Roca, del 10/10/79, en Rivero Astengo, Agustín: ob. cit., p. 143.

¹⁸ Sábato, Hilda: *Buenos Aires en armas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 64.

¹⁹ Idem, p. 92.

didatura de Tejedor, exponía las doctrinas saladeristas: la soberanía de Buenos Aires 'era intocable', no podía permitir que se la estrangulara. Las aduanas del Litoral podrían cobrar los derechos que quisieran; pero la de Buenos Aires pertenecía a la provincia. Volvía a proclamar la secesión: "...nuestro antiguo rango debe ser recuperado"²⁰.

Mayer reproduce los epítetos descalificatorios de la prensa porteña respecto al tucumano: "El general Roca, 'raquítico, enano', de paso bambolecante, era un guaso joven que mira de soslayo, anda en los ranchos de Córdoba en mangas de camisa, vareando caballos y sacando para comer el cuchillo de la cintura". Según los porteños era un mazorquero, el símbolo de la barbarie, rodeado por caudillos de chiripá y con aro en la oreja y chupa de tabaco negro. Si triunfaba, los indios abrirían con sus chuzas las cajas fuertes de los banqueros. Afirmaban que la culta Buenos Aires jamás sería gobernada por los 'mulatillos' de las provincias. Calificaban a Avellaneda de miserable, infame y traidor, *perifoneo*. Aforaban a Rosas, que había dejado a salvo 'nuestra preponderancia en la Nación'. [Ellos, los porteños] se aprestaron a defender 'la causa de Buenos Aires', sus privilegios, como en 1827, en 1852, en 1860, en 1874; obedecían a una ley económica invariable"²¹.

El antirroquismo exultante de la ciudad puerto es reconocido por Roca en carta a Juárez: "Estamos embromados [...] todo el mundo conspira contra mí en Buenos Aires: griegos y troyanos, provincianos y porteños, principiando por los que componen el Gobierno Nacional, el Presidente inclusive [...] En el Congreso, avasallado, como usted ve, por las turbas a sueldo de Tejedor, no tendremos seguramente mayoría y todos se complotarán para anular todas las elecciones y hacerlas de nuevo"²². Hilda Sábato reconoce que "se hacía difícil ser porteño y resistir esa fuerza del conjunto. Así lo sintieron los diputados de parientes, amigos o pares. Esa ola llegaba también a la prensa periódica y varios diarios que habían sido órganos del autonomismo pasaron a otras manos y se convirtieron en voceros de 'la resistencia'"²³.

A su vez, señala Terzaga: "mantener una prensa favorable o partidaria, y hacerlo precisamente desde Buenos Aires, era tarea muy difícil para el candidato de las provincias. En carta del 2 de marzo, Ataliva Roca decía a su hermano Julio: 'En el mes que viene se vence la primera letra de *El Pueblo Argentino*, por \$ 25.000. Dile a Alejandro que me ayude, porque yo no podré pagarla'. Y el 11 del mismo mes volvía sobre el asunto en términos descarnados: 'Posse está cada vez más sabroso; es una lástima que *El Pueblo* muera el 11 de abril; somos incapaces de mantener un diario"²⁴. Con respecto al tucumano José Posse, íntimo amigo de Sarmiento, según carta del 1/4/1880 dirigida al sanjuanino no interesante consignar que apoyó a Roca, según carta del 1/4/1880 dirigida al sanjuanino: "...cuando te vi la última vez, me dejaste contraer compromisos con Roca que más bien aplaudías que rechazabas [...] 'El más probable es Roca' dijiste y quedé convencido que eso preferías a toda otra combinación [...] no comprendo como fomentas esperanzas de ser bien acogido por la opinión de esa agrupación de hombres sin alma, olvidando que no te dejaron gobernar un solo día en paz, calumniado y denigrado sin tregua por su prensa infame"²⁵.

En relación a la prensa y su financiación Terzaga insiste: "Es fácil advertir [...] que

²⁰ Mayer, Jorge: *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, EUDORA, 1963, pp. 868 y 869.

²¹ Idem, p. 869.

²² Carta de Roca a Juárez, en Rivero Astengo, Agustín: ob. cit., p. 178.

²³ Sábato, Hilda: ob. cit., p. 143.

²⁴ Cartas del 2 de marzo y 11 de abril de 1880, en Terzaga, Alfredo: ob. cit., tomo II, p. 224.

²⁵ Carta de José Posse a Domingo F. Sarmiento, del 1/4/1880, reproducida en *Epistolario entre Sarmiento y Posse*, Buenos Aires, Museo Histórico Sarmiento, 1946, tomo II, p. 482.

(Roca) no disponía, ni de lejos, de los recursos financieros indispensables para mantener una prensa adicta que pudiera rivalizar con *La Nación* de Mitre; con *Buenos Aires de Tejedor*; con *La Patria Argentina* de los Gutiérrez; con *La Prensa* de sus parientes los Paz; ni con la ambigüedad del famoso *El Nacional*, que solo pasó a apoyarlo cuando la candidatura de Sarmiento quedó definitivamente descartada, y cuando Roca ya había ganado las elecciones¹¹.

La Aduana de Buenos Aires estaba en el centro de la cuestión, y por ende, la posibilidad de una nueva escisión. Los partidos "conciliados" (mitristas y alsinistas conciliados) que sustentaban la candidatura de Tejedor habían lanzado, a fines del 79, un documento que sostenía: 1) el apoyo a Tejedor, 2) el rechazo a la candidatura de Roca "al cual no reconocerían como presidente", 3) [...] que apoyarán moral y materialmente todo movimiento revolucionario que se produzca en las provincias oprimidas para recuperar sus derechos [es decir, contra la Liga de Gobernadores] y 4) "que trabajarán porque la provincia reasuma temporalmente su soberanía de Estado independiente, si a pesar de sus esfuerzos, imperase la violencia"¹².

Aquí se planteaba de nuevo la amenaza de crear la República del Río de la Plata. Este aspecto permanece ignorado por la mayor parte de los historiadores que no comprenden que si las fuerzas mitristas hubiesen triunfado en el 80, la provincia de Buenos Aires se habría convertido en país independiente.

Tres mil muertos como expresión de la lucha de clases

El 11 de abril de 1880 se realizan las elecciones de electores de presidente. Tejedor triunfa en la ciudad de Buenos Aires con el 98% del padrón y por abultado número en la provincia de Buenos Aires, así como en Corrientes. En el resto del país, triunfa Roca. Este alcanza 161 votos de electores y Tejedor solo 71.

El 16 de abril se reúne la Cámara en sesión preparatoria. Roca ha intentado seducir a Quintana, ofreciéndole cargos de suma importancia, lo que prueba su habilidad de "zorro" o su inescrupulosidad, pues Quintana estaba cercano a Mitre. Pero Quintana, desde la presidencia de la Cámara, organiza la comisión de poderes dando solo la minoría a los autonomistas.

A fines de abril, Roca le escribe a Dardo Rocha: "Esos hombres van a la rebelión y a la guerra. Las debilidades de nuestro amigo Avellaneda, les han allanado el camino desde hace mucho tiempo. Se creen fuertes y no hay duda que se han robustecido con la disciplina y organización dada por Tejedor, y cada día han de ser más insolentes. Pero nosotros no tenemos por qué desesperanzar. Si ellos se han entronizado y avasallado completamente a Buenos Aires, nuestro poder e influencia ha crecido y se ha aumentado en las demás provincias, animadas, en estos momentos, por un solo espíritu y un solo pensamiento. Estamos nosotros también fuertes y bien fuertes. ¿Cuál será el desenlace de este drama? Creo firmemente que la guerra. ¡Caiga la responsabilidad y la condena de la historia sobre quienes la tengan; sobre los que pretenden arrebatarnos, por la fuerza, los derechos políticos de sus hermanos! [...] Ya que lo quieren así, sellaremos con sangre y fundiremos con el sable, de una vez para siempre, esta nacionalidad argentina que tiene que formarse, como las Pirámides de Egipto y el poder de los Imperios, a costa de la sangre y el sudor de muchas generaciones. Es posible que esté reservado a la raza el último esfuerzo y la coronación del edificio. ¡Que no nos falte el coraje, la energía y

la resolución en el momento de la prueba! Si sucumbimos, habremos retrocedido veinte años con el triunfo de la injusticia; pero esto mismo no es gran cosa, al fin de cuentas, en la vida de las naciones. No extrañe no le escriba con más frecuencia; cuando hablan los acontecimientos, es mejor dejarles a ellos la palabra"¹³.

El 7 de mayo se discuten los diplomas de los diputados nacionales electos el 1° de febrero de 1880. La tensión es enorme. En los palcos, la gente de Mitre porta armas: son "los rifleros". Cuando se aprueba una moción autonomista, los "rifleros" apuntan sus armas contra los diputados. Se está a punto de una masacre. Mitre se levanta y los controla: "... no es tiempo, todavía"¹⁴.

Alberdi, viejo y enfermo, ya no está en condiciones de dar lucha: "Al cerrarse el debate -señala Jorge Mayer- (Alberdi) votó con Adolfo Dávila y Vicente Quesada para que se trate primero el despacho de la mayoría, ajustándose a los precedentes parlamentarios y sin tomar partido por uno ni otro bando. No quería que se le enrostrara otra vez 'el odio a Buenos Aires, la injuria pertinaz y sectaria'"¹⁵.

Se busca desesperadamente una solución y así se produce la entrevista Roca-Tejedor, el 10/5/80. Después de varios desacuerdos, finalmente Tejedor propone: "¿No podría nombrarse [como presidente] a un hombre que nada signifique? (Tejedor pensaba en Benjamín Gorostiaga). (Roca le contesta) -Los destinos de la República no pueden confiarse a un mentecato"¹⁶. Solo queda la guerra civil.

El 28 de mayo llegan a Buenos Aires los restos del Gral. San Martín, a treinta años de su muerte, lo que evidencia el rencor de Mitre y Sarmiento hacia el Gran Capitán -legado del sable a Rosas, de por medio- pues no lo hicieron durante sus presidencias.

El 2 de junio, los tejedoristas desembarcan armas en la Boca. El ministro de Guerra Carlos Pellegrini manda una compañía para evitarlo, pero la guardia provincial tejedorista la domina y desembarca el armamento, cuestionando así la autoridad nacional. Avellaneda se retira a Belgrano con sus ministros. El 3 de junio declara: "El gobernador de Buenos Aires se ha alzado abiertamente en armas contra las leyes de la Nación y los poderes públicos [...] Voy a mover los hombres y las armas de la Nación a fin de hacer cumplir y respetar las leyes"¹⁷.

La capital provisoria se instala en Belgrano y allí se nuclean la mayoría de los senadores y 21 diputados. Los otros 49 diputados se quedan en Buenos Aires, lo mismo que la Corte Suprema y el vicepresidente Mariano Acosta.

El 13 de junio se reúnen los electores en las capitales de provincia y eligen a Roca y Francisco Madero como presidente y vice.

Buenos Aires pacta una alianza con Corrientes. El resto del país suma fuerzas contra los rebeldes. Roca comunica a Rocha: "[...] tendrán todos los batallones que quieran; yo no me ocupo ahora de otra cosa"¹⁸. Luego, *La República* evocaba esos días cuando decía: "Las provincias vomitaban batallones"¹⁹.

El enfrentamiento es descrito por Eduardo Gutiérrez, en el libro *La muerte de Buenos Aires*, desde la óptica porteña. Así, descalfica a Roca y al bando roquista: "Roca [...] daba pruebas de la más marcada ignorancia y la mayor incompetencia para el desempeño

¹¹ Carta de Roca a Dardo Rocha, del 28/4/1880, en Rivero Astengo, Agustín: ob. cit., pp. 176 y 177.

¹² Mayer, Jorge: ob. cit., p. 875.

¹³ Idem, p. 875.

¹⁴ Terraga, Alfredo: ob. cit., tomo II, p. 238.

¹⁵ Academia de la Nación Argentina: ob. cit., p. 199.

¹⁶ Carta de Roca a D. Rocha, en Sabato, Hilda: ob. cit., p. 249.

¹⁷ Sabato, Hilda, ob. cit., p. 249.

¹⁸ Terraga, Alfredo: ob. cit., tomo II, p. 225.

¹⁹ Idem, reproduce de *La Tribuna*, 23/12 1879.

del puesto a que había sido llamado. Vinieron aquellos célebres telegramas dispositivos, cuya falta de gramática y hasta de idioma dio tanto que reír a los lectores de las gacetas que los comentaban¹⁰⁰. Gutiérrez se burla asimismo de los gobernadores: "Es necesario tener una idea de lo que es un gobernador de provincia, sobre todo de provincia del interior. El pueblo, la masa del pueblo, completamente ignorante, no ve ni oye, como se dice, sino por los ojos y oídos del gobernador. Obedece lo que este manda. Se vive en medio de una miseria espantosa, y el pobre no piensa en otra cosa que en mejorar el mendrugo del día siguiente. Los medios de vida son escasos y las comodidades ninguna. Así se ve que uno de aquellos gobernadores, que deslumbraban por su lujo desmedido, lujo que llega hasta afeitarse una vez por semana, tiene que valerse de un gran ardid para proporcionarse ese lujo. Manda pedir prestado al oficial de fuerzas nacionales más próximas, el cabo barbero [...] porque en el interior no hay una sola barbería, como no hay un almacén, ni triste posada¹⁰¹. Agrega Gutiérrez: "Los hombres de la Federación, que se creía muerta, fueron llamados a conciliábulo¹⁰². "El gobierno de Córdoba había creado un cuerpo especial [...] *Lanceros de la muerte*, que instruí para lanzarlo sobre la odiada Buenos Aires¹⁰³. "La Liga de Gobernadores había calificado a Buenos Aires de *Cordero gordo*, [...] que podían devorar entre todos [...] cuyos tesoros repartirían el día de la victoria¹⁰⁴. Avellaneda ya no trataba de ocultar su miedo mientras sus jefes "reían alegremente de la triste figura del presidente [...] Se encaramó sobre sus tacos, como quien sube a un par de zancos y siguió disparando, aunque a saltitos, como chingolo herido [...] y empezó a lanzar exclamaciones más cómicas. Y se oprimía el estómago y levantaba su pierna pelada. Sus mandíbulas empezaban a descender, era la última expresión del espanto, y su boca empezaba a secarse¹⁰⁵. "Esos doce gobernadores de la Liga, no son otra cosa que doce mulatillos que pretenden imponer a la República, un general¹⁰⁶. "Los guardias santafesinos, los *Lanceros de la muerte* cordobeses, y los greñudos del interior del monte, afilaban ya las chuzas con que habían de entrar en la gran ciudad¹⁰⁷.

Otro factor que incide en la repulsa porteña consiste en que no solo se trataba de los bárbaros del Norte, sino también de los bárbaros del Sur, es decir: "los numerosos indios pampas y ranqueles incluidos en los batallones nacionales (ejército roquista). Precisamente, Fotheringham, en Chivilcoy, había incorporado a su batallón sesenta indios ranqueles. Casi todos los batallones tenían también soldados indios, provenientes unos de las fuerzas auxiliares que habían actuado en la campaña del desierto, y otros de los grupos que se habían entregado o habían caído prisioneros cuando la campaña. Estos numerosos indios, cuyos hijos y mujeres habían sido distribuidos como domésticos o como peones (en las provincias), encontraron en el ejército un destino mejor al que le deparaban la miseria y las epidemias en sus aduares del desierto. Pero el hecho de haberse convertido bajo el uniforme en argentinos nuevos no les granjeó por cierto, ante la opinión localista de Buenos Aires, mejor opinión que la que merecían a los argentinos viejos del país tradicional¹⁰⁸.

¹⁰⁰ Gutiérrez, Eduardo: *La muerte de Buenos Aires*, Buenos Aires, Hachette, 1959, p. 45.
¹⁰¹ Idem, p. 46.
¹⁰² Idem, p. 49.
¹⁰³ Idem, p. 61.
¹⁰⁴ Idem, p. 62.
¹⁰⁵ Idem, p. 73.
¹⁰⁶ Idem, p. 89.
¹⁰⁷ Idem, p. 108.
¹⁰⁸ Terraza, Alfredo: ob. cit., tomo II, pp. 230 y 231.

"Los porteños orgullosos que asistían a los desfiles del ejército se colmaron de indignación al ver a estos soldados de piel oscura y pómulos marcados. Cuando las tropas nacionales destilaron por Florida después de haberse frustrado la concentración del Tiro, el gentío agolpado en las bocacalles gritaba *Viva Tejedor y Abajo Roca*. De un bofetón voltearon a un pobre soldado, indio, del regimiento 7°. El sargento Brown dejó tendido de un bayonetazo al agresor¹⁰⁹.

Gutiérrez completa esta descripción burlándose de la llegada de los electores de provincia: "los tipos más ridículos [...] con sus sombreros de panza de burro y su ropa barateada en Córdoba [...] siendo el 'púchero de hóbeja' el alimento de lujo entre gente provinciana¹¹⁰.

A su vez, el autor de *La muerte de Buenos Aires* exalta con entusiasmo al bando antirroquista, elogiando sus rasgos aristocráticos: "El Tiro Nacional se había convertido en un paseo magnífico por su gran significación social. Allí se reunían unos dos mil jóvenes de nuestras principales familias, con un arma al brazo, alentados por una concurrencia espléndida de damas¹¹¹. "Lo más notable del Foro, de la Universidad, del Comercio, de todas las aulas y de los colegios marchaban, serenos y sombríos, quién con su bastón, quién con simple un palo, quién sin otra arma que sus manos [...] Las damas de Buenos Aires no se mostraron ajenas a aquella manifestación majestuosa¹¹². "Cada cuartel [de Buenos Aires] ofrecía un cuadro diverso y original. Quién, sentado en cuclillas, trincaba el cacho de asado fiambre remitido por su buena madre; quien morrongueaba perezosamente por su propia mano, por primera vez en la vida; quien hacía uso de su crédito en [los comercios de] Sempé, Marechal o Charpentier, para proporcionarse un poco de buen café y un cajón de cigarrillos [...] Las frases más chascas y cómicas se cruzaban entre aquella juventud [...]: -Juro por todas las narices del bedel de la Universidad que [...] voy a pedir que me permitan tener a Avellaneda de asistente [...] para que me limpie las botas y me vaya a bañar el perro¹¹³. Eran gente "de posición y fortuna: Bullrich, Olmos, Cantilo, Balbín, Casares, Videla Dorna, Argerich, Santa María¹¹⁴. "Mientras la Sra. Ventura D. de Trejo reía galaba al batallón una espléndida bandera bordada de oro, las preciosas y dulces señoritas O'Gormann, Almeida y Silva, unidas a las de Figueroa y Cutiello se lanzaban a juntar una suscripción entre sus numerosas relaciones para atender los gastos del batallón. [Nobles por la causa de Buenos Aires, levantando una suscripción, [a la cual] contribuyó la casa de Escalada, Lanusse, Piaggio, Lasalle, Cassaux, Devoto [...] y cien de las principales casas de comercio [...], enviaron unos cuantos carros de provisiones desde la bolsa de nueces y el rico queso hasta el exquisito chocolate y desde la criolla pipa de caña hasta el canasto de champaña¹¹⁵. "A iniciativa de la Cámara Sindical de la Bolsa, se nombró una comisión compuesta de los principales banqueros y comerciantes, para pedir al general Roca, a nombre del comercio de Buenos Aires, la renuncia a su candidatura, candidatura destinada solo

¹⁰⁹ Idem, p. 231.
¹¹⁰ Gutiérrez, Eduardo: ob. cit., pp. 187-189.
¹¹¹ Idem, p. 52.
¹¹² Idem, p. 70.
¹¹³ Idem, p. 92.
¹¹⁴ Idem, p. 93.
¹¹⁵ Idem, p. 95.
¹¹⁶ Idem, p. 112.

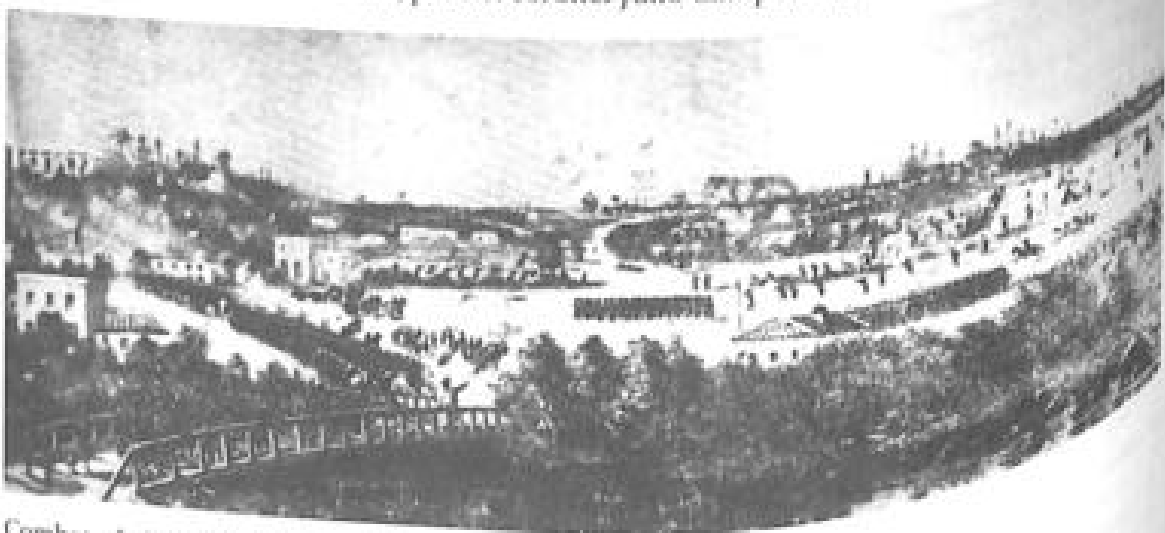
a ensangrentar el suelo argentino". Estaban, además, la asociación de damas que "tomó el nombre de Damas del Socorro para los defensores de Buenos Aires. ¡Honor eterno a nuestras damas!: [...] Campillo de Pedriel, Huergo, Lynch, Maldonado, Quintana, Ocantos, Balcarce, Cobo de Lavalle, Lanuse, Delfina Vedia de Mitre, Lezica de Crámer, Telechea de Lynch, Lynch de Gainza, Mitre de Drago, Mitre de Caprile, Martínez de Hoz, Hardoy, Marcó del Pont, Elizalde, Escalada, Pizarro, Sáenz de Encina, Durañona Miró, Seeber, Atucha, Bernal...". "Los que habían sostenido que la juventud de Buenos Aires solo se batía con los perfumes de las peluquerías [...] tuvieron que retroceder ante el Krupp y el remington manejado por las aristocráticas manos de la juventud porteña, que hasta entonces no había manejado otra cosa que la varita y el guante".

Pocas veces, en nuestra historia, quedan tan claras las fuerzas en pugna: una vez más se enciende la guerra civil entre la oligarquía porteña -integrada por aquellos apellidos que ya habían votado por el virrey el 22 de mayo de 1810- y el resto del país nucleado alrededor de Roca, el Partido Autonomista Nacional y la Liga de Gobernadores.

"El jefe de policía de Buenos Aires, [...] al testimoniar su gratitud, entre vitores al partido Liberal, a Tejedor, Mitre y otros personajes, expresó: 'He oído decir que Servando Bayo, el caciquillo de Rosario [aquel que había clausurado al Banco Inglés], ha jurado atar su caballo en la Pirámide de Mayo. ¡iso sucederá, señores, cuanto todos nosotros seamos cadáveres! ¡Los hijos de Buenos Aires -exclamó con voz estentórea- saben derramar su sangre por la patria como derraman el champagne en sus grandes fiestas!'",

Tejedor cuenta con 8000 hombres en la ciudad y los 12.000 de Arias en la campaña, en tanto, las fuerzas nacionales están al mando de los coroneles Levalle, Racedo y Bosch⁴². Las fuerzas son parejas en número: alrededor de 20.000 por cada lado pero unos batallones del interior se vuelcan sobre la ciudad puerto.

El 13 de junio, los "chinos de Roca" avanzan sobre Buenos Aires para someterla. El 17 de junio de 1880 se produjo el primer encuentro en Olivera, entre las fuerzas de Arias (tejedorista) y Racedo (roquista), viéndose obligado Arias a replegar hacia Puente Alsina. El 20 Levalle avanza desde Barracas, pero el coronel Julio Campos logra detener la ofensiva, con



Combate de Puente Alsina, óleo del capitán Maturte.

⁴² Idem, p. 181.

⁴³ Idem, p. 276.

⁴⁴ Idem, p. 385.

⁴⁵ Rivero Astengo, Agustín: ob. cit., p. 172.

⁴⁶ Zorraquín Becú, Horacio: ob. cit., p. 286.



Combate de los Corrales, Buenos Aires, 21 de junio de 1880.

resultado incierto. Pero el 21 se desarrollan los encuentros decisivos: Racedo enfrenta a las fuerzas de Arias en Puente Alsina y Los Corrales, obligándolo a retirarse hacia el centro de la ciudad. Al mismo tiempo, Levalle y Bosch (roquistas) ocupan la plaza Constitución. Las fuerzas de Olascoaga (de origen federal, luego roquista y después, radical) dominan desde Los Corrales hasta Almagro. Leopoldo Nelson mantiene ocupado Palermo. A su vez, la flota boquea al puerto de Buenos Aires y miles de hombres continúan llegando desde el interior⁴³. No han sido simples combates, sino duros enfrentamientos con un trágico tendal de 3000 muertos, pese a lo cual la Historia Oficial no abunda en detalles, ni explica la gravedad de la disidencia que provocó tremenda mortandad.

La resistencia porteña se desmorona. La altiva Buenos Aires está derrotada. El día 22 de junio, el gobernador Tejedor designa a Mitre comandante en jefe de la ciudad. El predecesor Avellaneda, de acuerdo a sus antecedentes, intenta conciliar, pero la decisión de las fuerzas militares y de los legisladores que responden a Roca lo obligan a imponer la rendición con condiciones severas: caducidad de autoridades provinciales, licenciamiento de tropas, entrega de armas, pérdida de puestos, aunque no procesos militares. La proposición fue rechazada por considerarla excesiva y Mitre debió ir a Belgrano a negociar con el gobierno nacional. El acuerdo finalmente consistió en el reemplazo de Tejedor, por su vice, Moreno, licenciamiento de las tropas y entrega de armas, disolución de la legislatura provincial y nuevas elecciones. El diario *La Nación* sentencia: "Desde hoy en adelante, lleva el Dr. Avellaneda en su frente una marca de fuego y sangre en que se lee: Asesino, degollador del pueblo de Buenos Aires"⁴⁴.



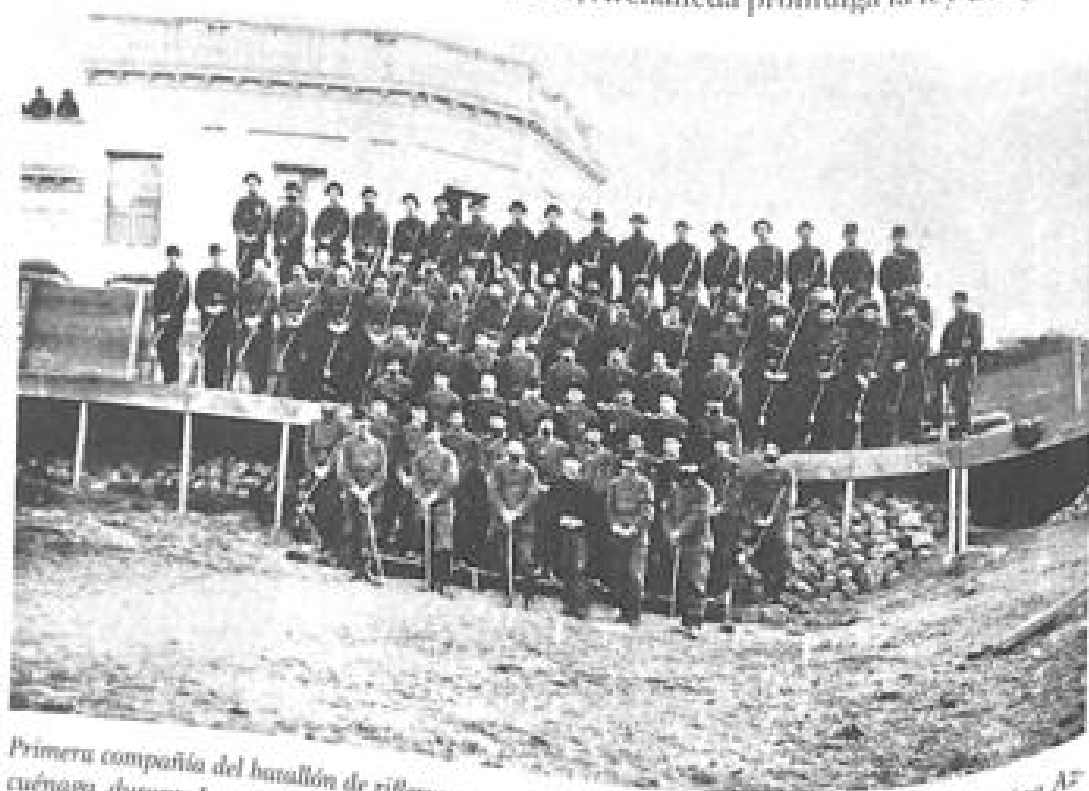
Nicolás Levalle, militar que participó de la Guerra de la Triple Alianza y la campaña al desierto, comandó las tropas leales al gobierno en la Revolución del Parque, de 1890.

⁴⁵ Páez de la Torre (h), Carlos: *Nicolás Avellaneda. Una biografía*, Buenos Aires, Planeta, 2001, p. 329.

⁴⁶ Sábaro, Hilda: ob. cit., p. 241.



Ten. Gral. Eduardo Roca (1843-1918) dirigió las tropas que vencieron a Tejedor en la revolución del 80. Presidió el desfile conmemorativo de los festejos del primer centenario.



Primera compañía del batallón de rifleros porteños, en la trinchera de la calle Córdoba, esquina Azcuénaga, durante la revolución de 1880.

El historiador Carlos Heras resume la situación: "Vencida la rebelión porteña, se reavivó el sentimiento federalista del interior. Roca era, sin duda, el exponente de la corriente federal que siempre había resistido la hegemonía porteña y ansiaba cobrarse la revancha por la batalla de Pavón"⁴⁴.

"Era un Pavón de signo contrario"⁴⁵, afirma Zorraquín Becú.

Aquello que habían traicionado Ramírez y López en el año 20, aquello que no se atrevió a hacer Urquiza quien acampó en San José de Flores, lo hicieron ahora "los chinos" de Roca ingresando y ocupando la ciudad puerto, cabeza de la "Provincia-Metrópolis".

El 30 de junio, Tejedor renuncia a su cargo. El 6 de julio, Manuel Pizarro, por indicación de Roca, presenta un proyecto de federalización de la ciudad de Buenos Aires. El 24 de agosto, Avellaneda envía otro proyecto de federalización. En septiembre, la Cámara de Diputados y la de Senadores aprueban el proyecto oficial. El día 20, Avellaneda promulga la ley designando a

⁴⁴ Academia Nacional de la Historia: ob. cit., p. 206.
⁴⁵ Zorraquín Becú, Horacio: ob. cit., p. 286.

Buenos Aires capital de la República y otorga plazo, hasta el 30 de noviembre, para que la provincia haga entrega de la ciudad. Con ese motivo, la cuestión se debate en la legislatura provincial, donde Leandro Alem se manifiesta contrario a la federalización, en contienda con José Hernández, apoyado por Carlos D'Amico, quienes abogan porque la ciudad de Buenos Aires se convierta en la Capital de la República Argentina, con lo cual se establece definitivamente el asiento de las autoridades nacionales así como el control del puerto, la Aduana y los efectivos nacionales.

La federalización de Buenos Aires y el debate Leandro Alem-José Hernández

En noviembre de 1880 se produce ese debate, en la legislatura provincial, que pasará a la historia como una de las importantes polémicas legislativas. Los antagonistas son dos hombres que provienen del mismo origen, el autonomismo: Leandro N. Alem y José Hernández. Pero mientras Alem padece de cierta influencia liberal-mitrista, Hernández asume la defensa del proyecto de Avellaneda y de Roca, como expresión de la vieja lucha del sector federal.

Alem se opone a la federalización argumentando que el Partido Autonomista bonaerense nació precisamente para rechazarla en 1862 (omite que se trataba de la federalización de la provincia entera, propuesta por Mitre), por considerarla de tendencia centralista en perjuicio de la provincia: "Miran de mal ojo, la legítima influencia que tiene Buenos Aires en el movimiento político de la Nación y han encontrado la ocasión de abatirla [...] La provincia de Buenos Aires, con la sanción de este proyecto, quedará en peores condiciones políticas y económicas [...] La influencia que la ciudad ejerce sobre la campaña no desaparecerá, al menos por muy largo tiempo, pero en adelante ella será nociva en las corrientes de nuestra vida política porque vendrá del Poder Central, será la influencia nacional que necesaria y fatalmente perjudicará la autonomía de la Provincia que queda y se forma con el resto del territorio [...] Combatimos (los autonomistas) la ley que proponía el general Mitre por el temor de una dictadura; combatimos al general



Retrato de José Hernández, autor del Martín Fierro.

Urquiza y rechazamos la Constitución de Buenos Aires por los motivos. La federalización de Buenos Aires es un instrumento de opresión y manos de aquellos señores un peligro y una amenaza para nuestras instituciones liberales. ¿Y por qué no ha de serlo también el poder del general Roca? Para nadie es un misterio que la candidatura del general Roca ha sido completamente impopular en Buenos Aires [...] No digo, ni puedo decirlo, que inmediatamente tendremos una dictadura. No digo tampoco que el general Roca pretenda establecerla... y se lance por un sendero extraviado, pero es evidente que se labra la base y echa los cimientos para que en cualquier momento un gobernante mal intencionado pueda avasallar el orden constitucional". De este modo, intentando fundamentarlo con argumentos "autonomistas", Alem apoya en los hechos el centralismo que él mismo condena en su discurso y defiende la subsistencia de aquello que Alberdi condenaba: la Provincia Metrópoli.

⁴⁶ Leandro N. Alem, discurso de 12 y 15 de noviembre de 1880, citado en Ruiz Moreno, Isidoro: La federalización de Buenos Aires, Buenos Aires, Emecé, 1980, pp. 187-264.



Leandro L. Alem.

Esta posición fue rebatida por José Hernández, quien explicó la importancia de quebrar ese poderío, en la línea sostenida por Alberdi. Hernández comienza por ratificar su filiación autonomista: "He de dar mi voto a favor de la capital en Buenos Aires, sin hacer transgresión de mis opiniones políticas [...] y deploro que el señor diputado haya creído que esta ley importa un castigo a Buenos Aires anunciando que hay una dictadura en perspectiva y asegurando que se trata a Buenos Aires como a país conquistado". Luego, señala que la federalización "significa el cumplimiento de los postulados del partido federal [...] [pues] la capital en Buenos Aires es el único medio de consolidar de una manera estable, permanente y sólida la nacionalidad argentina". Después, se introduce en los antecedentes históricos y afirma: "Veinte años domó Rosas esta tierra, veinte años sus amigos le pedían que diera a la república una constitución, veinte años negó Rosas la oportunidad de constituir la República, veinte años tiranizó, despotizó y ensangrentó el país, sin haber consentido jamás darle una Constitución escrita diciendo que no era oportuno y que el pueblo no estaba preparado para las libertades y para el ejercicio de las instituciones [...] [antes] la ley del año 26 no solo no respetaba los derechos de la provincia, por lo que respecta a la ciudad, sino que ni aún respetaba siquiera lo que le quedaba de su territorio para ser Provincia argentina. Así que era una verdadera federalización de toda la provincia [...] [luego, en 1862, durante el gobierno de Mitre] la asamblea de Buenos Aires rechazó la ley que venía a constituir esta deformidad: capital de la república toda la provincia de Buenos Aires [...] El general Mitre incurre en el mismo error de Rivadavia en la federalización de la provincia [...] y esa ley dio lugar a la formación del gran partido Autonomista, partido, joven, robusto, lleno de vida, que se levantó defendiendo los derechos de la Provincia de Buenos Aires para oponerse a la sanción del Congreso [...] Alsina desempeñaba con respecto a los derechos de Buenos Aires el mismo rol que desempeñaba Dorrego. Oponiéndose, como lo hicieron a la federalización de toda la provincia, defendían el sistema, defendían las libertades públicas, porque no querían poner en manos del gobierno general el poder omnímodo que habían tenido los virreyes. Los que venimos hoy trabajando para la organización nacional y porque se dicte la ley de capital de la república, federalizando solo el municipio de Buenos Aires, en la alta significación de esta cuestión, estamos de acuerdo con las doctrinas que sostuvieron Dorrego y Alsina". De este modo, Hernández refuta a Alem en tanto la federalización se corresponde con la tradición federal y no con la tradición unitaria como sostiene don Leandro: "Decía el señor diputado que esta era una reacción a favor del sistema unitario y en contra del sistema federal. Yo pregunto: si es una reacción a favor del centralismo, si es una tendencia unitaria y si es contraria a nuestro sistema federal. ¿Por

qué la consignaron en sus leyes los federales del 53, precisamente el mismo congreso que dio forma y régimen federal de Gobierno?"^{70c}

Resulta interesante consignar -como señala Pérez Amuchástegui- que en los días previos a su intervención parlamentaria, Hernández visita a Alberdi para consolidar sus argumentos y que poco después, el tucumano publicará *La República Argentina consagrada en 1880, con la ciudad de Buenos Aires por Capital* (Librería La Publicidad de M. Reñé, Buenos Aires, 1881). Alberdi debió hallarse satisfecho aquel día en que con solo tres votos opositores, se impone la federalización. Con ella se cerraba el ciclo de la Provincia Metrópoli y el peligro de una nueva segregación de esta respecto al resto del país. Pero el triunfo había llegado demasiado tarde: la presión imperialista era ya demasiado fuerte y no podía evitarse la consolidación de la dependencia, es decir, la deformación del país con aquella provincia soberbia como cabeza enorme de un cuerpo raquítico.

También interesa señalar que Hernández, en su discurso, reivindica la confraternidad hispanoamericana y con esto deja en claro que cuando califica a la Argentina como "Sección americana" se refiere a Hispanoamérica y "no a la sombra del pabellón estrechado de los Estados Unidos que representa otra raza"^{70d}, como así también que dedica un largo rato de su exposición a condenar el empréstito pactado por el gobierno rivadaviano, en nombre de la provincia de Buenos Aires, con la Baring Brothers, en 1824, como una expoliación por parte de los financistas ingleses^{70e}.

Norberto D'Atri señala que años después, la provincia, además de crear su propia capital, cede los partidos de San José de Flores y Belgrano a la ciudad de Buenos Aires federalizada.

En esa época, el 30/7/1880, ha quedado fundado orgánicamente el Partido Autonomista Nacional, sobre las bases de la fusión de las fracciones del autonomismo, encabezadas por Del Valle, Rocha y Cambaceres (la fracción del Gral. Gainza permanece unida al mitrismo). En el Manifiesto, firman, entre otros, Bernardo de Irigoyen, Aristóbulo del Valle, Antonio Cambaceres, Diego y Torcuato de Alvear, José y Rafael Hernández, Eduardo Wilde, Miguel Navarro Viola, Carlos Pellegrini, Dardo Rocha, Marcelino Ugarte, Lucio V. Mansilla, e Hipólito Yrigoyen⁷¹. Días después, el 30 de septiembre, se constituyó el Consejo Supremo del Partido Autonomista Nacional. Entre sus 16 miembros figuran: Rocha, Del Valle, Alem, Torcuato de Alvear, D'Amico, Estanislao Zeballos, aunque, como sostiene D'Atri, por ahora, tiene un alcance más bien bonaerense para recién, más tarde, alcanzar representatividad de todo el país⁷². Luego, los hombres que, por antimitristas, se reunirán en él, en todo el interior, le darán carácter nacional.

Los curiosos caminos de la Historia y la desorientación de los intelectuales

Producidos los enfrentamientos militares de junio de 1880 y federalizada la ciudad de Buenos Aires, llega Julio Argentino Roca a la presidencia, apoyado en la Liga de Gobernadores del interior.

Aunque para muchos resulte sorprendente, la oligarquía porteña liderada por Mitre, que viene perdiendo influencia sobre el poder desde la presidencia de Sarmiento, ahora

^{70c} Discurso del 19 y 23/11/1880, Raúl Moreno, Isidoro ob. cit., pp. 263-322.
^{70d} Idem.
^{70e} El tema ha sido desarrollado en el capítulo VIII.
⁷¹ D'Atri, Norberto: *Del 80 al 90 en la Argentina*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973, p. 30.
⁷² Idem, pp. 28-31.

quedará claramente desplazada por la coalición de fuerzas sociales del interior del país que provienen, en su mayor parte, del partido federal provinciano.

Los tres mil muertos producidos en los enfrentamientos bélicos del ochenta impiden despreciar las disidencias entre mitristas y roquistas y solo una interpretación infantil puede negar que allí hubo una severa confrontación de intereses económicos y de clases sociales. Los apellidos que aparecen en los bandos en pugna muestran claramente a las familias oligárquicas en el bando mitrista, así como a expresiones del pueblo del interior (y a propugnadores del desarrollo industrial) en el bando del PAN (Partido Autonomista Nacional).

Claramente, los episodios expresan la aguda lucha de clases entre la oligarquía porteña con apoyo de sectores medios de la ciudad-puerto en oposición al frente nacional de burguesías provincianas y sectores populares.

Por supuesto, los "revolucionarios puros y a ultranza", los seudoizquierdistas que defienden abstractamente un mundo nuevo e igualitario -pero evitan cuidadosamente condenar a la oligarquía y a su jefe, Bartolomé Mitre- desean que el campo popular esté presidido por un intelectual nutrido de lecturas europeas, dechado de virtudes morales o estadista madurado en interpelaciones parlamentarias, pero jamás por un general que viene de una trágica campaña de persecución a los pueblos indios. Pero la Historia no se construye como lo desea "la izquierda infantil" sino que los pueblos se expresan como pueden, sin importarle, a veces, ciertos antecedentes, sino solo intuyendo con quién pueden ganar la partida a sus enemigos, es decir, de qué modo oponerse al proyecto que los perjudica. Y así lo han hecho en esta ocasión.

La lucha de clases pasa, evidentemente, en el 80 por el enfrentamiento entre el grupo oligárquico porteño, nutrido por grandes comerciantes exportadores e importadores, tanto criollos como ingleses, unidos a los grandes estancieros, con la apoyatura de los intereses británicos y los grandes diarios, quienes amenazan inclusive con volver a segregar la provincia del resto del país y ejercen influencia decisiva sobre sectores medios de la ciudad puerto, y enfrente, la casi totalidad de los pueblos del interior, donde han surgido frentes de clases con burguesías locales, con excepción de Corrientes.

Resulta incomprensible como Milcíades Peña, que se consideraba marxista, no haya visto tan claro antagonismo y haya repetido el grave error ya cometido, también desde una aparente izquierda, por Juan B. Justo cuando sostenía que "roquistas, mitristas, irigoyenistas y alemistas son todos lo mismo. Si pelean entre ellos es por apetitos de mando, por motivos de odio o de simpatía personal, por ambiciones mezquinas e inconfesables, no por un programa, ni por una idea"⁷². Porque no solo los campos están bien definidos sino que además el enfrentamiento no se produce solo en las urnas sino con las armas en la mano. Del mismo modo, resulta asombroso que una historiadora que se autoproclama "progresista" intente diluir estos conflictos, como ocurre con Hilda Sabato en el libro *Buenos Aires en armas*, en la misma línea de los anteriores, argumentando que "se trataba, pues, de hombres que pertenecían a los mismos círculos, a la misma clase"⁷³. Tampoco halla diferencia entre los jefes que comandaban uno y otro bando pues "no surgen pautas diferenciales [entre ellos] por su distinta extracción social o siquiera por su lugar de origen"⁷⁴. Lo mismo, con respecto al resultado: "¿Quién perdió? ¿Quién ganó?"⁷⁵. En

⁷² Juan B. Justo, citado por Cáneo, Dardo: *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Alpe, 1956, p. 134.

⁷³ Sabato, Hilda: *ob. cit.*, p. 122.

⁷⁴ *Idem*, p. 215.

⁷⁵ *Idem*, p. 232.

relación al motivo del enfrentamiento, agrega: "¿Qué papel cumplió la cuestión capital en el conflicto? Los historiadores difieren en este punto, pues si bien algunos -como Heras- sostienen que aquella fue clave en el desencadenamiento de este, otros -entre ellos, Hídoro Ruiz Moreno- encuentran que más que una causa de la disputa, la federalización de Buenos Aires fue una de sus consecuencias. Nuestra propia (re)construcción de esta historia termina por acercarse más a esta segunda interpretación que a la primera"⁷⁶, es decir, "casualmente" a la versión de un historiador liberal como Ruiz Moreno y no a un investigador serio y fundamentado como Heras. Y concluye en el epílogo, confesando su impotencia para entender lo que presuntamente ha estudiado: "No alcanza para dar cuenta del porqué de la confrontación armada ni de los alcances y efectos que esta tuvo sobre la historia que siguió. ¿Por qué se llegó a la guerra? [...] No hay respuesta evidente. Las dirigencias de ambos bandos parecían compartir, en líneas generales, los ideales de orden y progreso que informaban los proyectos de modernización del país [...] ¿Que podía llevarlos a enfrentarse por la vía de las armas? [...] ¿Cómo dar sentido a esta acción aparentemente insensata? [...] La historia que he contado no ofrece todas las respuestas a estos interrogantes". Sin embargo, ella misma reproduce diarios mitristas que hablaban de "La mazorca de pie", refiriéndose al roquismo⁷⁷ o reproduce una carta donde se afirma que "la oposición a Roca ha tomado aquí [en Buenos Aires] la resolución de una pasión popular"⁷⁸ o que "el pueblo de Buenos Aires [...] está resuelto a morir o vencer, por sus libertades y sus leyes amenazadas de muerte [...] el mismo [...] de 1810, 1852 y 1861"⁷⁹, dejando así al desnudo de este modo el espíritu oligárquico porteño que animaba las fuerzas antirroquistas, herederas del golpe segregacionista del Once de septiembre de 1852 y del 17 de septiembre de 1861 (Pavón).

Los mitristas que han hecho la historia han convertido así en figura demoníaca a Roca, aprovechando la circunstancia de que asume como presidente, inmediatamente después de haber comandado la llamada "conquista del desierto". Esto favorece el equívoco al que ha ingresado "el falso progresismo" de juzgar a su presidencia como "el gobierno de la oligarquía". La otra razón proviene del mitromarxismo, el cual esculpa a Mitre de la tarea de consolidar a ese bloque dominante como también de imponer el modelo semicolonial, pretendiendo que la suya fue una presidencia "docente" e "insitucional" y que la oligarquía nace en el 80, con Roca.

⁷⁶ *Idem*, p. 266.

⁷⁷ *Idem*, pp. 291 y 292.

⁷⁸ *Idem*, p. 106.

⁷⁹ *Idem*, p. 110.

⁸⁰ *Idem*, p. 154.

CAPÍTULO XIX

"LOS OCHENTA"

Las razones de una polémica

Los acontecimientos políticos ocurridos en esa época de las décadas del 70 y el 80 solo resultan comprensibles si el lector se acerca a ellos despojándose de todo prejuicio. En este sentido, es útil el consejo de Manuel Gálvez quien sostuvo que en Historia, tanto los historiadores, como sus lectores, deben tomar partido, pero no tener partido tomado.

Se trata del período menos investigado de nuestra historia, donde son escasos los aportes profundos y donde, sin embargo, se han instalado "verdades" que parecen indiscutibles a primera vista y nos conducen a confusiones o callejones sin salida. La enseñanza de Scalabrini Ortiz, una vez más, resulta fundamental: "Se hace necesaria una virginidad mental a toda costa".

Los representantes de la Historia Oficial o liberal-conservadora se han referido a las Presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda como las que echaron las bases de la Argentina republicana, por supuesto, con el antecedente de Rivadavia. Serían las constructoras de la Argentina, pero que hacia el 80 fueron reemplazadas por gobiernos per-

sonalistas y en general corruptos (el único, la inmoralidad, etc.).

La Historia Social, a través de José Luis Romero, dio mayor precisión a esta interpretación: "En el período comprendido entre 1862 y 1880, la dirección del país permaneció en manos del grupo liberal, sin que influencias extrañas llegaran a cabo el vasto programa política. Mitre, Sarmiento y Avellaneda se propusieron llevar a cabo el paréntesis creado por que se había preparado en los largos años de la dictadura y en el paréntesis creado por



Salón comedor del Hotel de Inmigrantes.

el conflicto entre la Confederación y Buenos Aires; y en el ejercicio del poder, llevaron al triunfo los ideales fielmente arraigados en su ánimo: el de la afirmación de la unidad nacional y el de la afirmación de la 'política de principios' [...]. A partir de la presidencia de Mitre, ese programa comenzó a cumplirse con intensidad febril. Había que transformar la realidad, y la voz de orden fue crear una estructura de país civilizado para forzar a la sociedad a que se acomodara con prontitud dentro de esos moldes. Cuatro grandes problemas preocuparon a los estadistas argentinos de entonces: el fomento de la inmigración, el progreso económico, la ordenación legal del Estado y el desarrollo de la educación pública¹. Sostiene Romero que los políticos que realizaron esa tarea "eran grupos de elite, pero republicana y austera"².

A partir de 1880, asevera que "la elite se había convertido en una oligarquía rica por la posesión de los bienes de producción"³. Y afirma: "Un sentido de aristocracia, de superioridad social, comenzó a aflorar en los hombres de la generación directora de 1880 [...]. La riqueza fue la nueva ambición; los hábitos austeros de un Mitre o de un Sarmiento comenzaron a parecer inapropiados para la grandeza material que alcanzaba el país, y la fiebre del lujo, de la ostentación y del poderío económico comenzó a atormentar sus espíritus, ajenos cada vez más a las severas exigencias de la virtud republicana. Y en la pendiente hacia la riqueza, no bastó lo que el país producía, y pareció necesario tentar la suerte en las más diversas aventuras económicas, muchas de las cuales adquirieron bien pronto los caracteres de oscuros 'negocios' que comprometían la soberanía de la nación y enajenaban su riqueza"⁴. Luego, agrega: "Indisolublemente unidos, aquel sentido de aristocracia y este afán de enriquecimiento, conformaron la actitud política de la elite de la era aluvial [...]. Los miembros de la nueva oligarquía tendieron a cerrar su círculo y a defender sus privilegios. El liberalismo fue para ellos un sistema de conveniencia descañable, pero pareció compatible aquí con una actitud resueltamente conservadora. Porque, en efecto, la oligarquía consideró que el poder público le correspondía por derecho y que, más aún, era patriótico no abandonarlo en manos de los hombres que surgían del conglomerado criollo inmigratorio; el liberalismo conservador se manifestó resueltamente antipopular, y mantuvo cierta forma de despotismo ilustrado"⁵. "Este proceso -agrega- trajo consigo una gran crisis moral"⁶. Y de aquí concluye: "Julio A. Roca y Miguel Juárez Celman fueron los representantes eminentes del 'unicato'. Era este un sistema político elemental, en el que apuntaban las viejas tendencias del autoritarismo autóctono, pero que, contenido por el vigoroso freno del formalismo constitucional, conducía al mismo tiempo a una solemne afirmación del orden jurídico y a una constante y sistemática violación de sus principios por el fraude y la violencia"⁷. "¿Qué podía extrañar esta situación -agrega-, si los espíritus más ilustrados estaban corroídos por el escepticismo y no había en el seno de la oligarquía, quien conservara la vieja devoción por el pueblo, aquella que estimuló el fervor republicano de Sarmiento o de Mitre?"⁸.

Esta fue la óptica con que la clase dominante diseñó el imaginario colectivo: hubo una "elite republicana", austera, democrática, que llevó adelante el progreso del país,

¹ Romero, José Luis: *Las ideas políticas en la Argentina*, Buenos Aires, pp. 156-161.

² Ídem, p. 163.

³ Ídem, p. 181.

⁴ Ídem.

⁵ Ídem, p. 182.

⁶ Ídem, p. 183.

⁷ Ídem, p. 189.

⁸ Ídem, p. 191.

con inmigración, educación, etc., desde 1862 hasta 1880. Hubo, a partir de esa fecha, una oligarquía autoritaria, corrupta, que hizo sus negocios y se alejó de toda inquietud por servir al pueblo. Mitre, Sarmiento y Avellaneda constituyen la primera, Roca, Juárez Celman y Pellegrini, la segunda.

Relacionese ahora esta interpretación con los cuadros que decoran nuestros colegios y se comprobará de qué modo la corroboran. De los tres primeros, Sarmiento y Mitre abundan con su presencia en calles, plazas, colegios, retratos, etc., no tanto Avellaneda que "si bien era elite" es responsable de haberle dado el gobierno a Roca, aunque también tiene localidad y una calle de menor importancia. De los tres segundos, extrañamente Juárez Celman no tiene calle en Buenos Aires, donde por malo que haya sido su gobierno no es peor que la dictadura de Urriburu quien da nombre al puente que conecta a la ciudad-puerto con Valentín Alsina o peor aún, Ramón Falcón que fue un policía represor responsable de la masacre de Plaza Lorea. Tampoco hay cuadros de Juárez Celman en los colegios. Roca tiene una diagonal y una estatua en pleno centro que provoca insomnio a alguna gente, pero no es común hallar su retrato en los colegios. Pellegrini tiene una calle céntrica, pero para cualquier alumno de primer nivel, ¿cómo equiparar a Roca y a Pellegrini con Sarmiento y Mitre?

Se comprende la objeción: Roca es un genocida. Estamos de acuerdo. Genocida de indios, según parece alrededor de 2500, aunque, por lo que se sabe, también los otros cargan con miles de muertos.

Pero lo que nos interesa es otra cuestión: Mitre fue un genocida de criollos, entre 1862 y 1864. De esto no hay duda, aunque se silencia en los colegios e inclusive lo silencian quienes denuncian el genocidio de Roca. Sin embargo, Nicasio Oroño denuncia cerca de 5000 víctimas, Andrade y Hernández se refieren a miles de gauchos muertos, y Felipe Varela, en un manifiesto, levanta la cifra a 50.000. (Cifra que, aunque se redujera a la mitad, igualmente sería enorme en función de la población de aquella época.)

Por otra parte, Mitre tuvo la mayor responsabilidad en el genocidio cometido durante la Guerra de la Triple alianza, entre 1865 y 1870, período durante el cual la población paraguaya disminuyó aproximadamente de 1.200.000 a 1.300.000 a 400.000 quedando solamente niños muy pequeños, pocas mujeres y hombres muy ancianos. Además, Rivadavia, Mitre y Sarmiento eran tan antiindios como Roca, así como lo era la sociedad blanca en su conjunto, salvo unas pocas excepciones.

Además, Mitre es la expresión clara y neta del modelo agroexportador -cuyas bases instala con los ferrocarriles trazados en abanico y los Bancos ingleses- que nos llevó al sometimiento respecto al Imperio Británico.

Roca tuvo otro proyecto, que analizaremos luego, y tuvo una influencia notable en la política argentina, entre 1880 y 1904, casi un cuarto de siglo.

Pero, lo que ocurre como hecho fundamental, es que Roca fue el antagonista principal de Mitre en el 74, el 80 y el 86. Y es más fácil derrumbar la estatua de Roca -que no se dejó un diario de guardaespaldas- que la de Mitre, llevando así a la revisión histórica a un callejón sin salida pues impide entender el nudo histórico del 80.

Es preciso aclarar que la razón de la polémica va mucho más allá de justificar o condenar a determinada figura histórica. Aquí lo importante es que Roca, en 1880, es el antagonista principal de Mitre porque representa a los sectores del interior que se oponen a la política centralista de la oligarquía porteña, que está representada por Mitre. Es a esa oligarquía a la que condenamos, como asimismo valoramos a las masas populares y sus vacilantes burguesías provincianas del interior argentino, más ligadas a la Patria Grande. No se trata de una persona u otra en particular porque ya hace muchos años que fue refutada la teoría de Carlyle de que eran "los grandes hombres", para bien o para

mal, quienes hacían la historia. Ahora, sabemos que son las clases sociales en sus luchas, que expresan intereses contrapuestos, las que empujan el devenir histórico. Por eso, insistimos en comprender el período que va desde 1880 hasta 1904 y el rol jugado por el Partido Autonomista Nacional en esa etapa. Si no se avanza en esa comprensión, no se logra desatar el nudo de los ochenta. Es decir, no logramos explicarnos qué ocurrió con los hombres que apoyaron a los últimos caudillos, cómo desde el viejo dorreguismo nace el alsinismo convertido en baluarte del PAN y cómo, además, la disgregación del PAN, a principios del siglo XX, explica la aparición del radicalismo en el interior ingresando a una alianza con los inmigrantes del litoral. Tampoco se explica que figuras de alto relieve político como Hernández, Magnasco, Andrade y tantos otros fueran autonomistas y menos aún los 3000 muertos del 80 que los historiadores simplificadores adjudican al enfrentamiento de ambiciones personales.

La figura de Roca, en tanto, maniobrero, "zorro", amante de Lola Mora o de la señora de Wilde, federal en Cepeda, Pavón y Santa Rosa y antifederal en la Guerra del Paraguay y contra los caudillos como en Ñaembé, militar afortunado convertido en estanciero invernador, no nos interesa, no nos convoca a su defensa. Solo ocurre que queremos hacer historia en serio, no con los grandes hombres, sino siguiendo la trayectoria de las grandes masas, del protagonismo popular enfrentado a la minoría oligárquica aliada al interés económico extranjero. De ahí la necesidad de estudiar este período con la mayor profundidad posible, es decir, descifrar el movimiento profundo de las aguas. Sin embargo, aún desde esa óptica resulta necesario conocer los personajes que conforman la cresta de las olas.

¿Quién es Julio Argentino Roca?

Ha nacido en Tucumán, en 1843, gobernado en esa época por el caudillo Celedonio Gutiérrez. Su padre, don José Segundo Roca, fue hombre de armas desde muy joven habiendo participado en el ejército libertador de San Martín. De modestos ingresos, don José Segundo fue capaz de grandes esfuerzos para orientar a sus hijos en la vida. Así, obtuvo de Urquiza el otorgamiento de una beca para la incorporación de Julio Argentino al prestigioso Colegio de Concepción del Uruguay, fundado por el entrerriano. Allí, el muchacho desarrolla su afición por los libros, al tiempo que estrecha amistad con otros argentinos que jugaron roles importantes en nuestra historia como Olegario Víctor Andrade o Francisco Fernández. Pero la guerra civil no cesa y a los dieciséis años participa como artillero en la batalla de Cepeda y luego en la de Pavón, donde se destaca militarmente, recibiendo ascensos en ambos campos de batalla, como destacado militar de la confederación urquicista. Interviene luego en diversos combates, en algunos contra los montoneros, como Felipe Varela y López Jordán, como así también en la guerra contra el Paraguay, y en otras ocasiones, enfrentando al mitrismo, especialmente aplastando la insurrección, en la importante pero olvidada batalla de Santa Rosa, en 1874.

En relación con esta etapa de su vida, el argumento que descalifica a Roca por su lucha contra las montoneras es harto forzado porque se trata de un joven de apenas veintitantos años, sometido a la disciplina militar. Por otra parte, ese pasado se compensaría con su participación, tanto en Cepeda como en Pavón, en las filas federales. Una historia que pretende cierto grado de seriedad no admite este tipo de infantilismos por parte de quienes incursionan, en algún episodio aislado de una compleja vida política, sin intentar comprenderla en su conjunto y sin contemplar las condiciones de esa época, sino con los ojos facilistas del presente. Por el contrario, su triunfo en Santa Rosa, sobre los fuerzas

insurrectas del mitrismo dirigidas por el general Arredondo -en cuyo caso son muchos los voluntarios que se incorporan a su fuerza- parece haberle ganado alta estima en todo el interior del país, declarado en contra de la sublevación porteña. Allí se convierte en general, tan solo con 31 años de edad. Sostiene Mariano de Vedia: "Las provincias le consideran su campeón dentro del propio organismo nacional".

Poco después, es destinado a Río Cuarto donde permanece algún tiempo al frente del regimiento encargado de la frontera sur de Córdoba. Allí, recuerda Roca que pasaba sus buenos ratos "generalmente, con Thiers, Emerson, de Vigny, etc., pero esta sociedad muda con los libros cansa, y hace sentir la necesidad de amenizarla con otros atractivos"¹⁰. Así lo encuentra el general Gelly y Obes y le pregunta: "¿Qué es lo que está leyendo?" Roca, tras breve titubeo, respondió: "Las Décadas de Tito Livio, mi general". Estas anécdotas aparentemente intrascendentes muestran, sin embargo, por ejemplo, de un militarote cuartelero y lo van dibujando como un político, capaz, por ejemplo, de definir a Sarmiento, como ideólogo, en estas pocas palabras: "Sarmiento 'amaba a la patria, pero no a sus compatriotas; a la educación, pero no a los maestros; a la humanidad, pero no a sus semejantes'"¹¹.

Octavio Amadeo lo retrata a Roca de este modo: "Leyó mucho. Solía llevar en sus bagajes las ordenanzas de Perea, el Plutarco y su Quijote [...] Vivió en su tierra y su tiempo. No marchaba ni adelante ni atrás, sino en el centro [...] Era desconfiado, algo pesimista acerca del prójimo, sabía demasiado la verdad feroz de la vida y eso hace daño [...] Ningún político comprendió tanto el alma provinciana. Los hombres del litoral no han entendido las provincias porque viven dando la espalda al interior para mirar a Europa"¹². Y añade este testimonio: "Roca dijo sonriendo en la intimidad: 'Casi todos estos porteños son internacionalistas'". Agrega Amadeo que Roca "sabía 'el buen callar'. Cívica, al embarcarse en Lisboa, le pidió instrucciones. Roca le telegrafió: 'Cómase la lengua' [...] Fue de pocas palabras [...] Dijo esta máxima y la cumplió: 'En política no deben pronunciarse palabras irreparables' [...] Solía usar esa forma de ironía de los astutos o los tímidos que consiste en decir en broma las cosas serias y en serio, las futilidades. Su voz breve y queda, subrayaba la malicia y cuando miraba de soslayo con sus ojos saltones, azules y fríos, parecía reír por dentro"¹³.

En su correspondencia, este hombre de armas y de libros apela a la sátira: "Para mí ese gobernante provincial no es un hombre. Es una masa de sebo, saturada de rapé, una de las primeras manifestaciones de la vida de la Creación; del género de los moluscos, en que el ser racional e inteligente apenas da señales de existencia a través de lo grosero, lo deforme e imperfecto en la materia. Darwin lo colocaría en el estado medio entre el hombre y el mono"¹⁴. También resulta poca conocida la profundidad de algunas de sus opiniones: "No diga nada de mí. Estos movimientos colectivos son como las agitaciones del mar. Toda individualidad resulta pequeña ante su grandeza. No hay voz que pueda

¹⁰ Vedia, Mariano de: *El General Roca y su época*, Buenos Aires, Ediciones de la Patria Grande, 1962, p. 34.

¹¹ *Idem*, p. 30.

¹² Rivero Astengo, Agustín: *Judrez Gómez*, Buenos Aires, Kraft, 1944, p. 54.

¹³ *Idem*, p. 73.

¹⁴ Arturo Jauretche en prólogo de Murray, Luis A.: *Pro y contra de Sarmiento*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1974, p. 8.

¹⁵ Amadeo, Octavio: *Vidas argentinas*, Buenos Aires, Giordano, 1953, pp. 36-38.

¹⁶ *Idem*, pp. 89 y 90.

¹⁷ *Idem*, pp. 18 y 19.

¹⁸ Rivero Astengo, Agustín: *ob. cit.*, pp. 56 y 57.

Resulta interesante consignar que la familia Alvear, generalmente tan vapuleada, tenía el antecedente federal del Gral. Alvear quien había colaborado con Rosas y uno de sus hijos, Emilio de Alvear, se destacó por sus posiciones industrialistas. Se trata de una familia que por su poderío económico, podría suponersele mitrista y luego conservadora y sin embargo, fueron roquistas y luego radicales, como Marcelo Torcuato, quien llegaría a presidente, aunque sería un radical de derecha.

Rivero Astengo sostiene: "Salvo rarísimas excepciones, [Roca] careció del apoyo de los estancieros, capitalistas, comerciantes, letrados y políticos que, desde 1852, constituían la clase rectora, oligárquica de Buenos Aires"⁹⁰. Por su parte, un diario antirroquista de aquella época sostiene: "Avellaneda subió en 1874 a la presidencia de la nación porque contaba con el apoyo de Adolfo Alsina y su partido, de gran influencia en Buenos Aires pero Roca no tiene puntal alguno en esta provincia; se sostiene con los batallones de línea, compuestos por indios reducidos o enganchados, que a pesar de tener vencidos sus contratos, no se les libera del servicio. Roca se empeña en gobernar a la República, olvidando que esta no es gobernable si se carece del apoyo de Buenos Aires"⁹¹. Sin embargo, el aserto de ese diario era solo una verdad parcial: algunos sectores alsinistas, de origen federal, apoyaban a Roca, probablemente por ser la manera de derrotar al viejo enemigo mitrista. El mismo Roca, en carta a Juárez Celman, manifestaba su sorpresa según ya se ha señalado: "Aquí me encuentro, mi amigo, con un gran partido. ¡Quién lo creyera! ¡Un provinciano crudo y neto, sucediendo y recogiendo el disperso partido de Adolfo Alsina!"⁹². Y en otra carta, reconocía: "Tengo mis ribetes de federal"⁹³.

Antimitristas: del urquicismo al roquismo

Ya hemos dejado atrás aquel viejo criterio de que la historia la hacen los grandes hombres y por tanto era posible explicar los acontecimientos profundizando la psicología de los principales protagonistas. Desde la perspectiva científica de que son las clases sociales, en su enfrentamiento, las que gestan la historia, solo se ha hecho referencia a algunos rasgos de Roca en razón de que todavía hay quienes se empeñan en cultivar esa historia de individualidades. Lo cierto es que nos debe interesar explicar ese nudo histórico importante de los 80 en función de los sectores sociales y por eso, se ha analizado la guerra civil de esa época como claro antagonismo entre los frentes de clase del interior provinciano con alguna apoyatura en el litoral bonaerense por un lado y la oligarquía porteña de signo mitrista, por otro.

No se equivocaba la gente de Tejedor cuando promovía nuevamente la segregación de Buenos Aires y declamaba querer llevar a cabo un nuevo Pavón, dando así testimonio de quiénes estaban de un lado y del otro de la barricada.

Pero, por si esto no quedase suficientemente aclarado, es conveniente indagar, más que en Roca o en sus amigos de la política, en el Partido Autonomista Nacional que lo sostiene y estudiar a sus principales exponentes políticos e intelectuales.

Nada mejor para ello que recurrir al libro del historiador Eduardo L. Duhalde, titulado *Contra Mitre* donde pasa revista a más de 50 personalidades importantes caracterizadas por su militancia antimitrista. "En la milicia político-intelectual que se opone a la patria ganaderil y semicolonial del mitrismo -señala Duhalde- revistan cuantitativamente

⁹⁰ Rivero Astengo, Agustín: *ob. cit.*, p. 156.
⁹¹ *Idem*, p. 165.
⁹² *Idem*, p. 134.
⁹³ *Idem*, p. 99.

muchos, prueba contundente de que no constituyeron otra minoría ilustrada opuesta a la cuestionada, y sí un vasto entramado puesto a la construcción de la Argentina confederal (el partido nacionalista, como gustaba llamarlo Nicolás Calvo)⁹⁴. Los enumera y luego señala: "Además, cualitativamente, en esta enumeración está lo más granado de la inteligencia de entonces"⁹⁵.

Este ensayo es una obra valiosa porque rescata figuras marginadas por la historia oficial y otras que, si bien conocidas, han sido tergiversadas ocultándose buena parte de su militancia. Pero Duhalde no repara en que la mayoría de ellos serán luego hombres del Partido Autonomista Nacional y apoyan a Roca en su presidencia (como tampoco repara en que casi todos ellos provienen del urquicismo, al cual él repudia desde su perspectiva rosista).

Para enriquecer este aporte de Duhalde y dar una visión totalizadora, que fundamente nuestra tesis acerca del origen y posterior desarrollo del autonomismo (es decir, del antimitrismo) resulta necesario analizar a los políticos e intelectuales más importantes que se mencionan en ese libro, tanto en sus antecedentes como en su posterior colaboración en la presidencia de Roca.

El primero, entre ellos, es, por supuesto, Juan Bautista Alberdi quien replantea sus posiciones a partir de Caseros, asesora a Urquiza en su lucha contra Mitre, permanece desterrado no por temor a las ideas de "los Bartolos y Domingos", sino a su puñal⁹⁶ y que recién regresa al país sobre fines del gobierno de Buenos Aires por Capital, Alberdi exalta Argentina consolidada en 1880, con la ciudad de Buenos Aires. Años atrás, cuando cesó en la presidencia el triunfo del Ejército Nacional en el 80, celebrando el fin de la Provincia-Metrópolis con la federalización de la ciudad de Buenos Aires. Años atrás, cuando cesó en la presidencia de la Confederación, Urquiza propuso a Alberdi como reemplazante, aunque luego será elegido Derqui y cuando a Roca le proponen una candidatura a legislador, también propone, en su reemplazo, a Alberdi. Además, Roca protege a su comprovinciano apenas llega al gobierno haciéndolo diplomático en Chile, al tiempo que envía un proyecto al Congreso para editar sus obras completas. Sin embargo, un Alberdi ya viejo y enfermo prefiere regresar a Europa y solo acepta el cargo de jefe de la comisión de inmigración. El viaje lo comparte con Pablo Riccheri, íntimo amigo de Roca, quien recuerda que Alberdi, en sus conversaciones, hacía un examen minucioso "de la vida privada de algunos de nuestros próceres, del cual surgían dudas que podrían ensombrecer sus diáfanas personalidades"⁹⁷. A tal punto llegaban las críticas de Alberdi -presumiblemente hacia Mitre y Sarmiento- que Riccheri "optó por interrumpir las anotaciones de sus diálogos de viaje y destruirlos"⁹⁸. Años más tarde, en 1902, cuando 18 años después de su fallecimiento son traídos al país los restos de Alberdi, Roca pronuncia el discurso de recepción, reconociendo los méritos del sufrido coprovinciano⁹⁹.

Otro antimitrista declarado es Carlos Guido Spano quien se desempeña, bajo el gobierno de Roca, como vocal del Consejo Nacional de Educación, cargo que ocupa durante trece años. Lo mismo ocurre con Olegario Andrade, legislador roquista hasta su fallecimiento en 1882, siendo el propio presidente Roca quien le rinde el último adiós

⁹⁴ Duhalde, Eduardo Luis: *Contra Mitre. Los intelectuales y el poder, de Caseros al 80*, Buenos Aires, Punto crítico, 2005, p. 88.
⁹⁵ *Idem*, p. 89.
⁹⁶ Chávez, Fermín: *Alberdi y el mitrismo*, Buenos Aires, Peña Lillo Editores, pp. 57 y 58.
⁹⁷ Fraga, Rosendo: *La amistad Roca-Riccheri a través de sus contemporáneos*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1996, p. 37.
⁹⁸ *Idem*.
⁹⁹ *Idem*, p. 41.

público. También los hermanos Hernández -José y Rafael- de vieja militancia antimilitarista -como señala Duhalde- participan del gobierno presidido por Roca. José defiende la federalización de Buenos Aires como diputado provincial en el 80, es luego vocal del Consejo Nacional de Educación entre 1882 y 1884, senador provincial y miembro del directorio del Banco Hipotecario Nacional en 1884. A su vez, Rafael es Presidente de la Comisión Municipal de Belgrano. Fermín Chávez se refiere especialmente a la amistad personal entre Roca y Rafael Hernández²⁰. También Francisco Fernández, viejo luchador jordanista, acompaña a Rudecindo Roca, en la gobernación de Misiones y lo reemplaza como gobernador interino. Fernández participa, además, en un intento de reconciliación entre Roca y el caudillo Ricardo López Jordán, expatriado después de su última derrota. Ya en agosto de 1879, cuando López Jordán se fuga de la cárcel, los diarios mitristas y tejedoristas han acusado a los amigos de Roca de haber facilitado el operativo. Luego, el 15/12/1879, Fernández le escribe a Roca manifestándole que va a visitar a López Jordán y que "llevo al proscripto el consuelo de tu amistad y patriotismo, recordándole cuanto en su obsequio me tienes dicho"²¹. Roca le contesta: "Mi querido Francisco: me refiero a cuanto te tengo protestado de mucho tiempo atrás, en favor de nuestro compatriota el Gral. López Jordán. Creo en él como en un amigo sincero, en un elemento de orden, en un elemento de paz; y te consta cuanto es mi deseo, si subo a la presidencia, de gobernar con el pueblo y con la Ley. Estréchale la mano en mi nombre y pídele el último esfuerzo en el infortunio. Te deseo buen viaje. Tuyo afmo. Roca"²². Seguramente a algunos revisionistas les sorprenderá esta relación entre el jefe del Autonomismo Nacional y el jordanismo, pero los documentos son contundentes. También quizás se sorprendan al enterarse que Roca, ya presidente, le envía una comunicación al montonero Severo Chumbita para que regrese a Buenos Aires ofreciéndole restituirle el grado de general para "resarcirlo de los desmanes que sufrió su hacienda", invitación que Chumbita no acepta, muriendo poco después, en 1880²³.

Otros hombres de la Confederación, elogiados por Fermín Chávez en su trabajo *La Confederación, un proyecto nacional olvidado* y por Duhalde en la referida obra, también juegan roles importantes en el 80 en el Partido Autonomista Nacional. Evaristo Carriego, periodista, federal, antimilitarista, después crítico de Urquiza, autonomista, publicó el periódico *La Provincia* para apoyar a Roca entre 1881 y 1884. Del mismo modo, Nicolás Calvo, aquel de *La Reforma Pacífica*, opositor del segregacionismo porteño en tiempo de la Confederación urquicista se desempeña como diputado del autonomismo nacional entre 1880 y 1884 y publica *Decisiones constitucionales de los tribunales federales de Estados Unidos desde 1789*, en dos tomos, dedicado a Roca. Asimismo, Carlos Juan Rodríguez, como se ha señalado -jefe de la revolución de los Colorados de 1866- es elector de la fórmula presidencial Roca-Madero. También Vicente Quesada, diputado de la Confederación, es embajador del gobierno de Roca en Brasil. Similar resulta el caso de Eduardo Wilde, de cuyo antimilitarismo fervoroso hablaremos luego, quien se desempeña como ministro de Roca en 1882 o de Manuel Olascoaga, otro jefe de la revolución de "los Colorados", gobernador roquista en Neuquén en 1885 que posteriormente será radical. Otro enemigo del mitrismo y fiscal de la Guerra de la Triple Alianza, el ferviente católico Miguel Na-

²⁰ Chávez, Fermín: *La Confederación, un proyecto nacional olvidado*, Cuaderno 29 de Crisis, Buenos Aires, 1976, p. 41.

²¹ Chávez, Fermín: *Vida y muerte de López Jordán*, Buenos Aires, Teoría, 1957, p. 288.

²² Ídem.

²³ Arcardini, Fernando en Galasso, Norberto (comp.): *Los malditos*, Buenos Aires, Madres de Plaza de Mayo, 2008, volumen III, p. 271.

varro Viola -no obstante su rechazo al laicismo de Roca- mantuvo su amistad con él²⁴. Y a pesar de sus firmísimas discrepancias de sentimientos e ideas, miraba con simpatía e interés la labor reformadora de la presidencia de Roca²⁵.

Resulta interesante analizar detenidamente el libro de Duhalde *Contra Mitre*, para dilucidar esta cuestión. Por un lado, el trabajo significa un aporte valioso para desmitificar la imagen escolar del mitrismo, donde aparece como expresión de la mayor cultura de su época y por tanto, apoyado por la intelectualidad brillante de su tiempo. Para esta fábula se escamoteó la verdadera militancia de periodistas, escritores, intelectuales y políticos de ese período, resultando así que Duhalde sorprende a muchos revelando la verdadera posición de un gran número de luchadores nacionales en clara y decisiva confrontación con el mitrismo. Pero, como se ha señalado, ese trabajo de Duhalde resulta incompleto pues su perspectiva rosista lo conduce a ignorar la militancia urquicista de la mayor parte de estos antimilitaristas y más grave aún, porque ignora la posterior militancia roquista de esos mismos hombres. Este error conduce a considerar las batallas del 80 como quista de explicación política, pues dos poderosos ejércitos se enfrentan y hay 3000 muertos como si los contendientes fueran expresión de las mismas clases sociales y de un mismo proyecto, cuando resulta que la mayoría de los intelectuales consecuentes con su antimilitarismo tuvieron posiciones de apoyo a Roca.

Por eso, el antimilitarismo de Duhalde se debilita en esa obra por su subordinación al revisionismo histórico rosista que lo conduce a descalificar toda la vida política de Urquiza y de Roca, en vez de valorarlos dialécticamente con sus contradicciones: así resulta que la mayor parte de los intelectuales y políticos que reivindicó por antimilitaristas, en general, han sido antes urquicistas y serán roquistas, después.

Si tomamos los 55 antimilitaristas elogiados por Duhalde como opositores a Mitre durante su presidencia, al llegar el año 80 ya han fallecido 11, con lo cual nos interesa saber qué hicieron los 44 restantes. De estos, 2 sucumbieron al mitrismo y uno se hizo juarista, con lo cual quedan 41, a los cuales debemos restar 18 que tomaron posiciones ambiguas, no se definieron o se carecen de datos acerca de la posición que adoptaron, quedando 33. De estos, 24, la mayor parte de aquellos militantes antimilitaristas fueron participantes activos en el Partido Autonomista Nacional que condujo a Roca al poder. Probablemente se diga que así ocurrió porque apoyar a Roca era la única manera de oponerse a Mitre -como lo evidencia el enfrentamiento del 80- pero precisamente esta es la forma en que se desartollan comúnmente los sucesos políticos, como realineamientos de fuerzas en función de oponerse al enemigo principal apoyando a quienes, aunque no se coincida totalmente con ellos, son casi "como uno" o expresan la única opción efectiva respecto al enemigo.

El caso de José Hernández resulta paradigmático pues casi todos sus biógrafos, incluso quienes lo cubren de elogios, señalan que claudicó pues se hizo roquista en sus últimos años, sin comprender que allí reside la mayor consecuencia de Hernández al apoyar al gran enemigo de Mitre, su adversario de tantos años. La posterior defección de Roca no invalida que, a través de él, se exprese, en los 80, ese viejo antimilitarismo que Duhalde reivindica con tanta contundencia.

¿Qué fue la generación del 80?

Con respecto a la generación del 80 -entendida por tal la compuesta por políticos e intelectuales que actuaron poco antes o poco después de 1880- se dice generalmente en

²⁴ Rivero Astengo, Agustín: *Navarro Viola, el opositor vicario*, Buenos Aires, Kraft, 1947, p. 320.

²⁵ Ídem, p. 259.

una gran simplificación. La Historia Oficial la exalta por considerarla liberal, europeísta y forjadora de la Argentina agroexportadora subordinada al Imperio Británico. Por su parte, los historiadores del nacionalismo católico la vituperan juzgando que sus rasgos positivistas -expresados en un laicismo modernizador- se oponen a las raíces religiosas y tradicionales que supuestamente serían propias de la argentinidad.

En ambos casos, además de la simplificación señalada, como ocurre siempre en la historia, lo determinante es la óptica ideológica desde donde se analiza. El liberalismo conservador pretende que todo avance democrático -liberal en su sentido primigenio- solo es posible imitando a Europa o Estados Unidos, es decir, subordinándonos. A su vez, el revisionismo católico considera que solo es posible evitar el coloniaje aferrándose al pasado, es decir, su crítica al positivismo no apunta a superarlo, sino a regresar a concepciones medievales.

Un análisis más profundo de las principales figuras que se movieron en el escenario de la cultura y la política de esa época, permite reconocer a personajes importantes con concepciones antagónicas, manifestándose en muchos de ellos una tendencia europeizante presidida por la importación mecánica de ideas provenientes de otros países pero también a otros con vocación nacional -aunque con ciertas limitaciones- que intentaban consolidar el Estado desde muestras propias experiencias.

Haciendo algunas concesiones a la rigurosidad en materia de fechas de actuación puede considerarse que algunos "hombres del 80" -varios de los citados por Duhalde- se opusieron a la oligarquía mitrista y en ese caso constituirían una generación nacional, distinta de la anterior que sufre presiones contradictorias -como en el caso de Sarmiento- y de la posterior, del 900, que sufre la presión ya decisiva del imperialismo mientras que la de 1920 se revela preponderantemente colonial.

Entre quienes han abordado a la generación del 80, nos permite un análisis interesante la obra de un historiador revisionista, de gran honestidad profesional y aguda capacidad -Jorge Sulé- quien ha publicado *Los heterodoxos del 80*, sustentando la tesis de que algunos hombres del 80 tuvieron posición nacional en medio de una generación que -desde su enfoque católico- fue "europeísta y agnóstica". Sin embargo, ocurre que los personajes analizados no son tan "heterodoxos", sino principales figuras de esa generación a tal punto que podrían considerarse "los ortodoxos del 80".

Sostiene Sulé: "Este pensamiento, parcialmente silenciado, alentó en sus entrañas otra concepción de país diferente del que va a ir coagulando lentamente en los últimos años del siglo pasado. Una pléyade numerosa y excelsa lo representa: Mariano Fraguero (1795-1872), José Hernández (1834-1886), Rafael Hernández (1840-1903), Francisco Fernández (1842-1922), Miguel Navarro Viola (1830-1890), Nicolás Calvo (1817-1894), Carlos Guido Spano (1827-1918), Olegario Andrade (1839-1882), Evaristo Carriego (1828-1908), Alejo Peyret (1826-1902), Nicasio Oroño (1825-1904), Aristóbulo del Valle (1845-1896), Osvaldo Magnasco (1864-1920), Adolfo Saldías (1849-1914), Vicente Fidel López (1815-1903), Estanislao Zeballos (1854-1923), Indalecio Gómez (1850-1920), Ernesto Quesada (1858-1934), José M. Estrada (1842-1894), sin olvidar otras expresiones de desacuerdo que surgen del propio centro de la médula dirigencial, tal el caso de Carlos Pellegrini (1846-1906), Emilio Civit (1856-1920), José A. Terry (1846-1910) y Vicente Casares (1844-1910), entre otros¹⁰⁰. Es decir, son la mayoría y no la excepción.

Desde su óptica profundamente católica, Sulé no menciona a los anticlericales, como Eduardo Wilde, Onésimo Leguizamón y otros. Pero es útil repasar los motivos por los cuales rescata a quienes considera "heterodoxos" cuando son precisamente la expresión

¹⁰⁰ Sulé, Jorge: *Los heterodoxos del 80*, Buenos Aires, Macchi, 1982, p. 9.



Trabajadores en la construcción del ferrocarril, fines del siglo XIX.

mayoritaria de la generación del 80, y en general, se ubicaron del lado del Partido Autonomista Nacional.

Sulé incluye en esa generación a Mariano Fraguero y reproduce estas opiniones de ese gran patriota silenciado: "La libertad absoluta, en todo orden es libertad para los poderosos, que son pocos individuos y es opresión para los débiles que forman las masas, es protección al capital, favor al rango aristocrático y restricción para las capacidades democráticas. Solo la organización del trabajo que consulte los intereses de la sociedad, asegure el uso de la propiedad, sin más límites que el debido a las relaciones de la sociedad, asegura también la libertad [...] La libertad de imprimir [...] favorece solamente al poseedor del capital de la imprenta o sea al capitalista consumidor [...] Pasa hoy en la imprenta con la de los escritores y también del público consumidor [...] El Estado debe regular con una ley todo los ramos de la industria; el capital absorbiendo el trabajo; el capital en pugna con la capacidad; la sociedad en lucha con el individuo [...] que ha sofocado hasta hoy los productos estas actividades de tal manera 'que deje al ingenio libre y que lo emancipe por la porque es el capital, el individualismo egoísta el que ha sofocado hasta hoy los productos del talento. ¿De cuántos conocimientos importantes estará privada la humanidad por la avaricia de los empresarios?'". Sulé señala, además, que Fraguero propugnaba "el monopolio del Estado en materia bancaria, crediticia y financiera. Restringía la libertad de navegar los ríos interiores mediante diferenciaciones impositivas, postas y otros resortes claves del Estado sobre los yacimientos mineros, proveía los fondos para asegurar la libertad de la economía nacional. Y hasta establecía imprentas oficiales para asegurar la libertad individual y evitar el sometimiento de los talentos a la tiranía del capitalismo¹⁰¹.

Asimismo, Sulé reivindica a personajes poco conocidos como Adolfo Heredia quien, en 1876, señalaba: "Nuestra producción se reduce a materias primas, las que provienen de la industria ganadera. Los pueblos europeos nos venden, a su turno, productos

¹⁰¹ *Ibidem*, p. 11.

¹⁰² *Ibidem*, p. 10.

manufacturados preparados muchos de ellos con las materias primas que poco antes le vendiéramos. En estas transacciones todas las desventajas están de parte del consumidor argentino, que tiene que pagar el precio natural del objeto reagrado con los gastos del transporte [...]; más los derechos de importación en el extranjero y los de importación también en nuestras aduanas; aumentado todo esto aún con las ganancias de los intermediarios necesarios para hacer llegar las materias primeras de manos del productor nacional al fabricante extranjero, intermediarios, que serían en menor número si esas materias en vez de viajar a través de los mares para regresar después, [...] corriesen solamente el camino más corto que mediara entre el productor y el fabricante nacional⁹⁰.

Otro hombre reivindicado por Sulé es Carlos Casares, quien pronuncia un alegato muy fuerte contra el librecambio y en defensa de la producción nacional, posición con la que están identificados Carlos Pellegrini, Miguel Cané, Vicente Fidel López, Emilio Giviti y Osvaldo Magnasco. Idéntico resulta el caso del diputado Celestino Pera, defensor de la industria y crítico de las tarifas ferroviarias inglesas que traban el crecimiento económico⁹¹. De modo tal que este interesantísimo libro de Sulé nos revela figuras desconocidas y posiciones nacionales en hombres de aquella época; llega a afirmar que "el reclutamiento de ciertos hombres del PAN, apoyando a Roca, también es significativo", así como que "hasta 1886 la mitad de los ferrocarriles aún eran argentinos y la hegemonía del capital extranjero privado en la economía global no era total, aunque estaba en vías de serlo⁹²".

Al igual que Sulé, el ensayista nacionalista de derecha Julio Irazusta, en su libro *Balace de siglo y medio* reivindica también a Fraguero sosteniendo que "en sus *Cuestiones argentinas* propuso el único plan fecundo de la nueva era: la repatriación de la deuda argentina en Londres, señalando, un siglo antes que nuestra generación, el drenaje que significa para un país la exportación de los intereses devengados por los empréstitos extranjeros⁹³". También interesa consignar esta opinión del mismo autor, precisamente por tratarse de un hombre enemigo de los ochentistas (dado que estos eran laicistas): "A falta de capitalistas extranjeros, los nacionales: Urquiza, Aarón Castellanos y muchos otros porteños y provincianos, acometieron las empresas que el país necesitaba. El gobernador de Entre Ríos fue un capitán de industrias, de una magnitud aún no bien estudiada. Los dirigentes bonaerenses crearon el primer ferrocarril, que fue el del Oeste, con una sociedad por acciones, de las que don Justo tomó un paquete. El segundo ferrocarril nacional, el Central Argentino, fue licitado por don Aarón Castellanos, en compañía de varios comerciantes rosarinos, perdiendo estos el contrato por no haber podido depositar la garantía exigida por la ley de concesión⁹⁴". También Hugo Edgardo Biagini, en su libro *¿Cómo fue la generación del 80?* rechaza la tesis de quienes la califican como europeizante, superficial, snob, diletante y racista, caracterizándola como partidaria de la ciencia, la industria, la educación y el derecho. Rescata, por ejemplo la defensa del matrimonio civil, impulsada por Julio Sánchez Viamonte, así como la equiparación de derechos entre hijos ilegítimos y legítimos, defendida por Ramón Cárcano, posiciones de avanzada para la época. Sin dejar de reconocer la denigración sobre lo latinoamericano por parte de Agustín Álvarez, así como de otros autores decididamente antiindigenistas, Biagini reproduce textos de José Hernández en *El Río de la Plata*, condenando el exterminio de los pueblos originarios: "Nosotros no tenemos el derecho de expulsar a los in-

dios del territorio y menos de exterminarlos. La civilización solo puede darnos derechos de que se deriven de ella misma. Al no reconocerlo así, nosotros, los que nos emancipamos del yugo despótico del coloniaje, vendríamos a caer en los excesos que señalan perdurablemente a la execración del mundo las bárbaras hecatombes de la conquista de América. Tenemos el derecho de introducir en el desierto nuestra civilización, nuestra legislación, nuestras prácticas humanitarias porque allí donde nada de eso existe debemos llevar las exploraciones del progreso. ¿Pero qué civilización es esa que se anuncia con el ruido de los combates y viene precedida del estruendo de las matanzas? ¿Y cómo no esperar que los indios que tienen al menos organización humana, se vuelvan contra nosotros sedientos de venganza, cuando no nos anunciamos a ellos sino como heraldos de la muerte?⁹⁵". Del mismo modo Biagini rescata la defensa de los pueblos originarios hecha por el Coronel Álvaro Barros (*Fronteras y territorios federales de las pampas del Sud*), así como también de Vicente Quesada, Juan María Gutiérrez y Ramón Lista⁹⁶.

Asimismo en una recopilación sobre *El pensamiento de la Generación del 80* Luciano de Privitellio nos aporta una información interesante respecto de esta generación aunque no alcanza a categorizarla acertadamente, pero sí la coloca a distancia de aquella frustrada "Generación del 37" en la cual prevaleció el europeísmo, salvo excepciones como el J. B. Alberdi de la vejez. Privitellio se ocupa entre otros de Emilio de Alvear y Lacio V. López.

De Emilio de Alvear publica estas reflexiones: "Nosotros somos todavía pastores. Con el solo producto de nuestros ganados no podemos llegar nunca a ser una nación importante [...] Tendremos que convenir en que de nada somos dueños, ni aún de los dos y únicos productos del país [...] El país más rico no es el más barato sino aquel en que se vive más caro [...] La América necesita algo más que la inmigración bruta del hombre, necesita la civilización, la industria [...] ¿Y para qué han de venir [los operarios de todas las industrias] sino tenemos talleres, ni fábricas, ni industrias? [...] [Antes] recuerdo que la calle denominada hoy de Rivadavia estaba poblada de roperías, talleres, platerías y talabarterías, artefactos y tejidos fabricados en Buenos Aires y en las provincias; hasta el indio pampa contribuía con sus mantas, riendas y otros artículos de trabajo industrial [...] Y cuando (hoy) desde el calzado hasta el sombrero, todo lo recibimos del extranjero ¿en qué consiste esa independencia si no es en el derecho de exterminarnos fraternalmente? [...] ¿Por qué no estableceríamos una legislación si no del todo protectora al menos compensadora? [...] Cuando nuestra agricultura y fábricas estén a la altura de las de Inglaterra, entonces haremos como ella que propaganda del libre comercio y del librecambio [...] Los paraguayos tuvieron marina que ha peleado con honor, el Paraguay ha sucumbido su agonía, es de pólvora, cañón y armas o de fusil que resuena en sus montes marcando su agonía [...] Entre nosotros, el arma que nos mata, la que nos defiende, hasta el arma con que vencemos es extranjera; la espada de ella fuese tan argentina como el triunfo que simboliza⁹⁷".

En otra carta del 4/3/1870, Alvear sostiene que ha leído provechosamente las cartas del economista Carey al Presidente de Estados Unidos y agrega: "trabajamos para que otros ganen [...] Mientras pagamos esos metales al extranjero con el sudor de nuestras

⁹⁰ Ídem, pp. 15 y 16.

⁹¹ Ídem, p. 25.

⁹² Ídem, p. 19.

⁹³ Irazusta, Julio: *Balace de siglo y Medio*, Buenos Aires, Teoría, 1966, p. 38.

⁹⁴ Ídem, p. 39.

⁹⁵ José Hernández reproducido por Hugo Edgardo Biagini: *¿Cómo fue la generación del 80?*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980, pp. 63 y 64. Tomado de *Vida del Chacho y otros escritos en prosa*, CEAL, 1967, pp. 25 y 26.

⁹⁶ Biagini, Hugo Edgardo: ob. cit., pp. 49-103.

⁹⁷ Carta de Emilio de Alvear a Vicente Quesada, del 22/2/1870, reproducida por Privitellio, Luciano de: ob. cit., pp. 25-28.

frentes, los dejamos indolentes en las entrañas de nuestra tierra [...] Nuestro mal consiste en el error de tender nuestra vista a lejanas tierras y no querer detenerlas en la nuestra, que es por donde deberíamos comenzar. Protejamos los productos de todas las provincias [...] protejamos la ganadería y los granos de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, el oro, la plata, el hierro, el cobre, el carbón de San Juan, San Luis, La Rioja y Catamarca, los espíritus y vinos de Cuyo y La Rioja, los ingenios de azúcar, las aguardientes, suelas y las maderas de Tucumán, protejamos el cambio de esa variedad de productos, entre sí, dentro de la República [...] Dedicados exclusivamente a la exportación de materias primas no hacemos sino empobrecer la tierra por mezquinas o ilusorias ganancias, desde que tenemos que volverlas a comprar bajo otras formas y a precios infinitamente más altos⁶².

También resulta importante la recuperación de estos planteos de Lucio V. López: "Somos dependencia del comercio extranjero y de las conmociones que lo agitan; nuestra producción, es decir, nuestra materia prima, que es lo único que la constituye, depende necesariamente de la demanda de los mercados extranjeros. Ellos nos fijan la línea a que puede llegar. Ellos nos tienen bajo su tutela despótica por más que queramos encomiar la bondad y el liberalismo de nuestro sistema económico. Ahogamos toda iniciativa de industria nacional con nuestro sistema singular de libre comercio [...] Carey se ha encargado de contar al mundo de la ciencia los preciosos resultados que ha obtenido allí la sabia introducción del principio: protección a las industrias nacionales. Así se forman capitales de que nosotros carecemos [...] El capital extranjero nos somete al despotismo de su tasa [...] La causa principal, la base de nuestros males, está en carecer de industrias por la falta de protección que se les dispensa y, por consecuencia, por carecer de capitales propios que nos hagan independientes de los mercados europeos⁶³.

Otra interesante personalidad de la época es Manuel D. Pizarro quien -según señala Hugo Biagini- "promueve la enseñanza técnica auspiciando una industria independiente, con personal nativo calificado: El comerciante, el mecánico, el marino, por ejemplo, no necesita latín ni griego, o por lo menos, lo necesitan muy poco [...] Esa educación clásica obligatoria se impone desatendiendo intereses esenciales⁶⁴.

Asimismo, Biagini reivindica las posiciones avanzadas de otros hombres del 80: "El clima reformista invade también uno de los dominios habitualmente más refractarios: el ámbito jurídico. En 1882, Luis Mohr y Julio Llanos fundan el periódico 'Los derechos de la mujer' mientras Carlos Vergara reivindica la condición femenina en términos igualitarios. Hacia la misma fecha, Julio Sánchez Viamonte presenta una tesis donde señala la filiación del Código de Vélez Sarsfield en cuanto al registro y matrimonio civiles, luego establecido oficialmente. Y Ramón Cárcano se lanza a la palestra con una tesis más explosiva donde proclama la igualdad de derechos entre hijos legítimos y naturales⁶⁵.

Otro argentino injustamente olvidado, al cual ya se hizo referencia, que milita decididamente en aquellos tiempos fue Miguel Navarro Viola: enemigo del segregacionismo porteño, antimitrista, opositor a la guerra de la Triple Alianza, en 1883, tuvo el coraje de promover un homenaje, en el Congreso, a Simón Bolívar pues "su concepto de la unidad espiritual y política de América lo hacía acreedor al dictado de Libertador que le daban muchos pueblos hermanos⁶⁶.

⁶² Carta de Emilio de Alvear, del 4/3/1870, reproducida por Privitelli, Luciano de: ob. cit., pp. 29-33.

⁶³ *Revista del Río de la Plata*, tomo VI, septiembre de 1873, citado en Privitelli, Luciano de: ob. cit., pp. 33-36.

⁶⁴ Biagini, Hugo: ob. cit., p. 29.

⁶⁵ Ídem, pp. 29 y 30.

⁶⁶ Rivero Astengo, Agustín: ob. cit., p. 175.

A su vez, Lauro Fagalde sostiene que "la función de las fuerzas que estructura el Partido Autonomista Nacional (PAN) nuclea una generación de excepcionales condiciones: Carlos Pellegrini, Lucio V. López, Dardo Rocha, Roque Sáenz Peña, A. del Valle, L. Alem, y también figuras consulares como Bernardo de Irigoyen, Vicente F. López, Luis Sáenz Peña, Adolfo Saldías, Vicente Quesada, [...] Juan B. Justo y José Hernández⁶⁷.

De toda esta información puede deducirse que "los hombres del 80" -a los cuales es difícil rotular como generación, pues la diversidad de sus natalicios los coloca a veces en la anterior generación y otras veces, en la posterior- no constituyeron, en su mayoría, esa élite descreída y escéptica, superficial y europeísta, frívola comentadora de viajes y vacía de toda vocación nacional, según la dibujan algunos autores: "escepticismo, frivolidad, cosmopolitismo, descreimiento sonriente [...] sin solemnidad [...] de juguetera levedad, traviesa, burlona y simpática⁶⁸" o como la pinta Roberto Giusti: "cultivaron la crítica diletante, los recuerdos del tiempo viejo, el cuadro de costumbres, el esbozo, el rasguño, hicieron humorismo o filosofía ligera⁶⁹.

Por supuesto que encontramos en esa época algunas expresiones de ese tipo, fuertemente europeizadas, ajenas a la suerte del país y de su pueblo, pero no fueron precisamente la mayoría, ni, por supuesto, estos que hemos citado, ligados de un modo u otro al Partido Autonomista. Fueron, por el contrario, los seguidores del mitrismo oligárquico, cumpliendo funciones colonialistas desde los suplementos de los grandes diarios o con publicaciones de perfil académico como las biografías de Belgrano y San Martín generadas por Mitre. Entre estos, podríamos recordar por ejemplo a Agustín Álvarez, despreciador de la autodenigración o complejo de inferioridad para los argentinos, *La creación del mundo* o *South América*, con su obsesión de criticar nuestros orígenes españoles y de todo lo autóctono, con su *Manual de patología política*, *Adónde vamos*, *La creación del mundo moral* o *South América*, con su obsesión de criticar nuestros orígenes españoles y ponernos como ejemplo a los anglosajones, uno de los primeros en difundir "zonceras", según dirá Jauretche. También a José María Ramos Mejía, porfiado denigrador de nuestros compatriotas, con su *Neurosis de los hombres célebres*, o a Martín García Merou, con su literatura liviana y superficial nutrida en sus ocios de la vida diplomática o a Carlos Octavio Bunge, con *Nuestra América*, predicando el racismo blanco contra nuestros hermanos latinoamericanos. Y finalmente, pero no el menos importante, a Paul Groussac, que controló la Biblioteca Nacional durante varias décadas y fulminó con su crítica a muchos noveles autores nacionales.

Son estos intelectuales coloniales los verdaderos heterodoxos del 80, donde prevaleció una generación que fue ortodoxa en su antimitrismo, su temporario urquicismo y su definición autonomista, y que intentó consolidar la identidad nacional, más allá de que la presión imperialista concluyera derrotándolos hacia el 900. Y entre aquellos verdaderamente heterodoxos -subordinados al mitrismo- estuvieron los Norberto de la Riestra, los Lucas González, los Quintana y tantos otros, combatiendo el proyecto del autonomismo nacional.

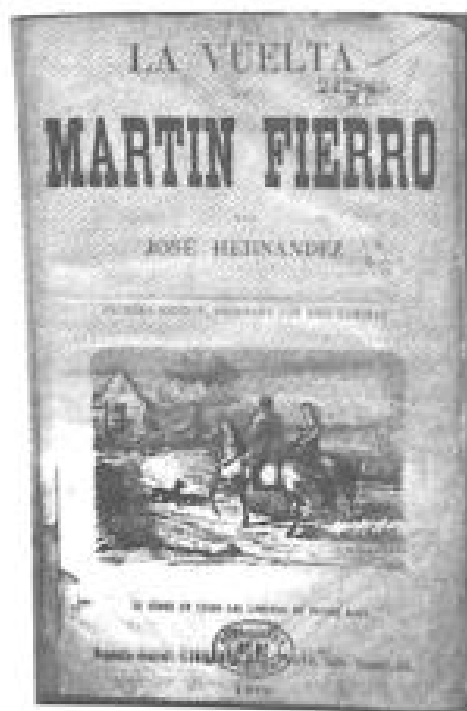
La búsqueda de una literatura nacional

En el campo de la literatura se manifiesta un fenómeno parecido al de la política. Tradicionalmente, en los colegios, las profesoras han sostenido reiteradamente: el cuento en la Argentina se inició con *El matadero* de Esteban Echeverría, la novela con *Amalia* de

⁶⁷ Fagalde, Lauro: *El interior contra Buenos Aires. De Caseros a Boca*, Santa Fe, Los Andes, 1975, p. 101.

⁶⁸ Abdala, Raúl Oscar: "Wikle, expresión de la Generación del 80", *La Prensa*, Buenos Aires, 6/11/1965.

⁶⁹ Roberto Giusti, en Abdala, Raúl Oscar: ob. cit.



La vuelta de Martín Fierro, edición de 1879.

José Mármol y el ensayo con *Facundo*, civilización o barbarie, de Sarmiento. Generalmente agregaban luego, con ingenuidad natural o afectada, que la literatura no debía mezclarse con la política, soslayando, por supuesto, que *El matadero*, hermoso por su colorido y realismo, era un libelo unitario, que *Amalia* era una novela antirrosista y que *Facundo* era la concepción central de "civilización o barbarie", con la cual la clase dominante miraba los acontecimientos y con que imbuía las mentes de los colegiales, para colocarlos contra el pueblo y los caudillos. Todo era política en estas tres obras -y de la peor-, más allá de los valores literarios de Echeverría y de la prosa extraordinaria del sanjuanino.

A mediados de siglo, lo que podríamos llamar la generación del cincuenta o sesenta comenzó a tomar otros rasgos. Así como la Confederación pugnaba por construir la nación enfrentando a la Provincia Metrópoli, así también fueron apareciendo ensayos agudos y valiosos de Alberdi, para alcanzar, hacia los 70, el poema máximo -*El Martín Fierro*-, donde José Hernández echa las bases de una literatura nacional, relatando el despojo y la

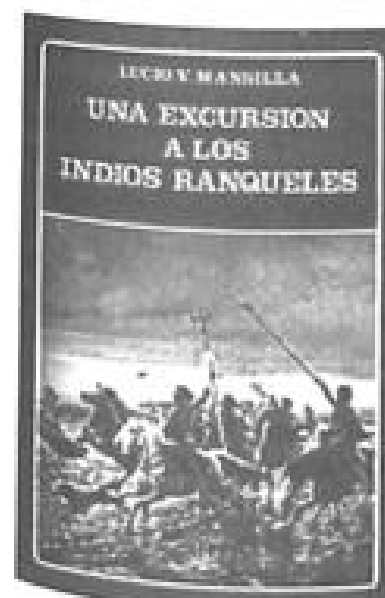
persecución sufrida por el gaucho, poema ignorado y desdeñado por la elite, como una grosera milonga, pero que los paisanos escuchaban en rueda en las pulperías con extrema atención porque, por primera vez, la literatura contaba sus propias historias.

En esa misma línea, años después, nos encontramos con *La Gran Aldea* donde Lucio Vicente López retrata la mediocridad del mitrismo: "En el partido de mi tía, es necesario decirlo para ser justo, y sobre todo para ser exacto, figuraba la mayor parte de la burguesía porteña; las familias decentes y pudientes; los apellidos tradicionales, esa especie de nobleza bonaerense pasablemente beótica, sana, iletrada, muda, orgullosa, aburrida, localista, honorable, rica y gorda; ese partido tenía una razón social y política de existencia: nacido a la vida al caer Rosas, dominado y sujeto a su solio durante veinte años, había sin quererlo, absorbido los vicios de la época, y con las grandes y entusiastas ideas de libertad, había roto las cadenas sin romper sus tradiciones hereditarias. No transformó la fisonomía moral de sus hijos; los hizo, estancieros y tenderos en 1850 [...] Necesitó un hombre y lo encontró: le inspiró sus defectos y lo dotó con sus méritos"⁷⁵.

Es decir, alrededor de esos años -donde crecía la inmigración y asimismo, el imperialismo presionaba sobre la Argentina- asomaba una literatura nacional. No hay en ella indiferentismo, ni cinismo, ni frivolidad, como pretenden algunos. No es casualidad tampoco que la crisis del 90 quede registrada en un libro que -expurgado de sus arrebatos antisemitas- constituye un fresco excelente de la especulación y el frenesí de los traficantes de acciones: *La Bolsa*, de Julián Martel.

También *Una excursión a los indios ranqueles* de Mansilla forma parte de esa literatura que asimismo se expresa en las obras de Cambaceres, así como lo hará después en los cuentos de Fray Mocho, los poemas del barrio de Carriego y el vozarrón de Almafuerte denunciando a quienes arrastran por el fango "la sombra de la patria".

⁷⁵ López, Lucio V.: *La Gran Aldea*, Buenos Aires, CEAL, 1962, pp. 15 y 16.



Portada del libro de Mansilla *Una excursión a los indios ranqueles*.

Existía en esos escritores un aliento nacional, una búsqueda de recrear lo propio en las páginas de sus libros, una literatura nacional en germen que no renegaba de la vida sino que se hundía en ella, a veces con la mordacidad de Eduardo Wilde o con la crudeza del paisaje indio por parte de Mansilla.

El mismo Wilde había dicho ya que no había nación si no había capital ni había moneda única, pero sabía también que esos eran prerrequisitos para alcanzar una cultura propia. Ella intenta abrirse camino en esos años. Por eso, es erróneo calificar a esa generación simplemente como cosmopolita o europeísta, cuando varios de sus miembros hablaban todavía de unificar a América del Sur, como en el caso de Eduardo Wilde.

Sin embargo, se percibía ya que el viejo enciclopedismo rivadariano -al cual atacaba implacablemente Osvaldo Magnasco- tendía a acentuarse. Ramón Doll, en su época brillante de crítico literario, anterior a su degradación de los años 40, había fustigado a Paul Groussac, uno de los principales responsables de esa frustración de nuestra literatura nacional: "Aquel

viejo inhóspito presidió, con su sonrisa nevada, medio siglo de inquietudes artísticas y espirituales; cincuenta cobardes de la vieja generación que temblaban ante la sagacidad del perdiguero de las citas erróneas y de las faltas de imprenta, nos enseñaron después a reprimir en la literatura nuestro brío romántico, nuestro lirismo innato, so pretexto de que el tropicalismo y el floripondio, le daban jaqueca al gran bibliotecario. ¡Había que hacer ejercicios de dictado y composición para aspirar al *baccalauréat* de las letras, título que, por lo demás, no se dignó discernir jamás el burócrata desterrado! Es posible que matara el floripondio, pero es seguro que con su odiosa mirada secaba el alma de los que lo siguieron. Yo creo que desde Groussac, comienzan nuestras letras a desconectarse del país, que aborrece cordialmente una literatura de mandarines, fabricada para los cenáculos porteños"⁷⁶.

No existe duda acerca de que hubo ensayistas y novelistas que obstruyeron esa búsqueda de una cultura nacional, pero en general, esa época de los 80 expresa una literatura nacional en germen, que se derrumbará luego hacia el fin de siglo en la generación posterior. Manuel Ugarte, en *El dolor de escribir* percibió esas primeras expresiones de una literatura propia: "En la literatura vacilante y escasa del siglo pasado (XIX) encontramos, a pesar de todo, -además del clásico y maravilloso Martín Fierro- varios libros que hablan del gaucho, si no con arte, por lo menos con entusiasmo. Eduardo Gutiérrez, por ejemplo, al esbozar su *Juan Moreira* no sospechó que dejaba un documento durable. El desdén con que se habla entre nosotros de ese folletón de aventuras ha hecho que algunos hasta eviten mencionarlo en las antologías. No es, sin embargo, una producción que pertenezca al género mazorrero. Sobre ella se escribió cuando muchas obras fastuosas se hayan hundido en el olvido. Por encima de la concepción primaria y del estilo indigente, está la emoción que el autor ha dado a su personaje silueta definitiva [...] La adaptación teatral fue el punto de partida del alma, de las pasiones, de la vida extraña. Compañías españolas, francesas o italianas, acaparaban la

⁷⁶ Doll, Ramón: *Política intelectual*, Buenos Aires, Tor, 1933, pp. 90 y 91.

escena y difundían las obras más famosas. Pero ese arte, no respondía a las preocupaciones nuestras⁷⁷.

Ese despunte de una literatura nacional encuentra bien pronto su gran escollo cuando el país declina por la pendiente semicolonial cuya estructura fundamental viene montando el imperialismo británico desde la presidencia de Mitre y se frustra en su desarrollo, así como se frustró después la vocación, confusa y vacilante, hacia nuestras posibilidades nacionales por parte del Partido Autonomista.

CAPÍTULO XX

EL PARTIDO AUTONOMISTA NACIONAL

El nudo histórico de 1880 a 1900

El período histórico que va desde 1880 hasta 1904 se caracteriza por su gran complejidad. Hacia el 80 concluye la vieja Argentina que viene debatiéndose en guerra civil desde 70 años atrás. Hacia 1904 ya se encuentran en el escenario los partidos políticos modernos que dirimirán a lo largo del siglo XX. ¿Qué ha sucedido en ese intervalo? ¿De qué manera se transforman las clases sociales que antagonizaban en el 80 alrededor de la federalización de la Capital Federal y cómo, de mitristas, roquistas, autonomistas y viejos federales se llega, a principios de siglo, a enfrentamientos nuevos entre conservadores, radicales, demócratas progresistas, anarquistas y socialistas?

Si el historiador no logra deshacer este nudo para explicar de qué modo a unos se los traga la Historia mientras otros realizan profundos realineamientos, no es posible darle al relato una continuidad y una cierta razonabilidad. A menudo, los historiadores que no consiguen descifrar el enigma, se resignan a investigar períodos breves, acerca de los cuales se tornan especialistas, pero las mayores precisiones acerca de la corriente consiguen cubrir la explicación del bosque. Esa microhistoria prevalece en la corriente de Historia Social, así como también en ensayistas de la izquierda abstracta. Entienden, aparentemente, una década, sobre la cual pueden disertar largas horas, mediante una minuciosa radiografía metafísica pero fracasan al no poder dar respuestas sobre el período anterior y el posterior, que es precisamente lo que dialectiza los procesos y permite una interpretación total de la historia, que es la única que puede servir para entender el presente y alumbrar caminos para el futuro.

Quienes pretendemos que la historia nos revele las causas de nuestro presente y nos permita orientarnos hacia el mañana, consideramos imprescindible interpretar "los trazos largos", lo que significa, en este caso, avanzar desde los años sesenta hasta este período conflictivo de 1880 a 1904, para aventurarnos luego en los años ulteriores, aún a sabiendas de que para ello hay que quebrar mitos y ultimar fábulas. Esta audacia de ejercemos al mismo tiempo que acentuamos las exigencias en cuanto al rigor histórico de las fuentes, aunque algunas conclusiones confronten con verdades "instaladas", ya sea por las Academias o por la comunicación mediática.

Tanto la generación como el gobierno de los 80 han recibido fuego graneado desde varias escuelas historiográficas: el nacionalismo católico los aborrece por la sanción de la Ley 1420 de educación laica y por la ruptura con el Vaticano, el mitromarxismo los descalifica pues el presidente es el creador del ejército y "el gran represor" de la "campaña al desierto", el mitrismo no perdona las derrotas del 74 y del 80 y de mala gana, lo juzga la continuación de la obra realizada por "los gobiernos civilizadores" desde 1862 en adelante, aunque con fraude y trapisondas políticas.

⁷⁷ Ugarte, Manuel: *El dolor de escribir*, Madrid, Compañía Iberoamericana de publicaciones, 1933, pp. 93-95.

El revisionismo socialista o federal provinciano no rinde pleitesía a la oligarquía mitrista -vedándose de antemano las columnas de *La Nación*, su guardaespaldas- ni tampoco analiza la historia desde la perspectiva de los grandes hombres, por lo cual no le interesa el debate que criminaliza o justifica a Roca. Solamente -y nada menos que eso- desea hacer historia con rigor científico y considera que este período es un complejo y difícil cruce de caminos, por lo cual solo un análisis de clase y dialéctico permite describir su naturaleza.

En su aspecto más importante, considera que durante el primer gobierno de Roca se intenta tardíamente un proyecto de desarrollo capitalista autónomo -es decir, la revolución burguesa- pero que las bases fundamentales de la vinculación semicolonial de la Argentina con el Imperio Británico ya están remachadas desde Pavón, por lo cual el intento se frustra.

Terzaga lo explica de la mejor manera: "Pavón era, en efecto, un hecho irreversible. Cuando Mitre -escribe H. S. Ferns- asumió sus funciones de Presidente constitucional de la República Argentina, quedó expresada en forma pacífica (sic) la conciliación básica o voluntad general de la comunidad argentina (sic). Al propio tiempo se había alcanzado uno de los objetivos de la política británica".¹ Agrega Terzaga: "Con la destrucción sistemática del viejo partido federal y de la resistencia popular de las montoneras, unida a la forja de los eslabones que soldaron férreamente al país al mercado mundial y a la expansión del capitalismo extranjero, que entraba a paso firme en su fase imperialista, nadie hubiera podido volver la rueda de la historia a las vísperas de aquella decisiva derrota nacional [Pavón]".² Luego, Terzaga vuelve a citar a Ferns: "La nueva época [los sesenta], anunciada por la triunfante inauguración de la presidencia del general Mitre, fue una época de inversión de capital y de libre comercio. Esa época venía pues a responder a un ritmo acelerado de desarrollo que se estaba verificando al otro lado del Atlántico".³ Y señala Terzaga: "Avellaneda y Roca podrían hacer pues, otra política económica, o alterar en parte la que recibieron, pero sin cambiar esencialmente de marco. Podrían amnistiar a los viejos federales, recoger su tradición y hasta aliarse con ellos contra Buenos Aires y contra el partido de Mitre, pero el país que recibieron llevaba la marca de Pavón y Pavón no podía ser borrado. Ese había sido el verdadero triunfo y la verdadera hora de Mitre".⁴

En aquella batalla, signada por la desertión de Urquiza -es decir, la ruptura de las fuerzas del litoral con las del interior, optando por conciliar con la oligarquía del puer británico que recién lograría quebrarse a mediados del siglo XX.

Desde esta perspectiva, debe entenderse el realineamiento político del viejo federalismo, especialmente del interior, comenzado con el apoyo a Sarmiento y más claramente a Avellaneda en los setenta y con la sustentación de la primera presidencia de Roca en el 80, vacilante luego y en retirada en los 90, hasta su definitiva frustración en 1904.

La base social del Partido Autonomista Nacional

Al modelo económico del centralismo portuario implantado por el mitrismo a partir de Pavón -que hundía a las economías interiores- las provincias habían respondido con la montonera. Troperos, carreros y reseros que iban siendo arrinconados por el ferroca-

¹ Terzaga, Alfredo en *Historia de Roca*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1976, tomo II, p. 185.

² Terzaga, Alfredo: ob. cit., tomo II, p. 185.

³ H. S. Ferns, citado por Terzaga, Alfredo, ob. cit., pp. 185 y 186.

⁴ Terzaga, Alfredo: ob. cit., tomo II, p. 186.

rril, tejedores y talabarteros arruinados por la mercancía extranjera, peones comunales y/o provinciales cesantes por la exigüidad de los presupuestos como consecuencia del monopolio porteño sobre la renta aduanera y en general, todos aquellos que en mayor o menor medida eran víctimas de la desestructuración de las economías provincianas, se jugaron nuevamente ahora, (como antes con Facundo, con el Chacho, Felipe Varela y Santos Guayana, como así también en el litoral con López Jordán) perjudicados por la oligarquía porteña y el conciliacionismo de Urquiza. Pero, durante los años setenta, la montonera va quedando en el olvido: ha sido aniquilada por el mitrismo y el remington. ¿Cómo se expresan a partir de ese momento esas masas populares e incluso burguesías o viejas familias acomodadas en declinación? ¿Dónde encuentran su canal político?

Alfredo Terzaga ha analizado esta cuestión y sostiene que muchos desocupados ingresaron a las filas del ejército, la única estructura nacional donde podían encontrar empleo: para sobrevivir elegían, paradójicamente, el oficio de la muerte. Del mismo modo, medida que surgen redes nacionales en las distintas provincias, aparece alguna posibilidad de trabajo: el correo o las escuelas, por ejemplo. Un historiador dirá que Avellaneda era el presidente de los carteros, o de los maestros, porque al impulsar la red postal y educacional dio empleo a muchos desocupados que se convertían, por gratitud, en sus seguidores. En otros casos, se trata de pequeños productores agrícolas o artesanos alejados por Sarmiento, o luego, por Roca. Todo ese mundo que estaba siendo colocado al margen del modelo agroexportador que avanzaba con los rieles y la inmigración, debió encontrar -antes de expresarse en el radicalismo- un partido o movimiento desde donde exponer sus reclamos y sus esperanzas. De otro modo, amplios sectores sociales, para la Historia Oficial y la izquierda abstracta, habrían desaparecido de la escena durante varias décadas, entre 1870, con el fin de los caudillos, hasta 1905 con la insurrección liderada por Yrigoyen.

Alfredo Terzaga sostiene que el Partido Autonomista Nacional ocupa ese espacio y expresa a esos sectores sociales y a esas fuerzas económicas de las provincias interiores, a través del ejército y de la red articulada como Liga de Gobernadores. Jorge A. Ramos señala la diferencia entre estos sectores sociales y los campos de la provincia [de Buenos Aires] [...]. ¿Había 'oligarquías' en el interior? Es ridículo siquiera plantearlo. Lo que había en el interior eran familias tradicionales y pobres, muchas de ellas con campos que se valorizaron después del 80 [...]. Constituye sin duda un verdadero patriado, en el sentido de que sus miembros han luchado por constituir y fundar la Nación, atribuyendo a esta palabra su forzoso carácter provisorio y convencional.⁵

Terzaga rastrea las apoyaturas de Roca en diversas provincias y llega a fundamentar la tesis que refuta la imagen del roquismo elitista, pro-inglés y antipopular forjada por la mayoría de los historiadores de diversas tendencias.

Terzaga recoge, en este aspecto, la interpretación proveniente del grupo "Frente Obrero", especialmente de Aurelio Narvaiza, sustentada en los "Cuadernos de Indoamérica" y luego, difundida por Jorge Abelardo Ramos en *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, tesis que, en lo fundamental, fue compartida años después por Arturo Jauretche.

En principio, esta posición sorprende porque, si bien nacimato de fuego en las filas de la federación contra el mitrismo, Roca había participado como oficial en la guerra contra el Paraguay, batió luego al montonero San en San Ignacio, derrotó a Felipe Varela en

⁵ Ramos, Jorge A.: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1ª ed., 1970, pp. 308 y 309.

Salinas de Pastos Grandes y a López Jordán en Ñaembé. Sin embargo, la Historia ofrece a menudo el caso de políticos cuyos antecedentes (especialmente cuando son militares) son antagónicos a su conducta política posterior. Basta citar como ejemplo el caso del boliviano Juan José Torres quien había participado en la jefatura militar que decidió el asesinato del Che, lo cual no le impidió luego nacionalizar empresas extranjeras y asumir posiciones revolucionarias por lo cual fue derrocado. En el exilio fundó un partido que denominó ALIN (Alianza de Izquierda Nacional), siendo luego asesinado por la CIA, en la Argentina.

Las argumentaciones desprovistas de toda concepción dialéctica son estériles para comprender cualquier historia, aunque operan demagógicamente para cautivar a sectores medios, con tendencias anarcoides, en muchos casos cultores de un antimilitarismo abstracto, dispuestos a denigrar toda la historia argentina en nombre de una utopía individualista, inclusive con perfiles aristocratizantes, que los conduce generalmente a operar en la política concreta de manera funcional a los intereses reaccionarios.

En el caso de Roca, su triunfo sobre Arredondo, en la batalla de Santa Rosa (1874), recibió con enorme beneplácito en todo el interior temeroso de la resurrección del mitrismo, constituye un viraje importante en su vida y lo catapultó como la nueva figura política del interior. El dirá luego, en una carta ya reproducida: "tengo mis ribetes de federal".

Terzaga desarrolla esta tesis, como ya se ha señalado, destacando el antimitrismo de Roca, expresado, por ejemplo, en esta carta a Juárez: "Los mitristas, como una legión



Antonio del Viso, gobernador de Córdoba en 1877. Fotografía extraída del libro *Historia Argentina* de Diego Abad de Santillán, Buenos Aires, TEA-Tipográfica Editora Argentina, 1971.

unida y compacta avanzan en son de guerra contra todos los gobiernos electorales y fraudulentos, que son por cierto aquellos que no gozan de su simpatía [...] Mitre será la ruina para el país. Su partido es una especie de casta o secta que cree tener derechos divinos para gobernar a la República".

Terzaga señala, como según se ha expuesto, provincia por provincia, los apoyos que tiene Roca: en Mendoza, viejos federales como Olascoaga, a quien hizo su secretario, colorado prominente de la revolución montonera de 1866) y luego, radical; en San Juan, Don Agustín Gómez, quien en Buenos Aires se había vinculado al sector autonomista de los republicanos; en San Luis, puntanos de tradición federal, como Rafael Cortés y Rosario Suárez, y luego, gente que respondía al partido de los hermanos Felipe y Juan Saá, así como Carlos Juan Rodríguez, (de los Colorados del 1866) y don Toribio Mendoza (gobernador en 1878), que había sido del partido de Saá, en 1881, el propio general Juan Saá, dio un manifiesto de adhesión a la política de Roca y asimismo, el mayor Juan Saá, hijo del

* Carta de Roca a Juárez Celman, del 22/2/1879, reproducida por Rivero Astengo, Agustín: *Juárez Celman*, Kraft, 1944, p. 111.

† Carta de Roca a Juárez Celman, del 24/7/1878, reproducida por Terzaga, Alfredo: ob. cit., p. 72.

general, opera como ayudante de Roca; en Santiago del Estero, barridos los hermanos Taboada, había emergido el liderazgo de Don Absalón Rojas; en La Rioja, Vicente Almonacid, gobernador en 1877 así como el Comité Autonomista de Chilecito, mandado Almonacid, gobernador en 1877 así como el Comité Autonomista de Chilecito, impulsado por Francisco Álvarez, que había sido hombre de Felipe Varela; en Santa Fe, la familia de los Iriondo, de origen urquicista, dirigentes del viejo federalismo ya desde los tiempos de Estanislao López, lo mismo que Servando Bayo, viejo federal; en Entre Ríos, urquicistas como Ramón Febre, y jordanistas como Francisco Fernández, José Hernández y Olegario Andrade (el primer gobernador roquista de Entre Ríos, el general Eduardo Racedo, tiene como ministros a dos jordanistas: Mantero y Laurence- na); en Córdoba, dos amigos y activos agentes de Urquiza como eran Manuel Lucero y Ramón Gil Navarro plegados al autonomismo cordobés (Juárez, Del Viso y Bouquet), donde se instala el núcleo central y se orquesta la Liga de Gobernadores. Desde la Junta de Historia de San Luis, el profesor Rodolfo S. Follari apunta también la información en el mismo sentido: "El Partido Autonomista Nacional constituía gran mayoría en la provincia, su único contendiente era el mitrismo [...] Los integrantes del Centro Cívico 'Juventud Nacional' -entre otros Teófilo Saá, Hipólito Saá, José Saá y Julio Saá- de viejo cuño federal, en su mayoría habían tenido un ligero pasaje en las filas PAN". (En 1893 este grupo participa en la Revolución Radical).

Natalio Botana se refiere de este modo a esa "Liga de gobernadores: 'Eran gobernadores vinculados con Roca a través del ministerio de guerra y cobijados por Avellaneda. Organizados en una así llamada 'Liga', cuyo epicentro fue la provincia de Córdoba, con el gobernador Antonio del Viso y su ministro de gobierno, Miguel Juárez Celman, Simón de Iriondo en Santa Fe, José Francisco Antelo en Entre Ríos, Domingo Martínez Muñecas en Tucumán, Moisés Oliva en Salta, Vicente A. Almonacid en La Rioja, Absalón Rojas en Santiago del Estero y P. Sánchez de Bustamante en Jujuy, entre otros, tejieron una trama electoral que condujo a Roca hacia la presidencia".

En Buenos Aires, apoyan a Roca, entre otros, Carlos Pellegrini, Bernardo de Yrigoyen y un pequeño grupo de estancieros bonaerenses, entre ellos Unzué, Casares, Victorica y los hermanos Alvear -hijos del General Carlos María- enraizados en la tradición de la Confederación.

Un importante protagonista de la política de esa época, Ramón J. Cárcano, recuerda que concluyó un discurso señalando que Roca "tiene verdadera alma provinciana y por eso en él palpita el corazón nacional". Asimismo, testimonio: "El presidente Benja- incorpora a su gobierno a los más ilustres sobrevivientes de la Confederación: Benja- mín Victorica, Bernardo de Irigoyen, Emilio de Alvear, Miguel Navarro Viola, Alejo Carmen Guzmán, Manuel Lucero, Antonio Del Viso, coronel Alzogaray y Cabaza, Carlos García, Leónidas Echagüe, los almirantes Cordero, coronel Quesada, Filemón Posse, Pascual Bouquet, general Navarro, Agustín Sanmillán, Vicente Carriego, coronel Nicolás Barros. Rosas, Epifanio Martínez, Agustín de Vedia, Evaristo como Alberdi que recién vuelven des- Imposible recordar tantos nombres. Hay hombres como Alberdi que recién vuelven des- pués de Caseros, y como Antonio Calvo, emigrado después de Pavón".

En la vereda de enfrente, como ya se ha señalado, la casi totalidad de la provincia

* Terzaga, Alfredo: ob. cit., pp. 70-90.

† Follari, Rodolfo S.: *Teófilo Saá y la revolución radical en 1893 en San Luis*, Boletín N° 5, San Luis, Junta de Historia de San Luis, 1975, pp. 10 y 36. Follari

‡ Botana, Natalio R.: *El orden conservador*, Buenos Aires, Hispanamérica, 1972, p. 34.

§ Cárcano, Ramón J.: *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Edición comisión de homenaje, 1965, p. 53.

|| Idem, pp. 75 y 76.

de Buenos Aires, así como la provincia de Corrientes, constituyen el reducto del mitrismo oligárquico. Rivero Astengo afirma: "Salvo raras excepciones, (Roca) careció del apoyo de los estancieros, capitalistas, comerciantes, letrados y políticos que, desde 1852, constituían la clase rectora, oligárquica de Buenos Aires"¹¹.

Por su parte, Roy Hora se extiende sobre esta cuestión: "A comienzos de 1880, un diplomático británico afirmaba que 'por dos términos presidenciales, la provincia de Buenos Aires, habiendo perdido las elecciones, ha tenido poca influencia en el gobierno. En este momento, Buenos Aires está prácticamente unida en la crítica de tales influencias [del interior] y en la oposición al gobierno actual. Detrás de esta oposición subyace la sensación universal de que Buenos Aires debe asegurarse su turno en el gobierno, pues de lo contrario el gobierno por las demás provincias terminará por consolidarse"¹². Sostiene, además, que "incapaz de vencer al PAN en las elecciones presidenciales, el gobernador de Buenos Aires se alzó contra Roca. Según recordaba Ezequiel Ramos Mexía, 'todos los jóvenes conocidos de la sociedad porteña' se sumaron a la guardia civil que fue convocada para desafiar la victoria del PAN"¹³. Hora agrega luego: "En 1880, Estanislao Zeballos concluía: 'La influencia de Buenos Aires [...] desapareció por desgracia"¹⁴. No es por ello sorprendente que muchos porteños recibieran a Roca como a un invasor que había mandado a la muerte a los mejores hijos de la provincia. Horace Rumbold, el representante diplomático británico, advertía, poco antes de la asunción de Roca, que "la elite de Buenos Aires, su clase más exclusiva, airosa aún en su derrota, se ha retirado a sus tiendas, y por el momento no se exhibe en público. En este momento preciso se encuentran en un estado de gran descontento [...] dentro de pocos días el hombre cuya elección los ha conducido a la secesión y la guerra asumirá el gobierno y su caída del poder será total"¹⁵. Roy Hora insiste, además: "Es indudable que la clase alta de Buenos Aires perdió poder e influencia cuando Roca llegó al gobierno. Muchas familias tradicionales juzgaban al nuevo presidente tucumano con abierta sospecha [...] Leonardo Pereyra y los Anchorena -cuyas fortunas se encontraban entre las mayores de aquel tiempo- vieron declinar su influencia sobre el gobierno"¹⁶. "La victoria de Roca puso de manifiesto la madurez de un nuevo orden, cuyo centro de gravedad se había desplazado desde Buenos Aires hacia las provincias del centro y del norte, y hacia el propio aparato del Estado. Desde ese momento, las redes políticas de Buenos Aires se volvieron más autónomas de la elite porteña y al mismo tiempo perdieron importancia en la vida pública nacional. Es por ello que Roca, muy ocupado organizando sus apoyos en el interior del país (de lo que su abundante correspondencia es una prueba muy visible) siempre se mostró menos interesado que sus predecesores en gastar su tiempo cortejando a la clase alta porteña. Así, por ejemplo, mientras que el más débil Avellaneda siempre se había mostrado solícito hacia la Sociedad Rural, el nuevo mandatario no asistió a las ceremonias de inauguración y clausura de la Exposición Rural de 1881. Estas ausencias merecieron varios comentarios en la prensa. Actitudes como esta seguramente colaboraron para que en repetidas oportunidades los nuevos gobernantes concitaran la ira de los ruralistas"¹⁷.

¹¹ Rivero Astengo, Agustín: *Judrez Celman*, ob. cit. p. 156.

¹² Carta de Harris Gastrell a Salisbury, del 28/21880, reproducida por Hora, Roy: *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002, p. 42.

¹³ Hora, Roy: ob. cit., p. 42.

¹⁴ Ídem, p. 48.

¹⁵ Ídem.

¹⁶ Ídem.

¹⁷ Ídem, pp. 49 y 50.

Así se hallan alineadas las fuerzas sociales y políticas en el país y ningún estudio serio ofrece un mapa distinto de la confrontación.

Ese antagonismo del 80 entre roquistas y mitristas se manifiesta en la prensa, en las declaraciones de los protagonistas, en la correspondencia y más aún -y esto no lo valoran, en general, los historiadores- en los enfrentamientos militares de mediados de ese año que, como se ha señalado, dejaron 3000 cadáveres en las calles de Buenos Aires. Así también se ratifica en el resultado electoral donde la voluntad popular del interior quiebra la vocación elitista de Buenos Aires y Corrientes.

Algunos ensayistas intentan impugnar este tipo de análisis tachándolo de maniqueo pues ni en la historia ni en la vida es posible colocar a los buenos de un lado y a los malos, del otro. Por supuesto, en la historia y en la vida prevalecen los grises -producto de las contradicciones internas que operan en los pueblos y en los seres humanos- pero, sin embargo, es posible reconocer, en las cuestiones fundamentales, los objetivos, fuerzas y programas que confrontan y delimitan los campos. Así lo demuestra, en este caso, la lucha militar y la lucha electoral. Las burguesías provincianas y las masas populares que dieron pelea montonera desde los años veinte, apoyados ahora por la reestructuración del Ejército, conforman la Liga de Gobernadores que lleva a Roca al gobierno mientras los estancieros bonaerenses y el gran comercio porteño, con el apoyo de los patrones correntinos, se abroquelan en la defensa del mitrismo, coyunturalmente expresado por Tejedor.

Es comprensible que a algunos no le resulte simpático que el jefe genocida de la "campesía al desierto" exprese a los sectores de la sociedad argentina con mayor vocación nacional y popular, como también que el Padre de la Historia, a quien han venerado desde la escuela primaria, exprese a los intereses oligárquicos más resistentemente vinculados al capital extranjero. Pero, como también debe comprenderse, este antagonismo no lo creamos los historiadores sino la propia sociedad argentina que se escinde claramente entre uno y otro de los contendores. Para disgustar aún más a quienes carecen de espíritu crítico y se abrazan a los viejos mitos, vinculando al roquismo con el tradicionalismo católico -que alguna vez asumió la montonera de Facundo- como oposición al liberalismo seudoprogresista de "la civilización" sustentada por el mitrismo conservador y proinglés del mitrismo. (Las leyes laicas y el conflicto con la Iglesia, así como la figura del ministro Wilde -según se verá- son indiscutibles expresiones del gobierno de Roca.)

Esto no significa, sin embargo, adjudicarle al roquismo una política antimitrista dirigida a quebrar la creciente influencia del capital inglés, bajo la cual se está construyendo "la granja" semicolonial. La red ferroviaria, los bancos y seguros, así como la inmigración, desarrollados a partir de 1862, continúan operando en esos años. La gran diferencia reside en que la expresión política de ese proyecto -el mitrismo oligárquico- pretende llevarlo hasta sus últimas consecuencias como país independiente y asimismo a liquidar todo germen de industria, mientras el roquismo constituye un intento de lograr cierto equilibrio que permita, a través del gasto público en el interior, la protección industrial y los arrestos de soberanía en política exterior, que ese modelo adquiera un perfil menos oligárquico, menos porteño, capaz de una cierta integración nacional.

Lamentablemente, la derrota del mitrismo, en las calles y en las urnas, llega demasiado tarde. El gobierno del 80 no puede impedir el camino hacia "el granero del mundo", pues el país ya está encorsetado, desde 1862, en la subordinación de la división internacional del trabajo, pero no puede negarse que intenta un proyecto distinto. (De otro

modo, no se explicaría que el mitrismo intentó reiteradamente el golpe militar -1874, 1880, 1890- para desplazar del poder al Autonomismo Nacional.)

Los rasgos peculiares del movimiento nucleado en torno a Roca han llevado a error a algunos analistas, como Juan B. Justo o Milcíades Peña, quienes han simplificado el dramático cuadro histórico de los 80 argumentando que esas luchas obedecían simplemente a apetitos de los dirigentes, puja por prestigio y poder, etc., menospreciando la definición popular, como si los tres mil muertos del 80 no fueran prueba de que había sectores sociales antagónicos, con intereses, ópticas y propuestas distintas. (Obsérvese que, consciente o inconscientemente esta interpretación favorece al mitrismo.)

Otra variante antirroquista proviene de aquellos que manifiestan la escasa importancia de los enfrentamientos del 80 pues, finalmente, el roquismo claudica y se abraza con el mitrismo. Se trata, en este caso, de una interpretación metafísica, ignorante del proceso dialéctico, que seguramente no aplicarían a su propia vida si alguien les aconsejase no haber enamorado a una muchacha a los veinte años porque "finalmente", al correr de las décadas, se tornaría una anciana arrugada y desdentada. De lo que se trata precisamente es de conocer la realidad, en un momento dado, y obrar en consecuencia, distinguiendo a la muchacha de su propia abuela, aunque ella también llegue a ser abuela en el futuro. Esto es lo que hicieron José Hernández, Olegario Andrade y, por supuesto, las masas populares en el 80, alineándose en contra de la oligarquía británica, jaqueada por entonces, por el Partido Autonomista Nacional, cuya principal figura es Roca, más allá de las limitaciones y debilidades de esta fuerza y de las contradicciones del personaje. Por otra parte, la historia de los movimientos nacionales en América Latina muestra comúnmente esas declinaciones -y hasta claudicaciones- sin que por ello dejemos de recordar y enaltecer sus momentos jubilosos en que dieron combate a las oligarquías traidoras, como en el caso de la revolución boliviana de 1952 cuyo jefe -Paz Estenssoro- concluirá en la derecha más reaccionaria y el propio peronismo en la Argentina caído en isabelismo y menemismo, después de la muerte del General.

Esta explicación acerca de la base social del roquismo en el interior adquiere importancia para la comprensión de ese período (1880-1904), así como para entender dónde se expresan las masas populares que antes lideraban los caudillos montoneros y a explicar de dónde procede la base social que nutre al radicalismo a principios de siglo.

Un historiador integrante de la Academia Nacional de la Historia, Carlos Heras, cuya honestidad ha provocado su silenciamiento, sostiene: "Roca era sin duda el exponente de la corriente federal que siempre había resistido la hegemonía porteña y ansiaba cobrarse la revancha de Pavón¹⁰⁰. Otro historiador insospechado de antimitrista -Carlos Florit- reconoce: "Roca no era el candidato del establishment de entonces. Era al revés, un candidato de ruptura, que deliberadamente proponía un programa nacional que amenazaba seriamente la tranquilidad de los poderosos de la provincia del puerto, que con 'sus grandes fortunas y lo repartido de ellas, hace a toda esa gente conservadora y cuando los aprietan, tienen miedo de perder sus comodidades', como le observaba el inefable Atalíva al candidato (Roca) después de haber conversado con Goyo Torres y ponerse al tanto de los preparativos golpistas de Tejedor¹⁰¹."

Por su parte, Pedro Fernández Lalanne afirma: "Buenos Aires resistía apasionadamente la intención del presidente Avellaneda de hacer de la ciudad porteña la capital

de la República, conscientes sus círculos gobernantes de la pérdida de poder político y económico que el proyecto de federalización acarrearía. En ese clima de febril exaltación la figura de Roca provocaba el rechazo general de los porteños, que consideraban al candidato como el genuino representante de la política enemiga (expresión) del interior del país y, a través de su prensa, se encargaban de cubrirlo con toda clase de denuestos e invectivas¹⁰². "Para nadie es un misterio -sostiene Leandro N. Alem en su famoso discurso en la Legislatura, en noviembre de 1880- que la candidatura del general Roca ha sido completamente impopular en Buenos Aires¹⁰³."

No debe asombrar, entonces, que "los primeros en lanzar públicamente la candidatura de Roca no fueran los cordobeses -como se ha dicho con bastante frecuencia- sino los riojanos de Chilecito, en abril de 1879 [...] y que uno de los artífices de ese giro insospechado haya sido el legislador Francisco Álvarez, antiguo médico y jefe combatiente en la montonera de Felipe Varela¹⁰⁴."

Existe asimismo otra importante referencia a Roca, emparentándolo con Rosas e Yrigoyen entre los políticos del campo popular, proveniente de un ensayista muy inteligente y metido profundamente en nuestras cosas de la patria hasta que adoptó otros rumbos a partir de su vinculación con Victoria Ocampo: Jorge Luis Borges. En el libro *Inquisiciones*, del Borges juvenil (nacionalista e yrigoyenista) puede leerse: "Don Juan Manuel, pese a sus fechorías e inútil sangre derramada, fue queridísimo del pueblo. Yrigoyen, pese a las mojigangas oficiales, nos está siempre gobernando. La significación que el pueblo apreció en Rosas, entendió en Roca y admira en Yrigoyen, es el escarnio de la teatralidad o el ejercerla con sentido burlesco. En pueblos de mayor avidez de vivir, los caudillos famosos se muestran botarates y gesteros, mientras aquí son taciturnos y casi desganados. Les restaría fama provechosa el impudor verbal¹⁰⁵. No se trata, como podría argüirse de una referencia casual esta de emparentar a Roca con Rosas e Yrigoyen, proveniente de las simpatías del joven Borges por el alsinismo sino que se conjuga con su definición sobre Sarmiento, de la misma época: "Sarmiento, norteamericanizado indio bravo, gran odiador y desentendedor de lo criollo¹⁰⁶."

Por su parte, desde su posición nacional-democrática, Arturo Jauretche sostiene: "El roquismo es quien da entrada a las provincias en la política nacional, el que estabilizó el actual territorio frente a los riesgos de desintegración y el que promovió el desarrollo industrial de Cuyo y del Norte. Es fácil percibir una línea: federalismo-Roca-Yrigoyen, en muchos hombres. Eso sí, a Roca le faltó apoyo de masas¹⁰⁷. En otra oportunidad afirma: "En el aspecto geográfico y geopolítico, el roquismo es la restauración, en cierta medida, del compromiso típico de la política de la Confederación. Este compromiso restablece un equilibrio entre las partes geográficas que constituyen la nación que el mitrismo no puede aceptar de ninguna manera, como no ha aceptado antes la convivencia dentro de Buenos Aires con el sector porteño de pensamiento nacional (chopandinos). En la revolución del 74 es derrotado el mitrismo por el ejército que ha salido de los esteros paraguayos. La guerra del Paraguay es una guerra mitrista de los portuarios, pero que arrastró a todo el país en su contribución de sangre. Ha surgido un ejército en reemplazo de los cuerpos facciosos que dirigieron la exterminación del partido federal por los generales

¹⁰⁰ Academia Nacional de la Historia: *Historia de la Nación argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1963, tomo 12, p. 206. Capítulo a cargo de Carlos Heras.

¹⁰¹ Florit, Carlos: *El roquismo*, Buenos Aires, Hachette, 1979, p. 83.

¹⁰² Fernández Lalanne, Pedro: *Justo-Roca-Ciriano*, Buenos Aires, Sinopsis, 1996, p. 187.

¹⁰³ Ruiz Moreno, Isidoro J.: *La federalización de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eneccé, 1980, p. 235.

¹⁰⁴ Terzaga, Alfredo: ob. cit., tomo II, p. 187.

¹⁰⁵ Borges, Jorge L.: *Inquisiciones*, Buenos Aires, Seix Barral, 1994, p. 140.

¹⁰⁶ Borges, Jorge L.: *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, Seix Barral, 2ª ed., 1993, p. 12.

¹⁰⁷ Arturo Jauretche, *La Nación*, Buenos Aires, 24/1/1961.

orientales y abasileados de Mitre. Este ejército tiene sentido nacional y composición nacional, además, ha experimentado en carne propia la incapacidad militar del caudillo porteño y la incapacidad nacional de su política. En Santa Rosa y La Verde, con Arredondo y Mitre personalmente, Roca y Arias han acabado al ejército de facción... Para el mitrismo, no cabe el compromiso: o las provincias se someten a la dirección exclusiva de Buenos Aires o la separación... La concepción militar de Roca lleva una idea básica geopolítica [...] También el roquismo representa intelectualmente una reacción contra el liberalismo de la división internacional del trabajo. Pero carecerá de bases sólidas de sustentación, pues esta reacción se produce tardíamente, en el momento máximo de la expansión imperialista y cuando los frutos de esa expansión generan un acelerado ritmo de enriquecimiento que, por un lado, deslumbra ante las posibilidades inmediatas que se abren al país y por el otro, crea las bases de una oligarquía poderosa en que la oligarquía porteña se identifica con los provincianos venidos a Buenos Aires. La tesis de que Roca representó una integración nacional es válida en cuanto aseguró a los provincianos dentro del límite del país y lo contempló en su totalidad geográfica, pero no es válida porque faltó el elemento pueblo²⁸. La política de Roca -insiste Jauretche- "no es todavía política nacional en lo económico pero es una rectificación, una atenuación del pensamiento de Caseros [...] esa nueva promoción que tiene a Roca como conductor careció de una teoría nacional de la política nacional y de la economía. Solo le fueron dados activos parciales de la realidad, no así liberarse de las supersticiones ideológicas, pero con todo su carácter nacional la hizo contrabalancear a los agiotistas y especuladores del puerto de Buenos Aires y posibilitar algún desarrollo industrial. A ellos debemos la modernización y crecimiento de las industrias azucareras y vitivinícolas, a las que por cierto la metrópoli británica no opuso mayores dificultades, porque el azúcar significaba un golpe al comercio rival de carnes, el saladero que abastecía a los mercados azucareros del Brasil y de Cuba y la industria vitivinícola contribuía a eliminar a otro competidor del mercado de exportaciones, Francia, abastecedora de vinos. Pero, de todos modos, se tonificaron las economías de dos centros fronterizos -Cuyo y el Norte- y se paró la emigración de sus habitantes al Litoral pastoril²⁹. Agrega Jauretche: "pero lo fundamental es que con Roca vuelve al país el concepto de una política del espacio. Vuelve con un auténtico hombre de armas y vuelve porque hay un ejército nacional y la demanda mínima de este, la elemental, es la frontera [...] Este es el momento decisivo y es bueno señalar lo que destaca Jorge A. Ramos: al lado de Roca está Hipólito Yrigoyen, jefe del futuro gran movimiento nacional [...] durante el periodo del mitrismo no fue carencia: hubo política antinacional consciente y deliberada que se sostuvo en la inexistencia de un ejército nacional, reemplazado por una milicia de facción. Con Roca y la reconstrucción del ejército nacional empieza a definirse una geopolítica nacional zigzagueante entre la comprensión parcial de los hechos y el adoctrinamiento antinacional de los ideólogos. Pero como los gobiernos antipopulares todos subsisten casi exclusivamente gracias a la tolerancia de las fuerzas armadas, hay por lo menos una política nacional de las fronteras y una política económica a la que falta mucho para ser nacional, pero ya retacea el librecambio impuesto por los vencedores de Caseros en obsequio de los apóstoles del comercio libre. No llega con todo a constituir sino un mero atisbo de Política Nacional: ella solo se integrará por la presencia en el Estado³⁰.

²⁸ Arturo Jauretche: Conferencia, Archivo Darío Alessandro.
²⁹ Jauretche, Arturo: *Ejército y política. La patria grande y la patria chica*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1976, 2ª ed., pp. 94 y 96.

³⁰ Ídem, pp. 97 y 98.

Para Jauretche, que venía del alsinismo de su pueblo de Lincoln, resultaba evidente que el roquismo significaba una ruptura con el país liberal, permitiendo una ampliación de la base nacional, geográfica y humana, aunque también comprendiendo que la gran prosperidad de esa época se tragó a sus principales representantes, permitiendo que los simplificados de la historia identificaran a todo este grupo con el mitrismo cuando, más tarde -como lo sostiene Wilde- "el roquismo se mitrifica".

Alsinismo Jauretche aporta algunas reflexiones interesantes sobre este periodo y sobre el carácter peculiar del autonomismo. Por una parte, reconocía -en los años sesenta- que "todavía no se ha historiado esa época del régimen que va del 74 al 1910. Entonces se verá que la 'gente decente', como se autocalificaban las señoras gordas y los 'señoritos', no estuvieron con los políticos conservadores, sino en el mitrismo³¹. En otra oportunidad señala que: "Esa historia la he conocido en mi propio hogar, en las discusiones entre mi abuelo, vasco-francés, mitrista como sus paisanos [...] y su hijo, mi padre, autonomista, ya en la línea nacional [...] Ya mozo, con los demás mozos del pueblo, mi padre se alzó a matrear, rehuyendo la leva porteña³². Además, entendía Jauretche "el carácter progresista que pudo tener la política conservadora del pasado (en tanto alsinista) afirmándose en los chinos de Roca frente a los caudillos vacunos [...] ros porteños y frente a sus sucesores, la clientela pobre de los caudillos vacunos [...] compadritos, cocheros, cuatreros, peonadas, empleados municipales, una clase media paupérrima y sin destino y además, todo eso que los marxistas llaman 'lumpen proletariado', gente dependiente del apoyo patriarcal o del mínimo soborno que es 'la pauchada'³³, conformarían la línea popular del conservadurismo, proveniente del autonomismo. Del mismo modo, explica que hubiese cierto progresismo en los alsinistas. Por su parte, Raúl Bouchet afirma que grupos provenientes del alsinismo, como los pellegrinistas de Chivilcoy, "se hacen en su casi totalidad radicales³⁴. Jauretche, a su vez, militante de la línea autonomista, junto a su padre, se convierte al radicalismo a los veinticinco años.

Los colaboradores de Roca

Roca conforma su gabinete recurriendo a figuras destacadas del autonomismo y a hombres de innegable extracción federal. Entre estos últimos, sobresale un prestigioso jurista -Bernardo de Irigoyen- designado canciller, de antigua raigambre federal y luego vinculado al naciente radicalismo. Para Guerra y Marina recurre a Benjamín Victorica, también de filiación federal, secretario y yerno de Urquiza, figura descolante en diversos funciones políticas. Victorica será reemplazado luego por Carlos Pellegrini, autonomista, principal adversario del liberal De La Riestra en los debates parlamentarios sobre aranceles, en 1876. En "Hacienda" es designado Juan José Romero, quien proviene de la corriente autonomista liderada por Aristóbulo del Valle, luego reemplazado por Victorino de la Plaza. Antonio del Viso, ex gobernador de Córdoba y factorum de la Liga de Gobernadores, ocupa el ministerio del Interior. En "Justicia e Instrucción Pública" se designa a Manuel Pizarro, del grupo de Córdoba, reemplazado en 1882, por Eduardo Wilde, paladín de la ley de enseñanza laica. Destacando la importancia de sus

³¹ Arturo Jauretche y su época, ob. cit., p. 110.

³² Jauretche, Arturo: *Ejército y política*, p. 110.

³³ Arturo Jauretche, en Galasso, Norberto: ob. cit., p. 108.

³⁴ Raúl Bouchet, en Galasso, Norberto: ob. cit., p. 108.

colaboradores, Roca sostiene que su gabinete está integrado "por cinco presidentes" y que él solamente es "un timonel".

El nuevo gobierno cuenta con muy escaso apoyo en la Provincia y Ciudad de Buenos Aires, como habrá podido observarse por el triunfo aplastante de Tejedor en esa zona del país. Allí prevalece el mitrismo, aunque Roca logra hacer pie en las huestes de Alsina. Asimismo, es necesario recordar que "Diego de Alvear -uno de los prestigiosos porteños que habían acompañado a Roca [...] puso al nuevo presidente en comunión con lo más granado y representativo de la aristocracia bonaerense, que tuvo así la oportunidad de ver y tratar a ese provinciano 'de tierra adentro' que les había ganado de mano, al afortunado 'comandante de fronteras', que se había introducido de golpe y portazo en la vida nacional"¹⁵.

Para ahondar en la caracterización de esta presidencia, es conveniente detenerse en algunos de los hombres que resultan de mayor influencia sobre el Presidente.



Juan Baurisa Alberdi en su ancianidad. Imagen tomada de Abad de Santillán.

Roca y Alberdi

El antimitrismo de Roca se expresa, especialmente, en su apoyo a Juan B. Alberdi. Ya en 1872, Roca le escribe a Juárez Celman: "El rechazo de la supresión de los comandancias se ha mirado como un triunfo [...] De Tucumán me escribe Brígido Muñoz preguntándome si quiero ser diputado al Congreso por mi provincia; que puede levantarse con seguridad de éxito mi candidatura. Le contesto que nombren en mi lugar al doctor Alberdi; el verdadero inspirador de nuestras leyes fundamentales"¹⁶. En 1875, "Roca encomiaba la gesta de su comprovinciano y lamentaba su destierro y además le envió un retrato y pidió el suyo a Alberdi"¹⁷. Asimismo, Roca viaja de Río Cuarto a Villa María especialmente para firmar una adhesión a Alberdi, en 1876¹⁸.

En abril de 1878, Roca indica el nombre de Alberdi para candidato a la presidencia de la nación¹⁹. Alberdi, por su parte, consideraba que Roca es "serio, valiente, sensato, honesto. El comprende que algo tiene que hacer con completar la obra de Urquiza sobre la organización interna de la República"²⁰. También por esa época, Alberdi envió a uno de sus parientes tucumanos, un libro para el general Roca, al que se refiere con estas palabras:

¹⁵ Academia Nacional de la Historia: ob. cit., tomo 12, p. 282.

¹⁶ Carta de Roca a Juárez Celman, del 24/9/72, reproducida en Rivero Astengo, Agustín: ob. cit., pp. 51 y 52.

¹⁷ Barros, Carolina y Fraga, Rosendo: "La correspondencia Roca-Alberdi", Revista *Todo es historia*, N° 294, Buenos Aires, diciembre de 1991, p. 64.

¹⁸ Ídem.

¹⁹ Ídem.

²⁰ Ídem.

"a quien quiero vivamente"²¹. Existe, además, una carta de Alberdi a Roca en la cual lo felicita y elogia por el triunfo electoral²².

Apenas llegado al poder, Roca decide -lo cual evidencia su antimitrismo- enviar al Congreso un proyecto de edición de las obras completas del pensador tucumano. La reacción mitrista -a través del diario *La Nación*- es furibunda: "El decreto del Gobierno Nacional por el cual se manda reimprimir las obras de Alberdi [...] es un absurdo [...] una muestra clásica de ignorancia [...] es inconstitucional [...] acusa falta de conciencia política [...] una provocación [...] una reminiscencia federal"²³. Alberdi -agrega *La Nación*- había sido "el diplomático que había comprometido la existencia de la Nación Argentina [...] y el publicista que en la guerra más justa y fecunda que haya sostenido nuestro país, estuvo de parte del enemigo"²⁴. Al día siguiente, insiste el diario de Mitre: "El general Roca es el menos letrado de los presidentes" y "el decreto es siniestro"²⁵. Poco después, *La Nación* publica una carta de Alberdi a Vicente López y Planes, de 46 años atrás, donde había escrito 'maceta' empleando la letra 'x' en lugar de la 'c'. David Peña, en su *Defensa de Alberdi* reproduce este comentario del tucumano: "Así, quisiera tener frente a mí al General Mitre, para preguntarle, mirándonos hasta el fondo de los ojos, en virtud de qué odio tan reconcentrado puede disculpar su persistente prolijidad de haber guardado la carta de un niño, escrita hace casi 50 años, para avergonzar a un anciano. ¿Es esto digno de Usted...?"²⁶.

Luego, con motivo del acuerdo firmado por el presidente Roca con el gobierno de Chile²⁷, Alberdi hace un encendido elogio de esa política. Poco después, Roca lo designa ministro plenipotenciario y enviado extraordinario a Chile (1/1/1882), pero, el 4 de marzo de 1882, Alberdi rechaza el cargo por razones de salud. Roca le hace otorgar asimismo una pensión vitalicia. Y cuando Alberdi decide volver a Europa, lo designa Comisario de Emigración, tarea que ya Alberdi no puede desempeñar por su deficiente estado de salud (fallece poco después). Más tarde, el 17 de enero de 1902, con motivo del traslado de los restos de Alberdi al mausoleo de la Recoleta, Roca afirma: "La generación que se prepara para tomar, a su turno, la dirección de los destinos de la patria, debe estudiar con interés la personalidad de este infatigable propagandista de la prosperidad de la Nación, siempre fiel a la rectitud de sus opiniones y severidad de principios, sin tomarle en cuenta sus faltas y desfallecimientos inherentes a la naturaleza humana y han de tomar de ella los ejemplos que dan las almas puras que moran en las altas regiones del espíritu"²⁸.

Eduardo Wilde

Otro político que jugó un rol importante en el gobierno de Roca fue Eduardo Wilde. La Historia Oficial se ha encargado, sin embargo, de desdibujar su figura restándole importancia e inclusive otorgándole la imagen de un aristócrata escéptico, frívolo, desdichoso del pueblo. Realizada esta maniobra, se lo admitió en la literatura nacional y hasta se recomendó algunos de sus cuentos -especialmente "Tini"- para que se leyera

²¹ Mayer, Jorge: *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, EUDEBA, 1963, p. 844.

²² Barros, Carolina y Fraga, Rosendo: ob. cit., p. 888.

²³ *La Nación*, del 16/11/1880, reproducido por Mayer, Jorge: ob. cit., p. 888.

²⁴ Ídem.

²⁵ *La Nación*, del 17/11/1880, reproducido por Mayer, Jorge: ob. cit., p. 66.

²⁶ Mayer, Jorge: ob. cit., p. 901.

²⁷ Barros, Carolina y Fraga, Rosendo: ob. cit., p. 66.

²⁸ Ídem, p. 45.



Eduardo Wilde, médico de destacada actuación en la lucha contra la epidemia de fiebre amarilla que asoló a Buenos Aires en 1871. Fue ministro de Justicia e Instrucción pública de Roca y uno de los impulsores de la ley de educación gratuita, laica y obligatoria.

en los colegios. De este modo, Wilde quedaba esterilizado y además, se lo integraba al círculo supuestamente oligárquico de Roca, responsable de haber abandonado "el camino republicano y decente" de Mitre y Sarmiento.

Sin embargo, tarde o temprano, la verdad histórica llega, y esta vez ha sido de la mano de un abnegado militante de la Izquierda Nacional, fallecido hace pocos años, el médico Norberto Acerbi, con su libro *Vida y obra del Dr. Eduardo Wilde. La construcción del Estado nacional roquista*, editado por una de esas empresas de vida azarosa, en cantidad reducida de ejemplares y hoy inhallable. De este libro, surge un Wilde distinto que, además de ser gran escritor, resulta un político militante del campo antimitrista. Solo tres ensayos habían abordado con anterioridad la personalidad de Wilde, debidos a las plumas de Aníbal Ponce en 1916, Florencio Escardó en 1943 y Gastón Gori, en 1962. Especialmente este último se preocupó por acercarse a la verdadera historia de Wilde: "Es difícil conciliar el escepticismo -muy mentado- de Wilde con su gran capacidad de trabajo; hasta su falta de confianza en ciertas calidades del hombre, se contradi-

ce con el apasionamiento con que emprendió obras de reformas educacionales, de organización de la justicia, y de creación de instituciones que hoy hacen parte de nuestro orden jurídico⁹⁰. "La intervención de Wilde como médico, trabajando incansablemente para salvar vidas [durante las epidemias del cólera y la fiebre amarilla] tuvo caracteres heroicos. Su ejemplo, y el de sus colegas que permanecieron en Buenos Aires, luchando contra la epidemia, era prácticamente, un motivo para hacer que se avergonzaran los médicos que desertaron⁹¹. "Recordaré la actitud de Wilde -afirma Aníbal Ponce- al frente del Lazareto de Coléricos en el que demostró una competencia y un altruismo tal que le valieron calurosos elogios del Cuerpo Médico". Y agrega: "cuando al año siguiente de obtener su diploma aparece, en Buenos Aires, la epidemia de fiebre amarilla la más terrible de cuantas hemos sufrido, otra vez Wilde ofreció su ciencia y su abnegación en una forma que mereció la medalla de oro de la Municipalidad y la Cruz de Hierro de la Comisión Popular⁹². A su vez, señala Gori que Wilde "llevó a las páginas periodísticas un estilo distinto, de análisis agudos, penetrantes en el fondo, mesurado en la forma, claro y firme. Su observación desentraña con sutileza las fuerzas ocultas y las ostensibles que mueven a los partidos y a los hombres. Antes de ser elegido diputado, combatió la figura de Mitre, lo cual favorecía a la candidatura de Avellaneda [...] Concentra sus análisis políticos en la figura del general Mitre, demolidores, lúcidos en la comprobación del estado psicológico de los electores con respecto al expresidente, y en la inoportunidad de su pretensión presidencial [...] El grupo mitrista era considerado 'de la plutocracia', de

⁹⁰ Gori, Gastón: *Eduardo Wilde*, Santa Fe, Fondo Editorial de la Municipalidad de Santa Fe, 1962, p. 73.
⁹¹ Idem, p. 44.
⁹² Ponce, Aníbal N.: *Eduardo Wilde*, Buenos Aires, La Semana Médica, 1916, p. 30.

la oligarquía', a la cual ha de sobreponerse la juventud que se llamaba 'demócrata'. Pero no por combatir a Mitre exalta Wilde a Avellaneda más de lo que conviene a un hombre no por combatir a Mitre exalta Wilde a Avellaneda más de lo que conviene a un hombre prudente [...] Su hombre, más que Avellaneda, es Adolfo Alsina⁹³. Ratificando estos juicios, Gori reproduce esta afirmación de Wilde: "Podría decirse que estamos en una época de guerra contra las oligarquías, contra las aristocracias y contra todos los círculos que no llevan por única bandera la razón y la justicia⁹⁴.

Wilde no fue ni un aristócrata, ni un escéptico, ni un hombre sometido a la oligarquía. Fue un médico, proveniente de una familia modesta, de cuya vida estudiantil ha dejado este recuerdo: "Estudio en libros prestados y dibujo huesos amarillos con tinta desteñida. Tengo que ponerla también a más medias a la altura de los agujeros de mis botines, da. Tengo que pegar con hilo negro los botones de mi camisa y pagar a la lavandera con el tengo que pagar con hilo negro los botones de mi camisa y pagar a la lavandera con el tiernísimo amor que profeso a su hija⁹⁵. Desde joven se alineó en el alsinismo y desde esa condición integró las filas del Partido Autonomista Nacional y colaboró con Roca.

Sostenía Wilde: "Solo en una cosa coincidíamos todos: en ser ultraliberales y revolucionarios en arte y en política. Es necesario transformar creencias, instituir el socialismo, Pero el socialismo liberal, inteligente, ilustrado, reorganizar la República; aún más: Amé-

rica, y hacer de toda esta una gran nación⁹⁶. Esta definición liberal, sin embargo, no le impide a Wilde una definición proteccionista en materia de desarrollo industrial: "Las industrias son como los niños: nacen débiles en general, incapaces de conducirse por sí mismos, y necesitando la fuerza paternal para salvar las primeras dificultades. Un gobierno debe ser para ellas como un padre para sus hijos. Debe acordarles en los primeros tiempos todo su cuidado [...] Estamos todavía en la infancia en materia de industria, preciso es confesarlo, pero ciego será el que no vea que ya nos preparamos para salir de ella, y saldremos tanto más pronto cuanto más atinada y más decidida sea la protección que el gobierno acuerde a toda tentativa destinada a suprimir la importación y aumentar la producción de los artículos que pueden obtenerse en el país [...] Se aproxima pues el día en que los partidos tomarán otros nombres y otros fines y no desesperemos de ver levantarse uno de estos días banderas que lleven escrito como lema, en vez de aquellos apodos en cuyo nombre, se degollaba y se perseguía, estos más conformes con los fines de la humanidad: 'librecambistas', 'proteccionistas'. Nosotros seguiremos la última de estas banderas⁹⁷.

Por otra parte, ese liberalismo nacional de Wilde no solo es proteccionista en economía sino que es antimitrista en política: "El partido mitrista representa a la aristocracia del dinero, del capital, de las finanzas, del comercio y de la gran propiedad territorial, cuyos sentimientos serán todo lo que se quiera, menos nacionales y patrióticos⁹⁸. Acerca de Pavón, Wilde sostiene: "Todos sabemos lo que fue esa célebre batalla: nunca podrá figurar al lado de los grandes hechos estratégicos que registran los anales de los pueblos [...] Sea lo que fuere, dominador de la situación por la retirada impensada de su antagónista, el Gral. Mitre pudo desarrollar sus planes políticos. ¿En qué consistieron? En hacer una guerra de policía a las provincias del interior [...] Ahí está pues, diseñada, personificada, simbolizada la política interior del Gral. Mitre; guerra de policía, los procónsules, la horca, el banquillo, la pacificación de las tumbas, la soledad de la muerte [...] El terror

⁹³ Idem, pp. 56 y 57.
⁹⁴ Idem, pp. 45 y 46.

⁹⁵ Acerbi, Norberto: *Vida y obra del Dr. Eduardo Wilde*, Buenos Aires, Original y Copia editores, 1995, p. 22.

⁹⁶ Idem, pp. 26 y 27.
⁹⁷ Eduardo Wilde: *El Diario*, 10/6/1882, reproducido por Acerbi, Norberto: ob. cit., pp. 27 y 28.

⁹⁸ Eduardo Wilde, citado por Acerbi, Norberto: ob. cit., pp. 27 y 28.



Carlos Pellegrini. Óleo de León Bonnat, destruido en el incendio del Jockey Club y reconstruido por Beatriz Schifano Tarnassi.

tituirse en el fundador del aristocrático Jockey Club, ha facilitado la simplificación que lo rotula como "oligarca" o expresión neta de los terratenientes bonaerenses. Sin embargo, Pellegrini es el primero en alertar acerca de que si el país no desarrolla su industria, quedará convertido en granja del Imperio Británico, dentro del esquema de la división internacional del trabajo: "Si no ponemos remedio al mal, somos y seremos por mucho tiempo, la granja de las grandes naciones manufactureras"⁷⁵.

La posición industrialista de Pellegrini se mantiene, a través de los años, a pesar de la presión librecambista que proviene de Gran Bretaña. Su alegato proteccionista de 1875/1876 -que ya se ha estudiado- se prolonga en el tiempo y así, en 1898, en carta a Ernesto Tornquist, desde Ámsterdam, insiste: "Cuando allá [en la Argentina] se convengan como lo saben por acá, que la industria es todo, absolutamente todo en cuanto a intereses materiales y que el comercio es una simple consecuencia de la industria [...] recién entonces nos habremos puesto en la verdadera huella de los Estados Unidos [...] Desgraciadamente no está aún el día cercano, quedan muchos in-

fieles por convertir [...] Usted tendrá razón mañana y es todo lo que un hombre puede aspirar"⁷⁶.

Se equivocan, pues, quienes simplifican la historia y lo juzgan un integrante de la oligarquía y por eso no comprenden la historia ni la política y se quedan perplejos cuando Pellegrini elabora un proyecto de legislación social muy avanzado o cuando denuncia el fraude y exige la pureza del sufragio para que impere la voluntad popular. Una vez más, resulta necesario seguir el curso de la lucha de clases para aproximarnos a la verdad sobre personajes tan contradictorios como la vida misma y ello permitirá acercarnos a la verdadera significación de este hombre a quien apodaban "el gringo".

A estas figuras de relevante importancia en el gobierno del 80 podríamos sumar biografías sumamente interesantes de colaboradores o puntales del gobierno de Roca, desde antiguos federales como Bernardo de Irigoyen hasta figuras olvidadas del interior como Absalón Rojas, así como consecuentes enemigos del mitrismo, desde Olegario Andrade, Carlos Guido Spano, José y Rafael Hernández hasta Osvaldo Magnasco. La explicación dada por algunos ensayistas en el sentido de que estos hombres apoyaron o colaboraron

⁷⁵ Carlos Pellegrini, en "Protección a la industria. Debate de 1876. Cámara de Diputados de la Nación", reproducido en *Revista Estrategia*, Instituto Argentino de estudios estratégicos y de las relaciones internacionales, Documentos N° 2, Buenos Aires, p. 195.

⁷⁶ Carta de C. Pellegrini a E. Tornquist, del 6/11/1898, desde Ámsterdam, reproducida por Flores, Roberto Dante: *Gran Bretaña entre Argentina y Chile. Su influencia económica (1879-1999)*, Buenos Aires: Ediciones Cooperativas, 2008, pp. 102 y 103.

en el gobierno porque claudicaron -que se ha convertido en argumento común respecto a José Hernández con el beneplácito de los historiadores liberales- resulta una manera tremenda e infantil de interpretar la historia que podría llevar a decir: también Yrigoyen claudicó porque no dio pelea al golpe del 30, idéntica actitud a la que tomó Perón respecto al golpe del 55 con lo cual nos quedamos sin historia y resulta ocioso interpretarla. Con esta concepción, los enemigos perduran y los amigos siempre claudican y se vuelven enemigos. Parece más razonable ahondar el análisis en el devenir dialéctico, no las clases sociales y sus transformaciones y valores y costumbres de hoy sino comprendiendo trasladándole al pasado nuestras ideas, valores y circunstancias del ayer.

Para acercarnos más a la verdad sobre esta Argentina en formación, tan específica, de qué modo habríamos actuado nosotros mismos en aquellas circunstancias del ayer, deberíamos considerar que entre 1810 y 1880 gran parte del país permaneció ocupado por los pueblos originarios (los llamados "territorios libres"), algunos en plena rebelión y con bandera propia, considerándose estados nacionales independientes. Esta última cuestión estaba siendo absorbida por la historia en la época del 80, en que Roca asumía el poder, pero, a su vez, se producía otro fenómeno que también debilitaba, por años, la construcción de una nacionalidad: la inmigración. Es decir, casi contemporáneamente desaparecían los viejos pobladores -por el exterminio y el mestizaje- y aparecían los inmigrantes, al principio, encerrados sus colectividades y luego, mezclándose con la sociedad criolla.

Dada su importancia, y antes de analizar la primera presidencia de Roca, estimamos conveniente abordar este fenómeno de los recién llegados, "los que bajaron de los barcos".

La inmigración

Alberdi, consciente de la enorme extensión de nuestro territorio y de la escasa población que lo habitaba, había sostenido aquello de "Gobernar es poblar", que provocaría luego la humorada de Ignacio Anzoátegui: "Y él se quedó soltero" (aunque Alberdi tuvo un hijo extramatrimonial). Esta convocatoria del tucumano resultaba correcta, salvo que se entendía que solo algunas comunidades indias podían incorporarse al mestizaje con los blancos y que era iluso esperar de otras, como, por ejemplo, de los ranqueles, onas, yaganes y araucanos. Nació así la convicción de que era imprescindible recurrir a hombres y mujeres de otros países -especialmente de Mayo, en 1837- traerían "la civilización" tierras disponibles- para poblar las inmensas extensiones semidesiertas. Esos europeos -suponían los integrantes de la Asociación de Mayo, en 1837- traerían "la civilización" en tanto pertenecían a "una raza superior". Pero, más allá de este dislate, que el propio Alberdi corregiría años después reivindicando a las masas federales y a los caudillos hispanoamericanos, lo cierto es que había necesidad de poblar. No es casualidad que fuera Urquiza -sobre el cual Alberdi ejerció influencia durante algunos años- quien se preocupara por promover la inmigración en tierras de su propiedad, siendo en esta cuestión uno de los pioneros.

A ciento cincuenta años de haberse iniciado esa política, cualquier viajero que deambula por localidades del litoral argentino, transita por calles cuyos nombres recuerdan a los primeros pobladores, de apellidos suizos, alemanes, italianos, absolutamente desconocidos para los porteños, como así también encuentra en el centro entrerriano a "los gauchos judíos" y en Rosario contempla muchachas con rasgos que recuerdan a las actrices italianas.

De acuerdo con esa necesidad, se propicia la llegada de miles y miles de inmigrantes

ferrocarril propio entre Casilda y Rosario (el Gran Oeste Santaferino), hasta que luego la línea fue absorbida por el Ferrocarril Central Argentino.

A partir de 1876, con la sanción de la Ley 817 de "Inmigración y Colonización", conocida como "Ley Avellaneda", se incrementa la llegada de inmigrantes⁸⁷.

Esta zona va siendo ahora de agricultura y escasa o nula ganadería, en un país que hasta esa época importaba harina de Chile y Estados Unidos y pocos años después se convertiría en uno de los principales exportadores de trigo del mundo. Sin embargo, fueron muchas las colonias que fracasaron, especialmente cuando el Estado dejó de darles protección, al tiempo que los terratenientes elevaban los precios, tornando muy difícil la compra y asimismo, cobrando altos arrendamientos.

Por esta razón, si bien las primeras camadas de inmigrantes lograron hacerse propietarias o arrendatarias, así como en otros casos, regresan a sus países de origen ("inmigrantes golondrinas"), los que arribaron después concluyeron por radicarse en las ciudades (Buenos Aires, Rosario, etc.), haciéndose en los conventillos y sobreviviendo



Fotografía del patio de un conventillo.

⁸⁷ Amato, Fernando: "La invención de la Argentina", en Revista *Caras y Caretas*, N° 2238, Buenos Aires, septiembre 2009, p. 10.

merced a algún oficio (albañiles, sastres, plateros, etc.) o en otros casos, de las changas de "los siete oficios y ninguno bueno".

Entre los que ingresan y los que se vuelven, quedan saldos cada vez más importantes que se radican: así, en 1871, alcanzan solo a 10.200, pero, en 1880, son ya 21.300, en 1883, 53.700 y en 1885, 94.100, para alcanzar, en 1887, a 102.200.

La procedencia de estos inmigrantes es diversa. En general, la mayoría (casi un 50%) son italianos y muchos de ellos se destacarán resultando luego apellidos conocidos como: Scalabrini, Sabattini, Barletta, Calabrese, Discépolo, Merlini, Di Tella, Portogalo, Petrella, Soldati, Doménico, Minetti, Schiaffino, Papini, Piaggio, Citadidini. En segundo término (casi un 30%) provienen de España y también muchos de sus apellidos resultarán conocidos para las generaciones posteriores, como Pérez, Álvarez, Fernández, Fernández Moreno, García Velloso, Orcajada, Alfonsín, Pérez Prado, Estrada, Calzada, Gómez, Prieto, Llorente, Menéndez, Caballero y otros. Los llegados de otros países ya resultan porcentajes menores en esa avalancha inmigratoria: los Rigolleau, Daireaux, Chevallier, Dubois, Godet, Jacques, Hileret, Roulet, etc. que conforman apenas un 4 o 5%, llegados desde Francia. Habrá también alemanes (un 2%) entre los cuales sobresalen los Bensberg, Bullrich, Korn, Mittelbah, Neustadt, Weinberg, Rauch, Renner, Schiller. Y en camadas de aún menor importancia numérica, irlandeses (Murray, Cooke, Walsh, O'Farrell, O'Connor), siriolibaneses, como El Kadri, Menem, Yoma, Yahrán, croatas como Mihonovich, vascos (Arbeletche, Arrechea, Atorrasagasti, Bengoechea, Burruchaga, Fortabat, Insaurralde, Ugarteche, Usandizaga, Zubeldia, Jaureche, Aramburu), judíos (como Hirsch, Levin, Licherman), árabes (como Almonacid, Hadad, Manzur, Obeid, Saiegh, Sapag) y suizos (como Aberg y Cristensen)⁸⁸.

Más tarde, vendrían los colonos polacos (Zeiding, Gelbard, Kuligovsky, Ostrowsky, Ivanowsky), algunos a instalarse en Apóstoles (Misiones), galeses en la zona de Ramson, Trelew y Gaiman (Chubut), los siriolibaneses, conocidas como colonias "turras" en Santiago del Estero y las colonias judías de Entre Ríos impulsadas por el Barón Mauricio de Hirsch.

La aventura de venir a la Argentina significó, para la mayor parte de los inmigrantes, una gran frustración, pues fueron pocas las tierras otorgadas y, en general, fueron víctimas de las compañías colonizadoras (Vanderesi y Cia, Beck y Herzog, Buckhard y Cia, Perkins y otras) que les cobraban altos arrendamientos, injusticia de la cual brotará, años después, la rebelión conocida como Grito de Alcorta (1912).

Sostiene Dardo Cáneo que Mitre había escrito el 1° de abril de 1852: "Estaremos siempre por el fomento de la inmigración europea como medio de regenerar nuestra sociedad"⁸⁹, coincidiendo con ese complejo de autodenigración que se introducía entre los argentinos, al mismo tiempo que se endiosaba la función del hombre y del capital extranjero.

Entre estos inmigrantes también llegan "los hombres de la utopía": luchadores sociales perseguidos en sus países de origen (anarquistas y socialistas) dispuestos a proseguir aquí su lucha por organizar sindicatos o partidos de izquierda. Durante el primer gobierno de Roca se produce lo que el sindicalista Sebastián Marotta de-

⁸⁸ De Luca, Rubén Mario: *Historia de los apellidos argentinos*, Buenos Aires, Scorpius, 1998.

⁸⁹ Bartolomé Mitre citado por Cáneo, Dardo: *Inmigración y nacionalidad*, Buenos Aires, Paidós, 1967, p. 29.

nomina "los primeros vagidos de la acción obrera": conflictos de dependientes de comercio (1881), de albañiles, sastres y yeseros (1882), de tapiceros y marmoleros (1883), de peones de la Aduana (1884), de carpinteros, ferroviarios y trabajadores de calzado (1885)⁹⁰. Pero estos son apenas los primeros atisbos de la acción gremial donde los inmigrantes, que vienen con su experiencia de lucha en Europa, juegan un rol importante.

En años posteriores, la inmigración alcanzará cifras muy altas, de alrededor de 150.000 a 200.000 personas por año que se incorporan a la sociedad argentina, esa nueva sociedad que comienza a plasmarse hacia 1880. Señaló Jauretche: "Alguna vez he dicho que Homero Manzi me enseñó ese secreto argentino: 'Lo que ha salvado a este país es la actitud del 'cocoliche', del 'gaita', el 'tano' y el 'turco', que en lugar de proponerse un arquetipo traído de allá, se propuso un arquetipo nuestro, el gaucho o el compadrito, sublimándonos así, en ellos y en sus hijos, la idea del país'. Fijese, lector, la importancia de esto, y lo que hubiera ocurrido de ser a la inversa. El caso invertido es el de los tilingos, como esos que nunca se han propuesto un arquetipo argentino, siendo su arquetipo el *gentleman* o el *monsieur* que no logran, como el cocoliche no logra el gaucho. Solo que en la frustración de ambos ridículos, el del cocoliche y el del tilingo, el país gana con el cocoliche y pierde con el otro. Porque el cocoliche termina encastando y en seguida es nuestro; y el otro descastado aquí, no encasta en ninguna parte"⁹¹.

Asimismo, Jauretche señala correctamente que los sainetes de Alberto Vacarezza son "el espejo de un Buenos Aires intermedio entre la Gran Aldea y la ciudad de hoy [1959] [...] Buenos Aires era en ese momento un gran digestor que estaba digiriendo, asimilando, construyendo [...] Eso fue lo que Vacarezza trasladó al tablado"⁹².

Esa avalancha inmigratoria hacía aún más necesaria la adopción de medidas dirigidas a integrar la sociedad argentina, que corría el peligro de convertirse en una Babel sin destino, con colectividades que publicaban diarios en su idioma y sostenían escuelas, clubes y mutuales propias, (con retratos de Garibaldi o Mazzini) donde el cosmopolitismo parecía borrar todo rasgo de la identidad nacional en germen. El Sarmiento de sus últimos años comprendió ese peligro, en los artículos que conformaron su libro menos conocido -*La condición del extranjero en América*- donde alerta sobre el peligro de que llegaría el momento en que tuviésemos que decir: "Perdón, yo soy argentino"⁹³. Asimismo, Roca, decepcionado por las primeras manifestaciones de la Babel americana, afirma: "Buenos Aires no es la Nación porque es una provincia de extranjeros"⁹⁴.

Jauretche señala con agudeza esta coincidencia entre la desaparición de los pueblos originarios y del gauchaje y la incorporación de los inmigrantes: "Mientras el viejo país se iba deshaciendo, se iba haciendo el nuevo"⁹⁵.

Frente al posible segregacionismo de Buenos Aires y esta otra desargentinización producida por la masiva influencia de población de otros países, adquiere gran importancia la política desarrollada, a partir de 1880, con el objetivo de cohesionar

la comunidad nacional, es decir, robustecer el mismo idioma, la misma moneda, la misma educación, la eliminación de milicias provinciales, la desaparición de toda tendencia segregacionista. Ese era el desafío que enfrentaban los hombres recién llegados al gobierno en 1880 y que los historiadores simplificadores han considerado "en llegados al gobierno en 1880 y que los historiadores simplificadores han considerado -en paradójicamente como "europeísta" o "extranjeroizante". De modo muy particular -en un país en cuya Capital vivían más extranjeros que nativos- se planteaba una cuestión nacional, de integración, de cohesión, paradójicamente cuando el imperialismo británico avanzaba en su proyecto de encadenar a la Argentina como semicolonia.

⁹⁰ Marotta, Sebastián: *El movimiento sindical argentino*, Buenos Aires, Lacio, 1960, tomo I, pp. 25-41.

⁹¹ Jauretche, Arturo: *Prosa de hacha y tiza*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 39.

⁹² Ídem, pp. 40 y 41.

⁹³ Sarmiento, Domingo F.: *La condición del extranjero en América*, Buenos Aires, Luz del Día, 1953.

⁹⁴ Julio A. Roca citado por Mafud, Julio: *Inmigración y nacionalidad*, ob. cit., p. 68.

⁹⁵ Jauretche, Arturo: *Que al salir salga cortando*, Buenos Aires, Los Nacionales editores, 1981, pp. 83 y 84.

CAPÍTULO XXI

ROCA EN EL PODER

Su primer gobierno

Durante el primer periodo presidencial de Roca (1880-1886), se concreta una política dirigida a construir el Estado Nacional, unificando el país después de 70 años de luchas civiles, aventando definitivamente el peligro de la segregación bonaerense que hubiera dejado prácticamente encerradas a la mayor parte de las provincias interiores. Este gobierno pone fin a la fragmentación que se había manifestado tanto en la década de los cincuenta, como en los sucesos del 80.

Pocos días después de asumir, Roca le comenta a un amigo: "Ya hemos recibido todas las pertenencias de esta Capital que el espíritu nacional ha de transformar bien pronto. ¡Qué abandono, derroche y falta de administración en todo! Donde quiera que se pone la mano hay que tirarla con asco y horror. Estos famosos liberales que nos regulaban el epíteto de bárbaros a los de allende el Arroyo del Medio, y que pretendían dar el tono del progreso y civilización argentina, nada dejan digno de imitarse. Todo hay que crearlo en Administración".

Extendiendo este juicio a toda la Nación, se adoptan medidas dirigidas a construir el Estado Nacional. Si a algún gobierno argentino del siglo XIX se le puede adjudicar la organización nacional es precisamente a este, no al de Mitre, que consolidó la unidad "a palos", con represión en todo el interior y que en materia de construcción solo cuenta en su haber la creación de la Suprema Corte de Justicia y la sanción del Código de Comercio (salvo que se considere "construir la nación" la



Fotografía de Benjamín Victorica, ministro de Guerra del presidente Roca. Escanada del libro *Historia Argentina* de Diego Abad de Santillán, op. cit.

¹ Julio A. Roca, citado por Acerbi, Norberto: *Vida y obra del Dr. Eduardo Wilde*, Buenos Aires, Original & Cópia editores, 1995, p. 73.

instalación de ferrocarriles y bancos ingleses, la fundación de la Sociedad Rural en 1866 o el genocidio de la Guerra del Paraguay).

En cambio, a partir de 1880, el Partido Autonomista Nacional, cumpliendo, a su modo y dentro de sus posibilidades, una tarea con vocación de burguesía nacional, adopta medidas dirigidas a unificar el territorio y las relaciones económicas, así como a crear instrumentos jurídicos que concurren a una identidad nacional.

Esta cuestión no es considerada, en general, por los analistas de este período. La Argentina viene de duros enfrentamientos dentro de la sociedad criolla. Solo considerando este aspecto pareciera que nos encontramos con dos países distintos. Años después (1895), Carlos Pellegrini sostendrá en el Congreso Nacional: "En la República Argentina existen dos tendencias y casi puede determinarse la región territorial sobre la cual actúan una y otra. Hay un partido que tiene el asiento en el pequeño espacio que rodea la Plaza de Mayo de la Capital Federal, y hay otro partido que tiene su asiento en todo el resto de la Nación. A un partido podría llamarlo comercial; al otro lo llamaría industrial. A cada instante se revelan las distintas tendencias de estos dos partidos. Uno de ellos es enemigo declarado del Banco de Estado, del Banco habilitador. Solo cree en el banco particular; el otro prefiere o tiene simpatías por los Bancos de Estado y por los Bancos habilitadores; uno es contrario a toda protección y quiere la libertad absoluta del comercio; el otro exige la protección como condición indispensable para el desarrollo de las industrias nacionales; uno es contrario a todo lo que sea emisión en cualquier forma, casi enemigo de la palabra emitir; el otro no es tan enemigo de estas emisiones, según la forma en que se presenten; uno se preocupa del oro en la Bolsa, el otro se preocupa del valor de los frutos del país". En otro discurso, de 1899, vuelve sobre el tema y sostiene: "En estas luchas económicas que se inician, se presenta la lucha muy parecida a aquella en que se inició nuestra lucha política. De un lado, la Nación; del otro lado, intereses radicados en esta Capital; con esta enorme diferencia, señor presidente, que esta vez el límite no es el Arroyo del Medio, pues forma parte del lado de la Nación la rica Provincia de Buenos Aires. La lucha que se entabla es entre los que trabajan y los que no producen, entre el país entero y un grupo de especuladores, apoyados por la prensa metropolitana".

En carta a Roca, Eduardo Wilde se manifestaba, en 1880, en parecidos términos: "No hay tal nación argentina, ni la ha habido nunca; lo que ha habido es una ficción, en que las dos partes, Buenos Aires y las provincias, se creían explotadas [...] Para mí la solución de las grandes cuestiones se ha hecho necesaria y se acerca". En su libro sobre Wilde, Acerbi recoge esta anécdota proveniente del debate parlamentario sobre la ley 1420: "Un diputado provinciano hace manifestaciones contrarias al proyecto prolijado por los católicos. Irritado de escucharlo, Pedro Goyena le pregunta: -Y usted, amigo, que tanto nos impugna, ¿qué religión tiene? -Soy librepensador -responde este-. Y Goyena le responde: -Amigo, lo de libre lo niego, y lo de pensador lo dudo. Usted es provinciano, nada más".

Obsérvese que estos juicios coincidentes se reiteran corroborando las profundas divisiones dentro de la sociedad criolla manifestadas, de manera permanente, durante los setenta años que van desde 1810 hasta 1880.

¹ Carlos Pellegrini citado por Ramos, Jorge A.: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 3ª ed., 1970, tomo I, p. 383.

² Idem, p. 384.

³ Carta de Wilde a Roca, del 1/3/80, reproducida por Terrago, Alfredo: *Historia de Roca*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1976, tomo II, p. 261.

⁴ Acerbi, Norberto: ob. cit., p. 86.

Las principales medidas adoptadas por el PAN en el gobierno

1) La federalización de la ciudad de Buenos Aires

La federalización de la ciudad de Buenos Aires otorgó, por fin, una residencia propia y permanente a las autoridades nacionales. Asimismo, los recursos nacionales habrán de ser redistribuidos a las provincias desde el poder central, eliminando todo tipo de aduanas provinciales, que subsistían como en los viejos tiempos de la Europa feudal.

La comparación entre los recursos del gobierno nacional y los recursos aduaneros. El historiador Lauro Fagalde sostiene que "la diferencia entre el presupuesto nacional y el bonaerense, en distintos años, muestra la debilidad del primero y las pretensiones del segundo". ¡Hasta Roca, las rentas de Buenos Aires son superiores a las de la Nación!

Años	Gobierno nacional	Provincia de Buenos Aires
		\$ 59.479.915
1855	\$ 2.680.445	
1860	\$ 4.312.227	\$ 90.584.236
1865	\$ 8.595.037	\$ 40.415.123
1870	\$ 14.486.995	\$ 52.918.897
1874/75	\$ 21.426.890	\$ 159.918.897
1880	\$ 18.479.514	\$ 131.907.094
En cambio, 1885	\$ 43.080.761	\$ 13.395.811

También, por otra medida, destinada a concretar la Nación, se dispone la prohibición de levantar milicias provinciales, unificando así la fuerza militar de todo el país bajo el comando del gobierno nacional.

Alberdi publica, poco después de los sucesos del 80, su libro *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por Capital*. Allí sostiene: "No son personas, son instituciones las que han caído en el cambio de 1880; son las Leyes de Indias y la Ordenanza de Intendentes, con su obra más genuina, que era la Capital-Provincia de Buenos Aires [...] Era tiempo de ultimar a ese resto de la máquina monarquista que nos quedaba como negación de la República. Tan imposible como fuera restaurar nuestro antiguo régimen, las Leyes de Indias y la Ordenanza de Intendentes que lo constituían, así sería la restauración de la Capital, que, para esas leyes, era toda la cuestión de la República. Como es hoy para nosotros la cuestión de Buenos Aires, toda la cuestión de la República. La República ha renacido o acabado de nacer como régimen político, el día que ha cesado de existir la vieja institución monarquista de la Capital-Provincia, en que vivió el régimen colonial hasta 1880 [...] Lo que ha caído esta vez, no es un poder personal, sino la razón de ser, la causa del poder desaparecido. Esa razón era la integridad de la Provincia-Metrópoli, compuesta de la ciudad y campaña de Buenos Aires [...] La división de la Provincia-Metrópoli, en dos partes, ha quitado a los reaccionarios, para siempre, su antiguo poder, cuya plaza fuerte era la ciudad de Buenos Aires". En otra parte de su libro, insiste en la crítica al sistema anterior: "Buenos Aires monopolizaba de un modo

⁵ Alberdi, Juan B.: *La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por Capital*, Buenos Aires, La Publicidad, 1881, pp. VIII y XIX.

absoluto el tráfico directo internacional, la aduana nacional y su renta, el crédito público de la Nación Argentina". "La ciudad de Buenos Aires quiere decir el Puerto, el Tráfico Directo, la Aduana, el Mercado, el Crédito, el Tesoro de la Nación toda entera. Por eso decimos que la cuestión de la Capital en el Plata no es cuestión de geografía, sino cuestión de Poder y de gobierno fuerte". "No podíamos tener marina, faltos de puertos de mar, pues todos ellos eran ajenos a la Provincia-Metrópolis, celosa de que formasen el poder de los demás argentinos, medio extranjeros a la Provincia-Capital". "¿Es un hecho increíble que la República Argentina no sea hasta hoy un país marítimo! No tiene un solo puerto de mar. Todos sus puertos internacionales son fluviales". "En Buenos Aires se encuentran radicados todos los elementos y recursos nacionales del poder económico y rentístico".

Por eso, Alberdi señala que establecer la capital en cualquier otro punto del país carecía de sentido, resultaría solo un poder formal mientras el verdadero poder continuaba residiendo en Buenos Aires: "puerto, tráfico, mercado, impuesto de Aduana, Crédito Público, Tesoro Nacional, surtido por estas dos fuentes". Se pudiera haber elegido Rosario, arguye, pero el poder residiría siempre en la Provincia Metrópoli, en tanto no se le quitara a la Provincia de Buenos Aires ese tremendo poder que residía en la ciudad puerto. Y eso significaba, en última instancia, el poder ejercido por la oligarquía mitrista sobre el resto del país.

Incursionando en la historia, Alberdi lo explica de este modo: "Mitre ha entendido la causa de Buenos Aires, la ha defendido y le ha probado su amor, como Rosas la entendió, la defendió y la amó sosteniendo la integridad de la Provincia-Metrópolis". Por esta razón, Mitre intentó federalizar toda la provincia (en 1862) porque "el gobernador y el presidente se encontraron ser el mismo hombre". Y agrega: "Claro que no hablamos aquí de la unidad indivisible que Rivadavia quería introducir en el país; de esa unidad a la francesa, exótica, inadecuada a nuestro suelo inconmensurable y despoblado. La unidad o consolidación en que para nosotros reside la salvación del país es la unidad argentina, nacional y patria que, lejos de ser una novedad o imitación extranjera, es el sistema que ha gobernado por tres siglos a las Provincias Argentinas, y forma por lo tanto el hecho más real y práctico de su vida pública. La unidad, en este sentido, no es una teoría, es un hecho que ha dominado toda nuestra historia".

En este ensayo, Alberdi aclara puntos cruciales de nuestras luchas políticas. Sostiene, por ejemplo: "Hay dos autonomías por la política de Buenos Aires: la de Rosas, que fue la del despotismo; la de Alsina, hijo, que fue la de la libertad". En otra parte, señala: "nada es más opuesto a ese camino [de progreso] que la estúpida pretensión de que en el Plata las campañas representan la barbarie, y las ciudades la civilización; las campañas que producen oro y plata, o lo que tal vale; las ciudades que nada producen que pueda cambiarse con el extranjero, por plata y oro". "El comercio, que es la grande industria

⁷ Ídem, p. 37.

⁸ Ídem, p. 52.

⁹ Ídem, p. 56.

¹⁰ Ídem, p. 59.

¹¹ Ídem, p. 76.

¹² Ídem, p. 53.

¹³ Ídem, p. 152.

¹⁴ Ídem, p. 28.

¹⁵ Ídem, p. 256.

¹⁶ Ídem, p. 194.

¹⁷ Ídem, p. 174.

de la ciudad de Buenos Aires, es desempeñado por los extranjeros en que eclipsan a los nativos, por su inteligencia en esa industria privada, que les es familiar, desde los países extranjeros de su origen, y privativa en el de su establecimiento americano". "Como es más fácil copiar leyes escritas y libros sobre cosas de Estado, que copiar o hacer Estados, nos creemos autores de monumentos, porque sabemos traducir sus descripciones".

Este ensayo, redactado por un Alberdi, enfermo y cuando la muerte ya lo acecha, ofrece una notable cantera de ideas que refuta las fábulas difundidas durante tantas décadas por el sarmientismo y el mitrismo. De ahí la protesta iracunda del diario *La Nación* cuando Roca envía el proyecto al Congreso para editar las obras completas de su comprovinciano.

Pero lo que Alberdi no pudo advertir es que la federalización llegaba tardíamente. Ese poder nacional que se gestaba ahora, donde el Presidente de la Nación dejaba de ser "huésped" para manejar la moneda, el puerto, la Aduana, etc. para todo el país, ya estaba corroído por la red económica que el imperialismo inglés había implantado en el cuerpo de la República: ferrocarriles, puertos, bancos, casas de comercio, seguros, frigoríficos. Aquí residía la tragedia argentina: en el momento en que se creaba un poder nacional que permitiría un desarrollo general del país y una política soberana, subterráneamente, la infraestructura económica semicolonial ya estaba montada. Había nacido en Pavón y Pavón, como sostiene Terzaga, "era irreversible", a pesar de los intentos vacilantes de Sarmiento y Avellaneda y de los mayores esfuerzos realizados a partir de 1880.

2) La unificación de la moneda

En el mismo sentido de crear la nación, el gobierno dicta la ley 1130, por la cual se establece la unidad monetaria en todo el país, medida muy importante para lograr la integración. Hasta ese momento, diversas monedas circulaban como medio de pago en todo nuestro territorio: papel moneda bonaerense, pesos bolivianos en Santa Fe, moneda chilena en Cuyo, soles y melgarejos en Salta y Jujuy, etc. Eduardo Wilde le manifestaba a Roca, pocos meses antes del conflicto del 80: "Una nación que no tiene capital, ni moneda, no es nación. Las provincias usan cualquier moneda inclusive el papel de Buenos Aires y no tienen por capital a esta ciudad. Aquí es un huésped el gobierno nacional a quien los dueños de casa toleran y tratan mal. El sentimiento local es más vivo hoy en los partidos dominantes que lo que ha sido antes. Los últimos sucesos no dejan de ello la menor duda. Los porteños ultra no ven que aquí se invierten los 15 millones de la renta; no ven que la comisaría de guerra hace vivir cinco mil familias; que el Parque mantiene otras mil; que la administración nacional en las demás ramas mantiene media población. Miran el hecho material del producto de la Aduana y creen que ese producto es de Buenos Aires, sin pensar que un pueblo no consume más que lo correspondiente a su población y a su riqueza [...] [Por eso] es necesario dar la ley de capital y adoptar una moneda. ¿Se obtendrá esto sin guerra y sin mutilar la República? No lo sé, pero la separación o la guerra vienen irremediablemente. De idéntica manera se expresaba Alberdi: "¿Cómo pensar en moneda nacional argentina, es decir, en una medida general y permanente de valor, donde no se tiene un amonedador nacional, único y solo, un solo legislador soberano y supremo, capaz de fijar un solo patrón monetario para todo el suelo argentino! [...] Recién ahora entra el país argentino en el camino por donde hallará un día la unidad de

¹⁸ Ídem, p. 172.

¹⁹ Ídem, p. 175.

²⁰ Carta de Wilde a Roca, del 1/3/1880, reproducida por Terzaga: ob. cit., tomo II, pp. 261 y 262.

medida, de valor (unidad monetaria), de peso, de extensión, etc. No hay moneda única, sino donde hay una Nación; ni una Nación, sino donde hay una sola autoridad, una sola ley, un solo soberano²¹.

La adopción de ambas medidas (federalización de la ciudad de Buenos Aires y establecimiento de una sola moneda) constituyen avances decisivos para que la nación deje de ser algo ficticio y comience a tomar cuerpo, al tiempo que queda liquidada la Provincia-Metrópoli que ya no intentaría escindirse, a la cual, por otra parte, le queda prohibido levantar fuerzas armadas propias.

3) La política inmigratoria

Félix Luna, al referirse a "puntillos de antisemitismo en Sarmiento", comenta: "Lo que ocurre es que la inmigración que soñaban esos hombres era más bien de tipo anglosajón y los que vinieron fueron poco anglosajones. Vinieron gallegos, italianos del sur, polacos, judíos, árabes. Este espectáculo imprevisto es el que irritaba a Sarmiento. No a Roca. Julio Argentino Roca instaló durante su primera presidencia una oficina en París para facilitar la inmigración de los judíos perseguidos en Rusia y en Polonia por los pogroms. Evidentemente fue muy amplio en ese sentido, no discriminó²². Sibila Camps coincide con esta apreciación: "A partir de 1880, más de dos millones de judíos comenzaron a emigrar de 'la Zona de Residencia', al oeste de Rusia, en la cual los había confinado el gobierno zarista. Obligados a abandonar sus hogares, sin tierras para cultivar, arrinconados en determinadas ciudades y sin poder ejercer ciertos oficios, emprendieron largos viajes para radicarse en otros países [...] Desde 1881, el Presidente Julio A. Roca impulsaba la inmigración israelita desde los pogroms de Rusia [...] El primer contingente llegó al puerto de Buenos Aires el 14 de agosto de 1889. Eran 134 familias²³. Después de diversas vicisitudes, lograron conformar la base de la primera colonia judía -Moisés Ville- en el oeste santafesino, merced al apoyo financiero del barón Mauricio de Hirschs.

La conformación de colonias judías alcanzará importancia en Entre Ríos (colonias Lucienville, Clara, San Antonio, López Berro, Walter Moss y Curbelo, Santa Isabel, Palmar-Yatay, Luis Oungre, Leonard Cohen, Avigdor) así como Mauricio, Barón Hirschs y Médanos en la provincia de Buenos Aires, y las colonias Moisés Ville y Montefiore en Santa Fe. De todas ellas, las más importantes son Clara, San Antonio, Moisés Ville y Barón Hirschs, esta última denominada así en reconocimiento al apoyo financiero otorgado por el Barón de Hirschs, a través de la empresa Jewish Colonization Association, obra colonizadora que Pablo Gerchunoff recreará en su conocido libro *Los gauchos judíos*. El total de hectáreas colonizadas alcanzó a 617.658²⁴.

Entre 1880 y 1886, el gobierno lleva a cabo una política de colonización agrícola que permite la creación de 60 colonias en Santa Fe y 20 en Entre Ríos. En diez años (1881-1890), se afincan en la provincia de Buenos Aires 283.465 inmigrantes, mientras que en Santa Fe lo hacen 117.556.

García Ledesma señala que "el verdadero crecimiento de la colonización agrícola (en Santa Fe) se produce durante el gobierno del doctor José Gálvez (1886-1890), durante

²¹ Alberdi, Juan B.: ob. cit., p. 55.

²² Luna, Félix y Roffo, Analía: *Palabras de historiadores*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 27.

²³ Camps, Sibila: "El inicio de la colonización judía en el país cumple hoy 120 años", *Clarín*, Buenos Aires, 14/8/2009.

²⁴ Schallman, Lázaro: "Proceso histórico de la colonización agrícola en la Argentina" en *Inmigración y nacionalidad*, Buenos Aires, Paidós, 1967, p. 198.

cuyo transcurso se construye en la provincia una vasta red de ferrocarriles (la red de ferrocarriles franceses) que comunica los puertos de Santa Fe y Rosario con los más apartados rincones. Las colonias y pueblos surgen entonces por centenares [...] En 1890, a treinta años de las primeras colonias, el número de ellas en la provincia de Santa Fe es de 244, abarcando un total de 2.861.962 hectáreas! [...] Casi no existen argentinos nativos y la exportación de productos agrícolas crece verticalmente [...] El proceso colonizador se expande y trasciende a la provincia de Córdoba, que se inicia allí recién en 1886, adquiriendo un desarrollo tan rápido que en 1890 cuenta ya con 56 colonias, que cubren 240.000 ha [...] Desde ese momento, las feraces llanuras argentinas, desde el ancho Paraná hasta el pie de las sierras cordobesas del valle de Calamuchita, quedan totalmente colonizadas²⁵.

En el caso particular de Santa Fe -señala García Ledesma- el peso de la inmigración italiana es tan decisivo que en sus recuerdos de una visita a la Argentina, en 1884, el escritor italiano Edmundo de Amicis, célebre por sus libros *Corazón* y *De los Apeninos a los Andes*, testimonia lo siguiente: "-Ahora ya no está en América -me decían- sino en su país, en su casa. Verá la colonia San Carlos. Allí somos todos el Piamonte genuino y vivo que salía a mi encuentro. ¡Oh, mis dulces recuerdos de la infancia y de la adolescencia, caros paseos campestres, hermosas fiestas de los santuarios. Alpes sagrados y queridos! Mil recuerdos inundaban mi alma, sumergiendo en corrientes de amor y de poesía. Me encontraba en mi patria, vivía en una ciudad del Piamonte y estaba a 2000 leguas de Italia [...] En los colonos más toscos, encontré viva la conciencia de la patria: un nuevo sentido del orgullo italiano²⁶. De esa base social surgirá el Partido Demócrata Progresista, con su líder Lisandro De La Torre, fenómeno específicamente santafesino (el norte de la provincia de Santa Fe, en cambio, se definirá radical).

Cabe reflexionar, entonces, de qué manera se interrumpe la tradición oral, con respecto a las nuevas generaciones, lo cual facilita la imposición de una historia falsa, en beneficio de la clase dominante. Asimismo, comprender la "confrontación más aguda que se produjo en la pampa y en la llanura -afirma Julio Mafud-. El inmigrante era agricultor, el nativo-gaucha, ganadero. El inmigrante era hombre a pie, el nativo-gaucha, hombre a caballo. El nativo-gaucha quería la pampa libre, el inmigrante quería el alambrado. El nativo-gaucha no quería trabajar subyugado, el inmigrante quería trabajar 'de sol a sol'. Todo cambio de estilo concluye por invadir toda la sociedad. Como resultante la estabilidad emocional y social queda fluctuante²⁷. Florencio Sánchez, en sus obras teatrales, desarrolla estos conflictos entre el gaucho libre, dueño de la pampa sin límites, y el inmigrante que preserva la pequeña heredad que recibió para cultivar; entre el criollo, generoso y desinteresado, sin nociones mercantiles, pues viene de la riqueza a su disposición en la pampa sin dueños y el inmigrante que llega con el propósito de acumular y "hacer la América" en poco tiempo: Moreira o Fierro acuchillando a un pulpero gringo que le presta a interés son también expresiones de esos conflictos.

La evaluación del profundo problema creado en una Argentina que recibe millones de extranjeros en pocos años permite reconocer la importancia de las medidas tomadas en esa época, para cohesionar nuestra nacionalidad en germen y en peligro, a través de

²⁵ García Ledesma, H.: *Lisandro de la Torre y la pampa gringa*, Buenos Aires, Indómita, 1954, pp. 17-19.

²⁶ Amicis, Edmundo de: *Ingresiones sobre la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1944, pp. 103, 106 y 109.

²⁷ Mafud, Julio: "El desarraigo del inmigrante. La influencia inmigratoria en el carácter nacional" en *Inmigración y nacionalidad*, ob. cit., pp. 84 y 85.

la escuela común, el registro civil, la moneda única, los diarios en castellano que prevalecen sobre los diarios en otros idiomas, propios de colectividades recién asentadas. Como ya se ha señalado, citando a Jauretche, la que pudo ser una Babel sin destino fue siendo una patria a medida que el inmigrante se integró a la sociedad: fue común el caso del italiano garibaldino que se convirtió en yrigoyenista.

Asimismo, por los 90, se observa el destino de aquellos que no consiguen tierras en condiciones favorables y se asientan en los resquicios de la gran ciudad: alrededor de 280.000 inmigrantes se radican en la ciudad puerto, donde el número de conventillos crece entre 1880 y 1887, de 1770 a 2835²⁸.

En estos inmigrantes radicados en las zonas urbanas -artesanos o empleados de servicios- el afincamiento al nuevo medio social se hará, en muchos casos, a través del anarquismo o el socialismo.

Sin embargo, en general, como se ha dicho, la ausencia de tradición oral facilitará que la clase dominante les imponga la historia mitrista o nociones económicas liberales.

Esta incorporación de inmigrantes desde diversos países, que crece con el gobierno de Roca (por ejemplo: 108.722, en 1885), se acentúa bajo la presidencia de Juárez Celman (120.842 en 1887, 260.909 en 1889), a tal punto que este último será llamado "el Presidente de la Inmigración".

4) La ley de educación laica, obligatoria y gratuita

La sanción de la Ley 1420, de enseñanza laica, obligatoria y gratuita, centralmente dirigida a reducir la importancia de las escuelas confesionales o por colectividades -derivadas de la inmigración- cumple también un rol dirigido a la consolidación nacional. La enseñanza en las escuelas públicas, al ser obligatoria, laica y gratuita, favorece la integración de los hijos de inmigrantes. Al evitar la discriminación por religión y la separación por idiomas apunta, a pesar de la desigualdad económica, a un cierto igualitarismo que se robustecerá, años más tarde, bajo Yrigoyen, con el uso del guardapolvo blanco que elimina la diversidad en la vestimenta.

Al comienzo de su gobierno, Roca realizó un censo general de educación que reveló una población en edad escolar de 503.505 niños, de los cuales solo asistían a la escuela algo menos del 25%. La magnitud del problema provocó la mayor preocupación. Para sorpresa de algunos antirroquistas, los censos escolares informan que durante esta presidencia se construyeron más escuelas que durante los períodos presidenciales de Sarmiento y Avellaneda:

Sarmiento	Esc.	Avellaneda	Esc.	Roca	Esc.
1869	35	1875	74	1881	136
1870	47	1876	81	1882	209
1871	28	1877	67	1883	306
1872	74	1878	64	1884	129
1873	58	1879	107	1885	574
1874	58	1880	95	1886	240
Total	300	Total	488	Total	1594

Hasta 1868 se habían construido 344 escuelas y sumadas a las realizadas durante los mandatos de Sarmiento (300) y Avellaneda (488) se construyeron solamente 1132, mien-

²⁸ D'Atri, Norberto: *Del 80 al 90 en la Argentina*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973, p. 62.

tras que durante la presidencia de Roca se fundaron 1594 escuelas según se desprende del cuadro anterior²⁹.

La cantidad de alumnos en 1869 -principios del gobierno de Sarmiento- era de 81.183 y pasó a 201.329 en 1886 (fin de la presidencia de Roca)³⁰.

Asimismo, se dan los primeros pasos hacia la ley de educación en 1881. Con buen criterio, Roca designa, como superintendente del Consejo Nacional de Educación, a Domingo Faustino Sarmiento, quien había hecho de la enseñanza la cuestión central durante su presidencia. A pesar de las viejas rencillas entre ellos, cuando eran ministros de Avellaneda, el presidente tucumano entendió que debía reconocerse la pasión puesta por el sanjuanino sobre este tema. En ese Consejo de Educación figuraron también otras personalidades prestigiosas como Carlos Guido Spano, Miguel Navarro Viola, Federico de la Barra y Alberto Larroque, entre otros. Pero fue imposible la convivencia con el sanjuanino gruñón. "Desde el primer día [Sarmiento] choca con ellos. Debuta con un exabrupto: les dice que 'no tiene el honor de conocerlos como educacionistas' [...] Al poco tiempo, [...] se presenta por su cuenta ante la comisión de presupuesto del Senado solicitando que en el presupuesto del año próximo no se incluyan sueldos para aquellos [vocales]"³¹. Luego, mantiene un conflicto con Navarro Viola, por ser este un católico militante, al tiempo que respecto a otro de los vocales escribe que "no ha puesto los pies todavía en un salón por conservar mugrientos los cuellos, como cuando era colegial", y conduce así a una crisis en el nuevo organismo. Más tarde, Benjamín Zorrilla reemplaza al sanjuanino como Superintendente del Consejo.

Al mismo tiempo, se convoca a un Congreso de profesores y personas competentes para tratar en conferencias y discusiones pedagógicas, las cuestiones relativas a la enseñanza y a la educación popular. Esta convocatoria de fines de 1881, se concreta con la apertura, el 10 de abril de 1882, de aquel cónclave que pasará a la historia como "El Congreso Pedagógico". Ahí comenzará a desatarse un enfrentamiento grave entre el gobierno y la Iglesia Católica.

Norberto D'Atri señala, con agudeza, que los primeros avances laicos se dieron curiosamente en el interior, donde se suponía que, por tradición, podría ser más fuerte la posición clerical. Así señala que, en Santa Fe, el gobernador Nicasio Oroño había secularizado conventos en el período 1865-68 y que, luego, Juárez Celman avanzó, en Córdoba, contra las prerrogativas de la Iglesia Católica. En esa ocasión, Roca, por entonces ministro de Avellaneda, le escribió a Juárez: "Yo creo que deben andar con cuidado, y aunque se muestren enérgicos en las palabras, conviene aflojar un poco en los hechos [...] Conviene no dar ni pretextos a la especie y no dar importancia a las barbaridades de los ultramontanos. ¡Si es necesario, haga una Novena en su casa y muéstrese más católico que el Papa!"³².

Probablemente, teniendo en cuenta sus proyectos y estos antecedentes, Roca designó inicialmente, como ministro de Justicia, Instrucción Pública y Culto a un católico fervoroso: Manuel Pizarro. Pero, no bien iniciada las hostilidades, Roca le escribe a Juárez: "Respecto a esos energúmenos de Castellanos y Falorni [el primero era el provisor del obispado y el segundo, el principal redactor de *La Prensa Católica*, violento opositor de

²⁹ Censo Escolar Nacional correspondiente a fines de 1883 y principios de 1884, Comisión Nacional de Educación, Buenos Aires, 1885, volumen II, p. III; y Censo Escolar Nacional de 1909, Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina, Buenos Aires, 1910, tomo II, p. VIII.

³⁰ Ídem.

³¹ Ídem, pp. 70 y 71.

³² Carta de Roca a Juárez Celman, 2/5/79, Rivero Astengo, Agustín: Juárez Celman, Buenos Aires, Kraft, 1944, p. 117.



Fotografía de los asistentes al Congreso Pedagógico internacional reunido en Buenos Aires, 1882.

Juárez Celman] yo les tengo tanta tirria como usted, pero las atenciones debidas a la virtud del padre [Fray Mamerto] Esquiú, que pasa por santo, y el chasco que me he pegado con mi ministro Pizarro, amigo bueno, inteligente y decidido, pero que me ha salido más frailuno y fanático de lo que me imaginaba, me han contrariado los planes¹¹.

Estas diferencias entre el presidente y el ministro se agudizan y Pizarro es reemplazado por Eduardo Wilde, a quien le cabe inaugurar el Congreso Pedagógico, en abril de 1882. El congreso elige presidente a Onésimo Leguizamón, defensor del laicismo en la enseñanza. Sarmiento no participa directamente pero atiza el fuego desde el periódico *El Nacional*. El grupo católico tiene por dirigentes a Pedro Goyena, José Manuel Estrada y Tristán Achaval Rodríguez. Pero los liberales logran mayoría y el congreso se pronuncia por la ley de educación laica, por lo que se retiran los clericales en desacuerdo.

Entre los aportes más importantes al congreso deben recordarse los de Onésimo Leguizamón, a quien Sarmiento había escrito tiempo atrás: "Tanto veo que elogian sus trabajos de educación que empiezo a ponerme celoso"¹². Tomando en cuenta esas deliberaciones del congreso, en 1883, el Poder Ejecutivo envía, al Legislativo, el proyecto de Ley de Educación, en medio de un debate intenso donde inclusive disienten algunos partidarios de Roca, como Miguel Navarro Viola, colocándose junto a los defensores de la implantación de la enseñanza de la religión católica en las escuelas.

De las ponencias y debates surge la necesidad de que la enseñanza sea laica, gratuita y obligatoria. Asimismo, es interesante consignar que la propuesta establece que los "sistemas de educación pública deben responder a un propósito nacional en armonía con las instituciones de cada país; el mínimum obligatorio: idioma nacional, geografía nacional,

¹¹ D'Atri, Norberto: *ob. cit.*, p. 69.

¹² Weinberg, Gregorio (Selección): *Debate parlamentario sobre la Ley 1420*, Buenos Aires, Raigal, 1956, p. XVII.

historia nacional, instrucción cívica con arreglo al régimen político de cada país¹³. La ley destierra los castigos afflictivos y humillantes y establece que los colegios deben reunir las condiciones mínimas indispensables, con útiles suficientes y medidas de higiene, que permitan una enseñanza en condiciones favorables.

Con motivo de esta ley, la Iglesia Católica juega todas sus cartas contra el gobierno y especialmente, contra el ministro Wilde, para lo cual financia el diario *La Unión*, redactado por José Manuel Estrada, Pedro Goyena, Emilio Lamarca, Santiago Estrada, Tristán Achával Rodríguez, Alejo de Nevares y el citado Navarro Viola, entre otros. El expresidente Avellaneda publica un libro *La escuela sin religión*, abominando también del proyecto laico, que recibe la refutación de Sarmiento titulada *La escuela sin la religión de mi mujer*, aludiendo al fundamentalismo católico de la mujer de Avellaneda. Ambas Cámaras del Congreso debaten largamente el proyecto educativo. Finalmente, se vota en Diputados el proyecto liberal que suprime la obligatoriedad de la enseñanza confesional, aprobándose por 40 votos contra 10. Luego, lo aprueba el Senado y Roca, con la firma del ministro Wilde, promulga la Ley de Educación que lleva el número 1420.

Dicha ley establece la enseñanza obligatoria para niños de 6 a 14 años (12, para las mujeres), con carácter gratuito. Fue promulgada el 8 de julio de 1884, señalando el Poder Ejecutivo que el carácter debía ser obligatorio, gratuito, gradual y conforme a la higiene¹⁴. El decreto reglamentario, del 28 de julio de 1885, resulta avanzado para la época pues completa la gratuidad estableciendo que el Estado tiene "la obligación de proveer de textos y útiles de trabajo a los más desposeídos que no pudiesen costear la compra"¹⁵. Asimismo, la ley establece que puede darse enseñanza religiosa optativa pero solo antes o después del horario de clases. De esta manera, durante la jornada escolar, los alumnos provenientes de familias que profesan diversos cultos no resultan discriminados.

Con criterio avanzado, la ley propicia la creación de escuelas prácticas de aprendices, anexas a los talleres de los ferrocarriles estatales Central Norte y Andino, con el propósito de contar con mano de obra especializada en el país, como asimismo la creación de colegios para adultos para facilitar la integración de los inmigrantes que por razones de trabajo no puedan concurrir a las escuelas diurnas¹⁶.

La necesidad de la ley resulta incuestionable porque, a medida que crece la inmigración, los integrantes de diversas nacionalidades y/o cultos tienden a conformar colectividades con sus propios colegios, lo cual conduce a convertir al país en un mosaico cosmopolita, con fuertes tendencias separatistas.

El debate parlamentario fue muy duro. Norberto Acerbi se refiere a la dura campaña opositora: "José Manuel Estrada es el portavoz de un romanismo absoluto. Habla el lenguaje que le dicta el Concilio Vaticano. Llega hasta a negar al gobierno civil el derecho de legislar sin que ese derecho sea restringido, censurado o compartido por los órganos y representantes de la moral de la humanidad" que, por supuesto, él lidera. Utiliza su cargo de rector del Colegio Nacional de Buenos Aires y sus asignaturas de Instrucción Cívica y Economía Política para crear un foco de perturbación contra el gobierno y el Estado. El ministro Wilde no titubea y destituye a Estrada como rector y docente¹⁷.

El enfrentamiento entre la cúpula eclesiástica y el gobierno se ahonda. Wilde, siguiendo la línea ya adoptada por Sarmiento, contrata algunos profesores norteamerica-

¹³ *Idem*, p. XVI.

¹⁴ Pondé, Eduardo Bautista: *Los reelegidos: Roca, Trigoyen, Perón*, Buenos Aires, Legasa, 1991, p. 128.

¹⁵ *Idem*.

¹⁶ *Idem*.

¹⁷ Acerbi, Norberto: *ob. cit.*, pp. 87 y 88.

nos protestantes para una escuela normal de Córdoba, lo cual irrita vivamente al clero a tal punto que Monseñor Jerónimo Emiliano Clara emite una pastoral, para que sea leída en todas las iglesias, vituperando la política educacional oficial e incitando a los padres a no enviar a sus hijos a la escuela pública.

El documento de monseñor Clara obtiene el apoyo de varios obispos y se convierte en alegato clerical. El ministro Wilde responde: "¡Esos hombres tienen sesos de piedra! Impermeables a los adelantos y conquistas de los tiempos, se basan en antecedentes de edades bárbaras para negar la evolución espiritual de la humanidad, que marcha a la autodeterminación e independencia absolutas. Yo no niego la libertad religiosa, asegurada por nuestra Constitución, pero sí que la Iglesia se arroge el derecho exclusivo de formar a los argentinos que necesitamos para hacer grande y poderosa la República. Las antipodas de Córdoba caen en China, cerca de Ging-Tcheon, al sur de Pekín. En esta disposición de la providencia debo apoyarme para creer que los cordobeses no están condenados a ser eternamente ultramontanos⁸⁰". Monseñor Clara, cada vez más irritado, sostiene que nadie podrá destruir a la Iglesia y que será más fácil que desaparezca el sol, antes de que pueda producirse la extinción de la Santa Madre Iglesia. Ante esto, Wilde replica: "¡Esa es otra barbaridad! La historia nos enseña que los hombres y pueblos, las ciudades y los monumentos pasan, se reducen a polvo, se pierden en el olvido. El sol, en cambio, permanece imperturbable desde el día de la creación, alumbrando a este mundo de tontos y de pillos⁸¹".

El conflicto se agrava porque el Poder Ejecutivo envía al Congreso el proyecto de creación de Registro Civil.

5) El Registro Civil

Con idéntico propósito al de la ley educacional, se sanciona la Ley 1565, en octubre de 1884, creando el Registro Civil, como organismo público que toma a su cargo la información sobre nacimientos y defunciones. Hasta ese momento, los nacimientos se denunciaban según la religión profesada por los padres, existiendo para los católicos la fe de bautismo emitida por la Iglesia Católica mientras que para los judíos, protestantes y demás religiones la inscripción se realizaba en sus propias casas de culto. Lo mismo ocurría con los casamientos y las defunciones. Ahora, en cambio, con esta ley el Registro Civil unifica a todos los habitantes de la Argentina en relación a momentos cruciales de sus vidas: "nacer, tener hijos, y morir, en igualdad de condiciones, sin distinción de razas, nacionalidades, ni religión", para todos aquellos que habiten el territorio argentino (la Ley de Matrimonio Civil la sancionará el gobierno siguiente). Se quiebran así los compartimentos estancos propios de un país de inmigración reciente, coadyuvando a una mayor cohesión de la sociedad argentina.

La cúpula eclesiástica se irrita ante estos avances laicos. En septiembre, desde Salta, monseñor Risso Patrón lanza una pastoral, a la cual sigue otra del obispo de Paraná, monseñor Gelabert y otra, del padre Clara. Esta última, leída en los templos de Córdoba, es sumamente agresiva. La Iglesia Católica convoca a sus fieles a continuar denunciando los nacimientos en las parroquias y no cumplir con el requisito que establece la ley de Registro Civil. La negativa de la cúpula eclesiástica a aceptar las nuevas disposiciones es cada vez más beligerante y el gobierno entiende que esto incita a quebrar el orden, por lo cual lo separa a monseñor Jerónimo Clara de sus funciones. Interviene entonces, el

⁸⁰ Eduardo Wilde citado por Accrhi, Norbertus: ob. cit., p. 88.
⁸¹ Idem, pp. 88 y 89.

Nuncio de su Santidad, monseñor Luis Mattered, quien se dirige en protesta al Canciller, exigiendo retractación y excusas oficiales. Ante esta actitud de un diplomático extranjero que convoca a los argentinos a no cumplir las leyes del país, el 14 de octubre de 1884 Wilde publica un artículo en *La Tribuna Nacional* sosteniendo que el nuncio Mattered debe ser expulsado de la Argentina. A su vez, el canciller Francisco Ortiz, entiende que el plan-teo del nuncio es agravante y el 18 de octubre de 1884 le devuelve la nota, acompañada del pasaporte, con un plazo de 24 horas para abandonar el territorio. Con este motivo, se interrumpen las relaciones entre el gobierno y la Santa Sede, que serán restablecidas en 1900, después de 16 años.

La otra cara de la Ley 1420

Jauretche analizó, en su libro *Pantalones cortos*, el fenómeno de la colonización pedagógica, es decir el rol jugado por la educación pública organizada en esa época con contenidos dirigidos a transmitir las ideas de la oligarquía, creando mentalidades coloniales, a través de la historia mitrista, la geografía europeísta, la literatura exótica o de ficción, etc. Sin embargo, le reconocía a la Ley 1420 su función progresiva en tanto factor de cohesión de la sociedad argentina, facilitando la incorporación de la creciente inmigración que se producía por entonces. Así, sostuvo: "No soy antiliberal por antiliberalismo. Soy nacional. Soy antiliberal en la medida en que lo liberal sea antinacional" y de aquí derivaba su evaluación particular sobre la enseñanza estatal, obligatoria y laica: "He criticado (a la Ley 1420) su orientación pero sin modificar en nada la admiración que tengo por su obra alfabetizadora y social, nos salvó de ese peligro que es fácilmente perceptible cuando uno se aproxima, aún hoy a las colonias donde la primitiva población se estableció por grupos nacionales [...] Una escuela confesional en aquellas circunstancias sería predominante de las órdenes extranjeras, ayudadas por sus respectivos gobiernos: desde esta escuela modelarían el espíritu de los descendientes de inmigrantes, conforme al sentido de su país natal, manteniendo a los niños en el espíritu de la colonia y aislados del resto del país [...] Además, esta escuela pública eliminó a la escuela particular, jerarquizada por status sociales⁸²".



Pablo Pizzurno (1865-1940), educador considerado un renovador de la enseñanza básica en el país.

Asimismo, es evidente que la ley eliminaba obstáculos y prejuicios tradicionales para ampliar el conocimiento científico de los alumnos. Por otra parte, como se ha señalado, en el proyecto se planteaba como objetivo robustecer la conciencia nacional con la profundización de los conocimientos sobre nuestra geografía, historia, literatura, música, etc. Sin embargo, así como la federalización de Buenos Aires llegó tardíamente, cuando ya estaban trazados los ferrocarriles en abanico hacia el puerto y el capital británico había echado las bases de su dominación, algo semejante ocurrió con los contenidos que nutrieron a la ley de educación. Como sucede en toda sociedad, la clase dominante impone sus ideas al resto de la misma y en

⁸² Jauretche, Arturo: *Pantalones cortos*, Buenos Aires, Peña Lillo editor, 1972, p. 214.

la medida en que esa clase dominante se consolida y el Partido Autonomista Nacional declina, en los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX, la enseñanza pública adoptará valores enciclopedistas, europeístas y liberal-conservadores que en 1910 Ricardo Rojas denunciará en su libro *La restauración nacionalista* y Jauretche condenará, muchos años después, en *Los profetas del odio y la yapa* y el *Manual de zancas argentinas*.

La inversión pública

Otro rasgo peculiar de este gobierno está dado por el vuelco de importantes partidas presupuestarias hacia el interior del país, en la construcción de obras públicas, especialmente en el rubro educación.

Durante esta presidencia se intensificó notablemente la construcción de colegios. De 1214 escuelas que había en 1881, se pasó a 1804 en el año 1886, es decir, 50% de aumento, constituyéndose, según algunos autores, en el gobierno que más escuelas creó durante su período en el siglo XIX. Aborda, asimismo, la tarea de organizar los territorios nacionales y el gobierno de la ciudad de Buenos Aires, así como sus tribunales. El intendente Torcuato de Alvear se aboca a la modernización de la ciudad Capital y el gobierno nacional se ocupa de la construcción del puerto de Buenos Aires (contratado en 1884, las obras comienzan en 1886). A. J. Pérez Amuchástegui informa que "el mercado monetario europeo atiende a las demandas argentinas, pero las gestiones no son fáciles. En 1883, los empréstitos denominados Obras de Salubridad y Obligaciones del Riachuelo son negociados con un sindicato de banqueros de París. Con ellos se financian las obras de canalización y construcción del muelle del Riachuelo -puerto provisional hasta que se haga el definitivo-, se termina el puerto de Rosario y se construyen muelles de remolvido en localidades de los ríos Paraná y Uruguay"⁴¹.

La política exterior

Uno de los problemas que aborda esta presidencia es el de límites con Chile. En esta cuestión, se evita el conflicto y se llega al acuerdo de 1881. Con ese tratado, se asegura definitivamente la soberanía sobre la Patagonia, aunque subsisten diferencias circunscriptas al trazado de los límites en el oeste y en el sur"⁴². Con motivo de esta negociación, Alberdi le escribe a Roca, desde París: "Su gran tratado de límites con Chile fue conocido aquí inmediatamente por el telégrafo. Estuve loco de gusto ese día memorable. Veinte victorias militares no equivaldrán a la gloria que ese triunfo de paz ha dado a su gobierno"⁴³.

La acción del canciller -el antiguo federal Bernardo de Yrigoyen- se destaca, asimismo, en el manejo del conflicto limítrofe con Brasil (acuerdo firmado por su reemplazante, Francisco Ortiz, en 1885).

En esos años, el reconocimiento de la soberanía argentina sobre la Patagonia se une a diversas empresas de exploración e investigación de la zona. En este aspecto, el gobierno continúa la llamada "campana al desierto", realizando acciones militares contra las po-

⁴¹ Pérez Amuchástegui, A. J.: *Crónica Histórica Argentina*, Buenos Aires, Codex, 1969, tomo V, pp. 10 y 11.

⁴² Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1963, Tomo XII, p. 289.

⁴³ Carta de Alberdi a Roca, del 19/12/1881, reproducida por Luna, Félix (Dir.): *Julio A. Roca*, Buenos Aires, Colección Grandes protagonistas de nuestra historia, Planeta, 1999, p. 77.



Bernardo de Irigoyen. Fotografía extraída del libro *Historia Argentina Contemporánea 1862-1930*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, Editorial Ateneo, 1964.

La relación con el capital extranjero

La relación del gobierno con la Banca inglesa, con respecto a los ferrocarriles, ha sido tergiversada.

H. S. Ferns, en cambio, con cierta distancia de las presiones de la clase dominante, concurre a restablecer la verdad. Así, hace referencia a varios diferendos entre las presas ferroviarias británicas y el gobierno de Roca: "Desde 1883 a 1885 se sostuvo una guerra no declarada entre el Ferrocarril Central Argentino y el Gobierno Nacional, guerra que trabó la afluencia de fletes y al mismo tiempo detuvo otras inversiones de capital en esta importante arteria ferroviaria, a través de las pampas septentrionales. El motivo de la disputa eran las cláusulas de garantía del contrato por el cual se había construido el ferrocarril"⁴⁴. Ferns sostiene: "La propiedad de principios de la década de 1880, en forma simultánea con una serie de extensiones de líneas, habían elevado las ganancias del Central Argentino hasta un punto en el que el gobierno podía reclamar los pagos que había hecho en años anteriores para que los beneficios del Central Argentino se mantuvieran en el nivel garantizado del 7%. En 1882, el Central Argentino pagó a los accionistas el 6% pero los directores habrían podido pagar el 12%, si no se hubieran visto obligados a satisfacer las demandas del gobierno por las cláusulas de la garantía. Con el pronunciado egoísmo que parece haber caracterizado siempre a los directores del Central Argentino, estos resolvieron renunciar al acuerdo de garantía, asegurarse una fiscalización completa

blaciones indígenas (Sayhueque se rinde en 1885), con el mismo criterio represor de años atrás, según se ha consignado. Esa expansión de la frontera incorpora enormes extensiones de tierra a la jurisdicción nacional y en 1885, se dicta una ley por la cual se otorgan extensiones de tierra a los soldados que intervinieron en aquella campaña (Ley de Premios). Pero, en casi todos los casos, los títulos y bonos son vendidos por los militares y van a manos de los especuladores, generándose enormes latifundios.

En esa misma época, cabe resaltar la reivindicación de nuestra soberanía sobre las Islas Malvinas. La controversia se produjo en relación a un mapa del Instituto Geográfico Argentino que las incluía dentro del territorio nacional, lo cual motivó una protesta británica. El canciller argentino, a través de una declaración del 2 de enero de 1885, rechazó esa pretensión colonialista y puntualizó "los indisputables derechos de la República a la soberanía de las islas Malvinas como parte integrante del territorio nacional"⁴⁵.

⁴⁴ Ferrari, Gustavo: *Apogeo y crisis del liberalismo, 1886-1890*, Buenos Aires, La Basilla, 1988, p. 156.

⁴⁵ Ferns, H. S.: *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1966, p. 404.

obtención de negocios, como Bemberg, Mallman y Tornquist⁵⁵. Aquí se hallan nuevamente algunas diferencias con respecto a los hombres que han manejado los gobiernos de esas últimas décadas del siglo: Tornquist, por ejemplo, ligado a la Banca Alemana, manifiesta inquietudes industrialistas que chocan con el proyecto británico, lo cual se revela cuando "Carlos Pellegrini y sus amigos [Ernesto] Tornquist y [Carlos] Casares se presentaron [como ya se ha señalado] en una fiesta luciendo un traje de tela nacional y botines y sombreros de análoga procedencia"⁵⁶.

Recién en la parte final de la gestión de Roca, reaparece la negociación con Baring Brothers⁵⁷. El encarecimiento del dinero en el mercado financiero francés, provoca -en 1885- el envío de Carlos Pellegrini a Londres, autorizado para concertar un empréstito por 42 millones de pesos fuertes (8.400.000 libras). Baring adopta, en este caso, una dura posición ante el representante argentino exigiendo, como garantía, la afectación de una parte proporcional de las rentas de la aduana de Buenos Aires. El 18 de mayo de 1885, el ministro de Hacienda, Wenceslao Pacheco, le escribe a Pellegrini manifestándole el desagrado del gobierno argentino por estas exigencias británicas: "estas condiciones son discutibles y aceptables más o menos. No sucede así con las condiciones relativas a la garantía especial sobre los derechos de aduana [...] Hasta hoy nadie ha pedido esa garantía especial y por eso el Gobierno juzga indecorosa y difícil de ser aceptada por el Congreso"⁵⁸. A pesar de esta objeción, Pellegrini firma el convenio, pero la mayoría del Congreso lo rechaza. Regalsky reproduce una interesante carta del diputado Paz que, en su parte central, informa: "El señor ministro -Pellegrini- estaba en Europa cuando se rechazó esa cláusula y no sabe quién fue el autor del alboroto. No fue la prensa, no fue la opinión pública [...] fueron los ministros mismos del Poder Ejecutivo que se apretaban la mano con efusión y se felicitaban en la plaza pública a las puertas de la Casa Rosada por el rechazo obtenido en el Senado, y que no lanzaron cohetes al aire para festejar esa victoria porque está prohibido por la policía. Eran los miembros del gabinete, incluso el Presidente de la República, los que se atropellaban por salir de la Casa Rosada después del acuerdo, y proclamarse autores del rechazo"⁵⁹. Sin embargo, esta reacción patriótica frente a la imposición de la banca inglesa no perdura. Poco tiempo después, las dificultades financieras del gobierno argentino lo obligan a aceptar el convenio, tal cual lo ha concertado Pellegrini.

Esas malas relaciones del gobierno de Roca con Baring, a las cuales hace referencia Ferns, desaparecen y se retorna a un trato amigable hacia el fin del período. Esto explicaría que no bien terminado su mandato, Roca fuese homenajeado en Londres, con un fastuoso banquete en el suntuoso "Star and Garter Hotel" de Richmond, donde el ya ex presidente llega a sostener que "el estado de progreso y prosperidad, [de la Argentina] se debe en parte, al capital inglés"⁶⁰. Con respecto a este famoso banquete, Terzaga le resta importancia, considerándolo "nada excepcional en el protocolo en tales casos" y que "ciertos 'antiimperialistas' se han demorado en la mención del menú, de la cristalería, de los discursos, como prueba supuestamente irrefutable de que el conquistador del

desierto era un soldado del imperio Británico"⁶¹. Terzaga sostiene que con anécdotas de este tipo, se despachan fenómenos complejos como los del 80 y 90 como "episodios" sin importancia⁶². Por supuesto, los antirroquistas presentan este banquete como un acto de sumisión colonial. También podría sostenerse, por el contrario, que fue el intento británico de ablandar a un ex presidente que les había sido esquivo entre 1880 y 1885 y recién venía restableciendo la relación en ese último año.

Otras medidas

Gustavo Ferrari señala que, además de las mencionadas, el primer gobierno de Roca concretó otras medidas que hacen al "afianzamiento de la soberanía nacional, particularmente de la soberanía territorial, militar y financiera"⁶³, como las siguientes: unificación de las fuerzas armadas al prohibir a las provincias la formación de cuerpos militares (Ley 1072), creación del Consejo Nacional de Educación (Decreto 11.844), creación de la gobernación de Misiones (Ley 1168), organización de la Municipalidad de la Capital Federal (Ley 1260) y fundación del Banco Hipotecario Nacional (Ley 1804)⁶⁴.

Un proyecto de desarrollo autónomo

Las diversas medidas dirigidas a echar las bases de un Estado Nacional para un país integrado -que aleje definitivamente todo tipo de posible secesionismo y/o desigualdades en el desarrollo- no constituyen un mero proyecto institucional sino que, por el contrario, son resultantes de una política basada en el desarrollo de las fuerzas productivas. En algunos rubros, como el agropecuario, el gobierno ratifica y profundiza el camino de las presencias anteriores: refinamiento del ganado y exportación de carnes, difusión del ovino, importante volumen de exportación de lana y despegue de la agricultura, estrechamente ligado al fenómeno inmigratorio. En otros, resulta evidente la intención de estructurar una economía agro-minera-industrial, proyecto en pugna con el impulsado por la oligarquía mitrista y su socio, el capital británico, quien adjudica a la Argentina un destino exclusivamente agropecuario, fundando en la teoría de la división internacional del trabajo.

La sanción del Código de Minería (25/11/1886)⁶⁵ expresa los intereses de la base principal de sustento que ha llevado a Roca al Poder: la Liga de Gobernadores, con centro en Córdoba y con fuerte apoyo de las provincias del noroeste. "Poco después de 1880 se constituyó en Europa una compañía destinada a la explotación de las minas de plata del Famatina (La Rioja). En Capillitas (Catamarca), en Tontal y Castaño (San Juan) se habían instalado diversas empresas [...] Entre 1885 y 1890, 27 minas proveían en el distrito de Famatina, plata, oro, hierro, cobre, plomo y galena argentíferas. Las de Tucumán, Salta y Jujuy proporcionaban cobre oro y galena"⁶⁶. Años después, como veremos luego, también bajo la influencia del autonomismo nacional, se construirá el gigantesco cablecarril Chilecito-La Mejicana, para la explotación de las minas del Famatina (segundo gobierno de Roca).

⁵⁵ Terzaga, Alfredo: ob. cit., tomo II, p. 170.

⁵⁶ Ídem.

⁵⁷ Ferrari, Gustavo: ob. cit., p. 30.

⁵⁸ Ídem, pp. 29 y 30.

⁵⁹ Abad de Santillán: *Gran Enciclopedia Argentina*, Buenos Aires, Edlar S. A. Ediciones, 1959, tomo V, p. 288.

⁶⁰ Academia Nacional de la Historia: ob. cit., tomo 12, p. 350.

⁶¹ Ídem, p. 21.

⁶² *Revista de Economía Argentina* (1927) citada por Astesano, Eduardo: *Historia de la independencia económica*, Buenos Aires, El Ateneo, 1949, p. 235.

⁶³ Regalsky, Andrés: ob. cit., p. 40.

⁶⁴ Carta de Wenceslao Paunero a Carlos Pellegrini, del 18/5/1885, reproducida por Regalsky, Andrés: ob. cit., p. 87.

⁶⁵ Regalsky, Andrés: ob. cit., pp. 87 y 88.

⁶⁶ D'Atri, Norberto: ob. cit., pp. 93 y 94.

Esa misma presión de la Argentina profunda, de Córdoba al norte, se expresa en la política ferroviaria: si Avellaneda se había preocupado por la construcción del ferrocarril Córdoba-Tucumán, el gobierno de Roca continúa el trazado del Ferrocarril del Norte hasta Salta y Jujuy, integrándolas así al resto del país. Lo mismo ocurre con el Ferrocarril Andino que es prolongado hasta San Juan.

El historiador Pérez Amuchástegui señala que, en 1886, al concluir el gobierno de Roca, "la acción empresaria inglesa en materia de ferrocarriles carecía de estabilidad y perspectivas. Las líneas del Estado, con administraciones óptimas, tenían una extensión casi idéntica a las del capital británico: 2800 km y 3029 km, respectivamente"⁷⁰. Pero - agrega Amuchástegui - "la realidad ofrecía grandes contradicciones pues el Andino y el Central Norte [estatales] eran subsidiarios del Central Argentino, el cual les cerraba su acceso al puerto [de Buenos Aires] [...] El Primer Entrerriano era también estatal. [...] Tres eran de las provincias: el de Ensenada, el del Norte de Buenos Aires y el Oeste. Y cuatro empresas privadas de capitales británicos realizaban la explotación con garantía del Estado: el Sud, el Argentino o del Este, el Central Argentino y el ferrocarril a Campana"⁷¹.

Esta información evidencia que, si bien no se cuestiona el orden agropecuario semicolonial que está construyendo el imperialismo británico en el litoral, se proyecta al gobierno da impulso a la industria, cuyo desarrollo vendría a debilitar la relación establecida según los principios de la división internacional del trabajo.

La preocupación por el desarrollo industrial

Llama poderosamente la atención que los ensayistas del campo nacional que reivindicaban como clásico al libro *Historia de los ferrocarriles argentinos*, de Raúl Scalabrini Ortiz, no hayan reparado que este reproduce, en varias oportunidades, expresiones de Roca referidas a la necesidad de desarrollar la industria nacional, en oposición al plan hegemónico del imperialismo inglés. "La industria nacional nace apenas -dijo Roca [...] y abandonada a sus inútiles ensayos, sin el apoyo eficaz y permanente del Estado [...] quedará ahí debatiéndose en nuestros mercados [...] Valdría más nuestro lino si de las manos del colono pasase a la fábrica para convertir su grano en aceite y su fibra en hilo. ¿Cuánto dinero menos saldría del país en esta sola materia? [...] Podremos sufrir durante los primeros tiempos, porque no hay revolución económica que no produzca ciertas alteraciones. Podremos extrañar la calidad de los artículos [...] pero irá a aumentar el fondo común, el capital nacional. Es precisamente el capital el que nos hace falta para desarrollar en vasta escala nuestra potencia productora y hacer nuestra independencia política. He pronunciado la palabra independencia y la repito, porque los pueblos que no elaboran y perfeccionan su materia prima para sus consumos ordinarios y necesitan que se les venda todo hecho y perfeccionado de afuera, se hallan sujetos a las conveniencias, complicaciones y eventualidades de los mercados extranjeros [...] ¿Qué resorte mágico debemos tocar para despertar a los pueblos del interior y hacer surgir las fábricas, los ingenios, las bodegas colosales en todo el país? Tenemos dos recursos: ferrocarriles fáciles y baratos para que las provincias puedan intercambiar recíprocamente sus productos y protección franca, valiente y constante de la industria nacional"⁷².

⁷⁰ Pérez Amuchástegui, A. J.: ob. cit., tomo V, p. 22.
⁷¹ Ídem.

⁷² J. A. Roca, 9/4/85, reproducido por Scalabrini Ortiz: Raúl: *Historia de los ferrocarriles argentinos*.

Este "olvido" de algunos "discípulos" de Scalabrini con respecto a los planteos de su maestro parece obedecer a concesiones que hacen a la Iglesia Católica, negándose a reconocer la política nacional de un gobierno calificado como enemigo de la Iglesia, a punto tal de echar al nuncio papal y romper relaciones con el Vaticano.

Por su parte, Pérez Amuchástegui señala que, en esa época, "el Club Industrial gestió la organización de una exposición continental de la industria y logró el apoyo del presidente. Con fondos concedidos por el Congreso se levantaron en lo que es hoy la Plaza Once los locales para la muestra de la producción industrial nacional: vino, cerveza, jabón, cigarrillos, calzado, vestido y artes gráficas, esta se exhibió junto a productos provenientes de otros países de América y Europa. La exposición fue inaugurada el 15 de marzo de 1882, en un acto presidido por Roca"⁷³.

En ese cuarto de siglo donde predomina la influencia del Partido Autonomista Nacional (1880-1904) se producen transformaciones importantes que evidencian una tendencia hacia el desarrollo integrado de una economía con crecimiento industrial.

En ganadería, la declinación de los mercados esclavistas que consumían tasajo (Cuba y Estados Unidos), así como la prohibición de importar ganado en pie adoptada por Gran Bretaña con motivo de la aftosa, concurren al salto del saladero al frigorífico. "El primer frigorífico nació de un saladero convertido: Eugenio Terrasón fue quizás el único de los dueños de ese sector que reconvirtió su establecimiento de San Nicolás de los Arroyos. De allí se despacharon las primeras reses congeladas con destino a Londres en 1883"⁷⁴. Señala Jorge Schvarzer. Nacido en Francia, pero afincado en la Argentina, Terrasón corrió la suerte de todos los pioneros frente al gran capital extranjero: su frigorífico fue alquilado años más tarde, para ser cerrado, por el oligopolio frigorífico en formación, que no quería competidores. En esa misma época, se funda "The River Plate Fresh Meat Company", organizado por nuestro conocido Alfredo Drabble en Campana. También en 1883 inicia su actividad el frigorífico La Negra, en Avellaneda, impulsado por Gastón Sansinena, luego denominado "Compañía Sansinena de Carnes Congeladas", de capitales nacionales producto de una asociación de Sansinena con Ernesto Tornquist, pero luego adquirido por "The River Plate Fresh Meat Co", la empresa de Drabble. En 1886, nace, en Zárate, "Las Palmas Produce Co. Ltd.", de capital anglo-argentino, propiedad de Hug Nelson y los hermanos James. A partir de 1900 se instalaron otros frigoríficos, con participación de capital británico: "La Blanca", sobre el Riachuelo, "The Plata Cold Storage", en 1904, en Berisso (después adquirido por la norteamericana Swift), el "Smithfield Ge", en 1903, en Berisso (después adquirido por la norteamericana Swift), el "Smithfield and Argentine Meat Company", en 1903, en Zárate y "El Argentino", en Puente Alsina, sobre la costa del Riachuelo (después adquirido por una empresa norteamericana). De este modo, el negocio frigorífico, que tuvo en Sansinena, Terrasón y Tornquist una posibilidad de contribuir al desarrollo de un capitalismo nacional, quedó, pocos años más tarde, en manos de un oligopolio integrado por empresas británicas y norteamericanas. "La negativa de los capitalistas argentinos -señala Schvarzer- a entrar en este negocio repetía lo ocurrido antes con los ferrocarriles. En ambos casos, el control quedaba en manos externas que gozaban de elevadas tasas de beneficios"⁷⁵.

Resulta interesante consignar el carácter imperialista de estas inversiones, pues no solo obtenían altísima rentabilidad sino que dadas las "notables ventajas de costos [...] las

Buenos Aires, Devenix, 1958, pp. 276 y 277.
⁷³ Pérez Amuchástegui ob. cit., tomo V, p. 7.

⁷⁴ Schvarzer, Jorge: *Las industrias que supimos conseguir*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2000, p. 82.

⁷⁵ Ídem, p. 86.

empresas vendían en 1905 la carne en Londres más barata que en Buenos Aires, pese a los costos de preparación y transporte⁷¹, es decir, succionaban fuertes utilidades, compartiéndolas con los ganaderos nativos, pero además, abarataban el costo de vida de los ingleses, repartiendo los beneficios de la renta agraria diferencial.

Otro intento de superar lo que Scalabrini llamaría luego "el primitivismo agropecuario", lo concreta Vicente Casares al fundar "La Martona", una importante cadena de distribución de leche y manteca.

En el rubro cereales se asiste a un gran crecimiento en esta época, estrechamente ligado a la colonización con inmigrantes, así como al desarrollo de agro-industrias: del trigo a la harina en importantes molinos (Río de la Plata Flour Mills and Grains Elevators, molino y elevadores, que serían posteriormente la base de "Molinos Río de la Plata"), de la harina a los fideos y las galletitas (como es el caso de la instalación de Canale, Bagley y Terrabusi).

Asimismo, se instalan algunas empresas importantes como la "Fábrica Argentina de Alpargatas" (1884), con "mayoría británica entre sus dueños, aunque había argentinos y las decisiones se tomaban localmente"⁷², la "Brasserie et Cervecerie Quilmes" (1899), de Otto Bemberg, una de las más grandes fábricas de cerveza del mundo, la fábrica de vidrio "Cristalerías Rigolleau", en Berazategui, de la misma época, la "Cía. General de Fósforos", "Ferrum", productora de sanitarios y excepcionalmente, metalúrgicas como "La Cantábrica" (1904), de capitales españoles y Tamet, de mayor envergadura. En materia textil, cabe citar a "la S.A. Primitiva, con 700 obreros, dedicada a producir sacos y lonas"⁷³ y la fábrica de paños De Pratt, que produce frazadas y paños para el ejército, compitiendo con la mercadería importada. Schvarzer menciona también como expresiones industriales importantes la fábrica de aceites "La Estela" y los talleres del Arsenal, a cargo del ejército, donde trabajaban 1000 operarios⁷⁴.

Asimismo, señala que "en 1892 el ministro del Interior se 'asombraba' del 'crecimiento de la manufactura en los suburbios de Buenos Aires': [...] 296 fábricas 'nuevas' que ocupaban 12.000 personas"⁷⁵.

Estas empresas están denotando la existencia de una emergente clase social, con rasgos de burguesía nacional y a este respecto resulta interesante la investigación de Schvarzer sobre "los capitanes de la industria" de aquella época que, por supuesto, no provenían del mitrismo, sino del autonomismo y en algunos casos eran hombres de suma confianza del presidente.

Uno de ellos, por ejemplo, es Ernesto Tornquist "socio en un frigorífico, forjador de Tamet, la mayor empresa metalúrgica de la Argentina, dueño de Ferrum [fábrica de sanitarios], de la primera refinería de azúcar del país, de un grupo de seis ingenios tucumanos [...] También dueño del Banco Tornquist, uno de los pocos casos de un empresario que impuso su apellido a una institución financiera exitosa [...] Era muy activo en los negocios y en la política; era amigo de Roca y de Pellegrini, participó con aportes de dinero en la fundación del Banco de la Nación"⁷⁶. (Con el correr de los años, Tornquist abandonaría sus iniciativas nacionales para vincularse, también él, al capital extranjero.)

Otro ejemplo de algo semejante a un burgués nacional es el caso de Jorge Born, aso-

ciado a su cuñado Ernesto Bunge, que se inicia en 1884. Si bien Bunge y Born centrará su acción empresarial especialmente en la exportación de cereales, fabricación de bolsas de yute para la cosecha y Molinos Río de la Plata (1902) (actividades insertas en el modelo agroexportador), incursiona luego en algunas actividades industriales que no resultan funcionales a ese modelo: envases Centenera, pinturas Alba, textil Grafa y Compañía Química.

Otro "capitán de industria", según Schvarzer, es Antonio Demarchi, italiano, fundador del Banco de Italia y Río de la Plata y de la Compañía General de Galletitas e incursionó compró la Casa Bagley y le dio fuerte impulso a la fabricación de galletitas e incursionó en la producción de papel, textiles y productos químicos. No es casualidad que uno de sus hijos contrajera enlace con una hija de Roca. Un caso similar sería el de Antonio Devoto, llegado de Italia a los veintidós años, dedicado a actividades inmobiliarias y financieras, presidente durante largos años del Banco de Italia y urbanizador de lo que hoy se llama Villa Devoto, dueño de una de las mayores fortunas del país.

Otra expresión de esta política económica se expresa en que bajo este gobierno, con fuerte base en las provincias del interior y rechazado con irritación por la oligarquía porteña, se produzca un fuerte crecimiento del cultivo de caña de azúcar en Tucumán, con importantes ingenios de los Padilla, Nougés, Posse y otros. "El presidente Roca, tucumano y ligado por lazos familiares a algunos dueños de ingenios, apoyó el proyecto" y otorgó subsidios y tarifas protectoras a esta actividad productiva, en la cual jugó un papel importante Tornquist con su Refinería y la explotación de varios ingenios. El impulso otorgado permitió que se llegasen a producir 40.000 toneladas de azúcar en 1890 y se pasase a 130.000 en 1895 y a 160.000 en 1896. Sin embargo, debe observarse que Tucumán se hizo monoprodutora y no desarrolló otras industrias.

De idéntica manera se produjo otro fuerte foco de desarrollo en Cayo, alrededor de la producción de uva y su elaboración en bodegas que empiezan a crecer notablemente a partir de 1883. Mendoza, que producía 2000 toneladas en 1883, alcanza a 88.000 hacia 1902⁷⁷. Un antiimperialista inteligente nos observará -con razón- que tanto el azúcar como el vino son productos que los ingleses no estaban en condiciones de venderlos y que ello permite el desarrollo de esos dos focos de producción, sin alterar el funcionamiento del modelo agroexportador. Pero también es cierto que aún en estas condiciones constituye un progreso en tanto vigoriza esas economías regionales y crea fuentes de trabajo, en la zona del país que había quedado excluida del modelo semicolonial.

Otros datos estadísticos que existen en Buenos Aires, en 1888, tienen el siguiente origen: 41 establecimientos son anteriores a 1869, 73 han sido fundados entre 1870 y 1879, 101 nacieron en los primeros 4 años del gobierno de Roca y 112, entre 1885 y 1888⁷⁸. Aquellas tarifas aduaneras sancionadas en 1876 -a las cuales algunos historiadores intentan restar importancia- dieron sus frutos y esto no resultó mera casualidad o simple crecimiento de proyectos anteriores en marcha, sino producto de una concepción claramente proteccionista por parte de los hombres de ese gobierno. "El desarrollo de la industria durante el gobierno de Roca fue favorecido por una legislación proteccionista. El gravamen aduanero para todos los artículos que se importaban del exterior, con aumentos apreciables para aquellos que se produjesen en el país, fue su mayor estímulo"⁷⁹.

⁷¹ Ídem, p. 103.

⁷² Ídem, p. 106.

⁷³ Academia Nacional de la Historia, *ob. cit.*, 12, p. 349.

⁷⁴ Ídem, p. 315.

⁷⁵ Ídem, p. 85.

⁷⁶ Ídem, p. 88.

⁷⁷ Ídem, p. 88.

⁷⁸ Ídem, p. 92.

⁷⁹ Ídem, p. 88.

⁸⁰ Ídem, p. 95.

Terzaga sostiene, respecto a esta cuestión: "Fácil es deducir que, dentro de las condiciones generales de un país que se insertaba en el sistema del mercado mundial como exportador de materias primas e importador de manufacturas, la vigencia de un criterio proteccionista para la industria -que con diversas alternativas anuales se mantuvo, no en una legislación especial sino en las leyes de presupuesto, hasta que llegó Quintana a la presidencia- significaba de hecho una desviación o una corrección de la ortodoxia librecambista impuesta al país por los vencedores de Pavón. El propio Roca mantuvo en general ese criterio en sus dos presidencias y en abril de 1885, en la exposición realizada en Mendoza por el Club Industrial con motivo de la llegada del ferrocarril Andino, expresó que 'no existía independencia política en una nación si esta no gozaba de independencia económica; esto es que la independencia comercial e industrial es esencial al bienestar de toda Nación, porque ninguna propiedad y ventaja puede asegurar la independencia política a un pueblo dependiente de naciones extranjeras en su tráfico, comercio y manufacturas...'".⁵³

Por su parte, Ezequiel Gallo señala que para la época roquista "el nivel de las tarifas aduaneras en la Argentina se encontraba entre los más altos del mundo".⁵⁴

Solo la tergiversación de nuestra historia ha podido ocultar estos hechos así como el protagonismo, en el autonomismo nacional, de hombres decididamente industrialistas, como Carlos Pellegrini, Eduardo Wilde y Rafael Hernández. Este último sostuvo: "La idea proteccionista hace camino [...] Acabamos de escuchar la palabra del presidente en la Exposición de Mendoza, proclamando la necesidad de proteger directa e indirectamente a nuestras industrias [...] de emplear nuestro dinero en la explotación de las materias primas y sus transformaciones industriales [...] Y la provincia de Buenos Aires le contesta preparando su exposición en La Plata".⁵⁵

Otro aspecto poco difundido de este gobierno -y muy sugerente- lo revela Roy Hora al analizar las relaciones entre la Sociedad Rural y el gobierno de Roca. Después de señalar que Roca no asistió, en 1881, a la inauguración y clausura de la Exposición Rural, provocando "la ira de los ruralistas", señala que "en 1882, la Sociedad Rural criticó al gobierno provincial por el incremento de los impuestos rurales [...] En 1883, un nuevo alza de impuestos encendió otra ronda de críticas [...] *Anales* (revista de la Sociedad Rural) se quejaba de que la autoridad no es muy respetuosa, que digamos, de los derechos de los ciudadanos [...] La elección de Enrique Sundblad (1880-82 y 1884-6) y Leonardo Pereyra (1882-84) para presidir la Sociedad Rural ofrece nuevos testimonios de la crítica actitud de los ruralistas hacia el gobierno. Ambos eran hombres de conocidos antecedentes opositores: Sundblad había sido un fiel seguidor del Partido Liberal de Mitre; y Pereyra, entonces también mitrista, se volvería algunos años más tarde un defensor entusiasta de la Unión Cívica Radical. Lo mismo puede decirse de José María Jurado, quien [...] alcanzó la presidencia de la Sociedad Rural en 1886. [...] Jurado endureció la línea editorial de esta revista [...] A comienzos de 1886, el presidente de la Sociedad Rural dio rienda suelta a su descontento, y argumentó abiertamente que el gobierno se hallaba divorciado de la opinión pública, y que se fundaba sobre la violencia y la imposición [...] Con la mentira, con la falsía, perdida la confianza y la fe mutuas ¿qué queda al fin? Las insidias, la pillería ruin, despreciable en cualquier otro acto de la vida, el lodo arrojado a manos llenas, la cachiporra, el puñal del compadrito, la fuerza bruta. Para Jurado, ello había traído problemas adicionales, pues la irresponsabilidad del gobierno, incapaz de

evitar 'situaciones vergonzosas y denigrantes', había dañado la reputación internacional del país, en especial entre los inversores extranjeros. Ello había traído como consecuencia la contracción del crédito externo, lo que a su vez había obligado a la suspensión de la convertibilidad de la moneda [...] no era esta, sin embargo, la razón principal de la animosidad terrateniente hacia el gobierno [...] La política, más que la economía, era percibida como el problema principal. En las elecciones preferenciales de febrero de 1886, la maquinaria política del PAN obtuvo una victoria previsible sobre el conjunto de fuerzas bonaerenses coaligadas en los Partidos Unidos. *La Prensa* entonces informaba que 'la mayoría de la población, especialmente las clases ilustradas, se han mantenido la abstención, no han concurrido a los atrios, dejando librada la suerte de las elecciones, a las pequeñas masas regimentadas de los partidos'. Con motivo de esas elecciones, Jurado afirmó: "un acto electoral de los partidos activos que se disputan el poder cada día es más difícil para la gente honorable".

Por estas razones, mostrar a Roca como expresión de la oligarquía vacuna configura una falsificación histórica, que resulta funcional a los intereses del mitrismo liberándolo de sus culpas respecto de la implantación del modelo semicolonial.

La frustración del proyecto

Cuando se habla del proyecto del 80, al igual que la mayor parte de las referencias a "la generación del 80", se cometen equívocos provenientes de la falta de rigor en la definición de sus protagonistas, como de su programa. Se dice generalmente que "trionfó el proyecto del 80" y que este consistiría en "la Gran Argentina productora de carnes y cereales, receptora de inmigrantes, Europa en América". Se trataría, entonces, del proyecto de la oligarquía porteña (hacendados y comerciantes bonaerenses) que llevaría a la Argentina a la condición de semicolonía británica, altamente exitosa para la clase dominante, pero no para el resto del país. Desde ese punto de vista, nada tienen que ver Roca, Pellegrini, Wilde, José y Rafael Hernández, Bernardo de Irigoyen y tantos otros que manejaron el país entre 1880 y 1886, pues precisamente su proyecto, como hemos visto, estaba centrado en evitar esa especialización de economía complementaria, así como no caer en la subordinación financiera al Imperio Británico.

Su proyecto -en definitiva, el desarrollo de un capitalismo nacional autónomo- no pudo concretarse y ese fracaso consolidó la Argentina agroexportadora, semicolonía de los ingleses. No era ese el proyecto del PAN, sino otro, totalmente antagónico, pero había llegado demasiado tarde pues el otro proyecto había sentado sus bases inmediatamente después de Pavón. Y de ahí la frustración.

Aquello que se había postulado en el 80, se encuentra en dilución en 1886. De la llegada al poder con las chuzas y lanzas de los "desgreñados" del Interior con tradición montonera, del frontal antagonismo con el liberalismo económico del mitrismo, se pasa a entregar el poder a Juárez Celman, defensor del librecambio y las privatizaciones. De las fuentes de financiación externa no británicas en los primeros años del 80 se regresa, en 1885, a la relación con Baring Brothers. Del proyecto de un país agroindustrial integrado se culmina consolidando la enorme cabeza del litoral y el náutico cuerpo del interior, con solamente algunos bolsones de vitalidad. Diversos emprendimientos con inversión nacional concluyen, al cerrarse el período presidencial, en la clausura o la extranjerización (frigoríficos y ferrocarriles, en la época de Juárez).

⁵³ Terzaga, Alfredo: ob. cit., pp. 50 y 51.

⁵⁴ Gallo, Ezequiel: ob. cit., p. 20.

⁵⁵ Hernández, Rafael, citado por Guglielmino, Osvaldo: *Rafael Hernández, el hermano de Martín Fierro*. Buenos Aires, Librería Perla, 1952, p. 71.

⁵⁶ Hora, Roy: ob. cit., pp. 51 y 52.

⁵⁷ Jurado, José M., citado por Hora, Roy: ob. cit., pp. 53 y 54.

Por esa razón, Arturo Jauretche lo califica como el "fracaso de la burguesía", cuando "el roquismo, como tentativa de grandeza nacional, se desintegra en las pampas, vencido por los títulos de propiedad que adquieren sus primates, ahora estancieros de la provincia"⁸⁸. Don Arturo, con la perspicacia tan aguda que tuvo siempre para captar los fenómenos socio-políticos -y también probablemente porque conoció a autonomistas de carne y hueso, como su propio padre- no se confunde, como la izquierda abstracta, y distingue claramente entre el proyecto nacional-burgués frustrado del PAN y el proyecto de la oligarquía mitrista, instalado a partir de 1862, dirigido a crear la Argentina semicolonial, granja de su Majestad Británica.

¿Era imposible el crecimiento autónomo y hacia adentro?

Algunos ensayistas, como Milcíades Peña, sostienen que esta frustración prueba que la resistencia del interior a la política mitrista "no tenía absolutamente ningún porvenir, porque carecía de contenido socialmente progresivo, es decir, no aportaba la posibilidad de ningún orden social nuevo, y era la defensa moribunda de una estructura social sin posibilidades de evolución ascendente"⁸⁹. Sin embargo, en el mismo libro, pocas páginas después, Peña reconoce que el proyecto era viable pues se verificó en el Paraguay bajo los gobiernos de los López: "Ni latifundista ni feudal era Paraguay, ni se oponía a la expansión mundial del capitalismo, sino que procuraba asimilarse y controlar esa expansión en su beneficio, no en beneficio de la burguesía porteña o europea [...] Paraguay evolucionaba independientemente hacia la civilización capitalista industrial y la guerra porteño-carioca vino a cortar esa evolución"⁹⁰. ¿Cuál es la razón, entonces, por la cual, Paraguay podía evitar el destino semicolonial y desarrollarse autónomamente, mientras que nuestro país "carecía de posibilidades de evolución ascendente", argumento que significa legitimar el proyecto de Mitre?

Terzaga se ocupa también de refutar esta interpretación pesimista acerca de nuestras posibilidades: "La economía del interior no era una economía sino varias, pero en ningún caso se trata de economías 'naturales' o 'domésticas' detenidas en el autoconsumo. En su falta de integración residía, precisamente, una de las causas principales de su penuria y de su dificultad para expresarse políticamente en una acción de envergadura. Desde las guerras de la independencia [...] saboteadas en todos los casos por las oligarquías y las burguesías portuarias de sus países, la imposibilidad de soldar un mercado interno había dejado convertidas estas regiones en torsos mutilados, cuyos fragmentos seguían tratando de conservar, como buena-mente podían, sus vínculos con los antiguos mercados y rutas comerciales de la unidad originaria: el Tucumán con el Alto Perú; Cuyo y el Noroeste con el Pacífico; Córdoba con Mendoza y con el Litoral. Las posibilidades de progreso y de evolución 'ascendente' estaban limitadas, en consecuencia, no por la estructura de cada región, sino por la separación y aislamiento propagados celosamente por Buenos Aires desde los tiempos del ministerio de Rivadavia. El estancamiento no era 'causado' por el estado social de cada una de las regiones, sino padecido por ellas, que nunca perdieron las ocasiones de trabajar por la mutua integración, y que por eso habían apoyado, aún a costa de sacrificar los ingresos de sus aduanas locales, el intento de la Confederación de Urquiza y de Derqui"⁹¹.

⁸⁸ Jauretche, Arturo: "Los tres fracasos de la burguesía industrial argentina", Revista Dinamís, Buenos Aires, agosto 1966.

⁸⁹ Peña, Milcíades: *La era de Mitre*, Buenos Aires, Ediciones Pichas, 1968, p. 44.

⁹⁰ Ídem, pp. 54 y 55.

⁹¹ Terzaga, Alfredo: ob. cit., tomo I, pp. 144 y 145.

Para probar su argumentación, Terzaga reproduce la información del historiador catamarqueño Ramón Rosa Olmos de donde resulta que "a diferencia de lo que ocurriría más tarde, la subsistencia de la población [de Catamarca] no giraba sobre el pivote del presupuesto; por el contrario, dependía en gran medida de la explotación de sus fuentes naturales de riqueza: agricultura, ganadería e industria. La producción no solo satisfacía las necesidades del consumo, sino que dejaba un holgado excedente exportable. Miles de cabezas de ganado vacuno en pie eran llevadas anualmente al mercado de Copiapó (Chile), donde tenían una ventajosa colocación; con Bolivia era significativo el tráfico de mulares; las suelas y crines se vendían en Córdoba, Cuyo y el Litoral [...] el tabaco se despachaba a Cuyo [...] El volumen más representativo del intercambio radicaba en la producción minera. Hacia 1860, los yacimientos de cobre de Andalgalá proveían anualmente diez mil quintales de mineral refinado en barras, que era llevado a lomo de mula hasta el puerto de Rosario, y desde allí exportado a Inglaterra. ¡Hacia 1861, la exportación de frutos y productos del país reportaba a la provincia un ingreso de 236.000 pesos fuertes!"⁹². Seguidamente, Terzaga fortalece su tesis refiriéndose a los caudillos populares que dieron pelea al predominio mitrista: "dueños de fincas, viñateros, mineros muchos de ellos, representaban en sus provincias elementos característicos de la actividad económica respectiva y, en consecuencia, la garantía y posibilidad de un auténtico desarrollo, es decir, de un crecimiento interno. El con. onel Severo Chumbita, por ejemplo [era] un rico estanciero. Francisco Álvarez [...] era dueño de fincas y poseía, en sociedad con Carlos Ángel, en Cerro Negro, una compañía de amalgamas, donde se trabajaba con el nuevo sistema denominado de Kronske, introducido desde Copiapó. Carlos Ángel, jefe también en la montonera de Peñalosa, era propietario de yacimientos en el Rincón de la Mejicana y explotaba una productiva mina de plata en San Pedro de la Caldera. Tales jefes, arrastrando tras de sí a las masas pastoras y artesanales que integraban el complejo regional, defendían las posibilidades de aquel desarrollo frente a una penetración que, interesada solamente en la riqueza potencial de la región pampeana, quería traer a su dominio estas otras regiones solo para anularlas y reemplazar en ellas, como se hizo, la actividad propia por el sistema del empleo público y los subsidios nacionales. Lo que introducía Buenos Aires en las provincias del Noroeste no era el progreso capitalista, sino, precisamente, el estancamiento"⁹³.

Con relación a las posibilidades de desarrollo de Córdoba, Terzaga señala que aquí "no eran ya los pastores de majadas de la Rioja, ni sus peones mineros, ni los cultivadores del oeste cordobés; eran los plateros y carpinteros de la ciudad, los obreros de las curtiembres y de los aserraderos, los herreros y los talabarteros, los peones de las chacras y de los mataderos, los representantes de los varios oficios e industrias urbanas"⁹⁴, y hace especial mención "a los artesanos agrupados en la sociedad 'Terpsicore', fundada años antes por el gobernador Guzmán". Se trataba de aquello que había formulado Moreno en su *Plan de Operaciones*, que San Martín había convertido en realidad levantando el Ejército de los Andes en Cuyo y los López lo corroboraron a nivel nacional en el Paraguay, es decir, un modelo endógeno, una "desconexión" para crecer hacia adentro. A falta de una burguesía nacional, el Estado debería cumplir esa función integradora.

Pero las condiciones políticas de Cuyo en 1817 y de Paraguay en 1840 -un pueblo movilizado alrededor de un proyecto y un fuerte liderazgo- no se dan en la Argentina del 80

⁹² Olmos, Ramón Rosa (historiador catamarqueño) citado por Terzaga, Alfredo: ob. cit., tomo I, pp. 145 y 146.

⁹³ Terzaga, Alfredo: ob. cit., tomo I, pp. 148 y 149.

⁹⁴ Ídem, tomo I, p. 152.

donde Roca no es un líder de masas y, además, los intereses más poderosos no comparten el proyecto de integrarse hacia adentro sino que luchan por desarrollarse hacia fuera, como apéndice del Imperio Británico.

“La mitrificación” del Partido Autonomista Nacional

Con respecto a esta frustración del roquismo, Arturo Jauretche la ha analizado en su extenso artículo “Los tres fracasos de la burguesía argentina”. Allí formula una interpretación acertada cuando señala que la Confederación Urquicista es responsable de la primera frustración burguesa-nacional, criticándole su adscripción al liberalismo económico antinacional cuando, para la misma época, Estados Unidos siguiendo las tesis proteccionistas de Hamilton y de Carey, se lanzaba a un fuerte crecimiento o Alemania, bajo el influjo de las ideas de List, consolidaba el mercado interno e impulsaba el desarrollo. La frustración roquista sería, entonces, la segunda y Jauretche afirma: “La clase propietaria de la tierra, enriquecida bruscamente por la ampliación de sus dominios por la Conquista del Desierto, por el orden y la juricidad, por el progreso técnico -alambrados, aguadas, genética, etc.- por la contribución de los brazos inmigratorios y sobre todo, por la demanda mundial dirigida a las producciones de la pampa húmeda, ha cuidado minuciosamente de mantener su hegemonía territorial, limitando por esto mismo la posibilidad de la formación de una fuerte burguesía de origen inmigratorio que podría hacer nacido de una mejor distribución de la tierra y de una más amplia distribución de los frutos del trabajo”. Agrega Jauretche que “en el 80, el interior ha vencido a los portuarios y la federalización de Buenos Aires abre las perspectivas de una visión política nacional sustituyendo la exclusivamente porteña. Un pensamiento económico distinto al vigente hasta ese momento acompaña a los vencedores, más próximo al de los hombres de Paraná. Avellaneda, con la modificación de la Tarifa de Avalúos y luego los dos Hernández, Vicente F. López, Roque Sáenz Peña, Estanislao Zeballos, Nicasio Oroño, Carlos Pellegrini, Amancio Alcorta, Eduardo Wilde y otros intentarán un camino distinto. Pellegrini sintetizará el pensamiento de esa generación: ‘No hay en el mundo un solo estadista serio que sea librecambista en el sentido que aquí entienden esta teoría. Hoy, todas las naciones son proteccionistas y diré algo más: siempre lo han sido y tienen fatalmente que serlo para mantener su importancia económica y política. El proteccionismo puede hacerse práctico de muchas maneras, de las cuales las leyes de Aduana son solo una, aunque sin duda la más eficaz, la más generalizada y la más importante. Es necesario que en la república se trabaje y se produzca algo más que pasto’ [...] En el plano de la inteligencia política las cosas han cambiado: la generación del 80 parece no estar arrodillada ante los ‘apóstoles del libre cambio’, como Mitre, ni creer en la ineptitud congénita de los argentinos, como Sarmiento. Con Roca llegan al gobierno nacional, si no ‘la chusma incivil’, que dice este último [Sarmiento], los principales de provincia cuyos intereses difieren de los portuarios”⁹⁵.

Pero aquello que los estancieros urquicistas no quisieron hacer, atraídos por el mercado mundial -lo que llevó a Don Justo a “entregar” la batalla de Pavón- ahora ya no puede hacerlo el Partido Autonomista Nacional y su Liga de Gobernadores. Ya la red ferroviaria trazada por los ingleses resulta “una telaraña metálica que atrapa a la república”, como dirá luego Raúl Scalabrini Ortiz. Ya los frigoríficos se levantan junto al puerto para entregar la carne a la flota mercante inglesa que la conducirá a la cadena de carnicerías de Lord Vestey en Londres. Ya en el centro porteño se ha instalado una de las más grandes

⁹⁵ Jauretche, Arturo: ob. cit.

casas comerciales de la ciudad, un verdadero supermercado de la época: Gath & Chaves, cuando dos empleados de la casa Burgos -el inglés Alfredo Gath y el santiagueño Lorenzo Chaves- fundaron la empresa, uniendo sus apellidos, el 7 de julio de 1883. La tienda se hará famosa con sus triciclos de reparto portadores de maravillas: encajes de Bruselas, cintas bordadas traídas de Francia, telas recamadas originarias de la India y China, muy pronto convertida en suntuoso negocio de Cangallo y Florida⁹⁶. Como es de imaginarse, el santiagueño Chaves será tragado por el británico y en 1912 la empresa se habrá transformado en “The South American Stores Gath y Chaves”, con sede en Londres⁹⁷. Hacia 1914, nacerá Harrods, el otro gran comercio del centro porteño y para 1920, ya se han refundido ambos establecimientos con centro en Londres⁹⁸. Asimismo, desde 1888, funciona en Buenos Aires la gran casa de casimires ingleses James Smart, donde también pueden adquirirse ranchos, polainas, sombreros de hongo y hasta la colonia Atkinson, importada de la isla. Asimismo, será famosa la casa The Brighton, con sus galeras de Lock, chambergos de Stehson, bastones y paraguas Brig, impermeables Cording y perfumes de Floris, en la calle San Martín al 100⁹⁹.

Un gran personaje oculto de la historia argentina juega ya un papel relevante: la renta agraria diferencial, es decir, la superganancia del negocio ganadero proveniente de los bajísimos costos de la pampa bonaerense en relación a los costos ganaderos del mercado mundial (la relación de costos es estimada por algunos en cinco veces menos y por otros, en ocho veces menos). Las ventajas agropecuarias terminan imponiéndose. Chiaramonte cita un debate en el Congreso donde Estanislao Zeballos señala, en 1881, que en el campo “El Moro”, de Martínez de Hoz, en el Sur, la estancia ha obtenido, en el negocio de las ovejas, una utilidad del 57, 60% anual, caso excepcional, pero que son comunes el 40 o el 50%, mientras una fábrica de sombreros alcanza el 10%; en esas condiciones no habrá industria en el país, concluye Chiaramonte¹⁰⁰.

Solamente si el Estado reemplazase a la burguesía nacional ausente o débil, con una política enérgica que significase la apropiación parcial o total de esa renta agraria diferencial para usarla como acumulación inicial de la industria, podría esta haberse desarrollado. Pero esa política revolucionaria excedía largamente a los hombres del PAN.

De ese modo, los intentos industriales fracasan. Chiaramonte se detiene a analizar el destino de la industria textil, señalando que en 1888 solo una fábrica textil de tejidos había logrado sobrevivir en Buenos Aires, mientras otro caso de excepción se daba en Entre Ríos, donde una fábrica de paños, impulsada por Urquiza, en Concepción del Uruguay, logró mantenerse trasladándose a Colón y recibiendo apoyo del gobierno provincial. “El proyecto de crear una industria textil argentina en condiciones de sustituir al mercado exterior -concluye Chiaramonte- había fracasado [...] El desarrollo de una industria textil nacional podía afectar importantes intereses de sectores importadores argentinos y de industriales ingleses, cuya campaña de oposición a la iniciativa ya hemos visto”¹⁰¹. Solo una burguesía nacional, muy consciente de sus intereses, decidida a privilegiar y ampliar el mercado interno hacia todo el país y a fortalecer la acumulación del capital nacional, con reproducción ampliada en la industria, y a través de una fuerte participación del Estado, podría promover ese desarrollo industrial

⁹⁶ “Desaparece Gath & Chaves, empresa que durante casi cien años fijó un estilo de vida entre los porteños”, *La Opinión*, Buenos Aires, 16/2/74.

⁹⁷ FEC: “Gath y Chaves”, *Revista Todos*, Buenos Aires, mayo 1974.

⁹⁸ *Revista Caras y Caretas*, Buenos Aires, 9/10/1920.

⁹⁹ Monk, Barry: “La gloriosa caducidad”, *Revista Primera Plana*, N° 300, Buenos Aires, 24/9/1968, p. 56.

¹⁰⁰ Chiaramonte, José Carlos: *Nacionalismo y liberalismo*, Buenos Aires, Solar/ Hachette, 1971, p. 243.

¹⁰¹ Ídem, p. 242.



Emilio Civit

que atibaba el Club Industrial y los mejores hombres del Partido Autonomista Nacional. Pero el enorme peso económico y social que fue adquiriendo la oligarquía ganadera llevó al país por otro camino, más allá de los reclamos proteccionistas de algún centro industrial o algún periodista o político.

De tal modo, la política de unificación y consolidación del Estado Nacional (habría que agregar aumento de telégrafos, de inmigrantes, etc.) desarrollada muy especialmente a partir del 80, condujo a "la granja", más allá de la voluntad y las ideas de algunos dirigentes (el proteccionismo de Pellegrini, de Wilde y otros, la crítica a los ferrocarriles por parte de O. Magnasco y Civit) e incluso de la apoyatura en las bases sociales del interior, en la primera parte del ciclo roquista.

Argentina mirará decididamente hacia el Atlántico, a través de su puerto, hundiéndose el interior provinciano, así como sus posibilidades mineras, pesqueras, de hidroelectricidad, etc. El proyecto de armonizar los intereses del interior con los bonaerenses -equilibrar producción agropecuaria con la industrial- así como mantener cierto control sobre las comunicaciones -que aparece a través de propuestas de Rafael Hernández, Osvaldo Magnasco, Emilio Civit, Pellegrini y aun el propio Roca- se frustra para dar paso a la semicolonía proveedora de alimentos baratos y consumidora de productos industriales. Será un "progreso coyuntural" en el marco del "antiprogreso permanente".

Como se ha señalado, Jauretche afirma que "el roquismo, como tentativa de grandeza nacional, se desintegra en las pampas vencido por los títulos de propiedad que adquieren sus primates, ahora estancieros de la provincia de Buenos Aires"¹⁰⁰. Esta referencia a los títulos de propiedad es aplicable al propio Roca quien, si bien mantiene su protagonismo político, que lo llevará incluso a una segunda presidencia, se convierte muy pronto en "el zorro" que recurre a cualquier maniobra -inclusive a abrazos con Mitre- para consolidar su política. Efectivamente, Roca es propietario, en 1880, de una estancia en Córdoba denominada "La Paz", de 8800 ha, apta solamente para ganado rústico, de tierras duras, pedregosas, más bien lugar de descanso que de explotación agropecuaria¹⁰¹. La recibe su esposa -Clara Funes- por fallecimiento de su padre, Tomás Funes. Luego en 1881, Roca pasa a ser dueño de la estancia "La Larga", en Guaminí, en el sudoeste bonaerense, que le fue donada por el gobierno de la provincia de Buenos Aires por sus servicios en la llamada "campana del desierto". La dedica a la cría de ovejas, "si bien es zona bastante desértica y escasa de buenos pastos"¹⁰². Para ponerla en funcionamiento toma préstamos del Banco de la Provincia de Buenos Aires que luego va cancelando¹⁰³. Pero, en 1888, lle-

ga a ser propietario de "La Argentina", una estancia de 10.000 ha, en estación Solís, cerca de Zárate y del puerto. En este caso se trata de un extenso campo de invernada y el ex presidente puede considerarse un estanciero en plenitud.

Luna señala que varios políticos cercanos a Roca también se hicieron estancieros en esa época que va desde 1880 a 1890, entre los cuales cita a Estanislao Zeballos, Dardo Rocha y Miguel Cané¹⁰⁴, así como a los hermanos del Presidente: Rudecindo y Ataliva. Lo que no habían podido lograr las armas mitristas en el 80, lo consiguen, como sostiene Jauretche, los títulos de propiedad sobre las praderas más fértiles del planeta.

Una interpretación histórica, proveniente de una concepción metafísica, seguramente arguirá que finalmente la dirigencia política del Partido Autonomista Nacional, con Roca a la cabeza, fracasó y por eso resulta responsable del carácter semicolonial que asume la Argentina a partir de entonces, descalificando así a todos estos dirigentes y asimilándolos al mitrismo. Este modo de hacer historia, que prescinde de la dialéctica, conduce solamente a la denigración de todos los argentinos que han luchado en el pasado: también podría argumentarse que San Martín, al irse a Europa, colaboró en la fragmentación de América Latina, como asimismo que Felipe Varela no pudo concretar sus proclamas revolucionarias. También Yrigoyen va no era en 1930 el conspirador de 1905 y concurrió así a la declinación del radicalismo, pero la declinación, producto de la vejez y concurrencia así a la declinación del radicalismo, no puede invalidar las jornadas memorables -tanto en lo personal, como en lo político-, no puede invalidar las jornadas memorables de la juventud. Solo una interpretación dialéctica permite comprender, junto a la claudicación de los hombres del Autonomismo, la persistencia de algunos proyectos de avanzada, como así también de medidas concretas, que contrariaban el proyecto semicolonial, como se verá luego en los casos del proyecto educativo de Magnasco, el proteccionismo económico de Pellegrini o el Código de Trabajo de Joaquín V. González. También debe recordarse que, aun en cuestiones meramente simbólicas, el gobierno del PAN dejó señales diversas a las que caracterizaron a la oposición mitrista: una de ellas, por ejemplo, es la disposición que reduce el himno nacional eliminándole aquellas estrofas antiespañolas del original que algunos han interpretado como disminución de la vocación soberana y que más bien resulta un tímido intento de regresar a la comunidad hispanoamericana, tomando distancia del Imperio Británico, política que a su vez caracteriza al gobierno en la solución de conflictos fronterizos con Chile o también en la recreación del regimiento de granaderos a caballo creado por San Martín, recupero de la misma tradición, cuya disolución, no por casualidad, había decidido Bernardino Rivadavia en 1826.

Pero también es cierto que el Roca de 1886 ya no es el del 80. Años después, Wilde, se referirá en una carta al "Roca mitrificado"¹⁰⁵.

El fin de la primera presidencia resulta el comienzo de la "mitrificación", nutrida de concesiones, maniobras políticas, acuerdos, desacuerdos y conciliaciones con el enemigo tradicional.

¹⁰⁰ Jauretche, Arturo: "Los tres fracasos de la burguesía industrial argentina", *ob. cit.*
¹⁰¹ Luna, Félix: *Soy Roca*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 226.
¹⁰² *Idem*, p. 227.
¹⁰³ *Idem*, p. 230.

¹⁰⁴ *Idem*, p. 228.

¹⁰⁵ Wilde, Eduardo: *Obras completas*, Buenos Aires, La Facultad, 1935, tomo IX, p. 72.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
¿Qué es la historia?	7
Bases de la historia	8
Las corrientes historiográficas	
CAPÍTULO I: CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS: DE LA HISTORIA OFICIAL, LIBERAL-CONSERVADORA O MITRISTA, A LA NUEVA ESCUELA HISTÓRICA... 9	9
A) La Historia Oficial, Liberal-Conservadora o Mitrista	24
B) La Nueva Escuela Histórica	33
CAPÍTULO II: EL REVISIONISMO HISTÓRICO	33
Los precursores	37
C) El Revisionismo Rosista o Nacionalista de Derecha	45
D) El Revisionismo Histórico Forjista	48
E) El Revisionismo Histórico Rosista-Peronista	51
F) "Historia Social" y "Escuela de los Annales"	51
CAPÍTULO III: LA HISTORIA SOCIAL	83
CAPÍTULO IV: LA CORRIENTE HISTORIOGRÁFICA SOCIALISTA, FEDERAL-PROVINCIANA O LATINOAMERICANA ... 83	83
G) La corriente historiográfica socialista, federal-provinciana o latinoamericana ...	83
CAPÍTULO V: DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS A LOS PROLEGÓMENOS DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO	111
Los pueblos originarios	111
Las diversas comunidades en nuestro territorio	116
Capitalismo o feudalismo en el virreinato del Río de la Plata	118
Antecedentes de la Revolución de Mayo	119
La invasión inglesa	124
La influencia inglesa en nuestra historia	126
El carlotismo	127
El comercio libre	130
La Revolución en España	

CAPÍTULO VI: La Revolución de Mayo	135
La Revolución de Mayo según las diversas corrientes historiográficas.....	135
La Revolución en el Río de la Plata.....	140
Los acontecimientos fundamentales.....	143
El Plan de Operaciones: programa revolucionario de Mayo.....	146
La derrota	154
La Revolución de Mayo y los pueblos originarios.....	158
CAPÍTULO VII: ARTIGAS Y LAS MASAS POPULARES EN LA REVOLUCIÓN	161
El artiguismo: continuación del morenismo.....	161
La base social del artiguismo.....	164
La primera traición a Artigas.....	164
Los traidores lo declaran traidor.....	165
El regreso de los morenistas.....	166
San Martín: ¿libertador hispanoamericano o agente inglés?.....	167
La Logia y la Sociedad Patriótica.....	170
La Asamblea del Año XIII y la cuestión de la independencia.....	173
El programa de la revolución democrática.....	176
El Protector de los Pueblos Libres.....	178
Artigas y sus hombres.....	179
El programa artiguista.....	180
CAPÍTULO VIII: SAN MARTÍN, MILITAR Y POLÍTICO HISPANOAMERICANO.....	185
San Martín, continuador de Mariano Moreno.....	185
Martín Miguel de Güemes	187
De la revolución democrática a la revolución nacional.....	190
¿El gobierno de Alvear expresa a los aristócratas o al morenismo en claudicación?	192
¿El Plan de Operaciones de Moreno reaparece en Cuyo?	196
El Congreso de Tucumán.....	200
Artigas otra vez traicionado.....	202
San Martín en la campaña hispanoamericana.....	205
La desobediencia.....	209
El fin del artiguismo.....	211
CAPÍTULO IX: RIVADAVIA, SAN MARTÍN Y LOS CAUDILLOS	213
Proyectos en pugna.....	213
La burguesía comercial en el poder.....	217
¿El hombre que se adelantó a su tiempo?.....	218
Personalidad de Rivadavia.....	220
Base social de la política rivadaviana.....	222
Contrarrevolución en Buenos Aires.....	224
El librecambio.....	224

Revolución en el Perú	225
Rivadavia y los negocios financieros.....	228
Ante el proyecto de Unión Latinoamericana.....	230
No hubo misterio de Guayaquil.....	231
El empréstito.....	234
En los colegios no corresponde colocar juntos los cuadros de San Martín y Rivadavia.....	237
La contrarrevolución continúa en Buenos Aires.....	239
La Provincia Metrópoli.....	240
Los caudillos.....	241
Las razones de la caída de Rivadavia.....	248
La constitución unitaria y el voto calificado.....	249
El negocio de las minas del Famatina.....	250
El control de la Aduana.....	251
La guerra con el Brasil.....	252
CAPÍTULO X: DORREGO.....	255
La deformación histórica.....	255
El verdadero Dorrego.....	257
Dorrego en la Convención Constituyente de 1826.....	259
La oposición desde el periodismo.....	260
El gobierno de Dorrego.....	261
¿Banda Oriental o la creación del Uruguay?.....	262
El escándalo minero.....	264
Golpe militar y fusilamiento.....	265
"Cartas como estas se rompen".....	266
La opinión de Lavalle en 1839.....	268
Esos hombres del 1° de diciembre.....	269
CAPÍTULO XI: ROSAS.....	273
El ascenso de Juan Manuel de Rosas.....	273
Rosas, el hombre.....	274
La demonización de Rosas.....	276
Las razones de la demonización.....	277
¿Cómo se demonizó a Rosas?.....	279
Rosas y el revisionismo histórico.....	280
Rosas según la corriente federal provinciana.....	282
Los "documentos olvidados".....	283
Primer gobierno de Rosas.....	284
Rosas, Paz y los caudillos federales.....	292
Rosas y los pueblos originarios.....	295
De nuevo en el poder.....	297
Su base social.....	302
Ley de Aduanas.....	

Monopolio de los recursos aduaneros y del puerto	304
La Generación del 37	307
La primera intervención extranjera	312
Rosas y la represión	316
La segunda intervención extranjera	320
Se cierra el ciclo de Rosas	322
¿Rosas fue antibritánico?	325
La época del exilio	326
CAPÍTULO XII: BUENOS AIRES Y LA CONFEDERACIÓN URQUICISTA	329
Urquiza: ¿estanciero, caudillo o traidor?	329
Caseros	331
Caseros, según Sarmiento, en <i>La campaña del Ejército Grande</i>	332
Urquiza, ¿una posibilidad nacional?	335
Las "Sesiones de Junio"	337
"El abrazo del Coliseo" y el nacimiento de la oligarquía porteña	339
La segregación de Buenos Aires	342
La polémica Sarmiento-Alberdi	343
Buenos Aires, ¿otro país?	347
Buenos Aires: "la civilización"; las Provincias: "la barbarie"	350
La República del Río de la Plata	351
La Confederación Urquicista, sus hombres y su obra	352
Asesinato de N. Benavídez y batalla de Cepeda	353
Un nuevo asesinato: el del gobernador Virasoro	355
Pavón	357
La frustración de la Confederación urquicista	360
CAPÍTULO XIII: EL MITRISMO Y LAS BASES DE LA ARGENTINA AGROEXPORTADORA	363
Bartolomé Mitre según las distintas corrientes historiográficas	363
La oligarquía en el poder	369
De la Riestra, un financista amigo de los ingleses	370
Oligarquía e Imperio Británico	371
El mitrismo y el ferrocarril inglés, base del país semicolonial	373
Los Bancos	378
Deuda externa	380
Otras inversiones extranjeras	382
La prensa	383
La libre importación	383
La Provincia-Metrópoli	384
Represión política y guerra	385
Un trabajo práctico sobre cómo se tergiversa la historia	386
La dictadura de Mitre: campaña represora sobre el interior	389
La lucha contra El Chacho	393

La división internacional del trabajo	398
La política exterior del mitrismo	400
CAPÍTULO XIV: LA GUERRA DE LA TRIPLE ALIANZA	403
Interpretación de las diversas corrientes historiográficas	403
El Paraguay de los López	406
La causa de la guerra	407
La guerra civil en Uruguay	409
La caída de Paysandú	409
El inicio de la tragedia	410
¿Quiénes financiaron la guerra?	411
La impopularidad de la guerra	412
El curso de la guerra	414
La Revolución de los Colorados	418
La derrota	422
Juan Bautista Alberdi ante la guerra del Paraguay	426
Trabajo práctico sobre la Guerra del Paraguay	429
CAPÍTULO XV: SARMIENTO: ¿CIVILIZADO O BÁRBARO?	429
Sarmiento en la presidencia	429
Domingo Faustino Sarmiento según las distintas corrientes historiográficas	430
Sarmiento ideólogo	431
La "barbarie", según Sarmiento	432
La "civilización", según Sarmiento	433
Sarmientismo y sarmientudos	434
Sarmiento, el hombre	440
El "compadrito Adolfo Alsina"	441
La base social del gobierno de Sarmiento	444
El sanjuanino al timón de la República	446
Sarmiento y los pueblos originarios	449
El enemigo principal	451
Balance de la presidencia de Sarmiento	454
Sarmiento y la cuestión agraria	457
Otros aspectos de su presidencia	459
La desaparición de los últimos caudillos federales	462
¿Cuánto vale la cabeza de José Hernández?	463
Los últimos años de la presidencia de Sarmiento	464
Dos trabajos prácticos acerca de la tergiversación de la Historia Argentina	466
Una evaluación del contradictorio sanjuanino y de su gobierno	469
CAPÍTULO XVI: PRESIDENCIA DE AVELLANEDA	469
Nicolás Avellaneda, según las diversas corrientes historiográficas	471
Avellaneda en la presidencia	473
Ante la crisis mundial	

Dos ministros al servicio del interés extranjero	474
Cuando el Dr. Manuel Quintana amenazó militarmente a su patria	476
El taller y la granja	478
El intento de promover la industria	480
El debate Proteccionismo-libre importación	481
Rafael Hernández: un defensor de la industria	484
La muerte de Rosas	485
"La Conciliación"	487
La muerte de Adolfo Alsina	489
 CAPÍTULO XVII: LA LLAMADA "CAMPAÑA DEL DESIERTO"	493
Reflexionando sobre los orígenes	493
"Los hombres de color"	494
Los indios	495
Una larga historia de enfrentamientos	496
Mitre y Sarmiento ante la cuestión india	500
Bajo la presidencia de Avellaneda	502
"La campaña"	504
El despojo	507
Panorama general del genocidio	511
La polémica historiográfica	513
La posición de la corriente historiográfica latinoamericana o federal- provinciana	518
 CAPÍTULO XVIII: GUERRA CIVIL: BUENOS AIRES CONTRA EL INTERIOR	525
El país se parte y los bandos se preparan para la lucha	525
Otra vez la guerra civil	528
Tres mil muertos como expresión de la lucha de clases	532
La federalización de Buenos Aires y el debate Leandro Alem-José Hernández	539
Los curiosos caminos de la Historia y la desorientación de los intelectuales	541
 CAPÍTULO XIX: "LOS OCHENTA"	545
Las razones de una polémica	545
¿Quién es Julio Argentino Roca?	548
¿Cuál es la base social del roquismo?	551
Antimitristas: del urquicismo al roquismo	554
¿Qué fue la generación del 80?	557
La búsqueda de una literatura nacional	563
 CAPÍTULO XX: EL PARTIDO AUTONOMISTA NACIONAL	567
El nudo histórico de 1880 a 1900	567
La base social del Partido Autonomista Nacional	568
Los colaboradores de Roca	577
Roca y Alberdi	578

Eduardo Wilde	579
Roca y Pellegrini	585
La inmigración	587
 CAPÍTULO XXI: ROCA EN EL PODER	595
So primer gobierno	595
Las principales medidas adoptadas por el PAN en el gobierno	597
La otra cara de la Ley 1420	607
La inversión pública	608
La política exterior	609
La relación con el capital extranjero	613
Otras medidas	613
Un proyecto de desarrollo autónomo	614
La preocupación por el desarrollo industrial	619
La frustración del proyecto	620
¿Era imposible el crecimiento autónomo y hacia adentro?	622
"La mitificación" del Partido Autonomista Nacional	



INVENTARIO
11583

Durante la última Dictadura Militar (que censuró sus libros *Vida de Manuel Ugarte* y *¿Qué es el socialismo nacional?*) se refugió en la investigación y publicó en el exterior varios artículos y libros.

Restablecida la democracia, publicó algunos trabajos en la Biblioteca Política del Centro Editor de América Latina, entre los que cabe mencionar *La izquierda nacional y el FIP*, libro con el que inicia la reivindicación de los hombres de "Frente Obrero", creadores de esta corriente de pensamiento político en la década del 40 del siglo pasado.

Galasso ha publicado más de cincuenta títulos —muchos con varias reediciones—, entre ensayos, antologías, estudios histórico-políticos, investigaciones y polémicas. De entre ellos se destacan tres, sin lugar a dudas los de mayor aliento, que le han requerido esfuerzos sostenidos a lo largo de los últimos años, y que le han valido un notable reconocimiento. Se trata de *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*, *De la Banca Baring al FMI. Historia de la deuda externa argentina*, y la documentada biografía en dos tomos, *Perón*. A estos verdaderos puntales de la historiografía argentina viene hoy a sumarse la ***Historia de la Argentina***.

Simultáneamente a su labor de publicista, Galasso ha dedicado esfuerzos a la organización de núcleos políticos y culturales. Aún hoy es un activo orientador de la Corriente Política Enrique Santos Discépolo.

ISBN Tomo I: 978-950-563-476-7



Esta *Historia de la Argentina* es el resultado de largos años de investigación, búsqueda documental y reflexión para descifrar las claves de nuestro acontecer pasado, proporcionar elementos para conocer el presente y proyectar futuras transformaciones. **Norberto Galasso** ha dedicado buena parte de su vida a esta tarea de reconstrucción de nuestras luchas políticas y sociales, conciliando el rigor científico con la pasión militante, sin eludir las polémicas que enriquecen la tarea intelectual y son propias de todos aquellos que ansían superar los problemas que nos aquejan.

En este primer tomo se aborda un extenso período que va desde los pueblos originarios hasta la década de 1880, cuando la Argentina se inscribe en la economía mundial capitalista como país agroexportador. Este período, en que se entrecruzan fuerzas sociales y proyectos antagónicos, recorre la etapa iniciada a partir de la Revolución de Mayo, el fraccionamiento de la Patria Grande latinoamericana, las guerras de la Independencia, y los conflictos entre unitarismo y federalismo donde se consolidan las formas de resistencia de los pueblos del interior frente a la centralización porteña. Cuando el siglo promedia, al cabo del auge y desmoronamiento de la Confederación rosista, comienza, en estrecha connivencia con los intereses británicos, la formación del Estado nacional bajo los dictados de la hegemonía mitrista hasta el advenimiento del Partido Autonomista Nacional, complejo entramado que representa un abanico de fuerzas políticas finalmente encolumnadas tras la figura de Roca. Buenos Aires, la gran cabeza alrededor del puerto, ocupa su sitio de privilegio en una Argentina que mira deslumbrada al Atlántico, mientras elimina a sus pueblos originarios y desestima los aportes de las culturas nativas. El ingreso de inmigrantes de Europa aporta nuevos rasgos al perfil nacional. Una clase alta fastuosa y parasitaria se consolida en esa factoría que algunos llamaron "colonia próspera".

El autor tiene la virtud de fundamentarlo todo con minuciosas citas documentales y bibliográficas, pero al mismo tiempo nos muestra a las principales figuras como seres humanos, con todas sus contradicciones, sin sacralizaciones ni estereotipos. Así, van desfilando por estas páginas acontecimientos clave, hombres lúcidos y discutidos, algunos de ellos convertidos en próceres, otros silenciados y discriminados por una Historia Oficial que condena su compromiso con las masas populares.



EDICIONES COLIHUE

www.colihue.com.ar

ISBN Obra comp.: 978-950-563-478-1



9 789505 634781